Auge y caída de las grandes potencias

Paul Kennedy



Libro incluido en Biblioteca Selecta Forum de Barcelona 2004. El análisis de un eminente historiador, que se sumerge en los últimos quinientos años de ascenso y caída de las grandes potencias. Las contradictorias relaciones entre sus grandes inversores en gastos de defensa y poderío militar, y el inevitable debilitamiento de sus recursos productivos. El mapa del mundo en crisis.

Auge y caída de las grandes potencias, ha sido el libro de historia más vendido de los últimos veinticinco años (más de dos millones de ejemplares y traducido a veintitrés idiomas).



Paul Kennedy

AUGE Y CAÍDA DE LAS GRANDES POTENCIAS

ePub r1.1

Titivillus 3.11.16

Título original: *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*

Paul Kennedy, 1987

Traducción: J. Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2







Para Cath

AGRADECIMIENTOS

Sean cuales fueren los puntos débiles de este libro, hubieran sido mayores sin la amable ayuda de mis amigos. J. R. Jones y Gordon Lee revisaron críticamente el manuscrito. Mi colega Jonathan Spence se esforzó (temo que con un éxito sólo parcial) por moderar los supuestos culturales que surgían en los dos primeros capítulos. John Elliott me dio ánimos con respecto al capítulo II, pese a que evidentemente no es «mi período». Poddy O'Brien y John Bosher procuraron que mis comentarios sobre las finanzas francesas y británicas en el siglo XVIII fueran menos esquemáticos. Nick Rizopoulos y Michael Mandelbaum no sólo revisaron los últimos capítulos, sino que también me invitaron a exponer mis ideas en una serie de reuniones en el Instituto Lehrman de Nueva York. Innumerables eruditos me han oído leer trabajos sobre subtemas de este libro y me han proporcionado referencias, una crítica muy necesaria y estímulo.

Las bibliotecas y personal de las Universidades de East Anglia y Yale constituyeron una gran ayuda. Mi alumno graduado Kevin Smith me ayudó en la búsqueda de estadísticas históricas. Mi hijo Jim Kennedy preparó los mapas. Sheila Klein y Sue MacClain me ayudaron con la mecanografía y el procesamiento de textos, como lo hizo Maarten Pereboom con la bibliografía. Me siento muy agradecido por el permanente apoyo y estímulo que me ha proporcionado durante estos años Bruce Hunter, mi agente literario. Jason Epstein ha sido un editor firme y paciente que me hizo pensar reiteradamente en el lector pro-

fano y también reconoció antes que yo hasta qué punto sería tarea exigente tratar temas de esta magnitud.

Mi familia me ha prestado apoyo y, lo que es aún más importante, alivio. El libro está dedicado a mi esposa, a quien tanto debo.

PAUL KENNEDY

Hamden, Connecticut, 1986

INTRODUCCIÓN

Este libro se ocupa del poder nacional e internacional en el período «moderno», es decir, del posrenacimiento. Procura rastrear y explicar cómo han ascendido y caído las diversas grandes potencias, interrelacionadas, durante los cinco siglos que van desde la formación de las «nuevas monarquías» de Europa occidental hasta el inicio del sistema de Estados global y transoceánico. Inevitablemente, se ocupa mucho de las guerras, sobre todo de aquellos conflictos mayores librados por coaliciones de grandes potencias que tuvieron tanta influencia en el orden internacional, pero estrictamente hablando no es un libro de historia militar. Se aplica también a rastrear los cambios que se han producido en los balances económicos globales desde 1500; y, sin embargo, no es, al menos no directamente, un trabajo de historia económica. Este libro se concentra en la *interacción* entre economía y estrategia a medida que los Estados punteros del sistema internacional luchaban por aumentar su riqueza y su poder, por llegar a ser (o por seguir siendo) ricos y fuertes.

Por lo tanto, el «conflicto militar» del que habla el subtítulo se examina siempre en el contexto del «cambio económico». Por lo general, el triunfo de cualquier gran potencia de este período, o el colapso de otra ha sido la consecuencia de prolongadas luchas de sus fuerzas armadas, pero también de la utilización más o menos eficiente de los recursos económicos productivos del Estado en tiempos de guerra y, más en segundo

término, la consecuencia de la forma en que la economía de ese Estado había estado mejorando o empeorando *en relación* con la de otras naciones líderes durante las décadas que precedieron al conflicto armado. En consecuencia, para este estudio es tan importante la alteración regular en la posición de una gran potencia en tiempos de paz como la manera en que lucha en tiempos de guerra.

Esta argumentación será objeto de un análisis mucho más elaborado en el propio texto, pero puede resumirse muy brevemente:

Las fuerzas relativas de las naciones líderes en el escenario mundial nunca permanecen constantes, sobre todo a causa del índice irregular de crecimiento en las distintas sociedades y de los avances tecnológicos y organizativos que proporcionan mayores ventajas a una sociedad que a otra. Por ejemplo, la aparición del buque con cañones de largo alcance y el aumento del comercio atlántico después de 1500 no fue *uniformemente* beneficiosa para todos los Estados de Europa, sino que benefició a algunos mucho más que a otros. Del mismo modo, el desarrollo posterior de la energía a vapor y los recursos del carbón y metal en los cuales se apoyaba masivamente aumentó el poder relativo de ciertas naciones y disminuyó, en consecuencia, el poder relativo de otras. Una vez aumentada su capacidad productiva, los países encontraban normalmente más sencillo soportar el peso de pagar armamento a gran escala en tiempos de paz y mantener y abastecer mayores ejércitos en tiempos de guerra. Dicho así parece brutalmente mercantilista, pero por lo general se necesita de la riqueza para sostener el poder militar y del poder militar para adquirir y proteger la riqueza. Sin embargo, si una proporción excesiva de los recursos del Estado se desvía de la creación de riqueza para colocarla en objetivos militares, esto puede conducir a un debilitamiento del poder nacional a largo plazo. De la misma manera, si un Estado se exce-

de estratégicamente —digamos por la conquista de territorios extensos o el mantenimiento de guerras costosas—, corre el riesgo de que los beneficios potenciales de la expansión externa sean superados por el enorme gasto del proceso, problema que se agudiza si la nación involucrada ha entrado en un período de declive económico relativo. La historia del auge y caída posterior de los países líderes del sistema de grandes potencias desde el progreso de Europa occidental en el siglo XVI —esto es, de naciones como España, los Países Bajos, Francia, el Imperio británico y, en la actualidad, los Estados Unidos— muestra una correlación muy significativa a largo plazo entre capacidades productivas y de aumento de ingresos, por un lado, y potencial militar, por otro.

La historia del «auge y declive de las grandes potencias» que se presenta en estos capítulos puede resumirse aquí. El primer capítulo describe el escenario de todo cuanto sigue mediante el examen del mundo alrededor de 1500 y el análisis de las fuerzas y debilidades de cada uno de los «centros de poder» de la época: la China de la dinastía Ming; el Imperio otomano y su retoño musulmán en la India, el Imperio mongol; Moscovia; el Japón Tokugawa y el puñado de Estados de Europa occidental-central. A comienzos del siglo XVI no era en absoluto evidente que la región mencionada en último término estuviera destinada a elevarse por encima del resto. Pero esos imperios orientales, por imponentes y organizados que parecieran en relación a Europa, padecían las consecuencias de tener una autoridad centralizada que insistía en la uniformidad de creencias y prácticas, no sólo en lo relacionado entre la religión oficial del Estado, sino también en lo relativo a aspectos tales como las actividades comerciales y el desarrollo de armamento. En Europa la falta de una autoridad suprema semejante y las belicosas rivalidades entre sus varios reinos y ciudades-Estado estimuló una investigación constante de adelantos militares, que se relacionó

de manera fructífera con los avances tecnológicos y comerciales más nuevos que también se producían en este entorno competitivo y emprendedor. Como tenían menos obstáculos para el cambio, las sociedades europeas entraron en una constante espiral ascendente de crecimiento económico y eficacia militar que, con el tiempo, las pondría a la cabeza de otras regiones del Globo.

Mientras esta dinámica de cambio tecnológico y competitividad militar impulsaba a Europa en su habitual estilo pendenciero y pluralista, seguía existiendo la posibilidad de que uno de los Estados contendientes pudiera adquirir suficientes recursos para superar a los otros y dominar después el Continente. Durante *los 150* años posteriores a 1500 un bloque dinástico-religioso encabezado por los Habsburgos austríacos y españoles pareció amenazar con hacer precisamente eso, y la totalidad del capítulo 11 se dedica a los esfuerzos de los otros Estados europeos importantes por detener esa «puja por el dominio de los Habsburgo». Como se hace a lo largo de todo el libro, se analizan *relativamente* las fuerzas y debilidades de cada una de las potencias líderes y en función de los cambios económicos y tecnológicos más amplios que afectan a la sociedad occidental en su conjunto, a fin de que el lector pueda comprender mejor el resultado de las numerosas guerras libradas en este período. El tema principal de este capítulo es que, pese a los grandes recursos que poseían los monarcas Habsburgo se excedieron sin cesar en el transcurso de los repetidos conflictos, por lo que dichos recursos llegaron a resultarles militarmente demasiado gravosos para su debilitada base económica. Las otras grandes potencias europeas también sufrieron mucho en estas guerras prolongadas, pero se las arreglaron —aunque de manera precaria— para mantener el equilibrio entre sus recursos materiales y su poder militar con mayor eficacia que sus enemigos los Habsburgo.

Las luchas de las grandes potencias que tuvieron lugar entre 1660 y 1815, de las que se habla en el capítulo 111, no pueden reducirse tan fácilmente a una contienda entre un gran bloque y sus muchos rivales. Fue en este complicado período cuando, mientras grandes potencias anteriores como España y los Países Bajos pasaban a segunda fila, emergieron de modo insistente cinco grandes Estados (Francia, Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia), que llegaron a dominar la diplomacia y el arte de la guerra de la Europa del siglo XVIII y protagonizaron una serie de prolongadas guerras de coalición caracterizadas por alianzas rápidamente cambiantes. Fue una época en la que Francia, primero bajo Luis XIV y después bajo Napoleón, estuvo más cerca de controlar Europa que en cualquier momento antes o después; pero sus esfuerzos siempre tropezaron, al menos en última instancia, con una combinación de las otras grandes potencias. Como a principios del siglo XVIII el costo de los ejércitos regulares y las flotas nacionales había pasado a ser enormemente elevado, un país que pudiera crear un sistema avanzado de banca y crédito (como hizo Gran Bretaña) disfrutaba de muchas ventajas sobre los rivales financieramente atrasados. Pero el factor de la posición geográfica también tuvo una gran importancia en la decisión del destino de las potencias en sus numerosas y cambiantes contiendas, lo que contribuye a explicar por qué las dos naciones de «flanco», Rusia y Gran Bretaña, habían adquirido en 1815 una importancia mucho mayor. Ambas mantenían la capacidad de intervenir en las luchas de la Europa occidental-central, al tiempo que estaban geográficamente protegidas de ellas; y ambas se expandieron en el mundo *extraeuropeo* a medida que avanzaba el siglo XVIII incluso mientras se aseguraban de que se mantenía el equilibrio de poder continental. Por último, en las últimas décadas del siglo se había iniciado en Gran Bretaña la Revolución industrial, lo que daría a este Estado una capacidad aún mayor tanto para la colonización tran-

satlántica como para la frustración de la ambición napoleónica de dominar Europa.

Por contraste, en el siglo que siguió a 1815 hubo una notable ausencia de prolongadas guerras de coalición. Existía un equilibrio estratégico apoyado por todas las potencias líderes del concierto europeo, de modo que ninguna nación aislada podía o quería intentar el dominio. En estas décadas posteriores a 1815 la principal preocupación de los Gobiernos fue la inestabilidad interna y —en el caso de Rusia y los Estados Unidos— la mayor expansión dentro de sus masas continentales. Esta escena internacional relativamente estable permitió al Imperio británico elevarse hasta su cenit como potencia global, en términos navales, coloniales y comerciales, y actuar en beneficio propio con su monopolio virtual de la producción industrial a vapor. Sin embargo, hacia la segunda mitad del siglo XIX la industrialización fue extendiéndose hacia otras regiones y empezó a romper el equilibrio internacional de poder, apartándolo de las naciones líderes más antiguas y cediéndolo a aquellos países que contaban tanto con los recursos como con la organización necesarios para explotar los medios más nuevos de producción y tecnología. Ya los pocos conflictos grandes de la época —la Guerra de Crimea en alguna medida pero especialmente la guerra civil americana y la guerra franco-prusiana— provocaban la derrota de aquellas sociedades que no modernizaban sus sistemas militares, a las que les faltaba la infraestructura industrial de amplia base necesaria para sostener los grandes ejércitos y el armamento más caro y complejo que estaba transformando la naturaleza de la guerra.

Por lo tanto, a medida que se acercaba el siglo XX el ritmo del cambio tecnológico y los índices desiguales de crecimiento hicieron el sistema internacional más inestable y complejo de lo que había sido cincuenta años atrás. Esto quedó de manifiesto en la frenética búsqueda, por parte de las grandes potencias, de

más territorios coloniales en África, Asia y el Pacífico después de 1880, en buena medida por ambiciones económicas, aunque también por miedo a ser eclipsadas. Asimismo se manifestó en el número creciente de carreras armamentistas, tanto en tierra como en el mar, y en la creación de alianzas militares fijas incluso en tiempos de paz, a medida que los diversos Gobiernos buscaban aliados para una posible guerra futura. Sin embargo, detrás de las frecuentes disputas coloniales y crisis internacionales del período anterior a 1914, los índices de potencial económico apuntaban, década tras década, a cambios incluso más fundamentales en los equilibrios globales: a saber, al eclipse de lo que durante más de tres siglos había sido un sistema mundial esencialmente *eurocéntrico*. Pese a sus esfuerzos, las grandes potencias europeas tradicionales como Francia y Austria-Hungría, y otra recientemente unida como Italia, estaban perdiendo la carrera. Por el contrario, enormes Estados del tamaño de continentes, como los Estados Unidos y Rusia, estaban poniéndose a la cabeza a pesar de la ineficacia del Estado zarista. Entre las naciones europeas occidentales, tal vez sólo Alemania tenía la potencia necesaria para abrirse paso en la selecta liga de los futuros poderes mundiales. Por otro lado, el Japón estaba empeñado en dominar el este de Asia, pero no más. Por tanto, de manera inevitable estos cambios planteaban problemas considerables —y en última instancia insuperables— a un Imperio británico al que ahora le resultaba mucho más difícil defender sus intereses globales que cincuenta años atrás.

Así, aunque el movimiento más importante de los cincuenta años posteriores a 1900 puede centrarse en el advenimiento de un mundo bipolarizado, con la consiguiente crisis para las potencias «medianas» (como son llamadas en los títulos de los capítulos V y VI), esta metamorfosis del sistema no fue en absoluto serena. Por el contrario, las sangrientas batallas masivas de la Primera Guerra Mundial, al dar ventaja a la organización in-

dustrial y la eficacia nacional, dieron a la Alemania imperial ciertas ventajas sobre la Rusia zarista, que se modernizaba rápidamente pero seguía estando atrasada. Sin embargo, a pocos meses de la victoria alemana en el frente oriental, Alemania se encontró enfrentada a la derrota en el Oeste, mientras que sus aliados se derrumbaban de manera similar en los teatros de guerra italianos, balcánicos y del Cercano Oriente. Finalmente, a causa de la ayuda militar y sobre todo económica de Estados Unidos, la alianza occidental tuvo recursos suficientes para vencer a la coalición rival. Pero había sido una lucha agotadora para todos los países que comenzaron las hostilidades. Austria-Hungría había desaparecido, Rusia padecía una revolución, Alemania estaba derrotada; no obstante, también Francia, Italia y hasta la propia Gran Bretaña habían sufrido mucho para lograr la victoria. Las únicas excepciones eran Japón, que mejoró aún más su posición en el Pacífico y, por supuesto, los Estados Unidos, que en 1918 constituían sin discusión alguna la mayor potencia del mundo.

La rápida retirada norteamericana de los compromisos extranjeros posterior a 1919 y el aislacionismo paralelo de Rusia bajo el régimen bolchevique dejaron un sistema internacional tal vez más desfasado de las realidades económicas fundamentales que en cualquier otro momento de los cinco siglos de los que se ocupa este libro. Gran Bretaña y Francia, aunque debilitadas, seguían en el centro del escenario diplomático, pero hacia los años 30, su posición era discutida por los Estados militarizados, revisionistas de Italia, Japón y Alemania, estando este último empeñado en una apuesta mucho más deliberada por lograr la hegemonía europea que incluso en 1914. Sin embargo, en un segundo plano los Estados Unidos seguían siendo, de lejos, la nación industrial más poderosa del mundo, y la Rusia de Stalin estaba transformándose rápidamente en una superpotencia industrial. En consecuencia, el dilema de las potencias

«medianas» revisionistas era que tenían que expandirse pronto si no querían quedar eclipsadas por los dos gigantes continentales. El problema de las potencias «medianas» consistía en que al luchar por eliminar el desafío alemán y japonés se debilitarían. Con sus más y sus menos, la Segunda Guerra Mundial confirmó estos temores de decadencia. Pese a las espectaculares victorias tempranas, las naciones del Eje no podían vencer con un desequilibrio de recursos productivos que era mucho mayor que el de la guerra de 1914-1918. Lo que sí lograron fue el declive de Francia y el debilitamiento irreparable de Gran Bretaña, antes de ser superados por fuerzas superiores. Hacia 1943 había llegado finalmente el mundo bipolarizado previsto décadas antes y el equilibrio militar había vuelto a ponerse de acuerdo con la distribución global de los recursos económicos.

Los dos últimos capítulos de este libro estudian los años durante los cuales sí pareció existir un mundo bipolar, económica, militar e ideológicamente, que quedó reflejado a nivel político en las diversas crisis de la Guerra Fría. La posición de los Estados Unidos y la URSS como potencias pertenecientes a una clase propia también pareció reforzarse con la llegada de las armas nucleares y los sistemas de lanzamiento a larga distancia, que sugerían que ahora tanto el panorama estratégico como el diplomático eran totalmente distintos de los de 1900 y, por supuesto, de 1800.

Y sin embargo el proceso de auge y caída de las grandes potencias —de diferencias en índices de crecimiento y cambio tecnológico que conducían a cambios en los equilibrios económicos mundiales, los cuales a su vez influían en los equilibrios político y militar— no había cesado. En el terreno militar los Estados Unidos y la URSS han permanecido en primera fila en las décadas de los sesenta, los setenta y los ochenta. De hecho, como ambos interpretan los problemas internacionales en términos bipolares y hasta maniqueos, su rivalidad los ha condu-

cido a una escalada armamentista continua que ninguna de las otras potencias puede igualar. Pero durante esas mismas décadas los balances productivos globales han ido alterándose más de prisa aún que antes. La participación del Tercer Mundo en el producto industrial total y en el PNB, deprimida en la década posterior a 1945, ha estado expandiéndose constantemente desde entonces. Europa se ha recobrado de la destrucción de la guerra y con la Comunidad Económica Europea se ha convertido en la unidad comercial más grande del mundo. La República Popular China avanza a pasos agigantados. El crecimiento económico de la posguerra en Japón ha sido tan fenomenal que, según ciertos cálculos, ha superado recientemente a Rusia en PNB total. Por el contrario, los índices de crecimiento tanto rusos como estadounidenses se han ido retrasando y su participación en la producción y riqueza globales ha disminuido de manera espectacular es de la década de los sesenta. Dejando aparte las naciones más pequeñas, por consiguiente, es evidente que ya existe un mundo multipolar otra vez, aunque sólo se midan los índices económicos. Dado que este libro se ocupa de la interacción entre estrategia y economía, parecía apropiado ofrecer un capítulo final (aunque inevitablemente especulativo) que explore el actual desfase entre los equilibrios militar y productivo de las grandes potencias; y que señale los problemas y oportunidades a que se enfrentan las cinco «potencias centrales» —China, Japón, la CEE, la Unión Soviética y los Estados Unidos— mientras procuran cumplir con la vieja tarea de relacionar los medios nacionales con los objetivos nacionales. La historia del auge y declive de las grandes potencias no ha terminado.

Puesto que el alcance de este libro es muy amplio, es evidente que lo leerán diferentes personas por distintos motivos. Algunos lectores encontrarán en él lo que buscaban: un estudio amplio, pero razonablemente detallado, de la política de la

Gran Potencia en los cinco últimos siglos, de la forma en que la posición relativa de cada uno de los Estados líderes se ha visto afectada por el cambio económico y tecnológico, y de la permanente interacción entre estrategia y economía, tanto en tiempos de paz como en el período de pruebas de la guerra. Por definición, no se ocupa de los poderes pequeños ni (por lo general) de pequeñas guerras bilaterales. También por definición, el libro es muy eurocéntrico, sobre todo en sus capítulos intermedios. Pero esto es natural, dado el tema.

Para otros lectores, tal vez sobre todo para aquellos científicos políticos que ahora están tan interesados en extraer reglas generales de «sistemas mundiales» o los patrones recurrentes de las guerras, este estudio puede ofrecer menos de lo que esperan. Para evitar malentendidos debo aclarar ahora que este libro no se ocupó de, por ejemplo, la teoría de que las guerras grandes (o «sistemáticas») pueden relacionarse con los ciclos Kondrátiev de ascenso y descenso económico. Además, tampoco se ocupa de manera central de las teorías generales sobre las causas de la guerra ni de si pueden ser provocadas por grandes poderes en «ascenso» o en «descenso». Tampoco es un libro sobre teorías de imperio ni sobre cómo se ve afectado el control imperial (como en el reciente libro Empires de Michael Doyle), o si los imperios contribuyen a la potencia nacional. Por último, no se propone ninguna teoría general sobre qué tipo de sociedad y organizaciones social-gubernamentales son las más eficaces para lograr recursos en tiempos de guerra.

Por otro lado, es obvio que en este libro hay gran riqueza de material para aquellos estudiosos que deseen hacer estas generalizaciones; asimismo, una de las razones por las que hay una serie tan extensa de notas estriba en que se desea indicar fuentes más específicas para aquellos lectores interesados, por ejemplo, en la financiación de las guerras. Pero el problema que tienen los historiadores —por oposición a los científicos políti-

cos— para manejar teorías generales consiste en que la evidencia del pasado es casi siempre demasiado variada para permitir conclusiones científicas «duras». De modo que, si bien es verdad que algunas guerras (por ejemplo, la de 1939) pueden relacionarse con los temores de los gobernantes a los cambios que se producían en los equilibrios de poder totales, ello no serviría tanto para explicar las luchas que empezaron en 1776 (guerra de Independencia de los Estados Unidos) o en 1792 (Revolución francesa) o en 1854 (Guerra de Crimea). De la misma manera, aunque se podía señalar la Austria-Hungría de 1914 como un buen ejemplo de gran potencia «en declive» que sirvió para desencadenar una guerra importante, el teórico tiene que considerar también los papeles igualmente críticos desempeñados por las grandes potencias entonces en «auge» de Alemania y Rusia. Asimismo, cualquier teoría general sobre si los imperios son rentables o si el control imperial se ve afectado por un índice mensurable de «poder-distancia» puede producir la respuesta trivial de que a veces sí y a veces no, a causa de los elementos conflictivos con que contamos.

No obstante, si se dejan a un lado las teorías *a priori* y se considera simplemente el registro histórico de «el ascenso y caída de las grandes potencias» en los últimos quinientos años, es evidente que pueden extraerse algunas conclusiones generalmente válidas, siempre y cuando se admita que puede haber excepciones particulares. Por ejemplo, hay una relación causal detectable entre los cambios que se han producido en el tiempo en los equilibrios económicos y productivos generales y la posición ocupada por las potencias individuales en el sistema internacional. El paso del flujo comercial desde el Mediterráneo hasta el Atlántico y la Europa noroccidental a partir del siglo XVI, o la redistribución en participación en el producto industrial mundial, que se aleja de Europa occidental en las décadas posteriores a 1890 constituyen buenos ejemplos. En ambos

casos, los cambios económicos anunciaban el ascenso de nuevas grandes potencias que algún día tendrían una influencia decisiva en el orden militar-territorial. Ésta es la razón por la que el movimiento en los balances productivos globales hacia la «costa del Pacífico», que se ha producido en las últimas décadas, no puede interesar exclusivamente a los economistas.

De la misma manera, el registro histórico sugiere que a largo plazo hay una conexión muy evidente entre el ascenso y caída económicos de una gran potencia y su crecimiento y declive como poder militar importante, o imperio mundial. Tampoco esto es sorprendente porque emana de dos hechos relacionados. El primero es que los recursos económicos son necesarios para soportar un estamento militar a gran escala. El segundo consiste en que, en lo concerniente al sistema internacional, tanto la riqueza como el poder son siempre relativos y como tales habría que considerarlos. Hace trescientos años, el escritor mercantilista alemán Von Hornigk observó que:

> el hecho de que una nación sea hoy poderosa y rica o no lo sea, no depende de la abundancia o seguridad de su poder y sus riquezas, sino sobre todo de si sus vecinos poseen más o menos que ella.

En los capítulos que siguen esta observación quedará ratificada una y otra vez. A mediados del siglo XVIII, los Países Bajos eran más ricos en términos *absolutos* que cien años antes, pero para entonces ya no eran una gran potencia del mismo calibre porque sus vecinos, como Francia y Gran Bretaña, tenían «más…» (esto es, más poder y más riquezas). En términos absolutos la Francia de 1914 era más poderosa que la de 1850, pero éste era un pobre consuelo en un momento en el que Francia era eclipsada por una Alemania mucho más fuerte. Hoy en día Gran Bretaña tiene mucha mayor riqueza y sus Fuerzas Armadas poseen armas mucho más poderosas que en su momento de esplendor a mediados de la época victoriana; pero le sirve de

poco cuando su participación en el producto mundial ha disminuido de un 25% a alrededor del 3%. Si una nación tiene «más…», las cosas van bien; si tiene «menos», hay problemas.

Ahora bien, esto no significa que el poder económico y militar relativos de una nación asciendan y caigan *paralelamente*. La mayoría de los ejemplos históricos que se dan aquí sugiere que hay un «intervalo» considerable entre la trayectoria del poder económico relativo de un Estado y la trayectoria de su influencia militar-territorial. Tampoco en este caso es difícil comprender la razón. Una potencia que está expandiéndose económicamente —Gran Bretaña en 1860, los Estados Unidos en 1890, Japón hoy— puede preferir ser más rica en lugar de gastar más en armamento. Medio siglo después las prioridades pueden haber cambiado. La expansión económica anterior ha traído consigo obligaciones en ultramar (dependencia de mercados extranjeros y materias primas, alianzas militares, tal vez bases y colonias). Además, los poderes rivales están expandiéndose ahora a mayor velocidad y a su vez desean extender su influencia en el extranjero. El mundo se ha transformado en un lugar más competitivo y merman las participaciones en el mercado. Los observadores pesimistas hablan de declive; los estadistas patriotas piden «renovación».

En estas circunstancias más complejas es probable que la gran potencia se descubra gastando mucho más en defensa de lo que gastaba dos generaciones atrás y que, no obstante, observe que el mundo es un entorno mucho menos seguro; simplemente porque otras potencias han crecido más de prisa y se están fortaleciendo. El imperio español gastó mucho más en su Ejército durante las complicadas décadas de 1630 y 1640 de lo que gastó en 1580, cuando la economía castellana era más saludable. Los gastos de defensa de la Gran Bretaña eduardiana fueron mucho mayores en 1910 que, por ejemplo, en la época de la muerte de Palmerston en 1865, cuando la economía britá-

nica se hallaba relativamente en su apogeo. ¿Pero qué británicos se sentían más seguros en la fecha posterior? Más abajo se verá que al parecer éste es el problema que afrontan hoy los Estados Unidos y la URSS. Las grandes potencias en decadencia relativa responden instintivamente gastando más en «seguridad», y por lo tanto desvían recursos potenciales del terreno de la «inversión» y agravan su dilema a largo plazo.

Otra conclusión general que puede sacarse de este registro de quinientos años consiste en que hay una fuerte correlación entre el resultado eventual de las *grandes guerras de coalición* libradas por el dominio europeo o global y el monto de recursos productivos movilizados por cada parte. Esto sucedió en las luchas libradas contra los Habsburgo austro-hispanos; en las grandes contiendas del siglo XVIII como la Guerra de Sucesión española, la Guerra de los Siete Años, y las guerras napoleónicas y en las dos guerras mundiales de este siglo. Una guerra prolongada, encarnizada, acaba por convertirse en una prueba de las capacidades relativas de cada coalición. A medida que la lucha se prolonga, cada vez es más significativo que una parte tenga «más» o «menos».

No obstante, es posible hacer estas generalizaciones sin caer en la trampa del determinismo económico más crudo. Pese al interés de este libro en rastrear las «tendencias mayores» de los asuntos mundiales en los últimos cinco siglos, no argumenta que la economía determine todos los sucesos o sea la única razón del éxito y el fracaso de cada nación. Sencillamente, hay demasiadas pruebas que apuntan en otras direcciones: situación geográfica, organización militar, moral nacional, el sistema de alianzas y muchos otros factores que pueden afectar al poder relativo de los miembros del sistema de Estados. Por ejemplo, en el siglo XVIII las Provincias Unidas eran las regiones más ricas de Europa y Rusia la más pobre, y sin embargo los holandeses cayeron y los rusos ascendieron. La locura indivi-

dual (como la de Hitler) y la extraordinaria capacidad en el campo de batalla (sea de los regimientos españoles del siglo XVI o de la infantería alemana en este siglo) explican también en gran medida las victorias y derrotas particulares. Lo que sí parece indiscutible es que en una guerra prolongada (habitualmente de coalición) la victoria ha correspondido reiteradamente a la parte con una base productiva más floreciente… o, como solían decir los capitanes españoles, a aquel que tiene el último escudo. Gran parte de lo que sigue confirma ese juicio cínico pero en esencia correcto. Y precisamente porque la posición de poder de las naciones líderes ha ido acompañada de cerca por su posición económica relativa durante los últimos cinco siglos, es que parece útil preguntarse cuáles podrían ser las implicaciones de las actuales tendencias económicas y tecnológicas en relación al actual equilibrio de poder. Esto no significa negar el hecho de que los hombres hacen su propia historia, pero lo hacen en el marco de una circunstancia histórica que puede restringir (o inaugurar) posibilidades.

Este libro tuvo un modelo temprano en el ensayo de 1833 del famoso historiador prusiano Leopold von Ranke sobre *die grossen Mächte* (las grandes potencias), en el que examinó los ascensos y descensos de los equilibrios internacionales de poder desde la declinación de España, y trató de demostrar por qué ciertos países habían accedido a una posición prominente y habían caído después; Ranke terminaba su ensayo con un análisis de su mundo contemporáneo y de lo que sucedía en él después de la derrota francesa en la guerra napoleónica. Al examinar las «perspectivas» de cada una de las grandes potencias él también se dejó tentar por el mundo incierto de la especulación sobre el futuro.

Escribir un ensayo sobre «las grandes potencias» es una cosa; hacerlo en forma de libro es otra muy distinta. Mi intención original era producir un libro breve, «ensayístico», presumien-

do que los lectores conocían (por vagamente que fuera) los detalles de fondo de los cambiantes índices de crecimiento, o los especiales problemas geoestratégicos que afronta esta o aquella gran potencia. Cuando empecé a enviar los primeros capítulos de este libro para que me hicieran comentarios, o a dar conferencias de prueba sobre algunos de sus temas, se me hizo evidente que esa presunción era falsa: lo que deseaba la mayor parte de los lectores y oyentes eran más detalles, más orientación sobre el fondo histórico, simplemente porque no había ningún estudio disponible que contara la historia de los cambios que se producían en los equilibrios de poder económico y estratégico. Como ni los historiadores económicos ni los historiadores militares han tocado este campo, hay desconocimiento. Si los abundantes detalles que aparecen tanto en el texto como en las notas que siguen tienen alguna justificación, es que contribuyen a llenar ese vacío crítico en la historia del auge y declive de los grandes imperios.

ESTRATEGIA Y ECONOMÍA EN EL MUNDO PREINDUSTRIAL

I. EL ASCENSO DEL MUNDO OCCIDENTAL

En el año 1500, la fecha elegida por numerosos eruditos para marcar la división entre tiempos modernos y premodernos[1], para los habitantes de Europa no era en absoluto evidente que su continente estuviera destinado a dominar gran parte del resto de la Tierra. El conocimiento que tenían los contemporáneos sobre las grandes civilizaciones de Oriente era fragmentario y a menudo erróneo, pues se basaba en relatos de viajeros. No obstante, la imagen general de extensos imperios orientales que poseían riquezas fabulosas y enormes ejércitos era razonablemente exacta y a primera vista estas sociedades deben haber parecido mucho mejor dotadas que los pueblos y Estados de Europa occidental. De hecho, comparadas con estos grandes centros de actividad cultural y económica, las debilidades relativas de Europa *eran* más evidentes que sus puntos fuertes. Para empezar, no era la región más fértil ni más populosa del mundo; en cada uno de esos aspectos, la India y China ocupaban los mejores lugares. Desde el punto de vista geopolítico, el «continente» europeo tenía una forma incómoda, limitada por hielo y agua al Norte y al Oeste, abierta a frecuentes invasiones desde el Este y vulnerable estratégicamente desde el Sur. En 1500, y durante mucho tiempo antes y después de 1500, éstas no eran consideraciones abstractas. Sólo habían transcurrido ocho años desde que Granada, la última región musulmana de España, sucumbiera ante los ejércitos de Fernando e Isabel, pero ése era el final de una campaña regional, no de la lucha mucho más amplia entre la Cristiandad y las fuerzas del Profeta. Sobre la mayor parte

del mundo occidental pendía aún el impacto de la caída de Constantinopla en 1453, suceso que resultó tanto más inquietante cuanto que no marcó en ningún sentido los límites al avance de los turcos otomanos. A finales de siglo éstos habían conquistado Grecia y las islas Jónicas, Bosnia, Albania y gran parte del resto de los Balcanes; y en la década de 1520 sucederían cosas peores al avanzar sus imponentes ejércitos de jenízaros hacia Budapest y Viena. En el Sur, donde las galeras otomanas saqueaban los puertos italianos, los Papas llegaron a temer que el destino de Roma imitara pronto el de Constantinopla[2].

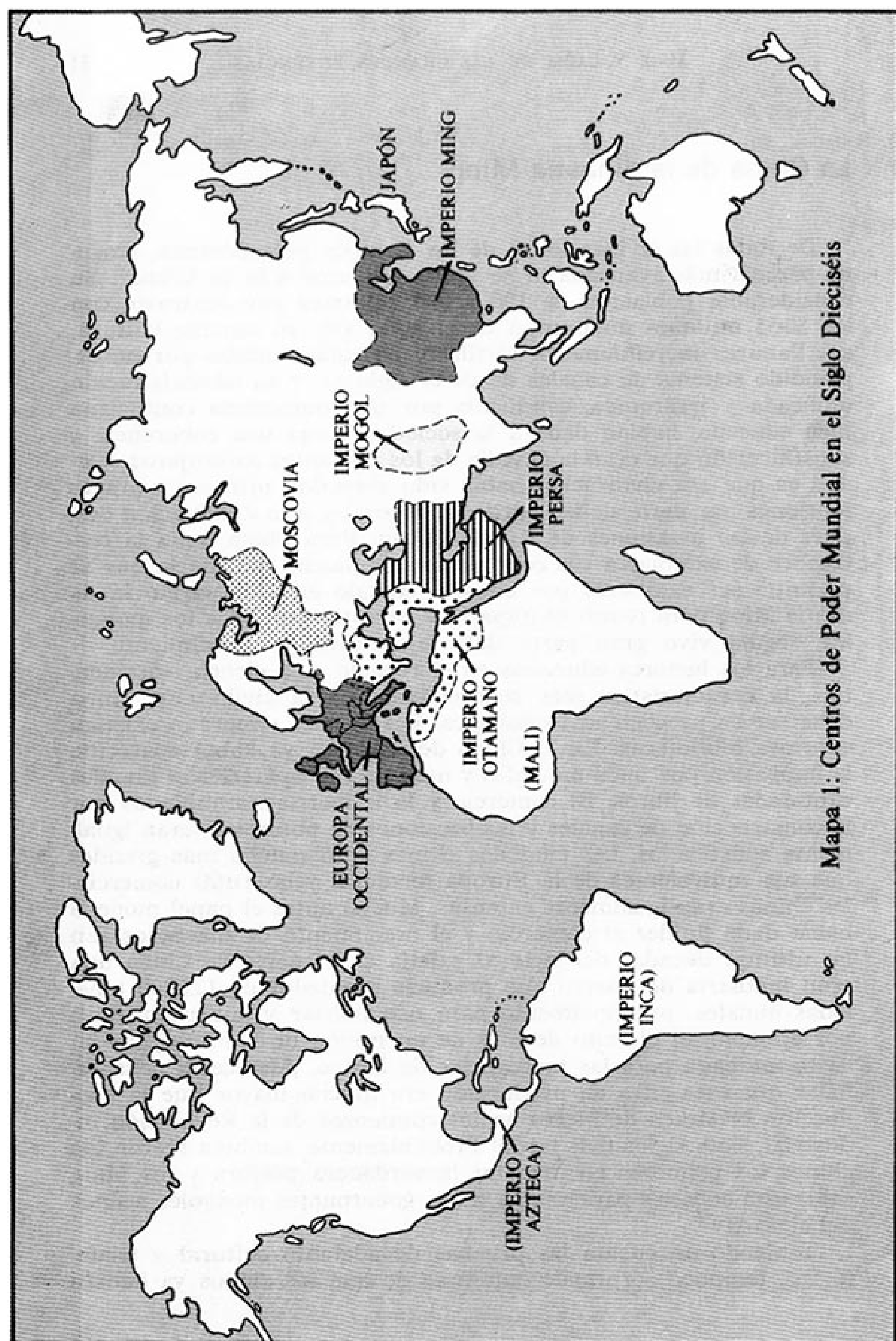
Mientras que estas amenazas parecían formar parte de una estrategia coherente del sultán Mehmet II y sus sucesores, la respuesta europea era aislada y esporádica. A diferencia de los imperios otomano y chino y del liderazgo que pronto establecerían en la India los mongoles, jamás hubo una Europa unida en la cual todas las partes reconocieran un líder secular o religioso. En cambio, Europa era un batiburrillo de pequeños reinos y principados, marcas y ciudades-Estado. En el Oeste estaban surgiendo monarquías más poderosas como por ejemplo España, Francia e Inglaterra, pero ninguna de ellas estaba exenta de tensiones internas y todas se consideraban rivales más que aliadas en la lucha contra el Islam.

Tampoco podía decirse que Europa tuviera ventajas notables en los campos de la cultura, las matemáticas, la ingeniería, la navegación u otras tecnologías en comparación con las grandes civilizaciones de Asia. En cualquier caso, una porción considerable de la herencia cultural y científica europea se había «tomado prestada» del Islam, de la misma manera que las sociedades musulmanas extrajeron durante siglos conocimientos de China a través del comercio, la conquista y los asentamientos. Retrospectivamente vemos que a fines del siglo XV Europa estaba tomando impulso tanto comercial como tecnológico, pero tal vez el comentario general más justo sería que cada uno de los grandes centros de la civilización mundial de la época estaba, aproximadamente, en un estadio de desarrollo similar, algunos más avanzados en un campo pero

menos en otros. Tecnológica y, por lo tanto, militarmente, el Imperio otomano, la China de la dinastía Ming, algo más tarde el norte de la India bajo los mongoles y el sistema de Estados europeo con un retoño moscovita eran muy superiores a las sociedades dispersas de África, América y Oceanía. Si bien esto implica que en 1500 Europa era uno de los centros culturales de poder más importantes, no era en absoluto evidente que fuera a ocupar algún día una posición de liderazgo. En consecuencia, antes de investigar las razones de su ascensión es necesario examinar las ventajas y desventajas de los otros contendientes.

LA CHINA DE LA DINASTÍA MING

De todas las civilizaciones de los tiempos premodernos, ninguna parecía más avanzada ni se sentía superior a la de China[3]. Su considerable población de 100 a 300 millones por contraste con los 50-55 millones de Europa en el siglo XVI; su notable cultura; sus llanuras increíblemente fértiles e irrigadas, unidas por un espléndido sistema de canales desde el siglo XI; y su administración unificada y jerárquica, conducida por una burocracia confuciana bien educada, habían dado a la sociedad china una coherencia y sofisticación que eran la envidia de los visitantes extranjeros. Verdad es que esa civilización había sido sometida primero a graves tensiones por parte de las hordas mongolas y a la denominación después de las invasiones de Kubilai Khan. Pero China tenía la costumbre de cambiar a sus conquistadores mucho más de lo que se permitía ser cambiada por ellos y, cuando en 1368 surgió la dinastía Ming para reunir el imperio y derrotar por fin a los mongoles, seguía vivo gran parte del viejo orden y conocimiento.



Mapa 1. Centros de poder mundial en el siglo XVI

Para los lectores educados en el respeto a la ciencia «occidental», la característica más sorprendente de la civilización china debe ser su precocidad tecnológica. Desde muy temprano existían enormes bibliotecas. En la China del siglo XI ya había aparecido la impresión por tipos movibles y muy pronto aparecieron grandes cantidades de libros. El comercio y la industria, estimulados por la construcción de canales y las presiones de población, eran igualmente sofisticados. Las ciudades chinas eran mucho más grandes que sus equivalentes de la Europa medieval y las rutas comerciales chinas eran igualmente extensas. Mucho antes el papel moneda había dado fluidez al comercio y el crecimiento de mercados. En las últimas décadas del siglo XI existía en el norte de China una gran industria del hierro que producía alrededor de 125 000 toneladas anuales, principalmente para uso militar y gubernamental; por ejemplo, el ejército de más de un millón de hombres era un vasto mercado para las mercancías de hierro. ¡Merece la pena señalar que esta cifra de producción era mucho mayor que la producción británica de hierro en los comienzos de la Revolución industrial, siete siglos más tarde! Probablemente, también fueron los chinos los primeros en intentar la verdadera pólvora y los Ming utilizaron cañones para vencer a sus gobernantes mongoles a fines del siglo XIV[4].

Teniendo en cuenta las pruebas de adelanto cultural y tecnológico, tampoco sorprende enterarse de que los chinos ya habían recurrido a los viajes de exploración y comercio. La brújula fue otra invención china, algunos de sus juncos eran tan grandes como los galeones españoles posteriores y el comercio con las Indias y las islas del Pacífico era potencialmente tan provechoso como el de las rutas de caravanas. Muchas décadas antes había habido guerra naval en el Yang-Tzé —para derrotar a los navíos de China de la dinastía Song en la década de 1260. Kubilai Khan se había visto obligado a construir su propia flota de buques de guerra, equipados con máquinas disparadoras de proyectiles— y el comercio de grano de la costa era floreciente a comienzos del siglo XIV. En

1420 se calculó que la armada Ming poseía 1350 navíos de combate, incluidas 400 grandes fortalezas flotantes y 250 barcos diseñados para persecuciones de largo alcance. Esta fuerza eclipsaba, pero no incluía, los muchos navíos privados que estaban ya en esa época comerciando con Corea, Japón, el sudeste de Asia y hasta el este de África, y obteniendo ganancias para el Estado chino, que procuraba gravar esté comercio marítimo.

Las más famosas de las expediciones ultramarinas *oficiales* fueron los siete viajes de larga distancia emprendidos por el almirante Cheng Ho entre 1405 y 1433. Estas flotas —que en ocasiones consistieron en cientos de naves y decenas de miles de hombres— visitaron multitud de puertos, desde Malaca y Ceilán hasta las entradas del mar Rojo y Zanzíbar. Por un lado, llenaban de regalos a los gobernantes locales deferentes; por el otro, obligaban a los recalcitrantes a aceptar a Pekín. Hubo un barco que regresó con jirafas del este de África para entretener al emperador chino; otro, con un jefe de Ceilán que había tenido la mala idea de no aceptar la supremacía del Hijo del Cielo. (Sin embargo, hay que observar que, al parecer, los chinos jamás saquearon ni asesinaron; a diferencia de los portugueses, holandeses y otros invasores europeos del océano índico). Según lo que pueden decirnos los historiadores y arqueólogos sobre el tamaño, poder y navegabilidad de la marina de Cheng Ho —algunos de los grandes buques-tesorería parecen haber tenido unos 1200 metros de largo y desplazado más de 1500 toneladas—, es muy posible que hayan podido navegar en torno a África y «descubrir» Portugal varias décadas antes de que las expediciones de Enrique el *Navegante* empezaran a aventurarse por el sur de Ceuta[5].

Pero la expedición china de 1433 fue la última de su especie, y tres años más tarde un edicto imperial prohibió la construcción de naves para la navegación oceánica; más tarde aún, una orden específica prohibió la existencia de barcos con más de dos mástiles. A partir de entonces el personal naval fue empleado en barcos más pequeños en el Gran Canal. Los grandes buques de guerra de

Cheng Ho quedaron amarrados y se pudrieron. Pese a todas las oportunidades que existían al otro lado del mar, China había decidido dar la espalda al mundo.

Por supuesto había una razón estratégica plausible que explicaba esta decisión. Las fronteras norteñas del imperio volvían a estar sometidas a la presión mongol y tal vez pareció prudente concentrar en esta zona más vulnerable los recursos militares. En estas circunstancias, una armada importante era un lujo caro y, en cualquier caso, la expansión que intentaron los chinos hacia el Sur, en Annam (Vietnam) resultaba estéril y costosa. No obstante, al parecer no se reconsideró este razonamiento válido cuando más tarde se hicieron evidentes las desventajas de la retirada naval: al cabo de un siglo, aproximadamente, las costas y hasta ciudades chinas sobre el Yang-Tzé estaban siendo atacadas por piratas japoneses y sin embargo no hubo una reconstrucción seria de una armada imperial. Ni siquiera la reiterada aparición de navíos portugueses en las costas chinas provocaron este rearme[*]. Los mandarines argumentaban que lo que se necesitaba era la defensa en tierra, porque ¿acaso no se había prohibido a los súbditos chinos el comercio marítimo?

Por lo tanto, aparte del coste y otras desventajas, uno de los elementos clave de la retirada china fue el conservadurismo de la burocracia confuciana[6], un conservadurismo acrecentado en el período Ming por el resentimiento provocado por los cambios a que los obligaron los mongoles. En esta atmósfera de «Restauración», el influyente funcionariado estaba ocupado en preservar y recapturar el pasado, no en crear un futuro mejor basado en la expansión y comercio de ultramar. Según el código confuciano, la guerra era en sí misma una actividad deplorable y sólo el miedo a los ataques de los bárbaros o a las revueltas internas justificaba la necesidad de las Fuerzas Armadas. El disgusto experimentado por el mandarín ante el Ejército (y la Armada) iba acompañado por una gran suspicacia ante el comerciante. La acumulación de capital privado, la práctica de comprar barato y vender caro, la ostenta-

ción del comerciante *nouveau riche*. Todo esto ofendía a la elite burocrática, erudita. La ofendía tanto como resentimientos despertaba en las masas trabajadoras. Si bien no deseaban poner freno a la totalidad de la economía de mercado, los mandarines intervenían con frecuencia contra comerciantes, confiscando sus propiedades o prohibiendo sus negocios. A los ojos de los mandarines, el comercio extranjero por parte de súbditos chinos debe haber sido incluso más sospechoso, simplemente porque escapaba más a su control.

Este disgusto por el comercio y el capital privado no ponía obstáculos a los enormes logros tecnológicos ya mencionados. La reconstrucción de la Gran Muralla emprendida en el período Ming y el desarrollo del sistema de canales, el trabajo del hierro y la Armada imperial eran objetivos de ESTADO, pues la burocracia había afirmado al emperador que eran necesarios. Pero de la misma manera en que podían iniciarse estas empresas, también podían descuidarse. Se permitió el deterioro de los canales; el Ejército quedaba periódicamente sin nuevos equipos; se descuidaban los relojes astronómicos (construidos alrededor de 1090); las fundiciones de hierro fueron cayendo en desuso. Estos no eran los únicos obstáculos puestos al crecimiento económico. La impresión estaba restringida a trabajos eruditos y no se empleaba para la expansión del conocimiento práctico y mucho menos para la crítica social. La utilización del papel moneda era discontinua. Las ciudades chinas jamás disfrutaron de la autonomía de sus contrapartidas occidentales; no había burgos chinos, con todo lo que implica este concepto; cuando el emperador cambiaba de residencia, cambiaba también la ciudad capital. Y sin embargo los comerciantes y otros empresarios no podían progresar sin estímulo oficial, e incluso aquellos que adquirieron riqueza tendían a invertirla en tierra y educación en lugar de hacerlo en el desarrollo protoindustrial. De la misma manera, la prohibición del comercio y la pesca ultramarinos eliminó otro estímulo potencial a la expansión económica regular; el comercio exterior que se produjo con los por-

tugueses y holandeses en los siglos siguientes era de mercancías de lujo y estaba controlado por funcionarios (aunque hubo indudablemente muchas evasiones).

Por lo tanto, la China Ming era una tierra mucho menos vigorosa y emprendedora de lo que había sido cuatro siglos antes con la dinastía Song. Por supuesto, en el período Ming había técnicas agrícolas más avanzadas, pero al cabo de un tiempo incluso estas actividades intensivas de granja y el uso de tierras marginales empezó a resultar insuficiente para el crecimiento de población. Este crecimiento sólo sería controlado por los instrumentos malthusianos de la plaga, las inundaciones y la guerra, cosas todas éstas muy difíciles de manejar. Ni siquiera el reemplazo de los Ming por los más vigorosos Manchúes después de 1644 pudo detener la continua decadencia relativa.

Hay un último detalle que puede resumir esta historia. En 1736 —precisamente cuando comenzaban a florecer las fundiciones de hierro de Abraham Darby en Coalbrookdale— se abandonaron por completo los altos hornos y hornos de coque de Henan y Hebei. Habían sido grandes antes de que el Conquistador desembarcara en Hastings. No volverían a reanudar la producción hasta el siglo XX.

EL MUNDO MUSULMÁN

Hasta los primeros marinos europeos que visitaron China a comienzos del siglo XVI hubieran podido observar que se trataba de un país que se había encerrado en sí mismo, aun cuando se sintieran impresionados por su tamaño, población y riquezas. En ese momento, sin embargo, no hubiera podido hacerse la misma observación respecto del Imperio otomano, que se hallaba entonces

en los estadios medios de su expansión y que, al estar más cerca de casa, era en consecuencia mucho más amenazador para la Cristiandad. De hecho, considerados desde la más amplia perspectiva histórica y geográfica, sería justo afirmar que fueron los Estados musulmanes los que constituyeron las fuerzas de más rápida expansión durante el siglo XVI. No sólo avanzaban hacia el oeste los turcos, sino que también la dinastía safawí en Persia disfrutaba de un resurgimiento de poder, prosperidad y gran cultura, sobre todo durante los reinados de Ismail I (1500-1524) y Abbas I (1587-1629); una cadena de poderosos khanatos musulmanes seguía controlando la Ruta de la Seda por Kashgar y Turfán hasta China, semejante a la cadena de los Estados islámicos del África occidental como Borny, Sokoto y Tombuctú; a comienzos del siglo XVI fuerzas musulmanas conquistaron el Imperio hindú en Java y el rey de Kabul, Baber, entró en la India por la ruta del conquistador desde el Noroeste y estableció el Imperio mongol en 1526. Aunque al principio esta influencia en la India fue vacilante, se consolidó con éxito durante el reinado de Akbar (1556-1605), nieto de Baber, quien construyó un imperio indio norteño que se extendía desde el Beluchistán al Oeste hasta Bengala al Este. Durante el siglo XVII, los sucesores de Akbar avanzaron más al Sur contra los mahratas hindúes, al mismo tiempo que los holandeses, británicos y franceses entraban en la península india desde el mar, y por supuesto de manera mucho menos eficaz. A estos signos seculares del crecimiento musulmán hay que agregar el gran aumento en número de fieles en África y la India, en comparación con el cual palidecía el proselitismo de las misiones cristianas.

Pero, por supuesto, el mayor desafío musulmán a la joven Europa moderna era el de los turcos otomanos o, más bien, el de su formidable ejército y las refinadas técnicas de asedio de la época. Ya a comienzos del siglo XVI sus dominios se extendían desde Crimea (donde habían destruido asentamientos comerciales genoveses) y el Egeo (donde estaban desmantelando el Imperio veneciano) hasta el Levante. Hacia 1526, las fuerzas otomanas habían capturado

Damasco y al año siguiente entraron en Egipto, masacrando a las fuerzas de mamelucos con el uso del cañón turco. Después de cerrar de esta manera la ruta de las especias de las Indias, subieron por el Nilo, atravesaron el mar Rojo hacia el océano índico y combatieron las incursiones portuguesas. Si esto perturbó a los marinos españoles, no fue nada comparado con el terror que inspiraban los ejércitos turcos a los príncipes y pueblos de la Europa oriental y del sur. Los turcos tenían ya Bulgaria y Serbia y eran la influencia predominante en Valaquia y en los alrededores del mar Negro; pero durante el reinado de Solimán II (1520-1566) se reanudó la presión contra Europa y siguió hacia el Sur el impulso que los llevara a Egipto y Arabia. Hungría, el gran bastión oriental de la Cristiandad de la época, no pudo seguir resistiendo a los ejércitos turcos y después de la batalla de Mohács, en 1526, fue derrotada; casualmente, ese mismo año Baber obtuvo una victoria en Panipat, después de la cual se estableció el Imperio mongol. ¿Le sucedería a Europa lo que le había sucedido al norte de la India? En 1529, con los turcos asediando Viena, esto debió parecer posible para algunos. En la realidad, se mantuvo la línea colocada entonces al norte de Hungría y el Sacro Imperio Romano; pero a partir de entonces los turcos constituyeron un peligro constante y ejercieron una presión militar que nunca pudo ignorarse del todo. Todavía en una fecha avanzada como 1683, volvieron a asediar Viena[7].

La expansión del poder naval otomano fue casi igualmente alarmante en muchos sentidos. Como Kubilai Khan en China, los turcos habían constituido una armada sólo para reducir una fortaleza enemiga rodeada por mar, en este caso Constantinopla, a la que el sultán Mehmet bloqueó con grandes galeras y cientos de naves más pequeñas que favorecieron el asalto de 1453. Desde entonces se usaron formidables flotas de galeras en operaciones a través del mar Negro, en el avance hacia el Sur, en dirección a Siria y Egipto y en una serie de luchas con Venecia para obtener el control de las islas del Egeo: Rodas, Creta y Chipre. Durante las primeras déca-

das del siglo XVI las flotas veneciana, genovesa y habsburguesa mantuvieron a distancia el poder naval otomano, pero a mediados de siglo las fuerzas navales musulmanas operaban a lo largo de la costa norteafricana, asaltaban puertos en Italia, España y las Baleares y finalmente se las arreglaron para tomar Chipre en 1570-1571, antes de ser detenidas en la batalla de Lepanto[8].

Por supuesto, el Imperio otomano era mucho más que una máquina militar. Los otomanos —una elite conquistadora como la de los manchúes en China— habían establecido una unidad de fe, cultura y lenguaje oficiales en una región más dilatada que el Imperio romano y a una gran cantidad de pueblos sometidos. Durante siglos antes de 1500 el mundo del Islam había sido cultural y tecnológicamente más avanzado que Europa. Sus ciudades eran más grandes, estaban bien iluminadas y alcantarilladas y algunas de ellas poseían universidades, bibliotecas y mezquitas sorprendentemente hermosas. Los musulmanes habían detentado el liderazgo en matemáticas, cartografía, medicina y muchos otros aspectos de la ciencia y la industria (molinos, fabricación de armas, faros, crianza de caballos). El sistema otomano de reclutamiento de los futuros jenízaros entre la juventud cristiana de los Balcanes había producido cuerpos de tropas dedicados y uniformes. La tolerancia de otras razas había llevado al servicio del sultán a muchos griegos, judíos y gentiles de talento: en el sitio de Constantinopla, un húngaro había sido el principal artillero de Mehmet. Bajo la égida de un líder con éxito como Solimán I, una sólida burocracia supervisaba catorce millones e Inglaterra apenas dos millones y medio de habitantes. En su apogeo, Constantinopla era mayor que cualquier ciudad europea. En 1600 tenía más de 500 000 habitantes.

Sin embargo, también los turcos otomanos iban a fracasar, a volverse hacia dentro y a perder la oportunidad del dominio del mundo, aunque esto sólo fue evidente un siglo después de la decadencia Ming, notablemente semejante. En cierta medida podría decirse que este proceso fue la consecuencia natural de los ante-

riores éxitos turcos: el Ejército otomano, por bien administrado que estuviera, podía mantener las vastas fronteras pero no podía seguir expandiéndose sin un coste enorme en hombres y dinero; y el imperialismo otomano, a diferencia de los posteriores español, holandés e inglés, no produjo mucho en el terreno económico. Hacia la segunda mitad del siglo XVI el Imperio mostraba signos de hiperextensión estratégica, con un gran ejército estacionado en Europa central, una onerosa armada operando en el Mediterráneo, tropas ocupadas en el norte de África, el Egeo, Chipre y el mar Rojo y con necesidad de refuerzos para sostener Crimea contra el poder ruso en ascenso. No había un flanco tranquilo ni siquiera en el Oriente Próximo, a causa de una desastrosa división religiosa del mundo musulmán que se produjo cuando la rama chiíta, con base en Irak y después en Persia, desafió las prácticas y enseñanzas sunníes por entonces predominantes. Por momentos la situación se parecía a la de las luchas religiosas contemporáneas en Alemania y sólo por la fuerza podía el sultán mantener el dominio, es decir, si destruía a los disidentes chiítas. No obstante, al otro lado de la frontera el reino chiíta de Persia, con Abbas *el Grande* al frente, estaba preparado para aliarse con los Estados europeos contra los otomanos, de la misma manera que Francia había trabajado con el turco «infiel» contra el Sacro Imperio Romano. Con este despliegue de adversarios, el Imperio otomano hubiera necesitado un gobierno notable para mantener su crecimiento, pero después de 1566 reinaron trece sultanes incompetentes sucesivamente.

Sin embargo, los enemigos exteriores y los fracasos personales no lo explican todo. El sistema en su totalidad sufrió cada vez más, como el de la China de los Ming, de algunos de los problemas de la centralización, el despotismo y el exceso de ortodoxia en su actitud hacia la iniciativa, la disidencia y el comercio. Un sultán idiota podía paralizar el Imperio otomano de una manera que ni un Papa ni un emperador del Sacro Imperio podía hacer con Europa. Sin órdenes claras de la instancia superior, las arterias de la buro-

cracia se endurecieron, optaron por el conservadurismo en lugar del cambio y sofocaron la innovación. La falta de expansión territorial y consiguientes saqueos después de 1150, junto con el alza de precios, hizo que jenízaros descontentos se dedicaran al pillaje interno. Los comerciantes y empresarios, casi todos ellos extranjeros, a quienes antes se había estimulado, se encontraron sujetos a impuestos imprevisibles, cuando no se les arrebataba directamente su propiedad. Deudas cada vez más altas arruinaron el comercio y despoblaron las ciudades. Tal vez los más perjudicados hayan sido los campesinos, cuyas tierras y ganado fueron expropiados por los soldados. Al mismo tiempo que se deterioraba la situación, los funcionarios civiles se dedicaban al robo, solicitaban sobornos y confiscaban lotes de mercancías. El coste de la guerra y la pérdida del comercio asiático durante la lucha con Persia intensificaron la desesperada busca de nuevos ingresos por parte del Gobierno, lo que a su vez entregó mayores poderes a recaudadores sin escrúpulos[9].

En un sentido muy preciso, la airada respuesta al desafío religioso chiíta reflejaba y anticipaba un endurecimiento de las actitudes oficiales hacia todas las formas de libertad de pensamiento. Se prohibió la impresión porque podía diseminar opiniones peligrosas. Las nociones económicas permanecieron en un estadio primitivo: se aceptaban importaciones de productos occidentales pero estaba prohibida la exportación; se apoyó a los gremios en sus esfuerzos por controlar la innovación y el ascenso de productores «capitalistas»; se intensificó la crítica religiosa a los comerciantes. Los turcos, que despreciaban las ideas y prácticas europeas, se negaron a adoptar los métodos más avanzados para contener las plagas; en consecuencia, su población sufrió graves epidemias. En un sorprendente ataque de oscurantismo, una fuerza de jenízaros destruyó un observatorio del Estado en 1580, alegando que había provocado una plaga[10]. Las fuerzas armadas se habían convertido en un bastión de conservadurismo. Pese a observar, y en ocasiones

padecer, el nuevo armamento de los ejércitos europeos, los jenízaros se tomaron su tiempo para modernizarse.

Sus voluminosos cañones no fueron reemplazados por la artillería más ligera. Después de su derrota en Lepanto, no construyeron el tipo de buque europeo, más grande. En el Sur, se ordenó simplemente a la flota musulmana que permaneciera en las aguas más tranquilas del mar Rojo y el golfo Pérsico, para eludir así la necesidad de construir buques que pudieran navegar por el océano, según el modelo portugués. Tal vez haya razones técnicas que ayuden a explicar estas decisiones, pero el conservadurismo cultural y tecnológico desempeñó también su papel (en cambio, los corsarios de Berbería adoptaron rápidamente el navío de guerra tipo fragata).

Las anteriores observaciones sobre el conservadurismo podrían hacerse con igual o mayor razón con respecto al Imperio mongol. Pese al descomunal tamaño del reino en su momento de apogeo y el genio militar de alguno de sus emperadores, pese a la brillantez de sus Cortes y la perfección de sus productos de lujo, pese incluso a una sofisticada red bancaria y crediticia, el sistema era débil: una elite musulmana conquistadora en lo alto de una gran masa de campesinos empobrecidos que en su mayoría eran de fe hindú. En las propias ciudades había una considerable cantidad de comerciantes, mercados abundantes y entre las familias hindúes una actitud hacia la manufactura, el comercio y el crédito que podría transformarlos en excelentes ejemplos de la ética protestante de Weber. Pero contra esta imagen de una sociedad emprendedora preparada para el «despegue» económico antes de ser víctima del imperialismo británico existen retratos más oscuros de muchos factores indígenas que actuaron como frenos en la vida india. La propia rigidez de los tabúes religiosos hindúes obstaculizaba la modernización: no se podía matar a roedores e insectos, de modo que se perdían enormes cantidades de alimentos; las costumbres sociales referentes al manejo de basura y excrementos producían condiciones insalubres permanentes, un campo de cultivo para las

plagas bubónicas; el sistema de castas sofocaba la iniciativa, estimulaba el ritual y restringía el mercado; y la influencia que ejercían los sacerdotes brahmanes sobre los gobernantes locales indios significaba que ese oscurantismo actuaba en los niveles más altos. Había obstáculos sociales profundos a cualquier intento de cambio radical. No es de extrañar que más tarde muchos británicos, después de saquear y luego tratar de gobernar la india según principios utilitarios, terminaran por abandonarla con el sentimiento de que el país seguía siendo un misterio para ellos[11].

Pero el Gobierno mongol apenas podía compararse con la administración conducida por el Servicio Civil Indio. Las brillantes cortes eran centros de consumo conspicuo a una escala que hasta el Rey Sol hubiera considerado excesiva en Versalles. Miles de sirvientes y desocupados, ropas, joyas, harenes y menajes extravagantes, enormes despliegues de cuerpos de guardia que sólo podían pagarse creando una máquina de pillaje sistemático. Los recaudadores de impuestos, a quienes sus amos exigían sumas fijas, se cebaban sin piedad en campesinos y comerciantes; fuera cual fuese la situación de las cosechas o el comercio, el dinero tenía que reunirse. Como, aparte de la rebelión, no había frenos constitucionales ni de ninguna otra especie, no era sorprendente que se llamara «comida» a los impuestos. A cambio de este tributo anual colosal, la población recibía apenas nada. Había pocos adelantos en las comunicaciones y ninguna ayuda organizada en caso de hambre, inundaciones y peste, cosas que, por supuesto, eran habituales. Esto hace que por comparación la dinastía Ming parezca benigna y casi progresista. Técnicamente, el Imperio mongol entró en declive porque se hizo cada vez más difícil de mantener luchando con los mahratas en el Sur, los afganos en el Norte y, por último, la Compañía de las Indias Orientales. En realidad, las razones de su decadencia fueron mucho más internas que externas.

DOS FORASTEROS: JAPON Y RUSIA

En el siglo XVI había otros dos Estados que, aunque no se acercaban en tamaño y población a los imperios Ming, Otomano y Mongol, daban señales de consolidación política y crecimiento económico. En el Extremo Oriente, Japón avanzaba en el mismo momento en que su vecino chino comenzaba a atrofiarse. La geografía daba una ventaja estratégica a los japoneses (como también a los británicos) porque la insularidad ofrecía una protección contra invasiones por tierra que China no poseía. No obstante, la separación entre las islas de Japón y el territorio asiático no era en absoluto completa y una buena parte de la cultura y la religión japonesas era una adaptación de la civilización más antigua. Pero mientras China era gobernada por una burocracia unificada, en Japón el poder se hallaba en manos de señores feudales, de estructura clánica; y el emperador no tenía verdadero poder. El Gobierno centralizado que había existido en el siglo XVI había sido reemplazado por una perpetua lucha entre clanes; semejante a la lucha entre sus equivalentes en Escocia. Esta no era una circunstancia ideal para comerciantes y mercaderes, pero no obstaculizó demasiado la actividad económica. Tanto en tierra como en el mar, los empresarios trataban con señores de la guerra, y aventureros militares, cada uno de los cuales veía el beneficio que había en el comercio marítimo del este de Asia. Los piratas japoneses asaltaban las costas de China y Corea para saquearlas mientras al mismo tiempo otros japoneses aprovechaban la oportunidad de intercambiar mercancías con los visitantes portugueses y holandeses de Occidente. Las misiones cristianas y productos europeos penetraron en la sociedad japonesa con mucha más facilidad que en el remoto y autosuficiente Imperio Ming[12].

Esta escena animada, aunque turbulenta, se alteraría pronto con el uso creciente de armamento europeo importado. Como sucedía en todas partes del mundo, el poder gravitaba en torno a aquellos individuos o grupos que poseían los recursos necesarios para

mandar un gran ejército de mosqueteros y, sobre todo, de cañones. En Japón el resultado de esta tendencia fue la consolidación de la autoridad del gran jefe militar Hydeyoshi, cuyas aspiraciones lo llevaron a intentar por dos veces la conquista de Corea. Sus intentos fracasaron y cuando Hydeyoshi murió en 1598 la guerra civil volvió a amenazar el Japón; pero pocos años después el poder se había consolidado en manos de Ieyasu y sus amigos shogunes del clan Tokugawa. Esta vez el gobierno militar centralizado era inconmovible.

En muchos sentidos, el Japón de Tokugawa tenía las características de las «nuevas monarquías» que habían surgido en el Oeste durante el siglo anterior. La gran diferencia era la renuncia del shogunado a la expansión marítima y en realidad a todo contacto con el mundo exterior. En 1636 se detuvo la construcción de barcos para la navegación oceánica y se prohibió a los súbditos japoneses la navegación por alta mar. El comercio con los europeos quedó restringido al buque holandés que fondeaba en Deshima, en el puerto de Nagasaki; se expulsó a los otros. Aún más temprano, prácticamente todos los cristianos (extranjeros y nativos) fueron asesinados sin piedad por órdenes del shogunado. Es evidente que el motivo que había detrás de estas drásticas medidas era la decisión del clan Tokugawa de lograr el control indiscutible; en consecuencia, se consideraba subversivos a extranjeros y cristianos. Pero también lo eran potencialmente otros señores feudales, por lo que se les exigió pasar medio año en la capital y por lo que, durante esos seis meses en los que se les permitía residir en sus Estados, sus familias tenían que permanecer en Yedo (Tokio), virtualmente como rehenes.

Esa uniformidad impuesta no obstaculizó, por sí misma, el desarrollo económico, y tampoco impidió notables logros artísticos. La paz nacional era buena para el comercio, las ciudades y la población global crecían y el uso cada vez más habitual de pagos con dinero realzaba la importancia de comerciantes y banqueros. No obstante, estos últimos no alcanzaron nunca la importancia social

y política que adquirieron en Italia, los Países Bajos y Gran Bretaña, y obviamente los japoneses eran incapaces de conocer y adoptar los adelantos tecnológicos e, industriales que se producían en otros lugares. Como la dinastía Ming, el shogunado Tokugawa decidió deliberadamente, con pocas excepciones, apartarse del resto del mundo. Tal vez esto no haya retrasado las actividades económicas en el propio Japón, pero sí perjudicó el poder relativo del Estado japonés. Como despreciaban el comercio y se les prohibía viajar o exhibir sus armas salvo en ocasiones de ceremonia, los samurais al servicio de sus señores vivían una vida de ritual y aburrimiento. Durante dos siglos el sistema militar se atrofió, de modo que en 1853, cuando llegaron los famosos «barcos negros» del comodoro Perry, poco podía hacer el espantado gobierno japonés aparte de satisfacer la demanda americana de carbón y otros materiales.

Al comienzo de su período de consolidación y crecimiento políticos Rusia se asemejaba en varios aspectos a Japón. Muy alejada geográficamente de Occidente —en parte a causa de las malas comunicaciones y en parte a causa de que las luchas periódicas con Lituania, Polonia y Suecia, el Imperio otomano cortaba las rutas existentes—, el reino de Moscovia estaba sin embargo muy influido por su herencia europea, transmitida en gran parte por la Iglesia ortodoxa rusa. Además, fue desde Occidente desde donde llegó la solución duradera a la vulnerabilidad de Rusia frente a los jinetes de las planicies asiáticas: los mosquetes y cañones. Con estas nuevas armas Moscú podía afirmarse como uno de los «imperios de la pólvora», y, en consecuencia, expandirse. El avance hacia Occidente era difícil porque los suecos y polacos también tenían esos armamentos, pero la expansión colonial hacia las tribus y khanatos del Sur y del Este fue mucho más sencilla a causa de esta ventaja tecnológico-militar. Hacia 1556, por ejemplo, las tropas rusas habían llegado al mar Caspio. La expansión militar fue acompañada, y a veces hasta eclipsada, por los exploradores y pioneros que avanzaban constantemente hacia el este de los Urales, a través de

Siberia, y habían llegado incluso a la costa del Pacífico hacia 1638[13]. Pese a su superioridad duramente conseguida sobre los jinetes mongoles, en el crecimiento del Imperio ruso no hubo nada fácil o inevitable. Cuantos más pueblos se conquistaban, mayores eran las posibilidades de disensiones internas y revueltas. La nobleza nativa se agitaba incluso después de la purga que *Iván el Terrible* hizo entre sus filas. El khanato tártaro de Crimea seguía siendo un enemigo poderoso; sus tropas saquearon Moscú en 1571 y mantuvo la independencia hasta finales del siglo XVIII. Los peligros que venían de Occidente eran aún mayores: los polacos, por ejemplo, ocuparon Moscú entre 1608 y 1613.

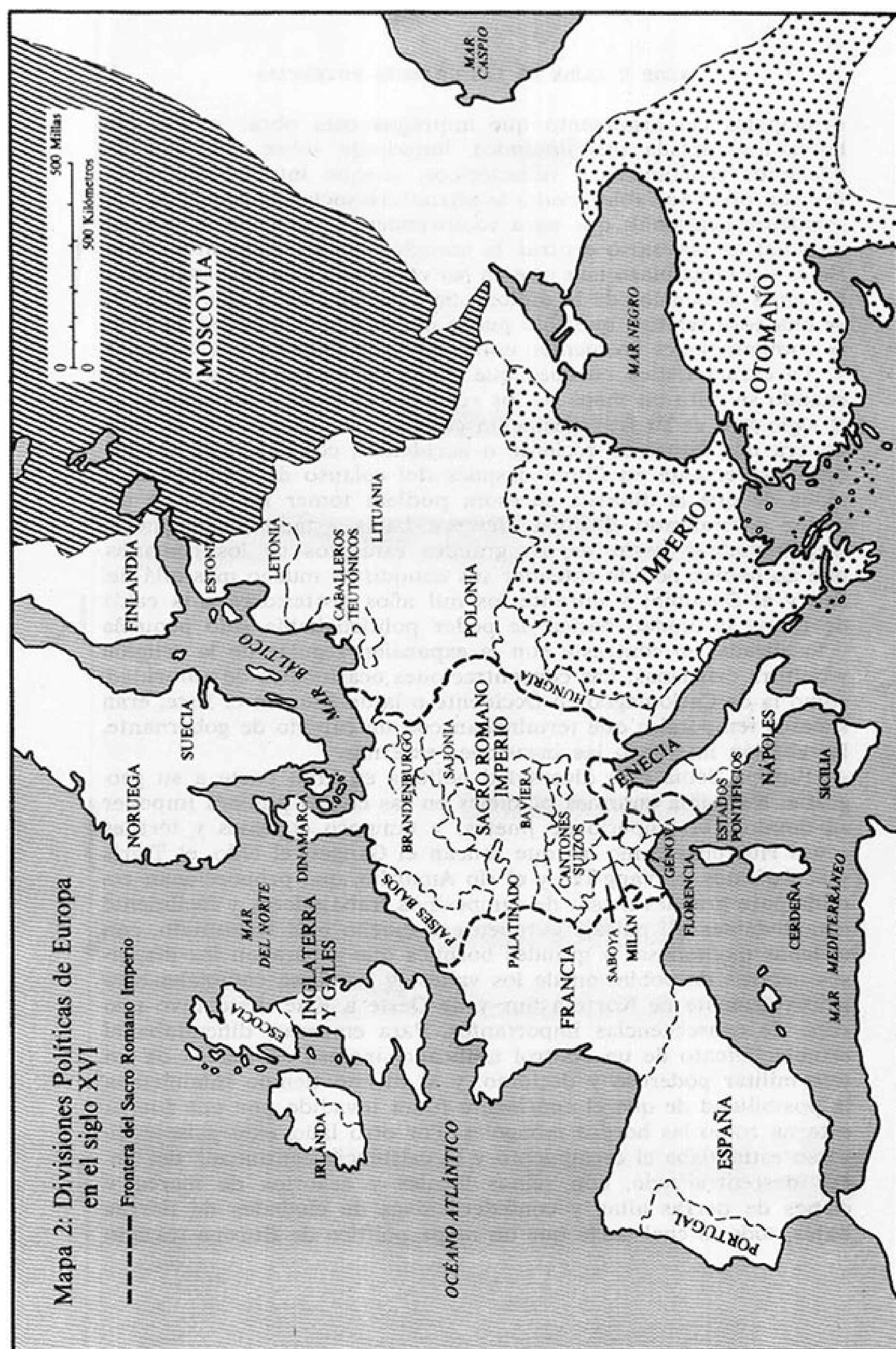
Otro punto débil era que, pese al intercambio con Occidente, Rusia seguía tecnológicamente atrasada y económicamente subdesarrollada. Los extremos climáticos y las enormes distancias y malas comunicaciones eran en parte responsables de ello, pero también lo eran graves problemas sociales: el absolutismo militar de los zares, el monopolio de la educación en manos de la Iglesia ortodoxa, la venalidad y arbitrariedad de la burocracia y la institución de la servidumbre, que hacía feudal y estática la agricultura. No obstante, pese al atraso relativo y a las desventajas, Rusia siguió expandiéndose e imponiendo en sus nuevos territorios la misma fuerza militar y el gobierno autocrático que se habían utilizado para forzar a la obediencia a los moscovitas. De Europa se había obtenido lo bastante como para dar al régimen la fortaleza armada necesaria para cuidarse, mientras que al mismo tiempo se resistía cualquier otra posibilidad de «modernización» social y política occidental. Por ejemplo, en Rusia se segregaba a los extranjeros de los nativos para evitar influencias subversivas. A diferencia de otros despotismos mencionados en este capítulo, el Imperio de los zares se las arreglaría para sobrevivir y Rusia llegaría a ser un poder mundial. No obstante, en 1500 e incluso en 1650, esto no resultaba demasiado evidente para muchos franceses, holandeses e ingleses, quienes probablemente sabían tanto sobre el gobernante ruso como sobre el legendario Preste Juan[14].

EL «MILAGRO EUROPEO»[15]

¿Por qué se produjo entre los pueblos dispersos y poco sofisticados que habitaban la parte occidental del continente euroasiático un proceso imparable de desarrollo económico e innovación tecnológica que los transformaría en líderes comerciales y militares en los asuntos mundiales? Ésta es una pregunta que ha preocupado a eruditos y otros observadores durante siglos y lo único que pueden hacer los siguientes párrafos es presentar una síntesis de opiniones. Sin embargo, por esquemático que deba ser necesariamente este resumen, posee la ventaja de exponer las líneas principales del argumento que impregna esta obra: o sea, que había involucrada una *dinámica,* impulsada sobre todo por los adelantos económicos y tecnológicos, aunque interactuaba siempre con otras variables, como la estructura social, la geografía y el accidente ocasional; que para comprender el curso de la política mundial es necesario centrar la atención en los elementos materiales y a largo plazo más que en las vaguedades de personalidad o los giros semanales de la diplomacia y la política; y que el poder es una cosa relativa que sólo puede describirse y medirse mediante comparaciones frecuentes entre diversos Estados y sociedades.

La característica europea que llama de inmediato la atención cuando se mira un mapa de los «centros de poder» del mundo en el siglo XVI, es su fragmentación política (ver mapas 1 y 2). Esta no era una situación reciente o accidental, como la que se produjo brevemente en China después del colapso de un imperio y antes de que la dinastía sucesora pudiera tomar las riendas del poder centralizado. Europa *siempre* había estado políticamente fragmentada a pesar de los grandes esfuerzos de los romanos, que no habían podido extender sus conquistas mucho más allá del Rin y el Danubio; y durante los mil años posteriores a la caída de Roma la unidad básica de poder político había sido pequeña y localizada, en contraste con la expansión regular de la religión y cultura cristianas. Las concentraciones ocasionales de autoridad, como la de

Carlomagno en Occidente o la de Kiev en el Este, eran sucesos temporales que terminaban con un cambio de gobernante, la rebelión interna o las invasiones externas.



Mapa 2. Divisiones políticas de Europa en el siglo XVI

Europa debía esta diversidad política en gran parte a su geografía. No había enormes planicies en las cuales pudiera imponer su dominio un imperio de jinetes; y tampoco enormes y fértiles zonas ribereñas como las que rodean el Ganges, el Nilo, el Tigris y el Éufrates, el Yang-Tzé y el río Amarillo, que proporcionan comida para grandes masas de campesinos trabajadores y fácilmente conquistables. El paisaje europeo era mucho más fracturado, con cadenas montañosas y grandes bosques que separaban los dispersos centros de población de los valles; y su clima cambiaba considerablemente de Norte a Sur y de Oeste a Este. Esto tuvo una serie de consecuencias importantes. Para empezar, dificultaba el establecimiento de un control unificado, incluso en manos de un jefe militar poderoso y decidido, y al mismo tiempo minimizaba la posibilidad de que el continente fuera invadido por una fuerza externa como las hordas mongoles. Por otro lado, este paisaje diverso estimulaba el crecimiento y la existencia continuada del poder descentralizado, con reinos locales y señoríos de marca y clanes de tierras altas y confederaciones de ciudades de tierras bajas, todo lo cual hacía que un mapa político de Europa trazado en cualquier momento posterior a la caída de Roma pareciera un edredón hecho con muchos trozos de tela de diferente color. Los dibujos de ese edredón podían variar entre siglo y siglo, pero jamás pudo usarse un solo color para significar la existencia de un imperio unificado[16].

El clima diferenciado de Europa rindió productos diferenciados, apropiados para el intercambio; y con el tiempo, a medida que se desarrollaban las relaciones de mercado, fueron transportados por los ríos o los senderos que se abrían en los bosques entre una zona habitada y otra. Tal vez la característica más importante de este comercio fuera que consistía sobre todo en productos voluminosos: madera, grano, lana, arenques, etc., que atendían a las necesidades de la creciente población de la Europa del siglo XV, más que en el tipo de producto de lujo que llevaban las caravanas orientales. Aquí también desempeñó un papel importante la geo-

grafía, porque el transporte por agua de estas mercaderías era mucho más económico y Europa tenía muchos ríos navegables. El hecho de estar rodeada de mares estimuló la industria vital de la construcción naval y a fines de la Edad Media existía un floreciente comercio marítimo entre el Báltico, el mar del Norte, el Mediterráneo y el mar Negro. Por supuesto, este tráfico era interrumpido por guerras y se veía afectado por desastres locales como malas cosechas y peste; pero en general siguió expandiéndose, aumentando la prosperidad de Europa y enriqueciendo su dieta y llevando a la creación de nuevos centros de riqueza como las ciudades Hanseáticas o italianas. A su vez, los intercambios regulares de productos a grandes distancias estimularon el aumento de letras de cambio, un sistema crediticio y bancario a escala internacional. La propia existencia del crédito mercantil y después de letras de seguro permitía una *predicción* básica de las condiciones económicas que hasta entonces los comerciantes habían conocido raras veces en ningún lugar del mundo[17].

Además, como gran parte de este comercio se realizaba en las turbulentas aguas del mar del Norte y en la bahía de Vizcaya —y también porque la pesca de altura se convirtió en una fuente importante de alimento y riqueza—, los astilleros se vieron obligados a construir navíos fuertes (aunque algo lentos y poco elegantes), capaces de trasladar grandes pesos y basados sólo en el viento como fuerza propulsora. Aunque con el tiempo tuvieron más velas y mástiles y timones más sólidos, y por lo tanto se hicieron más fáciles de maniobrar, los «cargueros» del mar del Norte y sus sucesores no deben haber tenido una apariencia tan impresionante como los navíos más ligeros que recorrían las costas del Mediterráneo oriental y el océano índico; pero, como veremos, a largo plazo demostrarían poseer ventajas evidentes[18].

Las consecuencias políticas y sociales de este crecimiento descentralizado y en su mayor parte no supervisado del comercio y los comerciantes, los puertos y mercados, fueron muy significativas. En primer lugar no había forma de suprimir totalmente esas

tendencias económicas. Esto no quiere decir que el surgimiento de las fuerzas de mercado no molestara a muchos de los que detentaban la autoridad. Los señores feudales, que sospechaban de las ciudades como centros de disidencia y santuarios para los siervos, trataron a menudo de recortar sus privilegios. Como en todas partes, se persiguió con frecuencia a los comerciantes, robando sus mercancías y confiscando su propiedad. Los pronunciamientos papales contra la usura se parecían en muchos sentidos al disgusto que sentían los confucianos por los intermediarios y prestamistas. Pero lo fundamental es que en Europa no existía una autoridad uniforme que pudiera detener de manera eficaz tal o cual tendencia comercial; no había ningún gobierno central cuyo cambio de prioridades pudiera producir el ascenso o caída de una industria particular; no había un saqueo sistemático y universal de hombres de negocios y empresarios llevado a cabo por recaudadores de impuestos, como el que frenó la economía de la India mongol. Tomemos como ejemplo específico y evidente el de las circunstancias políticas fracturadas de la Europa de la Reforma, donde era inconcebible que todos aceptaran la división hecha por el Papa en 1494 del mundo de ultramar en esferas española y portuguesa; y aún más inconcebible que una orden que prohibiera el comercio ultramarino tuviera un efecto en la realidad (como sucedió en la China Ming y en el Japón de Tokugawa).

El hecho es que en Europa siempre hubo algunos príncipes y señores locales dispuestos a tolerar a los mercaderes y sus costumbres aun cuando otros los saquearan y expulsaran; y como ha quedado demostrado, los mercaderes judíos oprimidos, los trabajadores textiles flamencos arruinados y los hugonotes perseguidos se trasladaban y se llevaban consigo su potencial. Un barón del Rin que cobraba excesivos impuestos a los mercaderes transeúntes, descubría que las rutas comerciales se habían trasladado a otra parte, y con ellas sus ingresos. Un monarca que no hiciera honor a sus deudas tendría enormes dificultades para reunir dinero cuando surgiera la amenaza de una nueva guerra y necesitara rápida-

mente reunir fondos para equipar sus ejércitos y flotas. Los banqueros, traficantes de armas y artesanos eran miembros esenciales, no periféricos, de la sociedad. De manera gradual y desigual la mayoría de los regímenes europeos estableció una relación simbiótica con la economía de mercado a partir del establecimiento de un orden nacional y un sistema legal no arbitrario (incluidos los extranjeros) y de la percepción en impuestos de una participación en los crecientes beneficios del comercio. Mucho antes de que Adam Smith acuñara las palabras exactas, los gobernantes de ciertas sociedades de Europa occidental reconocían de forma tácita que «para sacar a un Estado de la barbarie y llevarlo a la mayor opulencia apenas se necesita algo más que paz, impuestos razonables y una administración de justicia tolerablemente buena…»[19]. De vez en cuando, los líderes menos perceptivos —como los españoles administradores de Castilla o algún que otro Borbón de Francia— mataban literalmente la gallina de los huevos de oro, pero la consiguiente decadencia de la riqueza y, por lo tanto, del poder militar, pronto se hacía evidente para todos excepto para los ciegos.

Probablemente, el único factor que hubiera podido producir una centralización de la autoridad hubiera sido un adelanto tan enorme en la tecnología del armamento por parte de un Estado, que todos sus oponentes quedaran destruidos o aterrados. Esto no era en absoluto imposible en el ritmo cada vez más veloz del desarrollo económico y técnico que se produjo en la Europa del siglo XV, a medida que la población del continente se recuperaba de la Peste Negra y florecía el Renacimiento italiano. Como ya hemos dicho, fue en este largo período comprendido entre 1450 y 1600 cuando se consolidaron en todas partes los «imperios de la pólvora». Moscovia, el Japón Tokugawa y la india mongol proporcionaban excelentes ejemplos de hasta dónde podía crecer un Estado que tuviera líderes que se aseguraran las armas y cañones con los que obligar a la obediencia a sus rivales.

Como además fue en la Europa de fines del medievo y comienzos de la era moderna donde más a menudo se refinaron nuevas técnicas de guerra, no era absurdo suponer que pudiera producirse un progreso tal que permitiera a una nación determinada dominar a sus rivales. Ya había signos que indicaban una creciente concentración de poder militar[20]. En Italia el uso de compañías de arqueros, protegidos cuando era necesario por soldados con picas, había clausurado la época del caballero en su caballo con su mal entrenada leva feudal; pero también era evidente que sólo los Estados más ricos, como Venecia y Milán, podían pagar los nuevos ejércitos que ofrecían los famosos *condottieri*. Además, alrededor de 1500 los reyes de Francia e Inglaterra habían conseguido en sus respectivos Estados un monopolio de la artillería y en consecuencia podían, si era necesario, aplastar a un súbdito excesivamente poderoso, aunque se refugiara detrás de los muros de un castillo. ¿No terminaría por conducir esta tendencia a un monopolio transnacional más grande que abarcara toda Europa? Muchos debieron hacerse esta pregunta alrededor de 1550 al observar las grandes concentraciones de tierras y ejércitos al mando del emperador Carlos V.

En el próximo capítulo hay un estudio detallado de ese intento habsburgués de lograr el dominio de Europa, así como de su fracaso. Pero aquí podemos dar brevemente la razón más general por la cual era imposible imponer la unidad en el continente. También en este caso era fundamental la existencia de una *variedad* de centros de poder económico y militar. No había en Italia una ciudad-Estado que pudiera luchar por sobresalir sin que las otras intervinieran para mantener el equilibrio; ninguna «nueva monarquía» podía aumentar sus dominios sin incitar a sus rivales a buscar compensación. Al producirse la Reforma se agregó el antagonismo religioso a las rivalidades tradicionales por el equilibrio de poder, lo cual haría que fueran aún menos practicables las perspectivas de centralización política. No obstante, la verdadera explicación es algo más profunda; al fin y al cabo, en Japón, la India y otros luga-

res la simple existencia de competidores y de rencores entre grupos guerreros era evidente, pero eso no bastó para evitar la unificación. Europa era distinta porque cada una de las fuerzas rivales tenía la posibilidad de lograr acceso a las nuevas técnicas militares, de modo que no había un solo poder que tuviera una ventaja decisiva. Por ejemplo, los servicios de los suizos y otros mercenarios estaban al alcance de cualquiera que pudiera pagarlos. No había un solo centro de producción de arcos ni tampoco de cañones, ya se tratase de los primeros cañones de bronce o de la artillería posterior de hierro, más barata; estos armamentos se fabricaban cerca de los depósitos de hierro del Weald, en la Europa central, en Málaga, en Milán, en Lieja y posteriormente en Suecia. De la misma manera, la proliferación de astilleros en diversos puertos desde el Báltico hasta el mar Negro hacía exactamente difícil para cualquier país monopolizar el poder marítimo, lo que a su vez ayudó a evitar la conquista y eliminación de centros rivales de producción de armamentos que estuvieran al otro lado del mar.

En consecuencia, no es tautológico decir que el sistema europeo de Estados descentralizados fue el gran obstáculo puesto a la centralización. Como existía una determinada cantidad de entidades políticas competidoras, la mayoría *de las cuales poseía o podía comprar los medios militares necesarios para mantener su independencia,* ninguna de ellas podía alcanzar sola la posibilidad de ejercer el dominio del continente.

Si bien esta interacción competitiva entre los Estados europeos parece explicar la ausencia de un «imperio de la pólvora» unificado en ese continente, no ofrece a primera vista la razón de la imparable ascensión de Europa al puesto de liderazgo global. Después de todo, ¿no habrían parecido insignificantes las fuerzas de que disponían las nuevas monarquías de 1500 si hubieran sido empleadas con los enormes ejércitos del sultán y las tropas innumerables del Imperio Ming? Esto era así a comienzos del siglo XVI y, en algunos aspectos, incluso en el XVII, pero en este último período el equilibrio del poder militar se inclinaba con mucha rapi-

dez a favor de Occidente. Para explicarse este cambio hay que señalar otra vez la descentralización del poder en Europa. Lo que provocó, sobre todo, fue una forma primitiva de carrera armamentista entre las ciudades-Estado primero y los reinos más grandes después. Probablemente esto tuviera en cierta medida raíces socioeconómicas. Cuando los ejércitos contendientes en Italia ya no estaban formados por caballeros feudales y sus gentes sino por piqueros, arqueros y una caballería (de flanco) pagada por los mercaderes y supervisados por los magistrados de una ciudad determinada, era casi inevitable que estos hombres exigieran resultados a cambio de su dinero… pese a las refinadas maniobras de los *condottieri* para seguir siendo necesarios; en otras palabras, las ciudades exigirían el tipo de armas y tácticas que pudieran producir una victoria rápida al tiempo que se pudieran reducir los gastos de la guerra. De la misma manera, cuando los monarcas franceses de finales del siglo XV tuvieron un ejército «nacional» bajo su control y pago directos, ansiaron ver que esta fuerza daba resultados decisivos[21].

Por la misma razón, este sistema de mercado libre, no sólo obligó a los numerosos *condottieri* a competir por obtener contratos, sino que también incitó a artesanos e inventores a mejorar sus productos para obtener nuevos encargos. Esta espiral armamentista, que ya se detectaba en la época de la manufactura de arcos y armaduras a principio del siglo XV, se acrecentó en los cincuenta años siguientes, con la experimentación con armas de fuego. Es importante tener en cuenta que cuando se empleó el cañón por primera vez había pocas diferencias entre Occidente y Asia con respecto a su diseño y eficacia. Esos tubos de hierro gigantescos que disparaban una bola de piedra y hacían un ruido enorme resultaban impresionantes y en ocasiones obtenían resultados; fue este tipo de arma el que usaron los turcos para bombardear los muros de Constantinopla en 1453. No obstante, el impulso a la mejora constante, parece haberse dado sólo en Europa: en los granos de pólvora, en la fundición de cañones mucho más pequeños

(pero igualmente poderosos, de bronce y aleaciones de estaño), en la forma y textura del cañón y el proyectil, en los montantes y transportes del arma. Todo esto aumentó en gran proporción el poder y la movilidad de la artillería y dio al poseedor de esas armas los medios para reducir las fortalezas más fuertes… como descubrieron con alarma las ciudades-Estado italianas cuando un ejército francés equipado con formidables cañones de bronce invadió Italia en 1494. Por lo tanto, apenas podía sorprender que se instara a inventores y eruditos a diseñar algún artilugio para luchar contra estos cañones (y todavía menos sorprendente que los cuadernos de notas de Leonardo de esa época contengan bosquejos de una ametralladora, un tanque primitivo y un cañón de propulsión a vapor)[22].

Esto no quiere decir que otras civilizaciones no hayan mejorado sus armamentos partiendo de los primeros diseños más primitivos. Algunas de ellas lo hicieron, habitualmente copiando los modelos europeos o convenciendo a los visitantes europeos (como los jesuitas en China) para que colaboraran con sus conocimientos. Pero como el gobierno Ming tenía el monopolio de los cañones y también lo tuvieron muy pronto los gobernantes de Rusia, Japón y la India mongol, había menos incentivos para mejorar esas armas una vez que se había establecido su autoridad. Al cerrarse en sí mismos los chinos y los japoneses descuidaron la necesidad de desarrollar la producción de armamentos. Aferrados a sus hábitos guerreros tradicionales, los jenízaros del Islam se negaron a interesarse demasiado por la artillería hasta que fue demasiado tarde para igualar el poder europeo. En cuanto a Rusia y el ejército mongol, como se enfrentaban a pueblos menos avanzados, no tenían una necesidad urgente de poseer, armamento avanzado, ya que el que tenían servía para espantar a sus oponentes. Tanto en el campo económico general como en el área específica de la tecnología militar, Europa —propulsada por un floreciente comercio armamentista— se puso decisivamente a la cabeza de otras civilizaciones y centros de poder.

Es preciso mencionar otras dos consecuencias de esta espiral armamentista. Una aseguró la pluralidad política de Europa; la otra, su eventual dominio marítimo. La primera es una historia sencilla y puede explicarse en dos palabras[23]. En el cuarto de siglo que siguió a la invasión francesa de 1494, y en ciertos aspectos incluso antes, algunos italianos habían descubierto que si se elevaban terraplenes dentro de los muros de la ciudad se reducía mucho el efecto del bombardeo de artillería; al chocar contra los compactos montículos de tierra, las balas de cañón perdían el impulso devastador que tenían sobre los muros exteriores. Si además estos terraplenes tenían delante una zanja profunda (y después una serie de bastiones protegidos desde los cuales podían dispararse mosquetes y cañones), constituían un obstáculo insuperable para la Infantería que participaba en el asedio. Esto devolvió la seguridad a las ciudades-Estado italianas, o al menos a aquellas que no habían caído en manos de un conquistador extranjero y poseía la gran cantidad de hombres necesaria para construir y poblar esas complejas fortificaciones. También dio ventaja a los ejércitos encargados de mantener a raya a los turcos, como las guarniciones cristianas de Malta y el norte de Hungría. Sobre todo, evitó que un solo poder europeo conquistara fácilmente a rebeldes y rivales como demostró el asedio prolongado que acompañó a la revuelta de los Países Bajos. Por ejemplo, las victorias obtenidas a campo abierto por la formidable Infantería española no llegaban a ser decisivas si el enemigo tenía bases muy fortificadas dentro de las cuales pudiera refugiarse. La autoridad adquirida mediante la pólvora por el shogunado Tokugawa o por Akbar en la India no tuvo réplica en Occidente, que continuó caracterizándose por el pluralismo político y su mortal asociada: la carrera armamentista.

El impacto de la «revolución de la pólvora» en el mar fue incluso mayor[24]. Como en el caso anterior, resulta sorprendente la semejanza en capacidad de construcción y poder naval que existió durante la Edad Media entre el norte de Europa, el mundo islámico y el Extremo Oriente. Incluso los grandes viajes de Cheng Ho y

el rápido avance de las flotas turcas en el mar Negro y el Mediterráneo oriental hubieran sugerido a un observador de 1400 o de 1450 que el futuro del desarrollo marítimo estaba en estos dos poderes. Además, no parece que hubiera demasiada diferencia entre estas tres regiones en cuento a cartografía, astronomía y el uso de instrumentos como el compás, el astrolabio y el cuadrante. Lo que era diferente era la *organización continuada*. O, como señala el profesor Jones: «dadas las distancias que, cubrían otros navegantes, como por ejemplo los polinesios, los viajes (ibéricos) son menos impresionantes que la capacidad europea para racionalizarlos y desarrollar los recursos que estaban a su alcance»[25]. La recopilación sistemática de datos geográficos por parte de los portugueses, la reiterada disposición de las casas comerciales genovesas a financiar aventuras atlánticas que podrían, en última instancia, compensar la pérdida del comercio en el mar Negro y —mucho más al Norte— el desarrollo metódico de las pesquerías de bacalao de Terranova: todo esto demostraba una permanente disposición a ir más allá que no se veía en otras sociedades de la época.

Tal vez el acto más importante de «racionalización» haya sido la permanente mejora del armamento naval. La colocación de cañones en los navíos era bastante natural en una época en la que la guerra naval se parecía tanto a la terrestre; de la misma manera que los castillos medievales tenían arqueros en los muros y torres para rechazar a un ejército, también los enormes barcos comerciales genoveses, venecianos y aragoneses utilizaban hombres, armados con arcos y colocados en los «castillos» de proa y de popa, para defenderse contra los piratas musulmanes del Mediterráneo. Esto podía producir grandes pérdidas entre la tripulación de las galeras, aunque no necesariamente las suficientes como para salvar a un mercante detenido por falta de viento si sus atacantes estaban realmente decididos. Sin embargo, en cuanto los marinos advirtieron los progresos que se habían hecho en el diseño de armas en tierra (es decir, que los nuevos cañones de bronce eran mucho más pequeños, más potentes y menos peligrosos para los

artilleros que las enormes bombardas de hierro), pudo redecirse que estas armas se colocarían a bordo. Al in y al cabo, en China y en Occidente ya se habían instalado en los buques de guerra catapultas, trabucos y otros tipos de instrumentos disparadores de proyectiles. Pero los cañones, aun cuando se convirtieron en armas menos peligrosas para sus artilleros, planteaban problemas considerables: dada la mayor cantidad de pólvora, el retroceso podía ser impresionante, pues podía enviar el cañón al otro lado de la cubierta si no se sujetaban, y estas armas seguían siendo lo bastante pesadas como para desequilibrar un barco si las había en cantidades considerables a bordo (sobre todo, en los castillos). Allí era donde el navío robusto, de casco redondeado, de tres mástiles y capaz de navegar con cualquier tiempo tenía mayores ventajas en comparación con las galeras esbeltas de las aguas de los mares Mediterráneo, Báltico y Negro y también con el *dhow* árabe y hasta el junco chino. En cualquier caso, podía disparar en un abanico más amplio manteniendo la estabilidad, aunque por supuesto de vez en cuando se producían catástrofes. Pero en cuanto se advirtió que si se colocaban esas armas en el centro del barco en lugar de colocarlas en los castillos la plataforma de tiro era mucho más segura, el *poder potencial* de estas carabelas y galeones fue formidable. Comparados con ellos, los navíos más ligeros tenían la doble desventaja de su menor capacidad para aportar armas y su mayor vulnerabilidad a las balas de cañón.

Es necesario subrayar las palabras *poder potencial* porque la evolución del navío con capacidad de disparo a largo alcance fue lenta y con frecuencia desigual. Se construyeron muchos tipos híbridos, algunos de los cuales llevaban múltiples mástiles, cañones y filas de remos. En el siglo XVI todavía podían verse en el canal de la Mancha veleros tipo galera. Además, había razones considerables para favorecer la continuidad de las galeras en los mares Mediterráneo y Negro; en muchas ocasiones eran más veloces, más manejables en aguas cercanas a la orilla y, por lo tanto, más fáciles de utilizar en conjunción con operaciones en tierra a lo largo de la

costa, lo que para los turcos superaba las desventajas de su poco alcance y su imposibilidad de actuar en mares turbulentos[26].

De la misma manera, tampoco debemos imaginar que en cuanto los primeros navíos portugueses rodearon el cabo de Buena Esperanza se inició la era del indiscutible dominio occidental. El proceso que los historiadores llaman la «época de Vasco de Gama» y la «era colombina» —o sea, los tres o cuatro siglos de hegemonía europea posteriores a 1500— fue muy gradual. Los exploradores portugueses puede que llegaran a las costas de la India hacia 1490, pero sus navíos eran todavía pequeños (con frecuencia sólo de 300 toneladas) y no estaban en absoluto bien armados; desde luego, no podían compararse con los poderosos navíos de las Indias orientales holandesas que navegarían en esas aguas cien años después. En realidad, los portugueses no pudieron penetrar en el mar Rojo durante mucho tiempo, y cuando lo hicieron fue de manera precaria, y tampoco pudieron ejercer demasiada influencia en China; y a fines del siglo XVI perdieron parte de sus enclaves en África oriental a causa de una contraofensiva árabe[27].

También sería erróneo suponer que los poderes no europeos se derrumbaron simplemente como una baraja a las primeras señales de expansión occidental. Esto fue precisamente lo que sucedió en México, Perú y otras sociedades menos desarrolladas del Nuevo Mundo cuando desembarcaron los aventureros españoles. En otros lugares la historia fue diferente. Como el Gobierno chino había dado voluntariamente la espalda al comercio marítimo, no le interesaba que ese comercio cayera en manos de los bárbaros; ni siquiera la factoría casi oficial que establecieron los portugueses en Macao en 1557, por lucrativa que resultara para los mercaderes de seda locales y los administradores cómplices, pareció conmover la ecuanimidad de Pekín. Por su parte, los japoneses fueron mucho más expeditivos. Cuando en 1640 los portugueses enviaron una misión para protestar contra la expulsión de extranjeros, asesinaran a casi todos sus miembros; Lisboa no podía intentar una devolución en especie. Por último, el poder naval otomano se

mantenía en el Mediterráneo oriental y su poder terrestre seguía siendo una gran amenaza para la Europa central. De hecho, en el siglo XVI «para la mayoría de los estadistas europeos la pérdida de Hungría tuvo mucha mayor importancia que el establecimiento de factorías en Oriente, y la amenaza a Viena fue mucho más significativa que sus propios ataques a Adén, Goa y Malaca; sólo los Gobiernos que bordeaban el Atlántico podían ignorar este hecho, como lo hicieron sus historiadores posteriores»[28].

Sin embargo, hechas estas reservas, no hay duda de que el desarrollo del navío armado de largo alcance anunció un progreso fundamental en el lugar que iba a ocupar Europa en el mundo. Con estos navíos, los poderes navales de Occidente estaban en situación de controlar las rutas comerciales oceánicas y de asustar a las sociedades vulnerables a las maniobras de un poder naval. Esto quedó claro incluso en los primeros encuentros entre los portugueses y sus enemigos musulmanes en el océano índico. Viéndolo retrospectivamente, es indudable que exageraron, pero leer los diarios e informes de Gama y Alburquerque, en los que se describen cómo sus buques de guerra se abrieron paso a cañonazos entre las tupidas flotas de *dhows* árabes y otras naves ligeras que encontraron cerca de la costa de Malabar y las rutas de Ormuz y Malaca, es tener la impresión de que una fuerza extraterrestre, sobrehumana, había descendido sobre sus desdichados oponentes. Siguiendo la nueva táctica según la cual «no debían abordar sino luchar con la artillería», las tripulaciones portuguesas eran virtualmente invencibles en el mar[29]. En tierra las cosas eran muy distintas, como quedó demostrado en las feroces batallas (y ocasionales derrotas) de Adén, Jiddah, Goa y otros lugares. No obstante, estos invasores de Occidente eran tan decididos y brutales que a mediados del siglo XVI habían conseguido una cadena de fuertes que iba desde el golfo de Guinea hasta el sur del mar de China. Aunque nunca pudieron monopolizar el comercio de las especias de las Indias —gran parte del cual siguió fluyendo por los canales tradicionales hacia Venecia—, sin duda los portugueses

capturaron porciones considerables de ese comercio y se beneficiaron mucho de su ventaja en la carrera por el imperio[30].

Por supuesto, la evidencia del beneficio fue incluso mayor en el vasto imperio terrestre que establecieron rápidamente los conquistadores en el hemisferio occidental. Desde los asentamientos tempranos en la Española y Cuba, las expediciones españolas avanzaron hacia el continente y conquistaron México en la década de 1520 y Perú en la de 1530. Pocas décadas después este dominio se extendía desde el río de la Plata en el Sur hasta el río Grande en el Norte. Los galeones españoles que hacían la ruta de la costa occidental, encontraban navíos que llegaban de las Filipinas y cambiaban sedas chinas por plata peruana. En su «Nuevo Mundo», los españoles dejaron bien claro que estaban dispuestos a quedarse, pues establecieron una administración imperial, construyeron iglesias e iniciaron actividades agropecuarias y mineras. Al explotar los recursos naturales —y más aún la fuerza de trabajo nativa— de estos territorios, los conquistadores enviaban a casa una cantidad regular de azúcar, tintes, pieles y otros productos. Sobre todo, enviaban plata de la mina de Potosí, que durante más de un siglo fue el mayor depósito de este metal del mundo. Todo esto condujo a un «crecimiento acelerado del comercio transatlántico, cuyo volumen aumentó ocho veces entre 1510 y 1550 y otras tres veces entre 1550 y 1610»[31].

En consecuencia, parecía que este imperialismo sería permanente. A diferencia de las visitas fugaces que hacía Cheng Ho, la actuación de los exploradores portugueses y españoles simbolizaba un compromiso de alterar los equilibrios políticos y económicos del mundo. Fue precisamente lo que hicieron con sus navíos armados y sus soldados con mosquetes. Mirando atrás a veces resulta difícil aceptar que un país con la limitada población y recursos de Portugal pudiera llegar tan lejos y adquirir tanto. En las especiales circunstancias de superioridad militar y naval europea que hemos descrito, no es en absoluto imposible. Una vez hecho,

los evidentes beneficios del Imperio y el deseo de obtener más simplemente aceleraron el proceso de engrandecimiento.

Hay elementos de esta historia de la «expansión de Europa» que hasta ahora se han ignorado o sólo se han mencionado de forma sumaria. No hemos examinado el aspecto personal, y sin embargo, lo hubo en abundancia, como en todas las grandes empresas: en hombres como Enrique *el Navegante*; en el ingenio de artesanos, armadores y eruditos; en el sentido empresario de los comerciantes; por encima de todo, en el coraje de aquellos que realizaron los viajes y soportaron todo cuanto les oponían los mares, los climas hostiles, los paisajes desolados y los feroces oponentes. A causa de una compleja mezcla de motivos —ganancia personal, gloria nacional, celo religioso, tal vez un sentimiento de aventura —, los hombres estaban dispuestos a arriesgarlo todo, como de hecho hicieron en muchos casos. Tampoco nos hemos detenido mucho en las espantosas crueldades impuestas por estos conquistadores europeos a sus innumerables víctimas en África, Asia y América. Si apenas hablamos aquí de estas cosas es porque en su momento muchas sociedades han producido individuos y grupos dispuestos a arriesgarlo todo y a hacer cualquier cosa para dominar el mundo. Lo que distinguía a los capitanes, tripulaciones y exploradores de Europa era que poseían los barcos y la capacidad de fuego necesarios para lograr sus ambiciones y que provenían de un entorno político en el que la competición, el riesgo y la capacidad de empresa eran fundamentales.

Los beneficios obtenidos de la expansión de Europa fueron generalizados y permanentes y, lo que es más importante, ayudaron a acelerar una dinámica ya existente. El deslumbramiento asociado a la adquisición de oro, plata, metales preciosos y especias, por importantes que fuesen estos productos, no debería hacernos olvidar la valía de otros menos espectaculares que invadieron los puertos europeos cuando los marinos consiguieron romper la frontera oceánica. El acceso a las pesquerías de Terranova trajo consigo un suministro aparentemente inagotable de alimentos, y

el océano Atlántico proporcionó también los aceites de ballena y de foca, fundamentales para la iluminación, la lubricación y otros empleos. El azúcar, el índigo, el tabaco, el arroz, las pieles, la madera y plantas nuevas como la patata y el maíz acrecentarían la riqueza y bienestar del continente; y más adelante, por supuesto, llegarían el grano, las carnes y el algodón. Pero no es necesario siquiera anticipar la economía mundial cosmopolita de finales del siglo XIX para comprender que los descubrimientos portugueses y españoles contribuirían, pocas décadas después, a realzar cada vez más la prosperidad y el poder de las porciones occidentales del continente. El comercio de bulto, como el de las pesquerías, empleaba una gran cantidad de personas, tanto en la pesca misma como en la distribución, lo que mejoró la economía de mercado. Y todo esto significó un enorme estímulo para la industria europea de construcción de barcos y atrajo una gran variedad de artesanos, proveedores, comerciantes y aseguradores a los puertos de Londres, Bristol, Amberes, Amsterdam y muchos otros. El resultado de esto fue despertar en una considerable parte de la población europea —y no sólo en unos pocos— un interés material enorme por los frutos del comercio de ultramar.

Cuando se añade a esta lista el comercio procedente de la expansión territorial de Rusia —las pieles, cueros, madera, cáñamo, sal y grano que llegaban desde allí a la Europa occidental—, se comprende que los eruditos tengan motivos para describir este proceso como el inicio de un «sistema mundial moderno»[32]. Lo que había comenzado como una cantidad de expansiones aisladas, se convertía en una totalidad interrelacionada: el oro de la costa de Guinea y la plata del Perú eran utilizados por portugueses, españoles e italianos para pagar las especias y sedas de Oriente; los abetos y la madera de Rusia ayudaban a comprar cañones de hierro de Inglaterra; los granos del Báltico pasaban por Amsterdam en su camino al Mediterráneo. Esto generó una interacción continua de posterior expansión europea que produjo nuevos descubrimientos y, en consecuencia, oportunidades comerciales, que a su

vez originaron mayores ganancias que estimularon una mayor expansión. Este proceso no fue necesariamente fluido: una gran guerra en Europa o agitaciones civiles podían reducir de manera importante las actividades de ultramar, pero raras veces renunciaron los poderes colonizadores a sus adquisiciones, y al poco tiempo recomenzaba otra ola de expansión y exploración. Al fin y al cabo, si las naciones imperiales ya establecidas no explotaban sus posiciones, otras estaban dispuestas a hacerlo en su lugar.

En último análisis, ésta fue la principal razón por la que esta dinámica continuó funcionando como lo hizo: las múltiples rivalidades de los Estados europeos, ya acusados, se manifestaban en las esferas transoceánicas. Por mucho que lo intentaran, España y Portugal no podían guardar para sí su monopolio del mundo exterior, concedido por el Papa, sobre todo cuando se comprendió que no había un paso de Europa a Catay ni al Nordeste ni al Noroeste. Ya en la década de 1560, los navíos holandeses, franceses e ingleses se aventuraban a través del Atlántico y algo más tarde en los océanos Pacífico e índico, proceso que aceleraron la decadencia del comercio inglés de paños y la rebelión de los Países Bajos. Con el patrocinio real y aristocrático, con el dinero de los grandes comerciantes de Amsterdam y Londres y el celo religioso y nacionalista engendrado por la Reforma y la Contrarreforma, las nuevas expediciones de comercio y pillaje partieron desde el noroeste de Europa para asegurarse una participación en los despojos. Existía la posibilidad de obtener gloria y fortuna, de asestar un golpe a un rival y mejorar los recursos del propio país, además de convertir nuevas almas a la verdadera fe de cada uno. ¿Qué argumentos en contra podían esgrimirse para no emprender estas aventuras[33]?

El aspecto más luminoso de esta creciente rivalidad comercial y colonial fue el aumento paralelo del conocimiento científico y tecnológico[34]. Sin duda muchos de los progresos de la época fueron un efecto secundario de la carrera armamentista y la lucha por el comercio transoceánico, pero sus beneficios a largo plazo trascendieron su origen poco glorioso. Las mejoras en la cartografía, las

cartas de navegación, los instrumentos nuevos como el catalejo, el barómetro y el compás de suspensión, así como tos mejores métodos en la construcción de barcos ayudaron a hacer de la travesía marítima una forma de viaje menos impredecible. Las nuevas cosechas y plantas no sólo mejoraron la nutrición, sino que también constituyeron un estímulo para la botánica y la agricultura. Las especialidades metalúrgicas y, de hecho, la industria del hierro en su totalidad hicieron rápidos progresos, al igual que las técnicas de minería en profundidad. También la astronomía, la medicina, la física y la ingeniería se beneficiaron del paso acelerado de la economía y el mayor valor de la ciencia. La mente inquisitiva y racionalista observaba y experimentaba más; y las imprentas, además de producir las Biblias vernáculas y los tratados políticos, diseminaban estos descubrimientos. El efecto acumulativo de esta explosión de conocimiento aumentaría aún más la superioridad tecnológica —y por consiguiente militar— de Europa. Hasta los poderosos otomanos, o al menos sus soldados y marineros de primera línea, sentían algunas de las consecuencias de este proceso a finales del siglo XVI. En otras sociedades menos activas sus efectos serían mucho más serios. Es bastante dudoso que cierto Estado de Asia fuera a producir una revolución comercial e industrial propia si no hubiera sido por este factor externo[35]; pero lo que sí estaba claro era que a otras sociedades les resultaría extremadamente difícil ascender la escalera del poder mundial mientras los Estados europeos más avanzados ocuparan los escalones más altos.

Justo es admitir que esta dificultad hubiera sido aún más grande, pues ascender por esa escalera no significaba simplemente adquirir el equipo o las técnicas europeas; también hubiera sido necesario tomar prestadas todas aquellas características que distinguían de las otras a las sociedades occidentales. Hubiera implicado la existencia de una economía de mercado, si no en la medida propuesta por Adam Smith, al menos en la medida en que comerciantes y empresarios pudieran actuar sin estar sujetos a obstáculos, frenos y expolios. También hubiera significado la existencia de

una pluralidad de centros de poder, a ser posible cada uno con su propia base económica, de modo que no existiera la posibilidad de la centralización impuesta por un régimen despótico al estilo oriental y sí, en cambio, la perspectiva del estímulo progresista, aunque turbulento y en ocasiones brutal, de la competencia. Por extensión, esta ausencia de rigidez económica y política implicaría una ausencia similar de ortodoxia cultural e ideológica; es decir, una libertad para inquirir, disputar, experimentar, una creencia en las posibilidades de mejora, una preocupación por lo práctico más que por lo abstracto, un racionalismo que desafiaría los códigos del mandarinato, el dogma religioso y el folclor tradicional[36]. En la mayoría de los casos lo que resultó no fueron tanto elementos positivos como una reducción de los obstáculos que frenaban el crecimiento económico y la diversidad política. La mayor ventaja de Europa fue que tenía menos desventajas que las otras civilizaciones.

Aunque es imposible probarlo, uno sospecha que estas diversas características generales estaban interrelacionadas, como si fuera por una lógica interna, y que todas eran necesarias. Fue una combinación de *laissez-faire* económico, pluralismo político y militar y libertad intelectual —por rudimentarios que fuesen estos factores si se comparan con épocas posteriores— la que se mantuvo en una interacción constante para producir el «milagro europeo». Como el milagro fue históricamente único, parece plausible suponer que sólo una réplica de todos sus componentes hubiera podido producir en otra parte un resultado similar. Como esa mezcla de ingredientes básicos no existía en la China Ming ni en los imperios musulmanes del Oriente Medio y Asia o en cualquiera de las otras sociedades de las que hemos hablado, estas culturas parecieron detenerse mientras Europa avanzaba hacia el centro del escenario mundial.

II. LA PUJA POR EL DOMINIO DE LOS HABSBURGO, 1519-1659

Por lo tanto, hacia el siglo XVI las luchas de poder dentro de Europa ayudaban a ésta a ascender económica y militarmente por encima de las otras regiones del Globo. No obstante, lo que todavía no se había decidido era si alguno de los Estados europeos rivales acumularía recursos suficientes como para superar al resto y dominarlo. Durante el siglo y medio posterior a 1500 una combinación continental de reinos, ducados y provincias gobernadas por miembros españoles y austríacos de la familia Habsburgo amenazó con transformarse en la influencia política y religiosa predominante en Europa. El núcleo de este capítulo es la historia de esa prolongada lucha y la derrota final de estas ambiciones de los Habsburgo en manos de una coalición de otros Estados europeos. En 1659, cuando España aceptó finalmente su derrota en el Tratado de los Pirineos, la *pluralidad* política de Europa —que contenía cinco o seis Estados grandes y otros varios más pequeños — era un hecho indiscutible. Dejaremos para el capítulo siguiente la investigación acerca de cuál de estos Estados líderes se beneficiaría más de los cambios en el sistema del gran poder; lo que estaba claro a mediados del siglo XVII era que ningún bloque dinástico-militar único era capaz de transformarse en el amo de Europa, como había parecido posible en diversas ocasiones en las décadas anteriores.

Por lo tanto, las campañas interrelacionadas por el predominio europeo que caracterizan a este siglo y medio difieren tanto en grado como en calidad de las guerras del período anterior a 1500.

Las luchas que habían perturbado la paz de Europa durante los cien años anteriores habían sido *localizadas*; las fricciones entre los diversos Estados italianos, la rivalidad entré las coronas inglesa y francesa y las guerras de los Caballeros Teutónicos contra lituanos y polacos eran ejemplos típicos[1]. No obstante, a medida que transcurría el siglo XVI estas luchas regionales tradicionales en Europa quedaron subsumidas o eclipsadas por lo que a los contemporáneos les pareció una batalla mucho más prolongada que la obtención del dominio del continente.

EL SIGNIFICADO Y LA CRONOLOGÍA DE LA LUCHA

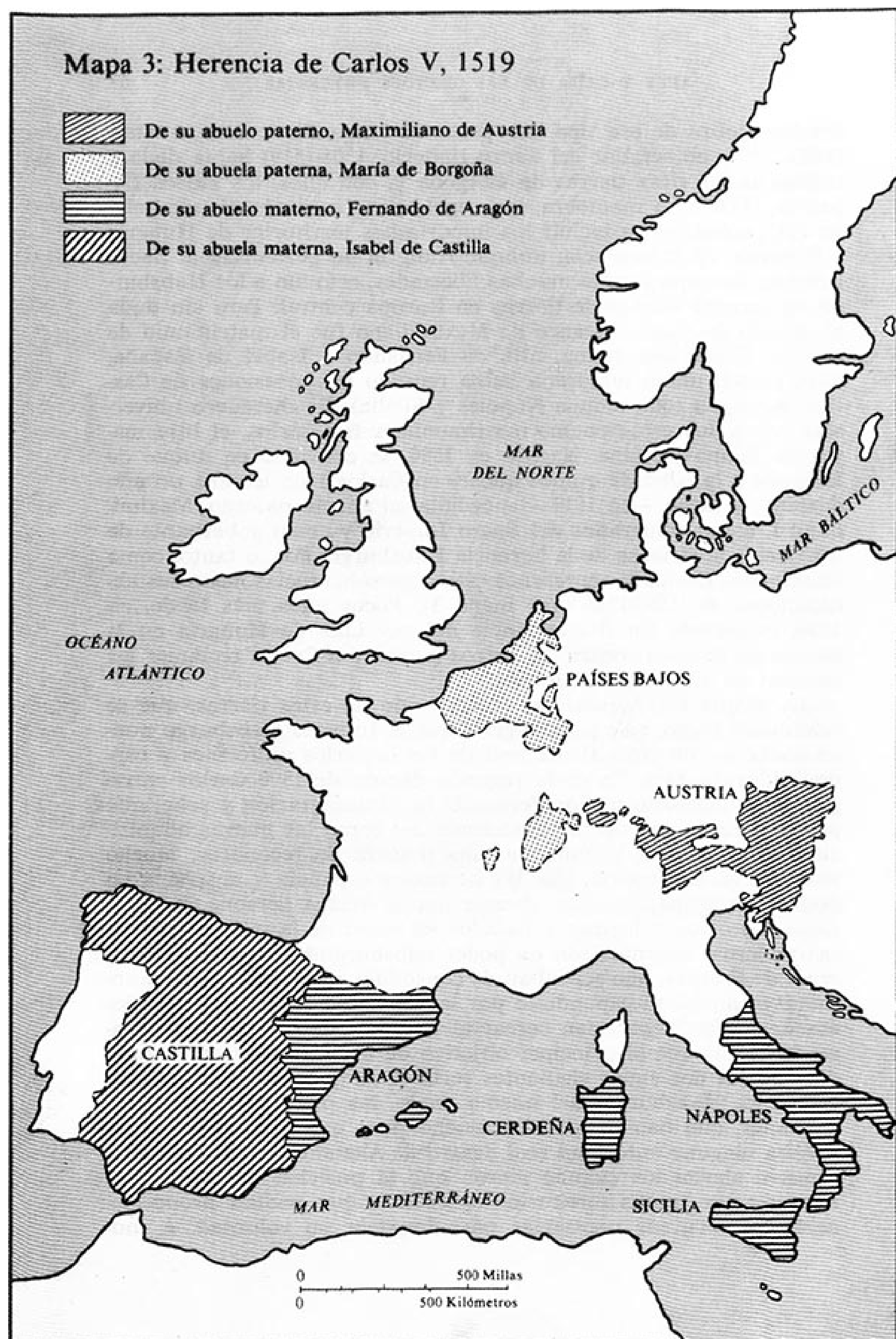
Aunque siempre hubo razones específicas para que uno de los Estados se viera arrastrado en esta lucha más general, hay dos causas más generales que fueron responsables de la transformación en intensidad y alcance geográfico de la guerra europea. La primera fue la aparición de la Reforma —iniciada por la rebelión personal de Martín Lutero contra las indulgencias papales en 1517—, que rápidamente agregó una nueva dimensión a las rivalidades dinásticas tradicionales del continente. Por razones socioeconómicas precisas, el advenimiento de la Reforma protestante —y su respuesta en la Contrarreforma católica— tendió a dividir la parte sur de Europa de la del norte, y a las clases medias urbanas en ascenso de los órdenes feudales, aunque por supuesto hubo muchas excepciones a estos alineamientos generales[2]. Pero la cuestión fundamental era que la «Cristiandad» se había fracturado y que ahora el continente contenía grandes cantidades de individuos atraídos a una lucha *transnacional* por puntos de doctrina religiosa. Sólo a mediados del siglo XVII, cuando los hombres retrocedieron

ante los excesos y la futilidad de las guerras religiosas, se llegó a una aceptación general, aunque reticente, de la división confesional de Europa.

La segunda razón de este esquema de guerra más diseminado e interrelacionado fue la creación de una combinación dinástica, la de los Habsburgo, que formó una red de territorios que se extendían de Gibraltar a Hungría y de Sicilia a Amsterdam, y excedían en tamaño todo lo que se hubiera visto en Europa desde el tiempo de Carlomagno, siete siglos antes. Los gobernantes Habsburgo, originarios de Austria, se las arreglaron para ser elegidos regularmente emperadores del Sacro Imperio Romano, título cuyo poder real había disminuido mucho desde la Edad Media, pero que todavía deseaban los príncipes que querían desempeñar un papel más importante en los asuntos alemanes y europeos en general.

Lo que es más, los Habsburgo tenían un talento especial para aumentar sus territorios a través del matrimonio y la herencia. Una maniobra de ese tipo por parte de Maximiliano I de Austria (1493-1519 y emperador del Sacro Imperio, 1508-1519) había dado a la familia las ricas tierras de Borgoña y, con ellas, los Países Bajos, en 1477. Otra maniobra, que siguió a un contrato matrimonial de 1515, consistió en incluir los importantes territorios de Hungría y Bohemia en la herencia; aunque Hungría no pertenecía al Sacro Imperio Romano y tenía muchas libertades, esto dio a los Habsburgo un enorme bloque de tierras en Europa central. Pero sin duda el arreglo de mayor alcance de Maximiliano fue el matrimonio de su hijo Felipe con Juana, hija de Fernando e Isabel de España, cuya propia unión temprana había reunido las posesiones de Castilla y Aragón (que incluía Nápoles y Sicilia). El «heredero universal»[3] de todos estos pactos matrimoniales fue Carlos, el hijo mayor de Felipe y Juana. Nacido en 1500, se convirtió en duque de Borgoña a la edad de quince años y en Carlos I de España un año después, y luego —en 1519— sucedió a su abuelo paterno, Maximiliano I, como emperador del Sacro Imperio y como gobernante de las tierras austríacas de la herencia Habsburgo. Por lo tanto, co-

mo emperador, Carlos V representó esas cuatro herencias hasta sus abdicaciones de 1555-1556 (ver mapa 3). Pocos años más tarde, en 1526, la muerte sin descendencia del rey Luis de Hungría en la batalla de Mohács contra los turcos permitió a Carlos reclamar las coronas de Hungría y Bohemia.



Mapa 3. Herencia de Carlos V en 1519

La propia heterogeneidad y dispersión de estas tierras, que se examinará luego, vale para sugerir que el Imperio Habsburgo nunca podía ser un equivalente real de los imperios uniformes y centralizados de Asia. Ya en la segunda década de 1500 Carlos entregaba a su hermano menor Fernando la administración y soberanía principesca de sus tierras austriacas, así como las nuevas adquisiciones de Hungría y Bohemia, una manera de reconocer, mucho antes de su abdicación, que las herencias española y austriaca no podían ser manejadas con eficacia por la misma persona. No obstante, los otros príncipes y Estados no veían de la misma manera esa poderosa acumulación de poder habsburgués. Para los Valois, reyes de Francia, que acababan de consolidar internamente su autoridad y anhelaban expandirse por la península itálica, las posesiones de Carlos V parecían cercar al Estado francés… y no es exagerado decir que el principal objetivo de los franceses en Europa durante los dos siglos siguientes sería el de quebrantar la influencia de los Habsburgo. Del mismo modo, los príncipes y electores alemanes, que habían luchado mucho para que el emperador no tuviera ninguna autoridad real dentro de Alemania, no podían sino sentirse alarmados cuando vieron que la posición de Carlos era realzada por tantos territorios agregados, que podían proporcionarle los recursos necesarios para imponer su voluntad. A muchos de los Papas les disgustaba también esta acumulación de poder por parte de los Habsburgo, aun cuando a menudo la necesitaran para combatir a los turcos, los luteranos y otros enemigos.

En consecuencia, dada las rivalidades endémicas del sistema de Estados europeo, no era probable que los Habsburgo pudieran actuar sin resistencia. Lo que transformó este conflicto potencial en una realidad amarga y prolongada fue su conjunción con las disputas religiosas engendradas por la Reforma. Porque el hecho era que los monarcas Habsburgo más prominentes y poderosos de ese siglo y medio —el propio Carlos V y su sucesor, Fernando II (1619-1637), así como los reyes españoles Felipe II (1556-1598) y Felipe IV (1621-1665)— fueron también quienes más militaron en

defensa del catolicismo. Por lo tanto, fue virtualmente imposible separar las tendencias políticas de las religiosas en las rivalidades europeas que asolaron el continente a lo largo de ese período. Como hubiera podido observar cualquier contemporáneo, si Carlos V hubiera logrado aplastar a los príncipes protestantes de Alemania en la década de 1540 ello habría supuesto una victoria, no sólo para la fe católica, sino también una victoria de la influencia Habsburgo, y lo mismo podría decirse de los esfuerzos de Felipe II por suprimir la intranquilidad religiosa en los Países Bajos después de 1556; al igual que del envío de la Armada española para invadir Inglaterra en 1588. En resumen, las rivalidades nacionales y dinásticas se habían confundido con el celo religioso para hacer que los hombres siguieran luchando, cuando en otro momento anterior se hubieran sentido inclinados a negociar.

Aun así, podría parecemos un poco forzado hablar «de la puja de los Habsburgo por el dominio» para describir el período que va desde el ascenso de Carlos V al trono de emperador del Sacro Imperio, en 1519, hasta la aceptación por parte española de la derrota en el Tratado de los Pirineos en 1659. Es obvio que sus enemigos creían firmemente que los monarcas Habsburgo deseaban el dominio absoluto. Así, el escritor isabelino Francis Bacon pudo describir de forma espectacular en 1595 la «ambición y opresión de España»:

> Francia está revuelta… Portugal ha sido usurpada…, se hace la guerra a los Países Bajos… Lo mismo se intenta hoy en Aragón… Los pobres indios pasan de ser hombres libres a ser esclavos[4].

Pero a pesar de la retórica ocasional de algunos ministros Habsburgo que hablaban de una «monarquía mundial»[5], no había un plan consciente de dominio de Europa al estilo de Napoleón o Hitler. Algunos de los matrimonios y sucesiones dinásticas de los Habsburgo fueron fortuitos, a lo sumo inspirados, pero no la prueba de un plan a largo plazo de expansión territorial. En ciertos casos, por ejemplo en las frecuentes invasiones francesas del

norte de Italia, los Habsburgo fueron los provocados, no los provocadores. Después de 1540, en el Mediterráneo, las fuerzas españolas e imperiales tuvieron que ponerse reiteradamente a la defensiva a causa de las operaciones de un Islam renacido.

No obstante, sigue siendo cierto que si los gobernantes Habsburgo hubieran alcanzado todos sus objetivos limitados, regionales —incluso sus objetivos *defensivos*—, el dominio de Europa hubiera sido virtualmente suyo. Se habría rechazado al Imperio otomano, por la costa del norte de África, sacándolo de las aguas del Mediterráneo oriental. Se habría suprimido la herejía dentro de Alemania. Se habría aplastado la revuelta en los Países Bajos. Se habrían apoyado regímenes amigos en Francia e Inglaterra. Sólo Escandinavia, Polonia, Moscovia y las tierras bajo dominio otomano habrían escapado al poder e influencia de los Habsburgo… y al triunfo consiguiente de la Contrarreforma. Aunque ni siquiera entonces se hubiera aproximado Europa a la unidad de la China Ming, los principios políticos y religiosos apoyados por los dos centros de poder habsburgués, Madrid y Viena, habrían erosionado el pluralismo que durante tanto tiempo había sido el rasgo característico del continente.

En un trabajo analítico como éste podemos resumir brevemente la cronología de este siglo y medio de guerras. Es probable que lo que más atraiga la atención del lector moderno, más que los nombres y resultados de las diversas batallas (Pavía, Lützen, etc.), sea la duración de estos conflictos. La lucha contra los turcos se prolongó década tras década; el intento español de aplastar la rebelión de los Países Bajos duró desde 1560 a 1648, con una única y breve interrupción, y en algunos libros se le da el nombre de Guerra de los Ochenta Años; mientras que el gran conflicto multidimensional de los Habsburgo austríacos y españoles contra las sucesivas coaliciones de Estados enemigos desde 1618 hasta la Paz de Westfalia en 1648siempre se ha conocido como la Guerra de los Treinta Años. Es evidente que esto pesó grandemente en las *capacidades* relativas de los diferentes Estados para soportar los gra-

vámenes de la guerra año tras año y década tras década. Y la significación de los soportes materiales y financieros de la guerra quedó en una situación más crítica por el hecho de que fue en este período cuando se produjo una «revolución militar» que transformó la naturaleza de la lucha, haciéndola mucho más onerosa que hasta entonces. Pronto hablaremos de las razones de este cambio y sus principales características. Pero incluso antes de hacer un breve resumen de los hechos, merece la pena saber que los encuentros militares de, por ejemplo, la década de 1520, parecerían de muy pequeña escala comparados con los de 1630, tanto en lo referente a los hombres como al dinero empleados.

La primera serie de grandes guerras se centró en Italia, cuyas ricas y vulnerables ciudades-Estado habían tentado ya en 1494 a los franceses y que, por lo mismo, habían producido varias coaliciones de poderes rivales (España, los Habsburgo austriacos, incluso Inglaterra) para obligar a los franceses a retirarse[6]. En 1519 España y Francia seguían disputándose la pretensión francesa de Milán cuando llegaron las noticias de la elección de Carlos V como emperador del Sacro Imperio y de su herencia combinada de territorios españoles y austriacos de la familia Habsburgo. Esta acumulación de títulos por parte de su rival llevó al ambicioso rey francés, Francisco I (1515-1547), a incitar a una serie de medidas en contra de aquélla, no sólo en la propia Italia sino también en las fronteras de Borgoña, el sur de los Países Bajos y España. Su invasión de Italia terminó con su derrota y captura en la batalla de Pavía (1525), Pero cuatro años después el monarca francés estaba otra vez a la cabeza de un ejército en Italia… y de nuevo fue detenido por fuerzas de los Habsburgo. Aunque Francisco volvió a renunciar a sus pretensiones sobre Italia en el Tratado de paz de Cambrai, en 1529, volvió a luchar con Carlos V por esas posesiones en la década de 1530 y en la de 1540.

Dado el desequilibrio de fuerzas entre Francia y los territorios habsburgueses en ese momento es probable que a Carlos V no le resultara muy difícil bloquear esos intentos franceses de expan-

sión. No obstante, la tarea se complicó porque en su calidad de emperador del Sacro Imperio había heredado muchos otros enemigos. Con mucho el más poderoso era el Turco, que no sólo se había extendido por la llanura húngara en la década de 1520 (y asediaba Viena en 1529), sino que también planteaba una amenaza naval contra Italia y, junto con los corsarios de Berbería, en el norte de África, donde amenazaba las propias costas españolas[7]. Lo que agravaba la situación era la alianza tácita que hubo durante estas décadas entre el sultán otomano y Francisco I contra los Habsburgo: en 1542, las flotas francesa y otomana atacaron juntas Niza.

La otra zona conflictiva para Carlos V era Alemania, desgarrada por la Reforma y donde una liga de principados protestantes apoyaba el desafío de Lutero al viejo orden. Teniendo en cuenta sus otros problemas, no era sorprendente que Carlos V no pudiera concentrar sus energías en el desafío luterano en Alemania hasta después de mediada la década de 1540.

Cuando lo hizo, tuvo al comienzo bastante éxito, sobre todo la derrota a los ejércitos de los príncipes protestantes en la batalla de Mühlberg (1547). Pero cualquier incremento en la autoridad imperial de los Habsburgo alarmaba a los rivales de Carlos V, de modo que los príncipes de Alemania del norte, los turcos, Enrique II de Francia (1547-1559) e incluso el Papado se esforzaron por debilitar su posición. En 1552 los ejércitos franceses habían entrado en Alemania en apoyo de los Estados protestantes, que pudieron en consecuencia resistir a las tendencias centralizadoras del emperador. Esto se aceptó en la Paz de Aubsburgo (1555), que puso fin por un tiempo a las guerras religiosas en Alemania, y por los Tratados de Cateau-Cambrésis (1559), que clausuraron el conflicto franco-español. Fue reforzado, además, por las propias abdicaciones de Carlos V (en 1555 como emperador del Sacro Imperio a favor de su hermano Fernando I, emperador desde 1555 hasta 1564; y en 1556 como rey de España a favor de su hijo Felipe II, rey desde 1556 hasta 1598). Si bien después las ramas austríaca y españo-

la siguieron muy relacionadas, a partir de entonces sucedería que —como dice el historiador Mamatey— «como el águila negra y bicéfala del escudo de armas imperial, los Habsburgo tuvieron dos cabezas, en Viena y en Madrid, que miraban al Este y al Oeste»[8].

Mientras que la rama oriental, con Fernando I y su sucesor, Maximiliano II (emperador entre 1564 y 1576) disfrutó de una paz relativa en su posesión (excepto por un asalto turco en 1566-1567), la rama occidental, con Felipe II de España, tuvo menos suerte. Los corsarios de Berbería atacaban las costas de Portugal y Castilla y detrás de ellos los turcos reanudaban su lucha por el Mediterráneo. Así, pues, España se encontró reiteradamente mezclada en nuevas guerras de envergadura contra el poderoso Imperio otomano, desde la expedición a Djerba de 1560, pasando por el conflicto a causa de Malta en 1565, la campaña de Lepanto en 1571 y la batalla por Túnez, hasta la tregua de 1581[9]. Sin embargo, en la misma época la política de intolerancia religiosa y aumento de impuestos de Felipe II había generado el descontento en los Países Bajos, que terminaron por iniciar una revuelta abierta. El debilitamiento de la autoridad española allí a mediados de la década de 1560 recibió como respuesta el envío al Norte de un ejército a las órdenes del duque de Alba y la imposición de un despotismo militar, lo que a su vez produjo una resistencia a escala global en las provincias de Holanda y Zelanda, rodeadas por mar y muy defendibles, y alarmó a Inglaterra, Francia y el norte de Alemania, que estaban preocupadas por las intenciones españolas. Los ingleses se alteraron, aún más cuando en 1850 Felipe II se anexionó la vecina Portugal, con sus colonias y su flota. No obstante, como sucedió con todos los otros intentos de los Habsburgo por afirmar (O extender) su autoridad, el resultado predecible fue que sus muchos rivales se sintieron obligados a intervenir para evitar que se rompiera el equilibrio de poder. Hacia la década de 1580 lo que había empezado como una rebelión local de los protestantes holandeses contra el Gobierno español se había convertido en una nueva batalla internacional[10]. En los Países Bajos con-

tinuó la guerra de asedio y contraasedio sin resultados notables. Al otro lado del Canal, en Inglaterra, Isabel I había controlado todas las amenazas internas a sus autoridades (fueran españolas o papales) y prestaba ayuda militar a los rebeldes holandeses. En Francia, el debilitamiento de la Monarquía había producido el inicio de una Guerra Civil de carácter religioso en la que la Liga Católica (apoyada por España) y sus rivales los Hugonotes (apoyados por Isabel y los holandeses) luchaban por lograr la supremacía. En el mar, los corsarios holandeses e ingleses bloqueaban la ruta de suministro español a los Países Bajos y llevaban la lucha todavía más lejos, al África occidental y al Caribe.

Hubo en la lucha algunos períodos —sobre todo a fines de la década de 1580 y principios de la siguiente— en que pareció que la imponente campaña española tendría éxito. En septiembre de 1590, por ejemplo, los ejércitos españoles operaban en el Languedoc y en Bretaña y otro ejército dirigido por el destacado duque de Parma marchaba sobre París desde el Norte. No obstante, y pese a esa presión, las fuerzas antiespañolas resistieron. El carismático pretendiente hugonote a la corona francesa, Enrique de Navarra, demostró flexibilidad suficiente como para pasarse del protestantismo al catolicismo para crecentar sus posibilidades y dirigir después una parte cada vez más considerable de la nación francesa contra los invasores españoles y la desacreditada Liga Católica. Según el Tratado de Vervins, del año 1598 —año de la muerte de Felipe II—, Madrid aceptaba renunciar a toda interferencia en Francia. También en esa época la Inglaterra de Isabel estaba segura. La Armada Invencible de 1588 y otros dos intentos posteriores de invasión por parte española habían fracasado, como también el intento de explotar una rebelión católica en Irlanda, que los ejércitos de Isabel estaban reconquistando sin pausas. En 1604, muertos Felipe II e Isabel, España e Inglaterra llegaron a una paz negociada. Se necesitarían otros cinco años, hasta la tregua de 1609, para que Madrid negociara la paz con los rebeldes holandeses, pero mucho antes de eso se había hecho evidente que el poder español

era insuficiente para aplastar los Países Bajos, bien fuera por mar, bien rompiendo las defensas terrestres (y acuáticas) sostenidas por el eficaz Ejército holandés de Guillermo de Nassau. La continuada existencia de esos tres Estados —Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas de los Países Bajos—, cada uno con el potencial necesario para disputar las pretensiones habsburguesas en el futuro, confirmó que la Europa del 1600 consistiría en muchas naciones y no en una hegemonía.

El tercer período de grandes guerras que convulsionaron a Europa se produjo después de 1618 y afectó sobre todo a Alemania. Esta tierra se había salvado de una lucha confesional a fines del siglo XVI, pero sólo a causa de la debilitada autoridad e intelecto de Rodolfo II (emperador del Sacro Imperio, 1567-1612) y por la renovación de la amenaza turca en la cuenca del Danubio (1593-1606). Sin embargo, detrás de la fachada de unidad alemana las fuerzas rivales, protestantes y católicas, maniobraban para fortalecer sus posiciones y debilitar las de sus enemigos. A medida que transcurría el siglo XVII la rivalidad entre la Unión Evangélica (fundada en 1608) y la Liga Católica (1609) se intensificó. Además, como los Habsburgo españoles apoyaban a sus primos austriacos y el jefe de la Unión evangélica, el Elector Palatino Federico IV, tenía vínculos con Inglaterra y los Países Bajos, daba la impresión de que la mayoría de los Estados europeos se preparaba para una discusión final de sus antagonismos político-religiosos[11].

En consecuencia, la revuelta en 1618 de los Estados protestantes de Bohemia contra su nuevo jefe católico, Fernando II (emperador 1619-1637), proporcionó la chispa necesaria para iniciar otra serie de feroces luchas religiosas: la Guerra de los Treinta Años, entre 1618 y 1648. En las primeras etapas de esta lucha las fuerzas del emperador se desenvolvieron bien, asistidas eficazmente por un ejército de los Habsburgo españoles conducidos por el general Spínola. Pero como consecuencia entró en conflicto una combinación heterogénea de fuerzas religiosas y seglares, ansiosas una vez más por ajustar el equilibrio en direcciones opuestas. Los

holandeses, que en 1621 finalizaron la tregua con España, entraron en tierras del Rin para combatir contra Spínola. En 1626 una fuerza danesa, dirigida por su rey Cristián IV, invadió Alemania desde el Norte. Entre bambalinas, el influyente estadista francés cardenal Richelieu procuraba crear problemas a los Habsburgo siempre que podía. Sin embargo, ninguna de esas medidas militares o diplomáticas tuvo mucho éxito y a fines de la década de 1620 el poderoso lugarteniente del emperador Fernando, Wallenstein, parecía estar a punto de imponer a Alemania una autoridad centralizada, total, que llevaba incluso tan al Norte como las costas del Báltico[12].

No obstante, esta rápida acumulación de poder imperial sólo sirvió para hacer que los numerosos enemigos de la casa de Habsburgo se encarnizaran más. A comienzos de la década de 1630, el más enconado de ellos era el atractivo e influyente rey sueco, Gustavo Adolfo II (1611-1632), cuyo bien entrenado Ejército entró por el norte de Alemania en 1630 y después avanzó hacia el Sur, hacia tierras del Rin y Baviera al año siguiente. Aunque el propio Gustavo fue muerto en la batalla del Lützen, en 1632, esto no disminuyó el notable papel desempeñado por los suecos en Alemania ni, de hecho, las dimensiones globales de la guerra. Por el contrario, hacia 1634 los españoles, gobernados por Felipe IV (1621-1665) y su talentoso primer ministro, el conde-duque de Olivares, habían decidido ayudar con mayor eficacia aún a sus primos austriacos; pero su envío a tierras del Rin de un poderoso Ejército español a las órdenes del cardenal-Infante, obligó a su vez a Richelieu a decidir la intervención francesa directa: en 1535 ordenó a sus tropas que atravesaran varias fronteras. Hacía ya años que Francia era líder tácito e indirecto de la coalición anti-Habsburgo y enviaba subsidios a todos cuantos estuvieran dispuestos a combatir las fuerzas imperiales y españolas. Ahora se trataba de un conflicto abierto y cada coalición empezó a movilizar aún más tropas, armas y dinero. En consecuencia, el lenguaje también se radicalizó. «O bien lo perdemos todo o bien Castilla se transforma

en cabeza del mundo», escribió Olivares en 1635 mientras planeaba una triple invasión a Francia para el año siguiente[13].

Sin embargo, la conquista de una zona tan enorme como Francia estaba más allá de las capacidades militares de las fuerzas habsburguesas, que se aproximaron a París pero pronto tuvieron que luchar en varios frentes por toda Europa. Las tropas suecas y alemanas presionaban a los ejércitos imperiales en el Norte. Los holandeses y franceses tenían cogidos en un movimiento de pinza a los Países Bajos españoles. Además, una revuelta portuguesa en 1640 desvió a una considerable cantidad de tropas y recursos españoles, que se vieron obligados a abandonar el Norte y a acercarse a casa, aunque nunca fueron suficientes como para lograr la reunificación de la península. En realidad, a comienzos de la década de 1640, con la rebelión paralela de los catalanes —alegremente apoyada por los franceses—, existió cierto peligro de desintegración de la patria española. En el mar, las expediciones marítimas holandesas atacaron Brasil, Angola y Ceilán y convirtieron el conflicto en lo que algunos historiadores describen como la primera guerra global[14]. Aunque los Países Bajos se vieron beneficiados por estas acciones, la mayoría de los otros países beligerantes estaba padeciendo ya los largos años de esfuerzo militar; los ejércitos de 1640 ya eran más pequeños que los de 1630, las soluciones financieras de los gobiernos eran más desesperadas, la paciencia de los pueblos menor y sus protestas más violentas. No obstante, precisamente a causa de la naturaleza interrelacionada de la lucha, para cualquiera de sus participantes resultaba difícil retirarse. Muchos de los Estados protestantes alemanes lo hubieran hecho, si hubieran podido estar seguros de que los ejércitos suecos también abandonarían la lucha y volverían a casa; y Olivares y otros estadistas españoles hubieran negociado una tregua con Francia, pero ésta no estaba dispuesta a abandonar a los holandeses. Junto con las campañas militares en varios frentes, hubo negociaciones secretas de paz en varios niveles, y cada potencia se consolaba pen-

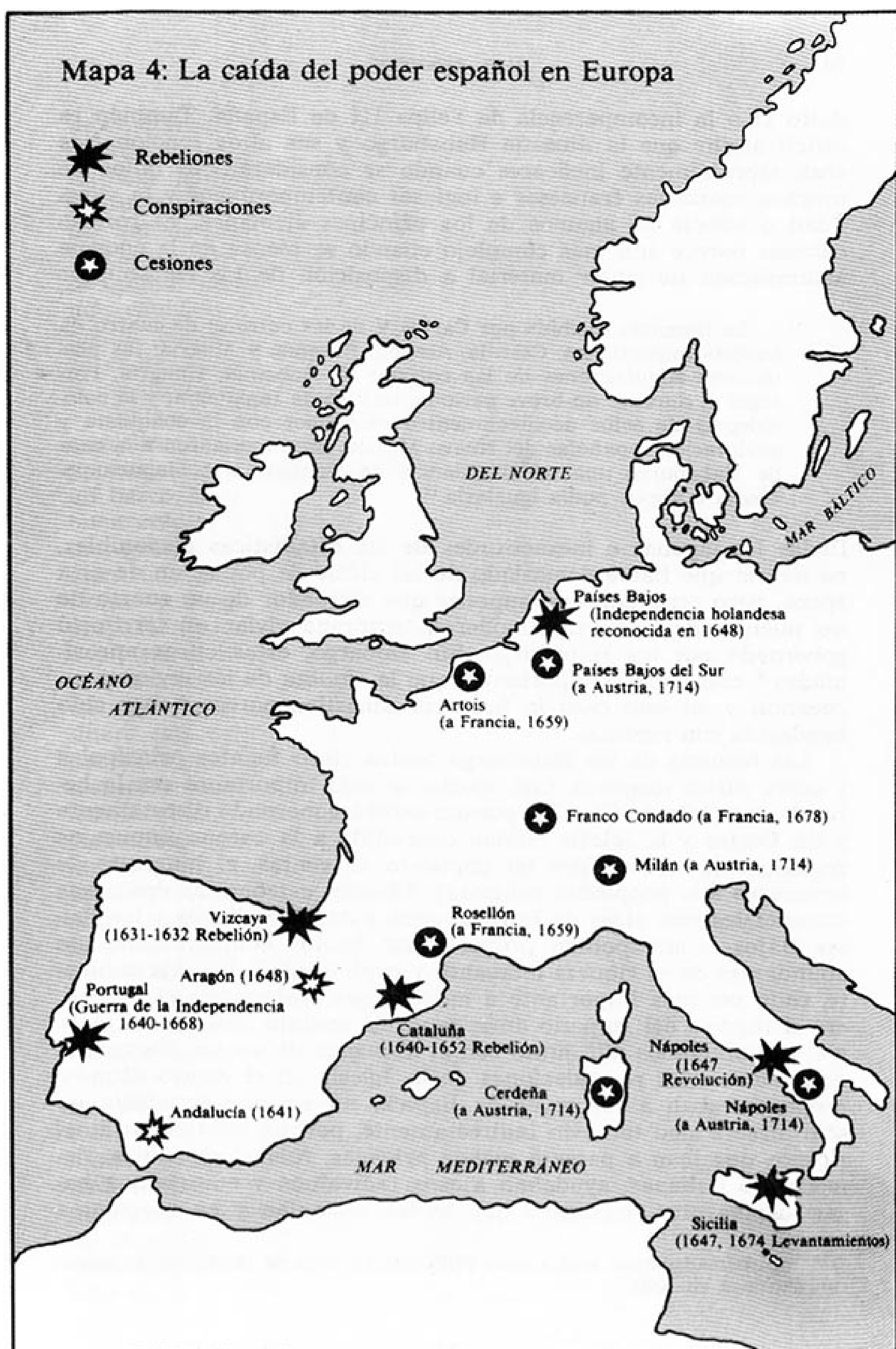
sando que otra victoria mejoraría su posición en el acuerdo general.

Por lo tanto, el final de la Guerra de los Treinta Años fue un asunto confuso. De pronto, a comienzos de 1648, España firmó la paz con los holandeses, en la que reconocía su independencia, pero lo hizo para privar a Francia de un aliado y la lucha franco-habsburguesa continuó. Más avanzado el año, cuando la Paz de Westfalia (1648) trajo por fin la tranquilidad a Alemania y permitió retirarse del conflicto a los Habsburgo austriacos, se convirtió en una lucha exclusivamente franco-española. Si bien los Estados y gobernantes obtenían ciertas ganancias (y sufrían ciertas pérdidas), la esencia de la Paz de Westfalia era el reconocimiento del *equilibrio* religioso y político dentro del Sacro Imperio Romano, con lo que se confirmaban las limitaciones de la autoridad imperial. Esto dejó a España y a Francia envueltas en una guerra que tenía por motivación las rivalidades nacionales y ninguna relación con la religión, como demostró el sucesor de Richelieu, Mazarino, en 1655, al aliarse con la Inglaterra protestante de Cromwell para asestar los golpes que finalmente obligaron a los españoles a acordar la paz. Las condiciones de la Paz de los Pirineos (1659) no eran especialmente duras, pero al obligar a España a negociar con su archienemigo, demostraron que la etapa del predominio de los Habsburgo en Europa había terminado. Al Gobierno de Felipe IV le quedó como «objetivo de guerra» tan sólo la conservación de la unidad ibérica, e incluso esto tuvo que abandonarse en 1668, cuando se reconoció formalmente la independencia de Portugal[15]. Por lo tanto, la fragmentación política del continente quedó más o menos en el mismo estado en que estaba en el momento del ascenso al trono de Carlos V, en 1519, aunque la propia España sufriría más rebeliones y pérdidas de territorio a medida que se acercaba al final del siglo XVIII (ver mapa 4), pagando de alguna manera el precio de su exclusiva extensión estratégica original.

FUERZA Y DEBILIDAD DEL BLOQUE HABSBURGUÉS

¿Por qué fracasaron los Habsburgo?[16] La cuestión es tan vasta y el proceso fue tan prolongado, que no parece tener mucho sentido buscar razones personales como la locura del emperador Rodolfo II o la incompetencia de Felipe III de España. También es difícil argüir que la dinastía Habsburgo y sus altos funcionarios eran especialmente ineficaces cuando se consideran los fallos de muchos monarcas franceses e ingleses contemporáneos y la vanalidad o idiocia de algunos de los príncipes alemanes. El rompecabezas parece aún más complejo cuando se piensa en la enorme acumulación de poder material a disposición de los Habsburgo:

> La herencia recibida por Carlos V de las coronas de cuatro dinastías importantes, Castilla, Aragón, Borgoña y Austria; las posteriores adquisiciones de las coronas de Bohemia, Hungría, Portugal y, durante un breve período, incluso de Inglaterra; y la coincidencia de estos acontecimientos dinásticos con la conquista y explotación españolas del Nuevo Mundo, proporcionaron a la casa de Habsburgo una tal abundancia de recursos, que ninguna potencia europea podía igualarla[17].



Mapa 4. La caída del poder español en Europa

Dadas las lagunas e inexactitudes de las estadísticas disponibles, no habría que fiarse demasiado de las cifras de población de esta época, pero sería correcto suponer que alrededor de un cuarto de los pueblos de la Europa moderna temprana vivían en territorio gobernado por los Habsburgo. Sin embargo, estas cifras aproximadas[*] eran menos importantes que la riqueza de las regiones en cuestión y en este caso la herencia dinástica parece haber sido bendecida con riquezas.

Las finanzas de los Habsburgo tenían tincó fuentes principales y otras varias menores. Con mucho la más importante era la herencia española de Castilla, porque estaba gobernada directamente y las Cortes y la Iglesia habían concedido a la corona impuestos regulares de varios tipos (el impuesto de ventas, el impuesto de «cruzado» a la propiedad religiosa). Además, estaban las dos zonas comerciales más ricas de Europa —los Estados italianos y los Países Bajos—, que podían proporcionar fondos comparativamente abundantes de su riqueza mercantil y capital móvil. La cuarta fuente, cada vez más importante a medida que transcurría el tiempo, era el ingreso del Imperio americano. El «quinto real» de la plata y el oro obtenidos allí, junto con el impuesto de ventas, los cargos de aduana y las recaudaciones de la Iglesia en el Nuevo Mundo, proporcionaban a los reyes de España un enorme beneficio, no sólo directa sino también indirectamente, porque los tesoros americanos que iban a parar a manos privadas, fueran españolas, flamencas o italianas, ayudaban a esos individuos y empresas a pagar los mayores impuestos que se les imponían y en momentos de emergencia el monarca siempre podía pedir prestado a los banqueros, pensando en pagar sus deudas cuando llegara la flota con la plata. El hecho de que los territorios de la casa de Habsburgo contuvieran las principales casas financieras y mercantiles —las del sur de Alemania, las de ciertas ciudades italianas y de Amberes —, debe haber sido una ventaja adicional, que constituye la quinta fuente de ingresos importante[18]. Sin duda era mucho más rápidamente accesible que, por ejemplo, los ingresos de Alemania, donde

unos príncipes y las ciudades libres representadas en el Reichstag sólo votaban la concesión de dinero al emperador si los turcos estaban frente a sus puertas[19].

En la edad posfeudal, cuando ya no se esperaba que los caballeros cumplieran el servicio militar individual (por lo menos, en la mayor parte de los países) ni que las ciudades costeras proporcionaran un barco, la disponibilidad de dinero rápido y la posesión de un buen crédito eran esenciales para cualquier Estado empeñado en una guerra. Sólo mediante pago directo (o promesa de pago) podían movilizar dentro del mercado económico los barcos, provisiones y armamentos navales necesarios para armar una flota preparada para combatir; sólo mediante el suministro de provisiones y salarios con una frecuencia razonable podía evitarse que las propias tropas se amotinaran y, por tanto, se podían dirigir sus energías hacia el enemigo. Además, aunque por lo general se considera esta época como la de la «nación-Estado» en Europa occidental, todos los gobiernos dependían mucho de mercenarios extranjeros para aumentar sus ejércitos. Aquí también tenían suerte los Habsburgo porque podían reclutarlos fácilmente en Italia y los Países Bajos, así como en España y en Alemania; por ejemplo, el famoso Ejército de Flandes estaba compuesto por seis nacionalidades, razonablemente leales a la causa católica pero que, de todos modos, exigían un pago regular. En términos navales, la herencia habsburguesa podía producir una reunión imponente de navíos de guerra: en los últimos años de Felipe II, por ejemplo, las galeras mediterráneas, los grandes galeones de Génova y Nápoles y la gran flota portuguesa podían reforzar las armadas de Castilla y Aragón.

Pero tal vez la mayor ventaja militar de los Habsburgo durante estos 140 años haya sido la Infantería española. La estructura social y el clima de ideas hacía de Castilla un campo de reclutamiento perfecto. Allí, según observaba Lynch, «el servicio de soldado se había convertido en una ocupación beneficiosa y que estaba de moda, no sólo entre los hidalgos sino también entre la totalidad de

la población»[20]. Además, Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, había introducido a comienzos del siglo XVI cambios en la organización de la Infantería, y desde entonces hasta mediada la Guerra de los Treinta Años el tercio español fue la unidad más eficaz de los campos de batalla europeos. Con estos regimientos integrados incluso por 3000 piqueros, espadachines y arcabuceros, entrenados para prestarse ayuda mutua, el Ejército español barrió innumerables enemigos y arruinó la reputación —y eficacia— de la Caballería francesa y de las falanges de piqueros suizos. Todavía en la batalla de Nórdlingen (1634), la Infantería del Cardenal-Infante resistió quince cargas del formidable Ejército sueco y después, como las tropas de Wellington en Waterloo, avanzó con fiereza para aplastar a su enemigo. En Rocroi (1643), los españoles lucharon hasta la muerte, aunque estaban rodeados por los franceses. Éste era uno de los pilares más sólidos del edificio Habsburgo. Y es significativo el hecho de que el poder español sólo se agrietara *visiblemente* a mediados del siglo XVII, cuando su Ejército estaba formado fundamentalmente por mercenarios alemanes, italianos e irlandeses y muchos menos guerreros de Castilla.

Y sin embargo, pese a todas estas ventajas, la alianza dinástica española-austriaca no pudo prevalecer. Por enormes que parecieran a sus contemporáneos sus recursos financieros y militares, no eran nunca suficientes para satisfacer las exigencias. Esta deficiencia crítica respondía a tres factores que interactuaron durante todo ese período y que, por extensión, proporcionan importantes lecciones para el estudio del conflicto armado.

El primero de ellos, brevemente mencionado arriba, fue la «revolución militar» del comienzo de la Europa moderna, es decir el aumento masivo en la escala, costos y organización de la guerra que se produjo en los 150 años posteriores a la década de 1520[21]. Este cambio fue resultado de varios elementos combinados: tácticos, políticos y demográficos. Los golpes asestados al dominio del campo de batalla ejercido por la Caballería —primero por los piqueros suizos y después por formaciones combinadas de piqueros,

espadachines, arqueros y arcabuceros— significaban que entonces la parte mayor y más importante de un Ejército era su Infantería. Esto quedó reforzado por el desarrollo de la *trace italienne,* ese sofisticado sistema de fortificación de ciudades y bastiones mencionado en el capítulo anterior. Para dotar de efectivos a esas defensas o para asediarlas, era necesario un gran volumen de tropa. Por supuesto, en una campaña importante un comandante bien organizado también estaría empleando con éxito cantidades considerables de Caballería y Artillería, pero esas dos armas eran mucho menos ubicuas que los regimientos de soldados de a pie. Por lo tanto, no se trataba de que las naciones disminuyeran sus fuerzas de caballeros, sino más bien que la proporción de Infantería de sus Ejércitos se elevó notablemente; al ser más baratos su equipamiento y alimentación, los infantes podían reclutarse en mayor número, sobre todo porque la población de Europa aumentaba. Desde luego, esto imponía enormes tensiones organizativas a los Gobiernos, pero no tan grandes como para abrumar necesariamente a las burocracias de las «nuevas monarquías» de Occidente, de la misma manera que el gran aumento en el tamaño de los Ejércitos no haría inevitablemente imposible la tarea de un general, siempre y cuando sus fuerzas tuvieran una buena estructura de comando y estuvieran bien entrenadas.

Probablemente, el Ejército del Imperio español proporcione el mejor ejemplo de la «revolución militar» en acción. Como observa su historiador, «no hay pruebas de que ningún Estado movilizara más de 30 000 efectivos» en la lucha franco-española por Italia antes de 1529, pero:

> En 1536-1537, el emperador Carlos V movilizó a 60 000 hombres sólo en Lombardía para la defensa de su reciente conquista, Milán, y la invasión de la Provenza francesa. En 1552, asaltado en todos los frentes a un tiempo —en Italia, Alemania, los Países Bajos y España, en el Atlántico y el Mediterráneo—, Carlos V reclutó a 109 000 hombres en Alemania y los Países Bajos, a 24 000 más en

> Lombardía, y aún más en Sicilia, Nápoles y España. El emperador debe haber tenido a sus órdenes, y en consecuencia a su coste, a unos 150 000 hombres. Esta tendencia continuó. En 1574, sólo el Ejército español de Flandes contaba con 86 000 hombres, mientras que apenas medio siglo más tarde Felipe IV podía afirmar orgullosamente que las fuerzas armadas a sus órdenes en 1625 eran de no menos de 300 000 hombres. En todos estos ejércitos, el verdadero aumento de efectivos se produjo en la Infantería, sobre todo entre los piqueros[22].

Lo que sucedía en tierra era imitado en gran medida en el mar. La expansión del comercio marítimo (especialmente el transoceánico), las rivalidades entre flotas contendientes en el Canal, el océano índico o fuera de los dominios marítimos españoles, las amenazas de los corsarios berberiscos y las flotas de galeras otomanas, todo esto se vinculó a la nueva tecnología de la construcción de barcos para hacer mayores y mejor armados los navíos. En aquellos días no había una división estricta entre un buque de guerra y un mercante: virtualmente todos los navíos comerciales de buen tamaño podían llevar cañones para alejar piratas y otros predadores. Pero había una propensión a la creación de armadas reales, de modo que el monarca pudiera al menos poseer una cantidad de buques de guerra regulares que formaran el núcleo alrededor del cual pudiera reunirse, en tiempos de guerra, una gran flota de mercantes, galeones y pinazas armados. Enrique VIII de Inglaterra apoyó este plan, mientras que Carlos V tendió a comandar los galeones y galeras privados de sus posesiones italianas y españolas, antes que a construir su propia armada. Felipe II, que padeció una presión mucho mayor primero en el Mediterráneo y después en el Atlántico, no pudo gozar de ese lujo. Tuvo que organizar y pagar un programa masivo de construcción de galeras en Barcelona, Nápoles y Sicilia; hacia 1574 estaba manteniendo un total de 146 galeras, casi el triple de la cantidad de doce años atrás[23]. El estallido de la guerra en el Atlántico durante la década

siguiente requirió un esfuerzo aún mayor: se necesitaban buques de guerra oceánicos que protegieran las rutas a las Indias Occidentales y (después de la absorción de Portugal en 1580) hacia Oriente, para defender la costa española de las incursiones inglesas y, por último, para llevar a un Ejército invasor hacia las Islas Británicas. Después de la paz anglo-española de 1604, España seguía necesitando una gran flota para detener los ataques holandeses en alta mar y para mantener las comunicaciones con Flandes. Y a medida que transcurrían las décadas esos buques de guerra estaban cada vez más armados y eran mucho más caros.

Fue este aumento en espiral de los costos de la guerra lo que expuso la verdadera debilidad del sistema habsburgués. La inflación general, que entre 1500 y 1630 quintuplicó el precio de los alimentos y triplicó los precios industriales, ya era un golpe bastante duro para las finanzas del Gobierno; pero además esto se agravaba por la duplicación y reduplicación del tamaño de Ejércitos y Armadas. Por lo tanto, los Habsburgo vivían en una lucha casi continua por la solvencia. Después de las diversas campañas de la década de 1540 contra Argel, los franceses y los protestantes alemanes, Carlos V descubrió que su ingreso ordinario y extraordinario no podía cubrir los gastos y, por consiguiente sus ingresos quedaron enajenados a los banqueros durante años. Sólo mediante la medida desesperada de confiscar el tesoro de las Indias y de coger todo el efectivo que había en España pudieron encontrarse los dineros para sostener la guerra contra los príncipes protestantes. Sólo su campaña de 1552 en Metz costó 2,5 millones de ducados… unas diez veces el ingreso normal de las Américas. No es sorprendente que el emperador se viera arrastrado reiteradamente a pedir nuevos préstamos, siempre en peores términos: a medida que el crédito de la Corona se tambaleaba, las tasas de interés cargadas por los banqueros ascendían, de modo que gran parte del ingreso ordinario tenía que usarse simplemente para pagar el interés de deudas anteriores[24]. Cuando Carlos abdicó, legó a Felipe II una deuda oficial española de unos 20 millones de ducados.

Felipe heredó también un estado de guerra con Francia, pero tan caro que en 1557 la Corona española tuvo que declararse en bancarrota. Con esto, también cayeron grandes familias de banqueros como la de los Fugger. El hecho de que ese mismo año Francia se viera obligada a admitir su propia bancarrota supuso un pobre consuelo (fue la principal razón por la que cada parte aceptó negociar en Cateau-Cambrésis en 1559), pues inmediatamente Felipe tuvo que enfrentarse al poderoso enemigo turco. La guerra mediterránea, que duró veinte años, la campaña contra los moros de Granada y después el esfuerzo militar en los Países Bajos, el norte de Francia y el Canal de la Mancha, llevaron a la Corona a buscar todas las posibles fuentes de ingresos. Los ingresos de Carlos V se triplicaron durante su reinado, pero los de Felipe II «se duplicaron en el período) 1556-73 y se reduplicaron al final de su reinado»[25].

Sin embargo, los gastos eran mucho mayores. Se calculó que en la batalla de Lepanto (1571) el mantenimiento de las flotas y soldados cristianos costaría más de cuatro millones anuales, aunque una buena parte de esta carga era compartida por Venecia y el Papado[26]. Hacia 1570, los pagos al Ejército de Flandes eran ya enormes y casi siempre atrasados; esto produjo a su vez revueltas en las tropas, sobre todo después de la suspensión de pagos de interés a sus banqueros genoveses[27]. La acrecentada corriente de ingresos de las minas americanas —alrededor de dos millones de ducados al año en la década de 1580 en lugar de la décima parte de esa suma cuatro décadas atrás— restableció temporalmente las finanzas y el crédito de la Corona, pero la armada de 1588 costó diez millones de ducados y su triste destino no sólo representó un desastre naval, sino también financiero. Hacia 1596, después de emitir préstamos a un interés épico, Felipe faltó otra vez a sus compromisos. En el momento de su muerte, dos años después, sus deudas alcanzaban la enorme suma de cien millones de ducados y los intereses de esa suma equivalían a dos tercios de todos los ingresos[28]. Aunque pronto se firmó la paz con Francia e Inglaterra, la

guerra contra los holandeses se prolongó hasta la tregua de 1609, que fue precipitada a su vez por los motines del Ejército español y otra bancarrota en 1607.

Durante los pocos años de _paz que siguieron, no hubo una reducción sustancial en los gastos gubernamentales españoles. Aparte de los enormes pagos de interés seguía habiendo tensión en el Mediterráneo (que requirió un grandioso esquema de construcción de fortificaciones costeras) y el extendido Imperio español seguía sometido a las depredaciones de los corsarios (lo que requería considerables despliegues defensivos en las Filipinas y el Caribe, además de las flotas de alta mar[29]). El estado de tregua armada en Europa posterior a 1610 no sugirió a los orgullosos líderes españoles la posibilidad de reducir el gasto en armamentos. Por lo tanto, todo lo que hizo el estallido de la Guerra de los Treinta Años en 1618 fue convertir una guerra fría en guerra abierta y producir un flujo creciente de tropas y dinero español en Flandes y Alemania. Es interesante observar que la consecución de las primeras victorias de los Habsburgo en Europa y la defensa triunfal de las Américas, en este período coincidieron con aumentos significativos en el envío de lingotes desde el Nuevo Mundo. Pero por la misma razón la reducción de recibos del tesoro después de 1626, la declaración de bancarrota del año siguiente y el gran éxito de los holandeses al capturar la flota de plata en 1628 (que costó a España y sus habitantes diez millones de ducados) hizo que el esfuerzo bélico se detuviera por un tiempo. Y pese a la alianza con el emperador, no había forma de que los ingresos alemanes pudieran compensar esta deficiencia española (salvo durante el breve período de control de Wallenstein).

En consecuencia, ésa sería la situación española durante los siguientes treinta años de guerra. Mediante la obtención de nuevos préstamos, la imposición de nuevos impuestos y la utilización de todos los recursos de las Américas se pudo sostener un esfuerzo militar importante, como por ejemplo la invasión de Alemania en 1634-1635 del Cardenal-Infante; pero los tremendos costos de la

guerra siempre terminaban por erosionar las ganancias a corto plazo y pocos años después la situación financiera era peor que nunca. Hacia la década de 1640, después de las revueltas catalana y portuguesa y con la reducción del ingreso de tesoro americano, era inevitable una larga y lenta decadencia[30]. ¿Qué otro destino podía esperar una nación que, aunque proporcionaba formidables guerreros, estaba dirigida por Gobiernos que gastaban regularmente dos o tres veces más de lo que les proporcionaban sus ingresos ordinarios?

La segunda causa importante del fracaso español y austriaco se desprende de lo ya dicho: sencillamente, los Habsburgo tenían demasiados quehaceres, demasiados enemigos a los que combatir, demasiados frentes que defender. La resolución de las tropas españolas en la batalla no podía compensar el hecho de que estas fuerzas tenían que ser dispersadas en guarniciones en el norte de África, en Sicilia e Italia_y en el Nuevo Mundo, así como en los Países Bajos. Como le sucedería tres siglos después al Imperio británico, el bloque Habsburgo era un conglomerado de territorios muy dispersos, un *tour de force* político-dinástico que requería enormes recursos continuados de material e ingenio para poder seguir funcionando. Como tal, proporciona uno de los mejores ejemplos históricos de excesiva extensión estratégica, pues el precio de poseer tantos territorios era la existencia de numerosos enemigos, una carga compartida también por el Imperio otomano contemporáneo[31].

La significativa cuestión de la cronología de las guerras de los Habsburgo está relacionada con esto. Sin duda en este período los conflictos europeos eran frecuentes y sus costes constituían una terrible carga para todas las sociedades. Pero los otros Estados —Francia, Inglaterra, Suecia e incluso el Imperio otomano— disfrutaron de algunos períodos de paz y recuperación. El destino de los Habsburgo, y más específicamente de España, consistió en tener que salir de una lucha para volverse inmediatamente contra otro enemigo, en ir de un conflicto a otro. La paz con Francia fue suce-

dida por la guerra con los turcos; una tregua en el Mediterráneo era sucedida por un conflicto extendido en el Atlántico, y éste por la lucha por la Europa del noroeste. Durante algunos períodos terribles, la España imperial estaba luchando simultáneamente en tres frentes y sus enemigos se ayudaban consciente, diplomática y comercialmente cuando no militarmente[32]. Para expresarlo de manera clara, España se parecía a un gran oso caído en un pozo: es más poderoso que cualquiera de los perros que lo atacan, pero no puede enfrentarse a todos sus oponentes y cada vez se siente más agotado.

Pero ¿cómo podían los Habsburgo escapar a este círculo vicioso? Los historiadores han señalado su dispersión crónica de energías y sugieren que Carlos V y sus sucesores debieran haber formulado una serie clara de prioridades defensivas[33]. Esto querría decir que algunas zonas eran prescindibles, ¿pero cuáles?

Retrospectivamente, podemos argumentar que los Habsburgo austriacos, y sobre todo Fernando II, habrían hecho bien en abstenerse de apoyar la Contrarreforma en la Alemania del Norte, pues esto les reportó terribles pérdidas y pocas ganancias. Sin embargo, el emperador hubiera necesitado, de todos modos, mantener en Alemania un ejército considerable para controlar las pretensiones de los príncipes, las intrigas francesas y la ambición sueca; y tampoco podía haber una reducción en este brazo armado de los Habsburgo, puesto que los turcos estaban en Hungría, a sólo 240 kilómetros de Viena. Por su parte, el Gobierno español no podía permitir la desaparición de sus primos austriacos ni en manos de los franceses y luteranos, ni en manos de los turcos por lo que esto hubiera significado para la posición de la propia España en Europa. No obstante, este cálculo parece que no se hizo en sentido contrario. Después del retiro de Carlos V (en 1556), el Imperio no se sintió por lo general obligado a ayudar a Madrid en las guerras posteriores en Europa occidental y en el mar; pero España, consciente de qué era lo que se jugaba a niveles más altos, *insistía* en comprometerse con el Imperio[34]. Las consecuencias a largo plazo

de esta disparidad de sentimiento y compromiso son interesantes. A mediados del siglo XVII el fracaso de los objetivos europeos de los Habsburgo españoles se relacionaba claramente con sus problemas internos y su declive económico relativo. Después de exigirse demasiado en todas direcciones, su corazón era débil. Por otro lado, en el caso de los Habsburgo de Austria, aunque no consiguieron derrotar el protestantismo en Alemania, sí lograron una *consolidación* de poderes en las tierras dinásticas (Austria, Bohemia, etc.), hasta el punto de que sobre esta gran base territorial y con la creación posterior de un ejército profesional[35], el Imperio de los Habsburgo pudo reaparecer como gran potencia europea en las últimas décadas del siglo XVII, precisamente en el momento en que España entraba en un período de decadencia aún más pronunciado[36]. No obstante, ya en ese momento la recuperación de Austria apenas pudo consolar a los estadistas de Madrid, quienes sentían que tenían que buscar aliados en otra parte.

Es fácil comprender por qué para España tenían vital importancia las posesiones en el Nuevo Mundo. Durante más de un siglo proporcionaron esa adición regular a la riqueza de España —y en consecuencia a su capacidad militar— sin la cual la casa de Habsburgo no hubiera podido mantener su esfuerzo. Incluso cuando los ataques ingleses y holandeses al imperio colonial hispano-portugués exigieron un gasto cada vez mayor en flotas y fortificaciones del otro lado del mar, las ganancias diferentes e indirectas que obtenía la Corona española de esos territorios seguían siendo considerables. Abandonar esos bienes era impensable.

Quedaban por considerar las posesiones de los Habsburgo en Italia y Flandes. De las dos, lo menos recomendable era retirarse de Italia. En la primera mitad del siglo XVI, los franceses habrían ocupado ese vacío de poder y habrían utilizado la riqueza de Italia para alcanzar sus propios objetivos… en detrimento de los Habsburgo. En la segunda mitad de ese siglo, Italia era, literalmente, el baluarte exterior de la seguridad española frente a la expansión occidental de los otomanos. Aparte del golpe de prestigio español

y a la religión cristiana que hubiera acompañado un asalto turco a Sicilia, Nápoles y Roma, la pérdida de este baluarte habría supuesto una grave desventaja estratégica. España habría tenido que poner más y más dinero en fortificaciones costeras y; flotas de galeras, que en cualquier caso estaban consumiendo la mayor parte del presupuesto militar en las, primeras décadas del reinado de Felipe II. De modo que tenía sentido militar dedicar las fuerzas existentes a la defensa activa del Mediterráneo central, pues eso mantenía a distancia al enemigo turco y tenía la ventaja adicional de que los costes de esta campaña eran compartidos por las posesiones italianas de los Habsburgo, por el Papado y, algunas veces, por Venecia. Retirarse de este frente no ofrecía ventajas y sí muchos peligros potenciales.

Por lo tanto, por eliminación, los Países Bajos constituían la única zona en la cual podían reducirse las pérdidas de los Habsburgo. Y al fin y al cabo los costes del ejército de Flandes en la Guerra de los Ochenta Años contra los holandeses fueron —a causa de las dificultades del terreno y de los adelantos en las fortificaciones[37]— enormes y excedieron con mucho los de cualquier otro frente. Incluso en el período culminante de la Guerra de los Treinta Años, se colocaba en la guarnición de Flandes cinco o seis veces la cantidad de dinero que se destinaba a las fuerzas de Alemania. «La guerra en los Países Bajos —observó un consejero español—, ha sido la ruina absoluta de esta monarquía». En realidad, entre 1566 y 1654 España envió por lo menos 218 millones de ducados al Tesoro Militar de los Países Bajos, bastante más que el total de los ingresos de la Corona provenientes de las Indias (121 millones de ducados)[38]. Además, estratégicamente Flandes era mucho más difícil de defender: la ruta marítima estaba a menudo a merced de los franceses, los ingleses y los holandeses —como quedó demostrado cuando el almirante holandés Tromp aplastó a una flota española que llevaba refuerzos de tropa en 1639—, pero el «camino español» desde Lombardía, por los valles suizos o Saboya y el Franco Condado, subiendo por las fronteras orientales de Francia

hasta el Rin inferior, contenía también una cantidad de puntos de obstrucción muy vulnerables[39]. ¿Merecía realmente la pena seguir intentando controlar a un par de millones de holandeses en el extremo más remoto de una extensa línea de comunicaciones y a un coste tan excesivo? ¿Por qué no dejar que los rebeldes se pudrieran-en su herejía, como sugirieron astutamente los representantes de las exigidas Cortes de Castilla? El castigo divino estaba asegurado y España no tendría que seguir soportando esa carga[40].

Las razones que se adujeron para impedir una retirada imperial de ese escenario de guerra no hubieran convencido a quienes se quejaban del despilfarro de recursos, pero tienen cierta plausibilidad. En primer lugar, si España ya no poseía Flandes, pasaría a manos de Francia o de las Provincias Unidas, con lo que se realzaría el poder y el prestigio de uno de esos inveterados enemigos de los Habsburgo. Esta sola idea era repulsiva para los directores de la política española, para quienes la «reputación» era más importante que cualquier otra cosa. En segundo lugar, estaba el argumento utilizado por Felipe IV y sus consejeros, quienes afirmaban que una confrontación en esa región tenía la ventaja de sacar a fuerzas hostiles de lugares más vulnerables: «Aunque la guerra que hemos librado en los Países Bajos ha agotado nuestro tesoro y nos ha obligado a contraer las deudas en que hemos incurrido, también ha desviado a nuestros enemigos de aquellos lugares que de no ser así, hubieran producido sin duda una guerra en España o sus cercanías»[41]. Y por último estaba la «teoría del dominó»: si se perdían los Países Bajos, también estaría perdida la causa Habsburgo en Alemania, posesiones más pequeñas como el Franco Condado y tal vez incluso Italia. Por supuesto, estos argumentos eran hipotéticos, pero lo interesante es que los estadistas de Madrid y los comandantes de su ejército en Bruselas percibían un todo estratégico interconectado que se resentiría si caía una de sus partes:

> Los primeros y mayores peligros (éste era el razonamiento en el año crítico de 1635) son los que amenazan

> Lombardía, los Países Bajos y Alemania. Una derrota en cualquiera de estos tres lugares es fatal para esta monarquía, de modo que si se produce una gran derrota en esos lugares, el resto de la monarquía se derrumbará; porque a Alemania seguirán Italia y los Países Bajos, y a los Países Bajos seguirá América; y á Lombardía seguirán Nápoles y Sicilia, sin que exista la posibilidad de defender a ninguna[42].

Al aceptar esta lógica, la Corona española se comprometía a una guerra de desgaste extendida, que se prolongaría hasta que se asegurara la victoria o se llegara a una paz negociada o se agotara el sistema.

Tal vez baste con demostrar que el coste de la guerra continua y la decisión de no abandonar ninguno de los grandes frentes estaban destinados a erosionar, de todos modos, las ambiciones de la España imperial. Sin embargo, hay datos que sugieren que hubo una tercera causa relacionada; es decir que el Gobierno español fracasó en la movilización eficaz de los recursos disponibles y que, con actos de locura económica, contribuyó a erosionar su propio poder.

Aunque los extranjeros solían considerar monolítico y disciplinado el Imperio de Carlos V o de Felipe II, en realidad se trataba de un montón de territorios, cada uno de los cuales poseía sus privilegios y se enorgullecía de sus diferencias[43]. No había administración central (y mucho menos legislatura o judicatura centrales) y el único vínculo real era el propio monarca. La ausencia de aquellas instituciones que hubieran podido producir un sentimiento de unidad, así como el hecho de que el gobernante en algunos casos jamás visitaba el país, hacían que para el rey fuera difícil conseguir fondos en una parte de sus dominios para luchar en otra. Los contribuyentes de Sicilia y Nápoles estaban dispuestos a pagar para la construcción de una flota para resistir a los turcos, pero se quejaban ásperamente ante la idea de financiar la lucha española en los Países Bajos; los portugueses encontraban razonable

apoyar la defensa del Nuevo Mundo, pero no sentían entusiasmo alguno por las guerras alemanas. Este localismo intenso había contribuido a la existencia de derechos fiscales celosamente sostenidos, y se reflejaba en ellos. Por ejemplo, en Sicilia los Estados resistieron los primeros esfuerzos de los Habsburgo, por aumentar los impuestos y se alzaron contra el virrey español en 1516 y 1517. Sicilia, que era pobre, anárquica, y tenía un parlamento, no iba a ayudar mucho a la defensa general de los intereses de los Habsburgo[44]. En el reino de Nápoles y en la nueva adquisición, Milán, había menos obstáculos legislativos para los administradores españoles, presionados desde Madrid para recoger nuevos fondos. Por lo tanto, ambos *podían* proporcionar una ayuda financiera considerable durante el reinado de Carlos V, pero en la práctica, las luchas por conservar Milán y las guerras contra el turco hacían que el flujo de dinero corriera en sentido contrario. Para mantener su «baluarte» mediterráneo, España tenía que enviar millones de ducados a Italia para sumarlos a los que se recaudaban allí. Durante la Guerra de los Treinta Años el esquema volvió a invertirse y los impuestos italianos ayudaron a pagar las guerras en Alemania y los Países Bajos. Pero si consideramos como totalidad este período de 1519-1659, resulta difícil creer que las posesiones habsburguesas en Italia contribuyeran de manera sustancial —caso de contribuir— al fondo común que ellas mismas constituían para su propia defensa[45].

Por supuesto, los Países Bajos se convirtieron en un drenaje aún mayor de los ingresos imperiales generales. A principios del reinado de Carlos V, los Estados Generales proporcionaban tina creciente cantidad de impuestos, aunque siempre se quejaban del volumen de los mismos e insistían en que se reconocieran sus privilegios. En los últimos años del emperador, la cólera ante las subvenciones extraordinarias que se exigían para las guerras en Italia y Alemania, se había mezclado con el descontento religioso y las dificultades comerciales para producir un sentimiento anti-español general. En 1565 la deuda de Estado de los Países Bajos alcan-

zaba los 10 millones de florines y los pagos de la deuda más el coste de la administración normal superaban los ingresos, de modo que España tenía que enjugar el déficit[46]. Cuando, después de una década de mal gobierno de Madrid, los resentimientos locales se convirtieron en franca rebelión, los Países Bajos se convirtieron en un peso terrible para los recursos imperiales: los 65 000 hombres o más que formaban el ejército de Flandes consumieron la cuarta parte del gasto total del Gobierno español durante décadas.

Pero el fracaso más espectacular en la movilización de recursos se producía en la propia España, donde los derechos fiscales de la Corona eran muy limitados. Los tres reinos de la Corona de Aragón (es decir, Aragón, Cataluña y Valencia) tenían sus propias leyes y sistemas impositivos, lo que les daba una autonomía considerable. De hecho, el único ingreso garantizado del monarca provenía de las propiedades reales; las subvenciones adicionales se concedían raras veces, y eso a regañadientes. Por ejemplo, cuando un gobernante desesperado como Felipe IV procuró en 1640 que Cataluña pagara a las tropas que había enviado allí para defender la frontera española, esto provocó una famosa y prolongada revuelta. En cuanto a Portugal —aunque ocupada desde 1580 hasta su propia rebelión—, era totalmente autónoma en cuestiones fiscales y no contribuía con fondos regulares a la causa general de los Habsburgo. Esto dejaba a Castilla como la verdadera «vaca lechera» del sistema impositivo español, aunque aun allí las provincias vascas estaban exentas. La pequeña nobleza terrateniente, muy representada en las Cortes castellanas, solía estar dispuesta a votar impuestos de los que quedaba exenta. Además, los impuestos como la alcabala (un impuesto a las ventas del 10%) y los aranceles aduaneros, que eran los ingresos ordinarios, junto con los servicios (subvenciones de las Cortes) y las distintas asignaciones a la Iglesia, que eran los principales ingresos extraordinarios, tendían a gravar el comercio, el intercambio de mercancías y a los pobres, lo cual hacía que extendieran el empobrecimiento y el descontento y contribuía a la despoblación (por emigración[47].

Hasta que la influencia de la plata americana dio a la Corona española ingresos adicionales masivos (más o menos desde 1560 hasta finales de 1630), el esfuerzo bélico de los Habsburgo pesó especialmente sobre las espaldas de los campesinos y comerciantes castellanos; e incluso en su apogeo el ingreso real procedente de los recursos del Nuevo Mundo representaba entre un cuarto y un tercio de lo que provenía de Castilla y sus seis millones de habitantes. A menos que la carga impositiva pudiera repartirse de manera más equitativa en ese reino y, de hecho, en todos los territorios de los Habsburgo, y mientras esto no fuera así, ésta era una base demasiado endeble para sostener los increíbles gastos militares de la época.

Lo que hacía que esta incapacidad fuese segura eran las medidas económicas retrógradas que apuntaban a la explotación de los contribuyentes castellanos[48]. El ambiente social del reino nunca había sido muy estimulante para el comercio, pero a comienzos del siglo XVI el país era relativamente próspero, con una población creciente y algunas industrias importantes. No obstante, el advenimiento de la Contrarreforma y las numerosas guerras de los Habsburgo estimularon los elementos religiosos y militares de la sociedad española, al tiempo que debilitaron los comerciales. Los incentivos económicos de esta sociedad sugerían la prudencia de adquirir un beneficio eclesiástico o una patente de pequeña nobleza. Había una ausencia crónica de artesanos cualificados —por ejemplo, en la industria armamentista— y la movilidad del trabajo y flexibilidad de práctica eran obstaculizadas por los gremios[49]. Hasta el desarrollo de la agricultura se retrasó a causa de los privilegios de la Mesta, el famoso gremio de propietarios de ovejas a cuyos animales se permitía pastar en todo el reino; ello, junto con el crecimiento de la población española en la primera mitad del siglo XVI, provocó una necesidad creciente de importaciones de granos. Como los pagos que hacía la Mesta por estos derechos de pastura iban al tesoro real, y la revocación de esta práctica hubiera enfurecido a algunos de los partidarios más poderosos de la Coro-

na, no había perspectivas de arreglar el sistema. Por último, y aunque había algunas excepciones notables —los comerciantes del comercio de la lana, el financiero Simón Ruiz, la región que rodeaba Sevilla—, la economía castellana en su conjunto dependía en gran medida de las importaciones de productos extranjeros y de los servicios prestados por genoveses, portugueses y flamencos. También dependía de los holandeses, incluso durante las hostilidades; «hacia 1640, tres cuartas partes de las mercancías de los puertos españoles llegaban en barcos holandeses»[50] en beneficio de los mayores enemigos de la nación. No es sorprendente que España padeciera un desequilibrio comercial constante, que sólo podía compensarse mediante la reexportación del oro y la plata americanos.

En consecuencia, los terribles costes de 140 años de guerras se imponían a una sociedad que estaba mal equipada económicamente para soportarlos. Incapaces de lograr ingresos por medios más eficaces, los monarcas Habsburgo recurrían a una variedad de expedientes, sencillos a corto plazo pero desastrosos para el bienestar a largo plazo del país. Se elevaban sin cesar los impuestos por todos los medios, pero raramente pesaban sobre los hombros de quienes podían tolerarlos más fácilmente y siempre tendían a perjudicar el comercio. Un gobierno desesperado por obtener dinero en efectivo vendía privilegios, monopolios y honores. Se creó una forma cruda de financiar el déficit, en parte pidiendo grandes préstamos a los banqueros enajenando los futuros impuestos castellanos o el tesoro americano, y en parte vendiendo bonos del gobierno (juros) que producían interés, que a su vez pesaban en fondos que, de no ser así, hubieran podido invertirse en el comercio y la industria. Pero la política deudora del Gobierno siempre se fijaba de manera improvisada, sin considerar limitaciones prudentes y sin el control que hubiera podido imponer un Banco central. Por lo tanto, incluso en los últimos tiempos del reinado de Carlos IV, los ingresos del Gobierno estaban hipotecados con años de anticipación; en 1543, el 65% del ingreso ordinario se había gastado pa-

gando el interés de los juros ya emitidos. Cuanto más alienado estaba el ingreso «ordinario» de la Corona, más desesperada era su búsqueda de ingresos extraordinarios y nuevos impuestos. Por ejemplo, la moneda de plata se rebajó reiteradamente con vellón de cobre. En ocasiones, el Gobierno sencillamente capturaba la plata que venía de América destinada a particulares y obligaba a éstos a aceptar juros a cambio; como ya se ha dicho, en otras ocasiones los reyes españoles suspendían los reembolsos de interés y se declaraban en bancarrota temporal. En los casos en que esto último no arruinó las entidades financieras, sí redujo, sin duda, el valor de Madrid para el futuro.

Si bien algunos de los golpes que padeció la economía castellana en estos años no fueron responsabilidad del hombre, su influencia fue acrecentada por la locura humana. Las plagas que despoblaron los campos más o menos a comienzos del siglo XVII eran imprevisibles, pero se sumaron a las otras causas —arrendamientos de extorsión, acciones de la Mesta, servicio militar— que ya estaban perjudicando a la agricultura. La afluencia de plata americana estaba destinada a causar problemas económicos (sobre todo inflación) que ninguna sociedad de la época tenía experiencia para manejar, pero las condiciones existentes en España eran tales que este fenómeno perjudicaba a las clases productivas más que a las improductivas, pues la plata tendía a fluir rápidamente desde Sevilla hasta las manos de los banqueros extranjeros y los comerciantes suministradores del Ejército, y estas nuevas fuentes transatlánticas de riqueza eran explotadas por la Corona de una manera que conspiraba contra la creación de «finanzas sanas», en lugar de contribuir a su creación. Se decía que la afluencia de metales preciosos de las Indias era para España como el agua para un tejado: caía y desaparecía en seguida.

Por lo tanto, en el núcleo de la decadencia española se hallaba la imposibilidad de comprender la importancia de mantener los pilares económicos de una poderosa máquina militar. Una y otra vez se adoptaron medidas erróneas. La expulsión de los judíos prime-

ro y de los moros después; la interrupción de los contactos con las universidades extranjeras; las órdenes gubernamentales de que los astilleros de Vizcaya debían centrarse en los grandes buques de guerra, excluyendo casi la construcción de navíos más pequeños y más útiles para el comercio; la venta de monopolios que restringían el comercio; los pesados impuestos a las exportaciones de lana, que hacían que ésta no fuera competitiva en los mercados extranjeros; las aduanas *internas* entre los diversos reinos españoles, que dañaban el comercio y elevaban los precios: éstas eran algunas de las decisiones apresuradas que, a largo plazo, afectaron seriamente la capacidad de España de llevar adelante el gran papel militar que se había adjudicado en los asuntos europeos (y extraeuropeos). Aunque la decadencia española no fue evidente hasta la década de 1640, sus causas ya tenían entonces varios decenios de existencia.

COMPARACIONES INTERNACIONALES

Ahora bien, es importante recalcar que este fracaso de los Habsburgo fue relativo. Terminar aquí la historia sin examinar la experiencia de las otras potencias europeas dejaría incompleto el análisis. La guerra, tal como ha argüido un historiador, «fue con mucho la prueba más severa con que se enfrentó el Estado en el siglo XVI» [51]. Los cambios en las técnicas militares que permitieron el gran aumento de volumen de los ejércitos y la casi simultánea evolución del conflicto naval a gran escala ejercieron nuevas y enormes presiones sobre las sociedades organizadas de Occidente. Cada beligerante tuvo que aprender a crear una estructura administrativa satisfactoria para enfrentarse con la «revolución militar» y, lo que es igualmente importante, tuvo que inventar nuevos medios

para pagar los crecientes costes de la guerra. Las tensiones que sufrieron los gobernantes Habsburgo y sus súbditos pudieron ser extraordinarias, debido al número de años que estuvieron luchando sus ejércitos; pero, como muestra la Tabla 1, el reto de supervisar y financiar grandes fuerzas militares fue común a todos los Estados, muchos de los cuales parecían poseer muchos menos recursos qué la España imperial. ¿Cómo respondieron a la prueba?

TABLA 1. Aumento en el número de soldados, 1470-1660[52]

Fecha	*España*	*Provincias Unidas*	*Francia*	*Inglaterra*	*Suecia*
1470	20 000		40 000	25 000	
1550	150 000		50 000	20 000	
1590	200 000	20 000	80 000	30 000	15 000
1630	300 000	50 000	150 000		45 000
1650	100 000		100 000	70 000	70 000

En este breve estudio se ha omitido uno de los enemigos más persistentes y amenazadores de los Habsburgo, el Imperio otomano, principalmente porque su fuerza y sus puntos flacos han sido comentados en el capítulo anterior; pero conviene recordar que muchos de los problemas y deficiencias con que tuvieron que contender los administradores turcos —demasiada extensión estratégica, fracaso en explotar eficazmente los recursos, las presiones de la empresa comercial sobre la causa de la ortodoxia religiosa o del prestigio militar— son similares a los que preocuparon a Felipe II y a sus sucesores. También se han omitido Rusia y Prusia, como naciones cuyo período de grandes potencias en la política europea no había empezado todavía, y además, la zona de Polonia-Lituania, que, a pesar de su extensión territorial, se veía demasiado obstaculizada por la diversidad étnica y las trabas del feudalismo (servidumbre, una economía atrasada, una monarquía electiva, «una anarquía aristocrática que había de ser prototipo de inercia política»[53]) para iniciar su propio despegue y convertirse en una Na-

ción-Estado moderna. En cambio, los países que hay que examinar son las «nuevas monarquías» de Francia, Inglaterra y Suecia, así como la «república burguesa» de las Provincias Unidas.

Como Francia fue el Estado que en definitiva, sustituyó a España como la mayor potencia militar, es natural que los historiadores hayan prestado atención a las numerosas ventajas de la primera. Sin embargo, sería erróneo adelantar el período del predominio francés; a lo largo de la mayor parte de los años de que trata este capítulo, Francia pareció —y fue— decididamente más débil que su vecina del sur. En las primeras décadas que siguieron a la Guerra de los Cien Años, la consolidación de los territorios de la Corona frente a Inglaterra, Borgoña y Bretaña, el hábito de recaudar impuestos directos (especialmente la *taille*, capitación) sin aplicación a los Estados Generales, el trabajo administrativo de las nuevas secretarías de Estado y la existencia de un ejército «real» con una poderosa fuerza de artillería hicieron que Francia apareciese como una monarquía posfeudal unificada y triunfante[54]. Sin embargo, pronto habría de ponerse de manifiesto la fragilidad de esta estructura. Las guerras italianas, además de mostrar repetidamente lo breves y desastrosos que eran los esfuerzos franceses de ganar influencia en aquella península (incluso cuando se aliaba con Venecia o con los turcos), eran también muy caras: no fueron sólo los Habsburgo, sino también la Corona francesa, quienes tuvieron que declararse en quiebra en el fatídico año de 1557. Mucho antes de aquella bancarrota, y a pesar de todos los aumentos en la *taille* y en los impuestos indirectos, como la *gabelle* y los aranceles, la monarquía francesa recurría ya a fuertes préstamos de financieros a elevados tipos de interés (entre el 10% y el 16%) y a dudosos procedimientos, como la venta de cargos. En Francia aún era peor que en España o en Inglaterra, pues en ella las rivalidades religiosas se combinaban con las ambiciones de las grandes casas nobles para producir una sangrienta y duradera guerra civil. Lejos de ser una gran fuerza en asuntos internacionales, Francia amenazó, después de 1560, con convertirse en el nuevo reñidero de Eu-

ropa, tal vez para quedar permanentemente dividida a lo largo de fronteras religiosas, como había de ser el destino de los Países Bajos y de Alemania[55].

Sólo tras la subida de Enrique de Navarra al trono francés como Enrique IV (1589-1610), con su política de compromiso interno y acciones militares externas contra España, mejoró la situación; y la paz que firmó con Madrid en 1598 tuvo la gran ventaja de mantener a Francia como potencia independiente. Pero era un país gravemente debilitado por la guerra civil, el bandidaje, los altos precios y el estancamiento del comercio y de la agricultura, y su sistema fiscal estaba destrozado. En 1596 la deuda nacional era de casi 300 millones de libras, y las cuatro quintas partes de los 31 millones de libras de rentas públicas habían sido ya asignadas y gastadas[56]. A partir de entonces, Francia fue durante largo tiempo una sociedad en recuperación. Sin embargo, sus recursos naturales eran, en comparación, inmensos. Su población de unos dieciséis millones de habitantes era el doble de la de España y cuatro veces la de Inglaterra. Aunque quizá no estaba tan avanzada como los Países Bajos, la Italia del Norte y la región de Londres en urbanización, comercio y finanzas, su agricultura era diversificada y sana, y el país gozaba normalmente de un excedente de alimentos. La riqueza latente de Francia quedó claramente demostrada a principios del siglo XVII, cuando Sully, el gran ministro de Enrique IV, supervisó la economía y las finanzas del Estado. Aparte de la *paulette* (que era la venta de y la imposición sobre cargos hereditarios), Sully no introdujo nuevas cargas fiscales, pero revisó la maquinaria de recaudación de impuestos, descubrió a miles de individuos que se amparaban en exenciones ilegales, recuperó tierras y rentas de la Corona y renegoció los tipos de interés de la deuda nacional. En pocos años, después de 1600, el presupuesto del Estado quedó equilibrado. Además, Sully —anticipándose al ministro de Luis XIV, Colbert— trató de ayudar a la industria y a la agricultura por diferentes medios: reduciendo la *taille*; construyendo puentes, carreteras y canales para ayudar al transporte de

mercancías; fomentando la producción de telas; estableciendo fábricas reales para producir artículos de lujo que sustituirían a las importaciones, etc. No todas estas medidas dieron el resultado esperado, pero el contraste con la España de Felipe III era ostensibles[57].

Es difícil saber si esta obra de recuperación habría continuado de no haber sido Enrique IV asesinado en 1610. En cambio, está claro que ninguna de las «nuevas monarquías» podía funcionar debidamente sin un liderazgo adecuado, y en el tiempo que medió entre la muerte de Enrique IV y la consolidación por Richelieu del poder real en la década de 1630 la policía interior de Francia, el descontento de los hugonotes y la inclinación a la intriga de la nobleza debilitaron de nuevo la capacidad del país para actuar como gran potencia europea. Además, cuando Francia intervino al fin abiertamente en la Guerra de los Treinta Años, no lo hizo, como han pretendido algunos historiadores, como potencia unificada y sana, sino como un país que padecía todavía muchas de las antiguas dolencias. La intriga de los aristócratas seguía siendo fuerte y alcanzaría su punto culminante en 1648-1653; los levantamientos de los campesinos, de los trabajadores urbanos sin empleo y de los hugonotes, junto con el obstruccionismo de los funcionarios locales, interrumpieron el debido funcionamiento del Gobierno; y la economía, afectada por la decadencia general de la población, el clima más duro, la producción agrícola reducida y la mayor incidencia de plagas que parece que afectaron a gran parte de Europa en aquella época[58], difícilmente se hallaba en condiciones de sufragar una guerra importante.

Por consiguiente, los impuestos franceses tuvieron que ser aumentados, a partir de 1635, por diferentes medios: se aumentó la venta de cargos y la *taille*, que había sido reducida en años anteriores, fue elevada hasta el punto de que su rendimiento anual se había duplicado en 1643. Pero ni siquiera esto podía cubrir los costes de la lucha contra los Habsburgo, tanto la carga militar directa para mantener un ejército de 150 000 hombres como los subsidios a

los aliados. En 1643, año de la gran victoria militar francesa sobre España en Rocroi, los gastos del Gobierno casi doblaron los ingresos y Mazarino, sucesor de Richelieu, se vio obligado a aumentar todavía más las ventas de cargos oficiales y a controlar con más severidad la *taille*, medidas ambas sumamente impopulares. No fue coincidencia que la rebelión de 1648 empezase con una huelga de contribuyentes contra las nuevas medidas fiscales de Mazarino y que aquella inquietud condujese rápidamente a una pérdida de prestigio del Gobierno y a su reacia declaración de quiebra[59].

En consecuencia, durante los once años de guerra franco-española que siguieron a la Paz de Westfalia de 1648, los dos adversarios parecieron boxeadores borrachos de golpes, que se aferraban uno a otro en un estado de casi agotamiento y eran incapaces de acabar con el contrario. Ambos sufrían una rebelión interna, un profundo empobrecimiento y descontento de la guerra, y se encontraban al borde del colapso financiero. Cierto que, con generales tales como D'Enghieu y Turenne y reformadores militares como Le Tellier, el Ejército francés se estaba convirtiendo lentamente en el más grande de Europa; pero su poder naval, construido por Richelieu, se había desintegrado rápidamente debido a las exigencias de la guerra en tierra[60], y el país seguía necesitando una sólida base económica. En medio de esta situación, fue una suerte para Francia que Inglaterra, cuyo poder naval y militar renacía bajo Cromwell, decidiese participar en el conflicto, con lo que inclinó definitivamente la balanza contra la afligida España. La Paz de los Pirineos subsiguiente simbolizó menos la grandeza de Francia que la decadencia relativa de su vecina del Sur, cuyos dominios eran demasiado extensos, y que había luchado con notable tenacidad[61].

Dicho en otras palabras, cada potencia europea poseía una mezcla de fuerzas y de flaquezas, y lo realmente necesario era impedir que las segundas superasen a las primeras. Éste era ciertamente el caso de las potencias de «flanco» en el Oeste y el Norte, Inglaterra y Suecia, cuyas intervenciones contribuyeron a frenar las ambicio-

nes de los Habsburgo en varias ocasiones críticas. Aquélla no fue la causa, por ejemplo, de que Inglaterra estuviese bien preparada para un conflicto continental durante estos 140 años. La clave de la recuperación inglesa después de las Guerras de las Dos Rosas había sido la concentración de Enrique VII en la estabilidad doméstica y la prudencia financiera, al menos después de la paz con Francia en 1492. Al reducir sus propios gastos, pagar sus deudas y fomentar el comercio de la lana, la pesca y el comercio en general, el primer monarca Tudor dio un necesitado respiro a un país afligido por las guerras civiles y el malestar; la productividad natural de la agricultura, el floreciente comercio de tejidos con los Países Bajos, la creciente utilización de la rica pesca de altura y la animación general del comercio costero hicieron el resto. En el área de las finanzas nacionales, la recuperación por parte del rey de tierras de la Corona y la confiscación de las pertenecientes a rebeldes y aspirantes rivales al trono, el rendimiento de los aranceles en un comercio creciente y los beneficios de la *Star Chamber* y otro tribunales, se combinaron para producir un saludable equilibrio[62].

Pero la estabilidad política y fiscal no equivalía necesariamente a *poder*. Comparados con las más numerosas poblaciones de Francia y de España, los tres o cuatro millones de habitantes de Inglaterra y Gales no parecían mucho. Las instituciones financieras y las infraestructuras comerciales del país parecían toscas en comparación con las de Italia, Alemania del sur y los Países Bajos, aunque se produciría un considerable crecimiento industrial en el curso del «siglo Tudor»[63]. En el aspecto militar, la diferencia era mucho más grande. En cuanto se sintió seguro en el trono, Enrique VII licenció una gran parte de su Ejército y prohibió (con escasas excepciones) los ejércitos privados de los grandes magnates; aparte de los *Yeomen o f the Guard* y de ciertas tropas de guarnición, no hubo ningún ejército regular en Inglaterra durante el período en que las guerras de Francia contra los Habsburgo en Italia estaban cambiando la naturaleza y las dimensiones del conflicto militar. En consecuencia, tales fuerzas, como las que existían bajo

los primeros Tudor, estaban todavía equipadas por armas tradicionales (arcos, picas) y organizadas a la manera tradicional (milicias de condado, «compañías» de voluntarios, etc.). Sin embargo, este atraso no impidió que su sucesor, Enrique VIII, luchase contra los escoceses o interviniese en 1513 y 1522-1523 contra Francia, ya que el rey inglés podía alquilar grandes números de tropas «modernas» —piqueros, arcabuceros, caballería pesada— a Alemania[64].

Aunque tampoco estas primeras operaciones inglesas en Francia ni las dos ulteriores invasiones de 1528 y 1544 terminaron en desastres militares —sí, ciertamente, obligaron a menudo al monarca francés a comprar a los molestos incursores ingleses—, sin duda tuvieron funestas consecuencias financieras. Por ejemplo, del gasto total de 700 000 libras por parte del Tesoro de la Cámara en 1513, 632 000 libras fueron destinadas a pagos de los soldados, a artillería y a otros gastos militares[*]. Las reservas acumuladas por Enrique VII fueron pronto gastadas por su ambicioso heredero, y el Primer Ministro de Enrique VIII, Wolsey, provocó numerosas quejas por su esfuerzo en conseguir dinero de préstamos forzosos, «benevolencias» y otros medios arbitrarios. Solamente con la incautación por parte de Thomas Cromwell de tierras de la Iglesia en la década de 1530 se alivió la posición financiera; en realidad, la Reforma inglesa dobló los ingresos reales y permitió el gasto a gran escala para proyectos militares defensivos: fortalezas a lo largo de la costa del canal y de la frontera con Escocia, nuevos y poderosos buques de guerra para la Marina real, represión de rebeliones en Irlanda. Pero las desastrosas guerras contra Francia y Escocia en la década de 1540 costaron la enorme cantidad de 2 135 000 libras, que era aproximadamente el décuplo de los ingresos normales de la Corona. Esto obligó a los ministros del rey a recurrir a los procedimientos más desesperados: la venta de propiedades religiosas a bajo precio, la confiscación de fincas de los nobles por acusaciones amañadas, repetidos préstamos forzosos, gran reducción del valor intrínseco de la moneda y, por último, el

recurso a los Fugger y otros Bancos extranjeros[65]. El arreglo a las diferencias de Inglaterra con Francia en 1550 fue, pues, un gran alivio para un Gobierno próximo a la quiebra.

Así, pues, todo esto indicaba cuáles eran los verdaderos límites del poder de Inglaterra en la primera mitad del siglo XVI. Era un Estado centralizado y relativamente homogéneo, aunque mucho menos en las zonas fronterizas y en Irlanda, que siempre podían detraer los recursos y la atención reales. Gracias principalmente al interés de Enrique VIII, era desde el punto de vista defensivo fuerte, ya que contaba con algunas fortalezas modernas, artillería, astilleros, una importante industria de armamento y una Marina bien equipada. Pero estaba militarmente atrasado en cuanto a la calidad de su Ejército, y sus finanzas no podían sostener una guerra a gran escala. Cuando Isabel I subió al trono en 1558 fue lo bastante prudente para reconocer estas limitaciones y lograr sus fines sin contravenirlas. En los peligrosos años posteriores a 1570, cuando la Contrarreforma estaba en auge y las tropas españolas actuaban en los Países Bajos, era una tarea difícil de realizar. Como su país no estaba a la altura de cualquiera de las verdaderas «superpotencias» de Europa, Isabel trató de mantener la independencia de Inglaterra a través de la diplomacia y, cuando empeoraron las relaciones anglo-españolas, de hacer que la «guerra fría» contra Felipe II se desarrollase en el mar, lo cual era al menos económica y ocasionalmente provechoso[66]. Aunque tuvieron que gastar dinero en asegurar los flancos escocés e irlandés y en ayudar a los rebeldes holandeses en los últimos años de 1570, Isabel y sus ministros consiguieron acumular un saludable superávit durante los primeros veinticinco años del reinado de aquélla; lo cual no estuvo mal, ya que la reina necesitaba en gran manera un «arca de guerra», desde el momento en que se tomó la decisión, en 1585, de enviar una fuerza expedicionaria dirigida por Leicester a Holanda.

El conflicto posterior a 1585 con España impuso exigencias, tanto estratégicas como financieras, al Gobierno de Isabel. Considerando la estrategia más adecuada para Inglaterra, líderes navales

como Hawkins, Raleigh, Drake y otros, aconsejaron a la reina una política de interceptar el comercio español de la plata, atacando las costas y las colonias del enemigo y, en general, explotando las ventajas del poder naval para hacer una guerra más barata, proposición atractiva en teoría, aunque a menudo difícil de llevar a cabo en la práctica. Pero había también la necesidad de enviar tropas a los Países Bajos y al norte de Francia, con el fin de ayudar a los que luchaban contra el Ejército español, estrategia adoptada, no por amor a los rebeldes holandeses y a los protestantes franceses, sino simplemente porque, según arguyó Isabel, «cuando llegue el último día de Francia, será también la víspera de la destrucción de Inglaterra»[67]. Era, pues, vital preservar el equilibrio europeo, aunque fuese, en caso necesario, mediante una intervención activa; y este «compromiso continental» continuó hasta principios del siglo XVII, al menos de una forma personal, ya que muchos soldados ingleses se quedaron cuando la fuerza expedicionaria se fundió con el Ejército de las Provincias Unidas, en 1594.

Al realizar la doble función de obstaculizar los designios de Felipe II en tierra y de hostigar a su Imperio en el mar, contribuyeron los ingleses al mantenimiento de la pluralidad política de Europa. Pero la tensión de sostener a 8000 hombres en el extranjero era enorme. En 1586, se envió a los Países Bajos un total de más de 100 000 libras y, en 1587, 175 000 libras, en ambos casos aproximadamente la mitad de los gastos anuales; en el año de la Armada Invencible las asignaciones a la Marina superaron las 150 000 libras. Por consiguiente, los gastos anuales de Isabel a finales de la década de 1580 fueron entre el doble y el triple de los de principios de la misma década. Durante la siguiente, la Corona gastó más de 350 000 libras cada año y la campaña de Irlanda elevó la cifra media anual a más de 500 000 libras durante los últimos cuatro años de la reina[68]. Por más que se esforzó en sacar fondos de otros recursos —como de la venta de tierras de la Corona, y de los monopolios—, el Gobierno no tuvo más remedio que convocar a los Comunes en repetidas ocasiones y pedir subvenciones extraordi-

narias. El hecho de qué se otorgasen éstas (por un total de unos, dos millones de libras) y de que el Gobierno inglés no se declarase en quiebra ni dejase de pagar a sus tropas fue prueba de la habilidad y de la prudencia de la reina y de sus consejeros; pero los años de guerra habían puesto a prueba todo el sistema, habían dejado deudas al primer rey Estuardo y habían colocado a éste y a su sucesor en una posición de dependencia de unos Comunes desconfiados y de un cauteloso mercado monetario londinense[69].

No hay espacio en este libro para examinar el creciente conflicto entre la Corona y el Parlamento que iba a dominar la política inglesa durante las cuatro décadas que siguieron a 1603, a lo largo de las cuales las finanzas desempeñarían el principal papel[70]. Las ineptas y ocasionales intervenciones de las fuerzas inglesas en la gran lucha europea durante la década de 1620, aunque muy caras, surtieron poco efecto en el curso de la Guerra de los Treinta Años. La población, el comercio, las colonias de ultramar y la riqueza general de Inglaterra crecieron durante este período, pero nada de esto podía proporcionar una base segura para el poder del Estado sin una armonía interior; ciertamente, las disputas sobre impuestos tales como el Ship *Money* —que en teoría hubiese podido fomentar la Fuerza Armada de la nación— tenían que conducir muy pronto al Parlamento y a la Corona a una guerra civil que perjudicaría a Inglaterra como factor de la política europea durante buena parte de la década de 1640. Cuando resurgió Inglaterra, fue para desafiar a los holandeses en una furiosa guerra comercial (1652-1654) que, fuesen cuales fueren los objetivos de cada beligerante, tuvo poco que ver con el equilibrio europeo general.

Sin embargo, la Inglaterra de Cromwell de los años de 1650 pudo representar el papel de gran potencia con más éxito que cualquier Gobierno anterior. Su New Model Army, que surgió de la guerra civil, había cerrado al menos la distancia que existía tradicionalmente entre las tropas inglesas y sus semejantes europeas. Organizado e instruido según las normas modernas establecidas por Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo, endurecido por años

de conflicto, bien disciplinado y (generalmente) pagado con regularidad, el Ejército inglés podía intervenir en el equilibrio europeo con cierto efecto, como demostró al derrotar a las fuerzas españolas en la batalla de las Dunas, en 1658. Además, la Marina de la Commonwealth estaba, en todo caso, más avanzada de lo que correspondía a su época. Favorecida por los Comunes, porque se había declarado en general contra Carlos I durante la guerra civil, la flota renació a finales de la década de 1640: experimentó un gran incremento numérico, pues pasó de treinta y nueve navíos (1649) a ochenta (1651), se mejoraron los sueldos y las condiciones, los arsenales y el apoyo logístico, y los fondos para todo esto fueron regularmente aprobados por una Cámara de los Comunes que creía que la ganancia y el poder iban de la mano[71]. Esto estuvo muy bien ya que, en su primera guerra contra los holandeses, la Marina tuvo que medirse con una fuerza igualmente formidable mandada por unos jefes —Tromp y De Ruyter— que eran tan buenos como Blake y Monk. Cuando fue lanzada contra el Imperio español después de 1655, no es de extrañar que consiguiese triunfos: toma de Acadia (Nueva Escocia) y, después de un fiasco en Hispaniola, de Jamaica; captura de una parte de la flota del tesoro español en 1656; bloqueo de Cádiz y destrucción de la flota en Santa Cruz, en 1657.

Pero, si estas acciones inglesas rompieron por fin el equilibrio y obligaron a España a terminar su guerra con Francia en 1659, esto no se logró sin tensiones internas. El provechoso comercio español se perdió en beneficio de los holandeses neutrales en aquellos años que siguieron a 1655, y corsarios enemigos recogieron un rico botín de buques mercantes ingleses a lo largo de las rutas atlánticas y mediterráneas. Sobre todo, pagar un Ejército de hasta 70 000 hombres y una Marina importante era muy costoso; un cálculo indica que, de un total de 2 878 000 libras de gastos del Gobierno en 1657, más de 1 900 000 fueron a parar al Ejército y 742 000 a la Marina[72]. Se establecieron impuestos, eficazmente recaudados, a un nivel sin precedentes, pero todavía no eran sufi-

cientes para un Gobierno que gastaba «cuatro veces más de lo que se había considerado intolerable bajo Carlos I» antes de la Revolución inglesa[73]. La deuda subió sin cesar, y se retrasó el pago a los soldados y marineros. Aquellos pocos años de guerra contra España aumentaron indudablemente la aversión del público hacia el régimen de Cromwell y fueron la causa de que la mayoría de las clases comerciantes suplicasen la paz. Desde luego, no es que Inglaterra se arruinara por completo con este conflicto, aunque sin duda así hubiera sido si se hubiese enzarzado en luchas de gran potencia durante tanto tiempo como lo hizo España. El desarrollo del comercio interior y de ultramar de Inglaterra, más los beneficios de las colonias y del transporte marítimo, empezaban a proporcionar unos sólidos cimientos económicos en los que podía el Gobierno de Londres confiar en el caso de otra guerra; y precisamente porque Inglaterra —junto con las Provincias Unidas de los Países Bajos— había desarrollado una eficaz economía de mercado, logró la rara hazaña de combinar un cada vez más elevado nivel de vida con una población creciente[74]. Sin embargo, seguía siendo vital conservar el adecuado equilibrio entre el esfuerzo militar y naval del país de una parte y el fomento de la riqueza nacional de otra; al final del Protectorado, este equilibrio había llegado a ser demasiado precario.

Esta lección crucial de habilidad política resulta más clara si comparamos el auge de Inglaterra con el de otra potencia de «flanco», Suecia[75]. A lo largo del siglo XVI las perspectivas del reino del Norte parecieron pobres. Cerrado por Lübeck y (en especial) por Dinamarca su libre acceso a la Europa occidental, enzarzada en una serie de luchas con Rusia en su flanco oriental, y repetidamente turbada por su relación con Polonia, Suecia tenía bastante trabajo con mantenerse ella misma; ciertamente, su grave derrota ante Dinamarca en la guerra de 1611-1613 anunciaba que la decadencia, más que la expansión, sería el destino del país. Además, había padecido fisuras internas, que eran más constitucionales que religiosas, y esto había dado por resultado la confirmación

de los grandes privilegios de la nobleza. Pero el punto más flaco de Suecia era su base económica. Gran parte de su extenso territorio era desierto ártico o bosques. Los campesinos desparramados, en su mayoría autosuficientes, constituían el 95% de una población total de unos 900 000 habitantes; con Finlandia, aproximadamente un millón y cuarto, menos que muchos de los estados italianos. Había pocas ciudades y poca industria; apenas se detectaba una «clase media», y el trueque de artículos y servicios seguía siendo la principal forma de intercambio. Por consiguiente, Suecia era, militar y económicamente, como un pigmeo cuando el joven Gustavo Adolfo subió al trono en 1611.

Dos factores, uno externo y otro interno, contribuyeron al rápido crecimiento de Suecia a partir de aquellos principios nada prometedores. El primero consistió en los empresarios extranjeros, en particular los holandeses, pero también los alemanes y los valones, para quienes era Suecia un país «subdesarrollado» prometedor, rico en materias primas tales como madera, hierro y mineral de cobre. El más famoso de estos empresarios extranjeros, Louis de Geer, no sólo vendió productos acabados a los suecos y les compró mineral en bruto, sino que, con el tiempo, creó serrerías, fundiciones y fábricas, efectuó préstamos al rey e introdujo a Suecia en el «sistema mundial» mercantil, cuya base estaba principalmente en Amsterdam. Pronto se convirtió el país en el primer productor de hierro y de cobre de Europa, y estas exportaciones le valieron la moneda extranjera que pronto contribuiría al pago de las Fuerzas Armadas. Además, Suecia llegó a ser autosuficiente en armamentos, un hecho raro, de nuevo gracias a la inversión y la experiencia extranjeras[76].

El factor interno fue la conocida serie de reformas instituidas por Gustavo Adolfo y sus ayudantes. La administración de justicia, el Tesoro, el sistema de impuestos, la administración central de la Cancillería y la educación fueron algunos de los sectores más eficaces y productivos durante este período. La nobleza fue apartada de las facciones y conducida al servicio del Estado. Se aseguró la

solidaridad religiosa. Los Gobiernos, tanto el central como los locales, parecían funcionar bien. Sobre estos firmes cimientos, Gustavo pudo construir una Marina sueca para proteger las costas de sus rivales daneses y polacos y asegurar el paso de las trepas suecas a través del Báltico. Sin embargo, la fama del rey se fundó sobre todo en sus grandes reformas militares: desarrollo del Ejército nacional a base de una forma de reclutamiento; adiestramiento de sus soldados en nuevas tácticas de guerra; mejora de la Caballería e introducción de una Artillería móvil y ligera; y por último, la disciplina y alta moral que su liderazgo dio al Ejército. Gracias a esto, Gustavo tuvo bajo su mando tal vez la mejor fuerza combatiente del mundo cuando se trasladó al norte de Alemania para ayudar a la causa protestante durante el verano de 1630[77].

Todas estas ventajas eran necesarias, ya que las dimensiones del conflicto europeo eran mucho más grandes, y los costes mucho más elevados, que todos los experimentados en las anteriores guerras locales contra los vecinos de Suecia. A finales de 1630 Gustavo tenía bajo su mando a más de 42 000 hombres; doce meses más tarde había doblado aquel número; y antes de la fatídica batalla de Lützen, su fuerza había aumentado hasta casi 150 000. Aunque los soldados suecos formaban un corps d elite en todas las batallas importantes y eran también empleados para guarnición de las fortalezas estratégicas, eran insuficientes en número para formar un Ejército de aquella importancia; en realidad, las cuatro quintas partes de aquel Ejército «sueco» de 150 000 hombres se componían de mercenarios extranjeros, escoceses, ingleses y alemanes, que resultaban terriblemente caros. La guerra contra Polonia en la década de 1620 había puesto ya en un aprieto al erario público sueco, pero la guerra alemana amenazaba con ser mucho más costosa. Sin embargo, y esto es muy notable, los suecos consiguieron que pagasen otros. Los subsidios extranjeros, en particular los pagados por Francia, son bien conocidos, pero sólo cubrieron una fracción de los costes. La verdadera fuente fue la propia Alemania: los diversos Estados principescos y las ciudades libres fueron re-

queridos a contribuir a la causa, si eran amigos; si eran hostiles, tenían que pagar rescates para evitar el saqueo. Además, este gran Ejército controlado por Suecia exigía alojamiento, comida y piensos en los territorios donde acampaban. Desde luego, este sistema había sido ya perfeccionado por el lugarteniente del emperador, Wallenstein, cuya política de exigir «contribuciones» había financiado un Ejército imperial de más de 100 000 hombres[78]; pero lo que interesa aquí es que no fueron los suecos quienes pagaron la gran fuerza que sirvió para contener a los Habsburgo desde 1630 hasta 1648. En el mismo mes de la Paz de Westfalia, el Ejército sueco estaba saqueando en Bohemia, y fue absolutamente adecuado que sólo se retirasen después del pago de una importante «compensación».

Aunque éste fue un logro notable de los suecos, dio en muchos aspectos una imagen falsa de la verdadera posición del país en Europa. Su formidable máquina de guerra había sido parasitaria en alto grado; el Ejército sueco en Alemania tenía que saquear para vivir; de otra manera, las tropas se amotinaban, cosa que perjudicaba aún más a los alemanes. Naturalmente, los propios suecos tenían que pagar su Marina, sus defensas en el país y sus fuerzas empleadas en lugares distintos de Alemania; y, como en todos los demás Estados, esto había creado tensión en las finanzas gubernamentales y había conducido a desesperadas ventas de tierras de la Corona y a rentas a la nobleza, con lo que se redujeron los ingresos a largo plazo. La Guerra de los Treinta Años había causado también grandes bajas en vidas humanas, y los impuestos extraordinarios constituían un duro peso para los campesinos. Además, los triunfos militares de Suecia habían dado a ésta varias posesiones allende el Báltico —Estonia, Livonia, Bremen, la mayor parte de Pomerania— que representaron beneficios comerciales y fiscales, pero cuyos costes de mantenimiento en tiempo de paz o de defensa en tiempos de guerra con rivales celosos representarían una carga sobre el Estado sueco mucho mayor que la gran campaña de Alemania en las décadas de 1630 y de 1640.

Suecia seguiría siendo una potencia considerable incluso después de 1648, pero sólo a nivel regional. Así, durante los reinados de Carlos X (1654-1660) y Carlos XI (1660-1697) fue defendible su predominio en la zona del Báltico, donde sucesivamente puso a raya a los daneses y resistió contra Polonia, Rusia y el poder en auge de Prusia. El giro hacia el absolutismo, con Carlos XI, mejoró las finanzas reales y permitió así mantener un gran Ejército en tiempos de paz. Sin embargo, éstas fueron medidas tomadas para fortalecer a Suecia en su lenta decadencia de su alta posición. Según dijo el profesor Roberts:

> Durante una generación Suecia se había emborrachado de victorias e hinchado de botín. Carlos XI volvió a situarla bajo la luz gris de la existencia cotidiana, le dio la política adecuada a sus recursos y a sus verdaderos intereses, la equipó para llevarla a la práctica y la preparó para un futuro de peso y dignidad como potencia de segunda clase[79].

Éstos no fueron logros mezquinos, pero en el más amplio contexto europeo tuvieron un significado limitado. Y es interesante observar cómo el equilibrio de poder en el Báltico, del que dependía Suecia no menos que Dinamarca, Polonia y Brandeburgo, estaba siendo influenciado y «manipulado» en la segunda mitad del siglo XVII por los franceses, los holandeses e incluso los ingleses, para sus propios fines, mediante subsidios, intervenciones diplomáticas y, en 1644 y 1659, una flota holandesa[80]. Finalmente, aunque Suecia no pudo ser llamada nunca Estado «marioneta» en este gran juego diplomático, siguió siendo un enano económico en comparación con las crecientes potencias de Occidente y tendió a depender de sus subsidios. Su comercio exterior, alrededor del año 1700, no era más que una pequeña fracción del que tenían las Provincias Unidas o Inglaterra, y su gasto público equivalía tal vez a una quincuagésima parte del de Francia[81]. Con esta inadecuada base material, y sin posibilidad de acceso a las colonias de ultramar, Suecia tenía pocas probabilidades —a pesar de su admirable estabilidad social y administrativa— de mantener el predominio

militar que había ostentado brevemente bajo Gustavo Adolfo. De hecho, en las décadas que siguieron su trabajo quedaría reducido a la búsqueda de la forma de detener los avances de Prusia en el Sur y de Rusia en el Este.

El último ejemplo, el del poder holandés durante este período, ofrece un notable contraste con el caso de Suecia. En este caso se trataba de una nación creada en las confusas circunstancias de la revolución, de un grupo de siete provincias heterogéneas separadas por fronteras irregulares del resto de los Países Bajos en poder de los Habsburgo, una simple parte de una parte de un vasto imperio dinástico, restringida en población y extensión territorial, que rápidamente se convirtió en una gran potencia dentro *y fuera* de Europa a lo largo de casi un siglo. Se diferenciaba de los otros Estados —aunque no de su precursora italiana, Venecia— en que poseía una forma de gobierno republicana y oligárquica; pero su característica más distintiva era que los cimientos de su fuerza estaban firmemente establecidos en el mundo del comercio, la industria y las finanzas. Fue sin duda alguna una formidable potencia militar, al menos desde el punto de vista defensivo, y la potencia naval más efectiva hasta que fue eclipsada por Inglaterra a finales del siglo XVIII. Pero estas manifestaciones de poder armado fueron la consecuencia, más que la esencia, de la fuerza y la influencia holandesas.

Desde luego, difícilmente puede decirse que, en los primeros años de su rebelión, los poco numerosos rebeldes holandeses (tan sólo unos 70 000) pesaron mucho en los asuntos europeos; de hecho, pasarían algunas décadas antes de llegar a considerarse a sí mismos miembros de una nación absolutamente independiente, y hasta principios del siglo XVII no se establecerían de algún modo sus fronteras. La llamada Revuelta de los Países Bajos fue al principio un asunto esporádico, a lo largo del cual diferentes grupos sociales y regiones lucharon entre sí tanto como se opusieron a —y a veces transigieron con— los gobernantes Habsburgo; y hubo varias ocasiones en la década de 1580 en que la magnífica política

del duque de Parma para recobrar los territorios para España pareció estar a punto de triunfar. De no haber sido por los subsidios y la ayuda militar de Inglaterra y de otros Estados protestantes, la importación de gran número de cañones ingleses y la frecuente desviación de tropas españolas hacia Francia, la rebelión habría podido ser sofocada. Sin embargo, como los puertos y los astilleros de los Países Bajos estaban casi en su totalidad en manos de los rebeldes y a España le resultaba imposible ganar el control del mar, Parma sólo podía dirigir la reconquista a base de lentas operaciones de asedio en tierra que perdieron su impulso cuando se le ordenó que trasladase sus ejércitos a Francia[82].

Hacia 1590 las Provincias Unidas habían sobrevivido y pudieron, de hecho, reconquistar la mayor parte de las provincias y ciudades que habían perdido en el Este. Su Ejército estaba a la sazón bien instruido y mandado por Mauricio de Nassau, cuyas innovaciones tácticas y explotación del terreno húmedo lo convirtieron en uno de los grandes capitanes de la época. Pero hablar de Ejército holandés sería un error: en 1660 se componía de cuarenta y tres compañías inglesas, treinta y dos francesas, veinte escocesas, once valonas y nueve alemanas, y sólo contaba con diecisiete compañías holandesas[83]. A pesar de esta gran (pero en modo alguno atípica) variedad de nacionalidades, Mauricio moldeó sus fuerzas en un conjunto coherente y uniforme. Pero sin duda fue ayudado en esta tarea por el apuntalamiento financiero del Gobierno holandés, y su Ejército, más que la mayoría de los de Europa, fue pagado con regularidad, de la misma manera que el Gobierno cuidaba continuamente del mantenimiento de su importante Marina.

Sería un error exagerar la riqueza y la estabilidad financiera de la República Holandesa o sugerir que le resultaba fácil pagar el prolongado conjunto sobre todo en sus primeras fases. En las partes oriental y meridional de las Provincias Unidas la guerra causaba considerables daños, pérdidas en el comercio y disminución de la población. Incluso la próspera provincia de Holanda encontraba enormes las cargas fiscales; en 1579 tuvo que aportar 960 000 flo-

rines para la guerra y, en 1599, casi 5,5 millones. A principios del siglo XVII, al elevarse el coste anual de la guerra contra España a diez millones de florines, muchos se preguntaron durante cuánto tiempo podría mantenerse la lucha sin una fuerte tensión financiera. Afortunadamente para los holandeses, la economía española —y su correspondiente capacidad de pagar al levantisco Ejército de Flandes— había sufrido todavía más y fue causa, al fin, de que Madrid conviniese la tregua de 1609.

Pero, si el conflicto había puesto a prueba los recursos holandeses, no los había agotado, y lo cierto es que, a partir de 1590, su economía fue creciendo de prisa y pudo proporcionar, de este modo, una sólida base de «crédito» cuando el Gobierno acudía —como todos los Estados beligerantes tenían que hacer— al mercado de dinero. Una razón evidente de esta prosperidad fue la interacción de una población creciente con un espíritu más emprendedor, en cuanto se hubo rechazado el régimen de los Habsburgo. Además del aumento natural en número, hubo decenas (tal vez cientos) de millares de refugiados del Sur y otros muchos de otras partes de Europa. Parece claro que muchos de estos inmigrantes eran hábiles trabajadores, maestros, artesanos y capitalistas, que tenían mucho que ofrecer. El saqueo de Amberes por parte de las tropas españolas en 1576 dio a Amsterdam mayores oportunidades en el sistema de comercio internacional; pero también es cierto que los holandeses aprovechaban todas las ocasiones que se les ofrecían para el progreso comercial. Su dominio del rico comercio del arenque y su ganancia de tierras al mar constituyeron fuentes adicionales de riqueza. Su importante Marina mercante, y en particular sus fluyts (sencillos y sólidos cargueros), les granjearon, en 1600, la explotación de gran parte del comercio de transporte de Europa: madera, cereales, telas, sal y arenques eran transportados por barcos holandeses por todas las rutas marítimas. Para enojo de sus aliados ingleses y de muchos teólogos calvinistas holandeses, los mercaderes de Amsterdam suministraban de buena gana aquellas mercancías a su mortal enemigo, España, si los beneficios su-

peraban los riesgos. En el país, las materias primas eran importadas en grandes cantidades y «acabadas» después por los diversos gremios de Amsterdam, Deft, Leyden, etc. Con «el refinado del azúcar, la fundición, la destilación, la fabricación de cerveza, el corte del tabaco, el torcido de la seda, la alfarería, el cristal, la manufactura de armamentos, la imprenta y la fabricación de papel»[84] entre las principales industrias, no era sorprendente que, en 1622, aproximadamente el 56% de la población holandesa de 670 000 habitantes viviese en ciudades de mediana dimensión. Todas las otras regiones del mundo debían parecer económicamente atrasadas en comparación con ella.

Otros dos aspectos de la economía holandesa fomentaron su poderío militar. El primero fue su expansión en ultramar. Aunque este comercio no podía compararse con el más humilde pero de volumen mucho mayor que se realizaba en aguas europeas, supuso una nueva aportación a los recursos de la República. «Entre 1598 y 1605, un promedio anual de veinticinco barcos navegó a África occidental, veinte a Brasil, diez a las Indias Orientales y ciento cincuenta al Caribe. Se fundaron colonias soberanas en Amboina, en 1605, y en Ternate, en 1607; se establecieron factorías y puestos comerciales alrededor del océano índico, cerca de la desembocadura del Amazonas y en 1609 en Japón»[85]. Como Inglaterra, las Provincias Unidas se beneficiaban ahora de la lenta desviación de los equilibrios económicos desde el Mediterráneo hacia el mundo Atlántico; tal desviación fue una de las principales tendencias seculares del período 1500-1700 y, si bien en primer momento resultó beneficioso para Portugal y España, más tarde galvanizó a sociedades mejor preparadas para extraer las ganancias del comercio mundial[86].

El segundo elemento fue el creciente papel de Amsterdam como centro de las finanzas internacionales, corolario natural ele la función de la República como naviera, cambista y traficante en mercancías de Europa. Lo que ofrecían sus financieros y sus instituciones (recepción de depósitos con interés, transferencias de di-

nero, descuento y compensación de letras de cambio, concesión de préstamos flotantes) no era diferente de prácticas ya establecidas, por ejemplo, en Venecia y en Génova; pero, reflejando la riqueza comercial de las Provincias Unidas, todo esto se realizaba a mayor escala y con un grado mayor de seguridad, tanto más cuanto que los principales inversores formaban parte del Gobierno y querían que se mantuviesen los principios de dinero sólido, crédito seguro y pago regular de las deudas. Como consecuencia de ello, había generalmente dinero disponible para préstamos del Gobierno, lo cual daba a la República Holandesa una ventaja incalculable con respecto a sus rivales y, como su crédito era firme porque pagaba puntualmente sus deudas, podía tomar dinero e prestado más barato que cualquier otro Gobierno, lo cual constituía una importante ventaja en el siglo XVII y, en realidad, en todos los tiempos.

Esta capacidad de obtener fácilmente préstamos fue aún más importante después de reanudarse las hostilidades con España en 1621, pues el coste de las Fuerzas Armadas se elevó sin cesar, desde 13,4 millones de florines (1622) hasta 18,8 millones (1640). Estas sumas eran muy elevadas incluso para una población rica, y en particular cuando el comercio holandés de ultramar empezaba a verse perjudicado por la guerra, ya en pérdidas directas, ya en la desviación el comercio hacia manos neutrales. Por consiguiente, era políticamente más fácil permitir que la mayor parte posible de la guerra fuese financiada con préstamos públicos. Aunque esto condujo a un fuerte aumento de la deuda oficial —la deuda de la Provincia de Holanda era de 153 millones de florines en 1561—, la fuerza económica del país y la puntualidad con que se pagaban los intereses significó que el sistema de crédito no estuviese nunca en peligro de derrumbarse[87]. Si esto demuestra que incluso los Estados ricos ponían mala cara ante el coste de los gastos militares, también confirmó que, mientras el triunfo en la guerra dependiese del tamaño de la bolsa, los holandeses tendrían siempre más probabilidades de aguantar que los demás.

LA GUERRA, EL DINERO Y LA NACIÓN-ESTADO

Resumamos ahora las principales conclusiones de este capítulo. Después de 1450, la guerra estuvo íntimamente relacionada con «el nacimiento de la Nación-Estado»[88]. Entre finales del siglo XV y finales del XVII la mayoría de los países europeos fue testigo de una centralización de la autoridad política y militar, generalmente bajo la figura del monarca (pero en algunos lugares bajo la del príncipe local o una oligarquía mercantil), acompañada de mayores poderes y de métodos de imposición fiscal, y llevada a cabo por una maquinaria burocrática mucho más complicada que la que existía cuando se presumía que los reyes «vivían de lo suyo» y los ejércitos nacionales se formaban a base de levas feudales.

Varias fueron las causas de esta evolución de la Nación-Estado europea. El cambio económico había socavado ya buena parte del antiguo orden feudal, y los diferentes grupos sociales tenían que relacionarse entre sí mediante nuevas formas de contratos y de obligaciones. La Reforma, al dividir la Cristiandad sobre la base de *cuius regio, eius religio*, es decir, de las preferencias religiosas de los gobernantes, unieron la autoridad civil y la religiosa y de este modo extendieron el laicismo sobre una base nacional. La decadencia del latín y el creciente uso de las lenguas vernáculas por parte de los políticos, los abogados, los burócratas y los poetas acentuaron esta tendencia laica. Los mejores medios de comunicación, el más extendido intercambio de artículos, el invento de la imprenta y los descubrimientos oceánicos hicieron que el hombre tuviese más conocimientos, no sólo acerca de los otros pueblos, sino también acerca de las diferencias de lenguaje, gustos, hábitos culturales y religiones. En tales circunstancias, no es de extrañar que muchos filósofos y otros escritores de la época sostuviesen que la Nación-Estado era la forma natural y mejor de sociedad cívica, que sus poderes tenían que ser aumentados y sus intereses defendidos, y que sus gobernantes y gobernados necesitaban —fuera cual fuere la

forma constitucional específica de que disfrutasen— trabajar armónicamente para el bien común y nacional[89].

Pero, más que aquellas consideraciones filosóficas y las tendencias sociales de lenta evolución, lo que ejerció una más continua y apremiante presión en favor de la «construcción de la Nación» fue la guerra y sus consecuencias. El poder militar permitió a muchas dinastías de Europa mantenerse por encima de los grandes magnates de sus países y asegurarse la uniformidad y la autoridad políticas (aunque a menudo con concesiones a la nobleza). Factores militares —o mejor dicho, factores geoestratégicos— contribuyeron a establecer las fronteras territoriales de estas nuevas Naciones-Estado, mientras que las frecuentes guerras fomentaron la conciencia nacional, al menos de una manera negativa, al aprender los ingleses a odiar a los españoles, los suecos a odiar a los daneses y los rebeldes holandeses a odiar a sus antiguos señores Habsburgo. Por encima de todo, fue la guerra —y en especial las nuevas técnicas que favorecieron el crecimiento de las tropas de infantería y las costosas fortificaciones de flotas— lo que impulsó a los Estados beligerantes a gastar más dinero que nunca y a buscar la compensación en los impuestos. Todas las observaciones sobre el aumento general de los gastos oficiales, o sobre nuevas organizaciones para la recaudación de los impuestos, o sobre la relación cambiante entre reyes y Estados en la primera Europa moderna siguen siendo *abstractas* hasta que se recuerda la importancia crucial del conflicto militar[90]. En los últimos años de la Inglaterra de Isabel o de la España de Felipe II, unas tres cuartas partes de todos los gastos oficiales se dedicaban a la guerra o al pago de deudas contraídas en guerras anteriores. Los esfuerzos militares y navales pueden no haber sido siempre la *raison d'être* de las nuevas Naciones-Estado, pero sí fueron, en todo caso, su más cara y apremiante actividad.

Sin embargo, sería erróneo presumir que las funciones de recaudar fondos, mantener ejércitos, equipar flotas, enviar instrucciones y dirigir campañas militares en los siglos XVI y XVII se reali-

zaron de la misma manera que caracterizó, por ejemplo, la invasión de Normandía en 1944. Como tendría que haber demostrado el precedente análisis, las máquinas militares de la primera Europa moderna eran engorrosas e ineficaces. Reclutar y controlar un Ejército en aquel período era una empresa terriblemente difícil: soldados pícaros, mercenarios posiblemente desleales, intendencia inadecuada, problemas de transporte, armas anticuadas, eran causa de desesperación de la mayoría de los jefes de tropas. Incluso cuando se asimilaba dinero suficiente con fines militares, la corrupción y el mal empleo se dejaban sentir.

Por consiguiente, las Fuerzas Armadas no eran instrumentos previsibles y dignos de confianza del Estado. Una y otra vez grandes bandas de hombres se descontrolaban debido a la escasez de suministros o, lo que es aún más grave, debido a la falta de pago de los soldados. El Ejército de Flandes se amotinó no menos de cuarenta y seis veces entre 1572 y 1607; pero también, aunque con menos frecuencia, lo hicieron fuerzas igualmente formidables, como los suecos en Alemania o el *New Model Army* de Cromwell. Fue Richelieu quien observó con amargura en su *Testament Politique*:

> La Historia conoce muchos más ejércitos arruinados por la carencia y el desorden que por los esfuerzos de sus enemigos, y yo he sido testigo de que, como todas las empresas que se emprendieron en mis tiempos, fueron deficientes sólo por esta razón[91].

Este problema del pago y de los suministros afectó a la actuación militar de todas las maneras posibles: un historiador ha demostrado que las campañas asombrosamente móviles de Gustavo Adolfo en Alemania, más que ser dictadas por una planificación estratégico-militar en el sentido expuesto por Clausewitz, reflejaba una sencilla pero apremiante búsqueda de comida y de forraje para sus enormes fuerzas[92]. Mucho antes del aforismo de Napoleón, los jefes militares sabían que un ejército marchaba sobre su estómago.

Pero estas restricciones físicas eran también especialmente aplicables, a nivel nacional, a la recaudación de fondos para la guerra. En este período ningún Estado, por muy próspero que fuese, podía pagar de inmediato los costes de un conflicto prolongado; aunque se impusiesen nuevas cargas fiscales siempre había una diferencia entre los ingresos y los gastos oficiales que sólo podía salvarse con préstamos, ya fuesen de banqueros privados como los Fugger o, más tarde, a través de un mercado de dinero formalmente organizado y que negociaba con valores oficiales. Sin embargo, una y otra vez los crecientes costos de la guerra obligaban a los monarcas a dejar de pagar deudas, a reducir el valor intrínseco de la moneda o a intentar otras medidas desesperadas, que producían un alivio a corto plazo pero graves inconvenientes a la larga. Del mismo modo que sus jefes militares trataban frenéticamente de poner orden en sus tropas y alimentar a sus caballos, los primeros Gobiernos modernos se veían obligados a vivir precariamente al día. Importunar a los terratenientes con nuevos impuestos, presionar a los ricos y a las iglesias para obtener «donativos», capturar ricos barcos extranjeros y mantener a distancia a los muchos acreedores eran actividades más o menos permanentes impuestas a los gobernantes y a sus funcionarios en aquellos años.

Lo que se pretende demostrar en este capítulo no es, por consiguiente, que los Habsburgo fracasaran del todo en lo que otras potencias consiguieron con tanta brillantez. Aquí no hay grandes contrastes evidentes; el triunfo y el fracaso tienen que medirse por diferencias muy pequeñas[93]. Todos los Estados, incluso las Provincias Unidas, se hallaban bajo una grave tensión debido a la constante sangría de recursos para las campañas militares y navales. Todos los Estados experimentaban dificultades financieras, motines de las tropas, abastecimiento inadecuado, oposición en su interior al aumento de los impuestos. Como en la Primera Guerra Mundial, aquellos años fueron también testigos de luchas de resistencia, que acercaban a los beligerantes cada vez más al agotamiento. En la última década de la Guerra de los Treinta Años se

puso de manifiesto que ninguna alianza podía abastecer a ejércitos tan grandes como los mandados por Gustavo y Wallenstein, pues cada parte estaba, literalmente, agotando los hombres y el dinero. La victoria de las fuerzas adversarias de los Habsburgo fue, por lo tanto, marginal y relativa. Habían conseguido, aunque sólo por poco, mantener el equilibrio entre su base material y su poder militar mejor que sus enemigos Habsburgo. Al menos algunos de los vencedores se habían dado cuenta de que los recursos de la riqueza nacional tenían que ser explotados con cuidado y no de manera desaforada durante un conflicto prolongado. Tal vez admitieron también, aunque de mala gana, que el comerciante y el fabricante y el agricultor eran tan importantes como el oficial de Caballería y el piquero. Pero el margen de su apreciación y de su mejor manejo de los elementos económicos era ligero. Había sido, para emplear las últimas palabras del duque de Wellington, «una cosa muy igualada». La mayoría de las grandes contiendas lo son.

III. FINANZAS, GEOGRAFÍA Y VICTORIAS GUERRERAS, 1660-1815

Desde luego, la firma de la Paz de los Pirineos no puso fin a las rivalidades de las grandes potencias europeas, ni a su costumbre de resolver estas rivalidades con la guerra. Pero las luchas internacionales que se produjeron a lo largo de un siglo y medio después de 1660 fueron diferentes, en algunos aspectos muy importantes, de las que habían tenido lugar en los cien años precedentes y, como tales, estos cambios reflejaron una nueva fase en la evolución de la política internacional.

El rasgo más significativo de la escena entre las grandes potencias después de 1660 fue la maduración de un sistema auténticamente multipolar de Estados europeos, cada uno de los cuales tendía cada vez más a tomar decisiones sobre la guerra y la paz fundándose en los «intereses nacionales» más que en causas transnacionales o religiosas. Éste no fue, a buen seguro, un cambio instantáneo ni absoluto: los Estados europeos anteriores a 1660 habían maniobrado, de hecho, teniendo en cuenta sus intereses seculares, y el prejuicio religioso fomentó todavía muchas querellas internacionales en el siglo XVIII. Sin embargo, la principal característica de la era 1519-1659 —a saber, un eje austro-español de potencias Habsburgo en lucha contra una coalición de Estados protestantes, además de contra Francia— desapareció entonces y fue sustituida por un sistema más débil de alianzas a corto plazo y cambiantes. Países que habían sido enemigos en una guerra se encontraban a menudo luchando juntos en la siguiente, que cargaba el acento sobre una *Realpolitik* calculada, y no sobre una profunda convicción

religiosa, en la determinación de la política. Las fluctuaciones, tanto en la diplomacia como en la guerra, que eran naturales en este sistema volátil y multipolar, se complicaban con algo que no era nuevo, sino común a todos los tiempos: el auge de ciertos Estados y la decadencia de otros. Durante este siglo y medio de rivalidad internacional, desde la toma del poder absoluto por Luis XIV en Francia, en 1660-1661, hasta la rendición de Napoleón Bonaparte después de Waterloo, en 1815, ciertas grandes naciones del período anterior (el Imperio otomano, España, los Países Bajos, Suecia) pasaron a un segundo plano y Polonia quedó totalmente eclipsada. Los reajustes territoriales y estructurales de los Habsburgo austriacos en sus dominios hereditarios hicieron que permaneciesen en primer plano y, en el norte de Alemania, Brandeburgo-Prusia consiguió elevarse a aquel nivel después de unos principios muy poco prometedores. En el Oeste, después de 1660, Francia incrementó a toda prisa su fuerza militar hasta convertirse en el más poderoso de los Estados europeos, casi tanto, según muchos observadores, como lo habían sido las fuerzas de los Habsburgo medio siglo atrás. La posibilidad de Francia de dominar el Centro-Oeste de Europa sólo se vio frustrada por las alianzas entre sus vecinos marítimos y continentales en una serie de prolongadas guerras (1689-1697, 1702-1714, 1739-1748, 1756-1763); pero se reafirmó en la era napoleónica para producir una larga lista de victorias militares galas a las que sólo pudo poner fin una coalición de otras cuatro grandes potencias. Incluso después de su derrota de 1815, Francia siguió siendo uno de los Estados dominantes. Por consiguiente, entre ella en el Oeste y los dos países alemanes de Prusia y el Imperio Habsburgo en el Este, fue surgiendo, en el corazón de Europa, un inestable equilibrio tripartito a lo largo del siglo XVIII.

No obstante, las alteraciones realmente significativas en el sistema de las grandes potencias, durante aquel siglo, se produjeron en los *flancos* de Europa e incluso más allá. Algunos de los Estados europeos occidentales convirtieron firmemente sus pequeños y

precarios enclaves en los trópicos en dominios mucho más extensos, sobre todo en la India, pero también en las Indias Orientales, en el sur de África e incluso en la lejana Australia. La más afortunada de estas naciones colonizadoras fue Gran Bretaña, que, «estabilizada» en su interior tras ser sustituido Jacobo II por Guillermo y María en 1688, dio plena eficacia a su potencial isabelino y se convirtió en el mayor de los imperios marítimos europeos. Incluso su pérdida de control sobre las prósperas colonias norteamericanas en la década de 1770 —de las que emergieron unos Estados Unidos independientes de formidable fuerza defensiva y considerable poder económico— sólo interrumpió de modo temporal este crecimiento de la influencia mundial británica. Igualmente notables fueron los logros del Estado ruso, que se extendió hacia el Este y hacia el Sur, a través de las estepas de Asia, a lo largo del siglo XVIII. Además, aunque situadas en las márgenes occidental y oriental de Europa respectivamente, tanto Gran Bretaña como Rusia estaban interesadas en la suerte del centro; de ahí que se mezclara Inglaterra en los asuntos alemanes debido a sus lazos dinásticos con Hannover (después de subir al trono Jorge I en 1714), y la resolución de Rusia de llevar la voz cantante en el destino de la vecina Polonia. En términos más generales, los gobiernos de Londres y de San Petersburgo querían un equilibrio de poder en el continente europeo y estaban dispuestos a intervenir repetidamente con el fin de asegurar aquel equilibrio de acuerdo con sus intereses. Dicho en otras palabras, los Estados europeos se estaban convirtiendo en un sistema de *cinco* grandes potencias —Francia, el Imperio Habsburgo, Prusia, Gran Bretaña y Rusia—, así como países menos importantes, como Saboya, y Estados en decadencia, como España[1].

¿Por qué estas cinco potencias en particular —aunque, evidentemente, no poseían todas la misma fuerza— fueron capaces de permanecer (o ingresar) en la «liga mayor» de Estados? Las explicaciones puramente militares no nos llevarán muy lejos. Por ejemplo, es difícil creer que el auge y la caída de las grandes potencias

en este período fuesen causados principalmente por los cambios en la tecnología militar y naval, aunque éstos pudiesen beneficiar a un país más que a otro[*]. Hubo, desde luego, muchas mejoras de armamentos en pequeña escala: el fusil de chispa (con bayoneta calada) eliminó la pica de los campos de batalla; la artillería se hizo mucho más móvil, en especial después de los nuevos tipos inventados por Gribeauval en Francia durante la década de 1760; y el corto cañón naval que recibe el nombre de «carronada» (construido primero por el «Carron Company», de Escocia, a finales de los 1770) aumentó el poder destructivo de los buques de guerra. También hubo mejoras en las ideas tácticas y, en el fondo, el continuo crecimiento de la población y de la producción agrícola permitiría la organización de unidades militares más numerosas (la división, el cuerpo de ejército) y su más fácil mantenimiento con las ricas tierras labrantías a finales del siglo XVIII. Sin embargo, justo es decir que el ejército de Wellington en 1815 no presentaba diferencias significativas con respecto al de Malborough de 1710, ni la flota de Nelson estaba desde el punto de vista tecnológico mucho más avanzada que la que se había enfrentado con los barcos de guerra de Luis XIV[2].

De hecho, los cambios más significativos que se produjeron en los campos militar y naval durante el siglo XVIII fueron probablemente de organización, debido a la acrecentada actividad del Estado. Ejemplo de este cambio fue sin duda la Francia de Luis XIV, donde ministros tales como Colbert, Le Tellier y otros trabajaron para aumentar los poderes del rey en el interior y su gloria en el extranjero. La creación de un Ministerio de la Guerra francés, con intendentes que controlaban la financiación, la intendencia y la organización de las tropas, mientras Martinet, como inspector general, imponía nuevos niveles de instrucción y disciplina; la erección de cuarteles, hospitales, campos de desfile y almacenes de todas clases en tierra, para sostener el enorme Ejército del Rey Sol, junto con la creación de una enorme flota centralmente organizada, en el mar; todo esto obligó a las otras potencias a seguir el

ejemplo, si no querían ser eclipsadas. La monopolización y burocratización del poder militar por el Estado es a todas luces una parte central del concepto de «construcción nacional», y el proceso fue recíproco, ya que la reforzada autoridad y los recursos del Estado, proporcionaron a su vez a sus fuerzas armadas un grado de *permanencia* que a menudo no había existido en el siglo anterior. No sólo había ejércitos «profesionales», «permanentes», y marinas «reales», sino también una infraestructura mucho más desarrollada de academias de guerra, cuarteles, astilleros, etc., con administradores a su frente. El poder era ahora *nacional* tanto si se expresaba a través del Despotismo Ilustrado de Europa oriental, como a través de los controles parlamentarios británicos o de las ulteriores fuerzas demagógicas de la Francia revolucionaria[3]. Por otra parte, estas mejoras de organización podían ser rápidamente copiadas por otros Estados (el ejemplo más espectacular fue la transformación del Ejército ruso por Pedro el *Grande* en el espacio de un par de décadas después de 1698) y no garantizaban, por sí mismas, el mantenimiento de un país en la posición de gran potencia.

Mucho más importantes que cualquiera de estas mejoras estrictamente militares, para explicar la posición relativa ocupada por las grandes potencias entre 1660 y 1815, fueron otros dos factores: las *finanzas* y la *geografía*. Considerados conjuntamente —pues los dos elementos se influían a menudo entre sí—, es posible tener una visión más amplia de lo que parece, a primera vista, ser una asombrosa imagen de triunfos y fracasos producidos por las muchas guerras de este período.

LA «REVOLUCIÓN FINANCIERA»

La importancia de las finanzas y de una base económica productiva que crease rentas para el Estado había quedado ya clara para los príncipes del Renacimiento, como se ha explicado en el capítulo anterior. El auge de las Monarquías Absolutas del siglo XVIII, con sus grandes cuerpos militares y sus flotas de guerra, simplemente aumentó la necesidad de los Gobiernos de alimentar la economía y crear instituciones financieras que pudiesen recaudar y administrar el dinero en cuestión[4]. Además, a semejanza de la Primera Guerra Mundial, conflictos tales como las siete guerras anglo-francesas importantes, desarrolladas entre 1698 y 1815, fueron luchas de resistencia. Por consiguiente, la victoria se inclinaba a favor de la potencia —o mejor dicho, de la coalición, ya que tanto Inglaterra como Francia solían tener aliados— con mayor capacidad de conservar su crédito y de elevar sus provisiones. El mero hecho de que fuesen guerras de coalición aumentaba su duración, ya que el beligerante que empezaba a agotar sus recursos acudía a un aliado más poderoso en demanda de préstamos y refuerzos para continuar la lucha. Dado que los conflictos eran caros y agotadores, cada bando necesitaba desesperadamente —para emplear el viejo aforismo— «dinero, dinero y más dinero». Fue esta necesidad lo que constituyó el antecedente de la que ha sido llamada «revolución financiera» de finales del siglo XVII y principios del XVIII[5], cuando ciertos Estados europeos occidentales crearon un sistema relativamente sofisticado de Banca y crédito para pagar sus guerras.

Hubo, por otro lado, una segunda razón, no militar, de los cambios financieros de aquella época. Fue la escasez crónica de metálico, en particular en los años que precedieron a los descubrimientos, en 1693, de oro en el Brasil portugués. A medida que fue incrementándose el comercio de Europa con Oriente en los siglos XVII y XVIII, fue aumentando la salida de plata para cubrir los desequilibrios comerciales, lo cual provocó las quejas de los mercaderes y comerciantes de todas partes por la escasez de monedas. Además, el continuo crecimiento del comercio europeo, sobre to-

do de productos esenciales como las telas y los artículos navales, junto a la tendencia de sustituir las ferias medievales de temporada por centros permanentes de intercambio condujo a una creciente regularidad y previsibilidad de establecimientos financieros y, de este modo, al mayor empleo de letras de cambio y de cartas de crédito. En especial en Amsterdam, pero también en Londres, Lyon, Frankfurt y otras ciudades, lo que dio paso a la aparición de multitud de prestamistas, traficantes en mercancías, orfebres (que con frecuencia hacían también préstamos), comerciantes de papel moneda y especuladores en acciones del número creciente de compañías anónimas. Estos individuos y empresas financieras adoptaron prácticas bancarias ya conocidas en la Italia del Renacimiento y fueron creando una estructura de crédito nacional e internacional para apuntalar la primera economía moderna mundial.

Sin embargo, el más fuerte y continuado impulso a la «revolución financiera» en Europa fue dado por la guerra. Aunque la diferencia entre las cargas financieras de la época de Felipe II y las de los tiempos de Napoleón era sólo de grado, no dejaba por ello de ser bastante notable. El coste de una guerra en el siglo XVI podía calcularse en millones de libras; a finales del siglo XVII se había elevado a *decenas* de millones, y cuando las Guerras Napoleónicas tocaban a su fin los gastos de los principales combatientes alcanzaban a veces los cien millones de libras *anuales*. Si estos prolongados y frecuentes choques entre las grandes potencias, traducidos en términos económicos, beneficiaron más que entorpecieron el auge comercial e industrial de Occidente, es algo que nunca ha sido resuelto de modo satisfactorio. La respuesta depende, en grado sumo, de si se trata de valorar el crecimiento *absoluto* de un país como opuesto a su prosperidad y fuerza *relativas* antes y después de un largo conflicto[6]. Lo que está claro es que ni siquiera los Estados más prósperos y «modernos» del siglo XVIII podían pagar de inmediato las guerras de este período con sus ingresos ordinarios. Además, los grandes aumentos en los impuestos, aun existiendo la

maquinaria para recaudarlos, podían provocar inquietud interior, cosa que todos los regímenes temían, sobre todo cuando tenían que enfrentarse al mismo tiempo con retos de extranjeros.

En consecuencia, la única manera de que un gobierno pudiera financiar adecuadamente una guerra era la de tomar prestado: vendiendo valores y cargos o, mejor, títulos negociables y a largo plazo, con devengo de intereses a favor de quienes aportaban dinero para el Estado. Si se aseguraba un ingreso de fondos, los funcionarios podían entonces autorizar pagos a los contratistas del Ejército, abastecedores, constructores de buques y a los propios servicios armados. En muchos aspectos, este sistema bidireccional de recaudar y gastar *simultáneamente* grandes cantidades de dinero actuaba como un fuelle, pues fomentaba el desarrollo del capitalismo occidental y de la propia Nación-Estado.

Pero, por muy natural que todo esto pueda parecer, visto retrospectivamente, es importante recalcar que el éxito de semejante sistema dependía de dos factores críticos: una maquinaria razonablemente eficaz para conseguir los préstamos y la conservación del «crédito» gubernamental en los mercados financieros. En ambos aspectos las Provincias Unidas ocupaban el primer puesto; lo cual no es de extrañar, ya que allí los comerciantes eran parte del Gobierno y deseaban que los negocios oficiales se desarrollasen de acuerdo con los mismos principios de rectitud financiera que se aplicaban, por así decirlo, a una sociedad anónima. Era, pues, apropiado que los Estados Generales de los Países Bajos, que recaudaban eficaz y regularmente los impuestos para cubrir los gastos oficiales, pudiesen fijar tipos muy bajos de interés, con lo que reducían los pagos por deudas. Este sistema, soberbiamente reforzado por las múltiples actividades financieras de la ciudad de Amsterdam, pronto dio a las Provincias Unidas fama internacional en el pago de facturas, cambio de monedas y concesión de créditos, y creó naturalmente una estructura —y una atmósfera— dentro de la cual podía considerarse por completo normal la deuda a largo plazo del Estado. Así pudo convertirse Amsterdam en

centro de «capital sobrante» holandés, que pronto fue capaz de invertir en acciones de compañías extranjeras y, lo que es aún más importante, en la suscripción de gran variedad de préstamos solicitados por gobiernos extranjeros, sobre todo en tiempo de guerra[7].

El impacto de estas actividades sobre la economía de las Provincias Unidas no tiene que ser estudiado aquí, aunque está claro que Amsterdam no se habría convertido en la capital financiera del continente si no se hubiese apoyado, en primer lugar, en una base comercial y productiva floreciente. Además, la consecuencia a muy largo plazo fue probablemente desventajosa, ya que las continuas devoluciones de préstamos oficiales alejaron más y más a las Provincias Unidas de una economía manufacturera en favor de una economía rentista, cuyos banqueros se sentían poco inclinados, a finales del siglo XVIII, a arriesgar capital en empresas industriales a gran escala; al mismo tiempo, la facilidad con que podían conseguirse los préstamos fue causa de que el Gobierno holandés contrajese una enorme carga de deudas, pagadas con impuestos indirectos que aumentaron tanto los salarios como los precios a niveles no competitivos[8].

Más importante para los fines de nuestro razonamiento es que, al suscribir préstamos a gobiernos extranjeros, los holandeses se preocupaban mucho menos de la religión o la ideología de sus clientes que de su estabilidad financiera y su solvencia. Así, pues, las condiciones establecidas para préstamos a potencias europeas como Rusia, España, Austria, Polonia y Suecia pueden considerarse como una medida de su respectivo potencial económico, las garantías que ofrecían a sus banqueros, su historial en el pago de intereses y primas y, en definitiva, sus perspectivas de salir victorioso de una guerra entre grandes potencias. De este modo, la caída en picado de los valores oficiales polacos a finales del siglo XVIII y, a la inversa, la notable —y con frecuencia olvidada— solidez del crédito de Austria, decenio tras decenio, reflejaron la durabilidad relativa de estos Estados[9].

Pero el mejor ejemplo de esta relación crítica entre vigor financiero y política de poder se encuentra en los dos más grandes rivales de este período: Gran Bretaña y Francia. Como el resultado de su conflicto afectó a todo el equilibrio europeo, vale la pena examinar sus experiencias con cierta prolijidad. La antigua noción de que la Gran Bretaña del siglo XVIII exhibía una creciente, diamantina e inexorable fuerza comercial e industrial, un crédito fiscal inconmovible y una estructura social flexible, móvil y ascendente —comparada con una Francia *ancien régime* fundada en las precarias arenas de la arrogancia militar, el atraso económico y un rígido sistema de clases— ya no parece defendible. En algunos aspectos, el sistema fiscal francés era menos regresivo que el británico. También en algunos aspectos, la economía francesa daba en el siglo XVIII señales de movimiento de «despegue» hacia una revolución industrial, aunque tenía sólo limitadas reservas de un artículo tan crucial como el carbón. Su producción de armamentos era considerable, y poseía muchos artesanos hábiles y algunos empresarios de valía[10]. Con su mucho más numerosa población y su más extensa agricultura, Francia era mucho más rica que su vecina isleña; las rentas de su Gobierno y las dimensiones de su Ejército empequeñecían las de su rival occidental europeo; y su régimen *dirigista,* en comparación con la política fundada en partidos de Westminster, parecía darle una mayor coherencia y previsibilidad. Por lo tanto, los británicos parecían reparar mucho más en la relativa debilidad de su país que en su fuerza, cuando miraban al otro lado del Canal.

A pesar de todo, el sistema inglés poseía ventajas claves en el reino financiero que aumentaban el poder del país en tiempo de guerra y fortalecían su estabilidad política y su crecimiento económico en tiempos de paz. Si bien es verdad que su sistema fiscal *general* era más regresivo que el de Francia —es decir, que descansaba en los impuestos indirectos más que en los directos—, sus formas particulares parece que lograron contrariar mucho menos al público. Por ejemplo, no había en Inglaterra nada parecido a la

larga serie de recaudadores de impuestos y otros intermediarios franceses; muchos de los impuestos británicos eran «invisibles» (los impuestos indirectos sobre unos pocos productos básicos) o parecían perjudicar al extranjero (aranceles); no había tasas *internas,* que tanto irritaban a los comerciantes franceses y frenaban el comercio interior; la contribución territorial británica —principal impuesto directo durante una gran parte del siglo XVIII— no permitía excepciones de privilegio y era también «invisible» para la mayor parte de la sociedad, y estos diversos impuestos eran discutidos y después autorizados por una asamblea electiva que, a pesar de todos sus defectos, parecía más representativa que el Antiguo Régimen en Francia. Si sumamos a esto el importante dato de que la renta per cápita era ya algo mayor en Gran Bretaña que en Francia en 1700, no es en modo alguno de extrañar que la población del Estado isleño estuviese dispuesta y fuese capaz de pagar impuestos proporcionalmente más elevados. Por último, es posible argüir —aunque más difícil de demostrar en términos estadísticos— que la carga relativamente ligera de la imposición directa en Gran Bretaña, no sólo acrecentó la tendencia a ahorrar del sector acomodado de la sociedad (permitiendo la acumulación de capital de inversión durante los años de paz), sino que produjo también una gran reserva de riqueza imponible en *tiempo de guerra,* cuando se introdujeron contribuciones territoriales más altas y, en 1799, un impuesto directo sobre la renta, para atender a una emergencia nacional. Así, durante el período de la Guerra Napoleónica, y a pesar de tener una población de menos de la mitad que la de Francia, Gran Bretaña recaudó, por primera vez y en términos *absolutos,* una cifra anual de impuestos superior a la de su más poblada vecina[11].

Pero, por muy notable que fuese aquel logro, fue eclipsado en importancia por la todavía más significativa diferencia entre los sistemas británico y francés de crédito público. Porque lo cierto es que, durante la mayoría de los conflictos del siglo XVIII, casi las tres cuartas partes de dinero *extra* recaudado para atender a los gastos

adicionales de tiempo de guerra procedieron de préstamos. Aquí, más que en parte alguna, las ventajas británicas fueron decisivas. La primera fue la evolución de una estructura institucional que permitió la obtención de préstamos a largo plazo de una manera eficaz y, al mismo tiempo, el pago regular de los intereses (y del principal) de las deudas acumuladas. La creación del Banco de Inglaterra en 1694 (al principio como recurso en tiempo de guerra) y la ligeramente posterior regularización de la deuda nacional, de una parte, y el florecimiento de la Bolsa de valores y de los «Bancos provincianos», de otra, impulsaron la oferta de dinero disponible, tanto a los Gobiernos como a los hombres de negocios. Este crecimiento del papel moneda en diversas formas, sin una grave inflación ni pérdida de crédito, comportó muchas ventajas en una época en que andaba escasa la moneda. Sin embargo, la propia «revolución financiera» difícilmente habría podido triunfar si las obligaciones del Estado no hubiesen sido garantizadas por sucesivos Parlamentos con facultades para decretar impuestos adicionales; si los ministros —desde Walpole hasta el más joven Pitt— no hubiesen trabajado de firme para convencer a sus banqueros en particular y al público en general de que también ellos actuaban según los principios de rectitud financiera y de gobierno «económico»; ni si la continua y en algunos casos notable expansión del comercio y de la industria no hubiese producido un aumento concomitante en los ingresos por aranceles e impuestos indirectos. Ni siquiera el principio de una guerra frenaba estos aumentos, ya que la marina real protegía el comercio ultramarino de la nación al mismo tiempo que asfixiaba el del enemigo. Sobre estos sólidos cimientos se apoyó el «crédito» de Gran Bretaña, a pesar de las primitivas incertidumbres, de la considerable oposición política y de contratiempos financieros casi desastrosos, como el colapso de la famosa South Seas Bubble en 1720. «A pesar de todos los defectos en el manejo de la hacienda pública inglesa —observó su historiador—, durante el resto del siglo siguió siendo más honrada, así como más eficaz, que la de cualquier otra de Europa»[12].

Como resultado de todo esto, no solamente bajaron mucho los tipos de interés[*], sino que los valores del Gobierno británico fueron cada vez más atractivos para los inversores extranjeros y, en particular, para los holandeses. Así, las transacciones regulares en estos valores, en la Bolsa de Amsterdam, se convirtieron en parte importante del nexo de relaciones comerciales y financieras anglo-holandesas, y tuvieron importantes efectos sobre las economías de ambos países[13]. En términos políticos y *de poder, su* valor radicó en la forma en que los recursos de las Provincias Unidas vinieron en ayuda del esfuerzo de guerra británico, aunque la alianza holandesa en la lucha contra Francia había sido sustituida por una inquieta neutralidad. Sólo en los tiempos de la Revolución Americana —significativamente, el conflicto en que se pusieron más de manifiesto las debilidades militar, naval, diplomática y comercial británicas, y en que, por consiguiente, estuvo su crédito más bajo— tendió a extinguirse la corriente de fondos holandeses, a pesar de los más altos tipos de interés que Londres estaba dispuesta a ofrecer. No obstante, en 1780, cuando los holandeses intervinieron en la guerra al lado de Francia, el Gobierno británico descubrió que la solidez de su propia economía y la disponibilidad de capital interior eran tales, que sus préstamos podían ser casi completamente asumidos por inversores del país.

Las dimensiones —y el éxito definitivo— de la capacidad británica de obtener préstamos de guerra pueden resumirse en la tabla 2.

TABLA 2. Gastos e ingresos británicos en tiempos de guerra, 1688-1815

Años inclusive	*Gastos totales*	*Ingresos totales*	*Diferencia cubierta con préstamos*	*Préstamos en % de gastos*
1688-1697	49 320 145	32 766 754	16 553 391	33.6
1702-1713	93 644 560	64 239 477	29 405 083	31,4
1739-1748	95 628 159	65 903 964	29 724 195	31,1
1756-1763	160 573 366	100 555 123	60 018 243	37,4
1776-1783	236 462 689	141 902 620	94 560 069	39,9

1793-1815	1 657 854 518	1 217 556 439	440 398 079	26,6
Totales	2 293 483 437	1 622 924 377	670 559 060	33,3

Y la consecuencia estratégica de estas cifras fue que el país fue por esto capaz de «gastar en la guerra fuera de toda proporción con sus ingresos procedentes de impuestos, y de lanzar así a la lucha con Francia y sus aliados el margen decisivo de barcos y hombres sin el cual los recursos previamente empleados lo habrían sido en vano»[14]. Aunque muchos comentaristas británicos del siglo XVIII temblaron ante el volumen de la deuda nacional y sus posibles consecuencias, permaneció el hecho de que (en palabras del obispo Berkeley) el crédito fue «la principal ventaja que tenía Inglaterra sobre Francia». Por último, el gran aumento de los gastos del Estado y la enorme y continua demanda de hierro, lana, telas y otros artículos en particular por parte del Almirantazgo provocó una «reacción en espiral» que benefició a la producción industrial británica y estimuló la serie de avances tecnológicos que dieron al país otra ventaja sobre los franceses[15].

La causa de que los franceses no pudiesen imitar estos hábitos británicos es ahora fácilmente comprensible[16]. En primer lugar, no había un sistema adecuado de hacienda pública. Desde la Edad Media las operaciones financieras de la monarquía francesa habían sido «dirigidas» por una serie de cuerpos —gobiernos municipales, clero, agencias provinciales y, cada vez más, recaudadores de impuestos— que cobraban las rentas y supervisaban los monopolios de la Corona a cambio de una participación en el producto y que, simultáneamente, adelantaban dinero al Gobierno francés —a elevados tipos de interés— sobre el rendimiento esperado de aquellas operaciones. La venalidad de este sistema afectaba no sólo a los concesionarios que recaudaban los impuestos sobre el tabaco y la sal, sino también a la jerarquía de los recaudadores de parroquia, los recaudadores de distrito y regionales, responsables

de los impuestos directos como la taille. Cada uno de ellos se quedaba con su «tajada» antes de pasar el dinero a un más alto nivel; cada uno de ellos recibía también el 5% de interés sobre el precio que había pagado por el cargo, y muchos de los funcionarios más importantes estaban encargados de pagar directamente sumas a los contratistas del Gobierno o como salarios, sin pasar primero sus recaudaciones al tesoro real. Estos hombres prestaban también fondos —con interés— a la Corona.

Una organización tan relajada y a la buena de Dios era intrínsecamente corrompida y buena parte del dinero de los contribuyentes terminaba en manos de particulares. En ocasiones, especialmente después de las guerras, se iniciaban investigaciones contra los financieros, muchos de los cuales eran inducidos a pagar «compensaciones» o a aceptar tipos más bajos de interés; pero estas acciones eran simbólicas. «El verdadero culpable —arguyo un historiador— era el propio sistema»[17]. La segunda consecuencia de esta ineficacia fue que, al menos hasta las reformas de Necker de los años 1770, no existió un sentido completo de contabilidad nacional; las cuentas anuales de ingresos y gastos, así como el problema de los déficits rara vez se consideraban significativos. Siempre que la monarquía pudiese recaudar fondos para las necesidades inmediatas de los militares y de la corte, la incesante escalada de la deuda nacional tenía poca importancia.

Aunque, en época anterior, los Estuardo habían dado muestras de una irresponsabilidad parecida, lo cierto es que en el siglo XVIII Gran Bretaña había desarrollado una forma de hacienda pública controlada por el Parlamento que le daba numerosas ventajas en el duelo por la primacía. Y parece no haber sido la menor de ellas el hecho de que, mientras el aumento del gasto público y de la deuda nacional no perjudicó (antes bien pudo favorecer) a las inversiones británicas en el comercio y la industria, las condiciones prevalecientes en Francia parece que animaron a los que tenían capital sobrante a comprar un cargo o una renta vitalicia en vez de invertirlo en negocios. Cierto que, en algunas ocasiones, hubo intentos

de proveer a Francia de un Banco nacional, para que regulase adecuadamente la deuda y proporcionase un crédito más barato; pero estos planes tropezaron siempre con la resistencia de los interesados en el sistema existente. Por lo tanto la política financiera —si es que merece este nombre— del Gobierno francés fue siempre la de vivir al día.

El desarrollo comercial de Francia también sufrió en numerosos aspectos. Por ejemplo, es interesante observar la desventaja con que operaba un puerto francés como La Rochelle en comparación con Liverpool o Glasgow. Los tres estaban en condiciones de explotar la floreciente «economía atlántica» del siglo XVIII y La Rochelle estaba particularmente bien situado para el comercio triangular a África occidental y a las Indias Orientales. A despecho de sus aspiraciones mercantiles, el puerto francés padeció las repetidas depredaciones de la Corona, «insaciable en sus demandas fiscales, implacable en su busca de nuevas y más caudalosas fuentes de ingresos». Una larga serie de «impuestos directos e indirectos, gravosos, injustos y arbitrariamente cargados sobre el comercio» retrasó el crecimiento económico; la venta de cargos desvió capitales locales de su inversión en el comercio y los honorarios percibidos por estos funcionarios venales intensificaron aquella tendencia; las compañías monopolizadoras restringieron la libre empresa. Además, aunque la Corona obligó a los rocheleses a construir un gran y costoso arsenal en los años 1760 (¡bajo pena de confiscar todos los ingresos de la ciudad!), no ofreció un *quid pro quo* cuando se producía una guerra. Como el Gobierno francés concentraba generalmente su esfuerzo en los objetivos militares más que en los marítimos, los frecuentes conflictos con una Royal Navy superior fueron un desastre para La Rochelle, que vio capturados sus barcos mercantes, interrumpido su provechoso tráfico de esclavos y eliminados sus mercados de ultramar en Canadá y Luisiana; todo ello en unos tiempos en que subían vertiginosamente las primas de los seguros marítimos y se imponían tasas de emergencia. Como golpe final, el Gobierno francés se vio con fre-

cuencia obligado a permitir que sus colonos de ultramar comerciasen a través de los barcos neutrales en tiempo de guerra, cosa que hacía que aquellos mercados fuesen aún más difíciles de recobrar cuando se firmaba la paz. En comparación con ello, el sector atlántico de la economía británica creció continuamente durante todo el siglo XVIII y, en todo caso, se benefició en tiempo de guerra (a pesar de los ataques de los corsarios franceses) de la política de un Gobierno que sostenía que beneficio y poder, comercio y dominio eran inseparables[18].

La consecuencia más grave de la falta de madurez financiera de Francia fue que, en tiempo de guerra, su esfuerzo militar y naval fue desgastado de muchas maneras[19]. Debido a la ineficacia y poca formalidad del sistema, se necesitaba más tiempo para conseguir el suministro de (digamos) artículos navales, mientras que los contratistas necesitaban por lo general cargar más que los que contrataban con los almirantazgos británico u holandés. Recaudar grandes sumas en tiempo de guerra fue siempre un terrible problema para la monarquía francesa, incluso cuando obtuvo cantidades crecientes de dinero holandés en las décadas de 1770 y 1780, pues su larga historia de revaluaciones de la moneda, sus rechazos parciales de la deuda y otras acciones arbitrarias contra los tenedores de facturas a corto y largo plazo hicieron que los banqueros exigiesen —con la conformidad de un Estado francés desesperado— tipos de interés muy superiores a los cargados al británico y a otros muchos Gobiernos europeos[*]. Sin embargo, incluso con esta disposición de pagar por encima de lo normal, no pudieron los monarcas Borbones asegurarse las sumas necesarias para mantener un esfuerzo militar total en una guerra prolongada.

La mejor ilustración de esta relativa debilidad francesa se tuvo en los años que siguieron a la guerra de Independencia de los Estados Unidos. No había sido un conflicto glorioso para los británicos, que habían perdido su colonia más extensa y visto cómo se elevaba su deuda nacional a unos 220 millones de libras esterlinas; pero como aquellas sumas habían en su mayor parte devengado

un interés de sólo el 3%, los pagos anuales ascendieron únicamente a 7,33 millones. El coste real de la guerra fue considerablemente inferior para Francia; a fin de cuentas había intervenido en el conflicto en la mitad de éste, consecutivamente a los esfuerzos de Necker de equilibrar el presupuesto, y por una vez no había necesitado desplegar un ejército masivo. Sin embargo, la guerra costó al Gobierno francés al menos mil millones de libras, virtualmente pagadas por préstamos a interés al menos doble del satisfecho por el Gobierno británico. En ambos países el pago de la deuda consumió la mitad de los gastos anuales del Estado pero, después de 1783, los británicos tomaron inmediatamente una serie de medidas (el *Sinking Fund*, un fondo de renta consolidado, cuentas públicas mejoradas) con el fin de estabilizar aquel total y fortalecer su crédito: tal vez el mejor logro del joven Pitt. En contraste, grandes y nuevos préstamos eran concertados cada año en Francia, ya que los ingresos «normales» no podían ni siquiera igualar los gastos en tiempo de paz y, con el crecimiento de los déficit anuales, el crédito del Gobierno se debilitaba todavía más.

La sorprendente consecuencia estadística fue que, a finales de los 1780, la deuda nacional de Francia podía ser al menos la misma que la de Gran Bretaña —alrededor de 215 millones de libras— pero los intereses a pagar cada año eran de casi el doble, de 14 millones. Peor aún, los esfuerzos de los sucesivos ministros de Hacienda para imponer nuevas cargas fiscales tropezaron con una agobiante resistencia por parte del público. A fin de cuentas, las reformas fiscales propuestas por Calonne, que condujeron a la Asamblea de Notables, a los movimientos contra los *parlaments*, a la suspensión de pagos por el Tesoro y entonces (por primera vez desde 1614) a la convocatoria de los Estados generales en 1789, fueron las que provocaron el colapso final del Antiguo Régimen en Francia[20]. El lazo entre la bancarrota nacional y la revolución estuvo clarísimo. En las desesperadas circunstancias que siguieron, el Gobierno emitió todavía más billetes (por valor de 100 millones de libras en 1789 y 200 millones en 1790), un ardid sustitui-

do por el procedimiento de la Asamblea Constituyente de confiscar las tierras de la Iglesia y emitir papel moneda por el valor calculado de aquéllas. Todo esto condujo a una mayor inflación, que fue exacerbada por la decisión de 1792 de hacer la guerra. Y si es verdad que las ulteriores reformas administrativas dentro del propio Tesoro y la determinación del régimen revolucionario de conocer el verdadero estado de los negocios produjeron una estructura de recaudación de impuestos unificada, burocrática y parecida a la existente en Gran Bretaña y otras partes, las convulsiones internas y la excesiva extensión en el exterior, que durarían hasta 1815, hicieron que la economía francesa se retrasase todavía más en relación con la de su mayor rival.

El problema de elevar los ingresos para pagar la guerra actual —y las anteriores— preocupaba a todos los regímenes y a sus estadistas. Incluso en tiempo de paz, el mantenimiento de los servicios armados consumía el 40 o el 50% de los gastos de un país; en tiempo de guerra, podía elevarse al 80 o incluso al 90% del mucho mayor total de éstos. Por consiguiente, fuesen cuales fueren sus constituciones internas, imperios autocráticos, monarquías limitadas y repúblicas burguesas, todos tropezaban en Europa con la misma dificultad. Después de terminar cada contienda (y sobre todo después de 1714 y de 1763), la mayoría de los países necesitaban desesperadamente cobrar aliento, recobrarse de su agotamiento económico y luchar contra el descontento interno que la guerra y los mayores impuestos provocaban demasiado a menudo; sin embargo, la naturaleza competitiva y egoísta del sistema de los Estados europeos significaba que la paz prolongada era rara y que, al cabo de otros pocos años, se estuviesen haciendo preparativos para otra campaña. Pero si las cargas financieras podían ser soportadas a duras penas por los franceses, los holandeses o los británicos, que eran los tres pueblos más ricos de Europa, ¿cómo podían cargar con ellas los Estados mucho más pobres?

La respuesta sencilla a esta pregunta es que no podían. Ni siquiera la Prusia de Federico *el Grande*, que sacaba una gran parte

de sus rentas de los extensos y bien administrados dominios y monopolios reales, pudo enfrentarse con las grandes exigencias de la Guerra de Sucesión austriaca y de la Guerra de los Siete Años sin recurrir a tres fuentes «extraordinarias» de ingresos: beneficios de la reducción del valor intrínseco de la moneda, saqueo de Estados vecinos, tales como Saboya y Mecklemburgo y, después de 1757, subsidios considerables de su rico aliado, Gran Bretaña. Para el menos eficiente y más descentralizado Imperio de los Habsburgo, el problema de pagar la guerra era inmenso; pero es difícil creer que la situación fuese mejor en Rusia o en España, donde las perspectivas de recaudar dinero —a no ser que se estrujara más a los campesinos y a las clases medias subdesarrolladas— no eran prometedoras. Con tantos sectores (por ejemplo, la nobleza húngara y el clero español) que reclamaban exenciones bajo los sistemas de Antiguo Régimen, incluso el invento de complicados impuestos indirectos, la reducción del valor intrínseco de la moneda y la impresión de papel moneda resultaban insuficientes para sostener los costosos ejércitos y las cortes en tiempo de paz; y si el principio de una guerra conducía a medidas fiscales extraordinarias para la emergencia nacional, también significaba que había que confiar cada vez más en los mercados europeos occidentales de dinero o, mejor aún, en subsidios directos de Londres, Amsterdam o París, que podían ser entonces empleados para pagar mercenarios y suministros. *Pas d'argent, pas de Suisses* pudo ser un dicho de los príncipes del Renacimiento, pero era todavía un hecho inevitable de la vida incluso en los tiempos de Federico y de Napoleón[21].

Ahora bien, esto no quiere decir que el elemento financiero determinase *siempre* el destino de las naciones en estas guerras del siglo XVIII. Amsterdam fue durante gran parte de este período el mayor centro financiero del mundo, pero esto no pudo evitar que las Provincias Unidas dejasen de ser una potencia importante; por el contrario, Rusia estaba económicamente atrasada y su Gobierno andaba relativamente escaso de capital, pero la influencia y el po-

der del país en los asuntos europeos aumentaba sin cesar. Para explicar esta aparente discrepancia es necesario prestar igual atención al segundo factor importante de condicionamiento: la influencia de la geografía sobre la estrategia nacional.

GEOPOLÍTICA

Dada la naturaleza competitiva de la política europea de poder y la fragilidad de las alianzas a lo largo del siglo XVIII, los Estados rivales encontraban circunstancias notablemente diferentes —y a veces extremadas variaciones de fortuna— entre un conflicto importante y el siguiente. Tratados secretos y «revoluciones diplomáticas» producían cambiantes conglomerados de poderes y, en consecuencia, frecuentes variaciones en el equilibrio europeo, tanto militar como naval. Esto hacía naturalmente que se depositase gran confianza en la habilidad de los diplomáticos de una nación, por no hablar de la eficacia de sus Fuerzas Armadas, pero señalaba también la importancia del factor geográfico. Este término se refiere aquí, no sólo a elementos tales como el clima, las materias primas, la fertilidad de la agricultura y el acceso a las rutas comerciales de un país —por muy importante que sea esto para su prosperidad global—, sino más bien a la crítica cuestión de la situación estratégica durante las guerras multilaterales. ¿Era capaz una nación de concentrar su energía en un solo frente, o tenía que luchar en varios de ellos? ¿Tenía fronteras comunes con Estados débiles o con Estados poderosos? ¿Era principalmente una potencia en tierra, en el mar, o ambas cosas a la vez, y cuáles eran las ventajas y los inconvenientes que se derivaban de ello? ¿Podía desencadenar fácilmente una gran guerra en Europa central si lo deseaba? ¿Podía obtener recursos adicionales de ultramar?

La suerte de las Provincias Unidas en este período nos proporciona un buen ejemplo de la influencia de la geografía sobre la política. A principios del siglo XVII poseían muchos de los ingredientes internos para el crecimiento nacional: una economía floreciente, estabilidad social, un Ejército bien adiestrado y una Marina poderosa. Y no parecían haber sido perjudicados por la geografía. Por el contrario, su red fluvial significaba una barrera (al menos hasta cierto punto) contra las fuerzas españolas, y su posición en el mar del Norte les daba fácil acceso a las ricas pesquerías de arenques. Pero un siglo más tarde los holandeses luchaban por conservar lo suyo contra numerosos rivales. La adopción de políticas mercantilistas por parte de la Inglaterra de Cromwell y de la Francia de Colbert perjudicó al comercio y la navegación holandeses. A pesar de la inteligencia táctica de jefes tales como Tromp y De Ruyter, los mercaderes holandeses, en las guerras navales contra Inglaterra, tenían que aceptar el reto de la ruta del Canal o seguir la ruta más larga y tormentosa alrededor de Escocia y que (como sus pesquerías de arenques) estaba todavía expuesta al ataque en el mar del Norte; los vientos dominantes del Oeste daban ventaja a los almirantes ingleses, y las aguas poco profundas de Holanda restringían el calado —y en definitiva el volumen y el poder— de los buques de guerra holandeses[22]. Del mismo modo que su comercio con las Américas y las Indias estaba cada vez más expuesto a los manejos del poder marítimo británico, lo estaba también su comercio de *entrepot* en el Báltico —uno de los cimientos de su primitiva prosperidad—, corroído por los suecos y otros rivales locales. Aunque los holandeses podían reafirmarse temporalmente mediante el envío de una gran flota de guerra a un punto amenazado, no tenían manera de preservar de forma permanente sus extendidos y vulnerables intereses en mares lejanos.

Este dilema empeoró a causa de la vulnerabilidad holandesa a la amenaza por tierra de Luis XIV de Francia desde finales de la década de 1660 y en tiempos sucesivos. Dado que este peligro era todavía mayor que el que había representado España un siglo atrás,

los holandeses se vieron obligados a aumentar su propio Ejército (era de 93 000 hombres en 1693) y a dedicar todavía más recursos a guarnecer las fortalezas de la frontera meridional. Este desgaste de energía de los holandeses era doble: desviaba grandes cantidades de dinero hacia los gastos militares, lo cual producía la creciente espiral en deudas de guerra, pago de intereses, aumento de impuestos indirectos y elevados salarios que reducían la competitividad comercial de la nación a largo plazo; y era causa de grandes pérdidas de vidas durante el tiempo de guerra en una población que, siendo de unos doce millones, permaneció curiosamente estática durante todo este período. De ahí la justificada alarma, durante las encarnizadas batallas de la Guerra de Sucesión Española (1702-1713) ante las graves pérdidas causadas por el empeño de Marlborough de lanzar los ejércitos anglo-holandeses a sangrientos ataques frontales contra los franceses[23].

La alianza inglesa que Guillermo III había concertado en 1689 fue simultáneamente, la salvación de las Provincias Unidas y un factor sustancial en su decadencia como gran potencia, de la misma manera que, más de doscientos años más tarde, la ley de préstamo y arriendo y la alianza con los Estados Unidos salvarían y, al mismo tiempo, contribuirían a socavar un Imperio británico que luchaba por la supervivencia bajo el liderazgo de Winston Churchill, lejano pariente de Marlborough. La insuficiencia de los recursos holandeses en las varias guerras contra Francia, entre 1688 y 1748, significó que tuvieran que dedicar casi las tres cuartas partes de los gastos de defensa a la fuerza militar, descuidando así su flota, mientras que los británicos asumían, desde entonces, una creciente participación en las campañas marítimas y coloniales y en los beneficios comerciales. Así, mientras los comerciantes de Londres y Bristol medraban, sufrían, por decirlo claramente, los mercaderes de Amsterdam. Esto fue exacerbado por los frecuentes esfuerzos ingleses por impedir *todo* comercio con Francia en tiempo de guerra, en contraste con el deseo holandés de mantener tan provechosos lazos, lo cual era el reflejo de cuán comprometidas en

(y por tanto dependientes de) el comercio y las finanzas *exteriores* estuvieron las Provincias Unidas durante todo aquel período, mientras que la economía británica era todavía relativamente autosuficiente. Incluso cuando, durante la Guerra de los Siete Años, se refugiaron las Provincias Unidas en la neutralidad, esto les sirvió de poco, pues la arrogante Royal Navy, que se negaba a aceptar la doctrina de «barcos libres, mercancías libres», estaba resuelta a impedir que el comercio de Francia con ultramar se realizase por medio de embarcaciones neutrales[24]. La disputa diplomática anglo-holandesa de 1758-1759 sobre esta cuestión se repitió durante los primeros años de la Revolución americana y, en definitiva, condujo a una ruptura de hostilidades después de 1780, cosa que en modo alguno favoreció al comercio marítimo de Gran Bretaña ni al de las Provincias Unidas. En los tiempos de la Francia revolucionaria y de las guerras napoleónicas, los holandeses se encontraron todavía más encallados entre Gran Bretaña y Francia, pues sufrieron de los generales desconocimientos de deudas, se vieron afectados por fisuras internas y perdieron colonias y comercio ultramarino, en una contienda global que no podían evitar ni aprovechar. En tales circunstancias, la experiencia financiera y la confianza en el «capital excedente» no eran, sencillamente, suficientes[25].

De manera parecida, aunque en escala mucho mayor, Francia tuvo que sufrir también el hecho de ser una potencia híbrida durante el siglo XVIII, con sus energías repartidas entre los objetivos continentales, de una parte, y las ambiciones marítimas y coloniales, de otra. Durante la primera parte del reinado de Luis XIV esta ambivalencia estratégica no fue tan marcada. La fuerza de Francia se apoyaba firmemente en materiales *indígenas: su* territorio grande y relativamente homogéneo, su agricultura autosuficiente y su población de unos veinte millones, que permitió a Luis XIV aumentar su Ejército de 30 000 hombres en 1659 a 97 000 en 1666 y nada menos que a 350 000 en 1710[26]. También los objetivos del Rey Sol en política extranjera se fundaban en la tierra y en la tra-

dición: socavar todavía más las posiciones de los Habsburgo, con movimientos contra España en el Sur y, en el Este, contra la vulnerable cadena de territorios hispa-no-austriacos y alemanes de Franco Condado, Lorena, Alsacia, Luxemburgo y el sur de los Países Bajos. Con España agotada, los austriacos distraídos por la amenaza turca y los ingleses neutrales o amistosos al principio, Luis gozó de dos décadas de triunfos diplomáticos; pero entonces la arrogancia de Francia en sus pretensiones alarmó a las otras potencias.

El principal problema estratégico de Francia era que, si bien dotada de una enorme fuerza defensiva, estaba menos bien colocada para emprender una campaña decisiva de conquista: en cada dirección se veía obstaculizada en parte por barreras geográficas y en parte por las existentes intenciones e intereses de otras potencias. Por ejemplo, un ataque contra el sur de los Países Bajos (es decir, poseído por los Habsburgo) requirió agotadoras campañas a través de un territorio lleno de fortalezas y de canales, y provocó una reacción, no sólo de las propias potencias habsburguesas, sino también de las Provincias Unidas y de Inglaterra. El esfuerzo militar francés en Alemania fue también dificultoso: la frontera se podía romper con más facilidad, pero las vías de comunicación eran mucho más largas, y una vez más tenía que enfrentarse con una inevitable coalición, a saber, los austriacos, los holandeses, los británicos (especialmente después de la sucesión de los Hannover en 1714) y luego los prusianos. Incluso cuando, a mediados del siglo XVIII, se dispuso Francia a buscar un firme aliado alemán —es decir, Austria o Prusia—, la consecuencia natural de una alianza de esta clase fue que los otros países alemanes pasaron a la oposición y, lo que es más importante aún, se esforzaron en conseguir el apoyo de Gran Bretaña y de Rusia para neutralizar las ambiciones francesas.

Además, cada guerra contra las potencias marítimas significaba cierta división de las energías francesas y desviaba su atención del continente, lo cual hacía menos probable una campaña victoriosa

en tierra. Dividida entre luchar en Flandes, Alemania y el norte de Italia, de una parte, y en el Canal, las Indias Occidentales, el bajo Canadá y el océano índico, de otra, la estrategia francesa condujo repetidamente a «encontrarse entre dos fuegos». Aunque nunca dispuestos a hacer el gran esfuerzo necesario para desafiar la supremacía de la Royal Navy[*], sucesivos Gobiernos franceses destinaron fondos a la Marina que —si Francia hubiese sido sólo una potencia terrestre— habría podido ser utilizada para reforzar el Ejército. Sólo en la guerra de 1778-1783, al apoyar a los rebeldes norteamericanos en el hemisferio occidental, pero absteniéndose de todo movimiento en Alemania, consiguió Francia humillar a su enemigo británico. En todas sus otras guerras, los franceses no gozaron nunca del lujo de la concentración estratégica, y sufrieron como resultado de ello.

En suma, la Francia del Antiguo Régimen siguió siendo, por su extensión y población y riqueza, el más grande Estado europeo; pero no fue lo bastante poderoso ni estuvo lo bastante organizado para el mar, no podía prevalecer contra la coalición que provocaban inevitablemente sus ambiciones. Las acciones francesas confirmaron, en lugar de trastornar, la pluralidad de poder en Europa. Sólo cuando sus energías nacionales fueron transformadas por la Revolución, y desplegadas después brillantemente por Napoleón, pudo imponer sus ideas al continente… durante un tiempo. Pero incluso entonces, su triunfo fue temporal y ningún genio militar pudo asegurar de modo permanente el control francés de Alemania, Italia y España, por no hablar de Rusia y de Gran Bretaña.

El problema geoestratégico de Francia, de tener que enfrentarse con posibles enemigos en diversos frentes, no era único, aunque aquel país empeoró las cosas para él mismo por su repetida agresividad y una falta crónica de dirección. Las dos grandes potencias alemanas de aquel período —el Imperio Habsburgo y Brandeburgo-Prusia— estaban también destinadas por su posición geográfica a luchar con el mismo problema. Para los Habsburgo austriacos, esto no era en modo alguno nuevo. El extraño conglomerado

de territorios que gobernaban (Austria, Bohemia, Silesia, Moravia, Hungría, Milán, Nápoles, Sicilia y, después de 1714, el sur de los Países Bajos, véase mapa 5) y la situación de otras potencias en relación con aquellas tierras requerían unos juegos malabares diplomáticos y militares de pesadilla, simplemente para conservar la herencia; aumentarlas exigía o genio o mucha suerte o, probablemente, ambas cosas.

Así, mientras las diversas guerras contra los turcos (1663-1664, 1683-1699, 1716-1718, 1737-1739, 1788-1791) mostraron que los Ejércitos de los Habsburgo afirmaban generalmente su posición en los Balcanes, esta lucha contra el decadente Imperio otomano consumió la mayor parte de la energía de Viena en aquellos períodos escogidos[27]. Por ejemplo, con los turcos en las puertas de su capital imperial en 1683, Leopoldo I se vio obligado a permanecer neutral en relación con Francia, a pesar de la provocación de las «reuniones» de Alsacia y Luxemburgo por Luis XIV aquel mismo año. Esta ambivalencia austriaca fue de algún modo menos marcada durante la Guerra de los Nueve Años (1689-1697) y la subsiguiente Guerra de Sucesión española (1702-1713), ya que Viena se había convertido a la sazón en parte de una gigantesca alianza antifrancesa; pero ni siquiera entonces desapareció del todo. El curso de muchas guerras ulteriores en el siglo XVIII pareció todavía más aleatorio e imprevisible, tanto para la defensa de los intereses generales de los Habsburgo en Europa como para la preservación específica de aquellos intereses dentro de la propia Alemania después del auge de Prusia. Al menos desde la captura por parte de Prusia de la provincia de Silesia en 1740, Viena tuvo siempre que dirigir sus políticas extranjera y militar sin perder de vista a Berlín. Esto hizo a su vez que la diplomacia habsburguesa fuese más complicada que nunca: frenar el auge de Prusia dentro de Alemania; la necesidad de los austriacos de pedir ayuda a Francia en el Oeste y, con más frecuencia, a Rusia en el Este; pero la propia Francia era poco digna de confianza y tenía que ser controlada en ocasiones por una alianza anglo-austriaca (por ejemplo,

1744-1748). Además, el propio y continuado crecimiento de Rusia era otra causa de preocupación, en particular cuando el expansionismo zarista amenazó el dominio otomano deseado por Viena de ciertas tierras balcánicas. Por último, cuando el imperialismo napoleónico puso en peligro la independencia de todas las otras potencias de Europa, el Imperio austriaco no tuvo más remedio que incorporarse a cualquier gran coalición para combatir la hegemonía francesa.

La guerra de coalición contra Luis XIV al principio del siglo XVIII y las sostenidas contra Bonaparte en su final nos dan probablemente una visión de la debilidad austriaca menos elocuente de la que nos ofrecen los conflictos intermedios. La larga lucha contra Prusia después de 1740 fue particularmente reveladora: demostró que, a pesar de todas las reformas militares, fiscales y administrativas emprendidas en las tierras de los Habsburgo durante este período, Viena no podía prevalecer contra otro Estado alemán, más pequeño, pero considerablemente más eficaz en el Ejército, la recaudación de impuestos y la burocracia. Además, estuvo cada vez más claro que las potencias no germánicas, Francia, Gran Bretaña y Rusia, no deseaban la eliminación de Prusia por Austria, ni la de Austria por Prusia. En el más amplio contexto europeo, el Imperio de los Habsburgo se había convertido ya en una potencia *marginal* de primera clase y permanecería así hasta 1918. En efecto, no bajó tanto en la lista como España y Suecia y evitó el destino de que fue víctima Polonia; pero, debido a su descentralización, su diversidad étnica y su atrasada situación económica, hizo inútiles los intentos de sucesivas administraciones en Viena de convertirla en el más grande de los Estados europeos. Sin embargo, es peligroso anticipar esta decadencia. Como observa Olwen Hufton, «la persistente, y para algunos perversa, negativa del Imperio austríaco a desintegrarse convenientemente» es un recordatorio de que poseía fuerzas ocultas. Los desastres iban con frecuencia seguidos de períodos de reforma —los *rétablissements*— que revelaron los muy considerables recursos del Imperio, aunque

demostraron también la gran dificultad que tenía siempre Viena de echarles mano. Y todo historiador de la decadencia habsburguesa ha explicado de algún modo su notable tenacidad y, en ocasiones, su imponente resistencia militar a la fuerza dinámica del imperialismo francés durante los casi catorce años del período 1792-1815[28].

La situación de Prusia era muy similar a la de Austria en términos geoestratégicos, aunque completamente distinta a nivel interno. Las razones del rápido auge de aquel país hasta convertirse en el más poderoso reino alemán del norte son bien conocidas y bastará con anotarlas aquí: el genio organizador y militar de tres caudillos, el Gran Elector (1640-1688), Federico Guillermo I (1713-1740) y Federico *el Grande (1740-1786);* la eficacia del Ejército prusiano con oficiales Junker, en el que se vertían hasta las cuatro quintas partes de los recursos fiscales del Estado; la (relativa) estabilidad fiscal, fundada en los extensos dominios reales y en el fomento del comercio y de la industria; el gustoso empleo de soldados y empresarios extranjeros, y los famosos burócratas prusianos bajo la dependencia del Comisariado General de Guerra[29]. Sin embargo, también es cierto que el auge de Prusia coincidió con el colapso del poder sueco, con la desintegración del caótico y debilitado reino polaco y con las distracciones que en las muchas guerras y la incierta sucesión del Imperio austriaco impusieron a Viena en las primeras décadas del siglo XVIII. Por consiguiente, si los monarcas prusianos aprovecharon sus oportunidades, lo cierto es que éstas estaban al alcance de su mano. Además, al llenar el «vacío de poder» que se había producido en el norte-centro de Europa después de 1770, el Estado prusiano se benefició también de su posición frente a las otras grandes potencias. El propio auge de Rusia contribuía a distraer (y erosionar) a Suecia, Polonia y el Imperio otomano. Y Francia estaba lo bastante lejos en el Oeste para no constituir, generalmente, un peligro mortal; en verdad, podía en ocasiones servir de útil aliado contra Austria. Por otra parte, si Francia entraba agresivamente en Alemania, lo más pro-

bable era que se opusieran a ello las fuerzas de los Habsburgo, Hannover (y por consiguiente Gran Bretaña) y tal vez los holandeses, así como la propia Prusia. Por último, si fallaba esta coalición, Prusia podría buscar más fácilmente la paz con París que cualquier otra potencia; una alianza antifrancesa era a veces útil, pero no imperativa, para Berlín.

Dentro de este ventajoso contexto diplomático y geográfico, los primeros reyes de Prusia desarrollaron bien el juego. La adquisición de Silesia —descrita por algunos como la zona industrial del Este— dio en particular un gran impulso a la capacidad económico-militar del Estado. Pero las limitaciones del poder real de Prusia en los asuntos europeos, limitaciones de extensión y de población, fueron puestas cruelmente de, manifiesto en la Guerra de los Siete Años de 1756-1763, cuando las circunstancias diplomáticas ya no eran tan favorables y los poderosos vecinos de Federico *el Grande* estaban resueltos a castigarle por su tortuosidad. Solamente los magníficos esfuerzos del monarca prusiano y sus bien adiestradas tropas —favorecidas por la falta de coordinación, entre sus enemigos— permitieron a Federico evitarla derrota delante de un «cerco» tan espantoso. Sin embargo, el coste de la guerra en hombres y material fue enorme, y con el Ejército prusiano dosificándose continuamente desde la década de 1770, Berlín no estaba en condiciones de resistir más tarde la presión diplomática de Rusia, por no hablar del audaz asalto de Napoleón en 1806. Ni siquiera la ulterior recuperación dirigida por Schamhorst, Gneisenau y los otros reformadores militares pudo ocultar las todavía inadecuadas bases de la fuerza prusiana en 1813-1815[30]. Entonces Rusia le hacía militarmente sombra; Prusia dependía en gran medida de los subsidios de Gran Bretaña, pagadora de la coalición, y no habría podido hacer frente sola a Francia. El reino de Federico Guillermo III (1797-1840) era, como Austria, una de las últimas grandes potencias y seguiría siéndolo hasta su transformación industrial y militar en la década de 1860.

En cambio, dos potencias más lejanas, Rusia y los Estados Unidos, disfrutaban de una invulnerabilidad y una libertad relativas frente a las ambivalencias estratégicas que afligían a los Estados europeos centrales en el siglo XVIII. Estas dos futuras superpotencias tenían, en realidad, «una frontera desmoronadiza» que requería vigilancia, pero ni la expansión norteamericana a través de los Alleghanys y las grandes llanuras, ni la expansión rusa a través de las estepas encontraron sociedades militarmente avanzadas que representasen un peligro para el país base[31]. Por consiguiente tuvieron la ventaja, en sus respectivos tratos con la Europa occidental, de un «frente» relativamente homogéneo. Cada uno de ellos podía plantear un desafío —o al menos una distracción— a algunas de las grandes potencias establecidas, mientras seguía gozando de la invulnerabilidad que le prestaba su distancia de las principales zonas de combate europeas.

Desde luego, tratándose de un período tan largo como el que va de 1660 a 1815, es importante recalcar que el impacto de los Estados Unidos y de Rusia se manifestó mucho más al final de aquella era que en su principio. De hecho, en las décadas de 1660 y 1670 la «América» europea no era más que una serie de colonias costeras aisladas, mientras que Moscovia, antes del reinado de Pedro *el Grande* (1680-1725), era casi igualmente remota e incluso más atrasada; en términos comerciales, ambos países eran «subdesarrollados», ambos eran productores de madera, cáñamo y otras materias primas y compradores de productos manufacturados de Gran Bretaña y de las Provincias Unidas. El continente americano fue, durante gran parte de aquella época, un objeto por el que luchar más que un factor de poder por su propio derecho. Lo que cambió aquella situación fue el aplastante triunfo británico al final de la Guerra de los Siete Años (1763), que significó la expulsión de Francia del Canadá y Nueva Escocia y la exclusión de España de Florida occidental. Liberados de las amenazas extranjeras que hasta ahora habían inducido a la fidelidad a Westminster, los colonos norteamericanos podían insistir en un lazo meramente nominal

con Gran Bretaña y, si esto les era negado por un Gobierno imperial con diferentes ideas, alzarse en rebelión. Además, en 1776 las colonias norteamericanas habían crecido enormemente: la población de dos millones doblaba entonces cada treinta años, se extendía hacia el Oeste, era económicamente próspera y autosuficiente en comestibles y otros muchos artículos. Esto significaba, como pudieron observar los británicos a su costa durante los siete años siguientes, que los Estados rebeldes eran virtualmente invulnerables a las operaciones meramente navales y eran también demasiado extensos para ser sometidos por fuerzas de tierras traídas desde una isla situada a 3000 millas de distancia.

La existencia de unos Estados Unidos independientes tendría, *con el tiempo*, importantes consecuencias para la estructura cambiante de poder mundial. La primera fue que, a partir de 1783 existió un importante centro extraeuropeo de producción, riqueza y, en definitiva, de fuerza militar, que ejercería a largo plazo influencias sobre el equilibrio de poder mundial, a diferencia de otras sociedades extraeuropeas (pero económicamente en decadencia), como China y la India, que no podían ejercerla. Ya a mediados del siglo XVIII, las colonias norteamericanas ocupaban un lugar significativo en el mapa del comercio marítimo e iniciaban las primeras fases vacilantes de industrialización. Según algunos cálculos, la naciente nación produjo más hierro colado y en lingotes en 1776 que toda Gran Bretaña, y más adelante «los productos manufacturados se multiplicaron por un factor de casi 50, de manera que, en 1830, el país se había convertido en la sexta potencia industrial del mundo desarrollado»[32]. Dado aquel ritmo de crecimiento, no era de extrañar que, ya en la década de 1790, los observadores predijesen un gran papel de los Estados Unidos al cabo de un siglo. La segunda consecuencia tenía que sentirse mucho más rápidamente, en especial por parte de Gran Bretaña, cuyo papel de potencia de «flanco» en la política europea se vio afectado por el surgimiento de un Estado posiblemente hostil en su propio frente atlántico, amenazando sus posesiones en Canadá y la India occi-

dental. Éste no era, desde luego, un problema constante, y la mera distancia, junto con el aislacionismo de los Estados Unidos, significaba que Londres no tenía que considerar a los norteamericanos bajo la misma y amenazadora luz con que, digamos, consideraba Viena a los turcos o más tarde a los rusos. Sin embargo, las experiencias de las guerras de 1779-1783 y 1812-1814 demostraron claramente lo difícil que sería para Gran Bretaña comprometerse plenamente en las luchas europeas si tenía a su espalda unos Estados Unidos hostiles.

El auge de la Rusia zarista tuvo un impacto mucho más inmediato sobre el equilibrio internacional de poder. La sorprendente derrota de los suecos por Rusia en Poltava (1709) conmovió a las otras potencias, que vieron que el hasta entonces lejano y en cierto modo bárbaro Estado moscovita estaba resuelto a representar un papel en los asuntos europeos. Al establecer rápidamente el primer y ambicioso zar, Pedro el Grande, una Marina para afirmar sus nuevas posiciones en el Báltico (Carelia, Estonia, Livonia), los suecos no tardaron en pedir ayuda a la Royal Navy para evitar ser invadidos por el coloso oriental. Pero, en realidad, eran los polacos y los turcos quienes más tendrían que sufrir por el auge de Rusia, y cuando murió en 1796 Catalina *la Grande*, ésta había añadido otros 300 000 kilómetros cuadrados a su ya enorme Imperio. Todavía parecían más impresionantes las incursiones temporales que las fuerzas militares rusas hacían hacia el Oeste. La ferocidad y la terrible tenacidad de las tropas rusas durante la Guerra de los Siete Años, así como su ocupación temporal de Berlín en 1760, hizo que Federico el *Grande* cambiase de opinión con respecto a su vecino. Cuatro décadas más tarde las fuerzas rusas, al mando del general Suvorov, se mostraron activas en las campañas italiana y alpina durante la Guerra de la Segunda Coalición (1798-1802), una operación lejana que fue precursora del implacable avance militar ruso desde Moscú hasta París, entre 1812 y 1814[33].

Es difícil medir exactamente la importancia de Rusia en el siglo XVIII. Su Ejército era a menudo más numeroso que el de

Francia, y también hacía grandes adelantos en manufacturas importantes (tejidos, hierro). Era un país terriblemente difícil y tal vez imposible de conquistar por sus rivales, al menos por los del Oeste, y su condición de «imperio de pólvora» le permitía derrotar a las tribus a caballo del Este y adquirir así recursos adicionales en mano de obra, materias primas y tierras labrantías, que a su vez apuntalarían su puesto entre las grandes potencias. Bajo una dirección oficial, el país estaba evidentemente destinado a la modernización en una gran variedad de aspectos, aunque el ritmo y el éxito de estas política han sido a menudo exagerados. Había todavía múltiples señales de atraso: una pobreza y una brutalidad espantosa, una renta per cápita sumamente baja, unas comunicaciones deficientes, un clima crudo y un retraso tecnológico y de educación, por no hablar del carácter reaccionario e ineficaz de muchos Romanov. Incluso la formidable Catalina tenía poco relieve cuando se trataba de asuntos económicos y financieros.

Sin embargo, la relativa estabilidad de una organización y una técnica militares europeas en el siglo XVIII permitió que Rusia (imitando experiencias extranjeras) alcanzase y adelantase después a países con menos recursos, y la ventaja de la superioridad numérica no fue realmente erosionada hasta que la Revolución industrial transformó la escala y la velocidad de la guerra durante el siglo siguiente. En el período anterior a 1840, y a pesar de los muchos defectos consignados arriba, el Ejército ruso podía ser ocasionalmente una formidable fuerza obsesiva. Eran tan copiosos los fondos del Estado (tal vez tres cuartas partes) que se dedicaban a las fuerzas militares y tan grande el estoicismo con que soportaban los soldados las numerosas dificultades, que los regimientos rusos podían montar operaciones de gran envergadura que estaban fuera del alcance de la mayoría de los otros ejércitos del siglo XVIII. Cierto que la base logística rusa era a menudo inadecuada (con pocos caballos, un sistema de abastecimiento ineficaz y oficiales incompetentes) para sostener una campaña masiva (la marcha de 1813-1814 sobre Francia se realizó a través de territo-

rio «amigo» y con la ayuda de grandes subsidios británicos), pero estas operaciones poco frecuentes bastaron para dar a Rusia una reputación formidable y un lugar destacado en los Consejos de Europa, incluso en los tiempos de la Guerra de los Siete Años. En términos estratégicos, era empero otra potencia que podía pesar en el equilibrio y contribuir a asegurar que los esfuerzos franceses por dominar el continente durante este período terminarían en fracaso.

Sin embargo, escritores de principios del siglo XIX, como De Tocqueville, solían referirse a un futuro *lejano* cuando argüían que Rusia y los Estados Unidos parecían «señalados por la voluntad del Cielo para cambiar los destinos de la mitad del globo»[34]. Durante el período comprendido entre 1660y 1815 fue una nación marítima, Gran Bretaña, más que aquellos gigantes continentales, la que hizo los avances más decisivos, y desplazó finalmente a Francia de su posición de primera potencia. También aquí representó la geografía un papel vital, aunque no exclusivo. La ventaja de la situación británica fue descrita, hace casi un siglo, en la obra clásica de Mahan, *The Influence of Sea Power upon History* (1890):

> … si una nación está situada de manera que no se ve obligada a defenderse por tierra ni inducida a buscar la expansión de su territorio en tierra tiene, por la unidad de su objetivo dirigido hacia el mar, una ventaja en comparación con un pueblo que tenga una frontera continental[35].

La declaración de Mahan presume, desde luego, otros puntos. El primero es que el Gobierno británico no tendría distracciones por sus flancos, cosa que después de la conquista de Irlanda y la Ley de Unión con Escocia (1707) era esencialmente correcta, aunque es interesante observar los ulteriores y ocasionales intentos franceses de molestar a Gran Bretaña a lo largo de sus lindes célticas, algo que Londres se tomaba en verdad muy en serio. Un levantamiento irlandés estaba mucho más cerca de casa que los problemas estratégicos planteados por los rebeldes norteamericanos.

Por fortuna para los británicos, esta vulnerabilidad no fue nunca debidamente explotada por sus enemigos.

La segunda presunción en la declaración de Mahan es la superioridad de la guerra en el mar y del poder marítimo sobre sus equivalentes en tierra. Era ésta una creencia muy arraigada de la que ha sido llamada escuela «navalista» de estrategia[36], y pareció justificada por las tendencias económicas y políticas posteriores a 1500. El continuo desplazamiento de las principales rutas comerciales del Mediterráneo al Atlántico y los grandes beneficios que podían obtenerse de las empresas coloniales y comerciales en las Indias Occidentales, América del Norte, el subcontinente indio y el Extremo Oriente beneficiaban naturalmente a un país situado fuera del flanco occidental del continente europeo. Además, esto requería también un gobierno consciente de la importancia del comercio marítimo y dispuesto a pagar una importante flota de guerra. Sujeta a esta precondición, la elite política británica parecía haber descubierto, en el siglo XVIII, una receta maravillosa para el continuo crecimiento de la riqueza y el poder nacionales. El floreciente comercio de ultramar ayudaba a la economía británica, fomentaba la náutica y la construcción de barcos, proveía de fondos al Tesoro Nacional y era el cordón umbilical de las colonias. Las colonias no sólo ofrecían salida para los productos británicos, sino que suministraban también muchas materias primas, desde los valiosos azúcar, tabaco y percales hasta las cada vez más importantes provisiones navales norteamericanas. Ya la Royal Navy aseguraba el respeto a los mercantes británicos en tiempo de paz y protegía su comercio y acumulaba más territorios coloniales en la guerra, para beneficio político y económico del país. Así, pues, el comercio, las colonias y la Marina formaban un «triángulo virtuoso» y actuaban recíprocamente con la consiguiente ventaja para Gran Bretaña a largo plazo.

Pero, si esta explicación del auge británico era en parte válida, no era toda 13 verdad. Como tantas obras mercantilistas, la de Mahan tendía a recalcar la importancia del comercio exterior de

Gran Bretaña en oposición a la producción interior, y en particular a exagerar la importancia del comercio «colonial». La agricultura siguió siendo la base de la riqueza británica durante todo el siglo XVIII y las exportaciones (que representaron probablemente menos del 10% de la total renta nacional hasta la década de 1780) estaban con frecuencia sometidas a una fuerte competencia extranjera y a aranceles, por lo que no podían ser compensadas por el poder naval[37]. El punto de vista navalista inducía también a olvidar el hecho de que el comercio británico con el Báltico, Alemania y los países mediterráneos —aunque crecía menos de prisa que el del azúcar, las especias y los esclavos— seguía teniendo gran importancia económica[*]; de manera que una Francia que dominaba de modo permanente en Europa, como demostraron los acontecimientos de 1806-1812, era capaz de descargar un terrible golpe contra la industria manufacturera británica. En estas circunstancias, el aislacionismo de la política de poder europea podía ser económicamente una locura.

Había también una dimensión «continental» sumamente importante para la estrategia global británica, olvidada por aquellos que fijaban la mirada en las Indias Occidentales, Canadá y la India. Entablar una guerra puramente marítima era perfectamente lógico durante las contiendas anglo-holandesas de 1652-1654, 1665-1667 y 1662-1674, ya que la rivalidad comercial entre las dos potencias marítimas era la raíz de aquel antagonismo. Pero, después de la Revolución Gloriosa de 1688, cuando Guillermo de Orange aseguró el trono inglés, la situación estratégica quedó completamente transformada. El desafío a los intereses británicos durante las siete guerras que se producirían entre 1689 y 1815, fue planteado por una potencia esencialmente *terrestre*, Francia. Es cierto que los franceses llevarían esta lucha al hemisferio occidental, al océano índico, a Egipto y a otras partes; pero tales campañas, aunque importantes para los comerciantes de Londres y de Liverpool, nunca plantearon una amenaza directa contra la seguridad nacional británica. Ésta surgiría solamente con la perspectiva de victo-

rias militares francesas sobre los holandeses, los hannoverianos y los prusianos, que permitirían que Francia dominase la Europa occidental y central el tiempo suficiente para acumular recursos de buques capaces de socavar la supremacía naval británica. Por consiguiente, no fue sólo la unión personal de Guillermo III con las Provincias Unidas, ni los posteriores lazos con Hannover, lo que causó que sucesivos Gobiernos británicos interviniesen militarmente en Europa durante aquellas décadas. Existía también el sólido argumento —eco de los temores de Isabel acerca de España — de que había que ayudar a los enemigos de Francia *dentro* de Europa, para contener las ambiciones borbónicas (y napoleónicas) y preservar así los intereses a largo plazo de la propia Gran Bretaña. Según este punto de vista, la estrategia «marítima» y la estrategia «continental» eran complementarias más que antagónicas.

La esencia de este cálculo estratégico fue muy bien expresada por el duque de Newcastle en 1742:

> Francia nos superará en el mar cuando nada tenga que temer en tierra. Siempre he sostenido que nuestra Marina debería proteger a nuestras alianzas en el continente, y así, al dividir el gasto de Francia permitirnos mantener nuestra superioridad en el mar[38].

El apoyo británico a los países dispuestos a «dividir el gasto de Francia» se realizó de dos formas principales. La primera consistió en las operaciones militares directas, ya mediante incursiones periféricas para distraer al Ejército francés, ya por el envío de una fuerza expedicionaria más importante para luchar junto a los aliados que pudiese tener Gran Bretaña en aquel momento. La estrategia de las incursiones parecía más barata y era muy apreciada por ciertos ministros, pero por lo general producía efectos insignificantes y en ocasiones terminaba en desastre (como la expedición de 1809 a Walcheren). La provisión de un ejército continental era más cara en hombres y dinero, pero como demostraron las campañas de Marlborough y Wellington; era también probable que contribuyese más a la preservación del equilibrio europeo.

La segunda forma de ayuda británica era financiera, bien pagando directamente a hessianos y a otros mercenarios para luchar contra Francia, bien otorgando subsidios a los aliados. Federico *el Grande*, por ejemplo, recibió de los ingleses la suma sustancial de 675 000 libras cada año, desde 1757 hasta 1760; y en las últimas etapas de la guerra napoleónica las entregas británicas de dinero alcanzaron proporciones mucho más grandes (por ejemplo, 11 millones de libras a varios aliados en 1813, y 65 millones para la guerra en su conjunto). Pero todo esto había sido posible sólo porque la expansión del comercio británico, particularmente en los lucrativos mercados de ultramar, permitía al Gobierno conseguir préstamos e impuestos en cantidades sin precedentes, sin ir a una bancarrota nacional. Así, aunque el divertido «gasto de Francia» dentro de Europa era costoso, generalmente aseguraba que los franceses no pudiesen emprender una campaña sostenida contra el comercio marítimo ni dominar el continente europeo hasta el punto de que se sintiesen capaces de amenazar con la invasión de las islas, lo cual permitía a su vez que Londres financiase sus guerras y subvencionase a sus aliados. La ventaja geográfica y el beneficio económico se fundían así para que los ingleses pudiesen continuar brillantemente una estrategia de doble cara: «una cara vuelta hacia el continente, para mantener el equilibrio de poder, y la otra vuelta hacia el mar para fortalecer su dominio marítimo»[39].

Sólo después de captar la importancia de los factores financiero y geográfico descritos arriba, se puede comprender todo el sentido de las estadísticas de las crecientes poblaciones y fuerzas militares y navales de las potencias durante este período (véanse tablas 3, 4 y 5).

TABLA 3. Población de las potencias, 1700-1800[40]
(en millones)

	1700	*1750*	*1800*
Islas Británicas	9,0	10,5	16,0
Francia	19,0	21,5	28,0

Imperio austríaco	8,0	18,0	28,0
Prusia	2,0	6,0	9,5
Rusia	17,5	20,0	37,0
España	6,0	9,0	11,0
Suecia		1,7	2,3
Provincias Unidas	1,8	1,9	2,0
Estados Unidos		2,0	4,0

TABLA 4. Magnitud de los ejércitos, 1690-1814[41]
(en hombres)

	1690	*1710*	*1756-1760*	*1778*	*1789*	*1812-1814*
Inglaterra	70 000	75 000	200 000		40 000	250 000
Francia	400 000	350 000	330 000	170 000	180 000	600 000
Imperio austríaco	50 000	100 000	200 000	200 000	300 000	250 000
Prusia	30 000	39 000	195 000	160 000	190 000	270 000
Rusia	170 000	220 000	330 000		300 000	500 000
España		30 000			50 000	
Suecia		110 000				
Provincias Unidas	73 000	130 000	40 000			
Estados Unidos	—	—	—	35 000	—	—

TABLA 5. Magnitud de las marinas, 1689-1815[42]
(en buques de línea)

	1689	*1739*	*1756*	*1779*	*1790*	*1815*
Inglaterra	100	124	105	90	195	214
Dinamarca	29	—	—	—	38	—
Francia	120	50	70	63	81	80

Rusia	—	30	—	40	67	40
España	—	34	—	48	72	25
Suecia	40	—	—	—	27	—
Provincias Unidas	66	49	—	20	44	—

Como comprenderán los lectores familiarizados con las estadísticas, estas sencillas cifras tienen que ser consideradas con sumo cuidado. Los totales de las poblaciones, sobre todo en el primer período, son simples presunciones (y en el caso de Rusia, el margen de error puede ser de varios millones). Las magnitudes de los ejércitos fluctuaron ampliamente, según si la fecha elegida corresponde al principio, a la mitad o al final de una guerra particular, y las cifras totales incluyen a menudo unidades importantes de mercenarios y (en el caso de Napoleón) incluso las tropas de aliados a la fuerza. El número de barcos de línea no son indicativos de su capacidad para el combate ni, necesariamente, de la disponibilidad de tripulaciones adiestradas. Además, las estadísticas no tienen en cuenta la capacidad de los jefes militares o navales, ni la competencia o negligencia, ni el fervor nacional o la pusilanimidad. Aun así, parece que las cifras consignadas más arriba reflejan, al menos *aproximadamente*, las principales tendencias políticas de poder de la época: Francia y, de manera creciente, Rusia ocupan los primeros lugares en cuanto a población y en términos militares; Inglaterra no tiene generalmente rival en el mar; Prusia alcanza a España, Suecia y las Provincias Unidas, y Francia está más próxima a dominar Europa con los enormes ejércitos de Luis XIV y de Napoleón que en cualquier otro momento del siglo intermedio.

Sin embargo, si conocemos las dimensiones financieras y geográficas de aquellos 150 años de lucha entre las grandes potencias, veremos que hay que refinar el cuadro sugerido en estas tres tablas. Por ejemplo, la rápida decadencia de las Provincias Unidas en comparación con otras naciones, en lo que respecta a la magnitud del Ejército, no se repitió en el sector de las finanzas de guerra,

donde su papel fue crucial durante muchísimo tiempo. El carácter no militar de los Estados Unidos disimula el hecho de que podían plantear una considerable distracción estratégica. Las cifras subestiman también la contribución militar de Gran Bretaña, ya que podían sufragar el gasto de 100 000 soldados aliados (¡450 000 en 1813!), así como subvenir a su propio Ejército y a su personal naval de 140 000 hombres en 1813-1814[43], mientras que la verdadera fuerza de Prusia y del Imperio austríaco, dependientes de los subsidios en la mayoría de las guerras, sería exagerada si considerásemos sólo el volumen de sus tropas. Como se ha observado anteriormente, los enormes contingentes militares de Francia fueron menos efectivos por culpa de la debilidad financiera y de los obstáculos geoestratégicos, mientras que los de Rusia se vieron perjudicados por el atraso económico y por la simple distancia. Convendría recordar las fuerzas y las debilidades de estas potencias al pasar a un examen más detallado de las propias guerras.

LAS VICTORIAS GUERRERAS, 1660-1763

Cuando Luis XIV asumió la plena dirección del Gobierno francés en marzo de 1661, la escena europea era particularmente favorable a un monarca resuelto a imponerle sus opiniones[44]. En el Sur, España se estaba todavía agotando en el fútil intento de recobrar a Portugal. Al otro lado del Canal, la monarquía restaurada bajo Carlos II estaba tratando de consolidarse y en los círculos comerciales ingleses existían unos enormes celos de los holandeses. En el Norte, una guerra reciente había debilitado tanto a Dinamarca como a Suecia. En Alemania, los príncipes protestantes observaban con recelo cualquier nuevo intento de los Habsburgo de

mejorar su posición, pero el Gobierno imperial de Viena tenía bastantes problemas en Hungría y Transilvania, y un poco más tarde lo tendría con un renacimiento del poder otomano. Polonia estaba ya languideciendo con el esfuerzo de rechazar a los predadores suecos y moscovitas. Así, la diplomacia francesa, según las mejores tradiciones de Richelieu, podía aprovecharse fácilmente de estas circunstancias, atizando a los portugueses contra España, a los magiares, turcos y príncipes alemanes contra Austria, y a los ingleses contra los holandeses, mientras fortalecía la posición geográfica (y el reclutamiento de tropas) con el importante tratado de 1663 con los cantones suizos. Todo esto dio a Luis XIV tiempo suficiente para erigirse como monarca absoluto, seguro contra los desafíos internos que habían afligido a los Gobiernos franceses durante el siglo anterior. Más importante aún, dio a Colbert, Le Tellier y los otros ministros claves oportunidad de revisar la administración y prodigar recursos al Ejército y la Marina, como medidas previas para la futura gloria del Rey Solo[45].

Por consiguiente, resultó sumamente fácil para Luis tratar de «redondear» las fronteras de Francia en las primeras fases de su reinado, especialmente habida cuenta de que las relaciones anglo-holandesas se habían deteriorado hasta desembocar en hostilidad abierta en 1665 (la Segunda Guerra Anglo-Holandesa). Aunque Francia se había comprometido a ayudar a las Provincias Unidas, en realidad representó un pequeño papel en las campañas en el mar y, en cambio, se preparó para una invasión del sur de los Países Bajos, todavía en poder de una debilitada España. Cuando los franceses emprendieron finalmente la invasión, en mayo de 1667, una ciudad tras otra cayó rápidamente en sus manos. Lo que siguió después fue primitivo ejemplo de las rápidas variaciones diplomáticas de aquel período. Los ingleses y los holandeses, cansados de una guerra infructuosa para ambas partes y temiendo las ambiciones francesas, firmaron la paz de Breda en el mes de julio y, junto con Suecia, trataron de «mediar» en el conflicto franco-español, con el fin de limitar las ganancias de Luis. Esto se consi-

guió gracias al Tratado de Aquisgrán de 1668, pero a costa de enfurecer al rey francés, que en definitiva decidió vengarse de las Provincias Unidas, que eran consideradas por él como el principal obstáculo a sus ambiciones. Durante los años siguientes, mientras Colbert hacía su guerra de aranceles contra los holandeses, Francia fortalecía su Ejército y su Marina. La diplomacia secreta convenció a Inglaterra y a Suecia de romper su alianza con las Provincias Unidas y calmó los temores de los austriacos y de los Estados alemanes. En 1672 la máquina de guerra francesa, ayudada por los ingleses en el mar, estaba presta a atacar.

Aunque fue Londres la que declaró primero la guerra a las Provincias Unidas, el triste esfuerzo inglés en el tercer conflicto anglo-holandés de 1672-1674 requiere aquí un espacio mínimo. Contenido por los brillantes esfuerzos de De Ruyter en el mar, y por ende incapaz de lograr algo en tierra, el Gobierno de Carlos II fue objeto de crecientes críticas internas: las pruebas de duplicidad política y de mala administración financiera, y el fuerte disgusto de estar aliados a una potencia autocrática y católica como Francia, hicieron que la guerra fuese impopular y obligaron al Gobierno a salir de ella en 1674. Visto retrospectivamente, esto es un recordatorio de lo inmaduras e inciertas que eran las bases política, financiera y administrativa del poder inglés, todavía en manos de los últimos Estuardo[46]. Sin embargo, el cambio de política de Londres tuvo importancia *internacional*, ya que reflejó en parte la extendida alarma que estaban ahora provocando en toda Europa los designios de Luis XIV. Al cabo de otro año, la diplomacia y los subsidios holandeses encontraron muchos aliados dispuestos a lanzar su peso contra los franceses. Los principados alemanes, Brandeburgo (que derrotó al único aliado que le quedaba a Francia, es decir, a los suecos, en Fehrbellin en 1675), Dinamarca, España y el Imperio austriaco, todos ellos intervinieron en el conflicto. No era que esta coalición de Estados fuese lo bastante fuerte para arrollar a Francia, pues la mayoría de ellos tenía pequeños ejércitos y problemas en sus propios flancos, y el núcleo de la

alianza antifrancesa seguía siendo las Provincias Unidas, bajo su nuevo líder, Guillermo de Orange. Pero la barrera acuática en el Norte y la vulnerabilidad de las líneas del Ejército francés contra varios enemigos en Renania significaban que el propio Luis no podía obtener ganancias espectaculares. Una especie de punto muerto parecido existía en el mar; la Marina francesa controlaba el Mediterráneo; las flotas holandesa y danesa dominaban en el Báltico y ningún otro bando podía prevalecer en las Indias Occidentales. Tanto el comercio francés como el holandés resultaron gravemente afectados en esta guerra, en beneficio indirecto de neutrales como los británicos. En realidad, en 1678 las clases mercantiles de Amsterdam habían impulsado a su Gobierno a firmar una paz separada con Francia, lo cual significaba que los Estados alemanes (que dependían de los subsidios holandeses) no podían continuar la lucha ellos solos.

Aunque los tratados de paz de Nimega de 1678-1679 pusieron fin a la lucha abierta, el evidente deseo de Luis XIV de redondear las fronteras del Norte, su ambición de erigirse en «árbitro de Europa» y el hecho alarmante de que conservase un Ejército de 200 000 soldados en tiempo de paz inquietaban por igual a los alemanes, los holandeses, los españoles y los ingleses[47]. Esto no significaba una inmediata reanudación de la guerra. Los mercaderes holandeses preferían comerciar en paz; los príncipes alemanes; como Carlos II de Inglaterra, estaban ligados a París por los subsidios, y el Imperio austriaco estaba enzarzado en una lucha desesperada con los turcos. Por consiguiente, cuando España quiso proteger sus territorios luxemburgueses de Francia, en 1683, tuvo que combatir sola y sufrir una inevitable derrota.

Pero, a partir de 1685, las cosas empezaron a volverse contra Francia. La persecución de los hugonotes indignó a la Europa protestante. En otros dos años, los turcos habían sido rotundamente derrotados y alejados de Viena y el emperador Leopoldo, fortalecidos su prestigio y su fuerza militar, pudo al fin prestar alguna atención al Oeste. En septiembre de 1688 un rey francés ahora

nervioso decidió invadir Alemania, con lo que convirtió, al fin, la guerra «fría» europea en una guerra caliente. La acción de Francia no sólo llevó a sus rivales continentales a romper las hostilidades, sino que también dio oportunidad a Guillermo de Orange de deslizarse a través del Canal y volver a colocar al desacreditado Jacobo II en el trono de Inglaterra.

Por consiguiente, a finales de 1689 Francia se encontró sola contra las Provincias Unidas, Inglaterra, el Imperio austriaco, España, Saboya y los más importantes Estados alemanes[48]. Esto no era una combinación tan alarmante como parecía y la «verdadera fuerza» de la Gran Alianza estaba en realidad en las tropas anglo-holandesas y los Estados alemanes. Aunque se trataba de una agrupación heterogénea en ciertos aspectos, poseían suficientes determinación, recursos financieros, ejércitos y flotas para equilibrar el poder de la Francia del Rey Sol. Diez años antes Luis podía haber prevalecido, pero ahora las finanzas y el comercio franceses eran mucho menos satisfactorios después de la muerte de Colbert y ni el Ejército ni la Marina —aunque numéricamente impresionantes— estaban equipados para una lucha sostenida y lejana. La rápida derrota de uno de los más fuertes aliados podía romper el punto muerto, pero ¿dónde había que lanzar el ataque, y se atrevería Luis a tomar medidas audaces? Vaciló durante tres años y, cuando al fin reunió en 1692 una fuerza de invasión de 24 000 soldados para enviarla a través del Canal, las «potencias marítimas» eran demasiado fuertes y destrozaron los barcos de guerra y las barcazas francesas en Barfleur-La Hougue[49].

A partir de 1692 el conflicto en el mar se convirtió en una lenta, agotadora y mutuamente ruinosa guerra contra el comercio. Adoptando una estrategia de ataque al comercio, el Gobierno francés incitó a sus corsarios a atacar los barcos anglo-holandeses, a la vez que reducía sus propias asignaciones a la flota de guerra.

Las naves aliadas, por su parte, se esforzaron en aumentar las presiones sobre la economía francesa instituyendo un bloqueo comercial, con lo que se abandonó el hábito holandés de comerciar

con el enemigo. Ninguna de estas medidas hizo que el adversario se doblegase; cada una de ellas aumentaba las cargas económicas de la guerra y la hacía impopular tanto para los mercaderes como para los campesinos que estaban ya sufriendo de una sucesión de cosechas pobres. Las campañas por tierra eran también caras, luchas lentas contra fortalezas y a través de canales: las fortificaciones de Vauban hacían que Francia fuese virtualmente inexpugnable, pero la misma clase de obstáculos impedía a Francia un avance fácil en Holanda o en el Palatinado. Cada bando mantenía a más de 250 000 hombres en los campos de batalla, razón que hacía que los costes fueran horrendos incluso para estos ricos países[50]. Aunque la campaña también se desarrollaba fuera de Europa (en las Indias Occidentales, Terranova, Acadia, Pondichery), ninguna de ellas era lo bastante importante para romper el básico equilibrio continental o marítimo. Así, en 1696, ante las quejas de los *squires Tory* y los *burghers* de Amsterdam debido a los impuestos excesivos y el hambre que afligía a Francia, tanto Luis como Guillermo tenían motivos suficientes para llegar a un compromiso.

En consecuencia, el Tratado de Ryswick (1697), si bien concedía a Luis algunas de sus primeras ganancias fronterizas, significó un retorno general al *statu quo* anterior. Ahora bien, los resultados de la Guerra de los Nueve Años de 1689-1697 no fueron tan insignificantes como alegaron los críticos de la época. Las ambiciones francesas habían quedado, en efecto, frustradas en tierra y su poder naval se había erosionado. La Revolución Gloriosa de 1688 se había mantenido e Inglaterra había asegurado su flanco irlandés, había fortalecido sus instituciones financieras y había reconstruido su Ejército y su Marina. Y quedó establecida una tradición anglo-germano-holandesa de mantener a Francia lejos de Flandes y de Renania. Aunque el coste había sido elevado, se había reafirmado la pluralidad política de Europa.

Dado que la mayoría de las capitales estaba cansada de la guerra, parecía muy poco posible la reanudación del conflicto. Sin embargo, cuando al nieto de Luis se le ofreció la sucesión al trono

de España en 1700, el Rey Sol vio en ello una oportunidad ideal de fortalecer el poder de Francia. En lugar de buscar un compromiso con sus posibles rivales, ocupó rápidamente el sur de los Países Bajos en interés de su nieto y también se aseguró concesiones comerciales exclusivas para los mercaderes franceses en el gran Imperio de España en el hemisferio occidental. Éstas y otras provocaciones alarmaron a los ingleses y a los holandeses lo bastante para hacer que se uniesen a Austria en 1701, en otra lucha de coalición para frenar las ambiciones de Luis: la Guerra de Sucesión española.

Una vez más, el equilibrio general de fuerzas y recursos sugirió que cada alianza podía dañar seriamente, pero no aplastar, a la otra[51]. En algunos aspectos, Luis estaba en una posición más fuerte que en la guerra de 1689-1697. Los españoles aceptaron en seguida a su nieto, ahora Felipe V, y las «potencias borbónicas» pudieron actuar juntas en muchos teatros; las finanzas francesas se beneficiaron, de este modo, de la importación de plata española. Además, Francia había crecido militarmente, hasta el punto de que hubo un período en que contó con casi medio millón de soldados. Sin embargo, los austriacos, menos hostigados en su flanco balcánico, estaban representando en esta guerra un papel de más envergadura que en la anterior. Pero lo más importante era que un resuelto Gobierno británico iba a poner en juego sus considerables recursos nacionales, en forma de sustanciosos subsidios a los aliados germánicos, una flota sumamente poderosa y un contingente militar a gran escala bajo el brillante Marlborough. Este último, que disponía de un número de soldados británicos y mercenarios que iba de 40 000 a 70 000, pudo unirse a un excelente Ejército holandés de más de 100 000 hombres y a una tropa habsburguesa de volumen parecido para frustrar el intento de Luis de imponer sus deseos a Europa.

Sin embargo, esto no significó que la Gran Alianza pudiese imponer sus deseos en Francia, ni en España. Cierto que, fuera de estos dos reinos, los sucesos favorecieron mucho a los aliados. La

decisiva victoria de Marlborough en Blenheim (1704) dañó gravemente a los ejércitos franco-bávaros y libró a Austria de la amenaza de una invasión francesa. La ulterior batalla de Ramillies (1706) dio a las fuerzas anglo-holandesas la mayor parte del sur de los Países Bajos, y la de Oudenaarde (1708) detuvo brutalmente el esfuerzo francés de recuperar terreno allí[52].

En el mar, sin ninguna flota importante enemiga a la que enfrentarse después de la no decisiva batalla de Málaga (1704), la Royal Navy y su decadente equivalente holandés pudieron demostrar la flexibilidad de un poder naval superior. El nuevo aliado, Portugal, podía ser apoyado desde el mar, mientras que Lisboa ofrecía a su vez una base naval adelantada y una fuente de oro en el Brasil. Podían enviarse soldados al hemisferio occidental para atacar las posesiones francesas en las Indias Occidentales y en América del Norte, y los corsarios podían perseguir las naves españolas que transportaban oro o plata en lingotes. La captura de Gibraltar no sólo proporcionó una base a la Royal Navy para controlar la salida del Mediterráneo, sino que dividió las bases franco-españolas y sus flotas. Las naves inglesas permitieron la captura de Menorca y de Cerdeña, cubrieron Saboya y las costas italianas de los ataques franceses y, cuando los aliados pasaron a la ofensiva, abastecieron a los ejércitos imperiales para la invasión de España y apoyaron el asalto de Tolón[53].

Sin embargo, esta superioridad marítima general de los aliados no pudo evitar la reanudación de los ataques franceses contra el comercio y, en 1708, la Royal Navy se vio obligada a instituir un sistema de convoyes con el fin de limitar las pérdidas de la Marina mercante. Del mismo modo que las fragatas británicas no podían impedir que los corsarios franceses entrasen y saliesen de Dunkerque o de la Gironda, también eran incapaces de efectuar un bloqueo comercial, pues esto habría significado patrullar por toda la costa franco-española; ni siquiera la captura de barcos de trigo fuera de los puertos franceses durante el espantoso invierno de

1709 pudo hacer que el autosuficiente imperio de Luis se doblegara.

Esta capacidad de los aliados de herir sin causar la muerte se evidenció todavía más en las campañas militares contra Francia y España. En 1709 el ejército invasor aliado tuvo que retroceder después de una breve ocupación de Madrid, incapaz de resistir los crecientes ataques de los españoles. En el norte de Francia, los ejércitos anglo-holandeses no tuvieron más oportunidades para alcanzar victorias como la de Blenheim; por el contrario, se trataba de una guerra de desgaste, sangrienta y cara. Además, en 1710, se instaló un Gobierno *tory* en Westminster que estaba ansioso por alcanzar una paz que asegurase los intereses marítimos e imperiales de Gran Bretaña y redujese sus gastos en una guerra continental. Por último el archiduque Carlos, que había sido candidato de los aliados al trono español, sucedió de forma inesperada al emperador y esto hizo que sus partidarios perdiesen todo entusiasmo por colocarle también en el poder en España. Con la deserción unilateral de Gran Bretaña a primeros de 1712, seguida más tarde de la de los holandeses, incluso el emperador Carlos, tan ansioso de ser «Carlos III» de España, aceptó la necesidad de la paz después de otro año inútil de campaña.

Las condiciones de la paz que puso término a la Guerra de Sucesión española fueron fijadas en la Paz de Utrecht (1713) y en la de Rastatt (1714). Considerado el arreglo en su conjunto, es indudable que el gran beneficiario fue Gran Bretaña[54], Aunque había ganado Gibraltar, Menorca, Nueva Escocia, Terranova y la Bahía de Hudson, así como concesiones comerciales en el Nuevo Mundo español, ello no perjudicó el equilibrio europeo. De hecho, este equilibrio fue reforzado satisfactoriamente por una serie de once complicados tratados en 1713-1714. Los reinos francés y español quedarían separados para siempre, mientras que se reconocía formalmente la sucesión protestante en Gran Bretaña. El Imperio austriaco, después de su fracaso en España, recibió el sur de los Países Bajos y Milán (una nueva manera de poner a raya a Fran-

cia), más Nápoles y Cerdeña. La independencia holandesa había sido preservada, pero las Provincias Unidas dejaron de ser una potencia naval y comercial formidable y se vieron ahora obligadas a dedicar la mayor parte de sus energías a guarnecer las fronteras meridionales. Por encima de todo, Luis XIV había sido final y decisivamente contenido en sus ambiciones dinásticas y territoriales, y la nación francesa había sido castigada por los horribles costes de la guerra, que, entre otras consecuencias, habían *multiplicado por siete* el total de deudas del Gobierno. El equilibrio de poder quedaba, pues, asegurado en tierra, mientras que, en el mar, Gran Bretaña no tenía ahora rival. No es de extrañar que los *whigs*, que volvieron al poder al subir Jorge I al trono en 1714, se empeñasen muy pronto en preservar los acuerdos de Utrecht y estuviesen dispuestos a una entente con los franceses al morir el año siguiente su archienemigo Luis.

La redistribución del poder entre los Estados europeos occidentales, producida en este medio siglo de guerra, fue menos dramática que los cambios que tuvieron lugar en el Este. Allí las fronteras eran más fluidas que en el Oeste y enormes cantidades de tierra eran controladas por señores de marcas, irregulares croatas y huestes de cosacos, más que por los ejércitos profesionales de un monarca ilustrado. Incluso cuando las Naciones-Estado peleaban entre sí, sus campañas se desarrollaban a menudo sobre grandes distancias y requerían el uso de tropas irregulares, húsares, etc., para infligir algún fuerte golpe estratégico. A diferencia de las campañas en los Países Bajos, el triunfo o el fracaso traían aquí consigo enormes transferencias de tierra, y esto recalcaba los auges y caídas más espectaculares entre las potencias. Por ejemplo, durante estas pocas décadas los turcos plantearon su última amenaza militar en gran escala contra Viena y sufrieron entonces unas rápidas derrotas y decadencia. La notable respuesta inicial de las fuerzas austriacas, alemanas y polacas, no sólo rescató la ciudad imperial de las tropas invasoras turcas en 1683, sino que condujo a campañas mucho más extensas de una ampliada Liga Santas[55].

Después de una gran batalla cerca de Homács (1687) el poder turco en la llanura húngara fue destruido para siempre; si las líneas se estabilizaron entonces debido a las repetidas llamadas de tropas alemanas y austriacas contra Francia durante la guerra de 1689-1697, las ulteriores derrotas del Ejército turco en Zalankemen (1691) y Senta (1697) confirmaron la tendencia. Siempre que pudiese concentrar sus recursos en el frente balcánico y poseyera generales de la categoría del príncipe Eugenio, el Imperio austríaco podía ahora hacer algo más que enfrentarse por sí solo a los turcos. Aunque incapaz de organizar sus heterogéneas tierras con tanta eficacia como las monarquías occidentales, su futuro como uno de los grandes Estados europeos estaba asegurado.

Medida por este criterio, Suecia fue mucho menos afortunada. En cuanto el joven Carlos XII subió al trono sueco en 1697, se despertaron los instintos predatorios de los Estados vecinos; Dinamarca, Polonia y Rusia deseaban partes del Imperio báltico lindantes con el Báltico y convinieron, en otoño de 1699, coaligarse contra aquél. Sin embargo, cuando empezó la lucha, la aparente vulnerabilidad de Suecia fue al principio más que compensada por su propio considerable Ejército, un monarca de gran inteligencia militar y el apoyo naval anglo-holandés. Una combinación de estos tres factores permitió a Carlos amenazar a Copenhague y obligar a los daneses a apartarse de la guerra en agosto de 1700, después de lo cual cruzó el Báltico con sus tropas y derrotó a los rusos tres meses más tarde en la aplastante victoria de Narva[56]. Ayudado por numerosos consejeros extranjeros y dispuesto a inspirarse en la experiencia militar del Oeste, Pedro construyó un Ejército y una Marina muy poderosos, de la misma enérgica manera que había creado San Petersburgo sobre las marismas. Cuando Carlos, con una fuerza de 40 000 hombres, volvió a enfrentarse con Pedro en 1708, era probablemente demasiado tarde. Aunque el Ejército sueco era en general mejor en combate, sufrió considerables pérdidas, no fue nunca capaz de aplastar al grueso del Ejército ruso y se vio obstaculizado por una logística inadecuada,

dificultades que se intensificaron cuando las fuerzas de Carlos se trasladaron al Sur, entraron en Ucrania y soportaron el crudo invierno de 1708-1709. Cuando se libró finalmente la gran batalla de Poltava, en julio de 1709, el Ejército ruso era muy superior en número y en buenas posiciones defensivas. Este encuentro no sólo destruyó la fuerza sueca, sino que la subsiguiente huida de Carlos a territorio turco y su largo exilio allí dio una gran oportunidad a los enemigos de Suecia que estaban más cerca de ésta. Cuando Carlos regresó al fin a Suecia, en diciembre de 1715, todas sus posesiones transbálticas se habían perdido y partes de Finlandia estaban en manos de los rusos.

Después de más años de lucha (Carlos XII murió en otro choque con los daneses en 1718), la agotada y aislada Suecia tuvo al fin que resignarse a la pérdida de la mayoría de sus provincias bálticas en la Paz de Nystad de 1721. Ahora había descendido al puesto de potencia de segundo orden, mientras que Rusia ocupaba el primero. De forma bastante apropiada, para marcar la victoria de 1721 sobre Suecia, Pedro asumió el título de emperador. A pesar de la ulterior decadencia de la flota zarista, a pesar del gran atraso del país, Rusia había demostrado claramente que, como Francia y Gran Bretaña, «tenía fuerza para actuar independientemente como gran potencia, sin depender de la ayuda exterior»[57]. Tanto en el Este como en el Oeste de Europa había ahora, según las propias palabras de Dehio, un «contrapeso a una concentración en el centro»[58].

Este equilibrio general de fuerza política, militar y económica en Europa fue garantizado por una *detente* anglo-francesa que duró casi dos décadas después de 1715[59]. Francia, en particular, necesitaba recuperarse después de una guerra que había perjudicado terriblemente su comercio exterior y, con ello, aumentado la deuda del Estado, el pago de cuyos intereses igualaba la renta normal. Además, las monarquías de Londres y de París, bastante temerosas de su propia sucesión, miraban con recelo cualquier intento de alterar el *statu quo* y encontraban mutuamente provechoso colabo-

rar en numerosos asuntos[60]. En 1719, por ejemplo, ambas potencias emplearon la fuerza para impedir que España prosiguiese una política expansionista en Italia. Sin embargo, en la década de 1730, la pauta de las relaciones internacionales empezó a cambiar de nuevo. En esta etapa los propios franceses estaban menos entusiasmados con el lazo que les unía a los británicos y pensaban, en cambio, en recobrar su antigua posición de nación dominante de Europa. La sucesión estaba ahora asegurada en Francia, y los años de paz habían contribuido a su prosperidad y habían conducido también a una gran expansión en el comercio de ultramar, en el que desafiaban a las potencias marítimas. Mientras Francia, con su ministro Fleury, mejoraba a toda prisa sus relaciones con España y extendía sus actividades diplomáticas en la Europa oriental, Gran Bretaña, dirigida por el prudente y aislacionista Walpole, se esforzaba en mantenerse al margen de los asuntos continentales. Ni siquiera un ataque francés contra las posesiones austriacas de Lorena y Milán en 1733 y un movimiento francés en el interior de Renania provocaron una reacción británica. Incapaz de obtener el menor apoyo del aislacionista Walpole y de los temerosos holandeses, Viena se vio obligada a negociar con París la paz de compromiso de 1738. Animada por sus éxitos militares y diplomáticos en la Europa occidental, la alianza con España, la deferencia de las Provincias Unidas y la creciente aquiescencia de Suecia e incluso de Austria, Francia gozaba ahora de un prestigio inigualado desde las primeras décadas de Luis XIV. Esto se evidenció todavía más al año siguiente, cuando la diplomacia francesa negoció el fin de una guerra austro-rusa contra el Imperio otomano (1735-1739) y devolvió con ello a los turcos muchos de los territorios capturados por las dos monarquías orientales.

Mientras los británicos, con Walpole, habían tendido a desentenderse de estos sucesos dentro de Europa, los intereses comerciales y los políticos de la oposición estaban mucho más preocupados por el número creciente de choques con España, la aliada de Francia, en el hemisferio occidental. Allí, el rico comercio colonial

y el conflictivo expansionismo de los colonos ofrecían muchos motivos de disputa[61]. La resultante guerra anglo-española, a la que Walpole accedió de mala gana en octubre de 1739, no fue, como podría haber sido, simplemente uno de la serie de pequeños conflictos regionales entre ambos países durante el siglo XVIII debido a la decisión de Francia de dar toda clase de ayuda a España, sobre todo «más allá de la línea» en el Caribe. En comparación con la Guerra de Sucesión española de 1702-1713, las potencias borbónicas estaban en una posición mucho mejor para competir en ultramar, en particular a causa de que ni el Ejército británico ni su Marina estaban equipados para lanzarse a la conquista de las colonias españolas tan preconizadas por las lumbreras de Inglaterra.

La muerte del emperador Carlos VI y la subida al trono de María Teresa, seguidos de la decisión de Federico *el Grande* de aprovecharse de esta circunstancia para capturar Silesia en el invierno de 1740-1741, transformaron la situación y volvieron a llamar la atención sobre el continente. Incapaces de contenerse, los círculos antiaustriacos de Francia apoyaron a Prusia y a Baviera en sus ataques contra la herencia habsburguesa. Pero esto condujo a su vez a una renovación de la antigua alianza anglo-austriaca, que representó subsidios sustanciales para la acosada María Teresa. Ofreciendo pagos, meditando sobre excluir (temporalmente) a Prusia y también a Sajonia de la guerra, y con una acción militar en Dettingen en 1743, el Gobierno británico alivió a Austria, protegió a Hannover y eliminó la influencia francesa en Alemania. Cuando el antagonismo anglo-francés derivó en hostilidades formales, en 1744, se intensificó el conflicto. El Ejército francés empujó hacia el Norte, a través de las fortalezas fronterizas de los Países Bajos austríacos, hacia los petrificados holandeses. En el mar, como las flotas borbónicas no constituían un desafío importante, la Royal Navy impuso un bloqueo cada vez más severo al comercio francés. En ultramar los ataques y contraataques continuaron en las Indias Occidentales, en el río San Lorenzo, alrededor de Madrás y a lo

largo de las rutas comerciales hacia Levante. Prusia, que volvió a la lucha contra Austria en 1743, fue de nuevo persuadida de salirse de la guerra dos años más tarde. Los subsidios británicos podían ser usados para mantener en orden a los austriacos, pagar mercenarios para la protección de Hannover e incluso comprar un ejército ruso para defender los Países Bajos. Esto, medido por el rasero del siglo XVIII, era una manera muy cara de luchar en una guerra, y muchos británicos se quejaron de los crecientes impuestos y de que se triplicase la deuda nacional; pero, gradualmente, obligaba a una Francia cada día más agotada a aceptar una paz de compromiso.



Mapa 5. Europa en 1721

Tanto la geografía como las finanzas —los dos elementos claves comentados más arriba— obligaron por fin a los Gobiernos británicos y francés a solventar sus diferencias en la Paz de Aquisgrán (1748). En aquella época el Ejército francés tenía a los holandeses a su merced, pero ¿compensaría esto las crecientes restricciones impuestas al comercio marítimo francés o la pérdida de colonias importantes? Y a la inversa, ¿qué sentido tenían la toma de *Louisburg* en el *San Lorenzo* por parte de los ingleses y las victorias navales de Anson y Hawke, si Francia conquistaba los Países Bajos? En consecuencia, las conversaciones diplomáticas condujeron a un retorno general al *statu quo* anterior, con la significativa excepción de la conquista de Silesia por Federico. Tanto en su época como retrospectivamente, la Paz de Aquisgrán fue considerada como una tregua más que como un arreglo duradero. Dejó a María Teresa con el deseo de vengarse de Prusia, a Francia preguntándose de qué manera podía salir victoriosa, no sólo en Europa sino también en ultramar, y a Gran Bretaña ansiosa de asegurarse de que su gran enemiga sería la próxima vez tan absolutamente derrotada en una guerra continental como podía serlo en una lucha marítimo-colonial.

* * *

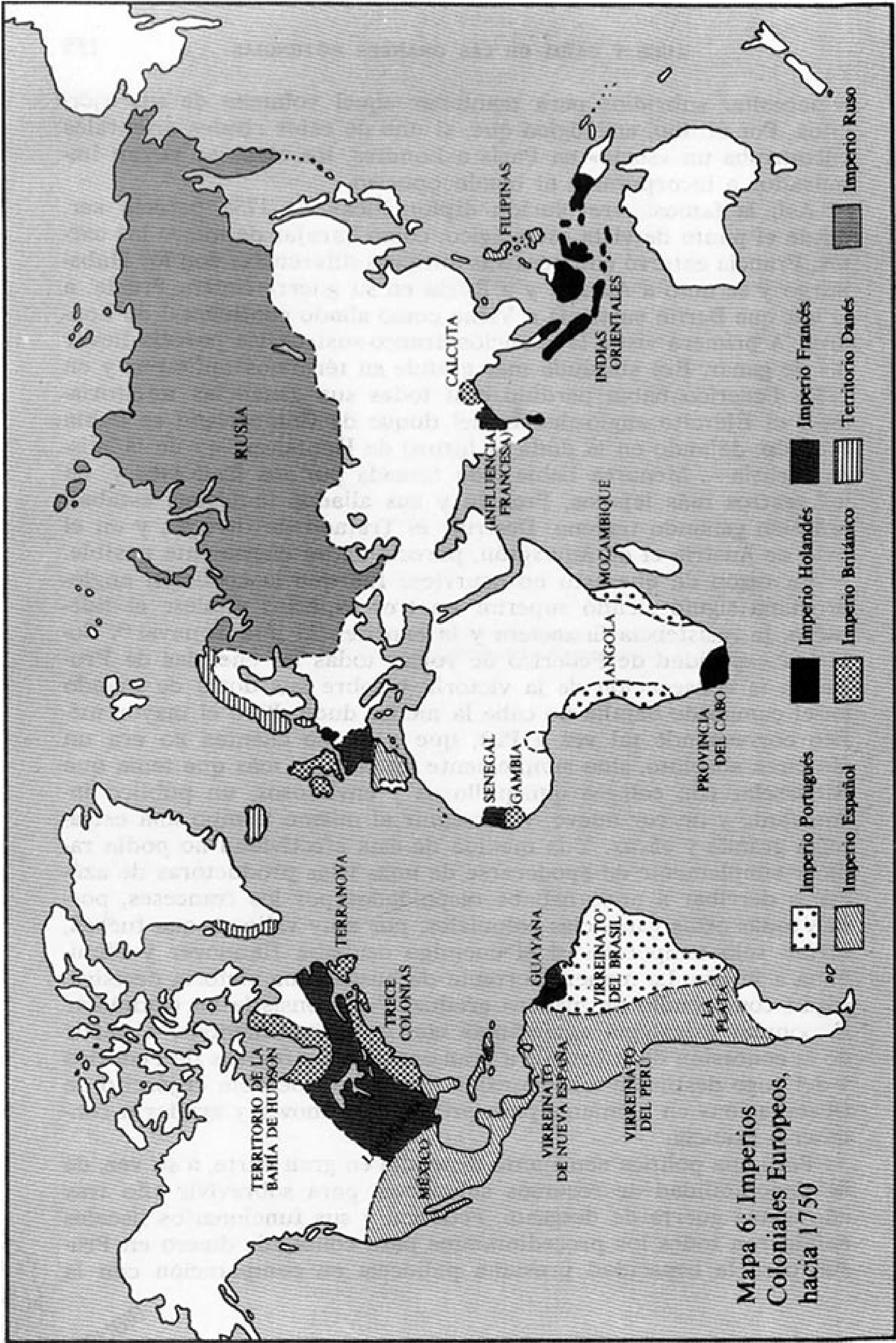
En las colonias de América del Norte, donde ingleses y franceses (ayudados ambos por los indios y por algunas guarniciones locales) chocaban constantemente en los primeros años de 1750, incluso la palabra «tregua» era un nombre equivocado. Allí, resultaba casi imposible que los Gobiernos de la metrópoli pudieran controlar las fuerzas comprometidas, en especial desde que una «camarilla patriota» pedía en cada país el apoyo de los colonos y fomentaba la idea de que estaba ya en curso una lucha importante, no sólo por las regiones de los valles de Ohio y Misisipi, sino también por Canadá, el Caribe, la India y, mejor aún, todo el mundo extraeuropeo[62]. Cada bando empezó a enviar más refuerzos y a poner en pie de guerra a sus marinas en 1755, ante lo cual los otros Estados empezaron a prepararse para la perspectiva de otro

conflicto anglo-francés. Para España y las Provincias Unidas, que ahora se hallaban claramente en segunda fila y temían ser aplastadas entre los dos colosos en el Oeste, la neutralidad era la única solución, a pesar de las dificultades inherentes para mercaderes como los holandeses[63].

Sin embargo, para monarquías del Este tales como Austria, Prusia y Rusia, era imposible la no intervención, a mediados de la década de 1750, en una guerra anglo-francesa. La principal razón era que, si bien algunos franceses argüían que el conflicto debía resolverse en el mar y en las colonias, la tendencia natural de París era atacar a Gran Bretaña vía Hannover, talón de Aquiles estratégico de los isleños. Pero esto no sólo alarmó a los Estados alemanes, sino que impulsó a los ingleses a buscar y pagar a aliados militares que mantuvieran a raya a los franceses en el continente. La segunda razón era aún más importante: los austríacos estaban resueltos a recuperar Silesia, ahora en poder de Prusia, y los rusos, bajo la zarina Isabel, buscaban también una oportunidad de castigar al irrespetuoso y ambicioso Federico. Cada una de estas potencias había reunido un considerable ejército (Prusia, más de 150 000 hombres; Austria, casi 200 000; y Rusia, tal vez 330 000) y estaba calculando cuándo tenía que atacar; pero todas ellas iban a necesitar subsidios para mantener aquel volumen de sus ejércitos. Por último, era lógico que, si uno de estos rivales orientales encontraba un «socio» en París o Londres, los otros se vieran impulsados a incorporarse al bando opuesto.

Así, la famosa «revolución diplomática» de 1756 pareció ser, desde el punto de vista estratégico, como barajar de nuevo las cartas. Francia enterró entonces sus antiguas diferencias con los Habsburgo y se unió a Austria y a Rusia en su guerra contra Prusia, a la vez que Berlín sustituía a Viena como aliado continental de Londres. A primera vista, la coalición franco-austro-rusa parecía llevar las de ganar. Era sin duda más grande en términos militares, y en 1757, Federico había perdido casi todas sus ganancias territoriales y el Ejército anglo-alemán del duque de Cumberland se ha-

bía rendido, dejando en la duda el futuro de Hannover —y de la misma Prusia—. Menorca había sido tomada por los franceses y, en los teatros más lejanos, Francia y sus aliados indígenas estaban también ganando terreno. Destruir el Tratado de Utrecht, y en el caso de Austria el de Aquisgrán, parecía ahora claramente posible.



Mapa 6. Imperios coloniales europeos hacia 1750

La razón de que esto no ocurriese fue que la coalición anglo-prusiana siguió siendo superior en tres aspectos vitales: el liderazgo, la resistencia financiera y la experiencia militar-naval[64]. Sobre la capacidad de Federico de volcar todas las energías de Prusia en la consecución de la victoria y sobre sus dotes de mando en el campo de batalla no cabe la menor duda. Pero el mayor mérito corresponde tal vez a Pitt, que a fin de cuentas no era un monarca absoluto, sino simplemente un político más que tenía que habérselas con colegas quisquillosos y envidiosos, un público inconstante y un rey nuevo, y perseguir al mismo tiempo una estrategia grande y eficaz. Y la medida de esta efectividad no podía radicar simplemente en apoderarse de unas islas productoras de azúcar o derribar a unos nababs respaldados por los franceses, porque todas estas ganancias coloniales, por muy valiosas que fuesen, serían sólo temporales si el enemigo ocupaba Hannover y eliminaba a Prusia. La manera correcta de buscar una victoria decisiva, según comprendió de manera gradual Pitt, consistía en completar la popular estrategia «marítima» con otra «continental», a partir de la concesión de subsidios a gran escala a las fuerzas de Federico y del pago destinado a la posesión de un considerable «Ejército de Observación» en Alemania para proteger Hannover y ayudar a contener a Francia.

Pero una política semejante dependía en gran parte, a su vez, de la disponibilidad de recursos suficientes para sobrevivir año tras año a una guerra de desgaste. Federico y sus funcionarios fiscales emplearon todos los procedimientos para conseguir dinero en Prusia, pero la capacidad prusiana palidecía en comparación con la de Gran Bretaña que, en plena lucha, poseía una flota de más de 120 barcos de línea, tenía más de 200 000 soldados (incluidos mercenarios alemanes) en sus nóminas y, además, subvencionaba a Prusia. En realidad, la Guerra de los Siete Años costó al erario británico 160 millones de libras, de las que 60 millones (el 37%) se obtuvieron de los mercados de dinero. Mientras esta gran subida de la deuda nacional alarmaría a los colegas de Pitt hasta el punto

de contribuir a la caída de éste en octubre de 1761, el comercio del país con ultramar aumentaba de año en año e iba incrementando los ingresos por aranceles y trayendo prosperidad. Constituye éste un excelente ejemplo de ganancias convertidas en poder y del empleo del poder marítimo británico (por ejemplo, en las Indias Occidentales) en beneficio de la Nación. Según se informó al embajador británico en Prusia, «debemos ser comerciantes antes que soldados… El comercio y la fuerza marítima dependen el uno del otro y… las riquezas que son los verdaderos recursos de este país dependen de su comercio»[65]. Por el contrario, la economía de todos los otros combatientes sufrió mucho en esta guerra e, incluso dentro de Francia, el ministro Choiseul tuvo que reconocer tristemente que

> … en el estado actual de Europa, son sus colonias, el comercio y el poder marítimo los que deben determinar el equilibrio de poder en el continente. La Casa de Austria, Rusia, el rey de Prusia, son sólo potencias de segunda fila, como todos aquellos que no pueden ir a la guerra a menos que sean subvencionados por las potencias mercantiles[66].

La experiencia militar y naval desplegada por la alianza anglo-prusiana, al menos después de los primeros tropiezos, funcionó de la manera siguiente: En el mar, una enorme Royal Navy, bajo la dirección de Anson, impuso continuamente un bloqueo sobre los puertos atlánticos de Francia y le sobró fuerza para burlar a Tolón y recuperar también la supremacía marítima en el Mediterráneo. Cuando las flotas entraban en acción —en Cartagena, frente a Lagos y en la incomparable persecución en pleno temporal de la flota de Conflans por Hawke en la bahía de Quiberon— la superioridad de la náutica británica se puso de manifiesto una y otra vez. Más aún, esta política de bloqueo —mantenida ahora en todas las circunstancias atmosféricas, con las escuadras abastecidas por sistemas completos de abastecimiento— no sólo asfixió buena parte del comercio marítimo francés, y protegió de este modo el comercio británico y su seguridad territorial, sino que evitó también que

importantes refuerzos de soldados franceses fuesen enviados a las Indias Occidentales, a Canadá y a la India. En 1759, el *annus mirabilis,* las colonias francesas fueron cayendo en manos británicas en todo el mundo, y así se completó la importante victoria de las tropas anglo-alemanas sobre dos cuerpos de ejército franceses en Minden. Cuando España entró tontamente en la guerra en 1762, sus colonias del Caribe y Filipinas sufrieron la misma suerte.

Mientras tanto, la Casa de Brandeburgo había participado ya en los «milagros» y, en las batallas de Rossbach y Leuthen, Federico no sólo destruyó un ejército francés y otro austriaco, respectivamente, sino que también enfrió el afán de estas dos naciones de ejercer presión sobre la Alemania del Norte; después de que Federico venciese de nuevo a los austriacos, en Legnica y en Torgau, en 1760, Viena quedó virtualmente en bancarrota. Sin embargo el coste de todas estas campañas estaba rebajando poco a poco el poder prusiano (60 000 soldados perdidos, sólo en 1759) y el enemigo ruso resultó ser mucho más formidable, en parte porque la zarina Isabel odiaba a Federico, pero principalmente porque todos los encuentros con el Ejército ruso eran sanguinarios. Pero, al comprobar que los otros combatientes deseaban también la paz y Francia estaba dispuesta a llegar a un acuerdo con un Gobierno británico, a su vez, predispuesto para la paz, Prusia vio que tenía todavía fuerza suficiente para mantener a raya a los austriacos y a los rusos hasta la muerte de Isabel en 1762. Después de esto y de la rápida retirada del nuevo zar Pedro de la guerra, ni Francia ni Austria podían esperar algo mejor que un arreglo pacífico sobre la base de volver a la situación de Europa antes de la guerra; lo cual suponía, en efecto, una derrota para los que habían tratado de doblegar a Prusia.

En los convenios de 1762-1763 fue de nuevo Gran Bretaña la evidente beneficiaria. Incluso después de devolver varios territorios capturados a Francia y a España, había hecho progresos en las Indias Occidentales y en África occidental, había virtualmente eliminado la influencia francesa en la India y, lo que era aún más im-

portante, tenía la supremacía en la mayor parte del continente norteamericano. Así, pues, Gran Bretaña tenía acceso a tierras mucho más extensas y potencialmente más ricas que Lorena, Silesia y las otras regiones por las que tan encarnizadamente luchaban los Estados continentales. Además, había ayudado a frenar las ambiciones diplomáticas y militares de Francia dentro de Europa y, por ende, había preservado el equilibrio general del poder. En cambio, Francia no sólo había sufrido pérdidas desastrosas en ultramar, sino que también —a diferencia de lo acaecido en 1748— había fracasado en Europa; en realidad su desafortunada actuación militar sugería que el centro de gravedad se había desviado desde la Europa occidental hacia el Este, hecho confirmado por el desprecio general de los deseos de Francia durante la primera partición de Polonia en 1772. Todo esto convenía mucho a los círculos británicos, satisfechos de su primacía fuera de Europa y nada deseosos de contraer obligaciones en el continente.

LAS VICTORIAS GUERRERAS, 1763-1815

El «respiro» de más de una década que se produjo antes de la siguiente fase de la lucha anglo-francesa aportó tan sólo unos pocos indicios del cambio que se produciría en la suerte británica. La Guerra de los Siete Años había ampliado de tal forma la capacidad contributiva y la estructura social de las grandes potencias, que la mayoría de los líderes miraban con ceño una arriesgada política extranjera; la introspección y la reforma tendían a ser la orden del día. Lo que había costado la guerra a Prusia (medio millón de muertos, incluidos 180 000 soldados) había impresionado a Federico, que prefería ahora una vida más tranquila. Aunque había per-

dido a 300 000 hombres, el Ejército del Imperio austriaco no lo había pasado demasiado mal; pero el sistema gubernamental general necesitaba evidentemente cambios que sin duda despertarían resentimientos locales (sobre todo entre los húngaros) y acapararían: la atención de los ministros de María Teresa. En Rusia, Catalina II tuvo que enfrentarse con reformas legislativas y administrativas y sofocar la rebelión de Pugachev (1773-1775). Esto no impidió que prosiguiera la expansión rusa en el Sur ni que se llevaran a cabo las maniobras para reducir la independencia de Polonia; pero éstos podían clasificarse todavía de problemas locales y muy diferentes de las grandes combinaciones *europeas* que habían preocupado a las potencias durante la Guerra de los Siete Años. Los lazos con las monarquías occidentales eran ahora menos importantes.

También en Gran Bretaña y en Francia eran los asuntos internos los que ocupaban el centro del escenario. El terrible aumento de la deuda nacional de ambos países condujo a la búsqueda de nuevas fuentes de ingresos y a reformas administrativas, lo que produjo controversias que agravaron las ya pobres relaciones entre Jorge III y la oposición, y entre la Corona y los *parlamentos* en Francia. Estas preocupaciones hicieron, inevitablemente, que la política extranjera británica en Europa fuese más fortuita e introspectiva que en los días de Pitt, tendencia acentuada por la creciente disputa con los colonos norteamericanos sobre impuestos y cumplimiento de las Leyes de Comercio y Navegación. Sin embargo, en el ámbito francés, las cuestiones de política exterior no quedaban tan plenamente eclipsadas por las preocupaciones internas. En efecto, Choiseul y sus sucesores, que habían aprendido de la derrota de 1763, estaban tomando medidas para el fortalecimiento de la posición de Francia en el futuro. La Marina francesa fue continuamente acrecentada, a pesar de la necesidad apremiante de economizar, y el «pacto de familia» con España fue reforzado. Cierto que Luis XV había fruncido el ceño ante la política de Choiseul de incitar a España contra Gran Bretaña en el conflicto

de 1770 sobre las islas Malvinas, ya que una guerra entre grandes potencias habría sido desde el punto de vista financiero desastrosa. En todo caso, la política francesa continuó siendo claramente antibritánica y siguió encaminada a sacar provecho de todos los problemas con que podía encontrarse Gran Bretaña en ultramar[67].

Todo esto significó que, cuando la disputa de Londres con los colonos norteamericanos se convirtió en franca hostilidad, Gran Bretaña se hallara, en muchos aspectos, en una situación mucho más débil que en 1739 o en 1756[68]. Gran parte de esto se debió a las personalidades. Ni North ni Shelburne, ni cualquier otro político podían ofrecer un liderazgo nacional ni una gran estrategia coherente. La facción política, agravada por la intervención del propio Jorge III y por un furioso debate sobre los méritos de los colonos norteamericanos, dividió a la nación. Además, los dos puntales del poder británico —la economía y la marina— estaban debilitados en aquellos años. Las exportaciones, que se habían estancado después del período de auge de la Guerra de los Siete Años, declinaron a lo largo del decenio de 1770, en parte a causa del boicot de los colonos y también por el creciente conflicto con Francia, España y los Países Bajos. La Royal Navy se había debilitado sistemáticamente durante los quince años de paz, y algunos de sus oficiales generales estaban tan verdes como la madera empleada en la construcción de los buques de línea. La decisión de abandonar la firme estrategia de bloqueo cuando entró Francia en la guerra en 1778 pudo ahorrar trabajo y lágrimas a los navíos ingleses pero fue, en efecto, como renunciar al dominio de los mares; las expediciones de auxilio a Gibraltar, a las Indias Occidentales y a las costas de América del Norte no fueron realmente sustitutos del control efectivo de las cercanías de la costa francesa occidental, que habría, en todo caso, impedido el envío de flotas enemigas a aquellos lejanos teatros. Cuando la Royal Navy hubo recobrado su fuerza y reafirmado su dominio, con la victoria de Rod-

ney en Saintes y la operación de Howe en Gibraltar, en 1782, la guerra en América estaba virtualmente terminada.

Sin embargo, aunque la Marina estaba mejor equipada y la nación mejor gobernada, el conflicto de 1776-1783 contenía dos problemas estratégicos que simplemente no existían en ninguna de las otras guerras del siglo XVIII en las que había intervenido Gran Bretaña. El primero era que, al haberse extendido la rebelión norteamericana, su represión requería una lucha *continental* a gran escala por parte de las fuerzas británicas a una distancia de 3000 millas de su base nacional. En contra de las primeras esperanzas de Londres, la superioridad marítima no podía, por sí sola, hacer que los autosuficientes colonos dieran su brazo a torcer (aunque, evidentemente, podía haber reducido el suministro de armas y de reclutas desde Europa). Conquistar y conservar todos los territorios del Este de América habría sido una difícil tarea para el gran ejército de Napoleón, y mucho más lo era para las tropas británicas de la década de 1770. La distancia y el consiguiente retraso de las comunicaciones, no sólo dificultaban la dirección estratégica de la guerra desde Londres o incluso desde Nueva York, sino que también exacerbaban el problema logístico: «cada galleta, cada hombre y cada bala requeridos por las fuerzas británicas en América tenían que ser transportados a través de 3000 millas de océano»[69]. A pesar de las importantes mejoras introducidas por el Ministerio de la Guerra británico, la escasez de embarques y las dificultades en los suministros eran desde luego excesivas. Además, la sociedad colonial estaba tan descentralizada que la conquista de una ciudad o de un pueblo importante significaba poco. Sólo cuando las tropas regulares ocupaban el territorio en cuestión podía prevalecer la autoridad británica, y cuando eran rechazadas los rebeldes reafirmaban su posición sobre los leales. Dos décadas antes se habían necesitado 50 000 soldados británicos, con sustancial apoyo colonial, para conquistar el Canadá francés: ¿cuántos se necesitarían ahora para imponer de nuevo el régimen imperial: 150 000 o tal vez 250 000? «Es probable —arguyó un

historiador— que la restauración de la autoridad británica en América fuera un problema imposible de resolver por medios militares, por muy perfectamente que éstos se aplicasen»[70].

La segunda dificultad, sin precedentes en el campo de la gran estrategia, consistía en que Gran Bretaña luchaba sola, sin ayuda de asociados europeos que habrían podido distraer a los franceses. Desde luego, éste era en gran medida un problema diplomático más que militar. Los británicos estaban pagando ahora su ruptura con Prusia después de 1762, su arrogancia frente a España, su duro trato de los barcos de Estados neutrales como Dinamarca y las Provincias Unidas y su fracaso en asegurarse el apoyo ruso. Así, Londres se encontró no sólo sin amigos en Europa, sino que, en 1780, se enfrentó con una recelosa Liga de Neutralidad Armada (Rusia, Dinamarca, Portugal) y unas Provincias Unidas hostiles, cuando se hallaba ya en apuros en su enfrentamiento con los rebeldes norteamericanos y las flotas franco-españolas. Pero hay algo más, en esta historia, que la ineptitud diplomática británica. Como se ha observado más arriba, los intereses de las monarquías orientales, durante los decenios de 1760 y 1770, se habían apartado en cierto modo de los de Occidente y concentrado en el futuro de las sucesiones polaca y bávara y en las relaciones con los turcos. Un intento francés de convertirse en «el árbitro de Europa», como en los tiempos de Luis XIV, hubiese podido hacer imposible este distanciamiento; pero la decadencia relativa de su Ejército después de la Guerra de los Siete Años y su falta de compromiso político en el Este significaban que la aguda preocupación de Londres por los designios franceses a partir de 1779 no era compartida por sus anteriores aliados. Los rusos de Catalina II eran probablemente los más favorables, pero ni siquiera ellos intervendrían, a menos que hubiese una verdadera perspectiva de que Gran Bretaña sería totalmente eliminada.

Por último, existía el hecho significativo de que, por una vez, Francia había adoptado la antigua posición de Choiseul y resistía ahora la tentación de atacar a Hannover u hostigar a los holande-

ses. La guerra contra Gran Bretaña se desarrollaría sólo en ultramar, y dislocaría de este modo el brazo «continental» del brazo «marítimo» de la estrategia tradicional británica. Por primera vez, los franceses centrarían sus recursos en una guerra naval y colonial.

Los resultados fueron notables y rebatieron de forma rotunda el argumento de los aislacionistas británicos de que un conflicto de esta clase, no complicado por aliados y campañas continentales, era mejor para el Estado isleño. Durante la Guerra de los Siete Años no se habían asignado más que 30 millones de libras al año a la Marina francesa, un cuarto de la asignación del Ejército y tan sólo un quinto del dinero que recibía anualmente la Royal Navy. A partir de mediados del decenio de 1770 el presupuesto naval francés se elevó sin cesar; en 1780 fue de unos 150 millones de libras y, en 1782, había alcanzado la importante cifra de 200 millones[71]. Al entrar Francia en la guerra, poseía cincuenta y dos barcos de línea, muchos de ellos más grandes que sus equivalentes británicos, y este número ascendió pronto hasta sesenta y seis. A esto había que añadir la flota española de cincuenta y ocho barcos de línea y, en 1780, una flota holandesa de veinte efectivos. Aunque la Royal Navy seguía siendo superior a cualquier rival marítimo (en 1778 contaba con sesenta y seis barcos de línea, y con noventa en 1779), se encontró ahora repetidamente superada en número. En 1779 perdió incluso el control del Canal y pareció posible una invasión franco-española, y en el encuentro de 1781 entre las flotas de Graves y de De Grasse frente a la costa de Chesapeake la superioridad numérica francesa mantuvo a raya a la fuerza británica y condujo a la rendición de Cornwallis en Yorktown y al final efectivo de la campaña norteamericana. Aun cuando el volumen de la Royal Navy aumentó y se distanció del de las flotas enemigas (en 1782 tenía noventa y cuatro barcos de línea, contra los setenta y tres de Francia, los cincuenta y cuatro de España y los diecinueve de las Provincias Unidas), el margen era todavía demasiado estrecho para todas las tareas requeridas, a saber, proteger los convoyes del

Atlántico Norte, relevar periódicamente a Gibraltar, vigilar la salida del Báltico, enviar escuadras al océano índico y apoyar las operaciones militares en el Caribe. El poder naval británico era temporal y regional y no, como en guerras anteriores, aplastante. El hecho de que las tropas francesas no luchasen en Europa tuvo mucho que ver con la difícil condición de los isleños.

Cierto que en 1782 la tensión financiera de mantener una Marina tan numerosa estaba perjudicando a la economía francesa y obligando a cierta reducción. Los pertrechos navales eran ahora más difíciles de obtener y la escasez de marineros era todavía más grave. Además, algunos ministros franceses temían que la guerra estuviera desviando indebidamente la atención y los recursos a zonas extraeuropeas, y que ello hiciera imposible representar un papel en el continente. Este cálculo político y el miedo simultáneo de que los ingleses y los norteamericanos solventasen pronto sus diferencias hicieron que París esperase un rápido final de las hostilidades. Desde el punto de vista económico, sus aliados holandés y español estaban igualmente en apuros. Sin embargo, el mayor vigor financiero de Gran Bretaña, el sensible aumento de las exportaciones a partir de 1782 y la continua mejora de la Royal Navy no podían ahora rescatar la victoria de la derrota, ni convencer a las facciones políticas del país a apoyar la guerra, cuando se vio claramente que América estaba perdida. Aunque las concesiones de Gran Bretaña en la Paz de Versalles (Menorca, Florida, Tobago) difícilmente podían considerarse como una compensación de las grandes ganancias imperiales de 1763, los franceses pudieron darse por satisfechos con la creación de unos Estados Unidos independientes y con el golpe recibido por la posición mundial de Gran Bretaña. Desde la perspectiva de París, el equilibrio estratégico que había sido trastornado por la Guerra de los Siete Años había sido ahora sensiblemente restablecido, aunque a un coste enorme.

Por el contrario, el equilibrio estratégico no había sido muy alterado en la Europa oriental por las maniobras de las tres grandes

monarquías durante los decenios que siguieron a 1763[72]. Esto se debió principalmente a la naturaleza triangular de su relación: ni Berlín ni Viena en particular, ni incluso la más enérgica San Petersburgo deseaban conducir a los otros dos a una alianza hostil, ni querían verse envueltos en una lucha de las dimensiones de la Guerra de los Siete Años. La breve y sumamente cautelosa campaña en la Guerra de Sucesión bávara (1778-1779), cuando Prusia se opuso al intento de expansión de Austria, no hizo más que confirmar el general deseo de evitar los costes de una lucha entre grandes potencias. Por consiguiente, las ulteriores adquisiciones de territorios sólo podían realizarse como resultado de «tratos» diplomáticos a expensas de los países más débiles, en especial Polonia, que fue sucesivamente despojada de territorios en 1772-1773, 1793 y 1795. En las últimas fases la suerte de Polonia se vio crecientemente influida por la Revolución francesa, es decir, por la determinación de Catalina II de aplastar a los «jacobinos» de Varsovia y por el deseo de Prusia y de Austria de obtener compensaciones en el Este por sus fracasos contra Francia en el Oeste; pero ni siquiera esta nueva preocupación por la Revolución francesa alteró de manera fundamental las políticas de mutuo antagonismo y de reacios compromisos que siguieron en aquellos años las tres monarquías orientales entre sí.

Dados los confines geográficos y diplomáticos de esta relación triangular, no era de extrañar que la posición rusa continuase mejorando en relación con Austria y con Prusia. A pesar del atasco de Rusia, ésta era todavía mucho menos vulnerable que sus vecinas occidentales, que se esforzaban en aplacar a la formidable Catalina. Este hecho y el tradicional empeño ruso de influir en Polonia fueron causa de que la mayor parte de este infortunado Estado cayese bajo el poder de San Petersburgo durante la partición. Además, Rusia poseía una frontera abierta y «nada sólida» en el Sur, por lo que durante los primeros años de la década de 1770 pudo efectuar grandes avances a expensas de Turquía; Crimea fue oficialmente anexionada en 1783, y Rusia obtuvo nuevas ganancias a

lo largo de la costa norte del mar Negro en 1792. Todo esto confirmó la decadencia del poder de lucha otomano y preocupó en secreto a Austria y a Prusia tanto como a aquellos Estados (Suecia en 1788, Gran Bretaña bajo el joven Pitt en 1791) que trataban más activamente de contener el expansionismo ruso. Pero con Viena y Berlín ansiosos por conservar la benevolencia de San Petersburgo, y con las potencias occidentales demasiado distraídas para representar un papel duradero y eficaz en la Europa oriental, el crecimiento del Imperio zarista prosiguió sin pausa.

La estructura de las relaciones internacionales en la década anterior a 1792 dio, en consecuencia, pocas señales de la transformación que estaba experimentando. En su mayor parte, las querellas ocasionales entre las principales potencias habían sido cuestiones regionales aisladas, y parecía que el equilibrio de poder general no estaba amenazado. Si el futuro de Polonia y del Imperio otomano preocupaba a las grandes naciones del Este, las maniobras tradicionales sobre el destino de los Países Bajos y los «imperios comerciales rivales» acaparaban la atención de las potencias occidentales. Un choque anglo-español sobre la bahía de Nookta (1790) hizo que ambos países se encontrasen al borde de la guerra, hasta que España cedió a regañadientes. Y si bien las relaciones entre Gran Bretaña y Francia fueron más tranquilas, debido al mutuo agotamiento después de 1783, su rivalidad comercial siguió siendo muy seria. Sus mutuos recelos se evidenciaron también en seguida durante una crisis interna de los Países Bajos en 1787-1788, cuando el partido «patriota» pro francés fue arrojado del poder por las tropas prusianas, apremiadas por el joven y enérgico Pitt.

La diplomacia mucho más activa de Pitt se reflejaba no sólo en su personalidad, sino también en la significativa recuperación general por parte de Gran Bretaña del rango de gran potencia desde el revés de 1783. La pérdida de América no había perjudicado el comercio transatlántico del país; en efecto, florecían las exportaciones a los Estados Unidos, y tanto este mercado como el de la

India eran mucho más importantes que aquellos que dominaba Francia. En los seis años comprendidos entre 1782 y 1788 la flota mercante británica aumentó más del doble. La Revolución industrial estaba en curso, alentada por la demanda de los consumidores en el país y en el extranjero y facilitada por un alud de nuevos inventos, y la productividad de la agricultura británica se mantenía a la altura de las necesidades de una población creciente. Las reformas fiscales de Pitt mejoraron las finanzas del Estado y restauraron su crédito, aunque siempre se otorgaban grandes cantidades de dinero a la Marina, que era numéricamente fuerte y estaba bien administrada. Sobre estos firmes cimientos consideró el Gobierno británico que podía desempeñar un papel más activo en el extranjero, cuando lo exigiesen los intereses nacionales. Sin embargo, en su conjunto, los personajes políticos de Whitehall y de Westminster no creían que fuese a producirse una guerra entre grandes potencias en Europa, en un futuro previsible[73].

Pero la razón más clara de que Europa no se hallaba convulsa por un conflicto general parecía radicar en el empeoramiento de las condiciones de Francia. Durante algunos años, después de la victoria de 1783, su posición diplomática había parecido más fuerte que nunca; su economía interior, así como el comercio exterior con las Indias Occidentales y con. Oriente crecía con rapidez. Sin embargo, el mero coste de la guerra de 1778-1783 —que en total era de más del triple de los de las tres guerras anteriores— y el fracaso en reformar las finanzas nacionales se sumaron al creciente descontento político, a los apuros económicos y al malestar social para desacreditar el Antiguo Régimen. A partir de 1787, al empeorar la crisis interna, Francia apareció cada vez más incapaz de representar un papel decisivo en asuntos extranjeros. La derrota diplomática en los Países Bajos fue causada principalmente por el reconocimiento del Gobierno francés de que no podía permitirse financiar una guerra contra Gran Bretaña y Prusia, mientras que la retirada del apoyo de España en la controversia de la bahía de Nookta fue debida al rechazo por parte de la Asamblea francesa

del derecho de Luis XVI a declarar la guerra. Todo esto apenas si sugería que Francia trataría pronto de derrotar el «viejo orden» de Europa.

Así, pues, el conflicto que iba a absorber las energías de gran parte del continente durante dos decenios empezó despacio y de un modo irregular. Durante el período que siguió a la toma de La Bastilla los franceses sólo estuvieron preocupados por las luchas internas y, aunque la creciente radicalización de la política francesa preocupaba a algunos Gobiernos extranjeros, la confusión resultante en París y en las provincias indicaba que Francia contaba poco en la política europea de poder. Por esta razón, Pitt estaba buscando la manera de reducir los gastos militares británicos en fecha tan tardía como el mes de febrero de 1792, mientras que, en el Este, las tres grandes monarquías estaban mucho más interesadas en desmembrar Polonia. Sólo los crecientes rumores de las intrigas de los emigrados para restaurar la monarquía y los movimientos de los propios revolucionarios franceses hacia una política más agresiva en las fronteras hicieron que los sucesos exteriores e interiores produjesen una escalada hacia la guerra. Las lentas e inseguras maniobras de las tropas aliadas al cruzar las fronteras francesas demostraron lo poco preparadas que estaban para esta contienda, lo cual permitió a su vez a los revolucionarios jactarse de la victoria después de la desconcertante batalla de Valmy (septiembre de 1792). Sólo el año siguiente, cuando los triunfos de los ejércitos franceses parecieron amenazar Renania, los Países Bajos e Italia, y la ejecución de Luis XVI demostró el republicanismo radical del nuevo régimen en París, adquirió la lucha todas sus dimensiones estratégicas e ideológicas. A Prusia y el Imperio austriaco, primitivos combatientes, se unió ahora una larga serie de otros Estados, encabezada por Gran Bretaña y Rusia y que incluía a todos los vecinos de Francia.

Aunque es fácil, retrospectivamente, ver por qué esta Primera Coalición (1793-1795) contra Francia fracasó de forma rotunda, el resultado constituyó una sorpresa y un amargo contratiempo en

aquella época; después de todo, la desigualdad era mayor que en *cualquiera* de las guerras anteriores. En realidad, el mero ímpetu de la Revolución francesa, condujo a la adopción de medidas desesperadas, la *levée en masse* y la movilización de todos los recursos nacionales disponibles para luchar contra los numerosos enemigos de Francia. Además, como han observado muchos escritores, el Ejército francés había pasado por un importante período de reformas —en cuestiones de organización, planificación, artillería y táctica de combate— durante las dos o tres décadas anteriores a 1789, y lo que hizo la Revolución fue barrer los obstáculos aristocráticos a estas nuevas ideas y dar a los reformadores la oportunidad (y el peso numérico) para poner en práctica sus conceptos al estallar la guerra. Los métodos de «guerra total» empleados en el frente interior y las nuevas tácticas en el campo de batalla parecieron un reflejo de la desenfrenada energía demagógica de los franceses, así como las cautelosas y poco entusiastas maniobras de las tropas de la Coalición simbolizaban los hábitos del viejo orden[74]. Con un ejército de unos 650 000 hombres (julio de 1793), impulsados por el entusiasmo y dispuestos a correr los riesgos inherentes a las largas marchas y a la táctica agresiva, los franceses invadieron pronto los territorios vecinos, lo que significó que a partir de ese momento, el coste de mantener una fuerza tan enorme recaería principalmente en las poblaciones de *allende* las fronteras de Francia; esto, a su vez, permitió cierta recuperación de la economía francesa.

Cualquier potencia que tratase de contener este tenaz expansionismo tendría, por lo tanto, que inventar los medios adecuados para hacer frente a una forma de guerra tan nueva y desconcertante. No era una tarea imposible. Las operaciones del Ejército francés bajo su primer líder Dumouriez, e incluso las mucho más importantes y complicadas campañas de Napoleón, revelaron deficiencias en los suministros y las comunicaciones, de las que habría podido aprovecharse un enemigo bien instruido. Pero ¿dónde estaba este adversario bien instruido? No se trataba sólo de que los

viejos generales y las lentas tropas cargadas de equipaje de la Coalición resultaran tácticamente inadecuadas ante los enjambres de tiradores y las agresivas columnas francesas. Lo más importante era que el necesario compromiso político y la claridad estratégica faltaban también en los enemigos de Francia. Evidentemente, no había una ideología política trascendental que animase a los soldados y a los ciudadanos del Antiguo Régimen; antes al contrario, muchos de ellos se sentían atraídos por las ideas embriagadoras de la Revolución y sólo cuando, mucho más tarde, las tropas de Napoleón convirtieron la «liberación» en conquista y saqueo pudo utilizarse el patriotismo local para frenar la hegemonía francesa.

Es más, en aquella primera fase pocos miembros de la Coalición se tomaron en serio la amenaza francesa. No existía un acuerdo total en cuanto a los objetivos y la estrategia entre los diversos miembros de la alianza, cuya precaria unidad se manifestaba en sus crecientes demandas de subsidios británicos, pero en pocas cosas más. Por encima de todo, los primeros años de esta guerra revolucionaria coincidieron con el reparto de Polonia e incluso fueron eclipsados por él. A pesar de sus furiosas denuncias de la Revolución francesa, Catalina II estaba más interesada en acabar con la independencia polaca que en enviar tropas a Renania. Esto hizo que el ansioso Gobierno prusiano, ya desengañado de las primeras campañas en el Oeste, trasladase cada vez más tropas del Rin al Vístula, lo cual obligó a su vez a Austria a mantener a 60 000 hombres en su frontera norte, por si Rusia y Prusia se lanzaban contra los restantes territorios polacos. Cuando se produjo la tercera y última partición, en 1795, se evidenció que Polonia había sido un aliado de Francia más eficaz en su agonía que cuando era un Estado vivo y activo. En aquellos días Prusia había pedido ya la paz y abandonado la orilla izquierda del Rin a los franceses, con lo que había dejado a Alemania en un estado de inquieta neutralidad y había permitido que Francia volviese su atención a otras partes; la mayoría de los Estados alemanes más pequeños habían seguido el ejemplo prusiano; los Países Bajos habían sido invadidos y con-

vertidos en la República Bátava; y por su parte, España había desertado de la Coalición y había vuelto a alinearse con Francia contra Gran Bretaña.

Esto dejó solo a Cerdeña-Piamonte, que a principios de 1796 fueron aplastados por Napoleón; al infortunado Imperio austriaco, que fue expulsado de gran parte de Italia y obligado a firmar el Tratado de Campoformio (octubre de 1797); y a Gran Bretaña. A pesar del deseo del joven Pitt de imitar a su padre en frenar el expansionismo francés, el Gobierno británico fracasó también en proseguir la guerra con las necesarias resolución y claridad estratégicas[75]. La fuerza expedicionaria enviada a Flandes y Holanda bajo la dirección del duque de York en 1793-1795 carecía del vigor y la experiencia necesarios para enfrentarse al Ejército francés y sus restos acabaron por volver a casa vía Bremen. Además, como ocurrió a menudo antes y después, los ministros (tales como Dundas y Pitt) preferían el «estilo británico de guerra» —operaciones coloniales, bloqueo marítimo e incursiones contra la costa enemiga— a cualquier operación continental a gran escala. Dadas la abrumadora superioridad de la Royal Navy y la desintegración de su equivalente francés, esto parecía una opción atractiva y fácil. Pero las pérdidas que sufrieron las tropas británicas por enfermedad en las operaciones de 1793-1796 en las Indias Occidentales significaron que Londres pagara muy caras aquellas diversiones estratégicas: 40 000 hombres murieron y otros 40 000 quedaron inútiles para el servicio —más que el total de bajas en la guerra peninsular española— y las campañas costaron al menos 16 millones de libras esterlinas. Sin embargo, es dudoso que el siempre aumentado dominio británico de los teatros extranjeros o sus operaciones periféricas contra Dunkerque y Tolón compensaran el creciente poder de Francia dentro de Europa. Por último, los subsidios pedidos por Prusia y Austria para mantener a sus ejércitos en los campos de batalla se elevaron de manera alarmante y fue imposible concederlos. Dicho en otras palabras, la estrategia británica había sido al mismo tiempo ineficaz y cara, y en 1797 los ci-

mientos de todo el sistema se vieron sacudidos —al menos temporalmente— por la suspensión de pagos en efectivo por parte del Banco de Inglaterra y por los motines navales de Spithead y el Nore. Durante aquel turbulento período los agotados austriacos pidieron la paz y se unieron a todos los demás Estados que reconocían la primacía francesa en la Europa occidental.

Si los británicos no podían derrotar a Francia, el Gobierno revolucionario tampoco podía socavar el dominio naval del enemigo. Los primeros intentos de invadir Irlanda y atacar las costas occidentales de Inglaterra habían dado escasos resultados, aunque esto fue debido tanto al tiempo atmosférico como a las defensas locales. A pesar del pánico temporal provocado por la suspensión de pagos de 1797, el sistema de crédito británico se mantuvo firme. La entrada de España y de los Países Bajos en la guerra al lado de Francia condujo a la destrucción de la flota española frente al cabo San Vicente (febrero de 1797) y a fuertes golpes propinados a los holandeses en Camperdown (octubre de 1797). Los nuevos aliados de Francia tuvieron también que soportar pérdidas progresivas en sus colonias de ultramar —en las Indias Orientales y Occidentales, así como en Colombo, Malaca y el cabo de Buena Esperanza—, todo lo cual proporcionó nuevos mercados al comercio británico y bases adicionales a sus escuadras. No queriendo pagar el alto precio exigido por el Gobierno francés para la paz, Pitt y sus colegas ministros resolvieron seguir luchando, para lo cual introdujeron impuestos sobre la renta y pidieron nuevos préstamos para pagar lo que se había convertido —ante la acumulación de las tropas francesas a lo largo de la costa del Canal— en una lucha tanto para la supervivencia nacional como para la seguridad imperial.

Aquí estuvo, pues, el dilema estratégico fundamental con que se enfrentaron Francia y Gran Bretaña durante las dos décadas siguientes de guerra. Como la ballena y el elefante, cada cual era, con mucho, la criatura más grande en su propio dominio. Pero el control británico de las rutas marítimas no podía por sí solo des-

truir la hegemonía francesa en Europa, como no podía la fuerza militar de Napoleón obligar a rendirse a los isleños. Además, como las adquisiciones territoriales de Francia y la intimidación política de sus vecinos despertaban considerables resentimientos, el Gobierno de París no podía estar nunca seguro de que las otras potencias continentales aceptarían de modo permanente el dominio francés mientras Gran Bretaña —que ofrecía subsidios, municiones y posiblemente incluso tropas— permaneciese independiente. Ésta fue también, evidentemente, la opinión de Napoleón cuando arguyó en 1797: «Concentremos nuestros esfuerzos en aumentar nuestra flota y destruir a Inglaterra. Una vez conseguido esto, Europa estará a nuestros pies»[76]. Ahora bien, este objetivo francés sólo podía conseguirse mediante una afortunada estrategia marítima y comercial contra Gran Bretaña, ya que las ganancias militares por tierra no eran suficientes; de la misma manera que los ingleses necesitaban desafiar el dominio continental de Napoleón con una intervención directa y consiguiendo aliados, ya que el dominio del mar por la Royal Navy no era suficiente. Mientras un combatiente era supremo en el mar y el otro lo era en tierra, ambos se sentían amenazados e inseguros y, por consiguiente, cada cual buscaba nuevos medios y aliados con los que inclinar la balanza a su favor.

El intento de Napoleón de alterar aquel equilibrio fue típicamente audaz… y arriesgado: aprovechando la débil posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo en el verano de 1798, invadió Egipto con 31 000 soldados, con lo que se colocó en condiciones de dominar Oriente y el Imperio otomano, así como la ruta de la India. Casi al mismo tiempo, los ingleses fueron sorprendidos con otra expedición francesa a Irlanda. Cada uno de estos golpes habría significado, de haber tenido pleno éxito, un terrible mazazo para la delicada posición de Gran Bretaña. Pero la invasión de Irlanda fue tardía y en pequeña escala, y fue contenida a primeros de septiembre, cuando toda Europa se enteraba de la derrota de la flota francesa por Nelson en Abukir y de la consiguiente «esclavi-

tud» de Napoleón en Egipto. Como había sospechado París, este retroceso animó a todos los ofendidos por el predominio francés a abandonar su neutralidad y unirse en la guerra de la segunda Coalición (1798-1800). Además, los Estados más pequeños de Portugal y Nápoles, Rusia, Austria y Turquía iban ahora a favor de los ingleses y reunían sus ejércitos y negociaban subsidios. Perdida Menorca y Malta, derrotada en Suiza e Italia por las fuerzas austro-rusas, y con el propio Napoleón incapaz de alcanzar la victoria en Oriente, Francia parecía hallarse en un grave aprieto.

Sin embargo, la segunda Coalición, como la primera, se apoyaba en cimientos políticos y estratégicos poco sólidos[77]. Prusia estaba ostensiblemente ausente, de manera que no podía abrirse ningún frente alemán en el Norte. Una campaña prematura del rey de Nápoles condujo al desastre y una expedición anglo-rusa mal preparada a Holanda no animó a la población local y tuvo que acabar en retirada. Pero lejos de sacar la conclusión de que las operaciones continentales tenían que ser más sustanciales, y agudamente consciente de las dificultades financieras y políticas de reclutar un gran ejército, el Gobierno británico volvió a su política tradicional de «incursiones» en las costas del enemigo; pero sus ataques en pequeña escala contra Belle-Isle, El Ferrol, Cádiz y otros lugares no fueron estratégicamente eficaces. Peor aún, los austríacos y los rusos no cooperaron en la defensa de las montañas; entonces el desengaño del zar con respecto a sus aliados se intensificó hasta convertirse en una profunda sospecha de la política británica y una buena disposición para negociar con Napoleón, que había vuelto a Francia desde Egipto. La retirada de Rusia hizo que los austriacos recibiesen todo el peso de la furia francesa en Marengo y Hochstadt (en junio de 1800) y, seis meses más tarde, en Hohenlinden, con lo que Viena se vio obligada una vez más a pedir la paz. Al aprovechar Prusia y Dinamarca este giro de los acontecimientos para invadir Hannover y lanzarse España a una invasión de Portugal, los británicos se quedaron virtualmente solos en 1801, tal como lo habían estado tres años antes. En el norte

de Europa, Rusia, Dinamarca, Suecia y Prusia se habían unido en una nueva Liga de Neutralidad Armada.

Por otra parte, los británicos habían vuelto a conseguir bastantes éxitos en las campañas marítimas y extraeuropeas. Habían arrebatado Malta a los franceses, lo cual había proporcionado a la Royal Navy una base estratégica vital. La flota danesa, primera línea del nuevo plan de la Liga de Neutralidad Armada para impedir el comercio británico en el Báltico, fue aplastada delante de Copenhague (aunque el asesinato del zar Pablo pocos días antes anunció el final de la Liga en todo caso). Aquel mismo mes de marzo de 1801, una expedición británica derrotó al Ejército francés en Alejandría, y esto condujo más tarde a la retirada total de los franceses de Egipto. Más lejos, las fuerzas británicas de la India arrollaron Tipu, en Mysore, protegido por los franceses y continuaron ganando otros territorios en el Norte. Las posesiones francesas, holandesas, danesas y suecas en las Indias Occidentales cayeron también en manos británicas.

Sin embargo, la falta de un sólido aliado continental en 1801 y la naturaleza no decisiva de la campaña anglo-francesa llevaron a muchos políticos ingleses a pensar en la paz; tales sentimientos fueron reforzados por las peticiones de los círculos mercantiles cuyo comercio estaba sufriendo en el Mediterráneo y, en menor grado, en el Báltico. La dimisión de Pitt a causa de la emancipación de los católicos apresuró el movimiento en favor de negociaciones. Según los cálculos de Napoleón, había poco que perder en un período de paz: la consolidación de la influencia francesa sobre los Estados satélites continuaría, mientras que los británicos ya no podrían disfrutar de sus antiguos privilegios comerciales y diplomáticos en aquéllas zonas; la Marina francesa, dispersa en varios puertos, podría ser concentrada y reconstruida, y la economía podría descansar antes de la siguiente fase de la contienda. Como consecuencia de esto, la opinión británica —que no criticó mucho al Gobierno por la firma de la Paz de Amiens (marzo de 1802)— se inclinó resueltamente hacia la otra dirección al darse cuenta de

que Francia estaba continuando la lucha por otros medios. El comercio británico encontró cerrada la entrada en buena parte de Europa. Se dijo enérgicamente a Londres que se abstuviese de intervenir en los asuntos holandeses, suizos e italianos. Y sé tuvo noticia de intrigas y agresiones francesas desde Mascate hasta las Indias Occidentales y desde Turquía hasta el Piamonte. Estas informaciones y las pruebas de un programa francés de construcción de buques de guerra a gran escala hicieron que el Gobierno británico presidido por Addington se negase a devolver Malta y que, en mayo de 1803, la guerra fría se convirtiese en caliente[78].

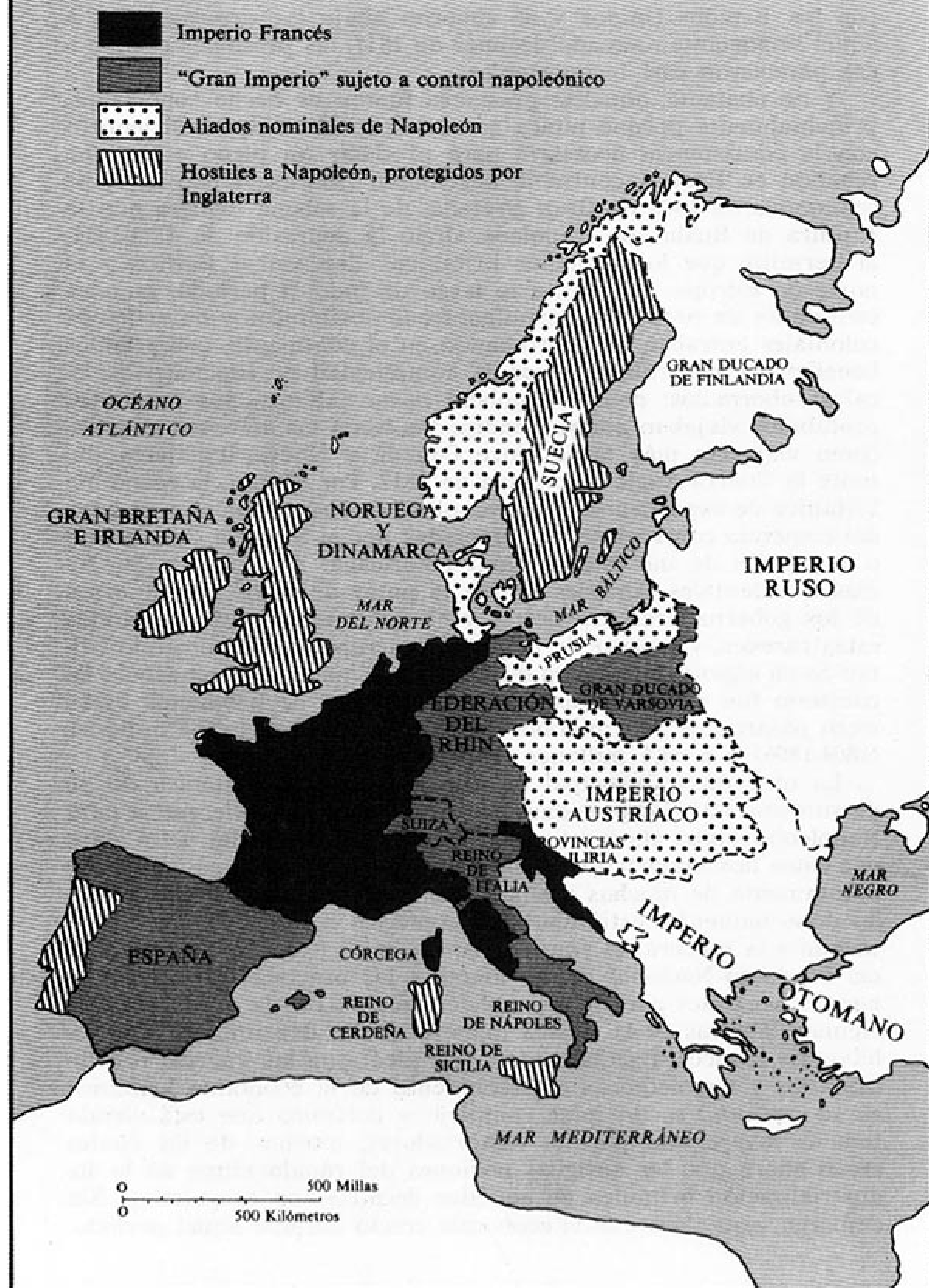
Esta etapa final de las siete importantes guerras anglo-francesas libradas entre 1689 y 1815 duró doce años y constituyó una prueba más dura que todas las demás. Como anteriormente, cada combatiente tenía diferentes puntos fuertes y puntos flacos. A pesar de ciertas reducciones en la flota, la Royal Navy estaba en una posición muy firme cuando se reanudaron las hostilidades. Mientras poderosas escuadras bloqueaban la costa francesa, los imperios ultramarinos de Francia y sus satélites eran simultáneamente reconquistados. Saint Pierre et Miquelon, Santa Lucía, Tobago y la Guayana Holandesa fueron tomados antes que Trafalgar, y se hicieron más avances en la India; El Cabo cayó en 1806; Curagao y las Indias Occidentales danesas, en 1807; varias de las Molucas, en 1808; Cayena, la Guayana Francesa, Santo Domingo, Senegal y Martinica, en 1809; Guadalupe, Mauricio, Amboina y Banda, en 1810; Java, en 1811. Una vez más, esto no tuvo un impacto directo sobre el equilibrio europeo, pero apuntaló el dominio británico en ultramar y proporcionó nuevas «salidas» a exportaciones privadas de su acceso tradicional a Amberes y Leghorn, e incluso en sus primeras fases incitó a Napoleón a pensar en la invasión del sur de Inglaterra más seriamente que antes. Con la Gran Armada concentrada ante Boulogne y el resuelto Pitt de nuevo en el poder en 1804, cada bando esperó el choque final y decisivo.

En realidad, las campañas navales y militares que tuvieron lugar entre 1805 y 1808, a pesar de haberse librado en ellas varias famo-

sas batallas, revelaron una vez más las limitaciones estratégicas de la guerra. El Ejército francés era al menos tres veces más numeroso y mucho más experimentado que su equivalente británico, pero se requería el dominio del mar para que pudiese desembarcar con seguridad en Inglaterra. Numéricamente, la Marina francesa era considerable (unos setenta barcos de línea), testimonio de los recursos de que disponía Napoleón, y estaba reforzada por la Marina española (más de veinte barcos de línea) desde que este país había entrado en la guerra a finales de 1804. Sin embargo, las flotas franco-españolas estaban dispersas en media docena de puertos y no podían reunirse sin correr el riesgo de encontrarse con una Royal Navy mucho más experimentada para el combate. La aplastante derrota de aquellas flotas en Trafalgar, en octubre de 1805, ilustró la «diferencia de calidad» entre las marinas rivales de la manera más devastadora. Pero, si aquella espectacular victoria aseguró las Islas Británicas, no podía socavar la posición de Napoleón en tierra. Por esta razón había tratado Pitt de tentar a Rusia y a Austria para formar una tercera Coalición, pagando 1 750 000 libras esterlinas por cada 100 000 hombres que pudiesen lanzar al campo contra los franceses. Sin embargo, antes de Trafalgar, Napoleón había ido con su ejército desde Boulogne hasta el Danubio superior, había aniquilado a los austriacos en Ulm y había proseguido después hacia el Este para aplastar a una fuerza austro-rusa de 85 000 hombres en Austerlitz, en diciembre. Con una desalentada Viena pidiendo la paz por tercera vez, los franceses pudieron afirmar una vez más su control en la península italiana y obligar a retirarse a toda prisa a las fuerzas anglo-rusas de allí[79].

Tanto si la noticia de estos grandes reveses causó la muerte de Pitt a principios de 1806, como si no, reveló una vez más la dificultad de derribar a un genio como Napoleón. Ciertamente, los pocos años siguientes marcaron el cenit del predominio francés en Europa. (Véase mapa 7.) Prusia, cuya primitiva abstención había debilitado la coalición, declaró temerariamente la guerra a Francia en octubre de 1806 y fue aplastada en un mes. Los grandes y tena-

ces ejércitos rusos eran harina de otro costal, pero también ellos, después de varias batallas, sufrieron graves pérdidas en la de Friedland (junio de 1807). En los tratados de paz de Tilsit, Prusia se convirtió en virtual satélite y Rusia, que salió bastante bien librada, convino en prohibir el comercio con Inglaterra y prometió ingresar con el tiempo en una alianza con Francia. Todo el sur y gran parte del oeste de Alemania se habían unido en la Confederación del Rin; Polonia occidental se había convertido en el Gran Ducado de Varsovia; España, Italia y los Países Bajos estaban sometidos; el Sacro Imperio Romano tocaba a su fin, y no había ningún Estado independiente —y ningún aliado de los ingleses— entre Portugal y Suecia. Esto, a su vez, dio oportunidad a Napoleón de arruinar a la «nación de tenderos» de la manera más contundente: anulando sus exportaciones a Europa y dañando su economía, mientras acumulaba para sus propios fines la madera, los mástiles y otros recursos para la construcción de barcos que ahora les eran negados a la Royal Navy. Indirectamente, los británicos se verían debilitados antes de que se montase un ataque más directo. Dada la dependencia británica de los mercados europeos para sus exportaciones, y de los mástiles del Báltico y el roble dálmata para su flota, la amenaza era enorme. Por último, al ser reducidas las ganancias de las exportaciones, Londres se vería privado del dinero necesario para subvencionar a sus aliados y comprar artículos para sus fuerzas expedicionarias.



Mapa 7. Europa en la cima del poder de Napoleón en 1810

En consecuencia, los factores económicos se mezclaron con la estrategia en esta guerra, más que en cualquiera de las anteriores. En esta fase central del duelo anglo-francés por la supremacía, entre los decretos napoleónicos de Berlín y Milán prohibiendo el comercio con Gran Bretaña (1806-1807) y la retirada francesa de Moscú en 1812, los méritos relativos de los dos sistemas opuestos merecen un más profundo análisis. Con cada adversario tratando de arruinar económicamente al otro, cualquier debilidad significativa se manifestaría más pronto o más tarde, con funestas consecuencias para la política de poder.

Es indudable que la dependencia desacostumbradamente grande de Inglaterra del comercio exterior en esta época la hacía muy vulnerable a la prohibición impuesta por el «Sistema Continental» de Napoleón[80]. En 1808 y de nuevo en 1811-1812, la guerra comercial entablada por los franceses y sus satélites más sumisos (por ejemplo, los daneses) estaba produciendo una crisis en el comercio británico de exportación. Grandes cantidades de productos manufacturados se amontonaban en los almacenes, y los muelles de Londres estaban atestados de productos coloniales. El desempleo en las ciudades y la inquietud en los condados aumentaban los temores de los hombres de negocios y hacían que muchos economistas preconizasen la paz; iguales efectos producía el espantoso aumento de la deuda nacional. Cuando empeoraron las relaciones con los Estados Unidos y se vinieron abajo las exportaciones a aquel importante mercado después de 1811, las presiones económicas parecieron casi insoportables.

Y no obstante, aquellas presiones fueron de hecho soportadas, principalmente porque nunca se aplicaron el tiempo suficiente o con la consistencia necesaria para producir un pleno efecto. La rebelión en España contra la hegemonía francesa alivió la crisis económica de 1808 en Gran Bretaña, de la misma manera que la ruptura de Rusia con Napoleón alivió la depresión de 1811-1812, al permitir que los artículos británicos llegasen al Báltico y al norte de Europa. Además, a lo largo de todo el período, grandes cantida-

des de productos manufacturados británicos y de artículos coloniales entraban de contrabando en el continente, con grandes beneficios y generalmente con la complicidad de funcionarios locales sobornados; desde Helgoland hasta Salónica, los productos prohibidos viajaban por vías indirectas hasta los afanosos clientes, como viajarían más tarde entre Canadá y Nueva Inglaterra durante la Guerra Anglo-Americana de 1812. Por último, la economía británica de exportación pudo también sostenerse por el gran auge del comercio con regiones no afectadas por el Sistema Continental o la política de «no intervención» americana: Asia, África, las Indias Occidentales, América Latina (a pesar de todos los esfuerzos de los gobernadores españoles) y el Próximo Oriente. Por todas estas razones, y a pesar de la grave interrupción del comercio británico en algunos mercados durante *algún* tiempo, la tendencia en conjunto fue clara: las exportaciones totales de productos británicos pasaron de 21,7 millones de libras (1794-1796) a 37,5 millones (1804-1806) y a 44,4 millones (1814-1816).

La otra razón principal de que la economía británica no se derrumbase ante las presiones externas fue que, por desgracia para Napoleón, estaba ahora en plena Revolución industrial. Está claro que estos dos importantes acontecimientos históricos se influyeron mutuamente de muchas y singulares maneras: los pedidos oficiales de armamentos estimularon el comercio del hierro, el acero, el carbón y la madera; el enorme gasto estatal (calculado en el 29% del Producto Nacional Bruto) afectó a las prácticas financieras, y nuevos mercados para la exportación impulsaron la producción de algunas fábricas de la misma manera que la deprimía el «contrabloqueo» francés. Exactamente cómo afectaron las guerras revolucionarias y napoleónicas al crecimiento de la economía británica *en su conjunto* es un tema complejo y polémico que está siendo todavía investigado por los historiadores, muchos de los cuales creen ahora que las antiguas nociones del rápido ritmo de la industrialización británica en aquellas décadas son exageradas. Sin embargo, *está* claro que la economía creció durante aquel pe-

ríodo. La producción de hierro colado, de sólo 68 000 toneladas en 1788, había aumentado ya a 224 000 toneladas en 1806 y se elevó a 325 000 en 1811. El algodón, virtualmente una industria nueva antes de la guerra, floreció magníficamente en las dos décadas siguientes, y fue absorbiendo cada vez más maquinaria, fuerza de vapor, carbón y mano de obra; en 1815, los artículos de algodón se habían convertido, con mucho, en la exportación más importante. Un vasto sistema de nuevos muelles y, en tierra, nuevos canales, barreras de portazgo y vías férreas mejoró las comunicaciones y estimuló la producción. Aparte de si este *boom* habría sido todavía mayor sin la lucha militar y naval contra Francia, sigue siendo un hecho que la productividad y la riqueza británicas se elevaron rápidamente y pudieron contribuir a soportar las cargas que Pitt y sus sucesores impusieron para pagar la guerra. Los aranceles y los impuestos sobre el consumo, por ejemplo, pasaron de 13,5 millones de libras (1793) a 44,8 millones (1815), mientras que el rendimiento de los nuevos impuestos sobre la renta y la propiedad se elevaron de 1,67 millones en 1799 a 14,6 en el último año de la guerra. En realidad, entre 1793 y 1815, el Gobierno británico recaudó la impresionante suma de 1127 millones de libras a través de impuestos directos e indirectos y consiguió otros 440 millones en préstamos de los mercados de dinero, sin agotar su crédito…, para sorpresa del fiscalmente más conservador Napoleón. En los últimos años críticos de la guerra, el Gobierno tomaba prestados más de 25 millones de libras anualmente, dándose este margen extra decisivo[81]. Desde luego, los británicos pagaban en impuestos por encima de los límites concebidos por los burócratas del siglo XVIII y la deuda nacional casi se triplicó; pero la nueva riqueza hacía que estas cargas fuesen más fáciles de soportar y permitían que los contribuyentes, a pesar de ser menos en número, soportasen el coste de la guerra mejor que el imponente Imperio napoleónico.

La historia de la economía de Francia entre 1789 y 1815 y de su capacidad para soportar una guerra a gran escala resulta todavía

más complicada para los historiadores[82]. El colapso del Antiguo Régimen y el torbellino subsiguiente causaron sin duda una reducción durante un tiempo de la actividad económica francesa. Por otra parte, la efusión de entusiasmo público por la Revolución y la movilización de los recursos nacionales para combatir a los enemigos extranjeros llevaron a un formidable aumento en la producción de cañones, armas más pequeñas y otro equipo militar, que a su vez estimuló el comercio del hierro y el textil. Además, algunos obstáculos económicos del viejo orden, tales como tarifas interiores, fueron eliminados, y las reformas legales y administrativas del propio Napoleón contribuyeron a ofrecer perspectivas de modernización. Aunque el advenimiento del Consulado y del imperio llevaron a un regreso a muchas de las características del régimen monárquico (por ejemplo la confianza en los banqueros privados), esto no impidió un continuo crecimiento económico, fomentado, por supuesto, por los incrementos de población, el estímulo del gasto público, una mayor protección arancelaria y la introducción de ciertas tecnologías nuevas.

Sin embargo, parece indudable que el ritmo de crecimiento de la economía francesa fue mucho más lento que el de la británica. La razón más profunda de ello fue que el sector agrario, que era con mucho el más numeroso, cambió muy poco: pues la sustitución del señor por sus campesinos no fue, en sí misma, una revolución agraria, y políticas tan ampliamente proclamadas como el cultivo de la remolacha (en sustitución de la caña de azúcar colonial británica), tuvieron resultados limitados. Las malas comunicaciones significaban que los agricultores estaban todavía atados a los mercados locales, y existía poco estímulo para innovaciones radicales. Esta mentalidad conservadora podía verse también en el naciente sector industrial, donde la nueva maquinaria y las empresas a gran escala en, digamos, la producción de hierro constituían la excepción más que la regla. Desde luego, se hicieron adelantos significativos, pero muchos de ellos estaban bajo la influencia deformante de la guerra y del bloqueo naval británico. Así, la indus-

tria del algodón se benefició del sistema continental al estar protegida de la superior competencia británica (por no hablar de la competencia de los Estados neutrales y satélites, cuyos artículos eran excluidos por los elevados aranceles franceses), y también se benefició del aumento del mercado interior, ya que la conquista por parte de Napoleón de tierras fronterizas elevó el número de «franceses» de 25 millones en 1789 a 44 millones en 1810. Pero esto fue compensado por la escasez y el alto precio del algodón en bruto y por el retraso en la introducción de nuevas técnicas de Inglaterra. En conjunto, la industria francesa salió de la guerra en una condición claramente *menos competitiva* a causa de esta manera de protegerse de rivales extranjeros.

El impacto del bloqueo naval aumentó esta vuelta hacia dentro de la economía francesa[83]. Su sector atlántico, el de más rápido crecimiento en el siglo XVIII (y como había sido el caso en Gran Bretaña) potencialmente un catalizador clave de la industrialización, era cada vez más reducido por la Royal Navy. La pérdida de Santo Domingo en particular fue un duro golpe para el comercio atlántico francés. También se perdieron otras colonias e inversiones en ultramar y, después de 1806, incluso tocó fondo el comercio por vía neutral. Burdeos fue gravemente perjudicado. Nantes vio reducido a nada su provechoso comercio de esclavos. Incluso Marsella, con alternativos socios comerciales en el interior y el norte de Italia, vio reducida a una cuarta parte su producción industrial entre 1789 y 1813. En contraste con ello regiones del norte y el este de Francia, como Alsacia, gozaron de una seguridad relativa en el comercio por tierra. Sin embargo, aunque estas zonas y las personas que vivían en ellas, como los viticultores y los hiladores de algodón, se beneficiaron de su medio protegido, el impacto total sobre la economía francesa fue mucho menos satisfactorio. «Desindustrializada» en su sector atlántico, aislada de buena parte del mundo exterior, se volvió hacia dentro, a sus campesinos, su comercio pueblerino y sus industrias localizadas, no competitivas y relativamente pequeñas.

Dado este conservadurismo económico —y, en algunos casos, claras pruebas de retraso—, la capacidad de los franceses de financiar décadas de guerra entre grandes potencias parece todavía más notable[84].

Mientras la movilización popular en la primera mitad del decenio de 1790 ofrece una sólida razón, no puede explicar la era napoleónica propiamente dicha, cuando había que pagar un ejército de largo servicio y compuesto de más dé 500 000 hombres (que necesitaba probablemente 150 000 nuevos reclutas todos los años). Los gastos militares, que ya costaban al menos 462 millones de francos en 1807, se elevaron a 817 millones en 1813. No es de extrañar que los ingresos normales no bastasen para pagar estos gastos. Los impuestos directos eran impopulares en el país y, por consiguiente, no podían elevarse de forma sustancial, lo cual explica en gran parte el retorno de Napoleón a los impuestos sobre el tabaco y la sal y otros gravámenes indirectos del Antiguo Régimen; pero ni siquiera éstos ni los diversos ingresos por pólizas y tarifas de Aduana podían evitar un déficit anual de cientos de millones de francos. Es verdad que la creación del Banco de Francia, junto con toda una serie de operaciones e instituciones financieras, permitieron al Estado llevar una política disimulada de papel moneda y mantenerse así a flote en lo tocante al crédito, a pesar de la proclamada reticencia del emperador a pedir préstamos. Sin embargo, esto no era suficiente. El hueco tenía que llenarse en otra parte.

En realidad, y en un grado incalculable, el imperialismo napoleónico fue pagado con el fruto de la rapiña. Este proceso había empezado en el interior, con la confiscación y venta de las propiedades de los llamados «enemigos de la Revolución»[85]. Cuando las campañas militares en defensa de aquella revolución llevaron a los ejércitos franceses a tierras vecinas, parecía natural que fuese el extranjero quien pagase. La guerra, por decirlo crudamente, pagaría la guerra. Con la confiscación de propiedades de la Corona y feudales en los países vencidos; con el botín tomado directamente de los ejércitos, guarniciones, museos y tesoros del enemigo; con

la imposición de indemnizaciones en dinero o en especies; y con el acuartelamiento de regimientos franceses en los Estados satélites, a los que exigía abastecer a los contingentes, no sólo cubría Napoleón sus enormes gastos militares, sino que conseguía beneficios considerables para Francia… y para él mismo. Las sumas adquiridas por los administradores de este *domaine extraordinaire* en el período del cenit de Francia fueron muy notables y, en cierto modo, prefiguraron el posterior saqueo por parte de la Alemania nazi de sus satélites y de los países conquistados durante la Segunda Guerra Mundial. Prusia, por ejemplo, tuvo que pagar una indemnización de 311 millones de francos después de Jena, que era igual a la mitad de la renta ordinaria del Gobierno francés. Después de cada derrota, el Imperio austríaco se vio obligado a ceder territorios y a pagar una importante indemnización. En Italia, entre 1805 y 1812, alrededor de la mitad de los impuestos recaudados fueron a parar a los franceses. Todo esto tenía la doble ventaja de mantener a buena parte del colosal Ejército francés *fuera* de la patria y de proteger al contribuyente francés del pleno coste de la guerra. Siempre que el Ejército, bajo su brillante caudillo, siguiese cosechando triunfos, el sistema parecía invulnerable. No es, por lo tanto, de extrañar que el emperador dijese con frecuencia:

> Mi poder depende de mi gloria y mi gloria de las victorias que he alcanzado. Mi poder flaqueará si no lo alimento con nuevas glorias y nuevas victorias. La conquista me ha hecho lo que soy y solamente la conquista me permitirá mantener mi posición[86].

Entonces, ¿cómo podía ser derribado Napoleón? Gran Bretaña sola, con un número insuficiente de soldados, no podía hacerlo. Y un ataque contra Francia realizado por un solo adversario continental estaba condenado de antemano al fracaso. La inoportuna entrada de Prusia en la guerra, en 1806, lo demostró muy bien, aunque no impidió que los frustrados austriacos reanudasen las hostilidades con Francia una vez más, a principios de 1809; y aunque Austria luchó valerosamente en las batallas de Eckmühl y As-

pern, sus ulteriores pérdidas en Wagram obligaron una vez más a Viena a pedir la paz y ceder nuevas tierras a Francia y sus aliados. Además, los triunfos franceses sobre Austria siguieron de cerca a la ofensiva de Napoleón en España para sofocar la rebelión. Parecía, pues, que, dondequiera que hubiera oposición al emperador, ésta era rápidamente aplastada. Y aunque los ingleses se mostraban igualmente implacables por mar contra sus enemigos, reales o en potencia, como en su ataque de Copenhague (agosto de 1807), todavía tendieron a malgastar recursos militares en incursiones a pequeña escala contra el sur de Italia, en un ataque inadecuado contra Buenos Aires y en la desastrosa operación de Walcheren en el verano de 1809[87].

Sin embargo, precisamente cuando el sistema de Napoleón parecía inexpugnable, empezaron a aparecer las primeras grietas significativas en el edificio imperial. A pesar de las sucesivas victorias militares, las bajas francesas en aquellas batallas habían sido grandes: 15 000 hombres perdidos en Eylau y 12 000 en Friedland; 23 000 muertos o hechos prisioneros en Bailén; 44 000 bajas, en Aspern y 30 000 en Wagram. Las tropas veteranas empezaban a escasear, al menos fuera de los exclusivos regimientos de la Guardia; por ejemplo, de los 148 000 hombres de la *Armée de L'Allemagne* (exclusiva de la Guardia) en 1809, 47 000 eran reclutas menores de edad[88]. Aunque el Ejército de Napoleón, como el de Hitler, incluía a muchos hombres de los territorios conquistados y de los satélites, la fuerza en soldados de Francia estaba menguando claramente, mientras que el imprevisible zar tenía todavía enormes reservas y los tenaces y resentidos austriacos poseían, incluso después de Wagram, un «ejército real» muy considerable. Todo esto tendría significación en un futuro próximo.

Además, la ofensiva de Napoleón en España a finales de 1808 no había «decidido» aquella campaña, como él se imaginaba. Al dispersar a las tropas formales españolas, no había advertido que incitaba al pueblo a recurrir a la guerra de guerrillas, que era mucho más difícil de sofocar y que multiplicaba los problemas logís-

ticos de las fuerzas francesas. Dado que la población local se había negado a proporcionar comestibles, el Ejército francés dependía críticamente de sus propias y precarias líneas de abastecimiento. Además, al hacer de España un campo de batalla, y hacer lo propio de Portugal, Napoleón había elegido sin proponérselo una de las pocas zonas en que los todavía cautelosos ingleses podían ser inducidos a comprometerse, al principio a modo de tanteo, pero después con creciente confianza, al ver cómo explotaba Wellington las simpatías locales, la geografía de la península, el dominio del mar y —no menos importante— sus cada vez más numerosos regimientos profesionales, para frenar y debilitar el *clan* francés. Las 25 000 bajas sufridas por el ejército de Massena en su inútil marcha contra Lisboa, en 1810-1811, fueron una de las primeras señales de que la «úlcera española» no podía ser desbridada, ni siquiera cuando 300 000 soldados franceses habían sido enviados al sur de los Pirineos[89].

Además de debilitar a Francia, la situación en España alivió de forma simultánea la tensión sobre Gran Bretaña, tanto desde el punto de vista estratégico como desde el comercial. A fin de cuentas, durante la mayoría de las anteriores guerras anglo-francesas, España había luchado al lado de Francia, lo cual no sólo había planteado una amenaza por tierra a Gibraltar y otra por mar (en forma de las escuadras combinadas franco-españolas) al dominio naval británico, sino que había afectado también a los mercados de exportación en la Península, América Latina y el Mediterráneo en general. Una España amistosa, en vez de hostil, significaba el fin de todas aquellas presiones. Los perjuicios causados al comercio británico por el sistema continental fueron ahora muy mitigados, al volver los productos de Lancashire y de las Midlands a los antiguos mercados; en 1810, las exportaciones totales británicas habían alcanzado la cifra récord de 48 millones de libras (en comparación con los 37 millones de 1808). Aunque este alivio era sólo temporal, y era cada vez más ensombrecido por el cierre del Báltico y por la disputa anglo-americana sobre requisa y bloqueo, fue

suficiente. Mantenía al gran enemigo extracontinental de Napoleón, precisamente en un tiempo en que el propio continente europeo se estaba alzando en rebelión.

En efecto, el sistema napoleónico en Europa se apoyaba en una contradicción. Fueran cuales fueren los méritos o deméritos de la Revolución dentro de la propia Francia, una nación que proclamaba la libertad, la fraternidad y la igualdad estaba ahora —bajo la dirección de su emperador— conquistando poblaciones no francesas, estacionando ejércitos en ellas, secuestrando sus bienes, perturbando su comercio, exigiéndoles indemnizaciones e impuestos enormes y reclutando a sus jóvenes[90]. También crecía la indignación por el control cada vez más severo impuesto por el sistema continental, ya que no eran sólo Nantes y Burdeos, sino también Amsterdam, Hamburgo y Trieste, los perjudicados por la guerra económica que desarrollaba Napoleón contra Gran Bretaña. Pocos empuñarían abiertamente las armas, como los españoles, o decidirían salir del ruinoso sistema continental, como hicieron los rusos en diciembre de 1810[91]. Sin embargo, cuando el gran Ejército de Napoleón fue destrozado en las campañas de Moscú y la *Armée de l'Espagne* estaba siendo empujada de nuevo hacia los Pirineos, se vio al fin la oportunidad de acabar con la hegemonía francesa. Lo que los prusianos, los rusos, los suecos, los austriacos y otros necesitaban ahora era ser abastecidos de fusiles, botas y ropa —por no hablar de dinero— que los ingleses estaban ya proporcionando a sus aliados portugueses y españoles. Así, la seguridad de las Islas Británicas y su prosperidad *relativa*, de una parte, y la naturaleza de un régimen francés demasiado extendido y cada vez más rapaz, de otra, se combinaron al fin para empezar a derribar el Imperio napoleónico.

Este amplio análisis de los factores económicos y geopolíticos tiende, inevitablemente, a dar menos importancia a los aspectos más personales de esta historia, tales como el creciente letargo y el autoengaño de Napoleón. También puede haber dejado de recalcar la muy precaria naturaleza del equilibrio militar hasta casi el

último año de la guerra, pues incluso entonces poseían los franceses los recursos necesarios para construir una enorme marina, si se lo hubiesen propuesto. La economía británica de las exportaciones se vería sometida a la prueba más dura en 1812 y, hasta la batalla de Leipzig (octubre de 1813), pareció muy posible que Napoleón derrotase a uno de sus enemigos orientales y disolviese así la coalición contra él.

No obstante, la «expansión» francesa, que reflejaba la propia arrogancia de Napoleón, era en este tiempo externa, y un revés importante tenía que afectar forzosamente a otras partes del sistema, simplemente porque estas partes tenían que ser privadas de tropas para reparar el frente roto. En 1811 había unos 353 000 soldados franceses en España y sin embargo, como observó Wellington, no tenían autoridad más allá del lugar donde se hallaban; la defensa de sus líneas de comunicación consumía la mayor parte de su esfuerzo y les hacía vulnerables al avance anglo-portugués-español. Cuando decidió Napoleón, el año siguiente, sofocar la independencia de Rusia, sólo 27 000 hombres pudieron ser retirados de España para intervenir en la marcha sobre Moscú. De los más de 600 000 hombres de su gran ejército, sólo 270 000 eran franceses, el mismo número de los que se habían quedado en la península. Además, como los franceses «nativos» incluían ahora a los belgas, los holandeses y muchos italianos de los territorios anexionados, los soldados reclutados dentro de las fronteras francesas anteriores a 1789 estaban en franca minoría durante la campaña de Rusia. Esto pudo influir poco en las primeras fases triunfales, pero adquirió importancia durante la retirada, cuando los hombres estaban desesperados por librarse del crudo invierno y de los cosacos merodeadores, y por volver a sus propios hogares[92].

Las bajas del ejército imperial en la campaña rusa fueron enormes: tal vez 270 000 hombres resultaron muertos y 200 000 fueron hechos prisioneros, y se perdieron unos 1000 cañones y 200 000 caballos. El frente oriental, más que cualquier otro factor, debilitó la moral del Ejército francés. Sin embargo, es importante

observar cómo se combinaron las campañas europea y peninsular a partir de 1813 para producir la caída definitiva; pues entonces el Ejército ruso tenía poca capacidad (y muchos de sus generales poco entusiasmo) para perseguir a los franceses a través de Alemania; los ingleses estaban un tanto distraídos por su guerra norteamericana y Napoleón había reclutado una fuerza nueva de 145 000 hombres a principios del verano de 1813, que le permitieron mantener sus líneas en Sajonia y negociar un armisticio. Aunque Prusia se había colocado prudentemente al lado de Rusia y Metternich amenazaba con intervenir con un ejército austriaco de un cuarto de millón de hombres, las potencias orientales estaban todavía divididas e indecisas. Así, la noticia de que las tropas de Wellington habían derrotado al ejército de José Bonaparte en Vitoria (junio de 1813) y le estaban empujando hacia los Pirineos fue importante para animar a los austriacos a declarar la guerra y aliarse con las fuerzas rusas, sueca y prusiana para expulsar a los franceses de Alemania. La subsiguiente batalla de Leipzig, en octubre, se desarrolló a una escala desconocida por el Ejército británico: 195 000 franceses fueron arrollados en cuatro días de lucha por 365 000 soldados aliados; pero éstos eran reforzados económicamente con grandes subsidios británicos y habían recibido 125 000 mosquetes, 218 piezas de artillería y numeroso equipo de las Islas[93].

La derrota francesa en Leipzig animó a su vez a Wellington, que estaba ahora al norte de los Pirineos, a avanzar sobre Bayona y Toulouse. Cuando las tropas de Prusia y de Austria cruzaron el Rin y los cosacos invadieron Holanda, Napoleón realizó una brillante defensa táctica del nordeste de Francia a principios de 1814; pero su Ejército estaba debilitado y había en él demasiados reclutas jóvenes. Además, el pueblo francés, ahora que la lucha se desarrollaba en su suelo, era (como había previsto Wellington) muy poco entusiasta. Endurecidos por el apremio británico de reducir a Francia a sus anteriores límites y por la promesa de otros 5 millones de libras en subsidios británicos en el Tratado de Chaumont

del 9 de marzo, los Gobiernos aliados mantuvieron su presión hasta el fin. El 30 de marzo de 1814 incluso los mariscales de Napoleón estaban hartos de la guerra, y una semana después abdicó el emperador.

Comparada con estos épicos acontecimientos, la guerra angloamericana de 1812-1814 fue un suceso estratégico secundario[94]. Desde el punto de vista económico, hubiese podido ser mucho más grave para los intereses británicos, si no hubiese coincidido con el colapso del sistema continental, y si los Estados de Nueva Inglaterra, dependientes en alto grado del comercio anglo-americano, no se hubiesen mantenido tibios (y a menudo neutrales) en el conflicto. La proclamada «marcha sobre Canadá» de las fuerzas americanas quedó pronto en agua de borrajas y —a pesar de las incursiones en York (Toronto) y en Washington, y de algunos encuentros de barcos aislados— cada bando demostró, tanto en tierra como en el mar, que podía dañar pero no derrotar al otro. Para los ingleses en particular, demostró la importancia del comercio norteamericano y reveló las dificultades de mantener grandes contingentes militares y navales en ultramar mientras los servicios armados eran necesitados desesperadamente en el teatro europeo de la guerra. Como en el caso de la India, las posesiones y el comercio transoceánicos eran, al mismo tiempo, un fortalecimiento de la posición de poder de Gran Bretaña y una distracción estratégica[95].

La campaña final de Napoleón, de marzo a junio de 1815, aun sin ser un acontecimiento secundario, fue una nota estratégica a la gran guerra desarrollada en Europa[96]. Su súbito regreso a Francia desde el exilio interrumpió las disputas de los vencedores sobre el futuro de Polonia, Sajonia y otros países, pero no sacudió la alianza. Aunque las fuerzas francesas, apresuradamente reunidas, no hubiesen sido derrotadas por Wellington y Blücher en Waterloo, es difícil concebir cómo habría podido resistir a los otros ejércitos que se dirigían hacia Bélgica, y todavía más difícil pensar cómo habría podido Francia sostener económicamente una larga guerra

en lo sucesivo. Sin embargo, la última escapada de Napoleón fue políticamente importante. Reforzó la posición de Gran Bretaña en Europa y apoyó el argumento de que era necesario que Francia estuviese rodeada en el futuro de una serie de «Estados amortiguadores» fuertes. Demostró la recuperación militar de Prusia después de Jena y, de este modo, restableció en parte el equilibrio en la Europa oriental. Y obligó a las potencias reunidas en Viena a enterrar sus restantes diferencias con el fin de lograr una paz que pudiese guardar los principios del equilibrio de poder[97]. Después de dos décadas de guerra casi constante y más de un siglo de tensiones y conflictos entre las grandes potencias, el sistema de Estados europeos se estaba forjando al fin de manera que aseguraba un relativo equilibrio.

El definitivo Congreso de Viena de 1815 no estableció la partición de Francia sugerida antaño por los prusianos. Sin embargo, rodeó los dominios de Luis XVIII de unidades territoriales sustanciales: el Reino de los Países Bajos al Norte, un ampliado Reino de Cerdeña (Piamonte) al Sudeste, y Prusia en Renania; mientras que España, devuelta a los Borbones, veía garantizada su integridad por las potencias. Más hacia el Este, la idea de un *equilibrio* de poder prevaleció también, después de acaloradas discusiones entre los vencedores. Debido a las objeciones austriacas no se permitió a Prusia anexionarse Sajonia, pero se la compensó en Posnania y Renania, de la misma manera que fue compensada Austria en Italia y en partes de la Alemania del Sudeste, por el hecho de que sólo retenía la región de Galitzia de Polonia. Incluso Rusia, que por fin se quedó con la parte del león de los territorios polacos, estuvo muy inquieta a principios de 1815 por la amenaza de una alianza anglo-franco-austriaca para resistir los dictados sobre el futuro de Sajonia, y eludió en seguida un enfrentamiento. Por lo visto, no se permitiría que ninguna potencia impusiese sus deseos al resto de Europa, tal como había hecho Napoleón. El egoísmo de los Estados principales no se había evaporado en modo alguno con los acontecimientos de 1793-1815, pero los principios gemelos de

«contención y compensación recíproca»[98] significaban que un intento unilateral de dominación de Europa era ahora muy improbable, y que incluso los cambios territoriales en pequeña escala necesitarían la aprobación de la mayoría de los miembros del Congreso.

A pesar de lo mucho que se ha hablado sobre una «Pentarquía» europea, es importante recordar que las cinco grandes potencias no estaban en la misma relación recíproca que habían estado en 1750 o incluso en 1789. A pesar del crecimiento de Rusia, era justo decir que existía un relativo equilibrio de poder en tierra después de la caída de Napoleón. En cambio, no había un equivalente en el mar, donde los ingleses disfrutaban de un casi monopolio de poder naval que al mismo tiempo reforzaba y era reforzado por la ventaja económica que había alcanzado sobre todos sus rivales. En algunos casos, como en el de la India, esto era resultado de un continuo expansionismo militar y del pillaje, de manera que la guerra y la busca de ganancias habían actuado de forma recíproca a fin de incluir al subcontinente en una órbita puramente británica a finales del siglo XVIII[99]. De manera parecida, la captura de Santo Domingo —que había representado las tres cuartas partes del comercio colonial de Francia antes de la Revolución— representó, a finales de la década de 1790, un mercado valioso para los artículos británicos y una gran fuente de reexportaciones *británicas*. Además, no sólo crecieron estos mercados de ultramar de América del Norte, las Indias Occidentales, América Latina, la India y Oriente más de prisa que los de Europa, sino que este comercio a larga distancia era también por lo general más provechoso y estimulante para la navegación, los tratos comerciales, los seguros marítimos, las compensaciones de efectos y las actividades bancarias que tanto fortalecieron la posición de Londres como el nuevo centro financiero del mundo[100]. A pesar de que recientes escritos han puesto en duda el ritmo de crecimiento de la economía británica en el siglo XVIII y el papel representado por el comercio exterior en aquel crecimiento[101], es un hecho que la expansión ultra-

marina había dado al país un acceso indiscutido a una gran y nueva riqueza del que no gozaban sus rivales. Controlando la mayoría de las colonias de Europa en 1815, dominando las rutas marítimas y las provechosas operaciones de reexportación, y muy por delante de otras sociedades en el proceso de industrialización, Gran Bretaña era ahora la nación más rica del mundo en términos per cápita. Durante el siguiente medio siglo —como veremos en el próximo capítulo— se enriquecería aún más, al llegar a ser la «economía superdominante» en la estructura comercial del mundo[102]. El principio de equilibrio tan apreciado por Pitt y Castlereagh se aplicaba perfectamente a los arreglos territoriales europeos, pero no a las esferas colonial y comercial.

Poco de esto debió sorprender a los observadores inteligentes de principios del siglo XIX. A pesar de su presunción de grandeza, parece que Napoleón estuvo a veces obsesionado con Gran Bretaña —con su invulnerabilidad, su dominio marítimo, sus Bancos y su sistema de crédito— y ansió verla convertida en polvo. Estos mismos sentimientos de envidia y de antipatía existieron sin duda, aunque de forma menos exacerbada, entre los españoles, los holandeses y otros, que veían que los ingleses monopolizaban el mundo exterior. El general ruso Kutúzov, que deseaba detener el avance de sus tropas hacia el oeste en 1812, una vez expulsadas las tropas napoleónicas de su país, debió de hablar no sólo por cuenta propia cuando puso en duda la prudencia de destruir totalmente a Napoleón, ya que «la sucesión no será para Rusia ni cualquier otra potencia continental, sino para la que ya a manda en el mar y cuyo dominio sería intolerable»[103]. Sin embargo, aquel resultado final era inevitable: la arrogancia de Napoleón y su negativa a llegar a un compromiso aseguraron, no únicamente su caída, sino también la victoria suprema de su mayor enemigo. Como concluyó irónicamente Gneisenau, otro general con gran visión de los problemas importantes:

> Gran Bretaña no tiene que estar a nadie más agradecida que a ese rufián [Napoleón]. Pues gracias a los sucesos

provocados por él, la grandeza, prosperidad y riqueza de Inglaterra se han elevado a gran altura. Ella es dueña del mar y, ni en este dominio ni en el comercio mundial, tiene ahora un solo rival a quien temer[104].

ESTRATEGIA Y ECONOMÍA EN LA ERA INDUSTRIAL

IV. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LOS EQUILIBRIOS MUNDIALES CAMBIANTES 1815-1885

El sistema internacional que se desarrolló durante el período de más de medio siglo que siguió a la caída de Napoleón tuvo una desacostumbrada serie de características, algunas meramente temporales, mientras que otras se convirtieron en rasgos permanentes de la edad moderna.

La primera fue el continuo y (después de la década de 1840) espectacular crecimiento de una economía mundial integrada, que atrajo a más regiones a un comercio transoceánico y transcontinental y a una red financiera centrados en la Europa occidental y en particular en Gran Bretaña. Estos decenios de hegemonía económica británica fueron acompañados de progresos a gran escala en el transporte y las comunicaciones, de una cada vez más rápida transferencia de tecnología industrial de una región a otra, y de un enorme esfuerzo en la producción manufacturera, que a su vez estimuló la creación de nuevas zonas de cultivo agrícola y de fuentes de materias primas. La erosión de las barreras arancelarias y otros ardides mercantilistas, junto con la amplia difusión de ideas sobre libre comercio y armonía internacional, sugirieron el nacimiento de un nuevo orden internacional, muy diferente del mundo de continuos conflictos entre las grandes potencias del siglo XVIII. La turbulencia y los costes de la contienda de 1793-1815 —conocida como «la Gran Guerra» en el siglo XIX— fueron causa de que tanto los

conservadores como los liberales optasen en la medida de lo posible por la paz y la estabilidad, reforzados por mecanismos tan variados como el Concierto de Europa o los tratados de libre comercio. Estas condiciones fomentaron, por supuesto, la inversión comercial e industrial a largo plazo, lo que estimuló el crecimiento de una economía mundial.

En segundo lugar, esta ausencia de guerras prolongadas entre las grandes potencias no significó que hubiesen terminado todos los conflictos entre los Estados. En todo caso, las guerras de conquista europeas y norteamericanas contra pueblos menos desarrollados se intensificaron y constituyeron, en no pocos aspectos, el concomitante militar de la penetración económica del mundo de ultramar y de la rápida decadencia de su parte en la producción manufacturera. Además, todavía hubo conflictos regionales e individuales entre las potencias europeas, sobre todo por cuestiones de nacionalidad y de fronteras territoriales; pero, como veremos, contiendas tales como la Guerra Franco-Austriaca de 1859 o las guerras de la unificación alemana en la década de 1860 fueron limitadas, tanto en su duración como en su extensión, y ni siquiera la Guerra de Crimea pudo calificarse de gran conflicto. Sólo la Guerra de Secesión de los Estados Unidos fue una excepción a esta regla, y merece ser estudiada como tal.

En tercer lugar, la tecnología derivada de la Revolución industrial empezó a producir un impacto sobre el arte de la guerra militar y naval. Pero los cambios fueron mucho más lentos de lo que a veces se ha presumido, y sólo en la segunda mitad del siglo se convirtieron los ferrocarriles, el telégrafo, las armas de disparo rápido y a propulsión a vapor y los buques de guerra acorazados en indicadores decisivos de la fuerza militar. Aunque la nueva tecnología aumentó el poder de fuego y la movilidad de que disfrutaban las grandes potencias en el mundo de ultramar, pasarían muchas décadas antes de que los jefes mili-

tares y navales revisasen sus ideas sobre cómo luchar en una guerra europea. Sin embargo, las fuerzas gemelas del cambio técnico y el desarrollo industrial estaban produciendo un impacto sostenido, tanto en tierra como en el mar, y afectaban también a la fuerza relativa de las potencias.

Aunque es difícil generalizar, las variaciones en el equilibrio de las grandes potencias causadas por la desigualdad en los cambios industriales y tecnológicos afectaron probablemente al resultado de las guerras de mediados del siglo XIX más que las finanzas y el crédito. Esto se debió en parte a que la gran expansión de la Banca nacional e internacional en el siglo XIX y el crecimiento de las burocracias gubernamentales (tesorerías, inspectores, recaudadores de impuestos) facilitó, para la mayoría de los regímenes, la consecución de fondos en los mercados del dinero, a menos que su crédito fuese sumamente bajo o que hubiese una crisis temporal de liquidez en el sistema bancario internacional. Pero fue principalmente debido al hecho de que la mayoría de las guerras que se produjeron fueron relativamente cortas, de manera que se cargaba el acento sobre una rápida victoria en el campo de batalla, empleando la fuerza militar existente, más que en la movilización a largo plazo de los recursos nacionales y la creación de nuevas rentas públicas. Ninguna cantidad de nuevos fondos disponibles habría podido, por ejemplo, salvar a Austria después de sus derrotas de 1859 y 1866, ni a la rica Francia después de que sus ejércitos fuesen aplastados en la guerra de 1870. Cierto que las finanzas más prósperas ayudaron al Norte a conseguir la victoria sobre el Sur en la Guerra de Secesión y que Gran Bretaña y Francia pudieron soportar mejor la Guerra de Crimea que la casi arruinada Rusia; pero esto reflejaba la superioridad general de sus economías más que la ventaja singular que tenían en lo tocante al crédito y a las finanzas. Por esta razón, el papel de las finanzas

de guerra en el siglo XIX fue menos importante en el período anterior.

Esta serie de factores —el crecimiento de la economía internacional, las fuerzas productivas desencadenadas por la Revolución industrial, la relativa estabilidad de Europa, la modernización, con el tiempo, de la tecnología militar y naval, y el hecho de que las guerras estuviesen localizadas y fuesen de corta duración— favoreció naturalmente a algunas grandes potencias más que a otras. De hecho, uno de estos países, Gran Bretaña, se benefició tanto de las tendencias generales económicas y geopolíticas de la época que siguió a 1815 que se convirtió en un tipo de potencia diferente de las demás. Todos los otros países se vieron afectados, a menudo muy en serio, en su fuerza relativa. Sin embargo, en la década de 1860, la mayor difusión de la industrialización empezó a cambiar una vez más el equilibrio de las fuerzas mundiales.

Vale la pena mencionar otro rasgo de este período. A partir de principios del siglo XIX las estadísticas históricas (especialmente de los indicadores económicos) ayudan a seguir las oscilaciones en los equilibrios de poder y a medir con más exactitud la dinámica del sistema. Sin embargo, es importante saber que muchos de los datos son aproximados, particularmente en los países carentes de una burocracia adecuada; que algunos de los cálculos (por ejemplo, las participaciones en la producción manufacturera mundial) son meras estimaciones hechas muchos años más tarde por los estadistas, y que —y ésta es la advertencia más importante de todas— la riqueza económica no se traducía de inmediato, o a veces nunca, en poder militar. Lo único que pueden hacer las estadísticas es darnos indicaciones aproximadas del potencial material de un país y de su posición en las filas relativas de los Estados punteros.

La Revolución industrial, según se esmera en recalcar la mayoría de los historiadores económicos, no se produjo de la no-

che a la mañana. Fue, en comparación con las «revoluciones» políticas de 1776, 1789 y 1917, un proceso gradual y en movimiento retardado; afectó sólo a ciertas manufacturas y a ciertos medios de producción, y se produjo por regiones, más que afectando al conjunto de un país[1]. Pero todas estas salvedades no pueden disimular el hecho de que, alrededor de 1780, empezó a producirse una transformación importante de las circunstancias económicas del hombre, no menos significativas, en opinión de un autor, que la (desde luego mucho más lenta) transformación del salvaje cazador paleolítico en el civilizado agricultor neolítico[2]. Lo que hizo la industrialización, y en particular la máquina de vapor, fue sustituir fuentes inanimadas de fuerza por otras animadas; al convertir el calor en trabajo, con el empleo de máquinas —máquinas «rápidas, regulares, precisas, incansables»[3]—, la Humanidad fue capaz de explotar grandes y nuevas fuentes de energía. Las consecuencias de la introducción de esta nueva maquinaria fueron sencillamente estupendas: en la década de 1820 alguien que manejase varios telares mecánicos podía producir veinte veces más que un tejedor manual, mientras que una máquina de hilar tenía doscientas veces la capacidad de una rueca. Una sola locomotora podía transportar mercancías que habrían requerido cientos de caballos de carga, y hacerlo con mucha mayor rapidez. Desde luego, la Revolución industrial tuvo otros muchos aspectos importantes; por ejemplo, el sistema fabril o la división del trabajo. Pero el punto vital, en lo que a nuestro interés se refiere, fue el enorme aumento de la productividad, sobre todo en las industrias textiles, que a su vez estimuló la demanda de más máquinas, más materias primas (sobre todo, algodón), más hierro, más barcos, mejores comunicaciones, etc.

Más aún, como observó el profesor Landes, este aumento sin precedentes en la productividad del hombre se sostenía por sí mismo:

> Si previamente la mejora de las condiciones de vida, y por ende de la supervivencia, y el aumento en las oportunidades económicas habían ido siempre seguidas de un auge en la población, que en definitiva consumía las ganancias logradas, ahora, por primera vez en la Historia, tanto la economía como el conocimiento crecían lo bastante deprisa para generar una continua corriente de inversiones y de innovaciones tecnológicas, una corriente que levantaba más allá de los límites visibles el techo de los controles positivos de Maltus[4].

La última observación es también de importancia vital. A partir del siglo XVIII el crecimiento de la población mundial había sido acelerado: Europa pasó de 140 millones de habitantes en 1750 a 187 millones en 1800 y a 266 millones en 1850; Asia subió de algo más de 400 millones en 1750 a unos 700 millones un siglo más tardes[5]. Fueran cuales fueren las razones —mejores condiciones climáticas, mayor fecundidad, menos enfermedades—, aquellos aumentos de población eran alarmantes y, aunque la producción agrícola se incrementó también en Europa y Asia en el siglo XVIII y fue de hecho otra razón general del aumento de población, el impresionante número de nuevas cabezas (y estómagos) amenazaba absorber con el tiempo los beneficios de la creciente producción agrícola. La presión sobre tierras marginales, el desempleo rural y el gran desplazamiento de familias a las ya superpobladas ciudades de Europa a finales del siglo XVIII fueron algunos de los síntomas de este auge de la población[6].

Lo que hizo la Revolución industrial en Gran Bretaña (en crudos términos macroeconómicos) fue aumentar de tal manera la productividad sobre una base sostenida que la consiguiente expansión, tanto en riqueza nacional como en poder adquisitivo de la población, pesaban constantemente más que el crecimiento numérico de ésta. Si la población del país creció de 10,5

millones en 1801 a 41,8 millones en 1911 —un aumento anual del 1,26%— su producto nacional creció mucho más deprisa, tal vez hasta multiplicarse por catorce en el siglo XIX. Según la zona cubierta por la estadística[*], hubo un crecimiento medio anual en el producto nacional bruto de un 2 a un 2,25%. Sólo durante el reinado de la reina Victoria, el producto per cápita se elevó dos veces y media.

Comparadas con los índices de crecimiento registrados por muchas naciones después de 1945, aquellas cifras no eran espectaculares. Es cierto que, como nos recuerdan los historiadores sociales, la Revolución industrial infligió terribles costes al nuevo proletariado que trabajaba en las fábricas y en las minas y vivía en las insalubres, atestadas y mal construidas ciudades. Sin embargo, el punto sustancial sigue siendo que el aumento sostenido en productividad de la Era de la Máquina trajo consigo beneficios generales con el tiempo: el salario medio en Gran Bretaña se elevó entre el 15 y el 25% entre los años 1815 y 1850, y el imponente 80% en el siguiente medio siglo. «El problema central de la época —recordó Ashton a los críticos que creen que la industrialización fue un desastre— era cómo alimentar y vestir y emplear a generaciones de niños que superaban con mucho en número a los de cualquier época anterior»[7]. Las nuevas máquinas no sólo empleaban a un número creciente de la población en aumento, sino que elevó también la renta per cápita de la nación, y la creciente demanda de comestibles y artículos esenciales por parte de los trabajadores urbanos tuvo que ser pronto satisfecha por una revolución de las comunicaciones a vapor, con ferrocarriles y barcos de vapor que traían los excedentes agrícolas del Nuevo Mundo para satisfacer las necesidades del Viejo.

Podemos considerar este punto de una manera diferente empleando los cálculos del profesor Landes. En 1870, observa, el Reino Unido consumía 100 millones de toneladas de carbón,

que «equivalían a 800 millones de calorías de energía, lo bastante para alimentar a una población de 850 millones de varones adultos durante un año (la población real era entonces de unos 31 millones)». Ahora bien, la capacidad de las máquinas de vapor de Gran Bretaña en 1870, unos 4 millones de caballos de fuerza, equivalía a la energía que podía ser generada por 40 millones de hombres; pero «todos estos hombres habrían comido unos 320 millones de bushels al año, más de tres veces la producción anual de todo el Reino Unido en 1867-1871»[8]. El empleo de fuentes inanimadas de energía permitió que el hombre industrial trascendiese las limitaciones de la biología y crease aumentos espectaculares en la producción y en la riqueza sin sucumbir al peso de una población en rápido crecimiento. En contraste con ella, Ashton observó con frialdad (en 1947):

> Hay actualmente en las llanuras de la India y de China hombres y mujeres, atormentados por las enfermedades y hambrientos, que viven poco mejor, a juzgar por las apariencias, que el ganado que trabaja con ellos de día y comparte por la noche los lugares donde duerme. Estos niveles asiáticos y estos horrores no mecanizados son la suerte de aquellos que aumentan en número sin pasar por una revolución industrial[9].

EL ECLIPSE DEL MUNDO NO EUROPEO

Antes de comentar los efectos de la Revolución industrial sobre el sistema de las grandes potencias conviene comprender

sus impactos en lugares más lejanos, en especial China, la India y otras sociedades no europeas. Las pérdidas que sufrieron tales países fueron dobles, esto es, en términos relativos y absolutos. Y no es que, como se creía antaño, los pueblos de Asia, África y América Latina viviesen una existencia feliz e ideal antes del impacto del hombre de Occidente. «Hay que recalcar la verdad elemental de que la característica de cualquier país antes de su revolución industrial y modernización es la pobreza… con una productividad baja, un rendimiento por cabeza bajo, en la agricultura tradicional, cualquier economía cuyo principal elemento de renta nacional es la agricultura produce pocos excedentes por encima de las exigencias inmediatas del consumo…»[10]. Por otra parte, en vista del hecho de que, en 1800, la producción agrícola constituía la base de las sociedades tanto europeas como no europeas, y de que en países tales como la India y China existían también muchos comerciantes, tejedores y artesanos, las diferencias en lo que se refiere a renta per cápita no eran enormes; por ejemplo, un tejedor indio que trabajara con un telar manual podía ganar tal vez la mitad de su equivalente europeo antes de la industrialización. Esto significaba también que, dado el número de campesinos y artesanos asiáticos, la participación de Asia en la producción manufacturera mundial[*] era mucho mayor que la de la mucho menos poblada Europa antes de que la máquina de vapor y el telar mecánico transformasen los equilibrios mundiales.

La espectacularidad de estos cambios de equilibrio como consecuencia de la industrialización y la expansión europeas queda reflejada en dos ingeniosos cálculos de Bairoch (véanse tablas 6-7[11]).

Está claro que la causa primordial de estas transformaciones es el asombroso aumento de la productividad como consecuencia de la Revolución industrial. Si, por ejemplo, la mecanización de los hilados entre las décadas de 1750 y 1830 en Gran

Bretaña había multiplicado la productividad en aquel sector por un factor de 300 a 400, no es de extrañar que la participación británica en la manufactura total mundial se incrementara de modo espectacular y que lo hiciera hasta el punto de convertirse en la «primera nación industrial»[12]. Cuando otros Estados europeos y los Estados Unidos siguieron el camino de la industrialización, sus participaciones crecieron también de manera continuada, así como sus niveles de industrialización per cápita y su riqueza natural. Pero la historia fue muy diferente para China y la India. No solamente se redujo relativamente la participación de ambas en el conjunto de la producción manufacturera mundial simplemente porque la producción de Occidente se elevaba con tanta rapidez, sino que, en algunos casos, su economía decayó de modo absoluto, es decir, aquellos países se desindustrializaron, debido a la penetración en sus mercados tradicionales de los productos mejores y mas baratos procedentes de las fábricas textiles de Lancashire. Después de 1813 (cuando terminó el monopolio comercial de la Compañía de las Indias Orientales) las importaciones de tejidos de algodón en la India aumentaron de forma espectacular, de 1 millón de yardas (1814) a 51 millones (1830) y a 995 millones (1870), y a lo largo del proceso fueron eliminados muchos de los tradicionales productores nacionales. Por último —y aquí volvemos a la cuestión de Ashton acerca de la terrible pobreza de «aquéllos que crecen en número sin pasar por una revolución industrial»—, el gran aumento de población de China, la India y otros países del Tercer Mundo redujo probablemente su renta general per cápita de una generación a la siguiente. De ahí la notable —y terrible— sugerencia de Bairoch de que, si los niveles de industrialización per cápita en Europa y en el Tercer Mundo podían no ser muy diferentes en 1750, el del segundo era de sólo una decimoctava parte del primero (de 2% a 35%) en

1900, y de sólo una quincuagésima parte del Reino Unido (2% a 100%).

TABLA 6. Participación relativa en la producción manufacturera mundial, 1750-1900

	1750	1800	1830	1860	1880	1900
(Europa en su conjunto)	23,2	28,1	34,2	53,2	61,3	62,0
Reino Unido	1,9	4,3	9,5	19,9	22,9	18,5
Imperio austriaco	2,9	3,2	3,2	4,2	4,4	4,7
Francia	4,0	4,2	5,2	7,9	7,8	6,8
Alemania	2,9	3,5	3,5	4,9	8,5	13,2
Italia	2,4	2,5	2,3	2,5	2,5	2,5
Rusia	5,0	5,6	5,6	7,0	7,6	8,8
Estados Unidos	0,1	0,8	2,4	7,2	14,7	23,6
Japón	3,8	3,5	2,8	2,6	2,4	2,4
Tercer Mundo	73,0	67,7	60,5	36,6	20,9	11,0
China	32,8	33,3	29,8	19,7	12,5	6,2
India/Pakistan	24,5	19,7	17,6	8,6	2,8	1,7

TABLA 7. Niveles de industrialización per cápita, 1750-1900
(relativo a R. U. en 1900 = 100)

	1750	*1800*	*1830*	*1860*	*1880*	*1900*
(Europa en su conjunto)	8	8	11	16	24	35
Reino Unido	10	16	25	64	87	[100]
Imperio austriaco	7	7	8	11	15	23
Francia	9	9	12	20	28	39
Estados alemanes/Alemania	8	8	9	15	25	52
Estados italianos/Italia	8	8	8	10	12	17
Rusia	6	6	7	8	10	15

Estados Unidos	4	9	14	21	38	69
Japón	7	7	7	7	9	12
Tercer Mundo	7	6	6	4	3	2
China	8	6	6	4	4	3
India	7	6	6	3	2	1

El «impacto del hombre occidental» fue, en todos los sentidos, uno de los aspectos más estables de la dinámica del poder mundial en el siglo XIX. Se manifestó, no únicamente en una diversidad de relaciones económicas —desde la «influencia informal» de los comerciantes costeros, navieros y cónsules, hasta los controles más directos de los plantadores, los constructores de ferrocarriles y las compañías mineras[13]—, sino también en las penetraciones de exploradores, aventureros y misioneros, en la introducción de enfermedades occidentales y en la predicación de credos occidentales. Tuvo lugar tanto en los centros de los continentes —al Oeste del Missouri, al Sur del mar de Aral— como en las desembocaduras de los ríos africanos y en las costas de los archipiélagos del Pacífico. Si ello tuvo en definitiva sus imponentes monumentos en las carreteras, las redes ferroviarias, los telégrafos, los muelles y los edificios públicos que, por ejemplo, crearon los ingleses en la India, tuvo en cambio una contrapartida horrible en el derramamiento de sangre, la rapiña y los saqueos que acompañaron a muchas de las guerras coloniales del periodo[14]. A decir verdad, las mismas manifestaciones de fuerza y de conquista habían existido desde los tiempos de Cortés, pero ahora se estaba acelerando el ritmo. En el año 1800 Europa ocupaba o controlaba el 35% de la superficie terrestre del mundo; en 1878, esta cifra se había elevado al 67%; y en 1914, a más del 84%[15].

La avanzada tecnología de las máquinas de vapor y de las máquinas herramientas dio a Europa decisivas ventajas económicas y militares. Las mejoras en las armas de fuego que se cargaban por el cañón (pistones, rayado de los proyectiles, etc.) eran ya bastante amenazadoras; el invento de la retrocarga, que aumentaba en gran manera la rapidez de los disparos, supuso un adelanto todavía mayor; los «Gotling», «Maxim» y la artillería ligera de campaña pusieron los toques finales a una nueva «revolución del poder de fuego» que eliminó por completo la posibilidad de una resistencia eficaz de los pueblos indígenas que dependían de sus propias y viejas armas. Además, el cañonero a vapor significaba que el poder marítimo europeo, ya supremo en alta mar, podía extenderse tierra adentro, a través de grandes ríos como el Níger, el Indo y el Yangtsé: de ahí que la movilidad y el poder de fuego del acorazado *Nemesis* durante la Guerra del Opio de 1841 y 1842 fuera un desastre para las fuerzas chinas defensoras, que fueron fácilmente arrojadas a un lado[16]. Es cierto, desde luego, que los terrenos físicamente difíciles (por ejemplo Afganistán) frenaban el impulso del imperialismo militar occidental y que entre las fuerzas no europeas que adoptaban las nuevas armas y tácticas —como los sikhs y los argelinos en la década de 1840— la resistencia era mucho mayor. Pero siempre que la lucha se desarrollaba en campo abierto, donde Occidente podía desplegar sus ametralladoras y armas pesadas, el resultado era indudable. Tal vez la mayor disparidad se manifestó al final del siglo, durante la batalla de Omdurmán (1898), cuando, en media mañana, los rifles «Maxim» y «Lee-Enfield» del ejército de Kitchener destruyeron a 11 000 derviches, mientras que Kitchener sólo perdió a cuarenta y ocho de sus soldados. En consecuencia, la diferencia en el poder de fuego, al igual que la que existía en cuanto a productividad industrial, significaba que las naciones más adelantadas poseían recursos cincuenta o cien veces superiores a los de las na-

ciones más atrasadas. El dominio mundial de Occidente, implícito desde los días de Da Gama, conocía ahora pocos límites.

¿GRAN BRETAÑA COMO POTENCIA HEGEMÓNICA?

Si los punjabíes y los annamitas y los sioux y los bantúes eran los «perdedores» (tal es el término que emplea Eric Hobsbawm)[17] en la expansión de principios del siglo XIX, los británicos eran sin duda alguna los «ganadores». Como se ha observado en el capítulo anterior, habían alcanzado ya un notable grado de preeminencia mundial en 1815, gracias a su diestra combinación de dominio naval, crédito financiero, experiencia comercial y diplomacia de alianzas. Lo que izo la Revolución industrial fue fortalecer la posición de un país que había obtenido ya grandes éxitos en las luchas preindustriales y mercantilistas del siglo XVIII y que se había transformado entonces en una clase diferente de potencia. Si (repito) el ritmo del cambio fue gradual más que revolucionario, los resultados fueron, empero, impresionantes. Entre 1760 y 1830 los «dos tercios del crecimiento de la producción industrial de Europa» correspondieron al Reino Unido[18] y su participación en la producción manufacturera mundial pasó del 1,9% al 9,5%; en los treinta años siguientes la expansión industrial británica elevó aquella cifra hasta el 19,9% a pesar de la difusión de la nueva tecnología en otros países de Occidente. Alrededor de 1860, que probablemente fue el momento en que el país alcanzó su cenit en términos relativos, el Reino Unido producía el 53% del hierro mundial y el 50% del carbón y el lignito, y consumía poco menos de

la mitad de la producción mundial de algodón en rama. «Con el 2% de la población mundial y el 10% de la de Europa, parece que el Reino Unido tenía una capacidad, en industrias modernas, igual al 40% o al 45% del potencial mundial y al 55% o el 60% del de Europa»[19]. Su consumo de energía producido por las modernas fuentes (carbón, lignito, petróleo) en 1860 era cinco veces mayor que el de los Estados Unidos o el de Prusia/Alemania, seis veces mayor que el de Francia ¡y 155 veces mayor que el de Rusia! Gran Bretaña, por sí sola, desarrollaba una quinta parte del comercio mundial y dos quintas partes del comercio de productos manufacturados. Más de un tercio de la Marina mercante del mundo navegaba bajo bandera británica, y esta proporción aumentaba sin cesar. No es de extrañar que los victorianos se mostrasen entusiasmados ante su Estado único, que era entonces (como observó el economista Jevons en 1865) el centro comercial del Universo:

> Las llanuras de América del Norte y de Rusia son nuestros trigales; Chicago y Odessa, nuestros graneros; Canadá y el Báltico, nuestros bosques proveedores de madera; Australasia contiene nuestras granas de corderos, y en Argentina y las praderas occidentales de América del Norte están nuestras manadas de bueyes; Perú nos envía su plata, y el oro de África del Sur y de Australia fluye hacia Londres; los hindúes y los chinos cultivan té para nosotros, y nuestras plantaciones de café, azúcar y especias están en todas las Indias. España y Francia son nuestros viñedos y el Mediterráneo nuestra huerta de frutales; y nuestros campos de algodón, que durante mucho tiempo estuvieron en el sur de los Estados Unidos, se están extendiendo ahora por todas las regiones templadas de la Tierra[20].

Como tales manifestaciones de confianza, así como las estadísticas industriales y comerciales en que aquéllas se apoyaban

parecían sugerir una posición de dominio sin igual por parte de Gran Bretaña, es justo observar algunos otros puntos que sitúan todo esto en un mejor contexto. En primer lugar —aunque esta cuestión resulta un poco pedante—, no es probable que el producto nacional bruto (PNB) del país fuese nunca el más elevado del mundo en las décadas que siguieron a 1815. Dados el volumen de la población china (y, más tarde, de la de Rusia) y el hecho evidente de que la producción y distribución agrícolas constituían la base de la riqueza nacional en todas partes, incluso en la Gran Bretaña anterior a 1850, el PNB de ésta nunca pareció ser tan impresionante como su producto per cápita o su grado de industrialización. No obstante, «el volumen del PNB total no tiene por sí solo una significación importante»[21]; el producto físico obtenido por cientos de millones de campesinos pueden empequeñecer el de cinco millones de trabajadores fabriles, pero, como la mayor parte de aquél es consumido de inmediato, es mucho menos probable que conduzca a un excedente de riqueza o a un poder militar decisivo. En lo que Gran Bretaña era fuerte, y en realidad no tenía rival, en 1850, era en la industria moderna y productora de riqueza, con todos los beneficios inherentes a ello.

Por otra parte —y esta segunda cuestión no es pedante—, la creciente fuerza industrial británica no se organizó en las décadas que siguieron a 1815 para facilitar al Estado un acceso rápido a las armas y a la fuerza militar en hombres, como sí había sucedido, por ejemplo, en los dominios de Wallenstein en la década de 1630 en la economía nazi. Por el contrario, la ideología de la economía política del *laissez-faire*, que floreció en este período temprano de industrialización, predicaba la causa de la paz eterna, los gastos bajos del Gobierno (especialmente en defensa) y la reducción de los controles estatales sobre la economía y los individuos. Podía ser necesario, como había reconocido Adam Smith en La *riqueza de las naciones* (1776), tolerar el

mantenimiento de un Ejército y una Marina para proteger a la sociedad británica «de la violencia y la invasión de otras sociedades independientes»; pero, como las fuerzas armadas *per se* eran «improductivas» y no añadían valor a la riqueza nacional como una fábrica o una explotación agrícola, tenían que reducirse al nivel más bajo posible que permitiese la seguridad nacional[22]. Presumiendo (o al menos esperando) que la guerra era el último recurso, y cada vez más improbable que se produjese en el futuro, los discípulos de Smith y sobre todo de Richard Cobden se habrían horrorizado ante la idea de organizar el Estado para la guerra. Como consecuencia de ello, la «modernización» de la industria y de las comunicaciones británicas no fue igualada por mejoras en el Ejército, que (con algunas excepciones)[23] se estancó en los decenios que siguieron a 1815.

Por consiguiente, y a pesar del florecimiento de la economía británica a mediados del período victoriano, ésta estuvo probablemente menos «movilizada» para el conflicto de lo que había estado en cualquier otra época desde los primeros Estuardo. Las medidas mercantilistas, que ponían el acento sobre los lazos entre la seguridad nacional y la riqueza nacional, fueron sucesivamente eliminadas: se abolieron los aranceles protectores; se levantó la prohibición de exportar tecnología avanzada (por ejemplo, maquinaria textil); se derogaron las Leyes de Navegación, encaminadas, entre otras cosas, a preservar un gran número de buques mercantes y de marineros británicos para un caso de guerra, y se puso fin a las «preferencias» imperiales. En contraste con tales medidas, se mantuvieron los gastos de defensa en un mínimo absoluto, alrededor de 15 millones de libras al año en la década de 1840 y no por encima de los 27 millones en la más agitada de 1860; a pesar de que en este último período el PNB de Gran Bretaña representó aproximadamente mil millones de libras esterlinas. En efecto, durante cincuenta años y más, después de 1815, los servicios armados consumie-

ron tan sólo el 2% o el 3% del PNB y los gastos del Gobierno central en su conjunto representaron mucho menos del 10%, proporciones éstas muy inferiores a las de los siglos XIX o XX[24]. Estas cifras habrían sido sorprendentemente bajas para un país de medios y ambiciones modestos. Para un Estado que «gobernaba las olas», que poseía un enorme y dilatado imperio y que profesaba todavía un gran interés en preservar el equilibrio de poder europeo, eran realmente extraordinarias.

Así, pues, el volumen de la economía británica en el mundo, como, digamos, la de los Estados Unidos a principios de la década de 1920, no se refleja en el poder de lucha del país; ni podían ser capaces las estructuras institucionales de *laissez-faire*, con una burocracia minúscula cada vez más divorciada del comercio y de la industria, de movilizar los recursos británicos para una guerra importante sin grandes conmociones. Como veremos más adelante, incluso la limitada Guerra de Crimea sacudió gravemente el sistema, aunque la preocupación que suscitó aquel peligro se desvaneció muy pronto. Los victorianos no sólo mostraron cada vez menos entusiasmo por las intervenciones militares en Europa, que siempre serían caras y tal vez inmorales, sino que concluyeron que el equilibrio entre las grandes potencias continentales que prevaleció generalmente durante los seis decenios siguientes a 1815 hacía innecesario cualquier compromiso en gran escala por parte de Gran Bretaña. Esta, si bien se esforzaba, a través de la diplomacia y de las maniobras navales, en influir en los acontecimientos políticos en la vital periferia de Europa (Portugal, Bélgica, los Dardanelos), tendía a abstenerse de toda intervención en otras partes. En los últimos años de la década del 1850 y primeros de la de 1860 incluso la Guerra de Crimea fue considerada por muchos un error. Debido a su papel importante en el destino del Piamonte en el año crítico de 1859, desaprobó la «intromisión» de Palmerston y Russell en el asunto de Schleswig-Holstein de

1864, y observó desde fuera la derrota de Austria por parte de Prusia en 1866 y la de Francia cuatro años más tarde. No es sorprendente que la capacidad militar británica se reflejase en el volumen relativamente modesto de su Ejército durante este período (véase tabla 8) y del que, en todo caso, podría ser movilizada una pequeña parte en caso de un conflicto europeo.

TABLA 8. Personal militar de las potencias. 1816-1880[25]

	1816	*1830*	*1860*	*1880*
Reino Unido	255 000	140 000	347 000	248 000
Francia	132 000	259 000	608 000	544 000
Rusia	800 000	826 000	862 000	909 000
Prusia/Alemania	130 000	130 000	201 000	430 000
Imperio austríaco	220 000	273 000	306 000	273 000
Estados Unidos	16 000	11 000	26 000	36 000

Incluso fuera de Europa, donde Inglaterra prefería desplegar sus regimientos, los oficiales militares y políticos en lugares tales como la India se quejaban casi siempre de la *insuficiencia* de las fuerzas que estaban bajo su mando, dada la enorme magnitud de los territorios que controlaban. Por muy imponente que pudiese parecer el Imperio en un mapa del mundo, los oficiales de distrito sabían que se gobernaba con muy poco dinero. Pero con esto sólo queremos decir que Gran Bretaña era una clase de gran potencia diferente a principios y mediados del siglo XIX y que su influencia no podía medirse según el criterio tradicional de la hegemonía militar. En cambio, *era* fuerte en otros sectores, cada uno de los cuales era considerado por los ingleses como mucho más valioso que un numeroso y costoso ejército.

El primero de estos sectores era el naval. Desde luego, la Royal Navy había sido, durante más de un siglo antes de 1815, la mayor del mundo. Pero aquel dominio marítimo había sido a

menudo disputado, sobre todo por las potencias borbónicas. El rasgo más destacado de los ochenta años que siguieron a la batalla de Trafalgar fue el de que ningún otro país, o combinación de países, amenazó seriamente el control británico de los mares. Es cierto que se producían los ocasionales «sustos» franceses y que el Almirantazgo también observaba con recelo los programas navales rusos y la construcción de grandes fragatas por parte de los norteamericanos. Pero estos presuntos desafíos se desvanecieron rápidamente y dejaron que el poder naval británico ejerciese (según palabras el profesor Lloyd) «una influencia como jamás se había visto en la historia de los imperios marítimos»[26]. A pesar de la continua reducción numérica después de 1815, la Royal Navy fue en ocasiones probablemente tan poderosa como las tres o cuatro Marinas que iban tras ella en poder combativo real. Y sus mayores flotas *eran* un factor importante en la política europea, o al menos en la periferia. La escuadra anclada en el Tajo para proteger la Monarquía portuguesa contra peligros internos o exteriores; el decisivo empleo de la fuerza naval en el Mediterráneo (contra los piratas argelinos en 1816; en la destrucción de la flota turca, en Navarino en 1827; en la contención de Mohamed Alí en Acre en 1840); y el calculado envío de la flota para que anclara delante de los Dardanelos cuando se agudizó la «Cuestión de Oriente» fueron otras tantas manifestaciones del poder marítimo británico que, aunque geográficamente restringido, pesaba sin embargo en las mentes de los gobernantes europeos. Fuera de Europa, donde flotas más reducidas que la Royal Navy o incluso barcos de guerra individuales realizaban una serie de actividades —combatían la piratería, interceptaban barcos que transportaban esclavos, desembarcaban infantes de Marina e intimidaban a potentados locales desde Cantón hasta Zanzíbar—, el impacto parecía ser aún más decisivo[27].

El segundo ámbito importante de la influencia británica se encuentra en su expansivo imperio colonial. También aquí la situación general era mucho menos competitiva que en los dos siglos anteriores, durante los cuales Gran Bretaña había tenido que luchar reiteradamente por su dominio contra España, Francia y otros Estados europeos. Ahora, aparte de las ocasionales alarmas producidas por los movimientos franceses en el Pacífico o por las intrusiones rusas en Turquestán, ya no quedaban rivales serios. Por consiguiente, no resulta exagerado sugerir que entre 1815 y 1880 gran parte del Imperio británico existió en un vacío de poder político, razón por la que su Ejército colonial pudo mantenerse relativamente reducido. Había, en efecto, límites al imperialismo británico, así como ciertos problemas con la expansión de la República Norteamericana en el hemisferio occidental y la de Francia y Prusia en el oriental. Pero en muchos lugares de los trópicos, y durante largos períodos de tiempo, los intereses británicos (comerciantes, plantadores, explotadores, misioneros) no encontraron más extranjeros que los pueblos indígenas.

Esta falta relativa de presión externa, junto con el auge del liberalismo de *laissez-faire* en casa, llevó a no pocos comentaristas a sostener que las adquisiciones coloniales eran innecesarias porque eran más bien una serie de «piedras de molino» en el cuello del sobrecargado contribuyente británico. Sin embargo, a pesar de la retórica antiimperialista que había dentro de Gran Bretaña, lo cierto es que el Imperio continuó creciendo y que aumentó (según un cálculo) a razón de un promedio anual de 160 000 kilómetros cuadrados entre 1815 y 1865[28]. Algunas adquisiciones eran estratégico-comerciales, como Singapur, Adén, las islas Malvinas, Hong Kong y Lagos; otras eran el resultado del hambre de tierras de los colonos blancos, que se extendían a lo largo del veld sudafricano, de las praderas canadienses y del interior de Australia y cuya expansión solía pro-

vocar una resistencia por parte de los indígenas que con frecuencia tenían que sofocar tropas de Gran Bretaña o de la India británica. E incluso cuando las anexiones formales encontraban resistencia por parte de un Gobierno inquieto por su creciente lista de nuevas responsabilidades, la «influencia informal» de una sociedad británica en expansión se dejaba sentir desde Uruguay hasta Oriente y desde el Congo hasta el Tangtzé. Comparados con los esfuerzos colonizadores esporádicos de los franceses y con la más localizada colonización interior llevada a cabo por los norteamericanos y los rusos, los británicos, como imperialistas constituyeron una clase propia durante la mayor parte del siglo XIX.

El tercer rasgo de la particularidad y la fuerza británica se halla en el campo de las finanzas. Desde luego, este elemento difícilmente puede separarse del general progreso industrial y comercial del país; se había necesitado dinero para impulsar la Revolución industrial, que a su vez generó más dinero, en forma de rendimiento del capital invertido. Y, como se ha visto en el capítulo anterior, el Gobierno británico había sabido, desde hacía tiempo, cómo explotar su crédito en los Bancos y las Bolsas. Pero los acontecimientos en el terreno financiero eran, a mediados del siglo XIX, cualitativa y cuantitativamente diferentes de los que habían tenido lugar con anterioridad. A simple vista, es la diferencia cuantitativa la que llama la atención. La larga paz y la facilidad en la obtención de capital en el Reino Unido, así como las mejoras en las instituciones financieras del país, estimularon a los británicos a invertir más que nunca en el extranjero: los 6 millones de libras que se exportaban anualmente en el decenio que siguió a Waterloo se habían elevado a más de 30 millones entre 1870 y 1875. Los ingresos resultantes de los intereses y los dividendos, que habían representado unos 8 millones de libras anuales a finales de la década de 1830, ascendieron a más de 50 millones al año en la década de 1870;

pero la mayor parte de estas cantidades era rápidamente reinvertida en ultramar, en una especie de virtuosa espiral ascendente que no sólo hacía aún más rica a Gran Bretaña sino que daba un estímulo continuo al comercio y a las comunicaciones mundiales.

Las consecuencias de esta gran exportación de capital fueron varias e importantes. La primera de ellas fue que el rendimiento de las inversiones en ultramar redujo de manera significativa el desequilibrio comercial anual sobre artículos visibles en que incurría siempre Gran Bretaña. En este sentido, los beneficios de la inversión se añadieron a las ya considerables ganancias invisibles derivadas de los transportes marítimos, los seguros, las comisiones de los banqueros, los tratos comerciales, etc. En conjunto, aseguraban no sólo que nunca hubiese una crisis en la balanza de pagos, sino también que Inglaterra se hiciese cada vez más rica, tanto en el interior como en el extranjero. La segunda consecuencia fue que la economía británica actuaba como un gran fuelle, que absorbía enormes cantidades de materias primas y de comestibles y expelía grandes cantidades de tejidos, artículos de hierro y otros productos manufacturados; y este panorama de comercio visible fue igualado, y complementado, por la red de líneas de navegación, convenios de seguros y lazos bancarios que se extendió hacia el exterior desde; Londres (especialmente), Liverpool, Glasgow y otras muchas ciudades a lo largo del siglo XIX.

Dadas la apertura del mercado interior británico y la buena disposición de Londres para reinvertir los ingresos de ultramar en nuevos ferrocarriles, puertos, servicios públicos y empresas agrícolas, desde Georgia hasta Queensland, existía una complementariedad general entre las corrientes mercantiles visibles y los esquemas de inversión[*]. Añádase a esto la creciente aceptación del patrón oro y el desarrollo de un mecanismo internacional de cambio y de pagos fundado en efectos librados sobre

Londres, y sorprenderá muy poco que los ingleses de mediados de la era victoriana estuviesen convencidos de que, siguiendo los principios de la economía política clásica, habían descubierto el secreto que garantizaba la prosperidad creciente y, al mismo tiempo, la armonía mundial. Aunque muchos individuos —proteccionistas conservadores, déspotas orientales, socialistas de nuevo cuño— parecían todavía demasiado ciegos para admitir esta verdad, seguramente, con el tiempo, todos reconocerían la validez fundamental de la economía de *laissez-faire* y de las reglas utilitarias de gobierno[29].

Pero si todo esto hacía que los británicos fuesen más ricos que nunca a corto plazo, ¿no contenía también, a largo plazo, elementos de peligro estratégico? Visto ahora retrospectivamente, se pueden detectar al menos dos consecuencias de aquellos cambios estructurales económicos que más tarde afectarían al poder relativo de Gran Bretaña en el mundo. La primera fue la manera en que contribuyó el país a la expansión a largo plazo de otras naciones, tanto para establecer y desarrollar las industrias y la agricultura extranjera con repetidas inyecciones financieras, como para construir ferrocarriles, puertos y barcos de vapor que permitirían a los productores de ultramar rivalizar en décadas futuras con su propia producción. Conviene observar, a este respecto, que, si bien el advenimiento de la máquina de vapor, el sistema fabril, los ferrocarriles y más tarde la electricidad permitieron a los ingleses superar los obstáculos físicos y lograr una más alta productividad, con lo que aumentaran la riqueza y la fuerza de la nación, tales inventos ayudaron todavía más a los Estados Unidos, a Rusia y la Europa central, pues los obstáculos físicos y naturales al desarrollo de sus recursos naturales eran mucho mayores. Dicho crudamente, la industrialización igualó las oportunidades de explotar los propios recursos indígenas y, de esta manera, de eliminar algunas de las ventajas de las que hasta entonces habían

disfrutado Estados más pequeños, periféricos, comerciales y navieros, en favor de los grandes Estados basados en la tierra[30].

La segunda debilidad estratégica potencial reside en la creciente dependencia de la economía británica con respecto al comercio internacional y, lo que es más importante aún, con respecto a las finanzas internacionales. A mediados del siglo XIX las exportaciones aportaban una quinta parte de la renta nacional total[31], una proporción mucho más elevada que en los tiempos de Walpole o de Pitt; para la enorme industria textil algodonera en particular, los mercados de ultramar eran vitales. Pero las importaciones del extranjero, tanto de materias primas como (cada vez más) de comestibles, también empezaban a resultar vitales, dado que Gran Bretaña estaba dejando de ser una sociedad predominantemente agrícola y se estaba convirtiendo en una sociedad predominantemente urbana e industrial. Y en el sector de más rápido crecimiento, los servicios «invisibles» de la Banca, los seguros y las inversiones en ultramar, la confianza en un mercado mundial era todavía más crítica. La riqueza del mundo pasaba por la City de Londres, lo cual estaba muy bien en tiempos de paz; pero ¿cuál sería la situación si volvía a desencadenarse otra guerra entre grandes potencias? ¿Sé verían los mercados de exportación de Gran Bretaña todavía más perjudicados que en 1809 y 1811-1812? ¿No se estaban volviendo toda la economía y la población nacional demasiado dependientes de bienes importados que podían ser fácilmente suprimidos o suspendidos en períodos de conflicto? ¿Y no se colapsaría el sistema global de Banca y finanzas con sede en Londres al estallar otra guerra mundial, puesto que podían cerrarse los mercados, suspenderse los seguros, retrasarse las transferencias internacionales de capital y arruinarse el crédito? De forma irónica, en tales circunstancias, la avanzada economía británica podía verse más gravemente perjudicada que

la de un Estado que fuese menos «maduro» pero también menos dependiente del comercio y de las finanzas internacionales.

Dadas las presunciones liberales sobre la armonía interestatal y la prosperidad en constante aumento, aquellas ideas parecían vanas; lo único que se necesitaba era que los estadistas actuasen de manera racional y olvidasen la antigua locura de pelearse entre ellos. Y en efecto, argüían los liberales del *laissez-faire*, cuanto más se integrasen la industria y el comercio británicos en la economía global, y cuanto más dependiesen de ella, mayor sería la disuasión de seguir políticas que pudiesen conducir a un conflicto. Del mismo modo, el crecimiento del sector financiero era un buen augurio ya que no sólo fomentaba el *boom* de mediados de siglo, sino que demostraba cuán avanzada y progresiva se había vuelto Gran Bretaña; aunque otros países siguiesen sus pasos y se industrializasen, siempre podría dirigir sus esfuerzos al servicio de aquel desarrollo y obtener incluso más ganancias con ello. Según dijo Bernard Porter, era el primer huevo de rana al que le salían piernas, el primer renacuajo que se transformaba en rana, la primera rana que saltaba fuera del estanque. Era económicamente diferente de las otras, pero esto era sólo debido a que se les había adelantado mucho[32]. A causa de tan favorables circunstancias, el temor a una debilidad estratégica parecía infundado; y la mayoría de los victorianos preferían, como Kingsley al verter lágrimas de orgullo durante la Gran Exposición en el Crystal Palace en 1851, creer que se estaba fraguando un destino cósmico:

> La máquina de hilar y el ferrocarril, los transatlánticos de Cunard y el telégrafo eléctrico, son para mí… señales de que estamos, al menos en algunos puntos, en armonía con el universo; que hay un poderoso espíritu trabajando entre nosotros…, el Dios Ordenador y Creador[33].

Por consiguiente, como todas las otras civilizaciones en lo alto de la rueda de la fortuna, los ingleses podían creer que su posición era «natural» y estaba destinada a continuar. Y como todas aquellas otras civilizaciones, recibirían un fuerte golpe. Pero esto correspondía todavía al futuro y, en la época de Palmerston y Macaulay, la fuerza británica era mucho más evidente que sus flaquezas.

LAS «POTENCIAS MEDIANAS»

El impacto del cambio económico y tecnológico en la posición relativa de las grandes potencias de la Europa continental fue mucho menos espectacular en el medio siglo que siguió a 1815, principalmente porque la industrialización empezó en ellos a un nivel mucho más bajo que en Gran Bretaña. Cuanto más se alejaba uno hacia el Este, tanto más feudal y agrícola tendía a ser la economía local; pero incluso en la Europa occidental, que había estado cerca de Gran Bretaña en muchos aspectos del desarrollo comercial y tecnológico anterior a 1790, dos décadas de guerra habían dejado una marca profunda: las pérdidas de población, el cambio de las barreras aduaneras, los impuestos más elevados, la «pastoralización» del sector atlántico, la pérdida de mercados y materias primas de ultramar, las dificultades de adquirir los últimos inventos británicos, eran otros tantos contratiempos para el crecimiento económico general, aunque (por razones especiales) ciertos comercios y regiones habían florecido durante las guerras napoleónicas[34]. Si bien el advenimiento de la paz significó la reanudación del comercio normal y también hizo que los empresarios continenta-

les se percataran de su gran atraso con respecto a Gran Bretaña, no provocó un súbito estallido de modernización. Sencillamente, no había bastante capital, o demanda local o entusiasmo oficial, para producir una transformación; y muchos comerciantes artesanos y tejedores a mano europeos se opusieron tenazmente a la adopción de técnicas inglesas, en las que veían (acertadamente) una amenaza contra su viejo estilo de vida[35]. En consecuencia, aunque la máquina de vapor, el telar mecánico y el ferrocarril hicieron algunos progresos en la Europa continental,

> entre 1815 y 1848 los rasgos tradicionales de la economía siguieron predominando: la superioridad de la agricultura sobre la producción industrial, la falta de medios de transporte baratos y rápidos, y la prioridad dada a los bienes de consumo sobre la industria pesada[36].

Como muestra la tabla 7, los aumentos relativos en los niveles per cápita de industrialización en el siglo que siguió a 1750 no fueron muy impresionantes, y sólo en los decenios de 1850 y 1860 empezó a cambiar el panorama.

Las condiciones políticas y diplomáticas prevalecientes de la «Europa de la Restauración» se combinaron también para congelar el *statu quo* internacional o, al menos, para permitir tan sólo alteraciones en pequeña escala del orden existente. Precisamente porque la Revolución francesa había sido un desafío tan aterrador, tanto a las estructuras sociales internas como al sistema de Estados tradicional de Europa, Metternich y sus compañeros conservadores consideraban ahora con recelo todos los nuevos progresos. Una diplomacia aventurera, que corriese el riesgo de una guerra general, era tanto de temer como una campaña de defensa de la autodeterminación nacional o de la reforma constitucional. En conjunto, los líderes políticos sentían que ya tenían bastante trabajo con resolver las turbu-

lencias nacionales y la agitación de intereses sectoriales, muchos de los cuales empezaban a sentirse amenazados incluso por las tempranas apariciones de nueva maquinaria, el crecimiento de la urbanización y otros desafíos incipientes a los gremios, la artesanía y los reglamentos protectores de una sociedad preindustrial. Lo que un historiador describió como «guerra civil endémica que produjo los grandes brotes insurreccionales de 1830, así como una serie de revueltas intermedias»[37], significaba que los estadistas carecían en general de energía y de deseo de enzarzarse en conflictos exteriores que podían muy bien debilitar sus propios regímenes.

En relación con esto, vale la pena observar que muchas de las acciones militares que se produjeron fueron precisamente iniciadas para defender el orden sociopolítico existente contra la amenaza revolucionaria; por ejemplo, el aplastamiento por parte del Ejército austriaco de la resistencia en el Piamonte en 1823, la entrada de los franceses en España aquel mismo año para devolver al rey Fernando sus anteriores poderes y, lo más notable de todo, el empleo de tropas rusas para sofocar la revolución húngara de 1884. Pese a que estas medidas reaccionarias fueron cada vez más impopulares entre la opinión británica, la insularidad de este país significó que no intervendría para salvar de la eliminación a las fuerzas liberales. En cuanto a los cambios territoriales dentro de Europa, sólo podían ocurrir según el acuerdo del «concierto» de las grandes potencias, algunas de las cuales podían necesitar ser compensadas de alguna manera. Así, pues, a diferencia de la precedente era de Napoleón o de la subsiguiente era de Bismarck, el período de 1815-1865 internacionalizó la mayoría de sus delicados problemas políticos (Bélgica, Grecia) y repudió las acciones unilaterales. Todo esto dio una estabilidad básica, aunque precaria, al sistema de Estados existente.

La posición internacional de Prusia en las décadas que siguieron a 1815 se vio claramente afectada por estas condiciones generales sociales y políticas[38]. Aunque muy aumentado territorialmente gracias a la adquisición de Renania, el Estado de los Hohenzollern parecía ahora mucho menos imponente que en la época de Federico *el Grande*. A fin de cuentas, fue durante las décadas de 1850 y 1860 cuando tuvo lugar la expansión económica en suelo prusiano con mucha mayor rapidez que en cualquiera de los demás países de Europa. En cambio, durante la primera mitad del siglo el país parecía un pigmeo industrial y su producción anual de hierro, de 50 000 toneladas, era eclipsada no únicamente por Gran Bretaña, Francia y Rusia, sino también por el Imperio austriaco. Además, la adquisición de Renania no sólo dividió geográficamente a Prusia, sino que exacerbó también las divisiones políticas entre las provincias occidentales más «liberales» y las provincias orientales más «feudales». Durante la mayor parte de este período, las tensiones internas desempeñaron un papel principal en la política, y aunque las fuerzas de la reacción generalmente prevalecieron, se sintieron alarmadas por las tendencias reformistas de 1810-1819 y aterrorizadas por la revolución de 1848-1849. Incluso cuando los militares volvieron a instaurar un régimen profundamente antiliberal, el miedo a la inquietud interior hizo que la elite prusiana se sintiese reacia a contemplar aventuras de política exterior; antes al contrario, los conservadores creyeron que necesitaban identificarse al máximo con las fuerzas de la estabilidad en los demás países de Europa, en especial Rusia e incluso Austria.

Las disputas sobre política interior de Prusia se complicaron todavía más a causa del debate sobre la «cuestión alemana», es decir, sobre la posibilidad de una unión definitiva de los treinta y nueve Estados alemanes y los medios con los que podían conseguirse este objetivo. Pues este problema no sólo separaba, co-

mo era de esperar, a la burguesía liberal-nacionalista prusiana de la mayoría de los conservadores, sino que también implicaba negociaciones delicadas con los Estados del Centro y del Sur de Alemania y, lo que era más importante, hacía revivir la rivalidad con el Imperio austriaco que se había puesto de manifiesto por última vez en las acaloradas disputas en torno a Sajonia, en 1814. Aunque Prusia era el líder indiscutible de la cada vez más importante Unión Aduanera Alemana (Zollverein) que se desarrolló a partir de la década de 1830, y a la que no podían incorporarse los austriacos debido a las presiones proteccionistas de sus propios industriales, el equilibrio de la ventaja política se inclinó generalmente a favor de Viena durante estos decenios. En primer lugar, tanto Federico Guillermo III (1797-1840) como Federico Guillermo IV (1840-1861) temían los resultados de un choque con el Imperio austriaco más de lo que lo temían Metternich y su sucesor Schwarzenberg con su vecino del Norte. Además, Austria presidía las sesiones de la Federación Alemana en Frankfurt, gozaba de la simpatía de muchos pequeños Estados alemanes, por no hablar de los viejos conservadores prusianos, y parecía una potencia europea indiscutible, mientras que Prusia era poco más que una potencia alemana. La señal más evidente del mayor peso de Viena consistió en el acuerdo de Oelmuetz de 1850, que puso temporalmente fin a sus maniobras para dirigir la cuestión alemana cuando Prusia se avino a desmovilizar su Ejército y a renunciar a sus propios planes de unificación. En opinión de Federico Guillermo IV, una humillación diplomática era preferible a una guerra arriesgada, teniendo en cuenta la proximidad en el tiempo de la revolución de 1848. E incluso los nacionalistas prusianos como Bismarck, irritados por semejante retirada ante las demandas austriacas, sintieron que poco se podía hacer hasta que se hubiese resuelto de manera definitiva «la lucha por el dominio en Alemania».

Un factor vital de la sumisión de Federico Guillermo en Oelmuetz había sido el conocimiento de que el zar ruso apoyaba a Austria en la «cuestión alemana». En realidad, Berlín se esforzó a lo largo de todo el período desde 1812 hasta 1871 en evitar toda provocación del coloso militar del Este. Realmente, razones ideológicas y, dinásticas contribuían a justificar esta obsequiosidad, pero no disimulaban del todo el continuo sentimiento de inferioridad de Prusia, sentimiento que la adquisición rusa de la mayor parte de Polonia en el Congreso de Viena de 1815 no había hecho más que acentuar. Las expresiones de desaprobación por parte de San Petersburgo de todo movimiento en defensa de la liberalización en Prusia, la conocida convicción del zar Nicolás I de que la unificación alemana era una utopía (sobre todo si tenía que producirse, como se intentó en 1848, a través de una asamblea radical de Frankfurt que ofreciese la corona de emperador al rey de Prusia) y el apoyo de Rusia a Francia antes de Oelmuetz, eran otras tantas manifestaciones de su fuerte influencia extranjera. Por consiguiente, no es de extrañar que el estallido de la Guerra de Crimea en 1854 encontrase al Gobierno prusiano desesperadamente ansioso por permanecer neutral, pues temía las consecuencias de entrar en guerra contra Rusia aunque le preocupase perder el respeto de Austria y de las potencias occidentales. Dadas las circunstancias, la posición de Prusia era lógica, pero, como la política «vacilante» de Berlín molestaba a los ingleses y a los austriacos, no se permitió a los diplomáticos prusianos que se uniesen a los otros delegados en el Congreso de París (1856) hasta que las sesiones estuvieron ya bastante avanzadas. Y aun entonces, de forma simbólica, Prusia fue tratada como una participante marginal.

También en otros sectores —aunque con menos tenacidad—, se vio Prusia constreñida por potencias extranjeras. Las denuncias de Palmerston de la entrada de las tropas prusianas en Sch-

leswig-Holstein en 1848 constituyeron la menor preocupación. Mucho más inquietante fue la potencial amenaza francesa a Renania en 1830, de nuevo en 1840 y por último de la década de 1860. Todos estos períodos de tensión no hicieron más que confirmar lo que las querellas con Viena y los ocasionales gruñidos de San Petersburgo habían ya indicado: que Rusia, en la primera mitad del siglo XIX, era la menor de las grandes potencias, estaba perjudicada por la geografía, se veía oscurecida por vecinos poderosos, distraída por problemas internos alemanes y era completamente incapaz de representar un papel más importante en los asuntos internacionales. Esto parece tal vez un juicio demasiado duro si se tienen en cuenta los diversos puntos fuertes de Prusia: su sistema docente, desde las escuelas parroquiales hasta las Universidades, no era superado por ninguno en Europa; su sistema administrativo era razonablemente eficaz, y su Ejército y su formidable Estado Mayor estudiaron muy pronto las reformas en táctica y en estrategia, sobre todo en las implicaciones militares de «los ferrocarriles y los rifles»[39]. Pero la cuestión era que este potencial no podía ser utilizado hasta que se resolviese la crisis política interna entre liberales y conservadores, hasta que hubiese un liderazgo firme en la cima, en lugar de las vacilaciones de Federico Guillermo IV, y hasta que se hubiese desarrollado la base industrial de Prusia. Por consiguiente, sólo después de eso pudo el Estado de los Hohenzollern abandonar su posición de potencia de casi segundo orden.

Sin embargo, como tantas otras cosas en la vida, la debilidad estratégica es relativa y, comparados con los del Imperio austriaco, los problemas de Prusia no eran quizá tan desalentadores. Aunque el período de 1648-1815 había visto cómo «surgía» y «se afirmaban» el Imperio[40], aquella expansión no había eliminado las dificultades con que tropezaba Viena al esforzarse en representar un papel de gran potencia. Por el contrario, el

arreglo de 1815 resolvió aquellas dificultades, al menos a largo plazo. Por ejemplo, el hecho de que los austriacos hubiesen luchado con tanta frecuencia contra Napoleón y acabado en el bando de los vencedores significó la exigencia de «compensaciones» en la modificación de fronteras que se acordó durante las negociaciones de 1814-1815, y aunque los Habsburgo accedieron prudentemente a retirarse del sur de los Países Bajos, del sudoeste de Alemania (la Vorlande) y de ciertas partes de Polonia, esto fue compensado por su expansión a gran escala en Italia y por la afirmación de su papel predominante en la recién creada Federación Alemana.

Dada la teoría general del equilibrio europeo, y en especial las versiones preferidas por los comentaristas británicos, así como por el propio Metternich, este restablecimiento del poder austriaco era recomendable. El Imperio austriaco, que se extendía en Europa desde la llanura italiana del norte hasta Galitzia, actuaría como punto de apoyo central del equilibrio, pues contendría las ambiciones francesas en Europa occidental y en Italia, preservaría el *statu quo* en Alemania contra los nacionalistas de la «gran Alemania» y los expansionistas prusianos, y levantaría una barrera a la penetración rusa en los Balcanes. Era cierto que cada una de estas funciones era apoyada por una o más de las otras grandes potencias, según el contexto; pero el Imperio de los Habsburgo era vital para el funcionamiento de este complejo juego entre cinco, ya que era el que parecía tener más interés en congelar el acuerdo de 1815 (por cuanto que Francia, Prusia y Rusia querían introducir antes o después algunos cambios, mientras que los ingleses, al ver cada vez menos razones estratégicas e ideológicas para apoyar a Metternich después de la década de 1820, estaban en consecuencia, menos dispuestos a ayudar a Austria en su esfuerzo de mantener todos los aspectos del orden existente). En realidad, en opinión de algunos historiadores, la paz general que prevaleció en Europa

durante decenios después de 1815 se debió principalmente a la posición y las funciones del Imperio austriaco. Así, pues, cuando no pudo conseguir apoyo militar de las otras potencias para conservar el *statu quo* en Italia y en Alemania en la década de 1860, fue manteniendo al margen de estos dos teatros y cuando, después de 1900, se puso en duda su propia supervivencia, fue inevitable una gran guerra de sucesión; con fatídicas implicaciones para el equilibrio europeo[41].

Mientras las potencias conservadoras de Europa estuvieron unidas en la preservación del *statu quo* —contra el resurgimiento francés o la «revolución» en general—, la debilidad de los Habsburgo quedó encubierta. Apelando a la solidaridad ideológica de la Santa Alianza, Metternich pudo contar generalmente con el apoyo de Rusia y de Prusia, que a su vez le dieron libertad para intervenir contra los movimientos liberales, bien fuera enviando tropas austriacas para sofocar la insurrección de Nápoles en 1821, bien permitiendo la acción militar francesa en España en apoyo del régimen borbónico, o bien orquestando la imposición de los reaccionarios Decretos de Carlsbad (1819) sobre los miembros de la Federación Alemana. De manera parecida, las relaciones del imperio austriaco con San Petersburgo y con Berlín se beneficiaron de su mutuo interés en reprimir el nacionalismo polaco, que para el Gobierno ruso constituía un problema mucho más vital que los ocasionales desacuerdos sobre Grecia o los Estrechos; la represión conjunta de la rebelión polaca en Galitzia y la incorporación a Austria de la Ciudad Libre de Cracovia en 1846, con la conformidad de Rusia y de Prusia, mostraron las ventajas que podían obtenerse de semejante solidaridad monárquica.

No obstante, a largo plazo esta estrategia de Metternich fue profundamente errónea. Las revoluciones sociales radicales podían reprimirse fácilmente en la Europa del siglo XIX; siempre que se producía una de ellas (1830, 1848 y la Comuna de

1871) la asustada clase media se ponía de parte de «la ley y el orden». Pero las ideas y los movimientos difundidos a favor de la autodeterminación nacional, estimulados por la Revolución francesa y por las diversas guerras de liberación a principios de siglo, no podían sofocarse para siempre y los intentos de Metternich de aplastar los movimientos independentistas fueron agotando de manera constante el Imperio de los Habsburgo. Al oponerse con firmeza a todas las agitaciones de independencia nacional, Austria perdió rápidamente la simpatía de su antigua aliada Gran Bretaña. Su reiterado uso de fuerza militar en Italia provocó una reacción de todas las clases contra su «carcelero» austriaco, que sería aprovechada por Napoleón III unas décadas más tarde, cuando el ambicioso monarca francés pudo ayudar a Cavour a expulsar a los austriacos del norte de Italia. Del mismo modo, la negativa del Imperio austriaco a unirse a la Zollverein por razones económicas y por la imposibilidad constitucional-geográfica de convertirse en partes de la «gran Alemania» disgustó a muchos nacionalistas alemanes, que empezaron entonces a buscar el liderazgo de Prusia. Incluso el régimen zarista, que por lo general apoyaba los esfuerzos de Viena para sofocar las revoluciones, encontró en esta ocasión más fácil enfrentarse a Austria que a las cuestiones nacionales: testigo de ello fue la política de Alejandro I que, en colaboración con los ingleses, apoyó la independencia griega durante los últimos años de la década de 1820, a pesar de toda la oposición de Metternich.

Lo cierto es que, en una era de creciente conciencia nacional, el Imperio austriaco parecía más que nunca un anacronismo. Se ha observado que, en cada una de las otras grandes potencias,

> una mayoría de los ciudadanos compartía una lengua y una religión comunes. Al menos el 90% de los franceses hablaba francés y la misma proporción correspon-

día, al menos nominalmente, a la Iglesia católica. Más de ocho de cada diez prusianos eran alemanes (los demás eran principalmente polacos) y el 70% de los alemanes era protestante. Entre los setenta millones de súbditos del zar, había algunas minorías notables (cinco millones de polacos, tres millones y medio de finlandeses, estonios, letonios y lituanos, y tres millones de caucasianos diversos), pero quedaban cincuenta millones que eran rusos y ortodoxos. Y de los habitantes de las Islas Británicas el 90% era de habla inglesa y el 70% protestante. Se necesitaba poco para mantener unidos a países como éstos; tenían una cohesión intrínseca. Por el contrario, el emperador austriaco gobernaba un revoltijo étnico que debía hacerle gruñir cada vez que pensaba en ello. Él y ocho millones de sus súbditos eran alemanes, pero había un número doble de eslavos de diferentes clases (checos, eslovacos, polacos, ruterios, eslovenos, croatas y serbios), cinco millones eran húngaros, cinco millones italianos y dos millones rumanos. ¿Qué clase de nación era ésta?

LA RESPUESTA ES QUE NINGUNA[42]

El Ejército habsburgués, considerado como «una de las instituciones más importantes, si no la más importante» del Imperio, reflejaba esta diversidad étnica. «En 1865 (esto es, el año anterior al choque decisivo con Prusia por el dominio de Alemania), el Ejército tenía 128 286 alemanes, 96 300 checos y eslovacos, 52 700 italianos, 22 700 eslovenos, 20 700 rumanos,

19 000 serbios, 50 100 rutenos, 37 700 polacos, 3500 magiares, 27 600 croatas y 5100 hombres de otras nacionalidades en sus listas»[43]. Aunque esto hacía que el Ejército fuese casi tan pintoresco y variado como los regimientos anglo-indios bajo el Raj, creaba también toda clase de desventajas cuando se comparaba con las mucho más homogéneas tropas francesas o prusianas.

Esta potencial debilidad militar se agudizaba por la falta de fondos adecuados, lo cual era debido en parte a la dificultad de aumentar los impuestos en el Imperio, pero principalmente a la flaqueza de su base comercial e industrial. Aunque los historiadores hablan ahora del «auge económico del Imperio habsburgués»[44] en el período de 1760-1914, lo cierto es que durante la primera mitad del siglo XIX la industrialización tuvo lugar sólo en ciertas regiones occidentales, tales como Bohemia, las tierras alpinas y los alrededores de la propia Viena, con lo que la mayor parte del Imperio permaneció relativamente intacto. Por consiguiente, mientras Austria propiamente dicha avanzó, el Imperio *en su conjunto* quedó a la zaga de Gran Bretaña, de Francia y de Prusia en términos de industrialización per cápita, producción de hierro y de acero, capacidad de energía de vapor, etc.

Es más, el coste de las guerras francesas «había dejado al Imperio financieramente exhausto, con la carga de una fuerte deuda pública y con una masa de papel moneda depreciada»[45], lo cual obligaba virtualmente al Gobierno a reducir al mínimo los gastos militares. En 1830 la asignación del Ejército no equivalía más que al 23% de las rentas totales (en comparación con el 50% de 1817), y en 1848 aquella proporción había bajado hasta el 20%. Cuando se producían crisis, como en 1848-1849, 1854-1855, 1859-1860 y 1865, se autorizaban aumentos extraordinarios en los gastos militares; pero nunca eran suficientes para permitir al Ejército desplegar toda su fuerza, y eran rápidamente reducidos cuando se consideraba que la crisis había

terminado. Por ejemplo, el presupuesto militar era de 179 millones de florines en 1860, descendió a 118 millones en 1863, se elevó a 155 millones a raíz del conflicto de 1864 con Dinamarca y sufrió una drástica bajada a 96 millones en 1865, precisamente un año antes de la guerra con Prusia. Ninguno de estos totales estaba a la altura de los presupuestos militares de Francia, Gran Bretaña y Rusia, o (un poco más tarde) el de Prusia; y como la administración militar austriaca era considerada corrompida e ineficaz, incluso en comparación con lo que era habitual a mediados del siglo XIX, el dinero que *era* asignado no era bien gastado. En resumidas cuentas, la fuerza armada del Imperio austriaco no correspondía en modo alguno a las guerras en que podía verse obligado a luchar[46].

Todo esto no quiere decir que anticipemos la caída del Imperio. Su poder, según han observado muchos historiadores, seguía siendo extraordinario: después de sobrevivir a la Reforma, a los turcos y a la Revolución francesa demostró también ser capaz de afrontar los sucesos de 1848-1849, la derrota de 1866 y, hasta las últimas fases, las tensiones de la Primera Guerra Mundial. Sus puntos flacos eran evidentes, pero también poseía fuerza. La monarquía contaba con la lealtad, no sólo de los súbditos alemanes, sino también de muchos aristócratas y familias «serviciales» en las tierras no alemanas; por ejemplo en Polonia su régimen era muy benigno en comparación con las administraciones rusas y prusiana. Además, el carácter complejo y multinacional del Imperio, con sus rivalidades locales, permitía cierto *divide et impera* desde el centro, según demostró la cuidadosa distribución del Ejército: los regimientos húngaros estaban estacionados principalmente en Italia y Austria y los regimientos italianos, en Hungría; la mitad de los regimientos de húsares estaban estacionados en el extranjero, etc.[47].

Por último, tenía la ventaja negativa de que ninguna de las otras grandes potencias —incluso cuando se hallaban enfrenta-

das al Imperio habsburgués— sabía qué poner en su lugar. El zar Nicolás I podía ver con malos ojos las pretensiones austriacas en los Balcanes, pero estuvo dispuesto a prestar un ejército para ayudar a sofocar la revolución húngara de 1848; Francia podía intrigar para expulsar a los Habsburgo de Italia, pero Napoleón III sabía también que Viena podía ser un útil aliado futuro contra Prusia o contra Rusia, y Bismarck, aunque resuelto a borrar toda influencia austriaca de Alemania, se cuidó de salvar el Imperio austriaco en cuanto capituló en 1866. Mientras existiese esta situación el Imperio sobreviviría… aunque sufriese.

A pesar de sus pérdidas durante la Guerra Napoleónica, la posición de Francia durante el medio siglo que siguió a 1815 fue mucho mejor que la de Prusia o la del Imperio austriaco en muchos aspectos[48]. Su renta nacional era mucho más elevada y el capital era más fácilmente alcanzable; su población era mucho más numerosa que la de Prusia y más homogénea que la del Imperio habsburgués; podía permitirse un gran Ejército y pagar también una Marina considerable. Sin embargo, es tratada aquí como «potencia mediana» simplemente porque la combinación de las circunstancias estratégicas, diplomáticas y económicas impedía que Francia concentrase sus recursos y llevase una delantera decisiva en cualquier esfera en particular.

El hecho primordial, en lo que se refiere al poder político, en los años de 1814-1815 era que todos los demás grandes Estados se habían mostrado resueltos a impedir los intentos franceses de tener una hegemonía sobre Europa; y Londres, Viena, Berlín y San Petersburgo no solamente estaban dispuestos a solventar sus diferencias en otros asuntos (por ejemplo Sajonia) con el fin de frustrar el intento final de Napoleón, sino que estaban también empeñados en establecer un sistema de posguerra que bloqueara en el futuro las tradicionales rutas de expansión de Francia. Así, Prusia actuaba como guardián de Renania,

Austria fortalecía su posición en el norte de Italia, y Gran Bretaña extendía SU influencia en la Península Ibérica; y detrás de todo esto, se hallaba un gran Ejército ruso dispuesto a actuar en Europa en defensa de los acuerdos de 1815. En consecuencia, por mucho que todos los partidos franceses reclamaran una política de «recuperación»[49], estaba claro que era imposible cualquier mejora espectacular. Lo mejor que se podía conseguir era, por una parte, el reconocimiento de que Francia era un socio igual a los demás en el Concierto europeo y, por otra, el restablecimiento de la influencia política francesa en las regiones vecinas *junto* con la de las potencias existentes. Sin embargo, aunque los franceses pudiesen conseguir la paridad, por ejemplo, con los británicos y la Península Ibérica y volver a representar un papel importante en Levante, siempre tenían que estar atentos para no provocar otra coalición contra ellos. Cualquier movimiento de Francia en los Países Bajos, como se demostró en las décadas de 1820 y 1830, producía de manera instintiva una alianza anglo-prusiana demasiado fuerte para combatirla.

La otra carta que podía jugar París consistía en establecer íntimas relaciones con una de las grandes potencias, que entonces podían ser explotadas para asegurar los objetivos franceses[50]. Dadas las rivalidades latentes entre los otros Estados y las considerables ventajas que podía ofrecer una alianza con Francia (dinero, tropas, armas), aquella presunción era plausible; no obstante, fallaba en tres aspectos. En primer lugar, la otra potencia podía ser capaz de explotar a Francia más que Francia a ella, como hizo Metternich a mediados de la década de 1830, cuando aprovechó las propuestas francesas para dividir a Londres y París. En segundo lugar, los cambios de régimen que se produjeron en Francia a lo largo de aquellos decenios afectaron inevitablemente a las relaciones diplomáticas en un período en que la ideología desempeñaba un importante pa-

pel. Por ejemplo la antigua esperanza de una alianza con Rusia se desvaneció con la Revolución de 1830 en Francia. Por último, persistía el problema insuperable de que, mientras que algunas de las otras potencias querían colaborar con Francia en ciertas ocasiones, ninguna de ellas deseaba, en este período, un cambio en el *statu quo*; es decir, sólo ofrecían a los franceses su amistad diplomática, no la promesa de una recompensa territorial. Hasta después de la Guerra de Crimea no existió fuera de Francia un deseo extendido de reordenar las fronteras de 1815.

Estos obstáculos hubiesen podido parecer menos formidables si Francia hubiese sido frente al resto de Europa tan fuerte como lo había sido con Luis XIV en el cenit de su poder o con Napoleón en el cenit del suyo. Pero el hecho era que Francia, después de 1815, no era un país particularmente dinámico. Tal vez un millón y medio de franceses habían muerto en las guerras que se habían sucedido entre 1793 y 1815[51] y, lo que es más importante, el aumento de la población fue en Francia más lento que en cualquier otra gran potencia a lo largo del siglo XIX. Aquel largo conflicto no sólo había trastornado la economía francesa de las diversas maneras arriba mencionadas (véanse págs. 166-169), sino que el advenimiento de la paz la había expuesto al desafío comercial de su gran rival británico. «El hecho cardinal para la mayoría de los productores franceses, después de 1815, fue la exigencia de un productor industrial extraordinariamente dominante y poderoso, no como su vecino más próximo, sino también como una poderosa fuerza en todos los mercados extranjeros y a veces incluso en su propio y fuertemente protegido mercado interior»[52]. Esta falta de competitividad, la inexistencia de incentivos dentro de Francia para modernizarse (por ejemplo, las pequeñas dimensiones de las propiedades agrícolas, las malas comunicaciones, los mercados esencialmente locales, la ausencia de carbón barato y de fácil extracción) y la pérdida de todo estímulo de los mercados de

ultramar, significaron que, entre 1815 y 1850, su ritmo de crecimiento industrial fuese considerablemente menor que el de Gran Bretaña. A principios de siglo, la producción manufacturera de ésta era igual a la de Francia; en 1830 representaba el 182,5% de la de Francia; y en 1860 se había elevado hasta el 251%[53]. Además, aunque la construcción de ferrocarriles y la industrialización general de Francia empezaron a acelerarse en la segunda mitad del siglo XIX, los franceses comprobaron alarmados que Alemania crecía todavía más deprisa.

Sin embargo, los historiadores no ven ahora tan claro que la economía francesa durante aquel siglo deba ser calificada tan a la ligera de «atrasada» o «decepcionante»; en muchos aspectos, el camino seguido por los franceses hacia la prosperidad nacional fue tan lógico como aquel (de signo muy diferente) que siguieron los británicos[54]. Los horrores sociales de la Revolución industrial estuvieron menos extendidos en Francia; sin embargo, debido al mayor énfasis puesto en artículos de alta calidad en detrimento de la producción en masa, el valor per cápita añadido a cada producto manufacturado era sustancialmente mayor. Si los franceses en general no invertían dentro de su país en empresas industriales a gran escala, ello era a menudo una cuestión de cálculo más que un indicio de pobreza o de atraso. Había, en efecto, un considerable excedente de capital, buena parte del cual se destinaba a inversiones industriales en otras partes de Europa[55]. Los gobiernos franceses no tuvieron que preocuparse por la escasez de fondos, y *hubo* inversión en municiones y productos metalúrgicos relacionados con las fuerzas armadas. Fueron inventores franceses los que produjeron el cañón de granadas bajo el general Paixhans, los «famosos diseños navales» del *Napoleón y La Gloire*, así como la bala y el rifle «Minie»[56].

A pesar de todo, sigue siendo cierto que el poder *relativo* de Francia se estaba erosionando en términos económicos y en

otros aspectos. Aunque Francia era, repetimos, más grande que Prusia o que el Imperio austriaco, no había ninguna esfera en la que fuese líder decisivo, como lo había sido un siglo atrás. Su Ejército era grande, pero el de Rusia lo aventajaba en número. Su Marina, apoyada de manera irregular por las sucesivas administraciones francesas, ocupaba por lo general el segundo lugar, por detrás de la Royal Navy, pero la diferencia entre ambas era enorme. En términos de producción manufacturera y de producto nacional, Francia se estaba retrasando en relación con su emprendedora vecina. La botadura del La Gloire fue rápidamente eclipsada por el *H. M. S. Warrior*, de la misma manera que su artillería de campaña era superada por los nuevos modelos de Krupp. En definitiva, pues, Francia desempeñaba un papel fuera de Europa, pero sus posesiones y su influencia eran mucho menos extensas que las de Gran Bretaña.

Todo esto indica otro problema agudo que hacía difícil el cálculo —y a menudo el despliegue— de la indudable fuerza de Francia. Ésta seguía siendo una clásica potencia *híbrida*,[57] que se debatía con frecuencia entre sus intereses europeos y no europeos, y esto afectaba a su vez a su diplomacia, ya bastante complicada por consideraciones ideológicas y de equilibrio de poder. ¿Era más importante contener el avance de Rusia sobre Constantinopla que bloquear las pretensiones británicas en Oriente? ¿Debía tratar de sacar a Austria de Italia o desafiar a la Royal Navy en el canal de la Mancha? ¿Debía fomentar a los primeros movimientos en favor de la unificación de Alemania o debía oponerse a ellos? Dados los pros y contras de cada una de estas políticas, no es de extrañar que los franceses fuesen a menudo considerados ambivalentes y vacilantes, aunque eran tenidos por miembros de pleno derecho del Concierto.

Por otra parte, no hay que olvidar que las circunstancias generales que constreñían a Francia le permitían también actuar como freno de las otras grandes potencias. Si éste fue especial-

mente el caso en tiempos de Napoleón III, también fue verdad, de manera incipiente, a finales de la década de 1820. Simplemente debido a sus dimensiones, la recuperación de Francia tuvo implicaciones en las Penínsulas Ibérica e Italiana, en los Países Bajos y aún más lejos. Tanto los ingleses como los rusos debían tener en cuenta a Francia en sus intentos de influir en el Imperio otomano. Fue Francia, mucho más que el vacilante Imperio austriaco o incluso Gran Bretaña, la que representó el principal freno militar a Rusia durante la Guerra de Crimea. Fue Francia la que debilitó la posición austriaca en Italia, y fue principalmente Francia la que, de forma menos espectacular, hizo que el Imperio británico no tuviera un monopolio absoluto de influencia a lo largo de las costas africanas y chinas. Por último, cuando la lucha austro-prusiana «por el dominio en Alemania» llegó a su punto culminante, ambos rivales manifestaron su profunda preocupación por lo que podía hacer o dejar de hacer Napoleón III. En suma, con su recuperación durante las décadas que siguieron a 1815, Francia siguió siendo una potencia considerable, diplomáticamente muy activa, militarmente bastante fuerte, y que convenía más tener como amiga que como rival, aunque sus propios líderes se diesen cuenta de que ya no era tan dominante como lo había sido durante los dos siglos anteriores.

LA GUERRA DE CRIMEA Y LA EROSIÓN DEL PODER RUSO

El poder *relativo* de Rusia empezó a declinar sobre todo durante los decenios de paz internacional y de industrialización

que siguieron a 1815, aunque ello no se evidenció plenamente hasta la Guerra de Crimea (1845-1856). En 1814 Europa se había alarmado ante el avance del Ejército ruso hacia el Oeste, y las multitudes de París habían gritado prudentemente «*Vive l'émpéreur Alexandre!*» al entrar el zar en su ciudad detrás de sus brigadas de cosacos. El propio acuerdo de paz, con su énfasis archiconservador contra futuros cambios territoriales y políticos, fue garantizado por un ejército ruso de 800 000 hombres, tan superior al de cualquier rival en tierra como lo era la Royal Navy en el mar. Este coloso oriental eclipsaba tanto a Austria como a Prusia, que temían su fuerza aun proclamando su solidaridad monárquica con él. En todo caso, el papel de Rusia como guardián de Europa se acrecentó cuando el mesiánico Alejandro I fue sucedido por el autócrata Nicolás I (1825-1855); y los sucesos revolucionarios de 1848-1849 reforzaron la posición de este último, cuando, según observó Palmerston, Rusia y Gran Bretaña eran las únicas potencias que «se mantenían en pie»[58]. Las desesperadas peticiones de ayuda del Gobierno austríaco para sofocar la rebelión húngara fueron atendidas con el envío de tres ejércitos rusos. Por el contrario, las vacilaciones de Federico Guillermo IV de Prusia en lo referente a los movimientos de reforma interior, junto con las proposiciones de cambios en la Federación Alemana provocaron la constante presión de Rusia hasta que la Corte de Berlín aceptó una política interior reaccionaria y la retirada diplomática en Oelmuetz. En cuanto a las propias «fuerzas de cambio» posteriores a 1848, todos sus elementos, ya fuesen los derrotados nacionalistas polacos y húngaros, los burgueses liberales frustrados, o los marxistas, convinieron en que el principal baluarte contra el progreso en Europa seguiría siendo durante mucho tiempo el Imperio de los zares.

En cambio, a nivel económico y tecnológico, Rusia estaba perdiendo terreno de una manera alarmante entre 1815 y 1880,

al menos en relación con otras potencias. Esto no quiere decir que no hubiese progresos económicos, incluso durante el reinado de Nicolás I, muchos de cuyos funcionarios habían sido hostiles a las fuerzas de mercado o a cualquier señal de modernización. La población creció rápidamente (pasó de 51 millones en 1816 a 76 millones en 1860 y a 100 millones en 1880) y la de las ciudades fue la que aumentó más de prisa. La producción de hierro se incrementó y la industria textil multiplicó su volumen. Se dijo que, entre 1804 y 1860, el número de fábricas o empresas industriales se elevó de 2400 a más de 15 000. Se importaron del Oeste motores a vapor y maquinaria moderna, y a partir de la década de 1830, empezó a surgir una red de ferrocarriles. El mero hecho de que los historiadores hayan discutido sobre si se produjo una «revolución industrial» en Rusia durante acuellas décadas confirma que el país estaba en marcha[59].

TABLA 9. PNB de las grandes potencias europeas, 1830-1890[60]
(a precios de mercado, en dólares y precios de los Estados Unidos en 1960; en miles de millones)

	1830	*1840*	*1850*	*1860*	*1870*	*1880*	*1890*
Rusia	10,5	11,2	12,7	14,4	22,9	23,2	21,1
Francia	8,5	10,3	11,8	13,3	16,8	17,3	19,7
Gran Bretaña	8,2	10,4	12,5	16,0	19,6	23,5	29,4
Alemania	7,2	8,3	10,3	12,7	16,6	19,9	26,4
Imperio austriaco	7,2	8,3	9,1	9,9	11,3	12,2	15,3
Italia	5,5	5,9	6,6	7,4	8,2	8,7	9,4

Pero se observa que estas cifras eran todavía más alarmantes al estudiar el importe del PNB per cápita (véase la tabla 10)

TABLA 10. PNB per cápita de las grandes potencias europeas, 1830-1890[61]
(en dólares y precios de los Estados Unidos, en 1960)

	1830	*1840*	*1850*	*1860*	*1870*	*1880*	*1890*
Gran Bretaña	346	394	458	558	628	680	785
Italia	265	270	277	301	312	311	311
Francia	264	302	333	365	437	464	515
Alemania	245	267	308	354	426	443	537
Imperio austríaco	250	266	283	288	305	315	361
Rusia	170	170	175	178	250	224	182

Ahora bien, sí es cierto que el resto de Europa se movía mucho más de prisa y que Rusia estaba perdiendo terreno. Debido a su población mucho más numerosa, había alcanzado fácilmente el más elevado PNB total a principios del siglo XIX. Dos generaciones más tarde, esto ya no era así, según se muestra en la tabla 9. Las cifras muestran que el aumento del PNB total de Rusia que se produjo durante aquellos años fue en gran parte debido al crecimiento de su población, ya fuera por nacimientos o por conquistas en Turquestán y en otras partes, y tuvo poco que ver con verdaderos aumentos de productividad (sobre todo productividad industrial). La renta per cápita de Rusia, así como el producto nacional, habían sido siempre atrasados en relación con la Europa occidental; pero entonces el atraso creció todavía más, desde (por ejemplo) una mitad de la renta per cápita de Gran Bretaña en 1830 a un cuarto de aquélla sesenta años después.

De la misma manera, el hecho de que Rusia doblara su producción de hierro a principios del siglo XIX era insignificante en comparación con la producción de Gran Bretaña, que *se multiplicó por treinta*[62]; en dos generaciones, Rusia había pasado

de ser la principal productora y exportadora de hierro de Europa a depender cada vez más de las importaciones de productos manufacturados occidentales. Incluso las mejoras en las comunicaciones por ferrocarril y por barco de vapor tenían que considerarse en términos relativos. En 1850 Rusia tenía poco más de 800 kilómetros de vías férreas, frente a los 13 000 kilómetros de los Estados Unidos, y gran parte del aumento de la navegación a vapor, en los grandes ríos o fuera de los mares Báltico y Negro, se debía al transporte de cereales necesarios para la creciente población interior y a la necesidad de pagar los artículos manufacturados importados mediante el envío de trigo a Gran Bretaña. Los nuevos desarrollos que se producían estaban demasiado a menudo en manos de los comerciantes y empresarios extranjeros (en el caso del comercio de exportación así sin duda alguna) y convertía todavía más a Rusia en una proveedora de materias primas para las economías avanzadas. Una carencia general de capital, la escasa demanda del consumidor, una clase media minúscula, las grandes distancias y los climas extremos, así como la mano dura de un Estado autocrático y receloso hacían que las perspectivas de un «despegue» industrial en Rusia fuesen más difíciles que en cualquier otro lugar de Europa[63].

Durante largo tiempo, estas ominosas tendencias económicas no se tradujeron en una debilidad militar rusa ostensible. Por el contrario, las preferencias que mostraron después de 1815 las grandes potencias por las estructuras del Antiguo Régimen en general no podían verse en ninguna parte más claramente que en la composición social, las armas y las tácticas de sus ejércitos. Todavía bajo la sombra proyectada por la Revolución francesa, los Gobiernos estaban más preocupados por la fiabilidad política y social de sus Fuerzas Armadas que por las reformas militares; y los propios generales, que ya no se enfrentaban con la prueba de una gran guerra, hacían hincapié en

la jerarquía, la obediencia y la preocupación, rasgos éstos que reforzaban la obsesión de Nicolás I por los desfiles formales y las grandes marchas. Dadas estas circunstancias generales, a los observadores del exterior les parecían más impresionantes el mero volumen del Ejército ruso y la estabilidad de su masa de reclutas que materias tan arcanas como la logística militar o el nivel general de instrucción entre los cuerpos de oficiales. Es más, el Ejército ruso era activo y triunfaba a menudo en sus frecuentes campañas de expansión en el Cáucaso y en Turquestán, avances que empezaban ya a preocupar a los británicos en la India y a hacer que las relaciones anglo-rusas fuesen en el siglo XIX mucho más tensas que en el XVIII[64]. Igualmente imponentes para los observadores extranjeros resultaban la sofocación de la rebelión húngara de 1848-1849 y la manifestación del zar de que estaba dispuesto a enviar a 400 000 soldados para aplastar la revuelta en París. Lo que no advirtieron estos observadores fue el hecho menos impactante de que la mayor parte del Ejército ruso estaba siempre inmovilizado por servicios internos de guarnición, por acciones de «policía» en Polonia y en Finlandia, y por otras actividades, tales como las patrullas de frontera y las Colonias Militares, y que lo que quedaba no era particularmente eficaz. Por ejemplo, de las 11 000 bajas sufridas en la campaña húngara, todas salvo 1000 fueron causadas por las enfermedades, debido a la ineficacia de los servicios logísticos y médicos del Ejército[65].

La campaña de Crimea de 1854 a 1855 constituyó una triste confirmación del atraso de Rusia. Las fuerzas zaristas no podían ser concentradas. Las operaciones aliadas en el Báltico (aunque nunca fueron muy serias), junto con la amenaza de la intervención sueca, llegaron a inmovilizar a 200 000 soldados rusos en el Norte. La campaña inicial en los principados del Danubio, y el mucho mayor peligro de que Austria convirtiese en realidad sus amenazas de intervención, plantearon un riesgo

a Besarabia, Ucrania occidental y la Polonia rusa. La lucha contra los turcos en el Cáucaso suponía enormes exigencias de tropas y sistemas de abastecimiento, al igual que la defensa de los territorios rusos en el Lejano Oriente[66]. Cuando el ataque anglo-francés en Crimea trasladó la guerra a una región sumamente sensible del territorio ruso, las Fuerzas Armadas del zar fueron incapaces de repeler tal invasión.

En el mar, Rusia poseía una Marina numerosa, con almirantes competentes, y fue capaz de destruir por completo a la más débil flota turca en Sinope, en noviembre de 1853; pero en cuanto las flotas anglo-francesas entraron en el conflicto, se invirtieron las posiciones[67]. Muchos de los barcos rusos eran de madera de abeto y poco aptos para la navegación, su poder de fuego era inadecuado, y sus tripulaciones estaban mal instruidas. Los aliados contaban con muchos más buques de guerra a vapor, algunos de ellos armados con granadas de metralla y cohetes «Congreve». Sobre todo, los enemigos de Rusia tenían capacidad industrial para construir nuevos barcos (incluidas docenas de cañoneras a vapor), de manera que su ventaja aumentó al prolongarse la guerra.

Pero el Ejército ruso estaba incluso en peor situación. Los soldados de Infantería luchaban bien y, bajo la inspirada jefatura del almirante Najímov y del genio de la ingeniería coronel Totleben, la prolongada defensa rusa de Sebastopol fue una hazaña notable. Pero en todos los demás aspectos, el Ejército era terriblemente inadecuado. Los regimientos de Caballería eran demasiado precavidos y sus caballos, buenos para los desfiles, no podían aguantar una campaña agotadora (aquí las fuerzas cosacas irregulares eran mejores). Es más, los soldados rusos iban pésimamente armados. Sus anticuados mosquetes de chispa tenían un alcance de 200 metros mientras que los rifles de las tropas aliadas podían disparar con eficacia hasta una distancia de 1000 metros; de ahí que las bajas rusas fueran mucho

más graves. Y lo peor de todo era que, aun conociendo la enormidad de la tarea, el sistema ruso *en su conjunto* era incapaz de responder a ella. La jefatura militar era deficiente, pues la afligían rivalidades personales y nunca era capaz de producir una estrategia coherente, por lo que simplemente reflejaba la incompetencia general del Gobierno del zar. Había muy pocos oficiales de mediana graduación que estuviesen bien instruidos y entrenados, como los que abundaban en el Ejército prusiano, y la iniciativa era siempre mal vista. Aunque parezca asombroso, había también muy pocos reservistas a los que llamar en caso de una emergencia regional, ya que la adopción de un sistema masivo de servicio corto habría significado el fin de la servidumbre[*]. Una consecuencia de este sistema era que el Ejército ruso de largo servicio incluía a muchos soldados *demasiado viejos*, y otra consecuencia todavía más grave era que unos 400 000 de los nuevos soldados reclutados a toda prisa al comenzar la guerra carecían totalmente de instrucción —pues faltaban oficiales para esta labor— y la retirada de tantos hombres del mercado de trabajo de los siervos perjudicaba a la economía rusa.

Por último, estaban las deficiencias logísticas y económicas. Como no había ferrocarriles al sur de Moscú (!), los carros de transporte tirados por caballos tenían que cruzar cientos de kilómetros de estepas, que se convertían en un mar de barro durante el deshielo de la primavera y las lluvias del otoño. Además, los propios caballos necesitaban tanto forraje (que a su vez tenía que ser transportado por otros caballos de carga, y así sucesivamente), que un enorme esfuerzo logístico producía resultados desproporcionadamente pequeños: las tropas y refuerzos aliados podían ser enviados por mar desde Francia e Inglaterra a Crimea en tres semanas, mientras que las tropas rusas de Moscú tardaban a veces tres meses en llegar al frente. Todavía más alarmante era el colapso de los equipos militares rusos. «Al

principio de la guerra, había un millón de armas de fuego almacenadas, al terminar el año 1855 solamente quedaban 90 000. De los 1656 cañones de campaña, sólo 253 estaban disponibles… Las existencias de pólvora y municiones estaban todavía en peor estado»[68]. Cuanto más duraba la guerra, mayor era la superioridad aliada, mientras que el bloqueo británico impedía la importación de nuevas armas.

Pero el bloqueo hizo algo más: cortó la salida de cereales y otras exportaciones (salvo las que iban por tierra a Prusia) e hizo que el Gobierno ruso sólo pudiese pagar la guerra a base de elevados préstamos. Los gastos militares, que incluso en tiempo de paz se llevaban las cuatro quintas partes de la renta del Estado, aumentaron de unos 220 millones de rublos en 1853 a unos 500 millones en 1854 y en 1855. Para cubrir parte del alarmante déficit, el Tesoro ruso pidió préstamos a Berlín y a Amsterdam, pero entonces cayó en picado el valor internacional del rublo; para cubrir el resto recurrió a la impresión de papel moneda, lo cual condujo a una inflación en gran escala y a una creciente inquietud entre los campesinos. Los anteriores y valientes intentos del Ministerio de Hacienda de crear un rublo de plata y prohibir toda clase de pagarés —que habían significado la ruina de las «finanzas sólidas» durante la Guerra napoleónica y las campañas contra Persia, Turquía y los rebeldes polacos— fueron ahora completamente frustrados debido a la guerra en Crimea. Si Rusia insistía en su inútil lucha, se advirtió al Consejo de la Corona el 15 de enero de 1856, el Estado desembocaría en bancarrota[69]. La negociación con las grandes potencias era la única manera de evitar la catástrofe.

Todo esto no quiere decir que la Guerra de Crimea fuese fácil para los aliados; también para ellos la campaña representó tensiones y sorpresas desagradables. Es interesante observar que la potencia menos perjudicada fue Francia, que por una vez se benefició de ser una potencia híbrida: menos atrasada indus-

trial y económicamente que Rusia y menos «desmilitarizada» que Gran Bretaña. Las fuerzas armadas enviadas hacia el Este bajo el mando del general Saint-Arnaud estaban bien equipadas y bien instruidas después de sus operaciones en el norte de África y contaban con una razonable experiencia en campañas de ultramar; sus sistemas logístico y de servicios médicos poseían toda la eficacia que era capaz de producir una administración de mediados de siglo; y los oficiales franceses mostraban una perplejidad justificada ante los *amateurs* británicos cargados de equipaje. La fuerza expedicionaria francesa era con mucho la más numerosa e hizo la mayoría de las penetraciones más importantes en la guerra. En cierta medida, pues, la nación recuperó su herencia napoleónica en esta lucha.

Sin embargo, en las últimas fases de la campaña, Francia empezó a dar señales de tensión. Aunque era un país rico, su Gobierno tenía que competir con los constructores de ferrocarriles y otros para obtener dinero del «Crédit Mobilier» y otros Bancos. El oro iba a parar a Crimea y Constantinopla, lo que provocaba el alza de los precios en casa, y las pobres cosechas de cereales no eran una ayuda. Aunque las bajas totales de la guerra (100 000) no eran conocidas, el primitivo entusiasmo francés por el conflicto se evaporó en seguida. Las algaradas populares a causa de la inflación reforzaron el rumor, muy extendido después de la noticia de la toma de Sebastopol, de que la guerra se prolongaba solamente para evitar a los fines egoístas y ambiciosos de los ingleses[70]. En aquellos días, también Napoleón III ansiaba poner fin a la contienda: Rusia había sido castigada, el prestigio de Francia había aumentado (y aumentaría mas tras una gran conferencia internacional de paz en París) y era importante no desviarse demasiado de las cuestiones alemana e italiana con una escalada del conflicto alrededor del mar Negro. Aunque no pudiese rehacer sustancialmente el mapa de Europa en 1856, Napoleón podía en verdad sentir que las

perspectivas de Francia eran mejores que en cualquier momento desde Waterloo. Las fisuras producidas tras la Guerra de Crimea en el viejo Concierto de Europa permitirían que aquella ilusión se mantuviera durante otra década.

Los ingleses, por el contrario, estaban muy lejos de haber quedado satisfechos con la Guerra de Crimea. A pesar de ciertos intentos de reforma, el Ejército seguía todavía el estilo Wellingtoniano, y su jefe, Raglan, había sido precisamente secretario militar de Wellington en la Guerra Peninsular. La Caballería era adecuada —como tal fuerza—, pero a menudo se empleaba mal (no exactamente en Balaclava) y apenas pudo ser desplegada en el sitio de Sebastopol. Aunque los soldados eran curtidos veteranos que luchaban con dureza, la espantosa falta de refugios calientes contra las lluvias y el invierno de Crimea, la incapacidad de los primitivos servicios médicos militares para tratar brotes de disentería y de cólera en gran escala, y la escasez de transportes por tierra causaron inútiles pérdidas y reveses que enfurecían a la nación británica. Más embarazosa aún era la inexistencia de fuerzas de reserva instruidas que pudiesen emplearse en tiempo de guerra, ya que el Ejército británico, al igual que el ruso, era una tropa de servicio largo adecuada para funciones de guarnición; pero, mientras los rusos podían al menos reclutar a la fuerza a cientos de miles de toscos soldados, la Inglaterra del *laissez-faire* no podía hacerlo, lo que dejó al Gobierno en la incómoda posición de anunciar que buscaba mercenarios extranjeros con quienes compensar la escasez de tropas en Crimea. Además, aunque su Ejército permanecía siempre como el socio joven del francés, la Marina británica no tenía posibilidad de conseguir una victoria al estilo de las de Nelson contra un enemigo que retiraba prudentemente su flota hacia puertos fortificados[71].

La explosión de descontento del público en Gran Bretaña ante las famosas revelaciones hechas por el *Times* de Londres

acerca de la incompetencia militar y los sufrimientos de los soldados enfermos y heridos sólo puede ser mencionada aquí de paso; no solamente condujo a un cambio ministerial, sino que provocó también un serio debate sobre las dificultades inherentes a «un Estado liberal en guerra»[72]. Es más, todo el asunto reveló que lo que habían parecido ser fuerzas peculiares de Gran Bretaña —un bajo grado de Gobierno, un pequeño Ejército imperial, una gran confianza en el poder marítimo, cargar el acento sobre las libertades individuales y de Prensa, los poderes del Parlamento y de los ministros individuales— se convertían ahora en puntos flacos cuando el país se veía obligado a realizar una extensa operación militar durante todas las estaciones y contra un enemigo importante.

La reacción británica a esta prueba (bastante parecida a la reacción americana a las guerras del siglo XX) consistió en destinar grandes cantidades de dinero a las Fuerzas Armadas con el fin de compensar la pasada negligencia; y, una vez más, las crudas cifras de los gastos militares de los combatientes tienden a explicar el resultado definitivo del conflicto (véase tabla 11).

TABLA 11. Gastos militares de las potencias en la Guerra de Crimea[73]

(en millones de libras)

	1852	*1853*	*1854*	*1855*	*1856*
Rusia	15,6	19,9	31,3	39,8	37,9
Francia	17,2	17,5	30,3	43,8	36,3
Gran Bretaña	10,1	9,1	76,3	36,5	32,3
Turquía	2,8	?	?	3,0	?
Cerdeña	1,4	1,4	1,4	2,2	2,5

Pero Inglaterra, por mucho que se moviese, no podía crear de pronto los instrumentos adecuados de poder: podía multiplicarse la fuerza militar, podían pedirse cientos de barcos de vapor, podía gozar la fuerza expedicionaria de un *exceso* de tiendas y de mantas y de municiones en 1855, y un belicoso Palmerston podía afirmar la necesidad de destruir el Imperio ruso; sin embargo, el pequeño ejército británico podía hacer poco si Francia se inclinaba hacia la paz y Austria permanecía neutral, como precisamente ocurrió en los meses que siguieron a la caída de Sebastopol. Únicamente si la nación y la política económica se «militarizaban» mucho más podía sostener Gran Bretaña sola una guerra significativa contra Rusia; pero los costes probables eran demasiado elevados para un liderazgo político ya inquieto por las dificultades estratégicas, constitucionales y económicas que había provocado la campaña de Crimea[74]. Por consiguiente, los ingleses, aun lamentando verse privados de una victoria sonada, estaban dispuestos a llegar a un compromiso. Todo esto hizo que muchos europeos (los franceses y los austriacos, así corno los rusos) recelasen de los objetivos y de la fiabilidad de Londres, al mismo tiempo que aumentaba el disgusto del público británico por verse metido en cuestiones continentales. Así, pues, mientras la Francia de Napoleón actuaba en el centro del escenario europeo en 1856, Gran Bretaña se movía para salirse de aquél, tendencia que el Motín de la India (1857) y los movimientos de reforma interior sólo intensificaron.

Si la Guerra de Crimea había impresionado desfavorablemente a los británicos, esto no fue nada en comparación con el golpe recibido por el poder y el prestigio de Rusia, por no hablar de la pérdida de 480 000 vidas. «No podemos seguir engañándonos —declaró lisa y llanamente el gran duque Konstantin Nikolayevich—. Somos más débiles y más pobres que las potencias de primera clase, y mucho más pobres no sólo en recur-

sos materiales, sino también en materias de administración»[75]. Este conocimiento condujo a los reformadores del Estado ruso a toda una serie de cambios radicales, sobre todo a la abolición de la servidumbre. Además, la construcción de ferrocarriles y la industrialización fueron mucho más fomentadas con Alejandro II que con su padre. La producción de carbón, de hierro y de acero, los servicios públicos en gran escala y el gran crecimiento de las empresas industriales se pusieron más de manifiesto a partir de 1860, y las estadísticas sobre el desarrollo económico de Rusia son bastante impresionantes a simple vista[76].

Ahora bien, como siempre, el cambio de perspectiva afecta al juicio que se forma uno de las cosas. ¿Podía esta modernización ser paralela, por no hablar de aventajar, al gran aumento anual en el número de campesinos pobres y analfabetos? ¿Podía compararse con los aumentos formidables en la producción de hierro y de acero y en las manufacturas que se estaban produciendo en West Midlands, el Ruhr, Silesia y Pittsburgh durante las dos décadas siguientes? ¿Podía, incluso con su reorganizado Ejército, mantenerse a la altura de la «revolución militar» que los prusianos estaban a punto de revelar al mundo y que cargarían de nuevo el acento sobre el elemento cualitativo más que sobre el cuantitativo de la fuerza nacional? Las respuestas a todas estas preguntas decepcionarían a los nacionalistas rusos, demasiado conscientes de que el papel de su país en Europa quedó sustancialmente reducido en comparación con la posición sobresaliente que había ocupado en 1815 y 1841.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GUERRA CIVIL

Como se ha indicado con anterioridad, los observadores de la política mundial a partir de De Tocqueville pensaron que el auge del Imperio ruso era paralelo al de los Estados Unidos. Desde luego, todos reconocían que había diferencias fundamentales en la cultura política y en las constituciones de estos dos Estados, pero en términos de potencia mundial eran muy parecidos en cuanto a su extensión geográfica, sus fronteras «abiertas» y siempre cambiantes, sus poblaciones de rápido crecimiento y sus recursos escasamente explotados[77]. Aunque gran parte de esto es cierto, perdura el hecho de que a lo largo del siglo = hubo importantes discrepancias económicas entre los Estados Unidos y Rusia que tendrían un creciente impacto sobre sus respectivos poderes nacionales. La primera de ellas se refiere a la población total, aunque la diferencia se redujo mucho entre 1816 (Rusia 51,2 millones, los Estados Unidos 8,5 millones) y 1860 (Rusia 76 millones, los Estados Unidos 31,4 millones). Pero lo más significativo era el carácter de la población: mientras la de Rusia se componía en su inmensa mayoría de siervos, con bajos ingresos y baja producción, los americanos gozaban en general[*], en sus heredades o en las rápidamente crecientes ciudades, de un alto nivel de vida y de producción nacional, en relación con otros países. Ya en 1880, los sueldos eran aproximadamente un tercio más elevados que los de Europa occidental, y esta superioridad se conservaría, o aumentaría, a lo largo del siglo. A pesar de la gran afluencia de inmigrantes europeos en la década de 1850, la disponibilidad de tierras en el Oeste, junto con el constante crecimiento industrial, hicieron que la mano de obra fuese relativamente escasa y que los salarios fuesen altos, lo cual inducía, a su vez, a los fabricantes a invertir en maquinaria y, de este modo, a estimular aún más la productividad nacional. El aislamiento de la joven república de las luchas europeas por el poder, y el *cordon sanitaire* impuesto por la Royal Navy (más que la Doctrina de Monroe)

para separar el Viejo Mundo del Nuevo, significaban que la única amenaza a la prosperidad futura de los Estados Unidos podía proceder de la propia Gran Bretaña. Sin embargo, a pesar de los dolorosos recuerdos de 1776 _y 1812, y de las disputas fronterizas en el Noroeste[78], una guerra angloamericana era muy improbable; la exportación de capital y artículos manufacturados británicos a los Estados Unidos y la importación por Gran Bretaña de materias primas estadounidenses (especialmente algodón) unían más que nunca a las dos economías y estimulaban más el crecimiento económico norteamericano. Por consiguiente, en lugar de tener que invertir recursos financieros a gran escala en gastos de defensa, los estratégicamente seguros Estados Unidos podían concentrar sus propios fondos (y los británicos) para desarrollar su gran potencial económico. Ni el conflicto con los indios ni la guerra de 1846 con México perjudicaron sustancialmente aquellas productivas inversiones.

El resultado de todo esto fue que, incluso antes de que estallase la Guerra Civil en abril de 1861, los Estados Unidos se habían convertido en un gigante económico, aunque su distancia de Europa, su concentración en el desarrollo interior (más que en el comercio exterior) y la naturaleza accidentada del terreno disimulaban en parte aquel hecho. Mientras su porcentaje en la producción manufacturera mundial en 1860 era muy inferior al de Gran Bretaña, había superado ya a Alemania y a Rusia y estaba a punto de alcanzar a Francia. Los Estados Unidos, con sólo el 40% de la población de Rusia en 1860, tenían una población urbana que equivalía a más del doble que la de ésta; producían 830 000 toneladas de hierro, frente a las 350 000 de Rusia; su consumo de energía de fuentes modernas era quince veces más alto, y su red ferroviaria poseía kilometraje treinta veces mayor (e incluso tres veces mayor que el de Gran Bretaña). Por el contrario, los Estados Unidos contaban con un Ejército regular de sólo 26 000 hombres, en comparación con la gigan-

tesca fuerza rusa de 862 000[79]. La disparidad entre los índices económicos y los militares de los dos extensos Estados tal vez nunca fue tan grande como entonces.

Desde luego, un año después la Guerra Civil había empezado a transformar la cantidad de recursos nacionales que dedicaban los norteamericanos a fines militares. No comentaremos aquí los orígenes y las causas de aquel conflicto; pero, como los caudillos de ambos bandos habían resuelto luchar hasta el final, y como cada bando podía reclutar cientos de miles de hombres, lo más probable era que fuese una contienda larga. Contribuían también a ello las largas distancias, con un «frente» que se extendía desde la costa de Virginia hasta el Misisipi, e incluso más al Oeste hasta Missouri y Arkansas, con mucho terreno de bosques, cadenas montañosas y pantanos. De manera parecida, el bloqueo naval llevado a cabo por el Norte de los puertos enemigos requería patrullar por una costa tan extensa como la que media entre Hamburgo y Génova. Dicho en otras palabras, aplastar al Sur sería una tarea logística y militar extraordinariamente difícil, sobre todo para un pueblo que había mantenido sus Fuerzas Armadas en el nivel mínimo y que carecía de experiencia en guerras a gran escala.

Sin embargo, aunque los cuatro años de conflicto fueron agotadores y terriblemente cruentos —la Unión perdió unos 360 000 hombres y la Confederación unos 258 000[*]—, también catalizaron el poder nacional latente que poseían los Estados Unidos, transformándolos (al menos durante un breve período) en la nación militar más grande del mundo antes de la desmovilización que siguió al año 1865. A partir de unos principios de aficionados, las Fuerzas Armadas de cada bando evolucionaron hasta convertirse en ejércitos de reclutamiento masivo, empleando artillería y armas de mano modernas, desgastándose en la guerra de sitio del norte de Virginia o siendo enviados en masa por ferrocarril a los teatros occidentales, comu-

nicándose por telégrafo con los cuarteles generales y empleando los recursos de una economía de guerra movilizada; además, las campañas navales fueron testigo del primer empleo de acorazados, de torretas giratorias, de los primitivos torpedos y minas, y de rápidos vapores para atacar los barcos mercantes. Dado que este conflicto, más que la contienda de Crimea o las guerras de unificación de Prusia, puede alardear de haber sido la primera verdadera «guerra total» industrializada y precursora de las del siglo XX, vale la pena estudiar por qué triunfó el Norte.

La primera y más obvia razón —presumiendo que la voluntad de poder fuese igual en ambos bandos— fue la desproporción en los recursos y en la población. Puede que el Sur disfrutara de la ventaja moral de luchar por su existencia y (generalmente) en su propio territorio; que dispusiera de una mayor proporción de varones blancos, acostumbrados a montar a caballo y a disparar; que poseyera generales resueltos y muy competentes, y que, durante largo tiempo, pudiera importar municiones y otros pertrechos que compensaran sus deficiencias materiales[80]. Pero ninguna de estas ventajas podía contrarrestar plenamente el gran desequilibrio numérico entre el Norte y el Sur. Mientras el primero tenía una población de alrededor de veinte millones de blancos, la Confederación tenía sólo seis millones. Es más, el total de la Unión fue continuamente aumentado por los inmigrantes (más de 800 000 llegaron entre 1861 y 1865) y por la decisión de 1862 de reclutar soldados negros, algo que previsiblemente evitó el Sur hasta los últimos meses de la guerra. Unos dos millones de hombres sirvieron en el Ejército de la Unión, hasta alcanzar la cifra culminante de aproximadamente un millón en 1864-1865, mientras que sólo unos 900 000 lucharon en el Ejército confederado, cuya máxima fuerza no pasó nunca de 464 500, punto «culminante» que se alcanzó a finales de 1863 y declinó lentamente.

Pero, como de costumbre, los números no lo explicaban todo. Incluso para llegar a aquel número de soldados, el Sur corrió el riesgo de apartar a demasiados hombres de la agricultura, las minas y las fundiciones, con lo que debilitó su ya discutible capacidad de luchar en una guerra prolongada. En realidad, los confederados se encontraron desde el principio en desventaja económica. En 1860 el Norte contaba con 110 000 empresas manufactureras frente a las 18 000 del Sur (y muchas de éstas tenían que recurrir a la experiencia tecnológica y los trabajadores especializados del Norte); la Confederación producía sólo 36 700 toneladas de hierro colado, mientras que el total de Pennsilvania únicamente era de 580 000 toneladas; el Estado de Nueva York fabricaba artículos por valor de casi 300 millones de dólares, más de cuatro veces la producción de Virginia, Alabama, Luisiana y Misisipi juntos. Esta sorprendente disparidad en la base económica de cada beligerante se transformó continuamente en verdadera efectividad militar.

Por ejemplo, mientras el Sur podía fabricar muy pocos rifles (principalmente gracias a la maquinaria capturada en Harper's Ferry) y dependía en gran manera de las importaciones, el Norte aumentó extraordinariamente su producción de rifles, de los que se fabricaron casi 1,7 millones. El sistema ferroviario del Norte (de unos 35 000 kilómetros de extensión y que se abría en abanico desde el Este hacia el Sudoeste) pudo conservarse e incluso ampliarse durante la guerra; los sólo 14 000 kilómetros de vía férrea del Sur y su inadecuada cantidad de locomotoras y de material rodante se fueron desgastando de forma gradual. De manera parecida, aunque ninguno de ambos bandos tenía una gran Marina al principio del conflicto, el Sur sufría la desventaja de carecer de talleres en los que se pudieran construir motores marítimos, mientras que el Norte poseía varias docenas de tales establecimientos. Aunque la supremacía marítima de la Unión tardó en dejarse sentir —durante este período hu-

bo barcos que burlaron el bloqueo y trajeron municiones al Ejército confederado, y los buques corsarios del Sur infligieron graves pérdidas a la Marina mercante del Norte—, la red se cerró lenta e inexorablemente alrededor de los puertos del Sur. En diciembre de 1864 la Marina de la Unión tenía un total de unos 671 barcos de guerra, incluidos 236 buques de vapor construidos desde el inicio de la guerra. El poder marítimo del Norte era también vital para asegurar a sus Fuerzas Armadas el control de los grandes ríos, sobre todo en la región del Misisipi-Tennessee; el uso del transporte *combinado* por tierra y por agua sirvió de gran ayuda a las ofensivas de la Unión en el escenario occidental.

Por último, los confederados se vieron en la imposibilidad de pagar la guerra. Su principal ingreso en tiempo de paz procedía de las exportaciones de algodón; cuando cesó este comercio y —para gran contrariedad del Sur— las potencias europeas no intervinieron en la contienda, ya no hubo manera de compensar aquella pérdida. Había pocos Bancos en el Sur, y poco capital líquido, y los impuestos sobre la tierra y los esclavos producían pocos ingresos porque la guerra reducía gravemente su productividad. Los préstamos del extranjero producían poco y, sin moneda extranjera ni especias era difícil pagar importaciones vitales. Tal vez inevitablemente, el Tesoro de la Confederación recurrió a la impresión de papel moneda, pero «la superabundancia de papel moneda se combinó con la gran escasez de artículos para crear una terrible inflación»[81], cosa que, a su vez, representó un fuerte golpe para la voluntad del pueblo de continuar la lucha. En cambio, el Norte siempre podía recaudar, mediante los impuestos y los créditos, dinero suficiente para pagar el conflicto, y su emisión de *greenbacks* estimulaba en cierto modo el crecimiento industrial y económico. Aunque parezca extraño, la productividad de la Unión aumentó de nuevo durante la guerra, no sólo en municiones, vías férreas y

construcción de acorazados, sino también en la explotación agrícola. Al final de la guerra los soldados del Norte estuvieron probablemente mejor alimentados y abastecidos que cualquier ejército en toda la Historia. Si tenía que haber un enfoque particularmente norteamericano del conflicto militar —un «estilo de guerra norteamericano», para emplear la frase del profesor Weigley[82]—, se forjó en primer lugar aquí, en la movilización y el despliegue por la Unión de su enorme potencial industrial y tecnológico para aplastar a su enemigo.

Si todo lo dicho parece una explicación demasiado determinista del resultado de un conflicto que pareció balancearse a un lado y a otro durante casi cuatro años, entonces puede valer la pena recalcar el problema estratégico fundamental con que se enfrentó el Sur. Dados los desequilibrios en dimensiones y población, no había manera de que aquél pudiese arrollar al Norte; a lo sumo, podía desgastar las tropas y la fuerza de voluntad del enemigo de tal manera que éste abandonase su política coercitiva y admitiese las pretensiones del Sur (la esclavitud o la secesión, o ambas cosas). Esta estrategia habría recibido una gran ayuda y los Estados fronterizos, como Maryland y Kentucky, habrían votado masivamente la incorporación a la Confederación, cosa que sencillamente no ocurrió, y habría recibido un auxilio inconmensurable si hubiese intervenido una potencia extranjera como Gran Bretaña, pero presumir que esto era probable era interpretar de modo erróneo las prioridades políticas británicas a principios de la década de 1860[83]. Excluidas estas dos posibilidades de inclinar la balanza militar total a favor del Sur, los confederados sólo podían acudir a la estrategia de resistir las presiones de la Unión y esperar que una mayoría de los norteños se cansase de la guerra. Pero esto significaba inevitablemente un conflicto de larga duración y, cuanto más larga fuese la guerra, más podría la Unión movilizar sus superiores recursos, aumentar su producción de municiones, poner

en acción cientos de barcos de guerra y exprimir de forma inexorable al Sur mediante el bloqueo naval, la continua presión militar en el norte de Virginia, las campañas de largo alcance en el Oeste y los devastadores avances de Sherman en territorios enemigos. Al menguar la economía, la moral y las fuerzas de primera línea del Sur —a principios de 1865, sus tropas «aptas para el servicio» habían descendido a 155 000 hombres— la rendición fue la única alternativa práctica.

LAS GUERRAS DE UNIFICACIÓN ALEMANA

Aunque la Guerra de Secesión de los Estados Unidos fue estudiada por numerosos observadores militares europeos[84], sus características especiales (la distancia, la enorme extensión, el hecho de ser un conflicto civil) hicieron que pareciese un indicador de las acciones militares generales menos elocuente que las luchas armadas que iban a desarrollarse en Europa durante la década de 1860. Allí, la Guerra de Crimea no solamente había socavado la diplomacia al viejo estilo del Concierto, sino que había hecho también que cada una de las potencias de «flanco» se sintiese menos comprometida a intervenir en el centro: Rusia necesitaba muchos años para recobrarse de su humillante derrota, y Gran Bretaña prefería concentrarse en sus problemas imperiales e internos. Esto permitió, pues, que los asuntos europeos fuesen dominados, aunque de modo artificial, por Francia. Prusia, después de ocupar un puesto al parecer nada glorioso bajo Federico Guillermo. IV, durante la Guerra de Crimea, estaba ahora agitada por las disputas constitu-

cionales entre su sucesor Guillermo I y el Parlamento prusiano, sobre todo debido a la cuestión de la reforma del Ejército. El Imperio austríaco, por su parte, estaba todavía haciendo juegos malabares con el problema complejo de preservar sus intereses italianos contra el Piamonte y sus intereses alemanes contra Prusia, al mismo tiempo que se esforzaba en reprimir a los descontentos húngaros.

Francia, en cambio, parecía fuerte y confiada bajo Napoleón III. Su Banca, sus ferrocarriles y su desarrollo industrial habían progresado desde los primeros años de la década de 1850. Su imperio colonial se extendió por África occidental, Indochina y el Pacífico. Su flota había aumentado hasta el punto de que, en ocasiones (por ejemplo, en 1859), causó alarma al otro lado del canal de la Mancha. Desde los puntos de vista militar y diplomático, Francia parecía ser la tercera fuerza decisiva en las cuestiones alemana o italiana, como muy bien se demostró en 1859, cuando intervino rápidamente en favor del Piamonte en la breve guerra contra Austria[85].

Sin embargo, por muy importantes que fuesen las batallas de Magenta y Solferino hasta el extremo de obligar al Imperio austriaco a renunciar a su dominio sobre Lombardía, un observador agudo habría advertido en 1859 que había sido la incompetencia militar austriaca y no la brillantez militar francesa (¡y menos la brillantez militar piamontesa!) lo que había decidido el resultado. El Ejército francés tenía la ventaja de poseer muchos más fusiles que Austria —y esto fue la causa de las numerosas bajas que tanto afligieron al emperador Francisco José—, pero las deficiencias francesas fueron también notables: los servicios médicos y el abastecimiento de municiones eran terriblemente defectuosos; los planes de movilización, hechos de cualquier manera, y el liderazgo del propio Napoleón III no fueron en absoluto brillantes. Esto importó poco en aquel entonces, ya que el Ejército habsburgués era más débil y la direc-

ción del general Gyulai todavía más vacilante[86]. La efectividad militar es, a fin de cuentas, relativa, como demostró más tarde el hecho de que las fuerzas habsburguesas pudieran aún enfrentarse fácilmente a los italianos en tierra (en Custozza, en 1866) y en el mar (en Leszno), aunque fueran incapaces de hacerlo en Francia, o en Prusia, o en Rusia. Pero esto significaba, por extensión, que Francia no sería automáticamente superior en un futuro conflicto contra un enemigo *diferente*. El resultado de aquella guerra dependería de los niveles variantes de dirección militar, sistemas de armamento y base productiva que poseyese cada bando.

Como fue precisamente durante las décadas de 1850 y 1860 cuando la explosión tecnológica causada por la Revolución industrial provocó los primeros impactos verdaderos sobre el arte de la guerra, no es de extrañar que los servicios armados se enfrentasen en todas partes a problemas operacionales sin precedentes. ¿Cuál sería el arma más importante en una batalla: la Infantería con sus fusiles de retrocarga, o la Artillería con sus nuevos cañones de acero y armas móviles? ¿Cuál era el impacto de los ferrocarriles y el telégrafo sobre el mando en campaña? La nueva tecnología de guerra, ¿daba ventaja a las tropas que atacaban o a las que se defendían?[87] La respuesta adecuada a estas preguntas era, claro está, que todo dependía de las circunstancias. Es decir, el resultado se vería afectado no sólo por las nuevas armas, sino también en el terreno donde se empleasen, por la moral y la competencia táctica de las tropas, la eficacia de los sistemas de suministro y otros mil factores que contribuyeron a decidir la suerte de las batallas. Como era imposible saber de antemano cómo funcionaría todo, el factor clave era la posesión de un liderazgo político-militar capaz de jugar con los distintos elementos y de un instrumental militar con la flexibilidad suficiente para responder a las nuevas circunstan-

cias. Y en estos aspectos vitales, ni el Imperio austriaco ni incluso Francia tendrían éxito como Prusia.

La «revolución militar» prusiana de la década de 1860, que pronto produciría lo que calificó Disraeli de «revolución alemana» en asuntos europeos, se basaba en varios elementos interrelacionados. El primero de ellos era un sistema único de servicio corto, aprobado por el nuevo rey Guillermo I y su ministro de la Guerra contra la oposición liberal, que consistía en tres años de servicio obligatorio en el Ejército regular y otros cuatro en la reserva antes de que cada hombre pasase a la Landwehr, lo que significaba que todo el Ejército prusiano movilizado tenía siete reclutamientos anuales[*]. Como no se permitían sustituciones y la Landwehr podía desempeñar la mayoría de los servicios de guarnición y de «retaguardia», este sistema proporcionaba a Prusia un ejército de primera línea mucho más numeroso, en relación a su población, que el de cualquier otra gran potencia. Ésta dependía, a su vez, de un relativamente alto nivel al menos de la educación primaria en el pueblo —un sistema de servicio corto de rápida extensión difícilmente daría resultado, en opinión de la mayoría de los expertos, en una nación de campesinos analfabetos— y dependía también de una organización soberbia sólo para manejar tan elevados números. Al fin y al cabo, sería poco útil crear una fuerza de medio millón o de un millón de hombres si no podían ser adecuadamente adiestrados, vestidos, armados y alimentados, y transportados a la zona decisiva de combate; y sería un derroche todavía mayor de potencial humano y de recursos, si el jefe del Ejército no podía comunicar y controlar a las enormes masas que lo constituían.

El cuerpo que controlaba esta fuerza era el Estado Mayor General prusiano, que pasó de la oscuridad a principios de la década de 1860 a ser «el cerebro del Ejército» bajo el genio del viejo Moltke. Hasta entonces, la mayoría de los ejércitos en

tiempo de paz había consistido en unidades de combate, apoyadas por la Intendencia, el personal, el cuerpo de Ingenieros y otras ramas; los Estados Mayores se reunían sólo cuando empezaba la campaña y se establecía un mando. Sin embargo, en el caso de Prusia, Moltke había reclutado a los más brillantes elementos de la Academia de Guerra y les había enseñado a hacer planes y a prepararse para posibles conflictos futuros. Los planes de operaciones tenían que trazarse, y con frecuencia revisarse, mucho antes de la ruptura de hostilidades; los juegos de guerra y las maniobras eran cuidadosamente estudiados, al igual que las campañas y operaciones históricas llevadas a cabo por otras potencias. Se creó un departamento especial para supervisar el sistema ferroviario prusiano y asegurar que las tropas y los suministros pudiesen enviarse de inmediato a su destino. Por encima de todo, el sistema de Moltke trataba de inculcar al cuerpo de oficiales la práctica operacional de manejar a grandes masas de hombres (cuerpos de Ejército o Ejércitos enteros) que se moverían y lucharían independientemente, pero estarían siempre dispuestos a converger en el escenario de la batalla decisiva. Si no se podía establecer comunicación con el cuartel general de Moltke en la retaguardia, los generales que estaban en el frente podían emplear su iniciativa y actuar de acuerdo con unas pocas reglas básicas.

Lo expuesto es, desde luego, un modelo idealizado. El Ejército prusiano no era perfecto y tuvo que pasar por muchas dificultades en el combate real, incluso después de las reformas de la primera mitad de la década de 1860. Muchos de los jefes en campaña olvidaron los consejos de Moltke y se lanzaron ciegamente a ataques prematuros o en dirección equivocada: la campaña austriaca de 1866 estuvo llena de estos errores garrafales[88]. También, a nivel táctico, el ataque frontal (y con muchas bajas) de los guardias prusianos en Gravelotte-Saint Privat, de 1870, demostró una grave estupidez. El sistema de suministro

por ferrocarril no garantizaba por sí sólo el éxito; con frecuencia, sólo acumulaba grandes cantidades de pertrechos en la frontera, cuando las tropas que los necesitaban se habían alejado ya de las líneas próximas. Y tampoco la planificación científica prusiana había asegurado que sus fuerzas poseyesen siempre las mejores armas: la Artillería austriaca era claramente superior en 1866 y el fusil de cerrojo «Chassepot» francés era muchísimo mejor en 1870.

La gran ventaja del sistema prusiano no consistía en que estuviese libre de errores, sino en que el Estado Mayor estudiaba con sumo cuidado las equivocaciones pasadas y reajustaba en consecuencia la instrucción, la organización y las armas. Cuando quedó demostrada la debilidad de su Artillería en 1866, el Ejército prusiano la cambió en seguida por el nuevo «Krupp» de retrocarga que tan decisivo sería en 1870. Cuando se produjeron dilaciones en los suministros por ferrocarril, se estableció una nueva organización para mejorarlos. Por último, el énfasis puesto por Moltke en el despliegue de varios ejércitos que pudiesen operar con independencia, pero que también pudieran ayudarse entre sí, significó que, aunque una de las fuerzas sufriera un grave revés esporádico —como ocurrió en realidad en las guerras austro-prusiana y franco-prusiana—, la campaña global no estuviera perdida[89].

Por consiguiente, fue una combinación de factores lo que proporcionó a los prusianos la rápida victoria sobre los austríacos, en el verano de 1866, que pocos observadores habían previsto. Aunque Hannover, Sajonia y otros Estados norteños alemanes se unieron al bando habsburgués, la diplomacia de Bismarck había asegurado que ninguna de las grandes potencias intervendría en las fases iniciales de la lucha, y esto dio a su vez oportunidad a Moltke de enviar tres ejércitos a través de rutas de montaña separadas para converger sobre la llanura de Bohemia y atacar a los austríacos en Sadowa (Königgrätz). Visto re-

trospectivamente, parece que el resultado era del todo previsible. Más de una cuarta parte de las fuerzas austriacas era necesaria en Italia (donde triunfaban), y el sistema de reclutamiento prusiano significaba que, a pesar de que la población de Prusia no llegaba ni a la mitad de la de sus diversos enemigos, Moltke podía desplegar casi un número igual de soldados de primera línea. El Ejército austriaco había sido financiado de manera deficiente, carecía de un verdadero sistema de Estado Mayor y era inadecuadamente mandado por Benedek; y pese al gran valor con que lucharon, las unidades individuales fueron destruidas en choques abiertos por los muy superiores fusiles prusianos. En octubre de 1866 los Habsburgo se habían visto obligados a ceder Venecia y a renunciar a todo interés en Alemania, que estaba entonces en vías de reorganización bajo la Federación Alemana del Norte de Bismarck[90].

La «lucha por el dominio de Alemania» casi había terminado; pero el choque por la supremacía en el Oeste de Europa entre Prusia y la cada vez más nerviosa y recelosa Francia estaba mucho más cerca y, a finales del decenio de 1860, cada bando calculaba sus probabilidades de éxito. Ostensiblemente, Francia parecía ser todavía la más fuerte. Su población era mucho más numerosa que la de Prusia (aunque el número total de individuos de habla alemana en Europa era mayor). El Ejército francés había adquirido experiencia en Crimea, en Italia y en ultramar. Poseía el mejor fusil del mundo, el «Chassepot», que tenía un alcance mucho mayor que el prusiano, y disponía además de una nueva arma secreta, la *mitrailleuse*, una ametralladora que podía disparar 150 proyectiles por minuto. Su Marina era muy superior, y se esperaba la ayuda de Austria-Hungría y de Italia. Cuando llegó, en julio de 1870, el momento de castigar a los prusianos por su desfachatez (por ejemplo, la tortuosa diplomacia de Bismarck sobre el futuro de Luxemburgo y sobre un

posible candidato Hohenzollern al trono de España), pocos franceses dudaban del resultado.

La magnitud y la rapidez del desastre francés —el 4 de septiembre su maltrecho ejército se había rendido en Sedán, Napoleón III estaba prisionero y el régimen imperial había sido derribado en París— fue un golpe devastador para tan optimistas suposiciones. Resultó que ni Austria-Hungría ni Italia acudieron en ayuda de Francia, y el poder naval francés resultó ser totalmente ineficaz. Por consiguiente, todo había dependido de los ejércitos rivales, y aquí se mostraron los prusianos indiscutiblemente superiores. Aunque ambos bandos emplearon sus redes ferroviarias para enviar numerosas fuerzas a la frontera, la movilización francesa fue mucho menos eficaz. Los reservistas llamados a filas tenían que alcanzar a sus regimientos, que habían partido ya hacia el frente. Las baterías de artillería estaban desparramadas por toda Francia y no podían concentrarse con facilidad. Por el contrario, a los quince días de la declaración de guerra tres ejércitos alemanes estaban avanzando hacia el Sarre y Alsacia. La ventaja del «Chassepot» era con demasiada frecuencia neutralizada por la táctica prusiana de avance de su artillería móvil y de rápido disparo. La *mitrailleuse* se mantuvo en la retaguardia y nunca se empleó con eficacia. El letargo y la ineptitud del mariscal Bazaine eran indescriptibles, y el propio Napoleón no era mucho mejor. En cambio, mientras las unidades individuales prusianas sufrían graves pérdidas en «la niebla de la guerra», la supervisión a distancia por parte de Moltke de los diversos ejércitos y su buena disposición para rehacer los planes y aprovechar las circunstancias inesperadas mantuvieron el ímpetu de la invasión hasta que los franceses cedieron. Aunque las fuerzas republicanas siguieron resistiendo durante unos pocos meses, la tenaza alemana alrededor de París y del nordeste de Francia se apretó inexorablemente; los inútiles contraataques del Ejército del Loira y el hostigamiento

de los francotiradores no pudieron disimular el hecho de que Francia había sido aplastada como gran potencia independiente[91].

El triunfo de Prusia-Alemania fue, a todas luces, un triunfo de su sistema militar; pero, como sagazmente observa Michael Howard, «el sistema militar de una nación no es una parte independiente del sistema social, sino un aspecto de él en su integridad»[92]. Detrás de los demoledores avances de las columnas alemanas y de la controlada orquestación del Estado Mayor, había una nación mucho mejor equipada y preparada para las condiciones de la guerra moderna que cualquier otra de Europa. En 1870 el conjunto de los Estados alemanes poseía ya una población más numerosa que Francia, y sólo la desunión había disfrazado este hecho. Alemania tenía más kilómetros de líneas férreas y estaba mejor dispuesta para fines militares. Su producto nacional bruto y su producción de hierro y de acero estaban, precisamente entonces, alcanzando los totales franceses. Su producción de carbón era dos veces y media mayor, y su consumo de energía de fuentes modernas suponía el 50% más. La Revolución industrial estaba creando en Alemania muchas más empresas a gran escala, tales como el cartel Krupp y de acero y armamentos, que aportaban al Estado prusiano-alemán una fuerza tanto militar como industrial. El sistema de servicio militar corto resultaba ofensivo para los liberales del interior y del exterior del país —y las críticas al «militarismo prusiano» estaban muy extendidas en aquellos tiempos—, pero movilizaba la fuerza humana de la nación para la guerra con más eficacia que el *laissez-faire* de Occidente o que el atrasado y agrario Este. Y detrás de todo esto había un pueblo que poseía un nivel mucho más alto de educación primaria y técnica, unas instituciones universitarias y científicas que no tenían rival y laboratorios químicos e institutos de investigación inigualados[93].

Europa, para repetir un chiste de la época, había perdido una amante y ganado un dueño. Bajo los asombrosamente diestros manejos de Bismarck, el sistema de las grandes potencias fue dominado por Alemania, después de 1870, durante dos décadas enteras; ahora, observaban los diplomáticos, todos los caminos conducían a Berlín. Ahora bien, como podía ver la mayoría de la gente, no eran sólo la astucia y la implacabilidad del canciller imperial lo que hacía de Alemania la potencia más importante del continente europeo. Eran también la industria y la tecnología alemanas, que florecieron todavía más de prisa cuando terminó la unificación nacional; era la ciencia y la educación y la administración local alemanas; y era el imponente Ejército prusiano. Que el Segundo Reich alemán tenía importantes fallos internos, que no cesaban de preocupar a Bismarck, era algo que apenas advertían los observadores foráneos. Todas las naciones de Europa, incluso hasta cierto punto la aislacionista Gran Bretaña, se sentían afectadas por este nuevo coloso. Los rusos, aunque habían mantenido una neutralidad benévola durante la guerra de 1870-1871 y se aprovechaban de la crisis de Europa occidental para mejorar su propia posición en el mar Negro[94], se resentían de que el centro de gravedad europeo estuviese ahora en Berlín y temían en secreto lo que pudiese hacer ahora Alemania. Los italianos, que habían ocupado Roma en 1870 mientras los franceses (protectores del Papa) eran aplastados en Lorena, se inclinaron poco a poco hacia Berlín. Lo propio hizo el Imperio austro-húngaro (como era llamado después del compromiso de Viena de 1867 con los húngaros), que esperaba encontrar en los Balcanes una compensación de su pérdida de prestigio en Alemania y en Italia, si bien se daba perfecta cuenta de que tal ambición podía provocar una reacción rusa. Por último, los impresionados y amargados franceses creían necesario examinar de nuevo y reformar vastos sectores de gobierno y de la sociedad (educación, ciencia, ferrocarriles,

fuerzas armadas, economía) en lo que iba a ser inútil intento de recobrar la paridad con su poderosa vecina de allende el Rin[95]. Tanto en su tiempo como, todavía más, retrospectivamente, el año 1870 fue considerado como un momento decisivo en la historia de Europa.

Por otra parte, tal vez debido a que la mayoría de los países sentía la necesidad de respirar después de las turbulencias de la década de 1860 y a que los estadistas operaban con cautela bajo el nuevo orden, la historia diplomática de las grandes potencias durante el decenio que siguió a 1871 fue de estudio para la estabilidad. Preocupados respectivamente por la reconstrucción subsiguiente a la Guerra de Secesión y por las consecuencias de la Revolución Meiji, ni los Estados Unidos ni Japón formaban parte del «sistema», que, en todo caso, era más eurocéntrico que antes. Aunque existía ahora una nueva versión de la «pentarquía europea», el equilibrio se había alterado de forma considerable en relación con el posterior a 1815. Prusia-Alemania, bajo la dirección de Bismarck, era ahora el más poderoso e influyente de los Estados europeos, en lugar de una Prusia que había sido siempre el más débil. Había también otra nueva potencia, la Italia unida, pero su desesperado estado de atraso económico (en especial la falta de carbón) significaba que nunca era debidamente aceptada en la gran liga de potencias, si bien era, desde luego, más importante en la diplomacia europea que países tales como España o Suecia[96]. Lo que hizo, debido a sus pretensiones en el Mediterráneo y en el norte de África, fue pasar a una situación de creciente rivalidad con Francia, a la que distraía a la vez que ofrecía un útil aliado futuro a Alemania. En segundo lugar, debido a su legado de guerras de liberación contra Viena y a sus propias ambiciones en los Balcanes occidentales, Italia se desconectó también de Austria-Hungría (al menos hasta que Bismarck hubo eliminado estas tensiones en la «Triple Alianza» austro-germano-italiana de 1882). Esto

significaba que ni Austria-Hungría ni Francia, las dos principales «víctimas» del auge de Alemania, podía concentrar plenamente sus energías sobre Berlín, ya que ahora poseían una vigorosa (aunque no demasiado musculosa) Italia tras ellas.

Y si este hecho aumentaba simplemente las razones de Austria para reconciliarse con Alemania y convertirse, en consecuencia, en casi su satélite, significaba también que incluso el mayor grado de fuerza nacional de Francia y su valor como aliada[97] estuviesen comprometidos en cualquier lucha futura contra Berlín por la existencia de una Italia hostil e imprevisible en el Sur.

Con Francia aislada, Austria-Hungría acobardada y los «estados amortiguadores» intermedios del sur de Alemania y de Italia ahora fundidos en sus más grandes unidades nacionales[98], los únicos obstáculos sustanciales para el mayor engrandecimiento de Alemania parecían encontrarse en las potencias independientes y de «flanco»: Rusia y Gran Bretaña. Para las administraciones británicas, que oscilaban entre el énfasis de Gladstone en las reformas internas (1868-1874) y el de Disraeli en los destinos «imperial» y «asiático» del país (1874-1880), el problema del equilibrio europeo no parecía muy apremiante. Éste no era probablemente el caso de Rusia, donde el canciller Gorchakov y otros se resentían de la transformación del Estado-cliente prusiano en una poderosa Alemania; pero estos sentimientos se mezclaban con las fuertes simpatías dinástica e ideológica que existían entre las Cortes de San Petersburgo y de Potsdam después de 1871, a causa de la todavía apremiante necesidad de Rusia de recobrarse de los desastres de la Guerra de Crimea, de la esperanza de obtener el apoyo de Berlín a los intereses rusos en los Balcanes y de la renovación de su interés en el Asia central. Sin embargo, considerado todo en su conjunto, la probabilidad de que las potencias de flanco interviniesen en los asuntos de la Europa centro-occidental dependería

sobre todo de lo que hiciese la propia Alemania; en realidad no había necesidad de comprometerse si se podía presumir que el Segundo Reich alemán era ahora una potencia saciada[99].

Bismarck, por su parte, estaba más que dispuesto a dar esta seguridad después de 1871,ya que no tenía deseos de crear un *gross-deutscher* («Gran Estado Alemán») que incorporaba a millones de católicos austríacos, destruía al Imperio austro-húngaro y dejaba a Alemania aislada entre una Francia vengativa y una Rusia recelosa[100]. Por consiguiente, le parecía más seguro seguir adelante con la creación de la Liga de los Tres Emperadores (1873), una cuasi-alianza que fortalecía la solidaridad ideológica de las monarquías orientales (contra la «republicana» Francia) y simultáneamente se cimentaba sobre algunos de los choques de intereses austro-rusos en los Balcanes. Y cuando durante la crisis de «guerra a la vista» de 1875 aparecieron indicios de que el Gobierno alemán podía estar contemplando una guerra preventiva contra Francia, las advertencias de Londres y (especialmente) de San Petersburgo convencieron a Bismarck de que habría una fuerte oposición a cualquier nueva alteración del equilibrio europeo[101]. Así, pues, por razones políticas internas así como por motivos externos diplomáticos, Alemania permaneció dentro de los límites establecidos en 1871 —una «potencia medio hegemónica», como lo han llamado algunos historiadores— hasta que su crecimiento militar e industrial y las ambiciones políticas del liderazgo posteriores a Bismarck la colocarían de nuevo en posición de impugnar el orden territorial existente[102].

Sin embargo, proseguir con esta transformación nos llevaría al capítulo siguiente. Durante el período formado por la década de 1870 y parte de la de 1880, la propia diplomacia de Bismarck aseguró la preservación del *statu quo* que ahora consideraba esencial para los intereses alemanes. El canciller fue en parte ayudado en esta empresa al producirse, en 1876, otra fase agu-

da de la vieja «cuestión oriental», cuando la matanza de cristianos búlgaros llevada a cabo por Turquía y la respuesta militar rusa a ello desvió toda la atención del Rin a Constantinopla y el mar Negro[103]. Es cierto que la ruptura de hostilidades en el Danubio inferior o en los Dardanelos podía ser peligrosa incluso para Alemania, si se permitía que la crisis se transformase en una guerra en gran escala entre grandes potencias, como parecía muy posible a principios de 1878. Sin embargo, la habilidad diplomática de Bismarck al actuar como «agente honrado» para conducir a todas las potencias a un compromiso en el Congreso de Berlín reforzó las presiones para una solución pacífica de la crisis y recalcó una vez más la posición central —y estabilizadora— que ahora ocupaba Alemania en los asuntos europeos.

Pero la gran Crisis Oriental de 1876-1878 también contribuyó mucho a la posición relativa de Alemania. Mientras la pequeña flota del mar Negro realizaba una actuación brillante contra los turcos, la campaña del Ejército ruso de 1877 reveló que, en realidad, no habían surtido efecto las reformas llevadas a cabo tras la Guerra de Crimea. Aunque la bravura y la superioridad numérica dieron en definitiva la victoria a Rusia sobre los turcos en los escenarios de operaciones de Bulgaria y del Cáucaso, hubo demasiados ejemplos de «reconocimiento sumamente inadecuado de las posiciones del enemigo, de falta de coordinación entre las unidades y de conclusión en el alto mando»[104]; y la amenaza de una intervención británica y austriaca a favor de Turquía obligó al Gobierno ruso, consciente una vez más de una inminente bancarrota, a acceder a un compromiso sobre sus demandas a finales de 1877. Pese a que los paneslavos de Rusia culparían más adelante a Bismarck por supervisar la Conferencia de Berlín que formalizó aquellas humillantes concesiones, perduró el hecho de que muchos de los que constituían la elite de San Petersburgo comprendieron más que

nunca la: necesidad de mantener buenas relaciones con Berlín, e incluso de volver, de forma revisada, a otro entendimiento entre los Tres Emperadores, en 1881. De manera parecida, aunque Viena había amenazado con desligarse del control de Bismarck al agudizarse la crisis en 1879, la alianza secreta austro-alemana del año siguiente la sujetó de nuevo a las riendas alemanas, como lo hicieron más tarde la alianza entre los Tres Emperadores en 1881 y la Triple Alianza entre Berlín, Viena e Italia en 1882. Además, todos estos acuerdos produjeron el efecto de alejar de Francia a los signatarios y colocarles en cierto grado de dependencia de Alemania[105].

Finalmente, los acontecimientos de los últimos años de la década de 1870 habían acentuado de nuevo la larga rivalidad anglo-rusa en el Próximo Oriente y en Asia, habían inclinado a ambas potencias a buscar en Berlín una neutralidad benévola y habían hecho que la atención pública se desviase aún más de Alsacia-Lorena y de la Europa central. Esta tendencia se agudizó todavía más a lo largo de la década de 1880, cuando toda una serie de acontecimientos —adquisición de Túnez por Francia (1881), intervención británica en Egipto (1882), la «arrebatiña» en masa en el África tropical (a partir de 1884) y la renovada amenaza de una guerra anglo-rusa sobre Afganistán (1885)— marcaron el comienzo de la era del «Nuevo Imperialismo»[106]. Aunque los efectos a largo plazo de este renovado estallido de colonialismo occidental iban a alterar profundamente la posición de muchas de las Grandes Potencias, la consecuencia a corto plazo fue el fortalecimiento de la influencia diplomática de Alemania dentro de Europa y la ayuda, de este modo, del empeño de Bismarck en conservar el *statu quo*. Si bien el sistema peculiarmente tortuoso de tratados y contratratados que se fraguó durante la década de 1880 no era probable que produjese una estabilidad duradera, pareció sin embar-

go asegurar que la paz prevalecería entre las potencias europeas al menos en un futuro próximo.

CONCLUSIONES

Con la importante excepción de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, el período de 1815-1885 no había sido testigo de ninguna contienda militar duradera y mutuamente agotadora. Las campañas menores de esta época, como el choque franco-austriaco de 1859 o el ataque ruso contra Turquía en 1877, afectaron poco al sistema de las grandes potencias. Incluso las guerras más importantes fueron limitadas en algunos aspectos significativos: la Guerra de Crimea fue principalmente regional y terminó antes de que Gran Bretaña empleara todos sus recursos, y las guerras austro-prusiana y franco-prusiana duraron poco, en notable contraste con los conflictos mucho más duraderos del siglo XVIII. No es de extrañar, pues, que la visión que tenían los líderes militares y los grandes estrategas de las luchas entre grandes potencias en el futuro fuese de rápidas victorias aplastantes á la Prusse de 1870; de ferrocarriles y planes de movilización, de planes de Estado Mayor para una ofensiva veloz, de cañones de tiro rápido y de ejércitos masivos y de servicio corto, todo lo cual se combinaría para vencer al enemigo en unas semanas. El hecho de que las nuevas armas de tiro rápido podían, si eran utilizadas de manera adecuada, beneficiar a la guerra defensiva más que a la ofensiva, no fue apreciado en aquel entonces, ni lo fueron, ¡ay!, los presagios de la Guerra Civil de Secesión de los Estados Unidos, donde una combinación de principios populares irreconciliables y de vasto terreno ha-

bía provocado una contienda mucho más larga y cruenta que los breves conflictos europeos de este período.

Sin embargo, todas estas guerras —ya se desarrollasen en el Valle de Tennessee o en la llanura de Bohemia, en la península de Crimea o en los campos de Lorena— llevaban a una conclusión general: las potencias vencidas eran aquellas que habían dejado de adaptarse a la «revolución militar» de mediados del siglo XIX, de adquirir nuevas armas, de movilizar y equipar grandes ejércitos, de usar las mejores comunicaciones ofrecidas por el ferrocarril, el barco de vapor y el telégrafo, y que no habían tenido una base industrial productora para sostener las Fuerzas Armadas. En todos estos conflictos, graves errores fueron cometidos de vez en cuando en el campo de batalla por los generales y los ejércitos del bando vencedor, pero nunca bastaron para eliminar las ventajas que tenía este beligerante en términos de instrucción militar, abastecimiento, organización y base económica.

Esto conduce a una serie final y más general de observaciones sobre el período que siguió a 1860. Como se ha advertido al principio de este capítulo, el medio siglo posterior a la batalla de Waterloo se caracterizó por el continuo crecimiento de una economía internacional, por el aumento productivo en gran escala causado por el desarrollo industrial y el cambio técnico, por la relativa estabilidad del sistema de grandes potencias y por el estallido de guerras localizadas y cortas. Además, aunque se había producido cierta modernización del armamento militar y naval, los progresos dentro de las Fuerzas Armadas eran mucho menos importantes que los que experimentaban las esferas civiles, sujetas a la Revolución industrial y a la transformación político-constitucional. La principal beneficiaria de este cambio de medio siglo había sido Gran Bretaña; en términos de poder productivo y de influencia mundial alcanzó probablemente su cenit a finales de los años de 1860 (aunque la política

del primer Gobierno Gladstone tendió a disimular este hecho). Los principales perdedores habían sido las sociedades agrícolas y no industrializadas del mundo extraeuropeo, que no podían resistir los productos industriales ni las incursiones militares de Occidente. Por la misma razón fundamental, las grandes potencias europeas menos industrializadas —Rusia y el Imperio austriaco— empezaron a perder su anterior posición y una nación recientemente unificada, Italia, nunca llegó a colocarse en primera fila.

Además, estas tendencias se intensificaron a partir del decenio de 1860. El volumen y el comercio mundial y, lo que es más importante, la producción manufacturera, aumentaron rápidamente. La industrialización, antes confinada en Gran Bretaña y ciertas partes de la Europa continental y de América del Norte, empezaba a transformar otras regiones. En particular, estaba reforzando las posiciones de Alemania, que en 1870 tenía ya el 13% de la producción industrial mundial, y de los Estados Unidos, que, incluso entonces, tenían el 23% del total[107]. Así, los principales rasgos del sistema internacional naciente eran ya perceptibles a finales del siglo XIX, aunque pocos observadores podían reconocerlos plenamente. Por otra parte, la relativamente estable Pentarquía del sistema de Concierto posterior a 1815 se estaba disolviendo, no sólo porque sus miembros estaban más deseosos de luchar entre ellos en la década de 1860 que unas pocas décadas atrás, sino también porque algunos de aquellos Estados eran dos o tres veces más poderosos que los otros. Y por otra parte, el propio monopolio europeo de la moderna producción industrial estaba siendo roto al otro lado del Atlántico. Las máquinas de vapor, los ferrocarriles, la electricidad u otros instrumentos de modernización podían modernizar a cualquier sociedad que tuviese voluntad y capacidad para adoptarlos.

La ausencia de grandes conflictos durante el período posterior a 1871 en que Bismarck dominó la diplomacia europea, pudo sugerir que se había establecido un nuevo equilibrio, después de las fisuras de las décadas de 1850 y 1860. Sin embargo, fuera del mundo de los ejércitos y las marinas y la diplomacia, se estaban produciendo progresos industriales y tecnológicos de largo alcance, que cambiaban el equilibrio económico mundial mucho más de prisa que nunca. Y no pasaría mucho tiempo antes de que estas alteraciones en la base productivo-industrial produjeran su impacto sobre la capacidad militar y la política exterior de las grandes potencias.

V. EL ADVENIMIENTO DE UN MUNDO BIPOLAR Y LA CRISIS DE LAS «POTENCIAS MEDIANAS»: PRIMERA PARTE, 1885-1918

En el invierno de 1884-1885, las grandes potencias del mundo y unos pocos Estados menores se reunieron en Berlín, en un intento de llegar a un, acuerdo sobre comercio, navegación y fronteras en África occidental y el Congo y, en general, sobre los principios de una ocupación efectiva de África[1]. En estos aspectos, la Conferencia de Berlín sobre África occidental puede considerarse, simbólicamente, como el cenit del período de predominio de la Vieja Europa en los asuntos mundiales. Japón no fue miembro de la Conferencia; aunque se modernizaba con suma rapidez, todavía era considerado por Occidente como un Estado pintoresco y atrasado. En cambio los Estados Unidos *estuvieron* en la Conferencia de Berlín, ya que las cuestiones sobre comercio y navegación que se discutían allí eran consideradas por Washington como importantes para los intereses norteamericanos en el extranjero[2]; pero, en la mayoría de los otros aspectos, los Estados Unidos permanecieron fuera del escenario internacional y hubo que esperar a 1892 para que las grandes potencias europeas elevasen la categoría de su representante diplomático en Washington de ministro plenipotenciario a embajador, que era lo que distinguía a una nación de primera clase. También Rusia estuvo en la conferencia; pero, aunque sus intereses en Asia eran considerables, tenía pocos en

África que fuesen importantes. En realidad, figuraba en la segunda lista de Estados invitados a la Conferencia[3] y su único papel fue el de apoyar generalmente a Francia contra Inglaterra. El centro de las cuestiones era, pues, la relación triangular entre Londres, París y Berlín y Bismarck ocupaba la importantísima posición del centro. El destino del planeta parecía descansar todavía en aquello sobre lo que había parecido apoyarse durante el siglo precedente o incluso antes: en las Cancillerías de Europa. Por supuesto, si la Conferencia hubiese tenido que decidir el futuro del Imperio otomano en lugar del de la cuenca del Congo, países tales como Austria-Hungría y Rusia habrían desempeñado un papel más importante. Pero esto no rebatiría aún lo que era considerado a la sazón como una verdad indiscutible: que Europa era el centro del mundo. Fue en este mismo período cuando el general ruso Dragimirov declaró que «los asuntos de Extremo Oriente se deciden en Europa»[4].

A lo largo de otros tres decenios —período ciertamente corto en el curso del sistema de las grandes potencias— aquel mismo Continente europeo se desgarraría y varios de sus miembros estarían cerca del colapso. Tres décadas más, y el final sería completo; gran parte del Continente sería económicamente devastado, partes de él quedarían en ruinas, y su futuro estaría en manos de los que tomaban las decisiones en Washington y en Moscú.

Aunque es obvio que nadie podía prever exactamente en 1885 la ruina y la desolación que prevalecerían en Europa sesenta años más tarde, lo cierto *fue* que muchos sagaces observadores de finales del siglo XIX percibieron la dirección en que estaba empujando la dinámica del poder mundial. Intelectuales y periodistas en particular, pero también políticos de la época, hablaban y escribían en términos de un vulgar mundo darvinista de lucha, de triunfo y fracaso, de crecimiento y decaden-

cia. Más aún, el orden del mundo futuro se veía ya como si tuviera cierta forma, al menos en 1895 o 1900[5].

Lo más notable de estos pronósticos fue el renacimiento de la idea de De Tocqueville acerca de que los Estados Unidos y Rusia serían las dos grandes potencias mundiales del futuro. No es de extrañar que esta teoría hubiese perdido terreno en la época del desastre ruso de Crimea y de su mediocre actuación en la guerra de 1877 contra Turquía, así como durante la Guerra de Secesión estadounidense y en las introspectivas décadas de reconstrucción y de expansión hacia el Oeste. Sin embargo, a finales del siglo XIX la expansión industrial y agrícola de los Estados Unidos y la expansión militar de Rusia en Asia hicieron que varios observadores europeos se preocupasen por un orden mundial en el siglo XX que, según se decía, sería dominado por el knut ruso y las bolsas de dinero norteamericanas[6]. Tal vez porque las ideas comerciales neo-mercantilistas prevalecían de nuevo sobre las de un sistema global pacífico, como Cobden, y librecambista, se tendía mucho más que antes a argüir que el cambiante poder económico conduciría también a cambios políticos y territoriales. Incluso el generalmente cauteloso Primer Ministro británico, Lord Salisbury, reconoció en 1898 que el mundo estaba dividido en potencias «vivas» y «moribundas»[7]. La reciente derrota china en su guerra de 1894-1895 contra el Japón, la humillación infligida a España por los Estados Unidos en su breve conflicto de 1898 y la retirada francesa ante Gran Bretaña a raíz del incidente de Fashoda en el Nilo Superior (1898-1899) fueron sucesos interpretados en conjunto como prueba de que la «supervivencia de los más fuertes» dictaba el destino de las naciones tanto como el de las especies animales. Las luchas entre grandes potencias ya no giraban sólo en torno a problemas europeos —como había ocurrido en 1830 o incluso en 1860—, sino en torno a mercados y territorios que se extendían por todo el Globo.

Pero si los Estados Unidos y Rusia parecían destinados por su extensión y su población a figurar entre las futuras grandes potencias, ¿quién les acompañaría? La «teoría de los Tres Imperios Mundiales» —es decir, la creencia popular de que únicamente las tres (o, en determinados aspectos, cuatro) Naciones-Estado más grandes y poderosas seguirían siendo independientes— preocupó a muchos estadistas imperiales[8]. «A mí me parece —dijo el ministro británico de Colonias, Joseph Chamberlain, en 1897— que la tendencia de la época consiste en poner todo el poder en manos de los grandes imperios, y que los reinos menores —los que no son progresivos— parecen caer en un lugar secundario y subordinado…»[9]. El almirante Tirpitz aconsejó al Káiser Guillermo que construyese una gran Armada, pues era vital para que Alemania pudiese convertirse en una de las «cuatro potencias mundiales: Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania»[10], También Francia debía estar entre ellas, advirtió un tal *Monsieur* Darcy, pues «los que no adelantan caminan hacia atrás, y los que van hacia atrás se hunden»[11]. Para las antiguas potencias, Gran Bretaña, Francia y Austria-Hungría, el problema era si podrían mantenerse ante los nuevos desafíos al *statu quo* internacional. Para las nuevas potencias, Alemania, Italia y Japón, el problema estaba en si podrían atravesar lo que Berlín llamaba una «libertad política mundial» antes de que fuese demasiado tarde.

Huelga decir que no todos los miembros de la raza humana estaban obsesionados por estas ideas al tocar el siglo XIX a su fin. Muchos estaban mucho más preocupados por los problemas internos y sociales. Muchos se aferraban a los ideales liberales del *laissez faire* y de colaboración pacífica[12]. Sin embargo, existía entre las elites gobernantes, los círculos militares y las organizaciones imperialistas una visión predominante del orden mundial que hacía hincapié en la lucha, el cambio, la competencia, el empleo de la fuerza y la organización de los recur-

sos nacionales para incrementar el poder del Estado. Las regiones menos desarrolladas del Globo estaban siendo rápidamente divididas, pero esto no era más que el principio de la historia; con pocos territorios más que anexionar, arguyó el geopolítico *Sir* Halford Mackinder, la eficacia y el desarrollo interior tendrían que sustituir al expansionismo como principal objetivo de los Estados modernos. Tendría que haber una correlación más íntima que antes «entre las más amplias generalizaciones geográficas y las históricas»[13], es decir, la extensión y los números estarían más exactamente reflejados en los equilibrios internacionales, siempre que los recursos fuesen debidamente explotados. Un país con cientos de millones de campesinos contaría poco. Por otra parte, incluso un Estado moderno sería también eclipsado si no se apoyaba en unos cimientos industriales y productivos suficientemente sólidos. «Las potencias triunfales serán aquellas que tengan la mayor base industrial —advirtió el imperialista británico Leo Amery—: Los pueblos que tengan la fuerza industrial y la fuerza de invención y de ciencia serán capaces de derrotar a todos los demás»[14].

* * *

Gran parte de la historia de las cuestiones internacionales durante el siguiente medio siglo resultó ser la confirmación de aquellas previsiones. Se produjeron espectaculares cambios en el equilibrio de poder, tanto dentro como fuera de Europa. Se derrumbaron viejos imperios y surgieron otros nuevos. El mundo multipolar de 1855 fue sustituido por un mundo bipolar ya en 1943. La lucha internacional se intensificó y estalló en guerras totalmente diferentes de los limitados conflictos de la Europa del siglo XIX. La productividad industrial, junto con la ciencia y la tecnología, se convirtieron en un elemento cada vez más vital de la fuerza nacional. Las alteraciones en la proporción internacional de la producción fabril se reflejaron en los

porcentajes internacionales cambiantes de fuerza militar e influencia diplomática. Los individuos seguían contando —¿quién podría afirmar lo contrario en el siglo de Lenin, Hitler y Stalin?—, pero contaban en la política de poder sólo porque podían controlar y reorganizar las fuerzas productivas de los grandes Estaos. Y, como reveló el propio destino de la Alemania nazi, la prueba del poder mundial por la guerra daría mal resultado a cualquier nación que careciese de fuerza industrial y técnica y, por ende, de las armas necesarias para realizar las ambiciones de su líder.

Si estas seis décadas de lucha entre las grandes potencias se habían descrito *ya* a grandes rasgos en la década de 1890, quedaba todavía por determinar el éxito o el fracaso de los países *individuales*. Evidentemente, mucho dependía de si un país podía mantener o aumentar su producción manufacturera. Pero mucho dependía también, como siempre, de las circunstancias inmutables de la geografía. ¿Estaba un país cerca del centro de las crisis internacionales o en la periferia? ¿Estaba a salvo de una invasión? ¿Tenía que mirar en dos o tres direcciones al mismo tiempo? La cohesión nacional, el patriotismo y el control ejercido por el Estado sobre sus habitantes eran también importantes; que una sociedad soportase sus tensiones dependía en gran medida de su estructura interna. Pero también dependía de la política de alianzas y de la toma de decisiones. ¿Luchaba como parte de un gran bloque de aliados o aisladamente? ¿Entraba en la guerra al principio, o en la mitad? ¿Entraban en la guerra otras potencias, antes neutrales y ahora alineadas en el bando contrario?

Estas preguntas sugieren que cualquier análisis lógico del «advenimiento de un mundo bipolar y de la crisis de las "potencias medianas"» tiene que considerar tres niveles, separados pero interrelacionados, de causalidad: el primero está formado por los cambios en la base productiva militar-industrial, sobre

la que ciertos Estados se hicieron materialmente más (o menos) poderosos; el segundo, por los factores geopolíticos, estratégicos y socioculturales que influyeron en las respuestas de cada Estado *individual* a las grandes oscilaciones del equilibrio mundial; y el tercero, por los cambios políticos y diplomáticos que también afectaron a las probabilidades de triunfo o de fracaso en las grandes guerras de coalición de principios del siglo XX.

EL EQUILIBRIO CAMBIANTE DE LAS FUERZAS MUNDIALES

Los observadores finiseculares de los asuntos mundiales están de acuerdo en que el ritmo del cambio económico y político se estaba acelerando y hacía, de este modo, que el orden internacional fuese más precario que antes. En el equilibrio de poder siempre había habido alteraciones que producían inestabilidad y, a menudo, la guerra. «Lo que hizo la guerra inevitable —escribió Tucídides en *La Guerra del Peloponeso*— fue el crecimiento del poder ateniense y el miedo que esto causaba en Esparta»[15]. Pero en el último cuarto del siglo XX los cambios que afectaron al sistema de las grandes potencias fueron más extensos y generalmente más rápidos que antes. El comercio mundial y la red de comunicaciones —telégrafos, barcos de vapor, ferrocarriles, las modernas máquinas de imprimir— significaban que los grandes progresos en ciencia y en tecnología, o los nuevos avances en la producción manufacturera, podían ser transmitidos y transferidos de un *continente* a otro en unos años. A los cinco años del invento de Gilcrist y Thomas, en 1879, de una manera de convertir minerales fosfóricos baratos

en acero básico, había ochenta y cuatro convertidores básicos en funcionamiento en la Europa occidental y central[16] y el proceso había cruzado también el Atlántico. El resultado fue más que un cambio en las respectivas participaciones nacionales en la producción de acero; implico también un cambio significativo en el potencial militar.

Potencial militar no es, como hemos visto, los mismo que fuerza militar. Un gigante económico puede preferir, por razones de cultura política o de seguridad geográfica, ser un pigmeo militar, mientras que un Estado sin grandes recursos económicos puede organizar no obstante su sociedad de manera que sea una formidable potencia militar. En este período, como en otros, existen excepciones a la sencilla ecuación «fuerza económica = fuerza militar», que tendrán que ser comentadas más adelante. Sin embargo, en una era de guerra moderna e industrializada el lazo entre economía y estrategia se estaba haciendo más fuerte. Para comprender las oscilaciones a largo plazo del equilibrio internacional de poder entre la década de 1880 y la Segunda Guerra Mundial, es necesario contemplar los datos económicos. Estos datos han sido seleccionados con vistas a valorar el potencial de una nación para la guerra y, por lo tanto, no incluyen algunos índices económicos muy conocidos[*], que son menos útiles a este respecto.

El volumen de la población no es nunca, por sí solo, un indicador seguro de poder, pero la tabla 12 sugiere que, al menos demográficamente, Rusia y los Estados Unidos podían ser considerados como una clase de gran potencia diferente de todas las demás, mientras que Alemania y (más tarde) Japón empezaban a distanciarse un poco de las restantes.

TABLA 12. Población total de las potencias, 1890-1938[17]

(en millones)

		1890	*1900*	*1910*	*1913*	*1920*	*1928*	*1938*	

1	Rusia	116,8	135,6	159,3	175,1	126,6	150,4	180,6	1
2	Estados Unidos	62,6	75,9	91,9	97,3	105,7	119,1	138,3	2
3	Alemania	49,2	56,0	65,4	66,9	42,8	55,4	68,5	4
4	Austria-Hungría	42,6	46,7	50,8	52,1	_	_	_	
5	Japón	39,9	43,8	49,1	51,3	55,9	62,1	72,2	3
6	Francia	38,3	38,9	39,5	39,7	39,0	41,0	41,9	7
7	Gran Bretañat	37,4	41,1	44,9	45,6	44,4	45,7	47,6	5
8	Italia	30,0	32,2	34,4	35,1	37,7	40,3	43,8	6

Sin embargo, hay dos maneras de «controlar» los datos aproximados de la tabla 12. La primera consiste en comparar la población total de un país con la parte de ella que vive en zonas urbanas (tabla 13), pues esto es generalmente un indicador significativo de la modernización industrial-comercial; la segunda consiste en relacionar estos resultados con los niveles per cápita de industrialización, medidos tomando como país «de referencia» a Gran Bretaña (tabla 14). Ambos ejercicios son enormemente instructivos y tienden a reforzarse entre sí.

Sin entrar en un análisis detallado de las cifras de las tablas 13 y 14 en este punto, pueden hacerse varias generalizaciones amplias. En cuanto se han introducido medidas de modernización tales como el volumen de la población urbana y la extensión de la industrialización, las posiciones de la mayoría de las potencias son significativamente diferentes de las de la tabla 12: Rusia pasa de la primera a la última, al menos hasta su ex-

pansión industrial en la década de 1930; Gran Bretaña y Alemania ganan en posiciones, y destaca la combinación única de los Estados Unidos, que poseen una sociedad a la vez populosa y sumamente industrializada. Incluso al principio de este período, la distancia entre la más fuerte y la más débil de las grandes potencias es considerable, tanto en términos absolutos como en términos relativos; en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, todavía persisten enormes diferencias. El proceso de modernización puede traer consigo que todos estos países pasen por las mismas «fases»[18]; pero esto no significa que, en términos de *poder*, salga cada uno beneficiado en el mismo grado.

Las importantes *diferencias* entre las grandes potencias se ponen de manifiesto aún más claramente cuando se examinan datos detallados sobre la productividad industrial. Como quiera que la producción de hierro y de acero a menudo se ha tomado como indicador de la fuerza militar potencial en este período, así como la industrialización *per se*, reproducimos en la tabla 15 las cifras relevantes.

Pero tal vez la mejor medida de la industrialización de una nación reside en su consumo de energía producida en formas modernas (es decir, carbón, petróleo, gas natural e hidroelectricidad, pero no madera), ya que indica, tanto la capacidad técnica de un país de explotar formas inanimadas de energía, como su pulso económico; estas cifras se recogen en la tabla 16.

TABLA 13. Población de las potencias respecto de la población mundial[19]
(en millones)

		1890	*1900*	*1910*	*1913*	*1920*	*1928*	*1938*	
1	Gran Bretaña	11,2	13,5	15,3	15,8	16,6	17,5	18,7	5
	(1)	(29,9%)	(32,8%)	(34,9%)	(34,6%)	(37,8%)	(38,2%)	(39,2%)	(1)
2	Estados Unidos	9,6	14,2	20,3	22,5	27,4	34,3	45,1	1
	(2)	(15.3%)	(18,7%)	(22,0%)	(23,1%)	(25,9%)	(28,7%)	(32,8%)	(2)
3	Alemania	5,6	8,7	12,9	14,1	15,3	19,1	20,7	3

	(4)	(11,3%)	(15,5%)	(20,0%)	(21,0%)	(37,7%)	(34,4%)	(30,2%)	(3)
4	Francia	4,5	5,2	5,7	5,9	5,9	6,3	6,3	7
	(3)	(11,7%)	(13,3%)	(14,4%)	(14,8%)	(15,1%)	(15,8%)	(15,0%)	(7)
5	Rusia	4,3	6,6	10,2	12,3	4,0	10,7	36,5	2
	(8)	(3,6%)	(4,8%)	(6,4%)	(7,0%)	(3,1%)	(7,1%)	(20,2%)	(5)
6	Italia	2,7	3,1	3,8	4,1	5,0	6,5	8,0	6
	(5)	(9,0%)	(9,6%)	(11,0%)	(11,6%)	(13,2%)	(16,1%)	(18,2%)	(6)
7	Japón	2,5	3,8	5,8	6,6	6,4	9,7	20,7	3
	(6)	(6,3%)	(8,6%)	(10,3%)	(12,8%)	(11,6%)	(15,6%)	(28,6%)	(4)
8	Austria-Hungría	2,4	3,1	4,2	4,6	—	—	—	
	(7)	(5,6%)	(6,6%)	(8,2%)	(8,8%)				

TABLA 14. Niveles de industrialización per cápita, 1880-1938[20]

(Relativos a G. B. en 1900=100)

		1880	*1900*	*1913*	*1928*	*1938*	
1	Gran Bretaña	87	[100]	115	122	157	2
2	Estados Unidos	38	69	126	182	167	1
3	Francia	28	39	59	82	73	4
4	Alemania	25	52	85	128	144	3
5	Italia	12	17	26	44	61	5
6	Austria	15	23	32	—	—	
7	Rusia	10	15	20	20	38	7
8	Japón	9	12	20	30	51	6

TABLA 15. Producción de hierro/acero de las potencias, 1890-1938[21]

(Millones de toneladas; producción hierro en 1890; acero en lo sucesivo)

	1890	*1900*	*1910*	*1913*	*1920*	*1930*	*1938*
Estados Unidos	9,3	10,3	26,5	31,8	42,3	41,3	28,8
Gran Bretaña	8,0	5,0	6,5	7,7	9,2	7,4	10,5

Alemania	4,1	6,3	13,6	17,6	7,6	11,3	23,2
Francia	1,9	1,5	3,4	4,6	2,7	9,4	6,1
Austria-Hungría	0,97	1,1	2,1	2,6	—	—	—
Rusia	0,95	2,2	3,5	4,8	0,16	5,7	18,0
Japón	0,02	—	0,16	0,25	0,84	2,3	7,0
Italia	0.01	0,11	0.73	0.93	0.73	1.7	2.3

TABLA 16. Consumo de energía de las potencias, 1890-1938[22]
(en millones de toneladas métricas del carbón equivalente)

	1890	*1900*	*1910*	*1913*	*1920*	*1930*	*1938*
Estados Unidos	147	248	483	541	694	762	697
Gran Bretaña	145	171	185	195	212	184	196
Alemania	71	112	158	187	159	177	228
Francia	36	47,	55	62,5	65	97,5	84
Austria-Hungría	19,7	29	40	49,4	—	—	—
Rusia	10,9	30	41	54	14,3	65	177
Japón	4,6	4,6	15,4	23	34	55,8	96,5
Italia	4,5	5	9,6	11	14,3	24	27,8

Las tablas 15 y 16 confirman los rápidos cambios industriales que se produjeron en términos absolutos en algunas de las potencias en períodos particulares —Alemania antes de 1914, Rusia y Japón en los años treinta— e indican el ritmo más lento de crecimiento en Gran Bretaña, Francia e Italia. Esto puede representarse también en términos relativos para indicar la posición industrial comparativa de un país según el tiempo (tabla 17).

TABLA 17. Potencial industrial total de las potencias en perspectiva relativa, 1889-1938[23]

(G. B. en 1900 = 100)

	1880	*1900*	*1913*	*1928*	*1938*
Gran Bretaña	73,3	[100]	127,2	135	181
Estados Unidos	46,9	127,8	298,1	533	528
Alemania	27,4	71,2	137,7	158	214
Francia	25,1	36,8	57,3	82	74
Rusia	24,5	47,5	76,6	72	152
Austria-Hungría	14	25,6	40,7	—	—
Italia	8,1	13,6	22,1	37	46
Japón	7,6	13	25,1	45	88

Por último, es útil volver a las cifras de Bairoch en la tabla 18 sobre las proporciones de la producción manufacturera mundial, para mostrar los cambios que se produjeron desde los primeros análisis de los equilibrios del siglo XIX en el capítulo anterior.

TABLA 18. Participación relativa en la producción manufacturera mundial, 1880-1938[24]

(por ciento)

	1880	*1900*	*1913*	*1928*	*1938*
Gran Bretaña	22,9	18,5	13,6	9,9	10,7
Estados Unidos	14,7	23,6	32,0	39,3	31,4
Alemania	8,5	13,2	14,8	11,6	12,7
Francia	7,8	6,8	6,1	6,0	4,4
Rusia	7,6	8,8	8,2	5,3	9,0
Austria-Hungría	4,4	4,7	4,4	—	—
Italia	2,5	2,5	2,4	2,7	2,8

LA POSICION DE LAS POTENCIAS, 1885-1914

En vista de unas cifras concretas tan desconcertantes, según las cuales cierta potencia poseía el 2,7% de la producción manufacturera mundial en 1913, u otra, tenía en 1928 un potencial industrial que representaba sólo el 45% del de Gran Bretaña en 1900, vale la pena recalcar que todas estas estadísticas son abstractas hasta que se colocan dentro de un contexto histórico y geopolítico concreto. Países con una producción industrial virtualmente idéntica pueden, sin embargo, merecer calificaciones sustancialmente distintas en términos de efectividad de gran potencia, debido a factores tales como la cohesión interna de la sociedad en cuestión, su facilidad para movilizar recursos destinados a la acción del Estado, su posición geopolítica y sus capacidades diplomáticas. Dada la limitación de espacio, en este capítulo no será posible hacer para todas las grandes potencias lo que Correlli Barnett trató de hacer años atrás en su estudio a gran escala de Gran Bretaña. Pero lo que sigue tratará de acercarse al marco más amplio de Barnett, en el que arguye que

> el poder de una Nación-Estado en modo alguno consiste sólo en sus fuerzas armadas, sino también en sus recursos económicos y tecnológicos; en la destreza, la previsión y la resolución con que se dirige su política exterior; en la eficacia de su organización social y política. Consiste sobre todo en la propia nación, en el pueblo; en su habilidad, su energía, su ambición, su disciplina, su iniciativa; sus creencias, mitos e ilusiones. Y consiste, además, en la manera en que todos estos factores se relacionan entre sí. Además, el poder nacional tiene que ser considerado no únicamente en sí mismo, en su extensión absoluta, sino relativa a las obligaciones

exteriores imperiales del Estado; tiene que ser considerado en relación con el poder de otros Estados[25].

Tal vez no hay mejor manera de ilustrar la diversidad de la efectividad estratégica que observando en primer lugar a los tres relativos recién llegados al sistema internacional: Italia, Alemania y Japón. Los dos primeros sólo se convirtieron en Estados unificados en 1870-1871; el tercero empezó a salir del aislamiento que él mismo se había impuesto tras la Restauración Meiji de 1868. En estas tres sociedades había impulsos para emular a las potencias establecidas. En las décadas de 1880 y 1890 cada una de ellas estaba adquiriendo territorios en ultramar, y también cada una de ellas empezó a construir una flota moderna como complemento de los ejércitos que ya tenía. Cada uno de estos Estados constituía un elemento importante en el cálculo diplomático de la época, y el ultimo se había convertido en 1902 en aliado de una potencia más antigua. Sin embargo, todas estas semejanzas no pueden compensar las diferencias fundamentales en la fuerza real que cada uno de ellos poseía.

ITALIA

A simple vista, el advenimiento de una nación italiana significó un cambio importante en el equilibrio europeo. En vez de ser un racimo de pequeños Estados rivales, en parte bajo soberanía extranjera y siempre bajo la amenaza de una intervención foránea, era ahora un bloque sólido de treinta millones de habitantes, que crecía tan de prisa que en 1914 se estaba acercando a la población total de Francia. Su Ejército y su Marina no eran

particularmente grandes en este período pero, como muestran las tablas 19 y 20, eran a pesar de todo muy respetables.

TABLA 19. Personal militar y naval de las potencias, 1880-1914[26]

	1880	*1890*	*1900*	*1910*	*1914*
Rusia	791 000	677 000	1 162 000	1 285 000	1 352 000
Francia	543 000	542 000	715 000	769 000	910 000
Alemania	426 000	504 000	524 000	694 000	891 000
Gran Bretaña	367 000	420 000	624 000	571 000	532 000
Austria-Hungría	246 000	346 000	385 000	425 000	444 000
Italia	216 000	284 000	255 000	322 000	345 000
Japón	71 000	84 000	234 000	271 000	306 000
Estados Unidos	34 000	39 000	96 000	127 000	164 000

En términos diplomáticos, como se ha observado más arriba[27] el auge de Italia impresionó de verdad a sus dos grandes potencias vecinas, Francia y Austria-Hungría, y si por un lado su entrada en la Triple Alianza en 1882 «resolvió» ostensiblemente la rivalidad ita-lo-austriaca, por otro confirmó que una Francia aislada se enfrentaba con enemigos en dos frentes. Por consiguiente, sólo una década después de su unificación, Italia parecía pleno miembro del sistema europeo de grandes potencias, y Roma se codeaba con las otras capitales principales (Londres, París, Berlín, San Petersburgo, Viena, Constantinopla) como ciudad en la que estaban acreditadas Embajadas plenas.

TABLA 20. Tonelaje en buques de guerra de las potencias, 1880-1914[28]

	1880	*1890*	*1900*	*1910*	*1914*

Gran Bretaña	650 000	679 000	1 065 000	2 174 000	2 174 000
Francia	271 000	319 000	499 000	725 000	900 000
Rusia	200 000	180 000	383 000	401 000	679 000
Estados Unidos	169 000	240 000	333 000	824 000	985 000
Italia	100 000	242 000	245 000	327 000	498 000
Alemania	88 000	190 000	285 000	964 000	1 305 000
Austria-Hungría	60 000	66 000	87 000	210 000	372 000
Japón	15 000	41 000	187 000	496 000	700 000

Pero el aspecto de gran potencia de Italia encubría algunas grandes debilidades, sobre todo el atraso económico del país, en particular en el Sur rural. Su índice de analfabetismo —37,6%, y también mucho mayor en el Sur— era mucho más alto que el de cualquier otro Estado europeo occidental o del Norte y reflejaba el atraso de gran parte de la agricultura italiana: fincas pequeñas, suelo pobre, poca inversión, aparcerías, transportes inadecuados. La producción total y per cápita de la riqueza nacional de Italia era comparable a la de las sociedades campesinas de España y de la Europa oriental más que a las de los Países Bajos o Westfalia. Italia no tenía carbón; todavía, a pesar de su fomento de la hidroelectricidad, alrededor del 88% de la energía de Italia procedía del carbón británico, cosa que perjudicaba su balanza de pagos e implicaba una terrible debilidad estratégica. En estas circunstancias, el aumento de población de Italia, sin una expansión industrial significativa, fue una bendición a la inversa, ya que retrasó su crecimiento industrial en términos per cápita y en relación con las otras potencias occidentales[29], y la comparación habría sido todavía más desfavorable si cientos de miles de italianos (generalmente los más emprendedores y capaces) no hubiesen emigrado cada año a través

del Atlántico. Todo esto hizo, según una frase de Kemp, al «desaventajado recién llegado»[30].

Esto no quiere decir que no hubiera modernización. En verdad, muchos son los historiadores que se han referido precisamente a este período como «la revolución industrial de la era giolittiana» y como «un cambio decisivo en la vida económica de nuestro país»[31]. Al menos en el Norte, hubo una considerable dedicación a la industria pesada: hierro y acero, construcción de buques, manufactura de automóviles, así como productos textiles. En opinión de Gerschrenkon, los años comprendidos entre 1896 y 1908 fueron testigos del «gran empuje» de Italia hacia la industrialización; en efecto, el crecimiento industrial italiano se produjo más de prisa que en cualquier otra parte de Europa, la emigración de la población del campo a las ciudades se intensificó, el sistema bancario se reajustó para facilitar el crédito industrial y la renta nacional se elevó verticalmente[32]. La agricultura piamontesa dio un paso adelante parecido.

Sin embargo, si situamos la estadística italiana en una perspectiva comparativa, el brillo empieza a desvanecerse. Italia creó una industria del hierro y del acero, pero en 1913 su producción equivalía a una octava parte de la Gran Bretaña, a una decimoséptima parte de la de Alemania y sólo a las dos quintas partes de la de Bélgica[33]. Consiguió rápidos índices de crecimiento industrial, pero a partir de un nivel inicial tan bajo que los resultados reales no fueron impresionantes. Al estallar la Primera Guerra Mundial, no había alcanzado siquiera un cuarto de la fuerza industrial que poseía Gran Bretaña en 1900, y su parte en la producción manufacturera mundial descendió del simple 2,5% en 1900 al 2,4% en 1913. Aunque Italia entró marginalmente en la lista de grandes potencias, vale la pena observar que —excluido Japón— cada una de las otras potencias tenía dos o tres veces su fuerza industrial; algunas (Alemania y

Gran Bretaña) la multiplicaban por seis, y una (los Estados Unidos) por más de trece.

Esto habría podido ser compensado en cierto modo por un grado relativamente más alto de cohesión nacional y de resolución por parte de la población italiana, pero también estos elementos faltaban. Las fidelidades que existían en la política personal italiana eran familiares y locales, tal vez regionales, pero no nacionales. El distanciamiento crónico entre el Norte y el Sur, exacerbado por la industrialización del primero, y la falta de un gran contacto con el mundo exterior por parte de la comunidad rural en tantas partes de la península no eran mitigados por la hostilidad entre el Gobierno italiano y la Iglesia católica, que prohibía a sus miembros servir al Estado. Los ideales de *risorgimento*, proclamados por los liberales nativos y simpatizantes extranjeros, no penetraron muy a fondo en la sociedad italiana. El reclutamiento para los servicios armados era difícil, y la situación de las unidades del Ejército de acuerdo con principios estratégicos, más que con cálculos políticos regionales, era imposible. Las relaciones cívico-militares en la cima se caracterizaban por una mutua incomprensión y desconfianza. El antimilitarismo general de la sociedad italiana, la escasa calidad del cuerpo de oficiales y la falta de asignaciones adecuadas para armamentos provocaron dudas sobre la efectividad militar italiana, mucho antes de la desastrosa batalla de Caporetto en 1917 o de la campaña egipcia de 1940[34]. Sus guerras de unificación habían confiado en la intervención de Francia y, además, en la amenaza de Prusia a Austria-Hungría. La catástrofe de 1896 en Adowa (Abisinia) dio a Italia la mala reputación de poseer el único ejército europeo que había sido derrotado por una sociedad africana carente de mecanismos de respuesta efectivos. La decisión del Gobierno italiano de hacer la guerra en Libia en 1911-1912, que pilló al propio Estado Mayor italiano por sorpresa, fue un desastre financiero de pri-

mer orden. La Marina, que parecía muy grande en 1890, declinó de forma constante en volumen relativo y su eficacia fue siempre discutible. Los sucesivos comandantes en jefe de la Royal Navy en el Mediterráneo desearon siempre que la flota italiana fuese neutral, no aliada, si estallaba una guerra con Francia en aquel período[35].

Las consecuencias de todo esto sobre la posición estratégica y diplomática de Italia fueron deprimentes. El Estado Mayor italiano no sólo tenía plena conciencia de su inferioridad numérica y técnica en comparación con los franceses (especialmente) y con los austro-húngaros, sino que sabía también que la inadecuada red de ferrocarriles y el arraigado regionalismo hacían imposible los despliegues flexibles y a gran escala de las tropas, a estilo prusiano. Y la Marina italiana no sólo comprendía sus propias deficiencias, sino que la vulnerable y larga línea costera italiana hacía sumamente ambivalente su política de alianzas, por lo que la planificación estratégica era más caótica que nunca. El pacto de alianza que firmó Italia con Berlín en 1882 fue alentador al principio, particularmente cuando pareció que Bismarck paralizaba a los franceses; pero incluso entonces el Gobierno italiano siguió presionando para obtener unos lazos más estrechos con Gran Bretaña, la única potencia que podía neutralizar a la flota francesa. Cuando, en los años que siguieron a 1900, Gran Bretaña y Alemania pasaron de la colaboración al antagonismo, los italianos creyeron que no tenían más alternativa que inclinarse hacia la nueva combinación anglo-francesa. La aversión residual a Austria-Hungría fortaleció este movimiento, mientras que el respeto por Alemania y la importancia de las finanzas industriales alemanas en Italia impidieron que aquello se convirtiese en una ruptura abierta. Así, pues, en 1914 Italia ocupaba una posición parecida a la de 1871. Era «la última de las grandes potencias»[36], imprevisible y nada escrupulosa a los ojos de sus vecinos, y poseía ambicio-

nes comerciales y expansionistas en los Alpes, los Balcanes, el norte de África y más lejos, que chocaban con los intereses de amigos y rivales. Las circunstancias económicas y sociales seguían debilitando su poder de influir en las acontecimientos y, sin embargo, seguía participando en el juego. En resumidas cuentas, el criterio de la mayoría de los otros Gobiernos parece haber sido que era mejor tener a Italia como socio que como enemigo; pero el margen de beneficio no era amplio[37].

JAPÓN

Italia era un miembro marginal del sistema de las grandes potencias en 1890, pero Japón ni siquiera formaba parte del club. Durante siglos había sido gobernado por una oligarquía feudal compuesta por señores territoriales (daimyo) y una casta aristocrática de guerreros (samurai). Perjudicado por la falta de recursos naturales y por un terreno montañoso que no dejaba más que el 20% de la tierra apta para el cultivo, Japón carecía de todos los que se consideraban requisitos previos del desarrollo económico. Aislado del resto del mundo por un lenguaje complicado que a ninguno se parecía y por una fuerte conciencia de unicidad cultural, el pueblo japonés permaneció encerrado en sí mismo y resistió a toda influencia extranjera hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Por estas razones, Japón parecía destinado a permanecer políticamente inmaduro, económicamente atrasado y militarmente impotente en términos de potencia mundial[38]. Sin embargo, en dos generaciones se había convertido en un elemento principal en la política internacional de Extremo Oriente.

La causa de esta transformación, efectuada por la Restauración Meiji a partir de 1868, fue la determinación de miembros influyentes de la elite japonesa de evitar ser dominados y colonizados por Occidente, como parecía estar ocurriendo en el resto de Asia, aunque las medidas reformistas que debieran tomarse en este sentido implicaran el rechazo del orden feudal y la fuerte oposición de los clanes samurai[39]. Japón tenía que modernizarse, no porque lo deseasen los emprendedores individuales, sino porque lo necesitaba el «Estado». Una vez vencida la primera oposición, la modernización prosiguió con un *dirigismo* y un empeño que hacen

palidecer los esfuerzos de Colbert o de Federico *el Grande*. Se impuso una nueva constitución, fundada en el modelo pruso-alemán. Se reformó el sistema legal. Se extendió en gran medida el sistema educativo, de modo que el país alcanzó un elevado grado de instrucción. Se cambió el calendario. Se cambió el vestido. Se estableció un sistema bancario moderno. Se recurrió a expertos de la Royal Navy británica para que aconsejasen sobre la creación de una flota japonesa actualizada, y del Estado Mayor prusiano para que ayudase a la modernización del Ejército. Fueron enviados oficiales japoneses a las academias militares y navales de Occidente; se compraron armas modernas en el extranjero, aunque se había establecido ya una industria nacional de armamentos. El Estado fomentó la creación de una red de ferrocarriles, telégrafos y líneas de navegación; trabajó junto con los nuevos empresarios japoneses para desarrollar la industria pesada, hierro, acero y construcción de buques, así como para modernizar la producción textil. Se destinaron subsidios oficiales para beneficiar a los exportadores, para fomentar el comercio marítimo, para montar una nueva industria. Las exportaciones japonesas, en especial de seda y tejidos, aumentaron vertiginosamente. Detrás de todo esto se hallaba el impresionante compromiso político de realizar el eslogan nacional *fukoku kyohei* («país rico, con Ejército fuerte»). Para los japoneses, el poder económico y el poder militar-naval iban a la par.

Pero todo esto requería tiempo, y las dificultades seguían siendo graves[40]. Aunque la población urbana se había más que doblado entre 1890 y 1913, el número de trabajadores del campo seguía siendo aproximadamente el mismo. Incluso en vísperas de la Primera Guerra Mundial, más de las tres quintas partes de la población japonesa se dedicaba a la agricultura, la explotación de los bosques y la pesca y, a pesar de las muchas mejoras en las técnicas agrícolas, el terreno montañoso y la pequeña extensión de la mayoría de las propiedades impedían una «revolución agraria» según, por ejemplo, el modelo británico. Con una base agrícola tan fuerte, toda comparación del potencial industrial de Japón o de los

niveles de industrialización per cápita tenían que situarlo forzosamente en o cerca del último puesto en las listas de grandes potencias (véanse tablas 14 y 17). Si bien su esfuerzo industrial anterior a 1914 puede detectarse claramente en el aumento del consumo de energía procedente de fuentes modernas y en su mayor participación en la producción manufacturera mundial, era todavía deficiente en otros muchos sectores. Su producción de hierro y acero era pequeña, cosa que había que compensar con las importaciones. Del mismo modo, aunque su industria de construcción naval había progresado mucho, seguía comprando barcos de guerra a otros países. Japón andaba también escaso dé capital, por lo que necesitaba pedir préstamos cada vez más elevados en el extranjero, pero nunca resultaban suficientes para invertirlos en la industria, la infraestructura y los servicios armados. Económicamente, había realizado milagros para convertirse en el único Estado no occidental que pasaba por una revolución industrial en la era de gran imperialismo; sin embargo, comparado con Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania, seguía siendo un peso ligero en la industria y las finanzas.

Pero otros dos factores ayudaron al Japón a elevarse al rango de gran potencia y contribuyen a explicar por qué superó, por ejemplo, a Italia. El primero fue su aislamiento geográfico. La costa continental más próxima se hallaba en manos de algo tan poco amenazador como el decadente Imperio chino. Y aunque China, Manchuria y (aún más alarmante) Corea podían caer en manos de otra gran potencia, la geografía había colocado a Japón mucho más cerca de aquellas tierras que a cualquiera de los otros Estados imperialistas, como descubriría Rusia para su desgracia cuando trató de abastecer un ejército a lo largo de nueve mil kilómetros de ferrocarril en 1904-1905, y como verían las Marinas británicas y estadounidenses varias décadas más tarde, al debatir los problemas logísticos en el auxilio a las Filipinas, Hong Kong y Malaya. Presumiendo un desarrollo japonés continuado en el Este de Asia, sólo esforzándose al máximo podía cualquier otro Estado impor-

tante impedir que Japón se convirtiese en la potencia predominante en aquella región con el paso del tiempo.

El segundo factor era moral. Parece indiscutible que el fuerte sentimiento japonés de unicidad cultural, las tradiciones de adoración del emperador y veneración del Estado, la ética samurai de honor militar y de valor y el énfasis puesto en la disciplina y la fortaleza dieron lugar a una cultura política acendradamente patriótica de la que no se harían desistir los sacrificios y que reforzó el impulso japonés de extenderse en una «Gran Asia del Este», tanto por razones de seguridad estratégica como para obtener mercados y materias primas. Esto se reflejó en la triunfal campaña militar y naval de 1894 contra China, cuando ambos países se pelearon por sus aspiraciones sobre Corea[41]. Por tierra y por mar, las mejor equipadas fuerzas japonesas parecieron impulsadas por la voluntad de triunfar. Al terminar aquella guerra, la amenaza de una «triple intervención» de Rusia, Francia y Alemania obligó al irritado Gobierno japonés a retirar su reclamación de Port Arthur y la península de Liaotung, pero esto sólo aumentó la determinación de Tokio de intentarlo de nuevo más tarde. Pocos miembros del Gobierno, si es que hubo alguno, discreparon de la inflexible conclusión del Barón Hayashi:

> Si se consideran necesarios nuevos barcos de guerra, debemos construirlos a toda costa; si la organización de nuestro Ejército es inadecuada, debemos empezar a rectificarla desde ahora; si es necesario, debemos cambiar todo nuestro sistema militar…
>
> Ahora Japón debe mantenerse tranquilo y callado, para no despertar sospechas contra él; durante este tiempo deben consolidarse los cimientos del poder nacional, y debemos observar y esperar en Oriente la oportunidad que sin duda se presentará algún día. Cuando este día llegue, Japón decidirá su propio destino…[42]

El tiempo de la venganza llegó diez años más tarde, cuando sus ambiciones en Corea y en Manchuria chocaron con las de la Rusia

zarista[43]. Si los expertos navales quedaron impresionados por la flota del almirante Togo cuando destruyó los barcos rusos en la decisiva batalla de Tsushima, fue el comportamiento general de la sociedad japonesa lo que chocó a otros observadores. El ataque por sorpresa a Port Arthur (costumbre que había empezado en el conflicto de 1894 con China y que volvería a manifestarse en 1941) fue aplaudido en Occidente, como lo fue el entusiasmo de la opinión nacionalista japonesa por una victoria rotunda, fuese cual fuese el coste. Todavía más notable pareció la actuación de los oficiales y soldados japoneses en las batallas terrestres alrededor de Port Arthur y de Mukden, donde cientos de miles de soldados se perdieron al atacar a través de campos minados y de alambradas, y bajo una granizada de fuego de ametralladora antes de conquistar las trincheras rusas. Por lo visto, el espíritu samurai podía conseguir victorias en el campo de batalla con las bayonetas, incluso en la era de la guerra industrializada. Si, como concluyeron todos los expertos militares contemporáneos, la moral y la disciplina, eran todavía requisitos vitales del poder nacional, Japón era rico en tales recursos.

Pero ni siquiera entonces era Japón una gran potencia cabal. Japón había tenido la suerte de luchar contra una China aún más atrasada y una Rusia zarista militarmente poco ágil y que tenía la desventaja de la enorme distancia entre San Petersburgo y el Extremo Oriente. Además, la Alianza Anglo-Japonesa de 1902 le había permitido luchar en su terreno sin interferencias de terceras potencias. Su Marina había confiado en los buques de guerra de construcción británica, y su Ejército en los cañones «Krupp». Es más, al encontrar que no podía financiar con sus propios recursos el enorme coste de la guerra, había podido conseguir préstamos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña[44]. Tal como marcharon las cosas; Japón estuvo más cerca de la bancarrota a finales de 1905, cuando se iniciaron las negociaciones con Rusia. Esto puede que no fuese evidente para el público de Tokio, que reaccionó con furia ante las condiciones relativamente suaves que obtuvo Rusia en

el arreglo final. Sin embargo, confirmada la victoria, glorificadas y admiradas sus Fuerzas Armadas, capaz su economía de recobrarse y reconocido por todos como gran potencia (aunque regional), Japón había entrado en la mayoría de edad. Nadie podía hacer nada significativo en el Extremo Oriente sin tener en cuenta su respuesta pero no estaba claro que pudiese expansionarse más sin provocar la reacción de las grandes potencias más establecidas.

ALEMANIA

Dos factores aseguraron que el auge de la Alemania imperial produjera un impacto más inmediato y sustancial sobre el equilibrio de las grandes potencias que cualquiera de sus compañeros «recién llegados». El primero era que, lejos de emerger en el aislamiento geopolítico, como en el caso de Japón, Alemania había surgido en el centro del sistema de los viejos Estados europeos; su propia creación había perjudicado directamente los intereses de Austria-Hungría y de Francia, y su existencia había alterado la posición relativa de todas las grandes potencias existentes en Europa. El segundo factor era la rapidez y el volumen extremos del crecimiento de Alemania, en términos industrial, comercial y militar/naval. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, su poder nacional no era sólo tres o cuatro veces mayor que el de Italia y el de Japón, sino que superaba con mucho el de Francia o el de Rusia y había alcanzado probablemente el de Gran Bretaña. En junio de 1914 el octogenario Lord Welby recordó que «la Alemania que recordaba de los años cincuenta era un racimo de Estados insignificantes bajo principitos insignificantes»[45]; ahora, en el curso de la vida de un hombre, se había convertido en el Estado más poderoso de Europa y seguía creciendo. Esto convertiría «la cuestión ale-

mana» en el epicentro de buena parte de la política mundial durante más de medio siglo después de 1890.

Sólo unos pocos detalles del explosivo crecimiento económico de Alemania pueden ofrecerse aquí[46]. Su población se había elevado de 49 millones en 1890 a 66 millones en 1913, y sólo era superada por Rusia en Europa; pero como los alemanes disfrutaban de niveles más altos de educación, previsión social y renta per cápita que los rusos, la nación era fuerte tanto por la cantidad como por la calidad de su población. Mientras, según una fuente italiana, 330 de cada 1000 reclutas que ingresaban en el Ejército eran analfabetos, las proporciones correspondientes eran de 220 por 1000 en Austria-Hungría, 68 por 1000 en Francia y un asombroso 1 por 1000 en Alemania[47], El Ejército prusiano no era el único beneficiario, sino que también lo eran las fábricas que necesitaban obreros especializados, las empresas que necesitaban ingenieros competentes, los laboratorios que buscaban químicos, las sociedades que buscaban gerentes y vendedores; todo lo cual producía en abundancia el sistema escolar, los institutos politécnicos y las Universidades alemanas. Aplicando los frutos de este conocimiento a la agricultura, los cultivadores alemanes emplearon abonos químicos y una modernización a gran escala para aumentar sus cosechas, que eran mucho más copiosas por hectárea que las de cualquier otra gran potencia[48]. Para apaciguar a los Junkers y a las asociaciones de campesinos, los productos agrícolas alemanes recibieron una fuerte protección aduanera para que pudiesen competir con los más baratos producidos en los Estados Unidos y en Rusia; sin embargo, debido a su relativa eficacia, el gran sector agrícola no redujo la renta y el producto nacionales per cápita como ocurría en todas las demás grandes potencias continentales.

Pero fue por su expansión industrial por lo que se distinguió realmente Alemania en aquellos años. Su producción de carbón pasó de 89 millones de toneladas en 1890 a 277 millones en 1914, muy poco menos que los 292 millones de Gran Bretaña y mucho más que los 47 millones de Austria-Hungría, los 40 millones de

Francia y los 36 millones de Rusia. En el acero los aumentos habían sido todavía más espectaculares, y la producción alemana de 17,6 millones de toneladas en 1914 fue más grande que las de Gran Bretaña, Francia y Rusia juntas. Todavía más impresionante fue la actuación alemana en las nuevas industrias del siglo XX: electricidad, óptica y productos químicos. Empresas gigantes como «Siemens» y «AEG», que empleaban a 142 000 personas entre las dos, dominaban la industria eléctrica europea. Las empresas alemanas de productos químicos, presididas por «Bayer» y «Hoechst», producían el 90% de los tintes industriales del mundo. Estos triunfos se reflejaron, claro está, en las cifras del comercio exterior de Alemania, con exportaciones que se triplicaron entre 1890 y 1913, haciendo que el país se acercase a Gran Bretaña como primera exportadora mundial; no es de extrañar que su Marina mercante llegase también a ser la segunda del mundo en vísperas de la guerra. En aquel entonces, su proporción en la producción manufacturera mundial (14,8%) era más elevada que la de Gran Bretaña (13,6%) y dos veces y media la de Francia (6,1%). Se había convertido en la central económica de Europa y ni siquiera su pregonada falta de capital parecía frenarla. Es natural que nacionalistas como Friedrich Naumann exultasen ante estas manifestaciones de crecimiento y sus implicaciones en lo referente al lugar de Alemania en el mundo. «La raza alemana lo trae consigo —escribió—. Trae el Ejército, la Marina, el dinero y el poder… Los gigantescos instrumentos modernos de poder son sólo posibles cuando un pueblo activo siente los jugos de primavera en sus órganos»[49].

No es sorprendente que publicistas tales como Naumann y, todavía más, grupos de presión tan furiosamente expansionistas como la Liga Pangermánica y la Liga de la Marina Alemana recibiesen de buen grado y pidiesen el incremento de la influencia alemana en Europa y en ultramar. En aquella época del «nuevo imperialismo» pudieron oírse clamores parecidos en todas las otras grandes potencias; como observó maliciosamente Murray en 1900, *cada* país parecía estar afirmando: «Nosotros somos la flor y nata de

las naciones… capacitados sobre todo para gobernar a los demás»[50]. Tal vez era todavía más significativo que la elite gobernante alemana pareciese también, después de 1895, convencida de la necesidad de una expansión territorial a gran escala cuando llegase el momento, y en este sentido el almirante Tirpitz sostenía que la industrialización y las conquistas en ultramar de Alemania eran «tan irresistibles como una ley natural»; por su parte, el canciller Bülow declaraba: «La cuestión no es si queremos o no colonizar, sino qué *debemos* colonizar, tanto si queremos como si no»; y finalmente el Káiser Guillermo anunciaba alegremente que Alemania «tenía grandes tareas que cumplir fuera de los estrechos límites de la vieja Europa», aunque también la veía ejerciendo una especie de «supremacía napoleónica», en sentido pacífico, sobre el continentes[51]. Todo esto era muy diferente de la reiterada insistencia de Bismarck en que Alemania era una potencia «saturada», interesada en preservar el *statu quo*, en Europa e indiferente (a pesar de los intentos coloniales de 1884-1885) a los territorios de ultramar. Incluso aquí podría ser erróneo exagerar la naturaleza particularmente agresiva de este «consenso ideológico»[52] alemán para la expansión; estadistas de Francia y de Rusia, de Gran Bretaña y de Japón, de los Estados Unidos y de Italia anunciaban también el destino manifiesto de sus países, aunque tal vez en un tono menos determinista y frenético.

Lo significativo en el expansionismo alemán *era* que el país poseía ya los instrumentos de poder para alterar el *statu quo* o contaba con recursos materiales para crear tales instrumentos. La demostración más importante de esta capacidad fue el rápido crecimiento de la Marina alemana después de 1898, que con Tirpitz pasó de ser la sexta flota del mundo a ser la segunda, tan sólo superada por la Royal Navy. En vísperas de la guerra la flota de alta mar se componía de trece acorazados, dieciséis barcos de guerra más antiguos y cinco cruceros, una fuerza tan importante que había obligado al almirantazgo británico a retirar de manera gradual casi todas sus escuadras de las posiciones ultramarinas en el mar

del Norte; mientras que había indicios (mejor construcción interior, mejores proyectiles, equipo óptico, control de los cañones, entrenamiento nocturno, etc.) de que los navíos alemanes eran de calidad superior[53]. Aunque Tirpitz nunca pudo asegurar que los cuantiosos fondos invertidos hubiesen conseguido su verdadero objetivo de crear una Marina «tan fuerte como la de Inglaterra»[54], había construido en todo caso una fuerza que superaba en mucho a las flotas rivales de Francia o de Rusia.

La capacidad alemana para combatir victoriosamente en tierra parecía menos imponente para algunos observadores; en efecto, a simple vista, el Ejército prusiano parecía eclipsado en la década anterior a 1914 por las mucho más numerosas fuerzas de la Rusia zarista e igualado por las de Francia. Pero estas apariencias eran engañosas. Por complejas razones de política interior, el Gobierno alemán había optado por mantener el Ejército relativamente reducido y permitir que la flota de Tirpitz aumentase sustancialmente su parte en el presupuesto total de defensa[55]. Cuando las tensas circunstancias internacionales de 1911 y 1912 hicieron que Berlín decidiese una expansión a gran escala del Ejército, la rapidez del cambio fue impresionante. Entre 1910 y 1914 su presupuesto para el ejército se elevó de 203 a 442 millones de dólares, mientras que el de Francia pasó sólo de 188 a 197 millones, aunque Francia reclutaba el 89% de su juventud apta en comparación con el 53% de Alemania. Cierto que Rusia gastaba unos 324 millones de dólares en su Ejército en 1914, pero a costa de un esfuerzo formidable: los gastos de defensa consumían el 6,3% de la renta nacional de Rusia en comparación con el 4,6% de Alemania[56]. A excepción de Gran Bretaña, Alemania llevaba la «carga de los armamentos» con mucha más facilidad que cualquier otro Estado europeo. Además, mientras que el Ejército prusiano podía movilizar y equipar a millones de reservistas y —debido a su mejor educación e instrucción— desplegarlos en operaciones de primera línea, Francia y Rusia no podían hacerlo. El Estado Mayor francés sostenía que sus reservistas sólo podían ser empleados en la retaguardias[57], y

Rusia no poseía armas, botas ni uniformes para equipar a su teórico ejército de reserva de millones de soldados, ni oficiales para que les mandasen. Pero ni siquiera esto explica todo la intensidad de la capacidad militar alemana, que se reflejaba también en factores inmensurables tales como las buenas líneas de comunicación interiores, los planes más veloces de movilización, el Estado Mayor más adiestrado, la tecnología avanzada, etc.

Pero el Imperio alemán estaba debilitado por su geografía y su diplomacia. Situado en el centro del continente, su crecimiento parecía amenazar a otras grandes potencias simultáneamente. La eficacia de su máquina militar, junto con sus llamamientos pangermánicos para una reordenación de las fronteras europeas, alarmaban tanto a los franceses como a los rusos y hacían que éstos se uniesen más. La rápida expansión de la Marina alemana inquietaba a Gran Bretaña, así como también la latente amenaza alemana a los Países Bajos y al norte de Francia. Alemania, según la frase de un erudito, había «nacido cercada»[58]. Aun en el caso que el expansionismo alemán se dirigiese a ultramar, ¿dónde podía ir sin traspasar las fronteras de influencia de otras grandes potencias? Una aventura en América Latina sólo podía intentarse al precio de una guerra con los Estados Unidos. La expansión en China había sido mal vista por Rusia y Gran Bretaña en la década de 1890 y no se podía pensar en ella después de la victoria japonesa sobre Rusia en 1905. Los intentos de crear el Ferrocarril de Bagdad alarmaron tanto a Londres como a San Petersburgo. Los esfuerzos por apoderarse de las colonias portuguesas fueron frustrados por los ingleses. Mientras que los Estados Unidos podían extender por lo visto su influencia en el hemisferio occidental; Japón intervenir en China; Rusia y Gran Bretaña penetrar en el Oriente Medio; y Francia «redondear» sus posesiones en el noroeste de África, Alemania tenía que marcharse con las manos vacías. Cuando Bülow, en su famoso discurso de «martillo o yunque» de 1899, declaró con furia: «No podemos permitir que ninguna potencia extranjera, ningún Júpiter extranjero nos diga: "¿Qué se puede hacer? El

mundo está ya partido"», estaba expresando un resentimiento ampliamente compartido. No es de extrañar que los publicistas alemanes pidiesen una nueva división del Globo[59].

Es indudable que todas las potencias nacientes exigen cambios en un orden internacional que ha sido fijado en beneficio de las potencias más antiguas y establecidas[60]. Desde un punto de vista de *Realpolitik*, la cuestión era si este aspirante particular podía conseguir cambios sin provocar demasiada oposición. Y si la geografía representaba aquí un papel importante, la diplomacia era también significativa; como Alemania no disfrutaba de, por así decirlo, la posición geopolítica de Japón, su habilidad política tenía que ser de una altura extraordinaria. Dándose cuenta de la inquietud y la envidia que había causado el súbito surgimiento del Segundo Reich, Bismarck se esforzó después de 1871 en convencer a las otras grandes potencias (sobre todo a las del flanco, Rusia y Gran Bretaña) de que Alemania no tenía más ambiciones territoriales. Guillermo y sus consejeros, ansiosos por mostrar su temple, fueron mucho menos avisados. No sólo expresaron su disconformidad con el orden existente, sino que —y éste fue el fallo más grande— el proceso de toma de decisión en Berlín ocultó, tras una fachada de altos fines imperiales, un caos y una inestabilidad que sorprendieron a todos cuantos lo presenciaron de cerca. En gran parte, ello se debió a la debilidad de carácter de Guillermo II, pero fue exacerbado por fallos institucionales en la Constitución de Bismarck; sin un cuerpo (como un gabinete) que asumiese colectivamente la responsabilidad de la política de gobierno, los diferentes departamentos y grupos de interés perseguían sus objetivos sin que nadie les controlase desde arriba o fijase las prioridades[61]. La Marina pensaba casi únicamente en una guerra futura con Inglaterra; el Ejército proyectaba eliminar a Francia; los financieros y hombres de negocios deseaban introducirse en los Balcanes, Turquía y el Próximo Oriente y eliminar de paso la influencia rusa. El resultado, se lamentó el canciller Bethmann Hollweg en julio de 1914, fue «desafiar a todo el mundo, interponerse en el camino de

todo el mundo y realmente, en el curso de todo esto, no debilitar a nadie»[62]. Esto no era una receta para el éxito en un mundo lleno de Naciones-Estados egoístas y recelosos.

Por último, persistía el peligro de que el fracaso en el logro de éxitos diplomáticos o territoriales afectase a la delicada política interior de la Alemania de Guillermo, cuya elite Junker estaba preocupada por la decadencia (relativa) de los intereses agrícolas, el auge del trabajo organizado y la creciente influencia de la socialdemocracia en un período de florecimiento industrial. Cierto que, después de 1897, la persecución de una *Weltpolitik* era debida en grado considerable al cálculo de que sería políticamente popular y desviaría la atención de las fisuras políticas internas de Alemania[63]. Pero el régimen de Berlín siempre corría el doble riesgo de que, si rehuía un enfrentamiento con un «Júpiter extranjero», la opinión nacionalista alemana podía demostrar y denunciar al Káiser y a sus ayudantes; mientras que, si el país se enzarzaba en una guerra total, no estaba claro si el patriotismo natural de las masas de trabajadores, soldados y marinos pesaría más que su antipatía al archiconservador Estado pruso-alemán. Mientras algunos observadores creían que una guerra uniría a la nación detrás del emperador, otros temían que tensaría más el tejido sociopolítico alemán. Una vez más, esto tiene que considerarse dentro del contexto de las circunstancias; por ejemplo, la debilidad interna de Alemania no era tan grave como la de Rusia o la de Austria-Hungría, pero existía y realmente podía afectar a la capacidad del país para enzarzarse en una guerra larga y «total».

Muchos historiadores han afirmado que la Alemania imperial era un «caso especial», que seguía un *Sonderweg* («camino especial») que un día culminaría en los excesos del nacionalsocialismo. Considerado solamente en términos de cultura y retórica política alrededor de 1900, resulta difícil sostener tal afirmación: el antisemitismo ruso y austriaco eran al menos tan fuertes como el alemán; el chauvinismo francés, tan marcado como el alemán; el sentido de unicidad cultural y de destino de Japón, tan ampliamente

alimentado como el de Alemania. Cada una de las potencias aquí examinadas era «especial» y, en una era de imperialismo, estaban demasiado ansiosas por afirmar su especialidad. Sin embargo, desde el punto de vista de la política de poder, Alemania poseía rasgos únicos que eran de gran importancia. Era la única gran potencia que combinaba la fuerza moderna e industrializada de las democracias occidentales con la toma de decisiones autocrática (uno se siente tentado de decir irresponsable) de las monarquías orientales[64]. Era la única gran potencia «recién llegada», con la excepción de los Estados Unidos, que tenía realmente fuerza para desafiar el orden existente. Y era la única gran potencia en auge que, si extendía sus fronteras más al Este o al Oeste, sólo podía hacerlo a expensas de poderosos vecinos: el único país cuyo crecimiento futuro, según dijo Calleo, socavaba «directamente» más que «indirectamente» el equilibrio europeo[65]. Se trataba de una combinación explosiva para una nación que sentía, según la frase de Tirpitz, que era «cuestión de vida o muerte… recuperar el terreno perdido»[66].

Parecía una cuestión vital para que los Estados nacientes se abrieran paso, pero era todavía más apremiante para las grandes potencias establecidas que tenían que esforzarse en mantenerse. También aquí será necesario señalar las importantes diferencias existentes entre las tres potencias en cuestión, Austria-Hungría, Francia y Gran Bretaña, y quizá de manera especial entre la primera y la última. Sin embargo, las tablas de su poder relativo en los asuntos mundiales mostrarían que todas ellas eran claramente más débiles a finales del siglo XIX de lo que lo habían sido cincuenta o sesenta años atrás[67], aunque sus presupuestos de defensa fueron más cuantiosos y sus imperios coloniales más extensos, y tuviesen todavía (en el caso de Francia y de Austria-Hungría) ambiciones territoriales en Europa. Además, parece justo reconocer que los dirigentes de aquellas naciones sabían que la escena internacional era ahora más complicada y amenazadora que aquella con la que se habían encontrado sus predecesores, y que este co-

nocimiento les obligaba a considerar cambios políticos radicales, en un esfuerzo por enfrentarse a las nuevas circunstancias.

AUSTRIA-HUNGRÍA

Aunque el Imperio austro-húngaro era, con mucho, la más débil de las grandes potencias establecidas —y, según dijo Taylor estaba saliendo de sus filas[68]—, esto no se detectaba al consultar las estadísticas macroeconómicas. A pesar de la considerable emigración, su población aumentó de 41 millones en 1890 a 52 millones en 1914, adelantando claramente a Francia y a Italia y, un poco, a Gran Bretaña. El Imperio experimentó también una considerable industrialización en el curso de aquellas décadas, aunque el ritmo del cambio fue quizá más rápido antes del 1900 que después. La producción de carbón en 1914 fue de unos respetables 47 millones de toneladas, más elevada que la de Francia o la de Rusia, e incluso su producción de acero y su consumo de energía fueron escasamente inferiores a los de cualquiera de las potencias de la Doble Alianza. La industria textil creció en su rendimiento, la producción de cerveza y de azúcar de remolacha se elevó, se explotaron los campos petrolíferos de Galitzia, los campos de Hungría se mecanizaron, las fábricas de armas «Skoda» multiplicaron su volumen, se electrificaron las ciudades importantes y el Estado promovió vigorosamente la construcción de ferrocarriles[69]. Según un cálculo de Bairoch, el PNB del Imperio austro-húngaro en 1913 fue virtualmente igual al de Francia[70], lo cual parece un poco sospechoso, lo mismo que la afirmación de Farrar de que el PNB del «poder europeo» se elevó del 4,0% en 1890 al 7,2% en 1910[71]. Sin embargo, está claro que los índices de crecimiento del Imperio, desde 1870 hasta 1913, estuvieron entre los más altos de Europa y

que su «potencial industrial» crecía más de prisa que el de Rusia[72].

Sin embargo, cuando se examinan con más detalle la economía y la sociedad de Austria-Hungría, aparecen fallos significativos. Tal vez el más fundamental de ellos consistió en las enormes diferencias regionales en la renta y en la producción per cápita, que reflejaban en gran parte las diversidades socioeconómicas y étnicas en un territorio que se extendía desde los Alpes suizos hasta Bukovina. No era simplemente el hecho de que, en 1910, el 73 por ciento de la población de Galitzia y Bukovina estuviese empleada en la agricultura, en comparación con el 55 por ciento del Imperio en su conjunto; mucho más significativa y alarmante era la enorme disparidad en la riqueza, con una renta per cápita en el sur de Austria (850 coronas) y en Bohemia (761 coronas) muy superior a la de Galitzia (316 coronas), Bukovina (310 coronas) y Dalmacia (264 coronas)[73]. Pero, al tiempo que en las provincias austriacas y en las tierras checas se producía el «despegue» industrial, y en Hungría se estaba procediendo a mejorar la agricultura, la población se incrementaba de prisa en las regiones eslavas afligidas por la pobreza. En consecuencia, el nivel de industrialización per cápita de Austria-Hungría siguió estando muy por debajo de los de las principales grandes potencias y, a pesar del aumento absoluto en la producción, su porción en la producción manufacturera mundial fue de alrededor de sólo un 4,5% en aquellas décadas. No era ésta una base muy firme sobre la que pudiese descansar un país con las necesidades estratégicas de Austria-Hungría.

Este atraso relativo podría haber sido compensado por un alto grado de cohesión nacional-cultural, como la que existía en Japón o en Francia; pero ¡ay!, Viena controlaba el racimo étnicamente más diverso de pueblos de toda Europa[74]; así, por ejemplo, la orden de movilización fue dada en 1914 en quince lenguas diferentes. La antigua tensión entre los grupos de habla alemana y los de habla checa en Bohemia no era el problema más grave al que se enfrentaban el emperador Francisco José y sus consejeros, aunque

el movimiento de los «Jóvenes Checos» hacía que pareciese así. Las relaciones con Hungría, que a pesar de su situación de igualdad después de 1867 chocaba una y otra vez con Viena sobre cuestiones tales como los aranceles, el trato dado a las minorías étnicas, la magiarización del Ejército, etc., eran tan tensas que en 1899 temieron los observadores occidentales una ruptura de todo el Imperio, y el ministro de Asuntos Exteriores francés, Delcassé, negoció en secreto las condiciones de la Doble Alianza con Rusia para impedir que Alemania consiguiese el acceso a la costa del Adriático a través de tierras austriacas. En efecto, en 1905 el Estado Mayor estaba preparando con calma en Viena un plan de contingencia para la ocupación militar de Hungría si se agravaba la crisis[75]. La lista de problemas de nacionalidad de Viena no se reducía a los checos y a los magiares. Los italianos del Sur estaban resentidos por la rígida germanización de sus territorios y miraban por encima de la frontera hacia Roma, como miraban en menor grado los cautivos rumanos hacia el Este, hacia Bucarest. En cambio, los polacos se mostraban resignados, en parte porque los derechos de que gozaban bajo el Imperio austriaco eran superiores a los que se les reconocían en los territorios dominados por los alemanes y los rusos. Pero el mayor peligro para la unidad del Imperio procedía de los eslavos del Sur, ya que grupos disidentes parecían mirar hacia Serbia y, más lejos, hacia Rusia. Los círculos más liberales de Viena aconsejaban de vez en cuando compromisos con las aspiraciones de los eslavos del Sur, pero eran enérgicamente combatidos por la pequeña aristocracia magiar, que se oponía a cualquier reducción de la situación especial de Hungría y mantenía al mismo tiempo su firme discriminación de las minorías étnicas dentro de la propia Hungría. Ya que los moderados no podían dar una solución política a este problema, quedaba abierta la puerta para los nacionalistas austro-alemanes, como el Jefe de Estado Mayor, general Conrad, para argüir que había que emplear la fuerza con los serbios y sus simpatizantes. A pesar de la moderación ejercida por el propio emperador Francisco José, éste si-

guió siendo un último recurso, si la supervivencia del Imperio parecía realmente amenazada.

Todo esto afectaba sin duda al poder de Austria-Hungría de muchísimas maneras. No se trataba de que la multiplicidad étnica significase inevitablemente la debilidad militar. El Ejército seguía siendo una institución unificadora, y extraordinariamente adepto al empleo de toda una serie de voces de mando; tampoco había olvidado su antigua norma de divide y gobierna en lo referente a guarniciones y despliegues. Pero cada vez resultaba más difícil confiar en la colaboración entusiasta de los regimientos checos o húngaros en determinadas circunstancias, e incluso la tradicional lealtad de los croatas (empleada durante siglos a lo largo de la «frontera militar») era erosionada por la persecución húngara. Es más, la clásica respuesta de Viena a todos estos agravios particulares consistía en mitigarlos con comités, nuevos empleos, concesiones fiscales, ramas de ferrocarril adicionales, etc. «Había, en 1914, más de 3 000 000 de funcionarios civiles, que dirigían instituciones tan diversas como escuelas, hospitales, beneficencia, recaudación de impuestos, ferrocarriles, correos, etc…, de manera… que no quedaba mucho dinero para el propio Ejército»[76]. Según las cifras de Wright, las asignaciones para la defensa representaban en el Imperio austro-húngaro una participación en las «asignaciones nacionales (es decir, del Gobierno central)» menor que en otra cualquiera de las grandes potencias[77]. En consecuencia, mientras su flota no tenía nunca fondos suficientes para igualar siquiera a la Marina italiana, por no hablar de la francesa, en el Mediterráneo, las asignaciones al Ejército oscilaban entre un tercio y la mitad de aquellas de que gozaban los Ejércitos ruso y prusiano. Las armas, yen especial la artillería, eran anticuadas y escasas. Debido a la falta de fondos, sólo se reclutaba al 30% de los mozos aptos, y muchos de ellos eran enviados con «permiso permanente» o recibían sólo ocho semanas de instrucción. No era un sistema adecuado para producir masas de reservistas competentes en tiempo de guerra[78].

Al aumentar las tensiones internacionales en la década que siguió a 1900, la posición estratégica del Imperio austro-húngaro pareció realmente peligrosa. Sus divisiones internas amenazaban con dividir al país y complicaban las relaciones con la mayoría de sus vecinos. Su crecimiento económico, aunque marcado, no podía alcanzar el de las grandes potencias dominantes, como Gran Bretaña y Alemania. Gastaba menos en defensa per cápita que muchas de las otras potencias y la proporción de jóvenes aptos reclutados para el Ejército era menos que la de cualquiera de las naciones continentales. Por si ello fuera poco, parecía tener tantos enemigos posibles que su Estado Mayor tenía que hacer planes para una gran variedad de campañas, complicación a la que tenían que hacer frente muy pocas de las grandes potencias restantes.

Que el Imperio austro-húngaro tuviese tantos enemigos en potencia se debía a su singular situación geográfica y multinacional. A pesar de la Triple Alianza, las tensiones con Italia aumentaron después de 1900 y Conrad aconsejó en varias ocasiones un golpe militar contra su vecino del Sur; aunque su proposición fue firmemente rechazada por el Ministerio de Asuntos Exteriores y por el emperador, las guarniciones y las fortalezas a lo largo de la frontera italiana fueron aumentadas progresivamente. A mayor distancia, Viena tenía que preocuparse por Rumanía, que, en 1912, se convirtió en una clara amenaza al pasarse al campo contrario. Pero el país con más veneno era Serbia, que, con Montenegro, parecía un imán para los eslavos del sur del Imperio y, por ello, un tumor canceroso que había que eliminar. El único problema de esta conveniente solución era que un ataque contra Serbia podía provocar una respuesta militar del rival más formidable de Austria-Hungría, la Rusia zarista, que invadiría el frente nordeste al marchar el grueso del Ejército austro-húngaro hacia el Sur, más allá de Belgrado. Aunque incluso el superbelicoso Conrad afirmaba que correspondía «a los diplomáticos»[79] evitar que el Imperio tuviese que luchar con todos estos enemigos a la vez, sus propios planes anteriores a la guerra de 1914 revelan el fantástico juego militar

para el que tenía que prepararse el Ejército. Mientras una fuerza principal (*A-Staffel*) de nueve cuerpos de Ejército estaría preparada para un despliegue contra Italia o Rusia, un grupo más pequeño de tres cuerpos de Ejército sería movilizado contra Serbia-Montenegro (*Minimalgrupe Balkan*). Además, una reserva estratégica de cuatro cuerpos de Ejército (*B-Staffel*) estaría preparada «bien para reforzar *A-Staffel* y convertirlo en una poderosa fuerza ofensiva, bien, si no había peligro de Italia ni de Rusia, para unirse al *Minigralgruppe Balkan* para una ofensiva contra Serbia»[80].

«El meollo del asunto —se ha dicho—, era simplemente que Austria-Hungría trataba de desempeñar el papel de una Aran potencia con los recursos de una de segunda fila»[81]. Los desesperados esfuerzos para ser fuerte en todos los frentes implicaban el serio peligro de debilitar al Imperio en todas partes; al menos, imponían exigencias sobrehumanas al sistema ferroviario del Imperio y a los oficiales que lo controlarían. Es más, estos dilemas operacionales confirmaban lo que la mayoría de los observadores en Viena habían reconocido de mala gana desde 1870: que, en el caso de una guerra entre grandes potencias, Austria-Hungría necesitaría el apoyo alemán. Esto no sería así en una guerra puramente austro-italiana (aunque ésta, a pesar de los frecuentes temores de Conrad, era la contingencia menos probable); pero la asistencia militar alemana sería sin duda requerida si Austria-Hungría se veía metida en una guerra con Serbia y ésta recibía la ayuda de Rusia. De ahí los repetidos intentos de Conrad, antes de 1914, de obtener seguridades por parte de Berlín en este sentido. Por último, la naturaleza barroca de esta planificación: operacional refleja una vez más lo que muchos contemporáneos pudieron ver pero algunos historiadores más modernos se han negado a admitir[82]: que, si las explosiones nacionalistas de descontento en los Balcanes y en el propio Imperio continuaban, la posibilidad de conservar la única pero anacrónica herencia del emperador José era casi nula. Y cuando esto ocurriese, el equilibrio europeo se vería socavado.

FRANCIA

Francia poseía en 1914 considerables ventajas sobre Austria-Hungría. Tal vez la más importante era que no tenía más que un enemigo, Alemania, contra el que podía concentrar todos sus recursos nacionales. Esto no había sido así a finales de la década de 1880, cuando Francia estaba desafiando a Gran Bretaña en Egipto y África occidental y había emprendido una resuelta carrera naval contra la Royal Navy, se peleaba con Italia casi a punto de golpearse con ella y se preparaba para la revancha contra Alemania[83]. Incluso cuando políticos más prudentes hicieron que el país diese marcha atrás y pasaron a las primeras fases de su alianza con Rusia, el dilema estratégico francés siguió siendo agudo. Desde luego, su enemigo más formidable era el Imperio alemán, ahora más poderoso que nunca. Pero el desafío naval y colonial italiano (tal como lo veían los franceses) era también inquietante, no sólo en sí mismo, sino porque una guerra contra Italia representaría casi con certeza la intervención de su aliado alemán. Esto significaba, para el Ejército, que habrían que estacionar un número considerable de divisiones en el Sudeste; exacerbaba, con respecto a la Marina, el antiguo problema estratégico en torno a si debía concentrar la flota en los puertos del Mediterráneo, o en los del Atlántico, o correr el riesgo de dividirla en dos fuerzas más pequeñas[84].

Esta situación se veía agravada por el rápido deterioro de las relaciones anglo-francesas que siguió a la ocupación británica de Egipto en 1882. A partir de 1884 los dos países se enzarzaron en una escalada de la carrera naval, que, para los ingleses, estaba asociada a la posible pérdida de su línea de comunicaciones mediterránea y (ocasionalmente) con el miedo a una invasión francesa a través del Canal[85]. Todavía más persistentes y amenazadores eran los frecuentes choques coloniales anglo-franceses. Gran Bretaña y Francia se habían enfrentado por el dominio del Congo en 1884-1885 y por el de África occidental a lo largo de las décadas de 1880 y 1890. En 1893 parecieron estar al borde de la guerra a causa de

Siam. La crisis mayor de todas tuvo lugar en 1898, cuando la rivalidad de dieciséis años por el control del Valle del Nilo llegó a su punto fulminante con el enfrentamiento entre las tropas de Kitchener y la pequeña expedición de Marchand a Fashoda. Aunque los franceses se echaron atrás en aquella ocasión, eran enérgicos y audaces imperialistas. Ni los habitantes de Tombuctú ni los de Tonkín habrían considerado a Francia una potencia en decadencia; nada de eso. Entre 1871 y 1900, Francia había añadido 5 millones de kilómetros cuadrados a sus anteriores territorios coloniales y poseía indiscutiblemente el mayor imperio en ultramar después de Gran Bretaña. Aunque el comercio de aquellas tierras no era importante, Francia había construido un considerable ejército colonial y una serie de buenas bases navales desde Dakar hasta Saigón. Incluso en regiones que Francia no había colonizado como Oriente y el sur de Chile, su influencia era grande[86].

Se ha afirmado que Francia fue capaz de desarrollar una política colonial dinámica porque las estructuras de gobierno habían permitido que un pequeño grupo de burócratas, gobernadores coloniales y entusiastas del paro colonial llevase a cabo estrategias «de avance» que los cambiantes Ministerios de la Tercera República tenían pocas posibilidades de controlar[87]. Pero si la voluble política parlamentarista francesa había dado involuntariamente fuerza y consistencia a su política imperial —poniéndola en manos de funcionarios permanentes y de sus amigos de la «camarilla» colonial—, tuvo un impacto mucho menos feliz sobre los asuntos navales y militares. Por ejemplo, los rápidos cambios de régimen trajeron consigo nuevos ministros de Marina, algunos de los cuales eran simples arribistas, mientras que otros tenían firmes (pero siempre variantes) opiniones sobre estrategia naval. En consecuencia, aunque fueron asignadas grandes sumas a la Marina francesa en aquellas décadas, el dinero no fue bien empleado: los programas de construcción reflejaron los frecuentes cambios de las preferencias de una administración por una estrategia de *guerre de course* frente al firme apoyo por otra de los buques de guerra, de-

jando a la propia Marina con una heterogénea colección de barcos que no podían compararse con los de los ingleses o, más tarde, los de los alemanes[88]. Pero el impacto de la política sobre la Marina francesa palideció en comparación con su efecto sobre el Ejército, donde la fuerte antipatía mostrada por el cuerpo de oficiales hacia los políticos republicanos y toda una serie de choques entre militares y civiles (de los que el caso Dreyfus fue tan sólo el más notorio) debilitaron la estructura de Francia y pusieron en tela de juicio tanto la lealtad como la eficacia del Ejército. Únicamente con el notable renacimiento nacionalista posterior a 1911 pudieron dejarse a un lado estas disputas civil-militares en aras de la cruzada común contra el enemigo alemán; pero fueron muchos los que se preguntaron si una dosis demasiado fuerte de política no había causado un daño irreparable a las Fuerzas Armadas francesas[89].

El otro impedimento interno evidente del poder francés fue el estado de la economía[90]. La situación es en este punto compleja, y se ha complicado todavía más por las predilecciones de los historiadores económicos por los diferentes índices. En el lado positivo:

> Este período vio un gran desarrollo de las instituciones bancarias y financieras que participaban en la inversión industrial y en el crédito extranjero. La industria del hierro y el acero se estableció sobre bases modernas y se construyeron nuevas plantas, especialmente en la zona minera de Lorena. En los terrenos carboníferos de la Francia del Norte se estableció el feo panorama de una sociedad industrial. Se dieron pasos importantes en ingeniería y en las nuevas industrias… Francia tuvo notables empresarios e innovadores que se colocaron en cabeza, a finales del siglo XIX y principios del XX, en el acero, la mecánica, los vehículos con motor y los aviones. Empresas como «Schneider», «Peugeot», «Michelin» y «Renault» estuvieron en vanguardia[91].

Hasta que se desarrollaron los métodos de producción en masa de Henry Ford, Francia fue ciertamente la primera productora de automóviles del mundo. La construcción de vías férreas recibió un gran impulso en la década de 1880, y esto, junto con las mejoras del telégrafo, los sistemas postales y los canales del interior, aumentó la tendencia a un mercado nacional. La agricultura había sido protegida por el arancel Mélinerde de 1892, y se siguió prestando gran atención a la producción de artículos de alta calidad, con un gran valor añadido per cápita. Dados estos índices de absoluta expansión económica y el pequeño aumento en el número de franceses a lo largo de estas décadas, el grado de producción en relación con la población francesa parece imponente; por ejemplo, en el grado de crecimiento per cápita, en el valor per cápita de las exportaciones, etc.

Por último, existía el hecho innegable de que Francia era enormemente rica en términos de capital móvil, que podía ser (y sistemáticamente era) aplicado a servir los intereses de la diplomacia y la estrategia del país. El indicio más sobresaliente de esto había sido el rapidísimo pago de la indemnización a Alemania de 1871, que según el erróneo cálculo de Bismarck, habría tenido que debilitar durante muchos años la fuerza de Francia. Pero en el período subsiguiente se invirtió también capital francés en diversos países del interior y del exterior de Europa. En 1914 las inversiones de Francia en el extranjero ascendían a 9 mil millones de dólares y no eran superadas más que por las de Gran Bretaña. Y si por un lado estas inversiones habían contribuido a industrializar partes considerables de Europa, incluidas España e Italia, por otro habían reportado también grandes beneficios políticos y diplomáticos a la propia Francia. El lento distanciamiento por parte de Italia de la Triple Alianza al empezar el siglo, se debió en parte, si no plenamente, a la necesidad italiana de capital. Los préstamos franco-rusos a China, a cambio de derechos ferroviarios y de otras concesiones, eran casi siempre decididos en París y canalizados a través de San Petersburgo. Las grandes inversiones de Francia en Tur-

quía y en los Balcanes —que los frustrados alemanes nunca pudieron igualar antes de 1914— representaron una gran ventaja, no sólo en términos político-culturales, sino también para asegurar ventas de armamento francés en vez de alemán. Sobre todo los franceses invirtieron dinero en la modernización de su aliado ruso, desde la concesión del primer préstamo en el mercado de París en octubre de 1888 hasta el crítico ofrecimiento de 1913 de restar 500 millones de francos… a condición de que el estratégico sistema ferroviario ruso en las provincias polacas se extendiese ampliamente, de modo que la «apisonadora rusa» pudiese ser movilizada con mayor celeridad para aplastar a Alemania[92]. Ésta fue la demostración más clara de la capacidad de Francia de emplear su fuerza financiera para aumentar su propio poder estratégico (aunque lo irónico del caso fue que, cuanto más eficaz se hizo la máquina militar rusa, más tuvieron que prepararse los alemanes para atacar a toda prisa a Francia).

Sin embargo, una vez más, en cuanto se emplean datos económicos comparativos, se desvanece esta imagen positiva del crecimiento de Francia. Si bien era una auténtica inversora a gran escala en el extranjero, hay pocas pruebas de que este capital proporcionara un rendimiento óptimo al país, ya fuera en términos de intereses devengados[93], ya fuera en la forma de un aumento de pedidos de productos franceses desde el extranjero: con demasiada frecuencia, los comerciantes alemanes se llevaban la parte del león en el negocio de importación, incluso en Rusia. La proporción de productos manufacturados alemanes exportados a Europa había ya alcanzado la de Francia a principios de la década de 1880 y en 1911 casi duplicaba su valor. Pero esto reflejaba, a su vez, el triste hecho de que, si la economía francesa había sufrido a causa de la competencia industrial británica una o dos generaciones atrás, estaba siendo ahora afectada por el auge del gigante industrial alemán. Con excepciones realmente raras, como la industria del automóvil, las estadísticas comparativas revelan una y otra vez este eclipse. En vísperas de la guerra, su potencial industrial total

equivalía tan sólo al 40%, aproximadamente, del de Alemania; su producción de acero equivalía a poco más de una sexta parte y la de carbón apenas a una séptima parte. El carbón, el acero y el hierro producidos eran generalmente más caros, porque procedían de minas más pobres y de plantas más pequeñas. De modo similar, a pesar de los presuntos avances de la industria química francesa, el país dependía en gran medida de las importaciones alemanas. Dadas sus pequeñas fábricas, sus prácticas anticuadas y su dependencia de los protegidos mercados locales, no es de extrañar que el crecimiento industrial de Francia en el siglo XIX fuese fríamente calificado de «artrítico…, vacilante, espasmódico y lento»[94].

Tampoco sirvieron de consuelo sus atractivos bucólicos, al menos en términos de poder y riqueza relativos. Los golpes asestados por las epidemias a la producción de seda y de vino nunca fueron plenamente aliviados, y lo único que logró el arancel Méline, en su esfuerzo por proteger las rentas agrarias y preservar la estabilidad social, fue retrasar la emigración de los campos y apoyar a productores ineficaces. El hecho de que la agricultura representara aún el 40% de la población activa alrededor de 1910 y de que estuviera compuesta todavía en su inmensa mayor parte por pequeñas propiedades constituía, evidentemente, un freno tanto para la productividad como para la riqueza total de Francia. Los datos de Bairoch muestran que el PNB francés en 1913 no equivalía más que al 55% del de Alemania y que su parte en la producción manufacturera mundial equivalía aproximadamente al 40% de la de Alemania; Wright cifra su renta nacional en 6 mil millones de dólares en 1914, frente a los 12 mil millones de Alemania[95]. Si Francia permanecía sola, otra guerra con su vecina oriental sólo podría tener el mismo resultado que la de 1870-1871.

En muchos de estos índices comparativos Francia había quedado también detrás de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia, además de Alemania, por lo que a primeros del siglo XX ocupaba sólo el quinto lugar entre las grandes potencias. Sin embargo, lo importante era la erosión del poder francés frente a Alemania, de-

bido simplemente a las agrias relaciones entre ambos países. En este sentido, las tendencias eran ominosas. La población de Alemania aumentó en casi dieciocho millones entre 1890 y 1914, mientras que la de Francia no aumentó sino en poco más de un millón. Esto, junto con la mayor riqueza nacional de Alemania, significaba que, por mucho que se esforzasen los franceses por mantenerse militarmente a gran altura, siempre se quedaban atrás. Reclutando a más del 80% de sus jóvenes aptos, Francia había conseguido disponer de un Ejército sorprendentemente numeroso en relación con sus dimensiones, al menos según determinados cálculos: por ejemplo, las ochenta divisiones que podía movilizar, de una población de 40 millones, eran muchas en comparación con las de cuarenta y ocho de Austria, de una población de 52 millones. Pero de poco servía esto contra la Alemania imperial. El Estado Mayor prusiano no sólo podía movilizar algo más de cien divisiones, empleando sus bien instruidas reservas, sino que contaba con un enorme potencial humano —casi diez millones en la edad adecuada, frente a los cinco millones de Francia—; y poseía la fantástica cifra de 112 000 suboficiales bien instruidos —elemento clave en un ejército en expansión—, en claro contraste con los 48 000 de Francia. Además, Alemania, aunque destinaba una proporción menor de su renta nacional a gastos militares, dedicaba mucho más en términos absolutos. A lo largo de las décadas de 1870 y 1880, el alto mando francés había luchado en vano contra «una condición de inferioridad inaceptable»[96]; en vísperas de la Primera Guerra Mundial, los datos confidenciales sobre la superioridad material alemana eran igualmente alarmantes: «4500 ametralladoras, frente a 2500 de Francia; 6000 cañones de 77 mm, frente a 3800 de 75 mm de Francia; y un monopolio casi total en artillería pesada»[97]. El último dato, en particular, mostraba el peor aspecto de la debilidad francesa.

Y sin embargo, el Ejército francés se lanzó al combate en 1914 confiando en la victoria, después de abandonar su estrategia defensiva a favor de una ofensiva total, lo que refleja la moral que

Grandmaison y otros trataban de inculcar al Ejército, parece que desde el punto de vista psicológico en compensación por las debilidades materiales. «Ni el número ni las máquinas milagrosas determinarán la victoria —predicaba el general Messing—. Ésta será alcanzada por los soldados valerosos y de calidad, y con esto quiero decir superior resistencia física y moral, fuerza ofensiva»[98]. Esta seguridad guardaba relación con el «renacimiento patriótico» de Francia que se produjo después de la crisis marroquí de 1911 y que indicó que el país lucharía mucho mejor que en 1870, a pesar de las divisiones políticas y de clase que lo habían hecho parecer tan vulnerable durante el caso Dreyfus. La mayoría de los expertos militares presumía que la guerra venidera sería corta. Por consiguiente, lo que importaba era el número de divisiones que podían ser puestas de inmediato en los campos de batalla, no el volumen de las industrias químicas y del acero alemanas, ni los millones de reclutas en potencia que poseía Alemania[99].

Tal vez este renacimiento de la confianza nacional se debió sobre todo a la mejora de la posición internacional de Francia, conseguida por el ministro de Asuntos Exteriores, Delcassé, y sus diplomáticos, al iniciarse el siglo[100]. No sólo habían fomentado y mantenido el lazo vital con San Petersburgo, a pesar de todos los esfuerzos diplomáticos del Káiser por debilitarlo, sino que habían mejorado las relaciones con Italia, a la que habían conseguido separar virtualmente de la Triple Alianza (con lo que se había solucionado el problema estratégico de tener que luchar en Saboya al mismo tiempo que en Lorena). Y lo más importante de todo: los franceses habían sido capaces de resolver sus diferencias coloniales con Gran Bretaña en la entente de 1904 y de convencer después a los principales miembros del Gobierno liberal de Londres de que la seguridad de Francia era de interés nacional para Inglaterra. Aunque razones de política interna de Gran Bretaña impedían una alianza fija, las probabilidades de que Francia obtuviese el futuro apoyo británico aumentaban con cada unidad añadida a la flota de alta mar de Alemania y con cada indicio de que un ata-

que alemán hacia el Oeste se realizaría a través dula Bélgica neutral. Si Gran Bretaña intervenía en la guerra, los alemanes tendrían que preocuparse no sólo por Rusia, sino también por el efecto de la Royal Navy sobre su flota de alta mar, la destrucción de su comercio con ultramar y la pequeña pero significativa fuerza expedicionaria británica que se desplegaría en el norte de Francia. Luchar contra los boches teniendo a Rusia y a Gran Bretaña como aliadas había sido el sueño francés desde 1871; ahora parecía una clara realidad.

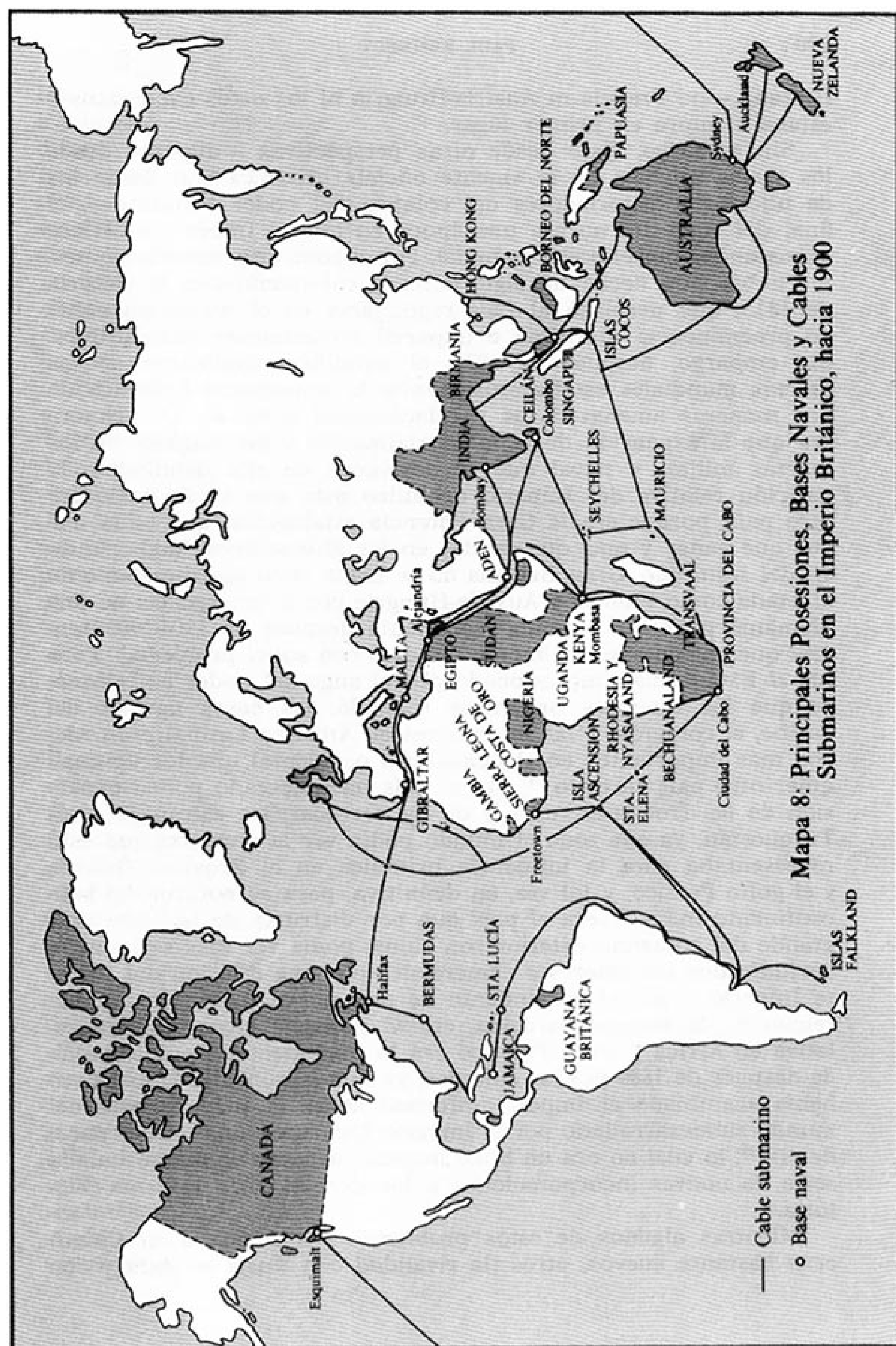
Francia no era lo bastante fuerte para oponerse a Alemania en un choque frontal, algo que todos los gobiernos franceses estaban dispuestos a evitar. Si el distintivo de una gran potencia consiste en ser un país dispuesto y capaz de enfrentarse con cualquier otro, Francia (como Austria-Hungría) había descendido a una posición inferior. Pero esta definición parecía demasiado abstracta en 1914 para una nación que se sentía psicológicamente preparada para la guerra[101], militarmente más fuerte que nunca y, sobre todo, que contaba con poderosos aliados. Si la combinación de todos estos factores permitiría a Francia resistir a Alemania era una pregunta todavía sin respuesta; pero la mayoría de los franceses parecía creer que ésta sería afirmativa.

GRAN BRETAÑA

A simple vista, Gran Bretaña era imponente. En 1900 poseía el Imperio más extenso que jamás había visto el mundo, formado por unos 20 millones de kilómetros cuadrados de tierra y tal vez un cuarto de la población del Globo. Sólo en las tres décadas precedentes, había añadido 6,83 millones de kilómetros cuadrados y 66 millones de personas al Imperio. No se trataba simplemente del

punto de vista de un historiador crítico de tiempos futuros, sino que también los franceses y los alemanes, los ashanti y los birmanos y otros muchos de la época que pensaban lo siguiente:

> En el siglo y medio, aproximadamente, que precedió a la guerra (de 1914), se había producido una tremenda expansión del poder británico, acompañada de una falta de simpatía por cualquier ambición similar por parte de otras naciones… Si una nación había apostado realmente por el poder mundial, ésta era Gran Bretaña. En realidad, había hecho más que apostar por ello. Lo había logrado. Los alemanes estaban simplemente hablando de construir un ferrocarril hasta Bagdad. La reina de Inglaterra era emperatriz de la India. Si una nación había trastornado el equilibrio de poder del mundo, ésta era Gran Bretaña[102].



Mapa 8. Principales posesiones, bases navales y cables submarinos en el Imperio Británico, hacia 1900

Había otros indicadores de la fuerza británica: el gran aumento de la Royal Navy, igual en poder a las otras dos flotas más grandes juntas; la red inigualada de bases navales y estaciones de cable alrededor del Globo; la Marina mercante más numerosa del mundo, que transportaba mercancías de la que era todavía la nación comercial más importante del mundo, y los servicios financieros de la City de Londres, que hacía de Gran Bretaña el más grande inversor, banquero, asegurador y comerciante de la economía mundial. Las multitudes que se desgañitaron durante las fiestas de las Bodas de Diamante de Victoria en 1897 tenían motivos para sentirse orgullosas. Siempre que se discutía sobre los tres o cuatro imperios mundiales en el siglo venidero, Gran Bretaña —no Francia ni Austria-Hungría ni los otros candidatos— estaba siempre en primer lugar.

Sin embargo, visto desde otras perspectivas —digamos desde los serios cálculos de la «mente oficial» británica[103] o desde los de ulteriores historiadores del colapso del poder británico—, el final del siglo XIX no era una época en que el Imperio estuviese «apostando» por el poder mundial. Por el contrario, aquella «apuesta» había sido hecha un siglo antes y culminado con la victoria de 1815, que permitió al país regocijarse en el medio siguiente de preeminencia marítima e imperial virtualmente indiscutibles. Sin embargo, después de 1870, el equilibrio cambiante de las fuerzas mundiales estaba erosionando la supremacía británica de dos maneras amenazadoras y relacionadas entre sí. La primera era que la expansión de la industrialización y los cambios en las fuerzas militar y naval que se derivaron de ella debilitaron la posición relativa del imperio británico más que la de cualquier otro país, porque era la Gran Potencia establecida, que tenía menos que ganar y más que perder en las alteraciones fundamentales del *statu quo*. Gran Bretaña no se había visto tan directamente afectada como Francia y Austria-Hungría por la emergencia de una Alemania poderosa y unida (solamente después de 1904-1905 tendría que enfrentarse realmente Londres con aquel problema). Pero fue *el* Estado más

impresionado por el auge del poder americano, ya que los intereses británicos (Canadá, las bases navales del Caribe, el comercio y las inversiones en América Latina) eran mucho más importantes en el hemisferio occidental que los de cualquier otro país europeo[104]; era *el* país más afectado por la expansión de las fronteras rusas y de los ferrocarriles estratégicos en Turquestán, ya que todo el mundo podía ver la amenaza que esto representaba para la influencia británica en el Próximo Oriente y el golfo Pérsico, y tal vez, en definitiva, para su control del subcontinente indio[105]; era *el* país que por disfrutar de la parte más grande del comercio exterior con China, podía ver más seriamente perjudicados sus intereses comerciales por una división del Celeste Imperio o por el surgimiento de una nueva fuerza en aquella región[106]; de manera parecida, era la potencia cuya posición relativa en África y en el Pacífico era la más afectada por la lucha de después de 1880 por las colonias, ya que (según dijo Hobsbawm) había «cambiado el imperio informal sobre la mayor parte del mundo subdesarrollado por el imperio formal de una cuarta parte de él»[107], lo cual no era un buen negocio, a pesar de la continuada serie de nuevas incorporaciones a los dominios de la reina Victoria.

Mientras algunos de estos problemas (en África o en China) eran bastante nuevos, otros (la rivalidad con Rusia en Asia y con los Estados Unidos en el hemisferio occidental) habían entrenado a muchas anteriores administraciones británicas. Lo que era ahora diferente, era que el poder relativo de los diversos Estados competidores era mucho mayor y que las amenazas parecían producirse casi simultáneamente. Así como el Imperio austro-húngaro estaba ocupado en su lucha con varios enemigos dentro de Europa, así los estadistas británicos tenían que enzarzarse en un juego diplomático y estratégico que era literalmente mundial en sus dimensiones. Por ejemplo, en el año crítico de 1895, el Gabinete tuvo que preocuparse por la posible división de China después de la Guerra Chino-Japonesa, por el colapso del Imperio otomano como resultado de la crisis de Armenia, por el inminente choque con

Alemania sobre África del Sur casi exactamente al mismo tiempo de la disputa con los Estados Unidos sobre la frontera de Venezuela con la Guayana Británica, por las expediciones militares francesas al África ecuatorial y por un empujón de Rusia hacia el Hinduy Kush[108]. Era un juego que tenía que desarrollarse también en términos navales; pues, por mucho que se aumentase regularmente el presupuesto de la Royal Navy, ésta ya no podía «gobernar las olas» delante de las cinco o seis flotas extranjeras que se estaban construyendo en los años de 1890, como lo había hecho a mediados del siglo. Como observó repetidamente el Almirantazgo, *podía* enfrentarse con el desafío americano en el hemisferio occidental, pero sólo quitando buques de guerra de las aguas europeas, de la misma manera que *podía* aumentar el volumen de la Royal Navy en el Extremo Oriente, pero sólo debilitando sus escuadras en el Mediterráneo. No podía ser fuerte en todas partes. Por último, era un juego que tenía que desarrollarse en términos militares, por el envío de batallones de Aldershot a El Cairo, o de la India a Hong Kong, para responder a las últimas emergencias, y además tenía que hacerse todo esto por una fuerza de voluntarios a pequeña escala que había sido completamente eclipsada por los ejércitos masivos según el modelo prusiano[109].

El segundo y relacionado punto flaco era menos inmediato, pero tal vez incluso más grave. Era la erosión de la preeminencia industrial y comercial de Gran Bretaña, en la que se apoyaba, en último término, su fuerza naval, militar e imperial. Las industrias británicas establecidas, como el carbón, los tejidos y los artículos de ferretería, aumentaron su producción en términos absolutos en aquellas décadas, pero su parte relativa en la producción mundial disminuyó continuamente, y en las más nuevas y cada vez más importantes industrias, como las del acero, los productos químicos, las máquinas herramienta y los artículos eléctricos, Gran Bretaña perdió pronto el primer lugar que ocupaba. La producción industrial, que había crecido a un ritmo anual de aproximadamente un 4 por ciento en el período de 1820 a 1840 y de alrededor de un 3

por ciento entre 1840 y 1870, se hizo más lenta; entre 1875 y 1894, creció sólo un poco por encima del 1,5 por ciento anual, mucho menos que el de los principales rivales del país. Esta pérdida de supremacía industrial fue pronto sentida en la furiosa competencia en busca de clientes. Al principio las exportaciones británicas fueron desposeídas de su favorable posición en los mercados industrializados europeos y norteamericanos, protegidos a menudo por altas barreras arancelarias, y después de ciertos mercados coloniales, donde otras potencias competían comercialmente y aplicando aranceles alrededor de sus nuevas anexiones; y por último, la industria británica se encontró debilitada por una creciente oleada de productos manufacturados extranjeros importados en el desprotegido mercado nacional, la más clara señal de que el país estaba perdiendo su facultad competitiva.

El retraso de la productividad británica y la disminución de competitividad a finales del siglo XIX ha sido una de las cuestiones más investigadas en la historia de la economía[110]. Incluía elementos tan complejos como el carácter nacional, las diferencias entre las generaciones, el carácter social y el sistema de educación, así como razones económicas más específicas, como las bajas inversiones, las instalaciones anticuadas, las malas relaciones laborales, el defectuoso arte de vender, etcétera. Para el estudiante de la gran estrategia preocupado por la imagen relativa, estas explicaciones son menos importantes que el hecho de que el país, como conjunto, estaba perdiendo gradualmente terreno. Si en 1880, el Reino Unido tenía todavía el 22,9 por ciento de la producción manufacturera total mundial, esta cifra había descendido al 13,6 por ciento en *1913*, y si su parte en el comercio mundial era del 23,2 por ciento en 1880, era sólo del 14,1 por ciento en 1911-1913. En términos de fuerza industrial, tanto los Estados Unidos como la Alemania imperial le habían pasado delante. El «taller del mundo» ocupaba ahora el tercer lugar, no porque no creciese, sino porque los otros crecían más deprisa.

Nada asustaba más a los imperialistas británicos conscientes que esta relativa decadencia económica, simplemente por su impacto sobre el *poder* británico. «Supongamos que una industria amenazada (por la competencia extranjera) está en la misma raíz de nuestro sistema de defensa nacional, ¿dónde estamos entonces?», preguntó el profesor W. A. S. Hewins en 1904. «No se puede seguir adelante sin una industria del hierro, un gran comercio de técnica, porque, en la guerra moderna, no se tendrían los medios de producir y mantener en un estado eficaz las flotas y los ejércitos»[111]. Comparadas con esta, cuestión, las querellas sobre fronteras coloniales en África occidental o sobre el futuro de las islas de Samoa eran triviales. De aquí los intereses de los imperialistas en la reforma arancelaria —abandonando los preceptos de libre comercio para proteger las industrias británicas— y en establecer lazos más estrechos con los dominios blancos, con el fin de asegurar las contribuciones a la defensa y un mercado imperial exclusivo. Gran Bretaña se había ahora convertido, según la tremenda frase de Joseph Chamberlain, en «el Titán cansado (tambaleándose) bajo el orbe demasiado vasto de su destino»[112]. El Primer Lord del Almirantazgo advirtió que, en años venideros, «el Reino Unido no será bastante fuerte por sí solo para mantener el lugar que le corresponde junto a los Estados Unidos o Rusia, y probablemente Alemania. Seremos arrojados a un lado sólo por el peso»[113].

Pero, si los imperialistas tenían indudablemente razón *a largo plazo* —«¿Sobreviviría hasta el centenario siguiente el Imperio que está celebrando ahora uno de Trafalgar?», preguntó tristemente en 1905[114] el influyente periodista Garvin—, casi todos tendían a exagerar los peligros contemporáneos. El comercio del hierro y del acero y la industria de las máquinas herramientas habían sido alcanzados en varios mercados, pero ciertamente no eliminados. La industria textil disfrutaba de un auge de exportación en los años anteriores a 1914, que sólo retrospectivamente puede ser visto como un veranillo de San Martín. La industria británica de construcción naval —vital tanto para la Royal Navy como para la

floreciente Marina mercante— mantenía todavía su categoría, produciendo más del 60 por ciento del tonelaje mercante mundial y el 33 por ciento de sus buques de guerra en aquellas décadas, brindando algún consuelo a los que temían que Gran Bretaña dependería demasiado de los bienes y materias primas importados en tiempo de guerra. Era verdad que, si Gran Bretaña se veía envuelta en un largo conflicto masivamente industrializado entre Grandes Potencias, se encontraría con que buena parte de su industria de armamentos (p. ej., granadas, artillería, aviones, rodamientos a bolas, equipo óptico, magnetos, materias colorantes) era inadecuada reflejando la presunción tradicional de que el Ejército británico tenía que ser desplegado y equipado para pequeñas guerras coloniales y no para gigantescas luchas continentales. Pero, durante la mayor parte de este período, fueron precisamente éstos la clase de conflictos en que se vio envuelto el Ejército. Y si llegaba a producirse la agotadora y larga guerra «moderna» de trincheras y ametralladoras que predecían al menos algunas autoridades en 1898, los británicos no serían los únicos en carecer del material correcto.

Que Gran Bretaña poseyese también *fuerzas* económicas en este período debería ser, pues, una advertencia contra un retrato demasiado sombrío de los problemas del país. Retrospectivamente se puede afirmar que «desde 1870 hasta 1970, la historia de Gran Bretaña fue de una casi ininterrumpida decadencia económica, militar y política, en relación con otras naciones, desde la cima de prosperidad y de poder en que le había colocado su Revolución industrial a mediados del siglo XIX»[115] pero también se corre el peligro de exagerar y anticipar el ritmo de aquella decadencia y de ignorar los considerables recursos del país, incluso en la esfera no industrial. Era, en primer lugar, inmensamente rico, tanto en la metrópoli como fuera de ella, aunque el Tesoro británico se encontró bajo fuertes presiones en las dos décadas anteriores a 1914, al más que doblar la nueva tecnología el precio de cada barco de guerra. Además, el aumento de volumen del electorado conducía

por primera vez a un considerable gasto «social». Pero, si el aumento de los pagos por «cañones y mantequilla» parecía alarmante en términos absolutos, esto se debía a que el Estado vigilante había recaudado muy poco de la renta nacional en objetivos oficiales. Incluso en 1913, el gasto total de los Gobiernos central y locales alcanzaba solamente el 12,3 por ciento del PNB. Así, aunque Gran Bretaña era uno de los países que gastaba más en defensa antes de 1914, necesitaba destinar a aquel fin una parte de su renta nacional menor que la de cualquier otra Gran Potencia europea[116] y si los imperialistas a ultranza tendían a desdeñar la fuerza *financiera* de Gran Bretaña como opuesta al poder industrial, lo cierto es que, en aquel entonces, había invertido la fantástica suma de unos 19,5 *mil millones* de dólares en ultramar, que representaban aproximadamente el 43 por ciento de las inversiones mundiales en el extranjero[117], lo cual era una indudable fuente de riqueza nacional. Era indudable que, en caso necesario, podía pagar incluso una guerra costosa y a gran escala; en cambio, era dudoso que pudiese preservar su cultura política liberal —de libre comercio, bajos gastos oficiales, ausencia de reclutamiento, confianza sobre todo en la Marina— si se veía obligada a dedicar más y más recursos nacionales a los armamentos y a una guerra moderna industrializada[118]. Pero era indudable que tenía una bolsa bien rellena.

Otros factores fortalecían también la posición de Gran Bretaña entre las Grandes Potencias. Aunque era cada vez más difícil pensar en defender las fronteras terrestres del Imperio en una era en que los ferrocarriles estratégicos y los ejércitos masivos estaban socavando la seguridad geopolítica de la india y de otras posesiones[119], la insularidad de las Islas Británicas seguía siendo una gran ventaja, librando a su población del miedo a una súbita invasión por ejércitos vecinos, permitiendo cargar el acento sobre el poder marítimo más que sobre el terrestre, y dando a sus estadistas una mucho mayor libertad de acción sobre problemas de guerra y paz que aquella de que gozaban los Estados continentales. Además, aunque la posesión de un imperio colonial extenso y difícil de de-

fender implicaba enormes problemas estratégicos, también traía consigo considerables ventajas estratégicas. El gran dispositivo de guarniciones imperiales, depósitos de carbón y bases navales, fácilmente reforzables por mar, le colocaban en una posición sumamente fuerte contra potencias europeas en cualquier conflicto que se desarrollase fuera del continente. De la misma manera en que Gran Bretaña podía enviar una ayuda a sus posesiones de ultramar, así éstas (especialmente los dominios autónomos y la India) podían ayudar a la potencia imperial con tropas, barcos, materias primas y dinero, precisamente en una época en que los políticos de Whitehall inculcaban cuidadosamente a sus parientes de ultramar la causa de una defensa «imperial» más organizada[120]. Por último, podía argüirse cínicamente que, debido a que el poder y la influencia británicos se habían extendido tanto en tiempos anteriores, Gran Bretaña poseía ahora muchas zonas de muelle, muchas áreas de interés menos que vital y, por consiguiente, mucho espacio para el compromiso, especialmente en las esferas de su llamado «imperio informal».

Gran parte de la retórica pública sobre el imperialismo británico se abstiene de indicar que las concesiones y las retiradas estaban a la orden del día. Pero la cuidadosa valoración de las prioridades estratégicas británicas —permitida por el sistema de consulta interdepartamental y toma de decisiones por el Gabinete[121]— proseguía año tras año, examinando cada problema en el contexto de los compromisos mundiales del país y fijando una política de compromiso o de firmeza. Así, dado que una guerra anglo-americana hubiese sido económicamente desastrosa, políticamente impopular y estratégicamente muy difícil, pareció preferible hacer concesiones sobre la cuestión de Venezuela, el Canal ístmico, la frontera de Alaska, etcétera. En contraste con esto, si Gran Bretaña estaba dispuesta a negociar con Francia en la década de 1890 sobre disputas coloniales en África occidental, el sudeste de Asia y el Pacífico, lucharía para conservar su dominio sobre el Valle del Nilo. Un decenio más tarde, intentaría mitigar el antagonismo an-

glo-alemán (proponiendo arreglos sobre contingentes navales, las colonias portuguesas y el ferrocarril de Bagdad) pero sería mucho más precavido en hacer promesas de neutralidad si se producía una guerra continental. Si los esfuerzos del ministro de Asuntos Exteriores, Grey, cerca de Berlín antes de 1914 tuvieron tanto éxito como los anteriores intentos de Salisbury de llegar a un acuerdo sobre Asia con San Petersburgo, ambos revelaron una común presunción de que la diplomacia podía resolver la mayoría de los problemas que surgiesen en los asuntos mundiales. Sugerir, por una parte, que la posición mundial de Gran Bretaña en 1900 era tan débil como lo sería a finales de los años treinta, y argüir, por otra, que había existido «una tremenda expansión del poder británico» antes de 1914, trastornando el equilibrio del mundo[122] son visiones igualmente parciales de lo que era una posición mucho más compleja.

En las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña se había visto alcanzada industrialmente por los Estados Unidos y por Alemania, y sometida a una fuerte competencia en las esferas comercial, colonial y marítima. Sin embargo, su combinación de recursos financieros, capacidad productora, posesiones imperiales y fuerza naval significaba que era todavía, probablemente, la potencial mundial «número uno», aunque su liderazgo fuese mucho menos ostensible que en 1850. Pero esta posición como número uno era también el problema esencial británico. Gran Bretaña era ahora un Estado maduro, con un fuerte interés en preservar el orden existente o, al menos, asegurar que las cosas cambiasen lenta y pacíficamente. Lucharía por ciertos objetivos evidentes —la defensa de la India, el mantenimiento de la superioridad naval especialmente en sus aguas, también, probablemente, la preservación del equilibrio europeo de poder—, pero cada problema tenía que ser planteado en su contexto más amplio y valorado en relación con los otros intereses de Gran Bretaña. Fue por esta razón que Salisbury se opuso a un compromiso militar fijo con Alemania en 1898-1901, y que Grey se esforzó en evitar un

compromiso militar fijo contra Alemania en 1906-1914. Si esto hizo que la futura política de Gran Bretaña fuese desagradablemente ambigua e incierta para los gobernantes de París y de Berlín, reflejaba la todavía ampliamente defendida opinión de Palmerston de que el interés permanente del país era no tener aliados permanentes. Si las circunstancias que permitieron esta libertad de acción cambiaron gradualmente al terminar el siglo XIX, el juego tradicional entre los diversos intereses británicos —imperial contra continental[123], estratégico contra financiero[124]— continuó igual que antes.

RUSIA

El imperio de los zares era también, según reconocía la mayoría de la gente, miembro automático del club selecto de «potencias mundiales» al comenzar el siglo XX. Su enorme extensión, desde Finlandia hasta Vladivostok, lo justificaba, lo mismo que su gigantesca y rápidamente creciente población, que era casi tres veces la de Alemania y casi cuatro veces la de Gran Bretaña. Durante cuatro siglos, se había ido extendiendo hacia el Oeste, hacia el Sur y hacia el Este, y a pesar de sus tropiezos, no daba señales de querer detenerse. Su ejército permanente había sido el más numeroso de Europa a lo largo del siglo XIX y no era todavía mucho más que cualquier otro en vísperas de la Primera Guerra Mundial, con 1,3 millones de tropas en activo y, según se decía, hasta 5 millones de reservistas. También los gastos militares de Rusia eran sumamente elevados y, con las asignaciones de capital «extraordinario» añadidas a los crecientes gastos «normales», es muy posible que igualasen el total de Alemania. La construcción de vías férreas se realizaba a enorme velocidad antes de 1914 —amenazando socavar en

poco tiempo el plan alemán (el llamado Plan Schlieffen) de atacar primero hacia el Oeste— y también se estaba invirtiendo mucho dinero en una nueva flota rusa después de la guerra con el Japón. Incluso el Estado Mayor prusiano decía estar alarmado por esta expansión del poderío ruso, y el joven Moltke aseguraba que en 1916 y 1917 «el poder militar de los enemigos de Prusia sería tan grande que no sabía cómo podría hacerle frente»[125]. En cambio, algunos observadores franceses esperaban con gran ilusión el día en que la «apisonadora» rusa rodaría hacia Occidente y aplastaría a Berlín. Y cierto número de británicos, especialmente los relacionados con la Embajada en San Petersburgo, decían a sus jefes políticos que «Rusia se está convirtiendo rápidamente en tan poderosa que debemos conservar su amistad casi a toda costa»[126]. Desde Galitzia hasta Persia y hasta Pekín, existía preocupación por el crecimiento del poderío ruso.

¿Estaba realmente a punto Rusia de convertirse una vez más en el gendarme de Europa, tal como podían sugerir aquellas declaraciones? Valorar la fuerza efectiva de aquel país ha sido un problema para los observadores occidentales desde el siglo XVIII hasta el presente, problema que se ha agravado por la escasez de datos comparativos dignos de confianza, por la diferencia entre los que decían los rusos a los extranjeros y lo que se decían ellos mismos, y por los peligros de confiar en declaraciones subjetivas en vez de en hechos objetivos. Los estudios, por muy completos que sean, de «cómo juzgaba Europa a Rusia antes de 1914», no son lo mismo que un análisis exacto del propio «poder de Rusia»[127].

Sin embargo, partiendo de las pruebas plausibles que existen, parece que Rusia era, en las décadas anteriores a 1914, simultáneamente poderosa y débil, según, como siempre, el extremo del telescopio por el que se mirase. Para empezar, era ahora mucho más fuerte industrialmente de lo que había sido en tiempos de la Guerra de Crimea[128]. Entre 1860 y 1913 —un período muy largo —, la producción industrial rusa creció al impresionante ritmo medio anual del 5 por ciento, y en los años de 1890, este ritmo se

acercaba al 8 por ciento. Su producción de acero en vísperas de la Primera Guerra Mundial había alcanzado la de Francia y la de Austria-Hungría y superaba en mucho la de Italia y la del Japón. Su producción de carbón crecía aún más de prisa, de 6 millones de toneladas en 1890 a 36 millones en 1914. Era la segunda productora mundial de petróleo. Si aumentó también su antigua industria textil —tenía muchos más husos para el algodón que Francia o Austria-Hungría—, lo propio ocurrió con las industrias de productos químicos y eléctricos por no hablar de las fábricas de armas. Enormes factorías, empleando con frecuencia miles de trabajadores, se levantaron alrededor de San Petersburgo, de Moscú y de otras ciudades importantes. La red rusa de ferrocarriles, que medía ya unos 47 000 kilómetros en 1900, era constantemente aumentada, de manera que, en 1914, se acercaba a los 71 000 kilómetros. El comercio exterior, estabilizado al adoptar Rusia el patrón oro en 1892, casi se triplicó entre 1890 y 1914, en que Rusia se convirtió en la sexta nación comercial del mundo. La inversión extranjera, atraída no solamente por títulos del Gobierno y de los ferrocarriles, sino también por la potencia de los negocios rusos, trajo enormes cantidades de capital para la modernización de la economía. Esta gran corriente de fondos se sumó a los torrentes de dinero que el Estado (enriquecido por los crecientes aranceles y los impuestos sobre el vodka y otros artículos de consumo) vertió también en la infraestructura económica. En 1914, según han observado muchos historiadores, Rusia se había convertido en la cuarta potencia industrial del mundo. Si continuaba estas tendencias, ¿no podría al fin poseer una fuerza industrial concomitante con su extensión territorial y su población?

Sin embargo, una mirada por el otro extremo del telescopio nos da una imagen completamente distinta. Si había aproximadamente tres millones de trabajadores en las fábricas rusas en 1914, esto representaba el grado terriblemente bajo del 1,75 por ciento de la población, y si las empresas que empleaban diez mil trabajadores en una fábrica textil parecían imponentes sobre el papel, la mayo-

ría de los expertos están ahora de acuerdo en que aquellas cifras pueden ser engañosas, ya que los husos eran manejados durante la noche por «turnos» frescos de hombres y mujeres en una sociedad rica en mano de obra pero pobre en tecnología[129]. Tal vez aún más significativo era el hecho de que gran parte de la industrialización rusa, y salvo algunos empresarios nativos estaba en manos de extranjeros —por ejemplo, una afortunada empresa internacional como «Singer» o grandes números de ingenieros británicos— o había sido al menos creada por inversores extranjeros. «En 1914, el 90 por ciento de la minería, casi el 100 por ciento de la extracción de petróleo, el 40 por ciento de la industria metalúrgica, el 28 por ciento de la industria textil eran propiedad de extranjeros»[130]. Esto no era en sí misma una cosa desacostumbrada —la posición de Italia era en cierto modo similar—, pero demuestra una enorme confianza en el sentido empresarial y en el capital extranjeros, que podían o no podían (como en 1899 y 1905) mantener su interés, más que en los recursos del país para el crecimiento industrial. A principios del siglo XX, Rusia había incurrido en la más grande deuda exterior del mundo y necesitaba, para conservar la afluencia de fondos, ofrecer cotizaciones en el mercado superiores a lo corriente a los inversores; pero los pagos de intereses al exterior eran cada vez más grandes que las balanzas comerciales «visibles»: en suma, una situación precaria.

Esto era tal vez sólo otra señal de una economía «inmadura», como lo era el hecho de que la parte más grande de la industria rusa estaba dedicada a los tejidos y la preparación de alimentos (en vez, digamos, de maquinaria y productos químicos). Sus aranceles eran los más elevados de Europa, para proteger a industrias que eran simultáneamente inmaduras e ineficaces; sin embargo la afluencia de productos manufacturados de importación se elevaba a cada aumento en el presupuesto de defensa y en la construcción de vías férreas. Pero tal vez el mejor indicio de su situación de subdesarrollo era el hecho de que, en fecha tan avanzada como 1913, el 63 por ciento de las exportaciones rusas consistían en

productos agrícolas y el 11 por ciento en madera[131] ambas desesperadamente necesarias para pagar los instrumentos agrícolas americanos, las máquinas herramienta alemanas y los intereses de la gran deuda exterior del país, pagos que, sin embargo, nunca se podían efectuar del todo.

Sin embargo, la valoración de la fuerza rusa es todavía peor si atendemos a la producción comparativa. Aunque Rusia era la cuarta potencia industrial antes de 1914, iba muy por detrás de los Estados Unidos, de Gran Bretaña y de Alemania. En los índices de su producción de acero, consumo de energía, participación en la producción manufacturera mundial y potencial industrial total, era eclipsada por Gran Bretaña y Alemania, y cuando estas cifras se relacionaban con el volumen de la población y se calculaban sobre una base per cápita, la diferencia era realmente enorme. En 1913, el nivel de industrialización per cápita de Rusia era de menos de la cuarta parte del de Alemania y de menos de la sexta parte del de Gran Bretaña[132].

En el fondo, la Rusia que en 1914 aterrorizó al joven Moltke y al embajador británico en San Petersburgo era una sociedad rural. Aproximadamente el 80 por ciento de la población vivía de la agricultura y buena parte del resto seguía manteniendo lazos con el pueblo y el municipio rural. Este hecho diferencial tiene que relacionarse con otros dos. El primero es que el enorme crecimiento de la población —61 millones de nuevas almas entre 1890 y 1914 — se produjo sobre todo en los pueblos y en las regiones más atrasadas (y no rusas), donde el suelo pobre, la escasez de abonos y los arados de madera eran corrientes. El segundo es que todos los datos internacionales comparativos de este período muestran lo ineficaz que era la agricultura rusa: su cosecha de trigo era menos de un tercio de la de Gran Bretaña y Alemania, y la de patatas, aproximadamente la mitad[133]. Aunque había fincas y granjas modernas en la región del Báltico, en otras muchas zonas la posesión en común de las tierras y el hábito medieval de cultivo de barbecho producían el efecto de quitar incentivos a la empresa individual.

Lo propio hacía la redistribución periódica de las tierras. La mejor manera de incrementar la parte de la familia en la tierra era simplemente tener más hijos antes de la próxima redistribución. Este problema estructural se agravaba con las deficientes comunicaciones, el imprevisible pero temible impacto del clima sobre las cosechas y la gran disparidad entre las provincias «excedentarias» del Sur y las superpobladas y menos fértiles provincias «importadoras de la vieja Rusia propiamente dicha». En consecuencia, si la producción, agrícola creció continuamente en aquellas décadas (aproximadamente un 2 por ciento anual) sus ganancias fueron grandemente reducidas por el aumento de población (1,5 por ciento anual). Y como este enorme sector agrícola aumentaba su producción per cápita en sólo el 0,5por ciento anual, el *verdadero producto nacional de Rusia* solamente aumentaba un 1 por ciento por cabeza[134], mucho menos que los de Alemania, los Estados Unidos, el Japón, Canadá y Suecia y, desde luego una cifra muy diferente de los tan cacareados aumentos *industriales* anuales del 5 o el 8 por ciento.

Las consecuencias sociales de todo esto son también un factor a tener en cuenta en toda valoración del *poder* ruso. El profesor Grossman observa que «el rendimiento extraordinariamente rápido de la industria tendía a ir del brazo con un gran retraso —e incluso significativos reveses— en otros sectores, especialmente en la agricultura y en el consumo personal; también tendía a superar la modernización de la sociedad, si se me permite esta frase»[135]. Es, en realidad, una frase muy adecuada. Pues lo que ocurría era que un país de sumo atraso económico estaba siendo impulsado a la edad moderna por autoridades políticas obsesionadas por la necesidad de «adquirir y conservar la posición de una Gran Potencia europea»[136]. Así, aunque ciertamente se pueden detectar considerables actividades empresariales autopropulsadas, el gran impulso hacia la modernización era inspirado por el Estado y estaba en relación con las necesidades militares: ferrocarriles, hierro y acero, armamentos, etcétera. Pero, para permitirse la gran afluencia de

artículos manufacturados importados del extranjero y poder pagar los intereses de la enorme deuda exterior, el Estado ruso tenía que asegurarse de que las exportaciones agrícolas (especialmente de trigo) aumentasen continuamente, incluso en períodos de hambre, como 1891; el lento aumento de la producción agrícola no implicó, durante muchos años, un mejor nivel de vida para los campesinos desgraciados y subalimentados. Por la misma razón, con el fin de pagar las enormes inversiones del Estado para la industrialización y los gastos de defensa, tenían que elevarse repetidamente los impuestos (principalmente indirectos) y reducirse el consumo personal. Para emplear una expresión de los historiadores de la economía, el régimen zarista imponía un ahorro «forzoso» a su desdichado pueblo. De aquí el hecho sorprendente de que «en 1913, el ruso corriente pagaba por gastos de defensa el 50 por ciento más sobre la renta que el inglés corriente, aunque la renta del ruso equivalía solamente a127 por ciento de la de su contemporáneo británico».[137]

El fuerte costo social de esta perniciosa combinación de atraso agrario, industrialización y enormes gastos militares es fácil de imaginar. En 1913, mientras el Gobierno ruso asignaba 970 millones de rublos a las Fuerzas Armadas, sólo se destinaron 154 millones a salud y educación, y como la estructura administrativa no daba a las localidades los poderes fiscales de los Estados norteamericanos o de los Gobiernos locales ingleses, aquella inadecuación no podía compensarse en parte alguna. En las ciudades de rápido crecimiento, los obreros tenían que vivir sin alcantarillado, con grandes riesgos sanitarios, espantosas condiciones de sus viviendas y pagando alquileres elevados. Los niveles de embriaguez eran fantásticos: una manera de evadirse a corto plazo de la cruda realidad. El índice de mortalidad era el más elevado de Europa. Estas condiciones, la disciplina impuesta dentro de las fábricas y la ausencia de un aumento apreciable en el nivel de vida, producían un resentimiento amenazador contra el sistema, que era a su vez campo abonado para los populistas, los bolcheviques, los anarco-

sindicalistas y los radicales; en realidad, para todos aquellos que (a pesar de la censura) predicaban cambios drásticos. Después de los épicos disturbios de 1905, el ambiente se enfrió durante un tiempo; pero en los tres años de 1912-1914, la incidencia de huelgas, protestas masivas, detenciones por la Policía y muertes, aumentaron en un grado alarmante[138]. Sin embargo, aquella clase de fermento palidecía en comparación con el problema que había aterrorizado a todos los gobernantes rusos desde Catalina *la Grande* hasta el régimen actual: la «cuestión campesina». Cuando las cosechas eran malas y aumentaban los precios, esto se combinaba con el profundo resentimiento contra los alquileres altos y las malas condiciones de trabajo para producir fuertes estallidos de inquietud en el campo. Después de 1900, el historiador Norman Stones escribe:

> Las provincias de Poltira y de Tambov fueron en su mayor parte devastadas; casas de campo incendiadas, animales mutilados. En 1901 hubo 155 intervenciones de las tropas (contra 36 en 1898) y 322 en 1903,habiendo participado 295 escuadrones de Caballería y 300 batallones de Infantería, algunos con artillería. 1902 fue el punto culminante de todo aquello. Se emplearon tropas para aplastar a los campesinos en 365ocasiones. En 1903, para mantener el orden interior, se movilizó una fuerza más numerosa que el Ejército de 1812… En sesenta y ocho de los setenta y cinco distritos de la Tierra Negra central, hubo «disturbios»: cincuenta y cuatro fincas arrasadas. La zona peor fue Saratov[139].

Sin embargo, cuando el ministro del Interior, Stolipin, trató de reducir este descontento disolviendo las comunidades campesinas después de 1908, simplemente provocó nuevas agitaciones, fuese de pueblos resueltos a conservar su sistema comunal o de agricultores ahora independientes que fueron pronto a la bancarrota. Así, «se necesitaron tropas en 13 507 ocasiones en enero de 1909, y en 114 108 ocasiones en (todo) aquel año. En 1913, se practicaron

100 000 detenciones por ataques al poder del Estado»[140]. Inútil decir que todo esto cansaba a un Ejército reacio que, además, tenía que sofocar a las resentidas minorías étnicas —polacos, finlandeses, georgianos, letones, armenios—, que se esforzaban en conservar las concesiones que les habían otorgado de mala gana sobre la «rusificación» durante el período de debilidad del régimen, en 1905-1906[141]. Cualquier otra derrota militar habría hecho que aquellos grupos luchasen una vez más para librarse del dominio de Moscú. Aunque no sabemos exactamente la cifra, sin duda hubo una fuerte proporción de aquellos grupos en el total de dos millones de rusos que se casaron en agosto de 1914, para evitar su reclutamiento en el Ejército.

Dicho en pocas palabras, no es sólo desde la perspectiva de después de la Revolución bolchevique que podemos ver que Rusia era un polvorín sociopolítico antes de 1914, susceptible muy probablemente, de producir grandes conflagraciones en el caso de unas malas cosechas, de reducciones en los niveles de vida de los obreros fabriles o —posiblemente— de una guerra grande. Aquí nos vemos obligados a emplear las palabras «muy probablemente», ya que también existía (junto a estos descontentos) gente profundamente fiel al zar y al país en muchos sectores, una creciente asamblea nacionalista, mucho sentimiento paneslavo y un odio correlativo contra el extranjero. Ciertamente, había muchos publicistas y cortesanos inútiles, tanto en 1914 como en 1904, que argüían que el régimen no podía parecer reticente en los grandes problemas internacionales. Si había guerra, decían, la nación se mantendría firme hasta conseguir la victoria.[142]

Pero ¿podía ser segura esta victoria, dados los que serían probablemente antagonistas de Rusia en 1914? En la guerra contra el Japón, el soldado ruso había combatido valiente y estoicamente —lo mismo que en Crimea y en la guerra de 1877 contra Turquía—, pero el mando incompetente, el mal apoyo logístico y la táctica defectuosa habían producido su efecto. ¿Podían ahora los servicios armados lanzarse contra Austria-Hungría —y, más particularmen-

te, contra el poderío militar-industrial de la Alemania imperial— con mejores resultados? A pesar de todos sus aumentos absolutos en producción industrial durante este período, lo terrible era que la fuerza productiva de Rusia estaba realmente *decreciendo* en relación con la de Alemania. Así, por ejemplo, entre 1900y 1913, su producción de acero se elevó de 2,2 a 4,8 millones de toneladas, pero la de Alemania saltó de 6,3 a 17,6 millones. De la misma manera, los aumentos en el consumo de energía y en el potencial industrial total de Rusia no eran tan grandes, ni absoluta ni relativamente, como los de Alemania. Por último, hay que advertir que, en los años de 1900-1913, la parte de Rusia en la producción manufacturera mundial descendió del 8,8 al 8,2 por ciento, debido al aumento de las partes alemana y (especialmente) americana[143]. No eran tendencias muy alentadoras.

Pero, se ha argüido, «por el rasero con que se medían los ejércitos en 1914», Rusia era poderosa, ya que «una guerra que pusiese a prueba la economía y las estructuras burocráticas del Estado tanto como a los ejércitos» no era prevista por los expertos militares[144]. Si era así, uno se pregunta por qué las referencias contemporáneas al poder militar alemán llamaban la atención sobre el acero «Krupp», los astilleros, la industria de colorantes y la eficacia de los ferrocarriles alemanes, *tanto como* sobre las fuerzas de primera línea[145]. En cambio, si son simplemente las cifras militares las que cuentan, entonces el hecho de que Rusia crease cada vez más divisiones, baterías de artillería, ferrocarriles estratégicos y buques de guerra, era impresionante. Presumiendo que la guerra fuese corta, todas estas estadísticas generales indicaban la fuerza creciente de Rusia.

Sin embargo, una vez descartado este nivel superficial de cuentas numéricas, incluso la cuestión militar se vuelve más problemática. Una vez más, el factor decisivo era el atraso socioeconómico y técnico de Rusia. El mero volumen de su enorme población campesina que sólo un quinto de cada cohorte anual era en realidad reclutado para las fuerzas armadas; la incorporación a filas de

todos los hombres aptos habría sumido al sistema en un caos. Pero los campesinos que eran reclutados difícilmente podían ser considerados como material ideal para una guerra industrializada moderna. Gracias a la cruda y superpesada concentración sobre los armamentos, más que en el campo más amplio y más sutil de la fuerza nacional (p. ej., niveles generales de educación, experiencia tecnológica, eficacia burocrática), Rusia estaba terriblemente atrasada a nivel personal. En fecha tan tardía como 1913, sólo el 30 por ciento de la población sabía leer y escribir, porcentaje que, como observó irónicamente un experto, «era mucho más bajo que el de Inglaterra a mediados del siglo XVIII»[146]. Y si estaba bien votar grandes sumas de dinero para nuevos reclutas, ¿serían éstos de mucha utilidad si el Ejército tenía tan pocos suboficiales instruidos? Los expertos del Estado Mayor ruso, mirando con «sentimientos de inferioridad y de envidia» la fuerza alemana a este respecto, creían que no. También se daban cuenta (como algunos observadores extranjeros) de la terrible escasez de buenos oficiales[147]. Ciertamente, a juzgar por las pruebas de que hoy disponemos, parece que en casi todos los aspectos —artillería pesada, ametralladoras, manejo de grandes unidades de Infantería, niveles de instrucción técnica, comunicaciones e incluso su numerosa flota y aviación— los militares rusos eran plenamente conscientes de sus puntos flacos[148].

A la misma clase de sombrías conclusiones se llegó cuando fueron examinando con detalle el sistema ferroviario estratégico y la movilización planificada por Rusia. Aunque el kilometraje total de la red ferroviaria en 1914 parecía imponente, al ponerse en relación con las enormes distancias del Imperio ruso —o compararse con los mucho más densos sistemas de Europa occidental— quedó bien claro que era inadecuado. En todo caso, como muchas de estas líneas eran de construcción barata, los raíles eran a menudo demasiado ligeros y la base de las vías demasiado flojas, y había pocos depósitos de agua y pocas intersecciones. Algunas locomotoras funcionaban con carbón, otras con petróleo, otras con ma-

dera, la cual complicaba aún más las cosas; pero éste era un problema pequeño comparado con el hecho de que las localizaciones del Ejército en tiempo de paz eran completamente distintas de sus zonas de despliegue en tiempo de guerra y eran afectadas por la deliberada política de dispersión (los polacos estarían en Asia, los caucasianos en las provincias del Báltico, etc.). Sin embargo si se producía una gran guerra, las masas de tropas tenían que ser de algún modo transportadas por el inadecuado personal de los batallones de ferrocarriles, «más de una tercera parte del cual era total o parcialmente analfabeto, mientras que las tres cuartas partes de los oficiales carecían de instrucción técnica»[149].

El problema de movilización y despliegue era exacerbado por la dificultad casi insuperable causada por los compromisos de Rusia con Francia y Serbia. Dados la poca eficacia del sistema ferroviario del país y la vulnerabilidad de las fuerzas desplegadas en el saliente polaco a un posible ataque «en tenaza» desde Prusia oriental y Galitzia, había parecido prudente al alto mando ruso, antes de 1900, permanecer a la defensiva al comienzo de la guerra y aumentar poco a poco su fuerza militar, y ciertamente, algunos estrategas preconizaban todavía este sistema en 1912. Sin embargo, muchos más generales eran partidarios de atacar a Austria-Hungría (contra la cual estaban seguros de vencer) y, al aumentar la tensión entre Viena y Belgrado, de ayudar a Serbia en el caso de una invasión austro-húngara. Pero Rusia no podía concentrar sus fuerzas en el frente meridional por miedo de lo que pudiese hacer Alemania. Durante decenios, después de 1871, los planificadores habían presumido que una guerra ruso-alemana empezaría con un ataque masivo y rápido de Alemania hacia el este. Pero cuando se hizo claro el esquema del Plan Schlieffen, Francia presionó con enorme fuerza a San Petersburgo para que lanzase una ofensiva contra Alemania lo *antes posible,* con el fin de aliviar a su aliada occidental. El miedo de que Francia fuese eliminada, junto con la tenaz insistencia de París de que los ulteriores préstamos estarían condicionados por el mejoramiento de la capacidad *ofensiva* de

Rusia, obligó a los planificadores rusos a convenir en atacar hacia el Oeste con la mayor rapidez posible. Todo esto había causado fuertes disputas dentro del Estado Mayor en los años anteriores a 1914, con los diversos grupos de opinión discrepando sobre el número de cuerpos de ejército a desplegar en el frente norte, como opuesto al frente sur; sobre el desmantelamiento de las viejas fortalezas defensivas en Polonia (donde, aunque parezca absurdo, se había emplazado buena parte de la nueva artillería), y sobre la posibilidad de ordenar una movilización parcial en vez de total. Dadas las obligaciones diplomáticas de Rusia, la ambivalencia era tal vez comprensible; pero era contraproducente si se trataba de montar una máquina militar fácilmente gobernable y que asegurase rápidas victorias contra los enemigos[150].

Este catálogo de problemas podría extenderse casi hasta la saciedad. Las cincuenta divisiones de Caballería rusa, aunque vitales en un país con pocas carreteras modernas, requerían tanto forraje —¡había aproximadamente un millón de caballos!— que esto produciría probablemente, por sí solo, un atasco del sistema ferroviario; el abastecimiento de hecho retrasaría ciertamente cualquier operación —ofensiva sostenida o incluso el movimiento de las tropas de reserva. Debido al atraso del sistema de transporte y a las funciones de policía interna desarrollada por los militares, literalmente millones de soldados no podían ser considerados como tropas de primera línea en tiempo de guerra. Y aunque las cantidades de dinero asignadas al Ejército antes de 1914 parecían enormes, buena parte de ellas era consumida por las necesidades básicas de alimentación, vestido y forraje. De manera parecida, y a pesar de los aumentos a gran escala en la flota y del hecho de que muchos de los nuevos barcos habían sido calificados de «excelentes»[151], la Marina requería un nivel mucho más alto de instrucción técnica, así como maniobras tácticas más frecuentes, para que su personal fuese realmente eficaz; como no era así (las tripulaciones estaban en su mayoría acuarteladas en tierra) y la flota tenía que dividirse entre el Báltico y el mar Negro, las perspectivas de

poder marítimo ruso no eran buenas, a menos de que luchase solamente contra los turcos.

Finalmente, ninguna valoración de la capacidad global de Rusia en este período puede prescindir de algunos comentarios sobre el propio régimen. Aunque ciertos observadores extranjeros admiraban su sistema autocrático y centralizado, arguyendo que daba mayores consistencia y fuerza a la política nacional de lo que eran capaces las democracias occidentales, un examen más atento habría revelado innumerables fallos. El zar Nicolás II era un pueblo Potemkin en persona, sencillo, solitario, reacio a tomar decisiones difíciles y ciegamente convencido de su sagrada relación con el pueblo ruso (sobre cuyo bienestar no mostraba, desde luego, interés alguno). Los métodos de toma de decisiones oficiales a los más altos niveles, eran suficientes para dar un mal sentido al término «bizantinismo»: grandes duques irresponsables, la desequilibrada emperatriz, pesaban mucho más que los ministros diligentes e inteligentes que podía reclutar el régimen y que sólo ocasionalmente podían hacerse oír por el zar. La falta de consultas y de comprensión entre, digamos, el Ministerio de Asuntos Exteriores y los militares era a veces espantosa. La actitud de la corte para con la asamblea (la Duma) era de desprecio no disimulado. Lograr reformas radicales en un ambiente en que la aristocracia se preocupaba solamente de sus privilegios y el zar de su tranquilidad mental, era imposible. Aquí había una elite constantemente atemorizada por la agitación de los obreros y los campesinos, y, sin embargo, el Gobierno, aunque era el que gastaba más del mundo en términos absolutos, mantenía los impuestos directos sobre los ricos a un nivel mínimo (6 por ciento de los ingresos del Estado) e imponía cargas masivas a los artículos alimenticios y al vodka (aproximadamente el 40 por ciento). He aquí un país con una delicada balanza de pagos, pero sin posibilidad de evitar (o de gravar) la enorme salida de dinero que los aristócratas rusos gastaban en el extranjero. Debido en parte a las tradiciones de una severa autocracia, en parte al terriblemente injusto sistema de clases y en parte a los bajos niveles

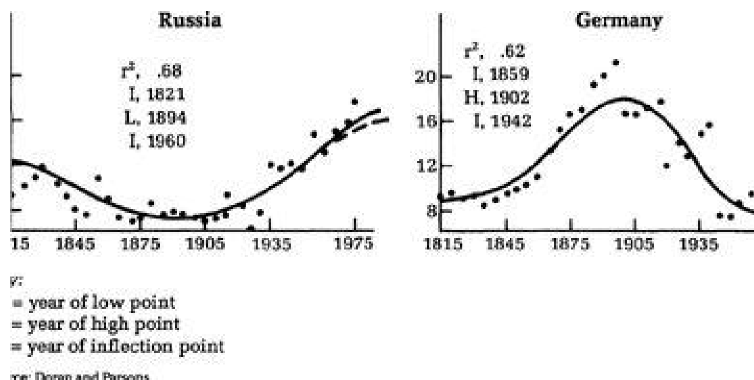
de educación y de sueldos, Rusia carecía de aquellos cuadros de funcionarios competentes que hacían que *funcionasen los* sistemas administrativos, por ejemplo, alemán, británico y japonés. Rusia no era, en realidad, un Estado fuerte, y sin embargo, dadas las tendencias del liderazgo, era capaz de lanzarse sin preparación a complicaciones extranjeras, a pesar de las lecciones de 1904.

Entonces, ¿cómo vamos a valorar el verdadero poder de Rusia en aquellos años? Era indudable que crecía año tras año en términos industriales y militares. También es verdad que poseía otros muchos valores: el volumen de su Ejército, el patriotismo y el sentido de destino en ciertas clases de la sociedad, la casi invulnerabilidad de la tierra moscovita. Contra Austria-Hungría, contra Turquía, tal vez ahora incluso contra el Japón, tenía buenas perspectivas de luchar y vencer. Pero lo horrible era que el choque amenazador con Alemania era demasiado inminente para que Rusia pudiese hacerle frente. «Dad al Estado veinte años de paz interior y exterior —se jactó Stolipin en 1909— y no reconoceréis a Rusia». Esto *podía* haber sido verdad, aunque era probable que la fuerza de Alemania aumentase también durante el mismo período. Sin embargo, según los datos producidos por los profesores Doran y Parsons (véase Gráfico 1), el «poder relativo» de Rusia en aquellas décadas empezó a elevarse desde su punto más bajo después de 1894, que era cuando Alemania estaba cerca de su punto culminante[152].

Y si ésta puede ser una presentación demasiado esquemática para la mayoría de los lectores, lo cierto era que (como se ha mencionado anteriormente) el poder y la influencia de Rusia habían declinado a lo largo de buena parte del siglo XIX en proporción aproximada a su creciente atraso económico. Todos los conflictos importantes (la Guerra de Crimea, la Guerra Ruso-Japonesa) habían revelado nuevas y antiguas debilidades militares y obligado al régimen a esforzarse en estrechar la distancia que se había abierto entre Rusia y las naciones occidentales. En los años anteriores a 1914, algunos observadores creyeron que aquella distancia empezaba a reducirse de nuevo, aunque persistían otros muchos puntos

falsos. Como no podría tener las dos décadas de paz requeridas por Stolipin, tendría que pasar una vez más por la prueba de la guerra para ver si había recobrado, en la política de poder europea, el lugar que había ocupado en 1815 y en 1848.

Gráfico 1. Poder Relativo de Rusia y Alemania



ESTADOS UNIDOS

De todos los cambios que se estaban produciendo en el equilibrio de poder mundial durante finales del siglo XIX y principios del XX, es indudable que el más decisivo para el futuro fue el crecimiento de los Estados Unidos. Terminada la Guerra Civil, los Estados Unidos fueron capaces de explotar las muchas ventajas mencionadas más arriba: rico suelo agrícola, abundancia de materias primas y la maravillosa y conveniente evolución de la moderna tecnología (ferrocarriles, máquinas de vapor, equipos de minería) para desarrollar aquellos recursos; la ausencia de presiones sociales y geográficas, la inexistencia de peligros significativos desde el exterior, la afluencia de capitales de inversión extranjeros y, cada vez más, domésticos, para transformarse a un ritmo asombroso. Por ejemplo, entre la terminación de la Guerra Civil en 1865 y el

estallido de la Guerra Hispano-Americana en 1898, la producción de trigo de los Estados Unidos aumentó en un 256 por ciento, la de maíz en un 222 por ciento, la de azúcar refinado en un 460 por ciento, la de carbón en un 800 por ciento, la de raíles de acero en un 523 por ciento y el kilometraje de vías férreas en funcionamiento en más de un 567 por ciento. «En las industrias más nuevas, el crecimiento, empezando casi desde cero, fue tan grande que los porcentajes carecen de sentido. Así, la producción de petróleo en crudo pasó de unos 3 000 000 de barriles en 1865 a más de 5 000 000 en 1899, y la de lingotes y piezas fundidas de acero, de menos de 20 000 toneladas inglesas a casi 9 000 000»[153]. Este crecimiento no se interrumpió con la guerra contra España, sino que, por el contrario, prosiguió al mismo ritmo meteórico al iniciarse el siglo XX. Ciertamente, dadas las ventajas consignadas más arriba, todo este proceso era virtualmente inevitable. Es decir, solamente una inercia humana persistente o una guerra civil casi constante o un desastre climático habrían podido impedir esta expansión…, o disuadir a los millones de inmigrantes que cruzaban el Atlántico para participar en el tesoro y aumentar la fuerza de trabajo productivo.

Los Estados Unidos parecían tener *todas* las ventajas económicas que *algunas* de las otras potencias poseían *en parte*, pero *ninguna* de sus desventajas. Era un país inmenso, pero las grandes distancias eran acortadas por unos 380 000 kilómetros de vía férrea en 1914 (comparados con los 73 000 kilómetros de Rusia, extendidas en un área dos veces y media más grandes). Su rendimiento agrícola por acre era siempre superior al de Rusia y, si nunca era tan grande como el de las regiones de cultivo intenso de la Europa occidental, la extensión del área cultivada, la eficacia de su maquinaria agrícola y los costos menguantes del transporte (gracias a los ferrocarriles y a los barcos de vapor) hacían que el trigo, el maíz, la carne de cerdo y de buey, y otros productos, fuesen más baratos que en cualquier parte de Europa. Tecnológicamente, grandes empresas americanas, como «International Harvester», «Singer»,

«Du Pont», «Bell», «Colt», y «Standard Oil» eran iguales, o a menudo mejores, que cualesquiera otras del mundo, y disfrutaban de un enorme mercado doméstico y de economías de balance, que sus rivales alemanes británicos y suizos no poseían. En Rusia, el «gigantismo» no era un bien indicador de la eficacia industrial[154]; en los Estados Unidos, generalmente lo era. Por ejemplo, «Andrew Carnegie» producía más acero que toda Inglaterra junta cuando vendió su negocio, en 1901, a la colosal organización de J. P. Morgan, «United States Steel Corporation»[155]. Cuando el famoso diseñador inglés de barcos de guerra *Sir* William White viajó a los Estados Unidos en 1904, se asombró al descubrir que catorce acorazados y trece cruceros estaban siendo construidos simultáneamente en los astilleros americanos (aunque, curiosamente, la Marina mercante de los Estados Unidos seguía siendo pequeña). La industria y la agricultura y las comunicaciones destacaban tanto por su eficacia como por su volumen. Por consiguiente, no es de extrañar que la renta nacional de los Estados Unidos, en cifras absolutas y per cápita, superase a las de todos los demás países en 1914[156].

TABLA 21. Renta nacional, población y renta per cápita de las potencias en 1914

	Renta Nacional (miles de millones $)	*Población (millones)*	*Renta per cápita ($)*
Estados Unidos	37	98	377
Gran Bretaña	11	45	244
Francia	6	39	153
Japón	2	55	36
Alemania	12	65	184
Italia	4	37	108
Rusia	7	171	41
Austria-Hungría	3	52	57

Las consecuencias de esta rápida expansión se reflejan en la Tabla 21, y en la pertinente estadística comparativa. En 1914, los Estados Unidos producían 455 millones de toneladas de carbón, mucho más que los 292 millones de Gran Bretaña y los 277 millones de Alemania. Era el más grande productor de petróleo del mundo y el mayor consumidor de cobre. Su producción de hierro colado era mayor que la de los tres países que le seguían (Alemania, Gran Bretaña y Francia) juntos, y su producción de acero casi igual[157] a los cuatro países que le seguían en orden (Alemania, Gran Bretaña, Rusia y Francia). Su consumo de energía derivada de fuentes modernas era, en 1913, igual a la de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Rusia y Austria-Hungría juntas. Producía y poseía más vehículos de motor que el resto del mundo junto. Era, en realidad, todo un continente rival y crecía tan deprisa que estaba a punto de alcanzar a toda Europa. Según un cálculo, si hubiese continuado este ritmo de crecimiento y no se hubiese producido una guerra mundial, los Estados Unidos habrían superado a Europa, como región poseedora de la mayor producción económica del mundo, en 1925[158]. Lo que hizo la Primera Guerra Mundial, por las pérdidas económicas y las dislocaciones sufridas por las grandes potencias más viejas, fue acelerar en seis años aquel término, reduciéndolo a 1919[159]. La «era Vasco da Gama» —los cuatro siglos de dominio europeo en el mundo— estaba tocando a su fin, incluso antes del cataclismo de 1914.

El papel del comercio exterior en el crecimiento económico de los Estados Unidos era ciertamente pequeño (alrededor del 8 por ciento de su PNB se derivaba del comercio exterior en 1913, en comparación con el 26 por ciento de Gran Bretaña)[160] pero su impacto económico sobre otros países era considerable. Tradicionalmente, los Estados Unidos habían exportado materias primas (especialmente algodón), importado productos manufacturados acabados y compensado el acostumbrado déficit en comercio «visible» con la exportación de oro. Pero el auge de la industrialización después de la Guerra Civil transformó aquel panorama. Al con-

vertirse rápidamente en el mayor productor de artículos manufacturados del mundo, los Estados Unidos empezaron a lanzar su maquinaria agrícola, sus útiles de hierro y acero, sus máquinas herramientas, su equipo eléctrico y otros productos al mercado mundial. Al propio tiempo, la camarilla de industriales norteños era tan poderosa que aseguraba que los productos extranjeros se mantendrían fuera del mercado interior gracias a unos aranceles cada vez más altos; en cambio, las materias primas o los artículos especializados (como los tintes alemanes) eran importados en cantidades cada vez mayores para abastecer la industria americana. Pero, si el auge de las exportaciones industriales del país era el cambio más significativo, la «revolución del transporte» fomentaba también las exportaciones de productos agrícolas americanos. Al bajar de 40 a 10 centavos el costo de transportar 35,24 1 de trigo de Chicago a Londres, en el medio siglo anterior a 1900, los productos agrícolas americanos circularon en grandes cantidades a través del Atlántico. Las exportaciones de maíz alcanzaron en 1 897 747 mil millones de litros, mientras que las exportaciones de trigo llegaron a 842 mil millones de litros en 1901; aumentos similares se registraron en otros cereales en la harina, en la carne y sus productos derivados[161].

Las consecuencias de esta transformación comercial fueron, desde luego, principalmente económicas, pero también empezaron a afectar a las relaciones internacionales. La superproductividad de las fábricas y las fincas americanas ocasionaron un miedo muy extendido a que incluso su enorme mercado doméstico fuese pronto incapaz de absorber tantos artículos, e indujo a grupos poderosos (agricultores del Mediano Oeste, productores de acero de Pittsburg) a presionar al Gobierno para que prestase toda clase de ayuda a la apertura o, al menos, a mantener abiertos mercados en ultramar. La agitación para preservar una «puerta abierta» en China y el gran interés mostrado en hacer de los Estados Unidos la fuerza económica dominante en América Latina, fueron solamente dos de las manifestaciones de esta preocupación por au-

mentar la participación del país en el comercio mundial[162]. Entre 1860 y 1914, los Estados Unidos aumentaron sus exportaciones en más de siete veces (de 334 millones de dólares a 2365 millones), pero, como eran tan proyectores de su propio mercado, sus importaciones aumentaron solamente cinco veces (de 356 millones de dólares a 1896 millones). Ante este alud de comida americana barata, los agricultores europeos continentales pidieron aranceles más altos, y generalmente los consiguieron; en Gran Bretaña, que había sacrificado a sus agricultores en aras al libre comercio, fue la afluencia de máquinas, hierro y acero americanos, lo que produjo alarma. Mientras el periodista W. T. Stead escribía, en tono sensacionalista, sobre la «americanización del mundo» —frase que fue título suyo de 1902—, el Káiser Guillermo y otros líderes europeos apuntaban la necesidad de unirse contra el «desleal» coloso comercial americano[163].

Tal vez aún más desestabilizador, aunque menos comprendido, fue el impacto de los Estados Unidos sobre el sistema financiero y la circulación monetaria del mundo. Como tenían un superávit tan grande en su comercio con Europa, el déficit de ésta tenía que ser resuelto con transferencias de capital, que venían a sumarse a la enorme corriente de inversiones directas europeas en industrias y obras y servicios de los Estados Unidos (que representaron un total de 7000 millones de dólares en 1914). Aunque parte de este caudal de dinero hacia el Oeste era recuperada por los rendimientos de las inversiones europeas y por el pago de servicios tales como el transporte marítimo y los seguros, el déficit seguía siendo grande y aumentaba constantemente, exacerbado por la política del tesoro estadounidense de acumular (y conservar) casi un tercio del *stock* de oro mundial. Además, aunque los Estados Unidos se habían convertido ahora en parte integrante de un sistema de comercio mundial —soportando un déficit con respecto a los países proveedores de materias primas, y teniendo un fuerte superávit con Europa—, su propia estructura financiera era subdesarrollada. Por ejemplo, la mayor parte de su comercio exterior se concertaba

en libras esterlinas y Londres actuaba como prestamista de oro, como último recurso. Sin ningún Banco Central que controlase los mercados financieros, con una enorme circulación de fondos en ambas direcciones, entre Nueva York y los Estados de las praderas, condicionado solamente por las cosechas de grano, y éstas a su vez por un clima voluble, y con especuladores capaces de trastornar no solamente el sistema monetario doméstico, sino también las frecuentes peticiones de oro en Londres, los Estados Unidos se estaban convirtiendo, en los años anteriores a 1914, en un grande pero imprevisible fuelle, que avivaba, pero a veces enfriaba dramáticamente, el sistema comercial del mundo. La crisis bancaria americana de 1907 (provocada en un principio por un intento de los especuladores de monopolizar el mercado del cobre), con subsiguientes repercusiones en Londres, Amsterdam y Hamburgo, no fue más que un ejemplo de la manera en que estaban influyendo los Estados Unidos en la vida económica de las otras grandes potencias, incluso antes de la Primera Guerra Mundial[164].

Este crecimiento del poder industrial y del comercio ultramarino de Norteamérica fue acompañado, tal vez inevitablemente, de una diplomacia más perentoria de una retórica de *Weltpolitik* de estilo americano[165]. Las pretensiones de un don moral especial entre los pueblos de la Tierra, que hacía que la política exterior norteamericana fuese superior a las del Viejo Mundo, se entremezclaban con argumentos social-darvinistas y raciales y con el apremio de grupos de presión industriales y agrícolas para asegurarse los mercados de ultramar. La tradicional, aunque siempre exagerada alarma por las amenazas a la Doctrina de Monroe, iba acompañada de llamamientos para que los Estados Unidos cumpliesen su «Destino Manifiesto» a través del Pacífico. Aun sosteniendo todavía que había que evitar las alianzas comprometedoras, muchos grupos presionaban en el interior a los Estados Unidos para que ejerciesen una diplomacia mucho más activista, que fue precisamente lo que ocurrió bajo las administraciones de McKinley y (especialmente) de Theodore Roosevelt. La disputa de

1895 con Gran Bretaña sobre la frontera venezolana justificada en términos de la Doctrina de Monroe fue seguida, tres años más tarde, por la mucho más dramática guerra con España sobre la cuestión de Cuba. La demanda de Washington de tener el control único de un canal ístmico (en vez de tenerlo, como antiguamente, a medias con Gran Bretaña), la rectificación de la frontera de Alaska, a pesar de las protestas de Canadá, y los preparativos de la flota de guerra en el Caribe, en 1902-1903, después de las acciones alemanas contra Venezuela, fueron otros tantos indicios de la determinación de los Estados Unidos a no ser desafiados por ninguna otra gran potencia en el hemisferio occidental. Como «corolario» de esto, las administraciones norteamericanas se mostraron dispuestas a intervenir, por presiones diplomáticas y medios militares, en países de América Latina tales como Nicaragua, Haití, México y la República Dominicana, cuando su comportamiento no estaba de acuerdo con las normas de los Estados Unidos.

Pero el rasgo realmente novedoso de la política exterior norteamericana en este período fueron sus intervenciones y su participación en acontecimientos *de fuera* del hemisferio occidental. Su asistencia a la Conferencia de Berlín de 1884-1885 sobre África occidental había sido anómala y confusa: después de discursos grandilocuentes de la delegación de los Estados Unidos en pro del libre comercio y las puertas abiertas, el subsiguiente tratado no fue nunca ratificado. Incluso en fecha tan tardía como 1892, el *New York Herald* proponía la abolición del Departamento de Estado, ya que había tan pocas cuestiones que dirigir en ultramar[166]. La guerra de 1898 con España cambió todo esto, no solamente por dar a los Estados Unidos una posición en el Pacífico occidental (las Filipinas) que les convertía también en una especie de potencia colonial asiática, sino también por favorecer la suerte política de aquellos que se habían mostrado partidarios de una política perentoria. La nota de «Puerta Abierta» del secretario de Estado Hay, el año siguiente, fue una indicación temprana de que los Estados Unidos deseaban tener voz y voto en China, como confir-

maron al asignar 2500 soldados americanos al ejército internacional enviado para restablecer el orden en China en 1900. Roosevelt mostró un deseo todavía mayor de intervenir en grosse Politik, al actuar como mediador en las conversaciones que pusieron fin a la Guerra Ruso-Japonesa, al insistir en la participación americana en la conferencia de 1906 sobre Marruecos, y al negociar con Japón y las otras potencias, en un intento de mantener la «Puerta Abierta» en China[167]. Mucho de esto ha sido considerado más tarde por los eruditos menos como fundado en un cálculo serio de los intereses del país en el mundo que como una prueba de poca madurez en política exterior, de una ingenuidad etnocéntrica y de un deseo de impresionar al público del país y del extranjero, rasgos que complicarían una política exterior americana «realista» en el futuro[168]; pero aunque esto sea verdad, los Estados Unidos no eran un caso aislado en esta era de jactancia imperialista y de orgullo nacionalista. En todo caso, salvo en las cuestiones chinas, este activismo diplomático no fue continuado, por los sucesores de Roosevelt, que prefirieron mantener a los Estados Unidos al margen de los sucesos internacionales que ocurrían fuera del hemisferio occidental.

Junto a estas acciones diplomáticas, aumentaron los gastos en armas. De los dos servicios, la Marina se llevó la mayor parte, ya que constituiría la primera línea defensiva de la nación en el caso de un ataque del extranjero (o de un desafío a la Doctrina de Monroe) y también el instrumento más útil para apoyar a la diplomacia y al comercio estadounidenses en América Latina, el Pacífico y otras partes. La reconstrucción de la flota había empezado ya a finales de la década de 1880, pero el gran impulso se produjo en los días de la Guerra Hispano-Americana. Como las fáciles victorias navales en aquel conflicto parecieron justificar los argumentos del almirante Mahan y de la camarilla de la «gran Marina», y como los estrategas estaban preocupados por la posibilidad de una guerra con Gran Bretaña y después, desde 1898 en adelante, con Alemania, la flota de combate fue aumentada continuamente. La ad-

quisición de bases en Hawai, Samoa, las Filipinas y el Caribe, el empleo de buques de la Armada para actuar como «policías» en América Latina y el espectacular gesto de Roosevelt de enviar su «gran flota blanca» alrededor del mundo en 1907, todo ello parecía recalcar la importancia del poder marítimo.

En consecuencia, mientras los gastos navales de 22 millones de dólares en 1890 representaban solamente el 6,9 por ciento del gasto federal total, los 139 millones asignados a la Marina en 1914 representaban el 19 por ciento[169]. No todos estos gastos eran adecuados —había demasiadas bases navales en el país (resultado de presiones políticas locales) y pocos barcos de escolta—, pero el resultado era todavía imponente. Aunque considerablemente menor que la Royal Navy y con menos acorazados de tipo *Dreadnought* que Alemania, la Armada de los Estados Unidos era la tercera del mundo en 1914. Ni siquiera la construcción de un Canal de Panamá controlado por los Estados Unidos hizo que los planificadores americanos dejasen de inquietarse por el dilema estratégico de dividir la flota o dejar desamparada una de las costas del país; y las Memorias de algunos oficiales, en aquellos años, revelan un recelo un tanto paranoico de las potencias extranjeras[170]. En realidad, dado su *rappochement* de principios de siglo con Gran Bretaña, los Estados Unidos estaban inmensamente seguros y, aunque temiesen el auge del poder marítimo alemán, tenían realmente menos motivos de preocupación por este asunto que cualquiera de las otras principales potencias[171].

El pequeño volumen de las fuerzas de tierra de los Estados Unidos era, en muchos aspectos, reflejo de aquella posición de seguridad. También el Ejército había sido impulsado por la guerra con España, al menos cuando el público se había dado cuenta de lo pequeño que era en realidad, de lo desorganizada que estaba la Guardia Nacional y de lo cerca que había estado del desastre al principio de la campaña en Cuba[172]. Pero el hecho de que el Ejército regular se hubiese triplicado después de 1900 y se hubiesen establecido guarniciones en las Filipinas y otras partes no im-

pedía que el servicio pareciese todavía insignificante en comparación con el de un país europeo de mediana importancia, como Serbia o Bulgaria. Todavía más que Gran Bretaña, los Estados Unidos eran enemigos de tener ejércitos masivos y evitaban las obligaciones fijas militares con aliados. Menos de un 1 por ciento de su PNB era dedicado a la defensa. Por esto, y a pesar de sus actividades imperialistas en el período de 1898-1914, siguieron siendo lo que el sociólogo Herbert Spencer llamó una sociedad «industrial», más que una sociedad «militar» como Rusia. Dado que muchos historiadores han sugerido que «el auge de las superpotencias» empezó en este período, vale la pena observar la enorme *diferencia* entre Rusia y los Estados Unidos en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La primera poseía un Ejército de primera línea unas diez veces mayor que los segundos; pero los Estados Unidos producían seis veces más de acero, consumían diez veces más de energía y eran cuatro veces más eficaces en producción industrial (en términos per cápita, eran seis veces más productivos) [173]. Sin duda Rusia parecía la más poderosa a todos los Estados Mayores europeos que pensaban en guerras rápidas con masas de tropas disponibles; pero, según todos los demás criterios, los Estados Unidos eran fuertes y Rusia era débil.

Los Estados Unidos se habían convertido definitivamente en una gran potencia. Pero no formaban parte del sistema de las grandes potencias. No solamente la división de poderes entre la Presidencia y el Congreso hacía virtualmente imposible una política activa de alianzas, sino que también era claro que nadie estaba en favor de abandonar el estado existente de cómodo aislamiento. Separados de las_ otras naciones fuertes por miles de millas de océano, poseedores de un Ejército insignificante, contentos de haber logrado el dominio sobre el hemisferio y, al menos desde después de Roosevelt, menos ansiosos de intervenir en la diplomacia mundial, los Estados Unidos estaban todavía, en 1913, al margen del sistema de las Grandes Potencias. Y como la mayoría de los otros países estaban, después de 1906, volviendo su atención de

Asia y África a los sucesos de los Balcanes y del mar del Norte, tal vez no era sorprendente que tendiesen a considerar a los Estados Unidos como un factor importante para el equilibrio internacional de poder de lo que había sido al producirse el cambio de sigla. Esta fue otra de las presunciones corrientes antes de 1914 que demostraría la Gran Guerra que eran erróneas.

LAS ALIANZAS Y LA MARCHA HACIA LA GUERRA, 1890-1914

El tercero y último elemento para comprender la manera en que estaba cambiando el sistema de las grandes potencias en aquellas décadas es examinar la voluble diplomacia de alianzas desde la dimisión de Bismarck hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Pues aunque los años de 1890 fueron testigos de algunos conflictos relativamente pequeños (la Guerra Chino-Japonesa, la Guerra Hispano-Americana, la Guerra de los Bóers) y más tarde de un encuentro importante aunque localizado en la Guerra Ruso-Japonesa, la tendencia general después de aquella época fue la que Félix Gilbert denominó «rigidificación» de los bloques de alianza[174]. Esto iba acompañado por la expectativa, por parte de la mayoría de los Gobiernos de que serían miembros de una coalición, si estallaba y cuando estallase una guerra. Esto alentaba y complicaba las valoraciones de poder nacional relativo ya que los aliados traían desventajas al mismo tiempo que ventajas.

Desde luego la tendencia hacia la diplomacia de alianzas no afectó a los lejanos Estados Unidos en aquella época, y sólo de un modo regional al Japón, a través de las alianzas anglo-japonesas de 1902 y 1905. En cambio, esta diplomacia afectó de manera creciente a las grandes potencias europeas, incluso a los británicos in-

sulares, debido al miedo y a las rivalidades recíprocas que surgieron en aquellos años. Este sistema de alianzas militares fijas en tiempo de paz —raras, si es que existieron con anterioridad— fue iniciado por Bismarck en 1879, cuando trató de «controlar la política exterior de Viena y avisar a San Petersburgo, estableciendo la alianza austro-alemana. Según los cálculos secretos del canciller alemán, esta maniobra tendía también a inducir a los rusos a abandonar su "política errática"»[175] y volver a la Liga de los Tres Emperadores, cosa que hicieron durante un tiempo; pero el legado más duradero de la acción de Bismarck fue que Alemania se comprometió a acudir en auxilio de Austria-Hungría en el caso de un ataque ruso. En 1882, Berlín había concluido también un tratado parecido con Roma para el caso de un ataque francés, y al cabo de otro año, tanto Alemania como Austria-Hungría habían ofrecido otra alianza secreta para ayudar a Rumanía contra una agresión rusa. Los estudiosos de esta diplomacia insisten en que Bismarck perseguía principalmente objetivos defensivos y a corto plazo: tranquilizar a sus nerviosos amigos de Viena, Roma y Bucarest; tener a Francia diplomáticamente aislada, y preparar posiciones de "retirada" si los rusos invadían los Balcanes. Sin duda esto es verdad; pero también es cierto que *había* dado garantías y que, si bien no era públicamente conocida la naturaleza exacta de estos tratados secretos, hicieron que tanto Francia como Rusia se preocupasen de su propio aislamiento y sospechasen que el gran intrigante de Berlín había montado una coalición formidable para arrollarles en tiempo de guerra.

Aunque el propio «ligamen secreto» de Bismarck con San Petersburgo (el llamado Tratado de Reaseguro de 1887) impedía una ruptura formal entre Alemania y Rusia, había algo artificial y desesperado en los barrocos y engañosos esfuerzos del canciller para evitar la continua tendencia a una alianza franco-rusa a finales de la década de 1880. Las respectivas aspiraciones de Francia y Rusia a recobrar Alsacia-Lorena y extenderse en Europa oriental eran principalmente atajadas por el miedo a Alemania. No había otro

socio notable *continental* para aliarse con cualquiera de ellas, y ambas podían beneficiarse recíprocamente: Rusia con los préstamos y las armas de Francia, y Francia con la ayuda militar rusa. Aunque las diferencias ideológicas entre los burgueses franceses y el reaccionario régimen zarista retrasaron durante un tiempo esta tendencia, el retiro de Bismarck en 1890 y los más amenazadores movimientos del Gobierno de Guillermo II cerraron la cuestión. En 1894, la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia había sido contrarrestada por la Doble Alianza Franco-Rusa, compromiso político y militar que duraría tanto como la Triple Alianza[176].

En más de un aspecto, este nuevo acontecimiento pareció estabilizar el escenario europeo. Existía un tosco equilibrio entre los dos bloques de aliados, haciendo que los resultados de un conflicto entre grandes potencias fuese más incalculable y, por ende, menos probable que antes. Habiendo escapado a su aislamiento, Francia y Rusia volvieron a sus preocupaciones africanas y asiáticas. Esto fue ayudado también por el aflojamiento de las tensiones en Alsacia j en Bulgaria; ciertamente, Viena y San Petersburgo habían acordado en 1897 congelar la cuestión de los Balcanes[177]. Además, Alemania estaba volviendo a la *Weltpolitik*, mientras Italia, a su manera inimitable, se estaba embrollando en Abisinia. África del Sur, el Extremo Oriente, el Valle del Nilo y Persia retenían la atención de la gente a mediados de los años 1890. También era la edad del «nuevo navalismo»[178], con todas las potencias esforzándose en fortalecer sus flotas, en la creencia de que la Marina y las colonias iban naturalmente de la mano. No es de extrañar, pues, que ésta fuese la década en que el Imperio británico, aunque generalmente aislado de los conflictos europeos, sintiese con más fuerza la presión de antiguos rivales, como Francia y Rusia, y de los nuevos competidores, como Alemania, Japón y los Estados Unidos. En tales circunstancias, las cláusulas militares de los bloques europeos de alianzas parecían cada vez menos relevantes, ya que una guerra general no sería provocada allí por sucesos tales

como el choque anglo-francés en Fashoda (1898), la Guerra de los Bóers o la lucha por concesiones en China.

Sin embargo, en un plazo ligeramente largo, estas rivalidades imperiales afectarían las relaciones entre las grandes potencias, incluso en su contexto europeo. Al empezar el siglo, las presiones sobre el Imperio británico eran tales que algunos círculos afines al secretario colonial Joseph Chamberlain pidieron el fin del «espléndido aislamiento» y una alianza con Berlín, mientras que ministros tales como Balfour y Landsdowne empezaban a aceptar la necesidad de compromisos diplomáticos. Toda una serie de concesiones a los Estados Unidos sobre el Canal ístmico, la frontera de Alaska, las pesquerías de focas, etc. —disfrazadas bajo el término de «*rapprochement* anglo-americano»— sacó a Gran Bretaña de una posición estratégicamente insostenible en el hemisferio occidental y, más importante aún, alteró drásticamente lo que los estadistas del siglo XIX habían dado por cosa segura: fue las relaciones anglo-americanas serían siempre rías, resentidas y en ocasiones hostiles[179]. Al forjar la Alianza Anglo-Japonesa de 1902, los estadistas británicos esperaron también aliviar una difícil carga estratégica en China, aunque a costa de sostener al Japón en determinadas circunstancias[180]. Y, en 1902-1903, hubo influyentes círculos británicos que creyeron posible llegar a un compromiso sobre los problemas coloniales con Francia, que había dado muestras en la anterior crisis de Fashoda de que no iría a la guerra a causa del Nilo.

Aunque todos estos arreglos parecieron, al principio, afectar solamente a asuntos extraeuropeos, influyeron indirectamente en la situación de las grandes potencias en Europa. La resolución de los dilemas estratégicos de Gran Bretaña en el hemisferio occidental, más el apoyo que recibiría de la flota japonesa en el Extremo Oriente, aflojaron algunas de las presiones existentes sobre los designios marítimos de la Royal Navy y aumentaron sus perspectivas de consolidación en tiempo de guerra, y la solución de las rivalidades anglo-francesas significaría un fortalecimiento todavía

mayor de la seguridad naval británica. Todo esto afectaba a Italia, cuyas costas eran demasiado vulnerables para que pudiese situarse en un campo opuesto a la combinación anglo-francesa; en todo caso, Francia e Italia tenían, en los primeros años del siglo XX, buenas razones (financieras y norteafricanas) para mejorar sus relaciones[181]. Sin embargo, si Italia se apartaba de la Triple Alianza, esto tendría que afectar a sus disputas latentes con Austria-Hungría. Por último, incluso la lejana Alianza Anglo-Japonesa tendría repercusiones sobre el sistema de Estados europeos, ya que hizo que fuese muy improbable la intervención de cualquier tercera potencia cuando el Japón decidió, en 1904, desafiar a Rusia sobre el futuro de Corea y de Manchuria; además, cuando estalló la guerra, las cláusulas específicas[*] del tratado anglo-japonés y, de la alianza franco-rusa indujeron fuertemente a los dos «segundos», Gran Bretaña y Francia, respectivamente, a trabajar para no verse abiertamente envueltos en el conflicto. Por consiguiente, no es de extrañar que la ruptura de hostilidades en el Extremo Oriente hiciese que Londres y París pusiesen fin a sus diferencias coloniales y concluyesen la *entente* de abril de 1904[182]. Los años de rivalidad anglo-francesa, provocados en principio por la ocupación británica de Egipto en 1882, habían terminado.

Tal vez ni siquiera esto habría causado la famosa «revolución diplomática»[183] de 1904-1905, de no haber sido por otros dos factores. El primero fue el creciente recelo de ingleses y franceses en lo tocante a Alemania, cuyos objetivos, aunque confusos, parecían ambiciosos y peligrosos, al proclamar el canciller Bülow y su amo imperial Guillermo II el advenimiento del «Siglo alemán». En 1902-1903, la flota de alta mar, con un alcance y unas características que sugerían que estaba siendo construida pensando principalmente en Gran Bretaña, hizo que el Almirantazgo británico contemplase medidas contrarias. Además, si los objetivos alemanes en Austria-Hungría eran considerados con inquietud por París, sus ambiciones en Mesopotamia disgustaban a los imperialistas británicos. Ambos países observaron con creciente irritación

los esfuerzos diplomáticos de Bülow para fomentar una guerra en el Extremo Oriente en 1904 y hacer que se viesen envueltos en ella; situación de la que Berlín sería el principal beneficiario[184].

Todavía mayor influencia sobre el equilibrio y las relaciones europeas tuvieron las imponentes victorias militares y navales japonesas durante la guerra, coincidiendo con la inquietud general en Rusia durante 1905. Con Rusia inesperadamente reducida a potencia de segunda clase por unos años, el equilibrio militar europeo se inclinó decisivamente a favor de Berlín, con lo que las perspectivas de Francia serían ahora peores que en 1870. Si hubo un momento favorable para el ataque de Alemania hacia el Oeste, fue probablemente aquel verano de 1905. Pero la preocupación del Káiser por la agitación social en su país, su deseo de mejorar las relaciones con Rusia y su incertidumbre sobre los ingleses, que estaban retirando sus barcos de guerra de China para traerlos a sus aguas y considerando las peticiones francesas de ayuda si Alemania atacaba, todo esto produjo su efecto. En vez de lanzarse a una guerra, Berlín optó por las victorias diplomáticas, forzando la destitución de su archienemigo, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Delcassé, e insistiendo en una conferencia internacional para controlar las pretensiones francesas en Marruecos. Sin embargo, los resultados de la Conferencia de Algeciras, donde la mayoría de los participantes apoyaron las aspiraciones de Francia a una posición especial en Marruecos, fueron devastadora confirmación de lo mucho que había decaído la influencia diplomática de Alemania desde los días de Bismarck, aunque hubiese aumentado su poder militar, naval e industrial[185].

La primera crisis marroquí hizo que las rivalidades internacionales volviesen de África al continente europeo. Esta tendencia fue pronto reforzada por tres acontecimientos más importantes. El primero fue la *entente* anglo-rusa de 1907 sobre Persia, Tíbet y Afganistán, por sí sola un asunto regional, pero con más amplias implicaciones, ya que no solamente eliminaba las querellas asiáticas entre Londres y San Petersburgo que todas las potencias ha-

bían dado por seguras durante el siglo XIX, debilitando así la defensa británica en la India, sino que causó también que los nerviosos alemanes hablasen de estar «cercados» en Europa. Y aunque había todavía muchos británicos, especialmente en el Gobierno liberal, que no se consideraban parte de una coalición antialemana, su causa fue debilitada por el segundo acontecimiento: la acalorada «carrera naval» anglo-alemana de 1908-1909, que siguió a la ampliación del programa de construcción de buques de Tirpitz y al miedo británico de perder su dominio naval incluso en el mar del Norte. Cuando los esfuerzos británicos de los tres años siguientes para tratar de reducir esta competición coincidieron con una petición alemana de neutralidad de Londres en el caso de una guerra europea, los recelosos británicos se echaron atrás. Ellos y los franceses habían estado observando nerviosamente la crisis balcánica de 1908-1909, en que la indignación rusa por la anexión formal por Austria-Hungría de las provincias de Bosnia-Herzegovina condujo a una petición alemana de que Rusia aceptase el *fait accompli o sufriese* las consecuencias[186]. Debilitados por su creciente guerra con Japón, los rusos se sometieron. Pero su lucha diplomática produjo en Rusia una reacción patriótica, un aumento en los gastos de defensa y la determinación de acercarse más a sus aliados.

Por consiguiente, la tendencia hacia la «rigidificación» aumentó, a pesar de los ocasionales intentos de una *détente* entre una capital y otra después de 1909. La segunda crisis sobre Marruecos, en 1911, cuando intervinieron enérgicamente los ingleses en favor de Francia y contra Alemania produjo un resurgimiento de emoción patriótica en los dos últimos países y enormes incrementos en el volumen de sus ejércitos, al hablar abiertamente los nacionalistas del inminente conflicto, mientras que, en Gran Bretaña, la crisis había causado que el Gobierno tuviese que enfrentarse con sus divergentes planes militar y naval en el caso de intervenir en una guerra europea[187]. Un año más tarde, el fracaso de la misión diplomática del ministro británico Lord Haldane cerca de Berlín,

y los mayores aumentos de la flota alemana, llevaron a Londres al acuerdo naval anglo-francés de 1912. También en aquella época, un ataque oportunista contra Turquía por fuerzas italianas había sido imitado por los Estados de la Liga Balcánica, que virtualmente expulsó al Imperio otomano de Europa antes de que sus miembros cayesen sobre los despojos. Este renacimiento de la antigua «Cuestión Oriental» fue el acontecimiento más grave de todos, en parte porque la apasionada lucha de los Estados balcánicos para obtener ventajas no podía ser realmente controlada por las grandes potencias, y en parte porque algunos de los recientes sucesos parecían amenazar intereses vitales de algunas de aquellas potencias; el auge de Serbia alarmaba a Viena; la perspectiva de una creciente influencia militar alemana sobre Turquía aterrorizaba a San Petersburgo. Cuando el asesinato del archiduque Fernando en junio de 1914 provocó la acción de Austria-Hungría contra Serbia y después el contraataque ruso, hubo mucho de verdad en el viejo tópico de que la muerte del archiduque no había sido más que la chispa que había encendido el polvorín[188].

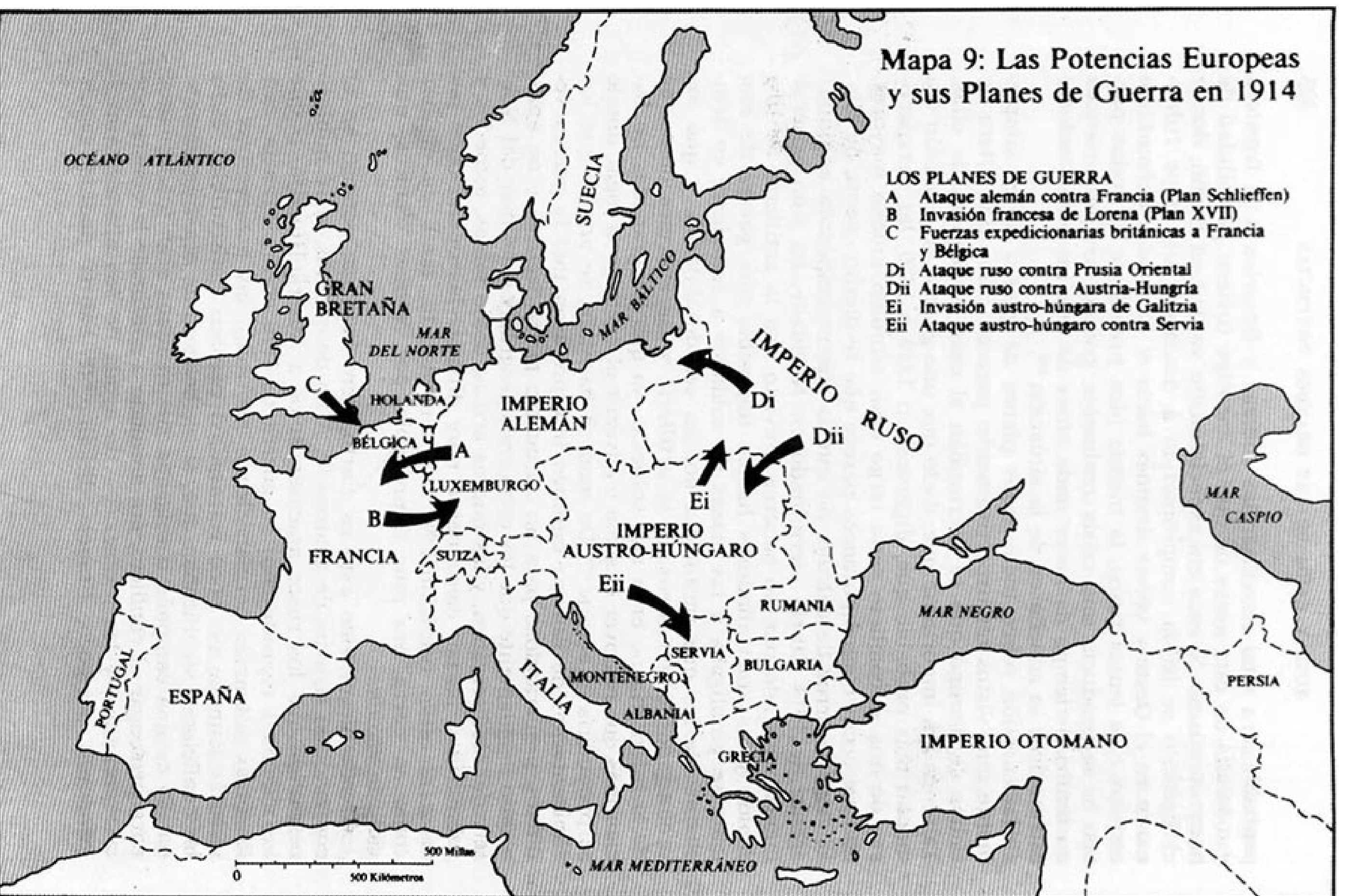
El asesinato de junio de 1914 es uno de los ejemplos más conocidos en la historia de un suceso particular que desencadena una crisis general y después una guerra mundial. Las pretensiones de Austria-Hungría sobre Serbia, su rechazo de la respuesta conciliatoria serbia y su ataque contra Belgrado condujeron a la movilización rusa en ayuda de su aliado serbio. Pero esto, a su vez, llevó al Estado Mayor prusiano a insistir en la inmediata puesta en práctica del Plan Schlieffen, es decir, el ataque preventivo contra Francia, vía Bélgica, que tuvo además el efecto de hacer entrar en la guerra a los ingleses.

Si cada una de las Grandes Potencias actuó en esta crisis de acuerdo con sus visibles intereses nacionales, también es cierto que su decisión de entrar en guerra había sido aceptada *por* los planes de operaciones existentes. Desde 1909 en adelante, los alemanes se comprometieron con Austria-Hungría, no sólo diplomática sino también militarmente, en un grado que Bismarck nunca

había previsto. Además, el plan de operaciones alemán requería ahora un ataque inmediato y masivo contra Francia, vía Bélgica, fuese cual fuere la causa específica de la guerra. En cambio, los planificadores militares de Viena todavía vacilaban entre los diversos frentes, pero estaba creciendo la determinación de descargar el primer golpe en Serbia. Alentada por los fondos franceses, Rusia se comprometió a una rapidísima movilización y a un ataque hacia el Oeste si estallaba la guerra, mientras que, aún con menos motivo, los franceses adoptaron en 1911 el famoso Plan XVII, que preveía la inmediata invasión de Alsacia-Lorena. Y si la probabilidad de que Italia luchase junto a sus socios de la Triple Alianza había ahora decrecido mucho, la intervención militar de Gran Bretaña en Europa se había hecho más probable en el caso de un ataque alemán contra Bélgica y Francia. Inútil decir que todos los Estados Mayores presumían sin discusión que la *rapidez* era esencial; esto quiere decir que en cuanto pareciese que un choque era probable, era vital movilizar las fuerzas y llevarlas a la frontera y más allá de ésta antes de que el enemigo tuviese posibilidad de hacer lo mismo. Si esto era especialmente verdad en Berlín, donde el Ejército se había comprometido a descargar un golpe fulminante en el Oeste y volver después hacia el Este para enfrentarse con los más lentos rusos, la misma idea prevalecía en todas partes. Si se producía una crisis realmente grande, los diplomáticos no tendrían tiempo de hacer nada antes de que los planificadores estratégicos se adueñasen de la situación[189].

La cuestión sobre todos estos planes de guerra no es simplemente que, vistos retrospectivamente, parecen como una hilera de fichas de dominó que se derrumban al caer la primera de ellas. También era importante que, dado que una guerra de coalición era mucho más probable que, digamos, en 1859 o 1870, las perspectivas de que el conflicto sería largo eran también mucho mayores, aunque pocos contemporáneos parece que se dieron cuenta de ello. El notorio error de cálculo, de que la guerra empezada en julio/agosto de 1914 habría «terminado en Navidad», ha sido gene-

ralmente explicado por no haberse previsto que la artillería de tiro rápido y las ametralladoras hacían imposible una *guerre de manoeuvre* y obligaban a las masas de soldados a refugiarse en trincheras, de las que raramente podían ser desalojados, y que los prolongados bombardeos de la artillería y las enormes ofensivas de la infantería no eran una solución, ya que las granadas no hacían más que remover el suelo y advertir al enemigo del lugar donde se produciría el ataque[190]. De manera parecida, se arguye que los almirantazgos de Europa también interpretaron mal la guerra venidera, preparándose para un encuentro naval decisivo y no apreciando debidamente que los contornos geográficos del mar del Norte y del Mediterráneo, y las nuevas armas, como minas, torpedos y submarinos, harían ciertamente muy difíciles las operaciones navales al estilo tradicional[191]. Por consiguiente, tanto en el mar como en tierra, era muy improbable, por razones técnicas, una victoria rápida.



Mapa 9. Las Potencias Europeas y sus planes de guerra en 1914

Desde luego, todo esto es cierto, pero hay que ponerlo en el contexto del sistema de alianzas[192]. A fin de cuentas, si se hubiese permitido que los rusos atacasen solos a Austria-Hungría, o que los alemanes reprodujesen su guerra de 1870 contra Francia, con las otras potencias permaneciendo neutrales, las perspectivas de victoria (aunque un poco retrasadas) parecen indiscutibles. Pero las coaliciones significaban que, si un beligerante era fuertemente batido en una campaña o veía que sus recursos eran inadecuados para prolongar el conflicto, era animado a continuar la guerra por la esperanza —y las promesas— de ayuda de sus aliados. Anticipándonos un poco, Francia difícilmente habría podido seguir adelante después de la desastrosa ofensiva de Nivelle y los motines de 1917; Italia difícilmente habría podido evitar el colapso después de la derrota de Caporetto en 1917, y el Imperio austro-húngaro difícilmente habría podido continuar después de las terribles pérdidas de 1916 (o incluso de los fracasos de 1914 en Galitzia y Serbia), si no hubiesen recibido a tiempo el apoyo de sus aliados. Así; el sistema de alianzas aseguraba virtualmente que la guerra no se decidiría con rapidez, y significaba que la victoria, en este largo duelo —como en las grandes guerras de coalición del siglo XVIII— se inclinaría a favor de aquellos cuya combinación de recursos militar/navales y financieros/industriales/tecnológicos fuese más grande.

LA GUERRA TOTAL Y LOS EQUILIBRIOS DE PODER, 1914-1918

Antes de examinar la Primera Guerra Mundial a la luz de la gran estrategia de las dos coaliciones y de los recursos militares e industriales de que disponía, será útil recordar la posición de cada

una de las grandes potencias dentro del sistema internacional de 1914. Los Estados Unidos estaban al margen, aunque sus fuertes lazos comerciales y financieros con Gran Bretaña y Francia harían imposible la promesa de Wilson de permanecer «neutral de pensamiento y de obra»[193]. Japón interpretó libremente los términos en China y en el Pacífico central; ni esto, ni sus funciones de escolta naval serían decisivos. Pero, para los aliados, era evidentemente mucho mejor tener a Japón como amigo que como enemigo. Italia, en cambio, eligió la neutralidad en 1914 y, vista su fragilidad militar y socioeconómica, habría hecho bien en mantener aquella política: si su decisión de 1915 de entrar en la guerra contra las potencias centrales fue un golpe para Austria-Hungría, es difícil decir que representase, para Gran Bretaña, Francia y Rusia, los significativos beneficios que habían esperado los diplomáticos aliados[194]. De manera parecida, es difícil decir quién se benefició más de la decisión turca de entrar en la guerra al lado de Berlín en noviembre de 1914. Cierto que con esto se bloquearon los Estrechos y, por ende, las exportaciones de grano y las importaciones de armas de Rusia; pero, en 1915, habría sido difícil transportar trigo ruso *a cualquier parte*, y no había municiones «sobrantes» en el Oeste. Por otra parte, la decisión de Turquía abría el Próximo Oriente a la expansión francesa y (especialmente) a la imperial inglesa, aunque esto distrajo también a los imperialistas de la India y a Whitehall de una plena concentración a lo largo del frente occidental[195].

Por consiguiente, las posiciones realmente críticas eran las ocupadas por los «Cinco Grandes» en Europa. En esta situación, es artificioso tratar a Austria-Hungría como algo enteramente separado de Alemania, pues, si los objetivos de Viena eran a menudo distintos de los de Berlín en muchas cuestiones, podía hacer la paz o la guerra —y probablemente sobrevivir como una gran potencia casi independiente— solamente a petición de su poderoso aliado[196]. La combinación austro-húngara era formidable. Sus ejércitos de primera línea eran considerablemente más pequeños que

los franceses y los rusos, pero operaban sobre eficaces líneas internas y podían ser incrementados con un enorme número de reclutas. Como puede verse en la tabla 22, también gozaban de una considerable superioridad, en fuerza industrial y tecnológica, sobre la doble alianza.

La posición de Francia y Rusia era, desde luego, todo lo contrario. Separadas por más de media Europa, Francia y Rusia encontrarían difícil (por no decir imposible) coordinar su estrategia militar. Y si parecían disfrutar de una gran ventaja en fuerzas del Ejército al principio de la guerra, esta ventaja fue reducida por el hábil empleo por Alemania de reservistas instruidos, y todavía más después de las temerarias ofensivas franco-rusas en el otoño de 1914. Al no inclinarse ya la victoria en favor de los más rápidos, cada vez era más probable que lo hiciese en favor de los más fuertes, y los índices industriales no eran alentadores. Si sólo los franceses y los rusos hubiesen estado comprometidos en una guerra larga y «total» contra las potencias centrales, es difícil pensar cómo habrían podido ganarla.

Pero lo cierto es, naturalmente, que la decisión alemana de lanzar un ataque preventivo contra Francia a través de Bélgica favoreció a los intervencionistas británicos[197]. Fuese por las razones tradicionales del «equilibrio de poder» o en defensa de la «pobrecita Bélgica», la decisión británica de declarar la guerra a Alemania fue crítica, aunque el pequeño ejército británico de largo servicio solamente podía afectar marginalmente al equilibrio militar de conjunto, al menos hasta que aquella fuerza se hubiese transformado en un ejército de reclutamiento masivo a estilo de los continentales. Pero, como la guerra iba a durar más de unos pocos meses, las fuerzas de Gran Bretaña eran considerables. Su Marina podía neutralizar a la flota alemana y bloquear las potencias centrales, lo cual no haría doblar a éstas las rodillas, pero les privaría el acceso a fuentes de suministros de fuera de la Europa continental. En cambio, aseguraba el libre acceso de las potencias aliadas a tales fuentes de recursos (salvo cuando fue interrumpido más tarde

por la campaña de los submarinos alemanes), y esta ventaja era aumentada por el hecho de que fuese Gran Bretaña un país comercial tan rico, con extensos lazos en todo el Globo y enormes inversiones en ultramar, algunas de las cuales podían ser al menos liquidadas para pagar las compras en dólares. Diplomáticamente, estos lazos ultramarinos significaron que la decisión británica de intervenir en la guerra influyó en la acción japonesa en el Extremo Oriente, en la declaración de neutralidad (y más tarde cambio de actitud) de Italia, y en la posición generalmente benévola de los Estados Unidos. Un apoyo más directo de ultramar fue prestado, naturalmente, por los dominios autónomos y por la India, cuyas tropas entraron rápidamente en el imperio colonial alemán y se lanzaron después contra Turquía.

Además, los todavía enormes recursos industriales y financieros de Gran Bretaña podían ser desplegados en Europa, tanto para recaudar fondos y enviar municiones a Francia, Bélgica, Rusia e Italia, como para abastecer y pagar el gran ejército que emplearía Haig en el frente occidental. Los índices económicos de la tabla 22 muestran la importancia de la intervención de Gran Bretaña en términos de poder.

TABLA 22. Comparaciones industrial/tecnológica de las alianzas de 1914
(tomadas de las tablas 15-18)

	Alemania/Austria Hungría	*Francia/Rusia*	*+*	*Gran Bretaña*		
Porcentajes de producción manufacturera mundial (1913)	19,2	14,3 +	+	13,6	+	27,9
Consumo de energía (1913), en equivalente de millones de toneladas métricas de carbón	236,4	116,8 +	+	195,0	=	311,8
Producción de acero (1913) en millones de toneladas	20,2	9,4 +	+	7,7	=	17,1
Potencial industrial total	178,4	133,9 +	+	127,2	=	261,1

(R. U. en 1900 = 100

Desde luego, esto indica una superioridad significativa pero no abrumadora en el material poseído por los Aliados, y la incorporación de Italia en 1915 no inclinaría mucho más la balanza en su favor. Pero si, en una guerra prolongada entre grandes potencias, era generalmente alcanzada la victoria por la coalición con una base productora más grande, surge inevitablemente la cuestión de por qué no habían triunfado los Aliados después de dos o tres años de lucha —y corrieron cierto riesgo de perder en 1917— y por qué consideraron vital la entrada de Estados Unidos en el conflicto.

Parte de la respuesta puede estar en que los sectores en que los Aliados eran fuertes no era probable que produjesen una victoria rápida o decisiva sobre las potencias centrales. El imperio colonial alemán era tan económicamente insignificante en 1914 que (aparte de los fosfatos de Nauru) su pérdida significaba muy poco. La eliminación del comercio alemán con ultramar era ciertamente más perjudicial, pero no tanto como imaginaban los devotos británicos de «la influencia del poder marítimo»; pues las operaciones alemanas de exportación eran sustituidas por la producción de guerra, el bloque de las Potencias Centrales era virtualmente autosuficiente en artículos alimenticios, con tal de que se mantuviese su sistema de transporte, las conquistas militares (p. ej., minerales de Luxemburgo, trigo y petróleo rumanos) compensaban la escasez de muchas materias primas, y otros suministros llegaban a través de los países vecinos neutrales. El bloqueo marítimo era eficaz, pero sólo cuando se aplicaban junto con presiones militares en todos los frentes, e incluso entonces funcionaba con mucha lentitud. Por último, la otra arma tradicional británica, las operaciones periféricas al estilo de la guerra peninsular de 1808-1814, no podía emplearse contra la costa alemana, ya que sus defensas de mar y de tierra eran demasiado formidables, y cuando se empleaba contra potencias más débiles —por ejemplo en Gallipoli o en Saló-

nica—, los fallos operacionales por parte de los Aliados y las nuevas armas (campos de minas, baterías costeras de tiro rápido) por parte de los defensores, reducían el esperado impacto. Como en la Segunda Guerra Mundial, cada busca del «bajo vientre blando» de la coalición enemiga alejaba a tropas aliadas de la lucha en Francia[198].

Algo parecido puede observarse sobre la abrumadora superioridad naval aliada. La geografía del mar del Norte y del Mediterráneo significaba que las principales lineas de comunicación aliadas estaban seguras sin necesidad de ir a buscar a los barcos enemigos en los puertos o de montar un bloqueo peligroso de sus costas. Antes al contrario, eran las flotas alemana y austro-húngara las que tenían que salir y desafiar a la Marina anglo-franco-italiana si querían conseguir el «dominio del mar»; pues si permanecían en los puertos, eran inútiles. Sin embargo, ninguna de las Potencias Centrales quería enviar su flota de guerra en una misión virtualmente suicida contra fuerzas muy superiores. Así, los pocos choques navales de superficie que se produjeron fueron encuentros casuales (p. ej., Dogger Bank, Jutlandia) y no tuvieron importancia estratégica, salvo por confirmar el control aliado de las rutas marítimas. La perspectiva de más encuentros era reducida por la amenaza planteada a los barcos de guerra por las minas, los submarinos y los aviones o los zepelines, que hacía que los comandantes de ambos bandos fuesen cada vez más reacios a sacar sus flotas, a menos (circunstancia sumamente improbable) que se supiese qué barcos enemigos se acercaban a la propia costa. Dada esta impotencia en la guerra de superficie, las Potencias Centrales optaron gradualmente por los ataques de los submarinos contra los buques mercantes aliados, lo cual era una amenaza mucho más seria; pero, por su propia naturaleza, la campaña submarina contra el comercio era lenta y agotadora, y sus verdaderos éxitos sólo podían medirse comparando el tonelaje de los barcos mercantes hundidos con el de los construidos en los astilleros aliados y, además, con el

número de submarinos destruidos. No era una forma de guerra que prometiese rápidas victorias[199].

Una segunda razón de la relativa impotencia de la superioridad numérica e industrial de los Aliados estaba en la naturaleza de la propia contienda militar. Poseyendo cada bando millones de soldados desparramados en cientos de millas de territorio, era difícil (imposible en la Europa occidental) lograr una sola victoria decisiva a la manera de Jena o de Sadowa; incluso una «gran ofensiva», metódicamente proyectada y preparada con meses de anticipación, se desintegraba generalmente en cientos de acciones bélicas a pequeña escala e iba, también generalmente, acompañada de una ruptura casi total de las comunicaciones.

Si bien la linea del frente podía avanzar o retroceder en ciertos sectores, la falta de medios para conseguir una verdadera penetración permitía a cada bando movilizar y traer reservas, más granadas, alambre espinoso y artillería, a tiempo para el próximo choque que acabaría en punto muerto. Hasta un período más avanzado de la guerra, ningún Ejército fue capaz de descubrir la manera de hacer pasar sus propias tropas a través de las defensas enemigas, con frecuencia de *seis kilómetros de profundidad,* sin exponerse a devastadores contraataques o destrozando tanto el suelo con bombardeos previos que era difícil avanzar. Incluso cuando un ocasional ataque por sorpresa rompía las primeras líneas enemigas de trincheras, no había un equipo especial para explotar esta ventaja; las vías férreas estaban a kilómetros en retaguardia, la Caballería era demasiado vulnerable (y dependiente de los suministros de forraje), los soldados de Infantería no podían ir muy lejos y la actividad vital de la Artillería era limitada por los largos convoyes de carros tirados por caballos[200].

Además de este problema general para lograr una victoria rápida en el campo de batalla, se daba el hecho de que Alemania gozaba de otras dos ventajas específicas. La primera era que, con sus arrolladores avances en Francia y en Bélgica, en agosto y septiembre de 1914, había ocupado las tierras altas que dominaban la li-

nea del frente occidental. Desde entonces, y con raras excepciones como Verdún, permaneció a la defensiva en el Oeste, obligando a las tropas anglo-francesas a atacar en condiciones desfavorables y con fuerzas que, aunque numéricamente superiores, no eran suficientes para compensar aquella desventaja fundamental. En segundo lugar, la ventaja geográfica de la posición de Alemania, con buenos medios de comunicación interiores entre el Este y el Oeste, compensaba en cierto grado su «cerco» por los Aliados, permitiendo a generales como Falkenhayn y Ludendorff trasladar divisiones de un frente a otro y, en una ocasión, enviar todo un Ejército a través de la Europa central en una semana[201].

En consecuencia, el Estado Mayor prusiano, cuando el grueso de su Ejército estaba atacando en el Oeste, en 1914, envió dos cuerpos a reforzar el frente oriental. Esta acción no fue un golpe fatal para el ataque hacia el Oeste, que era logísticamente erróneo en todo caso[202], y ayudó a contrarrestar la prematura ofensiva rusa contra el este de Prusia, lanzando su propia operación alrededor de los lagos Masurianos. Cuando la sangrienta batalla de Yprés, en noviembre de 1914, convenció a Falkenhayn de la imposibilidad de alcanzar una victoria rápida en el Oeste, otras ocho divisiones alemanas fueron trasladadas al frente oriental. Como las fuerzas austro-húngaras habían sufrido una humillante derrota en su campaña de Serbia y el Plan XVII francés se había parado en Lorena con la pérdida de más de 600 000 hombres, pareció que solamente en las tierras abiertas de la Polonia rusa y de Galitzia podía efectuarse una penetración decisiva, aunque no estaba claro si sería una repetición de la victoria rusa sobre Austria-Hungría en Lemberg o una repetición de la victoria alemana en Tannenberg y los lagos Masurianos. Mientras los ejércitos anglo-franceses se defendían en 1915 en el Oeste (donde los franceses perdieron más de un millón y medio de hombres, y los ingleses, 300 000), los alemanes prepararon una serie de ambiciosos ataques a lo largo del frente oriental, en parte para rescatar a los copados austro-húngaros en los Cárpatos, pero principalmente para destruir al

Ejército ruso en el campo. En realidad, éste era todavía tan numeroso (e iba en aumento) que su destrucción era imposible; pero, a finales de 1915, los rusos habían sufrido una serie de golpes devastadores en manos de los táctica y logísticamente superiores alemanes, y sido expulsados de Lituania, Polonia y Galitzia. En el Sur, refuerzos alemanes se habían unido a las fuerzas austriacas y a los oportunistas búlgaros, invadiendo finalmente Serbia. Nada de lo que intentaron los Aliados occidentales en 1915 —desde la mal llevada campaña de Gallípoli hasta el inútil desembarco en Salónica y hasta inducir a Italia a entrar en la guerra— ayudó realmente a los rusos o pareció desafiar al bloque consolidado de las Potencias Centrales[203].

En 1916 el imprudente cambio por Falkenhayn de la estrategia alemana —enviar unidades al Oeste para desangrar a los franceses con los repetidos ataques contra Verdún— no hizo más que confirmar lo acertado de la antigua política. Mientras gran número de divisiones alemanas eran destrozadas por la campaña de Verdún, los rusos pudieron montar su última gran ofensiva bajo el general Brusilov en el Este, en junio de 1916, empujando al desorganizado Ejército Habsburgo de nuevo hacia las montañas de los Cárpatos y amenazando con su destrucción total. Casi al mismo tiempo, el Ejército británico de Haig lanzó su ofensiva masiva en el Somme, presionando durante meses las alturas defendidas por los alemanes. En cuanto estas operaciones gemelas aliadas condujeron al final de la campaña de Verdún (y a la sustitución de Falkenhayn por Hindenburg y Ludendorff a finales de agosto de 1916), la posición estratégica alemana mejoró. Las bajas alemanas en el Somme fueron graves, pero menos que las de Haig, y el paso a una actitud ofensiva en el Oeste permitió una vez más a los alemanes transferir tropas al Este, reforzando las unidades austro-húngaras, invadiendo Rumanía y, más tarde, prestando ayuda a los búlgaros en el Sur[204].

Aparte de estas ventajas alemanas en líneas interiores, ferrocarriles eficaces y buenas posiciones defensivas, existía también la

cuestión del tiempo en relación con aquéllas. Los mayores recursos que poseían los Aliados no pudieron ser movilizados instantáneamente en 1914 para alcanzar la victoria. La administración militar rusa podía siempre reclutar nuevas masas de soldados para compensar las repetidas pérdidas en el campo de batalla, pero no tenía las armas ni los mandos necesarios para elevar aquella fuerza más allá de cierto límite. En el Oeste, hubo que esperar a 1916 para que las tropas de Haig totalizasen más de un millón de hombres, e incluso entonces se sintieron tentados los ingleses a destinar parte de aquéllas a campañas fuera de Europa, reduciendo así la presión potencial sobre Alemania. Esto significó que, durante los dos primeros años del conflicto, Rusia y Francia llevaron la mayor carga en la oposición a la máquina alemana. Ambas habían luchado magníficamente, pero, a principios de 1917, la tensión se dejaba sentir claramente; Verdún había llevado al Ejército francés cerca de sus límites, como demostraron los imprudentes ataques de Nivelle en 1917, y aunque la ofensiva de Brusilov había arruinado virtualmente el Ejército Habsburgo, como fuerza combatiente, no había dañado a la propia Alemania y sí que había impuesto mayores tensiones a los ferrocarriles, a la intendencia y a las finanzas rusas, y gastado buena parte de los soldados bien instruidos. Si las nuevas tropas de Haig compensaron el creciente desgaste de las francesas, no fueron anuncio de una victoria aliada en el Oeste y, si se malgastaban también en ofensivas frontales, Alemania podría todavía retener sus posiciones en Flandes mientras lanzaba otras asoladoras acciones en el Este. Por último, no se podía esperar ayuda al este de los Alpes, donde los italianos pedían ahora desesperadamente auxilio.

Este cuadró de sacrificios militares cada vez más grandes por cada bando se reflejaba inevitablemente en la esfera industrial-financiera, pero (al menos hasta 1917) con el mismo resultado indeciso. Mucho se ha escrito, en recientes estudios, sobre la manera en que galvanizó la Primera Guerra Mundial las economías nacionales, haciendo que se implantasen por primera vez industrias

modernas en muchas regiones y produciendo formidables aumentos en la producción de armas[205]. Sin embargo, pensándolo bien, esto no es sorprendente. A pesar de todos los lamentos de los liberales y otros sobre el costo de la carrera de armamentos antes de 1914, sólo una pequeñísima proporción (un poco más del 4 por ciento por término medio) de la renta nacional era dedicada a las armas. Cuando el principio de la «guerra total» hizo que aquella cifra se elevase al 25 o al 33 por ciento —esto es, cuando los Gobiernos beligerantes se hicieron decisivamente cargo de la industria, el trabajo y las finanzas—, era inevitable que subiese la producción de armamentos. Y como, a finales de 1914 y principios de 1915, los generales de todos los ejércitos se quejaban amargamente de una «escasez de municiones» crónica, era también inevitable que los políticos, temiendo los efectos de ser acusados de negligencia, se aliasen con la industria con el trabajo para producir los artículos deseados[206]. Dados los poderes del moderno Estado burocrático para concertar préstamos y elevar impuestos, no existían los impedimentos fiscales para sostener una guerra larga que habían paralizado a los Estados en el siglo XVIII. Inevitablemente, después de un período de reajuste a las nuevas condiciones, la producción de armamentos se elevó vertiginosamente en todos los países.

Por consiguiente, es importante preguntamos dónde mostraban debilidad las economías en tiempo de guerra de los diversos combatientes, ya que esto conduciría probablemente al desastre, a menos que se recibiese ayuda de aliados mejor dotados. A este respecto, dedicaremos poco espacio a las dos grandes potencias más débiles, Austria-Hungría e Italia, ya que está claro que la primera, aunque llevando notablemente bien su extensa campaña (especialmente en el frente italiano), se habría derrumbado en su guerra con Rusia de no haber sido por las repetidas intervenciones militares alemanas que hicieron que el Imperio Habsburgo fuese más que nunca un satélite de Berlín[207], mientras que Italia, que no necesitó en tan alto grado una ayuda militar directa hasta el desastre

de Caporetto, dependía cada vez más de sus ricos y poderosos aliados para suministros vitales de alimentos, carbón y materias primas, para la navegación y para los préstamos de 2,96 mil millones de dólares que necesitaba para pagar municiones y otros productos[208]. Su definitiva «victoria» en 1918, como la definitiva derrota y disolución del Imperio Habsburgo, dependieron esencialmente de acciones y decisiones tomadas en otras partes.

Se ha argüido[209] que Italia, Austria-Hungría y Rusia corrían todas ellas hacia el colapso. Que Rusia fuese la primera en abandonar la guerra se debió, en gran parte, a dos problemas, de los que Roma y Viena se hallaban exentos: el primero era que estaba expuesta, a lo largo de cientos de kilómetros de frontera, a los furiosos ataques del mucho más eficaz Ejército alemán; el segundo, que ya en agosto de 1914, y ciertamente después de la entrada de Turquía en la guerra, se hallaba estratégicamente aislada y, por ello, imposibilitada de conseguir el grado de ayuda militar o económica de sus aliados necesario para sostener los enormes esfuerzos de su máquina bélica. Cuando Rusia, como los otros combatientes, comprendió rápidamente que estaba gastando sus municiones diez veces más de prisa de lo que se había calculado antes de la guerra, tuvo que aumentar masivamente su propia producción, que resultó ser mucho más digna de confianza que esperar a que llegasen de ultramar los pedidos servidos con grandes dilaciones, aunque ello implicase desviar recursos hacia las interesadas manos de los industriales de Moscú. Pero el imponente auge de producción de armamentos rusos, y ciertamente de toda la producción industrial y agrícola, durante los dos primeros años y medio de la guerra forzó en gran manera el inadecuado sistema de transportes, que en todo caso tenía dificultades para transportar las tropas, el forraje para los caballos, etcétera. Por consiguiente, las municiones se acumulaban a kilómetros de distancia del frente; los comestibles no podían ser transportados a las zonas deficitarias, especialmente a las ciudades; los suministros aliados permanecían meses en los muelles de Murmansk y Arcángel. Estas deficiencias de infraestructura

no podían ser superadas por la minúscula e ineficaz burocracia rusa, y poca ayuda podía esperarse del pendenciero y paralizado liderazgo político en la cima. Por el contrario, el régimen zarista contribuía a cavar su propia tumba por su imprudente y desequilibrada política fiscal; habiendo abolido el comercio de bebidas alcohólicas (que producía un tercio de su renta), perdiendo grandes cantidades en los ferrocarriles (su otra gran fuente de ingresos en tiempo de paz) y, a diferencia de Lloyd George, negándose a elevar los impuestos sobre las clases acomodadas, el Estado recurrió a pedir más préstamos y a imprimir más papel moneda para pagar los gastos de la guerra. El índice de precios subió vertiginosamente, desde un 100 nominal en junio de 1914 al 398 en diciembre de 1916 y al 702 en junio de 1917, momento en que una terrible combinación de insuficiencia de alimentos e inflación excesiva provocó continuas huelgas[210].

Como en la producción industrial, la actuación militar de Rusia fue encomiable durante los dos o tres primeros años de guerra, aunque estuvo muy lejos de las jactanciosas imágenes concebidas antes de empezar aquella de la «apisonadora rusa» en una marcha demoledora a través de Europa. Sus tropas luchaban con su terquedad y rudeza acostumbradas, soportando unas penalidades y una disciplina desconocidas en el Oeste, y las operaciones rusas contra el Ejército austro-húngaro, desde la victoria de Lemberg en septiembre de 1914 hasta la brillante ofensiva de Brusilov, constituyeron una serie de triunfos, parecidos a los de la campaña del Cáucaso contra los turcos. En cambio, contra los mejor equipados y mas móviles alemanes, ocurrió todo lo contrario; pero incluso esto tiene que ser puesto en perspectiva, ya que las pérdidas sufridas en una campaña (digamos Tannenberg/lagos Masurianos en 1914, o la lucha en los Cárpatos en 1915) eran compensadas reclutando anualmente más soldados, que eran entonces adiestrados para las operaciones de la temporada siguiente. Claro que, con el tiempo, la calidad y la moral de las tropas tenían que resentirse de aquellas graves pérdidas: 250 000 en Tannenberg/lagos Masuria-

nos, 1 millón en las batallas de los Cárpatos de principios de 1915, otros 400 000 cuando Mackensen atacó en el saliente polaco central, y nada menos que 1 millón en la lucha de 1916 que empezó con la ofensiva de Brusilov y terminó con el desastre de Rumanía. Al final de 1916, el Ejército ruso había sufrido bajas de unos 3,6 millones de muertos, enfermos graves y heridos, y otros 2,1 millones habían sido hechos prisioneros por las potencias centrales. También en aquella época, se había decidido llamar a la segunda categoría de soldados (varones que eran el único sostén de la familia), cosa que no solamente produjo una tremenda agitación campesina en los pueblos, sino que hizo también que fuesen incorporados al Ejército cientos de miles de reclutas descontentos. Casi tan importante como esto era el número decreciente de suboficiales instruidos, el inadecuado suministro de armas, municiones y comida en el frente, y la creciente sensación de inferioridad contra la máquina de guerra alemana, que parecía saber de antemano todas las intenciones de Rusia[*], disponer de un fuego de artillería abrumador y moverse más de prisa que nadie. A principios de 1917 las repetidas derrotas en el campo de batalla se combinaron con la inquietud en las ciudades y los rumores de distribución de tierras para producir una extensa desintegración en el Ejército. La ofensiva de Kerensky en julio de 1917 —una vez más, triunfante contra los austriacos y después destrozada por el contraataque de Mackensen— fue el golpe final. El Ejército, concluyó Stavka, «es simplemente una turba enorme, cansada, harapienta y mal alimentada de hombres furiosos unidos por su sed común de paz y por el descontento común»[211]. Lo único que podía esperar ahora Rusia era la derrota y una revolución interna mucho más grave que la de 1905.

Inútil especular ahora sobre lo cerca que estuvo también Francia de un destino parecido a mediados de 1917, cuando cientos de miles de soldados se amotinaron después de la insensata ofensiva de Nivelle[212]; pues lo cierto es que, a pesar de las similitudes superficiales con las condiciones rusas, los franceses poseían venta-

jas clave que les sostuvieron en la lucha. La primera fue el mucho más alto grado de unidad nacional y de resolución de rechazar a los invasores alemanes de nuevo hacia el Rin, aunque incluso estos sentimientos habrían podido desvanecerse si Francia hubiese luchado sola. La segunda diferencia, probablemente crucial, era que los franceses podían beneficiarse de luchar en una guerra de coalición de una manera que no podía hacerlo Rusia. Desde 1871, sabían que no podían enfrentarse ellos solos contra Alemania; el conflicto de 1914-1918 no hizo más que confirmar este criterio. Con esto no queremos menospreciar la contribución francesa a la guerra, en términos militares o económicos, sino solamente ponerla en el contexto. Dado que el 64 por ciento de la capacidad de producción de hierro colado de la nación, el 14 por ciento de la de acero y el 40 por ciento de la de carbón habían caído rápidamente en manos de los alemanes, el renacimiento industrial francés después de 1914 fue extraordinario (sugiriendo, dicho sea de paso, lo que habría *podido* hacerse en el siglo XIX si se hubiese llevado a cabo una política comprometida). Se instalaron fábricas, grandes y pequeñas, en toda Francia, y en ellas trabajaron mujeres, niños y veteranos, e incluso soldados especializados que fueron trasladados a ellas desde las trincheras. Planificadores tecnocráticos, hombres de negocios y sindicatos se unieron en un esfuerzo nacional para producir todas las granadas, cañones pesados, aviones, camiones y tanques posibles. El aumento de producción resultante hizo que un erudito arguyese que «Francia, más que Gran Bretaña y mucho más que Estados Unidos, se convirtió en el arsenal de la democracia en la Primera Guerra Mundial»[213].

Sin embargo, esta tremenda concentración en la producción de armamentos —la de ametralladoras se multiplicó por 170 y la de fusiles por 290— no se habría podido lograr si Francia no hubiese podido confiar en la ayuda británica y norteamericana, que se produjo en forma de un caudal continuo de carbón, coque, hierro colado y máquinas herramienta, tan vitales para la nueva industria de municiones; en préstamos anglo-norteamericanos por más de

3,6 mil millones de dólares, de manera que Francia pudo pagar las materias primas procedentes de ultramar; en crecientes cantidades de barcos británicos sin los cuales no habría podido mantenerse este movimiento de artículos, y en suministro de comestibles. Esto último parece un defecto curioso en un país que, en tiempo de paz, tenía un excedente en la producción agrícola; pero lo cierto era que los franceses, como los otros beligerantes europeos (a excepción de Gran Bretaña), perjudicaban a su propia agricultura llevándose demasiados hombres de la tierra, trasladando caballos a la Caballería o a los servicios militares de transporte, e invirtiendo en explosivos y en artillería en detrimento de los abonos y de la maquinaria agrícola. En 1917, año de malas cosechas, escaseó la comida, los precios subieron amenazadora y vertiginosamente, y las reservas de trigo del Ejército francés se vieron reducidas al consumo de dos días, situación potencialmente revolucionaria (en especial después de los motines) que solamente fue evitada por la urgente asignación de barcos británicos al transporte de grano desde Estados Unidos[214].

De manera parecida, Francia tenía que confiar en la creciente ayuda *militar* inglesa y, más tarde, norteamericana, a lo largo del frente occidental. Durante los dos o tres primeros años de guerra, llevó el peso de la lucha y sufrió espantosas bajas —más de 3 millones incluso antes de la ofensiva de Nivelle de 1917—, y como no tenía las grandes reservas de hombres sin instrucción que poseían Alemania, Rusia y el Imperio británico, le resultaba mucho más difícil remplazar aquellas pérdidas. Sin embargo, en 1916-1917, el ejército de Haig en el frente occidental había aumentado hasta los dos tercios del francés y cubría ciento veinte kilómetros de la línea, y aunque el alto mando británico era partidario de pasar a la ofensiva en todo caso, es indudable que la campaña del Somme ayudó a aflojar la presión sobre Verdún, de la misma manera que Passchendaele, en 1917, desvió las energías alemanas de la parte francesa del frente, mientras Pétain trataba desesperadamente de infundir nueva moral a sus fuerzas después de los moti-

nes y esperaba que los nuevos camiones, aviones y artillería pesada hiciesen el trabajo que la masiva infantería claramente no podía hacer. Por último, en las épicas batallas de vaivén a lo largo del frente occidental, entre marzo y agosto de 1918, Francia pudo confiar no sólo en las divisiones británicas e imperiales, sino también en el número creciente de divisiones norteamericanas. Y cuando Foch orquestó su contraofensiva final en septiembre de 1918, pudo oponer a las mermadas 197 divisiones alemanas, 102 divisiones francesas, 60 del Imperio británico, 42 (de doble número) norteamericanas y 12 belgas[215]. Sólo con una *combinación* de ejércitos se pudo expulsar a los formidables alemanes de suelo francés, y el país recobró la libertad.

Cuando los ingleses entraron en la guerra en agosto de 1914, fue sin pensar que también ellos dependerían de otra gran potencia para conseguir la victoria final. Por lo que puede deducirse de sus planes y preparativos anteriores a la guerra, los estrategas habían imaginado que, mientras la Royal Navy borrase de los océanos a los mercantes alemanes (y tal vez a la flota de alta mar) y el imperio colonial alemán fuese capturado por tropas de los dominios de la India, sería enviada una pequeña pero vital fuerza expedicionaria a través del Canal, para «cerrar» un hueco entre los Ejércitos francés y belga y contener la ofensiva alemana, hasta que la apisonadora rusa y el Plan XVII francés se adentrasen en la madre patria. Inglaterra, como todas las otras potencias, no estaba preparada para una guerra larga, aunque había tomado ciertas medidas para evitar una súbita crisis en su delicado crédito internacional y en sus redes comerciales. Pero, a diferencia de las otras, tampoco estaba preparada para operaciones a gran escala en la Europa continental[216]. Por lo tanto, no era de extrañar que se necesitasen uno o dos años de intensa preparación antes de situar a 1 millón de soldados británicos en Francia, y que los enormes gastos, camiones y municiones revelasen las grandes deficiencias en la producción, que solamente fueron poco a poco corregidas por el Ministerio de Municiones de Lloyd George[217]. También aquí

hubo fantásticos aumentos en la producción, como se demuestra en la tabla 23.

TABLA 23. Producción de municiones del R. U., 1914-1918[218]

	1914	*1915*	*1916*	*1917*	*1918*
Cañones	91	3390	4314	5137	8039
Tanques	—	—	150	1110	1359
Aviones	200	1900	6100	14 700	32 000
Ametralladoras	300	6100	33 500	79 700	120 900

Pero esto no es de extrañar si tenemos en cuenta que los gastos de defensa británicos se elevaron de 91 millones de libras en 1913 a 1956 millones en 1918, época en que representaron el 80 por ciento de los gastos totales del Gobierno y el 52 por ciento del PNB[219].

Por consiguiente, dar plenos detalles del gran crecimiento en el número de divisiones, escuadrillas de aviones y baterías de artillería pesada británica, parece menos importante que señalar los puntos flacos que la Primera Guerra Mundial puso de manifiesto en la posición estratégica total de Gran Bretaña. El primero fue que, si la geografía y la superioridad numérica de la Gran Flota significaba que los Aliados conservaban el dominio del mar en el conflicto de *superficie*, la Royal Navy no estaba en absoluto preparada para responder a la tremenda guerra submarina que los alemanes pusieron en práctica a principios de 1917. El segundo fue que, si la serie de armas estratégicas relativamente baratas (bloqueo, campañas coloniales, operaciones anfibias) no parecía servir contra un enemigo con los amplios recursos de las Potencias centrales, la estrategia alternativa de encuentros militares directos con el Ejército alemán también parecía incapaz de producir resultados y era terriblemente costosa en vidas humanas. Cuando la campaña del Somme tocó a su fin en noviembre de 1916, las bajas británicas en aquella lucha se habían elevado a más de 400 000. Aunque esto significó la eliminación de los mejores voluntarios

británicos e impresionó a los políticos, no apagó la confianza de Haig en la victoria final. A mediados de 1917 estaba preparando otra ofensiva desde Yprés hacia Passchendaele, en dirección nordeste: una pesadilla que costó otras 300 000 bajas e hizo flaquear la moral de buena parte de las tropas en Francia. Por consiguiente, era previsible que, por mucho que protestasen los generales Haig y Robertson, Lloyd George y el Gabinete de Guerra, de mentalidad imperialista, estuviesen tentados de enviar más divisiones británicas al Próximo Oriente, donde podía lograr sustanciosas ganancias territoriales y las bajas serían muchas menos que en un ataque contra las bien defendidas trincheras alemanas[220].

Sin embargo, incluso antes de Passchendaele, Gran Bretaña había asumido (a pesar de esta campaña imperial) el papel de líder en la lucha contra Alemania. Francia y Rusia podían tener todavía ejércitos más numerosos en el campo de batalla, pero estaban agotados por los costosos ataques de Nivelle y por el contragolpe de la ofensiva de Brusilov. Este papel de líder era todavía más pronunciado al nivel económico, donde Gran Bretaña actuaba como banquero y recaudador de fondos en los mercados de crédito mundiales, no solamente para ella misma, sino también para garantizar el dinero tomado de prestado por Rusia, Italia e incluso Francia, ya que ninguno de los Aliados podía obtener, con su propio oro o con sus inversiones en el extranjero, las sumas necesarias para pagar la enorme cantidad de municiones importadas y de materias primas procedentes de ultramar. Efectivamente, el 1 de abril de 1917, los créditos de guerra interaliados habían subido a 4,3 mil millones de dólares, el 88 por ciento de los cuales era cubierto por el Gobierno británico. Aunque esto parecía una repetición del papel de Gran Bretaña como «banquero de la coalición» en el siglo XVIII, había ahora una diferencia crítica: el extraordinario volumen del déficit comercial con los Estados Unidos, que enviaba municiones y comestibles a los Aliados por valor de miles de millones de dólares (pero no a las potencias centrales, debido al bloqueo naval) y pedía pocos artículos a cambio. Ni la transferen-

cia de oro, ni la venta de los cuantiosos valores en dólares de Gran Bretaña podían enjugar aquella diferencia; esto sólo podía concebirse tomando dinero prestado en los mercados de Nueva York y de Chicago, para pagar en dólares a los proveedores de municiones americanas. Esto significaba a su vez que los Aliados dependían cada vez más de la ayuda financiera de los Estados Unidos para mantener su propio esfuerzo de guerra. En octubre de 1916, el canciller británico del Exchequer advertía que, en junio próximo, o más pronto, el Presidente de la República americana estará en posición, si lo desea, de imponernos sus condiciones[221]. Era una posición muy alarmante para unas grandes potencias «independientes».

Pero ¿qué decir de Alemania? Su actuación en la guerra había sido sorprendente. Como observa el profesor Northedge, «sin ayuda considerable de sus aliados, había tenido a raya al resto del mundo, había derrotado a Rusia, había empujado a Francia, el coloso militar de Europa durante más de dos siglos, hasta el extremo de su resistencia, y en 1917, había estado en un tris de obligar a Gran Bretaña a rendirse por hambre»[222]. Parte de esto fue debido a las ventajas apuntadas más arriba: buenas líneas de comunicación interiores, posiciones fácilmente defendibles en el Oeste y espacios abiertos para una guerra móvil contra enemigos menos eficientes en el Este. También fue debido a la calidad en combate de las fuerzas alemanas, que poseían una larga serie de oficiales de Estado Mayor inteligentes, que se ajustaban a las nuevas condiciones de combate más de prisa que los de cualquier otro Ejército y que, en 1916, habían reconsiderado la naturaleza de la guerra, tanto defensiva como ofensiva[223].

Por último, el Estado alemán podía acudir a una numerosa población y a una maciza base industrial para la continuación de la «guerra total». En realidad, movilizó más hombres que Rusia —13,25 millones contra 13 millones—, hecho notable en consideración a sus respectivas poblaciones totales, y siempre tenía más divisiones que Rusia en el campo de batalla. La producción de muni-

ciones aumentó vertiginosamente, bajo los ojos vigilantes no solamente del alto mando, sino de inteligentes burócratas-hombres de negocios como Walther Rathenau, que montó carteles para suministrar artículos vitales y evitar dificultades. Químicos expertos producían sucedáneos de los artículos (por ejemplo, nitratos chilenos) cuya llegada era impedida por el bloqueo naval británico. Las tierras ocupadas de Luxemburgo y el norte de Francia eran explotadas por sus minerales y su carbón, obreros belgas eran reclutados para las fábricas alemanas, el trigo y el petróleo rumanos eran sistemáticamente incautados después de la invasión de 1916. Como Napoleón y Hitler, los jefes militares alemanes sacaban fruto de sus conquistas[224]. En la primera mitad de 1917, con Rusia derrumbándose, Francia agotándose y Gran Bretaña bajo el «contrabloqueo» de los submarinos, Alemania parecía al borde de la victoria. A pesar de toda la retórica de «luchar hasta el fin», los estadistas de Londres y de París iban a considerar ansiosamente la posibilidad de una paz de compromiso, durante doce meses, hasta que cambió la situación[225].

Sin embargo, detrás de este aparente poderío militar-industrial teutónico, acechaban problemas muy considerables. Éstos no fueron demasiado evidentes antes del verano de 1916, es decir, mientras el Ejército alemán permaneció a la defensiva en el Oeste y descargaba golpes demoledores en el Este. Pero las campañas de Verdún y del Somme fueron de un nuevo orden de magnitud, tanto por el poder de fuego empleado como por las pérdidas sufridas, y las bajas alemanas en el frente occidental, que habían sido unas 850 000 en 1915, se elevaron a casi 1 200 000 en 1916. La ofensiva del Somme en particular impresionó a los alemanes, ya que mostró que los británicos empleaban al fin todos sus recursos nacionales para la victoria en el campo, y condujo a su vez al llamado Programa Hindenburg de agosto de 1916, que proclamaba una enorme expansión en la producción de municiones y un grado mucho más estrecho de controles sobre la economía y la sociedad alemanas para responder a las exigencias de una guerra total. Esta

combinación de un régimen autoritario que ejercía toda clase de presiones sobre la población, por una parte, y por otra el aumento en los empréstitos y en la impresión de papel moneda, en vez de aumentar los impuestos sobre la renta y los dividendos —que producían a su vez gran inflación— descargaron un pesado golpe contra la moral popular, un elemento de la gran estrategia que Ludendorff estaba menos preparado para comprender que, digamos, un político como Lloyd George o Clemenceau.

Incluso como medida económica, el Programa Hindenburg planteaba sus problemas. El anuncio de totales de producción realmente fantásticos —multiplicando por dos la de explosivos y por tres la de ametralladoras— condujo a toda clase de atascos, al esforzarse la industria alemana en responder a aquella exigencia. Requería no solamente muchos trabajadores adicionales, sino también una inversión infraestructural masiva, desde nuevos altos hornos hasta puentes sobre el Rin, con más mano de obra agotada y recursos. Por consiguiente, se comprendió al cabo de poco tiempo que el programa sólo podía ser realizado si trabajadores especializados volvían del servicio militar; en vista de lo cual, fueron licenciados 1 200 000 soldados en septiembre de 1916 y 1 900 000 en julio de 1917. Dadas las graves pérdidas sufridas en el frente occidental y las considerables bajas en el Este, estas retiradas significaban que incluso la numerosa población de varones aptos de Alemania estaba siendo estirada hasta el límite. A este respecto, aunque Passchendaele fue una catástrofe para el Ejército británico, fue también considerado como un desastre por Ludendorff, que vio incapacitados a 40 000 más de sus soldados. En diciembre de 1917, el Ejército alemán contaba en total con muchos menos hombres que los 5 380 000 que había poseído seis meses antes[226].

El último fallo del Programa Hindenburg fue el crónico descuido de la agricultura. Aquí, todavía más que en Francia o en Rusia, hombres y caballos y combustibles eran sacados de la tierra y enviados a satisfacer las necesidades del Ejército o de la industria de municiones: un desequilibrio insensato, ya que Alemania no podía

(como Francia) compensar estos errores de planificación obteniendo comestibles de ultramar. Mientras descendía en picado la producción agrícola alemana, los precios se elevaban vertiginosamente y todo el mundo se quejaba de la escasez de comida. Según el severo juicio de un erudito, «al concentrarse equivocadamente en la producción de municiones, los directores militares de la economía alemana llevaron al país al borde del hambre a finales de 1918»[227].

Pero esta época estaba lejos de los primeros meses de 1917, cuando eran los aliados los que sentían lo más recio de la guerra y cuando ciertamente se estaba derrumbando Rusia en el caos y tanto Francia como Italia no parecían estar lejos de la misma suerte. Es en este contexto estratégico, de cada bloque agotado por la guerra pero poseyendo todavía Alemania una ventaja militar total, que hay que situar la política inepta del alto mando en relación con los Estados Unidos en los primeros meses de 1917. Incluso antes de esto, no era ningún secreto que la política americana se inclinaba en pro de los Aliados; a pesar de ocasionales desacuerdos sobre el bloqueo naval, la simpatía ideológica general por las democracias aliadas y la creciente dependencia de los exportadores estadounidenses del mercado de la Europa occidental habían hecho que Washington no fuese completamente neutral en lo tocante a Alemania. Pero el anuncio de la constante campaña de los submarinos contra los barcos mercantes y la revelación del secreto del ofrecimiento alemán de una alianza con México (en el «Zimmermann Telegram») hicieron que Wilson y el Congreso decidiesen al fin entrar en la guerra[228].

La importancia de la entrada norteamericana en el conflicto no fue en absoluto militar, al menos durante los doce primeros meses que siguieron a abril de 1917, ya que su Ejército estaba todavía menos preparado para una campaña moderna que lo habían estado las fuerzas europeas de 1914. Pero su fuerza productora, fomentada por los pedidos de guerra aliados por miles de millones de dólares, no tenía igual. Su potencial industrial total y su parte

en la producción manufacturera mundial eran dos veces y media más grandes que los de la ahora supertensa economía alemana. Podía construir cientos de buques mercantes, exigencia vital en un año en que los submarinos hundían mensualmente más de 500 000 toneladas de navíos británicos y aliados. Podía construir destructores en el asombroso tiempo de tres meses. Producía la mitad de las exportaciones mundiales de comestibles, que ahora podían ser enviados a Francia y a Italia, lo mismo que a su tradicional mercado británico.

Por consiguiente, en términos de poder económico, la entrada de los Estados Unidos en la guerra transformó completamente los equilibrios y compensó sobradamente el colapso de Rusia en la misma época. Como demuestra la tabla 24 (que debería compararse con la tabla 22), los recursos de producción dispuestos ahora contra las potencias centrales eran enormes.

TABLA 24. Comparaciones industrial/tecnológicas con los Estados Unidos pero sin Rusia

	R. U./EE.UU. Francia	*Alemania Austria/Hungría*
Porcentaje de la producción manufacturera mundial (1913)	51,7	19,2
Consumo de energía (1913) en equivalente a un millón de toneladas métricas de carbón	798,8	236,4
Producción de acero (1913) en millones de toneladas	44,1	20,2
Potencial industrial total (R. U. en 1900 = 100)	472,6	178,4

Debido al intervalo necesario para aplicar este potencial económico a fines militares, las consecuencias inmediatas de la entrada de América en la guerra fueron diversas. Los Estados Unidos no podían, en el breve tiempo de que disponían, producir sus propios tanques, artillería de campaña y aviones en el número que necesitaba (en realidad tuvo que pedir prestadas a Francia y Gran Breta-

ña estas armas pesadas); pero podían seguir sirviendo las municiones de armas ligeras y otros efectos de los que tanto dependían Londres, París y Roma. Y podían concertar con los banqueros los créditos privados necesarios para pagar todos estos artículos, transformarlos en deudas intergubernamentales. Además, los Estados Unidos podían, a más largo plazo, reclutar una fuerza de millones de nuevos soldados instruidos y bien alimentados, para arrojarlos en la balanza europea[229]. Mientras tanto, los ingleses tenían que abrirse paso a través de los barrizales de Passchendaele, las tropas rusas se habían desintegrado, los refuerzos alemanes habían permitido a las potencias centrales descargar un golpe devastador a Italia en Caporetto, y Ludendorff estaba retirando algunas de sus fuerzas del Este para lanzar un ataque final a las debilitadas líneas anglo-francesas. Cierto que, fuera de Europa, los ingleses estaban haciendo importantes avances contra Turquía en el Próximo Oriente. Pero la captura de Jerusalén y de Damasco sería una menguada compensación de la pérdida de Francia, si los alemanes conseguían al fin hacer en el Oeste lo que habían hecho ya en todos los demás lugares de Europa.

Por esto, los líderes de todos los beligerantes importantes consideraron las próximas campañas de 1918 como absolutamente decisivas para la guerra en su conjunto. Aunque Alemania tenía que dejar más de un millón de soldados para ocupar el nuevo gran imperio de conquistas en el Este, reconocidas al fin por los bolcheviques en el Tratado de Brest-Litovsk (marzo de 1918), Ludendorff había estado trasladando fuerzas hacia el Oeste a razón de diez divisiones al mes desde primeros de noviembre de 1917. Cuando la máquina de guerra alemana estuvo preparada para atacar, a finales de marzo de 1918, tenía una superioridad de casi treinta divisiones sobre las fuerzas anglo-francesas y muchas de sus unidades habían sido instruidas por Bruchmüller y otros oficiales del Estado Mayor en las nuevas técnicas de «asalto» por sorpresa. Si conseguían abrir un boquete en las líneas aliadas y llegar a París y al Caned, sería la más grande hazaña militar de toda

la guerra. Pero los riesgos eran también enormes, pues Ludendorff estaba movilizando todos los recursos que le quedaban a Alemania para esta sola campaña: iba a ser un juego de «todo o nada», de proporciones épicas. Entre bastidores, la economía alemana se estaba debilitando amenazadoramente. Su producción industrial había bajado al 57 por ciento de la de 1913. La agricultura estaba más descuidada que nunca y el mal tiempo contribuía a la disminución de la producción; las mayores subidas de los precios de los comestibles aumentaba el descontento doméstico. Los desgastados medios de transporte eran ahora incapaces de trasladar desde los territorios del Este las grandes cantidades de materias primas que se habían proyectado. De las 192 divisiones desplegadas por Ludendorff en el Oeste, 56 eran calificadas de «divisiones de ataque», una manera de disimular el hecho de que recibirían la parte del león en la menguante provisión de equipos y municiones[230]. Era un juego que el alto mando creía que tendría éxito. Pero si el ataque fracasaba, los recursos alemanes se habrían agotado, precisamente cuando los norteamericanos eran al fin capaces de enviar mensualmente 300 000 soldados al norte de Francia y la campaña de los submarinos había sido completamente frenada por los convoyes aliados.

Los primeros éxitos de Ludendorff —aplastar al inferior Quinto Ejército británico, introducir una cuña entre las fuerzas francesas y las británicas, y avanzar a primeros de junio de 1918 hasta sesenta kilómetros de París en otro de sus ataques— asustaron a los Aliados, que dieron a Foch la coordinación suprema de las fuerzas del frente occidental, enviaron refuerzos desde Inglaterra, Italia y el Próximo Oriente, y pensaron una vez más (en privado) en una paz de compromiso. Sin embargo, lo cierto era que los alemanes se *habían* extendido excesivamente y sufrían las acostumbradas consecuencias de pasar de la defensiva a la ofensiva. Por ejemplo, en los primeros dos fuertes golpes contra el sector británico, habían infligido 240 000 bajas a los ingleses y 92 000 a los franceses, pero las suyas se habían elevado a 348 000. En julio, «los alemanes

perdieron unos 973 000 hombres y más de un millón fueron dados de baja como enfermos. En octubre, sólo quedaban 2,5 millones de hombres en el Oeste y la situación de reclutamiento era desesperada»[231]. Desde mediados de julio en adelante, los Aliados fueron superiores, no sólo en nuevos combatientes, sino todavía más en artillería, tanques y aviones, permitiendo a Foch orquestar toda una serie de ofensivas de las fuerzas del Imperio británico, Estados Unidos y Francia, para no dar descanso a las ya debilitadas tropas alemanas. Al mismo tiempo, la superioridad militar y la mayor fuerza de resistencia de los Aliados se estaban manifestando en imponentes victorias en Siria, Bulgaria e Italia. De repente, en septiembre y octubre de 1918, Ludendorff, presa de pánico, comprendió que todo el bloque dirigido por Alemania se estaba derrumbando, combinándose ahora el descontento y las revoluciones internas con las derrotas en el frente para producir la rendición, el caos y la agitación política[232]. No solamente había terminado la apuesta militar alemana, sino que había sido arruinado el Viejo Orden en Europa. A la luz de las terribles pérdidas individuales, sufrimientos y devastación que se habían producido tanto en «el frente de combate como en los frentes interiores»[233] y de la manera en que ha sido vista la Primera Guerra Mundial como un golpe suicida a la civilización europea y a su influencia en el mundo[234], puede parecer crudamente materialista introducir otra tabla estadística en este punto (tabla 25). Sin embargo, lo cierto es que estas cifras confirman lo que hemos dicho más arriba: que las ventajas poseídas por las Potencias Centrales —buenas comunicaciones interiores, alta calidad del Ejército alemán, ocupación y explotación de muchos territorios, aislamiento y derrota de Rusia— no podían, a la larga, pesar más que su gran desventaja en poder económico y que la considerable desventaja en el volumen total de las fuerzas movilizadas. Así como la desesperación de Ludendorff al agotarse sus soldados aptos para el combate en julio de 1918 fue un reflejo del desequilibrio de fuerzas, así el asombro del *Frontsoldat* corriente al ver lo bien provistas que estaban las unidades alia-

das a las que vencieron en la primavera de aquel año fue una indicación del desequilibrio en la producción[235].

TABLA 25. Gastos de guerra y total de fuerzas movilizadas, 1914-1919[236]

	Gastos de guerra a precios 1913 (miles de millones de dólares)	*Total de fuerzas movilizadas (millones)*
Imperio británico	23,0	9,5
Francia	9,3	8,2
Rusia	5,4	13,0
Italia	3,2	5,6
Estados Unidos	17,1	3,8
Otros aliados*	0,3	2,6
Total Aliados	57,7	40,7
Alemania	19,9	13,25
Austria-Hungría	4,7	9,00
Bulgaria, Turquía	0,1	2,85
Total potencias centrales	24,7	25,10

(*) Bélgica, Rumanía, Portugal, Grecia, Serbia.

Aunque sería completamente equivocado sostener que el resultado de la Primera Guerra Mundial estaba predeterminado, las pruebas presentadas aquí sugieren que el desarrollo total de aquel conflicto —el primitivo punto muerto entre los dos bandos, la ineficacia de la participación italiana, el lento agotamiento de Rusia, el carácter decisivo de la intervención americana para mantener las presiones aliadas, y el colapso final de las potencias centrales— estuvo íntimamente relacionado con la producción económica e industrial y con las fuerzas eficazmente movilizadas que cada alianza tuvo a su disposición durante las diferentes fases de la lucha. Desde luego, los generales tuvieron que dirigir (*o mal* dirigir) sus campañas, las tropas tuvieron que apelar al valor moral de los individuos para atacar las posiciones enemigas, y los marinos tu-

vieron que soportar la guerra en el mar; pero la Historia indica que estas cualidades y talentos existieron en ambos bandos y no fueron disfrutados en medida desproporcionada por una de las coaliciones. Lo que *fue* disfrutado por un bando, particularmente después de 1917, fue una marcada superioridad en fuerzas productivas. Como en anteriores y largas guerras de coalición, aquel factor resultó, al fin, decisivo.

VI. EL ADVENIMIENTO DE UN MUNDO BIPOLAR Y LA CRISIS DE LAS «POTENCIAS MEDIANAS»: SEGUNDA PARTE, 1919-1942:

EL ORDEN INTERNACIONAL DE LA POSGUERRA

Los estadistas de las mayores y menores potencias, reunidos en París a principios de 1919 para concertar un arreglo de paz, se enfrentaron con una serie de problemas más complejos y más insolubles que aquellos con que se habían encontrado sus predecesores en 1763, 1814-1815 y 1856. Aunque muchos asuntos del orden del día pudieron ser acordados e incorporados en el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919), la confusión que prevalecía en la Europa oriental al luchar los grupos étnicos rivales para establecer «Estados sucesores», la guerra civil y las intervenciones en Rusia, y la reacción nacionalista turca contra la división de Asia Menor pretendida por los occidentales, significaron que muchos asuntos no fueron fijados hasta 1920 y, en algunos casos, hasta 1923. Sin embargo, en aras de la brevedad, este grupo de acuerdos será examinado en su conjunto y no en el orden cronológico de su celebración.

El cambio más impresionante en Europa, medido en términos territorial-jurídicos, fue la aparición de un racimo de Naciones Estados —Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Yugoslavia, Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania— en tierras que antes formaban parte de los imperios Habsburgo, Romanov y Hohenzollern. Aunque la étnicamente coherente Alemania sufrió en la Europa del Este pérdidas territoriales mucho menores que la Rusia soviética o el totalmente disuelto Imperio austrohúngaro, su poder fue debilitado de otras maneras: por la devolución de Alsacia-Lorena a Francia y por rectificaciones de fronteras con Bélgica y Dinamarca; por la ocupación militar aliada de la Renania, y por la explotación económica del Sarre por Francia; por los términos sin precedentes de «desmilitarización» (por ejemplo, Ejército minúsculo y Marina sólo para la defensa de la costa, eliminación de las Fuerzas Aéreas, de tanques y de submarinos, abolición del Estado Mayor prusiano) y por una cantidad enorme en concepto de reparaciones. Además, Alemania perdió también su extenso imperio colonial en favor de Gran Bretaña, los dominios autónomos y Francia, de la misma manera que vio Turquía convertidos sus territorios del Próximo Oriente en mandatos británico y francés, supervisados de lejos por la nueva Sociedad de Naciones. En el Extremo Oriente, Japón heredó los antiguos grupos de islas alemanas al norte del ecuador, aunque devolvió Shantung a China en 1922. En la conferencia de Washington de 1921-1922, las potencias reconocieron el *statu quo* territorial en el Pacífico y en el Extremo Oriente y convinieron en limitar el volumen de sus flotas de combate según fórmulas relativas, impidiendo con ello una carrera naval anglo americana-japonesa. Por consiguiente, tanto en Occidente como en Oriente, el sistema internacional pareció haberse estabilizado a principios de los años veinte, y las dificultades que permanecían (o que podían surgir en el futuro) podrían ser resueltas por la Sociedad de Naciones, que se reunía regularmente en Ginebra, a pesar de la sorprendente deserción de los Estados Unidos[1].



Mapa 10. Europa después de la Primera Guerra Mundial

La súbita retirada norteamericana a un, por lo menos, relativo aislamiento diplomático, después de 1920, pareció otra contradicción de las tendencias mundiales que, según se ha explicado más arriba, se habían estado fraguando desde los años 1890. Para los profetas de la política mundial, en aquel período anterior, era evidente que el escenario internacional estaría crecientemente influenciado, si no dominado, por las tres potencias en auge: Alemania, Rusia y los Estados Unidos. En vez de esto, la primera había sido decisivamente derrotada, la segunda se había derrumbado en la revolución y conducida al aislamiento por los bolcheviques, y la tercera, aunque sin duda la nación más poderosa del mundo en 1919, prefirió también retirarse del centro de la escena diplomática. En consecuencia, los asuntos internacionales, durante los años veinte y más allá, parecieron girar alrededor de las acciones de Francia y Gran Bretaña, aunque ambos países habían sido gravemente dañados por la Primera Guerra Mundial, o de las deliberaciones de la Sociedad, donde los estadistas franceses y británicos desempeñaban un papel predominante. Austria-Hungría había dejado de existir. Italia, donde el Partido Nacional Fascista de Mussolini se consolidaba después de 1922, estaba relativamente en calma. También Japón parecía tranquilo, después de las decisiones de la conferencia de Washington de 1921-1922.

Así pues, de manera curiosa y (como veremos) artificial, el mundo parecía centrado todavía en Europa. Las historias diplomáticas de este período se refieren sobre todo a la «busca de seguridad» de Francia contra un futuro resurgimiento alemán. Habiendo perdido al mismo tiempo la garantía militar angloamericana, al no ratificar el Senado de los Estados Unidos el tratado de Versalles, los franceses trataron de crear una serie de sustitutivos: fomentando la formación de un bloque de Estados «antirrevisionistas» en la Europa oriental (la llamada Pequeña Entente de 1921); concluyendo alianzas separadas con Bélgica (1920), Polonia (1921), Checoslovaquia (1924), Rumanía (1926), y Yugoslavia (1927); manteniendo un gran Ejército y una gran Fuerza Aérea para intimidar a los

alemanes e interviniendo —como en la crisis del Ruhr— cuando Alemania dejó de pagar las reparaciones, y esforzándose en persuadir a sucesivas administraciones británicas para que prestaran una nueva garantía militar a las fronteras de Francia, cosa que sólo logró indirectamente con el multilateral tratado de Locarno de 1925[2]. Fue también un período de intensa diplomacia financiera, debido a que el problema complejo de las reparaciones alemanas y las deudas de guerra de los Aliados complicaron las relaciones, no sólo entre vencedores y vencidos, sino también entre los Estados Unidos y sus antiguos aliados europeos[3]. El compromiso financiero del plan Dawes (1924) mitigó esta turbulencia y preparo al mismo tiempo el terreno para el tratado de Locarno del año siguiente, que fue seguido por la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones, seguida del arreglo financiero del plan Young (1929). Ciertamente, a finales de los años veinte, con la prosperidad volviendo a Europa, con la Sociedad de Naciones aparentemente aceptada como nuevo elemento del sistema internacional y con una plétora de Estados conviniendo solemnemente (bajo el pacto de París de 1928) en no recurrir a la guerra para solventar disputas, pareció que el escenario diplomático había vuelto a la normalidad. Estadistas tales como Stresemann, Briand y Austen Chamberlain, parecieron, a su manera, equivalentes de Metternich y Bismarck, reuniéndose en este o aquel balneario europeo para arreglar los asuntos del mundo.

Sin embargo, a pesar de estas impresiones superficiales, las estructuras subyacentes del sistema internacional de después de 1919 eran muy diferentes de, y mucho más frágiles que, las que influyeron en la diplomacia medio siglo antes. En primer lugar, las pérdidas humanas y los trastornos económicos causados por cuatro años y medio de guerra «total» eran enormes. Alrededor de 8 millones de hombres resultaron muertos en combate; otros 7 millones sufrieron incapacidad permanente, y otros 15 fueron «más o menos gravemente heridos»[4], la inmensa mayoría de ellos en la flor y nata de su vida productiva. Además, Europa, excluida de Ru-

sia, perdió probablemente más de 5 millones de paisanos por las que fueron llamadas «causas inducidas por la guerra»: «enfermedades, hambre y privaciones debidas a la guerra, así como causadas por el conflicto militar»[5]; el total de bajas rusas, contando las ocasionadas por la guerra civil, fue mucho mayor. Los «déficit de nacimientos» en tiempo de guerra (causados por tantos hombres ausentes en el frente y, por ende, sin renovarse la población al ritmo normal de antes de la guerra) eran también sumamente elevados. Por último, aunque las batallas importantes habían cesado, se produjeron matanzas en conflictos fronterizos de posguerra, por ejemplo, en Europa del Este, Armenia y Polonia, y ninguna de estas regiones debilitadas por la guerra se libró de la espantosa epidemia de gripe de 1918-1919 que se llevó a otros millones. Así el total final de bajas en este largo período pudo ascender a 60 millones de personas, casi la mitad de las cuales correspondían a Rusia, con Francia, Alemania e Italia habiendo sufrido también graves pérdidas. No hay manera de medir las angustias personales y los *shocks* psicológicos producidos por semejante catástrofe humana, pero es fácil comprender por qué los participantes —desde los estadistas hasta los campesinos— se vieron tan profundamente afectados por ella.

Los costos materiales de la guerra fueron también sin precedentes y parecieron todavía más impresionantes a los que vieron los devastados paisajes del norte de Francia, de Polonia y de Serbia: cientos de miles de casas destruidas, granjas arrasadas, carreteras y vías férreas y líneas telegráficas voladas, ganados muertos, bosques pulverizados y grandes extensiones de tierra inutilizadas para la agricultura, debido a las granadas y minas sin estallar. Si sumamos a la lista los barcos perdidos, los costos directos e indirectos de movilización y el dinero destinado a los combatientes, la cantidad total es tan enorme que es virtualmente incomprensible: en realidad, unos 260 mil millones de dólares, que, según un cálculo, «equivalían a casi seis veces y media la suma de todas las deudas nacionales acumuladas en el mundo desde final del

siglo XVIII hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial»[6]. Después de décadas de crecimiento, la producción manufacturera mundial descendió súbitamente; en 1920, era todavía un 7% menor que en 1913; la producción agrícola era de un tercio por debajo de lo normal, y el volumen de las exportaciones era aproximadamente la mitad de lo que había sido en el período de antes de la guerra. Y si el crecimiento de la economía europea en su conjunto se había retrasado, tal vez en ocho años[*], los países individuales se vieron mucho más gravemente afectados. Era previsible que Rusia, en la vorágine de 1920, registrase la producción industrial más baja, a saber, sólo un 13% de la de 1913; pero en Alemania, Francia, Bélgica y buena parte de la Europa del Este, aquella producción era al menos un 30% más baja que antes del conflicto[7].

Pero si algunas sociedades se vieron más gravemente afectadas por la guerra, otras perdieron poco, y muchas mejoraron su posición. Pues lo cierto es que aquella guerra moderna, y la productividad industrial generada por ella, también tuvieron efectos positivos. En términos estrictamente económicos y tecnológicos, aquellos años fueron testigos de muchos adelantos: en producción de automóviles y camiones, en aviación, en refinado de petróleo y en productos químicos, en industrias eléctricas y de tintes y de aleaciones de acero, en frigoríficos y conservas, y en toda una serie de otras industrias[8]. Naturalmente, resultaba más fácil desarrollar y beneficiarse comercialmente de aquellos avances si se estaba lejos de los trastornos del frente de batalla; por esto, los propios Estados Unidos, pero también Canadá, Austria, África del Sur, la India y partes de América del Sur vieron estimuladas sus economías por las demandas de productos industriales, materias primas y comestibles de una Europa convulsa por una guerra de desgaste. Como en anteriores conflictos mercantilistas, las pérdidas de un país representaban a menudo las ganancias de otro, siempre que éste evitase los costos de la guerra o estuviese al menos protegido de toda furia del combate.

TABLA 26. Índices mundiales de producción manufacturera, 1913-1925[9]

	1913	*1920*	*1925*
Mundo	100	93,6	121,6
Europa*	100	77,3	103,5
URSS	100	12,8	70,1
Estados Unidos	100	122,2	148,0
Resto del mundo	100	109,5	138,1

(*) Reino Unido, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Suiza, Austria, Italia, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, Grecia y España.

Estas cifras sobre la producción manufacturera mundial son muy ilustrativas a este respecto, ya que reflejan el grado en que fue Europa (y en especial la URSS) perjudicada por la guerra, mientras que otras regiones ganaron sustancialmente. Desde luego, la extensión de la industrialización de Europa a las Américas, Japón, India y Australasia, y la creciente participación de estos últimos territorios en el comercio mundial, fueron simplemente, en cierto modo, continuación de las tendencias económicas que se habían manifestado desde finales del siglo XIX. Así, según un cálculo arcano ya mencionado anteriormente, el crecimiento de los Estados Unidos antes de 1914 fue tal que probablemente habría alcanzado la producción total de Europa en el año 1925[10]; lo que hizo la guerra fue acelerarlo en seis años, o sea al 1919. Por otra parte, a diferencia de los cambios de 1880-1913, estos cambios particulares en el equilibrio económico mundial no se produjeron en tiempos de paz, durante varias décadas y de acuerdo con las fuerzas del mercado. En vez de esto, las acciones de la guerra y el bloqueo crearon sus propias exigencias perentorias y, así, deformaron masivamente las pautas naturales de la producción y el comercio mundiales. Por ejemplo, la capacidad de construcción de barcos (especialmente en los Estados Unidos) había aumentado enormemente mediada la guerra, para contrarrestar los hundimientos

producidos por los submarinos; pero, después de 1919-1920, hubo un exceso de amarraderos en todo el mundo. También la producción de las industrias de acero de la Europa continental había decaído durante la guerra, mientras que las de los Estados Unidos y Gran Bretaña habían aumentado vertiginosamente; pero, cuando los productores europeos de acero se recuperaron, el exceso de capacidad fue terrible. Este problema afectó asimismo a un sector aún más grande de la economía: la agricultura. Durante los años de la guerra, la producción agrícola de la Europa continental se había encogido y las exportaciones de cereales rusos habían desaparecido, mientras que se habían producido grandes aumentos en la producción de América del Norte y del Sur y de Australasia, cuyos agricultores se beneficiaron (aunque impremeditadamente) de la muerte del archiduque. Pero, cuando se recobró la agricultura europea a finales de los años veinte, los productores del otro lado del mundo se encontraron con una gran disminución de la demanda y una fuerte caída de los precios[11]. Esta clase de distorsiones estructurales afectaron a todas las regiones, pero en ninguna parte se sintieron tan gravemente como en la Europa centrooriental, donde los frágiles «Estados sucesores» tuvieron que enfrentarse a nuevas fronteras, mercados dislocados y comunicaciones embrolladas. La paz de Versalles y el nuevo trazado del mapa de Europa según líneas (vagamente) étnicas no garantizaron por sí solas la restauración de la estabilidad económica.

Por último, la financiación de la guerra había causado problemas económicos —y más tarde los causaría políticos— de complejidad sin precedentes. Muy pocos beligerantes (Gran Bretaña y los Estados Unidos estaban entre las excepciones) habían tratado de pagar incluso parte de los costos del conflicto aumentando los impuestos; en vez de esto, la mayoría de los Estados confiaron casi enteramente en tomar dinero a crédito, presumiendo que el enemigo derrotado se vería obligado a pagar la factura, como le había ocurrido a Francia en 1871. Las deudas públicas, ahora no garantizadas con oro, se elevaron vertiginosamente; el papel moneda,

fluyendo de las arcas del Estado, provocó una enorme subida de los precios[12]. Dadas la devastación económica y las dislocaciones territoriales causadas por la guerra, ningún país europeo estaba dispuesto a seguir el retorno de los Estados Unidos al patrón oro en 1919. Las flojas políticas monetarias y fiscales hicieron que siguiese creciendo la inflación, con desastrosos resultados en Europa Central y del Este. Devaluaciones competitivas de la moneda nacional realizadas en un desesperado intento de fomentar las exportaciones, crearon simplemente más inestabilidad financiera, así como más rivalidad política. Todo esto fue complicado por los insolubles problemas relacionados con los préstamos entre los Aliados y por la exigencia de los vencedores (especialmente Francia) de sustanciosas reparaciones por parte de los alemanes. Todos los aliados europeos estaban en deuda con Gran Bretaña y, en menor grado, con Francia, mientras que estas dos potencias debían fuertes sumas a los Estados Unidos. Con los bolcheviques negándose a restituir la enorme suma de 3600 millones de dólares recibidos en préstamo; con los norteamericanos pidiendo que se les devolviese su dinero; con Francia, Italia y otros países negándose a pagar sus deudas hasta que hubiesen recibido las reparaciones de Alemania, y con los alemanes declarando que no tenían posibilidad de pagar las cantidades que les exigían, se había montado la escena para una enconada lucha, que aumentó rápidamente el distanciamiento en afinidades políticas entre la Europa occidental y los resentidos Estados Unidos[13].

Aunque es cierto que estas disputas parecieron suavizarse por el plan Dawes de 1924, las consecuencias políticas y sociales de esta turbulencia habían sido inmensas, especialmente durante la superinflación alemana del año anterior. Igualmente alarmante, aunque menos comprendido a la sazón, fue el hecho de que la aparente estabilización financiera y comercial de la economía mundial a mediados de los años veinte descansaba en cimientos mucho más precarios que los que habían existido antes de la Primera Guerra Mundial. Aunque el patrón oro estaba siendo restablecido enton-

ces en la mayoría de los países, no podía decirse lo mismo del sutil (y casi autoequilibrador) mecanismo de comercio y corrientes monetarias internacionales de antes de 1914, fundados en la City de Londres. En realidad, Londres había realizado desesperados intentos de recobrar aquel papel —como la fijación en 1925 de la convertibilidad de la libra esterlina al nivel de antes de la guerra, o sea 1 £=4,86 $, que perjudicó en gran manera a los exportadores británicos—, y también había reanudado los préstamos a ultramar en gran escala. En todo caso, lo cierto es que el centro de las finanzas mundiales se había trasladado naturalmente al otro lado del Atlántico entre 1914 y 1919, al aumentar las deudas internacionales de Europa y convertirse los Estados Unidos en la mayor nación acreedora del mundo. Por otra parte, la estructura completamente diferente de la economía norteamericana —menos dependiente del comercio exterior y mucho menos interesada en la economía mundial, inclinada al proteccionismo (especialmente en agricultura) más que al libre comercio, careciendo de un equivalente al Banco de Inglaterra, fluctuando mucho más ampliamente en sus altibajos, con políticos influidos mucho más directamente por las camarillas domésticas— significaba que el sistema financiero y comercial internacional giraba alrededor de un punto central voluble y defectuoso. Ahora no había un verdadero «prestamista de último recurso» que ofreciese préstamos a largo plazo para el desarrollo infraestructural de la economía mundial y estabilizase los desequilibrios temporales en las cuentas internacionales[14].

Estás insuficiencias estructurales fueron disimuladas a finales de los años veinte, cuando grandes cantidades de dólares salieron de los Estados Unidos en préstamos a corto plazo a Gobiernos y municipios europeos, todos ellos dispuestos a pagar altos tipos de interés con el fin de utilizar aquellos fondos, no siempre prudentemente, tanto para su desarrollo como para disminuir el déficit en sus balanzas de pago. Con el dinero a corto plazo empleado para proyectos a plazo largo, con considerables aumentos de la inversión en la agricultura (especialmente en Europa Central y del

Este) que aumentaban las presiones hacia abajo sobre los precios de los productos agrícolas, con los costos para atender estas deudas elevándose de manera alarmante y, ya que no podían ser pagados con las exportaciones, siendo únicamente atendidos con ulteriores préstamos, el sistema se estaba ya derrumbando en el verano de 1928, cuando el *boom* doméstico norteamericano (y el aumento reactivo de los tipos de interés por la Reserva Federal) redujo repentinamente la salida del capital.

La terminación de aquel *boom* en la «crisis de Wall Street» de octubre de 1929 y la ulterior reducción de los préstamos norteamericanos provocaron una reacción en cadena que pareció incontrolable: la falta de créditos disponibles redujo la inversión y el consumo; la menor demanda de los países industrializados perjudicó a los productores de comestibles y materias primas, que respondieron desesperadamente aumentando la oferta y ocasionando un derrumbamiento casi total de los precios, lo cual hacía imposible que comprasen, a su vez, productos manufacturados. La deflación, la salida del patrón oro y la devaluación de la moneda, la implantación de medidas restrictivas sobre el comercio y el capital, y dejar de pagar las deudas internacionales, fueron los diversos recursos del día, cada uno de los cuales propinaba un nuevo golpe al sistema mundial de comercio y crédito. El archiproteccionista Arancel Smoot-Hawley, aprobado (con el fin de ayudar a los agricultores norteamericanos) por el único país con un sustancial excedente comercial, hizo todavía más difícil para otros países ganar dólares, y condujo a inevitables represalias que arruinaron las exportaciones norteamericanas. En el verano de 1932, la producción industrial de muchos países era sólo la mitad de la de 1928 y el comercio mundial se había reducido en un tercio. El valor del comercio europeo (58 mil millones de dólares en 1928) era todavía de 20,8 mil millones de dólares en 1935, decadencia que, a su vez, dañaba al transporte marítimo, a la construcción de barcos, a los seguros, etcétera[15].

Dada la gravedad de esta depresión mundial y el fuerte desempleo causado por ella, no había manera de que la política internacional pudiese librarse de sus terribles efectos. La furiosa competencia en artículos manufacturados, materias primas y productos agrícolas aumentaron los resentimientos nacionales e impulsaron a muchos políticos, conscientes del descontento de sus electores, al tratar de hacer pagar al extranjero; grupos más extremistas, especialmente de la derecha, aprovecharon la dislocación económica para atacar todo el sistema liberal-capitalista y pedir políticas perentorias «nacionales», respaldadas en caso necesario por la espada. Las democracias más frágiles, especialmente en la Alemania de Weimar, pero también en España, Rumanía y otras partes, se doblaron bajo estas tensiones político-económicas. Los prudentes conservadores que gobernaban en Japón fueron acorralados por los nacionalistas y los militaristas. Si las democracias de Occidente capearon mejor estos temporales, sus estadistas se vieron obligados a concentrar toda su atención en la dirección económica doméstica, en una actitud cada vez más marcada de pordioseros. Ni los Estados Unidos ni Francia, principales países con excedentes en oro, estaban dispuestos a afianzar a los Estados deudores; ciertamente, Francia se inclinaba más y más a emplear su fuerza financiera para tratar de controlar el comportamiento alemán (con lo que sólo intensificaba los resentimientos al otro lado del Rin) y de ayudar a su propia diplomacia europea. De manera parecida, la «moratoria Hoover» sobre las reparaciones alemanas, que tanto enfureció a los franceses, no podía separarse del problema de reducciones (y, en definitiva, aplazamientos de pago) en las deudas de guerra, cosa que indignó a los norteamericanos. Las devaluaciones competitivas de las monedas y los desacuerdos sobre la cotización de la libra esterlina en relación con el dólar en la Conferencia Económica Mundial de 1933, completaron el triste panorama.

En aquella época, el orden cosmopolita mundial se había disuelto en varias subunidades rivales: un bloqueo de la esterlina, funda-

do en las normas comerciales británicas y fomentado por las «preferencias imperiales» de la conferencia de Ottawa de 1932; un bloqueo del oro, conducido por Francia; un bloqueo del yen, dependiente del Japón, en el Extremo Oriente; un bloqueo del dólar U.S.A. (después de que Roosevelt rechazase también el patrón oro) y, completamente al margen de estas convulsiones, una URSS construyendo continuamente el «socialismo en un solo país». La tendencia hacia la autarquía estaba, pues, firmemente desarrollada incluso antes de que Adolfo Hitler iniciase su programa de crear un Reich autosuficiente y de mil años, en el que el comercio exterior quedaba reducido a tratos especiales y a convenios de «trueque». Con Francia habiéndose opuesto repetidamente a las potencias anglosajonas sobre el tratamiento de las reparaciones alemanas, con Roosevelt pregonando que los Estados Unidos siempre salían perdiendo en sus tratos con los ingleses, y con Neville Chamberlain ya convencido de su ulterior observación de que la política americana no era más que «palabras»[16], las democracias no se hallaban en un estado de ánimo propicio para cooperar en solucionar las presiones que se estaban ejerciendo para cambios territoriales en el agrietado orden mundial de 1919.

Los estadistas y los Ministerios de Asuntos Exteriores del Viejo Mundo siempre habían encontrado difícil comprender o enfrentarse con los problemas económicos; pero tal vez era aún más perjudicial, según los que miraban con añoranza la diplomacia de gabinete del siglo m, la creciente influencia de la opinión pública de masas sobre los asuntos internacionales durante los años veinte y treinta. Desde luego, en ciertos aspectos, esto resultaba inevitable. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, grupos políticos de toda Europa habían estado criticando los métodos arcanos y secretos y las preconcepciones elitistas de la «vieja diplomacia», y reclamando un sistema reformado, donde los negocios del Estado estuviesen abiertos al escrutinio del pueblo y de sus representantes[17]. Estas demandas fueron alentadas en gran manera por el conflicto de 1914-1918, en parte porque los liderazgos que pedían la moviliza-

ción total de la sociedad se daban cuenta de que ésta, a su vez, exigía compensaciones de su sacrificio y tener voz y voto en la paz; en parte porque la guerra, ardientemente proclamada por los propagandistas de los Aliados como una lucha por la democracia y la autodeterminación nacional, aplastó ciertamente los imperios autocráticos de la Europa Central y del Este, y en parte porque la poderosa y atractiva figura de Woodrow Wilson mantenía las presiones para un orden mundial nuevo e ilustrado, incluso cuando Clemenceau y Lloyd George proclamaban la necesidad de la victoria total[18].

Pero el problema con la «opinión pública» después de 1919 era que muchas partes de ella no coincidían con la indulgente visión gladstoniana y wilsoniana de un pueblo liberal, educado e imparcial, imbuido de ideas internacionalistas, aspiraciones utilitarias y respeto por el imperio de la ley. Como ha observado Arno Mayer, «la vieja diplomacia», que (según afirmaban muchos) había causado la Guerra Mundial, estaba siendo desafiada después de 1917, no solamente por el reformismo de Wilson, sino también por la mucho más sistemática crítica del orden existente por los bolcheviques, crítica considerablemente atractiva para las clases trabajadoras organizadas de ambos campos beligerantes[19]. Pero si esto hacía que políticos ágiles como Lloyd George inventasen sus propios «paquetes» de medidas progresivas, domésticas e internacionales, para neutralizar el llamamiento de Wilson y controlar la tendencia de los obreros hacia el socialismo[20], el impacto sobre figuras más conservadoras y nacionalistas del campo Aliado era muy diferente. En su opinión, los principios wilsonianos debían ser firmemente rechazados en interés de la «seguridad» nacional, que sólo podía medirse en términos de reajustes de fronteras, adquisiciones coloniales y reparaciones, mientras que la amenaza de Lenin, mucho más espantosa, tenía que ser implacablemente aplastada en su tierra bolchevique y (especialmente) en los soviets de imitación que surgían en Occidente. Dicho en otras palabras, la política y la diplomacia pacificadora[21] estaban influidas por ele-

mentos doméstico-políticos e ideológicos de fondo en un grado desconocido en los congresos de 1856 y 1878.

Pero había más. En las democracias occidentales, las imágenes de la Primera Guerra Mundial que prevalecían a finales de los años veinte eran de muerte, de destrucción, de horror, de pérdida y de futilidad de todo aquello. La «paz cartaginesa», la falta de los beneficios prometidos por los políticos en tiempo de guerra a cambio de los sacrificios del pueblo, los millones de veteranos lisiados y de viudas de guerra, los trastornos económicos de los años veinte, la pérdida de la fe y la ruptura de las relaciones sociales y personales victorianas, fue todo ello achacado a la locura de las decisiones de 1914[22]. Pero este extendido rechazo público de la lucha y del militarismo, mezclado en muchos sectores con la esperanza de que la Sociedad de Naciones haría imposible la repetición de aquel desastre, no era compartido por todos los que habían participado en la guerra, aunque la literatura angloamericana dé aquella impresión[23]. Para los cientos de miles de ex *Frontsoldaten* de todo el Continente europeo, desilusionados por el desempleo, la inflación y el tedio del orden predominantemente burgués de la posguerra, el conflicto había representado algo cruento pero positivo: valores marciales, la camaradería de los guerreros, la emoción de la violencia y de la acción. Para tales grupos, especialmente en las naciones derrotadas de Alemania y Hungría y en la insatisfecha nación vencedora italiana, pero también entre la derecha francesa, las ideas de los nuevos movimientos fascistas —de orden, disciplina y gloria nacional, de aplastar a los judíos, a los bolcheviques, a los intelectuales decadentes y a las satisfechas clases medias liberales— tenían un gran atractivo. A *sus ojos* (y a *los ojos* de sus equivalentes en Japón), la lucha y la fuerza y el heroísmo eran los rasgos duraderos de la vida, mientras que los principios del internacionalismo wilsoniano eran falsos y anticuados[24].

Esto significó que las relaciones internacionales durante los años veinte y treinta continuaron complicándose con las ideologías y la continua división de la sociedad mundial en bloques polí-

ticos que sólo en parte coincidían con las subdivisiones económicas mencionadas más arriba. De una parte, estaban las democracias occidentales, especialmente en el mundo de habla inglesa, que, aterrorizadas por los horrores de la Primera Guerra Mundial, se concentraban en los problemas domésticos (especialmente socioeconómicos) y reducían masivamente sus efectivos de defensa, y aunque las autoridades francesas mantenían un gran Ejército y poderosas Fuerzas Aéreas por miedo a una Alemania renacida, era evidente que la mayor parte de su público compartía el odio a la guerra y el deseo de una reconstrucción social. De otra parte, estaba la Unión Soviética, aislada en tantos aspectos del sistema político-económico mundial, pero atrayendo a admiradores de Occidente, porque ofrecía, presuntamente, una «nueva civilización» que escapaba *ínter alía* de la Gran Depresión[25], aunque la URSS era ampliamente detestada. Por último estaban, al menos en los años treinta, los Estados fascistas «revisionistas» de Alemania, Japón e Italia, que no sólo eran virulentamente antibolcheviques, sino que denunciaban también el *statu quo* liberalcapitalista restablecido en 1919. Todo esto hacía que la orientación de una política extranjera fuese extraordinariamente difícil para los estadistas demócratas, que no comprendían la mentalidad fascista ni la bolchevique y ansiaban simplemente volver al estado de «normalidad eduardiana» que la guerra había destrozado.

Comparados con estos problemas, los desafíos al mundo eurocéntrico que empezaron a surgir en los trópicos, después de 1919, eran menos amenazadores, pero todavía importantes. También aquí se pueden detectar precedentes anteriores a 1914, como la rebelión de Arabí Bajá en Egipto, el avance de los Jóvenes Turcos después de 1908, los intentos de Tilak de radicalizar el movimiento del Congreso Indio y la campaña de Sun Yatsen contra el dominio occidental en China; por la misma razón, los historiadores han observado cómo acontecimientos tales como la derrota de Rusia por los japoneses en 1905 y la abortada revolución rusa del mismo año fascinaron y electrizaron a fuerzas protonacionalistas de otras

partes de Asia y del Oriente Medio[26]. Irónica aunque previsiblemente, cuanto más penetraba el colonialismo en las sociedades subdesarrolladas, atrayéndolas a una red mundial de comercio y finanzas, y poniéndolas en contacto con las ideas occidentales, tanto más provocaba esto la reacción indígena; tanto si se manifestaba en forma de inquietud tribal contra las restricciones sobre sus tradicionales estilos de vida y de comercio, como en forma, y esto era más significativo, de abogados e intelectuales educados en Occidente y que trataban de crear partidos de masas y hacían campaña en pro de la autodeterminación nacional, el resultado era un creciente desafío a los controles coloniales europeos.

La Primera Guerra Mundial aceleró estas tendencias de muchas maneras. En primer lugar, la intensificada explotación económica de las materias primas en los trópicos y los intentos de que las colonias contribuyesen —con hombres y con impuestos— al esfuerzo de guerra de las potencias metropolitanas, causó inevitablemente que se hiciesen preguntas sobre «compensaciones», que era lo mismo que hacían las clases trabajadoras de Europa[27]. Además, las campañas en el Oeste, el Sudoeste y el Este de África, en el Próximo Oriente y en el Pacífico, suscitaron preguntas sobre la viabilidad y la permanencia de los imperios coloniales en general, tendencia reforzada por la propaganda aliada sobre «autodeterminación nacional» y «democracia», y por las actividades alemanas de contrapropaganda con respecto al Magreb, Irlanda, Egipto y la India. En 1919, mientras las potencias europeas estaban estableciendo sus mandatos de la Sociedad de Naciones —ocultando sus intereses imperiales detrás de la cada vez más complicadas hojas de higuera, según dijo una vez A. J. P. Taylor—, se reunía en París el Congreso Panafricano para exponer su punto de vista, se fundaba el partido Wafd en Egipto, se activaba el Movimiento del Cuatro de Mayo en China, surgía Kemal Ataturk como fundador de la moderna Turquía, el partido Destour proponía nuevas tácticas en Túnez, el Sarehat Islam había alcanzado una cifra de dos millones y medio de miembros en Indonesia, y Gandhi catalizaba los diver-

sos sectores diferentes de oposición al régimen británico en la India[28].

Más importante aún, esta «rebelión contra Occidente» ya no encontraría a las grandes potencias unidas en la hipótesis de que, fuesen cuales fueren las diferencias entre ellas, existía un gran abismo entre ellas mismas y los países menos desarrollados del globo; lo cual era también muy diferente de los tiempos de la conferencia de Berlín sobre África Occidental. Esta unidad había sido ya hecha superflua por la entrada de los japoneses en el club de las Grandes Potencias, ya que algunos de sus pensadores estaban empezando a articular nociones de una «Esfera de Coprosperidad» asiática oriental, ya en 1919[29]. Y fue alcanzada al mismo tiempo por el advenimiento de las dos versiones de «nueva diplomacia» propugnadas por Lenin y Wilson, pues, fuesen cuales fueren las diferencias políticas entre estos dos carismáticos líderes, tenían en común la antipatía al viejo orden colonial europeo y un deseo de transformarlo en otra cosa. Ninguno de ellos, por diversas razones, podía evitar la ulterior expansión de aquel orden colonial bajo los mandatos de la Sociedad de Naciones, pero su retórica y su influencia se filtraron en las zonas de demarcación imperiales y se combinaron con la movilización de los nacionalistas indígenas. Esto se evidenció en China a finales de los años veinte, donde el viejo orden europeo de los privilegios que concedían los tratados, penetración comercial y las acciones ocasionales de las cañoneras empezaban a perder terreno ante los «órdenes» alternativos y competitivos propuestos por Rusia, los Estados Unidos y el Japón, y a debilitarse ante el resurgimiento del nacionalismo chino[30].

Esto no significaba que la colonización occidental estuviese a punto de derrumbarse. La viva respuesta británica a Aniritsar en 1919, el encarcelamiento por los holandeses de Sukarno y otros líderes nacionalistas indonesios y la disolución de los sindicatos a finales de los años veinte, la firme reacción francesa a la inquietud en Tonquín por el intenso desarrollo agrícola del arroz y del caucho, todo ello fue testigo del poder residual de los ejércitos y las

armas europeos[31]. Y lo mismo podría decirse, desde luego, de la tardía invasión imperial de Abisinia por Italia a mediados de los años treinta. Sólo las mucho más fuertes sacudidas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial aflojarían realmente estos controles imperiales. Sin embargo, esta agitación colonial tuvo cierta importancia para las relaciones internacionales de los años veinte y, especialmente, de los treinta. Ante todo, distrajo la atención (y los recursos) de algunas grandes potencias de su preocupación por el equilibrio europeo de poder. Éste fue principalmente el caso del Reino Unido, cuyos líderes se preocupabais mucho más de Palestina, la India y Singapur que del país de los sudetes o de Danzig, prioridades que se reflejaron en su política de defensa «imperial» de después de 1919[32]; pero las complicaciones en África afectaron también a Francia en grado igual y, desde luego, distrajeron completamente a los militares italianos. Además, el resurgimiento en ciertos casos de problemas extraeuropeos y coloniales afectaba directamente a la estructura de alianzas de antes de 1914-1918. No sólo la cuestión del imperialismo hizo que los norteamericanos desconfiasen todavía más de la política anglo-francesa, sino que acontecimientos tales como la invasión de Abisinia por Italia y la agresión japonesa contra la China continental apartaron a Roma y a Tokio de Londres y París, en los años treinta, y brindaron unos posibles socios a los revisionistas alemanes. También aquí, los asuntos internacionales se habían hecho un poco más difíciles de resolver según las prescripciones de la «vieja diplomacia».

La última causa principal de la inestabilidad de la posguerra fue el embarazoso hecho de que la «cuestión alemana» no se había resuelto, sino que se había hecho aún más difícil e intensa. El rápido colapso de Alemania en octubre de 1918, cuando sus tropas controlaban todavía Europa desde Bélgica hasta Ucrania, fue un golpe terrible para las fuerzas nacionalistas y de derechas, que tendieron a culpar a «traidores del interior» de la humillante derrota. Cuando las condiciones del arreglo de París trajeron consigo más humillaciones, gran número de alemanes denunciaron tanto el «tra-

tado de esclavos» como a los políticos demócratas de Weimar que habían aceptado aquellas condiciones. El problema de las reparaciones y la consiguiente superinflación de 1923, llenaron hasta el borde la copa del descontento alemán. Muy pocos eran tan extremistas como los nacionalsocialistas, que apareció como un movimiento excéntrico y demagógico durante buena parte de los años veinte, pero muy pocos alemanes no eran revisionistas en una u otra forma. Las reparaciones, el corredor polaco, las restricciones sobre las Fuerzas Armadas, la separación de regiones de habla alemana de la madre patria, no iban a ser toleradas para siempre. Las únicas cuestiones eran con qué prontitud podrían abolirse aquellas restricciones y hasta qué punto había que preferir la diplomacia a la fuerza para alterar el *statu quo*. A este respecto, la subida de Hitler al poder en 1933 no hizo más que intensificar el impulso alemán hacia el revisionismo[33].

El problema de colocar a Alemania en el lugar «que le correspondía» en Europa se veía agravado por la curiosa y desequilibrada distribución del poder internacional después de la Primera Guerra Mundial. A pesar de sus pérdidas territoriales, de las restricciones militares y de la inestabilidad económica, Alemania era todavía *potencialmente*, después de 1919, una gran potencia de enorme fuerza. Más adelante daremos un análisis más detallado de sus puntos fuertes y sus puntos flacos, pero vale la pena observar aquí que Alemania poseía todavía una población mucho más numerosa que Francia y que su capacidad de producción de hierro y acero era tres veces mayor. Su red de comunicaciones interiores estaba intacta, lo mismo que sus fábricas de productos químicos e instalaciones eléctricas y sus Universidades e institutos técnicos. «De momento, en 1919, Alemania estaba arruinada. El problema inmediato era la debilidad alemana; pero, dados unos pocos años de vida normal, volvería a existir de nuevo el problema de la fuerza alemana»[34]. Además, como señala Taylor, había dejado de existir el antiguo equilibrio de poder en el Continente europeo que había ayudado a restringir el expansionismo alemán. «Rusia se ha-

bía retirado; Austria-Hungría había desaparecido. Sólo Francia e Italia permanecían, ambas inferiores en fuerza humana y todavía más en recursos económicos, ambas agotadas por la guerra»[35]. Y con el paso del tiempo, primero los Estados Unidos y después Gran Bretaña mostraron un creciente disgusto por las intervenciones en Europa y una creciente desaprobación de los esfuerzos franceses de mantener hundida a Alemania. Sin embargo, era precisamente esta aprensión de que Francia no estaba segura lo que hacía que París tratase de evitar por todos los medios un renacimiento del poder alemán, insistiendo en el pago total de las reparaciones, manteniendo sus propias grandes y costosas Fuerzas Armadas, esforzándose en convertir la Sociedad de Naciones en una organización dedicada a conservar el *statu quo,* y oponiéndose a todas las sugerencias de que se admitiese que Alemania se «armase» al nivel de Francia[36] todo lo cual, como era previsible, alertó los resentimientos alemanes y contribuyó a la agitación de los extremistas de la derecha.

El otro elemento de la batería francesa de armas diplomáticas y políticas fueron sus lazos con los «Estados sucesores» de la Europa oriental. Aparentemente, el apoyo a Polonia, Checoslovaquia y los otros beneficiarios de los acuerdos de 1919-1921 en aquella región era una estrategia plausible y prometedora[37], gracias a ella, el expansionismo alemán podría ser contenido en cada uno de sus flancos. En realidad, el esquema estaba lleno de dificultades. Debido a la dispersión geográfica de las varias poblaciones que habían estado bajo los imperios multinacionales anteriores, no había sido posible crear en 1919 una disposición territorial que fuese étnicamente coherente; grandes grupos de minorías vivían, pues, en el lado que no les correspondía de las fronteras de cada Estado, originando no sólo debilidades internas, sino también resentimientos del exterior. Dicho en otras palabras, Alemania no era la única que deseaba una revisión de los tratados de París, y aunque Francia insistiese enérgicamente en que no se efectuasen cambios en el *statu quo*, se daba cuenta de que ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos

sentían gran interés por las fronteras irregulares y trazadas a toda prisa en aquella región. Como dejó bien claro Londres en 1925, no habría garantías del tipo Locarno en la Europa oriental[38].

El escenario económico en Europa oriental y central empeoraba todavía más las cosas, ya que el establecimiento de Aduanas y de barreras arancelarias alrededor de los países recién creados aumentaba las rivalidades regionales y obstaculizaba el desarrollo general. Ahora había veintisiete monedas diferentes en Europa, en vez de las catorce de antes de la guerra, y 18 000 km más de fronteras, muchas de las cuales separaban fábricas de sus materias primas, fundiciones de sus minas de carbón, explotaciones agrícolas de su mercado. Más aún, aunque los banqueros y empresas franceses y británicos entrasen en Estados sucesores después de 1919, Alemania fue para estas naciones un socio comercial mucho más «natural», en cuanto hubo aquélla recobrado su estabilidad económica en los años treinta. No sólo estaba más cerca y mejor conectada por carretera y ferrocarril con el mercado europeo oriental, sino que podía absorber rápidamente los excedentes de las zonas agrícolas, cosa que no podía ocurrir con los excedentes de Francia y las preferencias imperiales de Gran Bretaña, ofreciendo, a cambio del trigo húngaro y del petróleo rumano, la maquinaria y (más tarde) los armamentos que tanto necesitaban Hungría y Rumanía. Además, estos países, como la propia Alemania, tenían problemas monetarios y, por ello, les resultaba más fácil comerciar sobre una base de «trueque». Por consiguiente, Mitteleuropa podía convertirse de nuevo, económicamente, en una zona dominada por Alemania[39].

Muchos de los participantes en las negociaciones de París de 1919 se dieron cuenta de algunos (aunque evidentemente no de todos) de los problemas arriba mencionados. Sin embargo, sintieron, como Lloyd George, que podían acudir a la recién creada Sociedad de Naciones «para remediar, reparar y enderezar… (ella) será como un Tribunal de Apelación para reajustar errores, irregularidades, injusticias»[40]. Seguramente, cualquier querella impor-

tante, política o económica, entre los Estados podía ser ahora solventada por hombres razonables que se sentasen alrededor de una mesa en Ginebra. Esto parecía también una suposición plausible en 1919, pero sería contradicha por la dura realidad. Los Estados Unidos no quisieron ingresar en la Sociedad de Naciones. La Unión Soviética fue tratada como un Estado paria y mantenida fuera de la Sociedad. También lo fueron las potencias vencidas, al menos durante los primeros años. Cuando los Estados revisionistas comenzaron sus agresiones en los años treinta, tardaron poco en abandonar la Sociedad de Naciones.

Además, debido a los tempranos desacuerdos entre las versiones francesa y británica de lo que debía ser aquella Sociedad —policía o conciliador—, la institución carecía de poderes coactivos y no tenía un verdadero instrumento de seguridad colectiva. Por ello, irónicamente, lo que hizo realmente la Sociedad de Naciones no fue disuadir a los agresores, sino confundir a las democracias. Fue inmensamente popular para la opinión pública occidental cansada de la guerra, pero su misma creación permitió a muchos formular el argumento de que eran innecesarias las fuerzas de defensa nacionales, ya que la Sociedad evitaría de algún modo las guerras futuras. En consecuencia, la existencia de la Sociedad de Naciones hizo que los Gobiernos y los ministros de Asuntos Exteriores vacilasen entre la «vieja» y la «nueva» diplomacia, generalmente sin beneficiar a ninguna de las dos, tal como demostraron ampliamente los casos de Manchuria y de Abisinia.

A la luz de todas las dificultades mencionadas y del hecho abrumador de que se enzarzase Europa en otra gran guerra sólo veinte años después de firmar el tratado de Versalles, no es de extrañar que los historiadores hayan considerado este período como una «tregua de veinte años» y lo hayan descrito como un tiempo tenebroso y quebrantado, lleno de crisis, engaños, brutalidades, deshonor. Pero con libros tales como *Un mundo roto, La paz perdida y La crisis de veinte años,* describiendo estos dos decenios enteros[41], existe el peligro de que pasen inadvertidas las grandes diferencias

que existieron entre los años veinte y los treinta. Para repetir una observación hecha anteriormente, a finales de los veinte los tratados de Locarno y Kellog-Briand (pacto de París) la solución de muchas diferencias francoalemanas, las sesiones de la Sociedad de Naciones y la general reanimación de la prosperidad parecieron indicar que la Primera Guerra Mundial había terminado al fin, en lo concerniente a relaciones internacionales. Sin embargo, al cabo de un par de años, el devastador colapso financiero e industrial había sacudido aquella armonía y empezado a actuar conjuntamente con los desafíos que plantearían los japoneses y los alemanes (y más tarde los italianos) al orden existente. En un espacio de tiempo notablemente corto, volvieron las nubes de la guerra. El sistema estaba amenazado, de una manera fundamental, precisamente en el momento en que las democracias estaban menos preparadas, psicológica y militarmente, para hacer frente a la amenaza, y cuando estaban menos coordinadas que nunca desde los arreglos de 1919. Por consiguiente, fuesen cuales fueren las deficiencias y locuras de cualquier «apaciguador» particular en los tristes años treinta, conviene no olvidar las complejidades sin precedentes con que tuvieron que luchar los estadistas del decenio.

Antes de ver cómo condujeron a la guerra las crisis internacionales de este período, es importante examinar una vez más las fuerzas y las flaquezas particulares de cada una de las grandes potencias, todas las cuales habían sido afectadas no sólo por el conflicto de 1914-1918, sino también por los acontecimientos económicos y militares de los años intermedios. A este último respecto, volveremos a referirnos repetidamente a las tablas 12-18, que muestran las variaciones en las balanzas de productividad entre las potencias. Y ahora conviene hacer dos observaciones preliminares sobre la economía del rearme. La primera se refiere a los ritmos de crecimiento diferencial, que fueron mucho más marcados durante los años treinta de lo que habían sido, digamos, en la década que precedió a 1914, a la dislocación de la economía mundial en varios bloques y a cómo las diferentes maneras en que se orien-

tó la política económica nacional (desde los planes cuatrienales y los *new deals* hasta los clásicos presupuestos deflacionarios) significaron que la producción y la riqueza pudiesen aumentar en un país mientras se retrasaban dramáticamente en otro. La segunda es que los desarrollos en tecnología militar, entre las dos guerras, hicieron que las Fuerzas Armadas dependiesen más que nunca de las fuerzas productoras de sus naciones. Sin una base industrial floreciente y, más importante aún, sin una gran comunidad científica avanzada que pudiese ser movilizada por el Estado con el fin de mantenerse a la altura de las nuevas formas de armamento, la victoria en otra gran guerra era inconcebible. Si el futuro estaba (para emplear la frase de Stalin) en manos de los grandes batallones, éstos dependían cada vez más de la tecnología moderna y de la producción masiva.

LOS RETADORES

La vulnerabilidad económica de una gran potencia, por activo y ambicioso que sea su liderazgo nacional, no se ve en parte alguna más claramente que en el caso de Italia durante los años treinta. A primera vista, el régimen fascista de Mussolini había traído al país desde un segundo término al primer plano del mundo diplomático. Con Gran Bretaña era una de los garantes del acuerdo de Locarno de 1925; con Gran Bretaña, Francia y Alemania, había firmado también el acuerdo de Munich en 1938. La aspiración de Italia a la primacía en el Mediterráneo había sido reforzada por el ataque sobre Corfú (1923), por la intensificación de la «pacificación» de Libia y por la importante intervención (de 50 000 soldados italianos) en la guerra civil española. Entre 1935 y 1937, Mussolini vengó la derrota de Adua con su despiadada conquista de

Abisinia, desafiando descaradamente las sanciones de la Sociedad de Naciones y la hostil opinión occidental. En otras ocasiones, apoyó el *statu quo,* llevando tropas al Brennero en 1934 para disuadir a Hitler de apoderarse de Austria y firmando el acuerdo antialemán de Stresa en 1935. Sus discursos contra el bolchevismo le valieron la admiración de muchos extranjeros (incluido Churchill) en los años veinte, y fue cortejado por todos los bandos durante la década siguiente, con Chamberlain viajando a Roma en enero de 1939, en un intento de impedir que Italia pasara completamente al campo alemán[42].

Pero la preeminencia diplomática no fue la única medalla de la nueva grandeza de Italia. Este Estado fascista, con su eliminación de partidos políticos facciosos, su planificación «corporativista» de la economía en vez de las disputas entre el capital y el trabajo, su dedicación a la acción gubernamental, parecieron ofrecer un nuevo modelo a una desengañada sociedad europea de posguerra, y muy atractivo para aquellos que temían el «modelo» alternativo ofrecido por los bolcheviques. Debido a las inversiones aliadas la industrialización había proseguido rápidamente desde 1915 hasta 1918, al menos en las industrias pesadas relacionadas con la producción de armas. Bajo Mussolini, el Estado se comprometió en un ambicioso programa de modernización, que abarcaba desde la desecación de los pantanos pontinos hasta el impresionante desarrollo de las fuerzas hidroeléctricas y las mejoras en el sistema ferroviario. Se fomentó la industria electroquímica y se aumentó la producción de rayón y otras fibras artificiales. Se incrementó la fabricación de automóviles, y la industria aeronáutica italiana pareció colocarse entre las más innovadoras del mundo, alcanzando sus aviones toda una serie de récords de velocidad y de altura[43].

También el poder militar pareció dar buenas señales del resurgimiento de Italia. Aunque durante los años veinte no había gastado mucho Mussolini en los servicios armados, su creencia en la fuerza y la conquista y su creciente deseo de extender los territorios de Italia condujeron a un significativo aumento en los gastos

de defensa durante los años treinta. Ciertamente, un poco más del 10% de la renta nacional, un tercio de los ingresos del Gobierno, fue dedicado a las Fuerzas Armadas a mediados de los treinta, lo cual, en cifras absolutas, era más que lo gastado en Gran Bretaña o Francia y mucho más que los totales norteamericanos. Se estaban construyendo nuevos y magníficos barcos de guerra para rivalizar con la Marina francesa y la flota británica del Mediterráneo y reforzar la afirmación de Mussolini de que el Mediterráneo era ciertamente *Mare nostrum*. Cuando Italia entró en la guerra poseía 113 submarinos, «la fuerza submarina más grande del mundo, tal vez a excepción de la de la Unión Soviética»[44]. Cantidades todavía mayores fueron asignadas a las Fuerzas Aéreas, la Regia Aeronáutica, en los años anteriores a 1940, para confirmar tal vez el primitivo énfasis del fascismo sobre la modernidad, la ciencia, la velocidad y el esplendor. En Abisinia, y todavía más en España, los italianos demostraron la utilidad del poder aéreo y se convencieron —y convencieron a muchos extranjeros— de que poseían la Fuerza Aérea más avanzada del mundo. Este aumento de la Marina y de las Fuerzas Aéreas dejaron menos fondos para el Ejército italiano, pero sus treinta divisiones fueron sustancialmente reestructuradas a finales de los años treinta, mientras se proyectaban nuevos tanques y nueva artillería. Además, Mussolini pensaba que estaban las masas de *squadristi* fascistas y de bandas adiestradas, de manera que, en otra guerra total, la nación podría tener los pregonados «ocho millones de bayonetas». Todo esto era de buen agüero para la creación de un segundo Imperio romano.

Desgraciadamente para estos sueños, la Italia fascista era, en términos de poder político, espectacularmente débil. El problema crucial era que, incluso «al final de la Primera Guerra Mundial, Italia era, económicamente hablando, un país semidesarrollado»[45]. Su renta per cápita era en 1920 probablemente igual a la alcanzada por Gran Bretaña y los Estados Unidos a principios del siglo XIX, y por Francia unas pocas décadas más tarde. Los datos sobre la renta nacional ocultaban el hecho de que, en el Norte, la

renta per cápita estaba un 20% por encima de la media, mientras que en el Sur estaba un 30% por debajo, y que esta diferencia estaba, en todo caso, aumentando. Gracias a la continuada afluencia de emigrantes, la población italiana aumentó, en el período entre las dos guerras, sólo a razón del 1% al año; dado que el producto interior bruto aumentaba un 2% al año, el promedio per cápita aumentó sólo alrededor de un 1% al año, lo cual no era desastroso, pero difícilmente podía considerarse un milagro económico. En la raíz de la debilidad estaba la continua confianza en la agricultura a pequeña escala, que en 1920 representaba el 40% del PNB y absorbía el 50% de la población trabajadora total[46]. Otra señal de este retraso económico era que, en fecha tan tardía como 1938, más de la mitad de los gastos de una familia se iban en comida. El fascismo, lejos de reducir estas proporciones, con su énfasis sobre las virtudes de la vida rural, se esforzó en apoyar la agricultura con una serie de medidas, incluidos los aranceles protectores, la extendida roturación del suelo y, finalmente, el control total del mercado del trigo. Importante en los cálculos del régimen era el deseo de reducir la dependencia de productores extranjeros de artículos alimenticios y la decidida voluntad de impedir una mayor emigración de campesinos a las ciudades, donde aumentarían el total de parados y agravarían el problema social. Consecuencia de ello fue un fuerte *subempleo* en el campo, con todas sus derivaciones: baja productividad, analfabetismo, enormes disparidades regionales.

Dada la naturaleza relativamente atrasada de la economía italiana y la voluntad del Estado de gastar dinero en armamentos y en la preservación de la agricultura, no es de extrañar que la cantidad de ahorros para inversiones empresariales fuese muy baja. Si la Primera Guerra Mundial había reducido ya el capital doméstico, la depresión económica y el cambio hacia el proteccionismo fueron otros tantos golpes. Claro que las compañías alentadas por los pedidos de aviones o camiones del Gobierno lograban buenos beneficios, pero no es probable que el desarrollo industrial de Italia se beneficiase (en su conjunto) de los intentos de autarquía; los

aranceles sólo protegían a productores ineficaces, mientras que el neomercantilismo general de la época reducía la afluencia de inversiones extranjeras que tanto había estimulado la industrialización italiana en otros tiempos. En 1938, Italia tenía sólo el 2,8% de la producción manufacturera del mundo, producía el 2,1% de su acero, el 1% de su hierro colado, el 0,7% de su mineral de hierro y el 0,1% de su carbón, y consumía energía generada por medios modernos en un grado muy inferior al de cualquier otra gran potencia. Finalmente, a la luz del evidente afán de Mussolini de ir a la guerra contra Francia, y a veces contra Francia y Gran Bretaña juntas, vale la pena observar que Italia seguía dependiendo, desgraciadamente, de las importaciones de abonos, carbón, petróleo, chatarra, caucho, cobre y otras materias primas vitales, el 80% de las cuales tenía que pasar por Gibraltar o Suez, transportado en buena parte por buques británicos. Era típico del régimen que no se hubiese preparado ningún plan de contingencia para el caso de que cesaran estas importaciones y que fuese imposible una política de acumular aquellos materiales estratégicos, ya que, afínales de los años treinta, Italia no tenía siquiera moneda extranjera para cubrir sus necesidades ordinarias. Esta crónica escasez de divisas contribuye también a explicar por qué tampoco podían los italianos pagar las máquinas-herramienta alemanas, tan vitales para la producción de los más modernos aviones, tanques, cañones y barcos que se estaban creando allá por los años que siguieron a 1935[47].

El atraso económico explica también por qué, a pesar de toda la atención y todos los recursos dedicados por el régimen de Mussolini a las Fuerzas Armadas, su actuación y sus condiciones fuesen malas… y empeorasen cada día. La Marina era probablemente el mejor equipado de los tres servicios, pero probablemente demasiado débil para echar a la Royal Navy del Mediterráneo. No poseía portaaviones —Mussolini había prohibido su construcción— y se veía obligada a confiar en la Regia Aeronáutica, arreglo muy defectuoso, dada la falta de colaboración entre los servicios. Sus

cruceros eran barcos para el buen tiempo, y su gran colección de submarinos resultó ser una gravosa inversión en modelos anticuados: «Estas naves carecían de computaciones para el ataque, sus sistemas de acondicionamiento de aire expulsaban gases venenosos cuando se rompían las tuberías por algún ataque con bombas de profundidad, y eran relativamente lentos al sumergirse, cosa que resultaba muy embarazosa cuando se acercaba la aviación enemiga»[48]. Señales parecidas de caída en desuso podían observarse en la Fuerza Aérea italiana, que se había mostrado capaz de bombardear (aunque no siempre de acertar) a los miembros de las tribus abisinias y había impresionado después a muchos observadores con su actuación en la guerra civil española. Pero, a finales de los años treinta, el biplano «Fiat CR42» había sido totalmente eclipsado por los más nuevos monoplanos británicos y alemanes, e incluso la fuerza de bombardeo era mediocre, al contar sólo con bombarderos ligeros y medianos, con motores poco potentes y bombas terriblemente ineficaces. Sin embargo, ambos servicios disfrutaron de crecientes participaciones en el presupuesto de Defensa. En contraste con ello, el Ejército vio descender su participación del 58,2% en 1935-1936 al 44,5% en 1938-1939, y esto en una época en que necesitaba desesperadamente tanques, artillería, camiones y sistemas de comunicaciones. El «principal tanque de combate» del Ejército italiano, cuando entró Italia en la Segunda Guerra Mundial, era el «Fiat L.3», de tres toneladas y media, sin radio, con poca visibilidad y solamente dos ametralladoras, y esto en un tiempo en que los últimos modelos de carros alemanes y franceses se acercaban a las veinte toneladas y disponían de muchas armas pesadas.

Dada la casi irremediable debilidad que afligía a la economía italiana bajo el fascismo, sería irreflexivo sugerir que podía haber ganado una guerra contra otra gran potencia propiamente tal; pero sus perspectivas eran aún más tristes por el hecho de que sus Fuerzas Armadas eran víctimas de un rearme prematuro y de una rápida caída en desuso de las armas. Como éste era un problema

corriente en los años treinta, que afectaba a Francia y a Rusia casi en el mismo grado, es importante estudiarlo con un poco más de detalle antes de volver a nuestro análisis específico de las debilidades de Italia.

El factor clave era la intensa aplicación de la ciencia y la tecnología a la evolución militar que, en este periodo, estaba transformando los sistemas de armas en todos los servicios. Los aviones de caza, por ejemplo, estaban cambiando rápidamente de biplanos manejables (pero ligeramente armados y revestidos de tela) que podían volar a unos 300 km por hora en «monoplanos de duraluminio cargados con múltiples ametralladoras pesadas y un cañón, con la cabina blindada y depósitos de carburante que se cerraban por sí solos»[49], y que volaban hasta 650 km por hora y requerían motores mucho más potentes. Los bombarderos estaban cambiando, en las naciones que podían permitírselo, de bimotores de corta autonomía de vuelo en carísimos cuatrimotores capaces de llevar una enorme carga de hombres y de un radio de acción de más de 3000 km. Los buques de guerra después del tratado de Washington (por ejemplo, de la clase del *King George V*, el *Bismarck* y el *North Carolina*), eran mucho más veloces, estaban mejor acorazados y equipados, y tenían defensas antiaéreas mucho más eficaces que sus predecesores. Los nuevos portaaviones eran grandes, de tipos bien diseñados y con un poder de ataque muy superior al de los anticuados transportes de hidroaviones y al de los cruceros convertidos de los años veinte. Los constructores de tanques se estaban adelantando con modelos más pesados, mejor armados y mejor blindados que requerían unos motores mucho más potentes que los que habían impulsado a los prototipos experimentales ligeros de antes de 1935. Además, todos estos sistemas de armas empezaban a verse afectados por los cambios en las comunicaciones eléctricas, por las mejoras en los aparatos de navegación y en el equipo antisubmarino de detección, por los primeros equipos de radar y los de radio perfeccionados, que no solamente hacían que las nuevas armas fuesen mucho más caras, sino que complica-

ban también la manera de obtenerlas. ¿Se tenían bastantes máquinas-herramienta, calibradores e indicadores para pasar a estos modelos perfeccionados? ¿Podían las fábricas de armas y las centrales eléctricas atender a la creciente demanda? ¿Tenían bastante espacio disponible y bastantes mecánicos especializados? ¿Se atreverían a *interrumpir* la producción de modelos comprobados pero tal vez anticuados, esperando que se probasen y se fabricasen los nuevos tipos? Por último —y esto era crítico—, ¿qué relación guardaban estos desesperados esfuerzos de rearme con el estado de la economía de la nación, su acceso a los recursos tanto de ultramar como domésticos, a su capacidad de pagar el costo? Desde luego, estos dilemas no eran nuevos, pero ejercían sobre los que habían de tomar las decisiones en los años treinta una presión mucho más fuerte que en cualquier tiempo anterior.

Es en este contexto tecnológico-económico (así como en el diplomático) que pueden comprenderse mejor los variados sistemas de rearme de las grandes potencias en los años treinta. Hay muchas disparidades en la compilación de los totales anuales reales de los gastos de defensa por las naciones individuales en esta década, pero la tabla 27 puede servir de indicación imparcial de lo que estaba ocurriendo.

TABLA 27. Gastos de defensa de las grandes potencias, 1930-1938[50]
(en millones de dólares actuales)

	Japón	*Italia*	*Alemania*	*URSS*	*Reino Unido*	*Francia*	*EEUU*
1930	218	266	162	722	512	498	699
	183	351	452	707	333	524	570
	(356)	(361)	(620)	(303)	(500)	(805)	(792)
	[387]						
1934	292	455	709	3479	540	707	803
	(384)	(427)	(914)	(980)	(558)	(731)	(708)
	[427]						
1935	300	966	1607	5517	646	867	806
	(900)	(966)	(2025)	(1067)	(671)	(849)	(933)
	[463]						

1936	313 (440) [488]	1149 (1252)	2332 (3266)	2933 (2903)	892 (911)	995 (980)	932 (1119)
1937	940 (1621) [1064]	1235 (1015)	3298 (4769)	3446 (3430)	1245 (1283)	890 (862)	1032 (1079)
1938	1740 (2489) [1706]	746 (818)	7,415 (5807)	5429 (4527)	1863 (1915)	919 (1014)	1131 (1131)

Visto bajo esta luz comparativa, el problema italiano se hace más claro. Italia no había gastado mucho en armamentos, en términos absolutos, durante la primera mitad de los años treinta, aunque incluso entonces había necesitado invertir una proporción más elevada de su renta nacional en los servicios armados que probablemente todos los otros Estados a excepción de la URSS. Pero la prolongada campaña abisinia, coincidiendo con la intervención en España, hizo que aumentasen mucho los gastos entre 1935 y 1937.

Esta parte de los gastos de defensa italianos en aquellos años fue dedicada a operaciones actuales y no al esfuerzo de los servicios o de la industria de armamentos. Por el contrario, las aventuras en Abisinia y en España debilitaron gravemente a Italia, no sólo debido a las pérdidas en los campos de batalla, sino también que, cuanto más tiempo luchaba, más necesitaba importar —y pagar— materias primas estratégicas vitales, haciendo que las reservas del Banco de Italia se redujesen a casi nada en 1939. Incapaz de adquirir las máquinas herramienta y otros equipos necesarios para modernizar las Fuerzas Aéreas y el Ejército, el país se debilitó probablemente *todavía más* en los tres años anteriores a 1940. El Ejército tampoco fue ayudado por su propia reorganización, ya que el procedimiento de crear un 50% más de divisiones reduciendo simplemente cada una de ellas, de tres a dos regimientos, condujo a muchos ascensos de los oficiales, pero no a un verdadero aumento en eficacia. Las Fuerzas Aéreas, apoyadas (si puede decirse

así) por una industria que era *menos* productiva que la de 1915-1918, alardeaban de que tenían más de 8500 aviones; investigaciones ulteriores redujeron aquel total a 454 bombarderos y 129 cazas, pocos de los cuales habrían sido considerados como de primera clase por otras Fuerzas Aéreas[51]. Sin tanques o cañones antiaéreos adecuados, ni cazas rápidos, ni bombas eficaces ni portaaviones, ni radar, ni moneda extranjera, ni una logística conveniente, Mussolini lanzó a su país a otra guerra entre grandes potencias, en 1940, presumiendo que estaba ya ganada. En realidad, sólo un milagro o los alemanes podría evitar un desastre de proporciones épicas.

Al cargar el acento sobre las armas y los números, se ha prescindido, desde luego, de los elementos de liderazgo, calidad del personal y tendencia nacional al combate; pero lo triste era que, lejos de compensar las deficiencias materiales de Italia, aquellos elementos contribuían también a la debilidad relativa. A pesar del adoctrinamiento superficial fascista, nada había cambiado en la sociedad y en la cultura política italiana entre 1900 y 1930 para hacer que el Ejército fuese una carrera más atractiva para los varones inteligentes y ambiciosos; antes al contrario, su ineficacia colectiva, falta de iniciativa y preocupación por las perspectivas de la carrera personal eran aniquiladoras, y sorprendieron a los agregados y otros observadores militares alemanes. El Ejército no era un instrumento eficaz en manos de Mussolini; podía —y lo hacía a menudo— entorpecer sus deseos, ofreciendo innumerables razones de por qué había cosas que no podían hacerse. Su destino era ser arrojado, con frecuencia sin previa consulta, a conflictos donde *había* que hacer algo. Dominado por sus cautelosos y poco instruidos jefes, y careciendo del soporte de suboficiales experimentados, la tarea del Ejército en caso de una guerra entre grandes potencias era desesperada, y la Marina (a excepción de los emprendedores submarinos de bolsillo) no estaba en condiciones mucho mejores. Si el cuerpo de oficiales y las tripulaciones de la Regia Aeronáutica estaban mejor instruidos y entrenados, esto les servi-

ría de poco teniendo que volar todavía en aviones anticuados, cuyos motores sucumbían con las arenas del desierto, cuyas bombas eran inútiles y cuyo poder de fuego era lamentable. Tal vez no hace falta decir que no había jefes de comisiones del Estado Mayor, para coordinar planes entre los servicios o discutir (por no hablar de decidir) prioridades de defensa.

Por último, estaba el propio Mussolini, un estorbo estratégico de primer orden. No era, como se ha argüido, el líder todopoderoso, al estilo de Hitler, que se proyectaba como persona. El rey Víctor Manuel III se esforzaba en conservar sus prerrogativas y consiguió que buena parte de la burocracia y del cuerpo de oficiales se le mantuviesen fieles. El Papado era también, para muchos italianos, un centro de autoridad independiente y rival. Ni los grandes industriales ni los recalcitrantes campesinos estaban entusiasmados con el Régimen en los años treinta, y el propio Partido Nacional Fascista, o al menos sus jefes regionales, parecían más preocupados por la distribución de empleos que por la persecución de la gloria nacional[52]. Pero, aunque el régimen de Mussolini hubiese sido absoluto, la posición de Italia no habría mejorado, dada la tendencia de Il Duce a engañarse a sí mismo, a recurrir a la ampulosidad y la jactancia, su inclinación congénita a la mentira, su incapacidad de actuar y pensar con eficacia, y su incompetencia como gobernante[53].

En 1939 y 1940, los Aliados occidentales consideraron con frecuencia los pros y los contras de que Italia luchase en el bando alemán más que permanecer neutral. En general, los jefes de Estado Mayor británicos preferían que Italia no entrase en la guerra, para preservar la paz en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente; pero había poderosos argumentos en contrario que, vistos retrospectivamente, parecen haber sido correctos[54]. Raras veces se ha argüido, en la historia de los conflictos humanos, que la entrada de un adversario más perjudicaría al enemigo más que a uno mismo; pero la Italia de Mussolini era, al menos en este aspecto, única.

El desafío planteado al *statu quo* por el Japón era también de clase muy individual, pero tenía que ser tomado mucho más en serio por las Potencias establecidas. En el mundo de los años veinte y treinta, caracterizado fuertemente por prejuicios racistas y culturales, muchos occidentales tendían a prescindir de los japoneses como «hombrecillos amarillos»; sólo durante los devastadores ataques contra Pearl Harbor, Malasia y las Filipinas, se demostró lo tonto que era este tópico de un pueblo miope, canijo y atrasado[55]. La Marina japonesa se adiestraba bien, tanto para el combate diurno como para el nocturno y aprendía deprisa; sus agregados enviaban un continuo alud de información a los planificadores y diseñadores de barcos de Tokio. También las fuerzas aéreas navales y del Ejército estaban bien instruidas, disponiendo de gran número de pilotos competentes y tripulantes abnegados[56]. En cuanto al Ejército propiamente dicho, su resuelto y extremadamente patriótico cuerpo de oficiales estaba al frente de una fuerza imbuida del espíritu *bushido*; eran tropas formidables tanto en la guerra ofensiva como en la defensiva. El celo fanático que conducía al asesinato de ministros (presuntamente) débiles podía transformarse fácilmente en efectividad en el campo de batalla. Mientras otros ejércitos sólo hablaban de luchar hasta el último hombre, los soldados japoneses interpretaban literalmente la frase, y lo hacían.

Pero lo que distinguía a los japoneses de, digamos, los guerreros zulúes era que, en este período, los primeros poseían superioridad técnica y militar, así como pura bravura. El proceso de industrialización de antes de 1914 había sido enormemente alentado por la Primera Guerra Mundial, en parte debido a los contratos sobre municiones con los Aliados y a una fuerte demanda de barcos japoneses, y en parte a que sus propios exportadores podían penetrar en los mercados asiáticos a los que Occidente ya no podía abastecer[57]. Las importaciones y las exportaciones se triplicaron durante la guerra, la producción de acero y de cemento se dobló con exceso, y se realizaron grandes avances en las industrias eléc-

tricas y de productos químicos. A semejanza de lo ocurrido en los Estados Unidos, las deudas exteriores del Japón fueron liquidadas durante la guerra y Japón se convirtió en acreedor. También se convirtió en una nación importante en la construcción de barcos, botando 650 000 toneladas en 1919, comparadas con las 85 000 en 1914. Como demostró el World Economic Survey de la Sociedad de Naciones, la guerra había fomentado su producción manufacturera todavía más que la de los Estados Unidos, y la continuación de aquel crecimiento durante el período de 1919-1938 significó que sólo era superada por la Unión Soviética en su grado total de expansión (véase tabla 28).

TABLA 28. Índices anuales de producción manufacturera, 1913-1938[58]

(1913 = 100)

	Mundo	E. U.	Alemania	R. U.	Francia	URSS	Italia	Japón
1913	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
1920	93,2	122,2	59,0	92,6	70,4	12,8	95,2	176,0
1921	81,1	98,0	74,7	55,1	61,4	23,3	98,4	167,1
1922	99,5	125,8	81,8	73,5	87,8	88,9	108,1	197,9
1923	104,5	141,4	55,4	79,1	95,2	35,4	119,3	206,4
1924	111,0	133,2	81,9	87,8	117,9	47,5	140,7	223,3
1925	120,7	148,0	94,9	86,3	114,3	70,2	156,8	221,8
1926	126,5	156,1	90,0	78,8	129,8	100,3	162,8	264,9
1927	134,5	154,5	122,1	96,0	115,6	114,5	161,2	270,0
1928	141,8	162,8	118,3	95,1	134,4	143,5	175,2	300,2
1929	153,3	180,8	117,3	100,3	142,7	181,4	181,0	324,0
1930	137,5	148,0	101,6	81,3	139,9	235,5	164,0	294,9
1931	122,5	121,6	85,1	82,4	122,6	292,9	145,1	288,1
1932	108,4	93,7	70,2	82,5	105,4	326,1	123,3	309,1
1933	121,7	111,8	79,4	83,3	119,8	363,2	133,2	360,7

1934	136,4	121,6	101,8	100,2	111,4	437,0	134,7	413,5
1935	154,5	140,3	116,7	107,9	109,1	533,7	162,2	457,8
1936	178,1	171,0	127,5	119,1	116,3	693,3	169,2	483,9
1937	195,8	185,8	138,1	127,8	123,8	772,2	194,5	551,0
1938	182,7	143,0	149,3	117,6	114,6	857,3	195,2	552,0

En 1938, Japón no sólo se había hecho más fuerte económicamente que Italia, sino que también había alcanzado a Francia en todos los índices de producción manufacturera e industrial (véanse tablas 14-18). Si sus jefes militares no hubiesen entrado en guerra con China en 1937 y, más desastrosamente, en el Pacífico en 1941, nos sentiríamos tentados a concluir que también habría alcanzado a la producción británica mucho antes de como lo hizo a mediados de los años sesenta.

Esto no quiere decir que Japón hubiese superado sin esfuerzos todos sus problemas económicos, sino sólo que se estaba fortaleciendo mucho. Debido a su sistema bancario primitivo, no le había sido fácil ajustarse a su posición de nación acreedora durante la Primera Guerra Mundial, y su manejo de la oferta de dinero había causado una gran inflación, por no hablar de la «algarada del arroz» de 1919[59]. Al reanudar Europa su producción en tiempo de paz de tejidos, buques mercantes y otras cosas, sintió Japón la presión de la renovada competencia; el costo de sus artículos manufacturados, en esta fase, era aún generalmente más elevado que en Occidente. Además, una gran parte de la población japonesa seguía explotando la agricultura en pequeñas parcelas y estos grupos sufrían no sólo de las crecientes importaciones de arroz de Taiwán y Corea, sino también del colapso de la exportación vital de sedas cuando cesó la demanda norteamericana después de 1930. Tratar de aliviar estas desgracias mediante la expansión imperial fue siempre una tentación para los preocupados o ambiciosos políticos japoneses; la conquista de Manchuria, por ejemplo, significaba beneficios económicos además de ganancias militares. Por otra

parte, cuando se recobraron la industria y el comercio japonés durante los años treinta, en parte a través del rearme y en parte a través de la explotación de los mercados del Asia oriental cautiva, así aumentó su dependencia de las materias primas de importación (al menos a este respecto, se parecía a Italia). Al desarrollarse la industria japonesa del acero, se necesitaron mayores cantidades de hierro colado y de mineral de hierro de China y Malasia. Las producciones domésticas de carbón y de cobre eran también insuficientes para las necesidades de la industria, pero incluso esto era menos crítico que la casi total dependencia del país de los carburantes derivados del petróleo. La busca de la «seguridad económica»[60], evidentemente buena a los ojos de los fervientes nacionalistas y de los gobernantes militares, continuó siempre adelante, pero con diversos resultados.

A pesar —y, desde luego, en algunos aspectos a causa— de estas dificultades económicas, el Ministerio de Hacienda de Takahashi, estaba dispuesto a pedir desaforadamente dinero prestado a principios de los años treinta, con el fin de destinar una cantidad mayor a las fuerzas armadas, cuya parte en los gastos del Gobierno se elevó del 31% en 1931-1932 al 47% en 1936-1937[61]; cuando al fin se alarmó Takahashi ante las consecuencias económicas y trató de impedir ulteriores aumentos, fue prontamente asesinado por los militaristas, y los gastos en armamentos subieron en espiral. El año siguiente, las fuerzas armadas se llevaban el 70% de los gastos del Gobierno y, así, Japón gastaba más, en términos absolutos, que cualquiera de las mucho más ricas democracias. Gracias a esto, los servicios armados japoneses estaban en una posición mucho mejor que los de Italia a finales de los años treinta, y posiblemente también mejor que los de Francia y Gran Bretaña. La Marina Imperial japonesa, legalmente restringida por el tratado de Washington a poco más de la mitad de la Marina británica o de la norteamericana, era en realidad mucho más poderosa. Mientras las dos primeras potencias navales economizaban durante los años veinte y principios de los treinta, Japón construyó hasta los límites del

tratado y, en secreto, por encima de éstos. Sus cruceros pesados, por ejemplo, desplazaban casi 14 000 toneladas, en vez de las 5000 previstas en el tratado. Todos los grandes barcos de guerra japoneses eran rápidos y estaban fuertemente armados; sus viejos acorazados habían sido modernizados y, a finales de la década de 1930, se estaban construyendo los gigantescos navíos tipo Yamata, los mayores del mundo. Pero el elemento más importante, aunque los almirantes de los acorazados no se diesen perfectamente cuenta de ello, era el poderoso y eficaz servicio aéreo naval del Japón, con 3000 aparatos y 3500 pilotos, concentrados en los diez portaaviones de la flota, pero que disponía también de algunos bombarderos terriblemente eficaces y de escuadrillas portadores de torpedos, con base en tierra. Los torpedos japoneses eran de una potencia y una calidad sin igual. Por último, el país tenía también la tercera Marina mercante del mundo, aunque (curiosamente) la Armada descuidaba virtualmente la guerra submarina[62].

Gracias al reclutamiento, el Ejército japonés tenía fácil acceso a la fuerza humana y podía inculcar a sus reclutas sus tradiciones de obediencia absoluta y de máximo esfuerzo masivo. Si en años anteriores había mantenido limitado el volumen de su Ejército, su programa de expansión hizo que las 24 divisiones y las 54 escuadrillas de 1937 se convirtiesen en 51 divisiones en servicio activo y 133 escuadrillas en 1941. Además, había 10 divisiones fuera del servicio activo (para su instrucción) y un gran número de brigadas independientes y de tropas de guarnición, equivalentes, probablemente a otras 30 divisiones. Por consiguiente, Japón tenía, en vísperas de la guerra, un Ejército de más de un millón de hombres, respaldado por casi dos millones de soldados instruidos de reserva. No era fuerte en tanques, para los que ni el terreno ni los puentes de madera propios del Asia oriental eran adecuados, pero tenía una buena artillería móvil y estaba bien instruido para la lucha en la selva, el cruce de ríos y los desembarcos anfibios. Entre los 2000 aviones de primera línea del Ejército (y también entre los de la Marina) se encontraban los formidables cazas «Zero», tan

rápidos y manejables como los mejores que se producían en Europa en aquella época[63].

Por consiguiente, la efectividad militar del Japón era sumamente alta; pero no estaba libre de flaquezas. Las decisiones del Gobierno, en los años treinta eran desiguales y a veces incoherentes, por culpa de los choques entre las diversas facciones, las disputas entre civiles y militares y los asesinatos. Además, faltaban la coordinación debida entre el Ejército y la Marina, situación en modo alguno única, pero más peligrosa en el caso del Japón, ya que cada servicio pensaba en un enemigo y en una zona de operaciones diferente. Mientras la Marina preveía una guerra futura contra Gran Bretaña o los Estados Unidos, el Ejército tenía puestos los ojos exclusivamente en el continente asiático y en la amenaza de la Unión Soviética contra los intereses japoneses. Como el Ejército era mucho más influyente en la política y dominaba también el cuartel general imperial, sus puntos de vista prevalecían generalmente. Por esto no hubo una oposición eficaz, ni de la Marina ni del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuando el Ejército insistió, en 1937, en emprender una acción contra China después del artificioso incidente del Puente de Marco Polo. A pesar de una invasión en gran escala del norte de China, partiendo de suelo manchú, y de desembarcos a lo largo de la costa china, el Ejército japonés no pudo alcanzar una victoria decisiva. Aun perdiendo gran número de soldados, Chiang Kaishek, siguió luchando y retirándose tierra adentro, perseguido por las columnas de asalto y los aviones japoneses. El problema para el Cuartel General Imperial, más que las pérdidas ocasionadas por la campaña —es probable que el Ejército sólo sufriese unas 70 000 bajas—, era el enorme coste de una guerra tan extensa y no definitiva. A finales de 1937, había más de 700 000 soldados japoneses en China, número que fue aumentando continuamente (aunque la cifra de Willmott, de un millón y medio en 1938 parece exagerada)[64], sin conseguir jamás que los chinos se rindiesen. El «incidente de China», como lo llamaba Tokio, costaba ahora 5 millones de dólares diarios y causaba un au-

mento aún mayor en los gastos de defensa. En 1938, se introdujo el racionamiento y se tomaron una serie de medidas que llevaron virtualmente al Japón a una movilización de «guerra total». La deuda nacional subió a un ritmo alarmante, al pedir el Gobierno más y más créditos para pagar los enormes gastos de defensa.[65]

Lo que hacía que esta estrategia fuese aún más difícil de mantener eran las menguantes reservas japonesas de moneda extranjera y de materias primas, y su creciente dependencia de unos americanos, ingleses y holandeses que desaprobaban su conducta. Después de que las fuerzas hubiesen gastado grandes cantidades de carburante en las campañas de China, «se ordenó a las fábricas que lo redujesen en un 37%, a los barcos en un 15% y a los automóviles en un 65%»[66]. Esta situación era tanto más intolerable para los japoneses, cuanto que creían que las fuerzas de Chiang-Kai-shek podían mantener su resistencia gracias a los suministros occidentales, vía carretera de Birmania, Indochina francesa y otras rutas. Lógica e inexorablemente, creció la convicción de que Japón tenía que atacar hacia el Sur, tanto para aislar a China como para apoderarse del petróleo y de otras materias primas del sudeste de Asia, de las Indias Orientales holandesas y de Borneo. Ésta era, desde luego, la dirección que siempre había preconizado la Marina japonesa, y ahora, incluso el Ejército, a pesar de su gran preocupación por la Unión Soviética y sus extensas operaciones en China, se vio poco a poco obligado a reconocer que aquella acción era necesaria para garantizar la seguridad económica del Japón.

Esto condujo al problema más grave de todos. Dada la fuerza armada que habían acumulado a finales de los años treinta, los japoneses podían barrer fácilmente a los franceses de Indochina y a los holandeses de las Indias Orientales. Incluso al Imperio británico le habría resultado difícil enfrentarse al Japón, tal como confesaron en secreto los planificadores estratégicos de Whitehall durante la década de 1930, y cuando estalló la guerra en Europa, una plena dedicación británica al Extremo Oriente habría sido imposible. Pero una cuestión muy distinta era que los japoneses tuviesen

que hacer la guerra contra Rusia o contra los Estados Unidos. Por ejemplo, en los prolongados y sangrientos choques fronterizos con el Ejército Rojo alrededor de Nomonhan, entre mayo y agosto de 1939, el Cuartel General Imperial se alarmó ante la clara superioridad de la Artillería y la Aviación soviéticas, y ante el poder de fuego de los mucho más grandes tanques rusos[67]. Con el Ejército de Kwantung (Manchuria) contando con sólo la mitad del número de divisiones que los soviéticos habían situado en Mongolia y Siberia, y con numerosas fuerzas cada vez más atascadas en China, incluso los oficiales más extremistas reconocieron que había que evitar la guerra contra la URSS, al menos hasta que las circunstancias internacionales fuesen más favorables.

Pero, si una guerra en el Norte pondría de manifiesto las limitaciones del Japón, ¿no ocurriría lo mismo en el Sur, si se corría el riesgo de una intervención de los Estados Unidos? Y la administración Roosevelt, que tan enérgicamente desaprobaba las acciones japonesas en China, ¿se mantendría impávida mientras Tokio se apoderaba de las Indias Orientales holandesas y de Malasia, escapando así a la presión económica americana? El «embargo moral» sobre las exportaciones de materiales aeronáuticos en junio de 1938, la derogación del tratado comercial norteamericano-japonés en el año siguiente y, sobre todo, la prohibición de las exportaciones de petróleo y mineral de hierro por los ingleses, los holandeses y los norteamericanos, después de apoderarse los japoneses de Indochina en julio de 1941, dejaron bien claro que la «seguridad económica» sólo podría lograrse al precio de una guerra con los Estados Unidos. Pero los Estados Unidos tenían casi el doble de población que el Japón y *diecisiete* veces su renta nacional, producía cinco veces más acero y siete carbón, y fabricaba ochenta veces más vehículos de motor todos los años. Su potencial industrial, incluso en un año malo como 1938, era siete veces mayor que el de Japón[68], proporción que podía aumentar a nueve o diez veces en pocos años. Incluso dando por seguro el alto nivel del fervor patriótico japonés y el recuerdo de sus extraordinarios

triunfos contra adversarios más grandes en 1895 (China) y en 1905 (Rusia), lo que ahora proyectaba el Japón rayaba en lo increíble… y lo absurdo. Ciertamente, para estrategas tan sensatos como el almirante Yamamoto, un ataque contra un país tan poderoso como los Estados Unidos parecía una locura, especialmente cuando quedó claro que la mayor parte del Ejército japonés tendría que permanecer en China; sin embargo, no atacar a los Estados Unidos después de julio de 1941 dejaría al Japón expuesto al chantaje económico occidental, lo cual resultaba también una idea intolerable. Incapaces de echarse atrás, los Jefes militares japoneses se prepararon para el ataque[69]

En los años veinte, Alemania parecía ser, con mucho, la más débil y agobiada de las grandes potencias que no se sentían satisfechas con los arreglos territoriales y económicos de posguerra. Atada por las cláusulas militares del tratado de Versalles, cargada con la necesidad de pagar reparaciones, limitada estratégicamente por la transferencia de regiones fronterizas a Francia y a Polonia, y agitada interiormente por la inflación, las tensiones de clase y la correspondiente volubilidad y confusión del electorado y de los partidos, Alemania carecía en absoluto de la libertad de acción en asuntos extranjeros de que gozaban Italia y Japón. Aunque las cosas habían mejorado en gran manera a finales de los años veinte, como consecuencia de la prosperidad general y de los éxitos de Stresemann en reforzar la posición de Alemania por la diplomacia, el país era todavía una gran potencia «medio libre» y políticamente agitada cuando las crisis financiera y comercial de 1929-1933 arruinaron su ya precaria economía y su mal considerada democracia de Weimar[70].

Si el advenimiento de Hitler transformó la posición de Alemania en Europa en unos años, es importante recordar los puntos que hemos sentado anteriormente: que virtualmente todos los alemanes eran «revisionistas» en mayor o menor grado y que gran parte del primitivo programa nazi de política exterior representaba una *continuidad* con las pasadas ambiciones de los nacionalistas

alemanes y de las suprimidas fuerzas armadas; que los arreglos fronterizos de 1919-1922 en Europa del centro y del este eran considerados insatisfactorios por otras muchas naciones y grupos étnicos, que exigían cambios mucho antes de que los nazis subiesen al poder y estaban dispuestos a unirse a Berlín para enmendarlos; que Alemania, a pesar de sus pérdidas en territorio, población y materias primas, conservaba potencial industrial para ser la fuerza europea, y que los equilibrios internacionales necesarios para contener un resurgimiento de la grandeza alemana eran ahora muy diferentes y estaban mucho menos coordinados que antes de 1914. Es indudable que Hitler consiguió muy pronto éxitos extraordinarios en su plan para mejorar la posición diplomática y militar de Alemania, pero también está claro que muchas circunstancias existentes favorecieron su desaforada explotación de las oportunidades[71].

La «especialidad» de Hitler, en lo que concierne a los temas tratados de este libro, tiene dos aspectos. El primero es la naturaleza peculiar intensa y maníaca de la Alemania nacionalsocialista que pretendía crear: una sociedad racialmente «purificada» por la eliminación de judíos, gitanos y cualquiera otros elementos presuntamente no teutónicos; un pueblo entregado en mente y alma al apoyo del régimen, que sustituiría a las antiguas lealtades de clase, religión, región y familia; una economía movilizada y controlada con el fin de extender *Deutschtum* cuándo y dónde decretase el líder que era necesario, y contra las grandes potencias, por muchas que fuesen; una ideología de fuerza y lucha y odio, que se regocijase aplastando a los enemigos y desdeñase toda idea de compromiso[72]. Dado el volumen y la complejidad de la sociedad alemana del siglo XX, es inútil observar que era una visión irreal: había «límites al poder de Hitler»[73] en todo el país; había individuos y grupos de interés que le apoyaron en 1932-1933 e incluso hasta 1938-1939, pero con decreciente entusiasmo, y sin duda, aparte de todos los que se oponían abiertamente al régimen, había otros muchos que desarrollaban una resistencia mental interior. Pero, a pesar de es-

tas excepciones, era también indudable que el régimen nacionalsocialista era inmensamente popular y —aún más importante— absolutamente indiscutido en su disposición de los recursos nacionales. Con una cultura política fundada en la guerra y la conquista y una anatomía política deformada hasta el punto de que, en 1938, el 52% de los gastos del Gobierno y nada menos que el 17% del producto nacional bruto era invertido en armamentos, Alemania seguía un camino diferente del de cualquiera de los otros Estados europeos. Ciertamente, en el año de Munich, Alemania gastaba más en armas que Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, juntos. En la medida en que el aparato estatal podía concentrarlas, todas las energías nacionales alemanas, estaban siendo movilizadas para una nueva lucha[74].

El segundo aspecto importante del rearme alemán era el estado espantosamente precario de la economía nacional durante aquella expansión. Como se ha observado antes, tanto la economía italiana como la japonesa se encontraron con problemas parecidos a finales de los años treinta, y lo propio les ocurriría a Francia y a Gran Bretaña cuando tratasen de responder al fantástico ritmo de la carrera de armamentos. Pero en ninguno de estos países fue el incremento de las fuerzas armadas tan repentino como en Alemania. En enero de 1933, su Ejército tenía que estar legalmente reducido a no más de 100 000 hombres, aunque mucho antes de la subida de Hitler al poder tenían los militares planes secretos para aumentar la fuerza de siete divisiones hasta veintiuna, de la misma manera que habían preparado secretamente el restablecimiento de una fuerza aérea, y formación de tanques y otros elementos prohibidos por el tratado de Versalles. La instrucción general de Hitler a Von Fritsch, en febrero de 1933, de «crear un Ejército de la mayor fuerza posible»[75] fue, simplemente, tomada por los organizadores como autorización para poner en práctica el anterior proyecto, libre al fin de restricciones financieras y de poder humano. Sin embargo, en 1935 se anunció el reclutamiento obligatorio y el Ejército aumentó hasta treinta y seis divisiones. En 1938, con la

adición de las unidades austriacas y de la Policía Militar de Renania, la creación de divisiones acorazadas y la reorganización de la Landwehr elevaron todavía más aquella cifra. En el período crítico de finales de 1938, el Ejército tenía un total de cuarenta y dos divisiones en activo, ocho de reserva y veintiuna de Landwehr; el verano siguiente, cuando empezó la guerra, las fuerzas en campaña del Ejército alemán se componía de 103 divisiones, un aumento de treinta y dos en un año[76]. La expansión de la Luftwaffe fue todavía mayor y más rápida. La producción alemana de sólo treinta y seis aviones en 1932 se elevó a 1938 en 1934 y a 5112 en 1936, y las veintiséis escuadrillas de servicio (instrucción de julio de 1933) se elevaron a 302 escuadrillas, con más de 4000 aviones de primera línea, al principio de la guerra[77]. Si la Marina era menos imponente en su volumen, esto se debió en gran manera al hecho de que (como había descubierto Tirpitz) la creación de una poderosa flota de combate requería al menos de una a dos décadas. Sin embargo, en 1939, el almirante Raeder mandaba numerosos buques de guerra rápidos y modernos, y la Marina tenía un personal cinco veces mayor que el que poseía en 1932 y gastaba doce veces más de antes de que Hitler subiese al poder[78]. En el mar, como en tierra y en el aire, el programa de rearme alemán tendía a alterar el equilibrio de poder lo antes posible.

Si todo esto parecía imponente desde el exterior, era decididamente poco sólido visto desde dentro. Los golpes recibidos por la economía alemana a causa de los arreglos territoriales de Versalles, la gran inflación de 1923, el pago de reparaciones y la dificultad de volver a entrar en los mercados extranjeros de antes de 1914, significaron que sólo, en 1927-1928, pudo la producción alemana igualar a la alcanzada antes de la Primera Guerra Mundial. Pero esta recuperación fue pronto arruinada por la gran crisis económica de los años siguientes, que afectó a Alemania más gravemente que a la mayoría de los otros países; en 1932, la producción industrial fue sólo el 58% de la de 1928, las exportaciones y las importaciones se habían reducido a menos de la mitad, el pro-

ducto nacional bruto había descendido de 89 mil millones a 57 mil millones de reichsmarks, y el desempleo había aumentado de 1,4 a 5,6 millones de parados[79]. La primitiva popularidad de Hitler se debía en gran parte al hecho de que los amplios programas de construcción de carreteras, la electrificación y la inversión industrial habían reducido los totales de desempleo incluso antes de que el servicio militar obligatorio hiciese el resto[80]. Sin embargo, en 1936, la recuperación económica estaba siendo cada vez más afectada por los fantásticos gastos en armamentos. A corto plazo, estos gastos fueron otro aliciente oficial cuasikeynesiano para la inversión de capitales y el crecimiento industrial. Pero, a medio, por no decir a largo plazo, las consecuencias económicas fueron espantosas. Probablemente, sólo la economía de los Estados Unidos hubiese podido soportar, sin grandes dificultades, la tensión producida por este grado de gastos en armas; la economía alemana, ciertamente, no podía.

El primer problema grave, poco percibido por los observadores extranjeros de la época, fue la estructura por completo caótica de la toma de decisiones nacionalsocialista, algo que parece que Hitler fomentó con el fin de conservar la autoridad suprema. A pesar de las declaraciones del Plan Cuatrienal, no había un programa nacional coherente para relacionar el aumento de armamentos con la capacidad económica de Alemania y para determinar prioridades entre los servicios; Goering, nominalmente encargado del plan, era un administrador incapaz. En cambio, cada rama proseguía su propia expansión a toda velocidad, sentando nuevos (y a menudo absurdos) objetivos y compitiendo por las necesarias asignaciones de capital a invertir y, especialmente, de materias primas. Sin duda, la situación habría sido todavía más caótica si el Gobierno no hubiese impuesto severos controles sobre el trabajo, obligando a la industria privada a reinvertir sus beneficios en manufacturas aprobadas por el Estado y, a través de elevados impuestos, préstamos para cubrir el déficit, control de los salarios y del consumo personal, no hubiese forzado también que una parte cre-

ciente del producto nacional se invirtiese en capital para la industria de armas. Pero incluso cuando los gastos del Gobierno se elevaron al 33% del PNB en 1938 (y muchas inversiones «privadas» se hicieron realmente entonces por exigencia del Estado), los recursos fueron insuficientes para atender las grandes y a veces megalomaníacas demandas de los servicios armados. Si se hubiese construido la flota del Plan Z para la Marina alemana, se habrían necesitado 6 millones de toneladas de fuel-oil (igual a todo el consumo de Alemania en 1938); el plan de la Luftwaffe para tener 19 000 (?) aviones de primera línea y de reserva en 1942 habría requerido «el 85% de la existente producción mundial de petróleo»[81]. Mientras tanto, cada servicio luchaba por tener una mayor proporción de trabajadores especializados, acero, rodamientos a bolas, petróleo y otros materiales estratégicos vitales.

Por último, este frenético aumento de armamentos chocaba con la aguda dependencia de Alemania de materias primas importadas. Rico solamente en carbón, el Reich necesitaba grandes cantidades de mineral de hierro, cobre, bauxita, níquel, petróleo, caucho y otros muchos materiales de los que dependían la industria moderna y los modernos sistemas de armas[82]. En contraste con él, los Estados Unidos, el Imperio británico y la Unión Soviética estaban todos ellos bien abastecidos en todos estos aspectos. Antes de 1914, Alemania había pagado estas importaciones con el producto de sus grandes exportaciones de artículos manufacturados; en los años treinta, esto ya no era posible, dado que la industria alemana estaba siendo ahora dirigida hacia la producción de tanques, cañones y aviones para el consumo de la Wehrmacht. Además, los costos de la Primera Guerra Mundial y de las subsiguientes reparaciones, junto con el colapso del comercio de exportación tradicional, habían dejado virtualmente a Alemania sin una sola moneda extranjera; en 1938, poseía solamente el 1% de las reservas de oro y financieras mundiales, comparado con el 54% de los Estados Unidos y el 11% de Francia y de Gran Bretaña[83]. De aquí el estricto régimen de controles monetarios, convenios a base de trueques

y otros «tratos» especiales instituidos por las agencias del Reich para pagar importaciones vitales sin transferir oro o monedas. De aquí, también, los tan proclamados esfuerzos por librarse de aquella dependencia mediante la producción de sustitutos sintéticos (petróleo, abonos, etc.) bajo el Plan Cuatrienal. Todas estas cosas servían de ayuda, pero ninguna de ellas, ni siquiera todas juntas, podían satisfacer las demandas de la fabricación de armas. Esto explica las repetidas crisis dentro de la industria alemana de armamentos, al agotarse las reservas nacionales de materias primas y los fondos para pagar nuevos suministros. En 1937, Raeder advirtió que habría que suspender toda la construcción naval, a menos que se obtuviesen más materiales. Y en enero de 1939, el propio Hitler ordenó reducciones masivas en las asignaciones de acero, cobre, caucho y otros materiales a la Wehrmacht, mientras la economía entablaba una «batalla de exportación» para conseguir divisas extranjeras[84].

Lo dicho tuvo tres consecuencias en el poder y la política alemanes. La primera fue que Alemania no era, en 1938-1939, tan fuerte como pretendía Hitler y temían las democracias occidentales. El Ejército, que alardeaba de tener una fuerza de 2,75 millones de hombres al empezar la guerra, contenía un pequeño número de divisiones móviles y bien armadas y una larga cola de divisiones de reserva mal equipadas; los oficiales y suboficiales experimentados se veían casi incapaces de instruir a una masa semejante de soldados bisoños. Las reservas de municiones eran escasas. Incluso las famosas unidades Panzer tenían menos tanques que Inglaterra y Francia, entre las dos, al romperse las hostilidades. La Marina, que estaba proyectando una guerra para mediados de los años cuarenta, se calificaba ella misma de «inadecuadamente armada para el gran conflicto con Gran Bretaña»[85], un calificativo justo en lo que respecta a los barcos de superficie, aunque los submarinos ayudarían a restablecer el equilibrio. En cuanto a la Luftwaffe, era fuerte principalmente porque sus enemigos eran crónicamente débiles, pero sufría siempre de falta de reservas y de servicios de

apoyo. En las crisis internacionales de finales de los años treinta, nunca había sido tan poderosa como se imaginaban sus adversarios, y tanto su industria de construcción de aviones como sus tripulaciones habían encontrado muy difícil ajustarse a la «segunda generación» de aviones. Por ejemplo, el número de tripulaciones aéreas «plenamente operacionales» era mucho menor que las que se definieron como de «primera línea» durante la crisis de Munich, y la idea misma de bombardear Londres y convertirla en cenizas resultaba absurda[86].

Sin embargo, sería erróneo mostrarse en todo de acuerdo con la reciente bibliografía revisionista sobre la falta de preparación de Alemania para la guerra en 1939. A fin de cuentas, l3 efectividad militar es relativa. Pocos servicios armados, si es que hay alguno, proclaman que todas sus necesidades son satisfechas, y los puntos flacos alemanes tienen que medirse en relación con los de sus enemigos. Si lo hacemos así, el panorama parece mucho más favorable para Berlín, especialmente debido a la eficacia de sus servicios armados *en doctrina operacional: su* Ejército estaba preparado para concentrar sus fuerzas de tanques y dejarles después la iniciativa en el campo de batalla, manteniéndose en contacto por radio; su fuerza aérea, a pesar de las tendencias hacia misiones «estratégicas», estaba instruida para prestar ayuda a los avances del Ejército; su flota de submarinos, aunque pequeña, era flexible en su táctica. Todo esto era una importante compensación de, digamos, las escasas reservas de caucho[87].

Ello nos lleva a la segunda consecuencia. Debido a que las fuerzas alemanas se habían rearmado tan rápidamente que habían puesto en grave tensión a la economía, Hitler sentía la fuerte tentación de recurrir a la guerra para obviar aquellas dificultades económicas. Como sabía muy bien, la anexión de Austria había traído consigo no solamente otras cinco divisiones de soldados, algunas minas de hierro y algunos campos petrolíferos y una considerable industria metalúrgica, sino también 200 millones de dólares en oro y reservas de divisas extranjeras[88]. La región de los Sudetes

era menos útil económicamente (aunque tenía depósitos de carbón) y, a principios de 1939, la posición del Reich era crítica en lo tocante a divisas extranjeras. Por consiguiente, no es de extrañar que Hitler tuviese puesto el ojo en el resto de Checoslovaquia y se apresurasen en ir a Praga en marzo de 1939 para examinar el botín una vez realizada la ocupación. Aparte del oro y el dinero que había en el Banco nacional checo, los alemanes se apoderaron también de grandes cantidades de minerales y metales, que fueron rápidamente utilizados para ayudar a la industria alemana; mientras que la importante y provechosa industria checa de armas podía ser ahora explotada para obtener divisas, mediante la venta (o el trueque) de sus productos a clientes de los Balcanes. También fueron requisados los aviones, tanques y armas del importante Ejército checo, en parte para equipar a nuevas divisiones alemanas y en parte para venderlos a cambio de divisas extranjeras. Todo esto, junto con la producción industrial de Checoslovaquia, fue un gran refuerzo para el poder alemán en Europa y permitió que continuase el febril (aunque llevado adelante día a día) programa de rearme de Hitler… hasta la próxima crisis. Como señaló Tim Mason, «la única "solución" de que disponía el régimen para aliviar las tensiones estructurales y las crisis producidas por la dictadura y el rearme era aumentar la dictadura y el rearme… Una guerra para apoderarse de hombres y materiales era lo adecuado en la terrible lógica del desarrollo económico alemán bajo el nacionalsocialismo»[89].

La tercera consecuencia —y problema— era ésta: ¿Hasta dónde podía llegar Alemania en esta política de conquista y pillaje sin extenderse demasiado? Una vez llevado adelante el rearme inicial alemán y equipados sus ejércitos con armas modernas, el plan de dominar a vecinos débiles y ganar nuevos territorios, materias primas y dinero, parecía prometedor; en abril y mayo de 1939, estuvo claro que Polonia sería la próxima fase. Pero, aunque este país pudiese ser rápidamente conquistado, ¿sería Alemania capaz de enfrentarse con Francia y Gran Bretaña, es decir, entablar una

guerra que podía ser mucho más amenazadora para una economía de la Gran Alemania, todavía dependiente en alto grado de materias primas importadas? Las pruebas sugieren que, si bien estaba dispuesto a correr el riesgo de luchar contra las democracias occidentales en 1939, Hitler esperaba que se echarían atrás una vez más y le permitirían otra guerra limitada de pillaje, sólo contra Polonia, lo cual ayudaría a su vez a la economía alemana a preparar su primera guerra como gran potencia, a mediados de los años cuarenta[90]. Dados el debilitado poder económico y estratégico de Francia y de Gran Bretaña y las vacilaciones de sus líderes políticos en 1939, incluso una lucha prematura contra estas potencias pudo haber parecido digna de correr el riesgo; aunque las operaciones militares llegasen a puntos muertos como en la guerra de 1914-1918, la ventaja inicial de Alemania en armamentos modernos se desgastaría probablemente con mucha más lentitud que entonces. La victoria del Führer y su régimen sería, sin embargo, mucho más problemática, si los Estados Unidos prestasen ayuda a los Aliados o si las operaciones se propagasen a Rusia, donde la extensión del país implicaba una lucha larga y agotadora que pondría a prueba la resistencia económica.

Por otra parte, si el régimen nazi vivía de la conquista y Hitler se sentía impulsado de una rapiña a la siguiente, ¿cómo y dónde podría detenerse? La pura lógica de su megalomanía implicaba que ningún otro Estado podía ser un rival para Alemania en Europa y, posiblemente, en el mundo. Sólo por este medio serían aplastados sus enemigos, resuelto el «problema judío» y establecido sobre una base firme el Reich de los Mil Años[91]. A pesar de todas las líneas de continuidad, el Führer alemán era muy diferente de sus predecesores al estilo de Federico y de Bismarck en sus fantásticos planes para el poder mundial y su absoluto desprecio de todos los obstáculos que se interpusiesen en su camino. Impulsado, tanto por estas ambiciones locas a largo plazo como por la necesidad de escapar a las crisis a plazo breve, Hitler, como los japoneses, estaba resuelto a alterar el orden internacional lo antes posible.

FRANCIA Y GRAN BRETAÑA

La posición de Francia y de Gran Bretaña frente a la tormenta que se avecinaba era de agudas y crecientes dificultades. Aunque había importantes diferencias entre ellas, ambas eran democracias liberalcapitalistas que se habían visto gravemente perjudicadas por la guerra, que eran incapaces (a pesar de todos sus esfuerzos) de volver de manera sustancial a la rosada economía política eduardina que recordaban, que se sentían bajo la fuerte y creciente presión del movimiento obrero en el interior y que poseían una opinión pública ansiosa de evitar otro conflicto y terriblemente preocupada por los problemas «sociales» domésticos, más que por los asuntos extranjeros. Esto no quiere decir en modo alguno que la diplomacia de Londres y la de París fuesen idénticas; debido a sus posiciones geográfico-estratégicas absolutamente diferentes, y a las presiones variables que tenían que soportar sus respectivos Gobiernos, las dos democracias discrepaban con frecuencia sobre la manera de abordar el «problema alemán»[92]. Pero, si discutían sobre los medios, ambas estaban de acuerdo en el fin; en los agitados años de después de 1919, Francia y Gran Bretaña eran indudablemente potencias partidarias del *statu quo*.

A principios de los años treinta, era Francia quien parecía la más fuerte e influyente, al menos en el importantísimo escenario europeo. A lo largo de aquellos años, poseía el segundo ejército más numeroso entre las grandes potencias (después de la Unión Soviética) y también la segunda fuerza aérea (también aquí, el total de Rusia era mayor). Diplomáticamente, tenía una enorme influencia, especialmente en Ginebra y en la Europa del Este. Había sufrido graves apuros económicos en los años que siguieron inmediatamente a 1919, cuando el franco tuvo que reajustarse a los desagradables hechos de que ya no podía confiar en los subsidios angloamericanos y de que las reparaciones alemanas serían mucho menos de lo que se había esperado. Pero la estabilización de la moneda por Poincaré en 1926 encontró a la industria francesa en

medio de un notable auge; la producción de hierro colado se elevó de 3,4 millones de toneladas en 1920 a 10,3 millones en 1929; la de acero, de 3 a 9,7 millones; la de automóviles, de 40 000 a 254 000, mientras que los productos químicos y eléctricos y los tintes se habían librado de la dominación alemana de antes de la guerra. La favorable estabilización del franco favoreció al comercio francés, y las grandes reservas de oro del Banco de Francia le dieron gran influencia en toda la Europa Central y del Este. Incluso cuando se produjo la «Gran Crisis», Francia pareció la menos afectada, en parte debido a sus reservas de oro y a su divisa ventajosamente situada, y en parte porque la economía francesa dependía del mercado internacional menos que, digamos, Gran Bretaña[93].

Sin embargo, después de 1933, la economía francesa empezó a derrumbarse de una manera continua, sistemática, espantosa. Los vanos intentos de evitar una devaluación del franco, cuando todos los otros países comerciales importantes se habían «salido» del patrón oro, significaron que las exportaciones francesas fueron cada vez menos competitivas, y su comercio exterior se derrumbó: «las importaciones bajaron un 60% y las exportaciones un 70%»[94]. Después de algunos años de parálisis, la decisión de provocar una fuerte deflación descargó un golpe contra el ya flojo sector industrial francés, que se vio más perjudicado cuando el gobierno del Frente Popular, en 1936, impuso la semana laboral de cuarenta horas y un aumento de salarios. Aquella acción y la fuerte devaluación del franco en octubre de 1936 aceleraron la ya enorme salida de oro de Francia, dañando gravemente su crédito internacional. En el sector agrícola, en el que trabajaba todavía la mitad de la nación francesa y cuyo rendimiento era todavía el menos eficaz de Europa occidental, el exceso de producción mantenía bajos los precios y empeoraba la ya baja renta per cápita, tendencia acelerada por la vuelta a los pueblos de aquellos que perdían sus empleos en la industria; la única ventaja (aunque dudosa) de este regreso al campo era que, como en Italia, disfrazaba el verdadero nivel de

desempleo. La construcción de viviendas disminuyó dramáticamente. Las industrias más nuevas, como la del automóvil, se estancaron en Francia cuando se estaban recobrando en los demás países. En 1938, el franco estaba solamente al 36% de su nivel de 1928, la producción industrial francesa era sólo el 83% de lo que había sido una década antes, la de acero había bajado al 64% y la construcción al 61%. Tal vez lo más espantoso —en vista de sus implicaciones en el *poder* de Francia— era que la renta nacional, en el año de Munich, era un 18% menor que la de 1929[95], y esto ante una Alemania terriblemente más poderosa y en una época en que el rearme masivo era vital.

Por consiguiente, sería muy fácil explicar el colapso de la eficacia militar francesa en los años treinta en términos puramente económicos. Ayudada por la relativa prosperidad de finales de los veinte y preocupada por el rearme clandestino alemán, Francia había aumentado fuertemente sus gastos de defensa (especialmente en el Ejército) en los presupuestos de 1929-1930 y 1930-1931. Se alejaron las falsas esperanzas puestas en las conversaciones de desarme de Ginebra, seguidas de los efectos de la depresión: ambas cosas se habían dejado sentir. En 1934, los gastos de defensa representaban todavía el 4,3% de la renta nacional, como en 1930-1931, pero la suma absoluta era de más de 4 millones menos, ya que la economía se estaba hundiendo tan deprisa[96]. Aunque el Gobierno del Frente Popular de Léon Blum trató de invertir esta decadencia en los gastos por armas, hubo que esperar a 1937 para que se superasen los de 1930, y la mayor parte de aquel aumento se invirtió en reparar las deficiencias más evidentes en el Ejército de campaña y en mejorar las fortificaciones. Por consiguiente, en aquellos años críticos, Alemania marchó en cabeza, tanto económica como militarmente:

> Francia se había puesto detrás de Gran Bretaña y de Alemania en la producción de automóviles; había pasado al cuarto lugar en la fabricación de aviones, del primer lugar al cuarto en menos de una década; su producción de

acero había aumentado en un mísero 30% entre 1932 y 1937, en comparación con el 300% de aumento de la industria alemana; su producción de carbón experimentó un significativo descenso en el mismo período, circunstancia que se explica en gran parte por la devolución de las minas del Sarre a principios de 1935 y el consiguiente aumento de la producción alemana[97].

Con esta rápida debilitación de su economía, y con los pagos de deudas y el desembolso por pensiones de la guerra de 1914-1918 representando la mitad del gasto público total, era imposible que Francia reequipase satisfactoriamente a sus tres fuerzas armadas, incluso cuando, como en 1937 y 1938 gastó en defensa más del 30% de su presupuesto. Irónicamente, la desagradecida Marina francesa era, probablemente, la mejor abastecida, y poseía una flota bien equilibrada y moderna en 1939, que le serviría de poco para contener un ataque alemán por tierra. De todos los servicios, el afectado más negativamente era la Fuerza Aérea francesa, que carecía continuamente de fondos y con la que se ganaba a duras penas la vida la pequeña y desparramada industria aeronáutica, produciendo sólo cincuenta o setenta aviones al mes entre 1933 y 1937, aproximadamente una décima parte del total de Alemania. Por ejemplo, en 1937, Alemania construyó 5606 aviones, mientras que Francia produjo solamente 370 (o 743, según la fuente de información que se emplee)[98]. Sólo en 1938 empezó el Gobierno a verter dinero en la industria aeronáutica, produciendo así los inevitables atascos inherentes a una expansión demasiado repentina, por no hablar de las dificultades de diseño y de vuelo, causada por el cambio a unos aparatos más nuevos y de alto rendimiento. Así, los primeros 80 de los prometedores 520 cazas «Dewoitine» no fueron aceptados por la Fuerza Aérea hasta enero-abril de 1940, y sus pilotos estaban sólo empezando a hacer prácticas con aquellos aviones cuando estalló la Blitzkrieg[99].

Pero, según reconocen la mayoría de los historiadores, detrás de estas dificultades económicas y de producción, había proble-

mas políticos y sociales más profundos. Impresionada por las pérdidas de la Gran Guerra, deprimida por repetidos golpes y contratiempos económicos, dividida por cuestiones de clase e ideológicas que se intensificaban al luchar inútilmente los políticos con los problemas de la devaluación, de la deflación, de la semana de cuarenta horas, de los mayores impuestos y del rearme, la sociedad francesa fue testigo de un grave colapso de la moral y la cohesión públicas a medida que avanzaban los años treinta. El auge del fascismo en Europa, lejos de producir una *union sacrée*, había causado —al menos en los tiempos de la guerra civil— nuevas divisiones entre la opinión francesa, con la extrema derecha prefiriendo Hitler a Blum (según decía una canción popular) y con muchos elementos de la izquierda mostrándose contrarios, tanto de la elevación de los gastos de armamento, como de la propuesta derogación de la semana de cuarenta horas. Estos choques ideológicos se combinaban con la volubilidad de los partidos y la inestabilidad crónica de los Gobiernos franceses entre las dos guerras (veinticuatro cambios entre 1930 y 1940) para dar la impresión de una sociedad a veces al borde de la guerra civil. Como mínimo, era a duras penas capaz de aguantar las audaces maniobras de Hitler y las distracciones de Mussolini[100].

Como en frecuentes ocasiones anteriores en la política francesa, todo esto afectaba a las relaciones cívico-militares y al prestigio del Ejército en la sociedad[101]. Pero aparte del ambiente general de recelo y de tristeza en que tenían que operar los líderes de Francia, existía toda una serie de puntos flacos específicos. No había ningún organismo, como el Comité de Defensa Imperial o el Subcomité de Jefes de Estado Mayor en Gran Bretaña, para enlazar las ramas militares y no militares del Gobierno para la planificación estratégica de un camino sistemático, o incluso para coordinar las opiniones de los servicios rivales. Los principales personajes del Ejército, como Gamelin, Georges, Weygand y (en segundo término) Pétain, eran hombres de sesenta o setenta años, de mentalidad defensiva, cautelosos y nada interesados en innovaciones tác-

ticas. Rechazando de plano las proposiciones de De Gaulle para un ejército más pequeño, modernizado y a base de tanques, no intentaban encontrar maneras alternativas de emplear las nuevas armas de guerra. No se practicaba la política de armas combinadas. Se ignoraban los problemas de control de combate y de comunicaciones (por ejemplo, por radio). El papel de la aviación era menospreciado. Aunque el servicio de información daba muchísimos datos sobre lo que pensaban los alemanes, se prescindía totalmente de ello; había una manifiesta incredulidad sobre la eficacia de emplear formaciones blindadas a gran escala, como estaban haciendo los alemanes en sus maniobras, y todos los ejemplares de traducciones de *Achtung Panzer* de Guderian, enviadas a todas las bibliotecas militares de Francia, se quedaron allí sin que nadie los leyese[102]. Esto significó que, incluso cuando la industria francesa fue galvanizada para producir considerables cantidades de tanques —muchos, como el «SOMUA-35», de excelente calidad—, no existía una doctrina adecuada sobre su uso[103]. Dados estos fallos en el mando y en la instrucción, el Ejército francés encontraría sumamente difícil compensar el malestar sociopolítico del país y la decadencia económica, si estallaba otra gran guerra.

Ni podían estas flaquezas ser superadas, como había sido el caso antes de 1914, por éxitos de la diplomacia francesa y por una estrategia de alianzas ventajosas. Antes al contrario, en el curso de los años treinta, las contradicciones en la política exterior de Francia se hicieron más manifiestas. Desde luego, la primera de éstas existía ya, en la incompatibilidad de la adopción, después de Locarno, de la estrategia defensiva detrás de la Línea Maginot, con el deseo de detener la expansión alemana en la Europa del Este, *avanzando*, en caso necesario, para ir en ayuda de los aliados continentales, tal como exigían los tratados. La recuperación del Sarre por Alemania en 1935 y la ocupación por Hitler de la zona desmilitarizada de Renania hacían menos posible un avance francés, aunque sus jefes militares hubiesen estado dispuestos a contemplar operaciones ofensivas. Pero eso no era nada en comparación

con los golpes que llovieron sobre la posición diplomática y estratégica de Francia en 1936: la disputa sobre la crisis de Abisinia con Italia, que convirtió a ésta, de un posible aliado contra Alemania, en un posible enemigo; el comienzo de la guerra civil española, con la perspectiva de otro régimen fascista estableciéndose en la retaguardia de Francia, y la retirada de Bélgica a la neutralidad, con sus implicaciones estratégicas. Al final de aquel calamitoso año, Francia ya no podía concentrar sólo su atención en su frontera del Nordeste, y la idea de penetrar en Renania para ayudar a un aliado del Este se había convertido en una posibilidad muy remota. Por consiguiente, al producirse la crisis de Munich, muchos franceses importantes se quedaron petrificados ante la perspectiva de tener que cumplir su obligación para con Checoslovaquia[104]. Por último, una vez firmado el acuerdo de Munich, París encontró a la URSS mucho más reacia a colaborar con Occidente y nada dispuesta a seguir tomando en serio el pacto franco-ruso de 1935.

En tan negras circunstancias diplomáticas, militares y económicas, no es de extrañar que la estrategia francesa se limitase esencialmente a granjearse el apoyo británico a gran escala en cualquier guerra futura con Alemania. Había razones económicas evidentes para esto. Francia dependía en gran manera de la importación de carbón (30%), cobre (100%), petróleo (99%), caucho (100%) y otras materias primas vitales, muchas de las cuales procedían del Imperio británico y eran transportadas por barcos mercantes británicos. Si se producía una «guerra total», el decadente franco necesitaría de nuevo la ayuda del Banco de Inglaterra para seguir representando su papel en el mundo; ciertamente, en 1936-1937 Francia sintió ya que dependía en gran manera de la ayuda financiera angloamericana[105]. Por otra parte, sólo con la ayuda de la Royal Navy podía ser privada Alemania una vez más de sus importaciones de ultramar. A finales de los años treinta, fue pedida también la ayuda de la Royal Air Force, así como el compromiso de envío de una fuerza expedicionaria británica. En todos estos aspectos, se ha argüido, había una lógica a largo plazo en la políti-

ca francesa de pasividad estratégica; presumiendo que cualquier ataque alemán en el Oeste podía ser detenido como en 1914, los superiores recursos de los imperios anglofranceses prevalecerían en definitiva, y sin duda supondrían también la recuperación de los territorios checos y polacos perdidos en el Este[106].

Sin embargo, difícilmente podría decirse que esta estrategia francesa de «esperar a Gran Bretaña» fuese una ventaja indiscutible. Evidentemente, daba la iniciativa a Hitler, que, desde 1934, había demostrado repetidamente que sabía cómo tomarla. Además, ataba las manos a Francia (aunque hay muchas pruebas de que hombres como Bonnet y Gamelin preferían verse ligados de esta manera). Desde 1919, los ingleses habían estado aconsejando a Francia que adoptase una política más suave y conciliadora con Alemania y discrepaban vivamente de lo que consideraban intransigencia gala, y durante años después de la subida de Hitler al poder, tanto el Gobierno como el pueblo británicos mostraron apreciar muy poco el dilema de seguridad de Francia. Más concretamente, los ingleses desaprobaban enérgicamente los compromisos militares franceses con los «Estados sucesores» de Europa del Este y, cuando la cooperación anglofrancesa se hizo inevitable, ejercieron presión sobre París para que rechazase sus obligaciones. Incluso antes de la crisis checa, Gran Bretaña había dislocado y socavado la antigua política francesa de mano dura con Berlín, sin ofrecer, empero, nada positivo en su lugar. Sólo en la primavera de 1939 se unieron, realmente, los dos países en una adecuada alianza militar, y ni siquiera entonces se desvanecieron del todo sus mutuos recelos políticos[107]. Como veremos más adelante, Albión no era tan «pérfida» como miope, ilusionista y obsesionada por un montón de problemas domésticos e imperiales; pero esto no hace más que confirmar el hecho de que era un puntal débil e inseguro para que se apoyase en él la política francesa, si había que contener el expansionismo alemán.

Tal vez el mayor error de cálculo de Francia era que Gran Bretaña, a finales de los años treinta, era capaz de ayudar a responder

al desafío alemán, como lo había sido en 1914. Desde luego, Inglaterra era todavía una potencia considerable, que disfrutaba de muchas ventajas estratégicas y de una producción manufacturera y un potencial industrial dos veces mayores de los de Francia; pero también su propia posición era menos sustancial y segura de lo que había sido dos décadas antes. Psicológicamente, la nación británica había sido gravemente lesionada por la Primera Guerra Mundial y estaba desengañada por la inutilidad (así lo veía el pueblo) de la paz «cartaginesa» que siguió. Este apartamiento público del militarismo, de los compromisos continentales y de toda preocupación por el equilibrio de poder coincidieron con el pleno advenimiento de la democracia parlamentaria (a través de las ampliaciones del derecho de sufragio de 1918 y 1928) y con el auge del partido laborista. Tal vez más aún que en Francia, la política nacional de aquellas décadas parece girar alrededor de la cuestión «social», hecho que se refleja en la pequeña proporción (10,5%) del gasto público dedicado a las Fuerzas Armadas en 1933, en comparación con las sumas asignadas a los servicios sociales (46,6%)[108]. Como recordaron frecuentemente Baldwin y Chamberlain a sus compañeros de Gabinete, no era un ambiente en el que pudiesen ganarse votos interviniendo en los insolubles problemas de la Europa centrooriental, cuyas fronteras eran (a los ojos de Whitehall) menos que sagradas.

Incluso para los grupos políticos y los planificadores estratégicos que se preocupaban más de los asuntos extranjeros que de los problemas sociales o las maniobras electorales, el escenario internacional de después de 1919 aconsejaba precaución y no comprometerse. En cuanto hubo terminado la guerra, los dominios autónomos apretaron para que se definiese de nuevo su condición. Cuando esto se hubo efectuado, a través de la Declaración Balfour de 1926 y el Estatuto de Westminster de 1931, habían evolucionado hasta convertirse, virtualmente, en Estados independientes, con (si querían) políticas exteriores separadas. Ninguno de ellos estaba dispuesto a luchar por cuestiones europeas; algunos, como

Eire, África del Sur e incluso Canadá, eran reacios a luchar por cualquier cosa. Si Gran Bretaña quería mantener la imagen de unidad imperial, sólo podía ir a la guerra por una cuestión que atrajese el apoyo de los dominios, e incluso cuando este separatismo se atenuó al aumentar la amenaza de Alemania, Italia y Japón, siguió Londres considerando la importante dimensión *extraeuropea* de todas sus decisiones en política exterior[109]. Más importantes aún, en términos estrictamente militares, eran las actividades de «Policía imperial» que estaban realizando el Ejército británico y también la RAF en la India, Iraq, Egipto, Palestina y otras partes. Durante buena parte de los años entre las dos guerras, el Ejército británico volvió, de hecho, a representar un papel victoriano: la amenaza rusa contra la India era percibida como el peligro estratégico más grande (aunque bastante abstracto), y mantener tranquilos a los nativos era la actividad operacional de cada día[110]. Por último, este carácter imperial de la gran estrategia británica era poderosamente reforzado por la obsesión de la Royal Navy de enviar una «flota importante a Singapur» y por la comprensible preocupación de Whitehall por defender sus lejanas y vulnerables posesiones contra los japoneses[111].

Cierto que esta ambivalencia estratégica del «fano» británico tenía ya muchos siglos; pero lo más espantoso era que ahora debía llevarse a cabo con una base industrial muy debilitada. La producción manufacturera británica había estado encalmada en los años veinte, en parte por la vuelta de la esterlina al patrón oro a un nivel demasiado alto. Aunque no sufrió tan terriblemente como Alemania y los Estados Unidos, la doliente economía británica fue sacudida hasta las raíces por la depresión mundial después de 1929. La producción textil, que todavía representaba el 40% de las exportaciones británicas, fue reducida en sus dos tercios; el carbón, que representaba otro 10% de las exportaciones, bajó en un quinto; la construcción naval fue tan gravemente afectada que, en 1933, la producción descendió al 7% de la cifra de antes de la guerra; la producción de acero bajó un 45% en los tres años de 1929-

1932, y la producción de hierro colado un 53%. Con el comercio internacional agotándose y siendo sustituido por bloques de moneda, la participación británica en el comercio global siguió una tendencia descendente, desde el 14,15% (1913) al 10,75% (1929) y al 9,8% (1937). Además, las ganancias *invisibles* del transporte marítimo, los seguros y las inversiones en ultramar, que durante más de un siglo habían cubierto sobradamente el desequilibrio comercial *visible*, ya no podían hacerlo; a principios de los años treinta, Gran Bretaña vivía de su capital. El trauma de la crisis de 1931, que representó la caída del Gobierno laborista y la decisión de salir del patrón oro, hizo que los políticos comprendiesen demasiado la vulnerabilidad económica del país[112].

Ciertamente, y hasta cierto grado, las aprensiones de aquellos líderes pudieron ser exageradas. En 1934, la economía empezaba a recuperarse lentamente. Mientras languidecían las industrias más antiguas en el Norte, otras nuevas —aviones, automóviles, productos petroquímicos, artículos eléctricos— estaban en auge[113]. El comercio con el «bloque de la esterlina» daba cierto apoyo a los exportadores británicos. La caída en los precios de comestibles y materias primas ayudó al consumidor británico. Pero estos paliativos no eran suficientes para un Tesoro preocupado por el delicado crédito de Gran Bretaña en el extranjero y por ulteriores demandas sobre la esterlina. En su opinión, la urgente prioridad era que el país mantuviese su posición en el mundo, lo cual significaba equilibrar los libros del Gobierno, reducir los impuestos al mínimo y controlar los gastos del Estado. Incluso cuando la crisis de Manchuria hizo que el Gobierno renunciase en 1932 a la famosa Regla de los Diez Años[*], el Tesoro se apresuró a insistir en que «esto no debe emplearse para justificar unos gastos crecientes de los servicios de Defensa sin consideración a la grave situación financiera y económica que todavía existe»[114].

Esta combinación de presiones político-domésticas y económicas hicieron que Gran Bretaña, como Francia, redujese sus gastos de defensa durante los primeros años treinta, precisamente cuan-

do los Estados dictatoriales empezaban a aumentar los suyos. Sólo en 1936, después de varios años de estudio de las «deficiencias defensivas» del país, y del golpe del rearme descarado de Hitler, seguido por la crisis de Abisinia, empezaron a crecer sustancialmente los gastos británicos para los servicios armados; pero la asignación de aquel año fue menor que la de Italia y sólo un tercio o un cuarto de la de Alemania. Incluso en esta fase, los controles del Tesoro y las preocupaciones de los políticos sobre la opinión doméstica impidieron un rearme a gran escala, que sólo empezó, en realidad, en el año crítico de 1938. Sin embargo, mucho antes de esta fecha, los servicios armados avisaron de la imposibilidad de salvaguardar «nuestro comercio, territorio e intereses vitales contra Alemania, Italia y Japón al mismo tiempo», y aconsejando al Gobierno «reducir el número de nuestros posibles enemigos y conseguir el apoyo de posibles aliados»[115]. En otras palabras, se necesitaba diplomacia —la diplomacia del apaciguamiento— para defender este Imperio económicamente debilitado y estratégicamente demasiado extenso, de las amenazas en el Extremo Oriente, el Mediterráneo y la propia Europa. Los jefes de Estado Mayor creían que, en ningún teatro extranjero de guerra, era Gran Bretaña lo bastante fuerte, e incluso este hecho espantoso era eclipsado por el alarmante crecimiento de la Luftwaffe, que hacía que los habitantes del Estado isleño fuesen directamente vulnerables por primera vez a las operaciones militares de un enemigo[116].

También hay algunas pruebas de que los jefes de Estado Mayor británicos se mostraban también excesivamente deprimidos en lo tocante a las perspectivas de su país[117], lo mismo que los profesionales militares de virtualmente todos los demás Estados; la Primera Guerra Mundial los había hecho cautelosos y pesimistas[118]. Pero *no había* duda de que Gran Bretaña había sido alcanzada en el Aire por Alemania en 1936-1937, de que su minúsculo Ejército de largo servicio podía hacer poco en el continente europeo, y de que su Marina encontraría imposible controlar las aguas de Europa y enviar una flota importante a Singapur. Todavía más perturbador,

quizá, para los británicos que tomaban las decisiones era el hecho de que ahora era sumamente difícil encontrar los «aliados en potencia» que pedían los jefes militares. Las coaliciones que había urdido Inglaterra para combatir a Napoleón y las afortunadas *ententes y rapprochements* de los años que siguieron a 1900, ya no podían lograrse, Japón había pasado de ser un aliado a ser un enemigo; lo propio había ocurrido con Italia. Rusia, la otra potencia de «flanco» (para emplear el término de Dehio)[119]) que tradicionalmente se había unido a Gran Bretaña para impedir una hegemonía continental, se hallaba ahora diplomáticamente aislada y recelaba profundamente de las democracias occidentales. Casi tan inexplicable e imprevisible, al menos para las frustradas mentes de Whitehall, era la política de los Estados Unidos al principio y a mediados de los años treinta; evitando todo compromiso diplomático y militar, negándose todavía a ingresar en la Sociedad de Naciones, firmemente opuesto a los diversos esfuerzos británicos para ganarse a los Estados revisionistas (por ejemplo, reconociendo la posición especial de Japón en el este de Asia u ofreciendo pagos especiales y arreglos de cambios a Alemania) y haciendo imposible —gracias a la legislación de 1937 sobre neutralidad— que Gran Bretaña tomase dinero prestado de los mercados americanos como había hecho para sostener su esfuerzo de guerra entre 1914 y 1917, los Estados Unidos estaban dislocando persistentemente la gran estrategia británica, de la misma manera en que, tal vez sin advertirlo, dislocaba Inglaterra las estrategias de Francia en el Este europeo[120]. Esto dejaba, pues, como posibles aliados, sólo a la propia Francia y al resto del Imperio británico. Sin embargo, las necesidades diplomáticas de Francia hicieron que Gran Bretaña adquiriese compromisos en la Europa central, a los que se opusieron enérgicamente los Dominios y que toda la estructura de «defensa imperial» era incapaz de defender; por otra parte, las preocupaciones *extraeuropeas* del Imperio atrajeron una atención y unos recursos que eran necesarios para contener la amenaza alemana. En consecuencia, los ingleses se vieron sometidos, durante los años

treinta, en un dilema diplomático y estratégico global que no tenía solución satisfactoria[121].

Con esto no se quiere negar que Baldwin, Chamberlain y sus colegas hubiesen podido hacerlo mejor, ni proclamar que los determinantes de la política británica de apaciguamiento eran tales que todas las políticas alternativas propuestas por Churchill y otros críticos eran impracticables. Había una persistente predisposición del Gobierno británico a confiar, a pesar de todas las pruebas en contrario, en unos contactos «razonables» con el régimen nazi. El rechazo emocional del comunismo era tal que la posibilidad de que Rusia formase parte de una coalición antifascista era siempre ignorada o despreciada. Los Estados europeos orientales vulnerables, como Checoslovaquia y Polonia, eran considerados demasiado a menudo como estorbos, y la falta de simpatía por los problemas de Francia mostraba una fatal mezquindad de espíritu. El poder de Alemania y de Italia era siempre sobrestimado, sobre la base de pruebas débiles, por lo que la debilidad de la defensa británica era aprovechada como un motivo para la inactividad. Los conceptos de Whitehall sobre el equilibrio de poder europeo eran interesados y a corto plazo. Los críticos, como Churchill, de la política de apaciguamiento eran sistemáticamente censurados y neutralizados, mientras el Gobierno proclamaba que sólo podía seguir (y no dirigir) la opinión pública[122]. A pesar de los plausibles y objetivamente válidos motivos en que se apoyaba el Gobierno británico para evitar enfrentarse a los Estados dictatoriales, hay mucho en esta actitud estrecha y nada generosa que parece dudoso, incluso visto a distancia en el tiempo.

Por otra parte, cualquier investigación sobre las realidades económicas y estratégicas debería también reconocer que, en los últimos años treinta, los problemas básicos que afectaban a la gran estrategia británica no eran simplemente solubles por un cambio de actitud o, incluso, de primeros ministros. Ciertamente, cuanto más se veía Chamberlain obligado —por las nuevas agresiones de Hitler y por la indignación de la opinión británica— a abandonar

la política de apaciguamiento, tanto más se evidenciaban contradicciones fundamentales. Aunque los jefes militares insistían en masivos aumentos en los gastos de defensa, el Tesoro argüía que estos gastos serían económicamente ruinosos. Ya en 1937, Gran Bretaña, como Francia, gastaba en defensa una proporción de su PNB mayor que la que había gastado cualquiera de estos dos países en los años críticos anteriores a 1914, pero sin ninguna mejora en la seguridad, simplemente porque el Estado alemán, gobernado y recalentado por un loco, gastaba mucho más en armas. Pero al aumentar los gastos británicos de defensa —pasando aproximadamente del 5,5% del PNB en 1937 al 8,5% en 1938 y al 12,5% en 1939—, su delicada economía empezó también a sufrir. Incluso cuando se invirtió mucho dinero para el aumento de los armamentos, la inadecuación de la industria británica y la crítica escasez de mecánicos especializados retrasaron la esperada producción de aviones, tanques y barcos; pero esto obligó, a su vez, a los servicios a hacer pedidos cada vez más importantes de armas, acero para blindajes, rodamientos de bolas y otros artículos a países neutrales como Suecia y los Estados Unidos, agotando todavía más las reservas de divisas extranjeras y amenazaron la balanza de pagos. Al menguar las reservas de oro y de dólares del país, el crédito internacional se resintió más que nunca. «Si tuviésemos la impresión de que somos tan capaces como en 1914 de sostener una larga guerra —observó fríamente el Tesoro en respuesta a las nuevas medidas de rearme de abril de 1939— es como enterrar nuestra cabeza en la arena»[123]. No era una agradable previsión para una potencia cuyos planificadores estratégicos presumían que no tenían posibilidad de ganar una guerra corta, pero esperaban de algún modo prevalecer en un conflicto prolongado.

Contradicciones igualmente graves se manifestaban también en la esfera militar en vísperas de la guerra. Si la decisión de Inglaterra, en 1939, de aceptar de nuevo un «compromiso continental» con Francia, y su casi paralela decisión de dar prioridad al Mediterráneo sobre Singapur en términos de despliegues navales, resol-

vieron algunos de los antiguos problemas estratégicos; también dejaron los intereses británicos en el Extremo Oriente totalmente expuestos al siguiente acto de agresión de los japoneses. De una manera igualmente contradictoria, las rápidas garantías dadas por Gran Bretaña a Polonia en la primavera de 1939, seguidas de más garantías a Grecia, Rumanía y Turquía, eran señales del redescubrimiento por Whitehall de la importancia de la Europa del Este y los Balcanes dentro del equilibrio de poder continental; pero lo cierto era que las Fuerzas Aunadas británicas tenían pocas perspectivas de defender aquellas tierras contra un resuelto ataque alemán.

En suma, ni la política más rígida de Chamberlain con Alemania después de marzo de 1939, ni siquiera su sustitución por Churchill en mayo de 1940, «resolvieron» los dilemas estratégico y económico de Inglaterra; lo único que hicieron fue definir de nuevo los problemas. Para un Imperio global demasiado extenso en esta fase de su historia —controlando todavía una cuarta parte del mundo, pero con sólo el 9 o el 10% de su fuerza manufacturera y de su «potencial de guerra»[124]— tanto el apaciguamiento como el antiapaciguamiento tenían sus inconvenientes; sólo era cuestión de elegir el mal menor[125]. Es indudable que fue justa la decisión, en 1939, de oponerse a ulteriores agresiones de Hitler. Pero, en aquel entonces, el equilibrio de las fuerzas alineadas contra los intereses británicos en Europa, y aún más en el Extremo Oriente, se habían hecho tan desfavorables que era difícil ver cómo se lograría una clara victoria contra el fascismo sin la intervención de las grandes potencias neutrales. Y esto traería también sus problemas.

LAS SUPERPOTENCIAS ENTRE BASTIDORES

Como se ha observado anteriormente, una de las más grandes dificultades con que se enfrentaban los ingleses y franceses que tomaban las decisiones, mientras luchaban con los desafíos diplomáticos y estratégicos de los años treinta, era la incertidumbre que rodeaba la actitud de las dos potencias gigantes, y en cierto modo aisladas, Rusia y los Estados Unidos. ¿Valía la pena de esforzarse en persuadirles de entrar en una alianza contra los Estados fascistas, aunque esto requiriese concesiones sustanciales a las pretensiones de Moscú y de Washington y provocase críticas en el país? ¿A cuál de los dos había que cortejar más ardientemente, y en qué aspectos? Un franco acercamiento a Rusia, ¿provocaría más que impediría una reacción alemana o japonesa? Desde el punto de vista de Berlín y de Tokio (y de Roma, pero menos), la actitud de Rusia y de los Estados Unidos era igualmente importante. ¿Permanecerían estas potencias apartadas, mientras Hitler recomponía las fronteras de la Europa central? ¿Cómo reaccionaría a una mayor expansión japonesa en China o a operaciones contra los antiguos imperios europeos en el Sudeste asiático? ¿Prestarían los Estados Unidos al menos ayuda económica a las democracias occidentales, como había ocurrido entre 1914 y 1917? ¿Y sería comprada la URSS mediante tratos económicos y territoriales? Por último, *¿importaban realmente* aquellas dos enigmáticas e introspectivas políticas? En realidad, ¿qué fuerza tenían? ¿Cuál era su importancia en el cambiante orden internacional?

Lo más difícil era intentar dar respuesta a estas preguntas en el caso de una sociedad «cerrada» como la Unión Soviética. Sin embargo, los esquemas del crecimiento económico y del poder militar soviéticos en aquella época parecen ahora evidentes. El punto primero y más obvio era que la fuerza de Rusia había sido reducida, más que la de cualquier otra gran potencia, por el conflicto de 1914-1918 y, después, por la revolución y la guerra civil. Su población había descendido de 171 millones en 1914 a 132 millones en 1921. La pérdida de Polonia, Finlandia y los Estados bálticos había representado la de muchas instalaciones industriales del país, fe-

rrocarriles y explotaciones agrícolas, y la prolongada guerra civil había destruido mucho de lo que quedaba. La enorme decadencia de las manufacturas —hasta, en 1920, el 13% de su producción de 1913— disimulaba el colapso todavía mayor de ciertas materias clave: «Así, sólo se estaba produciendo el 1,6% del mineral de hierro de antes de la guerra, el 2,4% del hierro colado, el 4% del acero y el 5% del algodón»[126]. El comercio exterior había desaparecido completamente, el rendimiento bruto de las cosechas era menos de la mitad del de antes de la guerra, y la renta nacional per cápita había descendido en más del 60% hasta un nivel verdaderamente espantoso. Sin embargo, ya que la extrema gravedad de estas caídas era principalmente causada por el caos social y político de los años 1917-1921, era lógico que el establecimiento del régimen soviético (o ciertamente de *cualquier* régimen) tuviese que ocasionar alguna clase de recuperación. El desarrollo de la industria rusa antes y durante la guerra había legado a los bolcheviques una serie de fábricas, talleres de ferrocarriles y fundiciones de acero. Existía una estructura básica de vías férreas, carreteras y líneas de telégrafos. Había trabajadores industriales que podían volver a las fábricas en cuanto terminase la guerra civil. Y había una pauta establecida de producción agrícola y de venta de los comestibles a los pueblos y ciudades, que podría restablecerse cuando Lenin decidiese (bajo la Nueva Política Económica de 1921) abandonar los inútiles intentos de «comunistizar» a los campesinos y, en vez de esto, permitir la explotación agrícola individual. Así pues, en 1926, la producción agrícola había vuelto a su nivel de antes de la guerra, seguida dos años más tarde por la producción industrial. La guerra y la revolución habían costado a Rusia trece años de crecimiento económico, pero ahora estaba en condiciones de reanudar su marcha ascendente.

Pero era improbable que esta «marcha ascendente» fuese lo bastante rápida —ciertamente no lo sería para el cada vez más autocrático Stalin— mientras Rusia trabajase bajo su tradicional debilidad económica. Como no se podía contar con inversiones ex-

tranjeras, había que sacar de alguna manera de las fuentes domésticas el capital necesario para financiar el desarrollo a gran escala de la industria y la creación de fuerzas armadas sustanciales en un mundo hostil. Dada la eliminación de la clase media, que podía haber sido animada a crear capital o bien esquilmada de las riquezas que tuviese; dado, también, el hecho de que el 78% de la población rusa (1926) permanecía en el atascado sector agrícola, que todavía estaba en su mayor parte en manos privadas, pareció que Stalin sólo tenía una manera de conseguir dinero para el Estado y, simultáneamente, aumentar el paso de la agricultura a la industria: es decir, con la colectivización de la agricultura, obligando a los campesinos a formar comunas, destruyendo los kuláks, controlando la producción de la tierra y fijando, tanto los salarios de los trabajadores del campo, como los precios (mucho más altos) de los comestibles para la reventa. De una manera espantosamente draconiana, el Estado se interpuso así entre los productores rurales y los consumidores urbanos, y sacó dinero a todos ellos en un grado al que nunca se había atrevido el régimen zarista. Esto fue acentuado por la deliberada inflación de los precios, una variedad de tasas e impuestos, y las pensiones para que los individuos demostrasen su lealtad, comprando valores del Estado. Resultado de todo ello, representado en las crudas estadísticas macroeconómicas, fue que la parte del PNB ruso dedicada al consumo privado, que en estos países en vías de «despegue» para la industrialización era de alrededor del 80%, fue bajada hasta el espantoso nivel del 51 o el 52% [127].

Había dos consecuencias económicas contrarias, y sin embargo previsibles, de este extraordinario intento de una «economía de mando» socialista. La primera fue la decadencia catastrófica de la producción agrícola soviética, al resistir los kulaks (y otros) la colectivización forzada y ser eliminados después. La horrible matanza de animales en el campo —«el número de caballos descendió de 33,5 millones en 1928 a 16,6 millones en 1935, y el número de cabezas de ganado de 70,5 a 38,4 millones»[128] produjo, a su vez, una

tremenda disminución en los productos cárnicos y en el grano, en un nivel de vida ya miserable, que no habría de recobrarse hasta los tiempos de Kruschev. Se han intentado cálculos esotéricos sobre la proporción de la renta nacional que fue más tarde devuelta a la agricultura en forma de tractores o electrificación— como opuestos a la cantidad restada por la colectivización y el control de precios[129]—, pero éste es un ejercicio arcano para nuestros fines, ya que (por ejemplo) las fábricas de tractores, una vez establecidas, estaban diseñadas para ser transformadas en la producción de tanques ligeros; desde luego, los campesinos no eran tan útiles para contener a la Wehrmacht. Lo incontrovertible *era* que, de momento, la producción agrícola soviética se derrumbaba. Las bajas, especialmente durante el hambre de 1933, podían calcularse en millones de libras. Cuando la producción empezó a recobrarse a finales de los años treinta, fue acelerada por cientos de miles de tractores, hordas de científicos agrícolas y ejércitos de colectividades fuertemente controladas. Pero el costo, en términos humanos, fue inconmensurable.

La segunda consecuencia fue mucho más brillante, al menos para los fines del poder económico-militar soviético. Habiendo rebajado la parte destinada al consumo privado del PNB a un nivel probablemente no igualado en la Historia moderna —y ciertamente mucho más bajo que los que, digamos, podían haber contemplado nunca en Alemania—, la URSS pudo emplear la fantástica proporción de, aproximadamente, el 25% del PNB en inversiones industriales y poseer todavía sumas considerables para la educación, la ciencia y los servicios armados. Mientras el lugar de trabajo de muchos rusos estaba siendo cambiado a un ritmo sorprendente, con el número de trabajadores agrícolas bajando del 71 al 51% en los doce años de 1928 a 1940, aquella población estaba siendo también educada a un ritmo sin precedentes. Esto era vital en dos niveles, ya que Rusia había sufrido siempre —en comparación, digamos, con Alemania o los Estados Unidos— de tener una mano de obra industrial mal adiestrada y analfabeta y de poseer

un número minúsculo de ingenieros, científicos y directores, necesario para la alta dirección y el *continuo mejoramiento* del sector manufacturero. Con millones de trabajadores siendo ahora instruidos, ya en escuelas industriales o en colegios técnicos, y después (ligeramente más tarde) con un vasto crecimiento del número de universitarios, el país estaba al fin adquiriendo los cuadros competentes necesarios para un crecimiento continuado; así, por ejemplo, el número de ingenieros graduados en la «economía nacional, pasó de 47 000 en 1928 a 289 000 en 1941»[130]. Muchas de las cifras pregonadas por los propagandistas soviéticos en este período eran indudablemente hinchadas y ocultaban varios puntos débiles, pero la deliberada asignación de recursos para el crecimiento era indiscutible. También lo, era la creación de enormes centrales de energía, acerías y fábricas más allá de los Urales, invulnerables a los ataques de Occidente o del Japón.

El aumento resultante en la producción manufacturera y en la renta nacional —aunque se acepten los cálculos más prudentes— fue algo sin precedentes en la historia de la industrialización. Debido a que el volumen real y el valor de la producción en años anteriores (por ejemplo, 1913, por no hablar de 1920) era tan bajo, los cambios en el porcentaje son casi insignificantes, aunque la tabla 28 anterior sirva de útil punto de referencia para mostrar cómo estaba progresando la producción manufacturera de la URSS durante la Gran Depresión. Sin embargo, si se examina sólo el período de los dos Planes Quinquenales (1928 a 1937), la renta nacional rusa se elevó de 24,4 a 96,3 mil millones de rublos, la producción de carbón pasó de 35,4 a 128 millones de toneladas, y la de acero, de 4 a 17,7 millones de toneladas, la producción de energía eléctrica se multiplicó por diez, la de máquinas-herramienta por más de veinte y la de tractores casi por cuarenta[131]. Ciertamente, a finales de los años treinta, la producción industrial de Rusia había no sólo superado la de Francia, Japón e Italia, sino que probablemente había alcanzado también la de Gran Bretaña[132].

Sin embargo, detrás de este impresionante crecimiento, se escondían todavía muchas deficiencias. Aunque la producción agrícola aumentó lentamente a mediados de los treinta, la agricultura rusa era ahora menos capaz que antes de alimentar a la nación, por no hablar de tener un excedente para la exportación, y el rendimiento por hectárea era todavía espantosamente bajo. A pesar de nuevas inversiones en ferrocarriles, el sistema de comunicaciones continuó primitivo e inadecuado para las crecientes necesidades del país. En muchas industrias existía una fuerte dependencia de empresas y técnicos extranjeros, especialmente de los Estados Unidos. El «gigantismo» de las fábricas y de todos los procesos manufactureros hacía difíciles los rápidos reajustes de una producción completa o la introducción de nuevos procedimientos. También había atascos inevitables debido a que la expansión planificada de ciertas industrias no correspondía a las cantidades existentes de materias primas o de mano de obra especializada. Después de 1937, la reorientación de la economía soviética hacia un masivo programa de armamentos tenía forzosamente que afectar a la continuidad industrial y alterar la anterior planificación. Por encima de todo, estaban las grandes purgas. Fuesen cuales fueren las razones de los ataques paranoicos de Stalin contra tantos de los suyos, los resultados económicos fueron graves: «funcionarios, directores, técnicos, estadísticos, incluso capataces»[133] fueron enviados a los campos de concentración, haciendo que el personal adiestrado de Rusia escasease más que nunca. Si el terror hizo sin duda que muchos demostrasen una lealtad estajanovista al sistema, también restringió en gran manera la innovación, la experimentación, la discusión franca y la crítica constructiva: «Lo más sencillo era evitar responsabilidades, buscar la aprobación del superior para cualquier acción, obedecer mecánicamente las órdenes recibidas, con independencia de las condiciones locales»[134]. Con esto se salvaba el pellejo; pero no contribuía al crecimiento de una economía compleja.

Habiendo nacido de una guerra, y sintiéndose fuertemente amenazada por posibles enemigos —Polonia, Japón, Gran Bretaña —, la URSS dedicó una buena parte del presupuesto del Estado (12-16%) a gastos de defensa durante la mayoría de los años veinte. Esta proporción descendió durante los primeros años del primer Plan Quinquenal, época en que las Fuerzas Armadas regulares soviéticas habían quedado reducidas a unos 600 000 hombres, respaldadas por una importante pero ineficaz milicia que las doblaba en número. La crisis de Manchuria y la subida de Hitler al poder condujeron a un rápido aumento en el volumen del Ejército, hasta 940 000 hombres en 1934, y 1,3 millones en 1935. Con el auge de la producción industrial y de la renta nacional derivado de los Planes Quinquenales, se construyeron grandes cantidades de tanques y aviones. Oficiales innovadores alrededor de Tuckachevski estaban dispuestos a estudiar (si no a aceptar plenamente) ideas de Douhet, Fuller, Liddell, Hart, Guderian y otros teóricos occidentales de la guerra y, a principios de los años treinta, la URSS poseía, no solamente un ejército de tanques, sino también una importante fuerza de paracaidistas. Mientras la Marina soviética seguía siendo pequeña e ineficaz, se creó a finales de los veinte una gran industria aeronáutica, que, durante un tiempo, produjo anualmente más aviones que todas las otras potencias juntas (véase tabla 29).

TABLA 29. Producción de aviones de las potencias, 1932-1939[135]

	1932	*1933*	*1934*	*1935*	*1936*	*1937*	*1938*	*1939*
Francia	(600)	(600)	(600)	785	890	743	1382	3163
Alemania	36	368	1968	3183	5112	5606	5235	8295
Italia	(500)	(500)	(750)	(1000)	(1000)	(1500)	(1850)	(2000)
Japón	691	766	688	592	1181	1511	3201	4467
R.U.	445	633	740	1140	1877	2153	2827	7940
Estados Uni-	593	466	437	459	1141	949	1800	2195

dos								
URSS	2595	2595	3578	3578	3578	3578	7500	10 382

Pero estas cifras ocultaban también alarmantes puntos débiles. El corolario previsible del «gigantismo» ruso era el excesivo énfasis sobre la cantidad. Dados los atributos de una economía de mando, esto dio por resultado la producción de enormes cantidades de aviones y de tanques a principios de los años treinta; ciertamente, la URSS estaba produciendo en 1932 más de 3000 tanques y más de 2500 aviones, cifras fantásticamente superiores a las de cualquier otro país del mundo. Dado el enorme crecimiento del Ejército regular después de 1934, debió ser extraordinariamente difícil encontrar suficientes oficiales y suboficiales adiestrados para supervisar los batallones de tanques y las escuadrillas aéreas. Todavía más difícil, en un país con un exceso de campesinos y una terrible escasez de trabajadores especializados, llenar un Ejército y una Fuerza Aérea modernos; a pesar del intenso programa educativo, la principal debilidad del país en los años treinta estaba probablemente todavía en la defectuosa instrucción de muchos de sus trabajadores y soldados. Además, Rusia, como Francia, era víctima de la fuerte inversión en tipos de aviones y tanques a principios de la década de 1930. Cuando la guerra civil española mostró los límites, en velocidad, maniobrabilidad, alcance y resistencia, de estas armas de primera generación, se aceleró la carrera para construir aviones más rápidos y tanques más poderosos. Pero la industria soviética de armas, como un gran navío en el mar, no podía cambiar rápidamente de rumbo, y pareció una bobada interrumpir la producción de modelos existentes mientras se estaban construyendo y probando los nuevos. (A este respecto, es interesante observar que, «de los 24 000 tanques rusos operacionales en junio de 1941, solamente 967 eran de un nuevo modelo equivalente o superior a los tanques alemanes de la época»[136]). Por si esto fuera poco, vinieron las purgas. La decapitación del Ejército Rojo —el 90% de los generales y el 80% de los coroneles sufrieron la furia

paranoica de Stalin— no sólo produjo el efecto de eliminar a tantos oficiales instruidos, sino que tuvo resultados específicos que perjudicaron gravemente a las Fuerzas Armadas. Barriendo a Tukachevski y a los entusiastas de la «guerra moderna» y eliminando a los que estudiaban métodos alemanes y teorías británicas, las purgas dejaron al Ejército en manos de personajes políticamente seguros pero intelectualmente retrasados, como Vorochilov y Kuluk. Uno de los primeros resultados fue la disolución de los siete cuerpos mecanizados, decisión influida por el argumento de que la guerra civil española había demostrado que las formaciones de tanques no podían desempeñar una función atacante independiente en el campo de batalla, y que los vehículos blindados debían ser repartidos entre los batallones de fusileros con el fin de apoyar a la Infantería. De manera parecida, se decidió que los bombarderos estratégicos «TB-3» eran de poca utilidad para la URSS. Con gran parte de su fuerza aérea anticuada y con sus unidades blindadas disueltas, y con los servicios sometidos a ciega obediencia por las purgas, Rusia era mucho más débil al terminar los años treinta que cinco o diez años antes, y mientras tanto, Alemania y Japón habían aumentado en gran manera su producción de armas y se estaban volviendo más agresivos. El Plan Quinquenal de después de 1937 incluía claramente un enorme aumento de los armamentos, igual y en muchos campos —p. ej., la producción de aviones— superior al de Alemania. Pero hasta que esta inversión se hubo traducido en unas fuerzas armadas mucho más numerosas y bien equipadas, Stalin sintió que Rusia pasaba a través de una «zona de peligro» al menos tan amenazadora como los años 1919-1922. Estas circunstancias externas contribuyen a explicar los varios cambios de la diplomacia soviética durante los años treinta. Preocupado por la agresión japonesa en Manchuria y tal vez todavía más por la Alemania de Hitler, Stalin se enfrentó con la perspectiva de una posible guerra en dos frentes separados por miles de kilómetros de distancia (exactamente el mismo dilema estratégico que paralizaba a las autoridades británicas). Sin embargo el cambio diplomático de rumbo hacia Occidente, con la entrada de Rusia en la

Sociedad de Naciones en 1934 y los tratados con Francia y Checoslovaquia en 1935, no trajo el deseado fortalecimiento de la seguridad colectiva. Sin un acuerdo con Polonia, Rusia podía hacer realmente muy poco para ayudar a Francia o a Checoslovaquia, y viceversa. Y los ingleses fruncían el ceño ante estos esfuerzos de crear un «frente popular» diplomático contra Alemania, lo cual explica en parte la cautela de Stalin durante la guerra civil española, Moscú temía que una república socialista triunfante en España podía inclinar a Gran Bretaña y a Francia hacia la derecha así como embrollar a Rusia en un conflicto abierto con los partidarios de Franco, Italia y Alemania.

En 1938-1939, la situación exterior debió parecer más amenazadora que nunca a los ojos de Stalin (lo cual hace que sus purgas fuesen aún más locas e inexplicables). El arreglo de Munich no sólo pareció confirmar las ambiciones de Hitler en la Europa centro-oriental, sino que —y esto era aún más preocupante— reveló que Occidente no estaba preparado para oponerse a ellas y podía preferir desviar las energías alemanas más hacia el Este. Ya que, en aquellos dos años, se produjeron también graves choques fronterizos entre los Ejércitos soviético y japonés en el Extremo Oriente (exigiendo un importante refuerzo de las divisiones rusas en Siberia), no era sorprendente que Stalin decidiese también seguir una política de «apaciguamiento» con Berlín, aunque esto significase sentarse con su enemigo ideológico. Dadas las ambiciones políticas de la propia URSS en la Europa oriental, Moscú tenía muchas menos reservas sobre un desmembramiento de los Estados independientes de aquella región, con tal de llevarse una parte sustancial. El sorprendente pacto nazi-soviético de agosto de 1939 dio al menos a Rusia una zona segura en su frontera occidental y más tiempo para el rearme, mientras Occidente luchaba contra Alemania a consecuencia del ataque de Hitler sobre Polonia. Echar carne al cocodrilo (para emplear una frase de Churchill) parecía mucho mejor que ser devorado por él[137].

Todo esto hace sumamente difícil medir el poder soviético a finales de los treinta, especialmente cuando las estadísticas de «potenciales relativos de guerra»[138] no reflejan la moral interior ni la calidad de las fuerzas armadas ni la posición geográfica. Claramente, el Ejército Rojo ya no se parecía a aquella «formidable fuerza moderna de gran peso, con equipo avanzado y hombres excepcionalmente duros para la lucha» (salvo en el último aspecto) que había descrito Mackintosh refiriéndose al Ejército de 1936[139], pero no estaba claro hasta qué punto había perdido terreno. La «Guerra de Invierno» de 1939-1940 contra Finlandia pareció confirmar su vertiginosa decadencia, pero los menos conocidos choques de 1939 con Japón en Nomonhan mostraron una fuerza moderna e inteligente dirigida en acción[140]. También es evidente que Stalin estaba horrorizado por las aplastantes victorias estilo Blitzkrieg de las tropas alemanas en 1940 y más ansioso que nunca de no provocar a Hitler a una guerra. Su otra grande y evidente preocupación era saber dónde decidiría Tokio atacar en el Este; no porque Japón fuese un enemigo tan terrible, sino porque la defensa de Siberia era logísticamente muy agotadora y debilitaría más la capacidad rusa contra la amenaza alemana. La rápida llamada de las fuerzas blindadas Zukov, para que interviniesen en la invasión de Polonia oriental en setiembre de 1939, una vez concertada una tregua de fronteras en el Este con Japón era ilustrativa de este precario juego estratégico[141]. Por otra parte, en aquella época, los daños sufridos por el Ejército Rojo estaban siendo reparados a toda prisa, y se aumentaba su fuerza numérica (hasta 4 320 000 hombres en 1941); toda la economía soviética se estaba desplegando hacia la producción de guerra; se estaban construyendo grandes fábricas nuevas en Rusia central, y se ponían a prueba aviones y tanques mejorados (incluidos los formidables «T-34»). El 16,5% del presupuesto, destinado a los gastos de defensa en 1937 se había elevado hasta el 32,6% en 1940[142]. Como la mayoría de las otras grandes potencias en aquel período, la URSS corría, pues, contra el reloj. Más aún que en 1931, necesitaba Stalin apremiar a

sus paisanos para que cerrasen la diferencia de productividad con Occidente. «Retrasar el ritmo significaría quedarse atrás. Y los que se quedasen atrás recibirían los palos…» La Rusia de los zares había sufrido «continuos palos» porque se había quedado atrás en productividad industrial y en fuerza militar[143]. Bajo su más autocrático e implacable líder, el régimen soviético estaba resuelto a recuperar de prisa el terreno perdido. Si Hitler se lo permitiría, era imposible saberlo.

El poder relativo de los Estados Unidos en los asuntos mundiales, durante los años entre las dos guerras, estaba, curiosamente, en relación inversa con el del de la URSS y el de Alemania. Es decir, era extraordinariamente fuerte en los años veinte, pero decayó más que el de cualquiera de las otras grandes potencias durante la depresión de los treinta, recobrándose sólo (y parcialmente) al final de aquel período. La razón de su preeminencia en la primera de aquellas décadas se ha explicado más arriba. Los Estados Unidos eran el único país importante, aparte del Japón, que se benefició de la Gran Guerra. Se convirtió en la más grande nación financiera y acreedora del mundo, además de ser ya la mayor productora de artículos manufacturados y comestibles. Tenía, con mucho, la mayor reserva de oro. Poseía un mercado doméstico tan extenso que las empresas gigantes y los distribuidores, especialmente en la floreciente industria del automóvil, podían practicar economías masivas. Su alto nivel de vida y su disponibilidad de capital para inversiones actuaron de manera mutuamente beneficiosa para espolear inversiones más fuertes en la industria manufacturera, ya que la demanda del consumidor podía absorber virtualmente todos los artículos que ofrecía la creciente productividad. Por ejemplo, en 1929, los Estados Unidos produjeron 4,5 millones de vehículos de motor, comparados con los 211 000 de Francia, los 182 000 de Gran Bretaña y los 117 000 de Alemania[144]. No es, pues, de extrañar que hubiese saltos importantes en la importación de caucho, estaño, petróleo y otras materias primas para alimentar el auge manufacturero; pero las exportaciones, especial-

mente de coches, maquinaria agrícola, material de oficinas y artículos similares, aumentaron también a lo largo de los años veinte, favorecido todo el proceso por el rápido crecimiento de las inversiones americanas en ultramar[145]. Pero, aunque esto es bien conocido, todavía sorprende observar que, en aquellos años, los Estados Unidos tenían «una producción mayor que la de las otras seis grandes potencias *juntas*» y que «la enorme fuerza productora era recalcada por el hecho de que el valor bruto de los artículos manufacturados producidos por cabeza en los Estados Unidos era casi el doble del de Gran Bretaña o Alemania, y más de diez veces el de la URSS o el de Italia»[146].

Si, como observa inmediatamente el autor de las frases que se acaban de transcribir, es también verdad que «la influencia política de los Estados Unidos en el mundo no era en modo alguno proporcionada a su extraordinaria fuerza industrial»[147], esto puede no haber sido tan importante en los años veinte. En primer lugar, el pueblo norteamericano rechazó decididamente un papel de líder en la política mundial, con todos los embrollos diplomáticos y militares que semejante postura habría producido inevitablemente; con tal de que los intereses comerciales norteamericanos no se viesen gravemente afectados por las acciones de otros Estados había pocos motivos para entremeterse en asuntos extranjeros, especialmente los que surgían en la Europa oriental o en el Cuerno de África. En segundo lugar, todos los aumentos absolutos en las exportaciones y las importaciones americanas no representaban un gran papel en la economía nacional, por la sencilla razón de que el país era autosuficiente; en realidad, «la proporción de artículos manufacturados exportados en relación con su producción total decrecieron de un poco menos del 10% en 1914 hasta un poco menos del 8% en 1929», y el valor contable de las inversiones directas en el extranjero como parte del PNB permaneció inalterado[148], lo cual contribuye a explicar por qué, a pesar de la amplia aceptación *en principio* de las ideas de mercado mundial, la política económica americana era mucho más sensible a las necesidades

domésticas. Salvo en lo que respecta a ciertas materias primas, el mundo exterior no era muy importante para la prosperidad americana. Por último, los asuntos internacionales en la década que siguió a 1919, no indicaban la existencia de una amenaza importante contra los intereses americanos: los europeos seguían peleándose, pero mucho menos que a principios de los años veinte; Rusia estaba aislada, y Japón, tranquilo. La rivalidad naval había sido contenida por los tratados de Washington. En tales circunstancias, los Estados Unidos podían reducir su Ejército a un número muy pequeño (aproximadamente 140 000 soldados regulares), aunque esto permitió la creación de una fuerza aérea razonablemente grande y moderna, y a la Marina desarrollar sus programas de portaaviones y cruceros pesados[149]. Si los generales y los almirantes se quejaban, como era de esperar, de recibir del Congreso recursos insuficientes, y si se tomaban algunas medidas perjudiciales en aras de la seguridad nacional (como la decisión de Stimson, en 1929, de liquidar el servicio de descifrado, fundándose en que «los caballeros no leen la correspondencia de otros»)[150], lo cierto es que fue una década en que los Estados Unidos podían seguir siendo un gigante económico, aunque fuesen militarmente un peso medio. Tal vez era sintomático de este período de tranquilidad que los Estados Unidos no tuviesen todavía un cuerpo civil-militar para considerar los problemas estratégicos, como el Comité de Defensa Imperial de Gran Bretaña o su propio Consejo Nacional de Seguridad instituido más tarde. ¿Qué falta hacía éste cuando el pueblo americano había rechazado definitivamente toda idea de guerra?

El primer papel representado por los Estados Unidos en el colapso financiero de 1929 ha sido descrito ya antes[151]. Pero todavía es más significativo, para medir el poder nacional relativo, que las subsiguientes depresión y guerras de aranceles les perjudicasen mucho más que a cualquier otra economía avanzada. Si eso fue debido en parte a la naturaleza relativamente incontrolada y voluble del capitalismo americano, fue también afectado por la fatal

decisión de optar por el proteccionismo mediante los aranceles Smoot-Hawley de 1930. A pesar de las quejas de los agricultores estadounidenses y de algunas camarillas industriales sobre competencia desleal extranjera, la productividad industrial y agrícola del país era tal —como demostró claramente la ventaja de las exportaciones sobre las importaciones— que una ruptura del orden comercial del mundo abierto perjudicaría a sus exportadores más que a cualesquiera otros. «El PNB de la nación había descendido de 98,4 mil millones de dólares en 1929 a menos de la mitad tres años más tarde. El valor de los artículos manufacturados en 1933 era de menos de una cuarta parte del de 1929. Casi quince millones de trabajadores habían perdido sus empleos y se hallaban sin medios de subsistencia… Durante el mismo período, el valor de las exportaciones americanas había descendido de 5,24 mil millones de dólares a 1,61 mil millones, o sea una caída del 69%»[152]. Con las otras naciones formando apresuradamente bloques comerciales protectores, las industrias norteamericanas que dependían de las exportaciones quedaron arruinadas. «Las exportaciones de trigo, que habían alcanzado un total de 200 millones de dólares diez años antes, bajaron a 5 millones en 1932. Las exportaciones de automóviles pasaron de 541 millones de dólares en 1929 a 76 millones en 1932»[153]. El comercio mundial se derrumbó en líneas generales, pero la parte relativa del comercio exterior de los Estados Unidos se redujo todavía más, del 13,8% en 1929 a menos del 10% en 1932. Pero hubo más; mientras algunas otras potencias principales recobraban firmemente su capacidad de producción desde mediados hasta finales de los años treinta, los Estados Unidos sufrieron una más fuerte convulsión económica en 1937, con lo que perdieron buena parte del terreno ganado en los cinco años precedentes. Pero debido a la que se llamó «economía mundial desarticulada»[154] —es decir, la tendencia a formar bloques comerciales que eran mucho más independientes que en los años veinte — esta segunda depresión americana no perjudicó tan gravemente a otros países. Consecuencia de ello fue que, en el año de la crisis

de Munich, la proporción de los Estados Unidos en la producción manufacturera mundial era más reducida que en cualquier otra época desde 1910 (véase la tabla 30).

Debido a la gravedad de esta depresión y a la parte menguante del comercio exterior en el PNB, la política norteamericana se hizo aún más introspectiva bajo Hoover y, especialmente, bajo Roosevelt. En vista de la fuerza de la opinión aislacionista y de la serie de problemas apremiantes con que se enfrentaba Roosevelt en el interior, difícilmente se podía esperar que prestase a los asuntos internacionales la atención que deseaban Cordell Hull y el Departamento de Estado. Sin embargo, debido a la posición crucial que seguían ocupando los Estados Unidos en la economía mundial, tiene cierto fundamento la crítica del «trabajo en la recuperación doméstica» y el «deseo de que se viese una acción y unos resultados inmediatos [y] un hábito nacional de formación política que pensaba poco en el impacto que podían tener los programas americanos sobre otras naciones»[156]. La prohibición en 1934 de préstamos a cualquier gobierno extranjero que no hubiese pagado sus deudas de guerra, el embargo de armas de 1935 en el caso de una guerra y la prohibición, poco más tarde, de préstamos a cualquier potencia beligerante, hicieron simplemente que los ingleses y los franceses se mostrasen más prudentes que nunca en plantar cara a los Estados fascistas. Las denuncias de Italia en 1935 fueron acompañadas de enormes aumentos en el suministro de petróleo norteamericano al régimen de Mussolini, para consternación del Almirantazgo británico. Las diversas restricciones comerciales sobre Alemania y Japón, en respuesta parcial a sus agresiones, «sirvieron para enemistarse [con ambos] sin prestar ayuda significativa a los adversarios de aquellas naciones. La diplomacia económica de FDR creó enemigos sin atraer a amigos o ayudar a posibles aliados»[157]. Tal vez la consecuencia más grave —aunque hay que repartir la responsabilidad— fue los mutuos recelos que surgieron entre Whitehall y Washington precisamente cuando los Estados dictatoriales estaban lanzando su desafío[158].

TABLA 30. Partes en la producción manufacturera mundial, 1929-1938[155]

(por ciento)

	1929	*1932*	*1937*	*1938*
Estados Unidos	43,3	31,8	35,1	28,7
URSS	5,0	11,5	14,1	17,6
Alemania	11,1	10,6	11,4	13,2
R. U.	9,4	10,9	9,4	9,2
Francia	6,6	6,9	4,5	4,5
Japón	2,5	3,5	3,5	3,8
Italia	3,3	3,1	2,7	2,9

Sin embargo, en 1937 y 1938 parece que el propio Roosevelt se preocupó más de las amenazas fascistas, aunque la opinión pública norteamericana y las dificultades económicas le impidieron llevar la batuta. Sus mensajes a Berlín y a Tokio se hicieron más firmes, y sus palabras de ánimo a Gran Bretaña y a Francia, un poco más calurosas (aunque esto difícilmente podía ayudar a las dos democracias a corto plazo). En 1938, se sostuvieron conversaciones navales angloamericanas sobre la manera de hacer frente a los desafíos gemelos de Japón y Alemania. El discurso de «cuarentena» del Presidente fue una primera señal de que se inclinaría por la discriminación económica contra los Estados dictatoriales. Sobre todo, Roosevelt ejercía ahora presión para unos aumentos a gran escala en los gastos de defensa. Como han mostrado las cifras de la tabla 26, incluso en 1938 gastaban los Estados Unidos en armamento menos que Gran Bretaña o Japón, y mucho menos que Alemania y la Unión Soviética. Sin embargo, la producción de aviones se duplicó virtualmente entre 1937 y 1938, y en este último año, el Congreso aprobó la ley «*Navy Second to None*» (Marina no Superada por Ninguna), que permitía una expansión masiva de la flota. También en aquella época, se aprobaba el prototipo del bombardero «B-17», el Cuerpo de Marines perfeccionaba su doctrina de guerra anfibia y el Ejército (aunque no poseía aún tanque adecuado) estudiaba los problemas de la guerra con carros blindados y

proyectando la movilización de una fuerza numerosa[159]. Cuando estalló la guerra en Europa, ninguno de los servicios estaba preparado del todo, pero sí en mejor forma, relativa a las exigencias de la guerra moderna, de lo que habían estado en 1914.

Ni siquiera estas medidas de rearme perturbaron apenas una economía del volumen de la de los Estados Unidos. El hecho clave de la economía norteamericana, a finales de los años treinta, era que estaba grandemente *subutilizada*. El desempleo era aproximadamente de diez millones en 1939; sin embargo, la productividad industrial por hombre y hora había aumentado considerablemente gracias a las inversiones en cintas transportadoras, motores eléctricos (en vez de motores de vapor) y mejores técnicas de dirección, aunque poco de esto se manifestó en cifras de producción *absoluta*, debido a la considerable reducción en horas de trabajo. Dada la demanda reducida, a la que no ayudó la recesión de 1937-1398, los diversos esquemas del *new leal* eran insuficientes para estimular la economía y sacar provecho de la capacidad productora subutilizada. En 1938, por ejemplo, los Estados Unidos produjeron 26,4 millones de toneladas de acero, superando en mucho los 20,7 millones de Alemania, los 16,5 millones de la URSS y los 6 millones del Japón; sin embargo, las industrias del acero de estos tres últimos países trabajaban a plena capacidad, mientras que dos *tercios* de las fábricas de acero norteamericanas permanecían ociosas. Después resultó que esta subutilización iba a ser pronto cambiada por los enormes programas de rearme[160]. La autorización de 1940 para doblar (!) la Marina de guerra, el plan del Army Air Corps de crear ochenta y cuatro grupos con 7800 aviones de combate, el establecimiento (y a través de la Ley de Servicio Selectivo e Instrucción) de un Ejército de cerca de un millón de hombres, todo esto causó efecto en una economía que, a diferencia de las de Italia, Francia y Gran Bretaña, no padecía graves problemas estructurales, sino que sólo estaba subutilizada gracias a la Depresión. Precisamente porque los Estados Unidos tenían una enorme capacidad sobrante, mientras que otras economías se estaban re-

calentando, tal vez la estadística más significativa para comprender el resultado de la futura contienda no eran las cifras de 1938 sobre producción real de acero o industrial, sino aquellas que intentan medir la renta nacional (tabla 31) y, por imprecisas que sean, el «potencial de guerra relativo» (tabla 32). Pues, en ambos casos nos recuerdan que, si los Estados Unidos habían sufrido desproporcionadamente durante la Gran Depresión, seguían sin embargo siendo (según palabras del almirante Yamamoto) un gigante dormido.

TABLA 31. Renta nacional de las potencias en 1937 y porcentaje gastado en Defensa[161]

	Renta Nacional (en miles de millones de dólares)	*Porcentaje de Defensa*
Estados Unidos	68	1,5
Imperio británico	22	5,7
Francia	10	9,1
Alemania	17	23,5
Italia	6	14,5
URSS	19	26,4
Japón	4	28,2

TABLA 32. Potencial de guerra relativo 1937[162]

Estados Unidos	41,7%
Alemania	14,4%
URSS	14,0%
R. U.	4,2%
Francia	10,2%
Japón	3,5%
Italia	2,5%
(siete potencias)	90,5%

El despertar de este gigante después de 1938, y especialmente después de 1940, nos da una confirmación final del problema crucial del *tiempo oportuno* en las carreras de armamentos y los cálculos estratégicos en esta época. Como Gran Bretaña o la URSS un poco antes, los Estados Unidos se estaban ahora esforzando en compensar la diferencia en armamentos que había sido producida por los anteriores y fuertes gastos de defensa de los Estados fascistas. Las estadísticas demostraron claramente que podían gastar más que cualquier otro país, si existía voluntad política para ello en el país: incluso en fecha tan avanzada como 1939, los gastos de defensa de los Estados Unidos representaban solamente el 11,7% de los gastos totales y un simple 1,6% del PNB[163], más o menos el porcentaje de cualquiera de las otras grandes potencias. Un aumento en el porcentaje de los gastos de defensa en relación con el PNB americano, para acercarlo a las proporciones dedicadas a armamento por los Estados fascistas, convertiría automáticamente a los Estados Unidos en el Estado militar más poderoso del mundo. Además, hay muchos indicios de que Berlín y Tokio se dieron cuenta de cómo reduciría un desarrollo semejante sus oportunidades para futuras expansiones. En el caso de Hitler, el problema se complica con su desprecio por los Estados Unidos, como potencia degenerada y mestiza; pero sabía también que no podía atreverse a esperar hasta mediados de los años cuarenta para reanudar sus conquistas, ya que, para entonces, la balanza militar se inclinaría decisivamente a favor del campo anglo-francés americano[164]. En cuanto a los japoneses, que se tomaban más en serio a los Estados Unidos, los cálculos eran más precisos: así, la Marina japonesa calculaba que, si bien su fuerza en buques de guerra representaría un respetable 70% de la americana a finales de 1941, «descendería al 65% en 1942, al 50% en 1943 y a un desastroso 30% en 1944»[165]. Como Alemania, Japón tenía también un poderoso incentivo estratégico para actuar de prisa, si quería librarse de su destino como potencia mediana en un mundo cada vez más eclipsado por las superpotencias.

EL DESDOBLAMIENTO DE LA CRISIS, 1931-1942

Cuando se examinan en su totalidad las fuerzas y debilidades relativas de cada una de las grandes potencias, y también como integradas en la dinámica económica y tecnológico-militar de la época, el curso de la diplomacia internacional durante los años treinta se hace mucho más comprensible. Esto no quiere decir que las raíces locales de las diversas crisis —en Mukden, Etiopía o la región de los Sudetes— fuesen completamente irrelevantes, o que no habría habido problemas internacionales si las grandes potencias hubiesen estado en armonía. Pero está claro que, cuando surgió una crisis regional, los estadistas de cada una de las principales capitales tuvieron que observar tales sucesos a la luz, tanto del más amplio escenario diplomático, como, y tal vez especialmente, de sus problemas domésticos apremiantes. El Primer Ministro británico, MacDonald, lo dijo claramente a su colega Baldwin, después de que la cuestión de Manchuria de 1931 hubiese coincidido con la crisis de la esterlina y la caída del segundo Gobierno laborista:

> Hemos estado todos tan distraídos con los problemas cotidianos que nunca tuvimos ocasión de vigilar toda la situación y forjar una política con referencia a ella, sino que hemos tenido que vivir de agitación en agitación[166].

Es bueno recordar que las preocupaciones de los políticos eran, a menudo, inmediatas y prácticas, y no a largo plazo y estratégicas. Pero ni siquiera después de que el Gobierno británico hubiese recobrado su aliento, hay la menor señal de que contemplase un cambio en su política circunspecta con referencia a la conquista de Manchuria por el Japón. Aparte de la continua necesidad de enfrentarse con problemas económicos y la tenaz aversión del pueblo a intervenciones en Extremo Oriente, los líderes británicos se daban también cuenta de las presiones de los Dominios en favor de la paz y del malísimo estado de las defensas imperiales en una región donde el Japón disfrutaba de la ventaja estratégica. En todo

caso, había algunos británicos que aprobaban la decisión de Tokio de castigar a los irritantes nacionalistas chinos, y muchos más que querían sostener buenas relaciones con Japón. Incluso cuando estos sentimientos se apagaron, después de más agresiones japonesas, la única manera en que Whitehall podía tomar una actitud más firme era de acuerdo con la Sociedad de Nacionales y/o con las otras grandes potencias.

Pero la propia Sociedad de Naciones, por muy admirables que fuesen sus principios, no tenía medios eficaces para impedir la agresión japonesa en Manchuria, como no fuesen las Fuerzas Armadas de sus principales miembros. Así, al recurrir a un comité investigador (la Comisión Lytton) sólo dio a las potencias una excusa para retrasar la acción, mientras el Japón continuaba su conquista. De los Estados más importantes, Italia no poseía verdadero interés en el Extremo Oriente. Alemania, aunque tenía lazos comerciales y militares con China, prefirió quedarse sentada y observar si el «revisionismo» del Japón podía significar un precedente útil para Europa. La Unión Soviética estaba preocupada por la agresión japonesa, pero no era probable que fuese invitada a cooperar con las otras potencias y no tenía intención de dejarse impulsar, sola, hacia delante. Los franceses, como era previsible, se hallaban ante un dilema: no tenían deseos de que se sentasen precedentes para alterar las fronteras territoriales existentes y se hiciese caso omiso de las resoluciones de la Sociedad de Naciones; de otra parte, estaban cada vez más preocupados por el rearme clandestino alemán y por la necesidad de mantener el *statu quo* en Europa, por lo que les horrorizaba la idea de que surgiesen, en el Extremo Oriente, complicaciones que desviasen la atención, y posiblemente los recursos militares, del problema alemán. Así, mientras París se mantenía firme en su defensa de los principios de la Sociedad de Naciones, hacía saber privadamente a Tokio que comprendía los problemas del Japón en China[167]. En cambio, el Gobierno de los Estados Unidos —al menos su representante, el secretario de Estado Stimson— no apoyaba en modo alguno las

acciones japonesas, viendo en ellas, con razón, una amenaza contra el mundo de puertas abiertas del que, en teoría, dependía tanto el sistema de vida norteamericano. Pero las condenas de Stimson, fundadas en altos principios, no atrajeron a Hoover, que temía los embrollos consiguientes, ni al Gobierno británico, que prefería la componenda a la cruzada. Resultado de ello fue una disputa Stimson-Hoover que se refleja en sus respectivas Memorias y (más importante aún) un legado de desconfianza entre Washington y Londres. Todo esto ofrecía un triste y convincente ejemplo de lo que un erudito llamó «los límites de la política extranjera»[168].

Si el movimiento de los militares japoneses en Manchuria, en 1931, se realizó[169] con o sin conocimiento de su Gobierno fue menos importante que el hecho de que esta acción tuviese éxito y fuese continuada, sin que Occidente fuese capaz de hacer nada efectivo. Las consecuencias fueron que se demostró que la Sociedad de Naciones no era un instrumento eficaz para evitar la agresión y que las tres democracias occidentales eran incapaces de una acción conjunta. Esto se evidenció también en la discusión coetánea en Ginebra referente al desarme en tierra y aire. Aquí, naturalmente, no estuvieron presentes los Estados Unidos, pero las diferencias anglofrancesas sobre cómo responder a las demandas alemanas de «igualdad» y la continuada evasión por Gran Bretaña de toda garantía para mitigar los temores de Francia, significaron que el nuevo régimen de Hitler pudo prescindir de las conversaciones y denunciar los tratados vigentes sin miedo a represalias[170].

La reactivación de la amenaza alemana en 1933 aumentó las tensiones en la colaboración diplomática anglo-franco-americana en un momento en que la Conferencia Económica Mundial había fracasado y las tres democracias estaban erigiendo sus propios bloques de moneda y comerciales. Aunque Francia era la más directamente amenazada por Alemania, era Gran Bretaña quien sentía que su libertad de maniobra había sido más sustancialmente perjudicada. En 1934, tanto el Gabinete como su Comité de Nece-

sidades de Defensa reconocieron que, si Japón era el peligro más inmediato, Alemania era a largo plazo la mayor amenaza. Pero, como no era posible mostrarse firme contra los dos, era importante lograr una reconciliación en una de las dos regiones. Mientras algunos círculos preconizaban el mejoramiento de las relaciones con Japón, para poder enfrentarse mejor con Alemania, el Foreign Office argüía que un entendimiento anglojaponés en Extremo Oriente arruinaría las ya delicadas relaciones de Londres con los Estados Unidos. De otra parte, se podía advertir a los círculos navales e imperiales que querían dar prioridad al fortalecimiento de las defensas británicas en Oriente que era imposible volver la espalda a la preocupación francesa por el revisionismo alemán y fatal (después de 1935) ignorar la creciente amenaza de la Luftwaffe. Durante el resto de la década, los que tomaban las decisiones en Whitehall trataron de escapar a este dilema estratégico de enfrentarse con posibles enemigos en extremos opuestos del Globo[171].

Sin embargo, en 1934 y 1935 este dilema parecía inquietante pero no agudo. Si el régimen de Hitler era claramente desagradable, el dictador se había mostrado sorprendentemente dispuesto a negociar un arreglo con Polonia; en todo caso, Alemania era todavía considerablemente más débil, en términos militares, que Francia o Rusia. Además, la tentativa alemana de entrar en Austria después del asesinato de Dollfuss en 1934 había provocado que Mussolini desplegase tropas en el Brennero como advertencia. La perspectiva de que Italia se asociase con las potencias del *statu quo* era especialmente tranquilizadora para Francia, que trató de llegar a una coalición antialemana en el «Frente Stresa» de abril de 1935. Casi al mismo tiempo, indicó Stalin que también él deseaba asociarse con los Estados «amantes de la paz», y en 1935, la Unión Soviética no sólo había ingresado en la Sociedad de Naciones, sino también concertado pactos de seguridad con París y Praga. Aunque Hitler había dejado bien clara su oposición a un «Locarno oriental», parecía que Alemania había sido contenida en todos lados. Y en el Lejano Oriente, Japón estaba tranquilo[172].

Pero, en la segunda mitad de 1935, esta animadora escena se desintegró de prisa sin que Hitler levantase un dedo. Las diferentes maneras de ver los ingleses y los franceses el «problema de seguridad» se revelaron ya en la inquietud británica ante los renovados lazos de Francia con Rusia, de una parte, y en el enojo francés por el acuerdo angloalemán naval de junio de 1935, de la otra. Ambas medidas habían sido tomadas unilateralmente para mayor seguridad, deseando Francia integrar a la URSS en el equilibrio europeo, y ansiosa Gran Bretaña de conciliar sus necesidades navales en aguas europeas y el Extremo Oriente; pero cada paso del vecino era considerado por el otro como una señal equivocada a Berlín[173]. Aun así, estas contradicciones eran perjudiciales pero no catastróficas, lo cual no podía decirse de la decisión de Mussolini de invadir Abisinia después de una serie de choques locales y de la vana persecución de su propia ambición de crear un nuevo Imperio romano. También esto fue un buen ejemplo de cómo una disputa regional podía tener ramificaciones extraordinariamente más amplias. Para los franceses, horrorizados por la idea de convertir un nuevo posible aliado contra Alemania en un furioso enemigo, todo el episodio abisinio fue un tremendo desastre: permitir una transgresión flagrante de los principios de la Sociedad de Naciones era preocupante, como lo era la actitud de Mussolini (pues, ¿dónde podía atacar después?); por otra parte, empujar a Italia hacia el campo alemán sería una locura espantosa en términos estrictos de *Realpolitik*, pero esta última consideración no era probable que influyese en los idealistas británicos[174]. Sin embargo, el dilema de Whitehall era al menos igualmente grande, ya que no sólo tenía que enfrentarse con la aún más grande agitación del público por la descarada vulneración por Italia de los principios de la Sociedad de Naciones, sino que también tenía que preocuparse por lo que podía hacer Japón en Extremo Oriente si Occidente se enzarzaba en una contienda en el Mediterráneo. Si Francia temía que una disputa con Italia tentaría a Hitler a invadir Renania, Gran Bretaña sospechaba que animaría a Japón a extenderse todavía más en Asia, especialmente cuando, en aquel momento exacto,

Tokio estaba a punto de denunciar los tratados navales para aumentar su flota sin restricciones[175]. En un sentido más amplio, ambas tenían razón; la dificultad estaba, como de costumbre, en reconciliar el problema inmediato con la implicación a largo plazo.

Los temores franceses fueron los primeros en quedar justificados. El ofrecimiento anglofrancés de 1935 de un reajuste territorial en el África del Nordeste, en favor de Italia (el Pacto Hoare-Laval), había causado que la opinión pública británica en particular estallase de indignación moral. Pero, mientras los Gobiernos de Londres y de París se debatían entre responder a aquella agitación y considerar en privado las importantísimas razones estratégicas y económicas para no ir a la guerra contra Italia, Hitler decidió ordenar la reocupación de la Renania desmilitarizada (marzo de 1936). En términos estrictamente militares, el golpe no fue tan grande; era muy improbable, en aquel entonces, que Francia pudiese haber lanzado una ofensiva contra Alemania, y completamente imposible que lo hiciese Inglaterra[176]. Pero esta mayor debilitación del tratado de Versalles —y el total abandono del de Locarno— suscitó el problema general de si era o no una manera internacionalmente aceptable de alterar el statu *quo*. Debido al fracaso de sus miembros más destacados en detener la agresión de Mussolini en 1935-1936, la Sociedad de Naciones estaba ahora muy desacreditada; representó muy poco o ningún papel, por ejemplo, en la guerra civil española o en el descarado ataque de Japón contra China en 1937. Si había que impedir, o al menos controlar, otros cambios en el orden territorial existente, esto sólo podría conseguirse por acciones resueltas contra los Estados «revisionistas» por parte de las principales potencias del *statu quo*.

Sin embargo, a ninguna de las últimas le pareció una posibilidad práctica la amenaza de recurrir a las armas. Ciertamente cuando los países fascistas se estaban aproximando entre ellos (Alemania y Japón firmaron en noviembre de 1937 un pacto anti-Komintern, poco después de que Mussolini hubiese proclamado el

Eje Roma-Berlín), sus adversarios en potencia se mostraban cada vez más introspectivos y desunidos[177]. A pesar del resentimiento americano por la invasión japonesa de China y el bombardeo del U. S. Panay, 1937 no era un buen año para que Roosevelt diese pasos decisivos en asuntos de ultramar, aunque hubiese deseado hacerlo: la economía había sido afectada por una nueva depresión y el Congreso estaba aprobando una legislación todavía más severa sobre neutralidad. Como lo único que Roosevelt podía ofrecer era palabras de condena sin ninguna promesa de acción, su política sólo «tendió a fortalecer las dudas anglofrancesas sobre la fiabilidad de América»[178]. De una manera totalmente distinta, también Stalin concentraba su atención en los asuntos domésticos, ya que sus purgas y juicios teatrales estaban entonces en su punto culminante. Aunque prestó, prudentemente, ayuda a la España republicana en la guerra civil, se dio cuenta de que muchos en Occidente aborrecían las «camisas rojas» todavía más que las «camisas negras» y de que sería sumamente peligroso entrar en un conflicto abierto con el Eje. Las acciones de Japón en Extremo Oriente y la firma del pacto anti-Komintern le hicieron aún más precavido.

Sin embargo, la potencia peor afectada en los años de 1936-1937 fue indudablemente Francia. No sólo flaqueaba su economía y estaba tan dividida la escena política que algunos observadores pensaron que se hallaba al borde de la guerra civil, sino que su propio y complicado sistema de seguridad en Europa había sido casi totalmente destruido en una serie de golpes aplastantes. La reocupación alemana de Renania destruyó toda posibilidad restante de que el Ejército francés emprendiese acciones ofensivas para presionar a Berlín; el país parecía ahora peligrosamente vulnerable a la Luftwaffe, precisamente cuando la Fuerza Aérea francesa se estaba volviendo anticuada; la cuestión abisinia y el Eje Roma-Berlín convirtieron a Italia de posible aliado en imprevisible y amenazador enemigo; el aislamiento de Bélgica trastornó los planes existentes para la defensa de las fronteras del norte de Francia, y no había manera (debido al coste) de extender la Línea

Maginot para cerrar aquel hueco; la guerra civil española ofrecía la terrible perspectiva de que se crease un Estado fascista y pro-Eje en la retaguardia de Francia y, en la Europa oriental, Yugoslavia se estaba acercando a Italia y la Pequeña Entente parecía moribunda[179].

En estas sombrías y casi paralizadoras circunstancias, el papel de Gran Bretaña adquirió una importancia crítica, al sustituir Neville Chamberlain a Baldwin (en mayo de 1937) como Primer Ministro. Preocupado por la vulnerabilidad económica y estratégica de su país y personalmente horrorizado por la perspectiva de una guerra, Chamberlain estaba resuelto a evitar toda futura crisis en Europa haciendo ofertas «positivas» para satisfacer los agravios de los dictadores. Recelando de la Unión Soviética, desdeñando la «palabrería» de Roosevelt, impaciente por la que creía que era confusa diplomacia de intransigencia y pasividad de Francia, y considerando la Sociedad de Naciones como totalmente ineficaz, el Primer Ministro puso en práctica su propia estrategia para asegurar una paz duradera mediante el apaciguamiento. Ya antes de entonces, Londres había hecho insinuaciones a Berlín sobre concesiones comerciales y coloniales; lo que hizo Chamberlain fue aumentar el ritmo mostrándose dispuesto a considerar cambios territoriales en la propia Europa. Al propio tiempo, y precisamente porque veía en Alemania el mayor peligro, el Primer Ministro estaba ansioso de mejorar las relaciones con Italia, en la esperanza de apartar a aquel país del Eje[180]. Todo esto tenía que prestarse forzosamente a la controversia —ocasionó, *inter alia*, la dimisión del ministro de Asuntos Exteriores (Eden) a principios de 1938, críticas del pequeño pero creciente grupo de antiapaciguadores en el país, y aumentó las sospechas de Washington y de Moscú—, pero, por otra parte, podría también argüirse que muchos movimientos audaces en la pasada historia de la diplomacia eran también discutibles. El verdadero fallo en la estrategia de Chamberlain, comprendido en Europa por algunos pero no por la mayoría, fue que Hitler era fundamentalmente *inapaciguable* y estaba re-

suelto a implantar un futuro orden territorial que no podría lograrse con reajustes en pequeña escala.

Si aquella conclusión se hizo clara en 1939, y todavía mas en 1940-1941, el Gobierno británico ni siquiera el francés lo vieron en el año crítico de 1938. La ocupación de Austria en la primavera de aquel año fue una desagradable muestra de la afición de Hitler a las maniobras no anunciadas, pero ¿se podía realmente rechazar el principio de que unos alemanes se uniesen a otros alemanes? En todo caso, sólo intensificó la convicción de Chamberlain de que la cuestión de la minoría de habla alemana en Checoslovaquia tenía que ser resuelta antes de que aquella crisis llevase a las potencias al borde, y más allá, de la guerra. Cierto que la cuestión de la región de los Sudetes era mucho más contenciosa —también Checoslovaquia tenía derecho a una soberanía que había sido internacionalmente garantizada, y el deseo de las potencias occidentales de satisfacer a Hitler parecía ahora más influido por temores egoístas negativos que por ideales positivos—, pero el hecho era que el Führer era el único líder de aquella época que estaba preparado para la lucha, y se hallaba ciertamente irritado de que la perspectiva de aplastar a los checos le fuese negada por las concesiones que había conseguido en la conferencia de Munich. Como siempre, se necesitaban dos para hacer una guerra entre grandes potencias y, en 1941, no había un adversario dispuesto a enfrentarse a Hitler[181].

Debido a que no había voluntad política y pública de guerra en Occidente, es inútil entrar aquí en el prolongado debate sobre qué habría podido ocurrir si Gran Bretaña y Francia hubiesen luchado para defender a Checoslovaquia, aunque vale la pena observar que el equilibrio militar no era tan favorable a Alemania como pretendieron los diversos partidarios del apaciguamiento[182]. En todo caso, está claro que el equilibrio se inclinó todavía más en favor de Hitler después del arreglo de Munich. La eliminación de Checoslovaquia como sustancial potencia mediana europea en marzo de 1939, la adquisición por los alemanes de armas, fábricas y mate-

rias primas checas, y los crecientes recelos de Stalin en lo tocante a Occidente, pesaron más que los factores que trabajaban en favor de Londres y París, tales como el considerable aumento de la producción británica de armas, la más íntima colaboración militar anglofrancesa o el cambio de opinión en Gran Bretaña y los Dominios en favor de plantar cara a Hitler. Al mismo tiempo, Chamberlain fracasó (enero de 1939) en su empeño de separar a Italia del Eje o de disuadirle de sus propias agresiones en los Balcanes, aunque Mussolini, por urgentes razones, no lucharía inmediatamente junto a su compañero dictador y contra las naciones occidentales en una guerra de grandes potencias.

Por consiguiente, cuando Hitler empezó a ejercer presión sobre Polonia a finales de la primavera de 1939, las posibilidades de evitar un conflicto eran menos que en el año anterior, y las perspectivas de una victoria anglofrancesa, si estallaba la guerra, eran aún mucho menores. La anexión por Alemania del Estado «trasero» de Checoslovaquia en marzo de 1939 y la entrada de Italia en Albania un mes más tarde, habían conducido a las democracias, bajo la creciente presión pública de «detened a Hitler», a ofrecer garantías a Polonia, Grecia, Rumanía y Turquía, atando así a la Europa occidental al destino de la Europa oriental hasta un grado que, al menos los ingleses, no habían nunca contemplado. Sin embargo, Polonia no podía ser directamente ayudada por los países occidentales y cualquier ayuda *indirecta* sería pequeña en un período en que el Ejército francés había asumido la estrategia defensiva y los británicos estaban concentrando muchos recursos en mejorar las defensas aéreas en la metrópoli. La única ayuda directa que podía prestarse a Polonia debía venir del Este y, si el gobierno de Chamberlain era reacio a celebrar acuerdos con Moscú, los polacos, por su parte, se oponían rotundamente a que el Ejército Rojo entrase en su territorio. Como la principal preocupación de Stalin era ganar tiempo y evitar una guerra, y Hitler necesitaba aumentar la presión sobre las naciones occidentales para que abandonasen Polonia, ambos dictadores tenían un interés secular en hacer un

«trato» a costa de Varsovia, fuesen cuales fueren sus diferencias ideológicas. El sorprendente anuncio del pacto *Ribbentrop-Mólotov* (23 de agosto de 1939) no sólo fortaleció la posición estratégica de Alemania, sino que también hizo virtualmente inevitable una guerra sobre Polonia. Esta vez, Londres y París no tenían posibilidad de optar por el «apaciguamiento», aunque las circunstancias económicas y militares aconsejaban (tal vez más que en los años anteriores) evitar un conflicto entre grandes potencias[183].

Así, el estallido de la Segunda Guerra Mundial encontró a Gran Bretaña y a Francia opuestas una vez más a Alemania y, como en 1914, una fuerza expedicionaria británica fue enviada a través del Canal, mientras las flotas anglofrancesas imponían su bloqueo marítimo[184]. Sin embargo, en otros muchos aspectos, las líneas estratégicas de esta guerra eran muy diferentes de las de la anterior y perjudiciales para los Aliados. No sólo no había un frente oriental, sino que el acuerdo político entre Berlín y Moscú para repartirse Polonia condujo también a acuerdos comerciales, de manera que una creciente cantidad de materias primas enviadas desde Rusia anularon los efectos que podía haber tenido el bloqueo sobre la economía alemana. Cierto que, en el primer año de guerra, las reservas de petróleo y de otras materias primas eran todavía desesperadamente bajas en Alemania, pero la producción de artículos sucedáneos, el mineral de hierro sueco y los crecientes envíos desde Rusia ayudaron a llenar aquel vacío. Además, la inercia aliada en el frente occidental significaba que había poca presión sobre el abastecimiento de petróleo y municiones a los alemanes. Por último, no había aliados engorrosos a los que tuviese Alemania que apoyar, como Austria-Hungría en la guerra de 1914-1918. Si Italia hubiese intervenido también en el conflicto de setiembre de 1939, sus propias deficiencias económicas habrían planteado tensiones excesivas sobre las delicadas reservas del Reich y, presumiblemente, reducido las probabilidades de éxito del ataque alemán de 1940 hacia el Oeste. Desde luego, la participación de Italia habría complicado la posición anglofrancesa en el Mediterráneo, pero tal vez

no mucho, y la neutralidad de Roma significaba una vía útil para el comercio alemán, motivo por el cual muchos de los planificadores de Berlín esperaban que Mussolini se quedase en la banda[185].

Mientras la «guerra falsa» no pusiese a prueba la vulnerabilidad económica alemana, permitiría que Alemania perfeccionase los elementos de estrategia nacional en que la Wehrmacht era tan superior, es decir, la doctrina operacional, las armas combinadas, el poder táctico aéreo y la guerra de ofensiva descentralizada. La campaña polaca en particular confirmó la eficacia de la Blitzkrieg, reveló una serie de puntos flacos (que podrían ser corregidos) y reforzó la confianza alemana de poder derrotar a los enemigos con rápidos **ataques por sorpresa** y la adecuada concentración de fuerzas aéreas y blindadas. Esto fue de nuevo fácilmente demostrado con la rápida invasión de Dinamarca y los Países Bajos, aunque la geografía hizo que Noruega fuese inaccesible a las divisiones Panzer alemanas y estuviese bajo la influencia del poder marítimo británico, lo cual hizo que la campaña fuese arriesgada durante un tiempo, hasta que se estableció el dominio de la Luftwaffe. Pero el mejor ejemplo de la superioridad de la doctrina militar alemana y de la capacidad táctica operacional fue la campaña de Francia de mayo-junio de 1940, cuando las más numerosas pero no tan bien organizadas infantería y fuerzas blindadas aliadas fueron destrozadas por las columnas de tanques y la infantería motorizada de Guderian. En todos estos encuentros, el atacante disfrutó de una considerable superioridad aérea. Así, a diferencia de las batallas de 1914-1916, en que ninguno de los bandos daba muestras de comprender las nuevas condiciones de la guerra, las campañas de 1940 revelaron las ventajas alemanas que parecían obviar la vulnerabilidad económica a largo plazo de Alemania[186].

Más aún, al triunfar tan decisivamente en 1939-1940, la máquina de guerra alemana aumentó en gran manera los recursos disponibles de petróleo y de materias primas. No sólo podía (¡y lo hizo!) saquear a sus derrotados enemigos, sino que la evidente incapaci-

dad de Francia y Gran Bretaña de emprender una importante campaña militar significó también que no habría un desgaste grave de las reservas de la Wehrmacht durante una campaña prolongada. Se había establecido una ruta por tierra de las materias primas españolas, los minerales suecos estaban ahora a salvo de las expediciones aliadas, y Rusia, asustada en secreto por los rápidos éxitos de Hitler, aumentaba sus envíos. En estas circunstancias, la entrada de Italia en la guerra en el momento en que Francia se estaba derrumbando no fue el obstáculo económico que habría podido ser y, ciertamente, desvió los recursos británicos de Europa al Próximo Oriente, aunque la campaña espectacularmente infructuosa de Italia demostró cómo había sido ésta sobrestimada a lo largo de los años treinta[187].

Si la guerra hubiese continuado simplemente con estos tres beligerantes, es difícil decir lo que hubiese podido durar. El Imperio británico bajo Churchill estaba resuelto a continuar la lucha y movilizaba grandes números de hombres y reservas de municiones, superando por ejemplo a Alemania, tanto en producción de aviones como de tanques, en 1940[188]. Y si lo que poseía entonces Gran Bretaña en oro y dólares era insuficiente para pagar los suministros norteamericanos, Roosevelt estaba consiguiendo derogar la perjudicial legislación de neutralidad y persuadir al Congreso de que, para la propia seguridad del país, era conveniente apoyar a Gran Bretaña, mediante la ley de Préstamo y Arriendo, el trato de «destructores por bases», la protección de convoyes, etcétera[189]. Resultado de ello fue dejar a los dos principales combatientes en posición de ser cada uno incapaz de dañar decisivamente al otro. Si la Batalla de Gran Bretaña había hecho imposible una invasión alemana a través del Canal, el desequilibrio en las fuerzas de tierra hacía que no pudiese pensarse en una entrada militar británica en Europa. Las incursiones de los bombardeos sobre Alemania eran buenas para la moral británica, pero causaron pocos perjuicios en aquella fase de la guerra. A pesar de ocasionales operaciones en el Atlántico Norte, la flota de superficie alemana no estaba en condi-

ciones de enfrentarse con la Royal Navy; por otra parte, la campaña de los submarinos era tan amenazadora como siempre, gracias a las nuevas tácticas de Doenitz y a los buques adicionales. En el Norte de África, Somalia y Abisinia, las fuerzas del Imperio británico tomaron fácilmente las posiciones ocupadas por los italianos, pero encontraron sumamente difícil enfrentarse a la forma explosiva de guerra practicada por el Afrika Korps de Rommel o por las fuerzas invasoras alemanas en Grecia. El segundo año de guerra de la llamada «última guerra europea» se caracterizó, pues, por victorias defensivas y ganancias en pequeña escala y no por encuentros y conquistas épicos[190].

Entonces, inevitablemente, la fatídica decisión de Hitler de invadir Rusia en junio de 1941 cambió todas las dimensiones del conflicto. Estratégicamente, esto significaba que Alemania tenía ahora que luchar en varios frentes y volver así a su dilema de 1914-1917, cosa particularmente difícil para la Luftwaffe, que tenía sus escuadrillas repartidas a grandes distancias entre el Oeste, el Este y el Mediterráneo. También hacían que la posición del Imperio británico en Oriente Medio —que seguramente habría sido barrida si Hitler hubiese enviado allí una cuarta parte de las tropas y los aviones que empleó para la Operación Barbarroja— pudiese seguir siendo, como las propias Islas Británicas, como un trampolín para una contraofensiva sobre el enemigo en el futuro. Pero lo más importante era que la mera extensión geográfica y las exigencias logísticas de una campaña a cientos de kilómetros en el interior de Rusia socavaba la mayor ventaja de la Wehrmacht: su capacidad de lanzar ataques por sorpresa dentro de confines limitados, de manera que arrollaba al enemigo antes de empezar a agotar sus provisiones y de que se retrasase su máquina de guerra. En contraste con la formidable fuerza de primera línea reunida por Alemania y sus aliados en junio de 1941; los recursos de apoyo y mantenimiento eran mínimos, especialmente a la luz del defectuoso sistema de carreteras; no se había pensado en la guerra de invierno, ya que se presumía que la lucha habría terminado en tres

meses; la producción alemana de aviones en 1941 era bastante más pequeña que la de Gran Bretaña o Rusia, por no hablar de los Estados Unidos; la Wehrmacht tenía muchos menos tanques que Rusia, y las reservas de petróleo y de municiones disminuyeron rápidamente en la extensa campaña[191]. Aunque la Wehrmacht logró triunfos espectaculares en el campo de batalla y las inadecuadas órdenes de despliegue de Stalin ante el inminente ataque permitieron que los alemanes matasen o capturasen a tres millones de rusos en los primeros cuatro meses de la lucha, esto no resolvió por sí solo el problema. Rusia podía sufrir espantosas pérdidas de hombres y equipo y ceder un millón de kilómetros cuadrados de territorio, sin ser todavía derrotada; la captura de Moscú o tal vez incluso del propio Stalin, podían no haber obligado a una rendición, dadas las reservas extraordinariamente grandes del país. En suma, era una guerra ilimitada, y el Tercer Reich, con todos sus impresionantes triunfos y su brillantez operativa, no estaba debidamente equipado para sostenerla.

Si Rusia habría podido sobrevivir al Ejército alemán en las puertas de Moscú y a un fuerte ataque del Japón sobre Siberia en diciembre de 1941 es otra cuestión fascinante para especular sobre ella pero imposible de resolver. Al firmar el Pacto Tripartito (setiembre de 1940) con Alemania e Italia y, después (abril de 1941) el tratado de neutralidad con la Unión Soviética, Japón había esperado disuadir a la URSS mientras concentraba sus esfuerzos en la expansión hacia el Sur; pero eran muchos en Tokio los que se sentían tentados a emprender otra guerra contra Rusia al enterarse del avance alemán sobre Moscú. Ciertamente, si el Ejército japonés hubiese atacado a su enemigo tradicional en Asia, en vez de empeñarse en las operaciones del Sur, tal vez le habría sido difícil a Roosevelt persuadir al pueblo americano de entrar de lleno en aquella guerra, y la ayuda que los ingleses habrían podido prestar a Rusia en Extremo Oriente (si Churchill hubiese entrado solo en aquel conflicto) habría sido mínima. Pero, en vez de enfrentarse con aquel espantoso conflicto en dos frentes, Stalin pudo

sacar de Siberia a sus bien instruidas y curtidas divisiones a finales de 1941 para ayudar a frenar la ofensiva de los alemanes y repelerlos después[192]. Sin embargo, desde el punto de vista de Tokio, la decisión de extenderse hacia el Sur era absolutamente lógica. El embargo de Occidente sobre el comercio con Japón y la congelación de sus haberes en julio de 1941 (después de apoderarse Tokio de la Indochina francesa) hicieron que tanto el Ejército como la Marina se diesen perfecta cuenta de que, a menos que cediesen a las demandas políticas americanas o tratasen de apoderarse del petróleo y las materias primas del Sudeste asiático, estarían económicamente arruinados en cuestión de meses. Por consiguiente, a partir de julio de 1941, una guerra en el Norte contra Rusia se hizo virtualmente imposible y las operaciones en el Sur virtualmente inevitables; pero como se consideraba poco probable que los norteamericanos se estuviesen quietos mientras Japón se apoderaba de Borneo, Malasia y las Indias Orientales holandesas, era también necesario eliminar sus instalaciones militares en el Pacífico occidental, y su base naval de Pearl Harbor. Simplemente para mantener el impulso de su «incidente de China», los generales japoneses consideraron ahora necesario sostener operaciones a gran escala a miles de kilómetros del país y contra objetivos de los que apenas habían oído hablar[193].

Diciembre de 1941 marcó el segundo momento crucial en una guerra que se había hecho ahora mundial. Los contraataques rusos alrededor de Moscú en aquel mismo mes confirmaron que, al menos allí, la Blitzkrieg había fracasado. Y si la serie asombrosa de triunfos japoneses en los primeros seis meses de la guerra del Pacífico fueron duros golpes para los Aliados, ninguno de los territorios perdidos (ni siquiera Singapur o las Filipinas) era realmente vital en términos de gran estrategia. Lo más importante era que las acciones del Japón, y la gratuita declaración de guerra de Hitler contra los Estados Unidos, hicieron al fin que interviniese en el conflicto el país más poderoso del mundo. Desde luego la productividad industrial no podía asegurar por sí sola la efectividad mili-

tar —y la habilidad operacional de Alemania en particular significaba que las simples comparaciones de hombre a hombre y dólar a dólar eran tontas[194]—, pero la Gran Alianza, como Churchill gustaba de llamarla, era tan superior en términos materiales al Eje, y sus bases productoras estaban tan alejadas de las fuerzas armadas alemanas y japonesas, que tenía la oportunidad y los recursos necesarios para montar una fuerza militar abrumadora que ninguno de los anteriores oponentes a la agresión fascista podía haber esperado poseer. En realidad, dentro de otro año, estaría al fin a punto de realizarse la previsión de De Tocqueville de 1835 referente al surgimiento de un mundo bipolar.

ESTRATEGIA Y ECONOMÍA DE HOY Y DE MAÑANA

VII. ESTABILIDAD Y CAMBIO EN UN MUNDO BIPOLAR, 1943-1980

Al enterarse Winston Churchill de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, se regocijó abiertamente… y con buenas razones. Como explicó más tarde, «el destino de Hitler estaba sellado. El destino de Mussolini estaba sellado. En cuanto a los japoneses serían aniquilados. Lo único que se necesitaba era aplicar debidamente la fuerza arrolladora»[1]. Sin embargo, esta confianza debió parecer injustificada a las mentes más cautelosas del bando aliado durante 1942 y hasta la primera mitad de 1943. Durante seis meses después de Pearl Harbor, las fuerzas japonesas habían campado por sus respetos en el Pacífico y en el Sudeste asiático, arrollando los imperios coloniales europeos, cercando a China por el Sur y amenazando a la India, a Australia y a Hawai. En la guerra ruso-alemana, la Wehrmacht reanudó sus brutales ofensivas en cuanto terminó el invierno de 1941-1942 y se abrió camino hacia el Cáucaso; casi al mismo tiempo, la fuerza mucho más pequeña al mando de Rommel en el norte de África había llegado a 85 km de Alejandría. El ataque de los submarinos contra los convoyes aliados era más devastador que nunca, y en la primavera de 1943 fue cuando sufrió más pérdidas la Marina mercante; mientras tanto, el «contrabloqueo» de la economía alemana por medio de bombardeos estratégicos no conseguía sus fines y ocasionaba terribles bajas en las tripulaciones de los aviones. Si el destino de las potencias del Eje estuvo sellado después de diciembre de 1941, había pocos indicios de que ellas lo supiesen.

«LA APLICACION DEBIDA DE LA FUERZA ARROLLADORA»

Sin embargo, la presunción básica de Churchill era correcta. La conversión del conflicto de guerra europea en verdadera guerra mundial pudo haber complicado el juego estratégico de Gran Bretaña —como han observado muchos historiadores, la pérdida de Singapur fue resultado de la concentración británica de aviones y divisiones adiestradas en el teatro mediterráneo[2]—, pero alteró totalmente el equilibrio global de fuerzas en cuanto los nuevos beligerantes fueron debidamente movilizados. Mientras tanto, las máquinas de guerra alemana y japonesa podían continuar sus conquistas; pero, cuanto más se extendían, menos capaces eran de resistir las contraofensivas que estaban preparando los Aliados.

La primera de éstas se produjo en el Pacífico, donde los aparatos de Nimitz con base en los portaaviones habían ya frenado el impulso japonés en el mar de Coral (mayo de 1942) y hacia Midway (junio de 1942) y mostrado lo vital que era la fuerza aeronaval en las vastas extensiones de aquel océano. A finales de aquel año, las tropas japonesas habían sido expulsadas de Guadalcanal y las fuerzas australianas-norteamericanas estaban avanzando en Nueva Guinea. Cuando empezó la contraofensiva en el Pacífico central a finales de 1943, las dos poderosas flotas de guerra americanas que cubrían la invasión de las Gilbert estuvieron a su vez protegidas por cuatro fuerzas rápidas de transporte (doce portaaviones) con un control abrumador del aire[3]. Un todavía mayor desequilibrio de fuerzas había permitido que las divisiones del Imperio británico rompiesen las posiciones alemanas en El Alamein en octubre de 1942 y empujasen a las unidades de Rommel hacia Túnez; cuando Montgomery ordenó el ataque, tenía seis veces más tanques que su adversario, el triple de soldados y el dominio casi completo del aire. En el mes siguiente, las tropas angloamericanas de Eisenhower, compuestas de 100 000 hombres, desembarcaron en el África del Norte francesa, para empezar un «movi-

miento de tenaza» desde el Oeste contra las fuerzas germano-italianas, que culminaría con la rendición en masa de éstas en mayo de 1943[4]. En la misma época, también Doenitz había sido obligado a retirar sus submarinos del Atlántico Norte, donde habían sufrido fuertes bajas al atacar los convoyes aliados ahora protegidos por «liberators» de gran radio de acción, portaaviones y grupos de escolta equipados con el radar más moderno y cargas de profundidad, y conocedores de los movimientos de los submarinos gracias a los aparatos «Ultra»[5]. Aunque los Aliados tardarían más tiempo en lograr el «dominio del aire» en Europa para completar su dominio del mar, la solución se encontraría rápidamente en forma del caza «Mustang» de largo radio de acción, que acompañó primero a las escuadrillas de bombardeo de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos en diciembre de 1943; al cabo de pocos meses, la capacidad de la «Luftwaffe» para defender el espacio aéreo sobre las fábricas, los soldados y la población civil del Tercer Reich se había deteriorado irreversiblemente[6].

Todavía más ominoso para el alto mando de la Wehrmacht era el cambio que se estaba experimentando en su situación antes favorable en el frente oriental. Ya en agosto de 1941, cuando muchos observadores creían que Rusia se estaba acabando como gran potencia, el general Halder declaraba tristemente en el Diario del Estado Mayor de Guerra:

> Preveíamos unas 200 divisiones enemigas. Ahora hemos contado 360… no armadas y equipadas como las nuestras, y su dirección táctica es a menudo defectuosa. Pero… si destrozamos a una docena de ellas, los rusos ponen simplemente una docena… El tiempo… les favorece, ya que están cerca de sus propios recursos, mientras que nosotros nos alejamos más y más de los nuestros[7].

En esta clase de lucha en masa, implacable, brutal, las cifras de bajas hacían que los totales de la Primera Guerra Mundial pareciesen modestos. En los cinco primeros meses de campaña, los alemanes decían haber matado, herido o capturado a más de tres mi-

llones de rusos[8]. Sin embargo, en aquel momento particular, cuando Stalin y la Stavka proyectaban la primera contraofensiva alrededor de Moscú, el Ejército Rojo tenía todavía 4,2 millones de hombres en sus ejércitos en campaña y era numéricamente superior en tanques y aviones[9]. Desde luego, no podía igualar la experiencia profesional de los alemanes en tierra o en el aire —incluso en una fecha tan avanzada como el año 1944, los rusos perdían cinco o seis hombres por cada soldado alemán[10]— y cuando pasó el terrible invierno de 1941-1942, la máquina de guerra de Hitler pudo empezar de nuevo la ofensiva, esta vez hacia Stalingrado y el desastre. Después de Stalingrado, en el verano de 1943, la Wehrmacht hizo un nuevo intento, reuniendo sus fuerzas blindadas para llegar al fantástico total de diecisiete divisiones «Panzer» para el cerco de Kursk. Pero, en la que iba a ser con mucho la más grande batalla de tanques de la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo contaba con treinta y cuatro divisiones blindadas, unos 4000 vehículos contra los 2700 de Alemania. Y si el número de tanques soviéticos había quedado reducido a menos de la mitad en una semana, habían destruido a la mayor parte de las *Panzerarmee* y estaban ahora dispuestos para la implacable contraofensiva hacia Berlín. Entonces, la noticia del desembarco aliado en Italia dio a Hitler el pretexto para retirarse de lo que había sido un desastre absoluto, y confirmó el grado en que los enemigos del Reich estaban completamente dentro del cerco[11].

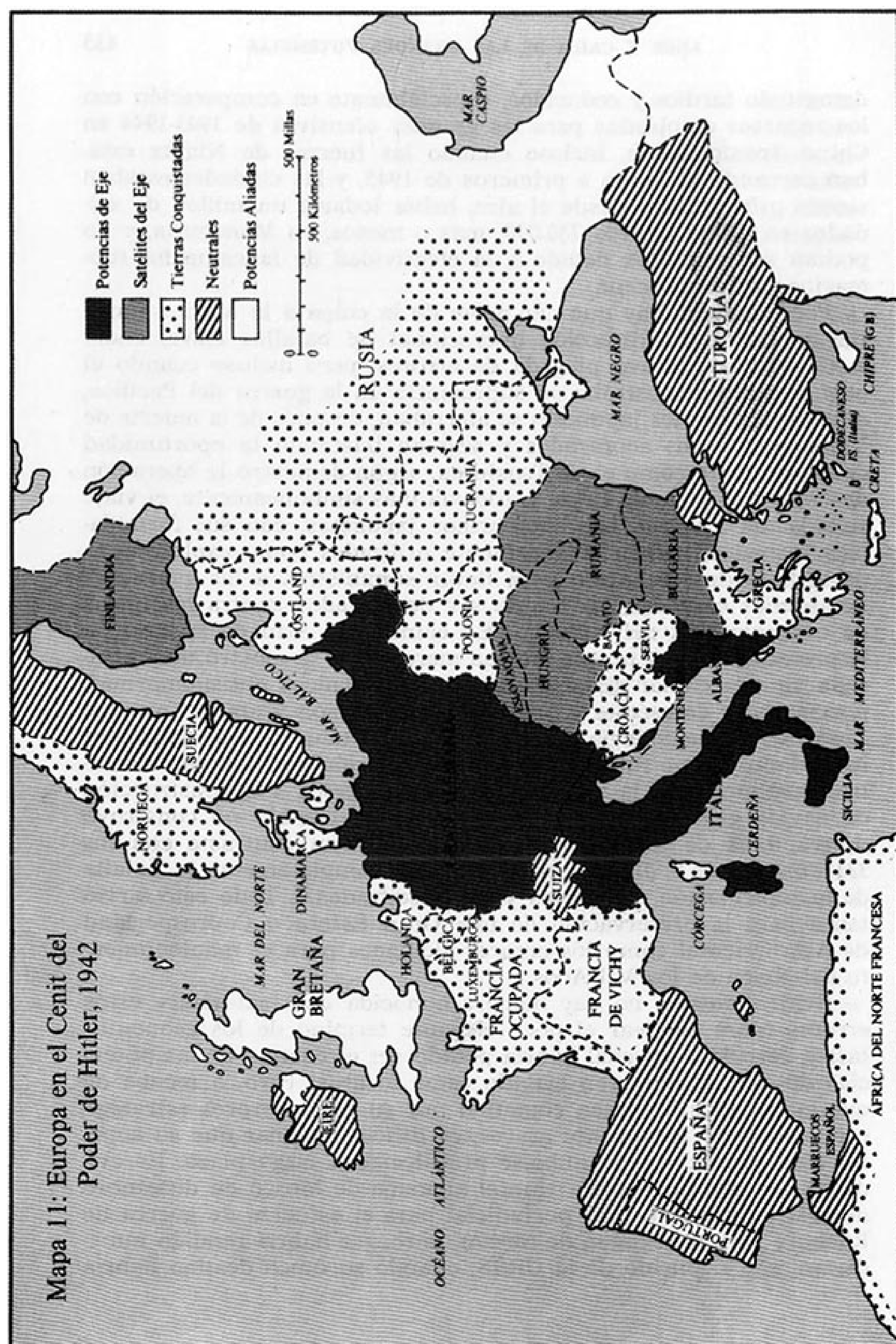
¿Era todo esto, simplemente, la «aplicación debida de una fuerza arrolladora»? Está claro que el poder económico no fue nunca la única influencia sobre la efectividad militar, ni siquiera en la guerra mecanizada y total de 1939-1945; la economía, parafraseando a Clausewitz, estaba aproximadamente en la misma relación con el combate que la habilidad del armero con el arte de la esgrima. Y había demasiados ejemplos de graves errores políticos o estratégicos de las jefaturas alemana y japonesa después de 1941, que había de costarles caro. En el caso alemán, esto iba desde las decisiones relativamente en pequeña escala, como enviar refuer-

zos al norte de África a primeros de 1943, sólo para que fuesen apresados, hasta el trato tan espantosamente estúpido como criminal dado a las minorías ucranianas y otras no rusas en la URSS, que se sentían felices de escapar a las garras de Stalin hasta que fueron víctimas de las atrocidades nazis. Iba desde la arrogancia de presumir que las claves Enigma no podrían ser nunca descifradas hasta el prejuicio ideológico de no emplear mujeres alemanas en las fábricas de municiones, mientras que todos los enemigos de Alemania explotaban de buen grado esta gran reserva de fuerzas de trabajo. Se complicaba con las rivalidades dentro de las altas esferas del propio Ejército, que hacían ineficaz la resistencia contra las locas y ambiciosas ofensivas de Hitler como las de Stalingrado y Kursk. Sobre todo, estaba lo que los eruditos llaman «caos policrático» de ministerios y subimperios rivales (el Ejército, la SS, los Gauleiter, el Ministerio de Economía) que impedía toda valoración y asignación coherentes de los recursos, por no hablar del invento de lo que en cualquier otra parte se hubiese denominado «gran estrategia». Esto no era una manera seria de llevar una guerra[12].

Aunque los errores estratégicos japoneses fueron menos notorios y contraproducentes, fueron empero asombrosos. Como Japón desarrollaba una estrategia «continental» en la que predominaba la influencia del Ejército, sus operaciones en el Pacífico y en el sudeste de Asia habían sido llevadas a cabo con un mínimo de fuerzas: sólo once divisiones, comparadas con las trece de Manchuria y las veintidós de China. Incluso cuando se estaba ya desarrollando la contraofensiva norteamericana en el Pacífico central, las tropas japonesas y sus refuerzos aéreos en aquella región eran demasiado tardíos y reducidos, especialmente en comparación con los recursos empleados para las grandes ofensivas de 1943-1944 en China. Irónicamente, incluso cuando las fuerzas de Nimitz estaban cercando al Japón a primeros de 1945, y las ciudades estaban siendo pulverizadas desde el aire, había todavía un millón de soldados en China y otros 780 000, más o menos, en Manchuria, y

no podían ser retirados debido a la efectividad de la campaña submarina norteamericana.

Pero también hay que echar parte de la culpa a la Marina imperial japonesa. La dirección operacional de batallas clave, como la de Midway, estuvo plagada de errores, pero incluso cuando el portaaviones demostraba su supremacía en la guerra del Pacífico, muchos almirantes japoneses se aferraban, después de la muerte de Yamamoto a sus acorazados y seguían buscando la oportunidad de un combate como el de Tsushima, según demostró la operación de 1944 en el golfo de Leyte y, todavía más simbólicamente, el viaje suicida del Yamato. Los submarinos japoneses, con sus formidables torpedos, fueron erróneamente utilizados como exploradores de la flota de combate o para llevar suministros a las guarniciones isleñas cercadas, en vez de ser desplegados contra las líneas de comunicación del enemigo. En cambio, la Armada fracasó en la protección de su propia Marina mercante y se mostró muy atrasada en desarrollar sistemas de convoy, técnicas antisubmarinas, portaaviones de escolta y grupos de exploración y ataque, aunque Japón dependía todavía más que Gran Bretaña de los materiales importados[13]. Fue sintomático de esta obsesión por la flota de combate que, mientras la Marina destinaba recursos a la construcción de navíos gigantes de la clase Yamato, en cambio no construyó destructores de escolta entre 1941 y 1943, en contraste con los 331 americanos[14]. Japón perdió también completamente la batalla de la información, las claves y los descifrados[15]. Todo esto sirvió tanto para la preservación de una Gran Esfera o Coprosperidad de Asia Oriental como los errores alemanes para el mantenimiento del Reich de los Mil Años.



Mapa 11. Europa en el cénit del poder de Hitler en 1942

Evidentemente, no hay manera conocida de «factorizar» estos errores (para emplear el poco elegante término de los economistas) y descubrir así cuál habría podido ser el destino de las potencias del Eje si hubiesen evitado estas locuras. Pero, a menos de que los Aliados hubiesen cometido por su parte errores estratégicos y políticos igualmente graves, es difícil imaginar que su superioridad productiva no hubiese prevalecido a largo plazo. Es evidente que una ocupación triunfal alemana de Moscú en diciembre de 1941 habría sido muy perjudicial para el esfuerzo de guerra de Rusia (y para el régimen de Stalin), pero ¿se habría rendido inmediatamente el pueblo de la URSS, cuando su único destino habría sido el exterminio y cuando tenía todavía grandes reservas militares y productivas a miles de kilómetros hacia el Este? A pesar de las pérdidas económicas ocasionadas por la Operación Barbarroja —la producción de carbón bajó en un 57%, la de hierro colado en el 68%, etcétera[16]—, vale la pena observar que Rusia produjo 4000 aviones más que Alemania en 1941 y 10 000 más en 1942, esto sólo para un frente, cuando Alemania tenía tres[17]. Dada su creciente superioridad en hombres, tanques, artillería y aviones, el Ejército Rojo podía soportar, en el segundo año de conflicto, pérdidas a razón de cinco o seis a una (aunque a un precio espantoso para sus propias tropas) y a continuar todavía la lucha contra los debilitados alemanes. A principios de 1945, sólo en los frentes de Rusia Blanca y de Ucrania, «la superioridad soviética era absoluta y terrible, con el quíntuplo en hombres, el séptuplo en vehículos blindados, más del séptuplo en artillería y diecisiete veces más que Alemania en fuerzas del aire»[18].

Dado que las fuerzas angloamericanas en Francia tenían, pocos meses antes, «una superioridad efectiva de 20 a 1 en tanques y de 25 a 1 en aviones»[19], es sorprendente que los alemanes se portasen tan bien durante tanto tiempo; incluso a finales de 1944, como había ocurrido en septiembre de 1918, ocupaban todavía territorios más grandes que el del propio Reich al empezar la guerra. Esta cuestión ha sido explicada por los historiadores militares de una

manera casi unánime: que la doctrina operacional alemana, que hacía hincapié en la flexibilidad y en la toma de decisiones descentralizada a nivel del campo de batalla, demostró ser muy superior a las tácticas cautelosas y rígidas de los británicos, los sangrientos ataques frontales de los rusos y los entusiastas pero nada profesionales avances de los norteamericanos; que la experiencia alemana de «armas combinadas» era mejor que todas las demás, y que la calidad y el adiestramiento de los oficiales y los suboficiales eran extraordinariamente altos, incluso en el último año de la guerra.

Sin embargo, nuestra admiración de hoy por la actuación operacional alemana, que parece ir en aumento de un libro a otro[20], no debería oscurecer el hecho evidente de que Berlín, como Tokio, se había excedido. El noviembre de 1943, el general Jodl calculó que 3,9 millones de alemanes (junto con sólo 283 000 soldados aliados del Eje) estaban tratando de contener a 5,5 millones de rusos en el frente oriental. Otros 177 000 soldados alemanes estaban en Finlandia, y otros 486 000 hombres se hallaban de guarnición en Noruega y Dinamarca. Había 1 370 000 soldados de ocupación en Francia y Bélgica. «Otros 612 000 hombres estaban atados en los Balcanes, y había 412 000 en Italia… Los ejércitos de Hitler estaban desparramados a lo largo y a lo ancho de Europa y eran inferiores en número y en equipo en todos los frentes»[21]. Lo mismo podía decir de las divisiones japonesas, esparcidas en el Extremo Oriente desde Birmania hasta las islas Aleutianas.

Incluso en aquellas campañas que, al parecer, «cambiaron el curso de la guerra», uno se pregunta si una victoria del Eje y no de los Aliados no habría simplemente demorado el resultado final. Si Nimitz hubiese perdido más de un portaaviones en Midway, habrían sido remplazados, aquel mismo año, por tres nuevos portaaviones pesados, tres ligeros y treinta y cinco barcos de escolta[22]. De manera parecida, en los años críticos de la batalla del Atlántico, los Aliados perdieron 8,3 millones de toneladas de barcos en 1942 y 4 millones de toneladas en 1943, pero estos tremendos totales fueron compensados por la botadura de 7 millones y 9 millones,

respectivamente, de toneladas de nuevos buques mercantes. Esto se debió principalmente a la fantástica explosión en la construcción de buques norteamericana, que, a mediados de 1942, estaba ya botando buques con mayor rapidez de como podían hundirlos los submarinos, haciendo que un notable autor concluyese: «En la Segunda Guerra Mundial, la campaña submarina alemana pudo retrasar, pero no afectó al resultado»[23]. También en tierra —y la Segunda Guerra Mundial era, en Europa, una guerra sobre todo de cañones y de tanques— la producción alemana de piezas de artillería, cañones autopropulsados y tanques era considerablemente menor que la de Rusia, por no hablar de los totales combinados de los Aliados (véase tabla 33).

TABLA 33. Producción de tanques en 1944[24]

Alemania	17 800
Rusia	29 000
Gran Bretaña	5000
Estados Unidos	17 500 (en 1943, 29 500)

Pero las estadísticas más elocuentes son las referentes a la producción de aviones (tabla 34), pues todo el mundo podía ver que sin el dominio del aire era imposible que los Ejércitos y las Marinas operasen con eficacia; con el dominio del aire, no solo se podían lograr victorias en campaña, sino también descargar fuertes golpes a la economía de tiempo de guerra marítima del enemigo.

Además, estas cifras no expresan el hecho de que los totales angloamericanos incluyen un gran número de bombarderos cuatrimotores pesados, de manera que la superioridad aliada es todavía más marcada si se comparan el número de motores o el peso de los aviones con los totales del Eje[26]. Ésta fue la razón última de que, a pesar de los extraordinarios esfuerzos de los alemanes para conservar el dominio del aire[27], sus ciudades y fábricas y líneas de ferrocarriles fuesen cada vez más devastadas, como lo fue, aún más, la casi totalmente desprotegida tierra japonesa. También aquí

estaba la razón de que los submarinos de Doenitz tuviesen que mantenerse debajo de la superficie; de que el ejército de Birmania de Slim pudiese reforzar a Imphal, de que los portaaviones americanos lanzasen repetidos ataques contra las bases japonesas de todo el Pacífico occidental, y de que los soldados aliados pudiesen, cuando les detenía una terca defensa alemana, llamar a la aviación para que aplastase al enemigo y continuar luego la ofensiva. El propio Día D (6 de junio de 1944), valga por lo que valiere, los alemanes pudieron reunir 319 aviones contra los 12 830 de los Aliados en el Oeste. Volviendo a la frase de Clausewitz, el arte de la esgrima (como el arte de la guerra) requería ciertamente habilidad y experiencia; pero esto serviría de poco al espadachín, si se le acababan las espadas. En la batalla de los armeros, los Aliados llevaban clara ventaja.

TABLA 34. Producción de aviones de las potencias, 1939-1945[25]

	1939	*1940*	*1941*	*1942*	*1943*	*1944*	*1945*
Estados Unidos	5856	12 804	26 277	47 836	85 898	96 318	49 761
URSS	10 382	10 565	15 735	25 436	34 900	40 300	20 900
Gran Bretaña	7940	15 049	20 094	23 672	26 263	26 461	12 070
Commonwealth británica	250	1100	2600	4575	4700	4575	2075
TOTAL ALIADOS	24 178	39 518	64 706	101 519	151 761	167 654	84 806
Alemania	8295	10 247	11 776	15 409	24 807	39 807	7540
Japón	4467	4768	5088	8861	16 693	28 180	11 066
Italia	1800	1800	2400	2400	1600	—	—
TOTAL EJE	14 562	16 815	19 264	26 670	43 100	67 987	18 606

Pues lo cierto era que, incluso después de la expansión de los imperios alemán y japonés, las fuerzas económicas y productivas alineadas sobre cada lado eran mucho más *desproporcionadas* que en la Primera Guerra Mundial. Según los cálculos aproximados que hemos visto[28], la Gran Alemania de 1938 tenía un porcentaje de la producción manufacturera mundial y del «potencial relativo

de guerra» que era aproximadamente igual al de Gran Bretaña y Francia juntos.

Era probablemente inferior al de los recursos totales y el potencial de guerra de *los imperios* británico y francés juntos; pero aquellas tierras no habían sido movilizadas en el grado de Alemania cuando estalló la guerra y, como se ha comentado anteriormente, los Aliados eran muy poco competentes en la cuestión vital de la experiencia operacional. Las adquisiciones de territorio por Alemania en 1939 y (especialmente) en 1940 la pusieron decisivamente muy por delante de la aislada y un tanto maltrecha potencia de la que se hizo cargo Churchill. Por consiguiente, el derrumbamiento de Francia y la entrada de Italia en el conflicto dejaron al Imperio británico frente a una aglomeración de fuerza militar que, en términos de potencial de guerra, era probablemente dos veces más fuerte; el Eje Berlín-Roma era inatacable por tierra, todavía inferior en el mar y aproximadamente igual en el aire, y de aquí la preferencia británica de luchar en el Norte de África más que en Europa. El ataque alemán contra la URSS no pareció, al principio, cambiar este equilibrio, aunque sólo fuese por las desastrosas bajas sufridas por el Ejército Rojo, agravadas por las pérdidas de territorios e instalaciones soviéticos.

Por otra parte, los decisivos acontecimientos de diciembre de 1941 alteraron completamente aquellos equilibrios; el contraataque ruso en Moscú mostró que no caería bajo la Blitzkrieg, y la entrada de Japón y de los Estados Unidos en el que era ahora un conflicto mundial hizo que se formase una «Gran Alianza» de enorme poder productor industrial. No pudo afectar inmediatamente al curso de las campañas militares, ya que Alemania era todavía lo bastante fuerte para reanudar su ofensiva en Rusia durante el verano de 1942, y el Japón disfrutaba de sus primeros seis meses de fáciles victorias contra las fuerzas faltas de preparación de los Estados Unidos, de los holandeses y del Imperio británico. Sin embargo, todo esto no podía obviar el hecho de que los Aliados poseían el doble de la fuerza manufacturera (según las cifras

inexactas de 1938, que subestiman la parte de los Estados Unidos), el triple del «potencial de guerra» y el triple de la renta nacional de las potencias del Eje, aunque las partes francesas se sumasen al total de Alemanias[29]. En 1942 y 1943, estas cifras de poder potencial estaban siendo cambiadas en la moneda fuerte de aviones, cañones, tanques y barcos; ciertamente, en 1943-1944, ¡sólo los Estados Unidos producían un carguero al día y un avión cada cinco minutos! Más aún, los Aliados estaban produciendo muchos tipos nuevos de armas (Superfortalezas, Mustangs, portaaviones ligeros), mientras que las potencias del Eje sólo podían producir armas avanzadas (caza de reacción, submarinos Tipo 23) en cantidades relativamente pequeñas.

La mejor medida de este cambio decisivo en los equilibrios está en las cifras de Wagenführ sobre los totales de producción de armamentos de los principales combatientes (véase tabla 35).

TABLA 35. Producción de armamentos de las potencias, 1940-1943[30]
(en miles de millones de dólares de 1944)

	1940	*1941*	*1943*
Gran Bretaña	3,5	6,5	11,1
URSS	(5,0)	8,5	13,9
Estados Unidos	(1,5)	4,5	37,5
Total Aliados *combatientes*	3,5	19,5	62,5
Alemania	6,0	6,0	13,8
Japón	(1,0)	2,0	4,5
Italia	0,75	1,0	—
Total Eje *combatientes*	6,75	9,0	18,3

Así, en 1940, la producción británica de armamentos estaba muy por detrás de la de Alemania, pero aumentó de prisa, de modo que, un año después, era ligeramente superior; precisamente el último año en que la economía alemana estaba siendo manejada con relativa tranquilidad. Los dos golpes militares recibidos en Stalingrado y África del Norte, y el hecho de hacerse cargo Speer

del Ministerio de Economía, dieron enorme impulso a la producción alemana de armas en 1943[31], y también Japón más que dobló la suya. Aun así, los aumentos en la producción británica y soviética durante aquellos dos años fueron iguales a los del Eje (G.B./URSS, 10 mil millones de dólares de aumento en 1941-1943, contra 9,8 mil millones del Eje), e hizo que fuesen todavía superiores en la producción total dé armamentos. Pero el cambio más impresionante se produjo con el aumento en más del óctuplo de la producción norteamericana de armas entre 1941 y 1943, que significó que, en este último año, el total de los Aliados era más de tres veces superior al de sus enemigos, lo cual hizo al fin realidad aquel desequilibrio en «potencial de guerra» y renta nacional que había existido embrionariamente desde el principio. Por muy inteligentemente que montase la Wehrmacht sus contraataques en los frentes occidental y oriental, hasta casi los últimos meses de la guerra, tenía que ser en definitiva arrollada por la enorme masa del poder de fuego de los Aliados. En 1945, los miles de bombarderos angloamericanos que machacaban diariamente el Reich y los cientos de divisiones del Ejército Rojo prestas a apoderarse de Berlín y de Viena no eran más que manifestaciones diferentes de un mismo hecho categórico. Una vez más, en una guerra de coalición, larga y a gran escala, los países que tenían la bolsa más llena habían prevalecido al fin.

Esto pudo aplicarse también al colapso del Japón en la guerra del Pacífico. Ahora está claro que el lanzamiento de las bombas atómicas en 1945 marcó un momento decisivo en la historia militar del mundo, tanto que uno pone en duda la viabilidad de la Humanidad si un día se produjese una guerra con armas nucleares entre las grandes potencias. Sin embargo, en el contexto de las campañas de 1945, no fue más que uno de una serie de instrumentos militares que podían emplear los Estados Unidos para obligar al Japón a rendirse. La triunfal campaña submarina norteamericana amenazaba con matar de hambre al Japón; los enjambres de bombarderos «B-29» estaban reduciendo a cenizas sus pueblos y

ciudades (la «incursión» sobre Tokio de 9 de marzo de 1945, causó, aproximadamente, 185 000 víctimas y destruyó 267 000 edificios), y los planificadores norteamericanos y sus aliados estaban preparando una invasión masiva de las islas japonesas propiamente dichas. Los complejos motivos que, a pesar de ciertas reservas, llevaron a tomar la decisión de lanzar la bomba —el deseo de salvar vidas aliadas, la intención de hacer una advertencia a Stalin, la necesidad de justificar los enormes gastos del proyecto atómico— son todavía hoy objeto de debate[32], pero lo que aquí interesa es que, en aquella época, los Estados Unidos eran los únicos que tenían recursos de producción y tecnológicos suficientes, no sólo para sostener dos guerras convencionales a gran escala, sino también para invertir en científicos, materias primas y dinero (unos 2 mil millones de dólares) para la fabricación de una nueva arma que podía dar o no dar resultado. La devastación infligida a Hiroshima, junto con la caída de Berlín en manos del Ejército Rojo, no sólo simbolizaron el final de otra guerra, sino que marcaron también el principio de un orden nuevo en los asuntos mundiales.

EL NUEVO PANORAMA ESTRATÉGICO

Este nuevo orden estaba ya siendo esbozado por los planificadores militares norteamericanos, incluso cuando el conflicto se encontraba en su momento más enconado. Un periódico político lo expresó de esta manera:

> La terminación triunfal de la guerra contra nuestros actuales enemigos encontrará un mundo profundamente cambiado con respecto a las relativas fuerzas militares nacionales, un cambio ciertamente más comparable con el que ocasionó la caída de Roma que con cualquier otro de

> los que se produjeron durante los mil quinientos años siguientes… Después de la derrota del Japón, los Estados Unidos y la Unión Soviética serán las únicas potencias militares de primera magnitud. Esto se debe en ambos casos a una combinación de posición geográfica y extensión, con gran potencial de municionamiento[33].

Aunque los historiadores podían no estar de acuerdo con la afirmación de que nada de naturaleza comparable había ocurrido durante los pasados mil quinientos años, se estaba viendo claramente que, después de la guerra, el equilibrio mundial de poder sería totalmente diferente del que la había precedido. Anteriores grandes potencias —Francia, Italia— estaban ya eclipsadas. La ambición alemana de dominar Europa se derrumbaba, lo mismo que la del Japón de dominar el Extremo Oriento y el Pacífico. Gran Bretaña, a pesar de Churchill, se hallaba en decadencia. El mundo bipolar, pronosticado tan a menudo en el siglo XIX y principios del XX, había llegado al fin; el orden internacional, según palabras de DePorte, pasaba ahora «de un sistema a otro»[34]. Al parecer, sólo contaban los Estados Unidos y la URSS y, de las dos, la «superpotencia» norteamericana era muy superior.

Simplemente porque gran parte del resto del mundo estaba agotada por la guerra, o todavía en una fase de «subdesarrollo colonial», el poder norteamericano en 1945 era, por falta de otro término mejor, *artificialmente* alto, como, digamos, el de Gran Bretaña en 1815. Sin embargo, las dimensiones reales de su poderío no tenían precedentes en términos absolutos. Estimulado por el gran aumento de los gastos de guerra, el PNB, medido en dólares de 1939, se elevó de 88,6 mil millones (1939) a 135 mil millones (1945) y a mucho más (220 mil millones) en dólares actuales. Por fin, el «retraso» en la economía que el *new deal* no había logrado erradicar había sido plenamente superado, y los recursos y la mano de obra defectuosamente utilizados eran explotados debidamente. «Durante la guerra, el volumen de la maquinaria productiva dentro del país aumentó en casi un 50%, y la producción física

de artículos, en más del 50%»[35]. Ciertamente, en los años de 1940 a 1944, la expansión industrial en los Estados Unidos creció a un ritmo más veloz —más del 15% al año— que en cualquier otro período anterior o posterior. Aunque la mayor parte de este crecimiento fue causado por la producción de guerra (que se elevó del 2% de producción total en 1939 al 40% en 1943), los artículos no bélicos aumentaron también, por lo que el sector civil de la economía no se vio perjudicado como en las otras naciones combatientes. Su nivel de vida era más alto que el de cualquier otro país, pero también lo era el de su productividad per cápita. Entre las grandes potencias, los Estados Unidos eran el único país que se había enriquecido —en realidad, enriquecido mucho— en vez de empobrecerse a causa de la guerra. Al terminar ésta, Washington poseía reservas de oro por 20 mil millones de dólares, casi los dos tercios del total mundial de 33 mil millones[36]. De nuevo, «… más de la mitad de la total producción manufacturera mundial se desarrollaba dentro de los Estados Unidos, que, en realidad, producía un tercio de la producción mundial de artículos de todos los tipos»[37]. Esto les convirtió con mucho en los más grandes exportadores de artículos al terminar la guerra, y pocos años más tarde realizaba una tercera parte de las exportaciones del mundo. Debido a la enorme expansión de sus instalaciones para la construcción de buques, efectuaba ahora la mitad de los transportes marítimos mundiales. El mundo era su campo de acción.

Este poder económico se reflejaba en la fuerza militar de los Estados Unidos que, al terminar la guerra, controlaba 12,5 millones de personal de servicio, incluidos 7,5 millones en ultramar. Aunque su total disminuiría brutalmente en tiempo de paz (en 1948, el personal del Ejército era solamente la novena parte de lo que había sido cuatro años antes), esto sólo reflejaba las opciones políticas, no el verdadero potencial militar. Dado lo que se presumió poco después de la guerra sobre el papel limitado de los Estados Unidos en ultramar, la mejor indicación de su fuerza estaba en los totales de su armamento moderno. En aquel momento, la Marina

de los Estados Unidos era indiscutiblemente «la primera de todas; su flota de 1200 grandes buques de guerra (con docenas de portaaviones) era ahora considerablemente más grande que la de la Royal Navy, sin que existiesen otras fuerzas marítimas significativas». Tanto por sus portaaviones como con sus divisiones del Cuerpo de Marines, los Estados Unidos habían demostrado ampliamente su capacidad de proyectar su poder hasta cualquier región del mundo accesible por mar. Todavía más impresionante era el «dominio del aire» americano; los más de 2000 bombarderos pesados que habían machacado la Europa de Hitler y los 1000 «B-29» de grandísima autonomía de vuelo que habían reducido a cenizas muchas ciudades japonesas serían completados con bombarderos estratégicos a reacción todavía más potentes, como el «b-36». Por encima de todo, los Estados Unidos poseían el monopolio de las bombas atómicas, que amenazaban con provocar sobre cualquier futuro enemigo una devastación tan horrible como la que se había producido en Hiroshima y Nagasaki[38]. Como han observado ulteriores análisis, el poder militar americano pudo ser realmente menos de lo que parecía (había muy pocas bombas A almacenadas, y su lanzamiento habría tenido fuertes implicaciones políticas) y era difícil utilizarlo para influir en la conducta de un país tan lejano, inescrutable y receloso como la URSS; pero la imagen de inefable superioridad permaneció intacta hasta la guerra de Corea y fue reforzada por las peticiones de créditos, armas y promesas de ayuda militar realizadas por muchas naciones.

Dada la extraordinariamente favorable posición económica y estratégica de que disfrutaban los Estados Unidos, su expansión hacia el exterior después de 1945 no pudo sorprender a nadie que estuviese familiarizado por la historia de la política internacional. Con la desaparición de las grandes potencias tradicionales, fueron llenando el vacío que éstas creaban; habiéndose convertido en el número uno, ya no podían recluirse dentro de sus propios límites o incluso de su propio hemisferio. Indudablemente, la guerra había sido la causa primordial de esta proyección hacia fuera del po-

der y la influencia norteamericanos; por ejemplo, debido a ella, los Estados Unidos tenían en 1945 sesenta y nueve divisiones en Europa, veintiséis en Asia y el Pacífico y ninguna en su territorio continental[39]. Simplemente porque estaban políticamente comprometidos en la reorganización de Japón y de Alemania (y de Austria), estaba «allí», y porque había luchado en los archipiélagos del Pacífico, en el norte de África, en Italia y en Europa occidental, tenía también fuerzas en aquellos territorios. Sin embargo, había muchos norteamericanos (especialmente entre la tropa) que esperaban volver a casa dentro de poco tiempo, y que las fuerzas armadas desplegadas de los Estados Unidos volverían a su posición de antes de 1941. Pero, si aquella idea alarmó a personas como Churchill y atrajo a los republicanos aislacionistas, resultó imposible hacer marchar el reloj hacia atrás. Como los ingleses después de 1815, los norteamericanos se encontraron ahora con que su influencia informal en varios países se convertía en algo más formal… y más complicado; también como los ingleses, descubrieron «nuevas fronteras de inseguridad» dondequiera que quisieran trazar una raya. La «Pax americana» había alcanzado la mayoría de edad[40].

Los aspectos económicos de este nuevo orden eran, al menos, bastante previsibles. Durante la guerra, internacionalistas tales como Cordell Hull habían argüido, con cierta razón, que la crisis mundial de los años treinta había sido causada en gran parte por un mal funcionamiento de la economía internacional: por aranceles protectores, competencia económica desleal, acceso restringido a las materias primas, políticas gubernamentales autárticas. A la creencia de la Ilustración del siglo XVIII de que «el comercio libre encaja con la paz»[41] se unieron las presiones ejercidas por las industrias orientadas a la exportación, que temían que una crisis de posguerra pudiese seguir a la mengua de los gastos oficiales de los Estados Unidos, a menos que se abriesen nuevos mercados en ultramar para absorber los géneros de la acrecentada productividad de América. A esto se añadió un resuelto y tal vez excesivo

empeño de los militares por asegurar el control americano de (o el acceso sin restricciones a) materias estratégicamente críticas como el petróleo, el caucho y los minerales[42]. Todo esto se combinó para hacer que los Estados Unidos se comprometiesen en la creación de un nuevo orden mundial beneficioso para las necesidades del capitalismo occidental y, desde luego para los Estados capitalistas occidentales más florecientes, aunque con la seguridad a largo plazo de que, como dijo Adam Smith, «la más eficiente distribución de los recursos causada por un comercio sin trabas elevaría la productividad en todas partes aumentando así el poder adquisitivo de todos»[43]. De aquí la serie de arreglos internacionales forjados entre 1942 y 1946 —el establecimiento del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo— y más tarde el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT). Los países que deseaban obtener alguna de las cantidades de dinero disponibles para la reconstrucción y el desarrollo, bajo este nuevo régimen económico, se vieron obligados a aceptar las exigencias norteamericanas sobre libre convertibilidad de las monedas y competencia abierta (como hicieron los ingleses, a pesar de sus esfuerzos por conservar la preferencia imperial)[44] —o permanecer al margen de todo el sistema (como hicieron los rusos, cuando se dieron cuenta de lo incompatible que era éste con los controles socialistas).

Los fallos prácticos en tales arreglos eran, en primer lugar, que la cantidad de dinero disponible resultaba sencillamente insuficiente para reparar la devastación causada por seis años de guerra total y, en segundo lugar, que un sistema de *laissez-faire* actúa inevitablemente en beneficio del país que tiene la posición más competitiva —en este caso, los indemnes y superproductivos Estados Unidos— y en detrimento de los menos bien equipados para competir: naciones devastadas por la guerra, con fronteras alteradas, masas de refugiados, viviendas bombardeadas, maquinaria gastada, deudas ruinosas y mercados perdidos. Solamente la ulterior percepción norteamericana de los peligros gemelos de un amplio

descontento social en Europa y una creciente influencia soviética, que estimuló la creación del Plan Marshall, permitió que se destinasen fondos al sustancial desarrollo industrial del «mundo libre». Sin embargo, en aquellos tiempos, la expansión de la influencia económica americana iba del brazo con el establecimiento de una serie de tratados sobre bases militares y seguridad en todo el mundo (véanse, más adelante, págs. 609-611). También aquí hay muchos paralelismos con la expansión de bases británicas y relaciones establecidas por tratado después de 1815; pero la diferencia más obvia era que Inglaterra, en conjunto, pudo evitar la plétora de alianzas fijas y complicadas con otros países soberanos que ahora asumían los Estados Unidos. Cierto que todos estos compromisos norteamericanos fueron «una respuesta a los acontecimientos»[45] al desarrollarse la guerra fría; pero, con independencia de la justificación, el hecho fue que trajeron consigo un grado de expansión global de los Estados Unidos totalmente en desacuerdo con su anterior historia.

Poco de ello parece haber preocupado a los que tomaron las decisiones en 1945, muchos de los cuales parecen haber creído, no sólo que esto era obra de un «destino manifiesto», sino también que tenían ahora una oportunidad de oro para enderezar los entuertos de las anteriores grandes potencias. «La experiencia americana —exultó Henry Luce, en la revista Life— es la clave del futuro… América debe ser el hermano mayor de las naciones en la hermandad del hombre»[46]. No sólo China, en la que se colocaban grandes esperanzas, sino todos los demás países del que pronto sería llamado Tercer Mundo, fueron animados a emular los ideales norteamericanos de esfuerzo personal, espíritu emprendedor, libre comercio y democracia. «Todos estos principios y políticas son tan beneficiosos y atractivos para el sentido de justicia, de derecho y de bienestar de los pueblos libres de todas partes —profetizó Hull— que, en el curso de pocos años, toda la maquinaria internacional debería estar funcionando satisfactoriamente»[47]. Cuantos estuviesen tan ciegos que no apreciasen aquel hecho —

fuesen los anticuados imperialistas británicos y holandeses, o los partidos políticos izquierdistas de Europa, o el hosco Molotov— deberían ser persuadidos por una mezcla de palos y halagos, de marchar en la dirección debida. Como dijo un funcionario americano, «ahora nos toca a nosotros batear en Asia»[48], y habría podido añadir: en casi todos los otros lugares.

La única zona donde era sumamente improbable que penetrasen la influencia norteamericana era la controlada por la Unión Soviética, que, en 1945 (y siempre) alardeaba de ser la verdadera vencedora en la lucha contra el fascismo. Según las estadísticas del Ejército Rojo, éste había destruido un total de 506 divisiones alemanas y, de los 13,6 millones de bajas y prisioneros alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, 10 millones habían encontrado su destino en el frente oriental[49]. Pero, incluso antes de que se derrumbase el Tercer Reich, Stalin había enviado docenas de divisiones al Extremo Oriente, presto a soltarlas contra el diezmado Ejército de Kwantung japonés en Manchuria cuando fuese momento oportuno; el cual resultó ser, tal vez explicablemente, tres días después de Hiroshima. La extensa campaña en el frente occidental más que invirtió la desastrosa pérdida, después de 1917, de la posición rusa en Europa; ciertamente, la restableció en algo parecido a la del período de 1814-1818, cuando su gran Ejército había sido el gendarme de la Europa centrooriental. Las fronteras territoriales rusas se extendieron, en el Norte a expensas de Finlandia, en el centro a expensas de Polonia y en el Sur, al recobrar Besarabia, a expensas de Rumanía. Los Estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania fueron reincorporados a Rusia. Fue tomada parte de Prusia Oriental, y una parte del Este de Checoslovaquia (Rutenia o Ucrania subcarpática) fue también absorbida, de manera que la URSS tuvo acceso directo a Hungría. Al oeste y al sudoeste de esta incrementada Rusia, se extendía un nuevo *cordon sanitaire* de Estados satélite, Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y (hasta que se independizaron) Yugoslavia y Albania. Entre éstos y Occidente, estaba cayendo

el proverbial «Telón de Acero»; detrás de éste, los cuadros del Partido Comunista y de la Policía secreta cuidaban de que toda la región operase de acuerdo con principios totalmente opuestos a las esperanzas de Codell Hull. Lo propio ocurría en el Extremo Oriente, donde la rápida ocupación de Manchuria, Corea del Norte y Cajalín, no solamente vengó la guerra de 1940-1945, sino que permitió un enlace con los comunistas chinos de Mao, que tampoco era probable que aceptasen el evangelio del capitalismo del laissez faire.

Pero, si este crecimiento de la influencia soviética parecía imponente, su base económica había sido gravemente dañada por la guerra, en contraste con el ininterrumpido *boom* de los Estados Unidos. Las pérdidas en vidas humanas de la URSS eran espantosas: 7,5 millones en las fuerzas armadas; 6-8 millones de civiles muertos por los alemanes; más las pérdidas «indirectas» causadas por las escasas raciones de comida, el trabajo forzado y el gran aumento en las horas de trabajo, de modo que, «en conjunto, probablemente unos 20-25 millones de ciudadanos soviéticos murieron prematuramente entre 1941 y 1945»[50]. Como las bajas fueron principalmente masculinas, el consiguiente desequilibrio entre los sexos afectó grandemente a la estructura democrática del país y causó una grave baja en el índice de natalidad. Los daños materiales ocasionados en las partes de la Rusia europea ocupada por los alemanes, Ucrania y Rusia blanca, fueron tan grandes que casi no pueden imaginarse:

> De los 11,6 millones de caballos que había en los territorios ocupados, 7 millones fueron muertos o capturados, y lo propio ocurrió con 20 de 23 millones de cerdos. 137 000 tractores, 49 000 cosechadoras de grano y un gran número de corrales de vacas y otros edificios de granja fueron destruidos. Los transportes sufrieron la destrucción de 65 000 kilómetros de vía férrea, la pérdida o avería de 15 800 locomotoras, 428 000 vagones de mercancías, 4280 embarcaciones fluviales y la mitad de todos los

> puentes de ferrocarril en el territorio ocupado. Casi el 50% de todas las viviendas urbanas de este territorio, 1,2 millones de casas, fueron destruidas, así como 3,5 millones de viviendas en las zonas rurales.
>
> Muchas ciudades estaban en ruinas. Miles de pueblos habían sido arrasados. La gente vivía en agujeros en el suelo[51].

Por consiguiente, no es de extrañar que, cuando los rusos se trasladaron a su «zona de ocupación» en Alemania, tratasen de llevarse todos los bienes transportables, instalaciones fabriles, raíles de ferrocarril, etc., así como exigiesen compensaciones de los otros territorios europeos orientales (petróleo rumano, madera finlandesa, carbón polaco).

Cierto que la Unión Soviética había producido más que la Gran Alemania en la batalla de armamentos, así como la había vencido en el frente; pero lo había conseguido mediante una increíblemente simple concentración en la producción militar-industrial y con drásticas reducciones en todos los demás sectores: artículos de consumo, comercio al pormenor y suministros agrícolas (aunque la baja en la producción de alimentos fue principalmente causada por el pillaje de los alemanes)[52]. Por consiguiente, la Rusia de 1945 era, en esencia, un gigante militar y, al mismo tiempo, económicamente pobre, mísera y desequilibrada. Terminado el Préstamo y Arriendo, habiendo rechazado más dinero norteamericano por las condiciones políticas que traía consigo, la Unión Soviética volvió a su programa de después de 1928, de crecimiento económico forzado a base de sus propios recursos, cargando como antes el acento en los bienes de producción (industria pesada, carbón, electricidad, cemento) y en los transportes, en detrimento de los bienes de consumo y de la agricultura, y con una reducción natural de los gastos militares en relación con sus niveles de tiempo de guerra. Resultado de ello fue, después de las dificultades iniciales, «un pequeño milagro económico»[53] en lo tocante a la industria pesada, con una producción que casi se dobló entre 1945 y 1950.

Obsesionado por la necesidad de reconstruir el nervio del poder nacional, el régimen de Stalin no tuvo problemas en lograr este crudo objetivo o en mantener el nivel de vida de la mayoría de los rusos a la altura de antes de la Revolución. Sin embargo, también conviene observar que, como en el crecimiento de después de 1922, gran parte de la «recuperación» de la producción industrial consistió en volver a los niveles de *antes de la guerra*; en Ucrania, por ejemplo, la producción metalúrgica y eléctrica había alcanzado o rebasado ligeramente, en 1950, las cifras de 1940. Una vez más, debido a la guerra, el crecimiento económico de Rusia se había retrasado aproximadamente en una década. Más grave aún, a largo plazo, era el continuo fracaso del vital sector agrícola: suprimidos los incentivos de urgencia en tiempo de guerra, y debido a la totalmente inadecuada (y mal dirigida) inversión, languideció la agricultura y descendió bruscamente la producción de alimentos. Stalin mantuvo hasta su muerte la cruel venganza contra la preferencia de los campesinos por las parcelas de propiedad privada, consiguiendo así que continuase la baja productividad y la alta ineficacia tradicionales de la agricultura rusa[54].

En contraste con esto, Stalin estaba claramente resuelto a sostener un alto nivel de seguridad militar en el mundo de posguerra. Dada la necesidad de reconstruir la economía, no es de extrañar que el enorme Ejército Rojo fuese reducido en dos tercios después de 1945, hasta el todavía sustancial total de 175 divisiones, apoyadas por 25 000 tanques de primera línea y 19 000 aviones. Por consiguiente, seguiría siendo la organización defensiva más grande del mundo, hecho justificado (al menos a los ojos de los soviéticos) por la necesidad de disuadir a futuros agresores y, más prosaicamente, de controlar a sus recién adquiridos satélites en Europa, así como a sus conquistas en el Extremo Oriente. Aunque ésta era una fuerza enorme, muchas de sus divisiones existían sólo en forma esquelética o eran esencialmente tropas de guarnición[55]. Además, el servicio corría el mismo peligro al que había estado expuesto el gigantesco Ejército ruso en las décadas que siguieron a

1815: un creciente retraso, frente a los nuevos avances militares. Éstos tenían que combatirse, no sólo con una sustancial reorganización y modernización dé las divisiones militares[56], sino también dedicando los recursos económicos y científicos del Estado soviético al desarrollo de nuevos sistemas de armamento. En 1947-1948, entraba en servicio el formidable caza a reacción. «MIG-15» y —a semejanza de los americanos y los ingleses— se había creado una fuerza aérea estratégica de gran radio de acción. Científicos y técnicos alemanes capturados estaban siendo utilizados para construir diversos misiles teledirigidos. Ya durante la guerra, se habían asignado recursos a la fabricación de una bomba A soviética. Y la Marina rusa, que había sido un arma meramente auxiliar en la lucha contra Alemania, estaba también siendo transformada, con la adición de nuevos cruceros pesados y de más submarinos oceánicos. Muchas de estas armas eran derivadas y sencillas en comparación con las de Occidente. Sin embargo, era indudable que los soviéticos estaban resueltos a no quedarse atrás[57].

El tercer elemento importante, en el fortalecimiento del poder ruso, fue el renovado énfasis puesto por Stalin sobre la disciplina interna y el conformismo absoluto de finales de los años treinta. Si esto se debió a su creciente paranoia o a una serie de maniobras minuciosamente calculadas para reforzar su propia posición dictatorial —o ambas cosas a la vez—, es difícil decirlo; pero los sucesos hablaron por sí solos[58]. Cualquiera que tuviese relaciones con el extranjero era sospechoso; los prisioneros de guerra que volvían eran fusilados; la creación del Estado de Israel, y con ella una lealtad alternativa para los judíos, condujo a renovadas medidas antisemitas dentro de Rusia. Se bajaron los humos a los altos mandos militares, y el respetado mariscal Zhukov fue destituido en 1946 como jefe de las fuerzas soviéticas de tierra. Se estrechó la disciplina dentro del Partido Comunista, así como la admisión de nuevos miembros en él; en 1948, fue purgada toda la directiva del Partido en Leningrado (que siempre había disgustado a Stalin). Se intensi-

ficó la censura, no sólo de la literatura y las artes creativas, sino también sobre las ciencias naturales, la biología, la lingüística, Este «reforzamiento» general del sistema fue naturalmente del brazo con la reafirmada colectivización de la agricultura antes mencionada y con el auge de las tensiones de la guerra fría. También fue natural que un proceso parecido de endurecimiento ideológico y de control totalitario se ejerciese en los Estados de la Europa oriental dominados por los soviets, donde la eliminación de los partidos rivales, la celebración de juicios espectaculares, el ataque contra los derechos y las propiedades individuales, estuvieron a la orden del día. Todo esto, y en particular la eliminación de la democracia en Polonia y (en 1948) en Checoslovaquia, condujo a una considerable disminución del entusiasmo occidental por el sistema soviético. Una vez más, no está claro si estas medidas fueron todas ellas cuidadosamente calculadas —había, y hay, una cruda lógica en el deseo de la elite soviética por aislar a sus satélites y a su propio pueblo de las ideas y riquezas de Occidente—, o si reflejaban simplemente la creciente paranoia de Stalin al acercarse a su final. Fuese cual fuere la causa, habría una gran extensión de territorio totalmente inmune a las influencias de la «Pax americana» y que ofrecería, ciertamente, una alternativa a ésta.

Este crecimiento del Imperio soviético pareció confirmar las predicciones geopolíticas de Mackinder y otros, de que una gigantesca potencia militar controlaría los recursos del «corazón» de Eurasia, y de que la mayor expansión de aquel Estado en la periferia, o «borde», tendría que ser contenida por los grandes Estados marítimos, si querían conservar un equilibrio mundial de poder[59]. Todavía pasarían otros pocos años antes de que las administraciones de los Estados Unidos, impresionadas por la guerra de Corea, abandonasen completamente sus anteriores ideas de un «mundo único» y las sustituyesen por la imagen de una lucha incesante entre superpotencias en el palenque internacional. Sin embargo, esto estaba en alto grado implícito en las circunstancias de 1945; los Estados Unidos y la URSS eran ahora las únicas naciones capaces,

como había dicho antaño De Tocqueville, de dominar medio mundo; y ambas habían sido presas del pensamiento «globalista». «La URSS es ahora uno de los países más poderosos del mundo. Ya no se puede decidir *ningún* problema serio de relaciones internacionales sin la URSS…», clamó Molotov en 1946[60], haciéndose eco de la anterior indicación norteamericana a Moscú (cuando pareció que Churchill y Stalin podían llegar a un acuerdo privado sobre la Europa oriental) de que «en esta guerra mundial, no hay literalmente una cuestión, política o militar, en que los Estados Unidos no estén interesados»[61]. El grave choque de intereses era inevitable.

Pero ¿y las antiguas grandes potencias, ahora sólo medianas, cuya caída era el reverso de la medalla del auge de las superpotencias? Hay que decir inmediatamente que los Estados fascistas derrotados de Alemania, Japón e Italia, estaban en una categoría diferente de la de Gran Bretaña y, tal vez, también de la de Francia en el período inmediato de después de 1945. Cuando terminó la lucha, los Aliados siguieron adelante con sus planes para asegurarse de que ni Alemania ni el Japón volverían a ser una amenaza para el orden internacional. Esto no sólo requería la ocupación militar a largo plazo de ambos países, sino también, en el caso de Alemania, la división en cuatro zonas de ocupación y, más tarde, en dos Estados separados. Japón fue despojado de sus adquisiciones en ultramar (como lo fue Italia en 1943) y Alemania de sus ganancias en Europa y de sus antiguos territorios en el Este (Silesia, Prusia Oriental, etc.). La devastación causada por los bombardeos estratégicos, el agotamiento del sistema de transportes, la escasez de vivienda y la falta de muchas materias primas y de mercados de exportación, fueron agravados por los controles aliados sobre la industria y, en Alemania, por el desmantelamiento de las plantas industriales. La renta nacional y la producción alemanas en 1946 fueron menos de un tercio de las de 1938, o sea una reducción terrible[62]. En Japón se había producido una regresión económica parecida; la verdadera renta nacional, en 1946, fue sólo el 57% de

la de 1934-1936 y los salarios bajaron en las fábricas al 30% de aquellos mismos años; el comercio exterior era tan mínimo que, ya dos años más tarde, las exportaciones sólo representaban el 8%, y las importaciones el 18%, de las cifras de 1934-1936. El transporte marítimo del Japón había sido eliminado por la guerra; los husos de algodón, rebajados de 12,5 a 2 millones; la producción de carbón, reducida a la mitad, etcétera[63]. Tanto económica como militarmente, sus días como naciones poderosas parecían haber terminado.

Aunque Italia había cambiado de bando en 1943, su destino económico fue casi igualmente funesto. Durante dos años, las fuerzas aliadas habían bombardeado y combatido para remontar la península, aumentando gravemente los daños causados por las extravagancias estratégicas de Mussolini. «En 1945… el producto nacional bruto de Italia había vuelto al nivel de 1911 y se había reducido en términos reales, a un 40% del de 1938. La población, a pesar de las bajas de la guerra, había aumentado mucho, como resultado de la repatriación desde las colonias y la interrupción de la emigración. El nivel de vida era terriblemente bajo y, de no haber sido por la ayuda internacional, especialmente de los Estados Unidos, muchos italianos habrían muerto de hambre»[64]. Los salarios habían descendido, en 1945, al 26,7% de su valor en 1913[65]. En realidad, todos estos países dependieron de la ayuda norteamericana durante este período y, en este sentido, eran poco más que satélites económicos.

Resulta difícil calibrar la diferencia, en términos económicos, entre Francia y Alemania. Cuatro meses de pillaje por los alemanes habían ido seguidos de meses de lucha en gran escala en 1944; «la mayoría de los canales y los puertos estaban bloqueados; la mayoría de los puentes, destruidos; y buena parte del sistema ferroviario, temporalmente inutilizable»[66]. Los índices de Fohlen de las importaciones y exportaciones francesas muestran que se redujeron virtualmente a nada en 1944-1945; la renta nacional de Francia fue entonces de sólo la mitad de la de 1938, que había sido

un mal año[67]. Francia no tenía reservas de divisas extranjeras y el propio franco no había sido aceptado en los cambios extranjeros; su valor, cuando se fijó en 50 en relación con el dólar en 1944, era «absolutamente ficticio»[68] y, en un año, bajó hasta 119 francos por dólar; en 1949, cuando las cosas parecieron estabilizarse un poco, el franco se cotizó a 420 por dólar. La política francesa de partidos, y en particular el papel representado por el Partido Comunista, influyó evidentemente en estos problemas puramente económicos de reconstrucción, nacionalización e inflación.

Por otra parte, los Franceses Libres habían sido miembros de la «Gran Alianza» contra el fascismo y habían luchado en muchas de las más importantes campañas, así como triunfado en su guerra «civil» contra las fuerzas pro-Vichy en África occidental, Levante y Argelia. Dadas la ocupación alemana de Francia y la división en los regímenes franceses durante la guerra, la organización de De Gaulle dependió en gran manera de la ayuda angloamericana, cosa que no gustaba a De Gaulle, aunque pidiese más. En todo caso, los ingleses estaban más ansiosos de ver restablecida a Francia como firme potencia militar en Europa, para controlar a Rusia, que de ver arruinada a Alemania, y así adquirió Francia muchos de los distintivos de gran potencia; una zona de ocupación en Alemania, la condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, etcétera. Aunque no pudo recuperar sus antiguos mandatos en Siria y Líbano, trató de reafirmar su posición en Indochina y en los protectorados de Túnez y Marruecos, y con sus departamentos y territorios de ultramar, todavía poseyó el segundo imperio colonial del mundo, que estaba resuelta a conservar[69]. Para muchos observadores extranjeros, este intento de recuperar los atributos de potencia de primera clase, siendo tan débil económicamente —y tan dependiente de la ayuda financiera americana —, no era más que una *folie de grandeur*. Y así era, hasta cierto punto. Tal vez su principal consecuencia fue disimular, al menos durante algunos años, el grado en que había sido alterado por la guerra el panorama estratégico del mundo.

Aunque la mayoría de los ingleses se habrían indignado, en 1945, por la comparación, la continuada apariencia de su nación y de su imperio como una de las grandes potencias mundiales disfrazaba también los nuevos equilibrios estratégicos, así como hacía psicológicamente difícil, a los que tomaban las decisiones en Londres, adaptarse a la política de decadencia. El Imperio británico era el único Estado importante que había luchado en la Segunda Guerra Mundial desde el principio hasta el fin. Bajo el liderazgo de Churchill, había sido indiscutiblemente uno de los «Tres Grandes». Su actuación militar, en el mar, en el aire e incluso en tierra, había sido claramente mejor que en la Primera Guerra Mundial. En agosto de 1945, todas las posesiones del rey-emperador —incluido Hong Kong— habían vuelto a manos británicas. Había tropas y bases aéreas británicas desparramadas en el norte de África, en Italia, en Alemania y en el Sudeste asiático. A pesar de haber sufrido graves pérdidas, la Royal Navy poseía más de 1000 buques de guerra, 3000 naves auxiliares y casi 5500 embarcaciones de desembarco. El Comando de Bombarderos de la RAF era (con mucho) la segunda fuerza aérea estratégica del mundo. Y, sin embargo, como observó rotundamente Correlli Barnett, la «victoria» no era

> sinónimo de la conservación del poder británico. La derrota de Alemania [y de sus aliados] era sólo un factor, aunque sumamente importante, de aquella conservación. Pues Alemania podía haber sido derrotada, y estar, empero, el poder británico tocando a su fin. Lo que contaba era, no tanto la «victoria» en sí misma como las circunstancias de la victoria y, en particular, las circunstancias en que se hallaba Inglaterra…[70]

Pues lo cierto era que, para asegurar un resultado victorioso de la guerra, los ingleses se habían estirado demasiado, agotando sus reservas de oro y de dólares, desgastando su maquinaria doméstica y (a pesar de la extraordinaria movilización de sus recursos y de su población) haciéndose cada vez más dependiente de las muni-

ciones, transportes, comestibles y otros artículos americanos, para poder continuar la lucha. Y si esta necesidad de tales importaciones había ido en aumento cada año, su comercio de exportación había menguado más y más, hasta reducirse, en 1944, al 31% de la cifra de 1938. Cuando el Gobierno laborista subió al poder, en julio de 1945, uno de los primeros documentos que tuvo que leer fue el espeluznante memorándum de Keynes sobre el «Dunkerque financiero» con que se enfrentaba el país: su colosal desequilibrio comercial, su debilitada base industrial, sus enormes empresas en ultramar, significaban que se necesitaba desesperadamente la ayuda norteamericana para sustituir el terminado Préstamo y Arriendo. Ciertamente, sin esta ayuda «sería necesario un grado de austeridad más alto que el que hemos experimentado en cualquier tiempo durante la guerra…»[71]. Una vez más, como ocurrió después de la Primera Guerra Mundial, habría que modificar el objetivo de crear un hogar digno de los héroes. Pero esta vez era imposible creer que Gran Bretaña estuviese todavía, políticamente, en el centro del mundo.

Sin embargo, persistieron las ilusiones de Gran Potencia, incluso entre los ministros laboristas, empeñados en crear un «estado de bienestar». Así pues, los años siguientes fueron testigos de un afanoso intento británico por manejar estos factores incompatibles: mejorar el nivel de vida, pasar a una «economía mixta», llenar el vacío comercial y, al mismo tiempo, sostener una serie sumamente extendida de bases en ultramar, en Alemania, en el Próximo Oriente y en la India, y mantener grandes fuerzas armadas, en vista de las cada vez peores relaciones con Rusia. Como sugieren detallados estudios de la administración Attlee[72], aquella política tuvo un éxito notable en muchos aspectos: se elevó la productividad industrial, se redujo el desequilibrio comercial, se establecieron reformas sociales y se estabilizó el escenario europeo. El Gobierno laborista consideró también prudente retirarse de la India, apartarse del caos de Palestina y derogar las garantías a Grecia y a Turquía, de modo que se vio aliviado de, al menos, algunas de

las cargas más gravosas de ultramar. Por otra parte, la recuperación económica había dependido del importante préstamo que Keynes había negociado en Washington en 1945, del ulterior apoyo masivo recibido del Plan Marshall, y del todavía deteriorado estado de la mayoría de los rivales comerciales de Gran Bretaña; era, por consiguiente, una reanimación económica delicada y condicionada. Igualmente sospechoso, a largo plazo, fue el éxito de las retiradas británicas en 1947. Ciertamente, libraron a Inglaterra de cargas insoportables; pero aquel «juego de piernas» se fundó en la presunción de que, al abandonar ciertas regiones, podría Gran Bretaña cambiar la situación de sus bases más de acuerdo con sus verdaderos intereses imperiales: el Canal de Suez en vez de Palestina, el petróleo árabe en vez de la India. Ciertamente, en esta etapa, Whitehall no tenía intención de renunciar al resto del imperio dependiente de ella, que, en términos económicos, era más importante que antes para Gran Bretaña[73]. Sólo ulteriores golpes y el costo creciente de seguir adelante obligaría más tarde a otra estimación del lugar de Inglaterra en el mundo. Mientras tanto, seguiría siendo, empero, una entidad estratégica demasiado extendida pero todavía poderosa, dependiente de los Estados Unidos para su seguridad, y también el más útil aliado de aquel país —y un importante colaborador estratégico— en un mundo que se estaba dividiendo en dos grandes bloques de poder[74].

Sin embargo, y a pesar de todos los esfuerzos en contrario de los Gobiernos ingleses y franceses, era indudable que «había pasado la era europea». Mientras el PNB de los Estados Unidos había aumentado más de un 50% en términos reales durante la guerra, el de Europa en su conjunto (menos la Unión Soviética) había descendido alrededor de un 25%[75]. La parte de Europa en la total producción manufacturera mundial era menor que en cualquier tiempo desde principios del siglo XIX; incluso en 1953, cuando la mayor parte de los daños de la guerra habían sido reparados, poseía sólo el 26% del total (comparado con el 44,7% de los Estados Unidos)[76]. Su población sólo representaba ahora el 15-16% de la

mundial. En 1950, su PNB per cápita era, más o menos, la mitad del de los Estados Unidos; además, la Unión Soviética había acortado significativamente las diferencias, de manera que el PNB total de las potencias quedó como se muestra en la tabla 36.

TABLA 36. PNB total y PNB per cápita de las potencias en 1950[77]
(en dólares de 1964)

	Total PNB (mil millones)	*PNB per cápita*
Estados Unidos	381	2536
URSS	126	699
R. U.	71	1393 (1951)
Francia	50	1172
Alemania occidental	48	1001
Japón	32	382
Italia	29	626 (1951)

Este eclipse de las potencias europeas se reflejó de un modo todavía más marcado en el personal y los gastos militares. Por ejemplo, en 1950 los Estados Unidos gastaron 14,5 mil millones de dólares en defensa y tenían 1,38 millones de personal militar, mientras que la URSS gastaba sólo un poco más (15,5 mil millones) en sus mucho más numerosas Fuerzas Armadas de 4,3 millones de hombres. En ambos aspectos, las superpotencias iban muy por delante de Gran Bretaña (2,3 mil millones de dólares; 680 000 de personal), de Francia (1,4 mil millones de dólares; 590 000 de personal) y de Italia (0,5 mil millones de dólares; 230 000 de personal) y, naturalmente, de Alemania y de Japón, que estaban todavía desmilitarizados. Las tensiones producidas por la guerra de Corea provocaron aumentos significativos en los gastos de defensa de las potencias medianas europeas, pero palidecieron en comparación con los gastos de los Estados Unidos (33,3 mil millones de dólares) y de la URSS (20,1 mil millones). En aquel año, los gastos de defensa de Gran Bretaña, Francia e Italia, *juntos*, fueron menos de un

quinto de los de los Estados Unidos, y menos de un tercio de los de la URSS, y su personal militar, *junto*, era una mitad del de los Estados Unidos y un tercio del de Rusia[78]. Tanto en fuerza económica relativa como en poder militar, los Estados europeos parecieron definitivamente eclipsados.

Esta impresión fue, en todo caso, aumentada por el advenimiento de las armas nucleares y de los lanzamientos a largas distancias. Está claro, por lo que sabemos, que muchos de los científicos que trabajaban en la bomba A se daban perfecta cuenta de que llegaban a un momento decisivo en toda la historia de la guerra, de los sistemas de armas y de la capacidad del hombre para la destrucción; la prueba con éxito en Alamogordo, del 16 de julio de 1945, confirmó a los observadores que «había nacido algo grande y algo nuevo que resultaría ser inconmensurablemente más importante que el descubrimiento de la electricidad o que cualquiera de los otros hallazgos que han afectado a nuestra existencia». Cuando el «fuerte, sostenido y espantoso rugido que anunciaba el día del juicio final»[79] se repitió en la carnicería real de Hiroshima y Nagasaki, ya nadie pudo dudar del poder del arma. Su creación hizo que los norteamericanos que debían tomar las decisiones debatiesen las muchas consecuencias prácticas para el futuro. ¿Cómo afectaba esto a la guerra convencional? ¿Debía usarse inmediatamente al estallar una guerra o reservarse como un arma de último recurso? ¿Cuáles eran las implicaciones, y las potencialidades de crear formas más grandes (bombas H) y más pequeñas (tácticas) de armas nucleares? ¿Debía ser compartido el conocimiento con otros?[80] También impulsó, indudablemente, los trabajos ya en curso de los soviéticos para la obtención de armas nucleares, ya que Stalin puso a su terrible jefe de seguridad, Beria, al frente del programa atómico, ya al día siguiente al ataque contra Hiroshima[81]. Aunque los rusos marchaban claramente detrás en esta época, en la creación de bombas y de sistemas de lanzamiento, avanzaron mucho más de prisa de lo que habían calculado los norteamericanos, parece justo presumir que, durante algunos años des-

pués de 1945, la ventaja nuclear norteamericana contribuyó a «equilibrar» la preponderancia rusa en fuerzas convencionales. Pero no pasó mucho tiempo, en la historia de las relaciones internacionales, antes de que Moscú empezase a ponerse a la altura de los norteamericanos y demostrase así su afirmación de que el monopolio de los Estados Unidos sobre esta arma había sido solamente una fase pasajera[82].

El invento de las armas atómicas transformó el «panorama estratégico», ya que dio a cualquier Estado que las poseyese la capacidad de una destrucción indiscriminada y en masa, incluso de la propia Humanidad. En un sentido más estricto, e inmediato, este nuevo nivel en la tecnología de las armas aumentó la presión sobre los Estados europeos tradicionales para que tratasen de alcanzar a los dos grandes, o confesasen que habían quedado ciertamente relegados a una condición de segunda clase. Desde luego, ni Alemania ni el Japón, ni la económica y tecnológicamente debilitada Italia, tenían posibilidad de ingresar en el club nuclear. Pero, para el Gobierno de Londres, incluso cuando Attlee sustituyó a Churchill, era inconcebible que el país no poseyese aquellas armas, tanto como elemento disuasorio como porque «eran una manifestación de la superioridad científica y tecnológica de la que debía depender la fuerza de Gran Bretaña, tan deficiente si se medían en número de hombres»[83]. Dicho en otras palabras, eran consideradas como una manera relativamente barata de conservar la influencia de una gran potencia independiente; cálculo que, poco después, atrajo igualmente a los franceses[84]. Sin embargo, por muy seductora que resultase esta lógica, era debilitada por factores prácticos: que ninguno de estos Estados poseería las armas y los sistemas de lanzamiento durante algunos años, y que sus arsenales nucleares serían mezquinos en comparación con los de las super-potencias y podían quedar ciertamente anticuados ante un nuevo salto adelante de la tecnología. Por mucha que fuese la ambición de Londres y de París (y, más tarde, de China) de ingresar en el club nuclear, este esfuerzo durante las primeras décadas de después de 1945 fue en

cierto modo parecido al de Austria-Hungría y de Italia para poseer acorazados del tipo Dreadnought antes de 1914. Constituyó, dicho en otras palabras, una muestra de debilidad más que de fuerza.

El último elemento que pareció recalcar que el mundo debía ser ahora considerado, estratégica y políticamente, como bipolar y no en su forma multipolar tradicional, fue el realzado papel de la *ideología*. Cierto que, incluso en la era de la diplomacia clásica del siglo XIX, los factores ideológicos habían representado un papel en la política, tal como demostraron ampliamente las acciones de Metternich, Nicolás I, Bismarck y Gladstone. Esto pareció acentuarse en los años entre las dos guerras, cuando surgieron una «derecha radical» y una «izquierda radical» para desafiar la posición prevaleciente del «centro burgués-liberal». Sin embargo, la compleja dinámica de las rivalidades multipolares a finales de los años treinta (con los *tories* británicos como Churchill deseando una alianza con la Rusia comunista contra la Alemania nazi, y con los norteamericanos liberales deseando apoyar la diplomacia anglofrancesa en Europa pero desmantelar los imperios británico y francés fuera de Europa) hacía difícil todo intento de explicar los asuntos mundiales en términos ideológicos. Además, durante la propia guerra las diferencias sobre principios políticos y sociales pudieron olvidarse bajo la absoluta necesidad de combatir al fascismo. La supresión por Stalin de la Internacional Comunista en 1943 y la admiración de Occidente por la resistencia rusa a la Operación Barbarroja parecieron también borrar anteriores sospechas, especialmente en los Estados Unidos, donde la revista *Life* proclamó alegremente, en 1943, que los rusos «parecen norteamericanos, se visten como los norteamericanos y piensan como los norteamericanos», y el New York Times declaró, un año más tarde, que «el pensamiento marxista se ha acabado en la Rusia Soviética»[85]. Tales sentimientos, por ingenuos que parezcan, contribuyen a explicar la extendida renuncia norteamericana a aceptar que el mundo de posguerra no correspondía a su visión de armonía internacional; de aquí, por ejemplo, las dolidas e irritadas reaccio-

nes de muchos al famoso discurso del «Telón de Acero» de Churchill en marzo de 1946[86].

Sin embargo, al cabo de un año o dos, la naturaleza ideológica de lo que ahora era reconocido como guerra fría entre Rusia y Occidente se puso sobradamente de manifiesto. Las crecientes señales de que Rusia no permitiría democracias de tipo parlamentario en la Europa oriental, el mero volumen de las Fuerzas Armadas rusas, la guerra civil entre los comunistas y sus adversarios en Grecia, China y otras partes, y, pero no menos importante, el miedo creciente a la «amenaza roja», las redes de espías y la subversión interna, condujeron a un cambio masivo en los sentimientos norteamericanos, al que respondió con prontitud la administración Truman. En su discurso de la «Doctrina Truman» de marzo de 1947, provocado por el miedo de que Rusia entrase en el vacío de poder creado por la retirada británica de garantías a Grecia y a Turquía, el presidente describió un mundo que tenía que elegir entre dos series de principios ideológicos:

> Un estilo de vida se funda en la voluntad de la mayoría y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías de la libertad individual, libertad de expresión y de religión y liberación de la opresión política. El segundo estilo de vida se funda en la voluntad de una minoría, impuesta por la fuerza a la mayoría. Se funda en el terror y la opresión. Una Prensa controlada, elecciones amañadas y supresión de la libertad personal[87].

Truman siguió diciendo que la política de los Estados Unidos sería «ayudar a los pueblos libres a conservar sus instituciones y su integridad contra movimientos agresivos que tratan de imponerles regímenes totalitarios». A partir de entonces, las cuestiones internacionales serían presentadas, en términos aún más emocionales, como una lucha maniquea; en palabras de Eisenhower, «las fuerzas del bien y del mal están agrupadas y armadas y opuestas

como lo han estado raras veces en la Historia. La libertad se mide contra la esclavitud, la luz contra las tinieblas»[88].

Sin duda mucha de esta retórica tenía una finalidad doméstica, y no sólo en los Estados Unidos, sino también en Gran Bretaña, Italia, Francia y dondequiera que resultase útil para las fuerzas conservadoras acudir a este lenguaje para desacreditar a sus rivales o atacar a sus propios Gobiernos por ser «blandos con el comunismo». También era verdad que esto debió aumentar los recelos de Stalin sobre Occidente, que fue rápidamente retratado en la Prensa soviética como combatiendo la «esfera de influencia» rusa en la Europa oriental, rodeando a la Unión Soviética de nuevos enemigos por todos lados, estableciendo bases avanzadas, apoyando a regímenes reaccionarios contra toda influencia comunista y «envolviendo» deliberadamente a las Naciones Unidas. «El nuevo curso de la política extranjera norteamericana —clamaba Moscú— significaba un regreso a la antigua corriente antisoviética, encaminada a desencadenar la guerra y a instituir por la fuerza el dominio del mundo por Gran Bretaña y los Estados Unidos»[89]. Esta explicación podía, a su vez, ayudar al régimen soviético a justificar sus medidas enérgicas contra los disidentes internos, su mayor presión sobre la Europa oriental, su industrialización forzada y sus fuertes gastos en armamentos. Así, las exigencias extranjeras y domésticas de la guerra fría se alimentaban mutuamente, encubriéndose en una llamada a principios ideológicos. Liberalismo y comunismo, ideas universales ambas, se «excluían mutuamente»[90]; esto permitía que cada bando comprendiese y retratase todo el mundo en un palenque en que la lucha ideológica no podía separarse de las ventajas políticas y de poder. O se estaba en el bloque dirigido por América o en el soviético. No había término medio; en la época de Stalin y Joe McCarthy, era imprudente pensar que pudiese haberlo. Esta era la nueva realidad estratégica, a la que tendrían que ajustarse no sólo los pueblos de una Europa dividida, sino también los de Asia, Oriente Medio, África, América Latina, etcétera.

LA GUERRA FRÍA Y EL TERCER MUNDO

Así resultó que una gran parte de la política internacional durante las dos décadas que siguieron consistió en procurar ajustarse a aquella rivalidad soviético-norteamericana y, después, a su parcial rechazo. Al principio, la guerra fría se centró en rehacer las fronteras en Europa. En el fondo, esto tenía todavía algo que ver con el «problema alemán», ya que la resolución de aquella cuestión determinaría, a su vez, la cantidad de influencia que ejercerían sobre Europa las potencias victoriosas de 1945. Indudablemente, los rusos habían sufrido más que cualquier otro país a causa de las agresiones alemanas en la primera mitad del siglo XX y, reforzado por la paranoica exigencia de seguridad por parte del propio Stalin, estaban resueltos a no permitir que se repitiese en la segunda mitad. Promover la revolución comunista mundial era una consideración secundaria pero relacionada con aquélla, ya que la posición estratégica y política de Rusia sería seguramente reforzada si podía crear otros Estados de inspiración marxista que buscasen la guía de Moscú. Estas consideraciones, mucho más que el impulso de siglos para buscar puertos en aguas templadas, determinaron, probablemente, la política soviética en el mundo de después de 1945, aunque dejasen en el aire la solución detallada de los diversos problemas. Había, pues, en primer lugar, la resolución de deshacer los arreglos territoriales de 1918-1922, con «redondeos» con fines estratégicos; como se ha observado antes, esto significaba la reafirmación del control ruso sobre los Esta-

dos bálticos, el desplazamiento hacia el Oeste de la frontera ruso-polaca, la eliminación de Prusia Oriental y la adquisición de territorios de Finlandia, Hungría y Rumanía. Poco de esto preocupaba a Occidente; en realidad, mucho de ello se había convenido ya durante la guerra. Más inquietantes eran los indicios de que los rusos pretendían asegurarse de que los países antes independientes de la Europa centro-oriental tendrían regímenes «amigos de Moscú».

A este respecto, el destino de Polonia fue un anuncio de lo que ocurriría en otras partes, aunque más de lamentar teniendo en cuenta la decisión británica de 1939 de luchar por la integridad de aquel país y los contingentes (y el Gobierno en el exilio) polacos que habían operado en Occidente. El descubrimiento de la fosa de oficiales polacos en Katin, la desaprobación rusa del levantamiento de Varsovia, la insistencia de Stalin de cambiar las fronteras de Polonia y la aparición en Lublin de una facción de polacos pro-Moscú, hicieron que Churchill recelase particularmente de las intenciones de Rusia; al cabo de pocos años, aquellos temores se vieron justificados por la instauración de un régimen marioneta y la virtual eliminación de todos los polacos prooccidentales de posiciones de poder[91].

El tratamiento de la cuestión polaca con Moscú estuvo relacionado con el «problema alemán» en todos los aspectos. Territorialmente, el desplazamiento de las fronteras hacia el Oeste, no sólo redujo la extensión de las tierras alemanas (como la había reducido la absorción de Prusia Oriental), sino que dio también a los polacos un incentivo para oponerse a cualquier futura revisión por los alemanes de la línea Oder-Neisse. Estratégicamente, la insistencia rusa en hacer de Polonia una «zona amortiguadora» segura tenía por objeto impedir que pudiese repetirse el ataque alemán de 1941; era lógico, pues, que Moscú insistiese en determinar también el destino del pueblo alemán. Políticamente, el apoyo de los polacos de «Lublin» iba del bra-

zo con el adiestramiento de comunistas alemanes en el exilio para que representasen un papel similar cuando volviesen a su patria. Económicamente, la explotación por Rusia de Polonia y de sus vecinos europeos orientales era una anticipación del despojo de bienes de Alemania. Sin embargo, cuando Moscú comprendió que le sería imposible granjearse la buena voluntad del pueblo alemán mientras le reducía sistemáticamente a la pobreza, aquel despojo cesó y el tono de Molotov se hizo mucho más animador. Pero estos cambios de táctica tenían menos importancia que el evidente mensaje de que Rusia pretendía tener voz, si no la voz cantante, en la decisión del futuro de Alemania[92].

Así pues, tanto en el caso de Polonia como en el de Alemania, la política rusa tenía que chocar con la de Occidente. Política y económicamente, los norteamericanos, los ingleses y los franceses deseaban que las ideas de mercado libre y las elecciones democráticas fuesen la norma en toda Europa (aunque Londres y París deseaban claramente que el Estado ocupase una posición más importante que la preferida por los norteamericanos del *laissez-faire*). Estratégicamente, Occidente estaba tan resuelto como Moscú a evitar cualquier renacimiento del militarismo alemán, cosa que había de preocupar especialmente a los franceses hasta mediados de los años cincuenta, pero no quería ver que el dominio de la Wehrmacht en Europa fuese simplemente sustituido por el del Ejército Rojo. Y aunque tanto el Gobierno francés como el italiano tuvieron miembros comunistas después de 1945, existía un profundo recelo de que los partidos marxistas adquiriesen verdadero poder en cualquier parte, sentimiento confirmado por la firme eliminación de los partidos no comunistas en Europa oriental. Aunque todavía había voces que clamaban por una reconciliación entre Rusia y Occidente, lo cierto era que sus respectivos objetivos chocaban en todos sus aspectos. Si triunfaba el programa de un bando el otro se

sentiría amenazado; al menos en este sentido, la guerra fría parecía inevitable, hasta que ambos bandos conviniesen en llegar a un compromiso en sus pretensiones universalistas.

Por esta razón, no es necesario entrar aquí en un relato minucioso de la escalada de las tensiones[93]; tendría la misma importancia, para este análisis de la evolutiva dinámica del poder mundial que, digamos, un relato detallado de la diplomacia de Metternich en un capítulo anterior. Sin embargo, vale la pena examinar las características principales de la guerra fría después de 1945, ya que han seguido afectando al curso de las relaciones internacionales hasta el día de hoy.

La primera de aquéllas fue la intensificación de la «división» entre los dos bloques de Europa. Es comprensible que esta bipolarización no se produjese inmediatamente en 1945: entonces, las principales tareas de las fuerzas de ocupación aliadas, y de los partidos «sucesores» que surgieron de la clandestinidad y el exilio en cuanto se hubieron marchado los alemanes, eran administrativas y apremiantes: restablecer las comunicaciones y los servicios públicos, llevar comida a las ciudades, albergar a los refugiados, descubrir a los criminales de guerra. Mucho de esto condujo a una confusión de las posiciones ideológicas: en las zonas ocupadas de Alemania, los norteamericanos se encontraron peleando tanto con los franceses como con los rusos; al formarse asambleas nacionales y gabinetes en toda Europa, los socialistas se sentaron al lado de los comunistas en el Este, y los comunistas al lado de los demócratas cristianos en el Oeste. Pero, a finales de 1946y principios de 1947, la diferencia se fue ensanchando y haciéndose más pública: diversos plebiscitos y elecciones regionales en las zonas alemanas mostraron que «la complexión política de Alemania del Oeste…, empezando a diferenciarse sensiblemente de la Alemania del Este»[94]; la continua eliminación de elementos no comunistas en Polonia, Bulgaria y Rumanía se reflejó en la crisis política interna de Fran-

cia, en abril de 1947, cuando fueron los comunistas obligados a dimitir del Gobierno. Un mes más tarde, ocurrió lo mismo en Italia. En Yugoslavia, el dominio político de Tito (en vez de los acuerdos de los Aliados en tiempo de guerra, sobre el poder compartido) fue interpretado por Occidente como un paso más en el proyectado avance de Moscú. Estos desacuerdos, junto con la negativa de la Unión Soviética a participar en el FMI y en el Banco Internacional, inquietó especialmente a los norteamericanos que habían esperado mantener buenas relaciones con Moscú después de la guerra.

Por consiguiente, sólo fue otra modesta presunción que Occidente sospechase que Stalin proyectaba también controlar la Europa *occidental y meridional* cuando las circunstancias le fuesen propicias y, ciertamente, procurar que se diesen estas circunstancias.

Esto no era probable que sucediese mediante el empleo de la fuerza militar, aunque la creciente presión rusa sobre Turquía era preocupante e hizo que Washington situase una fuerza naval en el Mediterráneo oriental en 1946; más bien podía llegar a través de maniobras de los secuaces de Moscú para aprovechar la continuada dislocación económica y las rivalidades políticas causadas por la guerra. La rebelión de los comunistas griegos fue considerada como una señal de esto, y las huelgas apoyadas por los comunistas en Francia, como otra. Los intentos rusos de granjearse la opinión pública alemana eran sospechosos; también lo era, para quien se preocupase realmente de estas cosas, la fuerza de los comunistas en el Norte de Italia. Los historiadores de cada uno de estos movimientos se muestran hoy más escépticos de que pudiesen haber sido controlados por un «plan maestro» concebido en Moscú. Los comunistas griegos, Tito y Mao Tsé-tung se preocupaban más de sus enemigos locales que de un orden marxista mundial, y los líderes de los partidos comunistas y de los sindicatos de Occidente

tenían que responder, ante todo y por encima de todo, al estado de ánimo de sus seguidores. Por otra parte, un triunfo del comunismo en cualquiera de aquellos países habría sido indudablemente bien recibido por Rusia, con tal de que no hubiese llevado a una guerra importante, y es fácil comprender por qué, en aquellos días, se escuchaba con simpatía a los expertos como George Kennan, cuando defendía la necesidad de «contener» a la Unión Soviética.

Entre los diversos elementos de la acelerada «estrategia de contención»[95], destacaron dos. El primero, considerado como de naturaleza negativa por Kennan, pero cada vez más preferido por los jefes militares por ofrecer las más sólidas garantías de estabilidad, era indicar a Moscú las regiones del mundo que los Estados Unidos «no podían permitir… que cayesen en manos hostiles a nosotros»[96]. Por consiguiente, aquellos Estados recibirían apoyo militar para aumentar su fuerza de resistencia, y un ataque soviético contra ellos sería considerado virtualmente como un *casus belli*. De todos modos, era mucho más positivo el reconocimiento por los norteamericanos de que la resistencia a la subversión rusa estaba debilitada, debido al «profundo agotamiento de la fuerza física y del vigor espiritual» causado por la Segunda Guerra Mundial[97]. El componente crucial de toda política de contención a largo plazo sería, pues, un programa masivo de ayuda económica de los Estados Unidos, que permitiese la reconstrucción de las industrias, las explotaciones agrícolas y las ciudades destrozadas de Europa y del Japón; pues esto no solamente haría menos probable que estos países se sintiesen tentados por las doctrinas comunistas de lucha de clases y por la revolución, sino que contribuiría a reajustar el *equilibrio de poder* en favor de América. Si, para emplear el plausible argumento geopolítico de Kennan, había sólo «cinco centros de poder industrial y militar en el mundo, que son importantes para nosotros desde el punto de vista de la se-

guridad nacional»[98] —los propios Estados Unidos, su rival la URSS, Gran Bretaña, Alemania y la Europa central, y Japón—, de ello se seguía que, conservando las tres últimas zonas mencionadas en el campo occidental y aumentando su fuerza, resultaría una «correlación de fuerzas» que aseguraría la inferioridad permanente de la Unión Soviética. Igualmente evidente es que esta estrategia tenía que ser considerada con profundo recelo por la Rusia de Stalin, especialmente porque incluía la restauración de sus dos recientes enemigos, Alemania y Japón.

Repito, pues, que una cronología exacta de las diversas medidas tomadas por cada bando durante y después del «año crucial» de 1947 es menos importante que las consecuencias generales. La asunción por los Estados Unidos de las garantías británicas prestadas a Grecia y Turquía —simbólicamente, una transferencia de responsabilidades del antiguo policía mundial al nuevo, tan lógica para Londres como para Washington[99]— fue justificada por Truman en términos de una «doctrina» que no tenía limitaciones regionales. Sin embargo, en el contexto europeo, la buena disposición norteamericana «para ayudar a los pueblos libres a conservar sus instituciones» podía relacionarse con las serias discusiones que se estaban celebrando sobre cómo luchar contra la crisis económica general, la escasez de comestibles y la penuria de carbón que afligían al Continente. La solución de la administración norteamericana —el llamado Plan Marshall de ayuda masiva «para poner a Europa económicamente en pie»— fue deliberadamente presentada como un ofrecimiento a todas las naciones europeas, fuesen o no comunistas. Pero, por muy atractivo que pudiese ser para Moscú recibir aquella ayuda, llevaba aneja una colaboración con la Europa occidental, precisamente en el momento en que la economía soviética había vuelto a las formas más rígidas de socialización y colectivización, y no se necesitaba ser un genio para ver que la *raison d'être* del Plan era convencer a todos los europeos

de que la empresa privada era mejor que el comunismo para su prosperidad. Resultado del apartamiento de Molotov de las conversaciones de París sobre el Plan, y de la presión rusa sobre Polonia y Checoslovaquia para que no pidiesen ayuda, fue que Europa quedó mucho más dividida que antes. En la Europa occidental, alimentada por los miles de millones de dólares de la ayuda norteamericana (especialmente los Estados más grandes, Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania del Oeste), el crecimiento económico siguió adelante, integrado en una red comercial del Atlántico Norte. En la Europa oriental, se reforzaron los controles comunistas. En 1947 se creó el Cominform, una especie de Internacional Comunista reconstituida y sólo disfrazada a medias. El régimen pluralista de Praga fue terminado por un golpe comunista en 1948. Mientras la Yugoslavia de Tito conseguía librarse del abrazo claustrofóbico de Stalin, otros satélites quedaron sometidos a las purgas y, en 1949, fueron obligados a ingresar en el Comecon (Consejo de Mutua Asistencia Económica), que, lejos de ser un Plan Marshall soviético, era «simplemente una nueva pieza de la maquinaria para exprimir a los satélites»[100]. Churchill fue tal vez un poco prematuro al describir el «Telón de Acero» en 1946; pero, dos años más tarde, sus palabras parecieron convertirse en realidad.

La intensificación de las rivalidades económicas Este-Oeste se completó a nivel militar y, una vez más, Alemania estuvo en el centro de la disputa. En marzo de 1947, los ingleses y los franceses habían firmado el tratado de Dunkerque, por el que se comprometían a prestarse plena ayuda militar en el caso de un ataque por parte de Alemania (aunque el Foreign Office de Londres sostenía que esta contingencia era «más bien académica» y estaba más preocupado por la debilidad interna de Europa). En marzo de 1948, este pacto fue ampliado por el tratado de Bruselas, para incluir a los países del Benelux. Este último

acuerdo no mencionaba expresamente a Alemania, pero justo es decir que muchos políticos de la Europa occidental (y especialmente de Francia) estaban todavía más obsesionados por el «problema alemán» que por el «problema ruso»[101]. La naturaleza antediluviana de sus preocupaciones sería trastornada en el decurso de 1948. El mismo mes en que se firmó el tratado de Bruselas, los rusos abandonaron el Consejo de Control de las Cuatro Potencias sobre Alemania, alegando diferencias inconciliables con Occidente sobre el futuro económico y político de aquel país. Tres meses más tarde, en un esfuerzo para acabar con el mercado negro y con el caos monetario de Alemania, las tres potencias occidentales de control anunciaron la creación de un nuevo *deutsche mark*. La respuesta rusa a esta acción unilateral fue, no sólo prohibir los billetes de Alemania del Oeste en su zona, sino también restringir los movimientos de entrada y salida de Berlín, esta isla de influencia occidental a 160 km en el interior de su esfera.

Si algo llevó este antagonismo hasta casi el límite, fue la crisis de Berlín de 1948-1949[102]. Las autoridades de Washington y de Londres estaban discutiendo ya los medios por los cuales podrían permanecer unidos los Estados europeos, los dominios y los Estados Unidos en el caso de una ruptura de hostilidades con Rusia. Aunque —como había ocurrido con el Plan Marshall— los norteamericanos deseaban que fuesen los europeos quienes propusiesen primero sus proyectos de seguridad militar, ya no cupo en esta fase la menor duda de que los Estados Unidos se tomaban muy en serio el desafío comunista. Una «alarma roja» en casa completó acciones más enérgicas en el extranjero. En marzo de 1948, Truman pidió incluso al Congreso que decretase el reclutamiento obligatorio, petición aceptada por la Ley de Servicio Selectivo de junio de aquel mismo año. Todos estos movimientos fueron fomentados por el bloqueo soviético de las comunicaciones por tierra con Berlín. Aunque el poder

aéreo permitió a los norteamericanos y a los ingleses contrarrestar la jugada de Stalin llevando suministros por aire a Berlín, hasta que se restableciesen los accesos terrestres, hubo muchos que defendieron la idea de enviar un convoy militar para abrirse paso por la fuerza hasta el interior de la ciudad. Es difícil creer que semejante acción no habría provocado una guerra; en realidad, amparándose en un nuevo tratado, los Estados Unidos enviaron una fuerza de bombarderos «B-29» a los aeródromos británicos, como señal de que se tomaban muy en serio el asunto.

En estas circunstancias, incluso se pudo convencer a los senadores aislacionistas de que apoyasen la creación de la que había de ser Organización del Tratado del Atlántico Norte, con plena participación norteamericana, y cuyo principal objetivo estratégico era la prestación de ayuda norteamericana a los Estados europeos, en el caso de una agresión de Rusia. En sus primeros años, la OTAN reflejó preocupaciones políticas más que cálculos militares exactos, simbolizando un cambio histórico en las tradiciones diplomáticas norteamericanas, al sustituir a Gran Bretaña como primera potencia occidental de «flanco», comprometida a sostener el equilibrio europeo. En opinión de los Gobiernos norteamericano y británico, la principal tarea había sido ligar a los Estados Unidos y al Canadá con los signatarios del Pacto de Bruselas y extender la promesa de ayuda mutua a países como Noruega e Italia, que también se sentían inseguros. En realidad; el día en que se firmó el tratado de la OTAN, el Ejército de los Estados Unidos sólo tenía 100 000 soldados en Europa (comparados con los 3 millones de 1945) y sólo existían doce divisiones —siete francesas, dos británicas, dos norteamericanas y una belga— preparadas para resistir una embestida soviética hacia el Oeste. Aunque las fuerzas rusas no eran, en este período, tan numerosas o eficaces como pretendían los alarmistas de Occidente, el desequilibrio en los totales

de tropas de cada bloque era inquietante; poco después, este miedo fue aumentado por la idea de que los comunistas podían barrer la llanura del Norte de Alemania tan rápidamente corno habían cruzado el Yalu durante la guerra de Corea. Esto significaba que, mientras la estrategia de la OTAN se apoyaba cada vez más en la «represalia masiva» de los bombarderos norteamericanos de largo alcance para responder a la invasión soviética, había también un compromiso de establecer grandes fuerzas convencionales armadas. Lo cual produjo, a su vez, el efecto de imponer a las tres potencias «de flanco» occidentales —Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña— obligaciones militares permanentes en el Continente europeo, hasta un grado que habría sorprendido a sus respectivos planificadores estratégicos en los años treinta[103].

La alianza de la OTAN hizo militarmente lo que había hecho económicamente el Plan Marshall: acentuó la división de 1945 de Europa en dos campos, con sólo los neutrales tradicionales (Suiza y Suecia), la España de Franco y algunos casos especiales (Finlandia, Austria y Yugoslavia) sin formar parte de uno u otro. Naturalmente, esto tendría como respuesta el Pacto de Varsovia, dominado por los soviéticos. El fortalecimiento de esta división conllevó, a su vez, que las perspectivas de reunificación de Alemania fuesen aún más remotas. A pesar de la preocupación de Francia, las Fuerzas Armadas de Alemania del Oeste empezaron a aumentar dentro de la estructura de la OTAN a finales de los años cincuenta; lo cual era bastante lógico, si Occidente quería reducir la diferencia entre los totales de tropas[104]. Pero ello indujo, inevitablemente, a la URSS a favorecer la creación de un Ejército alemán oriental, aunque bajo controles especiales. Con cada Estado alemán integrado en su respectiva alianza militar, se hizo inevitable que ambos bloques considerasen cualquier futuro intento de neutralidad alemana con recelo y alarma, como un golpe a su propia seguridad. En el

caso de Rusia, esto fue reforzado, después de la muerte de Stalin en 1953, por la convicción de que cualquier país que se hubiese hecho comunista tenía absolutamente prohibido abandonar este credo (la «Doctrina Breznev», para emplear un término ulterior). En octubre de 1953, el Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos había aceptado en privado que los Estados satélites de la Europa oriental «sólo podían ser liberados por una guerra general o por los propios rusos». Como observa enigmáticamente Bartlett, «nada de esto era posible»[105]. También en 1953, un levantamiento en Alemania del Este fue rápidamente sofocado. En 1956, Rusia, alarmada por la decisión de Hungría de retirarse del Pacto de Varsovia, llevó de nuevo sus divisiones a aquel país y anuló su independencia. En 1961, en una confesión de fracaso, Kruschev ordenó el levantamiento del Muro de Berlín para impedir la huida de talentos hacia Occidente. En 1968, los checos sufrieron el mismo destino que los húngaros doce años antes, aunque hubo menos derramamiento de sangre. Cada una de estas medidas, adoptadas por una dirección soviética incapaz (a pesar de su propaganda oficial) de igualar los atractivos ideológicos o económicos de Occidente, aumentó simplemente la división entre los dos bloques[106].

La segunda característica importante de la guerra fría, su continua escalada lateral desde Europa hacia el resto del mundo, no fue sorprendente. Durante buena parte de la guerra propiamente dicha, Rusia había concentrado sus energías casi exclusivamente en combatir la amenaza alemana; pero esto no quería decir que Moscú hubiese abandonado su interés político en el futuro de Turquía, de Irán y del Extremo Oriente, como quedó bien claro en agosto de 1945. Por consiguiente, era sumamente improbable que las disputas de Rusia con Occidente sobre problemas europeos quedasen geográficamente limitadas a este Continente, especialmente porque los principios que se

discutían eran de universal aplicación: autogobierno contra seguridad nacional, liberalismo económico contra planificación socialista, etcétera. Más importante aún, la propia guerra había causado una enorme perturbación social y política, desde los Balcanes hasta las Indias orientales, e incluso en países no directamente ocupados por los ejércitos invasores (por ejemplo, la India o Egipto), la movilización de los hombres, de los recursos y de las *ideas* había dejado profundos cambios, órdenes sociales tradicionales habían sido desbaratados, regímenes coloniales habían quedado desacreditados, florecieron los partidos nacionalistas clandestinos y proliferaron los movimientos de resistencia, que buscaban no sólo la victoria militar, sino también la transformación política[107]. Existía, dicho en otras palabras, un enorme grado de turbulencia política en la situación mundial de 1945, que podía ser una amenaza para las grandes potencias ansiosas de restablecer la estabilidad lo antes posible; pero esto podía ser también una oportunidad para cada una de las superpotencias, imbuidas de sus doctrinas universalistas, para buscar el apoyo de la multitud de pueblos que surgían de los escombros del antiguo orden destruido. Durante la propia guerra, los Aliados habían prestado ayuda a toda clase de movimientos de resistencia que luchasen contra los dominadores alemanes o japoneses, y es natural que aquellos grupos esperasen que continuase la ayuda después de 1945, aunque estuviesen luchando por el poder con contendientes rivales. El hecho de que algunos de los grupos de partisanos fuesen comunistas, y otros, fervientes anticomunistas, convertían en algo aún más difícil, para los que tomaban las decisiones en Moscú y en Washington, separar estas querellas regionales de sus propias preocupaciones mundiales. Grecia y Yugoslavia habían demostrado ya cómo podía una disputa local e interna adquirir significación internacional.

La primera de las disputas extraeuropeas entre Rusia y Occidente fue, en gran parte, legado de aquellos arreglos *ad hoc* de tiempo de guerra; en 1941-1943, Irán había sido colocado bajo protección militar tripartita, en parte para asegurar que permaneciese en el campo aliado y, en parte, para que ninguno de los Aliados consiguiese una influencia económica indebida sobre el régimen de Teherán[108]. Cuando Moscú no retiró su guarnición a primeros de 1946 y, en vez de esto, pareció animar a los movimientos separatistas y procomunistas en el Norte, las tradicionales objeciones británicas a una indebida influencia rusa en aquella parte del mundo se vieron superadas, y después casi eclipsadas, por las enérgicas protestas de la administración Truman. La retirada de las tropas rusas, seguida muy pronto de la represión por el Ejército iraní de las provincias del Norte y del propio partido Tudeh (comunista), dio amplia satisfacción a Washington, donde confirmó la creencia de Truman en la eficacia de «hablar fuerte» a los rusos. Este caso demostró, según palabras de Ulam, «la importancia de la contención antes de que fuese realmente anunciada la doctrina»[109] y preparó psicológicamente a Washington para reaccionar de manera parecida contra las noticias de actividades rusas en otras partes. Así, la continuada guerra civil en Grecia, la presión de Moscú sobre los turcos para obtener concesiones en los Estrechos y en la región fronteriza de Kars, y la declaración del Gobierno británico en 1947 de que no podía ya mantener sus garantías a aquellas dos naciones, provocaron una respuesta americana pública (en la «Doctrina Truman») que tenía ya una forma embrionaria. Ya en abril de 1946, el Departamento de Estado insistió en la necesidad de prestar apoyo «al Reino Unido y a las comunicaciones de la Commonwealth británica»[110]. La creciente aceptación de estos puntos de vista y la manera en que Washington empezaba a relacionar las varias crisis a lo largo de la «grada norte» de los países que bloqueaban la expansión rusa en el Es-

te del Mediterráneo y en Oriente Medio, indican con qué rapidez se integraba el cálculo geopolítico en las directrices idealistas de la política extranjera americana, por no decir que las sustituía.

Fue con esta percepción del avance mundial del comunismo cómo consideraron también las potencias occidentales los cambios que se producían en el Lejano Oriente. En el caso de los holandeses, que pronto serían expulsados de sus «Indias orientales» por el movimiento básicamente nacionalista de Sukarno, o de los franceses, rápidamente enzarzados en una lucha armada con el Vietminh de Ho Chi Minh, o de los británicos, que pronto tendrían que entablar una guerra contra los sublevados de Malasia, sus reacciones como viejas potencias coloniales habrían sido las mismas aunque no hubiesen existido comunistas al este de Suez[111]. (Por otra parte, a finales de los años cuarenta, resultaba útil para granjearse la simpatía de Washington, y en el caso de Francia también la ayuda militar, alegar que los insurgentes eran dirigidos desde Moscú.) Pero el sobresalto de los Estados Unidos por la «pérdida» de China fue todavía más fuerte que el causado por aquella amenaza de más al sur. Desde los tiempos de los esfuerzos misioneros de los norteamericanos desde el siglo XIX en adelante, los Estados Unidos habían invertido enormes cantidades de capital cultural y psicológico (mucho menos, financiero) en aquella grande y populosa tierra, y esto había sido elevado a proporciones todavía más grandes por la atención prestada por la Prensa al Gobierno de Chiang Kaishek durante la propia guerra. No sólo en sentido religioso creían los Estados Unidos que tenían una «misión» en China[112]. Y si los profesionales del Departamento de Estado y los militares se daban creciente cuenta de la corrupción y la ineficacia del Kuomintang, sus percepciones no eran, generalmente, compartidas por la opinión pública, especialmente en la derecha republicana que, a finales de los años

cuarenta, empezaba a ver la política mundial en términos de un blanco y negro rígidos.

La turbulencia política y la incertidumbre que reinaban en todo el Oriente en aquellos años planteó a Washington repetidos dilemas. De una parte, la república norteamericana no podía ser tenida por partidaria de los regímenes corrompidos del Tercer Mundo o de los decadentes imperios coloniales. De otra, no quería que las «fuerzas de la revolución» se extendiesen más, ya que (según se decía) fomentarían la influencia de Moscú. Fue relativamente fácil animar a los ingleses a retirarse de la India en 1947, pues esto significaba simplemente el paso a un régimen parlamentario y democrático bajo Nehru. Lo propio ocurrió con las presiones sobre los holandeses para que abandonasen Indonesia en 1949, aunque todavía preocupaba a Washington el crecimiento de la insurrección comunista allí, como crecía también en Filipinas (que había recibido la independencia en 1946). Pero las «vacilaciones» fueron más evidentes en las demás partes. Por ejemplo, los planificadores de Washington, en vez de seguir adelante con la primitiva idea de una transformación social total y una desmilitarización de la sociedad japonesa, adoptaron conceptos para la restauración de la economía japonesa a través de las empresas gigantescas (zaibatsu), e incluso animaron al Japón para la creación de sus propias Fuerzas Armadas, en parte para reducir las cargas económicas y militares de los Estados Unidos y en parte para asegurarse de que el Japón sería una fortaleza anticomunista en Asia[113].

Este endurecimiento de la posición de Washington en 1950 fue resultado de dos factores. El primero, los crecientes ataques sobre las políticas de «contención» más flexibles de Truman y Acheson, no sólo por los críticos republicanos y el cada vez más influyente «cazador de rojos», Joe McCarthy, sino también por otros intransigentes dentro de la propia administración, tales

como Louis Johnson, John Foster Dulles, Dean Rusk y Paul Nitze, que obligaban a Truman a actuar más enérgicamente para proteger su flanco político doméstico. El segundo fue el ataque de Corea del Norte a través del paralelo 38, en junio de 1950, ataque que fue rápidamente interpretado por los Estados Unidos como parte de un plan agresivo orquestado por Moscú. Estos dos factores dieron las de ganar a las fuerzas de Washington que deseaban una política más activa, e incluso beligerante, para frenar la podredumbre. «Estamos perdiendo Asia de prisa», escribió el influyente periodista Stewart Alsop, invocando la conocida imagen de un juego de diez bolos. El Kremlim era el duro y ambicioso jugador.

> El bolo principal era China. Éste ha caído ya. Los dos bolos de la segunda fila son Birmania e Indochina. Si éstos caen, los tres bolos de la hilera siguiente, Siam, Malasia e Indonesia, es seguro que caerán a su vez. Y si cae todo el resto de Asia, el magnetismo psicológico, político y económico resultante hará caer casi con toda seguridad los cuatro bolos de la cuarta hilera, India, Pakistán, Japón y las Filipinas[114].

Las consecuencias de este cambio de idea afectaron a la política norteamericana en toda el Asia oriental. Su manifestación más obvia fue la rápida escalada en la ayuda militar a Corea del Sur, un régimen infame y represivo que debía compartir la culpa del conflicto, pero fue entonces considerado como víctima inocente. La primera ayuda naval y aérea de los Estados Unidos fue pronto reforzada con divisiones del Ejército y de «marines», que permitieron a McArthur lanzar su imponente contraataque (Inchon) hasta que el avance hacia el norte de las fuerzas de las Naciones Unidas provocó, a su vez, la intervención de China en octubre y noviembre de 1950. Al no poder emplear bombas A, los norteamericanos se vieron obligados a realizar una campaña que recordaba la guerra de trincheras de 1914-

1918[115]. Cuando se llegó a un alto el fuego, en junio de 1953, los Estados Unidos habían gastado unos 50 mil millones de dólares en la guerra, enviado a más de 2 millones de soldados a la zona de lucha y perdido más de 54 000 de ellos. Si habían contenido al Norte, los Estados Unidos habían asumido un duradero e importante compromiso militar con el Sur, del que le sería difícil, si no imposible, retirarse.

Esta contienda llevó también a cambios significativos en la política norteamericana en las demás partes de Asia. En 1949, muchos de los que integraban la administración Truman habían apoyado de mala gana a Chiang Kaishek, considerado con desprecio al Gobierno «fugitivo» de Taiwán, y estaban pensando en imitar el reconocimiento británico del régimen comunista de Mao. Sin embargo, un año después, Taiwán era apoyado y protegido por los Estados Unidos, mientras que la China propiamente dicha se consideraba un feroz enemigo, contra el cual (al menos en opinión de MacArthur) sería necesario emplear armas atómicas para contrarrestar sus agresiones. En Indonesia, tan importante por sus materias primas y sus alimentos, el nuevo Gobierno recibiría ayuda para combatir a los rebeldes comunistas; en Malasia, los británicos serían animados a hacer lo mismo, y en Indochina, los Estados Unidos, aunque seguían apretando a los franceses para establecer una forma de Gobierno más representativa, estaban ahora dispuestos a suministrar armas y dinero para luchar contra el Vietminh[116]. No convencidos ya de que el atractivo moral y cultural de la civilización americana era suficiente para evitar la expansión del comunismo, los Estados Unidos se inclinaron cada vez más por las garantías militar-territoriales, especialmente desde que Dulles se convirtió en secretario de Estado[117]. Ya en agosto de 1951, un tratado había confirmado los derechos de bases aéreas y navales de los Estados Unidos en las Filipinas y el compromiso norteamericano de defender aquellas islas. Pocos días más

tarde, Washington firmó un acuerdo tripartito de seguridad con Australia y Nueva Zelanda. Una semana después, se concluyó por fin el tratado de paz con el Japón, poniendo oficialmente fin a la guerra del Pacífico y restableciendo la plena soberanía del Estado japonés; pero, al mismo tiempo, se firmó un pacto de seguridad por el cual los norteamericanos mantenían fuerzas en las islas metropolitanas y en Okinawa. La política de Washington con la China comunista siguió implacablemente hostil, mientras apoyaba cada vez más a Taiwán, incluso en puestos avanzados tan poco importantes como Quemoy y Matsu.

El tercer elemento principal en la guerra fría fue la creciente carrera de armamentos entre los dos bloques, junto con la creación de alianzas militares de apoyo. En términos de gasto de dinero, la tendencia no fue en modo alguno equilibrada, tal como se muestra en la tabla 37.

TABLA 37. Gastos de Defensa de las potencias, 1948-1970[118]
(en miles de millones de dólares)

Fecha	EE.UU.	URSS	Alemania Federal	Francia	R. U.	Italia	Japón	China
1948	10,9	13,1		0,9	3,4	0,4		
1949	13,5	13,4		1,2	3,1	0,5		2,0
1950	14,5	15,5		1,4	2,3	0,5		2,5
1951	33,3	20,1		2,1	3,2	0,7		3,0
1952	47,8	21,9		3,0	4,3	0,8		2,7
1953	49,6	25,5		3,4	4,5	0,7	0,3	2,5
1954	42,7	28,0		3,6	4,4	0,8	0,4	2,5
1955	40,5	29,5	1,7	2,9	4,3	0,8	0,4	2,5
1956	41,7	26,7	1,7	3,6	4,5	0,9	0,4	5,5
1957	44,5	27,6	2,1	3,6	4,3	0,9	0,4	6,2
1958	45,5	30,2	1,2	3,6	4,4	1,0	0,4	5,8

1959	46,6	34,4	2,6	3,6	4,4	1,0	0,4	6,6
1960	45,3	36,9	2,9	3,8	4,6	1,1	0,4	6,7
1961	47,8	43,6	3,1	4,1	4,7	1,2	0,4	7,9
1962	52,3	49,9	4,3	4,5	5,0	1,3	0,5	9,3
1963	52,2	54,7	4,9	4,6	5,2	1,6	0,4	10,6
1964	51,2	48,7	4,9	4,9	5,5	1,7	0,6	12,8
1965	51,8	62,3	5,0	5,1	5,8	1,9	0,8	13,7
1966	67,5	69,7	5,0	5,4	6,0	2,1	0,9	15,9
1967	75,4	80,9	5,3	5,8	6,3	2,2	1,0	16,3
1968	80,7	85,4	4,8	5,8	5,6	2,2	1,1	17,8
1969	81,4	89,8	5,3	5,7	5,4	2,2	1,3	20,2
1970	77,8	72,0	6,1	5,9	5,8	2,4	1,3	23,7

El enorme aumento de los gastos de defensa norteamericanos durante varios años, después de 1950, reflejó claramente el costo de la guerra de Corea y la creencia de Washington de que necesitaba rearmarse en un mundo amenazador; la disminución, de después de 1953 fue un intento de Eisenhower de controlar el «complejo militar industrial» antes de que perjudicase tanto a la sociedad como a la economía; los aumentos de 1961-1962 reflejaron el Muro de Berlín y la crisis de los misiles cubanos, y el salto en los gastos de después de 1965 mostró el creciente compromiso norteamericano en el Sudeste asiático[119]. Aunque las cifras soviéticas son meras estimaciones y la política de Moscú estaba envuelta en el misterio, es probablemente justo deducir que sus mayores gastos en 1950-1955 fueron causados por el temor de que una guerra con Occidente conduciría a devastadores ataques aéreos contra la patria rusa, a menos que se aumentase en gran manera el número de aviones y de misiles; las reducciones de 1955-1957 reflejan la diplomacia

de *détente* de Kruschev y los esfuerzos de invertir fondos en los bienes de consumo, y el fuerte aumento después de 1959-1960 revela el empeoramiento de las relaciones con Occidente, la humillación en la crisis de Cuba y la determinación de ser fuerte en todos los servicios[120]. El incremento más modesto de gastos de la China comunista fue tanto reflejo de su propio crecimiento económico como de todo lo demás, pero los aumentos durante los años sesenta sugieren que Pekín estaba dispuesto a pagar el precio de su ruptura con Moscú. En cuanto a los Estados europeos occidentales, las cifras de la tabla 37 muestran que tanto Gran Bretaña como Francia aumentaron grandemente sus gastos de defensa en los tiempos de la guerra de Corea y que los de Francia siguieron subiendo hasta 1954 debido a su conflicto en Indochina; pero, a partir de entonces, ambas potencias, y a su vez Alemania Federal, Italia y Japón, sólo se permitieron modestos aumentos (y alguna reducción ocasional) en los gastos de defensa. Aparte del crecimiento de China —y estas cifras son también muy imprecisas—, el esquema de los gastos en armamento, en los años cincuenta y sesenta, sigue dando la impresión de un mundo bipolar.

Tal vez más significativo que las cifras escuetas fue el carácter multilateral y a diversos niveles de la carrera de armamentos. Aunque impresionado desagradablemente por la fabricación por Rusia de su propia bomba A en 1949, los Estados Unidos creían que en una campaña nuclear, podían infligir más daños a la URSS que ésta a ellos. Por otra parte, según dijo el firmemente ideológico ESC-68 (National Security Council Memorandum 68, de enero de 1950), era imperativo «aumentar lo más rápidamente posible nuestra fuerza general de Aire, Tierra y Mar, y la de nuestros aliados hasta el punto de que no tengamos que depender militarmente tanto de las armas atómicas»[121]. En realidad, entre 1950 y 1953, las fuerzas de tierra se triplicaron en número, y aunque mucho de esto fue debido al

llamamiento de reservas para luchar en Corea, había también una determinación de convertir la OTAN de una serie de obligaciones militares generales en una alianza sobre el terreno para anticiparse a una invasión soviética de la Europa occidental, temida por los planificadores norteamericanos y británicos en aquellos tiempos[122]. Aunque no había verdadera posibilidad de alcanzar el fantástico total de noventa divisiones aliadas previsto en el Convenio de Lisboa de 1952, hubo sin embargo un importante aumento en los compromisos militares en Europa: de una a cinco divisiones de los Estados Unidos en 1953, con Gran Bretaña accediendo a estacionar cuatro divisiones en Alemania, de manera que se logró un equilibrio razonable a mediados de los años cincuenta, cuando el Ejército de Alemania Federal fue aumentando para compensar las reducciones hechas entonces por Londres y París. Además, hubo enormes aumentos en los gastos de los aliados en sus Fuerzas Aéreas, de manera que la OTAN disponía en 1953 de unos 5-200 aviones. Mucho menos sabemos del desarrollo del Ejército y de las Fuerzas Aéreas soviéticos en aquellos años, pero está claro que Zhukov emprendió una importante reorganización después de la muerte de Stalin, librándose de masas de soldados poco instruidos, constituyendo unidades mucho más poderosas, móviles y compactas, sustituyendo la artillería por misiles y, en suma, dándoles mucha más capacidad para una acción ofensiva que la que habían tenido en 1950-1951, cuando mayor era el miedo de Occidente a un ataque. Al propio tiempo, está claro que también Rusia dedicaba la mayor parte de estos aumentos presupuestarios al poder aéreo defensivo y ofensivo[123].

Una segunda y completamente nueva fase de la carrera de armamentos Este-Oeste se inició en el mar, aunque se hizo también de manera irregular. La Marina de los Estados Unidos había terminado la guerra del Pacífico entre nubes de gloria, debido a la impresionante actuación de sus fuerzas de porta-

aviones rápidos y de su flota submarina, y la Royal Navy también creía que había tenido una «buena guerra», mucho más decisiva que la nada resolutiva lucha de 1914-1918 en el mar[124]. Pero el advenimiento de las bombas A (especialmente en las pruebas de Bikini contra diversos buques de guerra), que serían transportadas por bombarderos estratégicos de gran radio de acción o por misiles, parecieron proyectar una sombra sobre el futuro de los instrumentos tradicionales de guerra naval, e incluso sobre los propios portaaviones. En la reducción de los gastos de defensa y la «racionalización» de los servicios separados en un Ministerio de Defensa unificado, de después de 1945, ambas Marinas se encontraron bajo fuerte presión. Fueron rescatadas, al menos hasta cierto grado, por la guerra de Corea, que de nuevo presenció desembarcos anfibios, ataques aéreos partiendo de los portaaviones, y la inteligente explotación del poder marítimo occidental. La Marina de los Estados Unidos pudo también ingresar en el club nuclear con la creación de una nueva clase de enormes portaaviones, que transportaban bombarderos equipados con armas atómicas y, a finales de los años cincuenta, con la planificada construcción de submarinos impulsados por fuerza nuclear y capaces de disparar misiles balísticos de largo alcance. Los ingleses, menos capaces de pagar portaaviones modernos, retuvieron empero portaaviones «comando» convertidos para la que llamaron guerra de cepillado de fuego y, como los franceses, se esforzaron también en crear una fuerza disuasoria submarina. Si todas las Marinas occidentales tenían en 1965 menos barcos y hombres que en 1945, podrían tener ciertamente más potencia[125].

Pero el más fuerte estímulo para los gastos continuados de aquellas Marinas fue el aumento de la flota soviética. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Marina rusa había hecho muy poco, a pesar de su gran fuerza submarina, y la mayor parte de su personal luchó en tierra (o ayudó al Ejército a cruzar los

ríos). Después de 1945, Stalin permitió la construcción de muchos más submarinos, inspirados en los modelos superiores alemanes y probablemente destinados a una extensa defensa costera; pero también favoreció la creación de una Marina de superficie más numerosa, incluidos acorazados y portaaviones. Este ambicioso plan fue rápidamente detenido por Kruschev, que no veía la utilidad de construir grandes y caros buques de guerra en una era de misiles nucleares; en esto, sus opiniones eran idénticas a las de muchos políticos y jefes de las Fuerzas Aéreas en Occidente. Esta presunción fue probablemente rebatida por los repetidos ejemplos de empleo del poder marítimo de superficie por los más probables enemigos de Rusia: el ataque anglofrancés sobre Suez en 1956, el desembarco de fuerzas de los Estados Unidos en el Líbano en 1958 (para contener a los sirios apoyados por Rusia) y, especialmente, el *cordon sanitaire* que establecieron los buques de guerra norteamericanos alrededor de Cuba en la tensa confrontación de la crisis de los misiles de 1962. La lección que sacó el Kremlim (apremiado por el influyente almirante Gorschkov) de estos incidentes fue que, hasta que Rusia no poseyese también una Marina poderosa, seguiría estando en seria desventaja en la lucha por el poder mundial; conclusión reforzada por la adopción por la Marina de los Estados Unidos de los submarinos «Polaris» portadores de misiles, a principios de los años sesenta. Resultado de ello fue una gran expansión de virtualmente toda clase de navíos en el Ejército Rojo —cruceros destructores, submarinos de todos los tipos, portaaviones híbridos— y una masiva expansión de su despliegue en ultramar, desafiando el predominio marítimo occidental en, digamos, el Mediterráneo o el océano índico, de una manera que nunca había intentado Stalin[126].

Sin embargo, esta forma de desafío podía considerarse, en términos tradicionales, como se puso de manifiesto por las muchas comparaciones que hicieron los observadores entre el au-

mento de fuerzas realizado por el almirante Gorschkov y el de Tirpitz cuatro décadas antes; y aunque la Unión Soviética pareciese haberse lanzado a una nueva «carrera naval», pasarían decenios (si es que pasaban) antes de que pudiese igualar a las terriblemente costosas fuerzas de la Marina de los Estados Unidos. El aspecto realmente revolucionario de la carrera de armamentos de después de 1945 se estaba produciendo en otras partes, en la esfera de las armas atómicas y de los misiles de largo alcance para proyectarlas. A pesar de las terribles bajas ocasionadas en Hiroshima y Nagasaki, todavía eran muchos los que veían en las armas atómicas «sólo una bomba más», en vez de un hito en la historia de la capacidad del hombre para la destrucción. Además, después del fracaso del Plan Baruch para internacionalizar los progresos de la fuerza atómica, existía la idea consoladora de que los Estados Unidos poseían un monopolio nuclear y de que los bombarderos del Comando Aéreo Estratégico compensaban (y eran fuerza disuasoria de) la gran superioridad soviética en fuerzas de tierra[127]; los Estados europeos en particular aceptaban que una invasión militar rusa fuese respondida por un bombardeo norteamericano (y después británico) desde el aire con armas nucleares.

Las innovaciones tecnológicas, y en especial los adelantos soviéticos, lo cambiaron todo. La prueba con éxito de Rusia de una bomba atómica en 1949 (mucho antes de lo que habían previsto los cálculos de los occidentales) rompió el monopolio norteamericano. Más alarmante aún fue la construcción de bombarderos rusos de gran radio de acción, especialmente los de tipo «Bisonte», que, a mediados de los años cincuenta, no sólo se presumió que eran capaces de alcanzar los Estados Unidos, sino que también se suponía (erróneamente) que había de ellos un número tan grande que había creado una gran «ventaja en bombarderos». Aunque la controversia resultante significó tanto la necesidad de obtener pruebas sólidas de la capacidad

rusa como la tendencia a exagerar de la Air Force de los Estados Unidos[128], era un hecho que, dentro de pocos años más, habría terminado la era de la invulnerabilidad norteamericana. En 1949, Washington había accedido a la producción de una nueva «superbomba» (la bomba H), de enorme poder destructivo. Esto pareció prometer a los Estados Unidos una ventaja decisiva y, a primeros y mediados de los años cincuenta, se advirtió, tanto en los alarmantes discursos de Foster Dulles como en los planes de la Air Force, el compromiso a tomar «represalias masivas» contra Rusia o contra China en el caso de una nueva guerra[129]. Si esta doctrina produjo considerable inquietud dentro de las administraciones Truman y Eisenhower —lo que condujo al momento de las fuerzas convencionales y de las armas nucleares tácticas (es decir, para el «campo de batalla»), como alternativas a desencadenar un Armagedón—, el mayor golpe contra esa estrategia vino del lado ruso. En 1953, Rusia probó también la bomba H, sólo nueve meses después de la prueba norteamericana. Además, el Gobierno soviético había dedicado considerables recursos en explotar la tecnología alemana sobre cohetes en tiempo de guerra. En 1955, la URSS estaba produciendo una gran cantidad de misiles balísticos de medio alcance (los SS-3); en 1957, había disparado un misil balístico intercontinental de un alcance de más de 8000 km, empleando el mismo motor de cohete que había puesto en órbita el *Sputnik*, primer satélite artificial de la Tierra, en octubre de aquel mismo año.

Impresionado por estos avances rusos, y por la implicación de que tanto las ciudades como las fuerzas de bombardeo de los Estados Unidos podían ser vulnerables a un repentino golpe soviético, Washington invirtió recursos masivos en sus propios misiles balísticos intercontinentales, con el fin de acabar con la que previsiblemente fue llamada «diferencia en misiles»[130]. Pero la carrera en armas nucleares no se limitaba a estos sistemas. Desde 1960 en adelante, cada bando estaba también desarro-

llando con rapidez la capacidad de lanzar misiles balísticos desde submarinos y, en esta época se había construido también toda una variedad de armas nucleares tácticas y de cohetes de corto alcance. Todo ello se vio acompañado por luchas de tipo intelectual de los planificadores estratégicos y los analistas civiles, en sus «depósitos de ideas», sobre la manera de actuar en las diversas fases de escalada en lo que era ahora una estrategia de «respuesta flexible». Por muy claras que fuesen las soluciones propuestas, ninguna de ellas conseguía resolver el espantoso problema de que sería difícil, si no imposible, integrar las armas nucleares en los tradicionales estilos de guerra convencional (pronto se vería, por ejemplo, que las *nukes* empleadas en el campo de batalla arrasarían la mayor parte de Alemania). Si se llegaban a lanzar bombas H de gran potencia sobre suelo ruso y norteamericano, las víctimas y los daños que sufrirían ambos bandos no tendrían precedentes. Encerrados en lo que llamó Churchill mutuo equilibrio de terror, e incapaces de *desinventar SUS* armas de destrucción en masa, Washington y Moscú dedicaron más recursos a la tecnología de la guerra nuclear[131]. Y aunque tanto Gran Bretaña como Francia seguían adelante con sus propias bombas atómicas y sistemas de lanzamiento en los años cincuenta, todavía parecía —medido por el rasero de los aviones, misiles y bombas nucleares de la época— que también en este campo sólo contaban las super-potencias.

El último elemento principal de esta rivalidad fue la creación, tanto por Rusia como por Occidente, de alianzas en todo el mundo, y la competencia para encontrar nuevos compañeros, o al menos para evitar que países del Tercer Mundo se uniesen al bando contrario. En los primeros años, los Estados Unidos sobresalieron muchísimo en esta actividad, debido a su ventajosa posición en 1945, al hecho de que ya tenía muchas guarniciones y bases aéreas fuera del hemisferio occidental y al hecho, igualmente importante, de que muchos países miraban a

Washington para una ayuda económica y, a veces, militar. En contraste con esto, la URSS necesitaba desesperadamente reconstruirse ella misma, su principal preocupación era la estabilización de sus propias fronteras en términos favorables a Moscú, y carecía de instrumentos económicos y de poder militar para proyectarse más hacia el exterior. A pesar de sus ganancias territoriales en el Báltico, en el norte de Finlandia y en el Extremo Oriente, Rusia era todavía, relativamente hablando, una superpotencia encerrada en tierra. Además, ahora parece claro que Stalin miraba el mundo exterior con enorme recelo y aprensión: a Occidente, que temía que no toleraría ganancias comunistas declaradas (por ejemplo, en Grecia, en 1947), pero también a líderes comunistas, como Tito y Mao, que no eran ciertamente «marionetas de los soviets»[132]. La fundación del Cominform en 1947 y la fuerte propaganda sobre apoyo a los revolucionarios del extranjero tenía precedentes en los años treinta (incluso en la era de 1918-1921), pero, de hecho, parece que Moscú evitó conflictos internacionales en este período.

Sin embargo, como se ha observado más arriba, Washington consideraba que se estaba desplegando, paso a paso, un plan maestro para el dominio del mundo por los comunistas, y que había que «contenerlo». Las garantías ofrecidas a Grecia y Turquía en 1947 fueron la primera señal de este cambio de rumbo, y el tratado de la OTAN, en 1949, fue su ejemplo más espectacular. El ingreso de nuevos miembros en la OTAN, en los años cincuenta, significó que los Estados Unidos se comprometían «a defender la mayor parte de Europa e incluso partes del Próximo Oriente desde Spitzbergen hasta el Muro de Berlín más allá, hasta las fronteras asiáticas de Turquía»[133]. Pero esto no fue más que el principio de la ampliación norteamericana. El Pacto de Río y los convenios especiales con Canadá significaron que los Estados Unidos se hacían responsables de la defensa de todo el hemisferio occidental. El tratado ANZUS creó

obligaciones en el Sudoeste del Pacífico. Los enfrentamientos en el Este de Asia en los primeros años cincuenta habían conducido a la firma de varios tratados bilaterales, en los que los Estados Unidos se comprometían a ayudar a países a lo largo del «borde»: Japón, Corea del Sur y Taiwán, así como las Filipinas. En 1954, esto se fortaleció todavía más con el establecimiento de la SEATO (Southeast Asia Treaty Organization), en que los Estados Unidos se unieron a Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, las Filipinas, Pakistán y Thailandia en una promesa de apoyo mutuo para combatir la agresión en aquella vasta región. En el Oriente Medio fueron los principales patrocinadores de otra agrupación regional, el pacto de Bagdad de 1955 (más tarde, Central Treaty Organization, o CENTO), en el que Gran Bretaña, Turquía, Iraq, Irán y Pakistán se unían contra la subversión y los ataques. En todas las otras partes del Oriente Medio, los Estados Unidos habían celebrado o pronto celebrarían acuerdos especiales con Israel, Arabia Saudí y Jordania, fuese a causa de los fuertes lazos judeoamericanos, o a consecuencia de la «Doctrina Eisenhower» de 1957, que ofrecía la ayuda americana a los árabes. A principios de 1970, un observador escribió que,

> Estados Unidos tenía más de un millón de soldados en 30 países, era miembro de cuatro alianzas defensivas regionales y partícipe activo en una quinta, tenía tratados de defensa mutua con 42 naciones, era miembro de 53 organizaciones internacionales y proporcionaba ayuda militar o económica a casi cien naciones de la faz del globo[134].

Ésta era una red de compromisos que habría puesto un poco nerviosos a Luis XIV o a Palmerston. Sin embargo, en un mundo que parecía menguar rápidamente de tamaño y donde cada parte semejaba estar relacionada con otra, todos estos compromisos paso a paso tenían su lógica. En un sistema bipolar,

¿dónde podía trazar Washington la línea, especialmente después de que se dijese que su anterior afirmación de que Corea no era vital había sido una invitación al ataque comunista del año siguiente?[135] «El planeta se ha vuelto muy pequeño —argumentó Dean Rusk en mayo de 1965—. Tenemos que preocuparnos de todo ello, con toda su tierra, aguas, atmósfera, y con el espacio circundante»[136].

Si la proyección del poder y la influencia soviéticos en el mundo exterior era mucho menos extensa, los años que siguieron a la muerte de Stalin registraron empero avances dignos de mención. Está claro que Kruschev quería que la Unión Soviética fuese admirada, incluso amada, más que temida; también quería desviar los recursos militares a la inversión agrícola y en bienes de consumo. Sus ideas generales de la política exterior reflejaban su esperanza de un «deshielo» en la guerra fría. Contradiciendo a Molotov, sacó las tropas soviéticas de Austria; devolvió la base naval de Porkkala a Finlandia y Port Arthur a China, y mejoró las relaciones con Yugoslavia, arguyendo que eran «caminos separados hacia el socialismo» (una posición tan inquietante para muchos de sus colegas del Presidium como lo era para Mao Tsé-tung). Aunque 1955 vio el establecimiento formal del pacto de Varsovia, en respuesta al ingreso de Alemania Federal en la OTAN, Kruschev estaba dispuesto a iniciar relaciones diplomáticas con Bonn. También estaba deseoso de mejorar las relaciones con los Estados Unidos, aunque su propia volubilidad de modales y la ahora crónica desconfianza con que interpretaba Washington todos los movimientos rusos hacían imposible una verdadera *détente*. Aquel mismo año, Kruschev viajó a la India, a Birmania y a Afganistán. De ahora en adelante, el Tercer Mundo iba a ser tomado en serio por la Unión Soviética, precisamente cuando más y más Estados afroasiáticos estaban ganando su independencia[137].

Poco de esto era una transformación tan completa o suave como habría deseado el exaltado Kruschev. En abril de 1956, había sido disuelto aquel instrumento de control estalinista que era el Cominform. Por desgracia, dos meses más tarde hubo que sofocar con rudeza estaliniana el levantamiento húngaro, un «camino separado» que se alejaba del socialismo. Las disputas con China se multiplicaron y, como veremos más adelante, produjeron una profunda grieta en el mundo comunista. La *détente* naufragó contra las rocas del incidente del «U-2» (1960), la crisis del Muro de Berlín (1961) y, después, el enfrentamiento con los Estados Unidos a causa de los misiles soviéticos en Cuba (1962). Sin embargo, nada de esto podía hacer retroceder el movimiento ruso hacia una política mundial; el mero establecimiento de relaciones diplomáticas con jóvenes naciones y el contacto con sus representantes en las Naciones Unidas hicieron inevitables los lazos soviéticos con el mundo exterior. Además, Krusckev, ansioso de demostrar la superioridad innata del sistema soviético sobre el capitalismo, tenía que buscar nuevos amigos en el extranjero; sus sucesores, más pragmáticos, tuvieron interés, después de **1964**, en romper el cordón norteamericano que había sido colocado alrededor de la URSS y en frenar la influencia china. Además, había muchos países del Tercer Mundo ansiosos de escapar a lo que llamaban «neocolonialismo» e instituir una economía planificada en vez de la del *laissez-faire*, preferencia que generalmente ocasionaba la terminación de la ayuda occidental. Todo esto se fundió para dar a la política exterior rusa un claro «empuje hacia fuera».

Este empuje empezó de manera muy decisiva en diciembre de 1953, con la firma de un acuerdo comercial con la India (coincidiendo precisamente con la visita del vicepresidente Nixon a Nueva Delhi) seguido del ofrecimiento, en 1955, de construir la fundición de acero de Bhilai y, después, de una importante ayuda militar; fue ésta una conexión con la más im-

portante potencia del Tercer Mundo que irritó simultáneamente a los norteamericanos y a los chinos y castigó a Pakistán por su ingreso en el pacto de Bagdad. Casi al mismo tiempo, en 1955-1956, la URSS y Checoslovaquia empezaron a prestar ayuda a Egipto, sustituyendo a Washington en la aportación de fondos para la presa de Assuán. Iraq, Afganistán y Yemen del Norte recibieran también préstamos soviéticos. Estados declaradamente antiimperialistas de África, tales como Ghana, Malí y Guinea, fueron también animados por Moscú. En 1960, se produjo la gran penetración en América Latina, donde la URSS firmó su primer acuerdo comercial con la Cuba de Castro, que entonces empezaba ya a tener dificultades con los irritados Estados Unidos. Todo esto sentó una pauta que no iba a alterarse con la caída de Kruschev. Tras lanzar una estridente campaña de propaganda contra el imperialismo, la URSS ofrecía naturalmente «tratados de amistad», créditos mercantiles, consejeros militares y otras cosas a toda nación recientemente descolonizada. Rusia podía también beneficiarse, en Oriente Medio, del apoyo de los Estados Unidos a Israel (de aquí, por ejemplo, la creciente ayuda de Moscú a Siria y a Iraq, así como a Egipto, en los años sesenta); podía ganar prestigio ofreciendo ayuda militar y económica a Vietnam del Norte; incluso en la lejana América Latina, podía proclamar su apoyo a los movimientos de liberación nacional. En esta lucha por la influencia mundial, la URSS había hecho un largo camino desde la cautela paranoica de Stalin[138].

Pero esta competencia entre Washington y Moscú por el afecto del resto del mundo, estos empujones mutuos para lograr influencia con la ayuda de tratados, créditos y exportaciones de armas, ¿significaba que había nacido realmente un mundo bipolar, donde todo lo importante en asuntos internacionales gravitaba alrededor de los dos *Schwerpunkte* opuestos de los Estados Unidos y la URSS? Desde el punto de vista de un Du-

lles o de un Molotov, así era ciertamente como estaba ordenado el mundo. Y, sin embargo, incluso cuando estos dos bloques competían en el mundo, y en zonas desconocidas para ambos en 1941, se encontraban con una tendencia muy diferente. Pues un Tercer Mundo estaba entonces llegando a la mayoría de edad, y muchos de sus miembros, habiéndose desprendido al fin del control de los Imperios europeos tradicionales, no estaban en modo alguno dispuestos a convertirse en meros satélites de una super-potencia lejana, aunque ésta pudiese proporcionarles una útil ayuda económica y militar.

De hecho, ocurría que una tendencia importante de la política de poder del siglo XX, el auge de las superpotencias, empezaba a actuar recíprocamente con otra tendencia más nueva, la fragmentación política del globo. En la atmósfera socialdarwinista e imperialista que había prevalecido alrededor del 1900, era fácil pensar que todo el poder estaba siendo concentrado en un número cada vez menor de capitales del mundo (véase más arriba, página 612). Sin embargo, la misma arrogancia y ambición del imperialismo occidental trajo consigo *las* semillas de su propia destrucción; el nacionalismo exagerado de Cecil Rhodes, o de los paneslavos o de los militares austrohúngaros, provocaron reacciones entre los bóers, los polacos, los serbios, los finlandeses; las ideas de autodeterminación nacional, propagadas para justificar la unificación de Alemania y de Italia, o la decisión aliada de 1914 de ayudar a Bélgica, se filtraron implacablemente hacia el Este y hacia el Sur, hasta Egipto, la India e Indochina. Como los imperios de Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón habían triunfado sobre las Potencias Centrales en 1918, y habían refrenado las ideas de Wilson para un nuevo orden mundial en 1919, los movimientos nacionalistas sólo fueron fomentados de manera selectiva: era justo otorgar la autodeterminación a los pueblos de la Europa oriental, porque eran europeos y, por tanto, considerados «civilizados»; pero no lo

era extender estos principios a Oriente Medio, África o Asia, donde las potencias imperialistas extendían sus territorios y reprimían los movimientos de independencia. La destrucción de estos imperios en el Extremo Oriente después de 1941, la movilización de las economías y el reclutamiento de hombres a los otros territorios dependientes al progresar la guerra, las influencias ideológicas de la Carta del Atlántico y la decadencia de Europa se combinaron pata liberar las fuerzas en pro del cambio en el que en los años cincuenta, era llamado Tercer Mundo[139].

Pero era calificado de «tercer» mundo precisamente porque insistía en su distinción de los bloques dominados por los norteamericanos y los rusos. Esto no quería decir que los países que se reunieron en la primera conferencia de Bandung, en abril de 1955, estuviesen libres de todo lazo y obligación con las super-potencias; Turquía, China, Japón y las Filipinas, por ejemplo, estuvieron entre aquellos que asistieron a la conferencia y para los que habría sido inadecuada la calificación «no alineados»[140]. Por otra parte, todos insistieron en una mayor descolonización, en que las Naciones Unidas enfocasen problemas diferentes de las tensiones de la guerra fría y en que se tomasen medidas para cambiar un mundo que estaba todavía económicamente dominado por los blancos. Cuando se produjo la segunda fase importante de descolonización a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, un gran número de nuevos reclutas pudieron unirse a los miembros originarios del movimiento tercermundista, todos ellos irritados por las décadas (o siglos) de gobierno extranjero y enfrentándose con el duro hecho de que la independencia les había dejado con un montón de problemas económicos. Dado el gran aumento de su número, pudieron ahora empezar a dominar la Asamblea General de las Naciones Unidas; en principio un cuerpo de cincuenta países (en su inmensa mayoría europeos y latinoamericanos),

las Naciones Unidas se transformaron en una organización de más de cien Estados, con muchos nuevos miembros afroasiáticos. Esto no restringió las acciones de las grandes potencias que eran miembros permanentes del Consejo de Seguridad y poseían derecho de veto, condiciones en las que había insistido el cauteloso Stalin. Pero significó que, si una de las superpotencias deseaba apelar a la «opinión mundial» (como habían hecho los Estados Unidos al conseguir que las Naciones Unidas ayudasen a Corea del Sur en 1950), tenía que lograr el acuerdo de un cuerpo cuyos miembros no compartían las preocupaciones de Washington y de Moscú. Principalmente porque los años cincuenta y sesenta estuvieron dominados por problemas de descolonización y por crecientes llamamientos a poner fin al «subdesarrollo», causas favorecidas hábilmente por los rusos, la opinión del Tercer Mundo tuvo un claro matiz antioccidental, desde la crisis de Suez en 1956 hasta las ulteriores cuestiones de Vietnam, las guerras de Oriente Medio, América Latina y África del Sur. Incluso en las cumbres formales de los países no alineados, se cargó cada vez más el acento sobre el anticolonialismo, y los lugares en que se celebraron estas reuniones (Belgrado en 1961, El Cairo en 1964 y Lusaka en 1970) simbolizaron este alejamiento de los problemas centrados en Europa. La agenda de la política mundial ya no estaba exclusivamente en manos de las potencias que poseían mayor fuerza militar y económica[141].

Los más eminentes de los primeros abogados de la no alineación —Tito, Nasser, Nehru— simbolizaron esta transformación. El caso de Yugoslavia fue notable, al romper con Stalin (fue expulsada del Cominform en fecha tan temprana como 1948) y mantener, empero, su independencia sin que se produjese una invasión rusa. Fue una política mantenida con firmeza después de la muerte de Stalin; por algo se celebró en Belgrado la primera cumbre de países no alineados[142]. Nasser había al-

canzado fama en todo el mundo árabe después de su choque de 1956 con Gran Bretaña, Francia e Israel, era un severo crítico del imperialismo occidental y aceptó de buen grado la ayuda soviética; sin embargo, no era una marioneta de Moscú: «Trató bastante mal a los comunistas de su país y, entre 1959 y 1961, lanzó una fuerte campaña antisoviética a través de la Radio y de la Prensa»[143]. El panarabismo, y especialmente el fundamentalismo musulmán, no eran socios naturales del materialismo ateo, aunque intelectuales marxistas locales se esforzasen en producir una fusión de ambas cosas. En cuanto a la India, durante largo tiempo líder simbólico de los Estados no alineados «moderados», las repetidas ayudas económicas y militares soviéticas, sore todo después de los choques de la India con China y con el Pakistán, no impidieron a Nehru criticar las acciones rusas en otros lugares y recelar profundamente del partido comunista indio. Su condena de la política británica en Suez se debió a su rechazo de las intervenciones de todas las grandes potencias en el extranjero.

El mero hecho de que tantos nuevos Estados entrasen aquellos años en la comunidad internacional, y de que Rusia estuviese ansiosa de apartarles de Occidente sin tener ella misma gran conocimiento de las condiciones locales, significó también que muchas de sus «ganancias» diplomáticas fuesen con frecuencia acompañadas de «pérdidas». El ejemplo más espectacular de esto fue la propia China, como comentaremos más adelante; pero hubo otros muchos casos. El cambio de régimen en Iraq, en 1958, permitió a Rusia presentarse como amiga de aquel Estado árabe y ofrecerle préstamos. Cuatro años más tarde, un golpe baasista condujo a la sangrienta eliminación del Partido Comunista en el país. La continuada ayuda de Moscú a la India irritó inevitablemente a Pakistán; no había manera de complacer a uno sin perder al otro.

En Birmania, un comienzo prometedor fracasó cuando aquel país excluyó a todos los extranjeros. En Indonesia, las cosas marcharon aún peor, después de recibir ayudas masivas de Rusia y la Europa del Este, el Gobierno de Sukarno se apartó de Moscú y se volvió hacia Pekín en 1963. Dos años más tarde, el Ejército indonesio destruyó el Partido Comunista con gran ferocidad. En Guinea, Sékou Touré despidió al embajador ruso en 1961 por intervenir en una huelga total y, durante la crisis de los misiles cubanos, no permitió que los aviones soviéticos repostasen en el aeropuerto que ellos mismos habían ampliado en Conakry[144]. El apoyo de Rusia a Lumumba en la crisis del Congo de 1960 perjudicó las perspectivas de éste, y su sucesor, Mobutu, cerró la Embajada soviética. El caso más espectacular de esta especie de retroceso —y un grave golpe a la influencia soviética— se produjo en 1972, cuando Sadat expulsó a 21 000 consejeros rusos de Egipto.

Así, pues, la relación entre el Tercer Mundo y los «dos primeros mundos» fue siempre compleja y cambiante. Había, desde luego, países que fueron siempre pro-rusos (Cuba, Angola) y otros que fueron firmemente pro-americanos (Taiwán, Israel), principalmente debido a que se sentían amenazados por sus vecinos. Había algunos que, siguiendo el ejemplo de Tito, trataban sinceramente de permanecer no alineados. Existían otros que, aun inclinándose hacia un bloque porque les ofrecía ayuda, se resistían vigorosamente a depender indebidamente de él. Y, por último, se producían en el Tercer Mundo frecuentes revoluciones, guerras civiles, cambios de régimen y conflictos fronterizos que pillaban por sorpresa a Moscú y a Washington. Rivalidades locales en Chipre, en Ogaten, a lo largo de la frontera entre la India y Pakistán, y en Kampuchea (Camboya), preocuparon a las superpotencias, ya que cada uno de los contendientes buscaba su ayuda. Como con anterioridad otras grandes potencias, tanto Rusia como los Estados Unidos tenían que en-

frentarse al duro hecho de que su mensaje «universalista» no sería automáticamente aceptado por otras sociedades y culturas.

LAS FISURAS DEL MUNDO BIPOLAR

Sin embargo, al comenzar los años setenta, había aún buenas razones para que la relación Washington-Moscú continuase pareciendo lo más importante en los asuntos mundiales. Militarmente, la URSS se había acercado mucho a los Estados Unidos, pero ambos estaban todavía en un plano diferente de todos los demás. Por ejemplo, en 1974 los Estados Unidos gastaban 85 mil millones de dólares y la URSS 109 mil millones en defensa, que era cuatro veces más de los que gastaba China (26 mil millones) y ocho veces más de lo que gastaban los principales Estados europeos (R.U. 9,7 mil millones; Francia, 9,9 mil millones; Alemania Federal, 13,7 mil millones)[145], y las fuerzas armadas americanas y rusas, de más de 2 millones y de 3 millones de hombres, respectivamente, eran mucho más numerosas que las de los Estados europeos y estaban mucho mejor equipadas que los 3 millones de hombres de los servicios chinos. Ambas superpotencias tenían más de 5000 aviones de combate, o sea, más de diez veces el número poseído por las antiguas potencias[146]. Su tonelaje total en buques de guerra —los Estados Unidos tenían 2,8 millones de toneladas y la URSS 2,1 millones en 1974— estaba muy delante de los de Gran Bretaña (370 000 toneladas), Francia (160 000 toneladas), Japón (180 000 toneladas) y China (150 000)[147]. Pero la gran disparidad se hallaba en

el número de armas de lanzamiento nuclear, tal como se muestra en la tabla 38.

TABLA 38. Armas de lanzamiento nuclear, 1947[148]

	EE.UU.	URSS	Gran Bretaña	Francia	China
Misiles balísticos intercontinentales	1054	1575	—	—	—
Misiles balísticos intermedios	—	600	—	18	c. 80
Misiles balísticos desde submarinos	656	720	64	48	—
Bombarderos de gran alcance	437	140	—	—	—
Bombarderos de medio alcance	66	800	50	52	100

Era tal la capacidad de cada superpotencia para borrar del mapa a la otra (y a todos los demás) —situación que pronto fue llamada MAD, o Destrucción Mutuamente Asegurada— que empezaron a buscar sus arreglos para controlar de diversas maneras la carrera de armamento nuclear. Después de la crisis de los misiles cubanos, se instaló un «teléfono rojo» para que cada bando pudiese comunicar con el otro en el caso de otra ocasión crítica; se firmó el tratado de prohibición de pruebas nucleares de 1963, también suscrito por el Reino Unido, que prohibía dichas pruebas en la atmósfera, debajo del agua y en el espacio exterior; se firmó el tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT 1) de 1972, que limitaba el número de misiles balísticos intercontinentales que podía poseer cada bando y detenía la construcción por los rusos de un sistema de misil antibalístico; este acuerdo se amplió en Vladivostock en 1975 y,

a finales de los años setenta hubo negociaciones para un tratado SALT II (firmado en junio de 1979, pero nunca ratificado por el Senado de los Estados Unidos). Sin embargo, estos varios acuerdos, y los motivos particulares económicos y doméstico políticos y de política exterior que incitó a cada bando a suscribirlos, no detuvo la carrera de armamentos; en todo caso, la prohibición o limitación de un sistema de armas sólo llevaba a transferir los recursos a otro sector. Desde finales de los años cincuenta en adelante, la URSS aumentó continua e inexorablemente sus asignaciones a las Fuerzas Armadas, y si el esquema americano de gastos de defensa fue alterado por su costosa guerra en Vietnam y después por la reacción pública contra aquella aventura, la tendencia a largo plazo fue también la de alcanzar totales siempre más elevados. En intervalos de pocos años, se añadían nuevos sistemas de armas: cabezas nucleares múltiples se adaptaban a los cohetes de cada bando; se aumentaba el número de submarinos portadores de misiles de cada una de las Marinas; la igualdad nuclear en misiles estratégicos (que provocó el miedo de Europa a que los Estados Unidos no respondiesen a un ataque soviético al Oeste lanzando misiles americanos de largo alcance, ya que esto podía provocar golpes atómicos sobre ciudades americanas) condujo a nuevos tipos de armas nucleares de alcance medio, como el «Pershing II» y los misiles de crucero creados como respuesta a los «SS-20» rusos. La carrera de armamentos y las diversas discusiones sobre control de armas constituían caras opuestas de la misma moneda; pero ambas mantenían a Washington y a Moscú en el centro del escenario.

También en otros campos, su rivalidad era crucial: Como se ha mencionado antes, una de las características más notables del armamento soviético, desde 1960, era la enorme expansión de su flota de superficie: *físicamente* al construir destructores y cruceros portadores de misiles, cada vez más poderosos; des-

pués portadores de helicópteros de tamaño medio, y más tarde portaaviones[149], y *geográficamente,* al empezar la Marina soviética a enviar más y más barcos al Mediterráneo y más lejos, al océano índico, África occidental, Indochina y Cuba, donde podía utilizar un número creciente de bases. Esta última acción reflejó una importante extensión de las rivalidades ruso-norteamericanas en el Tercer Mundo, debido principalmente al éxito de Moscú en entrar en regiones donde la influencia extranjera había sido hasta entonces monopolio occidental. La continua tensión en Oriente Medio, y especialmente las guerras árabe-israelíes de 1967y 1973 (donde el suministro de armas norteamericanas a Israel resultó decisivo), significó que varios Estados árabes —Siria, Libia, Iraq— seguirían buscando la ayuda de Moscú. Los regímenes marxistas de Yemen del Sur y de Somalia ofrecieron bases navales a la Marina rusa, dando a la URSS una nueva presencia marítima en el mar Rojo. Pero, como de costumbre, estos avances estuvieron acompañados de retrocesos: la visible preferencia de Moscú por Etiopía condujo a la expulsión de personal y barcos soviéticos de Somalia en 1977, pocos años después de que hubiese ocurrido lo mismo en Egipto, y los avances rusos en esta zona fueron contrarrestados por el aumento de la presencia americana en Omán y Diego García, derechos de bases navales en Kenya y Somalia, y crecientes envíos de armas a Egipto, Arabia Saudí y Pakistán. Sin embargo, más hacia el Sur, la ayuda militar soviético-cubana a las fuerzas del MPLA en Angola, los frecuentes intentos del régimen libio de Gaddafi, ayudado por los soviéticos, de exportar la revolución a otras partes, y la presencia de Gobiernos marxistas en Etiopía, Mozambique, Guinea, Congo y otros Estados africanos occidentales, indicaron que Moscú estaba ganando en la lucha por la influencia mundial. Su propia entrada militar en Afganistán en 1979 —primera expansión de esta clase (fuera de la Europa oriental) desde la Segunda Guerra Mundial— y los

ánimos dados por Cuba a los regímenes izquierdistas de Nicaragua y Granada aumentaron la impresión de que la rivalidad norteamericano-rusa no conocía límites y provocaron nuevas contramaniobras y aumentos en los gastos de defensa por parte de Washington. En 1980, con una nueva administración republicana denunciando a la Unión Soviética como un «imperio del mal contra el cual unas fuerzas de defensa masiva y una política inquebrantable eran la única respuesta», poco parecía haber cambiado desde los tiempos de John Foster Dulles[150].

Sin embargo, y a pesar de centrarse todo el interés en las relaciones norteamericano-rusas y sus muchos altibajos entre 1960 y 1980, otras tendencias habían estado trabajando para hacer que el sistema de poder internacional fuese mucho menos bipolar de lo que había parecido en el período anterior. No sólo había surgido el Tercer Mundo para complicar las cosas, sino que habían aparecido fisuras importantes en los que habían parecido ser dos bloques monolíticos dominados por Moscú y Washington. La más decisiva de ellas, con repercusiones que son difíciles de medir del todo incluso en la actualidad, fue la división entre la URSS y la China comunista. Visto retrospectivamente, puede parecer evidente que incluso los principios presuntamente «científicos» y «universalistas» del marxismo podían naufragar al chocar contra las rocas de las circunstancias locales, las fuerzas culturales indígenas y las diferentes fases de desarrollo económico; a fin de cuentas, el propio Lenin había tenido que desviarse mucho de la doctrina oriental del materialismo dialéctico para asegurar la Revolución de 1917. Y algunos observadores extranjeros del movimiento comunista de Mao en los años treinta y cuarenta se dieron cuenta de que, al menos él, no estaba dispuesto a aceptar como un esclavo la posición dogmática de Stalin sobre la importancia relativa de obreros y campesinos. También se dieron cuenta de que Moscú, a su vez, había apoyado con menos entu-

siasmo al Partido Comunista chino y había tratado, incluso en fechas tan tardías como 1946 y 1948, de desequilibrarlo contra los nacionalistas de Chiang Kaishek. Esto, en opinión de la URSS, evitaría la creación de «un nuevo régimen comunista vigoroso establecido sin la ayuda del Ejército Rojo en un país con casi tres veces la población de Rusia (y que) se convertiría inevitablemente en un polo de atracción competidor dentro del movimiento comunista mundial»[151].

Sin embargo, la gran amplitud de esta fisura pilló a la mayoría de los observadores por sorpresa y fue, durante muchos años, inadvertida por unos Estados Unidos excitados por el miedo a una conspiración comunista mundial. Sabido es que la guerra de Corea y las subsiguientes maniobras chino-norteamericanas sobre Taiwán apartaron la atención de las tibias relaciones existentes entre Moscú y Pekín, en las que las relativamente pequeñas cantidades de ayuda de Stalin a China eran siempre ofrecidas a cambio de un precio que subrayaba los privilegios de Rusia en Mongolia y Manchuria. Aunque Mao pudo restablecer el equilibrio en sus negociaciones de 1954 con los rusos, su hostilidad contra los Estados Unidos por las islas de Quemoy y Matsu y su extremada adhesión (al menos en aquel tiempo) a la creencia en la inevitabilidad de un choque con el capitalismo le hicieron recelar amargamente de la política de *détente* de Kruschev. Pero desde el punto de vista de Moscú, parecía tonto, a finales de los años cincuenta, provocar innecesariamente a los norteamericanos, especialmente cuando éstos tenían una clara ventaja nuclear; también habría sido un error, diplomáticamente, apoyar a China en su conflicto fronterizo de 1959 con la India, que era tan importante para la política tercermundista con Rusia, y habría sido una gran imprudencia, dada la propensión china a la acción independiente, ayudar a su programa nuclear sin tener cierto control sobre él; todo lo cual había sido considerado por Mao como traiciones sucesivas. En

1959, Kruschev había anulado el acuerdo atómico con Pekín y ofrecía a la India préstamos mucho más importantes que los que jamás habían concedido a China. El año siguiente, la «división» se manifestó claramente a los ojos de todos en la Asamblea de Partidos Comunistas mundiales celebrada en Moscú. En 1962-1963, las cosas empeoraron todavía más: Mao había denunciado a los rusos por ceder en la cuestión de Cuba y, después, por firmar el Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares con los Estados Unidos y Gran Bretaña; entonces, los rusos habían retirado toda ayuda a China y a su aliada Albania y aumentado los suministros a la India; y se produjo el primero de los choques fronterizos chino-soviéticos (aunque nunca tan graves como los de 1969). Todavía más significativa fue la noticia de que, en 1964, habían hecho explotar los chinos su primera bomba atómica y estaban trabajando de firme en los sistemas de lanzamiento[152].

Estratégicamente, esta división fue el acontecimiento más importante desde 1945. En septiembre de 1964, Pravda sorprendía a sus lectores con un artículo según el cual no sólo reclamaba Mao los territorios asiáticos que había perdido el Imperio chino en favor de Rusia en el siglo XIX, sino que también denunciaba a la URSS por haberse apropiado de las islas Kuriles, de partes de Polonia, de Prusia Oriental y de una porción de Rumanía. Rusia, en opinión de Mao, tenía que ver reducida su extensión, de acuerdo con las reclamaciones chinas, ¡en un millón y medio de kilómetros cuadrados![153]. Es difícil saber hasta qué punto se había dejado llevar el testarudo líder chino por su propia retórica, pero es indudable que todo esto —junto con los choques fronterizos y la fabricación de armas atómicas chinas— era en extremo alarmante para el Kremlim. Ciertamente, es probable que al menos alguno de los aumentos en las Fuerzas Armadas rusas de los años sesenta se debiese al nuevo peligro percibido en el Este, tanto como a la necesidad de res-

ponder al reforzamiento de la defensa por parte de la administración Kennedy. «El número de divisiones soviéticas desplegadas a lo largo de la frontera china fue aumentado de quince en 1967 a veintiuna en 1969 y a treinta en 1970», habiendo sido provocado este último salto por el grave incidente de la isla de Damansky (o Chenpao) en marzo de 1969. «En 1972, cuarenta y cuatro divisiones soviéticas montaban guardia a lo largo de los 6000 kilómetros de la frontera con China (comparadas con las treinta y una divisiones en Europa oriental), mientras que una cuarta parte de la Fuerza Aérea soviética había sido trasladada del Oeste al Este»[154]. Con China poseyendo ahora la bomba de hidrógeno, hubo indicios de que Moscú consideraba ya un ataque preventivo contra las instalaciones nucleares de Lop Nor, lo cual hizo que los Estados Unidos trazasen sus propios planes de contingencia, ya que pensaban que no podían permitir que Rusia aniquilase a China[155]. Washington había recorrido un gran trecho desde sus reflexiones de 1964 sobre unirse a la URSS en una «acción militar preventiva» para impedir el desarrollo de China como potencia nuclear[156].

Esto no quiere decir que la China de Mao se hubiese erigido como tercera superpotencia de pleno derecho. Económicamente, tenía enormes problemas, exacerbados por la decisión de su líder de iniciar la «Revolución cultural», con todas sus secuelas de discontinuidad y de incertidumbre. Y aunque podía alardear de tener el Ejército más grande del mundo, sus milicias del pueblo era difícil que pudiesen equipararse a las divisiones motorizadas soviéticas. La Marina china era desdeñable en comparación con la creciente flota rusa; su Fuerza Aérea, aunque numerosa, se componía principalmente de aviones viejos, y su sistema de lanzamiento nuclear estaba en mantillas. Sin embargo, a menos que la URSS estuviese dispuesta a correr el riesgo de provocar a los norteamericanos y ofender a la opinión mundial lanzando un ataque nuclear masivo contra China, cual-

quier contienda *a un nivel más bajo* podía producir rápidamente enormes bajas, cosa que los chinos parecían dispuestos a aceptar, pero que repugnaba a los políticos rusos de la era de Breznev. Por consiguiente, no es de extrañar que, al empeorar las relaciones chinorrusas, no sólo mostrase Moscú interés en las conversaciones sobre limitación de armas nucleares, sino que acelerase también el ritmo de un mejoramiento de las relaciones con países tales como la República Federal Alemana, que, bajo Willy Brandt, parecía mucho más dispuesta a la *détente* que en tiempos de Adenauer.

En el terreno político y diplomático, la ruptura chinosoviética era todavía más preocupante para el Kremlin. Aunque el propio Kruschev había estado dispuesto a tolerar «caminos separados hacia el socialismo» (¡siempre que los caminos no fuesen demasiado divergentes!), otra cosa muy distinta era que la URSS fuese abiertamente acusada de haber abandonado los verdaderos principios marxistas; que sus satélites y clientes fuesen animados a sacudirse el «yugo» ruso, y que sus esfuerzos diplomáticos en el Tercer Mundo se viesen complicados por la ayuda y la propaganda rivales de Pekín, tanto más cuanto que el comunismo de Mao, fundado en los campesinos, parecía a menudo más apropiado que el énfasis ruso sobre un proletariado industrial. Esto no quería decir que el Imperio soviético en Europa oriental estuviese en verdadero peligro de seguir la tendencia china, a excepción del excéntrico régimen de Albania[157]. Pero no dejaba de ser enojoso para Moscú ser denunciado por Pekín por sofocar las reformas liberalizadoras checas de 1968 y por sus acciones contra Afganistán en 1979. Además, en el Tercer Mundo, China estaba algo mejor situada para bloquear la influencia rusa: competía con fuerza en Yemen del Norte; sacaba provecho de su trazado de ferrocarril en Tanzania; criticaba a Moscú por no dar suficiente apoyo al Vietminh y al Vietcong contra los Estados Unidos y, al renovar sus rela-

ciones con Japón, advertía a Tokio contra una colaboración demasiado estrecha con los rusos en Siberia. Una vez más, era ésta una lucha desigual: Rusia podía generalmente ofrecer mucho más a los Estados del Tercer Mundo en términos de créditos y de armas modernas, y podía también proyectar su influencia empleando a sustitutos cubanos y libios. Pero, sencillamente, tener que competir con un Estado marxista hermano, además de con los Estados Unidos, era mucho más inquietante que las previsibles rivalidades bipolares de dos décadas atrás.

De todas maneras, la actitud firme e independiente de China hacía que las relaciones diplomáticas fuesen más complicadas y barrocas, especialmente en Asia. Los chinos se habían irritado mucho al buscar Moscú la amistad de la India, y todavía más cuando había enviado pertrechos militares a Nueva Delhi después de los incidentes fronterizos chino-indios; no es, pues, de extrañar que Pekín apoyase a Pakistán en los choques de éste con la India, y que condenase vivamente la invasión rusa de Afganistán. China se apartó aún más al apoyar Moscú la extensión de Vietnam del Norte a finales de los años setenta, al ingresar éste en el Comecon, y al aumentar la presencia naval rusa en los puertos vietnamitas. Cuando Vietnam invadió Camboya en diciembre de 1978, China se enzarzó en una serie de sangrientos y no muy afortunados choques fronterizos con su vecino del Sur; que a su vez era abundantemente provisto de armas rusas. En esta fase, Moscú parecía incluso mirar más favorablemente el régimen de Taiwán, y Pekín apremiaba a los Estados Unidos para que aumentasen sus fuerzas navales en el océano índico y en el Pacífico occidental, para contrarrestar las escuadras rusas. Sólo veinte años después de que China criticase a la URSS por ser demasiado blanda con Occidente, estaba ahora presionando a la OTAN para que aumentase sus defensas y advirtiendo al Japón y al Mercado Común contra todo reforzamiento de los lazos económicos con Rusia[158].

En comparación con esto, las diferencias que se produjeron en el campo occidental desde los primeros contribuyeron a dar la impresión de que los dos bloques se estaban rompiendo. Con los vivos recuerdos de la Segunda Guerra Mundial todavía en la mente, De Gaulle se encolerizaba al ver que los Estados Unidos le trataban menos que como a un igual; le ofendió la política norteamericana durante la crisis de Suez en 1956, por no hablar de la costumbre de Dulles de amenazar con una conflagración nuclear por cuestiones tales como la de Quemoy. Aunque De Gaulle tuvo demasiado quehacer durante varios años después de 1958, al tratar de deshacerse de Argelia, incluso en aquella época criticaba el sometimiento (él lo veía así) de la Europa occidental a los intereses americanos. Como los ingleses una década antes, veía en las armas nucleares la oportunidad de conservar la condición de gran potencia; cuando recibió la noticia de la primera prueba atómica francesa de 1960, el general exclamó: «Hurra por Francia. Desde esta mañana es más fuerte y puede estar más orgullosa»[159]. Resuelto a tener una fuerza disuasoria nuclear totalmente independiente, rechazó airadamente el ofrecimiento de Washington de un sistema de misiles «Polaris» parecido al de Gran Bretaña, debido a las condiciones que ponía la administración Kennedy. Aunque esto suponía que el programa de armas nucleares de Francia consumiría una proporción mucho más grande del presupuesto total de defensa (tal vez el 30%) que en cualquier otro país, De Gaulle y sus sucesores creyeron que valía la pena pagar el precio. Al mismo tiempo, empezó a sacar a Francia de la estructura militar de la OTAN, expulsando de París al cuartel general de aquella organización, en 1966, y cerrando todas las bases norteamericanas en suelo francés. Paralelamente a esto, trató de mejorar las relaciones de Francia con Moscú —donde sus acciones fueron calurosamente aplaudidas— y proclamó incesantemente la necesidad de que Europa se valiese por sí sola[160].

Las acciones espectaculares de De Gaulle no se apoyaron simplemente en la retórica y el orgullo cultural galos. Impulsada por la ayuda del plan Marshall y otras concesiones norteamericanas, y beneficiándose de la recuperación económica general de Europa a finales de los años cuarenta, la economía francesa había crecido rápidamente durante casi dos décadas[161]. Las guerras coloniales de Indochina (1950-1954) y Argelia (1956-1962) absorbieron recursos franceses durante un tiempo, pero no irremediablemente. Habiendo conseguido condiciones muy favorables para sus intereses nacionales cuando se constituyó la Comunidad Económica Europea en 1957, Francia pudo beneficiarse de este más amplio mercado mientras reestructuraba su propia agricultura y modernizaba su industria. Aunque crítico con Washington y evitando firmemente la entrada de los ingleses en la CEE, De Gaulle efectuó una dramática reconciliación con la Alemania de Adenauer en 1963. Y durante todo el tiempo, no paró de hablar de la necesidad de que Europa se mantuviese por sí sola, se librase del dominio de la superpotencia, recordase su glorioso pasado y colaborase —naturalmente, con Francia mostrando el camino— en la persecución de un igualmente glorioso destino[162]. Eran unas palabras muy impetuosas, pero provocaron una respuesta en ambos lados del Telón de Acero, y gustaron a muchos a quienes disgustaban las culturas políticas rusas y norteamericanas, por no hablar de sus respectivas políticas exteriores.

Sin embargo, en 1968 la carrera política del propio De Gaulle había sido socavada por la revuelta de los estudiantes y los trabajadores. Las tensiones causadas por la modernización y el volumen todavía relativamente modesto de la economía francesa (3,5% de la producción manufacturera mundial en 1963) [163] significaban que el país no era, simplemente, lo bastante fuerte para representar el papel influyente que había pretendido el general, y, a pesar de las condiciones especiales que ofre-

ció a los alemanes federales, éstos no se atrevieron a romper sus fuertes lazos con los Estados Unidos, de los que sabían los políticos de Bonn que tenían que depender como último recurso. Además, el implacable aplastamiento por Rusia de las reformas checas en 1968 mostró que la superpotencia del Este no tenía intención de dejar que los países de su esfera desarrollasen políticas propias, y menos que formasen parte de una confederación europea dirigida por Francia. Sin embargo, con toda su arrogancia, De Gaulle había simbolizado y acelerado tendencias que no podían ser detenidas. A pesar de su debilidad militar en comparación con las de los Estados Unidos y la URSS, las Fuerzas Armadas de los Estados europeos occidentales eran mucho más numerosas y poderosas, relativamente hablando, de lo que habían sido en los años que siguieron a 1945; dos de ellas tenían armas nucleares y estaban desarrollando sistemas propulsores. Económicamente, como se comentará con más detalle más adelante, la «recuperación de Europa» había sido un éxito. Más aún, a pesar de la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968, la era de la guerra fría, con la división de Europa en bloques herméticamente sellados, se estaba debilitando. La espectacular política de Willy Brandt de reconciliación con Rusia, con Polonia y Checoslovaquia y, especialmente, con el (al principio muy reacio) régimen de Alemania del Este entre 1969 y 1973, principalmente sobre la base de aceptar como permanentes las fronteras de 1945, inauguró un período de contactos florecientes entre el Este y Occidente. Inversiones y tecnología occidentales cruzaron el Telón de Acero, y a esta «détente económica» siguieron intercambios culturales, los Acuerdos de Helsinki (de 1975) sobre derechos humanos, y esfuerzos para evitar futuros malentendidos militares y lograr reducciones mutuas de fuerzas. Todo esto fue bendecido por las superpotencias, por sus propias buenas razones y con algunas reservas inevitables (en especial por parte soviética). Pero tal vez el he-

cho más significativo había sido las persistentes presiones por los propios europeos para efectuar el rapprochement; por consiguiente, incluso aunque se enfriasen las relaciones entre Moscú y Washington en el futuro, sería sumamente difícil que la URSS o los Estados Unidos interrumpiesen este proceso[164].

De los dos, los norteamericanos estaban en posición mucho mejor que los rusos para ajustarse al nuevo medio pluralista internacional. Por muy duras que hubiesen sido las actitudes antiamericanas de De Gaulle, estaban muy lejos de tener la gravedad de los choques fronterizos chinosoviéticos, de la eliminación del comercio bilateral, de las invectivas ideológicas y de las luchas diplomáticas en todo el globo que, en 1969, hicieron que algunos observadores considerasen inevitable una guerra rusochina[165]. Por mucho que molestasen a las administraciones norteamericanas las acciones de Francia, no era probable que redesplegasen sus fuerzas armadas a causa de tales querellas. En todo caso, la OTAN todavía había podido retener sus derechos de vuelo sobre Francia y el oleoducto que cruzaba ésta, y París mantenía sus especiales convenios de defensa con Alemania Federal, de manera que sus tropas también estarían disponibles si las fuerzas del pacto de Varsovia atacaban hacia el Oeste. Por último, había existido un axioma fundamental de la política norteamericana después de 1945, según el cual una Europa fuerte e independiente (es decir, independiente del dominio ruso) convenía a los intereses a largo plazo dé los Estados Unidos y contribuiría a reducir sus gastos de defensa, aun admitiendo que una Europa de este tipo podía ser también un competidor económico y tal vez diplomático. Por esta razón había fomentado Washington todos los movimientos de integración europea y estaba apremiando a Gran Bretaña para que ingresase en la CEE. En cambio, Rusia podía empezar no sólo a sentirse militarmente insegura si surgía una poderosa confederación europea en el Oeste, sino también a inquietarse por la

atracción magnética que un cuerpo semejante ejercería sobre los rumanos, los polacos y otros pueblos satélites. Una política de *détente* selectiva y de colaboración económica de Moscú con la Europa occidental podía ser conveniente a Rusia, en parte porque le traería beneficios tecnológicos y comerciales, en parte porque podía alejar más a los europeos de los norteamericanos, y en último lugar a causa del desafío de China en el frente asiático. Sin embargo, a largo plazo, una Europa resurgida y próspera, que hiciese sombra a la URSS en todos los aspectos, excepto en el militar (y tal vez también en este sector se haría fuerte), difícilmente podía interesar demasiado a Rusia[166].

Pero si, visto retrospectivamente, los Estados Unidos estaban mejor colocados para ajustarse a las formas cambiantes del poder mundial, esto no se evidenció hasta muchos años después de 1960. En primer lugar, existía una aversión crónica al «comunismo asiático», con la China de Mao sustituyendo a la Rusia de Kruschev como fomentadora de la revolución mundial a los ojos de muchos norteamericanos. La guerra de fronteras de 1962, de China con la India, país al que cortejaban tanto Washington como Moscú, confirmó la imagen agresiva derivada de los choques sobre Quemoy y Matsu, y la *détente* entre los Estados Unidos y China era difícilmente concebible en los primeros años sesenta, cuando la máquina de propaganda de Mao denunciaba a los rusos por haberse echado atrás en Cuba y por firmar el tratado de limitada prohibición de pruebas nucleares con Occidente. Por último, entre 1965 y 1968, China estaba en las convulsiones de la Revolución cultural de Mao, que hacía que el país pareciese crónicamente inestable, así como todavía más abominable para las administraciones de Washington. Nada de esto apuntaba hacia «una situación en la que fuesen probables muchos progresos en la mejora de las relaciones con los Estados Unidos»[167].

Desde luego, y por encima de todo, los Estados Unidos se hallaban en estos años cada vez más convulsos por los problemas derivados de la guerra en Vietnam. Los vietnamitas del Norte, y el Vietcong en el Sur, aparecían a los ojos de la mayoría de los norteamericanos como nuevas manifestaciones del progresivo comunismo asiático, que había de ser contenido por la fuerza antes de que causara daños mayores, y como estas fuerzas revolucionarias estaban siendo animadas y aprovisionadas por China y Rusia, estas dos últimas potencias (pero tal vez especialmente el régimen sumamente crítico de Pekín) sólo podían considerarse como parte de una coalición marxista hostil al «mundo libre». Ciertamente mientras la administración Johnson aumentaba sus propias fuerzas en Vietnam, los que tomaban las decisiones en Washington se preguntaban con frecuencia hasta dónde podían llegar sin provocar una intervención china parecida a la que se había producido en la guerra de Corea[168]. Desde el punto de vista del Gobierno chino, debió ser objeto de serio debate, a lo largo de los años sesenta, la cuestión de si el creciente conflicto con los soviéticos en el Norte era tan amenazador como la escalada de las operaciones militares y aéreas de los norteamericanos en el Sur. Sin embargo, aunque su propia relación con los étnicamente diferentes vietnamitas había sido tradicionalmente de rivalidad, y China recelaba profundamente de la cantidad de armas que Rusia proporcionaba a Hanoi, estas tensiones eran invisibles para la mayoría de los ojos occidentales durante el período de las administraciones Kennedy y Johnson.

En muchos aspectos, tanto simbólicos como prácticos, sería difícil exagerar los impactos de la prolongada campaña norteamericana en Vietnam y en otras partes del Sudeste asiático sobre el sistema de poder internacional, o sobre la psique nacional del propio pueblo norteamericano, la mayoría de cuyas percepciones del papel de su país en el mundo seguían fuertemen-

te influidas por aquel conflicto, aunque de diferentes maneras. El hecho de que ésta era una guerra emprendida por una «sociedad abierta», tanto más abierta debido a revelaciones como los Documentos del Pentágono y los reportajes diarios de la Televisión y la Prensa sobre la carnicería y la aparente inutilidad de la empresa; de que era la primera guerra que los Estados Unidos habían perdido inequívocamente, haciendo olvidar las victoriosas experiencias de la Segunda Guerra Mundial y destruyendo toda una serie de reputaciones, desde la de generales de cuatro estrellas hasta las de «los mejores y más brillantes» intelectuales; de que coincidiese con, y en gran medida contribuyese al cuarteamiento del consenso de la sociedad norteamericana en los objetivos y prioridades de la nación, y fuese acompañado de inflación, de protestas estudiantiles sin precedentes y de disturbios en las ciudades, seguidos de la crisis de Watergate que desacreditó durante un tiempo a la propia presidencia; de que muchos creyesen que era una amarga e irónica contradicción de todo lo que habían enseñado los Padres Fundadores y que hacía que los Estados Unidos fuesen impopulares en la mayor parte del globo y, por último, de que el trato vergonzoso y descuidado dado a los soldados que volvían de Vietnam provocaría su propia reacción una década más tarde y aseguraría que el recuerdo de aquel conflicto seguiría pesando en la conciencia pública, en Memorias de guerra, libros, documentales de televisión y tragedias personales; todo esto significó que la guerra de Vietnam, aunque produciendo muchas menos bajas, impresionase al pueblo norteamericano de manera parecida a como había impresionado a los europeos la Primera Guerra Mundial. Los efectos fueron vistos, sobre todo, a niveles *personales* y psicológicos; más ampliamente fueron interpretados como una crisis en la civilización norteamericana y en sus estructuras constitucionales. Como tales, continuarían te-

niendo una significación completamente independiente de las dimensiones estratégicas y de gran potencia de este conflicto.

Pero los últimos aspectos son los más importantes para nuestro estudio y requieren aquí mayor consideración. En primer lugar, este conflicto proporcionó un útil y calmante recordatorio de que la gran superioridad en armas y en productividad económica no siempre se traduce automáticamente en *efectividad* militar. Esto no contradice la tesis del presente libro, que ha recalcado la importancia de la economía y de la tecnología en guerras a gran escala y largas (y generalmente de coalición) entre las grandes potencias, cuando cada combatiente busca con igual empeño la victoria. Económicamente, los Estados Unidos podían ser cincuenta veces más productivos que Vietnam del Norte; militarmente, poseían el poder para (como aconsejaron algunos halcones) bombardear al enemigo hasta hacerle volver a la Edad de piedra; ciertamente, con sus armas nucleares, tenía capacidad para arrasar todo el Sudeste asiático. Pero ésta no era una guerra en que tales superioridades pudiesen tener plena eficacia. El miedo a la opinión doméstica y a la reacción mundial impidió el uso de armas atómicas contra un enemigo que nunca podría ser una amenaza vital para los Estados Unidos. La preocupación por el rechazo del pueblo norteamericano a sufrir copiosas bajas en un conflicto cuyas legitimidad y eficacia eran crecientemente puestas en tela de juicio había reducido de manera parecida el empleo por la administración de los métodos de guerra convencionales; se establecieron restricciones en los bombardeos; no se podía ocupar la Ruta Ho Chi Minh a través del Laos neutral; no se podían capturar los barcos rusos que llevaban armas al puerto de Haifong. Era importante no provocar a los dos más grandes Estados comunistas a que entrasen en la guerra. Esto reducía esencialmente la lucha a una serie de encuentros en pequeña escala en selvas y arrozales, terrenos que anulaban las ventajas del poder de fue-

go norteamericano y la movilidad de las tropas transportadas en helicóptero y, en cambio, favorecía las técnicas de guerra en la selva y la cohesión de las unidades, cosa que era menos problemática para las fuerzas curtidas que para los contingentes de reclutas que se enviaban con rapidez. Aunque Johnson siguió las directrices de Kennedy enviando más y más tropas a Vietnam (llegaron a 542 000 soldados en 1969), nunca eran bastantes para satisfacer las peticiones del general Westmoreland; aferrándose a la opinión de que constituía aún un conflicto limitado, el Gobierno se negaba a movilizar las reservas o a poner la economía en pie de guerra[169].

Las dificultades de combatir en términos desventajosos para la verdadera fuerza militar de los Estados Unidos reflejaban un problema político más grande: la discrepancia entre los medios y los fines (como habría dicho Clausewitz). Los norvietnamitas y el Vietcong luchaban por algo en lo que creían firmemente, y los que no creían en ello estaban sin duda sometidos a la disciplina de un régimen totalitario y apasionadamente nacionalista. En contraste de ello, el sistema de gobierno survietnamita aparecía corrompido, impopular y, en una clara minoría, rechazado por los monjes budistas y sin el apoyo de unos campesinos asustados, explotados y cansados de la guerra; las unidades indígenas fieles al régimen, y que a menudo luchaban bien, no eran suficientes para compensar aquella corrosión interna. Cuanto más se intensificaba la guerra, más eran los norteamericanos que discutían la eficacia de luchar por el régimen de Saigón y se preocupaban por la manera en que todo esto corrompía a las propias Fuerzas Armadas norteamericanas, con la decadencia de la moral, el auge del cinismo, la indisciplina, el consumo de drogas y la prostitución, el aumentó de las burlas raciales contra los *gooks* y las atrocidades en el campo de batalla, por no hablar de la corrosión de la propia moneda de los Estados Unidos o de su más grande posición estratégica. Ho

Chi Min había declarado que sus fuerzas estaban dispuestas a perder hombres a razón de diez a uno, cosa que a menudo hicieron cuando fueron lo bastante temerarios para salir de la selva y atacar las ciudades, como en la ofensiva Tet de 1968; pero, añadió, seguirían luchando a pesar de aquellas pérdidas. Esta fuerza de voluntad no se manifestaba en Vietnam del Sur, ni estaba dispuesta la propia sociedad norteamericana, cada vez más trastornada por las contradicciones de la guerra, a sacrificarlo todo por la victoria. Aunque este último sentimiento era muy comprensible, dado lo que estaba en juego por cada bando, lo cierto fue que resultaba imposible que una democracia abierta lograse el triunfo en una guerra llevada con tan poco entusiasmo. Ésta era la contradicción fundamental, que ni los análisis de sistemas de Namara ni los bombarderos «B-52» con base en Guam podían alterar[170].

Más de una década después de la caída de Saigón (abril de 1975), y con libros sobre todos los aspectos de aquel conflicto brotando todavía a raudales de las prensas, aún resulta difícil saber claramente cómo pudo afectar a la posición de los Estados Unidos en el mundo. Visto desde una perspectiva más larga, digamos desde el año 2000 o 2020, tal vez parecerá que produjo un *shock* saludable a la soberbia mundial norteamericana (o a lo que el senador Fulbright llamó «la arrogancia del poder»), obligando al país a pensar más profundamente en sus prioridades políticas y estratégicas y readaptarse más sensatamente a un mundo ya muy cambiado desde 1945; dicho en otras palabras, un *shock* parecido al recibido por los rusos en la guerra de Crimea o por los británicos en la Guerra de los Bóers, que produjeron, a su vez, reformas y reajustes beneficiosos.

Sin embargo, en su tiempo, los efectos a corto plazo de la guerra sólo podían ser deletéreos. El gran aumento de gastos para la contienda, precisamente en una época en que los gastos

domésticos sobre la «Gran Sociedad» de Johnson estaban también subiendo, afectó gravemente a la economía norteamericana de las maneras que serán examinadas más adelante (págs. 677-679). Además, mientras los Estados Unidos vertían dinero en Vietnam, la URSS dedicaba sumas todavía más grandes a sus fuerzas nucleares —hasta el punto de lograr una aproximada paridad estratégica— y a su Marina, que en aquellos años surgió como una fuerza muy grande en la diplomacia mundial de las cañoneras, y este creciente desequilibrio fue empeorado por la actitud del electorado norteamericano contra los gastos militares durante la mayor parte de los años setenta. En 1978, «los gastos de seguridad nacional» fueron solamente el 5% del PNB, menos de lo que habían sido durante treinta años[171]. La moral en los servicios armados cayó en picado, a consecuencia tanto de la propia guerra como de las secuelas de la posguerra. Las reorganizaciones en la CIA y otras agencias, aunque necesarias para cortar abusos, redujeron indudablemente su efectividad. La concentración norteamericana sobre Vietnam inquietó incluso a aliados simpatizantes; sus métodos de lucha en apoyo de un régimen corrupto desagradaron a la opinión pública, tanto en la Europa occidental como en el Tercer Mundo, y fueron factor importante en lo que algunos escritores han llamado «alejamiento» norteamericano de gran parte del resto del planeta[172]. Condujeron a desviar la atención norteamericana de América Latina y a una tendencia a sustituir la esperada «Alianza para el Progreso» de Kennedy por la ayuda militar a regímenes antidemocráticos y a acciones contrarrevolucionarias (como la intervención de 1965 en la República Dominicana). El —inevitable— debate abierto de después de la guerra de Vietnam sobre las regiones del Globo por las que lucharían o no lucharían en el futuro los Estados Unidos inquietó a sus aliados, animó sin duda a sus enemigos e hizo que neutrales vacilantes considerasen la conveniencia de integrarse en el otro

bando. En los debates de las Naciones Unidas, el delegado norteamericano pareció cada vez más asediado y aislado. Las cosas habían cambiado mucho desde la afirmación de Hemy Luce de que los Estados Unidos serían el hermano mayor de las naciones en la hermandad de los hombres[173].

La otra consecuencia de la guerra de Vietnam en la política de poder fue que oscureció, tal vez durante una década, el reconocimiento por Washington de la importancia del conflicto chinosoviético, perdiendo así la oportunidad de crear una política para aprovecharse de él. Por esto fue más chocante que este descuido fuese tan rápidamente reparado después de la subida a la presidencia de un acérrimo enemigo del comunismo, Richard Nixon, en enero de 1969. Pero Nixon poseía, para emplear la frase del profesor Gaddis, una «combinación única de rigidez ideológica y pragmatismo político»[174], y esto último se puso especialmente de manifiesto en sus tratos con las grandes potencias extranjeras. A pesar de la aversión de Nixon a los radicales domésticos y de su animosidad, digamos, contra el Chile de Allende por su política socialista, el Presidente proclamaba estar al margen de la ideología cuando se trataba de diplomacia mundial. Para él, no había una gran contradicción entre ordenar un aumento masivo de los bombardeos sobre Vietnam del Norte en 1972 —para obligar a Hanoi a acercarse más a la posición negociadora norteamericana para la retirada del Sur— y viajar a China para enterrar el hacha con Mao Tsé-tung el mismo año. Incluso más significativa fue su elección de Henry Kissinger como consejero de seguridad nacional (y más tarde secretario de Estado). El enfoque por Kissinger de los asuntos mundiales era historicista y relativista: los acontecimientos tenían que verse en su contexto más amplio y relacionarse los unos con los otros; las grandes potencias debían ser juzgadas por lo que hiciesen, no por su ideología doméstica; la búsqueda de una seguridad absoluta era una utopía, ya que esto haría que

todos los demás estuviesen absolutamente inseguros; todo lo que se podía esperar conseguir era una seguridad relativa, fundada en un equilibrio razonable de fuerzas en los asuntos mundiales, un reconocimiento maduro de que el escenario mundial no sería nunca por completo armónico, y una predisposición a negociar. Como los estadistas sobre los que había escrito (Metternich, Castlereagh, Bismarck), Kissinger creía que, «el principio de la sabiduría, tanto en los asuntos humanos como en los internacionales, estaba en saber cuándo pararse»[175]— Sus aforismos eran palmerstonianos («No tenemos enemigos permanentes») y bismarkianos («La hostilidad entre China y la Unión Soviética servía mejor a nuestros fines si manteníamos, con cada una de ellas, relaciones más íntimas que las que ellas mantenían entre sí»)[176], y en nada se parecía a la diplomacia norteamericana desde Kennan. Pero Kissinger tenía oportunidad de dirigir la política mayor que la que poseían sus camaradas admiradores de los estadistas europeos del siglo XIX.[177]

Por último, Kissinger reconocía las limitaciones del poder americano, no sólo en el sentido de que los Estados Unidos no podían permitirse una guerra prolongada en las selvas del Sudeste asiático y mantener sus otros y más vitales intereses, sino también porque tanto él como Nixon percibían que los equilibrios mundiales estaban cambiando y que nuevas fuerzas socavaban el hasta ahora indiscutido dominio de las dos superpotencias. Estas últimas estaban todavía muy en cabeza en términos de poder estrictamente militar, pero, en otros aspectos, el mundo se había convertido en más multipolar: «En términos económicos —observó en 1973—, hay al menos cinco agrupaciones importantes. Políticamente, han surgido muchos más centros de influencia…» Recordando (y corrigiendo) a Kennan, identificaba cinco importantes regiones, los Estados Unidos, la URSS, China, Japón y Europa occidental y, a diferencia de muchos en Washington y (tal vez) de todos en Moscú, saludaba de

buen grado este cambio. Un *concierto* de poderes importantes, que se equilibraran entre sí y sin que ninguno dominase a los otros, sería «un mundo más seguro y mejor» que una situación bipolar en la que «una ganancia por un bando parece una pérdida absoluta para el otro»[178], Confiando en su propia habilidad para defender los intereses norteamericanos en semejante mundo pluralista, Kissinger preconizaba una fundamental reforma de la diplomacia norteamericana en el mas amplio sentido de la palabra.

La revolución diplomática causada por el *approchement* chinonorteamericano después de 1971 surtió un profundo efecto en la «correlación mundial de fuerzas». Aunque pillado por sorpresa por la maniobra norteamericana, Japón sintió que al fin era capaz de establecer relaciones con la República Popular China, infundiendo así un mayor impulso a su floreciente comercio asiático. Parecía que la guerra fría había terminado en Asia, o tal vez sería mejor decir que se había hecho más complicada: Pakistán, que había sido un canal diplomático para mensajes secretos entre Washington y Pekín, recibió el apoyo de estas dos potencias durante su conflicto con la India en 1971; Moscú, como era de prever, prestó fuerte apoyo a Nueva Delhi. También en Europa se había alterado el equilibrio. Alarmado por la hostilidad de China y sorprendido por la diplomacia de Kissinger, el Kremlin consideró prudente concluir el tratado SALT II y fomentar otros varios intentos de mejorar las relaciones a través del Telón de Acero. También se echó atrás cuando, después de su tenso enfrentamiento con los Estados Unidos en los días de la guerra árabe israelí, empezó Kissinger su «diplomacia de lanzadera» para reconciliar Egipto e Israel, apartando efectivamente a Rusia de cualquier papel significativo.

Es difícil saber cuánto tiempo habría continuado Kissinger con su juego estilo Bismarck, si el escándalo del Watergate no hubiese echado a Nixon de la Casa Blanca en 1974, con la se-

cuela de que muchos norteamericanos recelasen aún más de su Gobierno. Lo cierto es que el secretario de Estado continuó en su puesto durante el mandato de Ford, pero con cada vez menos libertad de maniobra. El presupuesto de defensa fue frecuentemente recortado por el Congreso. Toda ulterior ayuda a Vietnam del Sur, Camboya y Laos fue prohibida en febrero de 1975, pocos meses antes de que estos Estados fuesen invadidos. La ley de poderes de guerra redujo fuertemente la capacidad del presidente de enviar tropas a ultramar. Las intervenciones soviético-cubanas en Angola no pudieron ser contrarrestadas, por acuerdo del Congreso, con el envío de fondos de la CIA y armas a las facciones prooccidentales. Con la derecha republicana cada vez más inactiva ante esta decadencia del poder norteamericano en el exterior, y culpando a Kissinger de ceder intereses nacionales (el canal de Panamá) y viejos amigos (Taiwán), la posición del secretario de Estado empezó a desmoronarse incluso antes de que Ford fuese barrido del poder en las elecciones de 1976.

Con los Estados Unidos debatiéndose en graves problemas económicos a lo largo de los años setenta, y con los diferentes partidos políticos tratando de adaptarse a su reducida posición internacional, era tal vez inevitable que su política extranjera fuese más inconstante de lo que había sido en tiempos más tranquilos. Sin embargo, habría en los años siguientes «oscilaciones» políticas notables en muchos aspectos. Imbuido de las más acreditadas creencias gladstonianas y wilsonianas sobre la necesidad de crear un orden mundial más «justo», Carter entró alegremente en un sistema internacional en el que otros muchos actores (particularmente en los «lugares revueltos» del mundo) no tenían intención de orientar su política de acuerdo con principios judeocristianos. Dados el descontento del Tercer Mundo y el abismo económico entre naciones ricas y pobres, exacerbado por la crisis del petróleo de 1973, hubo pru-

dencia y magnanimidad en su impulso para una colaboración Norte-Sur, así como sentido común en los términos del renegociado tratado del canal de Panamá y en su negativa de identificar con el marxismo todo movimiento reformista latinoamericano. Carter ganó también justa fama por «mediar» en el acuerdo de Camp David de 1978 entre Egipto e Israel, aunque no debió sorprenderse mucho de la crítica reacción de las otras naciones árabes, que a su vez daría oportunidad a Rusia de fortalecer sus lazos con los Estados más radicales del Oriente Medio. Pero, a pesar de todas sus buenas intenciones, el Gobierno Carter se estrelló contra las rocas de un mundo complejo, que parecía cada vez más reacio a seguir los consejos norteamericanos, y contra sus propias inconsecuencias políticas (causadas a menudo por disputas dentro de la propia administración)[179]. Regímenes autoritarios derechistas eran censurados y combatidos en todo el mundo por sus violaciones de los derechos humanos; sin embargo, Washington continuó apoyando al presidente Mobutu del Zaire, al rey Hassán de Marruecos y al *sha* del Irán…, al menos hasta el destronamiento de éste en 1979, que condujo a la crisis de los rehenes y al fracasado intento de rescatarlos[180]. En otras partes del Globo, desde Nicaragua hasta Angola, la administración encontró difícil descubrir fuerzas democrático liberales que mereciesen su apoyo, pero vaciló en comprometerse contra los revolucionarios marxistas. Carter esperaba también mantener bajos los gastos de defensa y pareció asombrarse de que la *détente* con la URSS no hubiese frenado los gastos en armamentos de este país ni sus acciones en el Tercer Mundo. Cuando las tropas rusas invadieron Afganistán a finales de 1979, Washington, que había entonces lanzado un programa de defensa a gran escala, se retiró del tratado SALT II, canceló las ventas de cereales a Moscú y empezó a seguir —especialmente en las famosas visitas de Brzezinski a

China y Afganistán— una política de «equilibrio de poder» que el Presidente había condenado sólo cuatro años antes[181].

Si la administración Carter había iniciado su mandato con una serie de recetas sencillas para un mundo complejo, las de su sucesor en 1980 no fueron menos sencillas, pero sí drásticamente diferentes. Presa de una reacción emocional contra todo lo que había «marchado mal» para los Estados Unidos en las dos décadas anteriores, impulsado por un triunfo electoral aplastante, en el que influyó no poco la humillación sufrida en Irán, y con una visión ideológica del mundo que a veces parecía francamente maniquea, el Gobierno Reagan estaba resuelto a conducir la nave del Estado por rumbos completamente nuevos. Se acabaría la *détente*, ya que sólo proporcionaba una máscara para el expansionismo ruso. Se aumentaría la producción de armas, en todas direcciones. Los derechos humanos se borraron del orden del día; los «Gobiernos autoritarios» eran vistos con buenos ojos. Sorprendentemente, incluso la «carta china» era sospechosa, debido al apoyo de la derecha republicana a Taiwán. Como podía esperarse, muchas de estas ingenuidades naufragaron también en las complejas realidades del mundo exterior, por no hablar de la resistencia de un Congreso y de un público que apreciaban el patriotismo sencillo de su Presidente pero sospechaban de su política de guerra fría. Las intervenciones en América Latina, o en cualquier lugar con selvas que recordasen las de Vietnam, eran constantemente bloqueadas. La escalada en la carrera de armas nucleares produjo gran inquietud y presiones para que continuasen las conversaciones sobre limitación de armamentos, sobre todo cuando los partidarios de la administración decían que «prevalecerían» en un enfrentamiento nuclear con la Unión Soviética. Se derrumbaron regímenes autoritarios de los trópicos, con frecuencia más impopulares por su relación con el Gobierno norteamericano. Los europeos se asombraban ante una lógica que les prohibía com-

prar gas natural a la URSS, pero permitía a los agricultores norteamericanos vender cereales a aquel país. En Oriente Medio, la incapacidad de la administración Reagan para ejercer presión sobre el Israel de Begin contradecía su estrategia de integrar al mundo árabe en un frente contra Rusia. En las Naciones Unidas, los Estados Unidos parecían más aislados que nunca; en 1984, se habían retirado de la UNESCO, situación que habría sorprendido a Franklin Roosevelt. Más que doblando el presupuesto de defensa en cinco años, los Estados Unidos iban a poseer un armamento mucho mayor que en 1980; pero cada vez se dudaba más de que el Pentágono sacase buen provecho de sus excesos, así como de que pudiese controlar las rivalidades entre sus servicios[182]. La invasión de Granada, pregonada como un gran éxito, estuvo, en varios aspectos *operacionales*, alarmantemente cerca de una farsa de Gilbert y Sullivan. Por fin, y no menos importante, incluso los observadores simpatizantes se preguntaban si esta administración podría desarrollar una estrategia coherente cuando tantos de sus miembros disputaban entre sí (incluso después del cese de Haig como secretario de Estado), cuando su jefe parecía prestar poca atención a cuestiones críticas y cuando (con raras excepciones) miraba al mundo exterior a través de unas gafas tan etnocéntricas[183].

Volveremos a muchas de estas cuestiones en el último capítulo. La razón de anotar aquí, *conjuntamente, los* diversos problemas de las administraciones Carter y Reagan es que, tomadas en su conjunto, distrajeron la atención de poder mundial y, en particular, el paso de un mundo bipolar a otro multipolar que Kissinger había detectado mucho tiempo atrás y empezado a ajustarse a él. (Como veremos más adelante, la aparición de tres centros adicionales de poder político y económico —Europa occidental, China y Japón— no significó que no estuviesen libres de problemas; pero esto no interesa aquí.) Más importante aún, la concentración norteamericana en los problemas que

surgían en Nicaragua, Irán, Angola, etcétera, tendía todavía a oscurecer el hecho de que el país más afectado por las transformaciones que se estaban produciendo en la política mundial, durante los años setenta, era probablemente la propia URSS, consideración que merece un breve comentario antes de terminar este capítulo.

Era indudable que la URSS había aumentado su fuerza militar en aquellos años. Sin embargo, como observa el profesor Ulam, esto, debido a otros sucesos, sólo significaba que

> los gobernantes de la Unión Soviética estaban en condiciones de apreciar el incómodo descubrimiento hecho por muchos norteamericanos en los años cuarenta y cincuenta: el poder acrecentado no da automáticamente mayor seguridad a un Estado, especialmente en la era nuclear. Desde casi todos los puntos de vista, económica y militarmente, en términos absolutos y relativos, la URSS bajo Breznev era mucho más poderosa de lo que había sido bajo Stalin. Y sin embargo, junto con esta fuerza tan incrementada, se produjeron nuevos acontecimientos internacionales y compromisos extranjeros que hicieron al Estado soviético más vulnerable al peligro exterior y a la turbulencia de la política mundial de lo que había sido, digamos, en 1952[184].

Además, incluso en los últimos años de la administración Carter, los Estados Unidos habían reanudado un aumento en su defensa que —continuado a toda marcha por el siguiente Gobierno Reagan— amenazaba con restablecer la superioridad militar de los Estados Unidos en armas nucleares estratégicas, aumentar la supremacía marítima estadounidense y cargar todavía más que antes el acento sobre la tecnología avanzada. La irritada respuesta soviética de que ellos no se dejarían superar en gastos ni en cañones, no pudo disimular el hecho terrible de que esto ejercería mayor presión sobre una economía que había

menguado significativamente (véanse más adelante págs. 670-675) y no estaba en condiciones de emprender una carrera de alta tecnología[185]. A finales de los años setenta, se hallaba en la engorrosa situación de tener que importar grandes cantidades de *cereales* extranjeros, por no hablar de tecnología. Su imperio satélite de Europa oriental le era, aparte de los cuadros selectos del partido comunista, cada vez más desafecto; los descontentos de Polonia, en particular, planteaban un terrible problema, y una repetición de la invasión de Checoslovaquia de 1968 parecía prometer muy poco alivio. En el lejano Sur, la amenaza de perder su Estado tapón afgano en favor de influencias extranjeras (probablemente de China) provocó el golpe de Estado de 1979, que no sólo resultó ser un tremedal militar, sino que tuvo también un impacto desastroso sobre el prestigio de la Unión Soviética en el extranjero[186]. Las acciones rusas en Checoslovaquia, Polonia y Afganistán habían reducido mucho su atractivo como «modelo» para otros, fuese en Europa occidental o en África. El fundamentalismo islámico en Oriente Medio era un fenómeno inquietante que amenazaba (como en Irán) con volverse contra los comunistas locales, lo mismo que contra los grupos pronorteamericanos. Por encima de todo, estaba la implacable hostilidad china, que, gracias a las complicaciones de Afganistán y de Vietnam, parecía ser, a finales de los años setenta, más marcada de lo que había sido al principio de la década[187]. Si una de las dos superpotencias había «perdido China», ésta había sido Rusia. Por último, el etnocentrismo y los mezquinos recelos de sus viejos dirigentes y la obstrucción de las elites domésticas, la *nomenklatura,* a reformas importantes, harían probablemente que le fuese aún más difícil que a los Estados Unidos adaptarse con éxito a los nuevos equilibrios mundiales.

Todo esto hubiese debido servir de algún consuelo a Washington y de guía para una visión más relajada y refinada de los

problemas de política exterior, incluso cuando éstos fuesen inesperados y desagradables. Cierto que, en algunas cuestiones, como la modificación del anterior apoyo a Taiwán, la administración Reagan se hizo más pragmática y conciliadora. Sin embargo, el lenguaje de la campaña electoral de 1979-1980 era difícil de borrar, tal vez porque no había sido mera retórica, sino una visión fundamentalista del orden mundial y del lugar que los Estados Unidos estaban destinados a ocupar en él. Como había ocurrido tan a menudo en el pasado, estos sentimientos siempre hacían difícil a un país tratar los asuntos exteriores tal como realmente eran y no como pensaba que debían ser.

LOS EQUILIBRIOS ECONÓMICOS CAMBIANTES: 1950 A 1980

En julio de 1971, Richard Nixon repitió a un grupo de ejecutivos de los medios de difusión en Kansas City que existían ahora cinco grupos de poder económico mundial: Europa occidental, Japón y China, además de la URSS y los Estados Unidos. «Estos son los cinco que determinarán el futuro económico y, *como el poder económico será la llave de otras clases de poder*, el futuro del mundo en otros aspectos en el último tercio de este siglo»[188]. Presumiendo que sea válida la observación presidencial sobre la importancia del poder económico, es necesario tener una visión más profunda de las transformaciones que se estuvieron produciendo en la economía mundial desde los primeros años de la guerra fría; pues, aunque el comercio y la prosperidad internacionales estuvieron sometidos a algunas turbulencias desacostumbradas (especialmente en los años se-

tenta), pueden detectarse ciertas tendencias básicas a largo plazo que parecían tener que dar forma a la política mundial en un futuro previsible.

Como en todos los anteriores períodos tratados en este libro, no puede haber exactitud en las estadísticas económicas comparativas aquí empleadas. En todo caso, el aumento en el número de estadísticos profesionales empleados por los Gobiernos y por las organizaciones internacionales, y el desarrollo de técnicas mucho más complicadas desde los días del *Diccionario de Estadística* de Mulhall, tendieron a demostrar lo difícil que es la tarea de hacer comparaciones adecuadas. La renuencia de las sociedades «cerradas» a publicar sus cifras, las diferentes maneras nacionales de medir la renta y el producto, y los cambios fluctuantes (especialmente después de las decisiones de abandonar el patrón oro y adoptar cambios flotantes, después de 1971) se combinaron para hacer duda de la exactitud de *cualquiera* de las series de datos económicos[189]. Por otra parte, pueden emplearse *numerosas* indicaciones estadísticas, con un grado razonable de confianza, para establecer relaciones entre ellas y observar las tendencias generales que se produjeron con el tiempo.

El primero y más importante rasgo fue lo que Bairoch describe con razón como «un índice sin precedentes de crecimiento en la producción industrial mundial»[190] durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1953 y 1975, aquel índice de crecimiento representó por término medio un notable 6% al año en su total (4% per cápita) e incluso en el período de 1973-1980 el crecimiento medio fue el 2,4% al año, cifra muy respetable según los niveles históricos. Los propios cálculos de Bairoch sobre la «producción de las industrias manufactureras mundiales» —esencialmente confirmados por las cifras de Rostov sobre «producción industrial mundial»[191]

— dan algún sentido a este vertiginoso crecimiento (véase tabla 39).

TABLA 39. Producción de las industrias manufactureras mundiales, 1830-1980[192]

(1900=100)

	Producción total	*Índice de crecimiento anual*
1830	34,1	(0,8)
1860	41,8	0,7
1880	59,4	1,8
1900	100,0	2,6
1913	172,4	4,3
1928	250,8	2,5
1938	311,4	2,2
1953	567,7	4,1
1963	950,1	5,3
1973	1730,6	6,2
1980	3041,6	2,4

Como observa también Bairoch, «la producción industrial mundial acumulada entre 1953 y 1973 fue comparable, en volumen, a la de todo el siglo y medio que separaba 1953 de 1800»[193]. La recuperación de las economías dañadas por la guerra, el desarrollo de nuevas tecnologías, el continuo paso de la agricultura a la industria, el empleo de los recursos nacionales dentro de «economías planificadas» y la extensión de la industrialización al Tercer Mundo, todo ello contribuyó a efectuar este cambio espectacular.

TABLA 40. Volumen mundial de comercio, 1850-1971[194]
(1913=100)

1850	10,1		1938	103
1896-1900	57,0		1948	103
1913	100,0		1953	142
1921-1925	82		1963	269
1930	113		1968	407
1931-1935	93		1971	520

De una manera todavía más enfática, y por muchas de las mismas razones, el volumen del comercio mundial creció también espectacularmente después de 1945, en contraste con las distorsiones de la era de las dos guerras mundiales.

Todavía más alentador, como señala Ashworth, fue el hecho de que, en 1957, el comercio mundial de artículos manufacturados superó por primera vez el de productos primarios, lo cual fue consecuencia de que el aumento en la producción total de las manufacturas durante estas décadas fue considerablemente mayor que el (muy grande) experimentado por los productos agrícolas y los minerales (véase tabla 41).

TABLA 41. Porcentajes de aumentos en la producción mundial, 1948-1968[195]

	1948-1958	*1958-1968*
Productos agrícolas	32%	30%
Minerales	40%	58%
Manufacturas	60%	100%

Hasta cierto punto, esta disparidad puede explicarse por los grandes aumentos en la manufactura y el comercio *entre los* países industriales avanzados (especialmente los de la Comunidad Económica Europea); pero la creciente demanda de productos primarios y los comienzos de industrialización en un

creciente número de países del Tercer Mundo significaron que las economías de la mayoría de estos últimos creciesen también más de prisa en estas décadas que en cualquier otro tiempo del siglo XX[196]. A pesar de los daños que causó el imperialismo occidental a muchas sociedades de otras partes del mundo, las exportaciones y el crecimiento económico general de las mismas parecen haberse beneficiado más cuando las naciones industrializadas estaban en un período de expansión. Los países menos desarrollados, arguye Foreman-Peck, crecieron rápidamente en el siglo XIX cuando las economías «abiertas», como la de Gran Bretaña, se extendían más de prisa, mientras que sufrieron más que nunca cuando el mundo industrial cayó en la depresión de los años treinta. Durante los cincuenta y sesenta, alcanzaron de nuevo índices más rápidos de crecimiento, porque los países desarrollados prosperaban, la demanda de materias rimas aumentaba y la industrialización se extendía[197]. Después de su nadir en 1953 (6,5%), Bairoch muestra que la parte del Tercer Mundo en la producción manufacturera mundial se elevó continuamente, al 8,5% (1963), después al 9,9% (1973) y después al 12,0% (1980)[198]. Según cálculos de la CIA, la parte, de los países menos desarrollados en el «producto mundial bruto» también había aumentado, del 11,1% (1960), al 12,3% (1970) y al 14,8% (1980)[199].

Sin embargo, dado el gran número de habitantes del Tercer Mundo, su parte en la producción mundial era todavía desproporcionadamente baja, y su pobreza, terriblemente manifiesta. El PNB medio per cápita en los países industrializados era de 10 660 dólares en 1980, mientras que sólo era de 1580 dólares per cápita en los países de renta mediana como el Brasil, y de unos impresionantes 250 dólares per cápita en los países más pobres del Tercer Mundo, como Zaire[200]. Pues lo cierto era que, mientras su proporción en los productos naturales y en la producción manufacturera aumentaba en su conjunto, la ga-

nancia no era compartida en proporción igual por todos los países menos desarrollados. Las diferencias en riqueza entre algunos países de los trópicos fueron aún mayores cuando se retiraron las potencias coloniales, como lo habían sido, en muchos casos, antes de la era imperial. Y eran aumentadas por la demanda desigual de productos de los países, por los diversos niveles de ayuda que cada uno de ellos conseguía y por las vicisitudes del clima, la política, la lucha con el medio ambiente, y por fuerzas económicas completamente fuera de su control. La sequía podía devastar a un país durante años. Las guerras civiles, las actividades de los guerrilleros o la forzada redistribución de los campesinos podían reducir la producción agrícola y el comercio. La caída de los precios mundiales de, digamos, los cacahuetes o el estaño, podían casi destruir la economía fundada en un solo producto. El aumento de los tipos de interés o la subida del dólar podían significar golpes tremendos. El vertiginoso crecimiento de la población, causado por los triunfos de la ciencia médica occidental en el combate con las enfermedades, aumentó la presión sobre las reservas de alimentos y amenazó con eliminar todas las ganancias en renta nacional total. Por otra parte, había Estados que pasaban por una «revolución verde», con la producción agrícola fomentada por mejores técnicas de cultivo y nuevas clases de plantas. Además, las enormes ganancias registradas por los países que tenían la suerte de poseer petróleo en los años setenta los convirtió en una categoría económica diferente, aunque los llamados OPEP-EDC sufrieron al caer los precios del petróleo en los primeros años ochenta. Por último, en una de las evoluciones más significativas, surgieron en el Tercer Mundo varios países a los que Rosecrance llama «Estados comerciantes»: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Malasia, que imitaron a Japón, Alemania Federal y Suiza en su espíritu emprendedor y su dedicación a producir artículos industriales para el mercado mundial[201].

La disparidad entre las naciones menos desarrolladas constituye el segundo rasgo importante del cambio macroeconómico en las últimas décadas: los diferentes índices de crecimiento entre las varias naciones del Globo, que fue tan real en las grandes potencias industrializadas como en los países más pequeños. Como esta tendencia tuvo —en comparación con los siglos anteriores— el mayor impacto sobre los equilibrios de poder internacionales, vale la pena examinar con algún detalle cómo afectó a las principales naciones en estas décadas.

Es indudable que la transformación económica del Japón después de 1945 ofreció el ejemplo más espectacular de modernización sostenida en estos decenios, superando a casi todos los países «avanzados» existentes como competidor comercial y tecnológico, y ofreciendo un modelo a ser imitado por los otros «Estados comerciantes» asiáticos. Ciertamente, Japón se había distinguido ya casi un, siglo antes por convertirse en el primer país asiático que copió a Occidente, tanto en términos económicos como —desgraciadamente para él— militares e imperialistas. Aunque gravemente perjudicado por la guerra de 1937-1945, y apartado de sus mercados y proveedores tradicionales, poseía una infraestructura industrial que podía ser reparada y una población inteligente, educada y socialmente cohesiva, cuya determinación de mejorar podía ser ahora canalizada en empresas comerciales pacíficas. Durante unos pocos años después de 1945, Japón fue un territorio postrado, ocupado y dependiente de la ayuda norteamericana. En 1950 cambiaron las cosas, debido en gran parte, e irónicamente, a los fuertes gastos de defensa de los Estados Unidos en la guerra de Corea, que estimularon a las compañías japonesas dedicadas a la exportación. «Toyota» por ejemplo, estaba en peligro de quebrar cuando fue salvada por los primeros pedidos de camiones del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, y algo parecido ocurrió con otras muchas compañías[202].

Desde luego, hubo en el «milagro japonés» mucho más que los estimulantes gastos norteamericanos durante la guerra de Corea y, de nuevo, durante la guerra de Vietnam, y el esfuerzo para explicar cómo se transformó el país, y cómo pueden otros imitar su triunfo, se ha convertido él mismo en una industria de crecimiento en miniatura[203]. Una razón principal fue su fanática creencia en conseguir los más altos niveles de control de calidad, tomando (y mejorando) perfeccionadas técnicas de management y métodos de producción de Occidente. Se benefició del empeño nacional en lograr altos niveles de educación universal, y de poseer gran número de ingenieros, de entusiastas de la electrónica y del automóvil, y de pequeños pero emprendedores talleres, además de los gigantescos *zaibatsu*. Había una conciencia social en favor del trabajo duro, la fidelidad a la compañía y la necesidad de solucionar las diferencias entre el patrono y el obrero a través de una mezcla de compromiso y deferencia. La economía requería enormes cantidades de capital para conseguir un continuo crecimiento, y las recibió, en parte porque tenía, como país «desmilitarizado» y amparado por el paraguas estratégico americano, muy pocos gastos de defensa; pero tal vez más aún por la política fiscal e impositiva que fomentaba en alto y extraordinario grado el ahorro personal, que podía entonces ser utilizado con fines de inversión. Japón se benefició también del papel representado por MITI (Ministerio de Comercio Internacional e Industria) en «fomentar nuevas industrias de desarrollos tecnológicos, coordinando al mismo tiempo la ordenada paralización de las industrias anticuadas y decadentes»[204], todo esto de una manera completamente diferente del *laissez-faire* norteamericano.

Sean cuales fueren las explicaciones —y otros expertos sobre el Japón insistirían vivamente en razones culturales y sociológicas, por no hablar de aquel indefinible «factor plus» de confianza nacional y fuerza de voluntad de un pueblo al que le ha

llegado su tiempo— no se podía negar la dimensión de su triunfo económico. Entre 1950 y 1973, su producto nacional bruto creció al fantástico medio del 10,5% al año, muy superior al de cualquier otra nación industrializada, y ni siquiera la crisis del petróleo de 1973-1974, con su terrible golpe a la expansión mundial, impidió que los índices de crecimiento del Japón en años subsiguientes siguiese siendo casi el doble de los de sus grandes competidores. La variedad de manufacturas en las que se convirtió Japón en productor mundial dominante fue realmente asombrosa: cámaras fotográficas, útiles de cocina, productos eléctricos, instrumentos musicales, escuters, etcétera, etc., etc. Los productos japoneses desafiaron a la industria relojera suiza, hicieron sombra a la industria óptica alemana y desbancaron a las industrias inglesas y norteamericanas de motocicletas. Al cabo de una década, los astilleros japoneses producían más de la mitad del tonelaje de botaduras del mundo. En los años setenta, sus más modernas acerías producían tanto como la industria norteamericana del acero. La transformación de su industria del automóvil fue aún más espectacular —entre 1960 y 1964, su parte en la producción mundial de automóviles pasó del 1 al 23%— y, en consecuencia, los coches y camiones japoneses fueron exportados a millones a todo el mundo. Incesantemente, el país pasó de los productos de baja tecnología a los de alta tecnología: ordenadores, telecomunicaciones, aeroespacial, robótica y biotecnología. Incesantemente, aumentaron sus excedentes comerciales —convirtiéndole en un gigante financiero, tanto como industrial— y aumentó su proporción en la producción mundial y en los mercados. Cuando terminó la ocupación aliada en 1952, «el producto nacional bruto era de poco más de un tercio del de Francia o del Reino Unido. A finales de los años setenta el PNB japonés era tan grande como el del Reino Unido y el de Francia *untos*, y de más de la mitad del de Estados Unidos»[205]. En una generación, su

parte en la producción manufacturera mundial, y en el PNB, había crecido de un 2-3% a aproximadamente un 10%, y seguía aumentando. Sólo la URSS, en los años que siguieron a 1928, había logrado un grado parecido de crecimiento, pero Japón lo había hecho de una manera mucho menos dolorosa y con una base más ancha e imponente.

En comparación con Japón, *todas* las otras grandes potencias debían parecer económicamente lentas. Sin embargo, cuando la República Popular de China (RPCh) empezó a afirmarse en los años que siguieron a su fundación en 1949, hubo pocos observadores que no lo tomasen en serio. En parte, esto pudo reflejar una tradicional preocupación por el «peligro amarillo», ya que el gigante dormido del Este sería claramente una fuerza importante en los asuntos mundiales en cuanto hubiese organizado sus 800 millones de habitantes con fines nacionales. Más importante aún fue el papel destacado, por no decir agresivo, que adoptó la RPCh ante las Potencias extranjeras casi desde su instauración, aunque esto podía haber sido una reacción nerviosa a su percibido cerco. Los choques con los Estados Unidos sobre Corea y Quemoy y Matsu; la entrada en el Tíbet; los conflictos fronterizos con la India; la ruptura con la URSS y los enfrentamientos militares en las regiones disputadas; el sangriento encuentro con Vietnam del Norte, y el tono generalmente belicoso de la propaganda china (especialmente bajo Mao), al criticar el imperialismo occidental y «el espíritu hegemónico de Rusia» y fomentar los movimientos populares de liberación de todo el mundo, hicieron de ella un personaje mucho más importante, pero también más imprevisible, en los asuntos mundiales, que los discretos y sutiles japoneses[206]. Simplemente porque China poseía un cuarto de la población mundial, sus bandazos políticos en una u otra dirección tenían que ser tomados en serio.

Sin embargo, medido por criterios estrictamente económicos, la RPCh parecía un caso clásico de atraso económico. Así,

por ejemplo, en 1953 sólo le correspondía el 2,3% de la producción manufacturera mundial y tenía un «potencial industrial total» ¡sólo igual al 71% del de Gran Bretaña en 1900![207]. Su población, que aumentaba en decenas de millones de nuevas bocas cada año, se componía en su inmensa mayoría de campesinos pobres, cuya producción per cápita era terriblemente baja y rendía muy poco al Estado en términos de «valor añadido». Los trastornos causados por los señores de la guerra, la invasión japonesa, y después la guerra civil de finales de los años cuarenta, no cesaron cuando las comunas campesinas sustituyeron a los terratenientes después de 1949. Sin embargo, las perspectivas económicas no eran del todo desesperadas. China poseía una infraestructura básica de carreteras y ferrocarriles ligeros, su industria textil era importante, sus ciudades y puertos eran centros de actividad empresarial y la región manchuriana en particular había sido desarrollada por los japoneses durante los años treinta[208]. Lo que el país requería, si tenía que entrar en la fase de despegue industrial, era un largo período de estabilidad y de aportaciones masivas de capital. Ambas condiciones se lograron hasta cierto punto —debido al dominio del Partido Comunista y a la ayuda rusa— en el decurso de los años cincuenta. El plan quinquenal de 1953 imitó deliberadamente las prioridades estalinistas de desarrollar la industria pesada y aumentar la producción de acero, de hierro y de carbón. En 1957 había doblado la producción industrial[209]. Por otra parte, la cantidad de capital disponible para inversión industrial, recaudado en el país o tomado prestado de Rusia, era absolutamente insuficiente para una nación con las necesidades económicas de China, y la ruptura chinosoviética puso bruscamente fin a la ayuda financiera y técnica de Rusia. Por si eso fuera poco, las fatuas decisiones de Mao para dar el «Gran Salto adelante» fomentando la creación de miles de pequeñas fundiciones de acero, y su campaña en pro de la «Revolución cultural» (que

hizo que técnicos expertos, mánagers profesionales y economistas competentes cayesen en desgracia), frenaron considerablemente el desarrollo. Finalmente, a lo largo de los años cincuenta y sesenta, la belicosa diplomacia de la RPCh y sus choques militares con casi todos sus vecinos hicieron que una proporción demasiado grande de los escasos recursos del país tuviese que dedicarse a las Fuerzas Armadas.

El período de la Revolución cultural no fue *del* todo malo en términos económicos; al menos resaltó la importancia de las zonas rurales, estimulando las industrias en pequeña escala, así como mejorando las técnicas agrícolas, y llevó servicios médicos y sociales básicos a los pueblos[210]. Sin embargo, los aumentos significativos en producto nacional sólo podían venir de una mayor industrialización, de mejoras en las infraestructuras y de inversiones a largo plazo, todo lo cual fue favorecido por el término de la Revolución cultural y por el crecimiento del comercio con los Estados Unidos, Japón y otras economías avanzadas.

Los propios recursos de China en carbón y petróleo fueron rápidamente explotados, así como sus reservas de muchos metales preciosos. En 1980, su producción de acero, de 37 millones de toneladas, fue muy superior a la de Gran Bretaña o la de Francia, y su consumo de energía de fuentes modernas era el doble del de cualquiera de los principales Estados europeos[211]. También en aquellas fechas, su parte en la producción manufacturera mundial se había elevado al 5,0% (del 3,9% en 1973) y se estaba acercando a la de Alemania Federal[212]. Este reciente e impetuoso crecimiento no estuvo libre de problemas, y la jefatura del Partido tuvo que reajustar, reduciéndolos, los objetivos de las «cuatro modernizaciones» del país; también vale la pena repetir que, cuando las estadísticas de riqueza y producción de China se presentan en términos per cápita, se revela una vez más su relativo atraso económico. Sin embargo, y a pesar de es-

tas deficiencias, se puso en claro con el tiempo que el gigante asiático se había puesto al fin en marcha y estaba resuelto a sentar los cimientos económicos adecuados para su ambicionado papel de Gran Potencia[213].

La quinta región de poder económico identificada por Nixon en su discurso de julio de 1971 había sido «Europa occidental», que, desde luego, era más una expresión geográfica que una potencia asertiva como China, la URSS y los Estados Unidos. El término tenía incluso significados diferentes para personas diferentes: podía designar todos los países de fuera de la esfera dominada por Rusia (incluyendo por tanto a Escandinavia, Grecia y Turquía), o la original (y ampliada) Comunidad Económica Europea, que, al menos, tenía un marco institucional, o era frecuentemente utilizado como abreviatura del grupo de antiguos grandes Estados (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia) a los que podía ser necesario consultar, digamos, por el Departamento de Estado de los Estados Unidos antes de iniciar éstos una nueva política con respecto a Rusia o al Oriente Medio. Pero ni siquiera esto evitaba las posibilidades de confusión semántica, ya que, durante buena parte de este período, consideraban los ingleses que Europa empezaba al otro lado del Canal de la Mancha, y había, además, muchos acérrimos integristas europeos (por no hablar de los nacionalistas alemanes) que consideraban meramente temporal la división del continente después de 1945, división que sería seguida en el futuro de una unión más amplia de los países de ambos bandos. Así pues, política y constitucionalmente, ha sido difícil emplear el término Europa, o incluso «Europa occidental», como algo más que una figura de lenguaje o un vago concepto cultural-geográfico[214].

Sin embargo, a nivel económico, parecía existir una similitud básica en lo que se estaba experimentando aquellos años en toda Europa. El rasgo más sobresaliente era el «sostenido y alto nivel de crecimiento económico»[215]. En 1949-1950, la mayoría

de los países habían vuelto a sus niveles de producción de antes de la guerra, y algunos (especialmente, claro está, los que habían sido neutrales) los habían superado considerablemente. Pero entonces siguieron años de creciente producción manufacturera, de niveles de exportación sin precedentes, de un grado notable de pleno empleo y de niveles históricamente altos de renta disponible y de capitales de inversión. Resultado de ello fue que Europa se convirtiese en la región del mundo de más rápido crecimiento, a excepción de Japón. «Entre 1950 y 1970, el producto nacional bruto europeo creció por término medio, más o menos, un 5,5% al año, y el 4,4% sobre una base per cápita, en comparación con los promedios mundiales del 5,0 y el 3,0%, respectivamente. La producción industrial creció aún con mayor rapidez, a un 7,1%, en comparación con el 5,9% a escala mundial. Así, en aquella última fecha, la producción por cabeza en Europa era casi dos veces y media más que en 1950»[216]. Es interesante observar que este crecimiento se produjo en todas las partes del continente, en el centro industrial de la Europa noroccidental, en las tierras mediterráneas y en la Europa oriental; incluso la perezosa economía británica creció más rápidamente en este período que en décadas anteriores. No es de extrañar, pues, que el puesto relativo de Europa en la economía mundial, que había declinado desde principios de siglo, empezase pronto a cobrar importancia. «Durante el período de 1950 a 1970, su parte en la producción mundial de bienes y servicios se elevó del 37 al 41%, mientras que en el caso de la producción industrial el aumento fue todavía mayor, del 39 al 48%»[217]. Tanto en 1960 como en 1970, las cifras de la CIA demostraban —aunque la prueba estadística puede ser discutida[218]— que la "Comunidad Europea" tenía una proporción del producto bruto mundial mayor que la de los Estados Unidos y el doble de la de la Unión Soviética.

Las razones de la recuperación económica europea, vistas retrospectivamente, no son sorprendentes. Durante largo tiempo, buena parte del continente había sufrido invasiones, luchas prolongadas y ocupación extranjera, bombardeos de ciudades, fábricas, carreteras y vías férreas, escasez de alimentos y de materias primas causada por el bloqueo, el reclutamiento de millones de hombres y la aniquilación de millones de animales. Incluso antes de la guerra, el desarrollo económico «natural» de Europa —es decir, crecimiento producido región por región, al surgir nuevas fuentes de energía y de producción, establecerse nuevos mercados y extenderse nuevas tecnologías— había sido trastornado por las acciones del *Machtstaat* de inclinación nacionalista[219]. Barreras arancelarias cada vez más altas habían separado a los proveedores de sus mercados. Subvenciones oficiales habían protegido a empresas y agricultores ineficaces de la competencia extranjera. Grandes y crecientes cantidades de renta nacional habían sido dedicadas a gastos de armamento más que a la empresa comercial. Así era imposible elevar al máximo el crecimiento económico de Europa en este «clima de bloques y autarquía, de nacionalismo económico y de obtención de beneficios perjudicando a los demás»[220]. Ahora, después de 1945, no sólo había «nuevos europeos» como Monnet, Spaak y Hallstein, resueltos a crear estructuras económicas que evitasen los errores del pasado, sino que había también unos Estados Unidos solícitos y benévolos, dispuestos (a través del Plan Marshall y otros esquemas de ayuda) a financiar la recuperación de Europa, con tal de que se hiciese como una empresa cooperativa.

Así, la Europa cuyo potencial económico había sido trastornado y malgastado por la guerra y la política tenía ahora una oportunidad de corregir aquellas deficiencias. Existía una amplia determinación de «construir de nuevo» en el Este y en el Oeste del continente, y el deseo de aprender de las locuras de

los años treinta. La planificación estatal, fuese keynesiana o socialista, dio un empuje concentrado a este deseo de mejora social y económica; el colapso (o descrédito) de las viejas estructuras hizo más fácil la innovación. Los Estados Unidos no sólo dieron miles de millones de dólares de ayuda del Plan Marshall —«una inyección en el brazo en un momento crítico», según se describió adecuadamente[221]—, sino que proporcionaron también un paraguas defensivo debajo del cual podían refugiarse los Estados europeos. (Cierto que tanto Gran Bretaña como Francia habían gastado mucho en defensa durante los años de la guerra de Corea y el período anterior a sus descolonizaciones, pero ellas y todos sus vecinos habrían tenido que invertir una parte mucho mayor de sus escasos recursos nacionales en armamento; si no hubiesen estado protegidos por los Estados Unidos.) Como había menos barreras comerciales, las empresas y los individuos pudieron prosperar en un mercado mucho más amplio. Esto fue especialmente así porque el comercio entre países desarrollados (en este caso, los propios Estados europeos) era siempre más provechoso que el realizado con otros, simplemente porque la demanda mutua era mayor. Por consiguiente, si el comercio «extranjero» de Europa creció más de prisa que todo lo demás en estas décadas, se debió principalmente a que se realizaban muchas más compras y ventas entre vecinos. En una generación, después de 1950, la renta per cápita aumentó tanto como durante el siglo y medio anterior a aquella fecha[222]. El ritmo socioeconómico de este cambio fue realmente notable: la proporción de la población trabajadora de Alemania Federal dedicada a la agricultura, la silvicultura y la pesca descendió del 24,6% en 1950 al 7,5% en 1973, y en Francia, bajó del 28,2 al 12,2% en el mismo período (y al 8,8% en 1980). Las rentas disponibles aumentaron al crecer la industrialización; en Alemania Federal, la renta per cápita subió de 320 dólares en 1949 a 9131 en 1978, y en Italia, creció de 638

dólares en 1960 a 5142 en 1979. El número de automóviles por mil habitantes se elevó en Alemania Federal de 6,3 (1948) a 227 (1970) y, en Francia, de 37 a 252[223]. Se midiese corno se midiese, y a pesar de las continuadas disparidades regionales, la prueba de unas ganancias muy reales estaba clara.

Esta combinación de crecimiento económico general, junto con grandes variaciones en el ritmo de cambio y en sus efectos, puede verse claramente si se examina lo que sucedió en cada una de las antiguas grandes potencias. Al sur de los Alpes, ocurrió lo que los periodistas llamaron hiperbólicamente «milagro italiano», con el PNB del país en términos reales aumentando casi tres veces más de prisa después de 1948 que durante los años entre las dos guerras; ciertamente, hasta 1963, en que se retrasó el crecimiento, la economía italiana aumentó más de prisa en estos años que la de cualquier otro país, salvo Japón y Alemania Federal. Sin embargo, tal vez tampoco esto es de extrañar, mirado retrospectivamente. Siempre había sido el menos desarrollado de los «cuatro grandes» europeos, lo cual es otra manera de decir que su potencial para el crecimiento no había sido plenamente explotado. Liberados de los absurdos de la política económica fascista, y beneficiándose ampliamente de la ayuda norteamericana, los fabricantes italianos pudieron utilizar los bajos costos salariales del país y su gran reputación de buenos diseñadores para fomentar las exportaciones a un ritmo sorprendentemente veloz, especialmente dentro del Mercado Común. La hidroelectricidad y la baratura del petróleo importado compensaron la falta de carbón del país. La fabricación de automóviles fue un gran estimulante. Al aumentar vertiginosamente los niveles de consumo local, «FIAT», la productora doméstica de automóviles, ocupó una posición única durante muchos años en su mercado interior, lo cual le dio una base firme para sus exportaciones al norte de los Alpes. A manufacturas tradicionales, como los zapatos y los vestidos de calidad, se

unieron ahora nuevos productos; los frigoríficos italianos se vendieron más que cualesquiera otros de Europa en los años sesenta. Ésta no fue, en modo alguno, una historia de éxitos sin reserva. La diferencia entre el Norte y el Sur siguió siendo crónica en Italia. Las condiciones sociales, tanto en las ciudades interiores como en las más pobres zonas rurales, eran mucho peores que en la Europa del Norte. La inestabilidad gubernamental, una gran «economía negra» y un elevado déficit público, junto con un índice de inflación más alto de lo normal, afectaron al valor de la lira e indicaron que esta recuperación económica era frágil. Siempre que se hacían comparaciones de renta o industrialización en el marco europeo, Italia salía malparada en relación con sus vecinos más adelantados; cuando se comparaban los índices de crecimiento, las cosas parecían muchos mejores. Ésta es simplemente otra manera de decir que Italia había empezado desde muy atrás[224].

En contraste con ella, Gran Bretaña estaba en 1945 MUY adelantada, al menos entre los más grandes Estados europeos; lo cual puede explicar, en parte, su relativa decadencia económica durante las cuatro décadas siguientes. Queremos decir que como (a semejanza de los Estados Unidos) no había sido tan gravemente perjudicada por la guerra, era improbable que su índice de crecimiento fuese tan elevado como el de los países que se recobraban de años de ocupación militar y de catástrofes. También psicológicamente, como se ha comentado más arriba[225], el hecho de que Gran Bretaña fuese invicta, de que fuese todavía uno de los «tres grandes» en Potsdam y de que hubiese recobrado todo su imperio mundial, hacía difícil que su gente viese la necesidad de reformas drásticas en su propio sistema económico. Lejos de producir nuevas estructuras, la guerra había preservado instituciones tradicionales tales como las *trade unions*, el servicio civil, las antiguas Universidades. Aunque la administración laborista de 1945-1951 siguió adelante

con sus planes de nacionalización y de un «Estado de bienestar», no se produjeron reestructuraciones más fundamentales de las prácticas económicas y las *actitudes* con respecto al trabajo. Confiando todavía en su puesto especial en el mundo, Gran Bretaña continuó contando con sus mercados coloniales cautivos, luchó en vano para conservar la continua paridad de la esterlina, mantuvo importantes guarniciones en ultramar (una sangría para la moneda), rehusó integrarse en los primeros movimientos hacia la unidad europea y gastó más en defensa que cualquiera de las otras potencias de la OTAN, a excepción de los propios Estados Unidos.

La fragilidad de la posición internacional y económica de Gran Bretaña fue disimulada en el período inmediatamente posterior a 1945 por la aún mayor debilidad de otros Estados, las prudentes retiradas de la India y de Palestina, el auge a corto plazo de las exportaciones y la conservación de su imperio en Oriente Medio y en África[226]. Por consiguiente, la humillación de Suez en 1956 fue un terrible golpe, ya que reveló, no sólo la debilidad de la esterlina, sino también el crudo hecho de que Gran Bretaña no podía operar militarmente en el Tercer Mundo con la desaprobación americana. Sin embargo, puede argüirse que las realidades de la decadencia estaban *todavía* disfrazadas, en cuestiones de defensa, por la política de después de 1957 de confiar en la disuasión nuclear, que era mucho menos cara que grandes fuerzas convencionales e indicaba una continuada categoría de gran potencia, y en cuestiones económicas, por el hecho de que Gran Bretaña participaba también del auge general de los años cincuenta y sesenta. Si sus índices de crecimiento eran casi los más bajos de Europa, eran sin embargo mejores que la expansión de décadas anteriores, permitiendo a MacMillan decir a los electores británicos: «¡Nunca habíais estado tan bien!» Medida en términos de renta disponible o de

números de máquinas lavadoras y automóviles, aquella afirmación fue históricamente correcta.

Pero, comparado con los mucho más rápidos progresos que se hacían en otras partes, el país parecía sufrir lo que los alemanes llamaron poco amablemente «la enfermedad inglesa», una combinación de sindicalismo militante, dirección defectuosa, políticas de «stop-go» por el Gobierno y actitudes culturales negativas en relación con el trabajo duro y el empresariado. La nueva prosperidad ocasionó un aumento masivo de importaciones de los mejores productos europeos y de artículos asiáticos más baratos, lo cual condujo a su vez a dificultades en la balanza de pagos, crisis de la esterlina y devaluaciones que contribuyeron a impulsar la inflación y, con ello, demandas de fuertes aumentos de salarios. Los controles de precios, las leyes sobre aumentos de salarios y la deflación fiscal fueron empleados en diversas ocasiones por los gobiernos británicos para frenar la inflación y crear las circunstancias adecuadas para un crecimiento sostenido. Raras veces surtieron efecto por mucho tiempo. La industria británica del automóvil fue continuamente socavada por sus competidores extranjeros; la antaño floreciente industria de construcción de barcos llegó a depender casi únicamente de los pedidos del Almirantazgo; los productores de artículos eléctricos y de motocicletas se encontraron con que ya no podían competir. Algunas compañías (como «ICI») fueron notables excepciones de esta tendencia; los servicios financieros de la City de Londres se sostuvieron bien, y el comercio al por menor permaneció fuerte, pero la erosión de la base *industrial* británica continuó implacablemente. El ingreso en el Mercado Común en 1971 no trajo consigo la esperada panacea: expuso al mercado británico a una competencia todavía mayor en artículos manufacturados, mientras ataba a Gran Bretaña con la cara política de los precios agrícolas de la CEE. El petróleo del mar del Norte tampoco resultó ser un don del

cielo: representó para Gran Bretaña muchos ingresos en moneda extranjera, pero esto elevó la cotización de la libra esterlina, perjudicando la exportación de artículos manufacturados[227].

Las estadísticas económicas dan la medida de lo que Bairoch llama «aceleración de la decadencia industrial de Gran Bretaña»[228]. Su parte en la producción manufacturera mundial bajó del 8,5% en 1953 al 4,0% en 1980. Su parte en el comercio mundial también descendió con rapidez, del 19,8% (1955) al 8,7% (1976). Su producto nacional bruto, el tercero del mundo en 1945, fue alcanzado por el de Alemania Federal, después por el del Japón y después por el de Francia. Su renta disponible per cápita fue sucesivamente alcanzada por una serie de países europeos más pequeños pero más ricos; a finales de los años setenta estaba más cerca de la de los Estados mediterráneos que de la de Alemania Federal, Francia o los países del Benelux[229]. Ciertamente, esta decadencia en las *participaciones* de Gran Bretaña (tanto en el comercio como en el PNB mundiales) se debió en gran parte al hecho de que circunstancias especiales técnicas e históricas habían dado al país una parte desproporcionadamente grande en la riqueza y el comercio mundiales en décadas anteriores; ahora que habían desaparecido estas circunstancias especiales y otros países eran capaces de explotar su propio potencial para la industrialización, era natural que descendiese la posición relativa de Gran Bretaña. Si hubiese debido hacerlo en tan alto grado y tan de prisa es otra cuestión; si seguirá descendiendo, en relación con sus vecinos europeos, es igualmente difícil saberlo. A principios de los años ochenta, la decadencia pareció menguar, al ocupar todavía Gran Bretaña el sexto lugar en la economía mundial y tener importantes fuerzas armadas. Sin embargo, en comparación con los tiempos de Lloyd George, o incluso con los de Clement Attlee en 1945, ahora era sólo una potencia ordinaria y modernamente fuerte, no una Gran Potencia.

Mientras la economía británica languidecía en decadencia relativa, Alemania Federal disfrutaba de su *Wirtschaftswunder* o «milagro económico». Una vez más conviene recalcar lo «natural», relativamente hablando, que era este desarrollo. Incluso en su truncado estado, la República Federal poseía la infraestructura más desarrollada de Europa, contenía grandes recursos internos (desde carbón a fábricas de máquinas-herramienta) y una población sumamente educada, tal vez especialmente fuerte en mánagers, ingenieros y científicos, que fue aumentada por la emigración de talentos del Este. Durante el pasado medio siglo o más, su poder económico había sido deformado por las exigencias de la máquina militar alemana. Ahora que las energías nacionales podían concentrarse (como en Japón) únicamente en el éxito comercial, la única cuestión era la extensión de la recuperación. Las grandes empresas alemanas, que se habían adaptado con bastante facilidad al Segundo Reich, a Weimar y después al período nazi, tenían que ajustarse a las nuevas circunstancias y adoptar los sistemas de dirección norteamericanos[230]. Los grandes Bancos pudieron representar una vez más un importante papel en la dirección de la industria. Las industrias químicas y eléctricas resurgieron pronto como los gigantes industriales europeos. Triunfales compañías derramo del automóvil, como «Volkswagen» y «Mercedes», tuvieron sus inevitables «efectos multiplicadores» sobre cientos de pequeñas empresas proveedoras. Al florecer las exportaciones —Alemania sólo fue entonces superada por los Estados Unidos en el comercio mundial de exportación—, un número creciente de empresas y de comunidades locales necesitaron traer «trabajadores invitados» para atender la fuerte demanda de mano de obra no especializada. Una vez más, por tercera vez en cien años, la economía alemana fue la impulsora del crecimiento económico de Europa[231].

Así, pues, estadísticamente, parecía una historia de éxitos ininterrumpidos. Ya entre 1948 y 1952, la producción industrial alemana creció en un 110%, y el PNB real, en un 67%[232]. Con el país que poseía los niveles de inversión bruta más altos de Europa, las empresas alemanas se beneficiaron enormemente de su fácil acceso al capital. La producción de acero, virtualmente inexistente en 1946, fue pronto la más grande de Europa (más de 34 millones de toneladas en 1960), y lo propio cabe decir de la mayoría de las otras industrias. Año tras año, el país tuvo el crecimiento más grande en producción doméstica bruta. Su PNB, de sólo 32 mil millones de dólares en 1952, fue el mayor de Europa (con 89 mil millones) una década más tarde, y de más de 600 mil millones de dólares a finales de los años setenta. Su renta disponible per cápita, unos modestos 1186 dólares en 1960 (cuando la de los Estados Unidos era de 2491 dólares) se convirtió en unos imponentes 10 837 dólares en 1979, superando el promedio americano de 9595 dólares[233]. Año tras año, aumentaban los superávits en exportación, teniendo que revaluarse con frecuencia el marco que se convirtió realmente en una especie de moneda de reserva. Aunque naturalmente preocupados por la competencia de los todavía más eficaces japoneses, los alemanes occidentales eran indudablemente el segundo «estado comercial» más floreciente del mundo. Esto resultaba todavía más impresionante si tenemos en cuenta que el país había sido privado del 40% de su territorio y de más del 35% de su población; irónicamente, la República Democrática Alemana mostraría muy pronto que era el más productivo e industrializado per cápita de todos los Estados del Este europeo (incluida la URSS) a pesar de la pérdida, en favor del Oeste, de millones de sus trabajadores especializados. Si hubiese podido volver a las fronteras de 1937, la Alemania unida habría estado una vez más muy por delante de cualquier rival económico en

Europa y, ciertamente, tal vez no muy por detrás de la mucho más extensa URSS.

Precisamente porque Alemania había sido derrotada y dividida, y porque su posición internacional (y la de Berlín) seguía estando regulada por las «potencias del tratado», este peso económico no se tradujo en poder político. Sintiendo una responsabilidad natural en relación con los alemanes del Este, la República Federal era peculiarmente sensible a cualquier calentamiento o enfriamiento de relaciones entre la OTAN y el pacto de Varsovia. Era quien comerciaba más con la Europa oriental y la URSS; sin embargo, era evidente que estaría en primera línea si se producía otra guerra. La aprensión soviética y (sólo ligeramente menor) francesa de todo renacimiento del «militarismo alemán» significaba que nunca podría convertirse en una potencia nuclear. Se sentía culpable ante vecinos como los polacos y los checos, vulnerable ante Rusia, fuertemente dependiente de los Estados Unidos; recibió con gratitud la relación especial francoalemana ofrecida por De Gaulle, pero raras veces se sintió capaz de emplear su fuerza económica para controlar las políticas más asertivas de los franceses. Enzarzados en un profundo enfrentamiento intelectual por su propio pasado, los alemanes federales se sentían satisfechos con ser considerados como jugadores de un equipo, pero no como líderes decisivos en asuntos internacionales[234].

Esto contrastaba pues sensiblemente con el papel de Francia en el mundo de posguerra o, más exactamente, con el mundo de después de 1958, cuando De Gaulle empuñó el timón del Estado. Como se ha mencionado antes (págs. 626-629), los progresos económicos que los planificadores que rodeaban a Monnet esperaban conseguir después de 1945 habían sido afectados por las guerras coloniales, la inestabilidad de la política de partidos y la debilidad del franco. Sin embargo, incluso en los tiempos de las campañas indochina y argelina, la economía

francesa estaba creciendo deprisa. Por primera vez en muchas décadas, su población aumentaba, y esto impulsaba la demanda doméstica. Francia era una tierra rica, variada, pero medio desarrollada, con la economía estancada desde los primeros años treinta. Sólo con el advenimiento de la paz, la infusión de ayuda norteamericana, la nacionalización de los servicios públicos y el estímulo de un mercado más grande, era probable el crecimiento. Además, Francia (como Italia) tenía un nivel de industrialización per cápita relativamente bajo, debido a su economía pueblerina y fundada en la agricultura, lo cual significó que los aumentos a este respecto fueron espectaculares: de 95 en 1953 a 167 en 1963, a 259 en 1973 (relativos al R. U. en 1900=100)[235]. El índice anual de crecimiento alcanzó una media del 4,6% en los años cincuenta y subió al 5,8% en los sesenta, bajo el impulso de su calidad de miembro del Mercado Común. Los arreglos particulares de este último no sólo protegieron la agricultura francesa de los precios de mercado mundial, sino que le dieron un gran mercado dentro de Europa. El auge general de Occidente ayudó a la exportación de los tradicionales artículos de elevado valor añadido (vestidos, zapatos, vinos, joyas), a los que se unieron ahora los aviones y los automóviles. Entre 1949 y 1969, la producción de automóviles se multiplicó por diez; la de aluminio, por seis; la de tractores y cemento, por cuatro; la de hierro y acero por dos y medio[236]. El país había sido siempre relativamente rico, aunque subindustrializado; en los años setenta, era mucho más rico y parecía mucho más moderno.

Sin embargo, el crecimiento de Francia nunca tuvo una base industrial tan amplia como la de su vecina del otro lado del Rin, y las esperanzas del presidente Pompidou de que su país alcanzaría pronto a Alemania Federal tenían pocas probabilidades de hacerse realidad. Con ciertas notables excepciones en las industrias eléctricas, aeroespacial y del automóvil, la mayoría de

las empresas francesas eran todavía pequeñas y de poco capital, y los precios de sus productos eran demasiado elevados en comparación con los de Alemania. A pesar de la «racionalización» de la agricultura, persistieron muchos minifundios, que eran, en realidad, sostenidos por la política de subvenciones del Mercado Común. Sin embargo, las presiones sobre la Francia rural, junto con la tensión social de la modernización industrial (cierre de antiguas fundiciones de acero, etc.), provocaron manifestaciones de descontento de la clase trabajadora, las más famosas de las cuales fueron las algaradas de 1968. Pobre en carburantes indígenas, Francia llegó a depender fuertemente del petróleo importado y (a pesar de su ambicioso programa de energía nuclear) su balanza de pagos fluctuó mucho según el precio mundial del petróleo. Su déficit comercial con Alemania Federal aumentó continuamente y obligó a regulares (aunque molestas) devaluaciones del franco en relación con el marco, lo cual, fue, probablemente, una medida más segura para la posición económica de Francia que las furiosas fluctuaciones en el cambio dólar-franco. Incluso en períodos de sostenido crecimiento económico, había, pues, cierta precariedad en la economía francesa, que, en los momentos de alarma, hacía que muchos burgueses prudentes cruzasen la frontera suiza, llevando consigo los ahorros familiares.

Sin embargo, Francia tuvo siempre un impacto sobre los negocios mucho mayor de lo que podía esperarse de un país con sólo el 4% del PNB mundial, y esto no fue sólo así durante el período de la presidencia de De Gaulle. Esto pudo deberse a pura firmeza nacionalcultural[237], y coincidió con un tiempo en que las influencias angloamericanas estaban menguando, Rusia parecía cada vez menos atractiva y Alemania se mostraba diferente. Si la Europa occidental *tenía* que tener un líder y portavoz, Francia era un candidato más obvio que la aislacionista Gran Bretaña o la sometida Alemania. Además, los sucesivos

gobiernos franceses reconocieron rápidamente que el poder en realidad modesto de su país podía ser fortalecido persuadiendo al Mercado Común de adoptar una línea particular —en aranceles agrícolas, alta tecnología, ayuda a ultramar, cooperación en las Naciones Unidas, política con respecto al conflicto árabe-israelí, etcétera— que colocase efectivamente al que había llegado a ser mayor bloque comercial del mundo en las posiciones deseadas por París. Nada de esto contuvo a Francia de acciones completamente unilaterales cuando la ocasión pareció ser merecedora de ellas.

El hecho de que cuatro de los más grandes Estados europeos creciesen en riquezas y producción durante estas décadas, junto con sus vecinos más pequeños, no era garantía de felicidad eterna. Las primeras esperanzas de una siempre mayor integración política y constitucional chocaron contra el todavía fuerte nacionalismo de sus miembros, mostrado ante todo por la Francia de De Gaulle y después por los Estados (Gran Bretaña, Dinamarca, Grecia) que sólo más tarde, y más cautelosamente, ingresaron en la CEE. Disputas económicas, especialmente sobre el elevado coste de la política de apoyo a la agricultura, paralizaron a menudo los asuntos en Bruselas y Estrasburgo. Con el Eire neutral como miembro, resultaba imposible efectuar una política común de defensa, que tuvo que ser dejada a la OTAN (de cuya estructura de mando se habían ahora ausentado los propios franceses). El golpe de los aumentos del precio del petróleo en los años setenta pareció perjudicar especialmente a Europa y apagar el anterior optimismo; a pesar de la extendida alarma y de importantes planificaciones en Bruselas, parecía difícil emprender políticas de alta tecnología capaces de contrarrestar los desafíos japonés y norteamericano. Sin embargo, y a pesar de estas muchas dificultades, el mero volumen económico de la CEE significaba que el paisaje internacional era ahora significativamente diferente del de 1945 o 1948. La

CEE era, con mucho, el mayor importador y exportador de artículos del mundo (aunque mucho de esto era comercio dentro de Europa) y tenía, en 1983, las mayores reservas de divisas y de oro; fabricaba más automóviles (34%) que Japón (24%) o los Estados Unidos (23%) y más cemento que nadie, y su producción de acero bruto sólo era superada por la de la URSS[238]. Con una población total en 1983 mucho mayor que la de los Estados Unidos y casi exactamente igual a la de Rusia —272 millones—, la CEE de diez miembros tenía un PNB y una proporción de la producción manufacturera mundial mucho mayor que los del Estado soviético de todo el bloque del Comecon. Si, política y militarmente, la Comunidad Europea estaba todavía inmadura, era ahora una presencia en los equilibrios económicos mundiales mucho más poderosa que en 1956.

Casi exactamente lo contrario podría decirse acerca de la URSS, en su evolución desde los años cincuenta hasta los ochenta. Como se ha explicado más arriba (págs. 601-613), fueron aquéllas unas décadas en que la Unión Soviética no sólo mantuvo un fuerte Ejército, sino que logró también la paridad nuclear estratégica con los Estados Unidos, desarrolló una Marina transatlántica y extendió su influencia en diversas partes del mundo. Sin embargo, este persistente impulso para igualar a los norteamericanos en el escenario mundial no tuvo un paralelismo en los logros a nivel económico. Irónicamente (dada la importancia que concedía Marx a la subestructura para determinar los acontecimientos), el país que se jactaba de ser el primer Estado comunista del mundo parecía sufrir crecientes dificultades económicas con el paso del tiempo.

Esto no es negar el imponente progreso económico de la URSS —y de todo el bloque dominado por los soviéticos— desde los últimos años de Stalin. En muchos aspectos, la región se transformó aún más que la Europa occidental durante estas pocas décadas, aunque esto pudo deberse principalmente al hecho

de que era mucho más pobre y «subdesarrollada» al empezar. En todo caso, medidos en crudos términos estadísticos, los progresos fueron imponentes. La producción de acero en Rusia, que era sólo de 12,3 millones de toneladas en 1945, se elevó 65,3 millones en 1960 y a 148 millones en 1980 (haciendo de la URSS el más grande productor del mundo); la producción de electricidad se elevó de 43,2 millones de kw/hora a 292 millones y a 1294 millones durante los mismos períodos; la producción de automóviles saltó de 74 000 unidades a 524 000 y 2,2 millones, y esta lista de aumentos en los productos podría prolongarse casi indefinidamente[239]. La producción total industrial, por término medio de más del 10% de crecimiento al año en los cincuenta, aumentó de un 100 convencional en 1953 a un 421 en 1964[240], lo cual fue un logro notable, como lo fueron manifestaciones tan obvias de las hazañas rusas como el «Sputnik», la exploración espacial y las armas militares. Pero cuando Kruschev se retiró de la política, el país tenía una economía mucho más próspera y de base mucho más amplia que bajo Stalin, y esta ganancia absoluta ha ido aumentando continuamente.

Había, sin embargo, dos graves defectos que empezaron a proyectar sombra sobre estos logros. El primero era la continua *decadencia* a largo plazo del ritmo de crecimiento, con la producción industrial disminuyendo cada año, a partir de 1959, desde aumentos de dos dígitos a cifras cada vez más bajas, de modo que a finales de los años setenta habían bajado al 3-4% al año y siguieron descendiendo. Visto retrospectivamente, era éste un fenómeno bastante natural, ya que ahora está claro que los primitivos e imponentes aumentos anuales se debieron, principalmente, a las grandes inyecciones de trabajo y capital. Al empezar a utilizarse plenamente la oferta de trabajo existente (y a competir con las exigencias de las Fuerzas Armadas y de la agricultura), el ritmo de crecimiento tenía que de-

caer forzosamente. En cuanto a la inversión de capital, se dedicó masivamente a la producción industrial a gran escala y relacionada con la defensa, y dejó faltos de capital a otros muchos sectores de la economía. Aunque el nivel de vida del ruso corriente fue mejorado por Kruschev y sus sucesores, la demanda del consumidor no podía (como en Occidente) estimular el crecimiento de una economía en que el consumo personal era mantenido deliberadamente bajo, con el fin de reservar los recursos nacionales para la industria pesada y los militares. Tal vez por encima de todo, persistía la crónica debilidad estructural y climática que afectaba a la agricultura soviética, cuya producción neta creció el 4,8% anual en los años cincuenta, pero sólo el 3 en los sesenta y el 1,8 en los setenta, a pesar de la atención y del capital invertidos en ella por los angustiados planificadores soviéticos y sus ministros[241]. Dados el volumen del sector agrícola en la URSS y el hecho de que su población aumentó en 84 millones en las tres décadas siguientes a 1950, los aumentos totales de producción nacional per cápita eran significativamente menores que los índices de producción industrial, que eran en sí mismos un logro un tanto «forzado».

El segundo defecto grave fue, como era de prever, en términos de la posición económica relativa de la Unión Soviética. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta, en que aumentó su proporción en la producción manufacturera y en el comercio mundiales, pareció hasta cierto punto plausible la afirmación de Kruschev de que el sistema de producción marxista era superior y «enterraría» un día al capitalismo. Pero, desde aquellos tiempos, la tendencia se ha hecho más preocupante para el Kremlin. La Comunidad Europea, conducida por su medio gigante industrial, Alemania Federal, ha llegado a ser mucho más rica y productiva que la URSS. El pequeño Estado insular de Japón creció tan deprisa que su alcance del PNB de Rusia fue simplemente cuestión de tiempo. Los Estados Uni-

dos, a pesar de su relativa decadencia industrial, se mantuvieron en cabeza en términos de producción total y de riqueza. El nivel de vida del ruso corriente, y de sus camaradas del Este europeo, no cerró la distancia que le separaba del de Europa occidental, a la que los pueblos de economía marxista miraban con cierta envidia. La más nueva tecnología de ordenadores, robóticos y telecomunicaciones reveló que la URSS y sus satélites no estaban en condiciones de competir. Y la agricultura siguió tan débil como siempre, en términos productivos: en 1980, el trabajador norteamericano del campo producía comestibles suficientes para abastecer a sesenta y cinco personas, mientras que su equivalente ruso sólo producía lo bastante para alimentar a ocho[242]. Esto llevó a su vez a la enojosa necesidad soviética de importar cantidades crecientes de comestibles.

Muchas de las dificultades económicas de Rusia se reflejaron en las de sus satélites, que también alcanzaron altos índices de crecimiento en los años cincuenta y principios de los sesenta, aunque de nuevo partiendo de niveles que eran bajos en comparación con los de Occidente y siguiendo prioridades que cargaban también el acento sobre la planificación centralizada, la industria pesada y la colectivización de la agricultura[243]. Aunque hubo significativas diferencias de prosperidad y de crecimiento entre los Estados europeos orientales (y todavía las hay), la tendencia general fue de una pronta expansión y después de lento retraso, dejando a los planificadores marxistas ante difíciles alternativas. En el caso de Rusia, se podían cultivar nuevas tierras, aunque los límites impuestos por la ecología invernal en el Norte y los desiertos en el Sur restringían las posibilidades en esta dirección (y recordaron a muchos cómo se habían convertido pronto en áridos terrenos las confiadas explotaciones de «tierras vírgenes» de Kruschev)[244]; de manera parecida, la explotación más intensa de materias primas corría el peligro de aumentar las deficiencias del tratamiento, diga-

mos, de las reservas de petróleo[245], mientras que los costos de extracción se elevaron con rapidez al extenderse la minería a la región de los hielos permanentes. Podía invertirse más capital en industria y tecnología, pero solamente a costa de desviar recursos de la defensa —que seguía siendo la prioridad número uno en la URSS, a pesar de los cambios de liderazgo— o de los bienes de consumo, cuyo descuido se consideraba sumamente impopular (especialmente en la Europa oriental) en una época en que las mejoradas comunicaciones hacía todavía más ostensible la relativa prosperidad de Occidente. Finalmente, Rusia y sus regímenes comunistas hermanos podían contemplar una serie de reformas, no sólo para desarraigar la corrupción y reorganizar la burocracia, sino del propio sistema, dando incentivos personales, introduciendo un mecanismo de precios más realistas, permitiendo aumentos en la agricultura privada, animando las discusiones francas y las iniciativas en lo tocante a las más nuevas tecnologías, etc.; dicho en otras palabras, inclinándose hacia un «sigiloso capitalismo», como el que practicaban hábilmente los húngaros en los años setenta. La dificultad de esta estrategia, como demostraron las experiencias checas de 1968, era que las medidas de «liberalización» ponían en tela de juicio el propio régimen comunista dirigista y, por consiguiente, eran mirados con ceño por los ideólogos del partido y por los militares en la cautelosa era de Breznev[246]. Por consiguiente, la inversión de la relativa decadencia económica tenía que hacerse con mucho cuidado, lo cual hacía a su vez que un éxito rotundo fuese muy improbable.

Tal vez el único consuelo de los que tomaban las decisiones en el Kremlin era que su gran rival, los Estados Unidos, también parecía tropezar con dificultades económicas desde los años sesenta en adelante y estaba perdiendo rápidamente parte relativa en la riqueza, la producción y el comercio mundiales, que había poseído en 1945. En todo caso, la consideración de

aquel año es desde luego importantísima para comprender la relativa decadencia norteamericana. Como se ha dicho más arriba, la favorable posición económica de los Estados Unidos en aquel punto de la Historia no tenía precedentes pero era artificial. Estaban en la cima del mundo, en parte debido a su propio impulso productor, pero también a la debilidad temporal de las otras naciones. Esta situación cambiaría, contra los Estados Unidos, con la recuperación por Europa y Japón de los niveles de producción de antes de la guerra, y cambiaría todavía más con la expansión general de la producción manufacturera mundial (que más que triplicó entre 1953 y 1973), ya que era inconcebible que los Estados Unidos pudiesen conservar la mitad mundial de aquella que había tenido en 1945, cuando se estaban creando nuevas fábricas e instalaciones industriales en todo el mundo. Bairoch calcula que, en 1953, el porcentaje norteamericano había descendido al 44,7%; en 1980, al 31,5%, y estaba descendiendo todavía más[247]. Por razones parecidas, los indicadores económicos de la CIA mostraron que la parte de los Estados Unidos en el PNB mundial había bajado del 25,9% en 1960 al 21,5% en 1980 (aunque la efímera subida del dólar en los mercados monetarios haría que aquella proporción aumentase en los años siguientes)[248]. La cuestión no era que los norteamericanos produjesen mucho menos (salvo en industrias que decayeron general mente en el mundo occidental), sino que otros estaban produciendo mucho más. La industria del automóvil es tal vez la que ilustra con mayor facilidad las dos tendencias que constituyen esta historia: en 1960 los Estados Unidos fabricaron 6,65 millones de automóviles, lo cual representaba un 52% de la producción mundial de 12,8 millones de tales vehículos; en 1980, producía sólo el 23% del total mundial, pero como éste había ascendido a 30 millones de unidades, la producción absoluta norteamericana había aumentado hasta 6,9 millones de unidades.

Sin embargo, y a pesar de que esta idea era consoladora a medias, parecida al argumento que habían empleado los ingleses setenta y cinco años antes para consolarse cuando empezó a menguar su participación en la producción mundial, existía un aspecto preocupante en esta evolución. La verdadera cuestión no era «si los Estados Unidos tenían que decaer relativamente», sino «si tenían que decaer tan deprisa». Pues lo cierto era que, incluso en el apogeo de la Pax americana, su posición competitiva estaba siendo ya erosionada por un preocupante índice bajo de crecimiento medio anual de producción per cápita, especialmente si se comparaba con el de décadas anteriores (véase tabla 42).

TABLA 42. Índice de crecimiento medio anual, 1948-1962[249]

	(1913-1950)	*1948-1962*
Estados Unidos	(1,7)	1,6
R. U.	(1,3)	2,4
Bélgica	(0,7)	2,2
Francia	(0,7)	3,4
Alemania/RFA	(0,4)	6,8
Italia	(0,6)	5,6

Una vez más, se puede argüir que ésta fuera una evolución históricamente «natural». Como observa Michael Balfour, los Estados Unidos, durante décadas antes de 1950, habían aumentado su producción más deprisa que cualquier otro país, debido a que habían sido grandes innovadores en métodos de estandarización y de producción en masa. Como resultado de ello, había «ido más lejos que cualquier otro país para satisfacer las necesidades humanas y (estaba) ya operando a un alto nivel de eficacia (medido en términos de producción por hombre y hora), de manera que las posibilidades conocidas para aumentar la

producción por métodos mejores o maquinaria mejor eran, en comparación con el resto del mundo, menores»[250]. Pero, aunque esto era seguramente cierto, los Estados Unidos no se veían favorecidos por otras tendencias seculares que afectaban a su economía: políticas fiscales que fomentaban un gran consumo, pero un bajo índice de ahorro personal; las inversiones en «R&D», excepto para fines militares, se reducían lentamente en comparación con otros países, y los propios gastos de defensa, como proporción del Producto Nacional Bruto, eran mayores que los de todos los demás miembros del bloque de naciones occidentales. Además, una creciente proporción de la población norteamericana se estaba trasladando de la industria a los servicios, es decir, a campos de baja productividad[251].

Mucho de esto fue disimulado durante los años cincuenta y sesenta por los brillantes logros de la alta tecnología norteamericana (especialmente en el aire), por la gran prosperidad que fomentaba la demanda de los consumidores de automóviles lujosos y de televisores en color, y por el visible torrente de dólares que salían de los Estados Unidos con destino a partes más pobres del mundo, como ayuda extranjera o como gasto militar o como inversión por Bancos y compañías. Es instructivo, a este respecto, recordar la alarma que cundió a mediados de los años sesenta por lo que Servan-Schreiber llamó El *desafío americano*, el gran alud de inversiones de los Estados Unidos en Europa (y, por extensión, en otras partes) que se dijo que convertiría a estos países en satélites económicos; el espanto, o el odio, con que eran consideradas las grandes multinacionales como «Exxon» y «General Motors», y, asociado con estas tendencias, el respeto otorgado a las técnicas refinadas de *management* imbuidas por las escuelas norteamericanas de negocios[252]. Ciertamente, desde una perspectiva económica, esta transferencia de inversión y producción de los Estados Unidos era un indicador de fuerza económica y de modernidad; se beneficiaba del más

bajo costo de la mano de obra y aseguraba un mayor acceso a los mercados de ultramar. Sin embargo, con el tiempo, estas salidas de capital se hicieron tan fuertes que empezaron a pesar más que los excedentes que obtenían los norteamericanos con la exportación de productos manufacturados, comestibles y servicios «invisibles». Aunque este creciente déficit de pagos hizo que saliese algún oro de los Estados Unidos a finales de los años cincuenta, la mayoría de los Gobiernos extranjeros se contentaron con tener más dólares (que eran la primera moneda de reserva) en vez de exigir el pago en oro.

Sin embargo, en el decurso de los años sesenta, esta cómoda situación se evaporó. Kennedy y (todavía más) Johnson estaban dispuestos a aumentar los gastos militares norteamericanos en ultramar, y no sólo en Vietnam, aunque este conflicto convirtió el caudal de dólares exportados en un torrente copioso. Tanto Kennedy como (todavía más) Johnson se habían comprometido a aumentar los gastos domésticos, tendencia ya perceptible antes de 1960. Ninguna de ambas administraciones quería el costo político de aumentar los impuestos para pagar la inevitable inflación. Resultado de ello fueron los déficits, año tras año, del Gobierno federal, la gran elevación de los precios y la creciente falta de competitividad industrial norteamericana, lo cual trajo a su vez consigo mayores déficits en la balanza de pagos, la reducción impresionante (por la administración Johnson) de las inversiones de empresas estadounidenses en el extranjero y, después, el giro de estas últimas hacia el nuevo instrumento de los eurodólares. En el mismo período, la parte de los Estados Unidos en las reservas de oro mundiales (exceptuado el Comecon) disminuyó implacablemente, desde el 68% (1950) a sólo el 27% (1973). Con todo el sistema de pagos internacionales y circulación de dinero deformándose bajo la presión de estos problemas relacionados entre sí, y todavía más debilitado por los furiosos ataques de De Gaulle contra lo que consideraba una

«exportación de inflación» de Estados Unidos, la administración Nixon poco pudo hacer, salvo terminar con el vínculo del dólar contra las otras monedas. El sistema de Bretton Woods, en gran parte creación de los días en que los Estados Unidos eran financieramente supremos, se derrumbó cuando su pilar más importante no pudo ya soportar las tensiones[253].

No referiremos aquí la historia detallada de los altibajos del dólar en los años setenta, cuando flotaba libremente, ni los esfuerzos en zigzag de las sucesivas administraciones para frenar la inflación y estimular el crecimiento, siempre sin causar políticamente demasiado dolor. La inflación superior a lo normal en los Estados Unidos causó generalmente que el dólar se debilitase frente a las monedas alemana y japonesa en los años setenta; las convulsiones del petróleo, que perjudicaron a países más dependientes de los suministros de la OPEP (por ejemplo, Japón y Francia), la turbulencia política en varias partes del mundo y los altos tipos de interés norteamericanos tendieron a hacer subir el dólar, como ocurrió a principios de los años ochenta. Sin embargo, aunque estas oscilaciones fueron importantes y tendieron a aumentar la inseguridad económica mundial, pueden ser menos significativos para nuestros fines que las continuadas tendencias a largo plazo, como fueron el decreciente aumento de la productividad, que en el sector privado bajó del 2,4% (1965-1972) al 1,6% (1972-1977) y al 0,2% (1977-1982)[254]; los crecientes déficits federales que dieron un «impulso» de tipo keynessiano a la economía, pero a costa de absorber tanto dinero del extranjero (atraído por los más altos tipos de interés norteamericanos) que hizo que el precio del dólar alcanzase artificialmente altos niveles y convirtiese al país de prestamista en prestatario, y la creciente dificultad que encontraron los fabricantes norteamericanos en competir con los automóviles, los artículos eléctricos, los utensilios de cocina y otros productos manufacturados importados. No es de extra-

ñar que el PNB per cápita norteamericano, que había sido el más alto del mundo, empezase a bajar en la lista[255].

Todavía había consuelo para aquellos que querían ver la economía americana y sus necesidades en términos más amplios que las seleccionadas comparaciones con la renta suiza o con la productividad japonesa. Como observa Calleo, la política norteamericana de después de 1945 logró algunos objetivos muy fundamentales y significativos: prosperidad doméstica, como opuesta a la depresión al estilo de los años treinta; contención del expansionismo soviético sin guerra; reanimación de las economías —y las tradiciones democráticas— de Europa occidental, a la que se unió más tarde Japón para crear «un bloque económico crecientemente integrado» con «una imponente batería de instituciones multilaterales… para dirigir asuntos económicos y también militares comunes» y, por último, «la transformación de los antiguos imperios coloniales en Estados independientes todavía firmemente integrados en una economía mundial»[256]. En suma, había mantenido el orden internacional liberal, del que ella misma dependía cada vez más, y aunque su parte en la producción y la riqueza mundiales había decrecido, tal vez más de prisa de lo que hubiese debido, la redistribución de los equilibrios económicos mundiales dejó todavía un medio ambiente que no era demasiado hostil a sus propias tradiciones capitalistas y de mercado abierto. Por último, si había visto su primer lugar en la producción erosionado por ciertas economías de más rápido crecimiento, todavía conservaba una considerable superioridad sobre la Unión Soviética en casi todos los aspectos de verdadero poder nacional y —aferrándose a su propio credo emprendedor— permanecía abierta al estímulo de la iniciativa de dirección y tecnología que su rival marxista tendría mucha más dificultad en aceptar.

Ciertamente, en 1980, último año de la tabla 43, las cifras del Banco Mundial sobre población, PNB per cápita y PNB total,

apuntaban mucho más hacia una distribución multipolar de los equilibrios económicos mundiales, tal como se muestra en la tabla 44.

TABLA 43. Porcentajes en el producto mundial bruto, 1960-1980[257]

	1960	*1970*	*1980*
Países menos desarrollados	11,1	12,3	14,8
Japón	4,5	7,7	9,0
China	3,1	3,4	4,5
Comunidad Económica Europea	26,0	24,7	22,5
Estados Unidos	25,9	23,0	21,5
Otros países desarrollados	10,1	10,3	9,7
URSS	12,5	12,4	11,4
Otros países comunistas	6,8	6,2	6,1

En el último capítulo haremos un comentario más detallado de las implicaciones de estos movimientos económicos. Sin embargo, puede ser útil dar en forma estadística (véase tabla 43) la esencia de las tendencias examinadas más arriba, en cuanto atañen a los equilibrios económicos mundiales, a saber, la recuperación parcial de la parte del producto mundial en manos de los países menos desarrollados; el notable crecimiento de Japón y, en menos grado, de la República Popular china; la erosión de la parte de la Comunidad Económica Europea, aunque siguió siendo el bloque económico más importante del mundo; la estabilización, y después la lenta disminución de la parte de la URSS, y la mucho mas rápida decadencia aunque conservando una gran ventaja económica, de los Estados Unidos.

TABLA 44. Población, PNB per cápita y PNB en 1980[258]

[259]

	Población (millones)	*PNB per cápita (dólares)*	*PNB (mil millones de dólares)*
Estados Unidos	228	11 360	2590
URSS	265	4550	1205
Japón	117	9890	1157
CEE (12 Estados) de los que	317	—	2907
Alemania F.	61	13 590	828
Francia	54	11 730	633
R. U.	56	7920	443
Italia	57	6480	369
Alemania del Este y Federal, juntas	78	—	950
China	980	290 o 450	284 o 441

Finalmente, podría ser útil recordar que estas variaciones a largo plazo en los equilibrios de producción tienen menos importancia *per se* que sus implicaciones de poder político. Como observó el propio Lenin en 1917-1918, fueron los índices *desiguales* de crecimiento económico de los países lo que condujo inevitablemente al auge de ciertas potencias y a la decadencia de otras:

> Hace medio siglo, Alemania era un país mísero, insignificante, en cuanto a su fuerza capitalista, comparada con la fuerza de Inglaterra en aquellos tiempos. Japón era también insignificante en comparación con Rusia. ¿Es «concebible» que, en diez o veinte años, haya permanecido inmutable la fuerza de las potencias imperialistas? Absolutamente inconcebible[260].

Y aunque Lenin sólo se refería a los Estados capitalistas imperialistas, parece que es regla común para todas las unidades nacionales, sea cual fuere su economía política predilecta, que

los índices desiguales de crecimiento económico han de conducir, más pronto o más tarde, a cambios en los equilibrios políticos y económicos mundiales. Ésta fue, ciertamente, la pauta seguida en el desarrollo de las grandes potencias en los cuatro siglos anteriores al presente. De ello se desprende que los cambios desacostumbradamente rápidos acaecidos en los centros de producción mundial durante las dos o tres décadas últimas no pueden dejar de tener repercusiones en el futuro estratégico de las potencias hoy dominantes, lo cual merece que le prestemos atención en el capítulo final.

VIII. HACIA EL SIGLO XXI

HISTORIA Y ESPECULACIÓN

Un capítulo con el título arriba consignado implica no sólo un cambio en la cronología, sino también, y esto es mucho más importante, en la *metodología*. Incluso el pasado muy reciente es Historia, y aunque problemas de prejuicios y de fuentes hacen difícil al historiador de la última década «separar lo efímero de lo fundamental»[1], todavía está operando con la misma disciplina académica. Pero los escritos sobre cómo evolucionará el presente en el futuro, aunque comentan tendencias que están ya en marcha, no pueden alardear de ser históricamente ciertos. No sólo cambia la materia prima, de monografías de archivo en *previsiones* económicas y *proyecciones* políticas, sino que ya no puede presumirse la validez de aquello sobre lo que se escribe. Aunque siempre hubo muchas dificultades metodológicas al tratar de «hechos históricos»[2], los sucesos pasados, como el asesinato de un archiduque o una victoria militar, *ocurrieron realmente*. Nada de lo que se puede decir sobre el futuro tiene esta certidumbre. Acontecimientos imprevistos, accidentes casuales, la interrupción de una tendencia, pueden dar al

traste con las más plausibles previsiones; si no lo hacen, el pronosticador es simplemente afortunado.

Así, pues, lo que sigue sólo puede ser provisional y conjetural, fundado en una presunción razonada de cómo pueden evolucionar las tendencias económicas y estratégicas mundiales, pero sin ninguna garantía de que todo esto (o parte de esto) tenga que ocurrir. Las oscilaciones que se han producido en la cotización internacional del dólar en los últimos años y el colapso en el precio del petróleo después de 1984 (con sus diferentes implicaciones para Rusia, Japón y la OPEP) son una buena advertencia contra la pretensión de sacar conclusiones de tendencias fundadas en la economía, y el mundo de la política y de la diplomacia nunca ha seguido líneas rectas. Muchos últimos capítulos de obras que tratan de asuntos contemporáneos tienen que ser cambiados pocos años más tarde, vistos retrospectivamente; sería sorprendente que el presente capítulo sobreviviese en su integridad.

Tal vez la mejor manera de comprender lo que está en el futuro es mirar brevemente hacia atrás, el auge y caída de las grandes potencias en los últimos cinco siglos. La tesis de este libro ha sido que existe una dinámica para el cambio, impulsado principalmente por sucesos económicos y tecnológicos, que repercuten en las estructuras sociales, los sistemas políticos, el poder militar y la posición de los Estados individuales y de los imperios. La rapidez de este cambio económico mundial no ha sido uniforme, simplemente, porque el ritmo de la innovación tecnológica y del crecimiento económico es también irregular, condicionado por la circunstancia del inventor individual y del empresario, así como por el clima, las epidemias, las guerras, la geografía, el marco social, etcétera. De la misma manera, diferentes regiones y sociedades del mundo han experimentado un ritmo más rápido o más lento de crecimiento, dependiente no sólo de las pautas cambiantes de la tecnología, la producción y

el comercio, sino también de su receptividad a las nuevas maneras de incrementar la producción y la riqueza. Al adelantarse algunas regiones del mundo, otras se han quedado atrás, relativa o (a veces) absolutamente. Nada de esto es de extrañar. Gracias al impulso innato del hombre a mejorar su condición, el mundo no ha estado nunca quieto. Y los avances intelectuales desde el Renacimiento en adelante, aumentados por el advenimiento de las «ciencias exactas» durante la Ilustración y la Revolución industrial, significaron simplemente que la dinámica del cambio sería cada vez más poderosa y autosuficiente.

La segunda tesis importante de este libro ha sido que este ritmo desigual del crecimiento económico ha producido impactos cruciales a largo plazo sobre el poder militar relativo y la posición estratégica de los miembros del sistema de Estados. Esto tampoco es de extrañar y se ha dicho muchas veces, aunque el énfasis y la presentación de la tesis pueden haber sido diferentes[3]. El mundo no tenía que esperar hasta los tiempos de Engels para saber que, «nada depende más de las condiciones económicas que precisamente el Ejército y la Marina»[4]. Estaba tan claro para un príncipe del Renacimiento como lo está hoy para el Pentágono que el poder militar descansa sobre una riqueza adecuada, que a su vez se deriva de una base productiva floreciente, de unas finanzas sanas y de una tecnología superior. Como ha mostrado el anterior relato, la prosperidad económica no se traduce *siempre e inmediatamente* en efectividad militar, pues ésta depende de otros muchos factores, desde la geografía y la moral de la nación hasta la competencia de los mandos y la táctica. Sin embargo, permanece el hecho de que todas las oscilaciones importantes en el equilibrio de *poder militar* del mundo han seguido a alteraciones en los equilibrios de *producción* y, además, que el auge y la caída de los diversos imperios y Estados en el sistema internacional han sido confirmados por los resultados de las más importantes guerras entre las

grandes potencias, donde la victoria se ha inclinado siempre del lado del que tenía mayores recursos materiales.

Por consiguiente, aunque lo que sigue es especulación más que Historia, se funda en la plausible presunción de que las tendencias generales de los últimos cinco siglos es probable que continúen. El sistema internacional, tanto si está dominado durante un tiempo por seis grandes potencias o por sólo dos de ellas, es siempre anárquico; es decir, no hay autoridad más grande que la de la Nación-Estado soberana y egoísta[5]. En cada período particular de tiempo, algunos de estos Estados crecen o se encogen en su participación relativa del poder secular. El mundo no es más probable que permanezca paralizado en 1987 o en el 2000 de como lo estuvo en 1870 o 1660. Por el contrario, ciertos economistas argüirán que las propias estructuras de producción y comercio internacionales están cambiando más rápidamente que nunca: con los productos agrícolas y las materias primas perdiendo su valor relativo, con la «producción» industrial desacoplándose del «empleo» industrial, con los artículos de conocimiento intensivo dominando en todas las sociedades avanzadas y con las corrientes mundiales de capital despegándose cada vez más de las pautas comerciales[6]. Todo esto, y los muchos descubrimientos en la ciencia, tienen que influir en los asuntos internacionales. En suma, si Dios no ordena lo contrario o se produce una desastrosa conflagración nuclear, continuará habiendo una dinámica de poder mundial, esencialmente impulsada por el cambio tecnológico y económico. Si las prometedoras previsiones del impacto de los ordenadores, la robótica y la biotecnología, etcétera, son correctos, y si, además, las previsiones del triunfo de una «revolución verde» en partes del Tercer Mundo (con la India e incluso China convirtiéndose en exportadores regulares de cereales)[7] resultan correctas, entonces el mundo en su conjunto, podría ser mucho más rico a principios del siglo XXI. Aunque el pro-

greso tecnológico sea menos espectacular, es probable que se produzca el crecimiento económico. Esto será asegurado por los cuadros demográficos cambiantes, con su impacto sobre la demanda, y también por la explotación más perfeccionada de las materias primas.

También está claro que dicho crecimiento será desigual, más rápido en un sitio, más lento en otro, según las condiciones del cambio. Es esto, sobre todo, lo que hace que los pronósticos siguientes sean muy provisionales; pues no hay garantía de que, por ejemplo, la imponente expansión económica de Japón en las últimas cuatro décadas continúe durante las dos próximas; ni es imposible que los índices de crecimiento de Rusia, que han estado bajando desde los años sesenta, suban de nuevo en los noventa, si se producen cambios en la política económica y en los mecanismos de aquel país. Sin embargo, en vista de las tendencias actuales, ninguna de ambas cosas parece muy probable. Dicho de otra manera, si Japón se quedase estancado y Rusia prosperase económicamente entre el día de hoy y los principios del siglo XXI, esto sólo podría deberse a cambios en las circunstancias y en la política mucho más drásticos de lo que es razonable presumir partiendo de las pruebas de que disponemos. Que los cálculos sobre cómo puede ser el mundo dentro de quince o veinticinco años pueden resultar equivocados no significa que debamos preferir resultados improbables a expectativas sensatas fundadas en los acontecimientos actuales.

Es razonable esperar, por ejemplo, que continúe una de las «tendencias mundiales» más conocidas en la actualidad, el auge de la región del Pacífico, simplemente porque esta evolución tiene una base muy amplia. Incluye no sólo la fuente de energía económica del Japón, sino también ese gigante rápidamente cambiante que es la República Popular China; no sólo los prósperos y estables Estados industriales de Australia y Nueva Zelanda, sino también los recién industrializados y florecientes

países asiáticos como Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur, así como la más amplia Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), tierras de Malasia, Indonesia, Thailandia y las Filipinas; por extensión, incluye también los Estados del Pacífico de los Estados Unidos y provincias de Canadá[8]. El crecimiento económico en esta vasta zona ha sido estimulado por una afortunada combinación de factores: un aumento espectacular en la productividad industrial por sociedades orientadas a la exportación, que a su vez conduce a un gran aumento en el comercio exterior, los transportes marítimos y los servicios financieros; un marcado movimiento hacia las más nuevas tecnologías, así como a unas manufacturas más baratas y de trabajo intensivo, y un triunfal esfuerzo en aumentar la producción agrícola (especialmente cereales y ganado) con más rapidez que el crecimiento total de la población. Cada triunfo ha beneficiado a los otros, para producir un índice de expansión económica que ha eclipsado con mucho al de las potencias occidentales tradicionales —así como al del Comecon— en años recientes.

En 1960, por ejemplo, el producto doméstico bruto de los países asiáticos del Pacífico (es decir, excluyendo los Estados Unidos) era sólo el 7,8% del PNB mundial; en 1982, había más que doblado, pasando el 16,4%, y desde entonces, los índices de crecimiento de aquella zona han superado por amplio margen los de Europa, los Estados Unidos y la URSS. Es muy probable que representen más del 20% del PNB mundial en el año 2000, igualando a Europa o a los Estados Unidos, y esto ocurrirá incluso sobre la base de diferenciales de ritmo de crecimiento «mucho menores» que las que han existido en el último cuarto de siglo[9]. El dinamismo de la cuenca del Pacífico se ha dejado sentir también en los oscilantes equilibrios económicos con los propios Estados Unidos durante el mismo período. El comercio norteamericano con Asia y el Pacífico era sólo el 48% del

que tenía con Europa (miembros de OECD) en 1960, pero había subido al 122% del comercio norteamericano-europeo en 1983, cambio que fue acompañado de una redistribución de la población y de la renta dentro de los Estados Unidos en dirección al Pacífico[10]. A pesar de un retraso en, digamos, el crecimiento de un país o de problemas que afectan a una industria en particular, es evidente que estas tendencias continúan en su conjunto. No es de extrañar pues, que un experto economista haya pronosticado confiadamente que toda la región del Pacífico, que ahora tiene un 43% del PNB mundial, disfrutará al menos de un 50% el año 2000. Y concluye: «El centro de gravedad económico mundial se está desviando rápidamente hacia Asia y el Pacífico, al ocupar el Pacífico su puesto como uno de los centros clave del poder económico mundial»[11]. Esta clase de lenguaje se ha oído desde luego con frecuencia desde el siglo XIX, pero sólo con el enorme crecimiento del comercio y la productividad de la región desde 1960 se ha hecho realidad aquella previsión.

De manera parecida, también es razonable presumir que las próximas décadas serán testigos de 18 continuación de una tendencia mucho menos atractiva pero aún más extendida: el costo en espiral de la carrera de armamentos, que es aumentado por la carestía de los nuevos sistemas de armas, así como por las rivalidades internacionales. «Una de las pocas constantes de la Historia —se ha observado— es que la escala de inversiones en gastos militares ha ido siempre en aumento»[12] Y si esto era verdad (salvo algunas fluctuaciones a corto plazo) en las guerras y carreras de armamentos del siglo XVIII, cuando la tecnología de las armas cambiaba sólo lentamente, lo es mucho más en el siglo actual, en que cada nueva generación de aviones, buques de guerra y tanques es mucho más cara que las precedentes, incluso teniendo en cuenta la inflación. Los estadistas eduardinos, que se asustaban de que un acorazado costase 2,5

millones de libras antes de 1914, se aterrorizarían al saber que ahora el Almirantazgo británico paga 120 millones de libras y más ¡por una fragata de repuesto! Los legisladores norteamericanos, que habían asignado de buen grado fondos para miles de bombardeos «B-17» a finales de los años treinta, se estremecen ahora comprensiblemente al calcular el Pentágono que el nuevo bombardero «B-I» costará más de 200 mil millones de dólares por sólo un centenar de aviones. La espiral hacia arriba se produce en todos los sectores:

> Los bombarderos cuestan doscientas veces más que en la Segunda Guerra Mundial. Los cazas cuestan cien veces o más lo que costaban en la Segunda Guerra Mundial. Los portaaviones son veinte veces más caros y los tanques quince veces más caros que en la Segunda Guerra Mundial. Un submarino de la clase «Gato» costaba 5500 dólares por tonelada en la Segunda Guerra Mundial, comparado con 1,6 millones de dólares por tonelada del «Trident»[13].

Agravando estos problemas, está la prueba de que la industria de armamentos de hoy se está desviando cada vez más de la manufactura comercial de mercado libre. La primera, generalmente concentrada en unas pocas empresas gigantescas que gozan de relación especial con su propio departamento de defensa (sea en los Estados Unidos, en Gran Bretaña o en Francia, todavía más en la «economía de mando» de la URSS), está frecuentemente protegida de las operaciones de mercado por la otorgación oficial de contrato en exclusiva y de garantías sobre el aumento del coste, para productos de los que sólo el Estado (y los Estados amigos) será consumidor. La segunda, aun en el caso de compañías gigantescas como «IBM» y «General Motors», tiene que luchar contra una furiosa competencia para conseguir sólo una *parte* de los volubles mercados interiores y exteriores, en los que la calidad, el gusto del consumidor y el

precio son variables vitales. La primera, impulsada por el deseo de los militares de tener el armamento más avanzado «en su arte», para que sus fuerzas puedan luchar en todos los posibles (aunque a veces casi inverosímiles) escenarios de guerra, produce artículos que son cada vez más caros, más complicados y *mucho menos numerosos*. La segunda, después de una fuerte inversión inicial en los primeros prototipos de artículos domésticos u ordenadores de oficina, empuja *hacia abajo* sus costos medios por unidad, debido a la competencia de mercado y a la producción en gran escala[14]. Y si puede ser verdad que la explosión de nuevos inventos tecnológicos y científicos desde finales del siglo XIX puso inevitablemente en relación a los fabricantes de materiales de defensa con Gobiernos que se desviaban de las normas de «mercado libre»[15], el grado actual de este aumento es alarmante. Las diversas proporciones sobre «reforma militar» en los Estados Unidos podría tal vez evitar el resultado previsto por los cínicos de que todo el presupuesto del Pentágono puede ser absorbido por un solo avión en el año 2020; pero ni siquiera estos esfuerzos es probable que *inviertan* la tendencia hacia menos armas a costos siempre más altos.

Si buena parte de esto se debe al creciente e inevitable perfeccionamiento de las armas —como el moderno avión de caza, que puede contener 100 000 piezas separadas—, también es causado por la continua carrera de armamentos en tierra, bajo los océanos, en el aire y en el espacio. Si la más grande de estas rivalidades es la que existe entre la OTAN y los países del pacto de Varsovia (que gracias a las dos superpotencias, gastan casi el 80% de las inversiones mundiales en armamento y poseen el 60-70% de sus aviones y barcos), hay otras carreras significativas de armas —por no hablar de guerras— en Oriente Medio, África, América Latina y en toda Asia, desde Irán hasta Corea. La consecuencia ha sido una explosión de los gastos militares en el Tercer Mundo, incluso en los regímenes más pobres, y au-

mentos en gran escala de las ventas y envíos de armas a estos países; en 1984, las importaciones de armas por el colosal valor de 35 mil millones de dólares superaron al comercio mundial de cereales (33 mil millones). El año siguiente, vale la pena observarlo también, los gastos militares mundiales alcanzaron un total de unos 940 mil millones de dólares, bastante más que toda la renta de la mitad más pobre de la población del planeta. Más aún, aquel gasto en armas se elevaba más deprisa que la economía mundial y la mayoría de las economías nacionales. Marchaban en cabeza los Estados Unidos y la URSS, cada uno de los cuales dedicaba más de 250 mil millones de dólares anuales en defensa y es muy probable que hagan ascender este total a más de 300 mil millones en un futuro próximo. En la mayoría de los países, los gastos en las Fuerzas Armadas absorbían una proporción cada vez mayor de los presupuestos oficiales y del PNB, sólo contenidos (con pocas excepciones en cuanto al motivo, como en Japón y Luxemburgo) por debilidades económicas, escasez de moneda fuerte, etc., más que por una deliberada intención de reducir los gastos en armas[16]. La «militarización» de la economía mundial, como lo llama el Worldwatch Institute, está ahora avanzando más deprisa de lo que lo ha hecho en una generación[17].

Estas dos tendencias —el grado desigual de crecimiento, con las balanzas de producción mundial inclinándose hacia la cuenca del Pacífico, y el costo creciente de las armas y las Fuerzas Armadas— son desde luego fenómenos separados. Sin embargo, es evidente que tienden cada vez más a actuar recíprocamente y, en realidad, han empezado ya a hacerlo. Ambas son impulsadas por la dinámica del cambio tecnológico e industrial (aunque las carreras de armamentos individuales tendrán también motivos políticos e ideológicos). Ambas pesan fuertemente sobre la economía nacional: la primera aumentando la riqueza y la productividad a un ritmo más rápido o más lento, haciendo

así que ciertas sociedades sean más prósperas que otras; la segunda consumiendo recursos nacionales, medidos no simplemente en términos de inversión de capital y de materias primas, sino también (y tal vez aún más importante) en el número de científicos, ingenieros y personal de «R&Dr» dedicados a la producción de artículos relacionados con la defensa, como opuestos al crecimiento comercial y orientado hacia la exportación. Aunque se ha sostenido que los gastos en defensa pueden favorecer a cierta economía comercial, parece cada vez más difícil argüir contra la tesis de que los gastos *excesivos* en armas perjudican el crecimiento económico[18]. Las dificultades experimentadas por sociedades contemporáneas dominadas por los militares son simple repetición de las que, en su época, afectaron a la España de Felipe II, a la Rusia de Nicolás II y a la Alemania de Hitler. Una gran estructura militar puede, como un gran monumento, parecer imponente al observador impresionable; pero, si no se apoya en unos cimientos firmes (en este caso, una economía nacional productiva), corre el riesgo de un derrumbamiento en el futuro.

Ambas tendencias tienen, pues, por extensión, profundas implicaciones socioeconómicas y políticas. Un lento crecimiento en un país particular es probable que deprima la moral pública, produzca descontento y exacerbar la discusión sobre prioridades de gastos nacionales; por otra parte, un ritmo rápido de expansión tecnológica e industrial tendrá también sus consecuencias, especialmente sobre una sociedad hasta ahora no industrializada. Los gastos en armamentos a gran escala pueden, por su parte, beneficiar a industrias específicas dentro de la economía nacional; pero pueden también conducir a una desviación de recursos de otros grupos de la sociedad y hacer que la economía nacional sea menos capaz de responder a los desafíos comerciales de otros países. A menos que haya un enemigo en la puerta, los elevados gastos de defensa han provoca-

do casi siempre, en este siglo, una controversia de «cañones contra mantequilla». Con menos publicidad, pero con aún mayor significación para nuestros fines, han provocado un debate sobre la verdadera relación de la fuerza económica por el poder militar[19].

Así, pues, y no por primera vez en la Historia, existe actualmente una tensión entre la existencia de una nación en un mundo militar-político anárquico y su existencia en un mundo de economía de *laissez faire*; entre, de una parte, su búsqueda de seguridad estratégica, representada por sus inversiones en los últimos sistemas de armas y su desviación a gran escala de recursos nacionales hacia las Fuerzas Armadas, y de otra parte, su busca de seguridad económica, representada por un aumento de la prosperidad nacional, que depende del crecimiento (que, a su vez, se deriva de nuevos métodos de producción y creación de riqueza), del aumento de la producción y de una demanda interior y exterior floreciente, todo lo cual puede ser perjudicado por un gasto excesivo en armamentos. Precisamente porque la estructura dominada por el elemento militar puede retrasar el ritmo de crecimiento económico y conducir a una reducción de la parte de la nación en la producción manufacturera mundial y, por tanto, de la riqueza y, por ende, del *poder*, todo el problema se reduce a comparar la seguridad a corto plazo proporcionada por grandes fuerzas de defensa con la seguridad a largo plazo de elevar la producción y la renta.

La tensión entre estos dos Sines conflictivos es tal vez particularmente aguda a finales del siglo XX, debido a la publicidad dada a la existencia de varios «modelos» alternativos para la emulación. De una parte, están los triunfales «estados comerciantes» —principalmente en Asia, como Japón y Hong Kong, pero incluyendo también a Suiza, Suecia y Austria— que se han aprovechado del gran crecimiento de la producción mundial y de la interdependencia comercial desde 1945, y cuya política

exterior hace hincapié en las relaciones pacíficas y comerciales con otras sociedades. En consecuencia, han tratado todos ellos de mantener los gastos de defensa lo más bajos posibles, compatibles con la preservación de la soberanía nacional, liberando así recursos para el elevado consumo doméstico y las inversiones de capital. De otra parte, están las diversas economías «militarizadas» —Vietnam, en el Sudeste asiático; Irán e Iraq, enzarzados en su prolongada guerra; Israel y sus celosos vecinos en el Próximo Oriente, y la propia URSS—, todas las cuales destinan más (en algunos casos, mucho más) del 10% de su PNB a gastos de defensa todos los años y, aun creyendo firmemente que tales niveles de gastos son necesarios para garantizar la seguridad militar, sufren visiblemente de aquella desviación de recursos de fines productivos y pacíficos. Entre los dos polos de los Estados mercantiles y guerreros, por llamarles así, se encuentran la mayoría de las restantes naciones del planeta, no convencidas de que el mundo es lo bastante tranquilo para permitirles reducir los gastos en armas al nivel desacostumbradamente bajo del Japón, pero también generalmente inquietos ante los altos costos económicos y sociales de los cuantiosos gastos en armamentos, y conscientes de que hay cierta relación entre la seguridad militar a corto plazo y la seguridad económica a largo plazo. Para países que tienen —de nuevo en contraste con Japón— extensas obligaciones militares en ultramar, de las que les sería difícil librarse, el problema es aún más complicado. Además, en muchas de las principales potencias, los planificadores se dan perfecta cuenta de que tienen que equilibrar el creciente costo del armamento, no sólo con la inversión productiva, sino también con las exigencias sociales (especialmente al envejecer su población), lo cual hace que la determinación de las prioridades en los gastos sea más difícil que nunca.

La proeza que ése exige a la mayoría, si no a todos los cuerpos gobernantes, al encaminarse el mundo al siglo XXI, es, por

consiguiente, triple: simultáneamente, proporcionar seguridad militar (o alguna seguridad alternativa viable) a sus intereses nacionales, y satisfacer las necesidades socioeconómicas de sus ciudadanos, y asegurar el crecimiento sostenido, este último esencial tanto para los fines positivos de disponer de los necesarios cañones y mantequilla en el día de hoy, como para el fin negativo de evitar una relativa decadencia económica que podría perjudicar la seguridad militar y económica del pueblo en el futuro. Lograr estas tres hazañas en un largo período de tiempo será tarea muy difícil, dados el ritmo desigual del cambio tecnológico y comercial y las fluctuaciones imprevisibles de la política internacional. Sin embargo, lograr las dos primeras proezas —o una de ellas— sin la tercera, conducirá inevitablemente a un relativo eclipse a largo plazo, lo cual ha sido desde luego el destino de todas las sociedades de lento crecimiento que no se han adaptado a la dinámica del poder mundial. Como observó gravemente un economista, «es difícil imaginarlo, pero un país cuyo crecimiento de productividad se retrasa el 1% con respecto a otros países en un siglo puede convertirse, como le ocurrió a Inglaterra, de indiscutible líder industrial del mundo en la mediocre economía que es en la actualidad»[20].

Lo bien (o mal) colocadas que parecen estar las principales naciones para realizar esta tarea será tratado en el resto de este capítulo. Inútil recalcar que, dado que las variadas exigencias de los gastos militares de defensa, las necesidades sociales y de consumo, y la inversión para el crecimiento, traen consigo una competencia triangular para los recursos, no existe una solución absolutamente perfecta para esta tensión. Probablemente, lo más que puede lograrse es mantener una armonía aproximada entre los tres objetivos, pero la manera de alcanzar el equilibrio estará siempre fuertemente influida por las circunstancias nacionales, no por alguna definición teorética del equilibrio. Un Estado rodeado de vecinos hostiles pensará que es mejor

destinar más dinero a la seguridad militar que aquella cuyos ciudadanos se sientan relativamente libres de amenazas; una sociedad resuelta a crecer económicamente para alcanzar a las otras tendrá diferentes prioridades que otra que se encuentre al borde de la guerra. La geografía, la política y la cultura harán que la «solución» de un Estado no sea nunca exactamente igual a la de otro. Sin embargo, el argumento básico permanece: sin cierto equilibrio entre las demandas en competencia de la defensa, el consumo y la inversión, es improbable que una gran potencia conserve durante mucho tiempo su posición de tal.

LA ACCIÓN EQUILIBRADORA DE CHINA

Las competidoras demandas de la modernización de las armas, las exigencias sociales del pueblo y la necesidad de canalizar todos los recursos disponibles en empresas «productivas» no militares, no son en parte alguna tan apremiantes como en la República Popular China, que es, simultáneamente, la más pobre de las potencias importantes y, probablemente, la menos bien situada estratégicamente. Pero, si la República Popular China adolece de ciertas dificultades crónicas, su actual liderazgo parece estar desarrollando una gran estrategia más coherente y previsora que las que prevalecen en Moscú, Washington o Tokio, por no hablar de Europa occidental, y si las limitaciones *materiales* de China son grandes, están siendo mejoradas por una expansión económica que, si *puede mantenerse*, promete transformar el país en pocas décadas.

Los puntos flacos del país son tan conocidos que sólo requieren aquí una breve mención. Diplomática y estratégicamente, Pekín se ha considerado (con cierta razón) aislado y rodeado. Si esto se debió en parte a la política de Mao con los vecinos de China, fue también consecuencia de la rivalidad y las ambiciones de otras potencias en Asia durante las décadas precedentes. El recuerdo de las anteriores agresiones de Japón no se ha borrado de la mente de los chinos y refuerza la precaución con que el liderazgo de Pekín considera el crecimiento explosivo del país en los últimos años. A pesar del deshielo, en los años setenta, de las relaciones con Washington, los Estados Unidos son mirados todavía con algún recelo, particularmente bajo un régimen republicano que parece demasiado entusiasmado con la construcción de un bloque contra Rusia, que también parece alimentar una prolongada simpatía por Taiwán y que interviene con demasiada presteza contra países del Tercer Mundo y movimientos revolucionarios para el gusto de Pekín. El futuro de Taiwán y de las pequeñas islas próximas sigue siendo un problema espinoso y sólo disimulado a medias. Las relaciones de la República Popular China con la India han permanecido frías y han sido complicadas por sus respectivos lazos con Pakistán y Rusia. A pesar de los recientes esfuerzos «amistosos» de Moscú, China se siente obligada a ver en la URSS su principal peligro extranjero, y no simplemente por las masas de divisiones rusas y de aviones desplegadas a lo largo de la frontera, sino también a consecuencia de la invasión rusa de Afganistán y, más preocupante aún, del expansionismo hacia el sur del Estado vietnamita apoyado por los soviéticos. Un tanto a la manera de los alemanes en época más temprana de este siglo, los chinos se inquietan mucho por el «cerco», aunque se esfuerzan simultáneamente por mejorar su posición en el sistema mundial de poder[21].

Además, esta serie de difíciles y multilaterales tareas diplomáticas tienen que ser realizadas por un país no muy fuerte, militar o económicamente, en comparación con sus principales rivales. Aparte de la importancia numérica del Ejército chino, éste sigue estando muy mal equipado en instrumentos modernos de guerra. La mayoría de sus tanques, cañones, aviones y buques de guerra son versiones indígenas de modelos rusos y occidentales que adquirió China hace años, y ciertamente no tienen comparación con tipos posteriores y mucho más perfeccionados; la carencia de moneda fuerte y su renuncia a depender demasiado de otras naciones, redujeron al mínimo las compras de armas extranjeras. Tal vez más preocupante aún para los líderes de Pekín es la poca efectividad de *combate* de China, debida a los ataques maoístas, al profesionalismo en el Ejército y la preferencia por las milicias de campesinos, utópicas soluciones que sirvieron de poco en la guerra fronteriza de 1979 con Vietnam, cuyas tropas bien adiestradas y curtidas en las batallas mataron a unos 26 000 chinos e hirieron a otros 37 000 [22]. Económicamente, China parece aún más atrasada; incluso después de enmendar sus cifras oficiales de PNB per cápita, para que concuerden mejor con los conceptos y las medidas económicas occidentales[23], aquéllas pueden difícilmente superar los 500 dólares, comparados con los más de 13 000 de muchos de los países avanzados y los respetables más de 5000 de la URSS. Con el probable aumento de la población de mil millones de habitantes hoy en día a 1,2 o 1,3 mil millones en el año 2000, las perspectivas de un incremento importante en la renta personal no pueden ser muy halagüeñas; incluso en el próximo siglo, el chino corriente será pobre en relación con los habitantes de las potencias establecidas. Además, huelga decir que las dificultades de gobernar un Estado tan populoso, de reconciliar las diversas facciones (Partido, Ejército, burócratas, agricultores) y de lograr un crecimiento sin convulsiones sociales e ideológi-

cas, pondrán a prueba incluso el liderazgo más flexible e inteligente. La Historia interna de China durante el pasado siglo no ofrece precedentes alentadores para estrategias de desarrollo a largo plazo.

Sin embargo, los indicios de reforma y de progreso en China que se han producido en los últimos seis u ocho años son muy notables y sugieren que el actual período de liderazgo de Deng Chino-Ping puede ser visto un día por los historiadores como la Francia de Colbert, las primeras fases del reinado de Federico *el Grande* o el Japón de las décadas que siguieron a la Restauración Meiji: es decir, como un país que se esfuerza en desarrollar su poder (en todos los sentidos de la palabra) por todos los medios pragmáticos, equilibrando el deseo de animar la empresa y la iniciativa y el cambio con una determinación *estadista* de dirigir los acontecimientos de manera que los objetivos nacionales se consigan con la mayor rapidez y suavidad posibles. Semejante estrategia requiere la capacidad de ver cómo pueden relacionarse entre sí los aspectos separados de la política de gobierno. Por consiguiente, exige una acción de equilibrio muy delicada, que a su vez requiere cuidadosos criterios sobre la rapidez con que puedan realizarse sin peligro las transformaciones, sobre la cantidad de recursos que haya que asignar a necesidades a largo plazo como opuestas a las de corto plazo, sobre la coordinación de las demandas internas y externas del Estado y —por último, pero no menos importante en un país que tiene todavía un sistema marxista «modificado»— sobre las maneras en que puede reconciliarse la ideología y la práctica. Aunque surgieron dificultades y es probable que surjan otras en el futuro, la historia es hasta ahora impresionante.

Podemos verlo, por ejemplo, en las muchas maneras en que se están transformando los propios servicios armados chinos después de las convulsiones de los años sesenta. La reducción planificada del Ejército de Liberación Popular (que incluye la

Marina y las Fuerzas Aéreas) de 4,2 a 3 millones de personal es, en realidad, un mejoramiento de la fuerza real, ya que demasiadas de ellas eran simplemente tropas auxiliares, empleadas para la construcción de ferrocarriles y servicios civiles. Las que quedan dentro de las Fuerzas Armadas serán probablemente de más alta calidad; los nuevos uniformes y el restablecimiento de los escalafones militares (abolidos por Mao por ser «burgueses») son señales exteriores de esto; señales que serán reforzadas por la sustitución de un Ejército principalmente de voluntarios por el de reclutamiento obligatorio (para dar al Estado posibilidad de disponer de personal de alta calidad), por la reorganización de las regiones militares y la modernización de los cuadros, y por el mejoramiento de la instrucción de los oficiales en las academias, que también han resurgido después de su período de desgracia maoísta[24]. Junto a esto se producirá una modernización a gran escala del armamento de China, que, aunque numéricamente importante, es considerablemente anticuado. Su Marina ha recibido una serie de nuevos buques, desde destructores y navíos de escolta hasta embarcaciones de ataque rápido e incluso aerodeslizadores, y ha construido una importante flota de submarinos convencionales (107 en 1985), que es la tercera fuerza de esta clase en el mundo. Sus tanques se están proveyendo ahora de telémetros láser y sus aviones de aparatos para todos los tiempos y de radar. Todo esto acompañado de una voluntad de experimentar con maniobras a gran escala en modernas condiciones de campo de batalla (en una de estas maniobras, en 1981, intervinieron seis o siete ejércitos chinos respaldados por aviación, que se habían echado en falta en el choque de 1979 con Vietnam)[25] y de revisar la estrategia de una «defensa adelantada» a lo largo de las fronteras, en favor de contraataques a cierta distancia detrás de los largos y descubiertos limites. También la Marina está experimentando a mucha mayor escala en 1980, una fuerza de dieciocho navíos

emprendió una misión de ocho mil millas náuticas en el Pacífico, en conjunción con los últimos experimentos chinos en misiles balísticos intercontinentales. (Uno se pregunta si fue ésta la primera demostración significativa del poder marítimo de China desde las primeras expediciones de Cheng Ho a principios del siglo XV. Véanse páginas 29-33.)

Más impresionante aún, para el auge de China como gran potencia militar, ha sido el desarrollo extraordinariamente rápido de su tecnología nuclear. Aunque las primeras pruebas chinas se realizaron en tiempos de Mao, éste se había burlado públicamente de las armas nucleares, prefiriendo los méritos de una «guerra popular»; en contraste con esto, Deng se ha empeñado en poner a China en las filas de los Estados militares modernos lo más rápidamente posible. Ya en 1980 estaba probando los «ICBM» con un radio de acción de siete mil millas náuticas (que podía alcanzar no sólo toda la URSS, sino también partes de los Estados Unidos)[26]. Un año más tarde, uno de sus cohetes lanzó tres satélites espaciales, lo cual indica una tecnología de cohete de múltiples cabezas. La mayor parte de las fuerzas nucleares chinas tienen base en tierra y son de mediano alcance y no de larga distancia; pero van acompañadas de nuevos «ICBM» y, tal vez lo más significativo (en términos de disuasión nuclear), de una flota de submarinos portadores de misiles. Desde 1982, China ha estado probando misiles balísticos lanzados desde submarinos y trabajando en mejorarlos, tanto en alcance como en puntería. También se habla de experimentos chinos con armas nucleares tácticas. Todo esto está respaldado por una investigación atómica a gran escala y por la negativa de que su desarrollo de armas nucleares sea «congelado» por acuerdos internacionales de limitación, ya que esto sería en beneficio de las grandes potencias existentes.

Contra esta evidencia de progreso militar-tecnológico, es fácil señalar los continuados signos de debilidad. Siempre hay un

gran lapso de tiempo entre la producción de un nuevo prototipo de arma y la posesión por las Fuerzas Armadas de un gran número de ellas, ensayadas y probadas, y esto es particularmente cierto en un país que no es rico en capital ni en recursos científicos. Varios reveses —incluidos la posible explosión de un submarino chino cuando trataba de lanzar un misil, la cancelación o retraso de programas de armamento y la falta de experiencia en tecnología metálica, motores de reacción avanzados, radar, navegación y equipo de comunicaciones— siguen frenando el impulso de China hacia una verdadera igualdad militar con la URSS y los Estados Unidos. Su Marina, a pesar de las maniobras en el océano Pacífico, está lejos de ser una flota de «aguas azules», y su fuerza en submarinos portadores de misiles estará por mucho tiempo detrás de las de los «dos grandes», que están invirtiendo grandes cantidades en la creación de tipos gigantescos (clase Ohio, clase Alfa) que pueden sumergirse a mayor profundidad y navegar más rápidamente que todos los submarinos anteriores[27]. Por último, la mención del costo nos recuerda que, mientras China gaste sólo una octava parte, más o menos, de lo que gastan las superpotencias en defensa, no hay manera de que pueda alcanzar la paridad; no puede, por consiguiente, pensar en adquirir toda clase de armas o prepararse para todas las amenazas concebibles.

Sin embargo, incluso la actual capacidad militar de China le da una influencia mucho más sustancial que la que tenía hace unos años. Las mejoras en instrucción, organización y equipo deberían colocar al Ejército en mejores condiciones que en las dos décadas pasadas para enfrentarse con rivales regionales como Vietnam, Taiwán y la India. Incluso el equilibrio militar con la Unión Soviética puede no estar tan desproporcionadamente a favor de Moscú. Si futuras disputas en Asia condujesen a una guerra chinorrusa, el liderazgo de Moscú encontraría políticamente difícil descargar golpes nucleares contra China, tanto

por la reacción mundial como por la imposibilidad de prever la respuesta norteamericana; pero, si «se fuese» a la guerra nuclear; sería cada día menos probable que las Fuerzas Armadas soviéticas pudiesen garantizar la destrucción de los sistemas de misiles chinos con base en tierra y (especialmente) con base en el mar, antes de que pudiesen replicar al ataque. Por otra parte, si sólo se tratase de una lucha convencional, el dilema soviético seguiría siendo muy difícil. El hecho de que Moscú se toma en serio la posibilidad de una guerra se manifiesta en su despliegue de unas cincuenta divisiones de tropas rusas (incluidas seis o siete divisiones de tanques) en sus dos distritos militares al este de los Urales. Y si es presumible que tales fuerzas podrían hacer frente a las setenta o más divisiones estacionadas de modo parecido en la zona fronteriza, su superioridad difícilmente sería suficiente para asegurar una victoria aplastante, especialmente si los chinos jugasen con el espacio para ganar tiempo y debilitar los efectos de una guerra relámpago soviética. Para muchos observadores, existe ahora una «equivalencia aproximada», en «equilibrio de fuerzas» en Asia Central[28], y si esto es cierto, sus repercusiones estratégicas se extienden mucho más allá de la inmediata región de Mongolia.

Pero el aspecto más significativo del poder bélico a largo plazo de China está en otra parte: en el crecimiento notablemente rápido de su economía, que se ha producido en las últimas décadas y que parece probable que continúe en el futuro. Como hemos mencionado en el capítulo anterior (págs. 653-656), incluso antes de que los comunistas hubiesen establecido firmemente su régimen, China tenía un poder manufacturero considerable, aunque esto era disfrazado por la extensión enorme del país, por el hecho de que la mayoría de sus habitantes eran campesinos, y por los trastornos de la guerra y de las guerras civiles. La creación de un régimen marxista y el advenimiento de la paz doméstica permitieron que la producción diese un

gran avance, con el Estado fomentando los crecimientos agrícola e industrial, aunque a veces (como bajo Mao) por medios extraños y contraproducentes. Un observador, que escribía en 1983-1984, señaló que «China ha logrado, desde 1952, unos índices anuales de crecimiento en la industria y la agricultura, de alrededor de un 10 y un 3%, respectivamente, y un aumento total del PNB del 5-6% al año»[29]. Si estas cifras no igualan los logros de «Estados comerciales» asiáticos orientados hacia la exportación, como Singapur o Taiwán, son impresionantes para un país tan grande y populoso como China y reflejan un poder económico de cierta importancia. A finales de los años sesenta la economía industrial china era tan grande (si no más) como la de la URSS y el Japón en 1961[30]. Además, vale la pena observar otra vez que estos índices de crecimiento medio incluyen el período del llamado Gran Salto adelante de 1958-1959, la ruptura con Rusia y la retirada de fondos, científicos y planes soviéticos a principios de los años sesenta, y el torbellino de la Revolución cultural, que no sólo trastornó la planificación industrial, sino que socavó todo el sistema de educación y científico durante casi una generación. Si no hubiesen ocurrido aquellos sucesos, el crecimiento chino habría sido aún más rápido, según se desprende del hecho de que, en los últimos cinco años de reformas impulsadas por Deng, la agricultura ha tenido un crecimiento del 8%, y la industria, de un espectacular 12%[31].

En alto grado, el sector agrícola sigue siendo, al mismo tiempo, la oportunidad de China y su punto flaco. Los métodos de cultivo del arroz en el Este asiático son extraordinariamente productivos en rendimiento por hectárea, pero requieren también un trabajo intensivo, lo cual hace difícil efectuar un cambio a, digamos, las formas mecanizadas a gran escala de la agricultura empleadas en las praderas americanas. Sin embargo, como la agricultura produce más del 30% del PNB de China y emplea el 70% de la población, la decadencia (o simplemente un

retraso) en este sector actuará como un freno en toda la economía, como ha ocurrido claramente en la Unión Soviética. Este desafío se complica aún más con la bomba de relojería de la población. China está ya tratando de alimentar a mil millones de personas con sólo 500 millones de hectáreas de tierra cultivable (comparados con los 800 millones de hectáreas cultivados de los Estados Unidos para 230 millones de habitantes)[32]. ¿Podrá alimentar a otros 200 millones de chinos en el año 2000, sin aumentar su dependencia de los comestibles importados, con su repercusión en la balanza de pagos y en los costos estratégicos? Es difícil dar una respuesta clara a esta pregunta crucial en parte porque los expertos se valen de diferentes alegaciones. La tradicional exportación de productos alimenticios decayó lentamente durante las últimas tres décadas en China, que, en 1980, se convirtió en país importador[33]. Por otra parte, el Gobierno chino está dedicando recursos científicos masivos a la consecución de una «revolución verde» según el modelo indio, y el fomento por Deng de las reformas orientadas al mercado, junto con grandes aumentos en los precios de compra agrícolas (sin repercutir el costo sobre las ciudades), han tenido como consecuencia grandes aumentos en la producción de artículos alimenticios durante el último lustro. Entre 1979 y 1983 —cuando gran parte del resto del mundo estaba sufriendo la depresión económica—, los 800 millones de chinos de las zonas rurales aumentaron sus ingresos alrededor de un 70%, y su consumo de calorías era casi tan alto como el de los brasileños o los malayos. «En 1985, los chinos produjeron 100 millones más de toneladas de grano que una década antes, uno de los mayores aumentos de producción jamás registrados»[34]. Con el incremento de la población y el paso cada vez más acentuado al consumo de carne (que requiere aún más grano), la presión para mantener esta expansión del consumo agrícola se hará más intensa, y sin embargo, el terreno utilizable sigue siendo limita-

do, y el aumento de los rendimientos producido por la aplicación de abonos tendrá forzosamente que reducirse. Sin embargo, los hechos sugieren que China está consiguiendo mantener esta parte de su complicada acción de equilibrio con un grado de éxito considerable.

El futuro del impulso de China hacia la industrialización tiene todavía más importancia pero plantea problemas aún más delicados. Ha sido obstaculizado no sólo por la falta de poder adquisitivo del consumidor, sino también por años de una planificación bastante severa según el modelo ruso y de la Europa oriental. Las medidas de «liberación» de los últimos años —haciendo que las industrias del Estado respondan a las realidades comerciales de calidad, precio y demanda del mercado; fomentando la creación de pequeñas empresas privadas, y permitiendo una gran expansión del comercio exterior;[35]— han traído consigo imponentes aumentos en la producción manufacturera, pero también muchos problemas. La creación de decenas de millares de negocios privados ha alarmado a los ideólogos del Partido, y el aumento en los precios (causado probablemente tanto por el necesario reajuste a los costos de mercado como por los frecuentemente denunciados «chantajes» y «agiotajes») ha provocado el descontento de los trabajadores urbanos, cuyos ingresos no han aumentado tan rápidamente como los de los agricultores o los empresarios. Además, el auge del comercio exterior condujo rápidamente a una absorción de productos manufacturados importados y, con ello, a un déficit comercial. Las declaraciones hechas en 1986 por el primer ministro Zhao Ziyang de que los asuntos podían estar un poco «fuera de control» y de que se necesitaba una «consolidación» durante un tiempo, junto con la anunciada reducción de los febriles objetivos de crecimiento, son indicios de re los problemas internos e ideológicos permanecen[36].

Sin embargo, es notable que incluso los reducidos índices de crecimiento han sido proyectados para alcanzar un respetable 7,5% anual en dos años venideros (en comparación con el 10% desde 1981). Sólo esto *doblaría* el PNB de China en menos de diez años (un índice del 10% conseguiría lo mismo en sólo siete años); sin embargo, los expertos en economía parecen creer, por varias razones, que aquel objetivo puede ser alcanzado. En primer lugar, el grado de ahorro y de inversión de China ha representado siempre más del 30% del PNB desde 1970, y si esto trae consigo problemas (reduce la proporción disponible para el consumo, que es compensada por la estabilidad de los precios y la igualdad en la renta, lo cual es a su vez un obstáculo para el empresario), significa también que hay más fondos disponibles para la inversión productiva. En segundo lugar, hay grandes oportunidades para ahorro en los costos: China ha estado entre los países más pródigos y despilfarradores en el consumo de energía (lo cual causó menguas en sus considerables reservas de petróleo), pero sus reformas de después de 1978 han reducido sustancialmente los costos de uno de los principales «factores de producción» de la industria, liberando dinero para su inversión en otras partes, o para el consumo[37]. Además, sólo ahora está empezando China a librarse de las consecuencias de la Revolución Cultural. Después de más de una década de estar cerrando las Universidades y los institutos de investigación chinos (u obligados a operar de un modo totalmente contraproducente), era previsible que se tardaría algún tiempo en ponerse a la altura de los progresos científicos y tecnológicos hechos en otras partes. «Sólo con estos antecedentes», se observó hace pocos años,

> se puede comprender la importancia de los miles de científicos que se fueron a los Estados Unidos y a otras partes de Occidente a finales de los años setenta, para pasar allí uno o dos años y en ocasiones períodos más

> largos…, de manera que en 1985 —y ciertamente en 1990— China tendrá un cuadro de muchos miles de científicos y técnicos familiarizados con las fronteras de sus diversos campos. Decenas de millares más, instruidos en el país así como en el extranjero, constituirán el personal de los institutos y empresas que pondrán en práctica los programas necesarios para elevar la tecnología industrial china a los mejores niveles internacionales, al menos en zonas estratégicas de actividad[38].

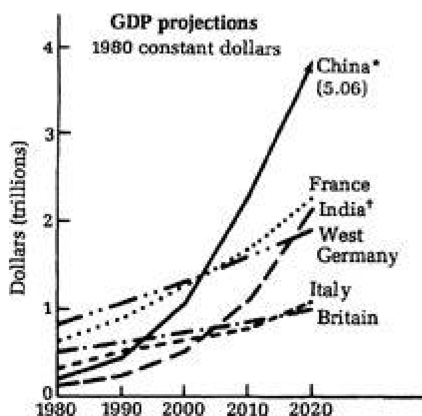
De la misma manera, sólo en el período de fomento (aunque selectivo) del comercio exterior y de la inversión en China, que siguió a 1978, tuvieron sus mánagers y empresarios oportunidad de examinar y escoger entre los aparatos tecnológicos, patentes y elementos de producción ofrecidos con entusiasmo por los gobiernos y las compañías occidentales, que exageraban las dimensiones del mercado chino para tales particulares. A pesar de —o más bien debido a— el deseo del Gobierno de Pekín de controlar el nivel y el contenido del comercio de ultramar, es probable que las importaciones serán deliberadamente seleccionadas para aumentar el crecimiento económico.

El último y tal vez más notable aspecto del «impulso de crecimiento» de China ha sido el firmísimo control de los gastos de defensa, de manera que las Fuerzas Armadas no consuman recursos necesarios en otras partes. En opinión de Deng, la defensa tiene que ser la cuarta de las muy encomiadas «cuatro modernizaciones» de China, detrás de la agricultura, la industria y la ciencia, y aunque es difícil tener cifras exactas de los gastos de defensa de los chinos (principalmente a causa de los diferentes métodos de cálculo)[39], parece claro que la proporción del PNB destinada a las fuerzas armadas se ha ido reduciendo en los últimos quince años, desde tal vez el 7,4% en 1971 (según una fuente) hasta el 7,5% en 1985[40]. Esto puede a

su vez causar descontento entre los militares y aumentar el debate interno sobre prioridades y políticas económicas, y ciertamente tendría que ser modificado si volviesen a producirse graves choques fronterizos en el norte o en el sur. Sin embargo, el hecho de que los gastos de defensa deban ocupar un lugar inferior es, probablemente, la indicación más significativa hasta la fecha de la total dedicación de China al crecimiento económico, y ofrece vivo contraste, tanto con la obsesión soviética de la «seguridad militar», como con el empeño de la administración Reagan en verter fondos en los servicios armados. Como han observado muchos expertos[41], dados el actual PNB de China y la cantidad de ahorro e inversiones nacionales dentro de ella, no sería un verdadero problema gastar mucho más que sus actuales 30 mil millones de dólares en defensa. El hecho de que prefiera no hacerlo refleja la creencia de Pekín de que la seguridad a largo plazo sólo estará asegurada cuando sus actuales producción y riqueza se hayan multiplicado muchas veces.

En suma: «Los únicos sucesos que podrían interrumpir este crecimiento serían el estallido de una guerra con la Unión Soviética o una conmoción política prolongada según el modelo de la Revolución Cultural. La dirección, la energía y los problemas agrícolas de China son graves, pero son la clase de problemas con que tienen que enfrentarse y que tienen que superar todas las naciones en vías de desarrollo durante el proceso de crecimiento»[42]. Si esto parece una declaración notablemente optimista, palidece en comparación con el reciente cálculo de *The* Economist de que, si China mantiene un promedio del 8% de crecimiento anual —lo cual considera «factible»—, superaría los totales del PNB de Gran Bretaña v de Italia antes del año 2000 y sería muy superior al de *cualquier* potencia europea en 2020[43].

Gráfico 2. Proyecciones del PNB de China, India y ciertos estados europeos occidentales, 1980-2020



* Assuming 7 percent growth rate 1980-1985 and 8 percent thereafter
+ Assuming 5.5 percent growth rate 1980-1985 and 7 percent thereafter
Other countries assuming average annual rates as in 1970-1982

Source: The Economist/IMF

* Presumiendo un índice de crecimiento del 7% en 1980-1985 y del 8% en los sucesivo.

+ Presumiendo un índice de crecimiento del 5,5 en 1980-1985 y del 7% en lo sucesivo.

Presumiendo en los otros países índices anuales medios como en 1970-1982.

Fuente: *The Economist*/IMF

El mayor error sería presumir que esta clase de proyección, con todos los factores variables sobre los que descansa, podría desarrollarse con tal exactitud. Pero la cuestión general permanece: China tendrá un grandísimo PNB dentro de un espacio de tiempo relativamente corto, salvo que se produzca alguna catástrofe, y aunque todavía será relativamente pobre en términos per cápita, será decididamente más rica que en la actualidad.

Vale la pena mencionar otros tres puntos sobre el futuro impacto de China en el escenario internacional. El primero, y el menos importante para nuestros fines, es que, aunque el crecimiento económico del país hará aumentar su comercio exterior, es imposible transformar aquél en otra Alemania Federal u otro Japón. Las meras dimensiones del mercado doméstico de

una potencia como China, que tiene la anchura de un continente, y el volumen de su población y su base de materias primas, hace que sea sumamente improbable que llegue a depender del comercio de ultramar tanto como uno de los más pequeños «estados comerciales» marítimos[44]. La importancia de su sector agrícola de trabajo intensivo y la determinación del régimen de no confiar demasiado en los artículos alimentarios importados serán también un freno del comercio exterior. Lo más probable es que China se convierten en un productor cada vez más importante de artículos de bajo coste, como los tejidos, que le ayudarán a pagar la tecnología occidental —o incluso rusa—; pero Pekín está claramente resuelto a no depender del capital, de las manufacturas o de los mercados extranjeros, o de cualquier otro país o proveedor en particular. La adquisición de tecnología, instrumentos y métodos de producción extranjeros estará sometida a las mayores exigencias de la acción equilibradora de China. Esto no está en contradicción con el reciente ingreso de China en el Banco Mundial y en el FMI (y es posible que lo haga en el futuro en el GATT y en el Banco de Desarrollo Asiático), que más que indicios de que Pekín vaya a ingresar en el «mundo libre» lo son de su deliberado cálculo de que le conviene más acceder a los mercados extranjeros y a préstamos a largo plazo a través de instituciones internacionales, que mediante «tratos» unilaterales con una gran potencia o con Bancos privados. Dicho en otras palabras, estas maniobras protegen la posición y la independencia de China. El segundo punto está separado pero se relaciona con el primero. Es que, mientras bajo el régimen de Mao en los años sesenta parecía casi disfrutar con los choques fronterizos, Pekín prefiere ahora mantener relaciones pacíficas con sus vecinos, incluso con aquellos a los que mira con recelo. Como se ha observado antes, la paz es esencial para la estrategia económica de Deng; la guerra, aunque fuese regional, desviaría recursos hacia los ser-

vicios armados y alteraría el orden de prioridad entre las «cuatro modernizaciones» de China. También es posible que, como se ha argüido recientemente[45], China se sienta más tranquila en sus relaciones con Moscú, simplemente por que sus propias mejoras militares han creado cierto equilibrio en el Asia central. Habiendo logrado una «correlación de fuerzas», o al menos una estimable capacidad defensiva, China puede concentrarse más en el desarrollo económico.

Empero, si sus intenciones son pacíficas, China recalca también lo resuelta que está a preservar su propia y total independencia, y lo mucho que desaprueba las intervenciones militares de las dos superpotencias en el extranjero. Incluso con Japón han mantenido los chinos una actitud precavida, restringiendo su parte del comercio de importación-exportación, pero advirtiendo también a Tokio que no se entremeta demasiado en el desarrollo de Siberia[46]. Con referencia a Washington y Moscú, China se ha mostrado mucho más calculadora… y crítica. Todas las sugerencias soviéticas de mejoramiento de las relaciones e incluso la vuelta de ingenieros y científicos soviéticos a China a principios de 1986 no han alterado la posición fundamental de Pekín: que no puede haber una verdadera mejoría de aquéllas hasta que Moscú haga concesiones en algunas si no todas, las tres cuestiones más sobresalientes, o sea, la invasión rusa de Afganistán, el apoyo ruso a Vietnam y el antiguo problema de las fronteras y la seguridad en Asia central[47]. Por otra parte, la política de los Estados Unidos en América Latina y en el Oriente Medio ha provocado repetidos ataques de Pekín (lo mismo, ciertamente, que parecidas aventuras rusas en los trópicos). El hecho de ser económicamente uno de los «países menos desarrollados» y, por ende, receloso del dominio del mundo por las razas blancas, hacen de China un crítico natural de la intervención de las superpotencias, aunque no sea miembro formal del movimiento tercermundista y aunque estas críticas

son actualmente blandas en comparación con las fulminantes de Mao en los años sesenta. Y a pesar de su anterior (y todavía fuerte) hostilidad contra las pretensiones rusas en Asia, los chinos siguen recelando de la apasionada discusión americana sobre cómo y cuándo van a jugar la «carta china»[48]. En opinión de Pekín, puede ser necesario inclinarse hacia Rusia o (más frecuentemente, desde las disputas chinosoviéticas) hacia los Estados Unidos, con medidas que incluyan la observación de las pruebas nucleares rusas y el intercambio de información sobre Afganistán y Vietnam; pero la posición ideal sería mantenerse equidistante de los dos y hacer que ambos traten de ganarse al Estado chino.

Hasta este punto, la importancia de China como actor realmente independiente en el presente (y futuro) sistema internacional es acrecentada por lo que, a falta de una palabra mejor, podríamos llamar su «estilo» de relacionarse con las otras potencias. Esto ha sido tan bien expresado por Jonathan Pollack que vale la pena repetirlo *in extenso*:

> Las armas, la fuerza económica y el potencial de poder no explican por sí solos la significación atribuida a China en una ecuación de poder mundial. Si su importancia estratégica es considerada modesta y si su actuación económica ha sido confusa en el mejor de los casos, esto no puede explicar la considerable importancia otorgada a China en los cálculos de Washington y de Moscú, ni la cuidadosa atención prestada a ella en otras capitales clave del mundo. La respuesta está en el hecho de que, a pesar de su caracterización como Estado amenazado y agraviado, China ha empleado con mucha astucia e incluso con descaro sus recursos políticos, económicos y militares disponibles. Frente a las superpotencias, la estrategia global de Pekín ha comprendido, en diversos tiempos, el enfrentamiento y el conflicto

> armado, la reconciliación parcial, la alineación informal y una separación lindante con la ruptura, a veces planteada con retórica estridente e irritante. Como resultado de ello, China se convierte en toda clase de cosas para todas las naciones, dejando a muchas de ellas inseguras e incluso ansiosas en lo referente a sus intenciones y direcciones a largo plazo.
>
> Ciertamente, esta estrategia indeterminada ha traído a veces consigo sustanciales riesgos políticos y militares. Pero la misma estrategia ha dado una credibilidad considerable a la posición de China como naciente potencia importante. China ha actuado a menudo desafiando las preferencias o las demandas de ambas superpotencias; otras veces se ha comportado de manera muy distinta a la que otros esperaban. A pesar de su aparente vulnerabilidad, China no se ha mostrado flexible y dócil ante Moscú o Washington… Por todas estas razones, China ha asumido una singular posición internacional, tanto como participante en muchos de los principales conflictos políticos y militares de la era de la posguerra, como en su calidad de Estado que se resiste a la fácil clasificación en categorías políticas o ideológicas… Resulta claro que, en cierto sentido, China deba ser juzgada como candidata a superpotencia por derecho propio, no imitando o emulando a la Unión Soviética o a los Estados Unidos, sino como reflejo de la posición única de Pekín en la política mundial. Considerada a largo plazo, China representa una fuerza política y estratégica demasiado significativa para ser tenida como adjunta de Moscú o de Washington o, simplemente, como una potencia intermedia[49].

Como punto final, hay que recalcar una vez más que, si bien China restringe fuertemente sus gastos militares en el momen-

to actual, no tiene intención de seguir siendo un «peso ligero» estratégico en el futuro. Antes al contrario, cuanto más avance en su expansión económica al estilo colbertiano, *étatiste*, tantas más implicaciones políticas tendrá aquel desarrollo. Esto parece tanto más probable cuando se recuerda la atención que presta China a ampliar su base científico-tecnológica, y los grandes logros que alcanzó ya en cohetes y en armas nucleares cuando aquella base era mucho más pequeña. Esta preocupación por aumentar la subestructura económica del país, a expensas de una inversión inmediata en armas, es difícil que satisfaga a los generales chinos (que, como los grupos militares de todos los países, prefieren los medios de seguridad a corto plazo). Sin embargo, como observó acertadamente *The Economist*:

> Para los militares (de China) que tengan paciencia para ver terminadas las reformas (económicas), habrá una recompensa. Si se permite que sigan su curso los planes de *Mr*. Deng para la economía en su conjunto, y si, según lo proyectado, se cuadruplica el valor de la producción de China entre 1980 y 2000 (condiciones importantes), dentro de 10 a 15 años la economía civil habrá cobrado bastante fuerza para tirar del sector militar con mayor rapidez. Entonces será cuando el Ejército de China dé realmente qué pensar a sus vecinos y a las grandes potencias[50].

Sólo es cuestión de tiempo.

EL DILEMA JAPONÉS

El mero hecho de que Pekín esté tan interesado sobre lo que va a ocurrir en el Asia oriental aumenta las presiones que gravitan sobre la (autoproclamada) «diplomacia pacífica omnidirectional», o lo que podría más cínicamente describirse como «serlo todo para todos»[51]. El dilema japonés puede tal vez resumirse mejor de la manera siguiente:

Debido a su extraordinario crecimiento desde 1945, el país disfruta de una posición única y muy favorable en el orden económico y de poder político mundial; sin embargo —piensan los japoneses—, es también una posición extremadamente delicada y vulnerable, que podría ser gravemente menoscabada si cambiasen las circunstancias internacionales. Lo mejor que podría ocurrir desde el punto de vista japonés sería, pues, que continuasen ante todo los factores que causaron «el milagro japonés». Pero precisamente porque es éste un mundo anárquico donde las potencias «insatisfechas» se debaten junto a las «satisfechas», y porque la dinámica del cambio tecnológico y comercial empuja tan de prisa, lo más probable es que aquellos factores favorables se reduzcan…, o incluso desaparezcan del todo. Dada la creencia del Japón en la delicadeza y vulnerabilidad de su propia posición, le resulta difícil resistir abiertamente las presiones para el cambio; más bien debe ser éste retrasado, o desviado, por medio del compromiso diplomático. De aquí su constante recomendación de una solución pacífica se encuentra políticamente entre dos fuegos, y su evidente deseo de estar en buena relación con todos, mientras va aumentando su riqueza.

Las razones del fenomenal éxito económico de Japón han sido ya comentada (véanse págs. 650-653). Durante más de cuarenta años, la tierra japonesa ha sido protegida por las fuerzas convencionales y nucleares norteamericanas, y sus mares por la Marina de los Estados Unidos. Así, al poder desviar sus energías nacionales de la expansión militarista, y sus recursos, de

los fuertes gastos de defensa, Japón se ha dedicado a la persecución de un sostenido crecimiento económico, especialmente en mercados de exportación. Este éxito no habría podido conseguirse sin el espíritu emprendedor, el control de la calidad y el duro trabajo de su propia gente, pero fue también ayudado por ciertos factores especiales: el mantenimiento, década tras década, de la baja cotización artificial del yen, con el fin de fomentar las exportaciones; las restricciones, formales e informales, sobre la compra de productos manufacturados extranjeros de importación (aunque, desde luego, no de las vitales materias primas que necesitaba la industria), y la existencia de un órgano mercantil internacional liberal, que ponía pocos obstáculos en el camino de los artículos japoneses y que era mantenido «abierto» por los Estados Unidos, a pesar de las crecientes cargas que ello significaba. Durante el pasado cuarto de siglo, pudo, pues, Japón disfrutar de todas las ventajas de convertirse en un gigante económico mundial, pero sin ninguna de las responsabilidades políticas y de las desventajas territoriales que han seguido, históricamente, a semejante crecimiento. No es de extrañar que prefieran que las cosas continúen como están.

Dado que los cimientos del éxito presente del Japón están exclusivamente en la esfera económica, no es sorprendente que éste sea también el campo que más preocupa a Tokio. De una parte (como veremos más adelante), el crecimiento tecnológico y económico ofrece nuevas y brillantes recompensas al país cuya economía está mejor situada para el próximo siglo XXI, y son pocos los que niegan que Japón está en esta situación favorable[52]. De otro lado, su propio éxito está provocando ya una reacción de «efecto de tijera» contra su expansión en las exportaciones. Una «hoja» de estas tijeras es la emulación del Japón por otros países asiáticos recién industrializados (NSC), tales como Corea del Sur, Singapur, Taiwán, Thailandia, etc., por no hablar de China, que está en el último peldaño de la escala de

productos (p. ej., tejidos)[53]. Todos estos países tienen costes de mano de obra más baratos que Japón[*] y compiten fuertemente en campos donde los japoneses ya no disfrutan de ventajas decisivas: tejidos, juguetes, artículos domésticos, construcción de buques e incluso (en un grado mucho mayor) acero y automóviles. Desde luego, esto no significa que la producción japonesa de buques, coches, camiones y acero esté condenada a desaparecer, pero, como los japoneses necesitan cada vez más «ascender en el mercado» (p. ej., con aceros de más alta calidad o con automóviles más perfeccionados y de mayores dimensiones), se están retirando del extremo de un espectro de producción donde antes no tenían rival; y una de las tareas más importantes del MITI (Ministerio de Comercio e Industria Internacionales) es planificar la progresiva desaparición de industrias que ya no son competitivas, no sólo para hacer su decadencia menos traumática, sino también para disponer la transferencia de recursos y personal a otros sectores más competitivos de la economía internacional.

La segunda y aún más preocupante hoja de las tijeras ha sido la reacción cada vez más hostil de los americanos y los europeos a la, al parecer, inexorable penetración de sus mercados domésticos por los productos japoneses. Año tras año, las poblaciones de estos prósperos mercados han comprado acero, máquinas-herramienta, motocicletas, automóviles y aparatos de TV y otros artículos eléctricos japoneses. Año tras año, han aumentado los excedentes comerciales de Japón con la CEE y los Estados Unidos. La reacción europea ha sido la más dura, desde el establecimiento de cupos de importación hasta el obstruccionismo burocrático (como la exigencia francesa de que los artículos eléctricos japoneses sólo puedan ser admitidos a través de la Aduana falta de personal de Poitiers)[54]. Debido a su propia creencia en un sistema comercial mundial abierto, las administraciones norteamericanas han vacilado en prohibir o

restringir las importaciones japonesas fuera de dudosos límites «voluntarios». Pero incluso los más acérrimos defensores norteamericanos del laissez faire se han inquietado ante una situación en la que, esencialmente, los Estados Unidos abastecen a Japón de comestibles y materias primas y reciben a cambio artículos manufacturados japoneses: una especie de posición comercial «colonial» o «de subdesarrollo» que no había conocido en un siglo y medio. Además, los crecientes déficits comerciales de los Estados Unidos con Japón —62 mil millones de dólares en el año fiscal que terminó el 31 de marzo de 1986— y las presiones de industrias acosadas norteamericanas que han sentido lo más recio de esta competencia transpacífica, han aumentado las peticiones de Washington de medidas para reducir el desequilibrio; por ejemplo, fomentar un aumento en la cotización del yen, incrementar sustancialmente las exportaciones norteamericanas al Japón, etc. Al inclinarse el mundo occidental hacia un cuasiproteccionismo, su tendencia a limitar la cantidad total de tejidos o de televisores importados implica que Japón tendrá que repartirse aquel encogido mercado con sus rivales asiáticos.

Por consiguiente, no es de extrañar que algunos portavoces japoneses nieguen que la situación sea buena y señalen una alarmante conjunción de amenazas a su actual participación en los mercados y a su prosperidad: el creciente desafío de los NIC asiáticos en tantas industrias, las restricciones sobre las exportaciones japonesas por los Gobiernos occidentales; las presiones para modificar las leyes fiscales del Japón, desviar dinero del ahorro al consumo y asegurar un gran aumento de las importaciones; por último, el rápido aumento del valor del yen. Se dice que todo esto podría significar el fin del *boom* de las exportaciones del Japón, una disminución de sus excedentes de pagos, un retraso en el ritmo de crecimiento (que ya se ha estado frenando al hacerse su economía más «madura» y disminuir

su potencial para la expansión espectacular). A este respecto, preocupa a Japón que no es sólo su economía la que está madurando: debido a la estructura de edad de su población, en 2010 tendrá «la proporción más baja de personas en edad de trabajar (de 15 a 64 años) entre las principales naciones industriales», lo cual requerirá elevados gastos de Seguridad Social y podría conducir a una pérdida de dinamismo[55]. Ademas, todos los intentos de hacer que el consumidor japonés compre productos manufacturados extranjeros (a excepción de los que tienen cierto prestigio, como los automóviles «Mercedes») conducen a controversias políticas domésticas[56], que a su vez podrían causar una ruptura en la política de consenso que ha sido parte integrante de la sostenida expansión exportadora de Japón en el pasado.

Pero, aunque puede ser verdad que el crecimiento económico del Japón se retrase al entrar en una fase más madura, y aunque es cierto que otros países no están dispuestos a permitir que Japón conserve las ventajas económicas que contribuyeron a su previo auge en las exportaciones, existen sin embargo considerables razones sustantivas de que se extienda probablemente más de prisa que las otras primeras potencias en el futuro. En primer lugar, como país que depende enormemente de materias primas importadas (99% de su petróleo, 92% de su hierro, 100% de su cobre), se beneficia en gran manera de los términos cambiantes del comercio que han reducido los precios de muchos minerales, carburantes y artículos alimenticios; la caída de los precios mundiales del petróleo después de 1980-1981, que ahorra al Japón miles de millones de dólares en moneda extranjera cada año, es solamente el más espectacular descenso de los precios de materias primas y comestibles[57]. Además, si una rápida revaluación del yen es probable que reduzca algunas de las exportaciones del país a ultramar (dependiendo siempre de la elasticidad de la demanda), también reduce en gran manera

el costo de las importaciones, contribuyendo así a que la industria se mantenga competitiva y la inflación permanezca baja. Además, la crisis del petróleo de 1973 estimuló a los japoneses a buscar otras clases de fuentes de energía, lo cual contribuye a la eficacia todavía mayor de su industria; sólo en la década última, ha reducido el Japón en un 25% su dependencia del petróleo. Además, aquella misma crisis impulsó al Japón a una busca sostenida de nuevas fuentes de materias primas y a una fuerte inversión en tales zonas (algo parecido a las inversiones de Gran Bretaña en ultramar en el siglo XIX). Nada de esto hace que sea *absolutamente* cierto que el Japón pueda confiar en una corriente continuada de materias primas a bajo precio; pero tiene buenas perspectivas de que sea así.

Todavía más significativa es la continuada inclinación de la industria japonesa hacia los sectores más prometedores (y, en definitiva, más provechosos) de la economía para los comienzos del siglo XXI: es decir, la alta tecnología. Dicho en otras palabras, al retirarse gradualmente el Japón de la producción de tejidos, construcción de buques y acero básico —dejándolos a países con costos más bajos de mano de obra—, pretende claramente ser una (si no la) fuerza principal en las manufacturas científicamente avanzadas que tienen un valor añadido mucho más alto. Sus logros en el campo de la informática son ya tan conocidos que se han convertido en legendarios. Inspirándose en principio en la tecnología americana, las compañías japonesas fueron capaces de explotar todas las ventajas del país (un mercado interior protegido, el apoyo del MITI, un mejor control de calidad, una cotización favorable del yen en relación con el dólar), así como —probablemente— vendiendo en el extranjero a precios inferiores a los de costes para que la mayoría de las compañías norteamericanas tuviesen que cesar en la producción de semiconductores, fuese el 16k RAM, el 64k RAM o el ulterior 256k RAM[58].

Todavía más preocupante para la industria de ordenadores norteamericana es la prueba de que el Japón está resuelto a entrar en dos campos nuevos (y mucho más provechosos). El primero es la producción de ordenadores avanzados, particularmente el perfeccionado y sumamente caro superordenador de a «quinta generación», que puede trabajar cientos de veces más de prisa que las máquinas más grandes existentes y promete dar a sus poseedores enormes beneficios en todos los campos, desde el descifrado de mensajes en clave hasta el diseño de modelos de avión. Los expertos norteamericanos están ya pasmados por la velocidad con que se ha introducido Japón en esta zona y por la cantidad de capital para la investigación que están vertiendo en ella el MITI y grandes compañías como «Hitachi» y «Fujitsu»[59]. Y lo mismo ocurre en el campo del *software* de los ordenadores, dónde también las empresas norteamericanas (y unas pocas europeas) no tuvieron rival hasta principios de los años ochenta[60]. Desde luego, la producción con éxito de los superordenadores y del *software* es una tarea mucho más ardua que fabricar semiconductores y pondrá a prueba hasta el máximo a los diseñadores japoneses. Mientras tanto, las compañías norteamericanas y europeas (estas últimas firmemente apoyadas por sus Gobiernos) se están preparando para hacer frente al desafío comercial, mientras el Departamento de Defensa de los Estados Unidos presentará un apoyo masivo a las empresas nacionales para que permanezcan en cabeza en el desarrollo de los superordenadores. Sin embargo, estos organismos serían muy optimistas si presumiesen que Japón puede ser mantenido de modo permanente fuera de estos campos.

Al igual que periódicos respetables, como The Economist, el Wall Street Journal, el New York Times y muchos otros, publican frecuentemente artículos sobre la entrada del Japón en más sectores de alta tecnología, sería superfluo repetir aquí los detalles. La relación de «Mitsubishi» con «Westinghouse» ha sido

considerada como prueba del creciente interés del Japón por la industria de fuerza nuclear[61]. La biotecnología interesa también mucho a los japoneses, especialmente en sus implicaciones para aumentar las cosechas. También les interesa mucho la cerámica. Las informaciones según las cuales la Corporación Japonesa de Desarrollo de la Aviación se ha unido con «Boeing» para producir una nueva generación con carburante de buen rendimiento para los años noventa —denunciado por un experto norteamericano como un «trato faustiano» por el que el Japón proporcionaría una financiación barata y adquiriría tecnología y experiencia de los Estados Unidos[62]— pueden ser aún más significativos para el futuro. Pero tal vez lo más importante (en términos de producción total) será la ya imponente ventaja que lleva el Japón en el campo de los robots industriales y su desarrollo de fábricas experimentales virtualmente controladas en su totalidad por ordenadores, lásers y robots: ¡la solución definitiva de la decreciente fuerza laboral del país! Las últimas cifras muestran que «Japón continuó introduciendo casi tantos robots industriales como todo el resto del mundo, y varias veces la proporción de los Estados Unidos». Otro estudio indica que los japoneses emplean sus robots con mucha más eficacia que los norteamericanos[63].

Detrás de todas estas hazañas de alta tecnología se halla una serie de más amplios factores estructurales que siguen dando al Japón marcadas ventajas sobre sus principales rivales. El papel del MITI como una especie de equivalente económico del famoso Estado Mayor prusiano puede haber sido exagerado por los extranjeros[64], pero parece indudable que la acertada dirección que da al desarrollo japonés, facilitando la investigación y proporcionando fondos a las industrias florecientes y una piadosa eutanasia a las decadentes, ha dado mejor resultado hasta la fecha que el desordenado *laissez-faire* de los Estados Unidos. El segundo factor —uno de los más importantes para explicar

el auge y la caída de empresas e industrias particulares— es el grande (y creciente) aumento del dinero destinado a la investigación y al desarrollo en Japón. «La proporción del PNB dedicada a "R&D" dolará virtualmente en esta década, pasando del 2% del PNB en 1980 a un esperado 3,5% en 1990. Los Estados Unidos han estabilizado los gastos de "R&D" en, aproximadamente, el 2,7% del PNB. Sin embargo, si excluimos la investigación militar, el Japón dedica ya aproximadamente tantas horas por hombre de trabajo a la "R&D" como los Estados Unidos y pronto gastará lo mismo que éstos en ella. Si continúan las actuales tendencias, Japón se pondrá en cabeza en los gastos no militares de "R&D" a primeros de los años noventa»[65]. Tal vez incluso más interesante es el hecho de que la propia industria japonesa hace y paga una proporción más elevada de «R&D» que en Europa y los Estados Unidos (donde cuidan particularmente de ella los Gobiernos o las Universidades). Dicho en otras palabras, apunta directamente al mercado y se espera que se pague su parte rápidamente. La ciencia «pura» es dejada a otros y sólo explotada cuando aparece clara su importancia comercial.

La tercera ventaja es el altísimo nivel del ahorro nacional del Japón, que es especialmente marcado en comparación con el de los Estados Unidos. Esto se explica en parte por las diferencias en los sistemas de impuestos, que en los Estados Unidos han fomentado el crédito personal y el gasto del consumidor, mientras que en Japón fomentan el ahorro privado. Además, por término medio, el individuo tiene que ahorrar mucho más en Japón para la vejez, ya que las pensiones son generalmente menos generosas. Todo esto significa que los Bancos y las compañías de seguros japoneses están sobrantes de fondos y pueden proporcionar a la industria grandes capitales a bajo interés. La parte del PNB recaudada en Japón como impuestos sobre la renta y pagos por Seguridad social es mucho más baja que en

cualquiera de las otras principales sociedades capitalistas y de «bienestar», y los japoneses pretenden evidentemente que esto continúe así, con el fin de liberar dinero para capital de inversión[66]. Los europeos que quieran imitar el «camino japonés» tendrían que empezar por reducir masivamente sus gastos de bienestar social. Los norteamericanos enamorados del sistema japonés deberían reducir sus gastos de defensa y sociales, y modificar sus leyes fiscales más drásticamente de lo que han hecho hasta ahora.

El cuarto factor es que las empresas japonesas tienen un mercado interior virtualmente garantizado, salvo en manufacturas de prestigio y especializadas; situación de la que ya no disfrutan la mayoría de las empresas norteamericanas o (a pesar de sus esfuerzos proteccionistas) la mayoría de las compañías europeas. Aunque esto fue favorecido en gran manera por las prácticas burocráticas y los reglamentos encaminados a ayudar a **los** productores japoneses en su mercado interior, incluso la abolición de tales sistemas mercantilistas es improbable que impulse a los consumidores japoneses a «comprar cosas extranjeras» que no sean materias primas o alimentos básicos; la alta calidad de los productos japoneses, un fuerte orgullo cultural y la compleja estructura de la distribución y las ventas domésticas cuidarán de ello.

Por último, está la altísima calidad de la mano de obra japonesa —al menos medida por las diversas pruebas matemáticas y científicas de aptitud—, no sólo preparada en un sistema docente público y altamente competitivo, sino también adiestrada sistemáticamente por las propias empresas. Incluso los muchachos de quince años muestran en Japón una marcada superioridad en temas que pueden someterse a examen (por ejemplo, matemáticas) sobre la mayoría de sus semejantes occidentales. En esferas más altas de conocimiento, la proporción es diferente: Japón tiene escasez de científicos galardonados con el pre-

mio Nobel, pero produce muchos más ingenieros que cualquier país occidental (aproximadamente un 50% más que los Estados Unidos). También tiene casi 700 000 trabajadores en «R&D», que es más que los que tienen Gran Bretaña, Francia y Alemania Federal juntas[67].

No pueden sacarse conclusiones estadísticamente cuantificables sobre los efectos combinados de los cinco factores expresados, en comparación con las condiciones de otras naciones principales; pero, tomados en su conjunto, dan evidentemente a la industria japonesa una base enormemente firme. También contribuye a ello la docilidad y diligencia de los trabajadores japoneses y la armonía que parece reinar en el sistema de relaciones industriales, donde sólo hay sindicatos de compañía, donde se busca el consenso y donde, virtualmente, no existen huelgas. Naturalmente, también hay aquí características poco atractivas: las largas horas de trabajo, el absoluto conformismo a las singularidades de la empresa (desde los ejercicios físicos por la mañana temprano en adelante), la ausencia de sindicatos realmente independientes, las viviendas donde mora apiñada la gente, el énfasis sobre la jerarquía y la deferencia. Además, Japón tiene también, fuera de las puertas de las fábricas, un cuerpo estudiantil radicalizado. Tales hechos, y otras características preocupantes de la sociedad japonesa, han sido comentados por muchos observadores occidentales[68], algunos de los cuales parecen considerar el país con el mismo horror y pasmo que manifestaron los europeos continentales por el «sistema fabril» de la Gran Bretaña a principios del siglo XIX. Dicho en otras palabras, lo que es claramente una organización más efectiva de los trabajadores y de la sociedad, en términos de *producción* (*y,* por ende, la creación de riqueza), entraña un molesto desafío a las normas tradicionales y a las maneras de comportamiento individual. Y precisamente porque la emulación del milagro industrial japonés entrañaría no sólo la copia

de tal o cual pieza de tecnología y de *management*, sino la imitación de buena parte del sistema social japonés, observadores tales como David Halberstam arguyen: «Éste es para América el más nuevo y… más difícil desafío para el resto del siglo…, una competencia mucho más dura y más intensa que… la competencia político-militar con la Unión Soviética…»[69].

Como si estas fuerzas industriales no fuesen suficientes, han sido completadas por el sorprendente papel del Japón como la primera nación acreedora mundial, que exporta decenas de miles de millones de dólares cada año. Esta transformación, que se ha venido desarrollando desde la anulación por el MITI en 1969 de los controles de exportación sobre los préstamos japoneses y su creación de incentivos financieros para las inversiones en ultramar, se debe a dos causas básicas. La primera de ellas es el extraordinario alto nivel del ahorro personal en el Japón —más del 20% de los salarios japoneses es ahorrado, de manera que, en 1985, «la media total de ahorro de los hogares japoneses superó por primera vez la media anual de renta»[70]—, que ha hecho que las instituciones financieras estén desbordantes de fondos que son crecientemente invertidos en el extranjero para obtener un rendimiento más alto. La segunda razón ha sido los excedentes comerciales sin precedentes del Japón en los recientes años, debido al aumento de sus ganancias en exportaciones. Temiendo que tales excedentes provocasen la inflación doméstica (si volvían a casa), el Ministerio de Hacienda japonés ha animado a los Bancos gigantes a invertir grandes sumas en ultramar[71]. En 1983, la salida neta del capital japonés fue de 17,7 mil millones de dólares; en 1984, saltó a 49,7 mil millones y, en 1985, aumentó de nuevo hasta 64,5 mil millones, convirtiendo al Japón en la primera nación acreedora del mundo. El director del Instituto de Economía Internacional prevé que, en 1990, el resto del mundo deberá a Japón la asombrosa cantidad de 500 mil millones de dólares, y el Instituto de Inves-

tigación Nomura predice que, en 1995, los capitales brutos del Japón en ultramar superarán el billón de dólares[72]. No es de extrañar que los Bancos y entidades financieras japonesas se estén convirtiendo rápidamente en los más grandes y más florecientes del mundo[73].

Las consecuencias de este gran auge de las exportaciones de capital japonés entrañan peligros además de beneficios para la economía mundial, y tal vez incluso para el propio Japón. Una cantidad considerable de estos fondos es invertida en infraestructuras alrededor del mundo (por ejemplo, el túnel del Canal de la Mancha) o en la explotación de nuevos campos de mineral de hierro (por ejemplo, en Brasil), que beneficiarán indirecta o directamente a Tokio. Otras cantidades de dinero están siendo canalizadas por compañías japonesas para la creación de sucursales en ultramar (especialmente para la producción), ya sea para fabricar artículos japoneses en países donde la mano de obra es más barata, con lo cual permanecerán competitivos, ya sea para instalar fábricas dentro de los territorios, digamos, de la CEE y de los Estados Unidos, con el fin de evitar los aranceles proteccionistas. Sin embargo, la mayor parte de esta corriente de capital se ha empleado en valores a corto plazo (especialmente bonos del Tesoro de los Estados Unidos) que, si volviesen al Japón en grandes cantidades, podrían trastornar el sistema financiero internacional —como ocurrió en 1929— y ejercer tremendas presiones sobre los dólares U.S.A. y la economía de los Estados Unidos, ya que gran parte de este dinero serviría para financiar los enormes déficits presupuestarios en que incurrió la administración Reagan. Sin embargo, en su conjunto, es mucho más probable que Tokio siga reciclando sus excedentes de capital en nuevas operaciones en ultramar, en vez de traerlo a casa.

La subida del Japón en los últimos años hasta transformarse en la primera nación acreedora del mundo —combinada con la

transformación de los Estados Unidos, que de ser el más grande prestamista ha pasado a ser el más grande prestatario— se ha producido tan rápidamente que todavía es difícil calcular todas sus implicaciones. Como «históricamente, una nación acreedora ha conducido el crecimiento en cada período de la expansión económica mundial y la era del Japón está sólo empezando»[74], puede ser muy bien que el auge de Tokio como primer banquero mundial dé un mayor impulso a medio y largo plazo al comercio y las finanzas internacionales, siguiendo los anteriores ejemplos de los Países Bajos, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Lo que parece notable en esta fase es que este aumento en el papel financiero "invisible" se produzca *antes* de que haya ninguna erosión significativa de su inmenso avance industrial "visible", como ocurrió (por ejemplo) en el caso de Gran Bretaña. Tal vez esto pueda cambiar, y rápidamente, si el valor del yen sube demasiado y Japón experimenta una "madurez" a largo plazo y un retraso en su base manufacturera y en su índice de crecimiento productivo. Sin embargo, incluso si ocurriese esto —y (como se ha indicado antes) hay razones para creer que cualquier decadencia del Japón como nación manufacturera será un proceso lento—, un hecho es claro: con la prevista cantidad de bienes en ultramar en el año 2000, sus actuales balances de cuentas se verán magníficamente aumentados por un gran caudal de ganancias en el extranjero. Por consiguiente, Japón parece, en todo caso, destinado a enriquecerse mucho más aún.

¿Cuál será, económicamente, el poder del Japón a principios del siglo XXI? Salvo el caso de una guerra a gran escala o de un desastre ecológico o de una vuelta a una depresión y un proteccionismo mundiales al estilo de los años treinta, la respuesta unánime parece ser: mucho más poderoso. En ordenadores, robótica, telecomunicación, automóviles, camiones y barcos, y posiblemente también en biotecnología e incluso en aeroespa-

cial, Japón será la primera o la segunda nación. En finanzas, puede estar entonces en una clase propia. Se dice ya que su PNB per cápita ha superado al de los Estados Unidos y al de Europa occidental, dándole casi el nivel de vida más alto del mundo. En cuanto a su parte en la producción manufacturera mundial o en el total del PNB mundial, es imposible decirlo. Vale la pena recordar que, en 1951, el PNB total del Japón era un tercio del de Gran Bretaña y una veinteava parte (!) del de los Estados Unidos; pero, en tres décadas, había doblado el de Gran Bretaña y se acercaba a la mitad del de los Estados Unidos. Desde luego, este ritmo de crecimiento en aquellos decenios fue desacostumbradamente rápido, debido a condiciones especiales. Sin embargo, según muchos cálculos[75], la economía japonesa es probable que todavía siga creciendo de un 1,5 a un 2% del año más de prisa que las otras grandes economías (a excepción, naturalmente, de China) en las próximas décadas[*]. Por esta razón, estudiosos tales como Herman Kahn y Ezra Bogel han argüido que Japón será económicamente el «número uno» a principios del siglo XXI y que no es de extrañar que muchos japoneses se sientan enardecidos por esta perspectiva. Para un país que posee solamente el 3% de la población mundial y sólo el 0,3% de su tierra habitable, parece una hazaña casi increíble, y de no ser por las posibilidades inherentes a la nueva tecnología, uno se sentiría tentado a presumir que Japón está ya cerca de alcanzar el máximo potencial de su pueblo y de su tierra y que, como otros relativamente pequeños Estados periféricos o insulares (Portugal, Venecia, los Países Bajos, incluso Gran Bretaña en su época) se verá un día eclipsado por naciones con muchos mayores recursos y que sólo tendrán que copiar sus afortunados hábitos. Sin embargo, para un futuro previsible, la trayectoria de Japón seguirá siendo hacia arriba.

De cualquier manera que se mida la fuerza económica actual y futura de Japón, hay dos hechos primordiales. El primero, que

es enormemente productivo y próspero, y que aún lo será mucho más. El segundo, que su fuerza militar y sus gastos de defensa no guardan relación con su posición en el orden económico internacional. Posee una Marina de importancia razonable (que incluye treinta y un destructores y dieciocho fragatas), una Fuerza Aérea para su defensa y un modesto Ejército, pero es claramente una potencia militar, en relación con otras, mucho menor de lo que era en los años treinta o incluso en la década de 1910. Más significativo aún, para el debate sobre «reparto de cargas»[78], es el hecho de que asigna cantidades relativamente tan pequeñas para la defensa. Según las cifras de *The Military Balance*, Japón gastó, en 1983, 11,6 mil millones de dólares en defensa, comparados con los 21-24 mil millones gastados por Francia, Alemania Federal y Gran Bretaña, y los colosales 239 mil millones gastados por los Estados Unidos; por consiguiente, el ciudadano japonés tuvo que pagar aquel año sólo 98 dólares per cápita para defensa, comparados con los 439 dólares de los ingleses, y los 1023 dólares de los norteamericanos[79]. Dada su actual prosperidad, Japón parece salir bien librado de sus gastos de defensa, y ello de dos maneras relacionadas entre sí: la primera es que se resguarda bajo la protección de otros, es decir, de los Estados Unidos; la segunda es que sus bajas inversiones en defensa le ayudan a reducir el gasto público y, así, tener más recursos para el esfuerzo manufacturero japonés que tanto duele a los competidores norteamericanos y europeos[80].

Si el Japón tuviese que responder a las presiones del Gobierno de los Estados Unidos y de otros críticos occidentales, y aumentar sus gastos en defensa al nivel asignado a los miembros europeos de la OTAN —alrededor de un 3-4% del PNB—, la transformación sería espectacular y le convertiría (junto con China) en la tercera potencia militar del mundo, con gastos de defensa de más de 50 mil millones de dólares al año. También

es indudable, dados los recursos tecnológicos y de producción del Japón, que podría construir, por ejemplo, portaaviones para su Marina o misiles de largo alcance como fuerza disuasoria. Esto beneficiaría ciertamente a empresas domésticas como «Mitsubishi», así como sería un contrapeso al poder soviético en el Extremo Oriente, ayudando con ello a unos Estados Unidos que abarcan demasiado.

Sin embargo, es mucho más probable que Tokio consiga escapar a estas presiones exteriores, o al menos conservar los gastos de defensa lo más bajos que sea posible sin provocar una ruptura con Washington. La principal razón no ha sido la puramente simbólica de desear mantener los gastos de defensa japoneses por debajo del techo del 1% del PNB; según los criterios de la OTAN (es decir, incluyendo las pensiones militares), había roto ya aquella barrera y, en todo caso, gastaba en defensa un porcentaje considerablemente mayor de su PNB en los primeros años cincuenta. Tampoco tiene mucho que ver con las condiciones del tratado de Seguridad de 1951 entre Estados Unidos y el Japón, que es la base legal de la presencia militar norteamericana en el Japón y que animó a Tokio a pensar más en el comercio que en el poder estratégico; pues las circunstancias de los años ochenta son muy diferentes de las de la guerra de Corea. Las verdaderas razones, en opinión del Gobierno japonés, son las objeciones domésticas y una revisión de la Constitución, que prohíbe enviar tropas (e incluso vender armas) al exterior. El recuerdo de los excesos militaristas de los años treinta, de las pérdidas en tiempo de guerra y (sobre todo) de los horrores de las bombas A, ha provocado en la conciencia japonesa una aversión y un recelo contra la guerra que son al menos tan grandes como los del pacifismo de Occidente después de la Primera Guerra Mundial, y si esto puede cambiar con el tiempo, con el advenimiento de una generación más joven y perentoria, la opinión dominante en un futuro próximo

es mucho más probable que obligue al Gobierno de Tokio a mantener en niveles modestos los aumentos de los acertadamente llamados gastos de «autodefensa»[81].

A estas razones morales e ideológicas pueden añadirse otras de carácter económico. Entre los políticos y hombres de negocios japoneses, existe una considerable oposición a aumentar el gasto público (que, como se ha dicho antes, es mucho más bajo en el Japón que en cualquiera de los otros países de la OECD): según ellos, doblar o triplicar los gastos de defensa debería pagarse, bien aumentando el ya importante déficit del sector público, bien elevando los impuestos, medidas ambas que no gustan a nadie. Además, se arguye, unos grandes Ejército y Marina no dieron seguridad al Japón, ni en el terreno militar ni en el económico, en los años treinta, y es hoy difícil ver cómo podría un aumento en los gastos de defensa evitar un posible corte en el suministro de petróleo árabe, lo cual es para el Japón un peligro estratégico más grande que, digamos, el hipotético invierno nuclear, y explica los desesperados esfuerzos de Tokio por «permanecer callado» cuando se produce una crisis en Oriente Medio. Entonces, ¿no es mejor que el Japón renuncie al uso de la fuerza y resuelva pacíficamente todas las disputas internacionales, como debe hacerlo un «Estado comercial» cosmopolita? Como la guerra es tan costosa, y en general contraproducente, los japoneses creen que es muy meritoria su *zenhoi heiwa gaiko* («diplomacia pacífica en todas direcciones»).

Estos sentimientos son sin duda reforzados por el convencimiento de Tokio de que muchos de sus vecinos reaccionarían alarmados ante un aumento en gran escala del poder militar japonés. Ésta sería evidentemente la respuesta de los rusos, contra quienes, a fin de cuentas, quieren los Estados Unidos que el Japón «comparta la carga» en cuestiones de defensa, y que todavía están en discusiones con Tokio sobre las islas al norte de Hokkaido y que, probablemente, piensan que ya tie-

nen bastante trabajo en el Extremo Oriente con la expansión del poder chino. Pero también sería la respuesta de las tierras que estuvieron previamente sometidas a la ocupación japonesa —Corea, Taiwán, las Filipinas, Malasia, Indonesia—, así como de Australia y Nueva Zelanda, todas las cuales han reaccionado nerviosamente a cualquier señal de renacimiento del nacionalismo japonés y de la mentalidad *bushido* y han animado a Tokio a emprender «caminos productivos no militares para reforzar la paz y la seguridad en el Sudeste asiático»[82]. Tal vez, por encima de todo, tropieza Tokio con la dificultad de calmar las sospechas de un susceptible Pekín, que todavía conserva el recuerdo de las atrocidades de 1937-1945 y ha advertido también al Japón que no intervenga demasiado en el desarrollo de Siberia (cosa que a su vez complica las relaciones Tokio-Moscú) ni ayude a Taiwán.

Incluso la expansión económica del Japón (aun trayendo consigo muchas inversiones necesitadas, además de alguna ayuda al desarrollo y al turismo) ha hecho recelar a muchos de sus vecinos, que temen verse atraídos a una nueva y más sutil versión de la «Esfera de coprosperidad de la gran Asia oriental», especialmente cuando el Japón no importa mucho (salvo materias primas) de aquellos países, y en cambio les vende grandes cantidades de sus productos manufacturados. También en esto ha sido China la más franca, aceptando primero de buen grado el *boom* del comercio y las inversiones japonesas de finales de los años setenta, y después recortándolos severamente, debido en parte a los déficits de su balanza de pagos y, en parte, a evitar la dependencia económica de un solo país extranjero, que podría aprovecharse indebidamente de ello; Deng advirtió en 1979 que el comercio de Norteamérica con China «debe ser igual al del Japón»[83], evitando así toda posibilidad de una variante japonesa del «imperialismo de libre comercio».

De momento, todas estas cosas no son más que indicios, pero hacen que los políticos de Tokio se preocupen sobre la mejor manera de desarrollar una estrategia exterior coherente para el Japón, al avanzar éste hacia el siglo XXI. No hay duda de que, con su poder económico en expansión, podría convertirse en una segunda Venecia, no sólo en el sentido de su extensivo comercio, sino también en el de proteger sus rutas marítimas y de crear cuasidependencias en ultramar; sin embargo, las objeciones interiores y exteriores a un Japón fuerte son tales que, no sólo evitará cualquier intento de adquisiciones territoriales a la antigua manera imperialista, sino que también es improbable que aumente mucho sus fuerzas defensivas. Sin embargo, esta última conclusión irrita cada vez más a los círculos norteamericanos, que aprietan para una «carga compartida» en el Pacífico occidental. Por consiguiente, y aunque parezca irónico, el Japón será criticado si no aumenta sustancialmente sus gastos en armamento, y será denunciado si lo hace. En todo caso, habrá dificultades para la que ha sido bien llamada «política de la máxima ganancia y el mínimo riesgo» del Japón[84]. Esto sugiere, una vez más, la preferencia japonesa por los menores cambios posibles en los asuntos militares y políticos de Asia oriental, incluso al acelerarse el ritmo del crecimiento económico. Pero también esto complica el dilema, pues incluso a un no marxista le costaría imaginar cómo podría evitarse que las profundas transformaciones económicas de Asia no fuesen acompañadas de cambios de mayor alcance en otras esferas.

Simplemente, una subida del yen de su actual valor en cambio a 120 o incluso 100 por dólar —qué algunos expertos en economía creen que es su «verdadera» cotización— daría al Japón un PNB total próximo al de los Estados Unidos y muy superior al de Rusia. Precisamente por los problemas causados por los rápidamente fluctuantes índices de cambio, algunos

economistas prefieren emplear las «razones de paridad adquisitiva», aunque esta medida tiene también sus problemas.

Por consiguiente, las mayores preocupaciones de los japoneses son, probablemente, las que raras veces se discuten en público —en parte por discreción diplomática y en parte para no provocar los sucesos— y se refieren al futuro equilibrio de poder en la propia Asia oriental. La «diplomacia política en todas direcciones» está muy bien en el momento actual, pero ¿qué utilidad tendría si los Estados Unidos, que ya abarcan demasiado, se retirasen de sus compromisos asiáticos o encontrasen imposible proteger la corriente de petróleo de Arabia a Yokohama? ¿Qué utilidad tendría si hubiese otra guerra de Corea? ¿Qué utilidad tendría si China empezase a dominar la región? ¿Qué utilidad tendría si una decadente y nerviosa URSS emprendiese acciones agresivas? Desde luego, no hay manera de responder a tan hipotéticas y alarmantes preguntas; sin embargo, incluso un simple «Estado comercial» con pequeñas fuerzas de «autodefensa» puede encontrarse un día con que es inevitable dar alguna respuesta. Como descubrieron otras naciones en el pasado, la experiencia comercial y la riqueza financiera no son a veces suficientes en el mundo anárquico de la política del poder internacional.

LA CEE: POTENCIAL Y PROBLEMAS

De las cinco principales concentraciones de poder económico y militar en el mundo actual, la única que no es una Nación-Estado soberana es Europa, y esto define inmediatamente el principal problema con que se enfrenta esta región al avanzar hacia el naciente sistema de grandes potencias del siglo XXI. Aunque nuestra consideración de las perspectivas futuras del Continente excluye a los regímenes controlados por los comunistas (como debe ser, por razones prácticas), todavía nos encontramos con Estados que son miembros de una organización político-económica (la CEE) pero no de su principal alianza militar (la OTAN), con otros que pertenecen a la segunda pero no a la primera, y con neutrales importantes que no son miembros de ninguna de las dos. Debido a estas anomalías, esta sección se centrará en la Comunidad Económica Europea (y en la política de algunos de sus principales miembros) y no en la Europa no comunista en su conjunto, pues sólo en la CEE existen la organización y la estructura propias, al menos potencialmente, de una quinta potencia mundial.

Pero precisamente porque estamos examinando el *potencial* de la CEE más que su realidad presente, es complicado el problema de adivinar cómo puede ser en el año 2000 o en el 2020. En cierto sentido, la situación es parecida a aquella en que se encontraron, en menor escala, los miembros de la Confederación Alemana a mediados del siglo XIX[85]. Existía en ella una unión aduanera que había demostrado ser tan útil para estimular el comercio y la industria que rápidamente atrajo a nuevos miembros, y estuvo claro que, si aquella amplia comunidad económica era capaz de convertirse en un Estado-potencia, sería un nuevo actor importante en el

sistema internacional, al que tendrían que acomodarse las grandes potencias establecidas. Pero, mientras no se produjese aquella transformación; mientras hubiese discrepancias entre los miembros de la unión aduanera sobre una mayor integración económica y, todavía más, sobre una integración política y militar; mientras hubiese querellas sobre qué Estado llevaría las riendas y disputas entre los diversos partidos y grupos de presión sobre las ganancias (o las pérdidas) que les correspondían; mientras durase todo esto, la región permanecería dividida, incapaz de realizar su potencial e incapaz de tratar como un igual a las grandes potencias. Salvando las diferencias de tiempo y de circunstancias, la «cuestión alemana» del siglo pasado fue un microcosmos del «problema europeo» actual.

En su *potencial*, la CEE tiene claramente la extensión, la riqueza y la capacidad productiva de una gran potencia. Con la incorporación de España y de Portugal, su población de doce miembros representa un total de unos 320 millones de habitantes, es decir, 50 millones más que la URSS y casi el doble de la de los Estados Unidos. Además, es una población sumamente instruida, con cientos de Universidades y colegios en Europa y millones de científicos y ingenieros. Aunque en su renta per cápita hay grandes diferencias —digamos, entre la renta de los alemanes federales y la de los portugueses—, es, en su conjunto, mucho más rica que Rusia y algunos de sus Estados miembros son más ricos per cápita que los Estados Unidos. Como se ha señalado anteriormente, es, con mucho, el bloque comercial más importante del mundo, aunque la mayor parte del comercio se realiza dentro de Europa. Tal vez una mejor medida de su fuerza económica está en su capacidad de producción, en automóviles, acero, cemento, etc., que la coloca por delante de los Estados Unidos, de Japón (excepto en el acero) y de la URSS. Teniendo en cuenta las estadísticas anuales y las locas oscilaciones del valor del dólar en relación con las monedas europeas durante los últimos seis años, el PNB total de la CEE es aproximadamente igual (1980, 1986) al de los Estados Unidos, o alrededor

de los dos tercios de éste (cifras de 1983-1984). Es ciertamente más importante que Rusia, Japón o China en su parte del PNB o de la producción manufacturera.

También, en términos militares, los Estados miembros de la CEE están muy lejos de ser desdeñables. Teniendo sólo en cuenta los cuatro países más grandes (Alemania Federal, Francia, Gran Bretaña, Italia), vemos que sus ejércitos regulares tienen en conjunto más de un millón de hombres, con otro 1,7 millones en fuerzas de reserva[86], un total que es desde luego menor que el de los ejércitos ruso y chino, pero considerablemente mayor que el de los Estados Unidos. Además, estos cuatro Estados poseen centenares de grandes buques de guerra de superficie y submarinos, y millares de tanques, cañones y aviones. Por último, tanto Francia como Gran Bretaña poseen armas nucleares y sistemas de lanzamiento, con base en el mar y en tierra. Las implicaciones y la efectividad de estas fuerzas militares serán comentadas más adelante; lo que interesa aquí es simplemente que, juntos, los totales son muy importantes. Más aún, el gasto ocasionado por estas fuerzas representan alrededor del 4% del PNB, por término medio aproximado. Si estos países, o más significativamente aún, toda la CEE, gastase en defensa alrededor del 7% del PNB total, como lo hacen hoy los Estados Unidos, las sumas asignadas representarían cientos de miles de millones de dólares, es decir, aproximadamente la misma cantidad que gastan las dos superpotencias militares. Sin embargo, los verdaderos poder y efectividad de Europa en el mundo son mucho menos de los que el total de su fuerza económica y militar podrían sugerir, simplemente a causa de la desunión. Las Fuerzas Armadas, por ejemplo, no sólo sufren de las diferencias de lenguaje (problema con el que nunca se enfrentaron los miembros de la Confederación Alemana), sino que están equipadas con muchas armas diferentes y hay muy marcadas diferencias en calidad e instrucción entre, digamos, los ejércitos de Alemania Federal y de Grecia, o la Royal Navy y la Armada española. A pesar de los muchos intentos de estandarización de la OTAN, todavía tenemos

que hablar de una docena de Ejércitos, Marinas y Fuerzas Aéreas de distinto valor. Pero incluso estos problemas palidecen en comparación con los obstáculos a nivel político, relativos a las prioridades de Europa en políticas exteriores y de defensa. La tradicional (y anacrónica) posición de neutralidad de Irlanda impide que la CEE discuta cuestiones de defensa, aunque, si se produjesen estas discusiones, chocarían probablemente pronto con las objeciones de Grecia. Turquía, con SU importante ejército, no es miembro de la CEE, y las Fuerzas Armadas turcas y griegas parecen a menudo preocuparse más la una de la otra que de las del pacto de Varsovia. La posición independiente de Francia tiene (como veremos más adelante) ventajas y desventajas militares; pero complica las consultas sobre cuestiones de defensa y de política extranjera. Tanto Gran Bretaña como Francia se permiten operaciones «fuera de la zona» y, ciertamente, mantienen todavía una serie de bases y tropas en ultramar. En cuanto a Alemania Federal, el problema de defensa dominante —y contemplado por todas sus fuerzas— es la seguridad de su frontera oriental. Desarrollar una política europea unificada en relación, digamos, con el problema palestino, o incluso con los propios Estados Unidos, es extraordinariamente difícil (y fracasa a menudo), debido a los diferentes intereses y tradiciones de cada uno de los Estados miembros.

En términos de integración económica, y de los dispositivos constitucionales e institucionales que existen para tomar decisiones en el campo económico, la CEE está evidentemente mucho más adelantada; pero aun así, está mucho más dividida, como «comunidad económica», de lo que lo estaría un Estado soberano. La ideología política afecta siempre a las prioridades de política económica. La coordinación es difícil, si no imposible, cuando regímenes socialistas ocupan el poder en algunos de los Estados miembros y partidos conservadores dominan en los demás. Aunque la coordinación de las monedas es ahora mejor de lo que era, los ocasionales reajustes que se producen (generalmente con una revaluación del marco alemán) son un recordatorio de los diferen-

tes sistemas fiscales —y el diferente crédito— de los miembros. A pesar de las proposiciones de la Comisión Europea, todavía se ha progresado poco hacia una política europea común sobre muchas cuestiones diversas, desde la eliminación a gran escala de las diferencias de reglamentación en las Líneas Aéreas hasta los servicios financieros. En demasiadas fronteras comunes existen todavía puestos de aduana y minuciosas inspecciones, para indignación de los camioneros. Incluso la agricultura, fundamento de importantes funciones de la CEE y uno de los pocos sectores económicos donde existe un «mercado común», ha resultado ser una manzana de la discordia. Y si es ciertamente problable que la producción mundial de artículos alimenticios seguirá aumentando, con la India y otros países asiáticos entrando cada vez más en los mercados de exportación, subirá la presión para reformar el sistema de apoyo a los precios de la CEE, hasta que el problema estalle de nuevo en una acalorada controversia.

Finalmente, existe la persistente preocupación de que Europa, después de las décadas de posguerra, de crecimiento y prosperidad económicos, está empezando a estancarse y tal vez incluso a decaer. Los problemas causados por la crisis del petróleo en 1979 —la subida exorbitante de los precios del carburante, la presión sobre la balanza de pagos, la reducción general mundial de la demanda, la producción y el comercio— parecieron afectar más duramente a los europeos que a muchas de las otras principales economías del mundo, tal como se indica en la tabla 45.

TABLA 45. Crecimiento y PNB real, 1979-1983[87]

(por ciento)

	1979	*1980*	*1981*	*1982*	*1983*
Estados Unidos	2,8	—0,3	2,6	—0,5	2,4
Canadá	3,4	1,0	4,0	—4,2	3,0
Japón	5,1	4,9	4,0	3,2	3,0
China	7,0	5,2	3,0	7,4	9,0

CEE (diez)	3,5	1,1	—0,3	0,5	0,8

Una de las principales preocupaciones de los Estados europeos ha sido el efecto de esta depresión sobre los niveles de empleo —el número de personas que ha perdido sus empleos en Europa occidental en los años recientes ha sido mocho más alto que en cualquier momento en la era de después de 1945 (por ejemplo, subió de 5,9 millones a 10,2 millones dentro de la CEE entre 1978 y 1982) y ha dado pocas señales de reducirse—, lo cual aumenta a su vez el ya sumamente elevado nivel de gastos sociales, dejando menos para la inversión[88]. Ni se ha producido, en el curso de los años ochenta, nada parecido a la creación de nuevos puestos de trabajo a la escala en que se ha hecho en los Estados Unidos (principalmente en industrias de servicios de bajos salarios) y en Japón (en alta tecnología y servicios). Tanto si se atribuye esto a la falta de incentivos en los negocios, al alto costo y a la inmovilidad del mercado de trabajo y al exceso de regulación burocrática (como tienden a hacer las derechas), como si se culpa al Estado por no planificar o invertir lo suficiente (como suelen verlo las izquierdas) o a una fatal combinación de ambas cosas, el resultado es el mismo. Más alarmante aún, para muchos comentaristas, han sido las señales de que Europa se está quedando detrás de sus competidores norteamericanos y (especialmente) japoneses en su persecución de la alta tecnología del futuro. Así, el *Annual Economic Report* de 1984-1985 de la Comisión Europea advirtió:

> La Comunidad tiene que responder ahora al desafío de una inferioridad naciente, en comparación con los Estados Unidos y Japón, en capacidad industrial para nuevas tecnologías que crecen rápidamente… La decadente actuación de la Comunidad en el comercio mundial, en campos tales como los ordenadores, la microelectrónica y los equipos es ahora generalmente reconocido[89].

Posiblemente, este cuadro de «Eurosclerosis» y «Europesimismo» ha sido pintado en tonos demasiado sombríos, pues hay otras

muchas señales de competitividad europea: en automóviles de calidad, aviones comerciales y militares, satélites, productos químicos, sistemas de telecomunicación, servicios financieros, etc. Sin embargo, las dos cuestiones más apremiantes siguen siendo dudosas. Dada la diversidad sociopolítica de sus miembros, ¿es la CEE tan capaz como sus competidores de ultramar de responder a variaciones rápidas y a gran escala en la situación del empleo? ¿O está más empeñada en retrasar el impacto de los cambios económicos sobre sectores no competitivos (agricultura, tejidos, construcción de buques, carbón y acero) y, al ser tan humana a corto plazo, se perjudica a largo plazo? ¿Y es capaz la CEE de movilizar los recursos científicos y de inversión para seguir siendo importante contendiente en las empresas de alta tecnología, cuando sus propias compañías están muy lejos de ser tan grandes como los gigantes norteamericanos y japoneses, y cuando toda «estrategia industrial» tiene que ser elaborada, no por una especie de MITI, sino por *doce* Gobiernos (más la Comisión de la CEE), cada uno de los cuales manifiesta preocupaciones diferentes?

Si desviamos la atención de la CEE como conjunto para hacer un breve examen de la situación en que se encuentran los tres principales países militares-políticos de Europa, quedará simplemente reforzado el sentido de un «potencial» amenazado por «problemas». Puede decirse que ningún Estado manifiesta tanto esta ambivalencia sobre el futuro como la República Federal de Alemania, en gran parte debido a su herencia del pasado y a la naturaleza todavía «provisional» de la presente estructura de Europa.

Aunque muchos alemanes se inquietan por las perspectivas económicas de su país para principios del siglo =, difícilmente puede considerarse esto como su mayor preocupación (especialmente comparada con las dificultades económicas con que se enfrentan otras sociedades). Aunque su fuerza total de trabajo es sólo un poco mayor que la de Gran Bretaña o la de Francia, su PNB es significativamente más grande, reflejando una economía cuyo creci-

miento productivo a largo plazo ha sido realmente imponente. Es el mayor producto, dentro de la CEE, de acero, productos químicos, artículos eléctricos, automóviles, tractores y (dada la decadencia de Gran Bretaña) incluso de barcos mercantes y de carbón. Debido a un nivel notablemente bajo tanto de la inflación como de las disputas laborales, ha mantenido competitivos sus precios de exportación, a pesar de las frecuentes revaluaciones del marco, que son, a fin de cuentas, simples reconocimientos tardíos por otras naciones de la mejor actuación económica de Alemania Federal. Un fuerte énfasis sobre la ingeniería y el diseño en la tradición alemana de management (como opuesto al énfasis norteamericano sobre las finanzas) le ha dado fama internacional por sus productos de calidad. Año tras año, la economía alemana ha registrado un excedente en su balanza comercial que sólo es superado por Japón. Sus reservas internacionales son más grandes que las de cualquier otro país del mundo (excepto, presumiblemente, las del Japón después del reciente auge de éste) y el marco es con frecuencia usado por otras naciones como moneda de reserva.

Contra todo esto, se puede señalar otros factores que justifican la Angst de los alemanes[90]. El sistema de apoyo a los precios agrícolas de la CEE, largo tiempo una carga para el contribuyente alemán, redistribuye los recursos de los sectores más competitivos a los menos competitivos de la economía, y no sólo en la propia República Federal (donde hay, sorprendentemente, un gran número de minifundios), sino a los campesinos del Sur de Europa. Esto tiene, evidentemente, un valor social, pero es una carga proporcionalmente mucho más pesada que la protección dada a la agricultura norteamericana y tal vez incluso a la japonesa. El persistente alto nivel de desempleo, señal de que la República Federal tiene todavía una proporción demasiado grande de su mano de obra en viejas industrias, es también una sangría importante para la economía, al absorber los pagos de la Seguridad social una elevada proporción del PNB, y aunque el desempleo de los jóvenes puede ser aliviado por el altísimo nivel de instrucción y aprendi-

zaje, y será también mitigado por el rápido envejecimiento de la población alemana, este último problema es tal vez el que causa más inquietud de todos. Si es una clara exageración creer que la raza alemana se «extinguirá», la fuerte baja del índice de natalidad tendrá evidentes repercusiones en la economía alemana cuando una proporción todavía más grande de la población esté compuesta de viejos pensionistas. Junto a este miedo demográfico está la preocupación mucho menos tangible de que la «generación sucesora» no querrá trabajar con tanto empeño como aquellos que reconstruyeron Alemania de las cenizas de la guerra, y de que, con salarios más elevados y semanas laborales más cortas que los japoneses, el crecimiento de la productividad alemana no podrá rivalizar con el de la cuenca del Pacífico.

Aun así, ninguno de estos problemas es insuperable, siempre que los alemanes puedan mantener su «paquete» de baja inflación, artículos de calidad, alta inversión en nueva tecnología, superiores artes de diseño y de vender, y paz laboral. (Al menos se puede decir que, si los problemas antes mencionados afectan a la economía alemana, ¡cuánto más no perjudicarán a las economías de la mayoría de sus vecinos menos competitivos!) Mucho más difícil de prever es si los contornos extraordinariamente complejos y absolutamente únicos de la «cuestión alemana», tal como han existido desde finales de los años cuarenta, continuarán inmutables en el siglo XXI: es decir, si habrá todavía dos «Alemanias» separadas por alianzas hostiles, a pesar del creciente acercamiento entre ellas; si la alianza de la OTAN (de la que la República Federal es parte importantísima) podrá defender las tierras alemanas sin destruirlas, en el caso de que las relaciones Este-Oeste degeneren en hostilidades, y si, en la hipótesis de una disminución del poder norteamericano y una reducción de sus fuerzas en Europa, podrían Alemania y sus más imponentes asociados de la CEE y la OTAN sustituir adecuadamente el escudo estratégico de los Estados Unidos que tanto les ha servido en los últimos cuarenta años. Ninguno de estos problemas ligados entre sí exige una solución inmediata, pero

todos ellos son causa de preocupación para los observadores conscientes.

La relación «germano-germana» será probablemente vista, en estos tiempos, como la más hipotética de todas. Como ha quedado claro en los capítulos precedentes, el lugar que debe ocupar el pueblo alemán dentro del sistema de Estados europeos ha preocupado a los estadistas al menos desde hace un siglo y medio[91]. Si todos los que hablan la lengua alemana se reuniesen en una Nación-Estado —como ha sido norma en Europa durante casi dos siglos— la concentración resultante de población y fuerza industrial haría siempre de Alemania el primer poder económico de la Europa centro-occidental. Esto no debe traducirse *necesariamente* en la fuerza militar-territorial dominante de Europa, de la manera en que el imperialismo de la era de Guillermo y (todavía más) de los nazis hizo que Alemania buscase la hegemonía. En un mundo bipolar que está todavía dominado militarmente por Washington y Moscú, en una época en que agresiones importantes de las grandes potencias traerían consigo el peligro de desencadenar una guerra nuclear, y con una generación, después de 1945, de políticos alemanes «desnazificados» dirigiendo los asuntos en Bonn y en Berlín del Este, la idea de cualquier acción futura germánica para «el dominio de Europa», parece anacrónica. Y aunque se intentase, el equilibrio de poder europeo (por no hablar del mundial) prevalecería contra ella. Por consiguiente, en términos abstractos, no habría seguramente nada malo, y sí *mucho bueno*, en permitir que se reuniesen los 62 millones de alemanes «occidentales» con los 17 millones de alemanes «orientales», particularmente cuando cada población percibe cada vez más que tiene más en común con la otra que con su superpotencia guardiana.

Sin embargo, el hecho trágico es que, por muy lógica que sea aquella solución en un sentido —y por mucho que los dos pueblos alemanes den señales (a pesar del abismo ideológico) de sus comunes herencias y cultura— las realidades políticas actuales hablan contra ello, aunque tomase la forma de una floja Confederación

alemana sobre el modelo del siglo XIX, como se ha ingeniosamente sugerido[92]. Pues el hecho categórico es que la Alemania del Este sirve de barrera, estratégica para el control soviético de los Estados amortiguadores de la Europa oriental (por no decir que de trampolín para un movimiento hacia el Oeste), y como los hombres del Kremlin piensan todavía en términos de *Realpolitik* imperialista, dejar que la República Democrática Alemana gravitase hacia (y dentro de) la República Federal sería considerado como un duro golpe. Como ha observado recientemente una autoridad, fundándose sólo en las fuerzas actuales, una Alemania unificada podría tener más de 660 000 soldados regulares, además de 1,5 millones de paramilitares y reservistas. La URSS no podría ver con ecuanimidad una nación alemana unificada con un Ejército de 2 millones de hombres en su flanco occidental[93]. Por otra parte, parece difícil ver por qué tendría que querer Alemania *pacíficamente* unida mantener fuerzas armadas de aquel volumen, fuerzas que reflejan las actuales tensiones de la guerra fría. También es difícil creer que, a pesar de su fuerte énfasis sobre las lecciones de la Segunda Guerra Mundial, aceptase el liderazgo soviético su propia propaganda sobre el revanchismo y el neonazismo (que ha sido una posición cada vez más difícil de sostener desde el período de Willy Brandt en el poder). Pero está claro que Moscú tiene una repugnancia congénita a retirarse de *cualquier parte* y que también le preocupan mucho las consecuencias políticas de una Alemania unificada. No sólo sería una formidable potencia económica de propio derecho —con un PNB total peligrosamente próximo al de la URSS, al menos en términos oficiales de equivalencia con el dólar—, sino que actuaría también como imán comercial para todos sus vecinos europeos orientales. Un punto todavía más fundamental: ¿cómo podría Rusia retirarse de Alemania del Este sin provocar la cuestión de una retirada similar de Checoslovaquia, Hungría y Polonia, dejando como frontera occidental de la URSS el dudoso lindero polaco-ucraniano, que está tentadoramente cerca de los cincuenta millones de ucranianos?

Lo que queda, pues, es un estado de animación suspendida. Es probable que aumenten las relaciones comerciales entre las dos Alemanias (sólo nubladas por la tensión ocasional entre las superpotencias); es probable que cada Estado alemán se vuelva relativamente más productivo y rico que sus vecinos; cada uno de ellos jurará fidelidad a sus organizaciones supranacionales militares (OTAN/Pacto de Varsovia) y económicas (CEE/Comecon), mientras trata de alcanzar acuerdos especiales con su Estado hermano germánico. Es imposible prever cómo reaccionaría Bonn si la propia Unión Soviética se viese agitada y trastornada desde dentro, y coincidiese esto con una grave inquietud en la República Democrática Alemana. Como también es imposible prever cómo reaccionarían los alemanes «del Este», si hubiese una ofensiva del pacto de Varsovia hacia el Oeste. Ciertamente, los arreglos de «control» especial soviético sobre el Ejército de la República Democrática y el seguimiento de cada una de sus divisiones por una división motorizada rusa indican que incluso a los fríos hombres del Kremlin les preocupan que los alemanes se enfrenten contra alemanes, como debería ser.

Pero el problema más concreto e inmediato con que se encuentra la República Federal —y con el que se ha enfrentado desde su nacimiento— ha sido descubrir una política viable de defensa para el caso de que estallase una guerra en Europa. Desde el principio (véanse págs. 591-594), el temor de que un Ejército Rojo muy superior pudiese atacar hacia el Oeste sin grandes obstáculos ha hecho que tanto los alemanes como sus amigos europeos confiasen en la fuerza nuclear disuasoria de los Estados Unidos como su mayor seguridad. Sin embargo, desde que la URSS adquirió capacidad de alcanzar el país norteamericano con sus «ICBM», aquella estrategia aparece dudosa —¿iniciaría realmente Washington un intercambio nuclear en respuesta a un ataque convencional ruso contra la llanura del norte de Alemania?—, aunque nunca haya sido oficialmente abandonada. Esto puede decirse también de la cuestión, relacionada con aquélla, de si los Estados Unidos lanza-

rían ataques nucleares estratégicos contra la Unión Soviética (invitando también a represalias contra sus propias ciudades), si los rusos se contentasen con disparar misiles de corto o *medio* alcance («SS-20») sólo contra objetivos europeos. Desde luego, no han faltado proposiciones de crear una fuerza disuasoria «verosímil» para hacer frente a tales contingencias: instalando «Pershings II» y diversas formas de sistemas de misiles para contrarrestar a los «SS-20» rusos; produciendo una bomba de gran radiación (o de «neutrones») para matar a los soldados invasores del pacto de Varsovia sin dañar los edificios y la infraestructura, y, en el caso de Francia, confiar en una fuerza disuasoria controlada por París como alternativa a un incierto sistema de defensa norteamericano. Sin embargo, todo esto tiene sus propios problemas[94] y, con independencia de las reacciones políticas que provocan, cada uno de ellos apunta a la singular naturaleza contradictoria de los sistemas de armas nucleares, o sea que, el hecho de recurrir a ellos es más que probable que lleva a la destrucción de aquel a quien se quiere defender.

Por consiguiente, no es de extrañar que, si bien sucesivas administraciones alemanas han alabado el valor de la estrategia de disuasión nuclear de la OTAN y han previsto la propia adquisición de armas nucleares, han sido los primeros en crear un fuerte sistema de defensa *convencional*. Así, la Bundeswehr no sólo tiene el Ejército más numeroso de la OTAN en Europa (335 000 soldados en activo, con 645 000 reservistas bien instruidos)[95], sino que es también de sumamente alta calidad y está bien equipado; con tal de que no perdiese el mando del aire, causaría un efecto formidable. Por otra parte, la rápida disminución del índice de natalidad hace cada vez más difícil mantener a la Bundeswehr en toda su fuerza, mientras que el deseo del Gobierno de limitar los gastos de defensa del 3,5 al 4% del PNB significa que será difícil que los servicios armados dispongan de todo el nuevo equipo que les sea necesario[96]. En definitiva, estas debilidades pueden ser superadas, de la misma manera que podrían superarse las deficiencias de las

tropas aliadas peor equipadas estacionadas en Alemania Federal. Sin embargo, esto deja todavía a los alemanes ante el incómodo (para algunos, intolerable) dilema de que cualquier ruptura de hostilidades a gran escala en la Europa central conduciría a incalculables derramamientos de sangre y pérdidas materiales en su territorio.

No es, pues, sorprendente que, al menos desde el tiempo de la cancillería de Willy Brandt, el Gobierno de Bonn haya estado en primer plano de la política de *détente* en Europa, no sólo con su Estado hermano alemán, sino también con las naciones europeas orientales y con la propia URSS; al esforzarse en calmar sus tradicionales temores de una Alemania demasiado fuerte, y que ésta, más que todos sus socios de la OTAN, haya participado y financiado el comercio Este-Oeste, en la creencia cobdenita de que la interdependencia económica hace la guerra más difícil (y sin duda también porque los Bancos y las industrias de Alemania Federal están favorablemente situados para sacar provecho de aquel comercio). Esto no implica un movimiento hacia la «neutralidad» para las dos Alemanias —como proponen a veces los socialdemócratas de izquierdas el Partido Verde—, pues esto dependería de que Moscú consintiese también la neutralidad de la Alemania del Este, cosa que es sumamente improbable. Lo que significa es que Alemania Federal ve su problema de seguridad concentrado casi exclusivamente en Europa y rehúye toda posibilidad «fuera de la zona», por no hablar de las ocasionales acciones extraeuropeas que todavía se permiten a veces los franceses y los ingleses. Por extensión, pues, no quiere verse obligada a adoptar una posición en los (a su modo de ver) lejanos problemas en el Próximo Oriente y más allá que podrían distraer su atención, lo cual conduce a su vez a desacuerdos con un Gobierno de los Estados Unidos que considera que la preservación de la seguridad occidental no puede limitarse tan sencillamente a la Europa Central. En su relación con Moscú y Berlín del Este de una parte, y con problemas no europeos de otra, Alemania Federal encuentra difícil, si no imposi-

ble, conducir una diplomacia meramente bilateral; en vez de ello, debe tener en cuenta las reacciones de Washington (y, con frecuencia, de París). Éste es también un precio que tiene que pagar por su extraña y única posición en el sistema de poder internacional[97].

Si la República Federal encuentra los desafíos económicos menos insolubles que los problemas de política exterior y de defensa, no puede decirse lo mismo del Reino Unido. También él es legatario de un pasado histórico —y desde luego, de una posición geográfica— que influye fuertemente en su política hacia el mundo exterior. Pero, como hemos visto en capítulos anteriores, es también el país, entre las antiguas grandes potencias, cuyas economía y sociedad han encontrado más difícil adaptarse a los sistemas cambiantes de tecnología y manufactura en las décadas siguientes a 1945 (y en muchos aspectos, en las décadas anteriores). El impacto más devastador de los cambios mundiales ha sido el experimento por la industria manufacturera, sector en el que antaño se ganó Gran Bretaña el título de «taller del mundo». Cierto que, en muchas de las economías más avanzadas del Globo, la parte de la industria manufacturera en la producción y el empleo se ha ido reduciendo continuamente, mientras que otros sectores (por ejemplo, los servicios) han crecido. Pero, en el caso de Gran Bretaña, la caída ha sido mucho más fuerte. No sólo ha seguido bajando implacablemente su proporción en la producción manufacturera mundial en términos relativos, sino también en términos absolutos. Pero todavía ha sido más estremecedor el brusco cambio en el puesto que ocupaba la manufactura en el comercio exterior británico. Aunque puede ser difícil demostrar la cáustica observación de *The Economist* de que «desde 1983, la balanza comercial de Gran Bretaña en manufacturas ha estado en déficit por primera vez desde que los romanos invadieron Bretaña», es un hecho que, incluso a finales de los años cincuenta, las exportaciones de manufacturas eran tres veces mayores que las importaciones[98]. Ahora este exceso ha desaparecido. Más aún, la decadencia en el empleo

se produce no sólo en las industrias antiguas, sino también en las empresas de alta tecnología «en auge»[99].

Si el descenso de la competitividad manufacturera de Gran Bretaña empezó hace ya un siglo[100], ha sido claramente acelerado por el descubrimiento del petróleo del mar del Norte, que, aunque produciendo ganancias para llenar el visible vacío comercial, ha surtido también el efecto de convertir la esterlina en una «petromoneda», elevando durante un tiempo su valor a niveles altos poco prácticos y haciendo no competitiva muchas de sus exportaciones. Incluso cuando se agote el petróleo, haciendo que la esterlina baje más, no está claro que esto conduzca *ipso facto* a una reanimación de la manufactura: las fábricas han sufrido, se han perdido mercados extranjeros (tal vez para siempre) y la competitividad internacional ha sido erosionada por aumentos más grandes de lo normal en los costos de la mano de obra. La tendencia de Gran Bretaña hacia los servicios es algo más prometedora, pero, no obstante, lo cierto es que aquí, como en los Estados Unidos, muchos servicios (desde la limpieza de ventanas hasta la comida preparada) no aportan moneda extranjera ni son particularmente productivos. Incluso en los florecientes y provechosos campos de la Banca, la inversión y las transacciones internacionales, etc., parece claro que la competencia es, en todo caso, más intensa, y que en los últimos treinta años «la parte de Gran Bretaña en el comercio mundial de servicios ha bajado del 18 al 7%»[101]. Al convertirse la Banca y las fianzas en un negocio mundial, cada vez más dominado por las empresas (principalmente norteamericanas y japonesas) con grandes recursos de capital en Nueva York y Londres y Tokio, la parte británica puede disminuir todavía más. Por último el futuro desarrollo en telecomunicaciones y equipo de oficina está ya indicando que los empleados en despachos seguirán pronto el cambio seguido, ya por los obreros manuales en Occidente.

Confiamos en que nada de esto anuncie un cataclismo. Un crecimiento general en la producción y el comercio mundiales contribuirá a mantener a flote la economía británica, aunque su parte

en los totales disminuya y su PNB per cápita vaya siendo alcanzado por muchas más naciones, desde Italia hasta Singapur. La decadencia podría intensificarse, si un cambio de Gobierno condujese a grandes aumentos en los gastos sociales (más que en la inversión productiva) niveles más altos de impuestos, mengua de la confianza en los negocios y una huida de la esterlina; podría retrasarse, con un Gobierno que adoptase una política monetaria menos estricta, concibiese una «estrategia industrial» coherente y colaborase con otros europeos en empresas de rendimiento (y no de prestigio). También puede ser verdad, como sostiene un economista)[102] que la manufactura británica esté ahora mucho más en forma y sea más competitiva, después de pasar por un «renacimiento industrial». Pero los augurios de un giro espectacular no son buenos; las relativas movilidad y falta de adiestramiento en el mercado de trabajo, los altos costos por unidad y la relativa pequeñez de incluso las más importantes sociedades manufactureras británicas son hándicaps muy considerables. La cantidad de ingenieros y de científicos es todavía espantosamente baja. Sobre todo, existe un pobre nivel de inversión en «R&D», por cada dólar gastado en Gran Bretaña en «R&D» a principios de los años ochenta, Alemania gastaba 1,50, Japón 3 y los Estados Unidos 8, y el 50% de aquel «R&D» británico se dedicaba a actividades de defensa no productivas, comparado con el 9% de Alemania y una cantidad minúscula de Japón[103]. En contraste con sus principales rivales (a excepción de los Estados Unidos), el «R&D» británico está mucho menos relacionado con las necesidades de la industria y menos pagado por la industria misma.

La gran proporción de «R&D» dedicada a la defensa nos lleva al otro extremo del dilema británico. Si fuese un Estado poco ambicioso, oscuro, aislado, pacífico, su lenta anemia industrial sería una lástima, pero irrelevante para el sistema de poder internacional. Pero el hecho es que, aunque muy encogida después de su apogeo victoriano, Gran Bretaña sigue siendo —o dice ser— una de las principales potencias «medianas» del mundo. Su presupues-

to de defensa es el tercero o el cuarto en cuantía (según como se mida el total de China); su Marina, la cuarta más numerosa; su Fuerza Aérea, la cuarta en importancia[104]; todo lo cual, podría pensarse está en significativa desproporción con su extensión geográfica (sólo 245 000 km^2) su población (56 millones) y su modesta y menguante parte en el PNB mundial (3,38% en 1983). Además, a pesar de su ocaso imperial, todavía tiene grandes compromisos estratégicos en el extranjero; no sólo los 65 000 soldados y aviadores en Alemania, como participación en el Frente Central de la OTAN, sino también en guarniciones y bases navales en todo el mundo: Belice, Chipre, Gibraltar, Hong Kong, las Malvinas, Brunei, el océano índico. A pesar de todos los prematuros anuncios, todavía no está en la situación de Nínive y de Tiro[105].

Esta divergencia entre el estado económico encogido de Gran Bretaña y su posición estratégica sumamente extendida es probablemente más extremada que la que puede afectar a cualquier otra de las más grandes potencias, a excepción de la propia Rusia. Por consiguiente se siente particularmente vulnerable al hecho de que los precios de las armas están subiendo de un 6 a un 10% más de prisa que la inflación y de que todo nuevo sistema de armas es de tres a cinco veces más costoso que aquel a quien debe remplazar. Todavía es más vulnerable a consecuencia de las tensiones doméstico-políticas sobre los gastos de defensa; mientras las administraciones conservadoras consideran necesario contener los gastos en armas con el fin de reducir el déficit, cualquier régimen alternativo se sentiría inclinado a cortar los gastos de defensa en términos absolutos. Pero, aparte de este dilema político, se cierne sobre Gran Bretaña una alternativa fundamental y (pronto) inevitable: o cortar las asignaciones a todos los servicios armados, colocando a cada uno de ellos en una situación menos que eficaz, o suprimir algunos de los compromisos de defensa de la nación.

Sin embargo, en cuanto se plantea aquella proposición, surgen los obstáculos. El mando del aire es tenido por axiomático (de aquí el superior presupuesto de la RAF), incluso cuando el costo de los

nuevos Eurocazas sube vertiginosamente hasta perderse de vista. El mayor, y con mucho, compromiso británico en ultramar es para Alemania y Berlín (casi 4000 millones de dólares), pero incluso los 55 000 soldados, 600 tanques y 3000 vehículos blindados de otras clases están ahora, a pesar de su elevada moral, desabastecidos. Sin embargo cualquier reducción numérica del BAOR (British Army on the Rhine) o esquema de fantasía para mantener a la mitad de las tropas en guarniciones británicas en vez de alemanas, tendría probablemente tales repercusiones políticas —desde el agravio alemán hasta la emulación belga y el enojo americano— que sería totalmente contraproducente. Una segunda alternativa es reducir el volumen de la flota de superficie, y ésta fue la solución del Ministerio de Defensa de 1981, hasta que la crisis de las Malvinas dio al traste con el proyecto[106]. Pero, si esta alternativa tiene probablemente el mayor número de partidarios en los pasillos de Whitehall, parece extemporánea en vista del creciente desafío naval de Rusia y de la cada vez mayor presión norteamericana sobre la OTAN para que tenga una fuerza «fuera de la zona». (Y es ciertamente una contradicción de los partidarios de aumentar las fuerzas convencionales de la OTAN en Europa convenir en reducciones de la segunda flota de escolta de la alianza en el Atlántico.) Un candidato más posible a los «cortes» sería los costosos y (aunque emocionalmente comprensibles) demasiado extendidos cometidos de Gran Bretaña en las islas Malvinas: pero incluso esta reducción sólo retrasaría probablemente unos años una decisión más importante. Por último, está la inversión en el carísimo sistema de misiles balísticos instalados en submarinos «Trident», cuyo costo parece elevarse mensualmente[107]. Dado el entusiasmo del Gobierno conservador por un sistema disuasorio avanzado e «independiente» —por no hablar de la manera en que los submarinos «Trident» pueden alterar el equilibrio nuclear total (véanse págs. 787-789)— esta decisión es sólo probable con un cambio radical de administración en Gran Bretaña, que, a su vez, podría poner en tela de juicio algo más que la futura política de defensa.

Sin embargo, en resumidas cuentas, persiste el difícil dilema. Como ha dicho el *Sunday Times*: «A menos que se haga algo pronto, la política de defensa de este país consistirá cada vez más en tratar de hacer el mismo trabajo con menos dinero, lo cual sólo puede ser malo para Gran Bretaña y para la OTAN»[108]. Esto pone a los políticos (de *cualquier* partido) ante la alternativa de reducir ciertos compromisos y soportar las consecuencias, o aumentar todavía más los gastos de defensa —y Gran Bretaña gasta proporcionalmente más (el 5,5% del PNB) que cualquier otro miembro europeo de la OTAN, salvo Grecia— y reducir con ello su inversión en crecimiento productivo y en las perspectivas a largo plazo de recuperación económica. Como ocurre en la mayoría de las potencias en decadencia, es sólo un dilema entre difíciles alternativas.

Con el mismo dilema se enfrenta la vecina de Gran Bretaña al otro lado del Canal, aunque esto ha sido disimulado por la falta de una sostenida discusión doméstica de la política de defensa de Francia, y por una bastante mejor (aunque todavía defectuosa) actuación económica desde los años cincuenta. A fin de cuentas, París, como Londres, tiene que luchar con el problema de ser sólo una potencia «mediana» con extensos intereses nacionales y compromisos en ultramar, la defensa de los cuales sufre una creciente presión de la escalada en el costo de los armamentos[109]. Aunque su población es igual que la de Gran Bretaña, su PNB total y su PNB per cápita son mayores. Los franceses producen más automóviles y más acero que los ingleses y tienen una muy importante industria aeroespacial. A diferencia de Gran Bretaña, Francia sigue dependiendo fuertemente del petróleo importado; por otra parte, tiene todavía un considerable excedente en productos agrícolas, que son fuertemente subvencionados por la CEE. En varios campos importantes de alta tecnología —telecomunicaciones, satélites espaciales, aviación, energía nuclear—, los franceses han mostrado un firme empeño en mantenerse a la altura de la competencia mundial. Si la economía de Francia fue gravemente perjudicada por el impulso que quiso dar la administración socialista al

crecimiento a principios de los años ochenta (precisamente cuando todos sus más importantes compañeros comerciales se estaban restringiendo fiscalmente), las políticas más austeras que siguieron parecen haber reducido la inflación, disminuido el desequilibrio comercial y estabilizado el franco, todo lo cual debería permitir una reanudación del crecimiento económico francés.

Pero cuando se comparan la estructura y las perspectivas económicas de Francia con las de su poderoso vecino de allende el Rin —o con las del Japón—, se trasluce su precariedad. Si Francia es aún espectacularmente diestra en exportar aviones de caza, vinos y grano, «sigue siendo relativamente débil en vender artículos manufacturados corrientes al extranjero»[110]. Demasiados clientes suyos han sido países inestables del Tercer Mundo que piden costosos proyectos como embalses o «Mirages» y después tienen dificultades para pagarlos; en contraste, la «importante penetración» de artículos industriales, automóviles y aparatos eléctricos en Francia indica grandes campos en los que no es competitiva. Su déficit comercial con Alemania Federal aumenta cada año y, dado que los precios franceses siempre suben más de prisa que los de Alemania, conducirá probablemente a más devaluaciones del franco. La región norteña de Francia está todavía llena de industrias en decadencia —carbón, hierro, acero, construcción de buques— y buena parte de su industria del automóvil está también sintiendo la tensión. Y aunque las nuevas tecnologías parecen muy prometedoras, no pueden absorber a los muchos desempleados de Francia ni reciben los grados de inversión necesarios para mantenerse a la altura de las tecnologías alemanas, japonesa y norteamericana. Todavía más preocupante para un país tan ligado económicamente (y, tal vez más importante, psicológicamente) a la agricultura es la amenazadora crisis de superproducción mundial de cereales, productos lácteos, frutas, vino, etc., con su creciente tensión sobre los presupuestos franceses y de la CEE, si se mantienen los precios de apoyo de la agricultura, y su amenaza de agitación social si se recortan aquellos precios. Hasta hace pocos años, París podía con-

fiar en los fondos de la Comunidad como ayuda para reestructurar su agricultura; ahora, la mayor parte de aquel dinero es probable que vaya a parar a los campesinos de España, Portugal y Grecia. Todo esto puede dejar a Francia sin los recursos de capital necesarios para un mayor esfuerzo de «R&D» y para un crecimiento sostenido y fundado en alta tecnología durante las dos décadas próximas.

Es en este amplio contexto, de fijar prioridades para el futuro de Francia, que hay que situar el debate sobre la política de defensa nacional. En muchos aspectos, hay mucho de impresionante en la estrategia de Francia y sus acciones militares, en tiempos recientes. Reconociendo (y afirmando a voces) sus crecientes dudas sobre la credibilidad de la fuerza disuasoria nuclear estratégica norteamericana, Francia se ha provisto de su propio «trío» de sistemas de lanzamiento para emplearlo en el caso de una agresión soviética. Conservando en sus manos todos los aspectos de su fuerza disuasoria nuclear (desde la producción hasta la puntería) e insistiendo en que toda su fuerza de misiles será lanzada contra Rusia si falla la disuasión, París siente que tiene una manera más segura de tener a raya al Kremlin. Al propio tiempo, ha mantenido uno de los ejércitos terrestres más numerosos y tiene una guarnición sustancial en el sudoeste de Alemania y el compromiso de acudir en ayuda de la República Federal; aun estando fuera de la estructura de la OTAN, y siendo así capaz de tener una voz «europea» independiente en cuestiones de estrategia, no ha contradicho la necesidad militar de reforzar el Frente Central para el caso de un ataque ruso. Los franceses han conservado también un papel extraeuropeo y —por medio de ocasionales intervenciones militares en ultramar, la presencia de guarniciones y consejeros suyos en países del Tercer Mundo y su afortunada política de ventas de armas— ofreciendo una influencia alternativa (y una fuente de suministros) tanto a la URSS como a los Estados Unidos. Si esto ha irritado a veces a Washington —y si la prueba nuclear francesa en el sur del Pacífico ha molestado con razón a los países de aquella

región—, tampoco Moscú puede sentirse muy contento de las diversas y a veces imprevisibles exhibiciones de independencia gala. Además, como tanto la derecha como la izquierda apoyan en Francia la idea de que la nación debe representar un papel marcado en el extranjero, los proyectos y acciones franceses con este fin no provocan las críticas domésticas que virtualmente se producirían en todas las otras sociedades occidentales. Todo esto ha llevado a los observadores extranjeros (y, desde luego, a los propios franceses) a describir su política como lógica, dura, práctica, etc.

Sin embargo, la propia política no está libre de problemas —como algunos comentaristas franceses empiezan a reconocer francamente[111]— y debe hacer que los aficionados a la Historia recuerden la distancia que existió entre la teoría y la realidad de la política de defensa de Francia antes de 1914 y de 1939. En primer lugar, hay mucha verdad en la fría observación de que todas las posturas de independencia de Francia han tenido lugar detrás del escudo de América y de las garantías dadas por ésta a la Europa occidental, tanto en fuerzas convencionales como nucleares. «La política de afirmación gaullista sólo fue posible —observó Raymond Aron—, porque, por primera vez en este siglo, Francia no estaba en primera línea del frente»[112]. Pero ¿y si desapareciese aquella seguridad? Es decir, ¿qué pasaría si se admitiese que la disuasión nuclear americana no es creíble? ¿Qué pasaría si, con el tiempo, fuesen los Estados Unidos retirando sus tropas, tanques y aviación de Europa? En determinadas circunstancias, ambas eventualidades podrían ser recibidas de buen grado. Sin embargo, como confiesan los propios franceses, no pueden aparecer así a la luz de la política reciente de Moscú: elevando sus propias fuerzas nucleares y las convencionales con base en Europa a niveles excesivos, manteniendo una firme autoridad sobre sus satélites europeos orientales y lanzando «ofensivas de paz», tal vez particularmente encaminadas a apartar al público alemán federal de la alianza de la OTAN en favor de la neutralidad. Muchas señales del que ha sido llamado «Nuevo Atlantismo» de Francia[113] —un tono más duro con la

Unión Soviética, críticas de las tendencias neutralistas entre los socialdemócratas alemanes, el acuerdo franco-alemán para el despliegue hacia delante en Alemania (posiblemente con armas nucleares tácticas) de la Force d'Action Rapide, los lazos más estrechos con la OTAN[114]— son consecuencias evidentes de la preocupación francesa por el futuro. Mientras Moscú no cambie, París tiene que pensar que la URSS podría *meterse* en la Europa occidental cuando (o incluso antes) hayan salido de ella los Estados Unidos.

Pero si aquella amenaza se hiciese más probable, ¿qué podría hacer Francia en términos *prácticos*? Naturalmente, podría aumentar todavía más sus fuerzas convencionales, pasando a la creación de un aumentado ejército franco-alemán lo bastante fuerte para contener un ataque ruso si las fuerzas de los Estados Unidos fuesen reducidas (o incluso suprimidas). En opinión de personas como Helmut Schmidt[115], ésta es la extensión lógica no sólo de la *entente* París-Bonn, sino también de las tendencias internacionales (p. ej., la debilitación de la capacidad norteamericana). Hay toda clase de dificultades políticas y de organización en la realización de este proyecto —desde la posible actitud de un futuro Gobierno alemán de centroizquierda hasta cuestiones de mando, idioma y despliegue y hasta el delicado problema de las armas nucleares tácticas francesas[116]—, pero, en todo caso, esta estrategia se estrellaría probablemente contra un escollo insalvable: la falta de dinero. Francia gasta actualmente alrededor del 4,2% de su PNB en defensa (comparado con el 7,4% de los Estados Unidos y el 5,5% de Gran Bretaña) pero dado el delicado estado de la economía francesa, aquel porcentaje no podría ser muy aumentado. Además, la independencia de Francia en la producción de armas atómicas significa que sus fuerzas estratégicas nucleares absorben hasta el 30% del presupuesto de defensa, mucho más que cualquier otro país. Lo que queda no es bastante para el tanque «AMX», una aviación avanzada, el nuevo portaaviones impulsado por energía nuclear, armas convencionales, «rápidas», etcétera. Aunque ciertos aumen-

tos en las fuerzas armadas francesas pueden ser probables, aquello no podría satisfacer todas las exigencias[117]. Por consiguiente, como en el caso de Gran Bretaña, los franceses se enfrentan con la difícil alternativa de eliminar enteramente algunos sistemas (y funciones) de armas o forzar la economía sobre todos ellos.

Igualmente preocupantes son las dudas que han surgido sobre la fuerza disuasoria nuclear de Francia, en los niveles técnico y estratégico. Partes del trío de armamento nuclear francés —los misiles con base en tierra y especialmente la aviación— están sujetas a deteriorarse con el tiempo, e incluso sus costosas mejora y modernización pueden no estar a la altura de la más nueva tecnología en armas[118]. Este problema puede ser particularmente arduo si se producen avances significativos en la tecnología de la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) norteamericana y si los rusos a su vez, desarrollan un sistema mucho más amplio de misiles balísticos de defensa. Nada es más inquietante, desde el punto de vista francés que el aumento por las dos superpotencias de su invulnerabilidad potencial, mientras Europa permanece expuesta. Contra esto, está el significativo aumento del sistema francés de misiles balísticos lanzados desde submarinos (que se comenta más adelante en la pág. 787). Sin embargo, permanece el principio general: la tecnología avanzada podría hacer inútiles los tipos de armas existentes y, ciertamente, hará que el costo de cualquier situación sea mucho más caro. En todo caso, los franceses han caído en la misma trampa de credibilidad de todas las otras potencias nucleares. Si París cree cada vez más improbable que los Estados Unidos se arriesguen a un intercambio nuclear estratégico con la URSS en caso de invasión de la frontera alemana, ¿en qué quedaría su propia promesa de ejercitar su fuerza nuclear en beneficio de la República Federal? (A los alemanes occidentales les cuesta creerlo.) Incluso la tradición gaullista de defender el «santuario» de Francia disparando todos sus misiles contra Rusia pende de la presunción no demostrada de que el pueblo francés prefiere la aniquilación a una posible (o probable) derrota por medios convencionales. «Cortar

un brazo al oso ruso» ha parecido siempre una buena frase, hasta que se recuerda que uno sería ciertamente devorado por el oso, y que las propias defensas antimisiles de Rusia limitarían el daño que sufriría ésta. Evidentemente, la posición oficial de la estrategia nuclear francesa no va a cambiar pronto, si es que cambia alguna vez. Pero vale la pena preguntarse lo práctico que sería si empeorase el equilibrio Este-Oeste y se debilitasen los Estados Unidos[119].

Entonces, el problema francés es que tantas exigencias graviten sobre sus recursos nacionales. Dadas las tendencias demográficas y estructural-económica, la elevada proporción de la renta nacional consumida por la Seguridad social es probable que continúe e incluso que aumente. Pronto se necesitarán copiosos fondos para el sector agrícola. Al mismo tiempo, la modernización de las Fuerzas Armadas requiere sustanciales cantidades de dinero. Y todo esto tiene que ser comparado con —y tomado de— la apremiante necesidad de una inversión muy incrementada en «R&D» y en procesos industriales avanzados. Si no se puede asignar el dinero necesario a este último fin, se pondrán en peligro, con el tiempo, las perspectivas de defensa, de Seguridad social y de todo lo demás. Evidentemente, este dilema no afecta sólo a Francia, aunque son sobre todo los franceses quienes arguyen en favor de una posición claramente «europea» sobre las cuestiones internacionales económicas y de defensa, y quienes, por consiguiente, expresan más claramente las preocupaciones europeas. También por esta razón, es París quien ha ido generalmente en cabeza en iniciar nuevas políticas: estrechando los lazos militares franco-alemanes, produciendo aerobuses y satélites europeos, etcétera. Muchos de estos esquemas han sido recibidos con escepticismo por los vecinos de Francia, por la afición gala a la planificación burocrática y a las empresas de prestigio, o con el recelo de que las compañías francesas se lleven la parte del león en los proyectos pagados por Europa. Sin embargo, otros planes han demostrado ya lo que valen o parecen ofrecer buenas promesas.

Desde luego hay más «problemas» en Europa de los que se consideran aquí: entre ellos, el envejecimiento de las poblaciones y de las industrias, los descontentos étnicos en las ciudades del interior, la diferencia entre el próspero Norte y el pobre Sur, las tensiones político-lingüísticas en Bélgica, el Ulster y el norte de España. Observadores pesimistas aluden también ocasionalmente a la posibilidad de una «finlandización» de ciertos Estados europeos (Dinamarca, Alemania Federal), que entonces dependerían de Moscú. Como esta evolución tendría que ir precedida de un giro político hacia la izquierda en los países afectados, es difícil pensar que sea probable. Tal como están las cosas, si se considera a Europa —como representada principalmente por la CEE— como una unidad de política y *de poder* en el sistema mundial, los problemas más importantes con que se enfrenta son naturalmente los que se han comentado antes: cómo desarrollar una política de defensa común para el siglo venidero que sea viable incluso en una era que puede ser de cambios importantes en los equilibrios internacionales de poder, y cómo permanecer competitiva contra los formidables desafíos planteados por la nueva tecnología y por nuevos competidores comerciales. En el caso de las otras cuatro regiones y sociedades examinadas en este capítulo, es posible sugerir qué cambios es probable que se produzcan, con el tiempo, en su posición actual: que Japón y China verán probablemente aumentadas sus posiciones en el mundo y que la URSS e incluso los Estados Unidos verán rebajadas las suyas. Pero Estados Unidos sigue siendo un enigma. Si la Comunidad Europea puede realmente actuar junta, es posible que mejore su posición, tanto militar como económicamente. Si no lo hace —cosa que, dada la naturaleza humana, es lo más plausible—, su decadencia relativa parece destinada a continuar.

LA UNION SOVIETICA Y SUS «CONTRADICCIONES»

La palabra «contradicción», en terminología marxista, es muy específica y se refiere a las tensiones que (según se arguye) son inherentes al sistema de producción capitalista y causarán inevitablemente su ruina[120]. Por consiguiente, parece deliberadamente irónico emplear la misma expresión para describir la posición en que se encuentra ahora la Unión Soviética, primer Estado comunista del mundo. Sin embargo, como veremos más adelante, parece abrirse, en varias zonas absolutamente críticas, un abismo cada vez más ancho entre los objetivos del Estado soviético y los métodos empleados para alcanzarlos. Aquél proclama la necesidad de incrementar las producciones agrícola e industrial, pero entorpece esta posibilidad con la colectivización y una planificación autoritaria. Afirma la importancia suprema de la paz mundial, pero su aumento masivo en los armamentos y sus lazos con los Estados «revolucionarios» (junto con su herencia revolucionaria) sirven para aumentar las tensiones internacionales. Dice requerir una seguridad absoluta a lo largo de sus extensas fronteras, pero su hasta ahora inflexible política con respecto a las preocupaciones de sus vecinos por la seguridad empeora las relaciones de Moscú con la Europa occidental y oriental, con los pueblos de Oriente Medio, con China y con Japón, y hace, a su vez, que los rusos se sientan «cercados» y *menos* seguros. Su filosofía afirma al actual proceso dialéctico de cambios en los asuntos mundiales, impulsado por la tecnología y los nuevos medios de producción, y que causa inevitablemente toda clase de transformaciones políticas y sociales, pero sus propios hábitos autocráticos y burocráticos, los privilegios que otorgan a la elite del Partido, las restricciones sobre el libre intercambio de conocimientos y la falta de un sistema de incentivos personales, hace que estén mal equipados para enfrentarse al explosivo pero sutil futuro de alta tecnología que está empezando ya en Japón y en California. Por encima de todo, aunque los líde-

res del Partido insisten con frecuencia en que la URSS nunca volverá a aceptar una posición de inferioridad militar y apremian todavía más frecuentemente a la nación para que aumente su producción, les resulta claramente difícil reconciliar estos dos objetivos y, en particular, reprimir la tradición rusa de dedicar una parte demasiado grande de los recursos nacionales a las Fuerzas Armadas, con deletéreas consecuencias para su capacidad de competir comercialmente con otras sociedades. Tal vez hay otras maneras de calificar estos problemas, pero no parece inadecuado llamarlos «contradicciones».

Dado el énfasis de la filosofía marxista sobre la base *material* de la existencia, parece doblemente irónico que las principales dificultades con que se encuentra hoy la URSS están en su subestructura económica, y sin embargo, las pruebas recogidas por los expertos occidentales —por no hablar de los crecientes reconocimientos por parte del propio liderazgo soviético— demuestran sin lugar a dudas que es así. Sería interesante saber qué habría pensado Kruschev, que en los años cincuenta pronosticó confiadamente que la URSS alcanzaría económicamente a los Estados Unidos y «enterraría» el capitalismo, de las confesiones hechas por el señor Gorbachov en 1986, en el XXVII Congreso del Partido Comunista:

> Las dificultades empezaron a aumentar en la economía en los años setenta, al decaer visiblemente los índices de crecimiento económico. Como resultado de ello, no se alcanzaron los objetivos de desarrollo económico fijados en el programa del Partido Comunista, ni siquiera los objetivos más bajos de los 9.º y 10.º planes quinquenales. Tampoco conseguimos realizar el programa social trazado para este período. De ello se siguió un retraso en la base material de la ciencia y la educación, la protección de la salud, la cultura y los servicios cotidianos.
>
> Aunque se han hecho esfuerzos recientemente, no hemos logrado remediar del todo la situación. Hay serios re-

> trasos en ingeniería, en las industrias del petróleo y del carbón, en la industria técnica eléctrica, en metales ferrosos y productos químicos, en construcción capital. Tampoco se han logrado los objetivos de los principales indicadores de eficacia y de mejora del nivel de vida del pueblo.
>
> La aceleración del desarrollo socioeconómico del país es la clave de todos nuestros problemas, inmediatos y a largo plazo, económicos y sociales, políticos e ideológicos, internos y externos[121].

A lo cual puede observarse que la última declaración habría podido hacerla cualquier gobierno de mundo, y que el mero reconocimiento de los problemas económicos no es garantía de que serán resueltos.

La zona más crítica de debilidad de la economía, durante toda la historia de la Unión Soviética ha sido la agricultura, lo cual es tanto más sorprendente si recordamos que, hace un siglo, Rusia era uno de los más grandes exportadores de cereales del mundo. Sin embargo, desde primeros de los años sesenta, ha necesitado importar anualmente decenas de millones de toneladas de trigo y de maíz. Si continúa esta tendencia en la producción de artículos alimenticios, Rusia (y otras economías sociales del Este de Europa) compartirá con parte de África y del Próximo Oriente la dudosa distinción de ser los únicos países que han pasado de exportadores a importadores en gran escala y de manera sostenida en los años recientes[122]. En el caso de Rusia, este enojoso estancamiento en la producción agrícola no ha sido por falta de atención o de esfuerzo; desde la muerte de Stalin, todos los líderes soviéticos han presionado para que se aumente la producción de comestibles, con el fin de satisfacer las demandas de los consumidores y cumplir las promesas de elevación del nivel de vida ruso. Sería erróneo decir que no ha habido ninguna elevación: está claro que el ruso medio vive mucho mejor que en 1953, cuando su situación era desesperada. Pero es deprimente que, después de varias décadas de acercarse a Occidente, su nivel de vida se está quedando de nuevo

atrás, a pesar de todos los recursos que dedica el Estado a la agricultura, que se traga casi el 30% de la inversión total (en comparación con el 5% de los Estados Unidos) y emplea más del 20% de la mano de obra (en comparación con el 3% de los Estados Unidos). Simplemente para mantener los niveles de vida, la URSS se ve obligada a invertir aproximadamente 78 mil millones de dólares en la agricultura al año y a subvencionar los precios de la comida con otros 50 mil millones, a pesar de lo cual parece «distanciarse más y más de ser la exportadora que fue antaño»[123] y necesita emplear más miles de millones de moneda fuerte para importar cereales y carne que compensen sus déficits de producción agrícola.

Es verdad que hay ciertas razones *naturales* de la precariedad de la agricultura soviética y de que su productividad sea aproximadamente un séptimo de la de los cultivos americanos. Aunque la URSS es a menudo considerada como geográficamente bastante parecida a los Estados Unidos —tanto por su extensión a lo ancho de un continente como por ser Estados del hemisferio septentrional—, en realidad está mucho más hacia el Norte: Ucrania está en la misma latitud que el sur de Canadá. Esto no sólo dificulta el cultivo e maíz, sino que hace que incluso las regiones soviéticas que cultivan trigo sufran inviernos mucho más crudos —y más frecuentes sequías— que Estados como Kansas y Oklahoma. Los cuatro años de 1979 a 1982 fueron particularmente malos en este aspecto e inquietaron tanto al Gobierno que éste dejó de dar detalles sobre la producción agrícola (¡aunque su importación media de 35 millones de toneladas de cereales al año dio la clave!). Ni siquiera el año «bueno» de 1983 hizo que la URSS se bastara a sí misma, y fue seguido a su vez de otro año desastroso de frío y de sequía[124]. Además, todo intento de extender el cultivo del trigo a «tierras vírgenes» se ve siempre limitado por las heladas en el Norte y por la aridez en el Sur.

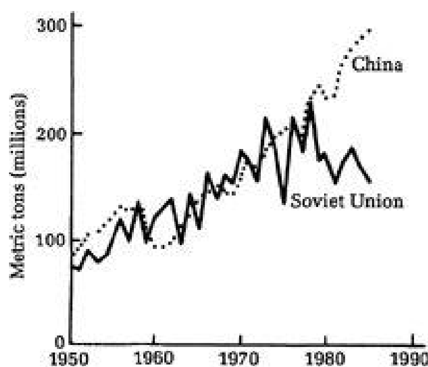
Sin embargo, ningún observador extranjero está convencido de que sea sólo el clima lo que ha reducido la producción agrícola soviética[125]. Los más grandes problemas han sido causados simple-

mente por la «socialización» de la agricultura. Para que el pueblo ruso esté contento, los precios de los comestibles son mantenidos artificialmente bajos a través de los subsidios, de manera que «la carne cuya producción cuesta 4 dólares la libra al Estado se vende a 80 centavos la libra»[126] lo cual hace, por ejemplo, que los campesinos compren pan y patatas para alimentar a su ganado, en vez de emplear el grano natural. Las grandes inversiones del Estado en la agricultura se emplean en proyectos a gran escala (embalses, desecaciones) y no en los graneros individuales y los pequeños tractores modernos que puede necesitar el campesino ordinario. Las decisiones sobre plantaciones, inversión, etc., no son tomadas por los que trabajan en el campo, sino por mánagers y burócratas. La no concesión de responsabilidad y de iniciativa a los campesinos individuales es, probablemente, la mayor razón de los lamentables rendimientos, los defectos crónicos y el enorme desperdicio, aunque éste es también claramente afectado por las inadecuadas condiciones de almacenamiento y la falta de carreteras abiertas todo el año, que hacen que, «aproximadamente el 20% de los cereales, las frutas y las verduras, y hasta el 50% de la cosecha de patatas (se pierdan) debido a las deficiencias de almacenamiento, de transporte y de distribución»[127]. Lo que podría conseguirse si el sistema fuese alterado en sus cimientos —es decir, un paso decisivo de la colectivización a la explotación agrícola individual por los campesinos— viene indicado por el hecho de que las parcelas privadas existentes producen alrededor del 25% de la total producción agrícola rusa, siendo así que sólo ocupan el 4% de las tierras de labranza del país[128].

Sin embargo, sean cuales fueren los rumores sobre «reforma» difundidos desde las altas esferas, todo parece indicar que la Unión Soviética no piensa seguir los cambios agrícolas a gran escala del señor Deng, en nada que se parezca al grado de «liberalización» de China (véase lo dicho anteriormente), aunque está claro que la producción de Rusia está quedando muy atrás en relación con su emprendedora vecina[129].

Aunque no es probable que el Kremlin explique francamente por qué prefiere al actual sistema de agricultura colectivizada, a pesar de sus manifiestas deficiencias, hay dos razones principales en esta inflexibilidad. La primera es que un aumento masivo de las parcelas privadas, la creación de muchos más mercados privados y los incrementos en los precios pagados por los productos agrícolas implicarían significativos aumentos en la parte del campesino en la renta nacional, en detrimento de la resentida población urbana y, tal vez, de la inversión industrial. Significaría, dicho en otras palabras, el triunfo definitivo de la política de Bujarin (que era partidario de los incentivos agrícolas) y el rechazo de los prejuicios de Stalin[130]. La segunda es que significaría una reducción de los poderes de los burócratas y mánagers que dirigen la agricultura soviética, y tendría implicaciones en todas las demás esferas de toma de decisiones. Si es seguro que «los agricultores individuales que toman decisiones cotidianas en respuesta a las señales del mercado, a los cambios del tiempo y a las condiciones de sus cosechas, tienen una inteligencia conjunta muy superior a la de la burocracia centralizada, por muy bien organizada que esté y por muy competente que sea su personal»[131], ¿qué implicaría esto para el futuro de la «burocracia centralizada»? Si es correcto que hay una continua y molesta relación entre «socialismo y déficits nacionales de comida»[132], difícilmente puede haber escapado a la atención del Politburó. Pero desde su propia perspectiva, puede parecer mejor —ciertamente más seguro— mantener la agricultura «socialista» (es decir, colectivizada), aunque esto implique el aumento de las importaciones de comestibles, que confesar el fracaso del sistema comunista y eliminar los controles existentes sobre un sector tan grande de la sociedad.

Gráfico 3. Producción de cereales en la Unión Soviética y China, 1950-1984



Por la misma razón, es también difícil que la URSS corrija su sector industrial. Para algunos observadores, esto puede parecer innecesario, dados los notables logros de la economía soviética desde 1945 y el hecho de que produce más que los Estados Unidos en, por ejemplo, máquinas-herramienta, acero, cemento, abonos, petróleo, etcétera[133]. Sin embargo, hay muchas señales de que también la economía soviética se está estancando y de que el período de expansión relativamente fácil —causada por la fijación de objetivos ambiciosos y el empleo masivo de dinero y de mano de obra para alcanzar aquellas cifras— está tocando a su fin. Esto se debe en parte a la creciente escasez de trabajadores y de energía, que se comentarán por separado más adelante. Sin embargo, son igualmente importantes las repetidas señales de que la manufactura adolece de un exceso de planificación burocrática, de concentrarse demasiado en la industria pesada y de ser incapaz de responder a los gustos del consumidor o a la necesidad de alterar productos para satisfacer la demanda o los mercados. Producir grandes cantidades de cemento no es necesariamente buena cosa, si la excesiva inversión ha tomado recursos de un sector más necesitado; si el actual proceso de producción de cemento ha derrochado mucha energía; si el producto tiene que ser transportado a largas distancias a través del país, provocando así más tensiones en un sistema ferroviario ya sobrecargado de trabajo, y si el cemento tiene que ser distribuido entre miles de proyectos autorizados por los planificadores soviéticos, pero que nunca han podido

terminarse[134]. Iguales observaciones podrían hacerse sobre la enorme industria soviética del acero, mucha de cuya producción parece un despilfarro, haciendo que algunos estudiosos se maravillen de la «paradoja de la abundancia industrial en medio de la pobreza del consumidor»[135]. Ciertamente, hay sectores eficaces en la industria soviética (generalmente relacionados con la defensa, que puede disponer de muchos recursos y *debe* competir con Occidente), pero el sistema total adolece, de concentrarse en la producción, sin preocuparse mucho de los precios del mercado y de la demanda del consumidor. Como las fábricas soviéticas no pueden cerrar las puertas, como en Occidente, también les falta el estímulo definitivo de producir con eficacia. Por muchos medios que se empleen para contribuir a un crecimiento industrial más rápido, cuesta creer que van a producir un avance sostenido, si persiste el sistema existente de «economía planificada».

Pero, si los niveles actuales de eficacia industrial soviética son apenas tolerables (o, a juzgar por el tono más duro del Gobierno, cada vez más intolerables), es probable que el sistema sea todavía más perjudicado por otras tres presiones que gravitan sobre él. La primera se refiere al suministro de energía. Cada vez se ha evidenciado más que la gran expansión de la producción industrial soviética desde los años cuarenta ha dependido de abundantes suministros de carbón, petróleo y gas natural, casi sin reparar en el coste. En consecuencia, el «derroche de energía» y el «derroche de acero», tanto en la URSS como en sus principales satélites, son extraordinarios, en comparación con la Europa occidental, como se muestra en la tabla 46.

TABLA 46. Kilos de equivalente de carbón y de acero usado para producir 1000$ de PNB en 1979-1980[136]

	Carbón	Acero		Carbón	Acero
Rusia	1490	135	Gran Bretaña	820	38
Alemania del Este	1356	88	Alemania Federal	565	52

Checoslovaquia	1290	132	Francia	502	42
Hungría	1058	88	Suiza	371	26

En el caso de Rusia, este derroche de «entradas» pudo parecer tolerable cuando las fuentes de energía eran abundantes y (relativamente) fáciles de conseguir; pero lo terrible es que esto ya no es así. Es posible que la famosa predicción de la CIA, en 1977, de que la producción de petróleo soviético alcanzaría pronto el punto culminante y después menguaría rápidamente, *fuese* prematura; sin embargo, la producción rusa de petróleo disminuyó un poco en 1984 y 1985, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial[137]. Pero todavía es más alarmante el hecho de que los restantes (y muy considerables) depósitos de petróleo —y de gas natural— hay que buscarlos a profundidad mucho mayor o en regiones, como Siberia Occidental, terriblemente afectadas por capas de tierras heladas permanentemente a diferentes niveles bajo el suelo. En la última década, como informó Gorbachov en 1985, el coste de extracción de una tonelada adicional de petróleo soviético se había elevado en el 70%, el problema se estaba, en todo caso, intensificando[138]. De aquí, en alto grado, el empeño de Rusia en aumentar su producción de energía nuclear lo más rápidamente posible, doblando así su parte de la producción de electricidad (del 10% al 20%) en 1990. Es demasiado pronto para saber hasta qué punto perjudicará a estos planes el desastre de Chernobil —los cuatro reactores de Chernobil producían una séptima parte del total de electricidad generada en Rusia por la fuente nuclear, de modo que su cierre implicó un creciente uso de otras fuentes de energía—, pero es evidente que aumentará el coste (debido a medidas adicionales de seguridad) y retrasará el ritmo del desarrollo planificado de la industria[139]. Finalmente, está el embarazoso hecho de que el sector energético absorbe ya, mucho capital —aproximadamente el 30% de toda la inversión industrial— y de que esta cantidad tiene que aumentar en gran manera. Parece difícil de creer el reciente informe de que «una simple continuación de las tenden-

cias de inversión en petróleo, carbón y energía eléctrica, combinadas con el proyectado aumento de inversión en el gas natural, absorberán virtualmente todo el aumento alcanzable en recursos de capital para la industria soviética en el período de 1981-1985»[140] simplemente porque las implicaciones en otras partes son demasiado graves. Sin embargo, el panorama de conjunto está claro: sólo para que la economía siga creciendo a ritmo pausado, el sector energía requerirá una parte incrementada del PNB[141].

Igualmente problemático, desde el punto de vista del liderazgo soviético, es el desafío planteado en los sectores de alta tecnología de la robótica, los super-ordenadores, los láseres, la óptica, las telecomunicaciones, etcétera, donde la URSS está en peligro de quedar cada vez más atrás de Occidente. En un sentido más estrecho, estrictamente militar, existe la amenaza de que las «selectas» armas de campo de batalla y los avanzados sistemas de detección puedan neutralizar las ventajas cuantitativas de Rusia en armamento militar: así, los superordenadores podrían ser capaces de descifrar las claves secretas rusas, localizar los submarinos sumergidos en el océano, dirigir una rápida batalla y, por último pero no menos importante, proteger las bases nucleares norteamericanas (como se infiere del programa «Star Wars» del presidente Reagan); mientras que la perfeccionada tecnología del radar, el láser y el control de dirección permitirían a la aviación y a la artillería de cohetes occidentales localizar y destruir los aviones y tanques enemigos con impunidad, como hace regularmente Israel con los sistemas de armas sirios (equipados por los soviéticos). Sólo para mantenerse a la altura de estas tecnologías avanzadas, el sector relacionado con la defensa de Rusia requiere asignaciones cada vez más importantes de los recursos científicos y de ingeniería[142].

En el campo civil, el problema es todavía más grande. Dadas las limitaciones con que se alcanzan *inputs* tan clásicos como el trabajo y la inversión de capital, la alta tecnología es con razón considerada vital para el crecimiento de la producción de Rusia. Para dar sólo un ejemplo, el empleo a gran escala de los ordenadores podría

reducir en gran manera el desperdicio en el descubrimiento, producción y distribución de los caudales de energía. Pero la adopción de esta nueva tecnología no implica solamente fuertes inversiones (¿tomadas de dónde?), sino que desafía al intensamente secreto, burocrático y centralizado sistema soviético. Los ordenadores, los procesadores de texto y las telecomunicaciones, por ser industrias de conocimiento intensivo, pueden ser mejor explotados por una sociedad que tenga una población adiestrada para la tecnología y que sea animada a experimentar libremente y a intercambiar nuevas ideas e hipótesis de la manera más amplia posible. Esto funciona bien en California y en Japón, pero amenaza con aflojar el monopolio del Estado ruso sobre la información. Si, todavía hoy, se prohíbe a los científicos y a los estudiosos de la Unión Soviética emplear personalmente máquinas de fotocopiar (el personal de los departamentos de copias está constituido por miembros de la KGB), resulta difícil ver cómo puede el país avanzar hacia el amplio uso de procesadores de texto, ordenadores interactivos, correspondencia electrónica, etc., sin un sustancial aflojamiento de los controles policiacos y de la censura[143]. Por consiguiente, como en la agricultura, el compromiso de «modernización» del régimen y su buena disposición para asignarle recursos adicionales de dinero y mano de obra está viciado por una subestructura económica y una ideología política que son obstáculos fundamentales para el cambio.

En comparación, pues, la creciente confianza de la Unión Soviética en la tecnología y la maquinaria importadas —sean legalmente adquiridas o robadas a Occidente— es un problema menos fundamental aunque todavía grave. Evidentemente, la importancia del espionaje industrial y científico (sea para fines militares o comerciales) no puede ser calculada, pero parece otro indicio de que Rusia está preocupada por quedarse atrás[144]. El comercio más regular —importar tecnología occidental (y también productos manufacturados de Europa occidental) a cambio de materias primas rusas— es una manera tradicional con que trata el país de «salvar

la distancia»; se hizo en el período de 1890-1914 y volvió a hacerse en los años veinte. En este sentido, lo único que ha cambiado es la naturaleza más moderna del producto: maquinaria para la extracción de petróleo, acero laminado, tuberías, ordenadores, máquinas-herramienta, equipo para la industria de productos químicos y plásticos, etc. Mucho más preocupante para los planificadores soviéticos debe de ser la creciente evidencia de que la tecnología importada es mucho más difícil de instalar y se emplea con mucha menos eficacia que en Occidente[145]. El segundo problema es la disponibilidad de moneda fuerte para comprar esta tecnología. Tradicionalmente, esto podía salvarse importando artículos manufacturados de países hermanos del Comecon (con lo que no se perdía moneda fuerte), pero los productos de éstos se han mantenido cada vez menos a la altura de los de Occidente, aunque todavía tienen que ser aceptados para evitar un colapso de sus economías europeo orientales[146]. Y si Rusia ha pagado normalmente una gran parte de las importaciones occidentales a través del trueque o de ventas directas de su excedente de petróleo, sus perspectivas (y las de Europa oriental) pueden estar reduciéndose debido a la incertidumbre en el precio del petróleo, a sus propias necesidades de energía y al cambio general en las condiciones de comerciar con materias primas al hacerse más refinados los procesos manufactureros[147]. Al mismo tiempo que disminuyen las ganancias producidas por el petróleo y otras materias primas (excepto, presumiblemente, el gas), los pagos para diversas importaciones permanece alto, todo lo cual reduce presumiblemente las cantidades disponibles para la inversión.

La tercera causa importante de la preocupación por el futuro económico de Rusia está en la demografía. La posición es aquí tan sombría que un erudito empezó su reciente estudio «Población y mano de obra» con la siguiente y rotunda declaración:

> Sobre cualquier base, a corto o a largo plazo, las perspectivas para el desarrollo de los recursos de población y mano de obra hasta el final del siglo son realmente

> sombrías. Desde la reducción del índice de natalidad del país hasta el increíble aumento de los índices de mortalidad como jamás se viera en el pasado; desde la disminución en la cantidad de nuevos elementos en la mano de obra, complicada por su desigual distribución regional, hasta el relativo envejecimiento de la población, no hay muchas esperanzas para el Gobierno soviético en estas tendencias[148].

Aunque todos estos elementos son graves —y actúan recíprocamente—, la tendencia más inquietante ha sido el continuo deterioro tanto del índice de esperanza de vida como del de mortalidad infantil desde los años setenta y tal vez antes. Debido a la lenta erosión de los cuidados hospitalarios y en general de la salud, los bajos niveles de sanidad e higiene pública y el fantástico grado de alcoholismo, los índices de mortalidad han aumentado en la Unión Soviética, especialmente entre los varones que trabajan: actualmente, el promedio de lo que el hombre soviético puede esperar vivir es sólo de unos 60 años, seis menos que a mediados de los años de 1960[149]. Igualmente impresionante ha sido el aumento de la mortalidad infantil —el único país industrializado donde se ha producido esto— hasta el punto de que el número de muertes entre los niños es, proporcionalmente, tres veces mayor que en Estados Unidos, a pesar de la enorme cantidad e médicos soviéticos. Y si la población rusa muere antes que antaño, sus índices de natalidad están descendiendo con rapidez. Debido (presumiblemente) a la urbanización, a la mayor participación de la mujer en la fuerza de trabajo, a las malas condiciones de la vivienda y a otras faltas de incentivos, el total de nacimientos ha disminuido continuamente, en particular en la población rusa rural. Consecuencia de todas estas tendencias es que la población rusa de varones en el campo apenas si aumenta en absoluto.

Las implicaciones de todo esto han inquietado a los líderes de Rusia desde hace algún tiempo y se trasluce en las exhortaciones para aumentar el número de la familia, la más severa campaña

contra el alcoholismo y los esfuerzos por persuadir a los trabajadores más viejos a permanecer en las fábricas. La primera es que el país necesita claramente una mayor proporción de recursos dedicados al cuidado de la salud y a la Seguridad social, especialmente al aumentar el porcentaje de la población de más edad; la URSS no se diferencia en esto de otros países industrializados (excepto en su creciente índice de mortalidad), pero esto suscita de nuevo la cuestión de las prioridades en los gastos. En segundo lugar, están las implicaciones, tanto para la industria como para los servicios armados soviéticos, derivadas del drástico descenso del índice de crecimiento de la fuerza de trabajo: según ciertos pronósticos, la fuerza de trabajo tendrá un aumento neto, entre 1980 y 1990, de «sólo 5 990 000 personas, mientras que, durante los diez años anteriores, el aumento estimado en la fuerza de trabajo fue de 24 217 000»[150]. Dejando los problemas militares para más adelante, esta tendencia nos recuerda una vez más que una gran parte del crecimiento en la producción industrial rusa, desde los años cincuenta hasta los sesenta, se debió a una incrementada fuerza de trabajo, más que a una mayor eficacia; de ahora en adelante, la expansión económica no puede ya confiar en una mano de obra rápidamente creciente en el sector manufacturero. Desde luego, esta dificultad podría superarse en grado considerable si más hombres aptos fuesen apartados de la agricultura; pero el problema es que un número excesivo de jóvenes en las zonas eslavas han dejado ya las comunas por la ciudad, por lo que el excedente que existe en las repúblicas eslavas está más deficientemente educado, tiene a menudo poco conocimiento de la lengua rusa y requeriría una enorme inversión en su adiestramiento para la industria. Esto nos lleva a la última tendencia que inquieta a los planificadores de Moscú: que, dado que los índices de fertilidad en las repúblicas centrales asiáticas, como Uzbekistán, son tres veces más altos que los de los pueblos eslavos y bálticos, se está produciendo un cambio importante en los equilibrios de población a largo plazo. En consecuencia, se prevé que la proporción de población rusa descenderá del 52% en 1980 a sólo el 48% en el año 2000[151]. Por pri-

mera vez en la historia de la URSS, los rusos no estarán en mayoría.

Este catálogo de dificultades puede parecer demasiado sombrío a ciertos comentaristas. La producción relacionada con el sector militar en la URSS es a menudo imponente y tiende constantemente a mejorar a causa de la propia dinámica de la carrera de armamentos[152]. Un historiador (escribiendo en 1981)[153] señala que el cuadro no puede considerarse absolutamente negativo, especialmente si se observan los logros económicos soviéticos en el último medio siglo, y a sido un hábito de los observadores occidentales exagerar la fuerza de Rusia en un período y su debilidad en el siguiente. Sin embargo, por mucho que haya mejorado la URSS desde los tiempos de Lenin, el triste hecho es que no ha alcanzado a Occidente y que, ciertamente, la diferencia entre los niveles de vida reales parece haber aumentado en los últimos años del régimen de Breznev; que está siendo Rusia alcanzada, tanto en producción per cápita como en eficacia industrial, por Japón y algunos otros países asiáticos, y que su retraso en grado de crecimiento, su población envejecida y sus dificultades con el clima, las reservas de energía y la agricultura, proyectan una oscura sombra sobre las pretensiones y exhortaciones del liderazgo soviético.

En este contexto, pues, la creencia de Gorbachov de que «la aceleración del desarrollo socioeconómico del país es la clave de todos nuestros problemas» se hace más comprensible. Y, sin embargo, completamente aparte de las dificultades naturales (las capas de terreno permanentemente heladas, etc.), dos obstáculos políticos principales obstaculizan un «salto adelante» al estilo chino. La primera es la posición atrincherada de los funcionarios del Partido, los burócratas y otros miembros de la elite, que disfrutan de una larga serie de privilegios (según su rango) que les libran de las penalidades de la vida cotidiana en la Unión Soviética y que monopolizan el poder y la influencia. Descentralizar la planificación y el sistema de precios, liberar a los campesinos de los controles comunales, dar mayor libertad de acción a los directores de las fá-

bricas, ofrecer incentivos a la empresa individual en vez de lealtad al Partido, cerrar fábricas anticuadas, negarse a aceptar productos de mala calidad y permitir una circulación mucho más libre de la información, todo esto sería visto por los que están en el poder como terribles amenazas a su propia posición. Las exhortaciones, una planificación más flexible, un aumento de inversiones en este o aquel sector y medidas disciplinarias contra el alcoholismo o la dirección corrompida, son una cosa; pero todos los cambios propuestos deben realizarse, según recalcan los funcionarios soviéticos del Partido, «dentro del marco del socialismo científico» y sin «ninguna desviación hacia la economía de mercado o la empresa privada»[154]. En opinión de un reciente visitante, «la Unión Soviética necesita de sus defectos para seguir siendo soviética»[155], si esto es así, no es probable que todas las frases del señor Gorbachov sobre la necesidad de una «profunda transformación» del sistema causen mucho impacto sobre los índices de crecimiento a largo plazo.

El segundo obstáculo político está en la importantísima parte del PNB que dedica la URSS a la defensa. Muchos analistas se han esforzado en encontrar la mejor manera de calcular los totales y de compararlos con los gastos de defensa de Occidente; el anuncio de la CIA, en 1975, de que los precios en rublos del armamento soviético eran dos veces más elevados que lo que se había calculado anteriormente —y de que Rusia gastaba probablemente el 11-13% del PNB en defensa, en vez del 6-8%— condujo a toda clase de malas interpretaciones sobre lo que esto significaba[156]. Pero las cifras exactas (que tal vez ni los planificadores soviéticos pueden conocer) son menos significativas que el hecho de que, aunque el aumento en los gastos de armamentos se haya reducido después de 1976, el Kremlin parece haber destinado aproximadamente a este sector el doble que los Estados Unidos de la producción del país, incluso durante la carrera armamentística de Reagan, y esto indica a su vez que las Fuerzas Armadas soviéticas han absorbido grandes cantidades de mano de obra especializada, científicos,

maquinaria e inversiones de capital que habrían podido destinarse a la economía civil. Esto no quiere decir, según ciertas precisiones económicas, que una gran reducción en los gastos de defensa conduciría con rapidez a un gran aumento en los índices de crecimiento de Rusia, por el sencillo hecho de que se tardaría mucho tiempo antes de que, digamos, una fábrica de construcción de tanques «T-72» pudiese ser transformada para fabricar otra cosa[157]. Además, si la carrera de armamentos con la OTAN durante el resto de este siglo aumentase la proporción de los gastos de defensa rusos del 14 al 17% o más del PNB en él año 2000, una cantidad cada vez mayor de equipos, para la construcción de máquinas o la metalistería, sería consumida por los militares, reduciendo en gran manera la parte de capital de inversión que iría a parar al resto de la industria. Sin embargo, mientras los economistas creen que «esto representará un problema tremendo para las autoridades soviéticas»[158], todo indica que los gastos de defensa aumentarán más deprisa que el crecimiento del PNB y producirán el efecto consiguiente sobre la prosperidad y el consumo.

Por consiguiente, la URSS, como todas las otras potencias importantes, tiene que elegir, en sus asignaciones de los recursos nacionales entre: 1) los requerimientos de los militares, en este caso, con su innata habilidad para articular las necesidades de seguridad de Rusia; 2) el creciente deseo del pueblo ruso de bienes de consumo, de un más alto nivel de vida y de mejores condiciones de trabajo, por no hablar de mejorados servicios sociales para reducir los altos índices de mortalidad y enfermedad, y 3) las necesidades, tanto de la agricultura como de la industria, de nuevos capitales de inversión, con el fin de modernizar la economía y aumentar la producción, mantenerse a la altura de los adelantos de los otros y, a más largo plazo, satisfacer tanto la defensa como las exigencias sociales del país[159]. Como en todas partes, esto plantea elecciones difíciles a las autoridades; sin embargo, tenemos la impresión de que, por grandes y apremiantes que sean las necesidades del consumidor ruso y de la «modernización» de la economía, la obsesión

tradicional de Moscú por la seguridad militar significa que ya se ha hecho la elección fundamental. Amenos que el régimen de Gorbachov consiga realmente transformar las cosas, los cañones serán siempre preferidos a la mantequilla y, en caso necesario, también al crecimiento económico. Esto, tanto como cualquier otra característica, hace que Rusia sea básicamente diferente del Japón y de la Europa occidental, e incluso de China y de los Estados Unidos.

Históricamente, pues, el Kremlin sigue hoy la tradición de los zares Romanov y del propio Stalin, en su deseo de tener Fuerzas Armadas iguales (y, preferiblemente, superiores) a las de cualquier potencia. Es indudable que, en el momento actual, la fuerza militar de la URSS es impotente. Tratar de dar una cifra realista de los totales anuales de los gastos de defensa soviéticos en el período actual sería, probablemente, engañoso: de una parte, las cifras oficiales de Moscú son absurdamente bajas, ocultando grandes cantidades de gastos relacionados con la defensa bajo otros epígrafes («ciencia», programas especiales, seguridad interior, defensa civil y construcción); de otra parte, los cálculos occidentales del verdadero total se ven complicados por el artificial tipo de cambio dólar-rublo, la limitada comprensión de los procedimientos presupuestarios soviéticos, las dificultades en, digamos, el esfuerzo de la CIA de poner un «costo dólar» sobre las armas de fabricación rusa o los costos de los soldados y las tendencias institucional-ideológicas. Resultado de ello es una serie de «presunciones» que se pueden elegir al gusto de cada cual[160]. Lo que es, empero, indiscutible es la masiva modernización que se ha producido en todas las ramas de las Fuerzas Armadas soviéticas, nucleares y convencionales, en tierra, mar y aire. Tanto si se considera el rápido crecimiento de los sistemas de misiles estratégicos rusos con base en tierra y en el mar, los miles de aviones y las decenas de millares de grandes tanques, el extraordinario desarrollo de la Marina de superficie y de la flota submarina, y las actividades especializadas (unidades aerotransportadoras y anfibias, guerra química, actividades de información y «desinformación»), el resultado es impresionante.

Puede ser o no ser el costo en términos reales igual a las asignaciones del Pentágono, pero indudablemente da a la URSS una serie de posibilidades militares que sólo posee su rival superpotencia americana. Esto no es un pueblo Potemkin militar del siglo XX, presto a derrumbarse a la primera prueba seria[161].

De otra parte, la máquina de guerra soviética tiene también sus propios puntos flacos y problemas y, ciertamente, no debería presentarse como una fuerza omnipotente; capaz de ejecutar con consumada eficacia todas las operaciones militares posibles que podría exigirle el Kremlin. Como los dilemas con que se enfrentan los estrategas de las otras grandes potencias del mundo son también comentados en este capítulo, conviene llamar la atención sobre la gran variedad de dificultades en que tropiezan el liderazgo militar-político de Rusia, sin saltar empero a la conclusión opuesta de que, por consiguiente, es improbable que la Unión Soviética «sobreviva» mucho tiempo[162].

Algunas de las dificultades con que se enfrentan los que han de tomar las decisiones militares en Rusia, a medio o largo plazo, se derivan directamente de los problemas económicos y demográficos del Estado soviético que han sido descritos más arriba. La primera de ellas está en la tecnología. Desde los tiempos de Pedro *el Grande* —para insistir en un punto sentado en capítulos anteriores de este libro—, Rusia ha disfrutado siempre de sus mayores ventajas militares frente a Occidente cuando el ritmo de la tecnología de armamentos se ha retrasado lo bastante para permitir una estandarización del equipo y, con ello, de las unidades combatientes y tácticas, fuese la columna de infantería del siglo XVIII o la división blindada de mediados del XX. En cambio, cuando una subida en espiral de la tecnología de armamentos ha cargado el acento en la calidad y no en la cantidad, la ventaja rusa ha disminuido. Y si está claro que Rusia ha salvado la diferencia tecnológica con Occidente que existía en los tiempos de los zares, y que sus militares disfrutan de un acceso sin precedentes a los recursos científicos y productivos de una economía regida por el Estado, existen sin em-

bargo pruebas de retrasos significativos[163] en numerosos procesos tecnológicos. Una de las señales más claras de esto es la inquietud con que ha observado la Unión Soviética que su armamento era repetidamente superado por el norteamericano en las batallas por delegación que se han desarrollado en Oriente Medio y en otras partes durante los últimos decenios. Sabido es que la calidad de los pilotos y tanquistas norcoreanos, egipcios, sirios y libaneses no fue nunca de las mejores, pero, aunque lo hubiese sido, hay fundadas razones para dudar de que hubiesen podido prevalecer contra las armas norteamericanas, muy superiores en instrumentos eléctricos y electrónicos para la aviación, equipos de radar, sistemas de guía miniaturizados, etcétera. Probablemente ha sido en respuesta a esto que los expertos occidentales en fuerza militar soviética han informado de un constante esfuerzo por mejorar la calidad[164] y producir —con unos pocos años de retraso— «imágenes espejo» de los sistemas de armas de los Estados Unidos. Pero esto lleva a su vez a los planificadores soviéticos al mismo torbellino que amenaza a los programas de defensa occidentales: un equipo más perfeccionado conduce a tiempos de construcción mucho más largos, a planes de mantenimiento más amplios, a armas (generalmente) más pesadas y (siempre) mucho más caras, y a una disminución en los números de producción. Esto no es muy alentador para una potencia que ha confiado tradicionalmente en grandes cantidades de armas para llevar a cabo sus diversas y dispares tareas estratégicas.

La segunda señal de la inquietud soviética sobre el retraso tecnológico guarda relación con la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) de la administración Reagan. Parece difícil creer, en el actual estado de cosas, que haría real y totalmente invulnerables a los Estados Unidos a un ataque nuclear (por ejemplo, nada puede hacer contra los misiles de «crucero» en vuelo bajo), pero la protección que puede dar a los emplazamientos de misiles y a las bases aéreas estadounidenses, y la mayor tensión sobre el presupuesto soviético de defensa para la producción de muchos más cohetes

y cabezas nucleares capaces de anular el sistema SDI con la simple fuerza numérica, difícilmente pueden ser bien recibidos por el Kremlin. Pero tal vez son aún más preocupantes las implicaciones para una guerra *convencional* de alta tecnología. Un comentarista señaló:

> Una defensa que pueda proteger contra el 99% del arsenal nuclear soviético no puede considerarse lo bastante buena, dado el poder destructor de las armas que quedarían… [Pero si] los Estados Unidos pudiesen conseguir una superioridad tecnológica que asegurase la destrucción de buena parte de los aviones, tanques y barcos de la Unión Soviética con armamento convencional, la ventaja numérica soviética sería menos amenazadora. Una tecnología considerada menos que ideal para la SDI puede ser perfectamente aplicable a un combate no nuclear[165].

Esto obliga, a su vez, a una inversión rusa mucho más cuantiosa en las tecnologías avanzadas de lásers, óptica, superordenadores, sistemas de guía y navegación: en otras palabras, habrá, como dijo un portavoz ruso, «toda una carrera de nuevas armas a un nivel tecnológico mucho más elevado»[166]. A juzgar por lo que advirtió en 1984 el mariscal Ogarkov, a la sazón jefe de Estado Mayor, sobre las terribles consecuencias de que Rusia no pudiese igualar la tecnología occidental, el Ejército Rojo parece confiar muy poco en que podría ganar aquella clase de carrera.

En el otro extremo del espectro, está una posible amenaza demográfica a la tradicional ventaja de Rusia en *cantidad*, es decir, en hombres. Como se ha observado más arriba, esto es resultado de dos tendencias: el descenso en el índice total de natalidad en la URSS, y el aumento de los nacimientos en las regiones no rusas. Si esto produce dificultades en la distribución de la mano de obra entre la agricultura y la industria, todavía es, a largo plazo, un problema mayor para el reclutamiento militar. En cifras redondas, no debería ser problema tomar 1,3 o 1,5 millones de reclutas cada año de 2,1 millones de varones aptos; pero una proporción cre-

ciente es de jóvenes asiáticos de Turquestán, muchos de los cuales no están muy versados en el idioma ruso, tienen un nivel mucho más bajo de competencia en mecánica (por no hablar de electrónica) y están a veces fuertemente influidos por el Islam. Todos los estudios de la composición étnica de las Fuerzas Armadas soviéticas revelan que el cuerpo de oficiales y los suboficiales son en su inmensa mayoría eslavos, como lo son las fuerzas de cohetes, la Fuerza Aérea, la Marina y las fuerzas técnicas[167]. También lo son, y no es de extrañar, las divisiones de Categoría I (primera clase) del Ejército Rojo. En cambio, las divisiones de Categoría II y (especialmente) de Categoría III y la mayor parte de las unidades de servicios y de transportes están constituidas por no eslavos, lo cual suscita una interesante cuestión sobre la efectividad de estas divisiones de «remplazo» en una guerra convencional contra la OTAN, si las divisiones de Categoría I requiriesen un esfuerzo sustancial. Llamar «racista» y «nacionalista» (de la Gran Rusia) a esta tendencia, como hacen muchos comentaristas occidentales, es menos significativo, en términos estrictamente militares, que el hecho de que una porción considerable de la fuerza humana soviética disponible es juzgada como poco digna de confianza e ineficaz por el Estado Mayor, lo cual es probablemente cierto, dados los informes sobre fundamentalismo musulmán en todo el sur de Rusia y el asombro de los soldados que, digamos, tienen que invadir Afganistán.

Dicho en otras palabras, como el Imperio austro-húngaro hace ochenta años —o, dicho sea de pasada, el Imperio zarista hace ochenta años—, el liderazgo ruso se enfrenta con un «problema de nacionalidad»[168] no resuelto por la ideología del marxismo. Desde luego, el aparato de control es ahora mucho más formidable que el que existía antes de 1914, y tal vez habría que admitir con reservas afirmaciones tales como, por ejemplo, que Ucrania es un «vivero» de desafección[169]. Sin embargo, el recuerdo de lo bien que recibieron los ucranianos a los invasores alemanes en 1941, los informes sobre descontento en las provincias bálticas, las enér-

gicas (y afortunadas) protestas georgianas contra el intento de 1978 de hacer que el ruso fuese también lengua oficial en aquella república, y tal vez sobre todo, el hecho de que haya millones de kazakos y uiguros a un lado y a otro de la frontera chinosoviética y la existencia de 48 millones de musulmanes al norte de las inestables fronteras con Turquía, Irán y Afganistán; todos estos hechos parecen hacer mella en la mente del liderazgo ruso y aumentar su inseguridad. Más concretamente, provocan una creciente provocación sobre dónde colocar los menguantes números de los jóvenes eslavos más «de fiar». ¿Habría que integrarles en las Fuerzas Armadas, en las divisiones de Categoría I y otros servicios de prestigio, aunque cada vez hay menos de ellos disponibles para la industria y la agricultura, que necesitan desesperadamente infusiones de reclutas instruidos y fieles? ¿O debería la población no eslava formar una parte creciente del Ejército Rojo, a pesar de los riesgos para la eficacia militar, con el fin de destinar a los rusos y sus hermanos eslavos a funciones civiles?[170] Como la tradición soviética es de «seguridad ante todo», probablemente prevalecerá la primera tendencia; pero, lejos de resolver el dilema, esto refleja simplemente una elección entre dos males.

Si los componentes económicos de lo que estrategas soviéticos llaman «correlación de fuerzas»[171] es causa de preocupación para el Politburó, los mismos líderes difícilmente pueden hallar mucho aliento en los aspectos más estrictamente militares del rápidamente cambiante equilibrio de poder mundial. Por muy imponente y muy alarmante que parezca la máquina militar soviética a los observadores de fuera, vale sin embargo la pena comparar estas fuerzas con la serie de tareas estratégicas que pueden ser llamados a realizar los militares soviéticos.

Al examinar esta cuestión, es útil separar la guerra convencional de la que podría incorporar armas nucleares. Por razones evidentes, el factor de los equilibrios militares que ha llamado más la atención y ha preocupado más es el arsenal de armas nucleares estratégicas en manos de las grandes potencias, y especialmente en

los Estados Unidos y de la URSS, ya que ambos tienen capacidad para devastar el Globo. Tal vez valga la pena reproducir la «cuenta» de sus cabezas nucleares estratégicas realizadas en 1986 por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (véase tabla 47).

TABLA 47. Estimación de ojivas nucleares estratégicas[172]

	EE.UU.	URSS
Cabezas nucleares en ICBM	2118	6420
Cabezas nucleares en SLBM	5536	2787 +
Cabezas nucleares en aviones	2520	680
Totales	10 174	9887 +

La manera exacta de reaccionar a estas cifras dependerá del interés de uno. Aquellos que se preocupan sólo de los números, o de la posible desfiguración de los números, comprobarán atentamente los subtotales y recordarán el hecho de que grandes cantidades adicionales de armas nucleares *tácticas* son también poseídas por cada superpotencia[173]. Para un número muy considerable de comentaristas oficiales, y para una gran parte del público en general, el gran volumen y la capacidad destructora del armamento nuclear contenido en aquellos dos arsenales es una indicación de incapacidad política o de enfermedad mental, que amenaza a toda la vida de este planeta y debería ser abolido o reducido en gran manera lo antes posible[174]. De otra parte, están el montón de comentaristas —en centros de estudios y Universidades, así como en departamentos de Defensa— que han aceptado la posibilidad de que las armas nucleares podrían ciertamente ser *empleadas, como* parte de una estrategia nacional, y que, por consiguiente, dedican sus energías intelectuales al estudio intensivo de los respectivos sistemas de armamento, de estrategias de escalada y de guerra, de los pros y los contras del control de armas y acuerdos de verificación, de «lanzamientos», «huellas» y «equivalencias en megatones», políticas de objetivo y argumentos de «segundo golpe»[175].

Cómo tratar el «problema nuclear»[176], dentro de un estudio de cinco siglos como éste, es evidentemente muy difícil. ¿Acaso la existencia de armas nucleares —o más bien la posibilidad de su empleo masivo— ha hecho redundante toda consideración de la guerra, la estrategia, la economía, desde un punto de vista tradicional? En el caso de una lucha total con armas nucleares estratégicas, ¿no serían irrelevantes los cálculos sobre su impacto en los «cambiantes equilibrios de poder» en los asuntos mundiales, para todos los humanos del hemisferio norte (y tal vez también para todos los del hemisferio sur)? ¿No terminó el cuadro tradicional — de las rivalidades entre grandes potencias que de vez en cuando derivan en guerra abierta en 1945?

Evidentemente, no hay manera de contestar estas preguntas con certeza. Sin embargo, hay indicaciones de que las grandes potencias de hoy pueden volver a conceptos más tradicionales sobre el empleo de la fuerza, a pesar de —en muchos aspectos, *a causa de* — la existencia de armas nucleares. En primer lugar, parece haber ahora —y probablemente lo ha sido desde hace algunos años— un equilibrio esencial en armas nucleares entra las dos superpotencias. A pesar de todos los debates sobre las «ventajas de oportunidad» y las posibilidades de que un bando o el otro tengan una «capacidad de golpear primero», está claro que ni Washington ni Moscú poseen ninguna garantía de que podrían aniquilar a su rival sin la probabilidad de sufrir también una devastación, y el advenimiento de una tecnología de «guerras estelares» no alteraría significativamente aquel hecho. En particular, la posesión por cada bando de un gran número de misiles balísticos de lanzamiento submarino, situados en embarcaciones subacuáticas difíciles de detectar[177], hace inconcebible que uno de los contendientes presuma que podría anular de repente toda la capacidad de armas nucleares de su enemigo. Este hecho, más que —o al menos tanto como— el miedo a un «invierno nuclear», atará las manos de los que toman las decisiones, a menos que sean arrastraos por una escalada inducida accidentalmente. De ello se desprende que cada bando

está encerrado en un callejón sin salida nuclear del que no puede retirarse —ya que es prácticamente imposible desinventar la tecnología nuclear o renunciar una de las superpotencias (o ambas) a la posesión de las armas— y del que no puede sacar una verdadera ventaja, ya que cada nuevo sistema de una potencia es contrarrestado o imitado por la otra, y es en realidad demasiado arriesgado emplear las propias armas.

Dicho en otras palabras, los grandes arsenales nucleares de cada superpotencia continuarán existiendo, pero (salvo un «disparo» accidental) serán con toda probabilidad inutilizables, porque contradicen la antigua presunción de que en la guerra, como en casi todo lo demás, tiene que haber un equilibrio entre los medios y los fines. En cambio, en una guerra nuclear, se corre el riesgo de infligir e incurrir en tales males para la Humanidad que ningún objetivo político, ideológico o económico podría salir beneficiado. Aunque se dedicaran enormes cantidades de fuerza cerebral a concebir «una estrategia de guerra nuclear», es difícil rebatir la observación de Jervis de que «una estrategia racional para el empleo de armas nucleares es un término contradictorio»[178]. En cuanto se lanzase el primer misil, habría terminado la posición de «rehén mutuo» en que ambos bandos se han visto encerrados desde que los Estados Unidos perdieron su monopolio nuclear. Los resultados podrían ser entonces tan catastróficos que ningún liderazgo político racional es probable que cruce el umbral. A menos que se produzca una guerra nuclear no intencionada —que siempre es posible, debido a un error humano o a un mal funcionamiento técnico[179]—, lo más probable es que cada bando se sienta disuadido de «apelar a la energía nuclear». Si estalla un conflicto, tanto los líderes políticos como los militares tratarán de «contenerlo» a un nivel de lucha convencional.

Esto no se aplica a lo que puede ser un problema mucho más grave para las dos potencias rivales durante los próximos veinte años y más: el de una proliferación nuclear en países de las partes más volubles del mundo, el Próximo Oriente, el subcontinente in-

dio, África del Sur y posiblemente América Latina[180]. Como los Estados referidos no forman parte del sistema de grandes potencias, la terrible posibilidad de que recurran a armas nucleares en algún conflicto regional no se considera aquí: en conjunto, parece acertado incluir que los Estados Unidos y la URSS tienen un interés compartido en impedir la proliferación nuclear, ya que ésta hace que la política mundial sea menos complicada que nunca. En todo caso, la tendencia a la proliferación puede hacer que las super-potencias aprecien lo que tienen en común.

En un ámbito completamente distinto —ciertamente, desde el punto de vista de Moscú— están los crecientes arsenales nucleares de China, Gran Bretaña y Francia. Hasta hace pocos años, se presumía generalmente que estas tres naciones no eran más que factores marginales del equilibrio nuclear, y que su estrategia nuclear no era «creíble» en absoluto, ya que sólo podían infligir (en los tres casos) daños limitados a la URSS a cambio de su propia aniquilación atómica. Pero hay indicios de que esta presunción puede tener que modificarse pronto. Lo más alarmante —también desde el punto de vista de Moscú— es la creciente capacidad nuclear de la República Popular China, que le viene preocupando desde hace veinticinco años[181]. Si la RPCh puede no sólo desarrollar un sistema más perfeccionado de «ICBM» con base en tierra, sino también —como parece su intención— un sistema de misiles balísticos de largo alcance con base en submarinos, y si las disputas chinosoviéticas no se resuelven satisfactoriamente para los dos Estados, la URSS se enfrenta a la posibilidad de un futuro choque armado a lo largo de las fronteras, que podría conducir a un intercambio nuclear con su vecino chino. Tal como están ahora las cosas, la devastación de la RPCh sería enorme; pero Moscú no puede excluir la posibilidad de que al menos cierto número (y en los años noventa, un número mayor) de misiles nucleares chinos alcanzasen la Unión Soviética.

Más preocupante técnicamente, aunque tal vez menos alarmante políticamente, es el aumento de la capacidad británica y france-

sa en la construcción y lanzamiento de cabezas nucleares. Hasta hace poco, el efecto «disuasorio» de los sistemas de armas estratégicas de estas dos potencias parecía dudoso. En el improbable caso de que se viesen envueltas en un intercambio nuclear con la URSS, y con los Estados Unidos permaneciendo neutrales (lo cual es, a fin de cuentas, la justificación de los sistemas británico y francés), era difícil presumir que se arriesgasen a un suicidio nacional, cuando sólo podían infligir daños parciales a Rusia con sus modestos sistemas de lanzamiento. Sin embargo, dentro de pocos años, la devastación que cada una de estas potencias medianas podría causar a la URSS se multiplicaría muchas veces, debido al gran acrecentamiento de sus sistemas de misiles balísticos lanzados desde submarinos. Por ejemplo, la adquisición por Gran Bretaña de submarinos equipados con el sistema de misiles «Trident II» —llamado humorísticamente «el "Rolls Royce" de los misiles nucleares» por *The Economist*[182], debido a su elevado coste y a su excesiva potencia— dará a este país una fuerza disuasoria casi invulnerable, que podría destruir más de 350 objetivos soviéticos, en vez de los sesenta y pico actuales. De manera parecida, el nuevo submarino *L'Inflexible* de Francia, con su misil de largo alcance y de múltiples cabezas nucleares «M-4», es probablemente capaz de atacar noventa y seis objetivos soviéticos —«más que los cinco anteriores submarinos franceses nucleares juntos»[183]—, y cuando los otros submarinos hayan sido equipados con el mismo misil «M-4», las cabezas nucleares estratégicas de Francia se habrán multiplicado por *cinco* y serán teóricamente capaces de alcanzar cientos de objetivos rusos desde miles de kilómetros de distancia.

Desde luego, es imposible predecir lo que esto significa en términos reales. En Gran Bretaña, muchos personajes eminentes han encontrado literalmente «increíble» la idea de que su país pueda usar *independientemente* sus armas nucleares contra Rusia[184] y es muy improbable que estos críticos se dejen convencer por el argumento en contrario de que el suicidio del país iría al menos acompañado de daños sobre la URSS mucho más graves de los que has-

ta ahora era posible. También en Francia, la opinión pública —y algunos comentaristas estratégicos— cree 7ue es poco creíble su declarada política de disuasión[185]. Por otra parte, parece justo presumir que los planificadores militares rusos, que se toman muy en serio las posibilidades de guerra nuclear, encuentren inquietante esta reciente evolución. No sólo se enfrentan con cuatro países —en vez de solamente los Estados Unidos— con potencial para infligir graves (tal vez extraordinariamente graves) daños a la patria soviética, sino que deben considerar lo que serían los *subsiguientes* equilibrios militares mundiales si Rusia se enzarzase en un conflicto nuclear con una de estas potencias (por ejemplo, China), mientras las otras permaneciesen como observadores neutrales de la recíproca devastación. De ahí la reiterada insistencia de los soviets en que, en cualquier tratado de limitación de armas estratégicas con los Estados Unidos, hay que tener en cuenta los sistemas anglofranceses, y en que la URSS debe tener cierto margen de fuerza nuclear para hacer frente a China. Todo esto, parece razonable sugerir, hace que las armas nucleares sean todavía un instrumento más dudoso de política militar *racional* desde el punto de vista del Kremlin.

Pero, si esto hace que las armas convencionales sean la principal medida del poder militar soviético —y el principal instrumento para asegurar los objetivos políticos del Estado soviético—, es difícil creer que los planificadores rusos se sientan mucho más tranquilos ante el estado presente del equilibrio militar internacional. Ésta puede parecer una declaración muy arriesgada en vista de la gran publicidad que se ha dado a los totales mucho mayores de la aviación, los tanques, la artillería y las divisiones de Infantería soviéticas al calcular el «equilibrio militar» entre los Estados Unidos y la URSS, por no hablar del frecuente aserto de que las fuerzas de la OTAN, incapaces de imponerse en una guerra convencional a gran escala en Europa, se verían obligadas a «emplear las armas nucleares» en cuestión de días. Sin embargo, un número creciente de los más recientes estudios académicos sobre el «equilibrio» su-

gieren ahora que es esto precisamente lo que existe, es decir, una situación en la que «la fuerza total en *cualquiera* de los bandos parece todavía insuficiente para garantizar la victoria»[186]. Para llegar a esta conclusión se requiere un análisis comparativo muy detallado (por ejemplo, dula composición de las divisiones de tanques de los Estados Unidos en comparación con las de Rusia) y consideraciones de ciertos factores más amplios e intangibles (por ejemplo, el papel de China, la fiabilidad del pacto de Varsovia) y aquí sólo podemos dar un resumen de estos argumentos. Pero, si esta evidencia es correcta a grandes rasgos, tampoco puede ser muy tranquilizadora para los planificadores soviéticos.

El primero y más obvio punto a establecer es que cualquier análisis del equilibrio *convencional* de fuerzas ha de tener en cuenta las alianzas de los rivales en su conjunto, especialmente en su contexto europeo. Una vez hecho esto, se evidencia que las partes no norteamericanas de la OTAN son mucho más significativas que las partes no rusas del pacto de Varsovia. Ciertamente, como se esfuerza en señalar el Libro Blanco de Defensa británico de 1985, «los países europeos aportaban la mayor parte de las fuerzas (de la OTAN) estacionadas en Europa: 90% de soldados, 85% de tanques, 95% de artillería y 80% de aviones de combate, y más del 70% de los grandes buques de guerra en aguas del Atlántico y europeas… El contingente total movilizado de las fuerzas europeas era de casi 7 millones de hombres, contra 3,5 millones de los Estados Unidos»[187]. También, desde luego, es verdad que los Estados Unidos han desplegado 250 000 hombres *in situ* en Alemania, que las divisiones del Ejército y las escuadrillas aéreas que proyectan enviar a través del Atlántico en el caso de una guerra europea serían refuerzos críticos, y que la OTAN en su conjunto depende de la fuerza disuasoria nuclear norteamericana y del poder marítimo de los Estados Unidos. Pero lo cierto es que la Alianza del Atlántico Norte está mucho más equilibrada entre los dos pilares gemelos del «Arco», que el pacto de Varsovia, demasiado dominado por Moscú. También vale la pena observar que los aliados de Nortea-

mérica en la OTAN gastan seis veces más en defensa que los aliados de Rusia en el pacto de Varsovia. Ciertamente, Gran Bretaña, Francia y Alemania gastan, *cada una de ellas,* más que los países no rusos del pacto de Varsovia juntos[188].

Pues, si se mide la fuerza de las dos alianzas en su conjunto y sin las curiosas omisiones y salvedades que han caracterizado algunas de las valoraciones occidentales más alarmistas[*], surge un cuadro de paridad estratégica en muchos aspectos, e incluso donde tiene el pacto de Varsovia más ventaja numérica, esto no parece decisivo. Por ejemplo, cada alianza parece tener similares «fuerzas totales de tierra en Europa»; también son similares sus «fuerzas totales de tierra» y sus «fuerzas totales de tierra de reserva»[189]. En el sentido más *rotundo* de todos, los 13,9 millones de hombres del pacto de Varsovia (6,4 millones en «fuerzas en activo» y 7,5 millones en reserva) no son mucho más que los 11,9 millones de hombres de la OTAN (5 millones en «fuerzas en activo» y 6,8 millones en reserva), tanto más cuanto que una gran proporción del total del pacto de Varsovia consiste en unidades de Categoría II y fuerzas de reserva del Ejército Rojo. Incluso en el críticamente importante Frente Central, donde las fuerzas de la OTAN son más seriamente superadas por las masas de divisiones blindadas y motorizadas rusas, la ventaja del pacto de Varsovia no es muy tranquilizadora para éste, especialmente habida cuenta de lo difícil que sería dirigir una «guerra de maniobra» rápida y ofensiva en el atestado terreno de la Alemania del Norte y de que muchos de los 52 000 «grandes tanques» de Rusia son anticuados «T-54» que no harían más que obstruir las carreteras. Siempre que la OTAN tenga reservas suficientes de municiones, carburante, armas de repuesto, etc., parece ciertamente que estará en mucha mejor posición para hacer fracasar una ofensiva convencional soviética de lo que estaba en los años cincuenta[190].

Además, está el elemento incalculable de la integridad y la cohesión de las respectivas alianzas militares. Es innegable que la OTAN tiene muchos puntos flacos: desde las frecuentes discusio-

nes transatlánticas sobre la «participación en las cargas» hasta la delicada cuestión de las consultas intergubernamentales en el caso de presión para lanzar misiles nucleares. El sentimiento neutralista y anti-OTAN, perceptible en los partidos de centroizquierda, desde Alemania Federal y Gran Bretaña hasta España y Grecia, es también causa de preocupación periódica[191]. Y si se produjese, en el futuro, una «finlandización» de cualquiera de los Estados que se encuentran a lo largo de la frontera occidental del pacto de Varsovia (especialmente, claro está, la propia Alemania Federal), esto supondría una importante ganancia estratégica, así como un alivio económico, para la URSS. Sin embargo, aunque esta situación es posible *en teoría*, difícilmente puede compararse con las preocupaciones que tiene actualmente Moscú sobre la viabilidad de su «imperio» en Europa oriental. La gran popularidad del movimiento de Solidaridad en Polonia, el evidente deseo de los alemanes del Este de mejorar las relaciones con Bonn, el «progresivo capitalismo» de los húngaros, los infortunios económicos que afectan no sólo a Polonia y Rumanía, sino a toda Europa oriental, plantean problemas extraordinariamente difíciles al liderazgo soviético. No son cuestiones que puedan resolverse rápidamente con el empleo del Ejército Rojo, y no parece que una nueva dosis de «socialismo científico» pueda dar una solución satisfactoria a los europeos del Este. A pesar de la reciente retórica del Kremlin sobre la modernización y revisión de las políticas económica y social-marxista, es difícil prever que afloje Rusia sus muchos controles sobre la Europa oriental. Sin embargo, estas diversas señales de descontento político y de dificultades económicas deben poner todavía más en tela de juicio la fiabilidad de los ejércitos no rusos del pacto de Varsovia[192]. Las Fuerzas Armadas polacas, por ejemplo, pueden difícilmente ser consideradas como un fortalecimiento del pacto; más bien es cierto lo contrario, ya que ellas —y las críticamente importantes carreteras y vías férreas polacas— necesitarían una supervisión de cerca por el Ejército Rojo en tiempo de guerra[193]. De manera parecida, es difícil imaginar a los Ejércitos checo y

húngaro lanzándose con entusiasmo al asalto deposiciones de la OTAN por orden de Moscú. Incluso la actitud de las fuerzas alemanas del Este, probablemente las más efectivas y modernizadas de los aliados de Rusia, podría verse afectada por la orden de atacar a Occidente. Cierto que la gran mayoría (cuatro quintos) de las fuerzas del pacto de Varsovia son rusas y que las divisiones soviéticas serían la verdadera punta de lanza en cualquier guerra convencional con el Oeste; pero los jefes el Ejército Rojo tendrían mucho trabajo en dirigir esta guerra sin perder de vista el millón o más de soldados europeos orientales, la mayoría de ellos no muy eficaces y algunos de ellos poco de fiar[194]. La posibilidad (por remota que sea) de que la OTAN pudiese tratar de responder a una ofensiva del pacto de Varsovia montando su propia contraofensiva, digamos, Checoslovaquia[195], sólo puede aumentar una inquietud que es probablemente tan política como militar.

Además, desde principios de los años sesenta, los planificadores rusos han tenido que enfrentarse a un problema todavía más espantoso: la posibilidad de verse envueltos en un conflicto a gran escala con la OTAN y con China. Si esto ocurriese al mismo tiempo; las perspectivas de enviar refuerzos de un frente a otro se verían gravemente limitadas, si no imposibles; pero aunque la guerra se desarrollase sólo en un frente, el Kremlin podría tener miedo de retirar divisiones de una región que, aunque técnicamente neutral, tuviese numerosas Fuerzas Armadas desplegadas a lo largo de la frontera. Tal como están las cosas, la URSS se ve obligada a mantener unas cincuenta divisiones y 13 000 tanques dispuestos para la eventualidad de un choque chinosoviético, y aunque las fuerzas rusas son más modernas y móviles que las chinas, es difícil saber cómo podrían asegurarse una victoria total, por no hablar de una ocupación prolongada contra un ejército cuatro veces más numeroso[196]. Todo esto presumiendo que la guerra fuese convencional (lo cual, dadas algunas insinuaciones rusas sobre la manera de aplastar a China, puede ser una presunción totalmente falsa); pero si *hubiese* un intercambio nuclear rusochino, los planificadores so-

viéticos tendrán que preguntarse si su país podría quedar en una posición de inferioridad frente al todavía neutral, pero muy crítico, Occidente. De la misma manera, una Unión Soviética gravemente perjudicada por una lucha nuclear o convencional a gran escala contra la OTAN debería preocuparse de cómo responder a las presiones chinas si hubiese quedado reducida a una condición «quebrantada»[197].

Aunque China es (aparte de la OTAN) la más grave preocupación de los planificadores soviéticos, simplemente por su tamaño, no es difícil imaginar la inquietud soviética sobre todo el «flanco» asiático. En el sentido geopolítico más amplio, parece como si la antiquísima tendencia de la política rusomoscovita, de continua expansión territorial en Asia, se hubiese detenido. El resurgimiento de China, la independencia (y creciente fuerza) de la India, la recuperación económica de Japón —por no hablar de la firme posición de muchos Estados asiáticos más pequeños— han puesto fin seguramente a los temores del siglo XIX de una Rusia que fuese gradualmente dominando todo el continente. (Esta idea haría, actualmente, ¡que el Estado Mayor soviético palideciese de espanto!) Desde luego, esto no impediría que Moscú adquiriese ganancias marginales, como en Afganistán; pero la duración de aquel conflicto y la hostilidad que ha provocado en todas las demás partes de la región confirman que cualquier extension ulterior del territorio ruso representaría un costo militar y político incalculable. En contraste con los confiados anuncios de Rusia de su «misión asiática» de hace un siglo, los gobernantes del Kremlin tienen ahora que preocuparse por el fundamentalismo islámico que cruza sus fronteras meridionales desde el Oriente Medio, de la amenaza china y de complicaciones en Afganistán, Corea y Vietnam. Sea cual fuere el número de divisiones estacionadas en Asia, probablemente nunca parecerá bastante para dar «seguridad» a lo largo de una periferia tan vasta, especialmente siendo todavía terriblemente vulnerable el Ferrocarril Transiberiano a un ataque enemigo

con cohetes, lo cual tendría a su vez terribles consecuencias para las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente[198].

Dada la tradicional preocupación del régimen ruso por la seguridad de la tierra natal, no es de extrañar que la capacidad soviética en el mar y en el mundo de ultramar sea, relativamente hablando, mucho menos significativa. Con esto no se quiere negar el impresionante aumento de la Marina Roja en el último cuarto de siglo y la gran variedad de nuevos y más poderosos, submarinos, buques de superficie e incluso portaaviones experimentales que se están construyendo. Ni se quiere negar la gran expansión de la Marina mercante y barcos de pesca soviéticos, y sus importantes papeles estratégicos[199]. Pero todavía no hay nada en el arsenal naval de la URSS que tenga la fuerza de ataque de los quince portaaviones de la Marina de los Estados Unidos. Además, si se compara entre las flotas de las dos alianzas y no entre las de las dos super-potencias, la gran contribución de las Marinas no norteamericanas de la OTAN representa una enorme diferencia.

TABLA 48. Fuerzas navales de la OTAN y del Pacto de Varsovia[200]

	Pacto de Varsovia			*OTAN*		
	No soviéticos	*URSS*	*Total*	*Total*	*E. U.*	*No E. U.*
Submarinos nucleares	—	105	105	97	85	12
Submarinos diesel	6	168	174	137	5	132
Acorazados	3	184	187	376	149	227
Aviones navales	52	755	807	2533	2250	283

«Aunque se excluya China, los Aliados occidentales tienen el doble de grandes unidades de superficie y el triple del poder aeronaval del pacto de Varsovia y, prácticamente, el mismo número de submarinos», como se muestra en la tabla 48. Si además se tiene en cuenta que el pacto de Varsovia tiene muchos buques grandes y submarinos con más de veinte años de antigüedad, que su capacidad de detectar submarinos enemigos es más limitada y que el

75% del personal de la Marina Roja son reclutas (en contraste con los profesionales veteranos de Occidente) es difícil saber cómo podría hallarse la URSS en posición de disputar el «mando de los mares» en un futuro próximo[201].

Por último, si el verdadero propósito de los más nuevos y más grandes buques de superficie de la Marina soviética es formar un «bastión oceánico» en, digamos, el mar de Barents, para proteger sus submarinos armados con misiles nucleares de un ataque aliado —es decir, si la flota rusa está principalmente designada a guardar la *estrategia disuasoria* fuera de la costa[202]_, entonces esto le da poca más fuerza (aparte de sus viejos submarinos) para entorpecer las líneas marítimas de comunicación de la OTAN. Por extensión, sería pues poco probable que la URSS pudiese prestar ayuda a sus desparramadas bases en ultramar y a sus despliegues de tropas en el caso de un gran conflicto con Occidente. Tal como están las cosas, y a pesar de toda la publicidad dada a la penetración de Rusia en el Tercer Mundo, ésta tiene muy pocas fuerzas estacionadas en ultramar (es decir, fuera de la Europa oriental y de Afganistán) y sus únicas bases importantes en ultramar se hallan en Vietnam, Etiopía, Yemen del Sur y Cuba, todas las cuales requieren grandes cantidades de ayuda financiera directa, lo cual parece ser cada vez más lamentado por la propia Rusia. Puede ser que la URSS, habiendo reconocido la vulnerabilidad de su Ferrocarril Transiberiano en caso de una guerra en la que interviniese China, esté intentando sistemáticamente crear una línea marítima de comunicación (SLOC), vía océano índico, con sus territorios del Extremo Oriente. Sin embargo, tal como están las cosas en este momento, aquella ruta podría parecer todavía muy precaria. No sólo son incomparables las esferas de influencia de la URSS con la larga serie de bases y tropas de ultramar norteamericanas (más británicas y francesas) estacionadas en todo el mundo, sino que las pocas posiciones rusas existentes son, por estar expuestas, muy vulnerables a las presiones occidentales en tiempos de guerra. Si China, Japón y ciertos países prooccidentales más pequeños se incluyen en la

ecuación, el cuadro parece todavía más desequilibrado. Desde luego, la exclusión forzosa de la Unión Soviética del Tercer Mundo no sería económicamente un gran golpe ya que su comercio, sus inversiones y sus créditos en aquellas tierras son minúsculos en comparación con los de Occidente[203]—, pero es simplemente otro reflejo de que es *menos* que una potencia mundial.

Aunque todo esto parece exagerar las desventajas de la Unión Soviética, vale la pena observar que sus propios planificadores piensan claramente en estudios para «el peor de los casos», y también que sus negociadores sobre control de armamentos se oponen siempre a toda idea de tener sólo una *igualdad* de fuerza con los Estados Unidos, arguyendo que Rusia necesita un «margen» para afirmar su seguridad contra China y debe tener en cuenta su frontera de 12 000 km. Para cualquier observador razonable desde fuera, la URSS tiene ya fuerzas más que suficientes para garantizar su seguridad, y la insistencia de Moscú en montar sistemas de armas cada vez más nuevos produce, simplemente, una impresión de inseguridad en todos los demás. Para los que toman las decisiones en el Kremlin, herederos de una tradición de gobierno militarista y a menudo paranoica, Rusia parece rodeada de fronteras frágiles, en Europa oriental, a lo largo de la «grada norte» del Oriente Medio y en el larguísimo linde que comparte con China, ya que el hecho de haber dedicado tantas divisiones y escuadrillas a estabilizar aquellas fronteras no ha producido la esperada invulnerabilidad. Sin embargo, también teme la URSS echarse atrás en Europa oriental o hacer concesiones fronterizas a China, no tanto por las consecuencias locales como porque parecería un indicio de pérdida de voluntad de poder de Moscú. Y al mismo tiempo que lucha el Kremlin con estos problemas tradicionales de afirmar la seguridad *territorial* en la extensa frontera del país, debe tratar de mantenerse a la altura de los Estados Unidos en cohetes, armas con base en satélites, exploración del espacio, etcétera. Así, la URSS —o mejor dicho, el sistema marxista de la URSS— está siendo puesto

a prueba, cuantitativa y cualitativamente, en el juego de poder mundial, y no le gustan sus probabilidades.

Pero estas probabilidades (o «correlación de fuerzas») serían evidentemente mejores si la economía fuese más sana, lo cual nos trae de nuevo al problema a largo plazo de Rusia. La economía importa a los militares soviéticos, no sólo porque son marxistas, y no sólo porque paga sus armas y sus sueldos, sino también porque comprenden su importancia para el resultado de una larga guerra de coalición entre grandes potencias. La *Enciclopedia Militar Soviética* reconoció en 1979 que *podía* ser verdad que una guerra mundial de coalición fuese corta, especialmente si se empleaban armas nucleares. «Sin embargo, teniendo en cuenta los grandes potenciales militares y económicos de posibles coaliciones de Estados beligerantes, no se excluye que pueda ser también muy larga»[204]. Pero si esta guerra es «muy larga», habrá que cargar el acento una vez más en la preservación de la fuerza económica, como ocurrió en las grandes guerras de coalición del pasado. Pensando en esto, puede no ser alentador para el liderazgo soviético reconocer que la URSS posee sólo el 12 o el 13% del PNB mundial (o aproximadamente el 17% si nos atrevemos a incluir a los satélites del pacto de Varsovia como factores *añadidos*), y que no sólo va por detrás de los Estados Unidos y de Europa occidental en la cuantía de su PNB, sino que está siendo alcanzada por Japón y es posible —si continúa a largo plazo el ritmo de crecimiento actual— que se le acerque China en los próximos treinta años. Si esto parece exagerado, vale la pena recordar la fría observación de *The Economist* de que, en 1913, «Rusia imperial tenía una producción real por hombre y hora 3,5 veces mayor que el Japón (pero que) ha pasado sus casi 70 años de socialismo marchando relativamente hacia atrás, hasta ser aquélla tal vez un cuarto de la de Japón»[205]. Por consiguiente, se valore como se valore la fuerza militar de la URSS en el momento actual, la perspectiva de no ser más que el cuarto o el quinto centro de producción del mundo a principios del siglo XXI

no puede dejar de preocupar al liderazgo soviético, simplemente por sus implicaciones en el poder ruso a largo plazo.

Esto no significa que la URSS esté al borde del colapso, como tampoco debe considerarse como un país de fuerza casi sobrenatural. *Significa* que se enfrenta con difíciles alternativas. Como dijo un experto ruso, «la política de cañones, mantequilla y crecimiento —la piedra angular de la era Breznev— ya no es posible…, incluso bajo las condiciones más optimistas… La Unión Soviética se enfrentará a un momento decisivo más grave que todos los que pasó en los años sesenta y setenta»[206]. Es de esperar que se intensifiquen los esfuerzos y las exhortaciones para mejorar la economía rusa. Pero, dado que es sumamente improbable que incluso un régimen enérgico en Moscú abandone el «socialismo científico» para impulsar la economía o recorte drásticamente los gastos de defensa, afectando con ello al núcleo militar del Estado soviético, las perspectivas de escapar a las contradicciones con que se enfrenta la URSS no son buenas. Sin su enorme poder militar, contaría muy poco en el mundo; con su enorme poder militar, hace que otros se sientan inseguros y perjudica sus propias perspectivas económicas. Es un feo dilema[207].

Sin embargo, esto puede difícilmente satisfacer a Occidente, ya que no hay nada en el carácter ni en la tradición del Estado ruso que sugiera que podría aceptar jamás de buen grado la decadencia imperial. Históricamente, ninguno de los grandes imperios multinacionales que han sido estudiados en este libro —el otomano, el español, el napoleónico, el británico— se ha retirado nunca a su propia base étnica hasta que ha sido derrotado en una guerra entre grandes potencias o (como en el caso de Gran Bretaña después de 1945) ha quedado tan debilitado por la guerra que una retirada imperial era políticamente inevitable. Los que se alegran de las actuales dificultades de la Unión Soviética, y esperan el derrumbamiento de su imperio, deberían recordar que, normalmente, estas transformaciones se producen con grandes costos y no siempre de manera previsible.

LOS ESTADOS UNIDOS: EL PROBLEMA DEL NUMERO UNO EN RELATIVA DECADENCIA

Vale la pena no olvidar las dificultades de la Unión Soviética cuando pasamos a analizar las circunstancias presentes y futuras de los Estados Unidos, por dos importantes distinciones. La primera es que, si bien se puede argüir que la parte de Estados Unidos en el poder mundial ha decrecido *relativamente* más de prisa que la de Rusia en las últimas décadas, sus problemas son probablemente mucho menos graves que los de su rival soviético. Además, su fuerza *absoluta* (especialmente en los campos industrial y tecnológico) es todavía mucho mayor que la de la URSS. La segunda es que la naturaleza no estructurada y de *laissez-faire* de la sociedad norteamericana (aunque no sin puntos flacos) le da probablemente más facilidades para reajustarse a las circunstancias cambiantes, de las que le habría dado un poder rígido *y dirigista*. Pero esto depende, a su vez de la existencia de un liderazgo nacional que pueda comprender los grandes procesos que actúan en el mundo actual y conozca tanto los puntos fuertes como los cabos sueltos de la posición de los Estados Unidos, al tratar de adaptarse a la cambiante atmósfera mundial.

Aunque los Estados Unidos tienen todavía hoy una categoría propia, económica y tal vez aún militarmente, debe forzosamente someterse a las dos grandes pruebas de que depende la *longevidad* de toda potencia importante que ocupa la posición «número uno» en los asuntos mundiales: si, en el reino militar-estratégico, puede conservar un equilibrio razonable entre las percibidas exigencias de defensa de la nación y los medios que posee para atender estos compromisos, y si, como cuestión íntimamente relacionada con la anterior, puede librar a las bases tecnológicas y económicas de su poder de la erosión relativa frente a las pautas siempre cambiantes de la producción mundial. Esta prueba de la capacidad norteamericana será tanto más fuerte cuanto que, como la España imperial

de 1600 o el Imperio británico de 1900, los Estados Unidos han heredado toda una serie de compromisos estratégicos contraídos décadas antes, cuando la capacidad política, económica y militar de la nación para influir en los asuntos mundiales parecía mucho más asegurada. En consecuencia, corren ahora el riesgo, tan conocido por los historiadores del auge y la caída de las anteriores grandes potencias, de lo que podríamos llamar toscamente «excesiva extensión imperial»: es decir, los que toman las decisiones en Washington deben enfrentarse con el desagradable y perdurable hecho de que la suma total de los intereses y obligaciones mundiales de los Estados Unidos es hoy mucho mayor que la capacidad del país para defenderlos todos simultáneamente.

A diferencia de las anteriores Potencias que lucharon con el problema de una excesiva extensión estratégica, los Estados Unidos se enfrentan también con la posibilidad de la aniquilación nuclear, un hecho que, según piensan muchos, ha cambiado toda la naturaleza de la política de poder internacional. Ciertamente, si se produjese un conflicto nuclear a gran escala, toda consideración sobre las «perspectivas» de los Estados Unidos se hace tan problemática que resulta inútil, aunque también hay que decir que la posición norteamericana (debido a sus sistemas defensivos y a su extensión geográfica) es probablemente más favorable que, digamos, la de Francia o la de Japón en semejante conflicto. Por otra parte, la historia de la carrera de armamentos de después de 1945 sugiere hasta ahora que las armas nucleares, que amenazan recíprocamente al Este y al Oeste, también parecen ser mutuamente inutilizables, lo cual es la principal razón de que las potencias sigan aumentando sus gastos en fuerzas *convencionales*. Pero, si existe la posibilidad de que los Estados más poderosos se vean algún día envueltos en una guerra no nuclear (sea meramente regional o a gran escala), entonces es mucho más apropiada la comparación de las circunstancias estratégicas de los Estados Unidos de hoy con los de la España imperial o la Inglaterra eduardina en sus tiempos. En cada caso, la potencia número uno en decadencia se enfrentó

con amenazas, no tanto a la seguridad de la propia patria (en el caso de los Estados Unidos, la perspectiva de ser conquistados por un ejército invasor es muy remota) como a los intereses de la nación en el extranjero, intereses tan extendidos que sería difícil defenderlos todos al mismo tiempo y casi igualmente difícil abandonar cualquiera de ellos sin correr mayores riesgos.

Justo es observar que cada uno de estos intereses en el exterior fue asumido por los Estados Unidos por las que parecieron razones muy plausibles (y a menudo apremiantes) en su tiempo, y que en la mayoría de los casos, la razón de la presencia norteamericana continúa vigente; en ciertas partes del mundo, los intereses de los Estados Unidos parecen ahora, a los que toman las decisiones en Washington, más importantes de lo que eran hace unas pocas décadas.

Esto, puede discutirse, es indudablemente cierto en lo que respecta a las obligaciones americanas en Oriente Medio. Es ésta una región, desde Marruecos en el Oeste hasta Afganistán en el Este, donde los Estados Unidos se enfrentan con numerosos conflictos y problemas cuya lista (según dijo un observador) «le deja a uno sin aliento»[208]. Es una zona que contiene una parte grandísima de las reservas de petróleo del mundo; que parece muy susceptible (al menos en el mapa) a la penetración soviética; con respecto a la cual una camarilla doméstica muy bien organizada presiona para un inquebrantable apoyo al aislado pero militarmente eficiente Israel; donde Estados árabes de tendencias generalmente prooccidentales (Egipto, Arabia Saudí, Jordania, los emiratos del Golfo) sufren la presión de sus propios fundamentalistas islámicos, así como amenazas desde fuera, por ejemplo, de Libia, y donde todos los Estados árabes, sean cuales fueren sus rivalidades, se oponen a la política de Israel con los palestinos. Esto hace que la región sea muy importante para los Estados Unidos, pero, al mismo tiempo, asombrosamente resistente a cualquier opción política sencilla. Es, además, la región del mundo que, al menos en algunas de sus partes, parece recurrir más frecuentemente a la guerra. Por último,

contiene el único territorio —Afganistán— que la Unión Soviética está intentando conquistar por medio de la fuerza armada. Por consiguiente, no es de extrañar que se haya considerado que Oriente Medio requiere la constante atención norteamericana, sea de índole militar o diplomática. Sin embargo, el recuerdo del desastre de Irán en 1979 y de la desgraciada aventura del Líbano en 1983, las complejidades diplomáticas de los antagonismos (cómo ayudar a Arabia Saudí sin alarmar a Israel) y la impopularidad de los Estados Unidos entre las masas árabes, todo ello hace sumamente difícil que un gobierno norteamericano realice una política coherente y a largo plazo en Oriente Medio.

También en América Latina se producen crecientes desafíos a los intereses nacionales de los Estados Unidos. Si ha de ocurrir una crisis de deuda internacional en alguna parte del mundo, descargando un fuerte golpe al sistema de crédito mundial y especialmente a los Bancos de los Estados Unidos, es probable que empiece en esta región. En realidad, los problemas económicos de América Latina no sólo han rebajado el crédito de muchas famosas casas de Banca norteamericanas, sino que han contribuido también a una disminución sustancial de las exportaciones de productos manufacturados de Estados Unidos a aquella región. Aquí, como en Asia oriental, la amenaza de que los países avanzados y prósperos del mundo aumenten continuamente los aranceles contra las manufacturas importadas y de bajo coste de mano de obra, y de que sean cada vez menos generosos en sus programas de ayuda a ultramar, es causa de gran preocupación. Todo esto se complica más por el hecho de que, económica y socialmente, América Latina ha estado cambiando con notable rapidez en las últimas décadas[209]; al mismo tiempo, su explosión demográfica presiona todavía con más fuerza sobre los recursos disponibles y sobre las viejas estructuras conservadoras de gobierno, en un número considerable de Estados. Esto ha conducido a movimientos de amplia base en pro de reformas sociales y constitucionales, o incluso en pro de la franja «revolución», estos últimos influidos por los actuales re-

gímenes radicales en Cuba y Nicaragua. A su vez, estos movimientos han producido una reacción conservadora, con gobiernos reaccionarios proclamando la necesidad de erradicar toda señal de comunismo doméstico y pidiendo ayuda a los Estados Unidos para este fin. Estas fisuras sociales y políticas obligan a menudo a los Estados Unidos a elegir entre su deseo de fomentar los derechos democráticos en América Latina y su voluntad de derrotar al marxismo. También obliga a Washington a considerar si puede lograr sus propios fines por medios puramente políticos y económicos o si tiene que recurrir a la acción militar (como en el caso de Granada).

Pero la situación más preocupante de todas está precisamente al sur de los Estados Unidos y hace que la «crisis» polaca sea pequeña para la URSS en comparación con aquélla. Sencillamente, no hay equivalente en el mundo del actual estado de las relaciones entre México y los Estados Unidos. México está al borde de la quiebra económica, su crisis económica interna obliga a cientos de miles de sus habitantes a pasar ilegalmente al Norte todos los años, su comercio más provechoso con los Estados Unidos se está convirtiendo rápidamente en un torrente de drogas duras brutalmente dirigido, y la frontera para esta clase de tráfico es todavía extraordinariamente permeable[210].

Si los desafíos a los intereses norteamericanos en Asia oriental están más lejos, esto no disminuye hoy la importancia de aquella vasta zona. El porcentaje más grande de la población mundial vive allí; una grande y creciente proporción del comercio norteamericano se realiza con países del «borde del Pacífico»; dos de las futuras grandes potencias mundiales, China y Japón, se ubican allí; también está, directa e indirectamente (a través del Vietnam), la Unión Soviética. Y también están los países asiáticos recién industrializados, cuasidemocracias delicadas que, de una parte, han abrazado con furia el *laissez-faire* capitalista, y de otra, están trabajando a menor precio que los americanos en toda clase de manufacturas, desde los tejidos hasta la electrónica. En Asia oriental

existen también un número sustancial de obligaciones militares de los norteamericanos, generalmente como consecuencia del principio de la guerra fría.

Incluso la simple lista de aquellas obligaciones sugiere forzosamente la naturaleza extraordinariamente amplia de los intereses americanos en esta región. Hace pocos años, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos intentó un breve resumen de los intereses norteamericanos, generalmente en Asia oriental, pero su misma concisión indicó, paradójicamente, la casi ilimitada extensión de aquellos compromisos estratégicos:

> La importancia que tiene para los Estados Unidos la seguridad de Asia oriental y del Pacífico ha sido demostrada por los tratados bilaterales con Japón, Corea y las Filipinas; el pacto de Manila, que añade Thailandia a nuestros socios en el tratado, y nuestro tratado con Australia y Nueva Zelanda —el Tratado ANZUS— es reforzado por el despliegue de fuerzas de tierra y aire en Corea y Japón, y por el despliegue avanzado de la Séptima Flota en el Pacífico occidental. Nuestros principales objetivos regionales, de consumo con nuestros amigos y aliados regionales son:
>
> —Mantener la seguridad de nuestras rutas marítimas esenciales y de los intereses de los Estados Unidos en la región; mantener la capacidad para cumplir nuestros compromisos en el Pacífico y Asia oriental; impedir que la Unión Soviética, Corea del Norte y Vietnam intervengan en los asuntos de otros; establecer una relación estratégica duradera con la República Popular China, y apoyar la estabilidad y la independencia de los países amigos[211].

Además, esta prosa cuidadosamente elegida oculta inevitablemente un número considerable de cuestiones políticas y estratégicas sumamente delicadas: cómo establecer una buena relación con la RPCh sin abandonar Taiwán; cómo «apoyar la estabilidad y la independencia de los países amigos», mientras se trata de controlar la corriente de sus exportaciones al mercado norteamericano;

cómo hacer que los japoneses asuman una participación más importante en la defensa del Pacífico occidental sin alarmar a sus diversos vecinos; cómo mantener bases de los Estados Unidos en, por ejemplo, las Filipinas, sin provocar resentimientos locales; cómo reducir la presencia militar norteamericana en Corea del Sur sin enviar una «señal» inoportuna al Norte…

Todavía más importante, al menos medida por los despliegues militares, es el juego de los Estados Unidos en Europa occidental, la defensa de la cual es, más que nada, la razón estratégica fundamental del Ejército norteamericano y de buena parte de sus fuerzas aéreas y su Marina. En realidad, según algunos cálculos arcanos, el 50 o 60% de las fuerzas de uso general norteamericana está destinado a la OTAN, una organización en la que (según observan repetidamente los críticos) los otros miembros contribuyen con una parte muy inferior de su PNB a los gastos de defensa, aunque la población total y la renta de Europa son ahora mayores que las de los Estados Unidos[212]. Este no es lugar adecuado para enumerar los diversos argumentos europeos en el debate sobre el «reparto de cargas» (como el costo social que sufragan países como Francia y Alemania Federal para mantener el reclutamiento obligatorio), ni para desarrollar la teoría de que, si Europa occidental fuese «finlandizada», los Estados Unidos gastarían probablemente más en defensa que en el momento actual[213]. Desde una perspectiva estratégica norteamericana, constituye un hecho inevitable que esta región ha parecido siempre más vulnerable a la presión rusa que, digamos, Japón; en parte porque no es una isla y en parte porque, al otro lado de la frontera europea, ha concentrado la URSS la proporción más grande de sus fuerzas de tierra y del aire, significativamente mayor que la que puede razonablemente necesitar para fines de seguridad interior. Puede que esto no diese aún a Rusia capacidad militar para invadir Europa occidental (véanse páginas 789-793), pero no es una situación en la que sería prudente que los Estados Unidos retirasen unilateralmente importantes fuerzas de tierra y aire. Incluso la remota posibilidad de que la

concentración de productos manufacturera más grande del mundo *pudiese* caer en la órbita soviética es bastante para convencer al Pentágono de que «la seguridad de Europa es particularmente vital para la seguridad de los Estados Unidos»[214].

Sin embargo, por muy lógico que pueda ser estratégicamente el compromiso norteamericano para con Europa, este hecho no es por sí solo garantía contra ciertas complicaciones militares y políticas que han conducido a discordias transatlánticas. Aunque la alianza de la OTAN aproxima a los Estados Unidos y la Europa occidental a un nivel, la propia CEE es, como Japón, un rival en términos económicos, especialmente en los menguantes mercados para productos agrícolas. Más significativamente aún, mientras la política europea oficial ha recalcado siempre la importancia de estar bajo el «paraguas nuclear» americano, existe una inquietud entre el público en general por las implicaciones de tener armas de los Estados Unidos (misiles y cruceros, «Pershings II», submarinos portadores de «Tridents», por no hablar de bombas de neutrones) en suelo europeo. Pero si, volviendo a un punto tratado anteriormente, ambas superpotencias tratasen de evitar la «guerra nuclear» en el caso de un conflicto importante, todavía quedarían muchos problemas para garantizar la defensa de Europa occidental por medios convencionales. En primer lugar, ésta sería una empresa muy cara. En segundo lugar, aunque se acepten las pruebas que empiezan a sugerir que las fuerzas de tierra y aire del pacto de Varsovia podrían de hecho ser tenidas a raya, este argumento se funda sobre cierto aumento de la fuerza actual de la OTAN. Desde esta perspectiva, nada podría ser más inquietante que las proposiciones de reducir o retirar las fuerzas de los Estados Unidos de Europa, por muy apremiante que esto pudiese ser por razones económicas o con el fin de reforzar los despliegues norteamericanos en otras partes del mudo. Pero realizar una gran estrategia que sea al mismo tiempo mundial y flexible es sumamente difícil cuando una parte grande de las fuerzas armadas norteamericana está destinada a una región particular.

En vista de lo que acabamos de decir, no es sorprendente que los círculos más preocupados por la discrepancia entre los compromisos y el poder americanos sean los propios servicios armados, simplemente porque serían los primeros en sufrir si las debilidades estratégicas se pusiesen de manifiesto en la dura prueba de la guerra. De aquí las frecuentes advertencias del Pentágono contra verse obligado a realizar un juego logístico mundial retirando fuerzas de un «lugar caliente» a otro al surgir nuevos problemas. Si esto fue particularmente agudo a finales de 1983, cuando adicionales despliegues de los Estados Unidos en Centroamérica, Granada, Chad y el Líbano hicieron que el ex presidente del Estado Mayor conjunto proclamase que el «mal acoplamiento» entre las fuerzas y la estrategia americanas «es mayor ahora de lo que fue nunca»[215], el problema había sido implícito desde muchos años antes. Es interesante que estas advertencias sobre que las fuerzas armadas norteamericanas están en «plena extensión» vayan acompañadas de mapas del «Gran despliegue militar de los EE.UU. alrededor del mundo»[216], que, para los historiadores, parece extraordinariamente similar a la cadena de bases navales y guarniciones que poseyó la antigua potencia mundial, Gran Bretaña, en el cenit de su extensión estratégica[217].

Por otra parte, es muy improbable que los Estados Unidos fuesen llamados para defender todos sus intereses en ultramar simultáneamente y sin la ayuda de un número importante de aliados: los miembros de la OTAN en Europa occidental, Israel en el Oriente Medio y Japón, Australia y posiblemente China en el Pacífico. Ni todas las tendencias regionales se están mostrando contrarias a los Estados Unidos en términos de defensa; por ejemplo, si la agresión por el imprevisible régimen norcoreano es siempre posible, esto difícilmente sería hoy bien recibido por Pekín y, además, la propia Corea del Sur ha llegado a poseer más del doble de la población y cuatro veces el PNB de Corea del Norte. De la misma manera, si la expansión de fuerzas rusas en el Extremo Oriente alarma a Washington, esto viene considerablemente equilibrado

por la creciente amenaza planteada por la RPCh a las líneas de comunicación terrestres y marítimas de Rusia con el Oriente. La reciente y seria confesión del secretario de Defensa de los Estados Unidos de que «nunca podremos adquirir la capacidad suficiente para cumplir todos nuestros compromisos con un cien por ciento de confianza»[218], es seguramente cierta, pero puede ser menos preocupante de lo que parece al principio si se recuerda también que el potencial total de recursos antisoviéticos en el mundo (Estados Unidos, Europa occidental, Japón, RPCh, Australia) es mucho mayor que el total de recursos del bando de Rusia.



Mapa 12. Despliegue mundial de las Fuerzas de los Estados Unidos, 1987

A pesar de estos consuelos, el dilema fundamental de gran estrategia permanece: actualmente, los Estados Unidos tienen aproximadamente la misma larga serie de obligaciones militares en el mundo que tenía hace un cuarto de siglo, cuando su parte en el PNB, la producción manufacturera, los gastos militares y el personal de las fuerzas armadas de todo el mundo era mucho mayor de lo que es ahora[219]. Incluso en 1985, cuarenta años después de sus triunfos en la Segunda Guerra Mundial y más de una década después de su retirada de Vietnam, los Estados Unidos tenían 520 000 miembros de sus fuerzas armadas en el extranjero (incluidos 65 000 en la Marina)[220]. Este total es, dicho sea de paso, sustancialmente mayor que los despliegues en ultramar y, en tiempo de paz, de las fuerzas militares y navales del Imperio británico en el cenit de su poder. Sin embargo, según la opinión firmemente expresada del Estado Mayor Conjunto y de muchos expertos civiles[221], esto, sencillamente, no es bastante. A pesar de que el presupuesto de defensa norteamericano casi se ha triplicado desde finales de los años setenta, se ha producido «sólo un aumento del 5% en el valor numérico de las fuerzas armadas en servicio activo»[222]. Como descubrieron los militares británicos y franceses en su tiempo, una nación con extensas obligaciones en ultramar tendrá siempre un «problema de fuerzas humanas» más difícil que un Estado que mantenga sus fuerzas armadas sólo para la defensa de la patria, y una sociedad políticamente liberal y económicamente de *laissez-faire* —consciente de la impopularidad del reclutamiento obligatorio— tendrá un problema más grande que la mayoría[223].

Posiblemente, esta preocupación por la desproporción entre los intereses y las capacidades norteamericanas en el mundo sería menos aguda si no se hubiesen expresado tantas dudas —al menos desde el tiempo de la guerra de Vietnam— sobre la *eficiencia* del propio sistema. Como estas dudas han sido repetidamente expuestas en otros estudios, sólo las resumiremos aquí; éste no es un ensayo más sobre el candente tópico de «reforma de la defensa»[224]. Un campo importante de controversia ha sido, por ejemplo, el

grado de rivalidad entre los servicios, que desde luego es común a la mayoría de fuerzas armadas pero parece más profundamente arraigado en el sistema norteamericano, posiblemente debido a las relativamente modestas facultades del presidente del Estado Mayor Conjunto, posiblemente porque parece dedicarse mucha más energía a las cuestiones de abastecimiento que a los problemas estratégicos y operacionales. En tiempo de paz, esto podría desdeñarse como un ejemplo extremo de «política burocrática»; pero en operaciones reales en tiempo de guerra digamos, en el envío urgente de la Rapid Deployment Joint Task Force, que contiene elementos de los cuatro servicios—, la falta de la debida coordinación podría ser fatal.

En la zona del propio abastecimiento militar, las alegaciones de «despilfarro, fraude y abuso»[225] han sido el pan nuestro de cada día. Los diversos escándalos sobre armas terriblemente caras y de *bajo* resultado, que han llamado la atención del público en años recientes, tienen explicaciones plausibles: la falta de una adecuada actitud competitiva y de fuerza de mercado en el «complejo militar-industrial» y la tendencia hacia el sistema de armas «chapadas en oro», por no hablar del esfuerzo por lograr grandes beneficios. Sin embargo, es difícil separar estas deficiencias en el proceso de adquisición de armas de lo que es claramente un factor más fundamental: la intensificación de los impactos que causan los nuevos avances tecnológicos en el arte de la guerra. Dado que es en el campo de la alta tecnología donde la URSS suele parecer más vulnerable —lo cual sugiere que la *calidad* norteamericana en armamento puede ser empleada para contrarrestar la *cantidad* superior rusa en, digamos, tanques y aviones—, existe un evidente atractivo en lo que Caspar Weinberger llamó «estrategias competitivas» cuando se piden nuevos armamentos[226]. Sin embargo, el hecho de que la administración Reagan gastase, en su primer período, más del 75% en nuevos aviones que el régimen Carter, pero adquiriese solamente un 9% más de aparatos, expresa el espantoso problema de abastecimiento militar de finales del siglo XX: dada la tendencia

impulsada tecnológicamente a gastar más y más dinero en menos y menos sistemas de armas, ¿tendrían realmente los Estados Unidos y sus aliados bastantes aviones y tanques perfeccionados y costosos en reserva, después de las primeras fases de una guerra feroz convencional? ¿Posee la Marina de los Estados Unidos bastantes submarinos de ataque o fragatas, si sufriese graves pérdidas en las primeras fases de una *tercera* batalla del Atlántico? Si no es así, los resultados serían horribles; pues está claro que las complicadas armas actuales no pueden ser simplemente sustituidas en los breves plazos con que se remplazaban durante la Segunda Guerra Mundial.

Este dilema se acentúa por otros dos elementos en el complicado cálculo de desarrollar una política eficaz de defensa norteamericana. El primero es la cuestión de las limitaciones presupuestarias. A menos de que las circunstancias externas se volviesen mucho más amenazadoras, sería un notable triunfo de persuasión política conseguir que los gastos de defensa nacional subiesen muy por encima, digamos, del 7,5% del PNB, tanto más cuanto que el volumen del déficit federal (véanse págs. 818-820) indica la necesidad de equilibrar el gasto público como primera prioridad del Estado. Pero si hay una disminución o incluso un alto en el aumento de los gastos de defensa, coincidiendo con el vertiginoso incremento de los costos de las armas, el problema con que se enfrente el Pentágono será mucho más agudo.

El segundo factor es la enorme variedad de contingencias que tiene que prever una superpotencia mundial como los Estados Unidos, todas las cuales —cada cual a su manera— exigen cosas diferentes a las fuerzas armadas y al armamento que es probable que tengan que emplear. También esto tiene precedentes en la historia de las grandes potencias; el Ejército británico se halló a menudo en apuros al tener que proyectar una lucha en la frontera noroeste de la India o en Bélgica. Pero incluso este desafío palidece ante la tarea con que se enfrenta hoy el «número uno». Si el problema crítico para los Estados Unidos es preservar una fuerza

disuasoria nuclear contra la Unión Soviética, a todos los niveles de escalada, el dinero será entonces vertido, inevitablemente, en armas tales como el misil «MX», los bombarderos «B-1» y «Stealth», los «Pershing II», los misiles de crucero y los submarinos portadores de «Tridents». Si lo más probable es una guerra convencional a gran escala contra el Pacto de Varsovia, entonces tendrán que ir los fondos en direcciones completamente distintas: aviación táctica, grandes tanques de batalla, grandes portaaviones, fragatas, submarinos de ataque y servicios logísticos. Pero si es probable que los Estados Unidos y la URSS eviten un choque directo, pero aumenten su actividad en el Tercer Mundo, el armamento debe cambiar de nuevo: las armas pequeñas, los helicópteros, los portaaviones ligeros y un mayor papel para el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, se convierten en los elementos principales de la lista. Ya está claro que gran parte de la controversia sobre la «reforma de la defensa» procede de las diferentes presunciones sobre la clase de guerra en que puedan tener que luchar los Estados Unidos. Pero ¿qué pasa si las autoridades se equivocan en su presunción?

Una preocupación aún mayor sobre la eficiencia del sistema, manifestado incluso por firmes partidarios de la campaña para «restaurar» el poder americano[227], es si la presente estructura de toma de decisiones permite llevar a cabo una gran estrategia acertada. Esto no implicaría, simplemente, conseguir una mayor coherencia en las políticas militares, de manera que se discuta menos sobre la «estrategia marítima» contra la «guerra de coalición»[228] sino que requeriría también efectuar una síntesis de los intereses políticos, económicos y estratégicos a largo plazo de los Estados Unidos, en vez de la lucha interna burocrática que tanto parece haber caracterizado a la política de Washington. Ejemplo muy citado de esto es la demasiado frecuente disputa pública sobre cómo y dónde deberían emplear los Estados Unidos sus Fuerzas Armadas en el extranjero, para aumentar o defender sus intereses nacionales, con el Departamento de Estado queriendo que se den

respuestas claras y firmes a aquellos que amenazan tales intereses, y el Departamento de Defensa mostrándose contrario (sobre todo después del desastre del Líbano) a intervenir en ultramar salvo en condiciones especiales[229]. Pero, en contraste con esto, también se han dado ejemplos de la preferencia del Pentágono a tomar decisiones unilaterales en la carrera de armamentos con Rusia (por ejemplo, programa SDI, abandono de SALT II) sin consultar a sus principales aliados, lo cual crea problemas al Departamento de Estado. Han existido incertidumbres sobre el papel representado por el Consejo de Seguridad Nacional y, más especialmente, por los consejeros de seguridad nacional individuales. Ha habido incoherencias de política en Oriente Medio, en parte debido a la insolubilidad, digamos, del problema palestino, pero también porque el interés estratégico de los Estados Unidos en apoyar a los Estados árabes conservadores y prooccidentales contra la penetración rusa en aquella zona han chocado a menudo con la bien organizada oposición de su propia camarilla pro Israel. Se han producido disputas entre los Departamentos sobre el empleo de instrumentos económicos —desde boicots al comercio y embargos sobre la transferencia de tecnología hasta la concesión de ayudas y ventas de armas y cereales a países extranjeros— en apoyo de los intereses diplomáticos americanos, que afectan a la política hacia el Tercer Mundo, África del Sur, Rusia, Polonia, la CEE, etcétera, y que han sido a veces mal coordinadas y contradictorias. Ninguna persona sensata sostendría que los muchos problemas de política exterior que afectan al globo tienen una «solución» obvia y rápida; por otra parte, la preservación de los intereses americanos a largo plazo no recibe ciertamente ayuda cuando el sistema de toma de decisiones va acompañado de frecuentes discrepancias en su interior.

Todo esto ha llevado a preguntas por críticos más pesimistas sobre la cultura política de conjunto en la que tienen que operar los que tomen las decisiones en Washington. Ésta es una materia demasiado extensa y complicada para ser tratada con profundidad

aquí. Pero cada vez se ha insistido más en que un país que necesita reformular su gran estrategia a la luz de los grandes e incontrolables cambios que se producen en los asuntos mundiales puede no ser favorecido por un sistema electoral que parece paralizar las tomas de decisión en política exterior cada dos años. Posiblemente tampoco le ayudan las extraordinarias presiones aplicadas por las camarillas, por los comités de acción política y otros grupos de interés, todos los cuales, por definición, tienen prejuicios sobre este o aquel cambio político; ni por una inherente «simplificación» de problemas internacionales y estratégicos, vitales pero complejos, a través de unos medios de información que tienen el tiempo y el espacio limitados para estas cosas y cuya *raison d'être* es principalmente ganar dinero y asegurarse un público y, sólo en segundo plano, informar. Tampoco pueden ayudarle los todavía poderosos aprecios «escapistas» de la cultura social americana, que pueden ser comprensibles en términos del pasado de «frontera» de la nación, pero que es un engorro para adaptarse al mundo actual, integrado y más complejo y con otras culturas e ideologías. Por último, el país puede no ser siempre ayudado por su división en poderes constitucional y de toma de decisiones, deliberadamente creada cuando estaba geográfica y estratégicamente aislado del resto del mundo, hace dos siglos, y tenía más tiempo para llegar a un acuerdo en los pocos problemas que se referían entonces a política «exterior», pero que pueden ser más difíciles de resolver cuando se ha convertido en una superpotencia mundial, llamada con frecuencia a tomar rápidas decisiones frente a países que tienen muchas menos trabas. Ninguna de éstas presenta un obstáculo insuperable a la ejecución de una gran estrategia norteamericana coherente y a largo plazo; sin embargo, su efecto acumulativo y de acción recíproca hace que sea mucho más difícil realizar los cambios necesarios de política si éstos parecen perjudicar intereses especiales y se producen en un año de elecciones. Puede ser por tanto aquí, en los reinos cultural y de política doméstica, donde se vea sometida a la más dura prueba la evolución de una política norteamericana eficaz y de conjunto para entrar en el siglo XXI.

La última cuestión sobre la adecuada relación entre «medios y fines» en la defensa de los intereses mundiales norteamericanos se refiere a los desafíos económicos que pesan sobre el país y que por ser tan diversos, amenazan con ejercer enormes tensiones sobre las tomas de decisión en política nacional. Los extraordinarios volumen y complejidad de la economía norteamericana hacen difícil presumir lo que sucede en todas sus partes, especialmente en un período en que envía señales tan contradictorias[230]. Sin embargo, todavía prevalecen los rasgos que se han descrito en el capítulo anterior (págs. 674-681).

El primero de éstos es la relativa decadencia industrial del país, medida en relación con la producción mundial, no sólo en viejas manufacturas como tejidos, hierro y acero, construcción de buques y productos químicos básicos, sino también —aunque es mucho menos fácil juzgar el resultado final de este igualado combate industrial tecnológico— en robótica, aeroespacial, automóviles, máquinas-herramienta y ordenadores. Ambos campos plantean grandes problemas: en la manufactura tradicional y básica, la diferencia en las escalas de salarios entre los Estados Unidos y los países recién industrializados es probablemente tal que ninguna «medida de eficacia» la reducirá; pero perder en la competición sobre futuras tecnologías, si esto llegase a ocurrir, sería aún más desastroso. Por ejemplo, a finales de 1986, un estudio del Congreso informó de que el superávit comercial de los Estados Unidos en artículos de alta tecnología había bajado de 27 mil millones de dólares en 1980 a sólo 4 mil millones de 1985, y estaba encaminándose rápidamente a un déficit[231].

El segundo, y en muchos aspectos menos esperado, sector de decadencia es la agricultura. Sólo hace una década, expertos en esta materia pronosticaban un espantoso desequilibrio mundial entre las exigencias de la alimentación y la producción agrícola[232]. Pero este panorama de hambre y de desastre estimuló dos poderosas reacciones. La primera fue una inversión masiva en la agricultura norteamericana desde los años setenta en adelante, impulsada

por la perspectiva de una siempre mayor venta de comestibles de ultramar; la segunda fue la enorme investigación (subvencionada por el mundo occidental) en medios científicos de aumentar las cosechas en el Tercer Mundo, con un éxito tal que un número creciente de estos países se han convertido en *exportadores* de alimentos y, por ende, en competidores de los Estados Unidos. Estas dos tendencias están separadas de, pero han coincidido con, la transformación de la CEE en una gran productora de excedentes agrícolas, debido a su sistema de apoyo a los precios. En consecuencia, los expertos se refieren ahora a un «mundo pletórico de comida»[233], que a su vez conduce a fuertes bajas en los precios de los productos agrícolas y en las exportaciones norteamericanas de alimentos, y hace que muchos agricultores tengan que cesar en el negocio.

No es de extrañar, pues, que estos problemas económicos hayan llevado a un aumento del sentimiento proteccionista en muchos sectores de la economía norteamericana y entre hombres de negocios, sindicatos, agricultores y sus representantes en el Congreso. Como con la agitación de la «reforma de aranceles» en la Gran Bretaña eduardina[234], los abogados de la protección aumentada se quejan de prácticas extranjeras desleales, de «dumping» por debajo del costo de los artículos manufacturados en el mercado norteamericano y de los enormes subsidios a agricultores extranjeros, todo lo cual, sostienen, sólo puede ser contrarrestado por la administración de los Estados Unidos abandonando su política de *laissez-faire* en el comercio y estableciendo duras contramedidas. Muchas de estas quejas individuales (por ejemplo, de Japón enviando chips de silicio por debajo de su coste al mercado norteamericano) han sido válidas. Sin embargo, en términos más amplios, el auge del sentimiento proteccionista es también reflejo de la erosión de la supremacía, antes sin rival, de la manufactura estadounidense. Como los británicos de mediados de la era victoriana, los norteamericanos favorecieron, después de 1945, el libre comercio y la competencia abierta, no sólo porque creían que el co-

mercio y la prosperidad mundiales serían impulsados en este pro= ceso, sino también porque sabían que lo más probable era que se beneficiasen del abandono del proteccionismo. Cuarenta años más tarde, al menguar esta confianza, puede preverse un cambio de opinión en favor de proteger el mercado doméstico y al productor doméstico. Y, como en aquel caso anterior de Gran Bretaña, los defensores del sistema existente apuntan que los aranceles elevados no sólo harían menos competitivos internacionalmente los productos domésticos, sino que podrían provocar también varias repercusiones externas: una guerra mundial de aranceles, medidas contra las exportaciones norteamericanas, la debilitación de la moneda de ciertos países recién industrializados y la vuelta a la crisis económica de los años treinta.

Junto a estas dificultades que afectan a la manufactura y a la agricultura norteamericanas, hay turbulencias sin precedentes en las finanzas de la nación. La falta de competitividad de los productos industriales de los Estados Unidos en el extranjero y la disminución de las exportaciones agrícolas han ocasionado terribles déficits en el comercio visible —160 mil millones de dólares en los doce meses hasta mayo de 1986—, pero lo más alarmante es que esta diferencia ya no puede ser cubierta con las ganancias norteamericanas en «invisible», que es el recurso tradicional de una economía madura (por ejemplo, Gran Bretaña antes de 1914). Por el contrario, la única manera que tienen los Estados Unidos de pagar su parte en el mundo es importando sumas cada vez más grandes de capital, lo cual les ha transformado de ser el acreedor más importante del mundo a ser la nación más deudora del mundo *en el lapso de unos pocos años*.

Este problema ha sido complicado[235] en opinión de muchos críticos, causado por las políticas presupuestarias del propio Gobierno de los Estados Unidos. Ya en los años sesenta, tendía Washington a confiar en las finanzas deficitarias, en vez de en impuestos adicionales, para pagar el costo creciente de la defensa y de los programas sociales. Pero las decisiones tomadas por la adminis-

tración Reagan a principios de los años ochenta —a saber, aumentos en gran escala en los gastos de defensa, más considerables rebajas en los impuestos, pero *sin* reducciones significativas en otros gastos federales— produjeron extraordinarios aumentos en el déficit y, por consiguiente, en la deuda nacional, tal como se muestra en la tabla 49.

TABLA 49. Déficit, deuda e intereses federales de los EE.UU., 1980-1985[236]
(en miles de millones de dólares)

	Déficit	*Deuda*	*Intereses de la deuda*
1980	59,6	914,3	52,5
1983	195,4	1381,9	87,8
1985	202,8	1823,1	129,0

Voces de alarma han señalado que la continuación de estas tendencias haría subir la deuda nacional de los Estados Unidos a unos 13 *billones* de dólares en el año 2000 (catorce veces la de 1980) y los pagos por intereses de aquella deuda de 1,5 *billones* de dólares (veintinueve veces la cifra de 1980)[237]. En realidad una rebaja en los tipos de interés podría reducir aquellos cálculos[238], pero la tendencia general es todavía muy poco saludable. Aunque los déficits federales pudiesen reducirse a «sólo» 100 mil millones de dólares anualmente, la suma de la deuda nacional y de los pagos de intereses a principios del siglo XXI sería todavía causa de totales de dinero sin precedentes para ser gastados en aquella dirección. Históricamente, el otro único ejemplo que recordamos de una gran potencia que aumente de tal manera su deuda en *tiempo de paz* es Francia en los años de 1780, cuando la crisis fiscal contribuyó a la crisis política doméstica.

Estos déficits federal y comercial norteamericanos actúan ahora recíprocamente con un nuevo fenómeno en la economía mundial, que tal vez puede describirse mejor como la «dislocación» de los movimientos de capital internacionales del comercio en bienes y

servicios. Debido a la creciente integración de la economía mundial, el volumen del comercio, tanto en productos manufacturados como en servicios financieros, es mucho más grande de lo que fue nunca y, en su conjunto, puede representar unos 3 billones de dólares al año; pero esto es ahora eclipsado por el fantástico nivel de torrentes de capital que pasan por los mercados de dinero mundiales, con el mercado del eurodólar con base en Londres teniendo un volumen de «al menos veinticinco veces el del comercio mundial»[239]. Si esta tendencia fue alentada por los sucesos de los años setenta (el paso de los tipos de cambio de fijos a flotantes, los excedentes de fondos que salían de los países de la OPEP), ha sido también estimulada por los déficits de los Estados Unidos, ya que la única manera que ha tenido el Gobierno federal de cubrir la enorme diferencia entre sus gastos y sus ingresos ha sido traer al país enormes cantidades de fondos líquidos desde Europa y (especialmente) desde Japón, convirtiendo a los Estados Unidos, como se ha mencionado anteriormente, en el país más deudor del mundo, y con mucho[240]. En realidad, es difícil imaginar cómo habría podido seguir adelante la economía norteamericana sin la afluencia de fondos extranjeros en los primeros años ochenta, aunque esto tuvo la embarazosa consecuencia de hacer subir el valor de cambio del dólar y perjudicar todavía más las exportaciones de productos agrícolas y manufacturados de los Estados Unidos. Pero esto suscita a su vez la inquietante cuestión de qué podría pasar si estos masivos y volátiles fondos fuesen sacados del dólar, causando que su valor bajase vertiginosamente.

Estas tendencias han provocado, a su vez, explicaciones que sugieren que las voces alarmistas están exagerando la gravedad de lo que le está ocurriendo a la economía de los Estados Unidos, sin advertir la «naturalidad» de la mayoría de estos acontecimientos. Por ejemplo, el cinturón agrícola del Mediano Oeste habría resultado mucho menos perjudicado si no hubiesen sido tantos los individuos que compraron tierras a precios de inflación y con excesivos tipos de interés en los últimos años setenta. Una vez más, el

paso de la manufactura a los servicios es comprensible, y ocurre en todos los países avanzados, y también vale la pena recordar que la *producción* manufacturera de los Estados Unidos se ha estado elevando en términos absolutos, aunque haya descendido el empleo (especialmente de los trabajadores manuales) en la industria fabril; pero esto es también una tendencia «natural», al pasar crecientemente el mundo de una producción fundada en la materia a otra fundada en el conocimiento. De manera parecida, no hay nada malo en la metamorfosis de las instituciones financieras norteamericanas en instituciones financieras *mundiales*, con triple base en Tokio, Londres y Nueva York, para manejar (y sacar provecho de) el gran volumen de las corrientes de capital; esto sólo puede aumentar las ganancias de la nación procedentes de servicios. Incluso los elevados déficits federales anuales y la creciente deuda nacional son a veces considerados como no demasiado graves, teniendo en cuenta la inflación, y existe en algunos sectores la creencia de que la economía «saldrá» de estos déficits o de que los políticos tomarán medidas para tapar la brecha, ya aumentando los impuestos, ya reduciendo el gasto, ya haciendo ambas cosas. Un intento demasiado apresurado de cortar el déficit, observa alguien, podría desencadenar una importante recesión.

Todavía más tranquilizadores, según se dice, son los signos de crecimiento en la economía norteamericana. Debido al *boom* en el sector de servicio, los Estados Unidos han estado creando empleos durante la última década más deprisa que en cualquier otro tiempo de su historia en época de paz, y ciertamente mucho más deprisa que Europa occidental. En relación con esto, su mucho mayor grado de movilidad laboral facilita tales transformaciones en el mercado de trabajo. Además, la enorme dedicación norteamericana a la alta tecnología —no sólo en California, sino también en Nueva Inglaterra, Virginia, Arizona y otras muchas partes del país — promete unas cantidades todavía mayores de producción y, por ende, una mayor riqueza nacional (así como asegura una ventaja estratégica sobre la URSS). Precisamente por las oportunidades

que existen en la economía norteamericana, ésta continúa atrayendo a millones de inmigrantes y estimulando a miles de nuevos empresarios, mientras que los torrentes de capital que entran en el país pueden ser empleados en nuevas inversiones, especialmente en «R&D». Finalmente, si los cambios en las condiciones mundiales del comercio conducen ciertamente a precios más bajos de los alimentos y las materias primas, esto debería beneficiar a una economía que todavía importa enormes cantidades de petróleo, minerales en bruto, etcétera (aunque esto perjudique a productores norteamericanos particulares, como agricultores y hombres del petróleo).

Muchos de estos puntos individuales pueden ser válidos. Como la economía norteamericana es tan grande y variopinta, algunos sectores y regiones es probable que crezcan al mismo tiempo que decaen otros, y caracterizar al conjunto con generalizaciones absolutas sobre «crisis» o *boom* es, por consiguiente, inadecuado. Dados la baja en los precios de las materias primas, el reflujo del insostenible alto valor del dólar de primeros de 1985, la caída general de los tipos de interés y el impacto de estas tres tendencias sobre la inflación y sobre la confianza en los negocios, no es de extrañar que algunos economistas profesionales sean optimistas en lo que atañe al futuro[241].

Sin embargo, desde el punto de vista de la gran estrategia norteamericana y de los cimientos económicos sobre los que tiene que apoyarse una estrategia eficaz a largo plazo, el cuadro es mucho menos prometedor. En primer lugar, dada la serie de compromisos militares que han asumido los Estados Unidos en todo el mundo desde 1945, su capacidad de llevar estas cargas es evidentemente menor de lo que era hace varias décadas, cuando su proporción en la manufactura y el PNB mundiales era mucho más elevada, su agricultura no estaba en crisis, su balanza de pagos era mucho más favorable, el presupuesto de la nación era también equilibrado y ésta no debía tanto al resto del mundo. En este sentido amplio, no es desacertada la comparación que hacen ciertos

científicos políticos entre la posición actual de los Estados Unidos y la de anteriores «hegemonías en decadencia»[242].

También aquí es instructivo observar las extrañas similitudes entre el creciente sentimiento de ansiedad entre los actuales círculos reflexivos de los Estados Unidos y el que prevaleció en todos los partidos políticos de la Gran Bretaña eduardina y que condujeron al que ha sido llamado movimiento de «eficacia nacional»: es decir, un amplio debate dentro del campo de toma de decisiones, de los negocios y de las elites educadoras sobre las diversas medidas que podrían cambiar lo que ha sido considerado como una creciente incompetitividad en comparación con otras sociedades avanzadas. En términos de experiencia comercial, niveles de instrucción y educación, eficacia de producción, niveles de renta y (entre los menos acomodados) de vida, sanidad y vivienda, la potencia «número uno» de 1900 pareció estar perdiendo su posición, con graves implicaciones para la posición estratégica a largo plazo del país; de aquí el hecho de que las peticiones de «renovación» y «reorganización» viniesen al menos tanto de la derecha como de la izquierda[243]. Estas campañas conducen generalmente a reformas, aquí y allá; pero su propia existencia es, irónicamente, una confirmación de decadencia, ya que tal agitación no habría sido simplemente necesaria unas décadas atrás, cuando la supremacía de la nación era indiscutible. El hombre vigoroso, observó irónicamente el escritor G. K. Chesterton, no se preocupa de su eficacia corporal; sólo cuando se debilita empieza a hablar de la salud[244]. De la misma manera, cuando una gran potencia es fuerte y no tiene rival, es mucho menos probable que discuta su capacidad para cumplir sus obligaciones que cuando es relativamente débil.

Más estrechamente, podría haber graves implicaciones para la gran estrategia norteamericana si su base industrial continuase encogiéndose. Si llegase a producirse en el futuro una guerra a gran escala aunque convencional (debido al miedo de los beligerantes e desencadenar un holocausto nuclear), uno se pregunta

qué impacto tendría sobre la capacidad productora de los Estados Unidos después de dos años de decadencia en ciertas industrias clave, de erosión de empleo, etcétera. A este respecto, recordamos el grito de alarma de Hewins en 1904 sobre el impacto del deterioro industrial británico sobre el poder de *aquel* país[245]:

> Supongamos una industria que esté amenazada [por la competencia extranjera] y se halle en la misma raíz de su sistema de defensa nacional, ¿qué hará usted entonces? No puede seguir adelante sin una industria del hierro, sin una gran industria técnica, porque, en la guerra moderna, no tendría medios de producir y mantener en estado de eficacia sus flotas y sus ejércitos.

Es difícil imaginar que la decadencia de la capacidad industrial norteamericana pudiese ser tan grave: su base manufacturera es sencillamente mucho más amplia de lo que era la de la Gran Bretaña eduardina, y —este punto es importante— las «industrias relacionadas con la defensa» no han sido sólo sostenidas por repetidos pedidos del Pentágono, sino que se han adaptado al cambio de la manufactura intensiva en materiales al de la manufactura intensiva en conocimiento (alta tecnología), lo cual reducirá también a largo plazo la dependencia de Occidente de las materias primas críticas. Aun así, la altísima proporción de, digamos, semiconductores que son montados en países extranjeros y enviados a los Estados Unidos[246] o —pensando en un producto lo más alejado posible de los semiconductores— la erosión de la navegación y la industria de construcción de buques norteamericanas, o el cierre de muchas minas y campos de petróleo en los Estados Unidos, no pueden ser perjudiciales en el caso de otra guerra prolongada de coalición entre grandes potencias. Además, si los precedentes históricos tienen alguna validez, el obstáculo más crítico de cualquier «aumento» de la producción en tiempo de guerra ha estado en el campo del trabajo especializado[247] lo cual, una vez más, hace que uno se pregunte sobre la gran decadencia a largo plazo del empleo

de la mano de obra (es decir, la mano de obra especializada) en América.

Un problema completamente distinto, pero igualmente importante para el sostenimiento de una gran estrategia adecuada, es el del impacto del lento crecimiento económico sobre el consenso socialpolítico norteamericano. En un grado que sorprende a la mayoría de los europeos, los Estados Unidos han conseguido, en el siglo XX, evitar ostensibles políticas «de clase». Esto se debe, presumimos, al hecho de que tantos de sus inmigrantes huyesen de las circunstancias socialmente rígidas de sus naciones; de que la mera extensión del país permitía a los que estaban desilusionados de su posición económica «escapar» al Oeste y hacía, simultáneamente, que la organización del trabajo fuese mucho más difícil que, digamos, en Francia o en Gran Bretaña, y de que aquellas propias dimensiones geográficas, y las oportunidades de empresa dentro de ellas fomentaron el desarrollo de la forma en gran parte singular de capitalismo de *laissez-faire* que ha dominado la cultura política de la nación (a pesar de ocasionales contraataques de la izquierda). En consecuencia, la «diferencia en las ganancias» entre ricos y pobres en los Estados Unidos es significativamente más grande que en cualquier otra sociedad industrial avanzada y, por la misma razón, los gastos del Estado en servicios sociales representan una proporción del PNB más bajo que en países comparables (excepto Japón, que parece tener una forma de apoyo mucho más fuerte y fundada en la familia, para los pobres y los ancianos).

Esta ausencia de política «de clase», a pesar de las evidentes disparidades socioeconómicas, ha sido evidentemente favorecida por el hecho de que el crecimiento total de los Estados Unidos desde los años treinta ofreció la perspectiva de mejoramiento individual a la mayoría de la población, y por el hecho más preocupante de que el tercio más pobre dula sociedad norteamericana no ha sido «movilizado» para convertirse en electores regulares. Pero, dados los diferentes índices de natalidad entre los grupos étnicos blancos, de una parte, y los grupos negros e hispánicos de otra —por

no hablar de la corriente cambiante de inmigrantes en los Estados Unidos—, y dada también la metamorfosis económica que está conduciendo a la pérdida de millones de empleos de salario relativamente alto en la industria y a la creación de millones de puestos de trabajo peor pagados en servicios, puede ser erróneo presumir que las normas dominantes de la economía política norteamericana (bajo gasto público, impuestos bajos para los ricos) se mantendrían si la nación entrase en un período de sostenidas dificultades económicas causadas por la caída del dólar y el lento crecimiento. Esto indica también que una política norteamericana que responda a los desafíos del exterior aumentando sus gastos de defensa y reacciones a la crisis presupuestaria reduciendo los gastos sociales actuales, puede correr el riesgo de provocar una eventual sacudida política. Como en todas las otras potencias estudiadas en este capítulo, no hay respuestas fáciles cuando se trata de la constante tensión triple entre defensa, consumo e inversión al establecer las prioridades nacionales.

Esto nos lleva, inevitablemente, a la delicada relación entre el lento crecimiento económico y los grandes gastos de defensa. El debate sobre «la economía de los gastos de defensa» es sumamente polémico y —recordando el volumen y la variedad de la economía norteamericana, el estímulo inherente a los grandes contratos con el Gobierno y los giros técnicos en la investigación sobre armas— las pruebas no apuntan en una sola dirección[248]. Pero lo importante para nuestros fines es la dimensión comparativa. Aunque (según se observa a menudo) los gastos de defensa representaron el 10% del PNB bajo Eisenhower y el 9% ajo Kennedy, la parte relativa de los Estados Unidos en la producción y la riqueza mundiales eran, en aquellos tiempos, aproximadamente *el doble* de lo que son en la actualidad, y, más en particular, la economía norteamericana no se enfrentaba entonces con desafíos a sus manufacturas, fuesen tradicionales o de alta tecnología. Además, si los Estados Unidos continúan dedicando actualmente el 7% o más de su PNB a gastos de defensa, mientras que sus principales rivales eco-

nómicos, especialmente Japón, destinan a ellos una proporción mucho menor y tienen potencialmente, *ipso facto*, más fondos «libres» para la inversión civil; si los Estados Unidos continúan invirtiendo una cantidad masiva de sus actividades de «R&D» en producción relacionada con el campo militar, mientras que los japoneses y los alemanes federales se concentran en «R&D» comerciales, y si los gastos del Pentágono atraen a la mayoría de los científicos e ingenieros del país, apartándoles del diseño y producción de artículos para el mercado mundial, mientras que esta clase de personal está dedicado principalmente en otros países a obtener mejores productos para el consumidor civil, entonces parece inevitable que la proporción norteamericana en la manufactura mundial decaerá continuamente, y también es probable que su crecimiento económico sea más lento que en aquellos países dedicados al mercado y menos ansiosos de canalizar recursos hacia la defensa[249].

Casi huelga decir que estas tendencias colocan a los Estados Unidos entre los términos de un gravísimo dilema a largo plazo. Simplemente porque es la superpotencia mundial, con unos compromisos militares mucho más extensos que una potencia regional como Japón o Alemania Federal, requiere fuerzas de defensa mucho más importantes, de la misma manera que la España imperial sintió que necesitaba un ejército mucho mayor que sus contemporáneos, y que la Inglaterra victoriana insistió en tener una Marina mucho más numerosa que cualquier otro país. Además, dado que la URSS parece ser la mayor amenaza militar contra los intereses norteamericanos en el mundo y está claramente dedicando una mucha mayor proporción de su PNB a la defensa, los que toman las decisiones en América están inevitablemente preocupados por «perder» la carrera de armamentos con Rusia. Si embargo, los más sensatos de ellos pueden también percibir que la carga de los armamentos está debilitando la economía soviética, y que, si las dos superpotencias siguen invirtiendo partes cada vez más grandes de su riqueza nacional en el campo improductivo de los armamentos,

la pregunta crítica puede ser muy pronto: «¿Cuál de las dos economías decaerá *más deprisa*, en relación con la de Estados en expansión como Japón, China, etc.?» Una baja inversión en armamentos puede hacer que una potencia tan mundialmente extendida como los Estados Unidos se sienta vulnerable en todas partes; pero una fortísima inversión en armamentos, que trae mayor seguridad a corto plazo, puede erosionar de tal manera la competitividad comercial de la economía norteamericana que la nación se sienta menos segura a la larga[250].

Tampoco aquí son alentadores los precedentes históricos. Pues ha sido un dilema común con que se han enfrentado los anteriores países «número uno» que, mientras se debilitaba su relativa fuerza económica, los crecientes desafíos extranjeros a su posición les obligaba a destinar más y más recursos al sector militar, lo cual reduce a su vez la inversión productiva y, con el tiempo, conduce a la espiral descendente de crecimiento más lento, impuestos más gravosos, aumento de las discrepancias domésticas sobre las prioridades en los gastos, y debilitación de la capacidad de soportar las cargas de la defensa[251]. Si es ésta, ciertamente, la pauta de la Historia, uno se siente tentado a parafrasear la gravemente seria pulla de Shaw y decir: «Roma cayó; Babilonia cayó; ahora le llegará la vez a Scarsdale».[252]

Por consiguiente, en el sentido más amplio, la única respuesta a la pregunta cada vez más debatida por el público de si los Estados Unidos pueden conservar su posición actual, es «no» pues, simplemente, ninguna sociedad ha podido estar *permanentemente* en cabeza de todas las demás, porque esto implicaría una congelación de la pauta diferenciada de ritmos de crecimiento, avance tecnológico y evoluciones militares, que ha existido desde tiempo inmemorial. Por otra parte, esta referencia a precedentes históricos no implica que los Estados Unidos estén destinados a pasar a la relativa oscuridad de antiguas potencias importantes como España o los Países Bajos, o a desintegrarse como los Imperios romano y austrohúngaro; son simplemente demasiado grandes para que les

ocurra lo que a los primeros y presumiblemente demasiado homogéneos para que les suceda lo que a los segundos. Ni siquiera la analogía británica, muy favorecida en la literatura de ciencia política actual, es buena si se prescinde de la diferencia en escala. Esto puede expresarse de otra manera: la extensión geográfica, la población y los recursos naturales de las Islas Británicas indicarían que tendría que poseer aproximadamente el 3 o 4% de la riqueza y el poder mundiales, siendo igual todo lo demás; pero es precisamente porque todo lo demás no es nunca igual, que una serie peculiar de circunstancias históricas y tecnológicas permitió que las Islas Británicas llegasen a poseer, digamos, el 25% de la riqueza y el poder mundiales en su apogeo, y como estas circunstancias favorables desaparecieron, lo único que han estado haciendo es volver a su tamaño más «natural». De la misma manera puede argüirse que la extensión geográfica, la población y los recursos naturales de los Estados Unidos sugieren que debería poseer tal vez el 16 o 18% de la riqueza y el poder mundiales, pero, debido a sus favorables circunstancias históricas y técnicas, aquella proporción se elevó al 40% o más en 1945, y lo que estamos presenciando actualmente son los primeros decenios del reflujo de aquella cifra extraordinariamente alta a una proporción «natural». Esta decadencia está siendo disimulada por la enorme capacidad militar del país hoy y también por su éxito en «internacionalizar» el capitalismo y la cultura norteamericanos[253]. Sin embargo, incluso cuando decaiga para ocupar su puesto «natural» en la riqueza y el poder mundiales, en un futuro lejano, los Estados Unidos seguirán siendo una potencia muy importante en un mundo multipolar, simplemente a causa de sus dimensiones.

Por consiguiente, la tarea con que se enfrentarán los estadistas norteamericanos en las próximas décadas, será reconocer que se están desarrollando fuertes tendencias y que es necesario «llevar» los asuntos de manera que la erosión relativa de la posición de los Estados Unidos se produzca lenta y suavemente y no sea acelerada por políticas que traigan consigo ventajas a corto plazo pero des-

ventajas a la larga. Esto requiere, desde el despacho del presidente hacia abajo, una apreciación de que el cambio tecnológico y por ende socioeconómico se está produciendo en el mundo más deprisa que nunca; que la comunidad internacional es mucho más diversa, política y culturalmente, de lo que se presumía y desafía los remedios simplistas ofrecidos por Washington o por Moscú a sus problemas; que los equilibrios de poder económico y de producción ya no se inclinan tan favorablemente como en 1945 en dirección a los Estados Unidos, y que, incluso en el reino militar, hay señales de cierta redistribución de los equilibrios, al pasar de un sistema bipolar a otro cada vez más multipolar, en el que el conglomerado de la fuerza económica y militar norteamericana es probable que siga siendo más fuerte que el poseído individualmente por cualquiera de los otros países, pero no tan desproporcionado como en las décadas que siguieron inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial. Esto no es en sí mismo malo, si se recuerdan las observaciones de Kissinger sobre las desventajas de seguir políticas con vistas a lo que siempre se ha considerado como un mundo bipolar (véanse págs. 634-638), y puede parecer todavía menos malo si se reconoce que Rusia puede verse mucho más afectada por la dinámica cambiante del poder mundial. En todas las discusiones sobre la erosión de la preeminencia norteamericana, hay que repetir una y otra vez que la decadencia de que se trata es relativa y no absoluta y, por consiguiente, del todo natural, y que la única amenaza seria a los intereses verdaderos de los Estados Unidos sólo puede proceder del fracaso en adaptarse de manera sensata al nuevo orden mundial.

Dadas las considerables ventajas que todavía poseen los Estados Unidos, no debería estar, teóricamente, fuera del alcance de las sucesivas administraciones orientar la diplomacia y la estrategia de estos reajustes de manera que puedan, según la frase clásica de Walter Lippmann, «equilibrar… los compromisos de la nación y el poder de la nación»[254]. Aunque no hay un claro y único «Estado sucesor» que pueda asumir las cargas mundiales de América, co-

mo asumieron los Estados Unidos el papel de Gran Bretaña en los años cuarenta, es no obstante también cierto que el país tiene menos problemas que una España imperial asediada por enemigos en todos los frentes, o unos Países Bajos apretados entre Francia e Inglaterra, o un Imperio británico enfrentado a una horda de rivales. Las pruebas a que tendrán que someterse los Estados Unidos en su camino hacia el siglo XXI son ciertamente intimidantes, tal vez sobre todo en la esfera económica; pero los recursos de la nación siguen siendo considerables, si se pueden organizar como es debido y si hay un reconocimiento juicioso tanto de las limitaciones como de las oportunidades del poder norteamericano.

Vistos desde cierta perspectiva, difícilmente puede decirse que los dilemas con que se enfrentan los Estados Unidos son únicos. ¿Qué país en el mundo —cabría preguntar— no tropieza con problemas en desarrollar una política militar viable o en elegir entre cañones o mantequilla e inversión? Sin embargo, desde otra perspectiva, la posición americana es muy especial. A pesar de su decadencia económica, y tal vez militar, los Estados Unidos siguen siendo, según palabras de Pierre Hassner, «el actor decisivo en toda clase de equilibrios y de cuestiones»[255]. Porque tienen tanto poder para el bien o para el mal, porque son el eje del sistema de alianza occidental y el centro de la actual economía mundial, lo que hacen, o *dejan de hacer*, es mucho más importante que lo que decida hacer cualquiera de las otras potencias.

EPÍLOGO

Después de un estudio del auge y caída de las grandes potencias, en un lapso de quinientos años, dentro del sistema internacional, sería normal concurrir con una importante sección final sobre *teoría y metodología,* en la que el autor trataría de las cada vez más numerosas teorías sobre «la guerra y el ciclo de poder relativo»[1], «las guerras mundiales, las deudas públicas y el largo ciclo»[2] «las dimensiones y la duración de los imperios»[3] y los otros diversos intentos[4] de científicos políticos de dar algún sentido al conjunto y —generalmente— sugerir implicaciones para el futuro. Pero ésta no es una obra de ciencia política, aunque espera el autor haber ofrecido un gran cuerpo de hechos detallados y de comentarios para los eruditos en aquella disciplina que están investigando los amplios cuadros de la guerra y el cambio en el orden internacional.

Esta sección tampoco intentará ofrecer un resumen concluyendo de la situación en que nos hallamos ahora, pues esto estaría en contradicción con uno de los principales mensajes de este libro, o sea que el sistema internacional está sujeto a cambios constantes, no sólo los causados por las acciones cotidianas de los estadistas y el flujo y reflujo de los acontecimientos políticos y militares, sino también los ocasionados por las más profundas transformaciones en los cimientos del poder mundial, que, con el tiempo, afloran en la superficie.

Sin embargo, es conveniente hacer unas pocas observaciones generales antes de cerrar este estudio. Se ha argüido a lo largo

del libro que, en lo que atañe al sistema internacional, la riqueza y el poder, o la fuerza económica y la fuerza militar, son siempre relativos y deberían ser considerados como tales. Dada la naturaleza anárquica y competitiva de las rivalidades entre las naciones, la historia de los asuntos internacionales en los últimos cinco siglos ha sido con demasiada frecuencia una historia de guerra, o al menos de preparación para la guerra, cosas, ambas, que consumen recursos que las sociedades podrían utilizar para otras «empresas», sean públicas o privadas. Sea cual fuere el grado de desarrollo económico y científico alcanzado, cada siglo ha sido, pues, testigo de un debate sobre la parte de la riqueza nacional que debería ser empleada con fines militares. También ha registrado un debate sobre la mejor manera de aumentar la prosperidad nacional, no sólo por los beneficios individuales que trae consigo la mayor riqueza, sino también por el reconocimiento de que el crecimiento económico, la productividad y las finanzas florecientes afectarán, todas ellas, a las perspectivas relativas de una gran potencia, si se produce otro conflicto internacional. Ciertamente, el resultado de todas las grandes y prolongadas guerras entre grandes potencias que se han estudiado aquí indica repetidamente las influencias cruciales de las fuerzas económicas productivas, tanto durante la propia contienda como durante aquellos períodos *entre* guerras; cuando los índices diferenciados de crecimiento hacen que las diversas potencias se fortalezcan o debiliten relativamente. El resultado de las grandes guerras de coalición en el período de 1500-1945 confirma las oscilaciones que, en un período tan largo, se han producido a nivel económico. El nuevo orden territorial establecido al final de cada guerra refleja, así, la redistribución de poder que ha tenido lugar dentro del sistema internacional. Sin embargo, el advenimiento de la paz no detiene este proceso de cambio continuo, y el ritmo diferenciado de

crecimiento económico entre las grandes potencias determina que éstas seguirán alzándose y cayendo, relativamente entre sí.

Si la existencia de potencias en «auge» y en «decadencia» en un orden mundial anárquico debe conducir siempre a la guerra, es algo que no puede asegurarse con certeza. La mayor parte de la literatura histórica presumía que «la guerra» y el «sistema de grandes potencias» iban de la mano. Mackinder, uno de los padres fundadores del pensamiento neomercantilista y geopolítico, sostenía que «las grandes guerras de la Historia… son resultado, directo o indirecto, del crecimiento desigual de las naciones»[5]. Pero ¿cesó esta pauta en 1945? Ciertamente, es posible que el advenimiento de las armas nucleares, con su amenaza implícita de convertir cualquier intercambio de fuego en una devastación recíproca, haya puesto fin a la costumbre de recurrir al conflicto armado en respuesta a las oscilaciones seculares en los equilibrios de las grandes potencias, dejando sólo guerras indirectas, «sustitutas», en pequeña escala. Sin embargo, también podría darse el caso de que el mutuo temor a las armas nucleares sólo asegurase que, si se produjesen futuros conflictos entre las grandes potencias, la guerra seguiría siendo convencional, aunque terriblemente sangrienta, dado el moderno armamento de batalla.

Evidentemente, nadie sabe la respuesta a tan críticas preguntas. Los que presumen que la Humanidad no sería tan estúpida como para enzarzarse en otra guerra ruinosamente cara entre grandes potencias tal vez deberían recordar que esta creencia fue también ampliamente sostenida durante gran parte del siglo XIX y, ciertamente, el libro de Norman Angell *La gran ilusión*, que se convirtió en un *bestseller* internacional con su argumento de que la guerra sería económicamente desastrosa para vencedores y vencidos, se publicó en 1910, cuando los estados mayores europeos estaban preparando en silencio sus planes de guerra.

Sea cual fuere la probabilidad de choques nucleares o convencionales entre los Estados más poderosos, está claro que se están produciendo importantes transformaciones en los equilibrios y que continuarán, probablemente a un ritmo más rápido, que antes. Y lo que es más, están ocurriendo en los dos niveles separados, pero relacionados entre sí, de la producción económica y el poder estratégico. A menos que se alteren las tendencias de las dos últimas décadas (¿por qué tendrían que hacerlo?), el *cuadro* de la política mundial es a *grosso modo* el siguiente:

> *Primero*: Habrá un cambio, tanto en las participaciones en la producción total mundial como en los gastos militares mundiales totales, de modo que parte de las que ostentan las cinco más grandes concentraciones de poder pasará a muchas más naciones; pero esto será un proceso gradual, y ningún otro Estado es probable que se incorpore en un futuro próximo a la «pentarquía» de los Estados Unidos, la URSS, China, Japón y la CEE.
>
> *Segundo*: Las balanzas productivas mundiales entre estas cinco contradicciones han empezado ya a inclinarse en ciertas direcciones: en contra de Rusia y los Estados Unidos, y también de la CEE, en pro de Japón y China. Esto no significa un arreglo *equilibrado* entre cinco partes en términos económicos, pues los Estados Unidos y la CEE tienen, aproximadamente, la misma fuerza productiva y comercial (aunque los primeros llevan gran ventaja por ser un Estado militar), la URSS y Japón son también aproximadamente iguales (aunque Japón está creciendo más deprisa y cada uno de ellos tiene alrededor de los dos tercios de poder productivo de los dos anteriores; y la RPCh está todavía muy atrás, pero es la que crece con más rapidez de todos).

> *Tercero*: En términos militares, todavía existe un mundo bipolar, en el que sólo los Estados Unidos y la URSS tienen capacidad para asegurar su recíproca destrucción… y la destrucción de cualquier otro país. Sin embargo, esta bipolaridad puede estar siendo lentamente erosionada, tanto a nivel *nuclear,* sea porque esas armas no son utilizables bajo la mayoría de las circunstancias, sea porque China, Francia y Gran Bretaña están todas ellas aumentando masivamente sus propios arsenales nucleares, como a nivel *convencional,* debido al continuo crecimiento de la fuerza china y a la creciente convicción de que una aglomeración de las fuerzas de Tierra, Mar y Aire de Alemania Federal y Francia (y posiblemente de Gran Bretaña y de Italia) constituiría una enorme combinación de poder, si estas naciones pudiesen realmente trabajar juntas con eficacia. Por razones de política doméstica, esto no es probable que ocurra en un futuro próximo, pero el mero hecho de que exista una posibilidad provoca una incertidumbre más sobre el sistema «bipolar», al menos a nivel convencional. En cambio, nadie sugiere hoy que Japón se transformará en una gran potencia militar; sin embargo todos los que conocen el tema de «guerra y cambio en política mundial» no se sorprenderían si, un día, un diferente liderazgo político decidiese en Tokio convertir su fuerza económica en un grado más alto de fuerza militar.

Si Japón decidiese convertirse en una presencia militar más activa en los asuntos mundiales, sería probablemente porque creería que ya no podía preservar sus intereses actuando simplemente como un «Estado comercial»[6]; por consiguiente, al fortalecer sus Fuerzas Armadas, sería con la esperanza de aumentar internacionalmente su poder y su influencia en un gra-

do que no podría ser alcanzado con medidas no militares. Sin embargo, la historia de los últimos quinientos años de rivalidad internacional demuestra que la «seguridad» militar no es nunca suficiente por sí sola. Puede, a corto plazo, disuadir o derrotar a Estados rivales (y esto, para la mayoría de los líderes políticos y de su público, es perfectamente satisfactorio). Pero si, con estas victorias, la nación se extiende demasiado, geográfica y estratégicamente; si, incluso a un nivel menos imperial, decide, dedicar una importante proporción de su renta total a la «protección», dejando menos para la «inversión productiva», es probable que se encuentre con que mengua su potencia económica, con terribles implicaciones para su capacidad a largo plazo de atender a las demandas de consumo de sus ciudadanos y de mantener su posición internacional[7]. Esto está ocurriendo ya en el caso de la URSS, de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, y es significativo que tanto China como Alemania Federal estén esforzándose en evitar una inversión excesiva en gastos militares, sospechando ambas que esto afectaría a sus perspectivas de crecimiento a largo plazo.

Volvemos, pues, al enigma que ha intrigado a los estrategas y a los economistas y a los líderes políticos desde los tiempos clásicos en adelante. Ser una gran potencia —por definición, un Estado capaz de mantenerse firme contra cualquier otra nación[8]— requiere una base económica floreciente. Como dijo List, «la guerra o la mera posibilidad de guerra hace que el establecimiento de un poder fabril sea requisito indispensable para una nación de primera categoría…»[9]. Sin embargo, yendo a la guerra, o dedicando una gran parte del «poder fabril» de la nación a gastos en armamentos «improductivos», se corre el riesgo de erosionar la base económica nacional, especialmente frente a Estados que concentran una parte mayor de su renta en inversión productiva para el crecimiento a largo plazo.

Todo esto fue plenamente reconocido por los escritores clásicos sobre economía política. Los que seguían las preferencias de Adam Smith se inclinaban por mantener bajos los gastos de defensa; los que simpatizaban con la noción de *Nationaloekonomie* de List querían ver que el Estado poseyese mayores instrumentos de fuerza. Todos ellos, si eran sinceros, reconocían que era realmente una cuestión de elección, y una elección por cierto difícil[10]. Idealmente, «beneficio» y «poder» deberían ir de la mano. Sin embargo, los estadistas se encuentran demasiado a menudo frente al dilema acostumbrado: entre comprar la seguridad militar, en momentos de peligro real o supuesto, con la siguiente carga para la economía nacional, o mantener bajos los gastos de defensa, pero encontrando a veces amenazados los propios intereses por la acción de otros Estados[11].

Las actuales primeras potencias en el sistema internacional se ven así obligadas a luchar con los desafíos gemelos con que se enfrentaron todos sus predecesores: primero, con la marcha desigual del crecimiento económico, que hace que algunas de ellas se hagan más ricas (y generalmente más fuertes, en relación con otras), y segundo, la posición competitiva y ocasionalmente peligrosa del extranjero, que les obliga a elegir entre la seguridad militar inmediata y la seguridad económica a largo plazo. Ninguna regla general indicará un curso de acción universalmente aplicable a los que tienen que tomar las decisiones. Si desdeñan montar las adecuadas defensas militares, pueden ser incapaces de responder si una potencia rival se aprovecha de ello; si gastan demasiado en armamentos —o, lo que es más corriente, en cumplir a creciente coste las obligaciones militares asumidas en un período anterior—, lo más probable es que se excedan, como el viejo que trata de trabajar más de lo que le permiten sus fuerzas. Nada de eso es hecho más fácil por la «ley del creciente coste de la guerra»[12]. Incluso si, valiéndonos del ejemplo citado con más frecuencia, se puede realmente evi-

tar que todo el presupuesto de la «Air Force» de los Estados Unidos sea consumido por la producción de un solo avión en el año 2020, la escalada en los costos del armamento moderno es una tendencia alarmante de todos los Gobiernos… y de sus contribuyentes.

Cada una de las principales potencias de hoy en día —los Estados Unidos, la URSS, China, Japón y (supuestamente) la CEE — se encuentra pues forcejeando con los antiguos dilemas de auge y caída, con el ritmo cambiante del crecimiento productivo, con la innovación tecnológica, con cambios en la escena internacional, con el coste vertiginoso de las armas, con alteraciones en los equilibrios de poder. Éstos no son hechos que puedan ser controlados por ningún Estado e individuo. Parafraseando la famosa observación de Bismarck, todas estas potencias están viajando en «la corriente del tiempo», que no pueden «crear ni dirigir», pero en la que pueden «navegar con más o menos habilidad y experiencia»[13]. Cómo salgan del viaje dependerá, en alto grado, de la sabiduría de los Gobiernos de Washington, Moscú, Tokio, Pekín y las diversas capitales europeas. El análisis anterior ha tratado de sugerir cuáles serán las perspectivas más probables para cada uno de aquellos Gobiernos y, en consecuencia, para el sistema de las grandes potencias en su conjunto. Pero queda todavía mucho que dependerá de la «habilidad y experiencia» con que consigan navegar en «la comente del tiempo».

Índice de mapas, tablas y gráficos

MAPAS

TABLAS

GRÁFICOS



PAUL MICHAEL KENNEDY (Wallsend, Tyne and Wear, Reino Unido, 17-6-1945). Historiador especializado en la relaciones internacionales y en el concepto denominado *grand strategy*, publicando libros destacados sobre la historia de la política exterior británica y las luchas y el equilibrio entre potencias.

Se graduó en Historia con gran distinción en la Universidad de Newcastle y se doctoró en Oxford. Después de ejercer la docencia en Inglaterra, en 1983 se trasladó a los EE.UU.

Doctor en historia militar y de la diplomacia por Oxford, es catedrático de Historia en la Universidad de Yale y uno de los historiadores más respetados y controvertidos de la actualidad. Su prestigio y su conocimiento de las relaciones internacionales le llevaron, a instancias del entonces secretario general de la

Organización de las Naciones Unidas Boutros Ghali, a codirigir un grupo de trabajo sobre el futuro de la ONU de cara a su 50 aniversario. Es sin lugar a duda uno de los pensadores estratégicos más leídos e influyentes de los EE.UU.

Se le ha concedido la Orden del Imperio Británico en 2001 y es miembro de la British Academy desde 2003, así como de la Royal Historical Society. Fue condecorado con la Caird Medal del National Maritime Museum en 2005 por su contribución a la historia naval.

Entre sus libros destaca el magistral *Auge y caída de las grandes potencias,* el libro de historia más vendido de los últimos veinticinco años (más de dos millones de ejemplares y traducido a veintitrés idiomas).

Notas

Capítulo I

[*] Durante un breve lapso, en la década de 1590, una flota costera china algo más dinámica ayudó a los coreanos a resistir a dos intentos de invasión japoneses; pero incluso este brote de la armada Ming declinó a partir de entonces. <<

[1] W. H. McNeill, *A World History* (Londres, 1979), pág. 295; *The Rise of the West* (Chicago, 1967), pág. 565; J. M. Roberts, *The Pelican History of the World* (Harmondsworth, 1980), pág. 519; edición de G. Barraclough, *The Times Atlas of World History* (Londres, 1978), pág. 153. <<

[2] Para el análisis de las relaciones internacionales en Europa hacia el 1500, ver *The New Cambridge Modere History* (de aquí en adelante, *NCMH), vol. 1, The Renaissance 1493-1520,* edición de G. R. Potter (Cambridge, 1961), especialmente los capítulos 7-14; vol. 2; G. Mattingly, *Renaissance Diplomacy* (Harmondsworth, 1965), págs. 115 en adelante. <<

[3] Hay breves informes de la China de Ming en McNeill, *Rise of the West*, págs. 524-534: y Roberts, *History of the World*, págs. 424-444. Para una información más detallada, ver C. O. Hucker, *Chinas Imperial Past* (Stanford, California, 1975), págs. 303 en adelante; J. A. Harrison, *The Chinese Empire* (Nueva York, 1972); W. Eberhard, *A History of China* (segunda edición, Londres, 1960), págs. 232-270; M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973). <<

[4] Y. Shiba, *Commerce and Society in Sung China* (Am Arbor, Michigan, 1970); J. Needham, *The Developement of Iron and Steel Technology in China* (Londres, 1958); L. S. Yang, *Money and Credit in China* (Cambridge, Massachusetts, 1952); y especialmente W. H. McNeill, *The Pursuit of Power. Technology, Armed Forces and Society Since 1000 D. C.* (Chicago, 1983), capítulo 2. <<

[5] La fuente principal (en lengua inglesa) para el texto anterior es J. Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 4, 3.ª parte, y Civil *Engineering and Nautics* (Cambridge, 1971), especialmente págs. 370-536; pero ver también Lo Jungpang, «El resurgir de China como potencia naval durante el final de la dinastía Sung y el primer período de la dinastía Yuan», *Far Eastern Quarterly*, vol. 14 (1955), págs. 489-503; C. G. Reynolds, *Command of the Sea: The History and Strategy of Maritime Empires* (Nueva York, 1974), págs. 98-104. <<

[6] Para el texto siguiente, ver McNeill, World History, págs. 254-255; Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 4, 3.8 parte, págs. 524 en adelante; R. Dawson, *Imperial China* (Londres, 1972), págs. 230 en Lo Jungpang, «El declive de la armada de principios de la era Ming», *Orient Extremus, vol.* 5 (1958), págs. 149-168; y Ho Ping-Ti, «Factores económicos e institucionales en el declive del imperio chino», en edición de C. C. Cipolla, *The Economic Decline of Empires* (Londres, 1970), págs. 274-276, aunque en general, la visión que se da no es tan sombría como en otros informes. Ver también las minuciosas comparaciones de J. Needham, *The Grand Titration: Science and Society in East and West* (Londres, 1969), todo el libro; y E. L. Jones, *The European Miracle: Environments, Economics and Geopolitics in the History of Europe and Asia* (Cambridge, 1981). <<

[7] Jones, *European Miracle*, capítulo 9; F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols. (Londres, 1972), vol. 2, págs. 661 en adelante; P. Wittek, *The Ri-*

se of the Ottoman Empire (Londres, 1938), H. Inalcik, *The Ottoman Empire: The Classical Age 1300-1600* (Nueva York, 1973); edición de M. A. Cook, *A History of the Ottoman Empire to 1730* (Cambridge, 1976); M. G. S. Hodgson, *The Venture of Islam*, vols. 2 y 3 (Chicago/Londres, 1924); C. M. Kortepeter, *Ottoman Imperialism During the Reformation* (Londres, 1973). <<

[8] A. C. Hess, «La evolución del imperio marítimo otomano en la era de los descubrimientos oceánicos, 1453-1525», *American Historical Review*, vol. 75, n. 7 (diciembre 1970), págs. 1892-1919; Braudel, *Mediterranean*, vol. 2, págs. 918 en adelante; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 112 en adelante; y los comentarios de J. F. Guilmartin, *Gunpowder and Galleys: Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century* (Cambridge, 1974). <<

[9] Jones, *European Miracle*, págs. 176 en adelante; edición de Cook, *History of the Ottoman Empire*, especialmente págs. 103 en adelante; B. Lewis, «Algunas reflexiones en torno al declive del imperio otomano», en la edición de Cipolla, *Economic Declina of Empires*, págs. 215-234; H. A. R. Gibbs y H. Bowen, *Islamic Society and the West*, volumen 1, 2 partes (Londres, 1950 y 1957); 1.a parte, págs. 273 en adelante; 2.a parte, págs. 1-37. Ver también H. Inalcik, *The Ottoman Empire: Conquest, Organization and Economy: Collected Studies* (Londres, 1978), capítulos 10-13. <<

[10] Jones, *European Miracle, p*. 182. <<

[11] Para el aspecto más oscuro, ver *ibíd*., capítulo 10; Roberts, *History of the World*, págs. 415-423; W. H. Moreland, *From Akbar to Aurangzeb; A Study in Indian Economic History* (Londres, 1923), M. D. Morris, «Valores a modo de obstáculo al crecimiento económico en el Sur de Asia», *Journal* of *Economic History*, vol. 27 (1967), págs. 588-607. Para una presentación más clara, ver A. J. Qaisar, *The Indian Response to European Techono-*

logy and Culture 1498-1707 D. C. (Delhi, India, 1982), todo el libro; y para un período inmediatamente posterior, C. A. Bayley, *Rulers, Townsmen and Bazaars* (Cambridge, 1983). <<

[12] McNeill, *Rise of the West*, págs. 645-649; Jones, *European Miracle*, págs. 157-159; R. Bendix, *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (Berkeley/Los Ángeles, 1978), págs. 431 en adelante; G. B. Sansom, *The Western World and Japan* (Londres, 1950), págs. 3-208; *ídem, a History of Japan*, vols. 2-3 (Londres, 1961 y 1964); C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan 1549-1650* (Berkeley, 1951); J. W. Hall, *Government and Local Power in Japan* (Princeton, 1966); D. M. Brown, «El impacto de las armas de fuego en las operaciones militares japonesas», *Far Eastern Quarterly*, vol. 7 (1947), págs. 236-245; R. P. Toby, *State and Diplomacy in Early Modern Japan* (Princeton, Nueva Jersey, 1984). <<

[13] McNeill, *World History*, págs. 328-343; Bendix, *Kings or People*, páginas 491 en adelante; I. Wallerstein, *The Modern World System*, volumen 1; *Capitalistic Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York/Londres, 1974), páginas 301-324; G. Vernadsky, *The Tsardom of Muscovy 1547-1682* (New Haven, Connecticut, 1969), R. H. Fisher, *The Russian Fur Trade 1550-1700* (Berkeley, California, 1973); M. Florinsky, Russia: A *Short History* (Nueva York, 1964), capítulos 3-9; R. J. Kerner, *The Urge of the Sea* (Nueva York, 1971, reimpresión); T. Szamuely, *The Russian Traditions* (Londres, 1974); L. Kochan y R. Abraham, *The Making of Modern Russia* (Harmondsworth, 2.a edición, 1983), capítulos 3-6. <<

[14] Ver Roberts, *History of the World*, pág. 585: «Rusia era tan poco conocida incluso en aquel siglo (XVII) que un rey francés podía escribir al zar sin saber que el príncipe a quien se dirigía había muerto hacía diez años». Nótense también las observa-

ciones condescendientes de los comerciantes ingleses en Rusia, en la obra de Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, págs. 56-57. <<

[15] Naturalmente, éste es el título del impresionante libro de E. L. Jones. Dicho libro, y la importante obra de W. H. McNeill, *The Pursuit of Power*, han influido fuertemente en mi argumentación de los párrafos siguientes. Ver también McNeill, *Rise of the West*, todo el libro; Wallerstein, *Modern World System*; D. C. North y R. P. Thomas, *The Rise of the Western World System*; D. C. North y R. P. Thomas, *The Rise of the Western World* (Cambridge, 1973); J. H. Parry, *The Establishment of the European Hegemony 1415-1715* (3.ª edición, Nueva York, 1966); S. Viljoen, *Economic Systems in World History* (Londres, 1974, todo el libro); P. Chaunu, *European Expansion in the Later Middle* Ages (Amsterdam, 1979). <<

[16] H. C. Darby, «La faz de Europa en la víspera de los grandes descubrimientos», en *NCMH*, vol. 1, págs. 2049; N. J. Pounds y S. S. Ball, «Áreas clave y el desarrollo del sistema de estados europeo», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 54 (1964), págs. 24-40; R. G. Wesson, *State Systems: International Relations, Politics and Culture* (Nueva York, 1978), pág. 111; Jones, *European Miracle*, capítulo 7. <<

[17] N. J. Pounds, *An Historical Geography of Europe 1500-1840* (Cambridge, 1979), capítulo 1, C. Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy 1 000 700* (2.a edición, Londres, 1980), todo el libro; edición de C. Cipolla, *The Fontana Economic History of Europe, vol. 1, The Middle Ages* (Londres, 1972), capítulo 7; E. Samhaber, *Merchants Make History* (Londres, 1963), págs. 130 en adelante; Wallerstein, *Modern World System, vol. 1,* págs. 42 en adelante; Braudel, *Mediterranean, vol. 1,* págs. 188-224. <<

[18] Roberts, *History of the World*, págs. 505-506; J. H. Parry, *The Age of Reconnaissance* (2.a edición, Londres, 1966), págs. 60 en adelante. <<

[19] Citado en la obra de Jones, *European Miracle*, pág. 235. <<

[20] McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; J. U. Nef, *War and Human Progress* (Nueva York, 1968), capítulo 2; R. A. Preston, S. F. Wise y H. O. Werner, *Men in Arms* (Londres, 1962), capítulo 7; C. Cipolla, *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion 1400-1700* (Londres, 1965), todo el libro; y R. Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación»; *Journal of Economic Story*, vol. 33 (1973), págs. 203-221. <<

[21] Uno se siente inclinado a poner entre comillas la palabra «Nacional», ya que en el Ejército francés había muchos mercenarios. Véase, V. G. Kiernan, «Mercenarios extranjeros y monarquía absoluta» *Past and Present*, vol. 11 (1957), pág. 72. Para los comentarios generales anteriores, ver McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; H. Thomas, *History of the World* (Nueva York, edición de 1979), capítulo 24; M. E. Mallet, *Mercenaries and Their Masters: Warfare in Renaissance Italy* (Londres, 1976), y J. R. Hale, «El Ejército, la Armada y el arte de la guerra», *NCMH*, vol. 2, especialmente págs. 486 en adelante; *ídem, War and Society in Renaissance Europe 1450-1620* (Londres, 1985), capítulo 2. <<

[22] Cipolla, *Guns and Sails*, todo el libro; Nef, *War and Human Progress*, págs. 46 en adelante. <<

[23] C. Duffy, *Siege Warfare: The Fortress in the Early Modere World 1494-1660* (Londres, 1979), capítulos 1-2; McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 3; Wesson, *State Systems*, págs. 112 en adelante; Braudel, *Mediterranean, vol.* 2, págs. 845 en adelante; J. R. Hale, «El desarrollo temprano del bastión: una cronología italiana 1450-1534», en edición de Hale (y otras) de *Europe in the4 Later Middle Ages* (Londres, 1965), págs. 466-494. <<

[24] Para el texto siguiente, ver Parry, *Age of Reconnaissance*, capítulo 7; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 106 en adelante; P. Padfield, *Guns at Sea* (Londres, 1973), 2.ª parte; G. V. Scammell, *The World Encompassed: The First European Maritime Empires, c. 800-1650* (Berkeley, California, 1981), que sitúa los viajes del siglo XV en el amplio contexto del expansionismo europeo. <<

[25] Jones, *European Miracle*, pág. 80. La importancia de la «organización económica eficaz» se repite enfáticamente en la obra de North y Thomas, *Rise of the Western World*, pág. 1 y todo el libro en general. <<

[26] Éste es el ataque del excelente estudio de Guilmartin, *Gunpowder and Galleys* (ver todo el libro). <<

[27] Para la experiencia portuguesa, ver la obra de Parry, *Age of Reconnaissance; P*. Padfield, *Tide of Empires: Decisive Naval Campaigns in the Rise of the West, 1481-1654, vol. 1* (Londres, 1979), capítulo 2; C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825* (Londres, 1969); V. Magalhaes-Godinho, *L'économie de l'Empire portugais aux XV[e] et XVI[e] siécles* (París, 1969); B. W. Diffie y C. D. Winius, *Foundations of the Portuguese Empire 1415-1580* (Minneapolis, 1977); Wallerstein, *Modere World System*, págs. 325 en adelante; Braudel, *Mediterranean*, volumen 2, págs. 1174-1176; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 5. <<

[28] P. M. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery* (Londres/Nueva York, 1976), pág. 18. <<

[29] Padfield, *Tide of Empires, vol. 1,* pág. 49. <<

[30] Es más dudoso que el Gobierno portugués se beneficiase por igual. Ver a M. Newitt, «El saqueo y el botín del poder en el imperio portugués», en la edición de M. Duffy, *The Military Revolution and the State 1500-1800* (Exeter Studies in History, Exeter, 1980), págs. 1028; y W. Reinhard, *Geschichte der europäischen Expansion, vol. 1* (Stuttgart, 1983) capítulos 3 y 5. <<

[31] Wallerstein, *Modern World System*, pág. 170; C. H. Haring, *The Spanish Empire in America* (Nueva York, 1947); Parry, *Spanish Seaborne Empire*, todo el libro; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 6; C. Gibson, *Spain in America* (Nueva York, 1966). <<

[32] Wallerstein, *Modere World System*. Ver también Jones, *European Miracle*, capítulo 4; Parry, *Age of Reconnaissance*, 3.a parte; Roberts, *History of the World*, págs. 660 en adelante; *Cambridge Economic History of Europe*, vol. 4, *The Economy of Expanding Europe in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Cambridge, 1967), todo el libro. Una notable advertencia contra la previsión de un «sistema mundial» real se halla en el trabajo de R. A. Dogshon, «Una perspectiva espacial», *Peasant Studies*, vol. 6, n. 1 (enero de 1977), págs. 8-19. <<

[33] Para el origen de este desafío al monopolio ibérico del comercio de ultramar, ver *NCMH, vol. 1,* capítulo 16 y vol. 3, capítulo 17; Padfield, *Tide of Empires*, capítulo 4; Scammell, *World Encompassed*, capítulos 7 y 9. <<

[34] K. Mendelsohn, *Science and Western Domination* (Londres, 1976), todo el libro; Nef, *War and Human Progress*, capítulo 3; Elton, *Reformation Europe*, págs. 292 en adelante; McNeill, *Rise of West*, págs. 592-598; edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol*. 2, capítulo 3; A. Wolf, *A History of Science, Technology and Philosophy in the Sixteenth and Seventeen Centuries* (Nueva York, 1935). <<

[35] Jones, *European Miracle*, págs. 170-171 y todo el libro; y A. G. Frank, *World Accumulation 1492-1789* (Nueva York/Londres, 1978), págs. 137 en adelante. <<

[36] Ver otra vez Mendelsohn, *Science and Western Domination*, que enfatiza la importancia de la observación científica y de la predicción; y McNeill, *Rise of the West*, págs. 593-599. <<

Capítulo II

[*] Aproximadamente, serían unos 25 000 000 del total de 105 000 000 de población europea en 1600. <<

[**] Mi colega, el profesor Robert Ashton, me advierte que todas las cifras declaradas como ingresos y gastos oficiales de Inglaterra (y presumiblemente otros) durante todo este período de ben considerarse como nominales; las cantidades deducidas por funcionarios, el soborno, la corrupción y la contabilidad ineficaz, redujeron drásticamente las «asignaciones» declaradas al Ejército y la Marina. De manera muy parecida, sólo una porción de la «renta» del rey llegaba a manos del monarca. Por consiguiente, las estadísticas que se dan aquí son indicativas y no exactas. <<

[1] C. Oman, *A History of the Art of War in the Sixteenth Century* (Londres, 1937), pág. 3. Para las guerras anteriores, ver ídem, *A History of the Art the War in the Middle Ages*, 2 vols. (Londres, 1924). <<

[2] Ver la advertencia sobre esto en la obra de G. R. Elton, *Reformation Europe 1517-1559* (Londres, 1963), págs. 305 en adelante. <<

[3] Ibíd., pág. 35. <<

[4] R. A. Strading, *Europe and the Decline of Spain: A Study of the Spanish System, 1580-1720* (Londres/Boston, 1981), pág. 44. <<

[5] Por ejemplo, la declaración de Gattinara a Carlos V de que «Dios os ha puesto en el camino hacia una monarquía mundial», citado en *NCMH, vol.* 2, págs. 310 en adelante; y las citas de H. Kamen, *Spain 1469-1714* (Londres, 1983), pág. 67. <<

[6] Oman, *War in the Sixteenth Century*, pág. 5. Este libro sigue siendo el mejor relato *militar* de este período. Hay breves y útiles informes de estos 140 años en los tres relevantes volúmenes de *Fontana History of Europe*; G. R. Elton, *Reformation Europe 1517-1559* (Londres, 1963); J. H. Elliott, *Europe Divided 1559-*

1598 (Londres, 1968); y G. Parker, *Europe in Crisis 1598-1648* (Londres, 1979). Ver también *NCMH,* volúmenes 2 y 5; y H. G. Koenigsberger, *The Habsburgs and Europe 1516-1660* (Ithaca/Londres, 1971). <<

[7] *NCMH, vol.* 2, capítulos 11 y 17. <<

[8] V. S. Mamatey, *Rise of the Habsburg Empire 1526-1815* (Huntingdon, Nueva York, edición de 1978), pág. 9. <<

[9] Ver detalles de Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 703 en adelante; Braudel, *Mediterranean. World, vol.* 2, págs. 904-1237. <<

[10] H. C. Koenigsberger, «Europa occidental y el poder de España», en *NCMH, vol.* 3, págs. 234-318; G. Parker, *Spain and the Netherlands 1559-1659* (Londres, 1979), todo el libro; C. Wilson, *The Transformation of Europe 1558-1648* (Londres, 1976), capítulos 8 y 9. <<

[11] La naturaleza internacional de la rivalidad está bien documentada en el trabajo de Parker, «La revuelta holandesa y la polarización de la política internacional», en *Spain and the Netherlands*, págs. 74 en adelante; y para una interpretación más socioeconómica, ver J. V. Polisensky, *The Thirty Years War* (Londres, 1971), especialmente capítulo 4. <<

[12] C. V. Wedgewood, *The Thirty Years War* (Londres, edición de 1964), capítulos 3-6. <<

[13] Parker, *Europe in Crisis*, pág. 252; J. H. Elliot, *The Count-Duke of Olivares* (New Haven, Connecticut, 1986), pág. 495. <<

[14] Parker, *Spain and Netherlands,* págs. 54-77; C. R. Boxer, *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800* (Londres, 1972), págs. 25-26. <<

[15] Para los últimos años del conflicto, ver la obra de Strading, *Europe and the Decline of Spain,* capítulos 24; J. Stoye, *Europe Unfolding 1648-1688* (Londres, 1969), capítulos 3-4. <<

[16] Aparte de las obras específicas citadas en notas anteriores, esta sección está muy influenciada por una serie de excelentes estudios sobre el poder imperial español, principalmente: J. H. Elliot, *Imperial Spain 1469-1716* (Harmondsworth, Sussex, 1970), J. Lynch, *Spain Under the Habsburgs, 2* vols. (Oxford, 1964 y 1969); Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, todo el libro. También han sido utilizados dos libros más antiguos, R. Trevor Davies, *The Golden Century of Spain 1501-1621* (Londres, 1937; y B. Chudoba, *Spain and the Empire 1519-1643* (Nueva York, edición de 1969). Finalmente, hay un reflexivo artículo de John Elliott, reproducido en la edición de Cipolla de *Economic Decline of Empires* y titulado «El declive de España», págs. 168-195. <<

[17] Koenigsberger, *Habsburgs and Europe*, pág. 11. <<

[18] R. Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger. Geldkapital und Creditverkehr im 16.Jahrhundert*, 2 vols. (Jena, 1896), E. Samhaber, *Merchants Make History* (Londres, 1963), capítulo 8; y véase la amplia y reciente investigación de G. Parker, «El nacimiento de las finanzas modernas en la Europa de 1500-1730», en la edición de Cipolla de *Fontana Economic History of Europe, vol.* 2, págs. 537-589. <<

[19] *NCMH, vol. 1,* capítulo 7; R. A. Kann, *A History of Habsburg Empire 1526-1918* (Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1974), capítulos 1-2. <<

[20] Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 1,* pág. 77. <<

[21] M. Roberts, «La insurrección militar, 1500-1660», en la obra de Roberts, *Essays in Swedish History* (Londres, 1967), págs. 195-225; G. Parker, «La insurrección militar de 1560-1660, ¿un mito?», en la obra de Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 86-105; M. van Creveld, *Supplying War: Logistics from Wallerstein to Patton* (Cambridge, 1977), págs. 5-6; J. R. Hale, «El Ejército, la Armada y el arte de la guerra», en *NCMH, vol.* 2,

págs. 481-509, y vol. 3, págs. 171-208; McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 4; R. Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación», *Journal of Economic History, vol.* 33 (1973), págs. 203-221. <<

[22] G. Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659: The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries War* (Cambridge, 1972), pág. 6. <<

[23] 1. A. A. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain 1560-1620* (Londres, 1976), pág. 16; más en general, ver Reynolds, *Command of the Sea*, capítulos 4-6. <<

[24] Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 1,* págs. 53-58. <<

[25] Ibíd., págs. 128. Ver también Parker, *Army of Flanders and the Spanish Road*, capítulo 6. <<

[26] Braudel, *Mediterranean World, vol.* 2, pág. 841; y para un análisis más completo, ver Parker «Lepanto (1571), los costes de la victoria», en *Spain and the Netherlands,* págs. 122-134. <<

[27] *NCMH, vol.* 3, págs. 275 en adelante; Parker, «¿Por qué duró tanto la rebelión holandesa?» y «Rebelión y descontento en el ejército español de Flandes 1572-1607», en *Spain and the Netherlands*, págs. 45-64, 106-121. <<

[28] Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, capítulo 3. <<

[29] Ibíd., págs. 36 en adelante y 89 en adelante; Lynch, *Spain Under the Habsburgs vol.* 2, págs. 30 en delante. <<

[30] Para más detalles, ver Regla, «España y su imperio», en el *NCMH*, volumen 5, págs. 319-383; Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 2,* capítulos 4-5; Elliot, *Imperial Spain*, capítulo 10; Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, capítulos 3-5; pero véase también Kamen, *Spain 1469-1714*, defendiendo una «reconquista» posterior. <<

[31] Ver las interesantes observaciones de Braudel sobre las desventajas a las que se enfrentaban los dos «vastísimos» imperios de España y el Islam, en *Mediterranean World, vol.* 2, págs. 701-703. <<

[32] Las fluctuaciones del esfuerzo español de una escena a otra están muy bien descritas en el trabajo de Parker, «España, sus enemigos y la rebelión de Holanda, 1559-1648», en *Spain and the Netherlands*, páginas 17-42. <<

[33] Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 1,* pág 347. <<

[34] *Ibíd.*, vol. 2, pág. 70. <<

[35] E. Heischmann, *Die Anflinge des stehenden Heeres in Oesterreich* (Viena, 1925). <<

[36] *NCMH, vol.* 5, capítulos 18 y 20; Kann, *History of the Habsburg Empire*. <<

[37] Ver el excelente análisis de la guerra de Holanda que contiene la obra de Duffy, *Siege Warfare*, capítulo 4. <<

[38] Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 185 y 188. <<

[39] ídem, *Army of Flanders and the Spanish Road*, págs. 50 en adelante. <<

[40] *NCMH, vol.* 3, pág. 308. <<

[41] Citado en la obra de Parker, *Europe in Crisis*, pág. 238. <<

[42] *Ibíd.*, pág. 239. <<

[43] Para el texto siguiente, ver Kamen, *Spain 1469-1714,* págs. 81 en adelante, 161 en adelante, 214 en adelante; H. G. Koenigsberger, «El imperio de Carlos V en Europa», en *NCMH, vol.* 2, págs. 301-333; y la versión ampliada en la obra de Koenigsberger, *Habsburgs and Europe*, todo el libro. <<

[44] H. G. Koenigsberger, *The Government of Sicily Under Philip II* (Londres, 1951), todo el libro. <<

[45] Ídem, *The Habsburgs and Europe*, todo el libro; y ver también el excelente y nuevo estudio de D. Stella, *Crisis and Continuity: The Economy* of *Spanish Lombardy in the Seventeenth Century* (Cambridge, Massachusetts, 1979). <<

[46] Parker, *Spain and the Netherlands*, págs. 21-22. <<

[47] NCMH, vol. 1, págs. 450 en adelante, y vol. 2, 320 en adelante; Elliot, *Imperial Spain*, capítulos 5 y 8; Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 1,* págs. 53 en adelante y todo el libro, y vol. 2, págs. 3 en adelante. <<

[48] Para lo que sigue, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, págs. 250 en adelante; J. V. Vives, «El declive de España en el siglo XVII», en la edición de Cipolla de *Economic Decline of Empires*, páginas 121-167; Davies, *Golden Century of Spain*, capítulos 3 y 8; Wallerstein, *Modern World System, vol. 1,* págs. 191 en adelante; así como las obras de Elliott y Lynch. <<

[49] Cipolla, *Guns and Sails*, pág. 33; Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, pág. 25. <<

[50] D. Maland, *Europe in the Seventeenth Century* (Londres, 1966), página 214; Lynch, *Spain Under the Habsburgs, vol. 2,* págs. 139 en adelante. Pero muchas veces, España dio marcha atrás en su política de tolerar el comercio con sus enemigos holandeses, tal como se ve en el artículo de Israel, ver más abajo, nota 82. <<

[51] Thompson, *War and Government in Habsburg Spain*, pág. i; Parker, *Europe in Crisis*, págs. 71-75; más en general, Hale, *War and Society in Renaissance Europe*, capítulos 8 y 9. <<

[52] Parker, *Spain and the Netherlands*, pág. 96. <<

[53] NCMH, vol. 2, pág. 472. <<

[54] Ibíd., vol. 1, capítulo 10; y especialmente, M. Wolfe, *The Fiscal System of Renaissance France* (New Haven/Londres, 1972), capítulos 2y 3. <<

[55] En la obra de Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 393-536, se dan los detalles militares de las guerras francesas. Para el aspecto político, ver J. H. Salmon, *Society in Crisis: France in the Sixteenth Century* (Londres, 1975), todo el libro; y R. Briggs, *Early Modern France 1560-1715* (Oxford, 1977), capítulo 1. <<

[56] Nef, *War and Human Progress*, págs. 103 en adelante; Wolfe, *Fiscal System of Renaissance France*, capítulo 8; Salmon, *Society in* Crisis, págs. 310 en adelante; E. J. Hamilton, «Origen y desarrollo de la deuda nacional en Europa occidental», *American Economic Review, volumen* 37, n. 2 (1947), págs. 119-120. <<

[57] *NCMH, vol.* 3, págs. 314-317; Wolfe, *Fiscal System of Renaissance France*, capítulo 8; Salmon, *Society in Crisis*, capítulo 12; Briggs, *Early Modere France*, págs. 80 en adelante; Parker, *Europe in Crisis*, páginas 119-122. <<

[58] Parker, *Europe in Crisis*, págs. 17 en adelante, 246 en adelante; J. B. Wolf, *Toward a European Balance of Power 1620-1715* (Chicago, 1970), págs. 17-19. <<

[59] A. Guery, «Las finanzas de la monarquía francesa», *Annales*, volumen 33, n. 2 (1978), págs. 216-239, especialmente págs. 228-230, 236. La similaridad de las corrientes en Francia y España está muy bien explicada en J. H. Elliot, *Richelieu y Olivares* (Cambridge, 1984), especialmente capítulos 3 y 5-6; y en M. S. Kimmell, «Guerra, estado, finanzas y revolución», en edición de P. McGowan y C. W. Kegley, *Foreign Policy and the Modere World System* (Beverly Hills, California, 1983), págs. 89 124. <<

[60] E. H. Jenkins, *A History of the French Navy* (Londres, 1973), capítulo 4; Brigs, *Early Modere France*, págs. 128-144; Parker, *Europe in Crisis*, págs. 273 en adelante. <<

[61] R. Stradling, «Catástrofe y recuperación: la derrota de España 1639-1643», *History*, vol. 64, n. 211 (junio de 1979), págs. 205-219. <<

[62] Para la historia económica de Inglaterra en este período, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, págs. 276-296; D. C. Coleman, *The Economy of England 1450-1750* (Oxford, 1977); B. Murphy, *A History of the British Economy* (Londres, 1973), 1.8 parte, capítulo 4; C. Hill, *Reformation to Industrial Revolution* (Harmondsworth, Middle Sussex, 1969); R. Davis, *English Overseas Trade 1500-1700* (Londres, 1973). Entre las investigaciones políticas más notables están G. R. Elton, *England Under the Tudors* (Londres, 1955); D. M. Loades, *Politics and the Nation 1450-1660* (Londres, 1974), págs. 118 en adelante; y P. Williams, *The Tudor Regime* (Oxford, 1979), espec. capítulos 2 y 9. Sobre las finanzas de la corona, ver el antiguo trabajo de F. C. Dietz, *English Public Finance 1485-1641, vol. 1, English Government Finance 1485-1558* (Londres, edición de 1964). <<

[63] Nef, *War and Human Progress*, págs. 10-12, 7173,87-88. <<

[64] Barnett, *Britain and Her Army 1509-1970: A Military, Political and Social Survey* (Londres, 1970), capítulo 1; Oman, *War in the Sixteenth Century*, págs. 285 en adelante; G. J. Millar, *Tudor Mercenaries and Auxiliarles 1485-1547* (Charlottesville, Virginia, 1980). Para el período posterior, ver C. G. Gruikshank, *Elizabeth's Army* (2.a edición, Oxford, 1966). <<

[65] Williams, *Tudor Regime*, págs. 64 en adelante; Dietz, *English Government Finance*, capítulos 7-14; Hill, *Reformation to Industrial Revolution*, capítulo 6; P. S. Crowson, *Tudor Foreign Policy* (Londres, 1973), capítulo 25. <<

[66] K. R. Andrews, *Elizabethian Privateering* (Cambridge, 1964); *Trade, Plunder and Settlement* (Cambridge, 1983); Padfield, *Tide of Empires, vol. 1,* págs. 120 en adelante; D. B. Quinn y A. N. Ryan, *England's Sea Empire, 1550-1642* (Londres, 1983), capítulo 5; Scammell, *World Encompassed*, págs. 465 en adelante. <<

[67] Tal como se cita en la obra de Kennedy, *British and Naval Mastery*, pág. 28. Ver también M. Howard, «El estilo de guerra británico» (Neale Lecture, Londres, 1975); Barnett, *Britain and Her Army*, páginas 25 en adelante y 51 en adelante; R. B. Wernham, «La estrategia y los objetivos bélicos en la era isabelina», en *Elizabethan Government and Society*, ed. de S. T. Bindoff, J. Hurstfield y C. H. Williams (Londres, 1961), págs. 340-368. Ver también las dos investigaciones generales de Wernham, *Before the Armada: The Growth of English Foreign Policy 1588-1603* (Berkeley, Los Ángeles/Londres, 1980). <<

[68] Respecto a esas cifras, ver F. C. Dietz, «La hacienda en el reino de Isabel *I», Smith College Studies in History, vol.* 8, n. 2 (enero de 1923), ídem, *English Public Finance 1485-1641, vol.* 2, 1558-1641, capítulos 2 y 5; W. R. Scott, *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint Stock Companies to 1720*, 3 vols. (Cambridge, 1912), vol. 3, págs. 485-544. <<

[69] Loades, *Politics and the Nation*, págs. 301 en adelante; R. Ashton, *The Crown and the Monel Market* 1603-1640 (Oxford, 1960), todo el libro, especialmente capítulos 2 y 7. <<

[70] R. Ashton, *The English Civil War. Conservatism and Revolution* 1603-1649 (Londres, 1979); C. Hill, *The Century of Revolution* 1603-1714 (Edimburgo, 1961), 1.ª parte; edición de C. Russell, *The Origins of the English Civil War* (Londres, 1973); L. Stone, *The Causes of the English Revolution* 1529-1642 (Londres, 1973); Loades, Politics *and the Nation*, págs. 327 en adelante. <<

[71] Kennedy, *British Naval Mastery*, págs. 44 en adelante; Barnett, *Britain and her Army*, págs. 90 en adelante; Hill, *Reformation to the Industrial Revolution*, págs. 155 en adelante; J. R. Jones, *Britain and the World* 1649-1815 (Londres, 1980), págs. 51 en adelante. Ver también dos importantes estudios alemanes: B. Martin: «Aussenhandel und Aussenpolitik Englands unter Cromwell», *Historische Zeitschrift, vol.* 218, n. 3 (junio de 1974),

págs. 571-592; y H. C. Junge, *Flottenpolitik und Revolution: Die Entstehung der englischen Seemacht während der Herrschaft Cromwells* (Stuttgart, 1980). <<

[72] M. Ashley, *Financial and Commercial Policy Under the Cromwellian Protectorate* (Londres, edición de 1962), pág. 48. <<

[73] C. Hill, *Century of Revolution*, pág. 161. <<

[74] North and Thomas, *Rise of the Western World*, págs. 118, 150 y todo el libro. <<

[75] Lo que sigue guarda una estrecha relación con los escritos de Michael Roberts, no sólo su clásico Gustavus Adolphus, 2 vols. (Londres, 1958), sino también sus estudios más extensos: *Essays in Swedish History* (Londres, 1967); *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden* (Londres, 1973); su edición de *Sweden's Age of Greatness*, 1632-1718 (Londres, 1973); y 7he Swedish Imperial Experience 1560-1718 (Cambridge, 1979). <<

[76] Cipolla, *Guns and Sails*, págs. 52 en adelante; Roberts, *Gustavus Adolphus, vol.* 2, págs. 107 en adelante; Wallerstein, *Modere World System, vol.* 2, págs. 203 en adelante; y E. F. Heckscher, *An Economic History of Sweden* (Cambridge, Massachusetts, 1963), capítulo 4, especialmente págs. 101 en adelante. <<

[77] Hay un breve sumario de las reformas en la obra de Roberts, *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden*, capítulos 6-7; más detalles en *Gustavus Adolphus, vol.* 2, págs. 63 y 304. <<

[78] Ver F. Redlich, «Aportaciones a la Guerra de los Treinta Años», *Economic History Review*, 2.a serie, vol. 12 (1959), págs. 247-254, así como su libro más extenso, *The German Military Enterpriser and His Work Force*, 2 vols. (Wiesbaden, 1964), M. Ritter, «Das Kontributionssystem Wallensteins», *Historische Zeitschrift, vol.* 90 (1902), y A. Ernstberger, Hans de Witte: *Finanzmann Wallensteins* (Wiesbaden, 1954), para más detalles. Para Suecia, ver *Gustavus Adolphus and the Rise o f Sweden*, capítulo 8; y S. Ludkvist, «Svensk krigsfinansiering 1630-1635»,

Historisk tidskrift, 1966, págs. 377-421, con su sumario alemán. <<

[79] Roberts, «Carlos XI», en *Essays in Swedish History*, pág. 233. <<

[80] Ídem, *Swedish Imperial Experience*, págs. 132 137. <<

[81] Ibíd., pág. 51. <<

[82] G. Parker, *The Dutch Revolt* (Londres, 1977), invalida otros informes sobre la fase del siglo XVI de la «Guerra de los Treinta Años». Respecto a la lucha posterior, ver el importante artículo de J. I. Israel, «Un conflicto de imperios: España y Holanda, 1618-1648», *Past and Present*, n. 76 (1977), págs. 34-74; e ídem, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661* (Oxford, 1982). <<

[83] G. Gash, *Renaissance Armies 1480-1650* (Cambridge, 1975), pág. 106. <<

[84] C. Wilson, *The Dutch Republic and the Civilization of the Seventeenth Century* (Londres, 1968), pág. 31. Ver también Wallerstein, *Modere World System, vol. 1,* págs. 199 en adelante; vol. 2, capítulo 2. <<

[85] Citado por Parker, en *Dutch Revolt*, pág. 249; Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 158 en adelante; Boxer, *Dutch Seaborne Empires*, todo el libro, Padfield, *Tide of Empires, vol. 1,* capítulo 5; Scammell, *World Encompassed*, capítulo 7. <<

[86] Sobre este «viraje» del mundo Mediterráneo al Atlántico, ver Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, capítulo 10; Braudel, *Mediterranean World, vol. 2;* Wallerstein, *Modern World System, vols. 1 y 2*; y R. T. Rapp, «El fin de la hegemonía comercial mediterránea», Journal *of Economic History, vol. 35 (1975),* págs. 499-525, con algunas reservas útiles sobre lo que estaba ocurriendo. <<

[87] Respecto a las pérdidas ocasionadas por la guerra en Holanda, ver Parker, «Guerra y cambio económico», todo el libro, e Israel, «Conflicto de Imperios», todo el libro. Respecto al papel financiero de Amsterdam y la deuda oficial, ver Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas en Europa», págs. 549 en adelante y 573 en adelante; V. Barbour, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century* (Baltimore, 1950), todo el libro; André E. Sayous, «Le rôle d'Amsterdam dans l'histoire du capitalisme commercial et financier», *Revue Historique, vol. 183*, n. 2 (octubre-diciembre de 1938), págs. 242-280. <<

[88] Bean, «La guerra y el nacimiento del estado-nación», todo el libro. Ver también S. E. Finer, «Estado y construcción de la nación en Europa: El rol del ejército», en la edición de *C. Tilly, The Formation of National States in Western Europe* (Princeton, 1975), págs. 84-163. <<

[89] *NCMH, vol. 3,* capítulo 16; Wesson, *State Systems*, págs. 121 en adelante; edición de O. Ranum, *National Contiousness, History and Political Culture in Early-Modern Europe* (Baltimore/Londres, 1975); y E. D. Marcu, *Sixteenth Century Nationalism* (Nueva York, 1976). Esto también se veía en las teorías económicas «nacionales» de la época; ver G. H. McCormick, «Consideraciones estratégicas sobre el desarrollo del pensamiento económico», págs. 4-8, en la edición de G. H. McCormick y R. E. Bisses, *Strategic Dimensions o f Economic Behavior* (Nueva York, 1984). <<

[90] Entre las interpretaciones y síntesis más generales, ver la edición de *Tilly, Formation of National States in Western Europe*, todo el libro; Bendix, *Kings of People*, págs. 247 en adelante; Wallerstein, *Modern World System*, vol. 1, capítulo 3; V. G. Kiernan, «Estado y Nación en la Europa Occidental», *Past and Present, vol. 31 (1965),* págs. 20-38; J. H. Shennan, *The Origins of the Modern European State 1450-1725* (Londres, 1974); edición de H.

Lubasz, *The Development of the Modern State* (Nueva York, 1964). <<

[91] Citado por Creveld, en *Supplying War*, pág. 17. <<

[92] Ibíd., págs. 13-17. <<

[93] Ver de nuevo Elliot, *Richelieu and Olivares*, capítulo 6. <<

Capítulo III

[*] Por ejemplo, en la manera en que la llegada de los buques de guerra a vapor después de 1860 benefició a Gran Bretaña (que tenía mucho carbón) más que a Francia (que tenía poco). <<

[**] En los tiempos de la Guerra de Sucesión austríaca (1739-1747), el Gobierno pudo conseguir préstamos de grandes cantidades al 3 o 4%, la mitad del tipo de interés que había prevalecido en la época de Marlborough. <<

[***] En contraste con ello, Francia había podido, en los primeros años de Luis XIV, tomar dinero prestado a interés más barato que los Estuardo o incluso Guillermo III. <<

[****] Por ejemplo, durante los conflictos de 1689-1697 y 1702-1714, Francia destinó menos del 10% de gastos totales a su Marina y entre el 57% y el 65% a su Ejército. (Las cifras británicas correspondientes fueron del 35% a la Marina y el 40% al Ejército.) En 1760, la Marina francesa recibió solo un cuarto de la suma destinada al Ejército. Incluso cuando recibía dinero, la posición geográfica de Francia significaba que a menudo le era sumamente difícil conseguir artículos navales del Báltico en tiempo de guerra, para mantener la flota en buen estado. <<

[*****] Por no hablar de la importancia estratégica de los almacenes navales del Báltico, en los que confiaban tanto la Royal Navy como la Marina mercante; dependencia reflejada en los frecuentes envíos de una flota británica al Báltico, para preser-

var el equilibrio de poder y el libre transporte de madera y mástiles. <<

[1] Para estudios políticos básicos sobre este período, ver D. McKay y H. M. Scott, *The Rise of the Great Powers 1648-1815* (Londres, 1893), una investigación excelente; *NCMH, vols*. 5-9; W. Doyle, *The Old European Order 1660-1800* (Oxford, 1978); E. N. Williams, *The Ancien Regime in Europe 1648-1789* (Harmondsworth, Middle Sussex, edición de 1979). El tema de Europa en el mundo exterior es tratado en J. H. Parry, *Trade and Dominion: The European Overseas Empire in the Eighteenth Century* (Londres, 1971); G. Williams, *The Expansion of Europe in the Eighteenth Century* (Londres, 1966). Para representaciones cartográficas en estas tendencias, ver edición de G. Barraclough del *Times Atlas of World History*, págs. 192 en adelante. <<

[2] Sobre evolución militar y naval en general, ver Nef, *War and Human Progress*, seg. pte.; Ropp, *War* in *the Modern World*, capítulos 1-4; Preston, Wise y Werner, *Men in Armas*, capítulos 9-12; McNeill, *Pursuit* of *Power*, capítulos 4-6; H. Strachan, *European Armies and the Conduct* of *War* (Londres/Boston, 1983), capítulos 1-4; J. Childs, *Armies* and *War/are* in *Europe 1648-1789* (Manchester, 1982). Sobre la Armada, ver Reynolds, *Command of the Sea*, capítulos 6-9; Kennedy, *Rise and Fall* of *British Naval Mastery*, capítulos 3-5; Padfield, *Tide of Empires*, volumen 2. <<

[3] Sobre dichos desarrollos, además de las referencias citadas en la nota 2, ver Corvisier, *Armies and Societies in Europe 1494-1789* (Bloomington, 1979), espec. seg. pte.; Howard, *War in European History*, capítulo 4; Ven Creveld, *Supplying War*, págs. 10 en adelante; edición de *C. Tilly, Te Formation of National States in Western Europe* (Princeton, Nueva Jersey, 1975), espec. artículo de S. E. Finer, «Estado y construcción de la nación en Europa: el rol del ejército», págs. 84-163. <<

[4] G. Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas en Europa», todo el artículo; edición de *Tilly, Formation of National States in Western Europe,* capítulos 3-4; F. Braudel, *The Whells of Commerce,* volumen 2 de *Civilization and Capitalism, 15th-18th Centuries* (Londres, 1982); H. van der Wee, «Sistema monetario, crediticio y bancario», en la edición de E. R. Rich y C. H. Wilson, *The Cambridge Economic History of Europe, vol.* 5 (Cambridge, 1977), págs. 290-392; P. G. M. Dickson y J. Sperling, «Finanzas de la guerra, 1689-1714», en *NCMH,* volumen 6, capítulo 9. Ver también K. A. Rasler y W. R. Thompson, «Guerras mundiales, deuda pública y el largo ciclo», *World Politics, vol.* 35 (1983), págs. 489-516; y C. Webber y A. Wildavsky, *A History of Taxation and Expenditure in the Western World* (Nueva York, 1986), páginas 250 en adelante. <<

[5] El término se refiere, naturalmente, al título del excelente libro de P. G. M. Dickson, *The Financial Revolution in England: A Study in the Development of Public Credit 1688-1756* (Londres, 1967). <<

[6] Este interminable debate está explicado en W. Sombart, *Krieg und Kapitalismus* (Munich, 1913); Nef, *War and Human Progress*; y muchos libros y artículos posteriores. Ver la instructiva introducción y bibliografía de la edic. de J. M. Winter, *War and Economic Development* (Cambridge, 1975). <<

[7] Parker, «Nacimiento de las finanzas modernas», todo en general; Wallerstein, *Modere World System, vol.* 2, págs. 57 en adel.; C. H. Wilson, *Anglo-Dutch Commerce and Finance in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1966 reimpr.); V. Barbour, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeeth Century* (Baltimore, 1950), espec. capítulo 6. Sobre todo, ver J. C. Riley, *International Government Finance and the Amsterdam Capital Market 1740-1815* (Cambridge, 1980). <<

[8] Ver la discusión sobre esto en Wilson, «Declive de Holanda», en *Economic History and the Historian: Collected Essays* (Londres, 1969), págs. 22-47; e ídem, *Anglo-Dutch Commerce and Finance*; así como más abajo, las referencias de la nota 23. <<

[9] Riley, *International Government Finance*, capítulos 6-7. <<

[10] Para comparaciones generales entre la economía, la política financiera y el sistema fiscal de Francia y Gran Bretaña, ver Wallenstein, *Modern World System*, vol. 2, capítulos 3 y 6; P. Mathias y P. O'Brien. «Impuestos en Gran Bretaña y Francia, 1715-1810», *Journal of European Economic History, vol.* 5, n. 3 (Invierno 1976), págs. 601-649; F. Crouzet, «L'Angleterre et France au XVIII: essai d'analyse comparée de deux croissances économiques», *Annales, vol.* 21 (1966), páginas 254-291; McNeill, *Pursuit of Power*, espec. capítulo 6; N. F. R. Crafts, «Revolución industrial en Inglaterra y Francia: Algunas ideas sobre la cuestión: "¿Por qué Inglaterra fue la primera?"», *Economic Historic Review*, 2.a serie, vol. 30 (1977), págs. 429-441. Hay una breve sinopsis en P. Kriedte, *Peasant, Landlords and Merchant Capitalists: Europe and the World Economy*, 1500-1800 (Leamington, 1983), págs. 115 en adelante. <<

[11] Mathias y O'Brien, «Impuestos en Gran Bretaña y Francia», todo el art.; y para el período anterior, ver de nuevo Dickson y Speling, «Finanzas de la guerra 1689-1714», todo el art. De todas formas, no hay nada tan profundo como el análisis comparativo que hace R. Brown en «Impuestos, estructura sociopolítica y construcción del estado», en edic de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, págs. 243-327. <<

[12] Dickson, *Financial Revolution in England*, pág. 198. Para la historia institucional, véase J. H. Clapham, *The Bank of England, vol. 1,* 1694-1797 (Cambridge, 1044); y H. Roseveare, *The Treasury: The Evolution of a British Institution* (Londres, Nueva York,

1969); y comparar con la situación anterior a 1688, mucho menos satisfactoria (e irregular): C. D. Chandaman, *The English Public Revenue* 166 0-1688 (Oxford, 1975). <<

[13] Riley, *International Government Finance*, capítulos 4 y 6; Wilson, *Anglo-Dutch Commerce and Finance*, todo el libro; A. C. Carter, «Inversiones holandesas en el extranjero, 1738-1800», *Económica*, vol. 20 (Noviembre 1953), págs. 332-340. El papel de las finanzas holandesas en el desarrollo británico está descrito también (y quizás exagerado) en Wallerstein, *Modern World System, vol. 2,* págs. 279 en adel.; pero ver también los interesantes argumentos de L. Neal, «Interpretación del poder y el beneficio en la historia económica: Estudio de siete años de guerra», *Journal of Economic History, vol. 37* (*1977*), págs. 34-35. <<

[14] Dickson, *Finantial Revolution in England*, pág. 9, que es la fuente para la tabla 2. <<

[15] La cita del obispo Berkeley pertenece al mismo libro, pág. 15. Para ver la argumentación de McNeill sobre la «retroalimentación» ver *Pursuit of Power*, págs. 178y 206 en adelante. <<

[16] El estudio más útil sobre el tema es *French Finances, 1770-1795* de J. F. Bosher (Cambridge, 1970); ver también los artículos de Dickinson y Sperling, «Finanzas de guerra» y los de Mathias y O$rien «Tributación en Gran Bretaña y Francia», así como también las referencias del capítulo 2 a los artículos de Bonney, Dent y Guery. Ver también el trabajo de R. Mousnier «La evolución de las finanzas públicas en Francia y en Inglaterra durante las guerras de la liga Habsburgo y de la Sucesión en España», *Revue Historique, vol. 44,* número 205 (1951), págs. 1-23. <<

[17] Bosher, *French Finances 1770-1795,* pág. 20. Este argumento aparece resumido en el artículo de Bosher: «La administración francesa y las finanzas en el marco europeo» *NCMH, vol.*

8, capítulo 20. Para realizar los cálculos de la cantidad tributaria que pasó a manos privadas, ver Mathias y O'Brien, «Tributación en Francia y Gran Bretaña», págs. 643-646. <<

[18] La cita está sacada de J. G. Clark, *La Rochelle and the Atlantic Economy During the Eighteenth Century* (Baltimore, Londres 1981), págs. 23 y 226; y en concreto los capítulos 1 y 7, así como las conclusiones. Esta historia puede compararse con la experiencia británica, tal como la recoge R. Davis en *The Rise of the Atlantic Economies* (Londres, 1975); edic. de W. E. Minchinton, *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Londres, 1969); A. Calder, *Revolutionary Empire: The Rise of the English-Speaking Empires from the Fifteenth Century to the 1780s* (Londres, 1981), partes 2-3; así como un montón de libros especializados en transportes y comercio. <<

[19] Ver detalles ilustrativos en los capítulos «Finanzas» y «Suministro y equipamiento» en L. Kennet, *The French Armies in the Seven Years War. A Study in Military Organization and Administration* (Durham, N. C., 1967). Respecto a la debilidad de la armada, particularmente en las provisiones y construcción naval, ver P. W. Barnford, *Forest and French Sea Power 1660-1789* (Toronto, 1956), todo el libro; y Jenkins, *History of the French Navy*, capítulo 8; y el notable análisis de F. Bosher, «Financiación de la flota naval francesa durante la guerra de los siete años: Beaujon, Gossens et compagnie en 1759», que se publicará próximamente en el U. S. Naval Institute Proceedings. Para el análisis comparativo con Gran Bretaña, ver D. A. Baugh, *British Naval Administration in the Age of Walpole* (Princeton, 1965), todo el libro. <<

[20] Para las estadísticas comparativas, ver Bosher, *French Finances 1770-1795*, págs. 23-24. Puede complementarse con R. D. Harris, «Las finanzas francesas y la guerra americana, 1777-1783», *Journal of Modern History, vol.* 46, n.2 (1976), págs. 233-258; G. Ardent, «Política financiera e infraestructura económi-

ca en los estados y naciones modernos», en edición de Tilly, *Formation of National States in Western Europe*, págs. 217 en adelante; Hamilton, «Origen y desarrollo de la deuda nacional en Europa occidental», págs. 122-124. El papel del sistema impositivo en la crisis francesa de finales de la década de 1780 es recogido en la obra de Doyle, *The Old European Order*, págs. 313-320; *y NCMH, vol*. 8, capítulos, 20-21. Para las reformas de Pitt, ver J. Ehrmann, *The Younger Pitt*, 2 vols. (Londres 1969 y 1983), vol. 1, págs. 239 en adelante; J. E. D. Binney, *British Public Finance and Administration, 1774-1792* (Oxford, 1958), todo el libro. <<

[21] No hay ninguna perspectiva de lista satisfactoria (ni mucho menos exhaustiva) de referencias a las finanzas de la guerra de esos otros estados. Para una visión general, ver edic. de *Tilly, Formation of National States in Western Europe*, capítulos 3-4; NCMH, vol. 6, págs. 20 en adel. y 284 en adel.; y C. Moraze, «Finance et despotisme, essai sur les despotes éclaires», *Annales, vol. 3 (1948),* págs. 279-296. Respecto a Prusia, ver los breves comentarios de *NCMH, vol. 7,* págs. 296 en adel., y vol. 8, págs. 7 en adel. y 565 en adel.; y *C. Duffy, The Army of Frederick the Great* (Newton Abbot, 1974), capítulo 8. Respecto al imperio Habsburgo, ver ídem. *The Army of Maria Theresa: The Armed Forces of Imperial Austria*, 1740-1780 (Londres, 1977), capítulo 10. Incluso en el caso de Rusia, donde funcionaba el reclutamiento y donde los recursos del país eran saqueados en beneficio de los objetivos militares, la primitiva autosuficiencia en dinero y especies fue remplazada por un recurso creciente a los préstamos extranjeros y dinero en papel hacia las últimas décadas del siglo XVIII; ver ídem, *Russias's Military Way to the West: Origins and Nature of Russian Military Power* 1700-1800 (Londres, 1981), págs. 36-38, 179 180. <<

[22] Jones, *Britain and Europe in the Seventeenth Century*, capítulo 5; Kennedy, *Rise and Fall of the British Naval Mastery*, págs.

50 en adelante. <<

[23] J. G. Stork-Penning, «La prueba de los estados: Algunas observaciones sobre la política holandesa durante la guerra de sucesión con España», *Acta Historiae Neerlandica, vol. 2 (1967),* págs. 107-141; C. R. Boxer, «El declive económico holandés», en la edic. de Cipolla, Economic *Decline of Empires*; Wilson, «Sistema impositivo y declive de los imperios: un tema pasado de moda», en *Economic History and the Historian*, págs. 114-127; Wolf, Toward a European Balance of Power, capítulo 7. Ver también la sinopsis de C. P. Kindleberger en «Expansión comercial y revolución industrial», *Journal of Economic History, vol. 4,* número 3 (Invierno 1975), págs. 620 en adelante. <<

[24] A. C. Carter, *The Dutch Republic in Europe in the Seven Years War* (Londres, 1971), especialmente capítulo 7; y más en general, ver ídem., *Neutrality or Commitment: The Evolution of Dutch Foreign Policy* (1667-1795), (Londres, 1975), un excelente trabajo de investigación. <<

[25] Carter. *Neutrality or Commitment*, págs. 89 en add.: y los capítulos relevantes de E. H. Kossmann. *The Low Countries 1780-1940* (Oxford, 1978). <<

[26] Cifras de Doyle, Old *European Order*, pág. 242. Sobre Francia bajo el reinado de Luis XIV, ver *NCMH*, vols. 5-6; A. de St. Leger y P. Sagnac, *La Prepondérance française, Louis XIV, 1661-1715* (París, 1935); edic. de R. M. Hatton, *Louis XIV and Europe* (Londres, 1976); P. Goubert, *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen* (Londres, 1970); y J. B. *Wolf, Louis XIV* (Londres, 1968). <<

[27] Unos análisis excelentes sobre los problemas militares y geopolíticas frente a las normas que regían en Viena durante ese período son los contenidos en K. A. Roider, *Austria's Eastern 1 700 1790* (Princeton, Nueva Jersey, 1982): y C. W. Ingrao, «Estrategia y geopolítica de los Habsburgo durante el siglo XVIII»,

en edic. de G. E. Rothenberg, B. K. Kiraly y P. F. Sugar, *East Central European Society and War in the Pre-Revolutionary Eighteenth Century* (Nueva York, 1982), págs. 49-66. Ver también el comentario de D. Mackay, *Prince Eugene of Saeoe* (Londres, 1977). <<

[28] O. Hufton, Europe: *Privilege and Protest 1730-1789* (Londres, 1980), pág. 155. Ver también *NCMH, vol.* 8, cap. 10; Kann, *History of the Habsburg Empire*, capítulos 3 y 5; y más en general, E. Wangermann, *The Austrian Achievement* (Nueva York, 1971). Ver también las instructivas observaciones de Duffy, *Army of Maria Theresa*, todo el libro. <<

[29] Hufton, *Europe: Privilege and Protest*, capítulo 7; Williams, *Ancien Regime in Europe*, capítulos 13-16; Wallerstein, *Modern World System, vol.* 2, págs. 225 en adel.; F. L. Carsten, *Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience 1660-1815* (Cambridge, Massachusetts, 1958). También hay una buena investigación sobre las reformas y el sistema prusiano en *NCMH, vol.* 7, capítulo 13. <<

[30] G. Graig, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945* (Oxford, 1955), págs. 22 en adel.: Duffy, *Army of Frederick the Great*, todo el libro; T. N. Dupuy, *A Genius for War: The German Army and General Staff, 1807-1945* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1961), todo el libro. <<

[31] Un análisis breve pero muy instructivo es el de P. Dukes, *The Emergence of the Super-Powers: A Short Comparative History of the USA and the USSR* (Londres, 1970), capítulos 1-2. <<

[32] Citado por P. Bairoch, «Niveles internacionales de industrialización desde 1750 hasta 1980», *Journal of European Economic History, vol. 11*, n.2 (Primavera, 1982), pág. 291. Ver también L. H. Gipson, *The Coming of the Revolution 1763-1775* (Nueva York, 1962), págs. 13-18; R. M. Robertson, *History of the American Economy* (*3.* a edición, Nueva York, 1973), pág. 64. <<

[33] *NCMH, vol.* 7, capítulo 14, y vol. 8, capítulo 11; Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, capítulos 7-9; Duffy, *Russia's Military Way to the West*, todo el libro; P. Dukes, *The Making of Russian Absolutism 1613-1801* (Londres, 1982), todo el libro; M. Falkus, *The Industrialization of Russia 1700-1914* (Londres, 1972), capítulos 2-3; M. Raeff, *Imperial Rusia 1682-1825* (Nueva York, 1971), todo el libro; y los múltiples comentarios sobre el ascenso de Rusia en la obra de M. S. Anderson, *Europe in the Eighteenth Century* (Londres, 1961), espec. capítulo 9. <<

[34] A. de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 vols. (Nueva York, edic. de 1945), págs. 452; y ver también los pronósticos de los que informa *Dukes en Emergence of the Super-Powers*, capítulo 1-3; H. Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens*, 2 vols. (Gotinga, 1972-1982), vol. 1, págs. 403 en adelante; y el comentario de W. Woodruff en *America's impact on the World: A Study of the Role of the United States in the World Economy 1750-1970* (Nueva York, 1973). <<

[35] A. T. Mahan, *The Influence of Sea Power upon History 1660-1783* (Londres, edic. de 1965), pág. 29. <<

[36] Sobre esto, ver Kennedy, *The Rise and Fall* of *the British Naval Mastery*, introducción y capítulos 3-5; M. Howard, *The British Way* IH *Warfare* (Neale Lecture, University of London, 1974), todo; Jones, *Britain and the World*, capítulos 1-2 y todo el libro. <<

[37] D. E. C. Eversley, «El mercado interior y el desarrollo económico en Inglaterra 1750-1780», en la edic. de E. L. Jones y G. E. Mingay, *Land. Labour and Population of the Industrial Revolution* (Londres, 1967), págs. 206-259; F. Crouzet, «Hacia una economía de exportación: las exportaciones británicas durante la revolución industrial», *Explorations in Economic History, vol. 17* (1980), págs. 48-93; P. J. Cain y A. G. Hopkins, «La política económica de la expansión marítima británica, 1750-1914»,

Economic History Review, seg. serie, vol. 33, n. 4 (1980), páginas 463-490. <<

[38] Citado por H. Richmond en *Statesman and Sea Power* (Oxford, 1946), pág. 111; y para más detalles de este debate estratégico, ver R. Pares, «Estrategia americana versus estrategia continental 1739-1763», *English Historial Review, vol.* 51, n. 103 (1936), págs. 429-465; Wallerstein, *Modere World System, vol.* 2. págs. 246 en adel.; G. Niedhart, *Handel und Krieg in der britischen Weltpolitik 1738-1763* (Munich, 1979), págs. 64 en adelante. <<

[39] L. Dehio, *The Precarious Balance* (Londres, 1963), pág. 118. <<

[40] Estas cifras —siempre aproximativas— proceden de gran variedad de fuentes, incluyendo a Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, pág. 4; A. Armengaud, «Población en la Europa de 1700-1914», en edición de C. Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 3 (1976), págs. 22-76; *NCMH, vol.* 8, pág. 714; B. R. Mitchell, *European Historical Statistics, 1750-1970* (Londres, 1975), parte A; W. Woodruff, *Impact of the Western Man: A Study of the Europe's Role in the World Economy 1750-1960* (Nueva York, 1967), pág. 104. <<

[41] Corvisier, *Armies and Societies in Europe 1494-1789*, pág. 113, da cifras diferentes que Childs, *Armies and Warfare in Europe 1648-1789*, pág. 42, y ambos difieren a veces en ciertos datos facilitados en trabajos específicos sobre ejércitos nacionales o guerras civiles. <<

[42] Estas cifras están tomadas de Anderson, *Europe in the Eighteenth Century*, págs. 144-145, con ciertas diferencias respecto a las que aparecen en la obra de L. W. Cowie, *Eighteenth Century Europe* (Londres, 1963), págs. 141-142. De nuevo se han efectuado enmiendas a la luz de lo que parece ser una fuente más fidedigna. Así, las cifras de 1779 proceden de J. Dull, *The*

French Navy and American Independence (Princeton, Nueva Jersey, 1976), apéndice F; y los totales de 1790 proceden de O. von Pivka, *Navies of the Napoleonic Era* (Newton Abbot, 1980), pág. 30 (pero en adelante, *NCMH, vol.* 8, pág. 190). <<

[43] Ver más abajo, págs. 135-137. <<

[44] Para lo que sigue, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Powers,* páginas 14 en adel.; Stoye, *Europe Unfolding 1648-1688,* capítulo 9; Wolf, *Toward a European Balance of Power,* todo el libro; *ídem, The emergence of the Great Powers 1685-1715* (Nueva York, 1951), capítulos 17; NCMH, vol. 5, cap. 9; St. Leger y Sagnac, *La Prepondérance française,* todo el libro; y edic. de Hatton, *Louis XIV and Europe*, todo. <<

[45] L. André, *Michel Le Tellier et Louvois* (París, edic. de 1943); C. Jones, «La rebelión militar y la profesionalización del ejército francés bajo el Antiguo Régimen», en la edic. de M. Duffy, *The Military Revolution and the State 1500-1800* (Exeter Studies in History, n. 1, Exeter, 1980) págs. 29-48; Jenkins, *History of the French Navy,* capítulo 5. <<

[46] Jones, *Britain and the World,* págs. 100-110; ídem, *Country and Court 1658-1714* (Londres, 1978), págs. 106 en adel.; Padfield, *Tide of Empires, vol.* 2, capítulo 4. <<

[47] McKay y Scott, *Rise of the Great Powers,* págs. 34 en adelante; edición de Hatton, Louis XIV and Europe, todo el libro. <<

[48] *NCMH, vol.* 6, capítulo 7; Wolf, *Toward a European Balance of Power,* capítulo 4; McKay y Scott, *Rise of the Great Powers,* páginas 43-50. <<

[49] G. Symcox, *The Crisis of French Seapower 1689-1697* (La Haya, 1974), todo el libro; Jenkins, *History of the French Navy,* págs. 69-88; Padfield, *Tide of Empires,* vol. 2, capítulo 5. <<

[50] Para estas observaciones, ver *Symcox, Crisis of French Seapower*, todo el libro; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 76-80; G. N. Clarke, *The Dutch Alliance and the War Against French Trade 1688-1697* (Nueva York, edic. de 1971), todo el libro; D. G. Chandler, «Fluctuaciones en el contingente de fuerzas a sueldo de Inglaterra enviadas a Flandes durante la guerra de los nueve años, 1688-1697», *War and Society, vol. 1,* n. 2 (Septiembre 1983) págs. 1-20; S. B. Baxter, *William III and the Defense of European Liberty 1650-1702* (Wesport, Connecticut, edic. de 1976), págs. 288 en adelante. <<

[51] McKay and Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 54-63: Wolf, *Toward a European Balance of Power*, capítulo 7; *NCMH, vol*. 6, capítulo 12. <<

[52] Sobre hechos militares y tácticas en esta guerra, ver G. Chandler, *The Art Of Warfare in the Age Of Marlborough* (Londres 1976); Barnett, Britain and Her Army, págs. 152 en adel.; McKay, *Prince Eugene of Savoy*, pág. 58 en adelante. <<

[53] Mahan, *Influence Of Sea Power upon History*, capítulo 5; Kennedy, *Rise and Fall Of British Naval Mastery*, págs. 82-85; Padfield, *Tide Of Empires, vol*. 2, págs. 156 en adel.; Jones, *Britain and Europe in the Seventeenth Century*, capítulo 7; *NCMH, vol*. 6, capítulos 11-13, 15. <<

[54] Sobre la Paz de Utrecht, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Power*, págs. 63-66; *NCMH, vol*. 6 capítulo 14. Sobre la concesión de Asiento, ver G. J. Walker, *Spanish Policy and Imperial Trade, 1700-1789* (Bloomington, 1979), capítulo 4. <<

[55] J. W. Stoye, *The Siege Of Vienna* (Londres, 1964); T. M. Barker, *Double Eagle and Crescent* (Albany, Nueva York, 1967); McKay, *Prince Eugene Of Savoy*, capítulos 3 y 5; *NCMH, vol.* 6, capítulo 19. Sobre las características de estrategia militar en Europa occidental, ver edic. de B. K. Kiraly y G. E. Rothenberg,

War and Society in Eastern Europe, volumen 1 (Nueva York, 1979), especialmente, págs. 1-33, 361 en adelante. <<

[56] Sobre Carlos XII, ver R. M. Hatton, *Charles XII of Sweden* (Londres, 1968), y el capítulo 20 (i) de *NCMH*, vol. 6 así como los comentarios de Roberts en *Swedish Imperial Experience*. Sobre Pedro, ver M. S. Anderson, *Peter the Great* (Londres, 1978); R. Wittram, *Peter I: Czar und Kaiser*, 2 vols. (Göttingen, 1964); B. H. Summer, *Peter the Great and the Emergence Of Russia* (Londres, 1940), *NCMH, vol.* 6, capítulo 20 (i) y 21. <<

[57] McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, pág. 92. <<

[58] Dehio, *Precarious Balance*, pág. 102. <<

[59] McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, capítulo 4. <<

[60] NCMH, vol. 7, capítulo 9. Sobre la política de poderes individuales, ver A. M. Wilson, *French Foreign Policy During the Administration of Cardinal Fleury* (Cambridge, Massachusetts, 1936); P. Langford, *The Eigteenth Century*, 1688-1815: *British Foreign Policy* (Londres, 1976), págs. 71 en adel.; Kann, *History* of *the Habsburg Empire*, págs. 90 en adelante. <<

[61] Padfield, *Tide of Empires, vol. 2,* págs. 194 en adel.; R. Pares, *War and Trade in the West Indies* 1739-1763 (Oxford, 1936); M. Savelle, *Empires to Nations: Expansions in America*, 1713-1824 (Minneapolis, 1974), capítulo 6; Walker, *Spanish Politics and Imperial Trade*, espec. tercera parte; W. L. Dorn, *Competition for Empire* 1740-1763 (Nueva York, 1940). Sobre la guerra de sucesión austriaca, ver *NCMH, vol. 7,* capítulo 17. <<

[62] Dorn, *Competition for Empire*, todo el libro; Pares, *War and Trade*; todo el libro; *ídem*, «Estrategia americana versus estrategia continental», todo; *NCMH, vol. 7,* capítulos 20 y 22; Padfield, *Tide of Empires, vol. 2,* págs. 224 en adel.; Saville, *Empires to Nations*, páginas 135 en adel.; C. M. Andrews, «Rivalidad comercial anglo-francesa, 1700-1750», American Historical Review, vol. 20 (1915), págs. 539-556, 761-780; P. L. R. Higonnet,

«Los orígenes de la guerra de los Siete Años», *Journal of Modern History, vol. 40 (1968),* págs. 57-90. <<

[63] Ver de nuevo Carter, *Dutch Republic in the Seven Years War*, todo el libro; Walker, *Spanish Politics and Imperial Trade*. <<

[64] Sobre la guerra de los Siete Años en general, ver *NCMH, vol. 7,* capítulo 20; McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 192-200. La política británica es descrita en Niedhart, *Handel und Krieg in der britishen Weltpolitik*, págs. 121-138; Jones, *Britain and the World*, págs. 207 en adel.; B. Tunstall, William Pitt, *Earl of Chatham* (Londres, 1938); El deslucido esfuerzo francés está muy bien descrito en Kennett, *French Armies in the Seven Years War*, la actuación reformadora de Austria en Duffy, *Army of Maria Theresa*. El papel original de Rusia es descrito en la obra de H. H. Kaplan, *Russia and the Outbreak of the Seven Years War* (Berkeley, California, 1968); y Duffy, *Russia's Military Way to the West*, págs. 92 en adel. Hay breves informes de la actuación de Prusia en Duffy, *Army of Frederick The Great; y J*. Kunish, *Das Mirakel des Hauses Brandenburg* (Munich, 1978), con instructivas comparaciones. <<

[65] Citado por Kennedy en *Rise and Fall of British Naval Mastery*, página 106; y ver también Pares, «Estrategia americana versus estrategia continental», todo el artículo. Sobre las dificultades de Pitt en el Ministerio de 1757-1762, ver R. Middleton, *The Bells of Victory* (Cambridge, 1985). <<

[66] Citado por H. Rosinski, «El papel del poder marítimo en la estrategia mundial del futuro», *Brassey's Naval Annual* (1947), pág. 103. Sobre la debilidad financiera de los franceses durante la guerra de los Siete Años, ver Kennett, *French Armies in the Seven Years War*, y Bosher, «Financiación de la flota naval francesa en la guerra de los Siete Años», todo. <<

[67] Sobre el texto anterior, ver McKay y Scott, *Rise of the Great Powers*, págs. 253-258; *NCMH*, vol. 8, págs. 254 en adel.; J.

F. Ramsay, *Anglo-French Relations 1763-1770: A Study of Choiseul's Foreign Policy* (Berkeley, California, 1939); H. M. Scott, «La importancia de la reconstrucción naval borbónica en la estrategia de Choiseul tras la guerra de los Siete Años», *International History Review, vol. 1* (1979), págs. 17-35; R. Abarca, «Diplomacia clásica y estrategia de "revancha" borbónica, 1763-1770», Review of Politics, vol. 32 (1970), págs. 313-337; M. Roberts, *Splendid Isolation 1763-1780* (Stenton Lecture, Reading, 1970). <<

[68] Para el texto siguiente, ver I. R. Christie, *Wars and Revolutions: Britain 1760-1815* (Londres, 1982), capítulos 4-6; P. Mackesy, *The War of America 1775-1783* (Londres, 1964); B. Donoughue, *British Politics and the American Revolution* (Londres, 1964); G. S. Brown, *The American Revolution* (Londres, 1964); G. S. Brown, *The American Secretary: The Colonial Policy of Lord George Germain 1775-1778* (Ann Arbor, Michigan, 1963); *NCMH, vol.* 8, capítulos 15-19; y la útil colección de estudios editada por Higginbotham, *Reconsiderations on the Revolutionary War* (Wesport, Connecticut 1978). Hay una buena investigación entre los trabajos más recientes de H. M. Scott, «British Foreign Policy in the Age of the American Revolution», International History *Review*, vol. 6 (1984), págs. 113-125. <<

[69] D. Syrett, *Shipping and the American War 1775-1783* (Londres, 1970), pág. 243 y todo el libro. Ver también N. Baker, Government *and* Contractors: *The British* Treasury *and* War *Supplies 1775-1783* (Londres, 1971); R. A. Bowler, *Logistics and the* Failure *of the British* Army in America 1775-1783 (Princeton, Nueva Jersey, 1975); E. E. Curtis, *The* Organization *Of the British* Army in *the* American *Revolution* (Menston, Yorkshire, reimpr. de 1972). Sobre el bando americano, ver la excelente investigación de D. Higginbotham, *The* War Of American *Independence* (Bloomington, Indiana, edición de 1977). <<

[70] Barnett, Britain and *Her* Army. <<

[71] Las cifras son las de Kennedy, *Rise* and Fall *Of British* Naval Mastery, pág. 111. Ver también el excelente trabajo de Dull, *French* Navy and American Independance; y A. T. Patterson, *The Other* Armada: *The* Franco-Spanish Attempt to *Invade* Britain in 1779 (Manchester, 1960). Sobre los aspectos diplomáticos, ver I. de Madariaga, Britain, Russia and *the Armed Neutrality Of1780* (Londres, 1962); S. F. Bemis, *]he* Diplomacy *Of the* American Revolution (Nueva York, 1935); e Higginbotham, *The* War Of American *Independance*, capítulo 10; y más recientemente, Dull, A Diplomatic History *Of the* American Revolution (New Haven, Connecticut, 1985). <<

[72] Sobre el texto siguiente, ver McKay y Scott, *Rise Of the* Great Potvers, capítulo 8; *NCMH*, vol. 8, capítulos 9 y 12; I. de Madariaga, Russia in *the* Age *Of Catherine the* Great (Londres, 1981). <<

[73] Ehrmann, Younger Pitt, vol. 1, págs. 516-517 y vol. 2, págs. 42 en adelante; Jones, *Britain and the World*, págs. 252 en adelante; Binney, *British Public Finance and Administration*; y, para comparaciones con la economía francesa de la década de 1780, ver de nuevo Crouzet, «Angleterre et France»; Mathias y O'Brien, «Impuestos en Gran Bretaña y Francia, 1715-1810»; y Nef, *War and Human* Progress, págs. 282 en adelante. <<

[74] Para la reforma militar, ver *NCMH*, vol. 8, págs. 190 en adelante, y vol. 9, capítulo 3; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 158 en adelante; Strachan, *European Armies and the Conduct of War*, págs. 25 en adelante; R. S. Quimby, *The Background of the Napoleonic Warfare* (Nueva York, 1957); D. Bien, «El ejército en la Ilustración francesa: reforma, reacción y revolución», *Past and Present*, n. 85 (1979), págs. 68-98; y G. Rothenberg, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon* (Bloomington, Indiana, 1978). Para estudiar las primeras fases de la campaña, ver M. Glover, *The Napoleonic Wars: An Illustrated History 1792-1815* (Nueva

York, 1979); S. T. Ross, *Quest for Victory: French Military Strategy 1792-1799* (Londres/Nueva York, 1973), capítulos 1-4; G. Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries: The Archduke Charles and the Austrian Army 1792-1814* (Londres, 1982), capítulo 2. <<

[75] La política y la estrategia británicas se describen en Jones, *Britain and the World*, págs. 259 en adelante; Ehrmann, *Younger Pitt, vol.* 2, partes 4-5; Christie, *War and Revolutions*, págs. 215-236; J. M. Sherwig, *Guineas and Gunpowder.-British Foreign Aid in the Wars with France 1793-1815* (Cambridge, Massachusetts, 1969), capítulos 1-4; M. Duffy, «La política británica en la guerra contra la Francia revolucionaria», en la edición de C. Jones, *Britain and Revolutionary France. Conflict, Subversion and Propaganda* (Exeter Studies in History, n. 5, Exeter, 1983); D. Geggus, «El coste de las campañas del Caribe de Pitts, 1793-1798», *Historical Journal, vol.* 26, n. 2 (1983), págs. 691-706. <<

[76] Citado por Glover en *Napoleonic Wars*, pág. 50. Sobre Napoleón, como estratega y jefe militar, ver D. G. Chandler, *The Campaigns of Napoleon* (Nueva York, 1966); C. Barnett, *Napoleon* (Londres, 1978); Rothenberg, *Art of Warfare in the Age of Napoleon*; y el comentario de G. Lefevre, *Napoleon*, 2 vols. (Londres/Nueva York, 1969). <<

[77] Ver A. B. Rodger, *The War of the Second Coalition 1798-1801* (Oxford, 1964); P. Mackesy, *Statesman at War: The Strategy of Overthrow 1798-1799* (Londres, 1974); los polémicos comentarios de E. Ingram, *Commitment to Empire: Prophecies of the Great Game in Asia, 1797-1800* (Oxford, 1981); Sherwig, *Guineas and Gunpowder*, capítulos 6-7; Rothenberg, *Napoleones Great Adversaries*, capítulo 5-12; e ídem, *European Diplomatic History* 1789-1815: *France Against Europe* (Malabar, Florida, reimpresión de 1981), capítulo 6. La intervención de Rusia está explicada en A. A. Lobanov-Rostovsky, *Russia and Europe* 1789-1825 (Durham, NC, 1947), págs. 43-64; y Duffy, *Russia's Military Way to the West*, págs. 208 en adelante. <<

[78] Jones, *Britain and the World*, págs. 272-280; C. Emsley, *British Society and the French Wars* 1793-1815 (Londres, 1979), capítulos 4-5; Lefevre, *Napoleon, vol. 1,* capítulos 5 y 7; Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 83-84. Ver también los comentarios de E. L. Presseisen, *Amiens and Munich: Comparisons in Appeasement* (La Haya, 1978). <<

[79] Lefevre, *Napoleon, vol. 1,* capítulos 7 y 9; Ross, *European Diplomatic History*, capítulo 8; Chadler, *Campaigns of Napoleon*, 7.a parte; Glover, *Napoleonic Wars*, capítulo 3; Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, capítulo 5; Sherwig, *Guineas and Gunpowder*, capítulos 78, Jones, *Britain and the World*, págs. 281-287; Marcus, *Naval History of England, vol.* 2, págs. 221-302. <<

[80] Para el texto siguiente, ver Jones, *Britain and the World*, páginas 289 en adelante; F. Crouzet, *L'Economie britannique et le Blocus Continental* 1806-1813, 2 volúmenes (París, 1958); *ídem* «Guerras, bloqueo y cambio económico en Europa 1792-1815». *Journal of Economic History, vol.* 24 (1964), págs. 567-588; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 143-145; *NCMH, vol.* 9, págs. 326 en adelante; E. F. Heckscher, *The Continental System* (Oxford, 1922). Para el debate sobre el impacto de la contienda de 1793-1815 en la economía británica, ver además, Emsley, *British Society and the French Wars*, capítulos 7 y 8; J. E. Cookson, «Aritmética política y guerra, 1793-1815»; *War and Society, vol. 1,* núm. 2 (1983), págs. 37-60; G. Hueckel, «Guerra y economía británica, 1793-1815: Un análisis global sobre el equilibrio». *Explorations in Economic History, vol. 10,* núm. 4 (verano de 1973), págs. 365-396; P. Deane, «Guerra e industrialización», *War and Economic Development*, págs. 91-102; J. L. Anderson «Consideraciones sobre los efectos sobre la economía británica de la guerra contra Francia, 1793-1815», *Australian Economic History Review, vol.* 12 (1972), págs. 1-20. <<

[81] Ver más arriba tabla 2. Para las finanzas británicas en la guerra ver N. J. Silberling, «Política económica y financiera de la Gran Bretaña durante las guerras napoleónicas», *Quarterly Journal of Economics, volumen* 38 (1923-1924), págs. 214-233; E. B. Schumpeter, «Precios en Inglaterra y finanzas públicas, 1660-1822», *Review of Economic Statistics*, volumen 20 (1983), págs. 21-37; A. Hope-Jones, *Income Tax in the Napoleonic Wars* (Cambridge, 1939); P. O'Brien, *British Financial and Fiscal Policy in the Wars Against France 1793-1815* (Oxford, 1984). <<

[82] L. Bergeron, *France Under Napoleon* (Priceton, Nueva Jersey, 1981), págs. 37 en adelante, 159 en adelante; G. Brunn, *Europe and The French Imperium 1799-1815* (Nueva York, 1938), capítulos 4-5; S. B. Clough, *France: A History of Economic 1789-1939* (Nueva York, 1939), capítulos 2-3; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., capítulos 1-4; C. Trebilcock, *The Industrialization of The Continental Powers 1780-1914* (Londres, 1981), págs. 124 en adelante. <<

[83] Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 167 en adelante, 184 en adelante; Crouzet, «Guerras, bloqueo y cambio económico», todo en general. <<

[84] Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 37 en adelante; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., págs. 171 en adelante; Clough, *France*, capítulos 2-3. <<

[85] Para lo que sigue a continuación, ver Bergeron, *France Under Napoleon*, págs. 40-41; Lefevre, *Napoleon*, 2 vols., pág. 291; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 198 en adelante; Brunn, *Europe and the French Imperium*, págs. 73-75 y 110 en adelante; E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution 1789-1848* (Londres, 1962), pág. 87; G. Rudé, *Revolutionary Europe 1783-1815* (Londres, 1964), capítulo 13, y especialmente págs. 274 y 275; S. Schama, «Las exigencias de la guerra y la política de tributa-

ción en los Países Bajos, 1795-1819». *War and Economic Development*, págs. 111, 117 y 128. <<

[86] Citado en Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 129; y comparar con la notable predicción prerrevolucionaria de Guibert sobre un pueblo que «sabiendo cómo hacer la guerra más barata y vivir con el botín de la victoria, no se vio obligado a dejar sus armas por motivos financieros», tal como se citaba en *NCMH, vol*. 8, pág. 217; y con las notas de Spenser Wilkinson, tal como aparece citado en *Tilly, Fonnation of National States in Western Europe*, págs. 147-148 y 152. <<

[87] Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 140-141; Jones, *Britain and the World*, págs. 22, 317; Sherwing, *Guineas and Gunpower*, capítulos 9-10. <<

[88] Cifras de Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 152; ver también, Chandler, *Campaigns of Napoleon*, pág. 734. Para las campañas del ejército austríaco —y su recuperación— ver Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, págs. 123 en adelante. <<

[89] Para la guerra Peninsular, ver las partes más relevantes de Glover, *Campaigns of Napoleon*; J. Weller, *Wellington in the Peninsula* (Londres, 1962); R. Glover, *Peninsular Preparation: The Reform of the British Army 1795-1809* (Cambridge, 1963); M. Glover, *The Peninsular War 1807-1814: A Concise History* (Newton Abbot, 9174); Sherwig, *Guineas and Gunpower*, págs. 198 en adelante. El lado francés está cubierto por J. Thiry, *La Guerre d'Espagne* (París, 1966); Ross, *European Diplomatic History*, págs. 276 en adelante; G. H. Lovett, *Napoleon end the Birth of Modern Spain*, 2 vols. (Nueva York, 1965). La importancia de la contribución española queda ampliamente subrayada en D. Gates, *The Spanish Ulcer: A History of the* Peninsular *War* (Londres, 1986). <<

[90] Brunn, *Europe and the French Imperium*, capitulo 8; Rudé, *Revolutionary Europe*, capítulos 13-14; Lefevre, *Napoleon*, 2

vols., capítulos 7-8; J. Godechet, B. F. Hyslop y D. L. Dowd, *The Napoleonic Era in Europe* (Nueva York, 1971), especialmente capítulo 8; G. Best, *War and Society in Revolutionary Europe* 1770-1870 (Londres, 1982), capítulos. 11-13; R. J. Rath, *The Fall of the Napoleonic Kingdom of Italy* (Nueva York, 1941), capítulos 1-2. <<

[91] Crouzet, «Guerras, bloqueo y cambio económico», todo en general; Glover, *Napoleonic Wars*, capítulos 4-5; O. Connelly, *Napoleon's Satellite Kingdoms* (Nueva York, 1965), todo en general. Para la política rusa, ver Chandler, *Campaign of Napoleon*, págs. 379 en adelante; *NCMH, vol.* 9, págs. 512 en adelante; Lobanov-Rostovsky, *Russia in Europe 1789-1825*, todo en general; y anterior, H. Ragsdale, *Détente in the Napoleonic Era: Bonaparte and the Russians* (Lawrence, Kansas, 1980). <<

[92] Chandler, *Campaings of Napoleon*, puntos 13-14; Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 160 en adelante; Ross, *European Diplomatic History*, páginas 310 en adelante; A. Palmer, *Napoleon in Russia* (Nueva York, 1967); C. Duffy, *Borodino and the War of 1812* (Londres, 1973); Lefevre, *Napoleon, vol.* 2, capítulo 9; G. Blond, *La Grande Armée 1804-1815* (París, 1979). <<

[93] Glover, *Napoleonic Wars*, pág. 193; Sherwig, *Guineas and Gunpower*, capítulos 12-13, especialmente págs. 287-288; Rothenberg, *Napoleon's Great Adversaries*, págs. 178 en adelante. <<

[94] Que es quizá la razón por la que casi siempre es ignorada en casi todas las historias militares y diplomáticas de este período. Para más detalles ver E. B. Potter, *Sea Power. A Naval History*, 2.2 edición (Annapolis, Md., 1981), capítulo 10 y bibliografía en la página 392; B. Perkins, *Prologue to War: England and the United States 1805-1812* (Berkeley, California, 1961); A. T. Mahan, *Sea Power in its relations to the War of 1812*, 2 vols. (Londres, 195); Marcus, *Naval History of England, vol.* 2, capítulo 16. <<

[95] Ingram, *Commitment to Empire*, todo en general; G. J. Adler, «Gran Bretaña y la defensa de la India, los orígenes del problema, 1798-1815», *Journal of Asian History, vol.* 6 (1972), págs. 14-44. <<

[96] Chandler, *Campaigns of Napoleon*, apartado 17; *Napoleonic Wars*, págs. 212 en adelante; Lefevre, *Napoleon, 2 vols.*, capítulo 10; Blond, *La Grand Armée*, capítulo 16; H. Lachouque, *Waterloo* (París, 1972); U. Pericoli y M. Glover, 1815: The Armies at Waterloo (Londres, 1973). <<

[97] Para más detalles sobre los acuerdos de 1814-1815, ver Sherwig, *Guineas and Gunpower*, capítulo 14; *NCMH* vol. 9, capítulo 24; E. V. Gulick, *Europe's Classical Balance of Power* (Nueva York, edición de l967), todo en general; C. K. Webster, *The Foreign Policy of Castlereagh, 1812-1815: Britain and the Reconstruction of Europe* (Londres, 1931); H. G. Nicolson, *The Congress of Vienna* (Londres/Nueva York, l946); D. Dakin, «El Congreso de Viena, 1814-1815, y sus antecedentes», edición de A. Sked titulada *Europe's Balance of Power 1815-1848* (Londres, 1979). <<

[98] Gulick, *Europe's Classical Balance of Power*, pág. 304. Ver también los comentarios de H. Kissinger, A *World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812-1822* (Boston, 1957). <<

[99] Una breve información sobre la extensa literatura publicada sobre el tema se halla en P. J. Marshall, «La expansión británica en la India durante el siglo XVIII: una revisión histórica», *History, vol.* 60 (1975), págs. 28-43; así como los comentarios de Ingram en *Commitment to Empire*. <<

[100] Ver Braudel, *Wheels of Commerce*, págs. 403 en adelante, con una instructiva discusión sobre la importancia del comercio de largo alcance. Sobre el contexto británico específico, me ha sido muy provechosa la lectura del documento de Patrick O'Brien «El impacto de las guerras revolucionarias y napoleó-

nicas, 1793-1815, en el desarrollo a largo plazo de la economía británica» (Davis Center Paper, 1983). <<

[101] Toda esta documentación se halla en el trabajo de Crouzet, «Toward an Export Economy», todo el artículo; Cain y Hopkins, «La economía política de la expansión marítima británica, 1750-1914», todo en general; R. Davis, *The Industrial Revolution and British Overseas Trade* (Leicester, 1979); N. F. R. Crafts, «Desarrollo económico británico, 1700-1831: Un análisis de las pruebas», *Economic History Review*, 2.a serie, volumen 36 (1983), págs. 177-199. <<

[102] La frase se encuentra en F. Crouzet, *The Victorian Economy* (Londres, 1982), pág. 1. <<

[103] Glover, *Napoleonic Wars*, págs. 182-183. <<

[104] Citado en Marcus, *Naval History of England*, vol. 2, pág. 501. <<

Capítulo IV

[*] Esto quiere decir que algunas estadísticas históricas se refieren a Gran Bretaña (menos Irlanda), algunas al Reino Unido (con Irlanda), y algunas incluyen Irlanda del Norte, pero no la del Sur. <<

[**] De acuerdo, al menos, con la definición de «manufacturas» que emplea Bairoch (véase nota 11). <<

[***] Argentina, por ejemplo, sería capaz de encontrar un mercado bien dispuesto en el Reino Unido para sus exportaciones de carne y de cereales, con las que no sólo podía pagar los artículos manufacturados británicos importados —y el coste de los servicios—, sino también devolver los préstamos a largo plazo otorgados por Londres, manteniendo así su crédito para ulteriores préstamos. El contraste con los préstamos de los Estados Unidos a América Latina en el siglo XX —prestar a corto

plazo y no permitir la importancia de productos agrícolas— es sorprendente. <<

[****] Pues se argüía que cualquier hombre que hubiese prestado dos o tres años de servicio en el Ejército no podía seguir siendo un siervo, y que era mucho más seguro reclutar una pequeña proporción de varones cada año como soldados de *largo servicio*. <<

[*****] A excepción de los esclavos negros y de los todavía relativamente numerosos indios. <<

[******] Alrededor de un tercio en combate y el resto principalmente por enfermedad, el total de unos 620 000 superó las pérdidas estadounidenses en las dos Guerras Mundiales y la Guerra de Corea juntas, y lo sufrió una población mucho más pequeña. <<

[*******] Y, excepcionalmente, también el primer reclutamiento anual de la Landwehr. <<

[1] S. Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970* (Oxford, 1981), todo en general. Un buen tratamiento de la revolución industrial en el Oeste, analizado en cada localidad, ver T. Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe* (Londres, 1969); W. O. Henderson, *The Industrial Revolution on the Continent. Germany, France, Russia 1800-1914* (Londres, edición de 1967); C. Trebilcock, *The Industrialization of the Continental Powers 1780-1914* (Londres, 1981); edición de C. M. Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 3, *The Industrial Revolution* (Londres, 1973); A. S. Milward y S. Baul, *The Economic Development of Continental Europe 1780-1870* (Londres, 1973). <<

[2] C. M. Cipolla, «Introducción», en la edición de Cipolla titulada *Industrial Revolution*, pág. 7. <<

[3] D. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the*

Present (Cambridge, 1969), pág. 41. <<

[4] Ibíd. <<

[5] Braudel, *Civilization and Capitalism, vol. 1,* págs. 42 en adelante. <<

[6] Para más detalles, ver McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 185 en adelante; G. Rudé, *Paris and London in the Eighteenth Century: Studies in Popular Protest* (Nueva York, 1971), todo en general. <<

[7] T. S. Ashton, *The Industrial Revolution 1760-1830* (Oxford, edición de 1968), pág. 129. Otros excelentes estudios sobre el cambio económico en Gran Bretaña durante este período se hallan en Mathias, *First Industrial Nation*, todo en general; Hobsbawm, *Industry and Empire*, capítulos 2-4 y 6; y Crouzet, *Victorian Economy*, apartado 1, del que proceden los datos de población y cifras de Producto Nacional Bruto del párrafo anterior. <<

[8] Landes, *Unbound Prometheus*, págs. 97-98. <<

[9] Ashton, *Industrial Revolution*, pág. 129. <<

[10] Mathias, *First Industrial Nation*, pág. 5. <<

[11] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional desde 1750 a 1980», págs. 296 y 294 respectivamente. En el «Apéndice Metodológico» a este importante ensayo, Bairoch explica cómo ha llegado a esas cifras. No obstante, las conclusiones de Bairoch han sido cuestionadas. Ver A. Maddison, «Una comparación de los niveles de renta per cápita en los países desarrollados y en vías de desarrollo, 1700-1980», Journal of Economic History, vol. 43 (1983), págs. 27-41. <<

[12] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», págs. 290 en adelante; Crouzet, *Victorian Economy*, introducción. <<

[13] Woodruff, *Impact of Western Man*, todo en general; D. Fieldhouse, *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century* (Londres, 1966), apartado 2; ídem, *Economics and Empire 1830-1916* (Londres, 1973), todo en general. <<

[14] Sobre esto, ver V. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse 1815-1960* (Londres, 1982); Strachen, European Armies and the Conduct of War, *capítulo 6*. <<

[15] Cifras de Fieldhouse, *The Colonial Empires*, pág. 178. <<

[16] Actualmente, esto está muy bien documentado en la obra de D. R. Headrich, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century* (Oxford, 1981), capítulo 2 y todo el libro en general. <<

[17] E. Hobsbawm, *The Age of Capital 1848-1875* (Londres, 1975), capítulo 7. <<

[18] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 291. Hay un nuevo estudio que subraya (quizás excesivamente) la relativa lentitud de la expansión económica británica en esas décadas, N, F. R. Crafts, *British Economic Growth During the Industrial Revolution* (Oxford, 1985). <<

[19] Crouzet, *Victorian Economy*, págs. 4-5. <<

[20] Citado por R. Hyam, en Britain's Imperial Century 1815-1914 (Londres, 1975), pág. 47. Para más detalles, ver B. Porter, *The Lion's Share: A Short History of British Imperialism 1850-1970* (Londres, 1976), todo el libro; Caim y Hopkins, «La política económica de la expansión marítima británica, 1750-1914», todo en general; Crouzet, «Hacia una economía de exportación», todo en general; J. B. Williams, *British Commercial Policy and Trade Expansion 1750-1850* (Oxford, 1972), todo en general. <<

[21] P. Bairoch, «El Producto Nacional Bruto en Europa: 1800-1975», *Journal of European Economic History, vol.* 5, n. 2

(otoño de 1976), pág. 282. Y ver tabla 10. <<

[22] D. French, *British Economic and Strategic Planning 1905-1915* (Londres, 1982), capítulo 1. «La economía política en el siglo XIX y el problema de la guerra», es una buena introducción a esas ideas. <<

[23] Ver H. Stratchan, *Wellington's Legacy: The Reform of the British Army 1830-1854* (Manchester, 1984). <<

[24] Estas hipótesis parecen razonables, basadas puramente en las cifras del Producto Nacional Bruto británico y en los gastos del Gobierno facilitados por A. T. Peacock, y J. Wiseman en *The Growth of Public Expenditure in the United Kingdom* (Londres, edición de 1967); y en edición de P. Flora, *State, Economy and Society in Western Europe 1875-1975, vol. 1* (Francfurt-Londres, 1983), especialmente apartado 4, página 441. <<

[25] Las cifras proceden de «Conceptos correlativos de la guerra», registro de datos que se publicó a través del Consorcio Interuniversitario de Investigación Político-Social de la Universidad de Michigan. <<

[26] C. Lloyd, *The Nation and the Navy* (Londres, 1961), pág. 223. <<

[27] Para los detalles, ver Kennedy, *Rise and Fall of the British Naval Mastery*, capítulo 6, y especialmente C. J. Bartlett, *Great Britain and Sea Power 1815-1833* (*Oxford,* 1963), todo en general. Sobre ciertas manifestaciones regionales, ver G. S. Graham, *Great Britain in the Indian Ocean: A Study of Maritime Enterprise 1810-1850* (Oxford, 1967); B. Gough, *The Royal Navy and the North West Coast of America 1810-1914* (Vancouver, 1971); G. *Fox, British Admirals and Chinese Pirates 1832-1869* (Londres, 1940). <<

[28] Edición de A. G. L. Shaw, *Great Britain and the Colonies 1815-1865* (Londres, 1970), pág. 2. También son de importancia las siguientes obras: Hyam, *Britain's Imperial Century*, todo en

general; Porter, *Lion's Share,* todo en general; J. Gallagher y R. Robinson, «El imperialismo del libre comercio», *Economic History Review, 2.a* serie, *vol. 6,* núm. 1 (1953), págs. 1-15. <<

[29] Para ver la hipótesis británica, B. Porter, *Britain, Europe and the World 1850-1982: Delusions of Grandeur* (Londres/Boston, 1983), capítulo 1; B. J. Wendt, «Fraeihandel und Friedenssicherung: Zur bedetung des Cobden-Vertrags von 1860 zwischen England und Frankreich», *Vierteljahresschrift fur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, vol. 61 (1974),* páginas 29 en adelante. Para los detalles económicos ver Cain y Hopkins, «Política económica de la expansión británica en ultramar» todo en general; L. H. Jenks, *Migration of British Capital to 1875* (Londres, 1963); Crouzet, *Victorian Economy,* capítulos 10-11 y todo el libro en general; Mathias, *First Industrial Nation,* capítulo 11; A. H. Imlah, *Economic Elements in the «Pax Britannica»* (Cambridge, Massachusetts, 1958). El complementario en la relación pagos-mercancías, queda escrupulosamente reflejado en S. B. Saul, *Studies in British Overseas Trade 1870-1914* (Liverpool, 1960); y J. Foreman-Peck, *A History of the World Economy International Economic Relations since 1850* (Brighton, Sussex, 1983), especialmente capítulos 1-6. <<

[30] Para esta hipótesis, ver Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery,* capítulo 7. <<

[31] F. Crouzet, «Hacia una economía de exportación», pág. 70 <<

[32] Porter, *Britain, Europe and the World,* capítulos 1-2. Para las implicaciones estratégicas de la creciente confianza británica en las industrias de «servicios», ver P. Kennedy, *Strategy and Diplomacy, 1860-1945: Eight Essays* (Londres/Boston, 1983), capítulo 3; French, *British Economic and Strategic Planning,* todo en general. <<

[33] Citado en Higham, *Britain Imperial's Century,* pág. 49. <<

[34] Ver págs. 131-133 libro citado más arriba. <<

[35] Kemp, *Industrialization in Nineteenth Century Europe*, capítulos 2-3; Pollard, *Peaceful Conquest*, capítulos 2-3; T. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany* (Princeton, Nueva Jersey, 1958). <<

[36] J. Droz, *Europe Between Revolutions 1815-1848* (Londres, 1967), pág. 18. <<

[37] D. Thomson, *Europe Since Napoleon* (Harmondsworth, Mddsx., 1966), pág. 111; y ver también Best, *War and Society in Revolutionary Europe*, apartado 3; A. Sked, «Los enemigos de Metternich o la amenaza viene de arriba», *Europe's Balance of Power 1815-1848* (Londres, 1979), capítulo 8. <<

[38] F. R. Bridge y R. Bullen, *The Great Powers and the European States System 1815-1914* (Londres, 1980), capítulos 2-3; Caig, *Politics of The Prussian Army*, págs. 65 en adelante; R. Albrecht-Carrié, *A Diplomatic History of Europa since the Congress of Vienna* (Londres, 1965), capítulos 1 y 3-4. El mejor estudio de los asuntos de Estado de prusianos y alemanes de este período pertenece a T. Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866* (Munich, 1983). <<

[39] D. Showalter, *Railroads and Rifles: Soldiers, Technology and the Unification of Germany* (Hamden, Connecticut, 1975) todo en general; Dupuy, *Genius for War*, capítulos 4-6; *NCMH, vol. 10, The Zenith of European Power 1830-1870*, capítulos 12 y 19; L. H. Addington, *The Patterns of War since the Eighteenth Century* (Bloomington, 1984), págs. 39 en adelante. <<

[40] Ver otra vez Mamatey, *Rise of the Habsburg Empire 1526-1815*, todo en general; Kann, *A History of the Habsburg Empire*, capítulos 3 y 5. <<

[41] A. Sked, «El sistema Metternich, 1815-1848», *Europe's Balance of Power 1815-1848*, capítulo 5; Bridge y Bullen, *Great Powers and the European State System*, todo en general; Albrecht

Carrie, *Diplomatic History*, capítulos 3 y 4; P. W. Schoroeder, *«World War I as a Galloping Gertie», Journal of Modern History, vol.* 44 (1972), págs. 319-345, que recoge alguna de las principales afirmaciones en su *Austria, Britain and the Crimean World. The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972). <<

[42] Citado en C. McEvedy, *The Penguin Atlas of Recent History* (Harmondsworth, Middle Sussex, 1982), pág. 8; ver también Droz, *Europe Between Revolutions*, págs. 170 en adelante. <<

[43] G. Rothenberg, *The Army of Francis Joseph* (West Lafayette, Indiana, 1976), págs. XI-61. Ver también A. Sked, *The Survival of the Habsburg Empire: Radetzky, the Imperial Army and the Class War 1848* (Londres, 1979); apart. 1. <<

[44] D. F. Good, *The Economic Rise of the Habsburg Empire 1750-1914* (Berkeley, California, 1984). Aquí está mejor reflejado. <<

[45] Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, pág. 9; y J. Niemeyer, *Das oesterreichische Militärwesen im Umbruch* (Osnabruck, 1979), págs. 43-45. <<

[46] Ver Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, págs. 10, 41, 46, 58, para las distribuciones financieras; G. A. Graig, «Mando y problemas de Estado Mayor en el Ejército austríaco, 1740-1866», en la edición de M. Howard, *The Theory and Practice of War* (Londres, 1965), págs. 4367 para dificultades institucionales. <<

[47] Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, pág. 19; Kann, *History of the Habsburg Empire*, capítulo 6; A. Sked, «El sistema Metternich», citado en *Europe's Balance of Power 1815-1848*, todo en general. <<

[48] Para una investigación sucinta ver R. Bullen, «*Francia y Europa, 1815-1848: Los problemas de la derrota y la recuperación*», citado en la edición de Sked, *Survival of the Habsburg Empire*,

págs. 122-144. Para los asuntos económicos, ver de nuevo Clough, *France; A History of National Economics,* todo en general; F. Caron, *An Economic History of Moderas France* (Nueva York, 1979), apartado 1; T. Kemp, *Economic Forces in French History* (Londres, 1971), capítulos 6-8 y 10. <<

[49] Bullen, «Francia y Europa, 1815-1848», págs. 125-126. <<

[50] Ibíd. <<

[51] McNeill, *Pursuit of Power,* pág. 213. <<

[52] Tal como aparece citado en Milward y Saul, *Economic Development of Continental Europe 1780-1870,* págs. 307-309. Ver también Cloguh, *France,* págs. 41 en adelante; Trevil Cock, *Industrialization of the Continental Powers 1780-1914,* págs. 130 en adelante; Kemp, *Economic Forces in French History,* págs. 160 en adelante. <<

[53] Calculado a partir de las cifras que aparecen en la tabla n. 10 de Bairoch, «Niveles de industrialización internacional, 1750-1980», pág. 296. Ver también las cifras facilitadas por R. E. Cameron, «Crecimiento económico y estancamiento en Francia, 1815-1914», *Journal of Modere History, vol.* 30 (1958), págs. 1-13. <<

[54] Para estudiar estos argumentos, ver Caron, *Economic History of Modere France,* espec. capítulo 1. El estudio de P. O'Brien y C. Keydor, *Economic Growth in Britain and France 1780-1914* (Londres, 1978) sirve también de correctivo frente a toda esa vieja literatura; pero como no está muy preocupado por lo que ellos definen como «jerga mercantilista del "poder nacional"» (pág. 176), sus implicaciones no son tan importantes para nuestro análisis. Para una crítica de las estadísticas comparativas de O'Brien y Keydor, ver H. Hentschel, «Produktion, Wachstum und Produktivität in England, Frankreich, Deutschland von der Mitte des 19. Jahrhundert bis zum Ersten Weltkrieg», *Vier-*

teljahresschrift, fur Social-und Wirtschaftsgeschichte, vol. 68 (1981), págs. 457 510. <<

[55] R. Cameron, *France and the Economic Development of Europe 1800-1914* (Princeton, Nueva Jersey, 1961); Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, págs. 176 en adelante; A. Rowley, *Evolution économique de la France de milieu du XIX siécle á 1914* (París, 1982), págs. 413 en adelante. <<

[56] McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 226 en adelante. Las innovaciones francesas tanto técnicas como estratégicas (así como las tecnológicas) han sido exhaustivamente comparadas en C. E. Hamilton, «La Royal Navy, la Royale, y la militarización de la guerra naval, 1840-1870», *Journal of Strategic Studies, vol.* 6 (1983), págs. 182-212. <<

[57] En la definición de Padfield ver *The Tide of Empires*, vol. 1, prólogo; y ver Bullen, «Francia y Europa», todo en general. Las tentativas coloniales francesas aparecen brevemente en Fieldhouse, *Colonial Empires*, capítulo 13. <<

[58] Ésta era la frase de Palmerston de abril de 1848: ver *NCMH*, volumen 10, pág. 260. Para investigaciones generales sobre la posición internacional de Rusia después de 1815, ver Bidge y Bullen, *Great Powers and the Europeans State System*, todo en general; Lobanov-Rostovsky, *Russia and Europe 1789-1825*, todo en general; R. W. Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917* (*Oxford*, 1967), capítulo 9. <<

[59] Ver la discusión en M. E. Falkus, *The Industrialization of Russian 1700-1914* (Londres, 1972), capítulo 4; W. C. Balckwell, *The Beginnings of Russian Industrialization 1800-1860* (Princeton, Nueva Jersey, 1968); e ídem, *The Industrialization of Russia: An Historical Perspective* (Nueva York, 1970), capítulos 1-2. <<

[60] Bairoch, «El Producto Nacional Bruto en Europa, 1800-1975», tabla 4, pág. 281. <<

[61] *Ibíd*. tabla 6, pág. 286. <<

[62] Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, pág. 164. <<

[63] *Ibíd*., capítulos 9-10; Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, capítulo 4; Falkus, *Industrialization of Russia*, capítulos 4-5; Dukes, *Emergence of the Superpowers*, capítulos 3-4. <<

[64] J. S. Curtiss, *The Russian Army Under Nicholas I, 1825-1855* (Durham, N. C., 1965), todo en general; Best, *War and Society in Revolutionary Europe*, capítulo 18; Seton-Watson, *Russian Empire*, págs. 289 en adelante; J. Keep, «El estilo militar de los gobernadores de Romanov», *War and Society, vol. 1,* núm. 2 (1983), págs. 61-84. Sobre la rivalidad anglorrusa, ver D. Gillard, *The Struggle for Asia 1828-1961* (Londres, 1977); E. Ingram, *The Beginning of the Great Game in Asia 1828-1834* (Oxford, 1979); edición de Ingram, «El gran juego en Asia» *International History Review, vol*. 2, núm. 2 (abril de 1980), suplemento especial. <<

[65] Curtiss, *Russian Army Under Nicholas I*, págs. 310-311. <<

[66] Con diferencia el mejor estudio es J. S. Curtiss, *Russia's Crimean War* (Durham, N. C., 1979); pero ver también A. Seaton, *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977), todo en general; ídem, *The Russian Army of the Crimea* (Reading, Berkshire, 1973). <<

[67] D. W. Mitchell, *A History of Russian and Soviet Seapower* (Nueva York, 1974), capítulo 8. <<

[68] Para más detalles, ver Curtiss, *Russia's Crimean War*, todo en general; Seaton-Watson, *Russian Empire*, págs. 319 en adelante; Blackwell, *Beginnings Of Industrialization in Russia*, págs. 183 en adelante; y el excelente resumen de W. Baumgart, *The Peace Of Paris, 1856* (Santa Barbara, California, 1981), págs. 68-80, de las cuales procede la cita. <<

[69] Baumgart, *Peace of Paris*, págs. 72-74; Seton-Watson, *Russian Empire*, pág. 248; W. Pintner, «La inflación en Rusia duran-

te el período de la guerra de Crimea», *American Slavic and East European Review, volumen* 18, págs. 85-87. <<

[70] Baumgart, *Peace of Paris*, págs. 25-31. <<

[71] Ibíd., págs. 31 en adelante; Barnett, *Britain and Her Army*, páginas 283-291; E. M. Spiers, *The Army and Society 1815-1914* (Londres, 1980), capítulo 4; J. A. S. Grenville, *Europe Reshaped 1848-1878* (Londres, 1976), capítulo 10. <<

[72] O. Anderson, *A Liberal State at War* (Londres, 1967), todo en general. <<

[73] Las cifras han sido tomadas de «Conceptos correlativos de la guerra», registro publicado mediante el Consorcio Interuniversitario sobre Investigación Político-Social de la Universidad de Michigan. <<

[74] Ver otra vez MacDonagh, *Liberal State at War*, y comparar con Schroeder, *Austria, Britain and the Crimean War*, Baumgart, *The Peace of Paris*, y N. Rich, Why *the Crimean War? A Cautionary Tale* (Hanover, New Hampshire, 1985), págs. 157 en adelante, que describen mucho más el *tono* beligerante de Palmerston. <<

[75] Citado en D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins Of the First World War* (Londres, 1983), pág. 21. Ver también D. Beyray, *Militär und Gesellschaft im vorrevolutionären Russland* (Göttingen, 1984). <<

[76] W. E. Mosse, *Alexander II and the Modernization Of Russia* (Nueva York, edición de 1962), todo en general; Kochan y Abraham, *Making Of Modern Russia*, capítulo 10; Seton-Watson, *Russian Empire*, apartado 4; Falkus, *Industrialization Of Russia 1700-1914*, capítulo 5; Blackwell, *Industrialization Of Russia*, capítulo 2. <<

[77] Ver otra vez Dukes, *Emergence of the Super-Powers*, capítulos 3-4; Gollwitzer, *Gesischte des weltpolitischen Denkens, vol.* 1,

capítulos 3-4. <<

[78] Esta información se encuentra en K. Bourne, *Britain and the Balance of Power in North America 1815-1908* (Londres, 1967). <<

[79] «Conceptos correlativos de guerra», registro de datos; sobre la longitud de las vías de ferrocarril, ver W. W. Rostow, *The World Economy, History and Prospect* (Austin, Texas, 1978), pág. 152. Ver también la edición de W. H. Becker y S. F. Wells, Jr., *Economics and World Power: An Assesment of American Diplomacy Since 1789* (Nueva York, 1984), págs. 56 en adelante. <<

[80] La bibliografía sobre la Guerra Civil americana es sorprendentemente amplia. Los libros que me parecen más instructivos son: H. Hathaway y A. Jones, How *the North Won: A Military History of the Civil War* (Urbana, Illinois, 1983); P. J. Parish, *The American Civil War* (Nueva York, 1975); A. R. Millett y P. Maslowski, *For the Common Defense: A Military Story of the United States Army* (Bloomington, Indiana, edición de 1984), capítulos 1011; Ropp, *War in the Modern World*, págs. 175-194; Addington, *Patterns of War*, págs. 62-82. <<

[81] Millett y Maslowski, *For the Common Defense*, pág. 155. <<

[82] R. F. Weigley, *The American Way of War: A History of the United States Military Strategy and Policy* (Bloomington, Indiana, edición de 1977); Millett y Maslowski, *For the Common Defense*, todo en general. <<

[83] Para los detalles sucintos de esta posición, ver K. Bourne, *Victorian Foreign Policy 1830-1902* (Oxford, 1970), págs. 90-96; y mucho más detallado, E. D. Adams, *Great Britain and the American Civil War, 2* volúmenes (Londres, 1925). <<

[84] J. Luvaas, *The Military Legacy of the Civil War: The European Inheritance* (Chicago, 1959), todo en general. <<

[85] Sobre la diplomacia poscrimeana en Europa, ver Bridge y Bullen, *Great Powers and the European State System*, págs. 88 en adelante; Albrecht-Carrié, *Diplomatic History*, págs. 94 en adelante; W. E. Mosse, *The Rise and Fall of the Crimean System 1855-1871* (Londres, 1963); *NCMH, vol. 10*, capítulo 10, págs. 268 en adelante; A. J. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (*Oxford*, 1954), págs. 83 en adelante. <<

[86] Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, págs. 52 en adelante. <<

[87] McNeill, *Pursuit of Power*, capítulo 7; C. Harvie, *War and Society in the 19th Century, block 4, unit 10 of War and Society* (The Open University, Bletchley, 1973); Strachan, *European Armies*, capítulo 8; Ropp, *War in the Modere World*, capítulo 6; Showalter, *Railroads and Rifles*, todo en general; *NCMH*, vol. 10, capítulo 12; M. Glover, *Warfare from Waterloo to Mons* (Londres, 1980), apartados 2-3. <<

[88] Sobre el desarrollo militar prusiano, ver otra vez *Dupuy, Genius for War*, págs. 75 en adelante; Showalter, *Railroads and Rifles*, todo en general; Strachan, *European Armies*, págs. 98 en adelante. Sobre los errores de 1866, ver M. van Creveld, *Command in War* (Cambridge, Massachusetts, 1986), capítulo 4; G. A. Craig, *The Battle of Koeniggratz* (Londres, 1965), todo en general. La perspectiva del bando austriaco está en Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, págs. 66 en adelante. <<

[89] Ver otra vez Van Creveld, *Command in War*, págs. 140 en adelante; M. Howard, *The Franco-Prussian War* (Londres, edición de 1981), todo en general. <<

[90] Para los detalles militares, ver Craig, *Koeniggratz*, todo en general; sobre los antecedentes diplomáticos y políticos, ver O. Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany: The Period of Unification 1815-1971* (Princeton, Nueva Jersey, 1963), capítulos 13-15. <<

[91] Howard, *Franco-Prussian War*; ofrece una notable documentación sobre estos acontecimientos. Sobre la debilidad militar francesa, ver también R. Holmes, *The Road to Sedan: The French Army 1866-1870* (Londres, 1984). <<

[92] Howard, *Franco-Prussian War*, pág. 1; y Holmes, *Road to Sedan*, para el bando francés, todo en general. <<

[93] Las cifras escuetas están en Flora, *State, Economy and Society in Western Europa 1815-1975, vol. 1*; y en B. R. Mitchell, *European Historical Statistics 1750-1975* (2.a edición, Nueva York, 1981), las cifras del carbón de la pág. 381, etc. Para un análisis comparativo sobre la economía de ambas naciones, ver de nuevo Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers,* capítulos 2-3; Landes, Unbound Prometheus, capítulo 4. <<

[94] La diplomacia de la guerra franco-prusiana está explicada en Taylor, *Struggle for Mastery in Europa*, págs. 201-207; W. E. Mosse, *The European Powers and the German Question 1848-1870* (Cambridge, 1958); edición de E. Kolb, *Europa and die Reichsgründung* (*Historische Zeitschrift,* Beiheft 6, Munich, 1980), todo en general; Bridge y Bullen, *Great Powers and the European States System*, págs. 108 en adelante. <<

[95] Sobre esto, ver A. Mitchell, *The German Influence in France After 1970: The Formation of the French Republic* (Chapel Hill, Nueva Caledonia, 1979); e ídem, Victors *and Vanquished. The German Influence on Army and Church in France after 1870* (Chapel Hill, Nueva Caledonia, 1984). <<

[96] Ver las reveladoras cifras de Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, págs. *XXIV-XXVI* (*y* la observación de la pág. XXIII, apart. 4); también D. Mack Smith, *Italy: A Modern History* (Ann Arbor, Michigan, 1959); y C. J. Lowe y F. Marzari, *Italian Foreign Policy 1870-1940* (Londres, 1975). <<

[97] Para utilizar los términos empleados por P. W. Schroeder, «Los intermediarios malogrados: el impacto de 1870 en el sis-

tema europeo», *International History Review, vol.* 6 (1984), pág. 14. <<

[98] Sobre dichas implicaciones, ver *ibíd*, todo en general. <<

[99] Taylor, *Struggle for Mastery in Europa*, págs. 218 en adelante; Bridge y Bullen, *Great Powers and the European State System*, págs. 112 en adelante; W. L. Langer, *European Alliances and Alignments 1871-1890* (Nueva York, edición de 1950), todo en general; Grenville, *Europe Reshaped 1848-1878*, capítulo 18. La política británica está bien documentada en el artículo de K. Hildebrand, «Grossbritannien und die deutsche Reichsgründung» en la edición de Kolb de *Europa und die Reichsgründung*, págs. 37 en adelante. <<

[100] Para una buena argumentación, ver A. Hillgruber, *Bismarcks Aussepolitik* (Freiburg, 1972), resumida brevemente en ídem, *Die gescheiterte Grossmacht: Eine Skizze des Deutschen Reiches 1871-1945* (Düsseldorf, 1980), págs. 17-30. <<

[101] A. Hillgruber, «Die "Krieg-in-Sicht"-Krise 1875», en la edición de E. Schulin, *Gedenkschrift Martin Göhring, Studien zur europäischen Geschichte* (Wiesbaden, 1968), págs. 239-253; P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914* (Londres/Boston), págs. 29-31. <<

[102] Hillgruber, *Die gescheiterte Grossmacht*, págs. 30 en adelante; y una estimulante discusión sobre las perspectivas a largo plazo se encuentra en D. Calleo, *The German Problem Reconsidered: Germany and the World Order, 1870 to the Present* (Nueva York/Cambridge, 1978), especialmente capítulos 2-4; W. D. Gruner, *«Die "Deutsche Frage" als Problems der Weltpolitik», Historische Zeitschrift*, núm. 228 (1979). <<

[103] Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, págs. 228 en adelante; Langer, *European Alliances and Alignments*, capítulos 3-5; B. Jelavich, *The Great Powers, The Ottoman Empire and the Straits Question 1870-1887* (Bloomington, Indiana, 1973). <<

[104] Citado por Seton-Watson, *Russian Empire*, pág. 455. Sobre el aspecto naval, ver Mitchell, *A History of Russian and Soviet Sea Power*, páginas 184-190. Más en general, ver B. H. Summer, *Russia and the Balkans 1870-1880* (Londres, 1937). <<

[105] Ver los estudios de Beyrau (sobre Rusia) y Rumpler (sobre Austria y Hungría) en edición de Kolb, *Europe und die Reichsgründung*, Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, capítulo 12; Langer, *European Alliances and Alignments*, capítulos 6-7; W. Windelband, *Bismarck und die europäischen Grossmächte 1878-1885* (Essen, 1940); B. Waller, *Bismarck at the Crossroads* (Londres, 1974). <<

[106] Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, capítulo 13; Langer, *European Alliances and Alignments*, capítulos 7-9; *NCMH*, vol. 11, capítulos 20-22. <<

[107] Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 189-190. <<

Capítulo V

[*] Por ejemplo, las participaciones en el comercio mundial, que exageran la posición de las naciones marítimas y comerciantes, y menosprecian el poder económico de Estados con un grado más elevado de autosuficiencia. <<

[**] Gran Bretaña mantendría una «benévola neutralidad» con el Japón, si éste luchaba con un enemigo, pero tenia que prestarle ayuda militar si luchaba con más de uno; el acuerdo por el que Francia tenía que ayudar a Rusia estaba concebido de manera parecida. Por consiguiente, a menos que Londres y París conviniesen en quedar al margen, su reciente amistad quedaría arruinada. <<

[***] No es de extrañar, ya que los rusos eran increíblemente descuidados en sus transmisiones por radio. <<

[1] Para más detalles, ver S. E. Crowe, *The Berlin West African Conference 1884-1885* (Wesport, Connecticut, reimp. 1970). Para una visión general, ver otra vez Langer, *European Alliances and Alignments*, capítulo 9; *NCMH, vol. 11*, capítulos 20-22; y los distintos capítulos de la edición de E. A. Benians y otros, *The Cambridge History of the British Empire, vol. 3, The Empire Commonwealth 1870-1919* (Cambridge, 1959). <<

[2] Más en general ver D. M. Pletcher, «Desarrollo económico y ajuste diplomático, 1861-1898» en edición de W. H. Becker y S. F. Wells, *Economics and World Power,, And Assessment of American Diplomacy Since 1789* (Nueva York, 1984), págs. 119-171; M. Pleasure, *America's Outward Thrust: Approaches to Foreign Affaires 1865-1890* (DeKalb, Illinois, 1971), págs. 151 en adelante; W. A. Williams, *The Roots of the Modere American Empire* (Nueva York, 1969), pág. 262. <<

[3] Crowe, *Berlin West African Conference*, pág. 220. <<

[4] G. F. Hudson, *The Far East in World Affaires* (2.a edición, Londres, 1939), pág. 74. <<

[5] Esta visión está reflejada en G. Barraclough, *An Introduction to the Contemporary History* (Harmondsworth, Middle Sussex, 1967), capítulos 3-4; A. de Porte, *Europe Between the Superpowers* (New Haven/Londres, 1979), capítulos 1-5; *NCMH, vol.* 12, *The Shifting Balance of World Forces 1898-1965*, todo en general; W. R. Keylor, *The Twentieth Century World: An International History* (Oxford, 1984), apart. 1; J. Bartlett, *The Global Conflict 1880-1970: The International Rivalry of the Great Powers* (Londres, 1984), capítulos 1-9; F. H. Hinsley, *Power and the Pursuit of Peace* (Cambridge, 1967), págs. 300 en adelante. <<

[6] Barraclough, *Contemporany History*, capítulo 3; F. Fischer, *War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914* (Londres, 1975), capítulo 3; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, capítulo 7. <<

[7] J. A. S. Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy: The Close of the Nineteenth Century 1895-1902* (Londres, 1964), págs. 165-166; y más en general, W. L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism 1890-1902* (2.ª edición, Nueva York, 1965), capítulo 3, pág. 505. <<

[8] Fischer, *War of Illusions*, págs. 36 en adelante. <<

[9] Ibíd, pág. 35. <<

[10] Citado en P. Kennedy, *Strategy and Diplomacy 1860-1965: Eight Essays* (Londres, 1983), págs. 157-158. <<

[11] H. Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens, vol. 2, Zeitalter des Imperialismus und Weltkriege* (Gotinga, 1982), pág. 198. <<

[12] P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-german Antagonism 1860-1914* (Londres/Boston, 1980) capítulos 1617. <<

[13] Ídem, *Strategy and Diplomacy*, pág. 46; Keylor, *Twentieth Century World*, págs. 27 en adelante. <<

[14] Comentario de Amery en la obra de H. J. Mackinder, «El eje geográfico de la historia», *Geographical Journal, vol. 23*, n. 6 (abril de 1904), pág. 441. <<

[15] Tucídides, *The Peleponnesian War* (Harmondsworth, 1954), página 49. Para una reflexión sobre este aspecto, ver R. Gilpin, *War and Change in World Politics* (Cambridge, 1981). <<

[16] Landes, *Unbound Prometheus*, pág. 259. <<

[17] Las cifras proceden de «Conceptos correlativos de la guerra», registro de datos publicado a través del consorcio interuniversitario de investigación político-social de la Universidad de Michigan. <<

[18] C. E. Black y otros, *The Modernization of Japan and Russia: A Comparative Study* (Nueva York, 1975), págs. 6-7; y el ya clásico de W. W. Rostow, The *Process of Economic Growth* (*2.a* edición, Oxford, 1960) <<

[19] Ibíd. <<

[20] Las cifras son de Bairoch, «Niveles de industrialización internacional desde 1750 a 1980», págs. 294-302. <<

[21] «Conceptos correlativos de la guerra», registro de datos. <<

[22] *Ibíd*. <<

[23] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», páginas 292-299. <<

[24] Ibíd., págs. 296-304. <<

[25] C. Barnett, *The Collapse of British Power* (Londres/Nueva York, 1972), pág. Xi. <<

[26] Wright, *Study of War*, págs. 670-671. <<

[27] Ver págs. 244-246. <<

[28] *Ibíd*. El total de 1890 para Estados Unidos se convierte en sólo 40,00 en el trabajo de Wright, lo que claramente es un error. <<

[29] Ver tabla 14. En general la historia italiana referida a este período está documentada en D. Mack Smith, *Italy, A Modere History* (Ann Arbor, 1969), págs. 101 en adelante; C. Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism* (Londres, 1967), págs. 129-412. Es de destacar que no hay sección dedicada a Italia en la *New Cambridge Modern History, vol. 11,* 1870-1898, y sólo unas pocas páginas, 482-487, en volumen 12, 1898-1945. <<

[30] Kemp, *Industrialization in Nineteenth Century Europe*, capítulo 6. <<

[31] Ver referencias en A. Tamborra, «El auge de la industria italiana y los Balcanes», *Jornal of European Economic History, vol*. 3, nota 1 (1974), págs. 87-120. Otros estudios útiles son G. Mori, «El génesis de la industrialización italiana», *Journal of European Economic History, vol*. 4, n. 1 (primavera de 1975), págs. 79-94; *ídem*, «El proceso de industrialización en Italia: algunas su-

gerencias, problemas e interrogantes», *Journal of European Economic History, vol.* 8, n. 1 (primavera de 1979), págs. 60-82; Trebilcock, *Industrilization of the Continental Powers 1780-1914,* capítulo 5; Pollard, *Peaceful Conquest*, págs. 229-232; Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, págs. 284 en adelante; S. B. Clough, *The Economic History of Modern Italy 1830-1914* (Nueva York, 1964); L. Cafagua, «La revolución industrial en Italia, 1830-1914», en edición de C. Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 4, apartado 1, The Emergence of Industrial Societies, págs. 287 325. <<

[32] A. S. Milward y S. B. Saul, *The Development of the Economic of Continental Europe 1850-1914* (Cambridge, Massachusetts, 1977), págs. 253 en adelante; J. S. Cohen, «Financiación de la industrialización en Italia, 1894-1914: La transformación parcial de un advenedizo», *Journal of Economic History, vol.* 27 (1967), págs. 363-382; V. Castronovo, «El despegue italiano: Un examen crítico del problema», *Journal of Italian History, vol.* 1 (1978), págs. 492-510. <<

[33] R. J. B. Bosworth, Italy, *The Least of the Great Powers; Italian Foreign Policy Before the First World War* (Cambridge, 1979), pág. 4. <<

[34] Ver la interesante y desalentadora recopilación de artículos sobre «La eficacia militar italiana» en el *Journal of Strategic Studies*, volumen 5, n. 2 (1982), págs. 248-en adelante; J. Gooch, «Italia antes de 1915: El dilema del vulnerable», en edición de E. R. May, *Knowing One's Enemies: Intelligence Assessment Before the Two World Wars* (Princeton, Nueva Jersey, 1984), págs. 205 en adelante; J. Whittam, *The Politics of the Italian Army* 1861-1918 (Londres, 1977), todo en general; e *ídem*, «Objetivos y estrategia de guerra: el Gobierno italiano y el alto mando, 1914-1919», en edición de B. Hunt y A. Preston, *War Aims and Strategic Policy in the Great War* (Londres, 1977), págs. 85-104. <<

[35] P. Halpern, *The Mediterranean Naval Situation* 1908-1914 (Cambridge, Massachusetts, 1971), capítulo 7; A. J. Marder, *The Anatomy of British Sea Power* (Hamden, Connecticut, reimpr. 1964), págs. 174-175. <<

[36] Bosworth, Italy, *The Least of the Great Powers*, todo en general. Ver también ídem, *Italy and the Approach of the First World War* (Londres, 1983); Lowe y Marzari, *Italian Foreign Policy* 1870-1940, todo en general. <<

[37] P. Kennedy, «La Primera Guerra Mundial y el sistema de poder internacional», en edición de S. E. Miller, *Military Strategy and the Origins of the First World War* (Princeton, Nueva Jersey, 1985), página 15. <<

[38] W. R. Keylor, *The Twentieth Century World*, págs. 14-15. Para otros estudios generales, ver *NCMH, vol.* 12, capítulo 12; 1. Nish, *Japan's Foreign Policy* 1869-1942 (Londres, 1978); R. Storry, *Japan and the Decline of the West in Asia* 1894-1943 (Londres, 1979). <<

[39] La modernización política y económica de Japón está sucintamente descrita por R. Storry, *A History of Modern Japan* (Harmondsworth, Mddsx., edición de 1982), capítulo 5; y mucho más detallada en W. H. Beasley, *The Meiji Restoration* (Stanford, California, 1972); E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State*, (Nueva York, 1940); T. Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise* 1868-1880 (Stanford, California, 1955). <<

[40] Los aspectos económicos de la modernización japonesa pueden encontrase en G. S. Allen, *A Short Economic History of Japan* (Londres, edición de 1981), capítulos 2-5; edición de L. Klein y K. Ohkawa, *Economic Growth: The Japanese Experience Since the Meiji Era* (Holmwood, Illinois, 1968); Rostow, *World Economy*, págs. 416-425; K Ohkawa y H. Rosolvsky, *Japanese Economic Growth* (Stanford, California, 1973). <<

[41] Edición de E. B. Potter, *Sea Power: A Naval History* (Annápolis, Maryland, 1981), págs. 166-168; Glover, *Warfare from Waterloo to Mons*, páginas 181-184. <<

[42] Citado por Storry en *Japan and the Decline of the West in Asia*, pág. 30. <<

[43] Sobre esto, ver I. Nish, *The Origin of the Russo-Japanase War* (Londres, 1985), todo en general. El conflicto en sí está mejor descrito en J. N. Nestwood, *Russia Against Japan, 1904-1905: A New Look at the Russo-Japanase War* (Londres, 1986), y también está explicado en Storry, *Japan and the Decline of the West in Asia*, capítulos 4-5; S. Pokamoto, *The Japanase Oligarchy and the Russo Japanase War* (Nueva York, 1970); J. A. White, *The Diplomacy of the Russo-Japanase War* (Princeton, Nueva Jersey, 1964). La guerra en el mar es brevemente descrita en la edición de Potter, *Sea Power*, págs. 168 en adelante, y P. Padfield, *The Battleship Era* (Londres, 1972), págs. 167 en adelante; sobre la guerra en tierra puede consultarse P. Walden, *The Short Victorious War. A History of the Russo-Japanase War 1904-1905* (Nueva York, 1974). <<

[44] Ver A. J. Sherman, «Los banqueros germano-judíos en la política mundial: financiación de la guerra ruso-japonesa», Leo Baeck Institute Yearbook, vol. 28 (1983), págs. 59-73. <<

[45] Citado por Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, pág. 464. <<

[46] Para información general sobre el desarrollo económico alemán, ver Fisher, *War of Illusions*, apart. 1; Calleo, *The German Problem Reconsidered*, capítulo 4; N. Stone, *Europe Transformed 1878-1916* (Londres, 1983), págs. 159 en adelante; W. G. Hoffmann, *Das Waschstum der Deutschen Wirtschaft seit der Mitte das 19. Jahrhunderts* (Berlín, 1965); W. O. Henderson, *The Rise of Gennan Industrial Power 1834-1914* (Berkeley/Los Ángeles,

1972), apart. 3; M. Kitchen, *The Political Economy of Germann 1815-1914* (Londres, 1978). <<

[47] Tomé esta cifra de la página 2 del artículo de John Gooch «Italia durante la Primera Guerra Mundial» destinado a aparecer en el primer volumen de *Military Effectiveness*, editado por A. Millett y W. Murray, que saldrá a la luz próximamente. <<

[48] Ver las cifras en Calleo, *German Problem Reconsidered, págs*. 66-68. <<

[49] Citado por Steinberg, «El complejo de Copenhague», *Journal of Contemporary History, vol. 1,* apart. 3 (1966), pág. 26. <<

[50] Langer, *Diplomacy of Imperialism*, pág. 96; y ver otra vez Gollwitzer, *Geschichte der weltpolitischen Denkens, vol*. 2, págs. 83-252; ídem, *Europe in the Age of Imperialism* (Londres, 1969), todo en general; W. Baumgart, *Imperialism: The Idea and Reality of British and French Colonial Expansión 1880-1914* (Oxford, 1982), apart. 3. <<

[51] Para esas citas, ver respectivamente, Kennedy, *Rise of Anglo-German Antagonism*, pág. 311; J. C. Rühl, «Un documento de 1892 sobre Alemania, Prusia y Polonia», *Historical Journal, vol*. 7 (1964), págs. 144 en adelante; Fisher, *War of Illusions*, capítulo 3. <<

[52] He tomado ese término de H. U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus* (Colonia, 1969), apart. 3, págs. 112 en adelante. <<

[53] Ver estas valoraciones en A. J. Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow. The Royal Navy in the Fisher Period, vol. 1, The Road to War 1904-1914* (Londres, 1961), capítulo 13; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, capítulos 8-9. <<

[54] Kennedy, *Strategy and Diplomacy*, pág. 160. <<

[55] B. F. Schulte, *Die deutsche Armee* (Düsseldorf, 1977); V. R. Berghan, *Germany and the Approach of War in 1914* (Londres/Nueva York, 1974), capítulos 1 y 6. Para ver buenos ejemplos de las múltiples y fatuas sobreestimaciones del poder militar alemán (especialmente comparadas con las estimaciones de Rusia y Francia), consultar P. Towle, «El equilibrio de poder europeo en 1914», *Army Quarterly and Defense Journal*, vol. 104 (1974), págs. 333-362. <<

[56] Todas estas cifras son de Wright, Study *of War*, págs. 670-671. <<

[57] J. K. Tanenbaum, «Las estimaciones de Francia sobre los planes operativos de guerra de Alemania», en edición de May, *Knowing One's Enemies*, pág. 162. <<

[58] Calleo, *German Problem Reconsidered,* introducción. <<

[59] Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, pág. 311. <<

[60] Ver otra vez Gilpin, *War and Change in World Politics*, todo en general. <<

[61] Una prueba precisa de ello se halla en los artículos incluidos en la edición de J. G. C. Röhl y N. Sombart, *Kaiser, Wilhelm II: New Interpretations* (Cambridge, 1982). <<

[62] Citado por G. A. Craig, *Germany 1866-1965* (*Oxford, 1978),* pág. 336. Hay buena prueba de esta confusión de objetivos en I. N. Lambi, *The Navy and German Power Politics 1862-1914* (Londres/Boston, 1984). <<

[63] Fisher, *War of Illusions,* todo en general; Berghahnm, *Germany and the Approach of War*, todo en general. <<

[64] La introducción del libro editado por P. Kennedy, *The War Plans of the Great Powers 1880-1914* (Londres/Boston, 1979), ahonda más en ello. <<

[65] Calleo, *German Problem Reconsidered*; pág. 5. <<

[66] Citado por Kennedy en *Strategy and Diplomacy*, pág. 157. <<

[67] Ver mapas del «Poder relativo» de Francia, Gran Bretaña y Austria-Hungría en el artículo de C. F. Doran y W. Parsons, «La guerra y el ciclo de poder relativo», *American Political Science Review*, volumen 74 (1980), pág. 956. <<

[68] Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, págs. XX-VIII. <<

[69] Hay una breve información sobre esto en Kann, *History of the Habsburg Empire*, págs. 461 en adelante; una buena investigación en Milward y Saul, *Developments of the Economies of Continental Europe 1850-1914*, págs. 271 en adelante; y un análisis más sofisticado, comparando el imperio con Italia y España, en la obra de Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, capítulo 5. <<

[70] Bairoch, «El Producto Nacional Bruto en Europa, 1800-1975», pág. 287. <<

[71] L. L. Farrar, *Arrogance and Anxiety: The Ambivalence* of *German Powers 1849-1914* (Iowa ciudad, Estado de Iowa, 1981), capítulo 3, notas a pie de página 9 y 18. Farrar calcula el «poder» multiplicando la población y la producción manufacturera. La primera parte de este capítulo demuestra que ese poder es un fenómeno mucho más complejo. <<

[72] Para tasas de desarrollo comparativo, ver Good, *Economic Rise of the Habsburg Empire 1750-1914*, pág. 239; para el potencial industrial, ver tabla 17 más arriba. <<

[73] Cifras de Good, *Economic Rise of the Habsburg Empire*, pág. 150. <<

[74] Para lo siguiente, ver la brillante descripción de Stone, *Europe Transformed*, págs. 303 en adelante; Kann, *History of the Habsburg Empire*, capítulo 8; C. A. MacArtney, *The Habsburg Empire 1790-1918* (Londres, 1969), capítulos 14-17; A. J. May,

The Habsburg Monarchy 1862-1916 (Cambridge, Massachusetts, 1960), pág. 343 en adelante. <<

[75] Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, capítulo 9; Langer, *Diplomacy of Imperialism*, págs. 596-598; y especialmente C. Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale* (Londres, 1968), págs. 127 en adelante. <<

[76] Citado en Stone, *Europe Trans formed*, págs. 316 317; ver también Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, pág. 106. <<

[77] Wright, *Study of War*, págs. 670-671, columnas 10-12; también es útil consultar Rothenberg, *The Army of Francis Joseph*, pág. 106. <<

[78] Sobre el estado de la armada austro-húngara, ver Halpern, *Mediterranean Naval Situation*, capítulo 6. El estado del ejército antes de 1914 está explicado en el excelente libro de Rothenberg, *The Army of Francis Joseph*, capítulos 9-12; N. Stone, «Moltke y Conrad: las relaciones entre los estados mayores alemán y austro-húngaro 1909-1914», en edición de Kennedy, *War Plans of the Great Powers 1880-1914*, págs. 222 en adelante; ídem, *The Eastern Front 1914-1917* (Londres, 1975), capítulo 4; *ídem* «El imperio austro-húngaro», en edición de May *Knowing One's Enemies*, págs. 37 en adelante. <<

[79] Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, pág. 159, también páginas 152 y 163. <<

[80] *Ibíd*, pág. 159. Y ver también Stone, «Moltke y Conrad», en la edición de Kennedy, *War Plans of the Great Powers*. <<

[81] Stone, «El imperio austro-húngaro», pág. 52. <<

[82] _ Ver aquí el ferviente y elegante alegato de P. W. Schroeder de que las grandes potencias (especialmente Gran Bretaña) deberían haber preservado el imperio austro-húngaro para salvar el *statu quo, World War I as a Galloping Gertie, Journal of Modern History*, vol. 44, nota 3 (1972), págs. 319-345. Esto no es

distinto que defender que después de 1945, Estados Unidos y Rusia deberían haber intentado preservar el imperio británico para evitar la inestabilidad subsiguiente en el Tercer Mundo. <<

[83] Sobre la política exterior francesa, ver el antiguo trabajo de E. M. Carroll, *French Public Opinion and Foreign Affairs 1880-1914* (Londres, 1931); G. F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Rus-sian Relations 1875-1890* (Princeton, Nueva Jersey, 1979); Andrew, *Théophile Delcassé and the Making o f the Entente Cordiale*; J. F. V. Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983). <<

[84] No hay ninguna historia a nivel extensivo de la política francesa de defensa en este período; pero hay detalles útiles en D. Porch, *The March to the Mame: The French Army 1871-1914* (Cambridge, 1981); P. M. de la Gorce, *The French Army: A Military Political History* (Nueva York, 1963), capítulos 1-5; R. D. Challenor, *The French Theory of the Nation in Arms 1866-1939* (Nueva York, 1955); así como las referencias de las notas 88-89 más abajo. <<

[85] Marder, *Anatomy of British Sea Power*, págs. 71-73, 86-87, 107-109, 124 en adelante; y las referencias de Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, capítulo 11, nota a pie de página, n. 27. <<

[86] El colonialismo francés y el imperio colonial francés están documentados en A. S. Kanya-Forstner, *The Conquest of the Western Sudan: A Study in French Military Imperialism* (Cambridge, 1969); R. Betts, *Tricoleur: The French Empire* (Londres, 1978); H. Brunschwig, *French Colonialism, 1871-1916: Myths and Realities* (Londres, 1966); R. Girardet, *Lidée coloniale en France de 1871 á 1962* (París, 1972); J. Ganiage, *L expansion coloniale de la France sous la Troisiéme Republique 1871-1914* (París, 1968). <<

[87] Un buen resumen de esta argumentación se halla en A. S. Kanya-Forstner, «La expansión francesa en África: la teoría

mítica», en edición de R. Owen y R. Sutcliffe, *Studies in the Therry of Imperialism* (Londres, 1972), págs. 285 en adelante. <<

[88] La política naval francesa está explicada brevemente en Jenkins, *History of the French Navy*, págs. 303 en adelante; Williamson, *Politics of Gran Strategy*, págs. 227 en adelante; Halpern, *Mediterranean Naval Situation*, págs. 47 en adelante; y T. Ropp, *The Development of a Modern Navy: French Naval Policy 1871-1904* (Annápolis, Maryland, 1987), todo en general. <<

[89] Esto puede explicar también por qué tantos historiadores han tendido a centrarse en las relaciones civil-militares en Francia, en vez de centrarse en la política militar *per se*. Por ejemplo, además de las obras señaladas en la nota 84 más arriba, ver R. Girardet, *La société militaire dans la France contemporaine* (París, 1953); G. Krumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War* (Leamington, Spa [GB], 1986). <<

[90] Para el texto siguiente, ver Milward y Saul, *Development of the Economies of Continental Europe 1850-1914*, capítulo 2; Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe*, capítulo 3; ídem, *Economic Forces in French History*, capítulo 9; Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, capítulo 3 (una investigación sofisticada y excelente); Rowley, *Evolution économique de la France du Milieu du XIX[eme] siécle á 1914*, todo en general; Caron, *Economic History of Modern France*, apart. 1; J. H. Chapham, *The Economic Development of France and Germany 1 815 1914* (Cambridge, 1948); R. Price, *The Economic Modernization of France* (Londres, 1975). <<

[91] Kemp, *Industrialization in Nineteenth-Century Europe*, páginas 71-72. <<

[92] La bibliografía sobre la Banca francesa y las inversiones en el extranjero es inmensa: para un breve resumen, ver Kindleberger, *Financial History of Western Europe*, págs. 225 en ade-

lante; Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, págs. 173 en adelante; R. Cameron, *France and the Economic Development of Europe* (Princeton, 1961), todo en general. Los préstamos rusos y la diplomacia franco-rusa está detallada en Girault, *Emprunts russes et investisements français en Russie 1887-1914* (París, 1973); y Krumeich, *Armaments and Politics ir France*, capítulo 6. <<

[93] Trebilcock, *Industrialization of the Continental Powers*, pág. 182. <<

[94] *Ibíd.*, pág. 158. <<

[95] Bairoch, «El Producto Nacional Bruto en Europa», pág. 281; *ídem*, «Niveles de industrialización internacional», pág. 297; Wright, *Study of War*, págs. 670-671. Ver también las meticulosas comparaciones de V. Hentschel, «Produktion, Wachstum and Produktivität in England, Frankreich und Deutschland von der Mitte des 19.Jahrhunderts bis zum Ersten Weltkrieg», *Vierteljahresschrift fur Sozial-und Wirtschaftsgeschichte, vol.* 68 (1981), págs. 457-510. Todo esto contradice bastante a Stone y su *Europe Transformed*; pág. 282. <<

[96] Ver la aplastante evidencia en Mitchell, *Victors and Vanquished*, capítulos 1-5, especialmente págs. 109 111. <<

[97] Porch, *March to the Mame*, pág. 227. <<

[98] Hay repetidos ejemplos de esta suerte de reclamaciones en E. Weber, *The Nationalist Revival in France 1905-1916* (Berkeley, California, 1959); H. Contamine, *La Revanche 1871-1914* (París, 1957); Krumeich, *Armament and Politics in France*, todo en general. <<

[99] *Ibíd*. Ver también Williamsom, *Politics of Grand Strategy*, capítulos 5 y 8; B. H. Liddell Hart, «Las ideas militares francesas antes de la Primera Guerra Mundial», en edición de M. Gilbert, *A Century of Conflict 1850-1950* (Londres, 1966), págs. 133-148. <<

[100] Para el texto siguiente, ver Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale*, todo en general; Keiger, *France and the Origins of the First World War*, capítulos 1 y 4. <<

[101] J. J. Becker, 1914: *Comment les Français sont entrés dans la guerre* (París, 1977); *J. Joll, The Origins of the First World War* (Londres/Nueva York, 1984), cap. 8. <<

[102] J. Remack, «1914, la tercera guerra balcánica: reconsideración de los orígenes», reimpresa en edición de Koch, *Origins of the First World War*, págs. 89-90. <<

[103] Fue la frase utilizada primero por R. Robinson y J. Gallagher, con A. Denny, *Africa and the Victorian: The Official Mind of Imperialism* (2.8 edición, Londres, 1981). Para una discusión de dicho término y de sus otras ideas, ver P. Kennedy, «Continuidad y discontinuidad en el imperialismo británico, 1815-1914», en edición de C. Eldridge, *British Imperialism in the Nineteenth Century* (Londres, 1984), págs. 20-38. <<

[104] Ver otra vez Bourne, *Britain and the Balance of Power in North America*, todo en general. Sobre el asentamiento de dichas diferencias y otros aspectos de la relación, ver B. Perkins, *The Great Rapprochement* (Nueva York, 1969). <<

[105] Gillard, *Struggle for Asia*, todo en general; F. Kazemzadeh, *Russian and Britain in Persia 1864-1914* (New Haven, Connecticut, 1968); E. Holzle, *Die Selbstentmachtung Europas*, págs. 85 en adelante. <<

[106] L. K. Young, *British Policy in China 1895-1902* (Oxford, 1970); P. Lowe, *Britain in the Far East: A Survey from 1819 to the Present* (Londres, 1981), capítulos 3-4. <<

[107] Hobsbawm, *Industry and Empire*, pág. 150. Ver también P. J. Cain, *Economic Foundations of British Overseas Expansion 1815-1914* (Londres, 1980), capítulo 9; W. G. Hynes. *The Economics of Empire: Britain, Africa and the New Imperialism 1870-1895* (Londres, 1979), todo en general; Cain y Hopkins, «Eco-

nomía política de la expansión británica de ultramar», págs. 485 en adelante. <<

[108] Para más detalles, ver los primeros capítulos de Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy*. <<

[109] Marder, *Anatomy of British Sea Power*, todo en general; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, capítulos 7-8; y J. Gooch, *The Plans o f the War: The General Staff and British Military Strategy 1900-1916* (Londres, 1974), con información sobre los planes navales y militares. <<

[110] En consecuencia, la literatura es inmensa y crece cada año. Hobsbawm, *Industry and Empire*, págs. 136 153, 172-185; Landes, *Unbound Prometheus*, págs. 326 358; y Mathias, *First Industrial Nation*, páginas 243-252, 306-334, 365-426, son todavía muy instructivas. Crouzet, *Victorian Economy*, págs. 371 en adelante, es una nueva y sucinta investigación. <<

[111] Citado por Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, página 315. <<

[112] Citado por Mansergh en *The Commonwealth Experience* (Londres, 1969), pág. 134. <<

[113] Kennedy, *Rise o f the Anglo-German Antagonism*, pág. 307 y todo en general, para citas similares. <<

[114] Cita de G. R. Serle, *The Quest for National Eficiency 1899-1914* (Oxford, 1971), pág. 5, con gran riqueza de detalles sobre este ánimo. <<

[115] Porter, *Lion's Share*, págs. 353-354. <<

[116] Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, pág. XXIX; Peacock y Wiseman, *Growth of Public expenditure in the United Kingdom*, página 166; Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, capítulo 17. <<

[117] Cifras de W. Woodruff, «El nacimiento de una economía industrial, 1700-1714», en edición de Cipolla, *Fontana Econo-*

mic History of Europe, vol. 4, apart. 2, *The Emergence of Industrial Societies*, pág. 707. <<

[118] Sobre este tema, ver el excelente trabajo de Porter, *Britain, Europe and the World*, todo en general. <<

[119] Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 195 en adelante. <<

[120] Mansergh, *Commonwealth Experience*, capítulo 5; D. H. Gordon, *The Dominion Partneship in Imperial Defense 1870-1914* (Baltimore, Maryland, 1965). <<

[121] Sobre esto, ver Ehrman, *Cabinet Government and War 1890-1940* (Cambridge, 1958); F. A. Johnson, *Defense by Committee* (Londres, 1960). <<

[122] Ver nota 102 más arriba. <<

[123] Magníficamente analizado por M. Howard en *The Continental Commitment* (Londres, 1972), todo en general. <<

[124] French, *British Economic and Strategic Planning*, todo en general; Kennedy, «Estrategia versus finanzas en el siglo XX británico», en *Strategy and Diplomacy*, págs. 89-106; y el estimulante tratamiento que le da Porter, en *Britain, Europe and the World*, capítulo 3. <<

[125] Citado en Fisher, *War of Illusions*, pág. 402. <<

[126] Las palabras son aquéllas de Buchanan, embajador británico, en Rusia, tal como lo cita K. Wilson en «El poder británico en el equilibrio europeo, 1906-1914», en edición de D. Dilks, *Retreat from Power. Studies in Britain's Foreign Policy in the Twentieth Century*, 2 vols. (Londres, 1981), vol. 1, pág. 39. <<

[127] Los cuales son, respectivamente, el subtítulo preliminar y el título principal de R. Ropponen, *Die Kraft Russlands: Wie beurteilte diepolitische und militarische Führung der europäischen Grossmächte in der Zeit von 1905 bis 1914 die Kraft Russlands?*

(Helsinki, 1968), una recopilación extraordinariamente completa. <<

[128] La sección siguiente sobre la economía rusa anterior a 1914 está basada en G. Grossman, «La industrialización de Rusia y la Unión Soviética», en edición de Cipolla, *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, apart. 2, págs. 486 en adelante; R. Munting, *The Economic Development of the USSR* (Londres, 1982), capítulo 1; O. Crisp, *Studies in the Russian Economy Before 1914* (Londres, 1976), especialmente capítulo 1, «El modelo de industrialización en Rusia, 1700-1914»; Seton-Watson, *Russian Empire*, págs. 506 en adelante, 647 en adelante; Blackwell, *Industrialization of Russia*, capítulo 2; M. E. Falkus, *Industrialization of Russia 1700-1914*, capítulos 7-9; Milward y Saul, *Development of the Economies of Continental Europe*, págs. 365-423; ver las comparaciones en la edición de Black de *Modernization of Japan and Russia*, todo en general; y las estadísticas en el antiguo trabajo de M. S. Miller, *The Economic Development of Russia 1905-1914* (Londres, 1926). <<

[129] Crisp, «Modelo de industrialización», págs. 4041. <<

[130] Munting, *Economic Development*, pág. 34; Girault, *Emprunts russes et investisements Français en Russie*, todo en general; y J. P. Machay, *Pioneer for Profit: Foreign Entrepreneurs and Russian Industrialization* (Chicago/Londres, 1970), todo en general. Sobre empresarios autóctonos, ver R. Portal, «Industriales moscovitas: el sector del algodón, 1861-1914», en edición de W. L. Blackwell, *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin* (Nueva York, 1974), págs. 161-196. <<

[131] Munting, *Economic Development*, pág. 31. Más en general, A. Gerschrenkon, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Massachusetts, 1962); M. Falkus, «Aspectos de la inversión extranjera en la Rusia zarista», *Journal of European Economic History, vol.* 8, apart. 1 (primavera de 1979), págs. 14-

16. Para un último y sofisticado diagnóstico (y por tanto complejo), ver P. Gatrell, *The Tsarits Economy 1850-1917* (Londres, 1986), todo en general. <<

[132] Ver tablas 14 - 18; y también las excelentes estadísticas comparadas de Nove, *An Economic History of the USSR* (Harmondsworth, Mddsx., 1969), págs. 14-15. <<

[133] Munting, *Economic Development*, pág. 27; Trebilcock, *Industrialization of the Continental Power*, págs. 216 en adelante y 247 en adelante. <<

[134] Grossman, «Industrialización de Rusia y la Unión Soviética», pág. 489. <<

[135] Ibíd., pág. 486. <<

[136] Lieven, *Russian and the Origins of The First World War*, página 4. Los capítulos 1 y 5 de Lieven son muy precisos en este aspecto, y lo mismo sucede con T. H. von Laue, *Sergei Witte and the Industrializacion of Russia* (Nueva York, 1963). <<

[137] Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, página 13; H. Rogge, *Russia in the Age of Modernization and Revolution 1881-1917* (Londres, 1983), págs. 77 en adelante; Falkus, «Aspectos de la inversión extranjera», pág. 10. <<

[138] Stone, *Europe Transformed*, págs. 257 en adelante (el libro es muy interesante en este aspecto). Ver también Seton-Watson, *Russian Empire*, págs. 541 en adelante; Milward y Saul, *Development of the Economies of Continental Europe*, págs. 397 en adelante; J. H. L. Keep, «Rusia», en NCMH; vol. 9, pág. 369. <<

[139] Stone, *Europe Transformed*, págs. 212-213. Ver también Blackwell, *Industrialization of Russia*, págs. 32 en adelante. <<

[140] Stone, *Europe Transformed*, pág. 244. <<

[141] Seton-Watson, *Russian Empire*, págs. 485 en adelante, 607 en adelante, 643 en adelante; Rogge, *Russia in the Age of Modernization and Revolution*, capítulo 9. Para la aversión del ejército

por los aspectos de política interna, ver J. Bushnell, *Mutiny and Repression: Russian Soldiers in the Revolution of 1905-1906* (Bloomington, Indiana, 1985), págs. 32 en adelante. <<

[142] Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, capítulo 5; *Joll, Origins of the First World War*, págs. 102 en adelante. <<

[143] Ver tablas 14 - 18. <<

[144] K. Neilson, «Observando la "apisonadora": los observadores británicos y el ejército soviético antes de 1914», *Journal of Strategic Studies, vol*. 8, núm. 2 (junio de 1985), pág. 213. <<

[145] Y no es muy sorprendente, ya que los «informes militares» desde los despachos de guerra en los países extranjeros incluían «geografía, topografía, etnografía, defensas, comercio, recursos, comunicaciones, condiciones políticas, etc…», ver T. G. Ferguson, *British Military Intelligence* 1870-1914 (*Frederick*), pág. 223. <<

[146] O. Crisp, citado en Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, pág. 9; y ver los detalles en J. Bushnell, «Campesinos uniformados: el ejército zarista como sociedad de campesinos» *Journal of Social History*, vol. 13 (1980), págs. 565-576. Ver también A. K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army* (Princeton, 1980), capítulos 1-2. <<

[147] La cita es de Fuller, «El imperio ruso», en edición de *May, Knowing One's Enemies*, pág. 114 y todo el libro en general. Aquí también es importante J. Bushnell, «El cuerpo de funcionarios del Zar, 1881-1914; costumbres, deberes, errores», *American Historical Review, volumen* 86 (1981), págs. 753-780; P. Kenez, «El cuerpo de funcionarios ruso antes de la revolución: el espíritu militar», *Russian Review*, volumen 31 (1972), págs. 226-236. El estudio de Bushnell, *Mutiny and Repression*, contiene datos muy reveladores y lo mismo sucede con W. C. Fuller, *Civil-*

Military Conflict in Imperial Russia 1881-1914 (Princeton, Nueva Jersey, 1985). <<

[148] Fuller, «El imperio ruso», todo en general. A. K. Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, capítulos 1-2; B. Lincoln, *Passage Through Armageddon: The Russian in the War and the Revolution 1914-1918* (Nueva York, 1986), págs. 52 en adelante. <<

[149] Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, páginas 149-150. Stone, *Eastern Front*, pág. 134, del que procede la cita. <<

[150] Las confusiones de los planes prebélicos aparecen recogidas por Stone, *Eastern Front*, págs. 30 en adelante; Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, capítulo 5; L. C. F. Turner, «La movilización rusa en 1914», versión revisada, de Kennedy, *War Planns of the Great Powers*, 252-262; Fuller, "El imperio ruso", págs. 111 en adelante. <<

[151] Mitchell, *History of Russian and Soviet Sea Power*, pág. 279. <<

[152] Doran y Parsons, «La guerra y el ciclo de poder relativo», pág. 956. <<

[153] D. M. Pletcher, «1861-1898: Desarrollo económico y ajustes diplomáticos», en edición de W. H. Becker y S. F. Wells, *Economics and World Power. An Assessment of American Diplomacy Since 1789* (Nueva York, 1984), pág. 120. Para otras investigaciones sobre este desarrollo, ver M. L. Eysenbach, *American Manufactured Exports 1897-1914: A Estudy of Growth and Comparative Adventage* (Nueva York, 1976); H. G. Vatter, *The Drive to Industrial Matutrity: The U.S. Economy, 1860-1914.* (Westport, Connecticut, edición de 1975). <<

[154] Stone, *Europe Transformed*, págs. 211 en adelante; R. M. Robertson, *History* of *American Economy* (Nueva York, edición de 1975), capítulo 13. <<

[155] Barraclough, *Introduction to Contemporary History*, pág. 51. <<

[156] Tomado de Q. Wright, *Study Of* World, págs. 670-671, con mis cálculos de la renta per cápita. <<

[157] Ver tablas 15 - 16, pero comparar con Taylor, *Struggle for Mastery in Europe*, pág. 30. <<

[158] Farrar, *Arrogance and Anxiety*, pág. 39, nota 168. <<

[159] Ibíd., D. H. Aldcroft, *From Versailles to Wall Street: The international Economy in the 1920's* (Berkeley/Los Ángeles, 1977), página 98, tabla 4. <<

[160] Keylor, *Twentieth Century World*, pág. 39; comparar con Crouzet, *Victorian Economy*, pág. 342, nota 153. <<

[161] Woodruff, *America's Impact on the* World, pág. 161. <<

[162] W. LaFeber, *The New Empire: An interpretation of America Expansion 1860-1898* (Ithaca, Nueva York, 1963); A. W. Williams, *The Roots of the Modern American Empire* (Nueva York, 1969). Para una investigación más en profundidad de la política exterior norteamericana, ver T. A. Bailey, *A Diplomatic History of American People* (Nueva York, edición de 1974); R. D. Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century* (Nueva York/Oxford, 1984), capítulos 2-3. <<

[163] Pletcher, «1861-1898», págs. 124 en adelante; T. McCormick, *China Market: America Quest's for Informal Empire* (Chicago, 1967); D. G. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921* (Princeton, Nueva Jersey, 1964); E. R. May, *Imperial Democracy: The Emergence of America as a Great Power* (Nueva York, 1961), págs. 5-6; Perkins, *Great Rapprochement*, págs. 122 en adelante. <<

[164] Para un análisis crítico, ver M. de Ceceo, *Money and Empire: The International Gold Standard 1890-1914* (Oxford, 1974), págs. 110-126; para la crisis de 1907 ver J. H. Clapham, *The*

Economic History Of Moderas Britain, 3 vols. (Cambridge, 1938), vol. 3, págs. 55 en adelante. <<

[165] Hay toneladas de papel escrito sobre los motivos y las acciones del imperialismo norteamericano entre 1895 y 1914. Aparte de las referencias anteriores en las notas 162 y 163, ver también R. Dallek, *The American Style of Foreign Policy* (Nueva York, 1983), capítulos 1-3; E. R. May, *American Imperialism: A Speculative Essay* (Nueva York, 1968); G. F. Linderman, *The Mirror of War: American Society and the Spanish-American War* (Ann Arbor, Michigan, 1974); Howard K. Beale, *Theodore Roosevelt and the Rise of America to World Power* (Nueva York, edición de 1962). <<

[166] Dallek, *American Style of Foreign Policy*, pág. 23. <<

[167] Beale, *Theodore Roosevelt and the Rise of America to World Power*, todo en general: Dallek, *American Style of Foreign Policy*, capítulo 2; Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century*, págs. 24-38. <<

[168] Ver especialmente las críticas en G. F. Kennan, *American Diplomacy* (Chicago, edición de 1984), capítulos 1-3; y Dallek, *American Style of Foreign Policy*, todo en general. <<

[169] El crecimiento naval y su política está muy documentado en la actualidad. Aparte de Potter, *Sea Power*, capítulos 15, y 17-18, ver K. J. Hagan, *In Peace and War: Interpretations of America Naval History 1775-1978* (Westport, Connecticut, 1978), capítulos 9 10; W. R. Braisted, *The United States Navy in the Pacific*, 2 vols. (Austin, Texas, 1958 y 1971) y los primeros trabajos de Sprout, *The Rise of American Naval Power 1776-1918* (Princeton, Nueva Jersey, edición de 1946), y W. Mills, *Arms and Men* (Nueva York, 1956), capítulo 2. <<

[170] Aparte del importante trabajo de Braisted, ver también R. D. Challenor, *Admirals, Generals, and American Foreign Policy 1898-1914* (Princeton, Nueva Jersey, 1973); J. A. S. Grenville y

G. B. Young, *Politics, Strategy and American Diplomacy: Studies in Foreign Policy 1873-1917* (New Haven, Connecticut, 1966). <<

[171] Challenor, *Admirals, Generals and American Foreign Policy*, todo en general; H. H. Herwig, *Politics of Frustration: The United States in the German Naval Planning 1889-1941* (Nueva York, 1976). Para la mejoría en las relaciones angloamericanas, ver C. S. Campbell, *From Revolution to Rapprochement: The United States and Greca Britain 1783-1900* (Nueva York, 1974), capítulos 13 y 14. <<

[172] Millet y Maslowski, *For the Common Defense*, capítulos 9-10. Para más detalles ver D. F. Trask, *The War with Spain in 1898* (Nueva York, 1981); y G. A. Cosmas, *An Army for Empire: The United States Army in the American-Spanish War* (Columbia, Missouri, 1971). También muy útil, para ver el cambio de actitudes, J. L. Abrahamson, *America Arms for a New Century* (Nueva York, 1981); R. Weigley *History of the United States Army*, capítulos 13-14. <<

[173] Ver una vez más tablas 14 - 20. <<

[174] F. Gilbert, *The End of the European Era, 1890 to the Present* (3.ª edición, Nueva York, 1984), pág. 110. Para un análisis detallado de estas décadas, ver Taylor, *Struggles for Mastery in Europe*, págs. 325 en adelante; Bridge y Bullen, *Great Powers and the European State System*, capítulos 6-8; Albrecht-Carrié, *Diplomatic History of Europe Since the Congress of Vienna*, págs. 207 en adelante; Barlett, *Global Conflict*, capítulos 2-3. <<

[175] B. Waller, *Bismarck and the Crossroads: The Reorientation of Gennan Foreign Policy after Congress of Berlin 1878-1880* (Londres, 1974), pág. 195. Ver también Taylor, *Struggle for Mastery*, págs. 258 en adelante; y Kennan, *Decline of Bismarck's European Order*, págs. 73 en adelante. <<

[176] Kennan, *Decline of Bismarck's European Order*, todo en general; y del mismo *The Fateful Alliance: France, Russia and the*

Coming of the First World War (Nueva York, 1984), todo en general. El lado alemán está muy documentado en N. Rich, *Friedrich von Holstein*, 2 volúmenes (Cambridge, 1965), vol. 1, todo en general. <<

[177] El argumento de que la escena europea estaba «estabilizada» en la década de 1890, permitiendo la vuelta a los temas coloniales, aparece recogida en W. L. Langer, *The Diplomacy* of *Imperialism 1890-1902* (Nueva York, edición de 1951), todo en general. <<

[178] Frase de Langer: ver *ibíd*., capítulo 13; y más en general, Padfield, *Battleship Era*, capítulo 14. <<

[179] Sobre esta transformación ver otra vez Perkins, *Great Rapprochement*, todo en general; Campbell, *From Revolution to Rapprochement*, capítulo 14. <<

[180] El trabajo utilizado normalmente es el de I. H. Nish, *The Anglo-Japanese Alliance* (Londres, 1966); pero ver también C. J. Lowe, *The Reluctant Imperialist: British Foreign Policy 1878-1902*, 2 vols. (Londres, 1967), vol. 1, capítulo 10. <<

[181] Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe*, capítulo 18; Andrew, *Delcassé and the Making* of *the Entente Cordiale*, todo en general; Albrecht-Carrié, *Diplomatic History*, págs. 232 en adelante. Ver también los comentarios de M. Behnen, *Rüstung Bündnis-Sicherheit* (Tubinga, 1985). <<

[182] La mejor documentación sobre el tema está en Andrew, *Delcassé*, todo en general; y G. L. Monger, *The End of Isolation: British Foreign Policy 1900-1907* (Londres, 1963). <<

[183] O. J. Hale, *Germany, and the Diplomatic Revolution 1 904 1906* (Filadelfia, 1931); Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, capítulo 14. <<

[184] Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, págs. 268 en adelante; más detalles en B. Vogel, *Deutsche Russlandpolitik*

1900-1906 (Düsseldorf, 1973). <<

[185] Los complejos acontecimientos aparecen explicados en las obras de Taylor, Monger, Andrew, Rich y Kennedy, citados más arriba. Ver también H. Raulff, *Zwischen, Machtpolitik und Imperialismus: Die deutsche Frankreichpolitik 1904-1905* (Düsseldorf, 1976); y el excelente libro de Lambi, *Navy and German Power Politics 1862-1914*, capítulo 13. <<

[186] Taylor, *Struggle for Mastery*, capítulo 19; Z. Steiner, *Britain and the Origins of the First World War* (Londres, 1977), capítulos 2 y siguientes. Sobre la respuesta rusa a la humillación de 1909, ver Lieven, *Russia and the Origin of the First World War*, págs. 36 en adelante. <<

[187] Steiner, *Britain and the Origins of the First World War*, páginas 200 en adelante; Williamson, *Politics of Grand Strategy*, todo en general, y especialmente capítulo 7. <<

[188] El estudio más detallado de estos acontecimientos es el de L. Albertini, *The Origin of the War of* 1914, 3 vols. (Londres, 1952-1957); pero hay informes sucintos en L. C. F. Turner, *Origins of the First Wordl War* (Londres, 1970); J. Joll, *Origins Of the First World War*, capítulos 2-3; y Langhorne, *Collapse Of the Concert Of Europe*, capítulos 6-7. <<

[189] Los trabajos sobre los planes de guerra anteriores a 1914 son muy abundantes; ver las investigaciones de P. M. Kennedy (edición), *The War Planns of the Great Powers 1880-1914* (Londres/Boston, 1979); S. E. Miller, *Military Strategy and the Origins Of the First World War* (Princeton, Nueva Jersey, 1985); J. Snyder, *The Ideology Of the Offensive* (Ithaca, Nueva York, 1984). <<

[190] Strachan, *European Armies and the Conduct Of World*, capítulo 9; B. E. Schmitt y H. C. Vedeler, *The World in the Crucible 1914-1919* (Nueva York, 1984), págs. 62 en adelante. <<

[191] Kennedy, *Rise an Fall Of British Naval Mastery*, capítulo 9. <<

[192] Para ver este argumento, consultar L. L. Farrar, *The Short-War Illusion* (Santa Bárbara, California, 1973), todo en general. <<

[193] Sobre esto ver la sucinta información de Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century*, págs. 62 en adelante; y más detalladamente T. M. Smith, *The Great Departure: The United States and World War I, 1914-1920* (Nueva York, 1965); P. Deblin, *Too Proud To Fight: Woodrow Wilson's Neutrality* (Nueva Yoik, 1975); E. R. May, *The World War and American Isolation* (Chicago, edición de 1966); A. S. Link, *Wilson*, 5 vols. hasta la fecha (Princeton, Nueva Jersey, 1947-1965), volúmenes 3-5. <<

[194] Bosworth, Italy, *The Least* of *the Great Powers*, aquí la información es mejor. <<

[195] Sobre estas maniobras de distracción, ver P. Guinn, *British Strategy and Politics 1914-1918* (Oxford, 1965); Beloff, *Imperial Sunset, vol. 1,* capítulo 5; y D. French, *British Strategy and War Aims 1914-1916* (Londres/Boston, 1986), todo en general. <<

[196] Rothenberg, *Army Of Francis Joseph*, capítulos 12-14, es un excelente análisis de la política militar austro-húngara —incluyendo sus puntos fuertes y debilidades— durante la guerra. <<

[197] Sobre esta argumentación, ver Steiner, *Britain asid the Origins of the First World War*, capítulo 9; Kennedy, *Rise of the Anglo-German Antagonism*, págs. 458 en adelante. <<

[198] Para una argumentación mucho más extensa en esta línea, ver Kennedy, *British Naval Mastery*, cap. 9. <<

[199] Ibíd. <<

[200] Strachen, *European Armies and the Conduct of War*, capítulo 9; y ver también el excelente análisis del problema que hacen S. Bidwell y D. Graham, *Fair power: British Army Weapons and Theories of War 1904-1945* (Londres, 1982), capítulos 4-8. Para una investigación más sucinta, ver B. Bond, «La Primera Guerra Mundial», en *NCMH*, volumen 12, capítulo 7. <<

[201] Un excelente ejemplo es Stone, *Eastern Front*, págs. 265 en adelante. <<

[202] Van Creveld, *Supplying War*, capítulo 4, resulta muy convincente en este aspecto. Ver también la crítica de G. Ritter, *The Schlieffen Plan* (Nueva York, 1958), y de L. F. Turner, «El significado del plan Schlieffen», en la edición de Kennedy, *War Plans of the Great Powers*, págs. 199-221. <<

[203] Para más detalles, ver Stone, *Eastern Front*, capítulos 3-8; Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible, capítulos* 4-5; B. H. Liddell Hart, *History of First World War* (Londres, edición de 1970), capítulos 4-5; Lincoln, *Passage Through Armageddon*, capítulos 2-4. <<

[204] Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, capítulo 6; J. L. Stokesbury, *A Short History of World War I* (Nueva York, 1981), capítulos 11-12. <<

[205] Ver por ejemplo, Stone hablando de Rusia en *Eastern Front*, capítulo 9; o Barnett sobre Gran Bretaña en *Collapse of British Power*, págs. 113 en adelante; o McNeill sobre Francia, en *Pursuit of Power*, págs. 318 en adelante. <<

[206] Aparte de la excelente investigación general de McNeill, ver también G. Hardach, *The First World War 1914-1918* (Londres, 1977), especialmente capítulos 4 y 6; y A. Marwick, *War and Social Change in the Twentieth Century* (Londres, 1974), capítulos 2-3. <<

[207] Ver otra vez Rothenberg, *Army of Francis Joseph*, caps. 12-14; para los problemas internos, ver Kann, *History of the Habs-*

burg Empire, capítulo 9; A. J. May, *The Passing of the Habsburg Monarchy 1914-1918*, 2 vols. (Filadelfia, Pennsilvania, 1966), todo en general. <<

[208] Ver especialmente el artículo de J. Gooch, «Italia durante la Primera Guerra Mundial», en la recopilación editada por A. Millett y W. Murray, *Military Effectiveness*, a punto de salir. <<

[209] J. A. S. Grenville, *A World History of the Twentieth Century 1900-1945* (Londres, 1980), vol. 1, págs. 218-219. <<

[210] Stone, *Eastern Front*, todo en general, contiene excelentes detalles (aunque su tesis sobre los éxitos industriales de Rusia plantea ciertos interrogantes). Ver también Seton-Watson, *Russian Empire*, págs. 698 en adelante; y D. R. Jones, «Las Fuerzas Armadas de la Rusia imperial en la guerra 1914-1918: un análisis de la eficacia en combate», en edición de Millett y Murray, *Military Effectiveness*. El papel de los industriales de Moscú y sus disputas con los Ministerios está detallado en la obra de H. Siegelbaum, *The Politics of Industrial Mobilization in Russia 1914-1917* (Nueva York, 1984); y hay muchos más detalles en A. L. Sidorov, *The Economic Position of Russia During the First World War* (Moscú, traducción de 1973). Los propios esfuerzos del zar son examinados por D. R. Jones, «Nicolás II y el Alto Mando», Sbornik, vol. 11 (1985), págs. 47-83. <<

[211] Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, págs. 188-189. Esta cita es de N. Golovine, *Russian Army in the World War* (New Haven, 1932), pág. 281. Para el número de víctimas y el descontento por el llamamiento de la «segunda categoría», ver Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, capítulo, y la rigurosa investigación de Lincoln, *Passage Trough Armageddon*, todo en general. <<

[212] G. Pedrocini, *Les mutineries de 1917* (París, 1967), es el mejor de una serie de estudios sobre esta crisis. <<

[213] McNeill, *Pursuit of Power*, pág. 322, con una buena síntesis de todo lo publicado sobre el tema. Ver también Hardach, *First World War*, págs. 86 en adelante y 131 en adelante. <<

[214] Ver el antiguo trabajo de M. Ange-Laribé, *L agriculture pendant la guerre* (París, 1925), así como la información de los libros de Hardach y McNeill. <<

[215] Cifras de Stokesbury, *Short History of World War I*, pág. 289. <<

[216] Kennedy, «Gran Bretaña antes de 1914», en edición de May, *Knowing One's Enemies*, págs. 172-204; French, *British Economic and Strategic* Planning, todo en general. <<

[217] Ver otra vez Barnett, *Collapse of British Power*, págs. 113 en adelante; Hardach, *First World War*, págs. 77 en adelante; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 325 en adelante; R. J. Q. Adams, *Arms and the Wizard: Lloyd George and the Ministry of Munitions 1915* (Londres, 1978), todo en general. <<

[218] Cifras de Hardach, *First World War*, pág. 87. <<

[219] Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, pág. 146, con las cifras extraídas de las tablas de Peacock y Wiseman, *Growth* of *Public Expenditure in United Kingdom*. <<

[220] Bond, «La Primera Guerra Mundial», todo en general, en *NCMH*, volumen 12; Guinn, *British Strategy and Politics*, todo; Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, capítulos 6-8; D. R. Woodward, *Lloyd George and the Generals* (Newark, Nueva Jersey, 1983). <<

[221] Citado por Beloff, *Imperial Sunset, vol. 1,* pág. 255. Para más detalles, ver K. Burk, *Britain, America and the Sinews of War 1914-1918* (Londres/Boston, 1985). <<

[222] F. S. Northedge, *The Troubled Giant: Britain Among the Great Powers* (Londres, 1966), pág. 263. <<

[223] Bien documentado en T. Lupfer, «La dinámica de la doctrina: los cambios en la doctrina táctica alemana durante la Primera Guerra Mundial», *Leavenworth Papers*, n. 4 (Forth Leavenworth, Kansas, 1981); y Van Creveld, *Command in War*, págs. 168 en adelante. <<

[224] Hardach, *First World War*, págs. 55 en adelante; G. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany 1914-1918* (Princeton, Nueva Jersey, 1966). <<

[225] Véase la aprensiva consideración de esto en Beloff, *Imperial Sunset*, págs. 239 en adelante, 246 en adelante y 271. <<

[226] Hardach, *The First World War*, págs. 63 en adelante; McNeill, *Pursuit of Power*, págs. 338 en adelante; Bond, «La Primera Guerra Mundial», págs. 198-199, en *NCMH, vol*. 12. <<

[227] Hay más detalles en A. Skalweit, *Die Deutsche Kriegsnährungswirtschaft* (Berlín, 1927), con un resumen en Hardach, *First World War*, págs. 112 en adelante. Sobre el impacto de la guerra en el pueblo alemán, ver J. Kocka, *Facing Total War: German Society 1914-1918* (Leamington, Spa, Warwick, 1984), capítulos 2 y 4; la cita es de McNeill, *Pursuit of Power*, pág. 340. <<

[228] Ver referencias más arriba, en la nota 193. Para un resumen historiográfico, ver D. M. Smith, «Intereses nacionales e intervención americana, 1917: una valoración histórica», *Journal of American History, vol*. 52 (1965), págs. 5-24. <<

[229] La contribución americana está hábilmente resumida en el libro de Millett y Maslowski, *For the Common Defense*, capítulo 11; Weigley, *History of the United States Army*, capítulo 16; T. K. Nenninger, «La eficacia militar americana en la Primera Guerra Mundial», incluyendo en la edición de Millett y Murray, «Eficacia Militar» (que se publicará próximamente). <<

[230] Strachan, *European Armies and the Conduct of War*, pág. 148. Ver también los instructivos detalles de Ritter, *The Sword*

and the Scepter, 4 vols. (Londres, 1975), vol. 4, págs. 119 en adelante, 229 en adelante. <<

[231] Bond, «La Primera Guerra Mundial», *NCMH*, vol. 12, pág. 199, que suministra esas cifras; Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, página 261. Para estudios detallados sobre la campaña de 1918, ver J. Toland, No *Man's Land. The Story of 1918* (Londres, 1980); H. Escame, *The Battle for Europe 1918* (Nueva York, 1972); *B. Pitt, 1918, The Last Act* (Nueva York, 1962). <<

[232] Para los detalles, ver Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, págs. 255 en adelante y 376 en adelante; A. J. Ryder, *The German Revolution of 1918* (Cambridge, 1967), todo en general. <<

[233] J. Keegan, *The Face of Battle* (Harmondsworth, Middle Sussex, 1978), todo en general; J. Williams, *The Home Fronts: Britain, France and Germany 1914-1918* (Londres, 1972); A. Marwick, *The Deluge-British Society in the First World War* (Londres, 1965); ídem, *War arid Social Change, in the Twentieth Century*, capítulos 2-3. <<

[234] Este tema está presente en los libros de Kennan; por ejemplo, ver *Decline of Bismarck's European Order*, pág. 3. En una línea similar está Hazle, *Die Selbstentmachtung Europas*. Para investigaciones de impacto psicológico-cultural y que aludan a las publicaciones más detalladas sobre el tema, ver Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, págs. 476 en adelante, y J. Joll, *Europe Since 1870* (Londres, 1973), especialmente capítulo 11. <<

[235] Ver las anécdotas de M. Middlebrook, *The Kaiser's Battle: 21 March 1918* (Londres, 1978). <<

[236] Las cifras de gastos de la guerra son de Hardach, *First World War*, pág. 153; el total de fuerzas movilizadas procede de la edición de Barraclough del *Atlas of World History*, pág. 252. <<

Capítulo VI

[*] Es decir, la directiva de después de 1919, de que los servicios armados debían fundar sus cálculos en la presunción de que no se verían envueltos en una guerra importante en los próximos diez años. <<

[**] Es decir, su producción en 1929 fue equivalente a la que probablemente habría alcanzado en 1921, si no hubiese habido guerra y hubiese continuado el ritmo de crecimiento de antes de 1913. <<

[1] Para los acuerdos de 1919-1923, ver el tratamiento general del tema en *NCMH, vol.* 12, capítulo 8; Albrecht-Carrié, *Diplomatic History of Europe*, págs. 360 en adelante; G. Ross, *The Great Powers and the Decline of the European States System 1914-1945* (Londres, 1983), capítulo 3; R. J. Sontag, *A Broken World 1919-1939* (Nueva York, 1971), capítulos 1 y 4; M. L. Dockrill y J. D. Goold, *Peace Without Promise: Britain and the Peace Conferences 1919-1923* (Londres, 1976), capítulo 1. <<

[2] Ross, *Great Powers*, capítulo 4; Marks, *Illusion of Peace*, capítulo 3; A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Harmondsworth, Middle, edición de 1964), capítulo 3; J. Jacobsen, *Locarno Diplomacy: Germany and the West 1925-1929* (Princeton, Nueva Jersey, 1972); y G. Grun, «Locarno, ideal y realidad», *International Affairs, vol.* 31 (1955), págs. 477-485, es mejor para esto. <<

[3] Las publicaciones sobre las reparaciones y deudas de la guerra se ha convertido en una avalancha. Entre las obras más importantes que han salido recientemente, destacan, M. Trachtenberg, *Reparation in World Politics: France and European Diplomacy* 1914-1924 (Princeton, Nueva Jersey, 1978); H. Rupieper, *The Cuno Government and Reparations* 1922-1923 (Londres, 1979); S. A. Shuker, *The End of French Predominance in Europe: The Financial Crisis of* 1924 *and the Adoption of the Dawes Plan*

(Chapel Hill, Nueva Caledonia, 1976); D. F. Silverman, *Reconstructing Europe After the Great War* (Cambridge, Massachusetts, 1982). Marks, *Illusion of Peace*, capítulo 2, también es útil, y hay un buen resumen en Kindleberger, *Financial History o f Western Europe*, apartado 4. <<

[4] D. H. Aldcroft, *From Versailles to Wall Street* 1919-1929 (Londres, 1977), pág. 13. Éste es un buen resumen de todos los estudios post-1919 que se han hecho (a menudo patrocinados por la Fundación Carnegie) sobre «los costes de la guerra», así como de la bibliografía más reciente. <<

[5] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, pág. 14. <<

[6] Aldcroft, *The European Economy* 1914-1980 (Londres, 1978), página 19. <<

[7] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, págs. 3435 y 98 en adelante. <<

[8] Rostow, *World Economy*, págs. 194-200, tiene un buen compendio, pero ver también Kenwood y Loughed, *Growth of the* International *Economy*, capítulo 11; A. S. Milward, *The Economic Effects of the World War in Britain* (Londres, 1970), todo en general; Landes, *Unbound Prometheus*, capítulo 6. <<

[9] I. Svennilson, *Growth and Stagnation in the European Economy* (Ginebra, 1954), págs. 204-205. <<

[10] Farrar, *Arrogance and Anxiety*, pág. 39, nota 17. <<

[11] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, capítulo 1 y págs. 99-101; Kenwood y Loughed, *Growth of the* International *Economy*, páginas 176 en adelante. Para detalles sobre el colapso de los precios de la agricultura americana después de 1919, ver Robertson, *History of the American Economy*, pág. 515. <<

[12] Para un buen compendio, ver Hardach, *First World War*, capítulo 6; también Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, págs. 30 en adelante. <<

[13] Ver las referencias más arriba, en la nota 3; y Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, capítulo 4. <<

[14] Ver la edición de Rowland de *Balance of Power or Hegemony: The Inter-War Monetary System; C. P.* Kindleberger, *The World in Depression 1929-1939* (California, 1973), todo en general, pero especialmente capítulos 1 y 4; A. Fishlow, «Lecciones del pasado: el mercado del capital durante el siglo XIX y el período de entreguerras», *International Organization, vol.* 39, n. 3 (1985), especialmente págs. 415-427. También hay un buen análisis en la obra de Kennedy, *Over Here*, págs. 334-347. <<

[15] Para un análisis de esos acontecimientos, ver Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, capítulos 7-11: Kindleberger, *World in Depression*, capítulos 3-9; ídem, *Financial History of Western Europe*, capítulo 20. <<

[16] Kindleberger, *World in Depression*, pág. 231; Rowland, «Preparando la ascendencia americana: la transferencia del poder económico desde Gran Bretaña a los Estados Unidos, 1933-1944», en edición de Rowland, *Balance of Power or Hegemony*, págs. 198 en adelante. Para la cita de Chamberlain, ver D. Reynolds, *The Creation of the Anglo-American Alliance 1937-1961* (Londres, 1981), pág. 16 y todo en general; también C. A. McDonald, *The United States, Britain and Appeasement 1936-1939* (Londres, 1980). <<

[17] A. J. P. Taylor, *The Trouble-Makers: Dissent over Foreign Policy 1789-1939* (Londres, edición de 1969), capítulos 4-6; Z. S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy 1898-1914* (Cambridge, 1969), todo en general; G. A. Craig y A. L. George, *Force and Statecraft: Diplomatic Problems of Our Time* (Oxford, 1983), capítulo 5. <<

[18] Ver por ejemplo, L. Martin, *Peace Without Victory-Woodrow Wilson and the English Liberals* (Nueva York, edición de 1973); Taylor, *Trouble-Makers*, capítulo 5. <<

[19] A. J. Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy* (Nueva York, edición de 1970), todo en general; S. R. Grabaud, *British Labour and the Russian Revolution 1917-1924* (Cambridge, Massachusetts, 1956); F. S. Northedge y A. Wells, *Britain and Soviet Communism: The Impact of Revolution* (Londres, 1982), capítulo 8. <<

[20] G. Schmidt, «Wozu *noch politische Geschichte?» Aus Politik undZ eitgeschichte*, B 17/75 (abril de 1975), págs. 32 en adelante. <<

[21] Mayer, *Politics and Diplomacy of Peacemaking: Containment and Counter-Revolucion at Versailles 1918-1919* (Londres, 1968); Joll, *Europe Since 1870*, capítulo 9, «Revolución y contrarrevolución». También hay muchos detalles sobre esos miedos a la revolución en C. S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe* (Princeton, Nueva Jersey, 1975), especialmente capítulo 1. <<

[22] Joll, *Europe Since 1870*, capítulos 9-12; Sontag, *Broken World*, págs. 24 en adelante. <<

[23] Schmitt y Vedeler, *World in the Crucible*, págs. 476 en adelante; Bengonzi, *Heroes Twilight* (Nueva York, 1966); P. Fussell, *The Great War and Modern Memory* (Nueva York, 1975); comparar con Barnett, *Collapse of British Power*, págs. 426 en adelante. <<

[24] Ver otra vez Joll, *Europe Since 1870*, págs. 262 en adelante; Gollwitzer, *Geschichte des Weltpolitischen Denkens*, vol. 2; págs. 538 en adelante; A. Hamilton, *The Appeal o f Fascism* (Londres, 1971); P. Hayes, *Fascism* (Londres, 1973), todo en general; R. A. L. Waite, *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Gennany* (Cambridge, Massachusetts, 1952), todo en general; J. Diehl, *Paramilitary Politics in Weimar Germany* (Bloomington, Indiana, 1977). <<

[25] D. Caute, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973); Northedge y Wells, *Britain and Soviet Communism*, capítulos 6-8. <<

[26] Para lo siguiente, ver el excelente análisis de Barraclough, *Introduction to Contemporary History*, capítulo 6, «La rebelión contra el Oeste»; y los mapas en la edición de Barraclought del *Atlas of World History*, págs. 248, 260-261. Ver también Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens, vol.* 2, págs. 575 en adelante; *NcMh*, vol. 12, capítulos 10-12; H. Bull y A. Watson, *The Expansion of International Society* (Oxford, 1984), especialmente apart. 3; R. F. Holland, *European Decolonization 1918-1981* (Londres, 1985), capítulo 1; H. Griml, *Decolonization: The British, French, Dutch, and Belgiam Empires 1919-1963* (Londres, 1978), capítulos 1-3. <<

[27] Un buen ejemplo en el lado británico, ver B. R. Tomlinson, *The Political Economy of the Raj 1914-1947* (Cambridge, 1979), todo en general; más en general, Tomlinson, «La depresión de Inglaterra: declive nacional y pérdida del imperio», *Journal of Imperial and Commonwealth History, vol. 11* (1982), págs. 58-72; Thornton, *Imperial Idea and its Enemies,* capítulos 4-6; Beloff, *imperial Sunset, vol. 1,* capítulo 6. <<

[28] Barraclough, *Introduction to Contemporary History*, págs. 156-158. <<

[29] Storry, *Japan and the Decline of the West in Asia*, págs. 107 en adelante; Grenville, *World History of the Twentieth Century*, págs. 117 en adelante; Keylor, *Twentieth Century World*, págs. 229 en adelante; Gollwitzer, *Geschichte des weltpolitischen Denkens, vol.* 2, págs. 575 en adelante. <<

[30] A. Iriye, *After Imperialism: The Search for a New Order in the Far East 1921-1931* (Nueva York, edición de 1978), todo en general. <<

[31] Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse*, capítulo 13; *NCMH, vol.* 12, págs. 319, 324-325; C. M. Andrew y A. S. Kanya-Forstner, *The Climax of French Imperial Expansion 1914-1924* (Stanford, California, 1981), pág. 246. <<

[32] Howard, *Continental Commitment*, págs. 56 en adelante; B. Bond, *British Military Policy Between the Two World Wars* (Oxford, 1980), capítulos 1, 3-4. <<

[33] Para una discusión de esta «continuidad» en la política alemana después de 1919, ver el tratamiento general que hace Calleo, *German Problem Reconsidered*, todo en general; Gruner, *Die deutsche Frage*, páginas 126 en adelante; Hillgruber, *Germany and the Two World Wats*, todo en general. Ver también dos importantes nuevas obras: G. Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion: Nazi Ideology and Foreign Policy in the 1920's* (Leamington Spa, Warwickshire, 1986); M. Lee y W. Michalka, *German Foreign Policy 1917-1933: Continuity or Break?* (Leamington Spa, Warwickshire, 1987). <<

[34] Taylor, *Origins of the Second World War*, pág 48. <<

[35] *Ibíd*. Para otras investigaciones del «balance» post 1919, ver DePorte, *Europe Between the Superpowers*, capítulo 3; Thomson, *Europe Since Napoleon, págs. 622* en adelante; Ross, *Great Powers and the Decline of the European States System*, capítulos 3-6. <<

[36] E. M. Bennett, *German Rearmament and the West* 1932-1933 (Princeton, Nueva Jersey, 1979), págs. 92 en adelante. La información es bastante correcta. <<

[37] P. Wandycz, *France and Her Eastern Allies* 1919-1925 (Minneapolis, 1962), todo en general; y el clásico y antiguo trabajo de A. Wolfers, *Britain and France Between Two Wars* (Nueva York, edición de 1966), especialmente capítulo 8. Los esfuerzos tardíos de Francia para contener a Alemania en el este de Europa han sido investigados por L. Radice, *Prelude to Appeasement, East Central European Diplomacy in the Early* 1930's (Nueva York, 1981), capítulos 3-4. <<

[38] W. N. Medlicott, *British Foreign Policy Since Versailles* 1919-1963 (Londres, 1968), págs. 61-63; Ross, *Great Powers*,

pág. 57; A. Orde, *Britain an International Security* 1920-1926 (Londres, 1978), todo en general. Sobre la continuidad de esta política, ver P. W. Schroeder, «Munich y la tradición británica», *Historical Journal, vol. 19 (1976),* págs. 233-243. <<

[39] A. Teichova, *An Economic Background to Munich* (Cambridge, 1974), todo en general D. Kaiser, *Economic Diplomacy and the Origins o f the Second World War* (Princeton, Nueva Jersey, 1970), todo en general; B. J. Wendt, «England und der deutsche "Drang nach Südosten"», en edición de I. Geiss y B. J. Wendt, *Deutschland in der Weltpolitik des 19. und 20. Jahrhunderts* (Düsseldorf, 1973), págs. 483-512. <<

[40] Citado por Northedge en *Trouble Giant*, pág. 220. Hay una buena y sucinta investigación de las actividades de la Liga en *NCMH, vol. 12,* capítulo 9; así como en Ross, *Great Powers,* capítulo 7. <<

[41] E. H. Carr, *The Twenty Years Crisis* 1919-1939 (Londres, 1939); Sontag, *Broken World*, todo en general; A. Adamthwaite, *The Lost Peace: International Relations in Europe* 1918-1939 (Londres, 1980), todo en general. <<

[42] D. Mack Smith, *Mussolini: A Biography* (Nueva York, 1982). Es un buen retrato del hombre, aunque no lo es tanto de los políticos italianos y de la economía de aquella época. Sobre esos aspectos, ver M. Knox, *Mussolini Unleashed 1939-1941* (Cambridge, 1982), capítulo 1; J. Whittam, «El Estado Mayor italiano y la llegada de la Segunda Guerra», en edición de A. Preston, *General Staffs and Diplomacy Before the Second World War* (Londres, 1978), págs. 77-97; A. Raspin, *Wirtschaftliche und politische Aspekte der italienischen Aufrüstung Anfang der dreissiger Jahre bis 1940,* en edición de F. Forstmeier y H. G. Volkmann, *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges* (Düsseldorf, 1975), págs. 202-221; B. R. Sullivan, «Las Fuer-

zas Armadas italianas, 1918-1940», en edición de Millett y Murray, *Military Efectiveness* (a punto de publicarse). <<

[43] S. Ricossa, «Italia», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 6, núm. 1, págs. 272 en adelante. R. Higham, *Air Power: A Concise History* (Manhattan, Kansas, edición dé 1984), pág. 48; J. W. Thompson, *Italian Civil and Military Aircraft 1930-1945* (Fallbrook, California, 1963). <<

[44] Knox, *Mussolini Unleashed*, pág. 20. <<

[45] Citado por Ricossa, «Italia», pág. 266; ver también Knox, *Mussolini Unleashed*, págs. 30-31, 43. <<

[46] Ricossa, «Italia», pág. 270. <<

[47] Knox, *Mussolini Unleashed*, capítulo 1; Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, capítulo 13; Raspin, *Wirtschaftliche und Politische Aspekte*, todo en general; W. Murray, *The Change in the European Balance of Power 1938-1939* (Princeton, Nueva Jersey, 1984), págs. 110 en adelante. <<

[48] Knox, *Mussolini Unleashed*, pág. 48. <<

[49] Ibíd., pág. 73. Más en general, ver McNeill, Pursuit *of Power*, págs. 350 en adelante; W. Murray, «German Air Power and the Munich Crisis», en edición de B. Bond, e I. Roy, *War and Society, vol.* 1 (1976), págs. 107 118. <<

[50] Las cifras sin paréntesis ni corchetes proceden de Hillman, «Poder comparativo de las potencias», en edición de A. J. Tonybee y F. T. Ashton-Gwatkin, *The World in 1939* (Londres, 1952), tabla VI, pág. 454, con las conversaciones a los tipos de cambio que facilita en la nota a pie de página. Las cifras entre paréntesis proceden del registro de «Conceptos correlativos de la guerra». Es fácil sospechar que las conversaciones son responsables de algunas de las discrepancias, pues las prácticas de recuento son distintas según las nacionalidades. En el caso de Japón, el tema se complica con las distinciones entre gastos de

defensa «regulares» y «extraordinarios», y entre las «fuerzas en territorio nacional» y «otras» (por ejemplo, en la guerra de China). Las cifras entre corchetes proceden de la edición de K. Ohkawa y M. Shinohara, *Patterns of Japanese Economic Development* (New Haven, Connecticut, 1979), y no incluyen «otras». <<

[51] Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, págs. 177-178. <<

[52] Knox, *Mussolini Unleashed*, págs. 9-16; *ídem*, «Conquista, extranjera y doméstica, en la Italia fascista y la Alemania nazi», *Journal of Modern History, vol*. 56 (1986), págs. 1-57. <<

[53] Sobre esto, *Mussolini* de Mack Smith es aplastante. <<

[54] Ver págs. 424-426. <<

[55] Estas actitudes raciales y culturales están meticulosamente descritas en Thorne, *The Issue of War: States, Societies, and the Far Eastern Conflict of 1941-1945* (Londres, 1985), todo en general. Ver también Storry, *Japan and the Decline of the West in Asia*, todo en general. <<

[56] Howarth, *Fighting Ships of the Rising Sun*, págs. 199 en adelante. <<

[57] Allen, *Short Economic History of Modern Japan*, págs. 100 en adelante. <<

[58] Liga de las Naciones, *World Economic Survey* (Ginebra, 1945), tabla 3, pág. 134. <<

[59] Allen, *Economic History*, págs. 101-113; Storry, *Japan and the Decline of the West in Asia*, pág. 115. <<

[60] Sobre este importante tema, ver especialmente J. B. Crowley, *Japan's Quest for Autonomy: National Security and Foreign Policy 1930-1958* (Princeton, Nueva Jersey, 1966), todo en general; M. A. Barnhart, «La seguridad económica japonesa y los orígenes de la guerra del Pacífico», *Journal of Strategic Studies, vol*. 4, n. 2 (1981), págs. 105-124; edición de J. W. Morley, *Dile-*

mmas of Growth in Prewar Japan (Princeton, Nueva Jersey, 1971). <<

[61] Allen, *Economic History of Moderas Japan*, pág. 141. <<

[62] Howarth, *Fighting Ships of the Rising Sun*, apart. 4; H. P. Willmott, *Empires in the Balance* (Annapolis, Maryland, 1982), capítulo 3; A. J. Marder, Old *Friend. New Enemies: The Royal Navy and the Imperial Japanese Navy* (Oxford, 1981), capítulo 11; S. E. Pelz, *Race to Pearl Harbor* (Cambridge, Massachusetts, 197.4), especialmente partes 1 y 5; C. Bateson, *The War with Japan* (East Lansing, Michigan, 1968), capítulo 2. <<

[63] Willmott, *Empires, in the Balance*, págs. 89 en adelante; R. H. Spector, *Eagle Against the Sun: The American War with Japan* (Nueva York, 1985), capítulos 2 y 4; S. Hayashi con A. Coox, *Kogun: The Japanese Army in the Pacific War* (Westport, Connecticut, reimpresión de 1978), capítulo 1. <<

[64] Willmott, *Empires in the Balance*, pág. 55; P. M. Kennedy, «Japan's Strategic Decisions, 1939-1945», en Kennedy, *Strategy and Diplomacy 1870-1945*; págs. 182 en adelante; C. Boyd, «Eficacia organizativa militar: las Fuerzas Armadas imperiales japonesas entre las guerras mundiales», en edición de Millett y Murray, *Military Effectiveness*, volumen 2; Pelz, *Race to Pearl Harbor*, capítulo 12, es muy bueno explicando las disputas del Ejército y la Armada. La guerra de China está explicada en F. Dorn, *The Sino-Japanese War 1937-1941* (Nueva York, 1974). <<

[65] Barnhart, «*Japan's Economic Security*», págs. 112-116. <<

[66] Barnhart, «*Japan's Economic Security*», pág. 114, de donde procede la cita. Ver también B. Martin, «Aggressionspolitik als Mobilisierungsfaktor: Der militärische und wirtschaftliche Imperialismus Japans 1931 bis 1941», en las ediciones de F. Forstmeier y H. E. Volkmann, *Wirtschaft und Rüstung amb Vorabend des Zweiten Weltkrieges* (Düsseldorf, 1975), págs. 234-235. <<

[67] Hayashi y Coox, *Kogun*, págs. 14-17; M. A. Barnhart, «El servicio de inteligencia japonés antes de la Segunda Guerra Mundial», en la edición *Knowing One's Enemies*, págs. 435-437; y especialmente A. Coox, *Nomonhan*, 2 vols. (Stanford, California, 1985), todo en general. <<

[68] Wright, *Study of War*, pág. 672; Overy, *Air War*, pág. 151; Bairoch, «Niveles de industrialización mundial», pág. 299. <<

[69] Para la decisión en sí, ver Willmott, *Empires in the Balance*, capítulo 3; Hayashi y Coox, *Kogun*, págs. 19 en adelante; Barnhart, «Seguridad económica japonesa», págs. 116 en adelante; I. Nobutaka, *Japan's Decision for War* (Stanford, California, 1967), todo en general; Spector, *Eagle Against the Sun*, capítulo 4; R. J. Bütow, Tojo *and the Coming of the War* (Princeton, Nueva Jersey, 1961). <<

[70] Para una investigación general, ver Craig, *Germany 1866-1945*, páginas 396 en adelante; A. J. Nicholls, *Weimar and the Rise of Hitler* (Londres, edición de 1979), todo en general. Para resúmenes de la amplia historiografía, y los apasionados debates sobre Alemania en la era nazi, ver 1. Kershaw, *The Nazi Dictatorship* (Londres, 1985); y K. Hildebrand, *The Third Reich* (Londres/Boston, 1984). <<

[71] Taylor, *Origins of the Second World War*, todo en general; J. Hiden, *Germany and Europe 1919-1939* (Londres, 1977), especialmente capítulo 7; F. Fischer, *Bündnis der Eliten* (Düsseldorf, 1979). Para detalles sobre la «continuidad» de las Fuerzas Armadas, ver G. Schreiber, *Revisionismus und Weltmachtstreben* (Stuttgart, 1978), todo en general; J. Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine: Reichpolitik und Flottenbau 1920-1939* (Düsseldorf, 1973); M. Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit* (Wiesbaden, 1980). También importante para lo que se sigue es *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, vol. 1, Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, edición de W. Deist (Stuttgart, 1979). <<

[72] A. Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny* (Londres, edición de 1962); A. Hilgruber, *Germany and the Two World Wars* (Cambridge, Massachusetts, 1981), especialmente capítulos 5 y 8; N. Rich, *Hitler's War Aims,* 2 vols. (Londres, 1973-1974); G. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany,* 2 vols. (Chicago, 1970 y 1980); y también M. Hauner, «¿Una revolución racial?», *Journal of Contemporary History, vol.* 19 (1984), págs. 669-687; Calleo, *The German Problem Reconsidered,* páginas 85-95; Gruner, *Die deutsche Frage,* págs. 145 en adelante; A. Kuhn, *Hitler's aussenpolitisches Programm* (Stuttgart, 1970); E. Jackel, *Hitler's Weltanschauung* (Middletown, Connecticut, 1982). <<

[73] El término procede de E. N. Petersen, *The Limits of Hitler's Power* (Princeton, Nueva Jersey, 1969); pero ver también Craig, *Germany 1860-1945,* capítulo 17; Kershaw, *Nazi Dictatorship,* capítulos 4 y 7; Hildebrand, *Third Reich,* págs. 83 en adelante, 152 en adelante; también I. Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945* (Oxford, 1983). <<

[74] Murray, *Change in the European Balance of Power,* págs. 20-21; Hillman, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», pág. 454. <<

[75] Citado en A. Seaton, *The German Army 1933-1945* (Londres, 1982), pág. 55. Ver también Craig. Politics *of the Prussian Army,* págs. 397 en adelante. <<

[76] Seaton, *German Army 1933-1945,* capítulos 3-4, cubre esa vertiginosa expansión, al igual que hace W. Deist, *The Wehrmacht and German Rearmament* (Londres, 1981), capítulos 3 y 6. <<

[77] Para más detalles, ver Deist, *Wehrmacht,* capítulo 4; Overy, *Air War,* pág. 21; W. Murray, *Luftwaffe* (Baltimore, 1985), capítulo 1; E. L. Homze, *Arming the Luftwaffe* (Lincoln, Nebraska, 1976); K. H. Volker, *Die deutsche Luftwaffe 1933-1939* (Stuttgart, 1967). <<

[78] Deist, *Wehrmacht*, pág. 81; con mucho más detalle en Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine*, todo en general; y M. Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung 1933-1945*, 3 vols. (Frankfurt, 1970-1975). <<

[79] R. J. Overy, *The Nazi Economic Recovery 1932-1938* (Londres, 1932), págs. 19 en adelante. <<

[80] Ibíd., págs. 15-16. El breve trabajo de Overy contiene referencias para posteriores estudios sobre la economía alemana con los nazis. <<

[81] Deist, *Wehrmacht*, págs. 89-91 y todo en general; A. S. Milward, *The German Economy at War* (Londres, 1965), págs. 17-24. <<

[82] Murray, *Change in the European Balance of Power*, págs. 4 en adelante es el mejor resumen; pero ver también Hillman, «Fuerza comparativa de las potencias», págs. 368 en adelante. <<

[83] Murray, *Balance of Power*, pág. 15. <<

[84] *Ibíd.*, págs. 15-16. Ver también el importante capítulo de H. E. Volkmann, «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges» aparece en Deist, *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, especialmente págs. 349 en adelante. <<

[85] Deist, *Wehrmacht*, pág. 90; Seaton, *German Army*, págs. 93-96. <<

[86] Citado en Murray, *Luftwaffe*, pág. 20; *ídem*, «El poder aéreo alemán y la crisis de Munich», en Bond y Roy, *War and society, vol.* 1, todo en general; Deist, *Wehrmacht*, págs. 66-69. <<

[87] B. R. Posen, *The Sources of military Doctrine: France, Britain and Germany Between the Worlds* (Ithaca, Nueva York, 1984) todo en general; W. Murray, «Doctrina naval alemana, 1918-1939, y la teoría post-1945 de la estrategia Blitkzrieg», en la edición de C. Fink, *German Nacionalism and the Europe Response*

1890-1945 (Chapel Hill, 1985), págs. 71-94; Dupuy, *Genius for War*, capítulo 15. <<

[88] Murray, *Balance of Power*, págs. 150-151; y Volkmann, «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges», págs. 323 en adelante. Para más detalles sobre la relación entre las dificultades económicas alemanas y la política «expansionista» de Hitler, ver B. A. Carroll, *Desing for Total War: Arms and Economics in the Third Reich* (The Hague, 1968); T. W. Mason, «Innere Krise und Angriffskrieg 1938-1939» en la edición de Forstmeier y Volkmann, *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des zweiten Weltkrieges*, págs. 158-188; J. Dülffer, «Der Beginn des Krieges 1939», *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 2 (1976), págs. 443-470. <<

[89] T. W. Mason, «Algunas causas de la Segunda Guerra Mundial», página 125, en la edición de E. M. Robertson, *The Origins of the Second World War* (Londres, 1971); *ídem*, «Innere Krise und Angriffskrieg 1938-1939», todo en general; Murray, *Balance o f Power*, págs. 290 en adelante, detalla el saqueo de 1938 y 1939. <<

[90] R. J. Overy, «Hitler's War and the German Economy: A Reinterpretation», *Economic History Review*, 2.ª serie, vol. 35 (1982), págs. 272-291, es importante aquí. <<

[91] Hillgruber, *Germany and the Two World Wars*, todo en general; Deist, *Werhmacht*, capítulo 7; Murray, *Luftwaffe*, págs. 81 en adelante; M. Haumer, «¿Quería Hitler dominar el mundo?», *Journal* of *Contemporary History, vol.* 13, págs. 15-32; J. Thies, *Arkitekt der Weltherrschaft: Die «Endziele» Hitlers* (Düsseldorf, 1976), todo en general; y ver la discusión historiográfica de Kershaw, *Nazi Dictatorship*, capítulo 6. <<

[92] Sobre esto, ver dos obras más antiguas: A. Wolfers, *Britain and France Between the Wars* (Nueva York, 1940); y W. M. Jordan, *Britain, France and the German Problem* (Londres, 1943); así

como los artículos de la edición de N. Waites, *Troubled Neighbours: Franco-British Relations 1934-1936* (Londres, 1971); y N. Rostow, *Anglo-French Relations 1934-1936* (Londres, 1984), todo en general. <<

[93] C. Fohlen, «Francia», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History* of *Europe, vol*. 6, n. 1, págs. 80-86; T. Kemp, *The French Economy 1913-1939: The History* of *a Decline* (Nueva York, 1972), capítulos 5-7; G. Ziebura, «Determinanten der Aussenpolitik Frankreichs 1932-1939», en edición de K. Rohe *Die Westmächte und das Dritte Reich 1933-1939* (Paderborn, 1982), págs. 136 en adelante. Hay muchos detalles (y también comentario con ideas preconcebidas) en A. Sauvy, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, 2 vols. (París, 1965-1967); y más balance general en *Histoire économique et sociale de la France*, volumen 4, apart. 2, 1914-1950, en edición de F. Braudel y E. Labrousse (París, 1980). <<

[94] Fohlen, «Francia», pág. 88. <<

[95] Ibíd, págs. 86-91; Landes, *Unbound Prometheus*, págs. 388 en adelante; Kemp, *French Economy 1913-1939*, capítulos 8-12 (con muchos detalles); Caron, *Economic History of Modern France*, págs. 258 en adelante. <<

[96] La mejor fuente es aquí R. Frankenstein, *Le prix du réarmement français 1935-1939* (París, 1939), todo en general, y pág. 303 para el total de gastos. La cifra de la renta nacional está tomada de A. Adamthwaite, *France and the Coming* of *the Second World War* (Londres, 1977), página 164. Ver también B. A. Lee, «Estrategia, armas y el colapso de Francia, 1939-1940», en edición de R. T. B. Langhorne, *Diplomacy and Intelligence During the Second World War* (Cambridge, 1985), págs. 63 en adelante. <<

[97] R. J. Young, *In Command of France: French Foreign Policy and Military* Planning 1933-1940 (Cambridge, Massachusetts,

1978), capítulo 1; ver también los artículos de *Les Relations franco allemandes 1933-1939* (París, 1976). <<

[98] Frankenstein, *Le Prix du réarmement français*, pág. 317; *ídem*, «El declive de Francia, y la política francesa de pacificación, 1936-1939», en edición de Mommsen y Kettenacker, *Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, pág. 238; Overy, *Air War*, pág. 21. El tratamiento relativamente generoso de la Marina y la ingratitud de las Fuerzas Armadas están explicados con detalle en el libro de R. Chalmers Hood, *Royal Republicans: The French Naval Dynasties Between the World Wars* (Baton Rouge, Louisiana, 1985). <<

[99] Frankenstein, *Le Prix du réarmement français*, pág. 319; Murray, *Change in the European Balance of Power*, págs. 107-108. La fuerza de la Marina de entonces está descrita en el artículo de P. Masson, «La Marina francesa en 1939-1940», *Revue historique des armées*, n. 4 (1979), págs. 55-77. <<

[100] Sería inútil intentar aquí abarcar toda la bibliografía sobre la política y la sociedad francesas de la década (1930) y su relación con la «extraña derrota» de 1940. Hay investigaciones importantes en J. B. Duroselle, *La Décadence 1932-1939* (París, 1979); R. Hohne, «Innere Desintegration und ausserer Machtzerfall: *Die französische Politik* in *den Jahren 1933-1936*», en edición de Rohe, *Die Westmächte und das Dritte Reich*, págs. 157 en adelante; H. Dubief, *Le Déclin de la III République 1929-1938* (París, 1976); edición de J. Joll, *The Decline of the Third Republic* (Nueva York, 1959). También hay un compendio útil en J. C. Cairns, «Algunos historiadores recientes y la "extraña derrota" de 1940», *Journal of Modern History, vol.* 46 (1974), págs. 60-85. <<

[101] Para los detalles, ver A. Horne, *The French Army and Politics 1870-1970* (Londres, 1984), capítulo 3; P. C. F. Bankwitz, *Maxime Weygand and Civil-Military Relations in Modere France*

(Cambridge, Massachusetts, 1967); los detalles más técnicos se hallan en Frankenstein, *Le Prix du réarmement français*, y H. Dutailly, *Les Problémes de l'Armée de la terre française 1933-1939* (París, 1980); y los comentarios más críticos en R. A. Doughty, «Las Fuerzas Armadas francesas, 1918-1940», en edición de Millet y Murray, *Military Efectiveness, vol.* 2. <<

[102] Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War*, pág. 166; Gorce, *French Army: A Military-Political History*, páginas 270 en adelante; Young, «El servicio de inteligencia francés y la Alemania nazi», edición de May, *Knowing One's Enemies*, págs. 271-309. <<

[103] Posen, *Sources of Military Doctrine*, capítulo 4; Douthy, «Las Fuerzas Armadas francesas, 1918-1940», todo en general; Murray, *Change in the European Balance of Power*, págs. 97 en adelante; L. Mysyrowicz, *Autopsie d'une Défaite; Origines del effondrement militaire français de 1940* (Lausanne, 1973). Pero el análisis más concienzudo es el de R. A. Doughty, *The Seeds of Disaster. The Development of French Army Doctrine 1919-1939* (Hamden, Connecticut, 1985). <<

[104] Donde mejor aparece recogida la acción de la diplomacia francesa en esos críticos años es en Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War*, todo en general; Duroselle, *La Décadence*, todo en general; P. Wandycz, *The Twilight of the French Eastern Alliances 1926-1936*. <<

[105] Ver R. Girault, «El impacto de la situación económica en la política exterior de Francia 1936-1939», en la edición de Mommsen y Kettenacker, *Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, págs. 209-226. <<

[106] En concreto, ver Young. «La guerra de larga duración: Algunos reflejos en la estrategia y diplomacia francesa de la década de 1930», edición de Preston, *General Staffs and Diplomacy Before the Second World War*, págs. 41-64; y Posen, *Sources of Mi-*

litary Doctrine, págs. 112 en adelante, 127 en adelante. Para más detalles sobre diplomacia, ver Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War*, especialmente apart. 3; las contribuciones a *Les Relations Franco-Britanniques 1935-1939* (Paris, 1975); y Young, *In Command of France*. <<

[107] Aparte de los detalles en los libros de Adamthwaite y Young ver también Barnett, *Collapse of British Power*; Howard, *Continental Commitment*; y por último y muy importante, J. C. Cairns, «Una nación de tenderos en busca de una Francia adecuada», *American Historical Review, vol. 79 (1974),* págs. 710-743. <<

[108] Cifras de Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, pág. 240. No nos sería posible citar ni siquiera la décima parte de los trabajos sobre la política británica de pacificación en la década de 1930; hay unos ensayos muy reveladores en Mommsen y Kettenacker, edición *Fascist Challenge and the Power Appeasement*, capítulos 6-13 y 19-25; y gran cantidad de detalles y bibliografía en G. Schmidt, *England in der Krise: Grundzüge und Grundlagen der britischen Appeasement Politik 1930-1937* (Opladen, 1981). <<

[109] Ver especialmente R. Ovandale, *Appeasement and the English Speaking World* (Cardiff, 1975), así como el capítulo 23 en el libro de Mommsen y Ketternacker, *Fascist Challenge*; R. F. Holland, *Britain and the Commonwealth Alliance 1918-1939* (Londres, 1981). <<

[110] B. Bond. *British Military Policy Between Two World Wars* (Oxford, 1980), especialmente capítulos 1 y 4. <<

[111] R. Meyers, «Los intereses imperialistas británicos y la política de pacificación», y W. R. Louis, «El camino a Singapur: Imperialismo británico en el Lejano Oriente, 1932-1942», ambos en edición de Mommsen y Ketternacker, *Fascist Challenge*; A. J. Marder, Old Friends, *New Enemies: The Royal Navy and the*

Imperial Japanese Navy (Oxford, 1981); L. R. Pratt, *East of Malta, West of Suez: Britain's Mediterranean Crisis* (Londres, 1975); S. W. Roskill, *Naval Policy Between the Wars, vol. 2* (Londres, 1976). <<

[112] Kennedy, *British Naval Mastery*, capítulo 10. Para más detalles de las implicaciones políticas, ver las distintas evaluaciones, véase G. C. Peden, *British Rearmament and the Treasury 1932-1939* (Edimburgo, 1979); R. P. Shay, *British Rearmament in the Thirties: Politics and Profits* (Princeton, Nueva Jersey, 1977); Barnett, *Collapse of British Power*, capítulo 5; *N. H. Gibbs, Grand Strategy, vol. 1* (Londres, 1976), todo en general. <<

[113] Para la recuperación económica y las nuevas industrias, ver Pollard, *Development of the British Economy*, capítulo 3; H. W. Richardson, *Economic Recovery in Britain 1932-1939* (Londres, 1967); B. W. E. Alford, *Depression and Recovery: British Economic Growth 1918-1939* (Londres, 1972). <<

[114] Citado en Howard, *Continental Commitent*, pág. 99. Para más detalles ver Peden, *British Rearmament and the Treasury*, capítulos 3-4; ver también R. Meyers, *Britische Sicherheipolitik 1934-1938* (Düsseldorf, 1976); y Gibbs, *Grand Strategy, vol. 1,* capítulo 4. <<

[115] Howard, *Continental Commitment*, págs. 120 121. <<

[116] Detalles en U. Bialer, *The Shadow of the Bomber: The Fear of Air Attack and British Politics 1932-1939* (Londres, 1980); M. Smith, *British Air Strategy Between the Wars* (Oxford, 1984), especialmente apartado 2. <<

[117] Para este argumento, ver especialmente Barnett, *Collapse of British Power*, y Murray, *Change in the European Balance of Power*. <<

[118] D. C. Watt, Too *Serious a Business: European Armed Forces and the Approach of the Second World War* (Londres, 1975), es fundamental para este tema. <<

[119] Ver de nuevo Dehio, *Precarious Balance*. Para investigar la consciencia del Gabinete sobre los dilemas estratégicos del país, ver Barnett, *Collapse of British Power*; Howard, *The Continental Commitment*; Posen, Sources *of Military Doctrine*, capítulo 5; D. Dilks, «¿Una guerra innecesaria? La asesoría militar y la política exterior en Gran Bretaña 1931-1939», en edición de Preston, *General Staffs and Diplomacy Before the Second World War*, págs. 98-132; y el serio trabajo de Schmidt en Rohe, *Die Westmächte das Dritte Reich*, págs. 29-56. <<

[120] Schmidt, en edición de Rohe, *Die Westmächte*, págs. 46 en adelante; C. A. MacDonald, *United States, Britain and Appeasement 1936-1939*, todo en general. <<

[121] Schmidt, *England in der krise*, capítulo 1, muy bien documentado, pero ver también los ya citados de Howard, Bond, Barnett, Dilks, Gibbs y Meyers; y el resumen de G. Niedhart, «Appeasement: Die Britische Antwort auf die Krise des Weltreichs und des internationalen Systems vor dem Zweiten Weltkrieg», *Historische Zeitschrift, vol. 226 (1978)*, págs. 68-88. <<

[122] Barnett, *Collapse of British Power*, todo en general; Murray, *Change in the European Balance of Power*, todo en general; Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, págs. 290 en adelante; Adamthwaite, «El Gobierno británico y los medios de comunicación, 1937-1938», Journal of Contemporary History, vol. 18 (1983), págs. 281-297. <<

[123] Citado en Barnett, *Collapse of British Power*, pág. 564. <<

[124] Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», en Toynbee, *World in March 1939*, págs. 439 y 446. <<

[125] Para más detalles ver Kennedy, «Estrategia contra finanzas en el siglo XX británico», en *Strategy and Diplomacy*, págs. 100-106; y para un punto de vista más determinante ver, Porter, *Britain, Europe and the World*, págs. 86 en adelante y 95 en adelante. <<

[126] Cifras de Pollard, *Peaceful Conquest*, pág. 294; pero ver también Munting, *Economic Development of the* USSR, págs. 45 en adelante; Nove, *Economic History of Russia*, capítulos 6-10;y la interesante discusión en el artículo de Grossman, «La industrialización de Rusia y la Unión Soviética», en la edición de *Cipolla Fontana Economic History of Europe, vol. 4*, apart. 2, págs. 501 en adelante. <<

[127] S. H. Cohn, *Economic Development in the Soviet Union* (Lexington, Massachusetts, 1970), págs. 70-71; F. D. Holzmann, «Financiación del desarrollo económico soviético», en edición de Blackwell, *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, págs. 259-276; Kochan y Abraham, *Making of Moderas Russia*, págs. 361 en adelante. Ver también M. Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power* (Evanston, Illinois, 1968). <<

[128] W. A. Lewis, *Economic Survey 1919-1939* (Londres, 1949), página 131; Nove, *Economic History*, capítulo 7; Munting, *Economic Development of the USSR*, pág. 99; H. J. Ellison, «La decisión de colectivizar la agricultura», en edición de Blackwell, *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, págs. 241-255. <<

[129] Ver Munting, *Economic Development of the USSR*, págs. 106 en adelante. <<

[130] Nove, *Economic History*, pág. 232; Lewis, *Economic Survey*, página 133; M. MacAuley, *The Soviet Union Since 1917* (Londres, 1981), págs. 85-87. <<

[131] Munting, *Economic Development of the Soviet Union*, pág. 93; Nove, *Economic History*, págs. 187 en adelante; Blackwell, *Industrialization of Russia*, págs. 132 en adelante; Lewis, *Economic Survey*, pág. 125. <<

[132] Ver Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», en edición de Toynbee, *World in March 1939*, págs. 439 y 446; Black y otros, *Modernization of Japan and Russia*, págs.

195-197; S. H. Cohn, «La economía soviética: transformación y desarrollo», en edición de Blackwell, *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, págs. 321-351. <<

[133] Nove, *Economic History*, pág. 236. Para más detalles, ver Kochan y Abraham, *Making of Modern Russia*, págs. 382 en adelante; R. Conquest, *The Great Terror* (Londres, 1968). <<

[134] Nove, *Economic History*, pág. 236. <<

[135] Cifras de Overy, *Air War*, pág. 21. Las cifras italianas referidas a los años 1932-1937 (que Overy no facilita) me las dio mi colega Brian Sullivan, pero son sólo meras estimaciones; lo mismo ocurre con las cifras francesas de 1932-1934, generalmente se calculan cincuenta al mes, ver Young, en *Command in France*, pág. 164. El relativo descuido de la Marina está explicado por Mitchell en *History of Russia and Soviet Sea Power*, capítulo 17. <<

[136] McNeill, *Pursuit of Power*, pág. 350, nota 77. Sobre los comentarios subsiguientes sobre el desarrollo militar soviético en general, ver J. Erickson, *The Soviet High Command 1918-1941* (Londres, 1962), todo en general; E. F. Ziemke, «Las Fuerzas Armadas soviéticas en el período de entreguerras», en la edición de Millet y Murray, *Military Effectiveness, vol. 1;* edición de B. H. Liddell Hart, *The Red Army* (Nueva York, 1956), capítulos 3[9]. Los gastos de defensa en Rusia están detallados por Nove en *Economic History*, págs. 227-228; y Munting, *Economic Development of the USSR*, pág. 114. <<

[137] Ulam, *Expansion and Coexistence*, capítulos 56; Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe 1933-1939* (Nueva York, 1984); y J. Hochmann, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security 1934-1938* (Ithaca, Nueva York, 1984), son mejores en esto. <<

[138] Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», página 446. <<

[139] M. Mackintosh, «El Ejército Rojo, 1920-1936», en edición de Liddell Hart, *Red Army*, pág. 63. <<

[140] Erickson, *Soviet High Command*, págs. 532 en adelante y 542 en adelante; K. Dittmar y G. J. Antonov, «El Ejército Rojo en la guerra finlandesa», en la edición de Liddell Hart, *Red Army*, págs. 79-92. Sobre todo, Coox, Nomonhan, todo en general. <<

[141] Los trabajos de Erickson, *The Soviet High Command: The Road to Stalingrad*, primeros capítulos; y «Threat Identification and Strategic Appraisal by the Soviet Union, 1930-1941», en edición de May, *Knowing One's Enemies*, págs. 375-423 son mejores en este tema. Sobre el ambiente diplomático, ver W. Carr, *Poland to Pearl Harbor* (Londres, 1985), capítulos 3-4. <<

[142] Cifras de Nove, *Economic History*, pág. 228. <<

[143] Citado por Munting, *Economic Development of the USSR*, página 86; ver también Ziemke, «Las Fuerzas Armadas Soviéticas», todo en general, sobre los frenéticos preparativos de 1939-1941. <<

[144] Rostow, *World Economy*, pág. 210. <<

[145] Ver el excelente análisis de M. P. Leffler, «Impulsos expansionistas y constricciones domésticas, 1921-1932», en edición de Becker y Wells, *Economics and World Power*, págs. 246-248. <<

[146] Hillman, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», en edición de Tonybee, *World in March 1939*, págs. 421-422. <<

[147] Ibíd., pág. 422. <<

[148] Leffler, «Impulsos expansionistas y constricciones domésticas», en edición de Becker y Wells, *Economics and World Power*, pág. 258. <<

[149] Una buena y breve investigación sobre la política de defensa americana de entreguerras se halla en Millett y Maslo-

wski, *For the Common Defense,* capítulo 12. <<

[150] H. Yardley, *The American Black Chamber* (Nueva York, 1931), págs. 262-263. <<

[151] Ver más arriba, págs. 281-282. <<

[152] R. M. Hathaway, «Diplomacia económica en tiempo de crisis», en edición de Becker y Wells, *Economics and World Power,* pág. 277-278. <<

[153] L. Silk, «Proteccionismo, presión creciente», *New York Times,* 17 de setiembre de 1985, pág. D1; Robertson, *History of the American Economy,* págs. 516 en adelante. <<

[154] Kindleberger, *World in Depression,* capítulo 12, págs. 280-287. <<

[155] Tabla de Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», en edición de Toynbee, *World in March 1939,* pág. 439. <<

[156] Hathaway, «Diplomacia económica en tiempo de crisis», en edición de Becker y Wells, *Economics and World Power,* pág. 285. <<

[157] Ibíd., págs. 3t09, 312. Para un breve estudio, consultar Schulzinger,[1]*America Diplomacy in the Twentieth Century,* págs. 147 en adelante. <<

[158] Esto está bien descrito en McDonald, *United States, Britain and Appeasement 1936-1939,* todo en adelante; y Carr, *Poland to Pearl Harbor,* capítulo 1. Ver también D. Reynolds, *Creation of the Anglo-American Alliance 1937-1941,* capítulos 1 y 2; A. Hoffner, *American Appeasement, United States Foreign Policy and Germany 1933-1938* (Cambridge, Massachusetts, 1969); y N. Graebner, *America as a World Power* (Wilmington 1984), capítulo 2. <<

[159] Millett y Maslowski, *For the Common Defense,* págs. 386 en adelante; *Mills, Arms and Men,* págs. 237 en adelante; J. A. Is-

eley y P. A. Crowl, *The U. S. Marines and Amphibious War* (Princeton, Nueva Jersey, 1945); M. H. Gillie, *Forging the Thunderbolt* (Harrisburg, 1947); M. S. Watson, *Chief of Staff Pre-War Plans and Preparations* «Washington, D. C., 1950»); J. Major, «Los planes navales para la guerra, 1937-1941», en la edición de Hagan, *In Peace and War*, págs. 237 en adelante; Weighley, *History of the United States Army*, págs. 416 en adelante. <<

[160] Robertson, History *of the American Economy*, págs. 709 en adelante. Las estadísticas del acero proceden de Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», edición de Toynbee, *World in March 1939* pág. 443. <<

[161] Cifras de Wright, *Study of War*, pág. 672. <<

[162] Cifras de Hillmann, «Fuerza comparativa de las grandes potencias», edición de Toynbee, *World in March 1939*, pág. 446. <<

[163] M. S. Kendrick, *A Century and a Half of Federal Expenditures* (Nueva York, 1955), pág. 12. <<

[164] La extensa bibliografía sobre el punto de vista de Hitler frente a los Estados Unidos aparece convenientemente resumido en Herwig, *Politics of Frustation*, págs. 179 en adelante. Ver también los comentarios de Weinberg, *Foreign Policy of Hitler's Germany, vols*. 1-2; ídem, *World in the Balance* (New Hampshire-Londres, 1981), págs. 53-136. <<

[165] Citado por Willmott, *Empires in the Balance*, pág. 62, ver también Pelz, *Race to Pearl Harbor*, págs 217-218, 224. <<

[166] Citado por Thorne, *Limits of Foreign Policy*, pág. 90. Se trata de un libro que convierte en superficiales todos los estudios anteriores sobre la crisis de Manchuria. <<

[167] *Ibíd*., págs. 148 en adelante y 231 en adelante. <<

[168] *Ibíd*., todo en general; Crowley, *Japan's Quest for Autonomy*, páginas 161 en adelante; A. Rappaport, *Henry L. Stimson*

and Japan 1931-1933 (Chicago, 1963); Schulzinger, *American Diplomacy*, págs. 148 en adelante. <<

[169] Crowley, *Japan's Quest for Autonomy*, capítulo 2; Storry, *History of Moderas Japan*, págs. 186 en adelante. <<

[170] Bennett, *German Rearmament and the West*. <<

[171] Ver más arriba, págs. 315-320; y también Howard, *The Continental Commitment*, capítulo 5. Los argumentos de 1934 a favor y en contra de un entendimiento anglojaponés están rigurosamente recogidos en el trabajo de W. R. Louis, «El camino a Singapur: imperialismo británico en Extremo Oriente, 1932-1942», en la edición de Mommsen y Kettenacker, *Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, págs. 359 en adelante. <<

[172] Ross, *The Great Powers and the Decline of the European States System*, págs. 85-87; Ulam, *Expansion and Coaxistence*, capítulo 5. <<

[173] Esto aparece perfectamente recogido en el libro de Rostow, *Anglo-French Relations 1934-1936*, especialmente capítulo 5; pero ver también Taylor, *Origins of the Second World War*, capítulo 5; Ross, *Great Powers*, págs. 90 en adelante. El acuerdo naval anglo-alemán es tratado por E. Haraszti, *Treaty-Breakers or «Realpolitiker»? The Anglo-German Naval Agreement of June 1935* (Boppard, 1974). <<

[174] F. Hardie, *The Abyssinian Crisis* (Londres, 1974), todo en general; A. J. Marder, «La Royal Navy en la guerra Italo-etíope 1935-1936», *American Historical Review, vol*. 75 (1970), págs. 1327-1356; R. A. C. Parker, «Gran Bretaña, Francia y la crisis de Etiopía 1936-1936», *English Historical Review, vol*. 89 (1974), págs. 293-332; Mack Smith, *Mussolini's Roman Empire*, capítulo 5; F. D. Laurens, *France and the Italo-Ethiopan Crisis 1935-1936* (La Haya, 1967); G. Baer, *Test Case: Italy, Ethiopia and League of Nations* (Stanford, California, 1976). <<

[175] Pelz, *Road to Pearl Harbor*, apart. 4. <<

[176] Recogido por J. T. Emmerson, *The Rhineland Crisis* (Londres, 1977), y E. Harazsti, *The Invaders: Hitler Ocuppies the Rhineland* (Budapest, 1983). Ver también Rostow, *Anglo-French Relations 1934-1936*, págs. 233 en adelante. <<

[177] Ver de nuevo Robe, *Die Westmächte und das Dritte Reich*, todo en general. <<

[178] Ross, *Great Powers*, pág. 18; ver también McDonald, *The United States, Great Britain and Appeasement*, todo en general. <<

[179] Ver más arriba págs. 313-314. <<

[180] Aunque aún esperamos el segundo volumen de la contundente biografía de Dilks, toda la biografía sobre Chamberlain y la pacificación es realmente inagotable. Para los investigadores, ver los relevantes capítulos de la edición de Mommsen y Kettenacker, *Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, K. Midlemas, *Diplomacy of Illusion: The British Government and Germany 1937-1939* (Londres, 1972); M. Kowling, *The Impact of Hitler: British Politics and British Policies 1933-1940*, todo en general; Barnett, *Collapse of British Power*, capítulo 5. También es muy importante M. Gilbert, *Winston Churchill*, vol. 5, 1922-1939 (Londres, 1976). <<

[181] El análisis más completo es el de P. Taylor, *Munich: The Price of Peace* (Nueva York, 1979); pero ver también A. J. P. Taylor, *Origins of the Second World War*, capítulo 8; Midlemas, *Diplomacy of Illusion*, págs. 211 en adelante; Weinberg, *Foreign Policy of Hitler's Germany*, volumen 2, capítulos 10-11; K. Robbins, *Munich 1938* (Londres, 1968). <<

[182] W. Murray, «Munich, 1938; la confrontación militar», *Journal of Strategic Studies, vol.* 2 (1979), págs. 282-302; Barnett, *Collapse of British Power*, págs. 505 en adelante; Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, páginas 291-293. <<

[183] El desarrollo de los acontecimientos de 1939 aparece recogido por Murray, *Change in European Balance of Power,* capítulos 8-10; Taylor, *Origins of the Second World War,* capítulos 9-11; S. Aster, 1939: The Making of the Second World War (Londres, 1973); Weinberg, *Foreign Policy of Hitler's Germany, vol.* 2, págs. 465 en adelante; Barnett, *Collapse of British Power,* págs. 554 en adelante; H. Graml, *Summer 1939: Die Grossmächte und der europäische Krieg* (Sttutgart, 1979); D. Kaiser, *Economic Diplomacy and the Origins of the Second World War,* págs. 263 en adelante. <<

[184] Para una visión general de la dimensión estratégica de 1939-1940, ver Kennedy, *Raise and Fall of the British Naval Mastery,* págs. 300 en adelante; Murray, *Change in the European Balance of Power,* páginas 310 en adelante; B. H. Liddell Hart, *History of the Second World War* (Londres, 1970), págs. 16 en adelante; *Grand Strategy, vol. 1* (Gibbs) y vol. 2 (Butler). <<

[185] Murray, *Change in the European Balance of Power,* págs. 314-321; Pratt, *East of Malta, West of Suez,* capítulo 6; Gibbs, *Grand Strategy,* págs. 664 en adelante; G. Schreiber, *Der Mittelmeerraum und Südosteuropa, vol.* 3, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (Stuttgart, 1984), capítulo 1. <<

[186] K. A. Maier y otros, *Die Erichtung des Hegemonie auf dem europäischen Continent, vol.* 2 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (Stuttgart, 1979), todo en general; Murray, *Change in der European Balance of Power,* capítulo 10; ídem, *Luftwaffe,* capítulo 2; Overy, *Air War,* págs. 26-30; Posen, *Sources of Military Doctrine,* capítulo 3; J. A. Gunsberg, *Divided and Conquered: The French High Command and the Defeat of the West 1940* (Westport, Connecticut, 1979). Un buen análisis de las razones de la inercia de los aliados y de la decisión alemana de atacar está en la obra de J. Mearsheimer, *Conventional Deterrence* (Ithaca, Nueva York, 1983), capítulos 3-4. <<

[187] Knox, *Mussolini Unleashed,* es lo mejor sobre esos repetidos desastres italianos; pero ver también Schreiber y otros, *Mittelmeerraum,* apartados 2-3 y 5. Para un relato más favorable sobre la debilidad italiana, ver J. L. Sadkovich, «Minerales, armas y estrategia: el fracaso de Italia en la Segunda Guerra Mundial», recogido por *Storia contemporanea*. <<

[188] Overy, *Air War,* pág. 28; Kennedy, *Rise and Fall of the British Naval Mastery,* pág. 309. <<

[189] Carr, *From Poland to Pearl Harbor,* págs. 99 en adelante; Reynolds, *Creation of the Anglo-American Alliance,* págs. 108 en adelante. Ver también J. Leutze, *Bargaining for Supremacy: Anglo-American Naval Relations 1937-1941* (Chapel Hill, N. C., 1977). <<

[190] J. Luckas, *The Last European War, September 19 391December 1941* (Londres, 1977); H. Baldwin, *The Crucial Years 1939-1941* (Nueva York, 1976): Carr, Poland *to Pearl Harbor,* todo en general. Para el bando alemán, ver A. Hillgruber, *Hitler's Strategie: Politik und Kriegsfuhrung 1940-1941* (Frankfurt, 1965). <<

[191] Van Creveld, *Supplying War,* capítulo 5; Murray, *Luftwaffe,* capítulos 3-4; Milward, *German Economy at War,* págs. 39 en adelante. Para más detalles sobre la primera campaña, ver H. Boog y otros, *Der Angriff auf die Sowjetunion, vol.* 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (Stuttgart, 1983); y A. Clark, *Barbarossa: The Russo-German Conflict 1941-1945* (Londres, 1965), págs. 71-216. Sobre el bando ruso, ver Erickson, *Road to Stalingrad,* todo en general; A. Seaton, *The Russo German War 1941-1945* (Londres, 1971). <<

[192] Erickson, *Stalingrad,* págs. 273 en adelante; Carr, *From Poland to Pearl Harbor,* págs. 150 en adelante. <<

[193] Willmott, *Empires in Balance,* págs. 68 en adelante, es mejor en esto; pero ver también la edición de J. Morley, *The Fateful*

Choice: Japan's Advance into Southeast Asia 1939-1941 (Nueva York, 1980). <<

[194] Dupuy, *Genius for War*, apéndice E. <<

Capítulo VII

[1] Citado por Spector, *Eagle Against the Sun*, pág. 123. <<

[2] Hay un breve resumen en Liddell Hart, *History of the Second World War*, págs. 230-233; J. Neidpath, *The Singapore Naval Based and the Defense of Britain's Eastern Empire 1919-1941* (Oxford, 1981), capítulo 8; Barclay, *Empire is Marching*, capítulos 8-9. <<

[3] Spector, *Eagle Against the Sun*, capítulos 8-12; Liddell Hart, *History of the Second World War*, capítulos 23 y 29. <<

[4] Liddell Hart, *History of the Second World War*, capítulos 20-22 y 25. <<

[5] *Ibíd*., capítulo 24; S. W. Roskill, *The War at Sea*, 3 vols. (Londres, 1954-1961); F. H. Hinsley y otros, *British Intelligence in the Second World War, vol.* 2 (Londres, 1981), capítulo 26. <<

[6] Actualmente, la mejor investigación, con diferencia, es la de Murray, *Luftwaffe*, capítulos 5-7; pero ver también N. Franklands, *The Bomber Offensive Against Germany* (Londres, 1965). <<

[7] Citado por Ropp, *War in the Modera World*, pág. 336. <<

[8] *Ibíd*., pág. 334. Para muchos más detalles, ver Erickson, *Road to Stalingrad*, todo en general; idem., *The Road to Berlin* (Londres, 1983), todo en general; E. F. Ziemke, *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East 1942-1945* (Washington, DC., 1968); Clark, *Barbarossa*, todo en general; y Seaton, *Russo-German War 1941-1945*, todo en general. <<

[9] Erickson, *Road to Stalingrad*, pág. 272. <<

[10] Dupuy, *Genius for War*, pág. 343. <<

[11] Clark, *Barbarossa,* capítulos 17-18; Erickson, *Road to Berlin,* capítulo 4. <<

[12] Estas rivalidades aparecen claramente reflejadas en el libro de Clark, *Barbarossa,* todo en general; y se reflejan con mayor detalle en la obra de Milward, *German Economy at War,* especialmente capítulo 6; ver el libro del propio Speer, *Inside the Third Reich* (Nueva York, edición de 1982); 2.ª y 3.ª partes; Seaton, *German Army 1933-1945,* capítulos 9-11; Hildebrand, *Third Reich,* págs. 49 en adelante. <<

[13] Kennedy, «Decisiones estratégicas de Japón, 1939-1945», en *Strategy and Diplomacy,* págs. 181-195; C. G. Reynolds, «Estrategia continental del Japón imperial», *U. S. Naval Institute Proceedings,* volumen 109 (agosto de 1983), págs. 65-71; Spector, *Eagle Against the Sun,* todo en general; y la excelente investigación de A. Coox, «La eficacia del sistema militar japonés en la Segunda Guerra Mundial», en edición de Millett y Murray, *Military Effectiveness, vol.* 3. <<

[14] Willmott, *Empires in the Balance,* pág. 89. <<

[15] R. Lewin, *The American Magic: Codes, Cyphers and the Defeat of Japón* (Nueva York, 1982) es la mejor síntesis. <<

[16] Clark, *Barbarossa,* pág. 228; Erickson, *Road to Stalingrad,* capítulo 6. Sobre la producción de guerra soviética, ver Nove, *Economic History of the USSR,* capítulo 10; Munting, *Economic Development of the USSR,* capítulo 5; Milward, War, *Economy and Society 1939-1945* (Berkeley, California, 1975), págs. 94 en adelante. <<

[17] Ver más abajo, tabla 34; y Overy, *Air War,* págs. 49 en adelante. <<

[18] Erickson, *Road to Berlin,* pág. 447. Ver también las cifras de la edición de Liddell Hart, *Red Army,* capítulo 13. <<

[19] Liddell Hart, *History of the Second World War,* pág. 559. <<

[20] En esta tendencia, ver obras como Dupuy, *Genius for War*, todo en general; M. van Creveld, *Fighting Power: German and U.S. Army Performance 1939-1945* (Westport, Connecticut, 1982), págs. 14, 370 y todo en general. <<

[21] Ropp, *War in the Modere World*, pág. 342. Para más detalles sobre la «exageración japonesa», ver Hayashi y Coox., Kogun. Más en general, ver el argumento similar en el artículo de A. J. Levine, «Was World War II a Near-Run Thing?», *Journal of Strategic Studies*, volumen 8, n. 1 (marzo de 1985), págs. 38-63. <<

[22] Cifras de Willmott, *Empires in the Balance*, pág. 98. <<

[23] Ropp, *War in the Modere World*, pág. 328, citando a S. E. Morison, *History of United States Naval Operations, vol. 10, The Atlantic Battle Won* (Boston, 1956), pág. 64. Para más detalles, ver Roskill, *The War at Sea*, 3 vols., todo en general; Liddell Hart, *History* of *the Second World War*, capítulo 24; edición de Potter, *Sea Power*, capítulo 24; Levine, «*Was World War II a Near-Run Thing?*», págs. 46 en adelante. <<

[24] Para comparaciones, ver Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, págs. 309-310; Seaton, *German Army 1933-1945*, pág. 239 (Seaton incluye cañones autopropulsados junto con el total de tanques). <<

[25] Overy, *Air War*, pág. 150. Las cifras de Overy sobre la producción italiana de la primera fase de la guerra son mucho menores que las que aparecen en la tabla 18 del artículo de James J. Sadkovich «Minerales, armas y estrategia: el fracaso de Italia en la Segunda Guerra Mundial», *Storia contemporanea* (se publicará próximamente). <<

[26] Overy, *Air War*, pág. 150. <<

[27] Murray, *Luftwaffe*, capítulos 6-7. <<

[28] Ver tablas 30 y 32. <<

[29] Hillmann, «Fuerza comparativa de las potencias», en edición de Toynbee, *World in March 1939*, págs. 439 y 446; Wright, *Study*, página 672. Ver también R. W. Goldsmith, «El poder de la victoria: producción total de municiones en la Segunda Guerra Mundial», *Military Affairs, vol. 10* (primavera de 1946), págs. 69-80. <<

[30] Cifras de R. Wagenführ, *Die deutsche Industrie im Krieghe 1939-1945* (Berlín, 1963), págs. 34 y 87. Las cifras italianas son mías, pero son meras «estimaciones», basadas en la dimensión de su economía comparada con la de las demás potencias. Para más comparaciones, ver edición de F. Forstmeier y H. E. Volkmann, *Kriegswirt-chaft und Rüstung 1939-1945* (Düsseldorf, 1977). <<

[31] Milward, *German Economy at War*, págs. 72 en adelante; Wagenführ *Die deutsche Industrie in Kriege*, capítulo 3; y para comparaciones más generales, Aldcroft, *European Economy 1914-1980*, páginas 124 en adelante. <<

[32] Spector, *Eagle Against the Sun*, capítulo 23; L. Giovannetti y F. Freed, *The Decision to Drop the Bomb* (Londres, 1967), todo en general; H. Feis, *The Atomic Bomb and the End of the World War 77* (Princeton, Nueva Jersey, edición de 1966); M. J. Sherwin, *A World Destroyed: The Atomic Bomb and the Grand Alliance* (Nueva York, 1975). <<

[33] Citado por M. Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare 1943-1944* (Washington, DC, 1959), págs. 523-524. <<

[34] DePorte, *Europe Between the Superpowers*, capítulo 4. <<

[35] W. Ashworth, *A Short History* of *the International Economy Since 1850* (Londres, 1975), pág. 268. Ver también las cifras que da Milward, *War Economy and Society 1939-1945*, pág. 63. <<

[36] Rowland, *Balance of Power or Hegemony*, pág. 220. <<

[37] Ashworth, *A Short History of the International Economy Since 1850*, pág. 268. <<

[38] Aparte de los primeros capítulos de L. Fredman, *The Evolution of Nuclear Strategy* (Londres, 1981), ver también D. A. Rosenberg, «Los orígenes del exceso nuclear: armas nucleares y estrategia norteamericana, 1945-1960», *International Security, vol*. 7, n. 4 (primavera de 1983); M. Mandelbaum, *The Nuclear Question: The United States and Nuclear Weapons 1946-1976* (Nueva York, 1979). <<

[39] Las cifras son de W. P. Mako, *U. S. Ground Forces and the Defense of Central Europe* (Washington, DC, 1983), pág. 8. <<

[40] R. Steel, *Pax americana* (Nueva York, 1977), capítulo 2. Para los paralelismos con Gran Bretaña después de 1815, ver más atrás páginas 151-158; y T. Smith, *The Pattern of Imperialism: The United States, Great Britain and the Late-Industrializing World Since 1815* (Cambridge, 1981), pág. 182 en adelante. <<

[41] M. Balfour, *The Adversaries: America, Russia, and the Open World 1941-1962* (Londres, 1981), pág. 14. <<

[42] G. Kolko, *The Politics of War 1943-1945* (Nueva York, 1968), todo en general; edición de Becker y Wells, *Economics and World Power*, capítulos 6-7; R. Keohane, «Poder estatal e influencia industrial: Política petrolífera exterior norteamericana en la década de 1940», *International Organization, vol*. 36 (invierno de 1982), págs. 165 183; A. E. Eckes, *The United States and the Global Struggle for Minerals* (Austin, Texas, 1979). <<

[43] Balfour, *Adversaries*, pág. 10. <<

[44] Ver R. N. Gardner, *Sterling-Dollar Diplomacy* (Nueva York, 1969), todo en general. <<

[45] La frase es utilizada por Steel, *Pax Americana*, pág. 10. <<

[46] Citado por R. Dallek, «El mundo de la posguerra: “Made in USA”», en la edición de S. J. Ungar, *Estrangement: America*

and the World (Nueva York, 1985), pág. 32. <<

[47] Citado en J. W. Spanier, *American Foreign Policy Since World War II* (Londres, edición de 1972), pág. 26. Ver también R. A. Divine, *Second Chance: The Triumph of Internationalism in America During World War II* (Nueva York, 1971), todo en general. <<

[48] Thorne, *Issue of War*, pág. 206. Ver también los recientes escritos de M. P. Leffler: «La concepción americana de la seguridad nacional y el origen de la guerra fría, 1945-1948», *American Historical Review, vol*. 89 (1984), págs. 349-381; y su documento del Lehrman Institute «Seguridad y contención antes de Kennan: la identificación de los intereses americanos al final de la Segunda Guerra Mundial», todo en general. <<

[49] Erickson, *Road to Berlin*, pág. IX. <<

[50] G. Hosking, A *History of The Soviet Union* (Londres, 1985), página 296. <<

[51] Nove, *Economic History of the USSR*, pág. 285. <<

[52] Ver las cifras de Munting, *Economic Development of the USSR*, página 118. <<

[53] McCauley, *Soviet Union Since* 1917, pág. 138. Para más detalles ver Nove, *Economic History of the USSR*, págs. 140-142. <<

[54] McCauley, *Soviet Union Since* 1917, págs. 140 142. <<

[55] Para los detalles, ver M. A. Evangelista, «Reconsideración sobre el ejército de posguerra de Stalin», *International Security, vol*. 7, número 3 (1982-1983), págs. 110-138. <<

[56] Mackintosh, *Juggernaut*. A *History of the Soviet Armed Forces*, págs. 272-273. <<

[57] Ibíd. Ver también los relevantes capítulos de Liddell Hart, *The Red Army*, 2.ª parte; D. Holloway, *The Soviet Union and the Arms Race* (New Haven, Connecticut, 1983), págs. 15 en adelan-

te; Mitchell, *History of Russian ans Soviet Seapower*, págs. 469 en adelante. <<

[58] Hosking, *History of the Soviet Union*, capítulo 11 es mejor en esto. Ver también McCauley, *Soviet Union Since* 1917, capítulo 5; Nove, *Economic History*, págs. 266 en adelante; Ulam, *Expansion and Coexistente*, págs. 467 en adelante. <<

[59] Spanier, *American Foreign Policy Since World War II*, pág., 3; G. Challiand y J. P. Rageau, *Estrategic Atlas: A Comparative Geopolitics of the World's Powers* (Nueva York, 1985), págs. 18 en adelante; J. L. Gaddis, *Strategies of Containment* (Nueva York, 1982), págs. 57 en adelante; y los comentarios de A. K. Henrikson, «La cambiante posición de América en el mundo: ¿De la "periferia" al "centro"?», en edición de J. Gottman, *Center and Periphery* (Beverly Hills, California, 1980), págs. 73 100. <<

[60] Ulam, *Expansion and Coexistente*, pág. 405. <<

[61] Citado por H. Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, (Princeton, Nueva Jersey, 1967), pág. 462. <<

[62] Landes, *Unbound Prometheus*, pág. 488, nota 1. <<

[63] Allen, *Short Economic History of Modern Japan*, pág. 187 en adelante, y las importantes tablas del apéndice B. <<

[64] Ricossa, «Italia 1920-1970», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol*. 6, apart. 1, pág. 240. <<

[65] *Ibíd*., pág. 316. <<

[66] Wright, *Ordeal of Total War*, pág. 264. <<

[67] Fohlen, «Francia 1920-1970», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe*, vol. 6, apart. 1, págs. 92, 109. <<

[68] *Ibíd*., pág. 100. <<

[69] La actitud de De Gaulle hacia el poder anglosajón magníficamente descrita por F. Kersaudy, *Churchill and De Gaulle* (Londres, 1981), así como las *Memoires de Guerre* del propio De Gaulle, 3 volúmenes (París, 1954-1959). Sobre la política colo-

nial francesa durante y después de la guerra, ver L. von Albertini, *The Colonization* (Nueva York, edición de 1971), págs. 358 en adelante; y el libro de Schmidt *Pattern of Imperialism*, capítulo 3, que incluye comparaciones con Gran Bretaña. <<

[70] Barnett, *Collapse of British Power*, págs. 587-588; y en un tono similar, Porter, *Britain, Europe and the World 1850-1982*, págs. 111 en adelante. <<

[71] Citado por Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, págs. 318, con más detalles de la situación económica británica. Ver también Hobsbawm, *Industry and Empire*, págs. 356 en adelante; Barnett, *The Audit of War* (Londres, 1986), todo en general. <<

[72] El mejor de todos éstos es K. O. Morgan, *Labour in Power 1945-1951* (Oxford, 1984), todo en general, y también apéndices 3-5. Pero ver también los notables capítulos de K. Harris, *Attlee* (Londres, 1982), y A. Bullock, *Ernest Bevin: Foreign Secretary* (Oxford, 1983). La política económica está detallada por A. Cairncross, *Years of Recovery: British Economic Policy 1945-1951* (Londres, 1985), y resumida en D. H. Aldcroft, *The British Economy, vol. 1* (Londres, 1986), capítulo 8. <<

[73] Ver especialmente H. M. Sachar, *Europe Leaves the Middle East 1936-1954* (Londres, 1972); W. R. Louis, *The British Empire in the Middle East 1945-1951* (Oxford, 1984); y H. Rahmann, «planes militares británicos para el Medio Este posteriores a la Segunda Guerra Mundial,» *Journal of Strategic Estudies, vol. 5,* núm. 4 (diciembre de 1982), páginas 511-530, para los detalles sobre la creciente importancia de la región. La valoración económica del Imperio, después de 1945 está resumida por Porter, *Lion's Share*, págs. 319 en adelante. <<

[74] Sobre esta cooperación, ver T. H. Anderson, *The United States Great Britain and the Cold War 1944-1947* (Columbia, 1981), para las primeras relaciones; J. Bayleis, *Anglo-American.*

Defense Relations 1939-1980 (Londres, 1981), para una visión general; y Bartlett, *Global Conflict*, págs. 269 en adelante. <<

[75] Ver los detalles en Bairoch, «El producto nacional bruto en Europa, 1800-1975», págs. 291-292. <<

[76] Ver Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», página 304, comparar con pág. 296. <<

[77] Las cifras de renta per cápita de 1950 están sacadas de S. H. Cohn, *Economic Development in the Soviet Union* (Lexington, Massachusetts, 1970), apéndice C, tabla C-1. «Para obtener las cifras de la renta per cápita nacional, multiplico por el total de población que aparece en el registro "conceptos correlativos de la guerra"». <<

[78] Registro de datos «conceptos correlativos de la guerra». <<

[79] Citas de Sherwin, *World Destroyed*, pág. 314. <<

[80] Sobre esto, ver Freedman, *Evolution of Nuclear Strategy*, todo en general; y la instructiva investigación de A. L. Friedberg, «Una historia de la "doctrina" estratégica americana, 1945-1980», Journal of Strategic Studies, vol. 3, núm. 3 (diciembre de 1983), págs. 40 en adelante. Para ver algunos ejemplos de esas reflexiones publicados un poco antes, consultar B. Brody, *The Absolute Weapon* (Nueva York, 1946); ídem, *Strategy in the Nuclear Age* (Princeton, Nueva Jersey, 1960); J. Slessor, *Strategy for the West* (Londres, 1954); P. M. S. Blackett, *Fear War, and the Bomb* (Nueva York, 1948). <<

[81] Holloway, *Soviet Union and the Arms Race*, capítulo 2; J. Prados, *The Soviet Estimate: U. S. Intelligence Analysis and Russian Military Strength* (Nueva York, 1982), págs. 17 en adelante; R. L. Garthoff, *Soviet Strategy in the Nuclear Age* (Nueva York, 1958), todo en general; H. S. Dinnerstein, *War and the Soviet Union* (Londres, edición de 1962), especialmente capítulos 1-6. <<

[82] Prados, *Soviet Estimate,* págs. 17-18. Freedman, *Evolution of Nuclear Strategy,* capítulo 5 en adelante; G. B. Larson, *Soviet-American Rivalry* (Nueva York, 1978), págs. 178 en adelante. <<

[83] M. Growing, *Independence and Deterrence: Britain and Atomic Energy 1945-1952,* 2 vols. (Londres, 1974), vol. 1, pág. 184. Ver también L. Freedman, *Britain and Nuclear Weapons* (Londres, 1980); A. Pierce, *Nuclear Politics: The British Experience with an Independent Strategic Nuclear Force 1939-1970* (Londres, 1982); y J. Groom, *British Thinking about Nuclear Weapons* (Londres, 1974). <<

[84] Ver más abajo, pág. 401; y Freedman, *Evolution of Nuclear Strategy,* capítulo 21; W. Kohl, *French Nuclear Diplomacy* (Princeton, Nueva Jersey, 1971), todo en general. <<

[85] Dalle, *American Style of Foreing Policy,* pág. 130. <<

[86] Ibíd., pág. 152. <<

[87] Citado por Balfour, *Adversaries,* pág. 71. Sobre los cambios en la política y en la opinión americana, ver Anderson, *United States, Great Britain and the Cold War 1944-1947,* capítulos 6-7; J. L. Gaddis, *The United States and The Origins of the Cold War 1941-1947* (Nueva York, 1982); y B. R. Kuniholm, *The Origins of the Cold War in the Near East* (Princeton, Nueva Jersey, 1980), todo en general. <<

[88] Dallek, *American Style of Foreign Policy,* pág. 170. <<

[89] Ulam, *Expansion and Coexistence,* pág. 437. <<

[90] G. Lichtheim, *Europe in the Twentieth Century* (Londres, 1972), pág. 351. <<

[91] Balfour, *Adversaries,* págs. 8 en adelante; y para más detalles, L. E. Dellis, *The Cold War Begins: Soviet-American Conflict Over Eastern Europe* (Princeton, Nueva Jersey, 1974); Feis, *Churchill-Roosevelt-Stalin,* todo en general; B. Dovrig, *The Myth of Liberation* (Baltimore, Maryland, 1933); A. Polonsky, *The*

Great Powers and the Polish Question 1941-1945 (Londres, 1976); V. Rothwell, *Britain and the Cold War 1941-1947* (Londres, 1982), especialmente capítulo 3; R. Douglas, *From War to Cold War 1942-1948* (Londres, 1981), todo en general. <<

[92] Ulam, *Expansion and Coexistence*, capítulos 7-9; T. Wolfe, *Soviet Power and Europe 1945-1970* (Baltimore, Maryland, 1970); edición de M. McCauley, *Communist Power in Europe 1944-1949* (Londres, 1977); W. Tauvman, *Stalins American Policy: From Entente to Detente to Cold War* (Nueva York, 1982), todo en general. <<

[93] Ni tampoco nos proponemos dar toda la bibliografía que existe sobre este tema de la guerra fría, Balfour, *Adversaries*; Larson, *Soviet-American Rivalry*; Ulam, *Expansion and Coexistence*; y Bartlett, *Global Conflict*, capítulos 10-11. Todos ellos proporcionan material y referencias a la bibliografía existente. Ver también nota 87. <<

[94] Balfour, *Adversaries*, pág. 94; M. Balfour y J. Mair, *Four-Power Control in Germany and Austria 1945-1946* (Londres, 1956); Rodwell, *Britain and the Cold War*, capítulo 6. Ver también la importantísima recopilación en edición de J. Foschepoth, *Kalter Krieg und deutsche Frage* (Gotinga, 1985), especialmente apart. 3. <<

[95] Una referencia a la excelente investigación de Gaddis, *Strategies of Containment*. <<

[96] Ibíd., pág. 30. <<

[97] *Ibíd*., pág. 31. <<

[98] *Ibíd*., pág. 30. <<

[99] Anderson, *United States, Great Britain and the Cold War*, todo en general; Bullock, *Ernst Bevin: Foreign Secretary*, especialmente capítulo 10; Kuniholm, *Origins of the Cold War in the*

Near East, todo en general; Keylor, *Twentieht-Century World*, págs. 270-271. <<

[100] Aparte del libro de Ulam, ver también las referencias de la nota 92; y M. D. Schulman, *Stalin's Foreign Policy Reappraised* (Nueva York, 1969); M. Kaser, *Comecon* (Londres, 1967); J. K. Hoensch, *Sowjetiesthe Osteuropa-Politik 1945-1974* (Düsseldorf, 1977). <<

[101] Ver las referencias en el artículo de R. Poidevin, «Die Neuorientierung der französischen Deustchlandpolitik in 1948-1949», en edición de Foschepoth, *Kalter Krieg und deutsche Frage*; J. W. Young, *Britain, France and the Unity* of *Europe 1945-1951* (Leicester, 1984), especialmente capítulo 5; Douglas, *From War to Cold War*, págs. 167 en adelante; y sobre la ambivalencia británica, ver S. Greenwood, «Retorno a Dunkerque: los orígenes del tratado anglo-francés de marzo de 1947», *Journal of Strategic Studies, vol*. 6, núm. 4 (diciembre de 1983), págs. 49-65. <<

[102] Bullock, *Bevin*, págs. 571 en adelante; W. P. Davison, *Me Berlin Blockade* (Princeton, Nueva Jersey, 1958); los capítulos importantes de R. Morgan, *The United States and West German 1945-1973* (Londres, 1974); J. H. Backer, *Winds of History: Me German Years of Lucius DuBignon Clay* (Nueva York, 1983), capítulo 10; M. Bell, «Die Blockade Berlins-Konfrontation der Allierten in Deutschland», en edición de Foschepoth, *Kalter Krieg und deutsche Frage*, págs. 217 en adelante. <<

[103] Evangelista, «Una reconsideración del ejército de posguerra de Stalin», todo en general; W. LaFeber, *America, Russia, and the Cold War 1945-1975* (Nueva York, 1976), págs. 83 en adelante; Lord Ismay, *NATO Me First Five Years 1949-1954* (Utrecht, 1954); Gaddis, *Strategies of Containment*, págs. 72 en adelante; A. K. Henrikson, «La creación de la Alianza Atlántica del Norte, 1948-1952», *Naval War College Review, vol*. 32, núm.

3 (mayo/junio de 1980), págs. 4-39; L. S. Kaplan, *Me United States and NATO: Me Formative Years* (Lexington, 1984), todo en general. <<

[104] Sobre esto ver A. Grosser, *West Germany from Defeat to Rearmament* (Londres, 1955); R. MacGeehan, *Me German Rearmament Question* (Urbana, Illinois, 1971); D. Lerner y R. Aron, *France Defeats EDC* (Nueva York, 1957); DePorte, *Europe Between the Superpowers*, págs. 158 en adelante; y T. Schwarz, «El caso del rearme alemán: crisis de la alianza de la época dorada», *Fletcher Forum* (verano de 1984), págs. 295-309. <<

[105] Bartlett, *Global Conflict*, pág. 312. <<

[106] Ulam, *Expansion and Coexistence*, págs. 544 en adelante; D. J. Dallin, *Soviet Foreign Policy after Stalin* (Filadelfia, Pensilvania, 1961); R. A. Remington, *Me Warsaw Pact* (Cambridge, Massachusetts, 1971). <<

[107] Sobre esto ver otra vez Kolko, *Politics o f War*, todo en general; y Thorne, *Issue o f War*. <<

[108] Kolko, *Politics of War*, págs. 298 en adelante; Kuniholme, *Origins of the World War* in *the Near East*, todo en general; Louis, *British Empire in the Middle East*, págs. 53 en adelante. <<

[109] Ulam, *Expansion and Coexistence*, pág. 428; ver también Anderson, *United States, Great Britain and the Cold War*, págs. 103 en adelante. <<

[110] Citado por Bartlett, *Global Conflict*, pág. 261; y ver también los trabajos de Anderson, Louis y Kuniholme. <<

[111] Griml, *Descolonization*, págs. 193 en adelante, es un buen resumen; también Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse*, págs. 210 en adelante; Jolland, *European Decolonization 1918-1981*, págs. 86 en adelante. <<

[112] H. Heald y L. S. Kaplan, *Culture and Diplomacy: The American Experience* (Westport, 1977), capítulos 5-8; P. A. Varg, *Mis-*

sionaries Chinese and Diplomats... 1890-1952 (Princeton, Nueva Jersey, 1952); A. Iriye, *Across the Pacific* (Nueva York, 1967); y más en concreto, B. W. Tuchman, *Stilwell and the American Experience in China* (Nueva York, 1971); H. Feis, *The China Tangle* (Princeton, Nueva Jersey, 1953); N. B. Tucker, *Patterns in the Dust: Chinese-American Relations and the Recognition Controversy 1949-1950* (Nueva York, 1983). <<

[113] M. Schaller, *The American Occupation of Japan: The Origins of the Cold War in Asia* (Nueva York, 1985), que convierte la política americana respecto a Japón en una política mucho más amplia respecto al Sureste asiático y dentro de un contexto de guerra fría, W. S. Borden, *The Pacific Alliance* (Madison, 1984), todo en general. <<

[114] Citado por Schaller, *American Occupation of Japan*, pág. 232; ver también Smith, *The Pattern of Imperialism*, págs. 193-194. La política norteamericana en la zona está muy bien recogida por W. W. Stueck, *The Road to Confrontation* (1981); R. M. Blum, *Drawing the Line: The Origin of American Containment Policy in East Asia* (Nueva York, 1982); B. Cumings, *The Origins of the Korean War* (Princeton, Nueva Jersey, 1981); N. Yonosuke y A. Iriye, *The Origins of the Cold War in Asia* (Nueva York, 1977). Ver también R. Dingman, «Planes estratégicos y el proceso político: los planes norteamericanos para la guerra en el Este asiático, 1945-1950», *Naval War College Review*, volumen 32, n. 6 (1979), págs. 4-21. <<

[115] Hay una breve referencia a la guerra de Corea en Millett y Maslowski, *For the Common Defense*, págs. 484 en adelante; y mucho más detallado, D. Rees, *Korea: The Limited War* (Nueva York, 1966); F. H. Heller, *The Korean War: A 25-Year Perspective* (Kansas, 1977); así como la versión oficial norteamericana. <<

[116] M. A. Graebner, *America as a World Power* (Wilmington, Delaware, 1984), capítulo 7, «Contención Global: los años de

Truman», Tucker, *Patterns in the Dust*, D. Borg y W. Heinrichs, *Uncertain Years: Chinese-American Relations 1947-1950* (Nueva York, 1980); Schaller, *American Occupation of Japan*, capítulos 11-15; E. M. Irving, *The First Indochina War: French and American Policy 1945-1954* (Londres, 1975). <<

[117] Ver Gaddis, *Strategies of Containment*, capítulos 5-6. Ver también el concienzudo análisis de R. Jervis, «El impacto de la guerra de Corea en la guerra fría», *Journal of Conflict Resolution, vol*. 24, n. 4 (diciembre de 1980), págs. 563-592. <<

[118] Registro de datos «Conceptos Correlativos de la Guerra». <<

[119] Ver R. W. DeGrasse, *Military Expansion, Economic Decline* (Armonk, Nueva York, 1983), pág. 119. <<

[120] Holloway, *Soviet Union and the Arnrs Race*, págs. 43, 115 en adelante. Por supuesto, es muy difícil obtener cifras de gastos fiables de los soviéticos y la cifra que se explicita para gastos de defensa es demasiado baja; ver F. D. Holzman, *Financial Checks on Soviet Defense Expenditures* (Lexington, Massachusetts, 1975). <<

[121] Citado por Gaddis, *Strategies of Containment*, pág. 100. Ver también S. F. Wells, «Tocando a rebato: NSC-68 y la amenaza soviética», *International Security*, vol. 4 (otoño de 1979), págs. 116-138, y la respuesta de Paul Nitze, «El desarrollo del NSC 68», *International Security* (primavera de 1980), págs. 159-169; Paul Hammond, «NSC-68; Prólogo al rearme», en edición de W. R. Schilling, *Strategy, Politics and Defense Budgets* (Nueva York, 1962), págs. 267-378. <<

[122] Ver Bartlett, *Global Conflict*, págs. 303 en adelante; y los detalles sobre la creación de la OTAN en Ismay, NATO, todo en general; T. P. Ireland, *Creating de Entangling Alliance* (Londres, 1981); y Kaplan, *United States and NATO*, págs. 143 en adelante. <<

[123] Mackintosh, *Juggernaut*, págs. 292 en adelante; hay varios ensayos en Liddell Hart, *Red Army*, punto 2; Wolfe, *Soviet Power and Europe*, todo en general; A. Lee, *The Soviet Air Force* (Londres, 1961); R. Kilmarx, *A History of Soviet Air Power* (Londres, 1962). <<

[124] Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 530-543; Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, capítulo 11. <<

[125] Reynolds, *Command of the Sea*, págs. 545 en adelante; Hagan, *In Peace and War*: Interpretations *of American Naval History 1775-1978*, capítulos 15-16; Potter, *Sea Power*, capítulos 31-32; J. Woods (seudónimo), «La Royal Navy desde la Segunda Guerra Mundial», U.S. *Naval Institute Proceedings, vol.* 108, núm. 3 (marzo de 1982), págs. 82 en adelante. <<

[126] Mitchell, *History of Russia and Soviet Sean Power*, capítulos 21-22, cubre la reconstrucción posterior a 1945. Ver también, N. Polmar, *Soviet Naval Developments*, 1982 (4.ª edición, Annapolis, Maryland, 1981); págs. 3-13; R. W. Herick, *Soviet Naval* (Annapolis, Maryland, 1968); L. L. Whetton, «La amenaza del Mediterráneo», *Survival*, núm. 8 (agosto de 1980), págs. 252-258; G. Jukes, «El océano índico dentro de la política naval soviética», *Adelphi Papers*, núm. 87 (mayo de 1972). Muy importante en conexión con esto, son las obras de M. McGwire, *Soviet Naval Developments* (Nueva York, 1973), *Soviet Naval Policy* (Nueva York, 1975), y *Soviet Naval Influence* (Nueva York, 1977), resumida en *ídem*, «El fundamento para el desarrollo del poderío naval soviético»; J. Baylis y G. Segal, *Soviet Strategy* (Londres, 1981), págs. 210 en adelante. <<

[127] Ver G. Herken, *The* Winning *Weapon: The Atomic Bomb in the Cold War 1945-1950* (Nueva York, 1980); Freedman, *Evolution of the Nuclear Strategy*, págs. 38 en adelante; pero ver también H. R. Borowsky, *A Hollow Threat. Strategic Air Power and Containment before Korea* (Westport, Connecticut, 1982). Para

las implicaciones y su comparación, ver M. Mandelbaum, *The Nuclear Revolution: International Politics Before and After Hiroshima* (Nueva York, 1981). <<

[128] Prados, *Soviet Estimate*, capítulo 4, lo mejor está ahí. <<

[129] Gaddis, *Strategies of Containment*, capítulos 45, da una visión de conjunto. Ver también, D. A. Rosenberg, «La estrategia atómica norteamericana y la decisión de la bomba de hidrógeno», *Journal of American History, vol*. 66 (junio de 1969), págs. 62-67; *ídem*, «Unas ruinas humeantes y radiactivas después de dos horas: documentos sobre los planes norteamericanos sobre una guerra nuclear con la Unión Soviética, 1954-1955», *International Security, vol*. 6, núm. 3 (invierno de 1981-1982), págs. 33-38; Freedman, *Evolution of Nuclear Strategy*, capítulo 6; Weigley, *The American Way of War*, capítulo 17. <<

[130] Prados, *Soviet Estimate*, capítulos 5-8; también E. Bottome, *The Misile Gap* (Rutherford, Nueva Jersey, 1971), todo en general. <<

[131] Freedman, *Evolution of Nuclear Strategy*, págs. 175 en adelante; Friedberg, «Una historia de la doctrina estratégica norteamericana, 1945-1980», págs. 41 en adelante. También muy útil es John Gaddis, «Los orígenes de la autodisuasión; Estados Unidos y el no uso de armas nucleares, 1945-1958». Los estrategas son discutidos en Herken, *Counsel of War* (Nueva York, 1985), y F. Kaplan, *The Wizzards of Armageddon* (Nueva York, 1983). <<

[132] R. V. Daniels, *Russia, The Roots of Confrontation* (Cambridge, Massachusetts, 1985), pág. 234; McCauley, *The Soviet Union since 1917*, págs. 155 en adelante; Ulam, *Expansion and Coexistence*, capítulos 9-10. <<

[133] Steele, *Pax Americana*, pág. 9; y con más detalle, R. E. Osgood, *NATO: The Entangling Alliance* (Chicago, Illinois, 1962),

todo en general; DePorte, *Europe Between the Superpowers*, págs. 115 en adelante; Kaplan, *United States and NATO*. <<

[134] Steele, *Pax Americana*, págs. 134. Ver también R. Aron, *The Imperial Republic* (Londres, 1975); D. Horowitz, *The Free World Colossus* (Nueva York, 1971); Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century*, capítulos 11-12. <<

[135] Keylor, *Twentieth Century World*, pág. 375; J. L. Gaddis, «La perspectiva estratégica: El ascenso y declive del concepto de "perímetro defensivo"», en Borg y Heinrich, *Uncertain Years*, págs. 61-118; y, con unas anotaciones muy exactas, Schaller, *The American Occupation of Japan*, págs. 279 en adelante. <<

[136] Citado en Woodruff, *America's Impact on the World*, pág. 65. <<

[137] Ulam, *Expansion and Coexistence*, págs. 539 en adelante; McCauley, *Soviet Union since 1917*, págs. 198 en adelante; Daniels, *Russia: The Roots of Confrontation*, págs. 333 en adelante. <<

[138] Actualmente hay una cantidad enorme de literatura sobre este tópico. Entre los estudios más importantes está el de G. Jukes, *The Soviet Union in Asia* (Berkeley, California, 1973); H. D. Cohn, *Soviet Policy Toward Black Africa* (Nueva York, 1972); R. H. Donaldson, *Soviet Policy Toward India* (Cambridge, Massachusetts, 1974); R. Kanet, *The Soviet Union and the Developing Nations* (Baltimore, Maryland, 1974); E. Taborsky, *Communist Penetration of The Third World* (Nueva York, 1963). <<

[139] P. Lyon, «El resurgir del Tercer Mundo», en edición de H. Bull y A. Watson, *The Expansion of International Society* (Oxford, 1984), págs. 299 en adelante, así como otros ensayos de la sección 3; Barraclough, *Introduction in Contemporany History*, capítulo 6; R. Emerson, *From Empire to Nation: The Rise of Self Assertion of Asian and African Peoples* (Cambridge, Massachusetts, 1962), todo en general. <<

[140] Lyon, «Resurgir del Tercer Mundo», en edición de Bull y Watson, *Expansion of International Society*, pág. 229; ídem, *Neutralism* (Leicester, 1963); H. G. Jansen, *Afro-Asia and Non-Alignment* (Londres, 1966). <<

[141] Aparte de las obras citadas más arriba, en la nota 139, ver también L. S. Stavrianos, *Global Rift: The Third World Comes o l'Age* (Nueva York, 1981); R. A. Mortimer, *The Third World Coalition in International Politics* (Nueva York, 1980); R. L. Rothstein, *The Weak in the World of the Strong. The Developing Countries in the International System* (Nueva York, 1977); ídem, *The Third World and U. S. Foreign Policy* (Boulder, Colorado, 1981). <<

[142] Balfour, *Adversaries*, págs. 157 en adelante; Ulam, *Expansion and Coexistence*, págs. 461 en adelante; D. Rusinov, *The Yugoslav Experiment 1948-1974* (Londres, 1977); Lyon, «Resurgir del Tercer Mundo», todo en general. <<

[143] McCauley, *Soviet Union since 1917*, pág. 204. Más en general, ver más arriba referencia nota 138, y R. C. Horn, *The Soviet Union and India: The Limits of Influence* (Nueva York, 1981); R. H. Donaldson, *The Soviet Union in the Third World: Successes and Failures* (Boulder, Colorado, 1981); M. H. Ahykal, *The Sphinx and the Commissar. The Rise and Fall of Soviet Influence in the Middle East* (Londres, 1978); K. Dawisha, *Soviet Foreign Policy Toward Egypt* (Londres, 1979), todo en general. <<

[144] McCauley, *Soviet Union Since 1917*, pág. 210; Donaldson, *Soviet Union in the Third World: Successes and Failures*; A. Dawisha y K. Dawisha, *The Soviet Union in the Middle East* (Nueva York, 1982). <<

[145] Registro de datos «Conceptos correlativos de la guerra», es más fiable que las cifras que aparecen a continuación en *Military Balance* para principios de los años setenta. <<

[146] *The Military Balance 1974-1975* (Londres, 1947), págs. 7, 10, 19, 22. <<

[147] H. Pemsel, *Atlas of Naval Warfare* (Londres, 1977), pág. 159. <<

[148] *Military Balance 1974-1975*, págs. 75-77; para China, págs. 48-49. <<

[149] - Ver más arriba referencias nota 126. <<

[150] Sobre las relaciones soviético-norteamericanas de los años setenta, ver Keylor, *Twentieth-Century World*, págs. 364 en adelante y 405 en adelante; Schulzinger, *American Diplomacy and the Twentieth Century*, págs. 299 en adelante; S. Hoffman, *Primacy of World Order* (Nueva York, 1978); Lawson, *Soviet-American Rivalry*; McCauley, *Soviet Union since 1917*, págs. 238 en adelante; Daniels, *Russia, The Roots of Confrontation*, págs. 231 en adelante y toda la bibliografía de las págs. 394-396. Más importante que todas éstas es R. L. Garthoff, *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations From Nixon To Reagan* (Washington, DC, 1985). <<

[151] Keylor, *Twentieth Century World*, pág. 371. <<

[152] Para lo que sigue, ver R. S. Thornton, *The Bear and the Dragon* (Nueva York, 1972); R. C. North, Moscow *and the Chinese Communist* (Stanford, California, 1953); R. R. Simmons, *The Strained Alliance* (Nueva York, 1975); G. Ginsburgs y C. F. Pinkele, *The Sino-Soviet Territorial Dispute 1949-1964* (Nueva York, 1978); D. Floyd, *Mao Against Krushchev* (Nueva York, 1964); A. D. Low, *The Sino-Soviet Dispute* (Rutherford, Nueva Jersey, 1976); y un buen resumen en Bartlett, *Global Conflict*, págs. 325 en adelante. <<

[153] Ulama, *Expansion and Coexistence*, pág. 693; O. E. Clubb, *China and Russia, The «Great Game»*, todo en general; J. Camilleri, *Chinese Foreign Policy: The Maoist Era and Its Aftermath* (Seattle, Washington, 1980). <<

[154] Keylor, *Twentieth Century World*, pág. 398. <<

[155] H. Kissinger, *The White House Years* (Boston, 1979), págs. 172 en adelante, y el importante análisis de D. L. Strode, «Control de armas y relaciones chino-soviéticas», Orbis, vol. 28, n. 1 (primavera de 1984), págs. 163-188. <<

[156] Gladdis, *Strategies of Containment*, pág. 210. <<

[157] W. E. Griffith, *Communism in Europe: Continuity, Change and the Sino-Soviet Dispute*, 2 vols. (Cambridge, Massachusetts, 1964-1966); J. G. Whelan, *World Communism 1967-1969: Soviet Attempts to Reestablish Control* (Biblioteca del Congreso, Servicio Legislativo de Referencia, Washington, DC, 1970); Z. *Brzezinski, The Soviet Bloc: Unity and Conflict* (Cambridge, Massachusetts, 1967). <<

[158] Ver el magnífico y breve trabajo de C. Bell, «China y el orden internacional», en la edición de Bull y Watson, *Expansion of Interational Society*, capítulo 17; y más detalladamente, en M. B. Yahuda, *Chinas Rol in World Affairs* (Nueva York, 1978). <<

[159] Citado por W. L. Kohl, *French Nuclear Diplomacy* (Princeton, Nueva Jersey, 1971), pág. 103. Ver también W. Mendl, *Deterrence and Persuasion: French Nuclear Armament in the Context of National Policy 1945-1969* (Londres, 1970); M. M. Harrison, *Reluctant Ally: France and Atlantic Security* (Baltimore, Maryland, 1981), y especialmente E. Kolodziej, *French International Policy under De Gaulle and Pompidou: The Politics of Grandeur* (Ithaca, Nueva York, 1974). <<

[160] Kolodziej, *French International Policy; A.* Grosser, *The Western Alliance: Europan-American Relations Since 1945* (Londres, 1980), págs. 183 en adelante y 209 en adelante. <<

[161] Ver págs. 524-527. <<

[162] Hay una sucinta investigación sobre la política de De Gaulle en DePorte, *Europe Between the Superpowers*, págs. 229 en

adelante; Keylor, *Twentieh Century World*, págs. 346 en adelante. <<

[163] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 304. <<

[164] Keylor, *Twentieth-Century World*, págs. 354 en adelante y 408 en adelante; A. Bronke y D. Novak, *The Communist States in the Era of Detente 1971-1977* (Oakville, Ontario, 1979); R. L. Tokes, *Euro-Communism and Détente* (Nueva York, 1978); G. B. Ginsburgs y A. Z. Rubinstein, *Soviet Foreign Policy Toward Western Europe* (Nueva York, 1978); L. L. Whetten, *Germany's Ostpolitik* (Londres, 1971); W. E. Griffith, *The Ostpolitik of Federal Republic of Germany* (Cambridge, Massachusetts, 1978), cubre los aspectos alemanes. <<

[165] H. Salisbury, *The Coming War Between Russia and China* (Londres, 1969). <<

[166] Algunos de estos aspectos son discutidos por E. Morton y G. Segal, *Soviet Strategy Toward Western Europe* (Londres, 1984). <<

[167] Bartlett, *Global Conflict*, pág. 355. Ver también G. Segal, *The Great Power Triangle* (Londres, 1982); R. Sutter, *China Watch: Toward Sino-American Reconciliation* (Baltimore, Maryland, 1978); y los ensayos de R. H. Solomon, *The China Factor. Sino-American Relations and the Global Scene* (Nueva York, 1981), y G. Segal, *The China Factor. Peking and the Superpowers* (Londres, 1982) especialmente B. Garrett, «Los Estados Unidos y el triángulo de las grandes potencias», págs. 76-104. <<

[168] Gaddis, *Strategies of Containment*, págs. 249 250,259. <<

[169] A. Kendrick, *The Wound Within: America in the Vietnam Years 1945-1974* (Boston, 1974); T. Powers, *The War at Home: Vietnam and the American People 1964-1968* (Nueva York, 1973); F. Fitzgerald, *Fire in the Lake: The Vietnames and Americans in Vietnam* (Boston, 1972); W. O'Neill, Coming Apart (Nueva Yo-

rk, 1971); R. J. Lifton, *Home from the War: Vietnam Veterans* (Nueva York, 1973); L. Baskir y Strauss, *Chance and Circumstance: The War, The Draft, and the Vietnam Generation* (Nueva York, 1978); y G. Kolko, *Vietnam: Anatomy of a War 1940-1975* (Nueva York, 1986), son algunos de entre la cantidad de buenos libros que existen sobre el tema. <<

[170] De nuevo, la bibliografía sobre la estrategia americana y el desarrollo de la guerra es abrumadoramente extensa. Millet y Maslowski, *For the Common Defense*, capítulo 17, es un buen resumen. H. G. Summers, *On Strategy: A Critical Analysis of the Vietnam World* (Nueva York, 1972) examina la guerra a través de espectáculos Clausewitzianos. B. Palmer, *The 25-Years War. America's Military Role in Vietnam* (Nueva York, 1984), especialmente parte 2. «Valoración»; S. Karnow, *Vietnam: A History* (Nueva York, 1984); G. H. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam 1950-1975* (Nueva York, 1979), todos ellos son importantes. <<

[171] Cifras de Gaddis, *Strategies of Containment*, pág. 359; ver también Millet y Maslowski, *For the Common Defense*, págs. 565 en adelante. <<

[172] Ver otra vez la edición de Ungar, *Estrangement. America and the World*, todo en general; pero especialmente G. Hodgson, «Desorden dentro, desorden fuera». <<

[173] Esto puede verse en muchos de los estudios sobre el sistema internacional y la posición de los Estados Unidos dentro de él. Aparte de la edición de Ungar, *Estrangement*, ver también la edición de K. A. Oye y otros, *Eagle Entangled: U. S. Foreign Policy in a Complex World* (Nueva York, 1979); R. D. Keohane, *After Hegemony* (Princeton, Nueva Jersey, 1974); J. Kwitny, *Endless Enemies* (Nueva York, 1984); y el importante trabajo anterior de S. Hoffman, *Gulliver's Troubles* (Nueva York, 1968). <<

[174] Gaddis, *Strategies of Containment*, pág. 275. Y ver de nuevo las referencias de la nota 167; también, la útil investigación de Garthoff, *Detente and Confrontation*, págs. 24 en adelante. <<

[175] Gaddis, *Strategies of Containment*, pág. 179. Ver también el trabajo de Kissinger, *White House Years*; y h. Starr, *Henry Kissinger: Perceptions of International Politics* (Lexington, Kentucky, 1982). Dallek, *American Style and Foreign Policy*, capítulo 9 es mucho más crítico. <<

[176] Gaddis, *Strategies of Containment*, págs. 284 y 297. <<

[177] Comparar Kennan, *Decline of Bismarck's European Order*, con Kissinger, «El blanco revolucionario: Reflejos sobre Bismarck», *Daedalus*, volumen 97 (verano 1968), págs. 888-924. <<

[178] Gaddis, *Strategies of Containment*, págs. 280 282; y para más detalles, dos buenos trabajos, C. Bell, *The Diplomacy of Detente: The Kissinger Era* (Nueva York, 1977); y R. S. Litwak, *Détente and the Nixon Doctrine: American Foreign Policy and the Pursuit Stability 1969-1975* (Cambridge, 1984). <<

[179] Aparte de las a menudo contradictorias memorias de Carter, su secretario de Estado Vance, y su consejero para la seguridad nacional, Brzezinski, ver la información de Garthoff, *Detente and Confrontation*, págs. 563 en adelante; y mucho más brevemente, Ambrose, *Rise to Globalism*, capítulo 15; Schulzinger, *American Diplomacy*, págs. 316 en adelante; y las ideas finales de John Gaddis en el «Epílogo» A *Strategys of Containment*. Sobre todo, ver G. Smith, *Morality, Reason and Power. American Diplomacy in the Carter Years* (Nueva York, 1986), todo en general pero especialmente págs. 241 en adelante. <<

[180] B. Rubin, Paved *with Good Intentions: The United States and Iran* (Nueva York, 1980); G. Sick, Old *Fell Down: America* s *Tragic Encounter with Iran* (Nueva York, 1985); y Smith, *Morality Reason and Power*, capítulo 9 son mejores en este tema. <<

[181] Garthoff, *Detente and Confrontation*, capítulos 26-27, es mejor en este tema. <<

[182] Ver entre otros, J. S. Gansler, *The Defense Industry* (Cambridge, Massachusetts, 1980); J. Fallows, *National Defensa* (Nueva York, 1981) especialmente capítulo 3; R. W. DeGrasse, *Military Expansion, Economic Decline* (Armonk, Nueva York, 1983); J. Coates y M. Kilian, *Heavy Losses* (Nueva York, 1985) todo en general. <<

[183] Ver los agudos comentarios de Schulzinger, *American Diplomacy*, págs. 339 en adelante; S. Talbott, *The Deadly Gambits: The Reagan Administrations and Stalemate in Nuclear Arms Control* (Nueva York, 1984), contiene detalles reveladores. Las memorias del propio High, *Caveat* (Nueva York, 1984); E. Luttak, *The Pentagon and the Art of War* (Nueva York, 1985). <<

[184] Ulam, *Dangerous Relations: The Soviet Union in World Politics 1970-1982* (Nueva York, 1983), pág. 39. <<

[185] D. Holloway, *The Soviet Union and the Arms Race* (New Haven, 1984), págs. 134 en adelante; y el análisis más técnico es el de A. Bergson, «Progreso tecnológico», en edición de Bergson y H. S. Levine, *The Soviet Economy: Toward the Years 2000* (Londres, 1983), págs. 34-78. <<

[186] Garthoff, *Detente and Confrontation*, págs. 887 en adelante, es excelente en esto. Ver también H. S. Bradsher, *Afghanistan and the Soviet Union* (Durham, Nueva Caledonia, 1983); y T. T. Hammond, *Red Flag Over Afghanistan* (Boulder, Colorado, 1984). <<

[187] Garthoff, *Detente and Confrontation*, págs. 982 en adelante. Ver también obras citadas más arriba, en la nota 167, así como B. Garrett, «La política china y las trabas de la lógica triangular», en edición de K. A. Oye, *Eagle Defzant. United States Foreign Policy in the 1980s* (Boston, 1983), especialmente págs. 245 en adelante. <<

[188] Gaddis, *Strategies of Containment*, pág. 280 (el subrayado es mío). <<

[189] Por supuesto esto es mucho más crítico en lo que respecta a los datos de Rusia; ver F. D. Holzmann, «Gasto militar soviético: Valoración del juego en números», International *Security, vol*. 6, núm. 4 (primavera 1982), págs. 78-101, que es una buena introducción a este tema. <<

[190] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 276. <<

[191] Rostow, *World Economy*, pág. 662. (La diferencia más importante es que Rostow una 1913 = 100 líneas básicas, mientras que Bairoch ha elegido 1900.) <<

[192] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 276. <<

[193] *Ibíd*., pág. 276. <<

[194] The Rostow, World *Economy*, pág. 669. <<

[195] Ashworth, *Short History of the International Economy*, páginas 287-288. <<

[196] Ibíd., pág. 289. Y la discusión más detallada de Bairoch, *The Economic Development of the Third World Since 1900* (Berkeley, California, 1975), todo en general. <<

[197] Foreman-Peck, *History of the World Economy*, pág. 376. <<

[198] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 304. <<

[199] Ver la tabla en la obra de Oye y otros *Eagle Defiant*, pág. 8. <<

[200] G. Blackburn, *The West and the World since 1945* (Nueva York, 1985), pág. 96;y Bairoch, *Economic Development*, todo en general, con una buena bibliografía en págs. 250-252. <<

[201] R. Rosecrance, *The Rise of the Trading State* (Nueva York, 1985), especialmente capítulo 7; y M. Smith y otros, *Asia's New Industrial World* (Nueva York, 1985). <<

[202] Ver Schaller, *American Ocupation of Japan*, pág. 289. <<

[203] Sobre esto quizás el estudio más importante que se ha hecho es el de E. F. Vogel, *Japan As Number One: Lessons For America* (Nueva York, 1980). <<

[204] Smith y otros, pág. 18; C. Johnson, *MITI and the Japanese Miracle* (Stanford, California, 1982). <<

[205] Vogel, *Japan As Number One*, págs. 9-10 (el subrayado es mío); Allen, *A Short Economy History of Modern Japan*, parte 2, es muy valioso para este tema. Las estadísticas de automóviles proceden de *The Economist, 2* de noviembre de 1985, pág. 111. <<

[206] Muchos de los escritos sobre China después de 1945 parecen haberse centrado en Mao, o en los asuntos culturales/ideológicos, en vez de en su política exterior; está Bell, «China y el Orden internacional», en la edición de Bull y Watson, *The Expansion of International Society*, págs. 255-267; H. Harding, *Chinas Foreign Relations in the 1980's* (New Haven, 1984), especialmente capítulo 1 y 5-6; A. D. Barnett, *China and the Major Powers in East Asia* (Washington D. C., 1977); M. Yahuda, *China's Roles in World Affairs* (Nueva York, 1978); P. van Ness, *Revolution and Chinese Foreign Policy* (Berkeley, California, 1971); y R. H. Solomon, *The China Factor. Sino-American Relations and the Global Scene* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1981), con algunos capítulos muy útiles. <<

[207] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», págs. 299, 302. <<

[208] Rostow, *World Economy*, págs. 525 en adelante; D. H. Perkins, *China's Modern Economy in Historical Perspective* (Stanford, California, 1975). <<

[209] Blackburn, *West and the World Since 1945*, pág. 77. <<

[210] *Ibíd.*; y Bairoch, *Economic Development Of the Third World*, páginas 188 en adelante y 201 en adelante, que comenta positivamente la atención que los chinos dan a la agricultura. <<

[211] «Conceptos correlativos de la guerra», registro de datos para 1980. <<

[212] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 304. <<

[213] D. H. Perkins, «Las consecuencias internacionales del desarrollo económico de la China», edición de Solomon, *China Factor*, páginas 114-136, importante en este aspecto. <<

[214] Algunos de los dilemas europeos se discuten en DePorte, *Europe Between the Superpowers*, todo en general; J. R. Wegs, *Europe Since 1945* (Nueva York, 1984), especialmente capítulo 8-15; S. Holt, *The Common Market: The Conflict of Theory and Practice* (Londres, 1967). <<

[215] Aldcroft, *European Economy 1914-1980*, pág. 161. <<

[216] *Ibíd.*, y ver también Landes, *Unbound Prometheus*, capítulo 7; Pollard, *Peaceful Conquest*, cap. 9; Madison, «Política económica y desarrollo en Europa, 1913-1970», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol. 5*, parte 2, págs. 476 en adelante. Para el período anterior, hay estudios detallados: M. M. Postan, *An Economic History of Western Europe 1945-1964* (Londres, 1967); y A. S. Milward, *The Reconstruction of Western Europe 1945-1951* (Londres, 1984). <<

[217] Aldcroft, *European Economy*, págs. 161. <<

[218] Edición de Oye y otros, *Eagle Defzant*, pág. 8 y notas tabla 1-1. <<

[219] Sobre este argumento, ver otra vez Pollard, *Peaceful Conquest*, todo en general. <<

[220] *Ibíd.*, pág. 305. <<

[221] *Ibíd.*, pág. 171. <<

[222] Aldcroft, *European Economy*, pág. 161. <<

[223] Ver los datos en la obra de Wegs, *Europe Since 1945*, capítulo 9; A. S. Deaton, «La estructura de la demanda, 1920-1970», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol*. 6, parte 1. <<

[224] Ricossa, «Italia, 1920-1970», en edición en Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol*. 6, parte 1, págs. 290 en adelante; G. Scimone, «El milagro italiano», en J. Hennessy y otros, *Economic Miracles* (Londres, 1964), G. H. Hildebrand, *Growth and Structure in the Economy of the Modern Italy* (Cambridge, Massachusetts, 1965). <<

[225] Ver más arriba págs. 367-368. <<

[226] Porter, *Britain, Europe and the World*, capítulo 5; Kennedy, *Realities Behind Diplomacy*, capítulos 7-8. <<

[227] La bibliografía sobre el declive económico británico posterior a 1945 es inmensa. Ver, entre otros, Gamble, *Britain in Decline*; Kirby, *Decline of British Economic Power Since 1870*, capítulo 5; F. Blackaby, De-industrialization (Londres, 1979); W. Beckereman, Slow *Growth in Britain: Causes and Consequences* (Oxford, 1979); J. Eatwell, *Whatever Happened to Britain?* (Londres, 1982). <<

[228] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 303. <<

[229] Wegs, *Europe Since 1945*, pág. 161. Las cifras de la facturación mundial proceden de Bairoch y las del comercio mundial de Kirby, *Decline*, pág. 149, tabla 15. <<

[230] V. Berghahn, *Unternehemer und Politik in der Bundesrepublik* (Frankfurt, 1985), todo en general; K. Hardach, *The Political Economy of Germany in the Twentieth Century* (Berkeley, California, 1980), pág. 140 en adelante. <<

[231] Para más detalles, ver Hardach, *Political Economy of Germany*, págs. 178 en adelante; L. Erhard, *The Economics of Success* (Princeton, Nueva Jersey, 1963), todo en general; Hardach, «Alemania 1914-1970», en la edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe*, vol. 6 apart. 1, págs. 217 en adelante; Landes, *Unbound Prometheus*, págs. 502 en adelante y 531 en adelante; Balfour, *Adversaries*, págs. 122 en adelante. <<

[232] Hardach, «Alemania 1914-1970», en edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 6, apart. 1, pág. 221. <<

[233] Wegs, *Europe Since 1945*, pág. 161. <<

[234] Las preocupaciones diplomáticas y de seguridad en la República Federal y la actitud de las demás potencias ante ella son examinadas por DePorte, *Europe Between the Superpowers*, págs. 1180 en adelante; C. M. Kelleher, *Germany and the Politics of Nuclear Weapons* (Nueva York, 1975); W. F. Hanrieden, *West German Foreign Policy 1949-1963* (Stanford, California, 1967); Willis, France, *Germany and the New Europe*; Calleo, *The German Problem Reconsidered*, páginas 161 en adelante; P. Windsor, *German Reunification* (Londres, 1969); Kaiser, *German Foreign Policy in Transition*, todo en general; Gruner, *Die deutsche Frage*, pág. 176 en adelante. <<

[235] Bairoch, «Niveles internacionales de industrialización», págs. 302 en adelante. <<

[236] Fohlen, «Francia 1920-1970», edición de Cipolla, *Fontana Economic History of Europe, vol.* 6, apart. 1, págs. 100 en adelante; E. Malinraud, *La croissance française* (París, 1972); M. Parodi, *L'économie et la société française de 1945 á 1970* (París, 1971); Caron, *Economic History of Modern France*, págs. 182 en adelante; R. F. Kuisel, *Capitalism and the State in Modern France* (Cambridge, 1981), capítulo 7-9; Kindleberger, «El resurgir de la economía francesa en la posguerra», edición de S. Hoffman, *In Search of France* (Cambridge, Massachusetts, 1963). <<

[237] Ver otra vez Kolodziej, *French International Policy Under De Gaulle and Pompidou: The Politics of Grandeur*. <<

[238] Ver estadísticas de la CIA en su *Handbook of Economic Statistics*, 1984. <<

[239] Ver por ejemplo Hosking, *History of the Soviet Union*, apéndice C (índices seleccionados de la producción industrial y agrícola), pág. 483; Munting *Economic Development of the USSR*, págs. 340-387; J. P. Nettl, *The Soviet Achievement* (Londres, 1967), capítulo 6. <<

[240] Munting, *Economic Development of the USSR*, pág. 133. <<

[241] Los problemas de la agricultura soviética han sido foco de una gran atención en toda la literatura erudita. Ver en concreto los instructivos ensayos 4 y 5 de Bergson y Levine en *Soviet Economy: Toward the Year* 2000; D. M. Schooner, «Política Agrícola Soviética», en la edición *Soviet Economy in a Time of Change* (Washington, D. C., 1979), documentos del Comité. Conjunto de Asuntos Económicos del Congreso de Estados Unidos, págs. 87-115; Munting, *Economic Development of the USSR*, págs. 142 en adelante y 160 en adelante. <<

[242] CIA, *Handbook of Economic Statistics*, 1948, pág. 27. <<

[243] Edición de Cipolla de *Fontana Economic History of Europe*, volumen 5, apart. 2, págs. 476 en adelante y vol. 6, apart. 2, págs. 593 en adelante; N. Spulber, *The State and the Economic Development in Eastern Europe* (Nueva York, 1966), todo en general; Kaser, *Comecon*, todo en general; y un excelente resumen en Aldcroft, *European Economy 1914-1980*, capítulo 6. <<

[244] Nove, *Economic History*, págs. 330 en adelante, 363 en adelante; edición de Bergson y Levine, *Soviet economy: Toward the Year* 2000, pág. 148. <<

[245] Detalles en M. I. Goldman, *The Enigma of Soviet Petroleum* (Londres/Boston, 1980), que tiene una visión más optimista del

futuro de la producción de crudos de Rusia que la CIA, pero reconoce el problema de los residuos. <<

[246] Mucho de todo esto volveremos a verlo en el capítulo final, pero ver edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year 2000*, especialmente 402 en adelante; H. S. Rowen, «Vivir con un oso enfermo», *National Interest*, n. 2 (verano de 1985-1986), págs. 14-26; M. 1. Goldman, *USSR in Crisis: The Failure of an Economic System* (Nueva York, 1983); P. Dibb, *The Soviet Union: The Incomplete Superpower* (Londres, 1985), capítulo 3; T. J. Colton, *The Dilemma* of *Reform in the Soviet Union* (Nueva York, 1984). Para los problemas de Europa Oriental, ver «¿Crisis en el imperio soviético?», artículo sacado de *International Security, vol*. 6, núm. 3 (verano 1981-1982). <<

[247] Bairoch, «Niveles de industrialización internacional», pág. 304. <<

[248] Ver más arriba tabla 43; y comparar con el libro de la *CIA, Handbook of Economic Statistics*, 1984, pág. 4 que (siendo computados en dólares *USA*) presumiblemente serán cifras bastante alteradas para 1987, debido a la devaluación de la moneda norteamericana. <<

[249] Balfour, *Adversaries*, pág. 204. <<

[250] *Ibíd*., pág. 193. <<

[251] L. Thurow, «América entre iguales», en la edición de Ungar, *Estrangement*, págs. 159-178; *ídem, The Zero-Sum Game* (Nueva York, 1980), todo en general, especialmente capítulos 1 y 4; DeGrasse, *Military Expansion Economic Decline*, especialmente capítulo 2. <<

[252] Ver en concreto Grosser, *Western Alliance*, pág. 217 en adelante; J. J. Servan Schreiber, *The American Challenge* (Harmondsworth, 1969); R. Barnett, *Global Reach* (Nueva York, 1974); S. Rolfe, *The International Corporation* (París, 1969); así como Woodruff, *America's Impact on the World*, capítulo 4. <<

[253] Becker y Wells, *Economics and World Power*, capítulos 7-8; D. Calleo, *The Imperious Economy* (Cambridge, Massachusetts, 1982); J. Gowa, *Closing the Gold Window: Domestic Politics and the End of Bretton Woods* (Ithaca, Nueva York, 1983); G. Epstein, «La triple crisis», *World Policy Journal, vol.* 2, n. 4 (otoño 1965), pág. 628 en adelante: *Economist*, 5 octubre 1985, «Reforma monetaria», pág. 11. <<

[254] Thurow, «América entre iguales», edición de Ungar, *Estrangement*, pág. 163. <<

[255] *Ídem, Zero-Sum Society*, págs. 3-4 (las cifras norteamericanas mejoraron probablemente con la subida del dólar de 1983-1985 y empeoraron con la devaluación después de 1985). <<

[256] Calleo, «El poder americano en un nuevo mundo, 1961», edición de Becker y Wells, *Economics and World Power*, págs. 391 393. <<

[257] Oye y otros, *Eagle Delant*, pág. 8 (con una nota sobre las fuentes utilizadas). <<

[258] He utilizado las cifras de población y de renta per cápita del libro de Chaliand y Gageau, *Strategic Atlas*, págs. 214-220, que basa sus cifras en el Informe del Banco Mundial, *Report on World Development, 1982*. El total de la renta per cápita es extrapolación mía.. <<

[259] La afirmación de Perkins está recogida en la edición de Solomon, China Factor, págs. 118-119, en el sentido de que la renta per cápita china de 1979 andaba entre los 400 y 500 dólares, y no los 266 de la conversión oficial. Incluyo un cálculo para 1980 de unos 450 dólares de renta per cápita. <<

[260] Citado por Gilpin, *War and Change in World Politics*, págs. 76 y 77. <<

Capítulo VIII

[*] Por esto incluso empresas japonesas están construyendo fábricas allí. <<

[**] Presumiendo que sea así, todavía es difícil, por razones técnicas, sugerir lo que esto significa en cifras exactas. Muchas de las estadísticas comúnmente empleadas (p. ej. por la CIA) en comparaciones internacionales se fundan en dólares U.S.A. y en índices de cambios en el mercado; así, la caída del valor del dólar frente al yen en casi un 40% en 1985-1986 podría, por aquel cálculo, aumentar masivamente el PNB de Japón en comparación con el de los Estados Unidos (y también en comparación con la URSS, ya que su PNB se calcula a menudo en «dólares geométricamente medios»)[76]. Basta con una subida del yen respecto a su valor de cambio actual a 120 o incluso 100 por dólar, que según algunos expertos económicos creen que es su «verdadero valor de cambio»[77], daría a Japón un PNB total cercano al de los Estados Unidos y muy por encima del de Rusia. Es debido a los problemas causados por rápida fluctuación en los tipos de cambio, por lo que algunos economistas prefieren utilizar la «paridad de poder adquisitivo», a pesar de que la medida también tiene sus problemas. <<

[***] Es, por ejemplo, demasiado fácil mostrar la superioridad del pacto de Varsovia incluyendo, digamos, todas las fuerzas armadas de Rusia (incluso las desplegadas contra China) y excluyendo, digamos, las de Francia. <<

[1] Keylor, *Twentieth-Century World*, pág. 405. <<

[2] Esta afirmación pertenece a E. H. Carr, *What is History?* (Harmondsworth, 1964), capítulo 1, «La historia y sus hechos»; pero ver también D. Thompson, *The Aims of History* (Londres, 1969, capítulo 4). <<

[3] Ver entre otros, Gilpin, *War and Change in World Politics*; G. Modelski, «El largo ciclo de la política global y el estado-nación», *Comparative Studies on Society and History, vol.* 20 (abril

1978, páginas 214-235; Rasler y Thompson, «Guerras Mundiales, deuda pública y el largo ciclo», todo en general; McNeill, *Pursuit of Power*, todo en general; Rosecrance, *Action and Reaction in World Politics*, todo en general. <<

[4] Como en la célebre cita de *Herr* Eugen *Dühring's Revolution in Science* (Londres, 1936), pág. 188. <<

[5] La bibliografía sobre ciencia política es muy extensa. Ver por ejemplo, M. Wight, *Power Politics* (Harmondsworth, Mddsx., 1979); K. Waltz, *Man, the State and War* (Nueva York, 1959); H. Bull, *The Anarchical Society* (Nueva York, 1977). <<

[6] Ver, por ejemplo, P. F. Drucker, «El cambio en la economía mundial», *Foreign Affairs, vol.* 64, n. 4 (primavera 1986), págs. 768-791, un artículo notable. Ver también las cifras facilitadas en «Beyond Factory Robots», *Economist*, 5 julio 1986, pág. 61. <<

[7] Drucker, «El cambio en la economía mundial», págs. 771-772; «China e India», *Economist*, 21 diciembre 1985, págs. 66-67. <<

[8] De nuevo, la bibliografía sobre este tema es muy extensa. Como buenas introducciones generales, ver S. B. Linder, *The Pacific Century* (Stanford, California, 1986); J. W. Morley, *The Pacific Basin* (Nueva York, 1986); M. Smith y otros, *Asia's New Industrial* World (Londres, 1985); K. E. Calder, «La construcción de una economía transpacífica», *World Policy Journal, vol.* 2, n. 4 (otoño, 1985), págs. 593-623. <<

[9] Linder, *Pacific Century*, págs. 13-14. <<

[10] *Ibíd*., págs. 6-15. <<

[11] P. Drysdale, «La ciencia del Pacífico y su vitalidad económica», edición de Morley, *Pacific Basin*, pág. <<

[12] Mathias, *First Industrial Nation*, pág. 44. <<

[13] M. Kaldor, *The Baroque Arsenal* (Londres, 1982), pág. 18. Para ver ejemplos de una fuente totalmente distinta, ver F. Cooper, «Recursos de defensa: en busca de una estrategia», *Journal of the Royal United Services Institute for Defense Studies, vol.* 130, n. 4 (diciembre 1985), pág. 4. También es muy útil la investigación «Tecnología de defensa», *Economist,* 21 de mayo de 1983. <<

[14] La obra principal (de un experto de la casa) es J. S. Gansler, *The Defense Industry* (Cambridge, Massachusetts, 1980). <<

[15] Ver McNeill, *Pursuit of Power*, todo en general; Kaldor, *Baroque Arsenal,* todo en general. <<

[16] *The Military Balance 1985-1986,* págs. 170 173. Y la publicación del SIPRI, Instituto Internacional de Estocolmo para la Búsqueda de la Paz*, The Arms Race and Arms Control* (Londres, 1982), especialmente capítulos 2-3. <<

[17] L. Brown y otros, *State of a World 1986* (Nueva York, 1986), pág. 196. <<

[18] «Excesivo» es, por supuesto, un término caprichoso, porque si un país se siente bajo una fuerte presión por parte extranjera (como por ejemplo Israel), parece inapropiado utilizar ese término. Por otro lado, la memoria histórica sugiere que si una nación dedica a largo plazo más del diez por ciento (en algunos casos, cuando es estructuralmente débil, el cinco por ciento) del Producto Nacional Bruto en armamento, es una forma de limitar su tasa de crecimiento. <<

[19] Para algunos ejemplos de esto, ver la edición de Cipolla, *Economic Decline of Empires*; Kennedy, *Strategy and Diplomacy*, capítulo 3; F. Lewis, «El gasto militar en cuestión», *New York Times,* 11 de noviembre de 1986); págs. D1, D5. <<

[20] «El evasivo *boom* de la productividad», *New York Times,* 8 de abril de 1984, sección Negocios, págs. 126; ver también

«Más rico que tú», *Economist*, 25 de octubre de 1986, págs. 13-14. <<

[21] Ver T. Fingar, *Chinas Quest for Independence* (Boulder, Colorado, 1980), todo en general; G. Segal y W. *Tow, Chinese Defense Policy* (Londres, 1984); Chaliand y Rageau, *Strategic Atlas*, pág. 143. Y los importantes ensayos de H. R. Solomon, *The China Factor. Sino-American Relations and the Global Scene* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1981); J. Camilleri, *Chinese Foreign Policy: The Maoist Era and Its Aftermath* (Seattle, Washington, 1980). <<

[22] G. Segal, *Defending China* (Londres, 1985), cubre con detalle el declive de la efectividad china en combate. Ver también H. W. Jencks, *From Missiles to Muskets: Politics and Professionalism in the Chinese Army 1945-1981* (Boulder, Colorado, 1982). <<

[23] Ver D. H. Perkins, «Las consecuencias internacionales del desarrollo económico chino», en edición de. Solomon, *China Factor*, pág. 118. *Economist*, 25 de enero de 1986, págs. 29-31. <<

[24] Ver el importante artículo «Una Nueva Larga Mancha en China», en J. T. Dreyer, «La modernización militar de China», Orbis, volumen 27, n. 4 (verano de 1984), págs. 1011-1026; *Military Balance 1985-1986*, págs. 111-115; M. Y. M. Kan, «La búsqueda de Deng de la modernización militar y la seguridad nacional», *Mainland China's Modernization: Its Prospects and Problems* (Berkeley, California, 1982), págs. 227-244. <<

[25] Dreyer, «La modernización militar de China», pág. 1017. <<

[26] Ibíd., pág. 1016. Ver también Pollack, «China como potencia nuclear», en edición de W. H. Overholt, *Asia's Nuclear Future* (Boulder, Colorado, 1977), todo en general. <<

[27] Para una breve investigación de esas debilidades, ver otra vez Dreyer, «La modernización militar de China», págs. 1017

en adelante. Sobre el desarrollo de los submarinos, ver el *New York Times* del 1 de abril de 1986, págs. C1, C3. <<

[28] «Mientras China se fortalece», *Economist* del 25 de enero de 1986, pág. 11; y especialmente G. Segal, «Cultura de defensa y relaciones chino-soviéticas», *Journal Of Strategic Studies*, vol. 8, n. 2 (junio de 1985), págs. 180-198, con más referencias. <<

[29] B. Reynolds, «China en la economía internacional», en edición de H. Harding, *Chinas Foreign Relations in the 1980's* (New Haven, Connecticut, 1984), pág. 75. <<

[30] D. H. Perkins, «Las consecuencias internacionales del desarrollo económico de China», en edición de Solomon, *China Factor*, páginas 115-116; y para más detalles, ver edición de Perkins, *China's Modern Economy in the Historical Perspective* (Stanford, California, 1975), todo en general; y A. D. Barnett, *Chinas Economy in Global Perspective* (Washington, DC, 1981), todo en general. <<

[31] *New York Times* del 27 de marzo de 1986, pág. A14; Rostow, *World Economy*, págs. 532 en adelante. <<

[32] Perkins, «Consecuencias internacionales», en edición de Solomon, *China Factor*, pág. 128. <<

[33] Reynolds, «China en la economía internacional», edición de Harding, *Chinas Foreign Relations in the 1980's*, pág. 87. <<

[34] Citado por Brown y otros, *State of the World*, 1986, pág. 19; y ver también «China e India: dos millones de personas descubren los placeres del mercado», *Economist, 21* de diciembre de 1985, págs. 66-67. <<

[35] «China e India»; y ver los sorprendentes detalles de los testimonios de la reciente transformación en O. Schell, *To Get Rich Is Glorious: China in the* 80's (Nueva York, 1985). <<

[36] New York Times, 27 de marzo de 1986, pág. A-14; y más en general, K. Lieberthal, «Política doméstica y política exte-

rior», en edición de Harding, *Chinas Foreign Relations in the* 1980's, págs. 58 en adelante. Ver también el informe de la CIA «China: desarrollo económico en 1985» (Washington, DC, 1986); y para acabar, el muy inteligente artículo de A. D. Barnett, «Diez años después de Mao», *Foreigns Affairs, vol. 65,* núm. 1 (otoño de 1986), págs. 37-65. <<

[37] Ver de nuevo el importante artículo, «China e India», *Economist, 21* de diciembre de 1985, págs. 65-70, especialmente pág. 68; y Ramses, 1982, *The State of The World Economy* (Cambridge, Massachusetts, 1982), págs. 286-287. <<

[38] Perkins, «Consecuencias internacionales», págs. 130-131. <<

[39] Military Balance 1985-1986, pág. 112; Perkins, «Las consecuencias internacionales…», edición de Solomon, *China Factor*, págs. 132-133; Economist, 25 de enero de 1986, pág. 29. <<

[40] Ver las tablas en Brown y otros, *State of the World* 1986, pág. 207. <<

[41] Perkins, «Consecuencias internacionales», edición de Solomon, *China Factor*, págs. 132-133; Economist, 25 de enero de 1986, pág. 29. <<

[42] Perkins, «Consecuencias internacionales», edición de Solomon, *China Factor*, pág. 120. <<

[43] Esta proyección se basa en la hipótesis de que «las cuatro economías más fuertes de la Europa occidental crecerán entre 1985-2000 al mismo ritmo que lo hicieron en el período 1970-1982» (que el artículo admite que puede ser algo pesimista): «China e India», pág. 69. <<

[44] Ramses, 1982, pág. 285; las cifras son de Morley, *Pacific Basin*, pág. 13; Reynolds, «China en la economía internacional», págs. 73-74. Para una visión comparativa, ver otra vez Rosecrance, *Rise of the Trading State*, todo en general. <<

[45] Ver otra vez Segal, «Cultura de defensa y relaciones chino soviéticas», todo en general. <<

[46] Ver también R. Taylor, *The Sino-Japanese Axis* (Nueva York, 1985). <<

[47] «Rusia y China», *Economist*, 29 de marzo de 1986, págs. 34-35. De todas formas, esto le convierte automáticamente en un miembro de un «frente unido antisoviético», como se pretende en C. D. McFetridge, «Algunas implicaciones del resurgir de China como gran potencia», *Journal of the Royal United Services Institute for Defense Studies, vol.* 128, n. 3 (setiembre de 1983), pág. 43. <<

[48] Sobre esto, ver J. G. Stoessinger, *Nations in Darkness: China, Russia and America* (Nueva York, 1978), todo en general; y la edición de Harding, *China's Foreign Relations in the 1980's* todo en general, especialmente capítulo 6. <<

[49] Pollack, «China y el balance estratégico global», en edición de Harding, *Chinas Foreign Relations in the 1980's*, págs. 173-174. <<

[50] «Una nueva larga marcha en China», *Economist*, 25 de enero de 1986, pág. 31. <<

[51] Sobre esta política, ver en particular E. A. Olsen, *U. S. Japan Strategic Reciprocity: A Neo-Internationalist View* (Stanford, California, 1985), todo en general; los comentarios sobre Japón en R. A. Scalpino, «China y el Nordeste asiático», en edición de Solomon, *Chinas Factor*, págs. 193 en adelante; edición de Scalpino, *The Foreign Policy of Moderas Japan* (Berkeley, California, 1977); T. J. Pempel, «Política económica exterior de Japón», capítulo 5 de la edición de P. J. Katzenstein, *Between Power and Plenty: Foreign Economic Policies of Advanced Industrial States* (Madison, 1978). <<

[52] Éste está quizá mejor argumentado en Vogel, *Japan as Number One*; pero ver también su artículo «Pax Nipponica?»,

Foreign Affairs, vol. 64, núm. 4 (primavera de 1986), págs. 752-767; y H. Kahn, *The Emerging Japanese Superestate* (Londres, 1971). Para un argumento contrario, ver «Alta tecnología: choque de titanes», *Economist,* 23 de agosto de 1986, págs. 318 en adelante, que señala las ventajas de Estados Unidos. <<

[53] Ver otra vez Smith y otros, *Asia's New Industrial World*; y Linder, Pacifc *Century,* todo en general. <<

[54] Para el texto que sigue, ver Linder, Pacific *Century*, págs. 107 en adelante; E. Wilkinson, *Misunderstanding. Europe versus Japan* (*Tokio,* 1981); «¿Es demasiado tarde para detener la inclinación al proteccionismo?», Times (Londres), 14 de enero de 1982, pág. 15; Olsen, *U. S.-Japan Strategic Reciprocity*, capítulo 4. <<

[55] «Japón se preocupa por el mañana», *New York Times,* 29 de abril de 1986, pág. D-1. <<

[56] «Obstáculos al cambio en Japón», *New York Times,* 9 de abril de 1986, pág. D-1. <<

[57] Ver las cifras en el libro de la CIA, *Handbook of Economic Statistics 1984,* págs. 50-54; el índice del semanario *Economist* para los precios de las mercancías; y Drucker, «Cambio en la economía mundial», todo en general. <<

[58] Ver el útil resumen de R. B. Reich, «Japón en la era del chip», *New York Review of Books,* 5 de julio de 1985; y «Silicon Valley tiene un gran chip sobre Japón», *Economist,* 20 de marzo de 1986, págs. 63-64. <<

[59] «Grandes ganancias de los japoneses en el campo de los ordenadores», *New York Times,* 13 de febrero de 1984, págs. Al, A19; «¿Ganará Japón a América en el terreno de los ordenadores superrápidos?», *Economist,* 6 de marzo de 1982, pág. 95. <<

[60] «Japón prepara el siguiente blanco», *Sunday Times* (Londres), 29 de noviembre de 1981. <<

[61] «Westinghouse/Mitsubishi», *Economist*, 6 de febrero de 1982, pág. 65. <<

[62] R. B. Reich, «Una ganga faustiana con los japoneses», *New York Times*, 6 de abril de 1986, sección económica, pág. 2; «Los japoneses, todo listo para el despegue», *Times* (Londres), 11 de noviembre de 1981; Smith y otros, *Asia's New Industrial World*, págs. 21-24. <<

[63] La cita es de Vogel, «Pax nipona», pág. 753. Más en general, ver «Tecnología japonesa», *Times* (Londres), 14 de junio de 1983, «Informe especial», págs. I-VIII. El éxito de la explotación japonesa de la tecnología robótica aparece recogido por B. J. Feder, «Un nuevo desafío en automatización», *New York Times*, 30 de octubre de 1986, pág. D2. <<

[64] «Reconsiderar Japón», *Economist*, 26 de abril de 1986, páginas 19-22; pero ver también Johnson, *MITI and the Japanese Miracle; Vogel, Japan as a Number One*, págs. 70 en adelante. <<

[65] Vogel, «Pax nipona», pág. 754. <<

[66] Ver las tablas del *Economist* del 9 de julio de 1983, «Investigación japonesa», pág. 7; y Pempel, «Política económica exterior del Japón», págs. 171-172. <<

[67] *Economist*, 26 de abril de 1986, pág. 22; Vogel, «Pax nipona», página 753; ídem, *Japan As a Number One*, capítulo 7; Smith y otros, *Asia's New Industrial World*, págs. 13 en adelante. <<

[68] Por ejemplo, S. Kamata, *Japan in the Passing Lane* (Nueva York, 1984); J. Taylor, *Shadows of the Rising Sun: A Critica View of the «Japanese Miracle»* (Nueva York, 1984); «También puede haber nubes», *Economist*, 9 de julio de 1983, «Investigación japonesa». <<

[69] D. Halberstam, «¿Podemos enfrentarnos al desafío japonés?», *Parade*, 9 de octubre de 1983, págs. 4-5; y el artículo to-

davía más alarmista de T. T. White, «El peligro de Japón», *New York Times Magazine*, 28 julio 1985. <<

[70] «La nueva cúspide bancaria: Tokio y su todopoderoso dinero», *New York Times*, 27 de abril de 1986, págs. 1, 16. <<

[71] F. Marsh, *Japanase Overseas Investment* (Servicio de inteligencia del *Economist*, Londres, 1983); *Times* (Londres), 22 de abril de 1983. <<

[72] Para estas cifras y previsiones ver «Japón invierte grandes sumas de dinero en el extranjero», *New York Times, 11* de marzo de 1986, págs. A-1, D-12; «La nueva cúspide bancaria», *New York Times*, 27 de abril de 1986, págs. 1-16. <<

[73] «Japón invierte talentos bancarios en todo el mundo», *Economist*, 19 de abril de 1986, págs. 91-94; D. Burstein, «Cuando el yen abandone el cielo podrá adueñarse de la Tierra», *New York Times*, 3 de septiembre de 1986, pág. A-27. <<

[74] «La nueva cúspide bancaria», pág. 1. <<

[75] Ver la tabla de Linder, *Pacific Century*, pág. 12, que cita el estudio *Japan in the Year 2000.* <<

[76] Ver el libro de la *CIA, Handbook of Economic Statistics 1984*, pág. 33. <<

[77] «El yen también sube», *New York Times*, 5 de marzo de 1986, pág. D-2. <<

[78] Ver de nuevo el oportuno estudio de Olsen *U.S.-Japan Strategic Reciprocity*, todo en general. <<

[79] Ver las cifras de *Military Balance 1985-1986*, págs. 170-172. <<

[80] *Olsen, U.S.-Japan Strategic Reciprocity*, todo en general. Z. Brzezinski, «Japón debería aumentar sus gastos de defensa», *New Haven Register*, 16 de agosto de 1985, «Forum», pág. 15. <<

[81] Hay un buen ejemplo del movimiento antibélico japonés en Storry, *History of Modern Japan*, capítulo 11. Ver también

Economist, 16 de agosto de 1985, págs. 2122. <<

[82] *US.-Japan Strategic Reciprocity*, pág. 149. <<

[83] Ver la discusión en Reynolds, «China en la economía internacional», edición de Harding, *China's Foreign Relations in the 1980's*, capítulo 3 (y especialmente pág. 86, de donde procede la cita); Scalapino, «China y el Nordeste asiático», edición de Solomon, *China Factor*, especialmente págs. 193 en adelante. Además, ver Taylor, *Sino-Japanese Axis*, todo en general. <<

[84] Scalapino, «China y el Nordeste asiático», pág. 200. Ver también los comentarios sobre la política exterior japonesa en «Investigación japonesa», *Economist, 7* de diciembre de 1985, págs. 10 en adelante. <<

[85] Ver de nuevo Gruner, *Die deutsche Frage*, especialmente capítulo 4. <<

[86] Saco estos totales de *The Military Balance 1985-1986*, págs. 40-43 y 46-54. <<

[87] *CIA, Handbook of Economic Statistics 1984*, pág. 37. <<

[88] Las cifras de parados han sido tomadas de *The Economist Diary 1984*, pág. 44. Sobre el aumento de los gastos sociales, ver el informe de la OCDE de marzo de 1985, *Social Expenditure 1960-1990.* <<

[89] Citado por Linder, *Pacific Century*, pág. 108. <<

[90] Ver el artículo «Con los pies en el suelo», un estudio sobre la economía alemana occidental, *Economist*, 4 de febrero de 1984. <<

[91] Calleo, *German Problem Reconsidered*, y Gruner, *Die deutsche Frage*, son mejores en esto; pero ver también Deporte, *Europe Between the Superpowers*, págs. 180 en adelante. <<

[92] W. Gruner, «Der Deutsche Bund-Modell fur eine Zwischenlösung?», *Politik und Kultur, vol.* 9 (1982), n. 5. <<

[93] P. Dibb, *The Soviet Union; The Incomplete Superpower* (Londres, 1986), págs. 43-44. <<

[94] La bibliografía sobre defensa europea y armas nucleares es muy extensa. Me he ceñido a A. J. Pierre y su edición de *Nuclear Weapons in Europe* (Nueva York, 1984); el debate provocado por M. Bundy y otros, «Armas nucleares y la Alianza Atlántica», *Foreign Affairs*, vol. 2, núm. 4 (primavera de 1982), págs. 753-768; y en *Strengthening Conventional Deterrence in Europe; Proposals for the 1980's* (Nueva York, 1983); edición de J. DS. Steinbrunner y L. V. Segal, *Alliance Security: NATO and the No-First-Use Question* (Washington, DC, 1983); y edición de G. Prins, *The Nuclear Crisis Reader* (Nueva York, 1984). <<

[95] *Military Balance 1985-1986*, pág. 49. <<

[96] «Defensa de Alemania Occidental: Primeras advertencias», *Economist*, 29 de junio de 1985, pág. 46. <<

[97] Ver otra vez la interesante discusión de Calleo, *German Problem Reconsidered*, capítulos 8-9; y J. Dean, «Direcciones de las relaciones interiores alemanas», *Orbis*, vol. 29, núm. 3 (otoño de 1985), páginas 609-632; y G. F. Treverton, *Making the Alliance Work: The United States and Europe* (Ithaca, Nueva York, 1985), todo en general. <<

[98] «Cuando fluye el petróleo», *Economist*, 19 de octubre de 1985, pág. 65; «Tras los años del petróleo», *Economist*, 6 de marzo de 1985, pág. 57. <<

[99] «Manufacturación», *Economist*, 28 de setiembre de 1985, pág. 57. <<

[100] Ver de nuevo Gamble, *Britain in Decline*; Kirby, *Decline of British Economic Power. Since 1870*; Eatwell, *Whatever Happened to Britain*; S. Pollard, *The Wasting of the British Economy* (Londres, 1982). <<

[101] «Tras los años del petróleo», *Economist*, 6 de marzo de 1986, pág. 57. <<

[102] A. Waters, *Britain's Industrial renaissance* (Londres, 1986). Por supuesto, Waters ya había sido consejero económico de la señora Thatcher. <<

[103] «El lamento de los científicos», *Economist*, 18 de enero de 1986, pág. 16. <<

[104] Ver de nuevo las estadísticas de *Military Balance 1985-1986*. <<

[105] La parte del Producto Nacional Bruto mundial está calculado a partir de los datos del *Handbook of Economic Statistics 1984* de la CIA, pág. 32. Un ataque devastador contra este intento de mantener una exagerada postura de defensa, ver A. Barnett, «El sueño peligroso», *New Statesmen*, 17 de junio de 1983, págs. 9-11. Menos crítico, pero igualmente sensato, es «Sí, ¿pero cómo haremos para pagarlo?», *Times* (Londres), 15 de junio de 1983. <<

[106] «La Marina gana la guerra de las fragatas», *The Sunday Times* (Londres), 17 de octubre de 1982; C. Wain, «El futuro de la Marina», *The Listener*, 19 de agosto de 1982. <<

[107] Ver los frecuentes ataques del *Economist* por esa misma razón: por ejemplo, «Trident, dinero mal empleado», 3 de noviembre de 1984, pág. 34; «Trident, no», 9 de febrero de 1985, pág. 16. Los argumentos del Gobierno a favor de los Trident en *Statesmen on the Defense Estimates 1985, vol. 1* (Cmnd. 9430-1). <<

[108] «Mensaje a la nueva secretaría de Defensa: que sean parcos», *Sunday Times* (Londres), 12 de enero de 1986, pág. 16; ver también «El presupuesto de Defensa llega a la cúspide», *Daily Telegraph, 10* de diciembre de 1985. Hay excelentes investigaciones sobre este problema y varias propuestas para solucio-

narlo en la edición de J. Bayleis, *Alternative Approaches to British Defense* Policy (Londres, 1983), todo en general. <<

[109] Para la política de defensa francesa en general, ver M. M. Harrison, *The Reluctant Ally: France and Atlantic Security* (Baltimore, Maryland, 1981); R. F. Laird, *France, The Soviet Union and the Nuclear weapons Issue* (Boulder, Colorado, 1985); y D. S. Yost, *France's Deterrent Posture* (Adelphi Papers, núms. 194 y 110: Estudio «Francia», *Economist*, 9 de febrero de 1985. <<

[110] «France» survey, *Economist*, Feb. 9, 1985, p. 8. <<

[111] Ver en particular la obra de P. Lellouche, *L'avenir de la guerre* (París, 1985), hábilmente expuesto en D. S. Yost, «Cambio radical en la política de defensa francesa», *Survival, vol*. 28 (enero-febrero de 1986), págs. 53-68; R. F. Lairde, «El dilema estratégico francés», Orbis, volumen 28, núm. 2 (verano de 1984), págs. 307-328. <<

[112] R. S. Rudney, «El nuevo atlanticismo de Mitterrand: evolución de la actitud francesa frente á la OTAN», Orbis, vol. 28, núm. 1 primavera de 1984), pág. 99, citando a Aron. <<

[113] Ibíd., todo en general. <<

[114] «A Chirac le proponen adherirse a la OTAN y a Bonn», *New York Times*, 6 de abril de 1986, «revista de la semana», pág. 2. <<

[115] H. Schmidt, *A Grand Strategy for the West* (New Haven, Connecticut, 1985), págs. 41-43 y 55-57. Ver también J. P. Pigasse, *Le bouclier d'Europe* (París, 1982). <<

[116] Ver la discusión de Yost, «¿Cambio radical en la política de defensa francesa?»; así como en ídem, *France and Conventional Defense in Central Europe* (Boulder, Colorado, 1985). <<

[117] «Los franceses están listos para cruzar *el* Rin», *Economist*, 13 de julio de 1985, págs. 43-44; «Defensa francesa: contad con USA», *Economist*, 25 de octubre de 1986, págs. 50-51. <<

[118] P. Stares, «La modernización de la fuerza nuclear estratégica francesa», *Journal of the Royal United Services Institute, vol.* 125, número 4 (diciembre de 1980), pág. 37. <<

[119] Ver otra vez Laird, «El dilema estratégico francés», todo en general; y P. Lellouche, «Francia y los euromisiles», *Foreigns* Affairs (invierno de 1983-1984), págs. 318-334. <<

[120] Ver el análisis de L. Kolakowski, *Main Currence of Marxism*, volumen 1, The founders (Oxford, 1981), capítulo 13, «las contradicciones del capital»; y la discusión de Engels en las contradicciones en «socialismo utópico, socialismo científico», en The *Essential Left* (Londres, 1960), págs. 130 en adelante. <<

[121] «Fragmentos del discurso de Gorbachov al partido» *New York Times*, 26 de febrero de 1986. Ver también «Obligando a Gorbachov a fruncir el ceño», *Economist*, 8 de marzo de 1986, pág. 67; S. Bialer, «La década pura: política soviética en la década de los ochenta», *Foreign Affairs*, vol. 59, núm. 5 (verano de 1981), págs. 999-1020. <<

[122] Brown y otros, *State of The World 1986*, págs. 14-19; «Tema: Comida», *Economist*, 12 de abril de 1986, pág. 107. <<

[123] M. I. Goldman, *USSR in Crisis: The Failure of an Economic System* (Nueva York, 1983), pág. 86. Para más análisis, ver edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward The Year 2000*, capítulos 4-5. Cuán rápidamente (todo es relativo) ha empeorado la posición de la URSS, puede verse volviendo a leer la valoración optimista de que la brecha entre Rusia y Estados Unidos puede cerrarse en el año 2000, en el libro de Larson, Soviet *American Rivalry* (¿Escrito en 1976-1977?), pág. 272. <<

[124] Tal como se informaba, «los soviéticos recogen seis pobres cosechas seguidas», *New York Times*, 28 de agosto de 1985, págs. A-1, D-17. Más en general, R. E. M. Mellor, *The Soviet Union and Its Geographical Problems* (Londres, 1982); Larson, *Soviet-American Rivalry*, págs. 17 en adelante. <<

[125] Para lo siguiente, ver Hosking, *History of the Soviet Union*, páginas 392 en adelante; J. R. Millar, «Las perspectivas de la agricultura soviética», edición de M. Bornstein, *The Soviet Economy: Continuity and Change* (Boulder, Colorado, 1981), págs. 273-291, más optimista que la mayoría; Goldman, *USSR in Crisis*, capítulo 3. <<

[126] «La economía soviética», *New York Times*, 15 de marzo de 1985, págs. A-1, A-6. <<

[127] Goldman, *USSR in Crisis*, pág. 81. <<

[128] Ibíd., pág. 83; y las afirmaciones de Nove, en *Economic History of the USSR*, págs. 362 en adelante. <<

[129] Recogido de Brown y otros, *State of the World 1986*, pág. 18. <<

[130] Ver de nuevo Goldman, *USSR in Crisis*, págs. 70-71; y más extensamente, R. W. Trucker, «Un estado en expansión, una sociedad cansada: el legado de Stalin a la Rusia de Breznev», *Foreign Affairs*, volumen 60, n. 2 (invierno de 1981-1982), págs. 415 en adelante. <<

[131] Brown y otros, *State of the World 1986*, pág. 18. <<

[132] Ibíd., pág. 11. <<

[133] Ver las cifras comparativas en el libro de la *CIA, Handbook of Economics Statistics 1984*, págs. 28-30. <<

[134] Goldman, *USSR* in *Crisis*, pág. 40, tiene cifras notables dentro de la ineficacia general. Ver también el concienzudo trabajo de J. S. Berliner, «Planificación y administración», edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year 2000*, págs. 350-389. <<

[135] La frase es de Daniels, *Russia: The Roots of Confrontation*, pág. 289. <<

[136] Sacado de «Consumo desaprovechado», *Economist*, 6 de julio de 1985, pág. 12, que claramente sospecha que las cifras

reales pueden ser peores (aunque ellos también utilizan las palabras de «solían producir unos supuestos 1000 per cápita»). <<

[137] Esto está mejor planteado en M. I. Goldman, *The Enigma of Soviet Petroleum: Half-Full or Half-Empty* (Londres, 1980); pero ver también L. Silk, «Los problemas del petróleo soviético», *New York Times*, 5 de junio de 1985, pág. D2. <<

[138] «Rusia extrae menos petróleo, la OPEP lo vende más barato», *Economist*, 8 de junio de 1985, pág. 65. <<

[139] *Economist*, 3 de mayo de 1986, págs. 55-57; más en general, ver R. W. Campbell, «Energía», edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward The Year* 2000, págs. 191 en adelante. <<

[140] Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, pág. 93. <<

[141] Campbell, «Energía», págs. 213-214, en la edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year* 2000; ver también L. Dienes, «Un tipo de energía se resquebraja en la Unión Soviética», edición de Bornstein, *Soviet Economy*, págs. 313-343. <<

[142] Ver págs. 611-613. <<

[143] Goldman, «Una economía casera de baja tecnología», *New York Times*, 19 de febrero de 1984, sección Negocios, pág. 2; y los interesantes detalles de la edición de R. Amann y J. Cooper, *Industrial Innovation in the Soviet Union* (New Haven, 1982). <<

[144] «Batalla perdida», *Wall Street Journal*, 25 de julio de 1984. <<

[145] Aparte de Goldman, *USSR in Crisis*, págs. 131, ver R. Amann y otros, *The Technological Level of Soviet Industry* (New Haven, Connecticut, 1977). <<

[146] Goldman, *USSR in Crisis*, capítulo 6; «Sombras sobre el COMECON», *Economist*, 29 de mayo de 1982, págs. 84-85;

«Investigación del COMECON», *Economist,* 20 de abril de 1985, págs. 3-18. <<

[147] Ver de nuevo Drucker, «Cambio en la economía mundial», todo en general; «Declive del petróleo a la vista de los planes económicos soviéticos», *New York Times, 10* de marzo de 1986: «Comercio en Europa del Este», *Economist,* 26 de octubre de 1985, pág. 119. Las implicaciones para Europa del Este son analizadas también en T. Gustafson, «Energía y la Unión Soviética», *International security,* volumen 6, n. 3 (invierno de 1981-1982), págs. 65-89. <<

[148] M. Feshbach, «Población y fuerza de trabajo», en la edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Towards the Year 2000,* página 79. Ver también Goldman, *USSR in Crisis,* págs. 100 en adelante; y T. J. Colton, *The Dilemma of Reform in the Soviet Union* (Nueva York, 1984), págs. 15 en adelante. <<

[149] «Enfermos de Europa», *Economist,* 22 de marzo de 1986, pág. 53. <<

[150] Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower,* págs. 92-93. <<

[151] Feshbach, «Población y fuerza de trabajo», en edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year2000,* todo en general. <<

[152] Ver la argumentación en J. W. Kiser, «Cómo la carrera de armamento ayuda en realidad a Moscú», *Foreign Policy,* n. 60 (otoño de 1965), págs. 40-51. <<

[153] Munting, *Economic Development of the USSR,* pág. 208. <<

[154] «Los planes de Gorbachov: los occidentales ven mucho celo, pero pocos cambios esenciales», *New York Times,* 23 de febrero de 1986, pág. 16; «Rusia bajo Gorbachov», *Economist,* 16 de noviembre de 1985, pág. 21. <<

[155] «La economía soviética», *New York Times,* 15 de marzo de 1985, págs. Al, A6, citando a Leonard Silk; Colton, *Dilemma of Reform in the Soviet Union,* capítulo 3; Daniels, *Russia: The Roots of Confrontation,* págs. 273 en adelante; J. F. Hough y M. Fainsod, How is *Governed the Soviet Union* (Cambridge, Massachusetts, 1979). <<

[156] La mejor información está en los artículos de Holzman «¿Están los soviéticos sobrepasando a USA en el presupuesto de defensa?», *International Security, vol.* 4, n. 4 (primavera de 1980), págs. 86-104, y «Gasto militar soviético: Valorando el juego de números», *International Security, vol.* 6, n. 4 (primavera de 1982), págs. 78 101; así como ídem, *Financial Checks on Soviet Defense Expenditures* (Lexington, Massachusetts, 1975). Ver también Holloway, *Soviet Union and the Arms Race,* págs. 114 en adelante; Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower,* págs. 80 en adelante. <<

[157] Este punto es tratado por Colton en *Dilemma of Reform in the Soviet Union,* pág. 91; y por Bond y Levine, «Una visión general», en edición de Bergson y Levine, *Soviet Union: Toward the Year 2000,* págs. 19-21. <<

[158] Ibíd., pág. 20, es la fuente de esta cita; ver también «¿Puede Andropov controlar a sus generales?», Economist, 6 de agosto de 1983, págs. 33-35. <<

[159] L. H. Gelb, «A Common Desire for Guns and Butter», *New York Times, 10* de noviembre de 1985, sección «Revista semanal». <<

[160] Ver la tabla en Holloway, *Soviet Union and the Arms Race,* página 114; y la discusión de *Military Balance 1985-1986,* págs. 17-20; Holzman, «Gasto militar soviético», todo en general; W. T. Lee, *The Estimation of Soviet Defense Expenditures 1955-1975* (Nueva York, 1977), todo en general; G. Adams, «Los costes

militares de Moscú», *New York Times*, 10 de enero de 1984, pág. A-23. <<

[161] Para los detalles, se puede consultar la horripilante publicación anual del Departamento de Defensa U.S.A., *Soviet Military Power*, y el Comité del peligro actual *Can America's Catch Up?*, visiones contestadas por críticos como T. Gervasi, *The Myth of Soviet Military Supremacy* (Nueva York, 1986), y A. Cockburn, *The Threat: Inside the Soviet Military Machine* (Nueva York, edición de 1984). Para los detalles, presentados de un modo no tan polémico, ver el *Military Balance* anual, así como el informe anual del SIPRI (Instituto Internacional de Estocolmo para la búsqueda de la paz). Un buen trabajo general es el de J. Steele, *Soviet Power* (Nueva York, 1984), pero ver también Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*; y Holloway, *Soviet Union and the Arms Race*, así como las referencias siguientes. <<

[162] A. Amalrik, Will *the Soviet Union Survive Until* 1984? (Nueva York, 1970). Ver también M. Garder, *L'ágonie du régime en Russie sovietique* (París, 1966), y el debate subsiguiente en la publicación *Problems of Communism*; y Colton, *Dilemma of Reform in the Soviet Union*, todo en general. <<

[163] Ver las tablas comparativas de Bergson, «Progreso Tecnológico», en la edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year 2000*, págs. 51 en adelante; Rostow, *World Economy*, pág. 434; Holloway, Soviet *Union and the Arms Race*, págs. 134 en adelante. <<

[164] «Arreas soviéticas: su calidad es ascendente», *New York Times*, 12 de febrero de 1984; Cockburn, *The Threat*, págs. 455-456. <<

[165] Alex Gliksman, «Tras el miedo soviético al *SDI», New York Times*, 6 de marzo de 1986, pág. A-27. <<

[166] Citado en Flora Lewis, «Soviet SDI Fears,» *New York Times*, March 6, 1986, p. A27. <<

[167] Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, págs. 51 en adelante; J. Kazokins, «Nacionalidad en el ejército soviético», *Journal of the Royal United Services Institute for Defense Studies*, volumen 130, n. 4 (diciembre de 1985), págs. 27-34. Para una descripción más optimista, ver E. Jones, «Abasteciendo a los militares soviéticos», *International Security, vol.* 7, núm. 1 (verano de 1982), págs. 105-131. <<

[168] Ver Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, páginas 44 en adelante. «El problema de las nacionalidades»; Hosking, *History of the Soviet Union*, capítulo 14; Daniels, *Russia, The Roots of Confrontation*, págs. 315 en adelante; así como estudios más detallados como el de H. Carrere d'Encause, *Decline of an Empire*, (Nueva York, 1979); M. Rywkin, *Moscow's Muslim Challenge* (Nueva York, 1982); A. Benningsen y M. Broxup, *The Islamic Threat to the Soviet State* (Londres, 1983); y S. B. Winhush, *Soviet Nacionalities in Strategy Perspective* (Nueva York, 1985). <<

[169] J. Anderson, «Ucrania, un hervidero de nacionalistas disidentes» (artículo sindicado), *New Haven Register*, 13 de junio de 1985, pero ver también P. T. Potichny, *The Ukraine in the seventies* (Oakville, Ontario, 1982); Osking, *History of the Soviet Union*, págs. 432 en adelante. <<

[170] A parte del artículo de Kazokins, «Nacionalismos en el ejército soviético», todo en general, ver los asombrosos detalles en Cockburn, *Threat*, págs. 74 en adelante; E. Jones, «Minorías en las Fuerzas Armadas soviéticas», *Comparative Strategy, vol.* 3, núm. 4 (1982), páginas 285-318 y los estudios de la *Rand Corporation*, de S. Curran y D. Ponomoreff, *Menaging in the Ethnic Factor in the Russian and Soviet Armed Forces: An historical Overview* (Santa Mónica, California, 1982); y E. Bruner, Jr., *Soviet Demographic Trends and the Ethnic Composition of Draft Agte Male 1980-1985* (Santa Mónica, California, 1981). <<

[171] Sobre esto ver por ejemplo la edición de D. Leebaert, *Soviet Military Thinking* (Londres, 1981), especialmente los ensayos del apartado 1; edición de J. Baylis y G. Segal, *Soviet Strategy* (Londres, 1981), especialmente artículos 4 y 5. <<

[172] *Military Balance 1985-1986*, pág. 180. <<

[173] Por ejemplo, Gervasi, *Myth of Soviet Military Supremacy*, todo en general, pero especialmente págs. 116-118. <<

[174] Por ejemplo: J. Schell, *The Fate of the Earth* (Nueva York, 1982); H. Caldicott, *Nuclear Madness* (Brookline, Massachusetts, 1979); E. P. Thompson, *Zero Option* (Londres, 1982). <<

[175] Hay una buena y breve investigación de esas ideas estratégicas en el libro de E. Bottome, *The Balance of Terror* (Boston, Massachusetts, edición de 1976), capítulos 4-7 (y un glosario de términos, págs. 243-254); A. W. Garfinkle, *The Politics of the Nuclear Freeze* (Filadelfia, Pennsilvania, 1984); y T. Powers, *Thinking About Nuclear Weapongs* (Nueva York, 1983). <<

[176] De la gran cantidad de estudios sobre este problema, yo prefiero M. Mandelbaum, *The Nuclear Future* (Ithaca, Nueva York, 1983); R. Jervi, *The Illogic of American Nuclear Strategy* (Ithaca, Nueva York, 1984); S. Zuckerman, *Nuclear Illusion and Reality* (Londres, 1982). También es útil el trabajo de S. M. Keeny y W. K. H. Panofsky, «Locos contra excéntricos: la relación de mutuo secuestro entre las superpotencias», *Foreigns Affairs, vol*. 60,, núm. 2. <<

[177] Ver otra vez «En la batalla de la inteligencia los submarinos eluden los esfuerzos sofisticados de detección», *New York Times, 1* de abril de 1986, pág. C-1; y los comentarios en el artículo de McGwire, «Razones para el desarrollo del poderío marítimo soviético», todo en general, sobre las dificultades del poderío marítimo soviético; todo en general, sobre las dificultades que la URSS ha tenido para integrar el SLBM americano en su planificación estratégica. <<

[178] La cita es de Jervis, *Illogic of American Nuclear Strategy*. Como ejemplo de escritores de guerra «combativos», ver C. Gray, «Estrategia Nuclear: un caso para una teoría de la victoria», *International Security, vol. 4* (verano de 1979), págs. 54-87. <<

[179] Ver especialmente P. Bracken, *The Command and Control of Nuclear Weapons* (New Haven, Connecticut, 1983); también N. Calder, *Nuclear Nightmares* (Harmondsworth, Middlesx., 1981). <<

[180] Sobre este tema, ver en particular la edición de J. C. Snyder y S. F. Wells, *Limiting Nuclear Proliferation* (Cambridge, Massachusetts, 1985); Mandelbaum, *Nucle ar Future*, capítulo 3; edición de G. Quester, *Nuclear Proliferation: Breaking the Chain* (Madison, Wisconsin, 1981). Para contrastar, K. N. Waltz, «Hacia la paz nuclear», Wilson Center, Programa de Estudios de Seguridad Internacional, Documento n. 16. <<

[181] D. L. Strode, «Control de armas y relaciones chino soviéticas», *Orbis, vol*. 28, n. 1 (primavera de 1984), especialmente págs. 168 en adelante. <<

[182] *The Economist*, 9 de febrero de 1985, «Trident no», pág. 16. Ver también Gervasi, *The Myth of Soviet Military Supremacy*, pág. 171. <<

[183] «Francia prueba los misiles de largo alcance», *New York Times*, 6 de marzo de 1986, pág. A3. Ver también la tabla que subraya la construcción de cabezas nucleares francesas en el *New York Times*, del 6 de abril de 1986, sección «Revista de la semana», pág. 2. <<

[184] Por ejemplo, «Powell ridiculiza el "último recurso" nuclear», *Times* (Londres), 1 de junio de 1983, pág. 4; Lord Carver, «¿Por qué Gran Bretaña debería rechazar el Trident?», *Sunday Times* (Londres), 21 de febrero de 1982. <<

[185] Ver de nuevo Yost, «¿Cambio radical en la política de defensa francesa?». <<

[186] Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, pág. 161. Para contrastar, ver Gervasi, *Myth of Soviet Military Supremacy*, capítulo 26, que sostiene que la OTAN es superior numéricamente. También son importantes los artículos de *International Security* editados a cargo de S. E. Miller, *Conventional Forces and American Defense Policy* (Princeton, Nueva Jersey, 1986). <<

[187] *Statement on the Defense Estimates 1985, vol. 1* (Cmnd., 9430), resumido en *Survey of Current Affairs*, vol. 15, n. 6 (junio de 1985), pág. 179. <<

[188] Como señala Holzman, «¿Qué agujero de gastos de defensa?», *New York Times*, 4 de marzo de 1986. <<

[189] Ver Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, página 162; *Military Balance 1985-1986*, págs. 186 187; R. L. Fisher, *Defending the Central Front: The Balance of Forces* (Documens. Adelphi, n. 127, Londres, 1976). <<

[190] Hay un tópico engañoso (y muy discutido). Para la visión optimista —con la cual el autor está de acuerdo, al menos en su mejor parte—, ver J. Mearsheimer, «¿Por qué los soviéticos no podrían ganar rápida—, mente en Europa Central?», págs. 121-157, y B. R. Posen, «Evaluando el equilibrio europeo convencional», págs. 70-120, ambos en la edición de Miller, *Conventional Forces and American Defense Policy*. Ver también Steele, *Soviet Power*, págs. 76 en adelante; y C. N. Donelly, «Problemas tácticos frente al ejército soviético: debates recientes en la Prensa militar soviética», *International Defense Review*, volumen 11, n. 9 (1978), págs 1405-1412 Una, valoraciones más sensatas son las que se hacen en *Military Strategy*, de R. A. Mason, en edición de E. More-ton y G. Segal, *Soviet Strategy Toward Western Europe* (Londres, 1984), págs. 175-202; P. A. Peterson y J. G. Hines, "La ofensiva convencional en la escena estratégica so-

viética”, *Orbis, vol.* 27, número 3 (otoño de 1983), págs. 695-739; y un texto que llama la atención sobre el posible uso soviético de misiles de doble alcance (misiles tácticos), D. M. Gormley, “Una nueva dimensión de la escena estratégica soviética”, *Orbis, vol.* 29, núm. 3 (otoño de 1985), págs. 537-569. Hay una buena y reciente investigación, “El frente central de la OTAN”, en *Economist,* 30 de agosto de 1986. <<

[191] Actualmente, esto será mejor tratado en Treverton, *Making The Alliance Work,* todo en general; pero ver también J. Joffe, «Relaciones europeo-americanas: la crisis permanente», *Foreigns Affairs,* volumen 59 (primavera de 1981). <<

[192] V. Bunce, «El Imperio devuelve el golpe: la evolución del bloque del Este bajo la responsabilidad y custodia soviética» *International Organization, vol.* 39, núm. 1 (invierno de 1985), págs. 13-28. Ver también los artículos de «¿Crack en el imperio soviético?», en *International Security, vol. 6,* núm. 3 (invierno de 1981-1982); D. R. Herspring e 1. Volgyes, «Credibilidad política de los ejércitos de Pacto de Varsovia en la Europa Oriental», *Armed Forces and Society,* volumen 6, núm. 2 (invierno de 1980), págs. 270-296; A. R. Johnson y otros, *East European Military Establishments: The Warsaw Pact Northem Tier* (Nueva York, 1982). <<

[193] D. A. Andelman, «Desacato y crisis en Polonia», *International Security, vol.* 6, núm. 3 (invierno de 1981-1982), págs. 90-104. <<

[194] Herspring y Volgyes, «Credibilidad política», todo en general; B. S. Lambeth, «Incertidumbres en la planificación bélica soviética», en edición de Miller, *Conventional Forces and American Defense Policy,* págs. 181 182; W. E. Griffith, «Problemas de las superpotencias en Europa: una valoración comparativa», *Orbis, vol.* 29, núm. 4 (invierno de 1986), págs. 748-749. <<

[195] Ver la controvertida proposición de S. P. Huntington, «Disuasión convencional y represalias convencionales en Europa», en edición de Miller, *Conventional Forces and American Defense Policy*, páginas 251-275. Y para una consideración de largo alcance de todas esas discusiones, ver E. R. Alterman, «Europa Central: Amenazas malentendidas y peligros imprevistos», *World Policy Journal, vol.* 2, núm. 4 (otoño de 1985), págs. 681 709. <<

[196] Ver la discusión en Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpowers*, págs. 165-166; Segal, *Defending China*, todo en general; *ídem*, «Cultura de defensa y relaciones chino soviéticas», todo en general; y más arriba, págs. 449-451. <<

[197] Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, págs. 147 en adelante; Segal, «El factor China», en edición de Moreton y Segal, *Soviet Strategy Towards Western Europe*, págs. 154-159; Strode, «Control de armas y relaciones chino-soviéticas», todo en general. <<

[198] Ver Steele, *Soviet Power*, capítulo 8, «ansiedad asiática»; también T. B. Millar, «Asia en el equilibrio global», en edición de D. H. McMillen, *Asian Perspectives on International Security* (Londres, 1984); Segal, *The Soviet Union in East Asia* (Bouler, Colorado, 1983); M. Hauner, «El dilema geoestratégico soviético» (artículo para el Instituto de Investigación de Política Exterior). <<

[199] Ver de nuevo, McGwire, «Fundamentos para el desarrollo naval soviético», edición de Baylis y Segal, *Soviet Strategy*, págs. 210-254; Polmar, *Soviet Naval Developments*, todo en general.. <<

[200] Cifras de Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, págs. 152. <<

[201] La cita es de *ibíd*., págs. 171; pero ver también Steele, *Soviet Power*; págs. 33-36; y Cockburn, *Threat*, capítulo 15. <<

[202] McGwire, «Fundamentos», págs. 226 en adelante; Dibb, *Soviet Union: The Incomplete Superpower*, págs. 167-174. <<

[203] Ver las estadísticas comparativas en Smith, *Pattern of Imperialism*, pág. 215; la argumentación de Steele, *Soviet Power*, capítulos 9-12; F. Fukuyama, «Gorbachov y el tercer mundo», *Foreign Affairs*, volumen 64, núm. 4 (primavera 1986), págs. 715-731; K. Menon, Soviet *Power and the Third World* (Nueva York, 1985). <<

[204] Citado por Dibb. *Soviet Union: The incomplete Superpower*, página 160. Ver también N. Eberstadt, «Peligro para los soviets», *New York Times*, 26 de setiembre de 1983, pág. A-21, que argumenta cuán débil sería la influencia de la URSS si no existieran las armas nucleares. <<

[205] «Si Gorbachov osa», *Economist*, 6 de julio de 1985. <<

[206] Citas de Bialer, «Política y prioridades» en edición de Bergson y Levine, *Soviet Economy: Toward the Year2000*, págs. 403-405. <<

[207] Sobre consideraciones de los problemas de Rusia y el futuro, ver H. S. Rosen, «Viviendo con un oso enfermo», *National Interest*, número 2 (invierno 1985-1986), págs. 14-26; Garthoff, *Detente and Confrontation*, capítulos 29-30; Colton, *Dilemma of Reform* in *the Soviet Union*, todo en general; Goldman, *USSR in crisis*, capítulo 7: Dibb, *Soviet Union: The incomplete Superpower*, capítulo 8 y el número entero de Orbis, vol. 30, núm. 2 (verano 1986). <<

[208] B. Rubin, «La administración Reagan y el medio Este», edición de Oye y otros, *Eagle Defiant*, pág. 367, una buena investigación. Ver también H. Saunders, *The Middle East Problem in the 1980's* (Washington, D.C., 1981). Para los problemas particulares, ver P. Jabber, «Crisis de Egipto, dilema americano», *Foreign Affairs*, vol. 64, número 5 (verano 1986), págs: 960-980;

R. W. Tucker, «El equilibrio armamentístico y el golfo Pérsico», *Purposes of American Power* (Nueva York, 1981), capítulo 4. <<

[209] A. F. Lowenthal, «Ronald Reagan y Latinoamérica: encarándose con urda hegemonía en declive», edición de Oye y otros, *Eagle Defiant*, págs. 311 en adelante; R. Bonachea, «Los Estados Unidos y América Central», Kaplan, *Global Power*, págs. 209-241; P. A. Armella y otros, *Financial Policies and the* World *Capital Markets: The Place of Latin American Countries* (Chicago, Illinois, 1983). <<

[210] «Una economía lucha para frenar su caída», *New York Times, 8* de junio de 1986, pág. E3; «Los tiempos difíciles en México causan preocupación en Estados Unidos», *New York Times*, 19 de octubre de 1986, págs. 1, 20. <<

[211] Informe del secretario de Defensa Caspar W. Weinberger al Congreso, en el año fiscal del presupuesto de 1984 (Washington, D.C., 1983), pág. 17. <<

[212] «OTAN: Responsabilidades compartidas», *Economist*, 4 de agosto de 1984, pág. 3. Ver también la exposición de esto en Calleo, *Imperious Economy*, págs. 169-171, y notas 16-17 en las páginas 256-257; E. Comine, «¿Abarcan los intereses americanos todo el mundo?» (Columna sindicada), *New Haven Register*, 7 de febrero de 1985, pág. 11; M: Kahler, «Estados Unidos y Europa Occidental», en edición de Oye y otros, *Eagle Defiant*, capítulo 9; y especialmente *Treverton, Making the Alliance Work*, todo en general. <<

[213] Hay discusiones útiles en Mako, U.S. *Ground Forces and the Defense of Central Europe*, todo en general; Treverton, *Making the Alliance Work*, todo en general; L. Sullivan, «Una nueva aproximación a las responsabilidades compartidas», *Foreign Policy*, núm. 60 (otoño 1985), págs. 91 en adelante; K. Knorr, «Compartir las responsabilidades en la OTAN: aspectos

de la política norteamericana», *Orbis, vol.* 29, número 3 (otoño 1985), págs. 517 536. <<

[214] Informe del secretario de Defensa… año fiscal del presupuesto de 1984, pág. 17. <<

[215] «Las fuerzas militares presionan, dice el jefe del Ejército», *New York Times, 10* de agosto de 1983, págs. A-l, A-3. <<

[216] «El Ejército norteamericano necesita más tropas, barcos y aviones», *New York Times,* 26 de octubre de 1983, pág. A-16 (incluye mapa). <<

[217] Ver por ejemplo el mapa en las guardas de Barnett, *Collapse of British Power* y de Marder, *Anatomy o f British Sea Power.* <<

[218] C. W. Weinberger, «Estrategia de defensa USA», *Foreigns Affairs, vol.* 64, núm. 4 (primavera 1986), págs. 678. En relación con esto, ver también B. R. Posen y S. van Evera, «Política de Defensa y la administración Reagan: abandono de la contención», en edición de Miller, *Conventional Forces and American Defense Policy,* págs. 19-61. <<

[219] Para las pruebas estadísticas de esto, ver edición de Oye y otros, *Eagle Defiant,* capítulo 1; Bairoch, «Niveles de industrialización internacional de 1750 a 1980», todo en general. Para otras valoraciones, ver A. Bergson y C. Sahoo, «Prueba del declive de la hegemonía norteamericana en la producción mundial», *Review, vol.* 8, núm. 4 (primavera 1985), págs. 595-611; y S. D. Krasner, «Política comercial y monetaria de Estados Unidos», en edición de Katzenstein, *Between Power and Plenty,* págs. 58-59, 68-69. <<

[220] *Military Balance 1985-1986,* pág. 13. <<

[221] Un buen ejemplo se encuentra en E. A. Cohen, «Cuando la política deja atrás al poder, estrategia y política norteamericana», *Public Interest,* núm. 75 (primavera 1984), págs. 3-19. <<

[222] Luttwak, *Pentagon and the Art of War*, pág. 256. <<

[223] Ver especialmente E. A. Cohen, *Citizens and Soldiers: The Dilemma of Military Service* (Ithaca, Nueva York, 1985), capítulos 7-9, y la interesante afirmación de Canby sobre la experiencia europea en el artículo «Reforma militar y el arte de la guerra», Wilson Center, Programa de Estudios sobre Seguridad Internacional, documento 41, págs. 8 en adelante. <<

[224] Como muestra, ver G. Hart con W. S. Lind, *America Can Win* (Bethesda, Maryland, 1986); Kaufman, *Reasonable Defense*, todo en general; Luttwak, *Pentagon and the Art of War*, todo en general; J. Record, «La laguna estratégica de Reagan», *New Republic*, 29 de octubre de 1984, págs. 17-21; J. Fallows, *National Defense* (Nueva York, 1981); ídem. «El gasto», *Atlantic, julio* 1986, págs. 27-31; Gansler, *Defense Industry*, todo en general; S. L. Canby, «Reforma militar y el arte de la guerra», todo en general; «Objetivo:-Reforma militar y planificación de la defensa», *Orbis, vol.* 27, n. 2 (verano 1983), págs. 245 300. También muy importante en este sentido es la contundente exposición de A. T. Hadley, *The Straw Giant. Triumph and Failure: America's Armed Forces* (Nueva York, 1986). <<

[225] Kaufman, *Reasonable Defense*, pág. 35; «Estropeando la reconstrucción militar», *New York Times*, 27 de enero de 1985, sección Negocios, págs. 1, 8; Gansler, *Defense Industry*, todo en general; Fallows, «El gasto», todo en general, ver también, por sus interesantes correcciones, Luttwak, *Pentagon and the Art of War*, capítulo 5. <<

[226] Weinberger, «Estrategia de defensa USA», pág. 694. Pero ver también las dudas expresadas en «La laguna estratégica de Reagan»; Fallows, «El gasto»; Canby, «Reforma militar y el arte de la guerra», así como la razonada defensa de las armas de alta tecnología hecha por K. N. Lewis, en el foro de *Orbis*, «Reforma Militar». <<

[227] Entre ellos yo incluiría a Luttwak, *Pentagon and the Art* of *War*; Canby, «Reforma militar y el arte de la guerra»; y Cohen, «Cuando la política aventaja al poder». <<

[228] Ver por ejemplo R. W. Komer, *Maritime Strategy or Coalition Defense?* (Cambridge, Massachusetts, 1984), todo en general, y el debate en 1986 en publicaciones como *International Security* sobre la «estrategia naval» de la administración Reagan. <<

[229] Recientemente explicado en Weinberger, «Estrategia de defensa norteamericana», pág. 684 en adelante. Ver también «La discordancia Schultz-Weinberger», *New York Times, 11* de diciembre de 1984, págs. A-1, A-12. <<

[230] Ver por ejemplo, L. C. Thurow, «Perdiendo la carrera económica», *New York Review of Books,* 27 de setiembre de 1984, págs. 29-31; comparar con W. B. Nordhaus, «En la víspera de un boom histórico-económico», *New York Times,* 6 de abril de 1986, que sigue poco después del artículo de P. G. Petersen en el mismo periódico, «Cuando se agota el sedante económico». <<

[231] S. M. Bodner, «Nuestro agujero comercial es realmente un modelo de agujero viviente» *New York Times,* 6 de mayo de 1986 (Cartas); y «¿Por qué América no puede pagar a su manera?» *Economist,* 13 de julio de 1985, pág. 69. Ambos recogen los problemas con los que se enfrentan las industrias tradicionales. Para un detalle sobre las tecnologías del futuro, ver «Alta tecnología: choque de titanes», *Economist,* 23 de agosto de 1986. Un estudio del Congreso se encuentra en «Un molesto nuevo déficit», *Time,* 3 de noviembre de 1986, pág. 56. <<

[232] Por ejemplo, mientras *The Global 2000 Report to the President* (Washington, D. C. 1980), vol. 1, págs. 18-19, se refería al aumento absoluto en la producción mundial de grano, éste pre-

vé un déficit decreciente en China, sur de Asia y Europa occidental. <<

[233] «Los agricultores se escapan del mercado», *New York Times*, 26 de mayo de 1986. «Los granjeros importan aumentos y exportan especulación», *New York Times*, 20 de abril de 1986; «La deuda gigantesca de los granjeros», *Economist*, 14 de setiembre de 1985, pág. 17. <<

[234] Una buena y breve investigación es la de P. Cain, «Política económica en la Inglaterra eduardiana: la polémica de la reforma de las tarifas», en edición de A. O'Day, *The Edwarditzn Age* (Londres, 1979), págs. 34-59. <<

[235] Petersen, «Cuando se agota el sedante económico», todo en general; F. Rohatyn, «La economía endeudada; una propuesta», *New York Review of Books*, 8 de noviembre de 1984, págs. 16-21; J. Chace, *Solvency the Price of Survival* (Nueva York, 1981), capítulos 1-2. <<

[236] *President's Private Sector Survey on Cost Control*, «Deuda, déficits y la muerte de una república» (Figgie International Advertisement), *New York Times*, 20 de abril de 1986, pág. F9. Este anuncio confunde el total de intereses para 1985, dando 179 billones de dólares, cuando en realidad se trata de 129 billones. <<

[237] Ibíd. <<

[238] «El costo del pago de los intereses se alivia para Estados Unidos», *New York Times*, 28 de diciembre de 1986, pág. 1, 24. <<

[239] La cita es de Drucker, «Cambio de la economía mundial», página 782. Ver también M. Shubik, y P. Bracken, «Propósitos estratégicos y economía internacional», edic. de McCormick y Bissell, *Strategic Dimension of Economic Behaviour*, pág. 212. <<

[240] Drucker, «Cambio en la economía mundial», todo en general; S. Marriss, *Deficits and the Dollar. The World Economy at Risk* (Washington, D. C., 1985); «Mientras América hace régimen, los aliados tienen que comer», *New York Times*, 17 de enero de 1986; «Una nación colgada de los fondos extranjeros», *New York Times*, 18 de noviembre de 1984, sección Negocios, págs. 1, 24; «USA como deudor: una amenaza para el comercio mundial», *New York Times*, 22 de setiembre de 1984, sección Negocios, pág. 3. <<

[241] Ver de nuevo Nordhaus, «En vísperas de un boom económico», la argumentación inhabitualmente optimista, en «América manufactura todavía», *Economist*, 19 de abril de 1986, pág. 81; L. Silk, «¿Podrá Estados Unidos seguir en el número uno?», *New York Times*, 10 de agosto de 1984, pág. D-2 (una pregunta que diez años atrás jamás se hubiera planteado). <<

[242] Rasler y Thompson, «Guerras globales, deuda pública y el gran ciclo», todo en general; Gilpin, *War and Change in World Politics*, todo en general. <<

[243] Donde mejor está descrito es en G. R. Searle, *The Quest for National Eficiency: A Study in British Politics and British Political Thought, 1899-1914* (Oxford, 1971). <<

[244] Citado en *ibíd*., pág. 101. <<

[245] Ver págs. 291-293. <<

[246] Ver el estudio de bolsa hecho por J. Grunwald y K. Flamm, *The Global Factory: Foreign Assembly in International Trade* (Washington, D. C., 19.85); P. Seabury, «Política internacional y defensa nacional», *Journal of Contemporary Studies*, primavera de 1983. <<

[247] Ver por ejemplo, la experiencia británica a finales de los años 30, tal como aparece detallada en Gibbs, *Grand Strategy, vol. 1,* pág. 311. <<

[248] Gansler, *Defense Industry*, págs. 12 en adelante; y especialmente R. W. DeGrasse, *Military Expansion, Economic Decline* (Armonk, Nueva York, 1987); G. Adama, *The Iron Triangle* (Nueva York, 1981); Thurow, «Cómo hacer naufragar una economía», *New York Review of Books*, 14 de mayo de 1981, págs. 3-8; Kaufmann, *A Reasonable Defense*, páginas 33-34; más en general, ver G. Kennedy, *Defense Economics* (Londres, 1983), especialmente capítulo 8; S. Chan, «El impacto de los gastos de defensa en la actuación económica, una investigación de pruebas y problemas», *Orbis, vol. 29*, n. 2 (verano 1985), págs. 403 en adelante; ver Russett, «Defensa de los gastos y del bienestar nacional», *American Political Science Review, vol*. 76, n. 4 (diciembre de 1982), págs. 767-777. <<

[249] Caldor, Baroque *Arsenal*, todo en general; DeGrasse, *Military Expansion, Economic Decline*, todo en general; Thurow, «Cómo hacer naufragar una economía», todo en general; Chace, *Solvency*, capítulo 2; E. Rothschild, «El boom armamentístico americano», en edición de E. P. Thompson y D. Smith, *Protest and Survive* (Harmondsworth, Middlesx., 1980), págs. 170 en adelante; Rosecrance, *Rise of the Trading State*, capítulos 6 y 10. <<

[250] E. Rostchild, «Los costes del reaganismo», *New York Review of Books*, 15 de marzo de 1984, págs. 14-17. <<

[251] Ver otra vez Cipolla, *Economic Decline of Empires*; y Rusler y Thompson, «Guerras globales, deuda pública y el gran ciclo», todo en general. <<

[252] La agudeza es de Misalliance (1909) y en el original decía: «llegará el turno de los cabezas de chorlito». Tal como señala Hobsbawm en *Industry and Empire*, pág. 193, esto estaba dedicado obviamente a los corredores de Bolsa del sur de Londres, que habían prosperado mientras otras partes de la economía sufrían gravemente. <<

[253] Ver págs. 442-443. También útil en este aspecto es B. Russett, «La fuerza de América», *International Organization, vol.* 39, n. 2 (primavera 1985), págs. 207-231. <<

[254] W. Lippmann, *U. S. Foreign Policy: Shield of the Republic* (Boston, Massachusetts, 1943), págs. 7-8; ver de nuevo Cohen, «Cuando la política aventaja al poder», y la conclusiones de E. Bottome, *The Balance of Terror* (Boston, Massachusetts, 1943), págs. 7-8; ver de nuevo Cohen, «Cuando la política aventaja al poder», y las conclusiones de E. Bottome, *The Balance of Terror* (Boston, Massachusetts, 1986), págs. 235-242. <<

[255] P. Hassner, «Europa y las contradicciones de la política norteamericana», edición de R. Rosecrance, *América As an Ordinary Power* (Ithaca, Nueva York, 1976), págs. 60-86. Ver también la insistencia de Helmut Schmidt, en su *Grand Strategy for the West*, pág. 147, donde afirma que «el liderazgo sólo puede ser asumido por Estados Unidos». <<

Epílogo

[1] Ver de nuevo Doran y Parsons, «La guerra y el ciclo del poder relativo», todo en general; G. Modelski, «Las guerras y el sistema de las grandes potencias», todo en general; *ídem*, «El gran ciclo de la política global y el estado-nación», todo en general. Ver también J. Levy, *War in the Modere Great Power System* (Lexington, 1983). <<

[2] Rusler y Thompson, «Guerras globales, deuda pública y el gran ciclo», todo en general. <<

[3] L. E. Davis y R. A. Huttenback, «El coste de un imperio», edición de R. L. Ramson y otros, *Exploration in the New Economic History* (Nueva York, 1982), págs. 41-69; R. Taagepera, «Dimensión y duración de los imperios; sistematización de la dimensión», *Social Science Research, vol.* 7 (1978), págs. 108-127; *ídem*, «Curvas de crecimiento de los imperios», *General Systems, vol.* 13, 1968, págs. 171-175. <<

[4] Estoy pensando en los distintos eruditos que han sido influidos por la idea del «world-system» de Wallerstein, por ejemplo, A. Bergesen, «Ciclos de guerra en la reproducción de la economía mundial», en la edición de P. M. Johnson y W. R. Thompson, *Rhythms in Polities and Economics* (Nueva York, 1985); E. Friedman, *Ascent and Decline in the World-System* (Beverly Hills, California, 1982); Bergesen, *Studies in the Modere World System* (Nueva York, 1980); McGowan y Kegley, *Foreign Policy and the Modern World System*, todo en general. <<

[5] Gilpin, *War and Change in World Politics*, pág. 93. <<

[6] Rosecrance, *Raise of the Trading State*, todo en general. <<

[7] Gilpin, *War and Change in World Politics*, págs. 158-159. En este punto, mantiene una buena exposición. <<

[8] Ver el análisis de Wight, *Power Politics*, capítulo 3. <<

[9] Citado por McCormick, en la pág. 19 de su artículo «Consideraciones estratégicas en el desarrollo del…». <<

[10] Ibíd. <<

[11] Kennedy, «Strategy versus Finance in Twentieth Century Britain»; y también J. H. Maurer, «Economics, Strategy, and War in Historical Perspective,» en McCormick and Bissell (eds.), *Strategic Dimensions of Economic Behavior*, pp. 59-83. <<

[12] Gilpin, *War and Change in World Politics*, p. 162. <<

[13] Citado por Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, p. 17. <<

ÍNDICE